

Obras escogidas de Aristides Rojas

Arístides Rojas

Buchaña

OBRAS ESCOGIDAS

DE

ARISTIDES ROJAS



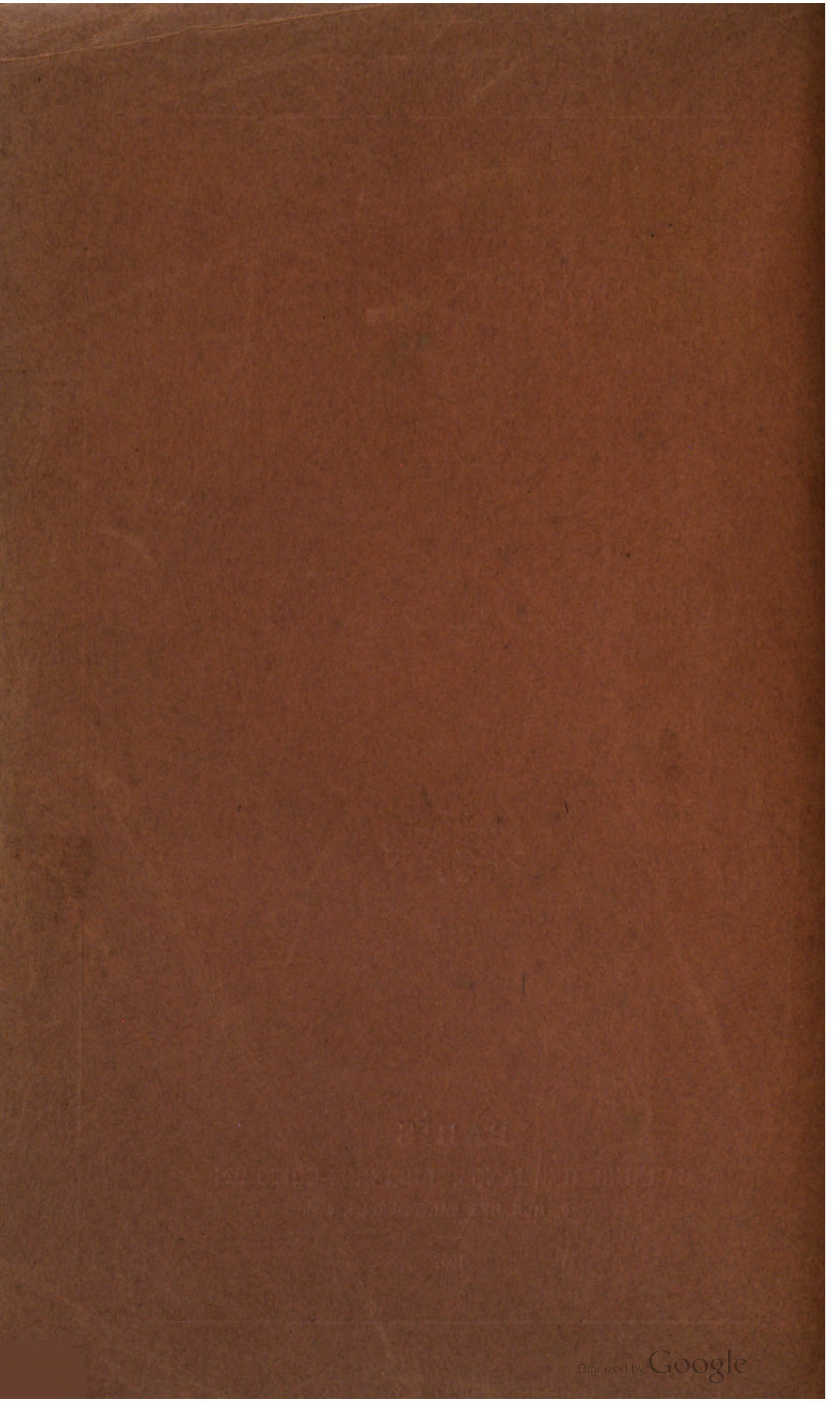
PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1907







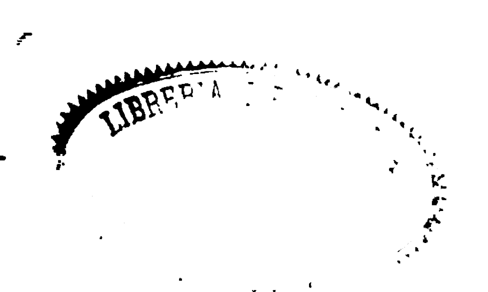
Cop.

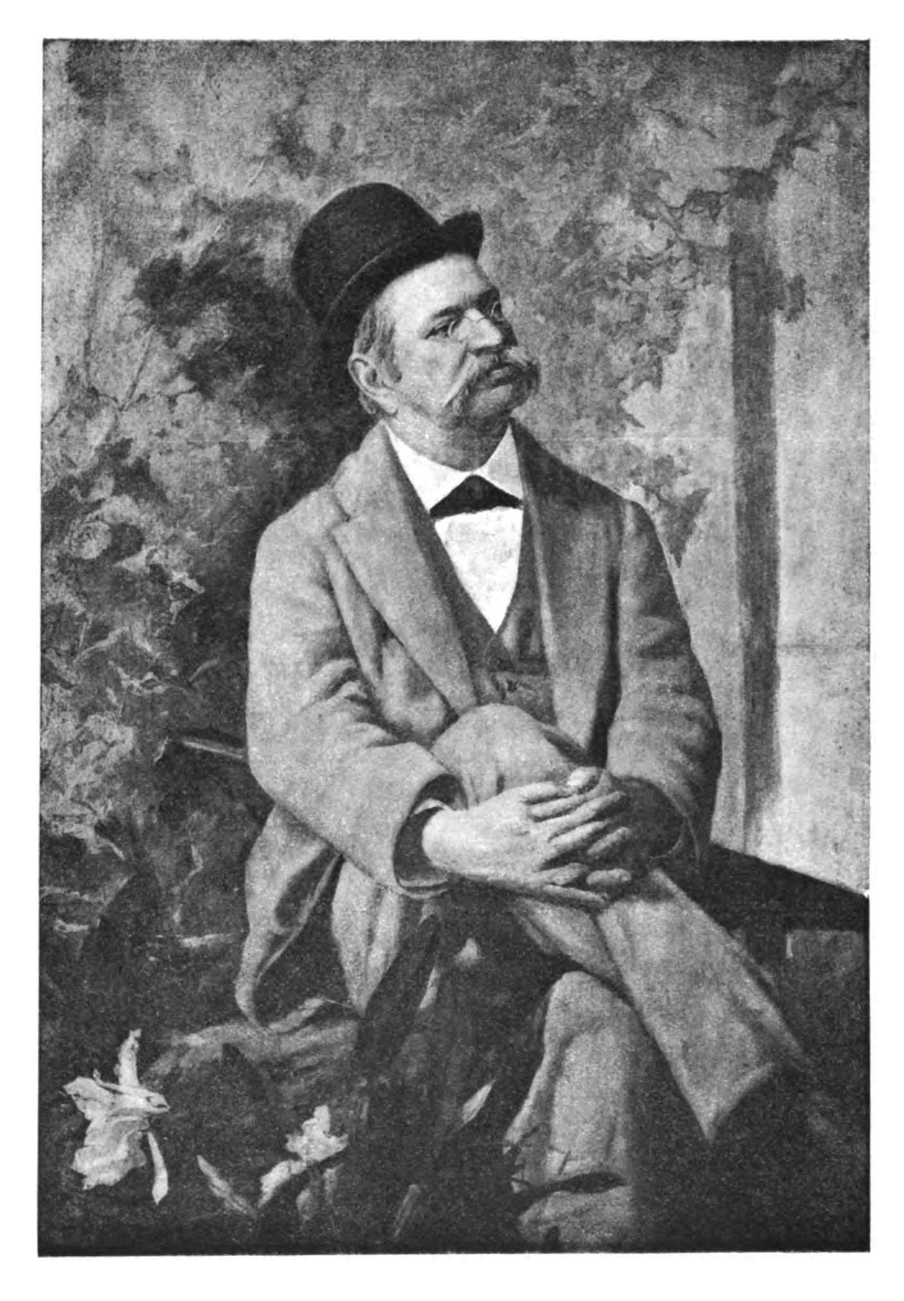

110
Cop.

OBRAS ESCOGIDAS

DE

ARISTIDES ROJAS





ARISTIDES ROJAS

(Copia de un retrato al óleo
de A. Herrera Toro.)

OBRAS ESCOGIDAS

DE

ARISTIDES ROJAS



PARÍS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1907

PRIMERA PARTE

UN LIBRO EN PROSA[1]

DEDICATORIA

Á MI MADRE

¿A quién sino á ti podré yo dedicar este libro? Cuanto he escrito ¿no lo has aplaudido y acogido con el amor de madre? La sonrisa de tus labios ha sido siempre para mí estímulo y recompensa. Al dedicarte este libro rindo un noble culto á la memoria de todos los seres queridos que nos han precedido en la muerte.

Tú tocas ya los umbrales de la tumba, y yo veo que mis cabellos principian á blanquear, y siento que mi espíritu acaricia la idea de la eternidad. — A ti te sostiene la fe que es fuerza, y el amor de tus hijos que Dios te conserva como sostén en tu paso vacilante al sepulcro. En mí no ha muerto todavía la esperanza. Unos tras otros han ido desapareciendo los hijos de tu corazón. Y todos sucumbiremos, para que nos sucedan los inocentes vástagos llenos del amor de Dios.

1. En 1876 publicó nuestro hermano este volumen de 574 páginas, y la edición está ya agotada. Los escritos que aparecen hoy en esta primera parte, pertenecen á dicha Colección. (NOTA DE LOS EDITORES.)

*
* *

Era un cedro á cuya sombra germinó la virtud, y la inocencia cosechó ejemplos de amor y de ternura, de fraternidad y de obediencia. Erguido se desarrollaba feliz, cuando un día al embate del viento perdió dos de sus retoños. Mas después sobrevino la tempestad, é hirió su rama más frondosa : una lucha entre ésta y la muerte se establece, mas agotadas sus fuerzas, hubo de ceder y se desgajó : era la rama primogénita, vistosa, llena de savia, fuerte en la vida y fuerte en su defensa contra la muerte. Pero he aquí que á poco y sin que nadie lo previera, llegó el rayo y mutiló el robusto tronco. Estremeciéronse las ramas á tan rudo golpe y aglomerándose sirvieron de amparo al frondoso cedro.

No debía morir; Dios lo reservaba para nuevos destinos.

Así pasaron los años, cuando por una, dos, tres veces, la tempestad volvió para llevarse tres de las bellas ramas, la última en flor; y se llevó también las graciosas enredaderas que recubrían el árbol con guirnaldas perfumadas; la una llena de frutos que se salvaron, las otras con sus botones entreabiertos al beso de la luz y desecados al soplo del huracán.

Ese cedro es la imagen de nuestro hogar, cuando todos tus hijos reunidos bajo tus alas y en presencia del patriarca de nuestra familia, recibíamos de ambos las bendiciones del cielo. Esas ramas desgajadas, fueron tus hijos, mis hermanos, muertos cuatro de ellos en la primavera de la vida, cuando el corazón obedece á las atracciones del amor y el espíritu va en pos de lo ideal. Esas enredaderas fueron las jóvenes esposas de tus hijos, que sucumbieron igualmente en la edad del sentimiento.

Por once veces se ha roto la cadena del amor, y por once veces los eslabones han vuelto á soldarse al impulso del recuerdo paternal, al fuego de tu ternura.

Si Dios me tiene reservado para precederte en el camino de la tumba, recibe este libro en cuyas páginas se refleja mi corazón.

Si al contrario tú debes precederme, todos nosotros tomaremos los eslabones de la cadena para fundirla de nuevo y formar la corona de gloria que circunde tu sepulcro, como un culto filial á tu memoria, al lado del augusto padre y de los hermanos muertos, de las graciosas enredaderas simbolizadas en los lirios de la tumba.

Caracas, Noviembre 16 de 1875.

ARISTIDES.

CIENCIA Y POESÍA

LA GOTA DE AGUA

A Amalia [1].

La primitiva atmósfera quiso un día formar el Océano, y los componentes del agua se unieron. Con la velocidad del huracán la lluvia se precipitó sobre la tierra todavía candente; pero apenas el planeta sintió el choque de aquel diluvio universal, despertó convulso, y en torbellinos de vapor el agua tornó á las regiones del espacio.

Hubo una lucha de siglos entre el fuego y el agua. El planeta, debilitado, fué al fin vencido. Entonces se abrieron las cataratas del cielo y el agua buscó su lecho por entre los escombros de la apagada costra. — He ahí la primera gota de agua dando nacimiento al primitivo Océano.

En posesión de la tierra, las aguas pasearon sus ondas de polo á polo y acariciaron las islas de granito que con sus cimas todavía humeantes eran los lúgubres restos de aquel naufragio. La ola empezó entonces su trabajo mecánico, y con su instrumento cortante y corrosivo pulverizó la obra de los cíclopes. — Era la gota de agua, que en el fonde del Océano construía el lecho de los futu-

1. La señora Amalia Indart de Gallardo, digna esposa de mi recordado amigo el señor Licdo. Félix Gallardo, distinguido hijo de Puerto Rico.

ros continentes, y con los despojos del granito formaba las montañas submarinas que el corazón del planeta, en sus momentos de expansión, levantaría más tarde sobre las aguas.

¡ Grande Océano! Su dominio es la tierra con sus montañas y sus abismos : la atmósfera el laboratorio donde depura sus aguas, y en su flujo y reflujo tranquilo ó agitado, es el movimiento perpetuo en la naturaleza, el círculo eterno de creación y destrucción que constituye la armonía del mundo.

Cuando las primeras hierbas cubrieron las islas, y los animales marinos buscaron en ellas el alimento que debía nutrirlos, la gota de agua fué sorprendida en su trabajo mecánico, y previsora, estableció la primera ley que debía regir la vida. — « Yo me dejaré evaporar por el calor del sol y en vapores invisibles me posaré sobre la cima de los montes : penetraré en la roca, nutriré la planta y el animal, y cargada de nuevos materiales tornaré victoriosa conducida por los ríos, á mi grande imperio, el Océano. » Así dijo y desde entonces la gota de agua constituye esa corriente de vida entre el cielo y la tierra que nutre la roca, la planta, el animal, el hombre.

Viajera infatigable, la gota de agua da la vuelta al mundo. Conducida por los vientos alisios, pasa del Ecuador á los Polos y de los Polos al Ecuador, rasa el Océano, penetra en el interior de los continentes para darles vida, y retorna con las corrientes superiores después de haber nutrido un mundo con las emanaciones del otro. La corriente equinoccial la conduce también sobre sus ondas, y cuando el sol la hiere en las regiones del Trópico, se bifurca, lleva el calor á la zona de los Polos, y escondida en lo profundo retorna victoriosa con el frío robado á las regiones polares.

« Hay un río en el seno del Océano, ha dicho Maury, que ni se agota en las mayores sequías, ni se rebosa en las mayores crecientes. Sus orillas y su lecho son de agua fría, entre las cuales se deslizan torrentes comprimidos de aguas cálidas y azules : es la *Corriente del golfo*. En ninguna parte del mundo existe una corriente tan majestuosa : es más rápida que el Amazonas, más impetuosa que el Misisipí, y la masa de estos dos ríos no representa la milésima parte del volumen de agua que aquella conduce. » Ese río inmenso es el que lleva la gota de agua que va á calentar el polo del norte.

Desde el día en que el sol ilumina la tierra, la gota de agua y la luz se buscan como dos gemelas inseparables. Al nacimiento del día, la gota de agua, en vapores de gasa, recoge los rayos del sol para formar la aurora : á la tarde, cuando el astro se sepulta en el ocaso, es la gota de agua la que recibe los adioses del crepúsculo.

Si bello es el nacimiento del sol en los países de montañas, más bello es aún su ocaso, cuando en las regiones del Océano parece ahogarse entre los resplandores de un incendio.

Quitad á la luz la gota de agua, y los siete colores del iris no volverán á embellecer el horizonte. Porque ella es el espejo de los astros: el sol, la luna y las estrellas parece que se deleitan al ver sus reflejados por el cristal de las aguas. Puede decirse que la gota de agua es el espejo que refleja el firmamento con todos sus fenómenos.

De los rayos del sol, el luminoso la embellece : por todas partes, la busca, juega con ella y la acaricia como la mariposa á la llama. Por doquiera se encuentran como dos almas que se buscan. Razón tuvo Jouvencel, cuando dijo : « La materia tiene también sus amores y preferencias y extravagancias caprichosas y singulares que hacen suspirar al corazón. »

No así el rayo colorífico, rival de su hermano, que la busca para evaporarla. Según el refuerzo que le quede, así formará el Océano ó los ríos, el rocío, la escarcha, el granizo, ó irá á fijarse, dura como la roca, en las altas cimas de la tierra, ó en esos polos que ella amuralla con eternos hielos.

¿ Veis esa gota de agua perseguida por el rayo calorífico del sol? Sin ella, el astro del día nos incendiaría y la tierra sería una fragua. Cuando el sol hiere verticalmente los mares, la gota de agua se interpone entonces como una pantalla entre el cielo y la tierra, y un anillo de nubes circunda el Ecuador. El calor es sofocante, el vegetal se inclina, el animal desfallece y el hombre vive en medio de una agitación febril. La gota de agua entre las negras nubes que cubren el firmamento, está inmóvil y amenazadora aplacando la cólera del cielo. A poco las nubes principian á cubrir el horizonte; las hojas de algunas plantas se cierran y los animales se inquietan : el rayo rompe la nube, y al estampido del trueno, la tempestad comienza. Al instante el sol desaparece, los bosques tiemblan y los

ríos salen de madre. La tempestad está en todo su esplendor.

Al amanecer del día siguiente, la naturaleza está en paz y la gota de agua parece deleitarse á la vista de sus estragos, vagando en copos de algodón sobre los declives de las montañas, ó suspendida como lágrimas del cáliz de las flores.

En el Océano la tempestad enfurece también las aguas; las ondas escalan el cielo y el hombre siente crujir sus miembros á los rugidos del huracán. Pero después la calma domina los mares, y la gota de agua, poco antes furiosa y temible, se adormece tranquila sobre la inmóvil superficie del Océano.

Adormecida por un instante. Quizá más tarde volverá á aparecer en temida tromba é iluminada por el rayo y anunciada por el trueno acometerá á los continentes : derribará en su curso giratorio cuanto encuentre á su paso, para volver en seguida al Océano y unir en líquida columna el cielo con la tierra.

Con las últimas lluvias del invierno, la gota de agua da su adiós al Ecuador, y el cielo se ostenta en toda su belleza. Entonces principia el invierno en las regiones del norte, y esa gota de agua, que preservó á la América de un incendio, va á preservar al viejo mundo de un frío de muerte.

En su fuga elíptica, la tierra huye del sol y el astro la abandona, pero á proporción que la tierra huye, la gota de agua se ensancha y cuando ya no puede dilatarse más, se congela y flota; ¿ qué sería de la vida, si esa gota de agua helada no viniera á preservarla de la muerte? — El hombre sabe buscar el fuego que lo caliente; el cuadrúpedo se oculta entre las breñas; el ave viajera emigra, en busca de climas menos fríos, y los habitantes del Océano encuentran calor en las zonas de su dilatado imperio; mas el vegetal y los animales de agua dulce sucumbirían si la gota de agua no viniera á conservarles la vida. Por eso al congelarse, cubre los lagos y los ríos con una faja de plata, y los árboles, sin hojas, aparecen como espectros con sus mortajas de nieve. — Es la gota de agua que los preserva de los rigores del frío, mientras unos y otros invernan.

Cuando la tierra regresa de su largo viaje, atraída por el astro de la luz, la naturaleza despierta de su letargo : las aves cantan de nuevo su regreso á la patria : la savia de los vegetales brota en retoños de cambiantes colores : desaparece la nieve de los ríos y de

los lagos, y los animales aspiran, en la superficie de las aguas, el rayo benéfico del sol. Es la primavera, juventud de la tierra, que regocija á la mitad de un mundo, mientras la otra, favorecida por la gota de agua entra en el sueño del invierno.

En alas del viento, la gota de agua cruza la tierra. Cuando el viento es suave, la conduce á dos metros por segundo : cuando es fuerte, diez : en la tempestad marcha veintidós, y en la gran tempestad veintisiete : con el huracán marcha treinta y seis, y cuando camina cuarenta y cinco, ya la naturaleza se encuentra en un estado de vértigo; y la gota de agua va sometida á su destino.

¿Qué hay en el mundo que camine con más velocidad que esa gota de agua conducida por el huracán? — La tierra que ella nutre, que corre siete leguas por segundo, y la luz, su amiga inseparable, que en ocho minutos atraviesa la inmensa distancia del cielo á la tierra, recorriendo setenta y siete mil leguas por segundo.

Cuando los vegetales cubrieron las montañas, la gota de agua, en diáfanos vapores, vino á visitarlos, y ellos la recibieron en la parte superior de sus hojas. Al instante canales misteriosos la absorbieron para guardarla en las regiones ocultas del vegetal. La gota de agua les regaló los elementos del aire, y no saciada, buscó las raíces para nutrirlas con los elementos de la tierra. Desde ese día las plantas gramíneas contienen sílice, las juncáceas cloro : ella dió á las crucíferas azufre, á la viña el oro, y llenó de sales las algas marinas. Desde ese día cada árbol es un laboratorio químico con una sola manipuladora, la gota de agua, buscando los tintes, los ácidos y las sales para colorear las flores, azucarar los frutos y nutrir las féculas.

Penetró más después en las regiones profundas, y robando al planeta su calor, se ostentó victoriosa en los Geysers de la Islandia y en todas esas fuentes termales que serpean en el globo.

Cuántos siglos pasaron desde el día en que la gota de agua, oculta en el seno de los valles, aguardaba que la ciencia del hombre viniera á buscarla. Una vez la sonda llamó á su morada, y la gota de agua brotó retozona y bulliciosa saludando á la luz. Desde entonces los pozos artesianos son el camino que comunica la gota de agua subterránea con las regiones de la atmósfera.

Cuando los continentes conquistaron los archipiélagos, el Océano quedó por doquiera aprisionado y no pudo escaparse. La gota de

agua voló entonces á las nubes, dejando al conquistador los tesoros que guardaba. He ahí el origen de las minas de sal y de esas galerías subterráneas donde el genio del hombre ha esculpido todos los caprichos del arte.

Al regresar al Océano, la gota de agua buscó el remanso de las costas y se evaporó de nuevo. Y el hombre no necesitó ya cavar la tierra en busca de la sal : el Océano se la regala.

Ella ha dejado sus huellas en las rocas del mundo antediluviano. En los asperones de Conneticut, las impresiones de lluvia nos cuentan la historia de aquellas épocas en que los saurianos, con cuello de cisne y con alas, poblaban las tierras y los mares. ¿Queréis todavía encontrarla en su estado primitivo? Buscadla en el interior de las ágatas. Allí la encontraréis tranquila en su ganga de cristal; pero brillante, transparente, movible como lo estuvo el día en que, dejándose sorprender, no pudo evaporarse y quedó aprisionada entre celdas de luz.

Buscadla después en sus mayores obras, los terrenos sedimentarios, que ella formó en el lecho de los mares. No hay roca que no la contenga, desde los depósitos modernos hasta el granito que la guarda entre cristales. Con ella los minerales y sales de la tierra vienen á las manos del hombre, y fué ella la que en el delta de los antiguos ríos construyó esas cuencas de carbón, osario de la primitiva vegetación del globo destinada á ser más tarde el combustible del hombre.

En donde está el vegetal, ahí está la gota de agua. En los desiertos de ambos mundos, la palma la anuncia. Cuando el viento del Simoum ataca la caravana, el viajero acongojado percibe á lo lejos la palmera del desierto y su corazón suspira. El sabe que al pie del árbol está la gota de agua que va á mitigar su sed.

Perdido en medio de los bosques, y fuera de los grandes ríos, el viajero la encuentra en los tallos de la vid, en las lianas de agua, en los hermosos cactus y en esas urnas del nepentes, copas de Hebe que guardan el néctar delicado.

Cuentan que un día Mehemet-Alí, contristado á la vista de las áridas regiones del Alto Egipto, quiso atraer la gota de agua, y sembró millones de árboles. Y la gota de agua descendió á fertilizar la tierra de los Faraones.

En su peregrinación de cuarenta años, el pueblo de Israel sintió una vez la agonía de la sed, y murmuró contra su Dios; pero aquel que caminó al través del Mar Rojo, tocó con su vara mágica la roca, y la gota de agua brotó para apagar la sed del pueblo rey.

El genio del hombre quiso aprovecharse de la gota de agua como impulso mecánico, y tomándola en los ríos, la aplicó al cultivo de los campos : pero la ciencia de Fulton fué más allá, y, aprisionándola, la sometió al fuego. Y la que había vencido al fuego, fué vencida por el fuego. Cuando el vapor cruza los mares y une los continentes; cuando los ferrocarriles estrechan las distancias de la tierra, el hombre salvaje al ver las espirales de humo que corren como meteoros, se pregunta, ¿ qué fuerza es esa que cruza la tierra con la velocidad del rayo? La ciencia le responde; es la gota de agua aprisionada por el hombre y empujada por el fuego.

En una época, el genio del mal inventó la pólvora, y la gota de agua le dijo : tú necesitas del fuego, yo te apagaré. El ingeniero la aplicó más tarde para volar las minas, y la gota de agua que estaba oculta entre las rocas aguardó el invierno. Cierto día el ingeniero sintió que sin pólvora la montaña temblaba y las rocas volaban por los aires como impelidas por una fuerza infernal. El ingeniero quedó atónito. — Era la gota de agua que al congelarse aumentaba de volumen, buscaba la libertad, y rompía en fragmentos las rocas que la aprisionaban.

¿ Queréis verla todavía más potente? Encerradla entre bombas de hierro, y sometedla al frío. Estad seguro que al congelarse, romperá la férrea prisión y buscará la libertad.

Recorred la tierra del Polo al Ecuador, desde las orillas de los mares hasta las altas cimas del Himalaya, por doquiera la encontraréis : roca, planta, animal, todos la ambicionan, todos la buscan; pero la planta y el animal llegan tan solo hasta cierta altura, de la cual no pueden pasar. Mas arriba está la gota de agua cubriendo con un gorro frigio la cima de los volcanes, y pareciendo decirles; « aquí estoy, para el día en que quieras incendiar la tierra ».

En los volcanes de los Andes, muchas veces á la explosión de la montaña sucede un ruido sordo, profundo, que se desvanece en lontananza. Es la gota de agua derretida por el fuego del volcán que forma un río subterráneo y busca el valle lejano ó el Océano.

La gota de agua no es geómetra, pero sí artista. En las montañas calcáreas tiene sus grutas encantadas llenas de obeliscos y de flores. Hermosas estalactitas que remedan todos los caprichos del arte y trabajadas por una sola obrera; la gota de agua filtrando en la roca.

En las fuentes cálidas ella incrusta de sales las frutas y las hojas; mas es en los polos de la tierra donde canta su apoteosis. En ellos, forma barreras de agujas, de torreones, de obeliscos y de cristalizaciones infinitas. Paisaje fantástico con sus noches de seis meses iluminadas por las auroras polares. En esas regiones vedadas al hombre es donde la gota de agua rivaliza en brillo con el diamante cristalizando en estrellas que hacen suspirar al corazón.

¡ Cosa extraordinaria! En el centro de esas murallas de hielos eternos que parecen el dominio de la muerte, existe una mar libre, con animales que vuelan, con vegetales que suspiran al viento, con olas que besan la ribera. Ultimo límite del mundo físico adonde la gota de agua conduce el calor del Trópico.

Cuando al peso de los hielos las montañas se hunden bajo las aguas, una inundación baña la tierra de uno á otro extremo. Es la gota de agua engendrando los diluvios periódicos que cada diez mil quinientos años viaja de un polo al otro.

En esas regiones polares y también en las altas cordilleras nevadas está la patria del ventisquero, que es la gota de agua formando montañas de hielo, masas flotantes que caminan lentamente, espectro de las elevadas latitudes que llevan oculto el mortero tonante, el río impetuoso, el peso que agobia y sumerge. El ventisquero es la gota de agua simbolizando una visión del Apocalipsis.

Ningún agente es más universal. Penetra en las rocas, en los vegetales; se mezcla con la sangre y líquidos de los animales, y está en los senos más recónditos del cuerpo humano; pero su más bella manifestación es la lágrima. ¿ Quién ha podido resistir al llanto de la mujer? Ese llanto, dijo Byron, es el rocío del corazón. Darwin fué más feliz cuando dijo « ni las perlas irisadas que coronan la fortuna, ni los diamantes preciosos que ostenta la belleza, ni las estrellas centelleantes que adornan la frente de la noche, ni los rayos del sol que iluminan el semblante risueño de la mañana, tienen un brillo comparable al de las lágrimas que derraman los ojos de la virtud sobre las desgracias de los hombres ».

La historia conserva el nombre de aquella pecadora arrepentida que al pie de la cruz, lloró un mar de lágrimas. Aquellas lágrimas reverdecieron su alma agostada, como reverdece á la tierra la gota de agua convertida en rocío.

La lágrima es la gota de agua en su misión fisiológica. ¿ Qué sería del hombre sin la lágrima? Ella es no solo la expresión de la dicha ó del dolor, sino también el sostén de la vida orgánica. Sin ella la visión desaparecería al influjo de la sequedad del aire y del polvo; sin ella el olfato no percibiría los aromas. El hombre vive llorando, y la lágrima que en ocasiones solemnes se manifiesta abundante, como mensajero de las grandes emociones del alma, baña á cada instante los órganos que le están encomendados para preservarlos y sostenerlos en sus luchas con los agentes exteriores.

Cuando el sol ha tostado los campòs, cuando la hierba se enciende, los árboles se secan, y los ríos desaparecen, entonces la gota de agua es la esperanza del hombre y del animal. En los desiertos del Nuevo Mundo, el rumiante la prevé, y á los primeros truenos del invierno, previsor, busca las alturas. A poco la gota de agua se deshace en torrentes y los ríos se rebosan : Un mar sin límites cubre las estepas. — Es la gota de agua que viene á nutrir el futuro pasto del rebaño y á reverdecer la tierra que ha tostado el sol.

Sin la gota de agua, Colón no hubiera descubierto el Nuevo Mundo. Fué esa gota de agua conduciendo el calor á orillas de la Suecia y de la Laponia, la que arrojó á la codicia de los hombres los frutos del Trópico.

¿ Por qué, al sumergirse las estrellas tras el disco de la luna, desaparecen instantáneamente sin dejar un rastro de su suave luz? Porque allí no existe la gota de agua. El astro de la noche, como ha dicho Humboldt, es un desierto silencioso y mudo donde ninguna onda aérea puede transmitir el canto ó la palabra. Y sin embargo, el astro de la noche la ama. Cada doce horas él la atrae y la llama hacia sí, y la gota de agua se levanta sobre la onda como un hijo que extiende los brazos á su madre. — Es el flujo y reflujo del Océano. — Por esto, cuando la luna llena asoma en el horizonte, las nubes de lluvias que cubren el cielo se dispersan para dejar al astro de la noche brillar en el espacio.

Tan sociable y al mismo tiempo tan temida en el Océano; tan

retozona é invasora en los ríos, tan bulliciosa en las cataratas: terrible en la tromba y en el ventisquero, vagabunda en los vientos, artista, industriosa, mecánica, sagaz, la gota de agua es también dócil y sumisa: un niño la eleva en los aires en las burbujas de jabón y un enfermo la coloca cerca de su lecho para que recoja los miasmas del aire; porque ningún purificante de la atmósfera es más eficaz que la pobre gota de agua.

¿Pero qué es la gota de agua? ¿cuál es su origen? — Un fisiólogo diría que es un mundo de organismos que respiran, se mueven y pululan. Caprichoso mosaico de todas las formas y colores, la gota de agua ocultaba á los ojos sus creaciones animadas, hasta el día en que el microscopio quiso sorprenderla. Que esos seres se llamen *poligastria ó rotiferos*, ¿qué importa? ¿Los infinitamente pequeños no son hijos de Dios, como los infinitamente grandes?

¡Cuántas veces el hombre ha pasado delante de esa lágrima suspendida de las flores, sin saber que ella es un palacio mágico donde seres sensibles como él, celebran en perpetua danza la vida y el amor!

Pero si el fisiólogo encuentra en ella la vida en una de sus tantas formas, el químico busca tan solo el juego de los átomos. Lavoisier manipulando un día con dos gases formó el agua. — El uno es el oxígeno, el otro el hidrógeno. — El oxígeno es la vida, excita la llama, resucita el animal, y el pobre prisionero al asfixiarse le busca en la estrecha ventana de su calabozo. El hidrógeno es la combustión, la asfixia, la muerte.

« Basta poner en contacto, dice Parville, el oxígeno y el hidrógeno y elevar la temperatura; las moléculas hidrogenadas se precipitan sobre las moléculas oxigenadas como dos astros que cayesen uno sobre otro; el choque engendrará calor y luz. Una llama oscilará en el punto de contacto como un fuego fatuo. El resultado del choque, el resultado de la combustión del hidrógeno con el oxígeno será el agua. Hallándose muy elevada su temperatura, se presentará en forma de vapor que poco á poco se condensará. »

« ¡Qué singular fenómeno! el fuego acaba de producir agua; el líquido ha salido de en medio de la llama, como los magos de la antigüedad querían hacer aparecer á sus creaciones fantásticas en medio de relámpagos y truenos. »

He aquí la gota de agua : ¿ sin ella qué sería del mundo? « La atmósfera se desecaría, los ríos se vaciarían en los mares, los organismos perecerían. »

Terminemos con Parville[1].

« La imaginación se espantaría cuando al contemplar esta pequeña gota suspendida de las hojas, quisiera contar el número de metamorfosis porque ha pasado. Sería necesario remontarnos hasta las primeras edades de la tierra, cuando el agua corría en arroyos en la corteza terrestre aun ardiente. Esta pequeña gota ha asistido á todas las revoluciones del globo; ha visto nacer y desaparecer los numerosos organismos enterrados hoy en el suelo; ha participado de los grandes diluvios; ha apagado la sed de los animales gigantescos de las épocas geológicas y más tarde la de los primeros hombres y de todos los pueblos que han aparecido en la tierra en los tiempos modernos. ¿Qué entendimiento no se sorprende á la vista de estas transformaciones singulares? Vosotros miráis hoy esa gota de agua, la beberéis acaso mañana; pues bien, diez siglos, veinte pasarán, y todavía subsistirá, será bebida por otros y llegará á ser contemporánea de las generaciones futuras. Desaparecerá en lo infinito de los tiempos, é irá á perderse en las profundidades del globo cuando el frío haya invadido la tierra y nuestro sistema solar terminado su papel en el gran concierto universal. »

EL VELO DE GASA

A José Ramón Villasmil.

Un día en la historia de la tierra, después de aquella prolongada noche en que las aguas conquistaron el planeta, el sol pudo al fin iluminar los mares : fué entonces cuando el genio de la vida se cernió sobre las aguas, y brotó de su cuerno de oro el germen de los primeros seres.

1. Parville es uno de los poetas de la ciencia moderna, y el primero que escribió en sus *Fantasías científicas* una bella disertación sobre la gota de agua, de la cual he tomado estos párrafos.

Desde ese instante las islas que principiaron á salir del seno del abismo, se coronaron de plantas que sonrieron á las caricias del sol, en tanto que sobre las olas que besaban las riberas, los obreros del océano buscaban entre las rocas el calcáreo con que debían edificar sus esquifes de nácar y alabastro.

El rey de la luz contempla entonces á la tierra que, bella como Venus, salía del seno de las ondas envuelta en su velo de gasa. A su presencia, el sol ilumina su ropaje, se aproxima, y al 'estampar un beso sobre la frente de la diosa, el velo de gasa se tiñe de azul. Ese velo es la atmósfera que rodea á la tierra : dilatado y pavoroso imperio en que reina como soberana la molécula de aire.

Pero á proporción que las islas se coronaron de flores, y de animales el océano, las fuerzas del abismo empujaron nuevas tierras, y los archipiélagos se convirtieron en continentes. Fué entonces cuando la molécula de aire dijo al sol : — « Vamos á sostener la vida de esta conquistadora de las aguas, que por dondequiera reviste nuevas formas. Dame tu calor que yo conduciré en mis alas; dame tu luz que descompondré en mil colores; y con tu calor y con tu luz distribuiré las aguas y los vientos, daré vida á la planta y al animal, belleza y colorido al paisaje, música al hombre. »

Y dijo después al océano : — « Dame tu gota de agua para formar las nubes que con mis vientos conduciré á las montañas y cordilleras de la tierra. Nutriré los ríos, distribuiré las lluvias, daré impulso á las olas; y corriendo de un polo al otro la tierra, bañaré los continentes que te pagarán su tributo conduciendo sus ríos á tu seno. En cambio, daré vida á tus animales y á tus florestas; y cuando airado quieras vengarte del hombre, que sin piedad se aprovechará tus tesoros, formaré con tus aguas la temida tromba, ó á impulsos de mi aliento, nacerán los huracanes, que en torbellino giratorio, sepultarán las obras de la industria humana. »

Desde entonces la tierra, girando en derredor del sol, conduce entre los pliegues de su ropaje aéreo, los rayos de la luz y la gota de agua con que sostiene el reino de la vida. Desde entonces el astro luminoso y la tierra se enamoran sin cesar. Ya se acercan, se miran de lado, y la tierra le presenta uno de sus polos : ya se alejan,como desdeñándose, y cuando en lontananza la tierra escucha la llamada del astro, le presenta el otro polo : al instante regresa, se

contonea, sonríe y cambia de posición en su camino elíptico, y temblorosa de dicha, mira de frente al astro y le muestra su cálido seno poblado de océanos y montañas.

Va corriendo, y el hombre no la ve. Es una coqueta enamorada que conoce todos los secretos de la magia y cuando más extasiado ve al sol que la contempla, se cubre de nubes y se esconde á las miradas del astro.

El día no ha nacido y ya ella tiene en el Oriente nubes mensajeras que la anuncien á su amante; y antes que éste se asome lo contempla por medio de un espejo mágico que únicamente ella posee : — el crepúsculo. — A poco disuelve sus nubes, recibe á su amante que, embriagado de amor, arroja á sus pies manojos de luz. Ella los toma, los descompone, tiñe con sus colores cascadas, flores, montañas y océanos, y deja para su ropaje aéreo el azul de la esperanza. Durante el día, ambos se comunican en el lenguaje de la luz, de los colores, de la armonía y de los perfumes; y cuando el sol va á ocultarse en Occidente, le envía de nuevo las nubes mensajeras que lo acompañan á la tumba. Entonces, triste y llorosa la contempla de nuevo por medio del espejo mágico y le dice : — « hasta mañana ».

Seguidla en su curso alrededor del astro, y la veréis cómo cambia de vestido á cada instante. Ya es la primavera y el otoño en la línea de los equinoccios; ya el estío é invierno en la línea de los solsticios; ya el prolongado día de uno de los polos, mientras el otro yace supultado en la tenebrosa noche de seis meses; ya en fin, la zona de verdura, la primavera eterna con que ciñe su cintura durante toda su carrera en las regiones del Ecuador.

¿ Qué importa que su rostro se nuble si su seno brota flores y perfumes? Cuando una de sus zonas se sepulta bajo los fríos del invierno, la otra sonríe al canto de la primavera, y cuando su ropaje de gasa cubre apenas sus pies helados, su cabeza está coronada con una diadema de rayos. Afortunadamente es redonda y tiene sus horas de descanso en que sueña con su amante, cuya imagen se le aparece entonces en el astro lunar, en los planetas solitarios que le hablan en nombre del sol, y quiebran sus rayos entre los pliegues de su ropaje.

Pero ¿ qué importa á la tierra el día ó la noche ? Hay una fuerza

que no duerme, y que incansable la arropa, la nutre, la vivifica y la acompaña á toda hora. Esa fuerza es la molécula de aire — mezcla de dos gases, el oxígeno y el ázoe, que forman para ella el gran velo de gasa, invisible para los seres que nutre, pero visible para el astro á cuya mirada obedece.

Del infusorio al molusco, al insecto, al pez : del pez al reptil, al ave, al mamífero, al hombre : toda esa gran pirámide de la vida, cuyo pedestal está en las profundidades del océano y cuya cima llega á las regiones inaccesibles del cóndor, está sostenida por la molécula de aire. No satisfecha con alimentar los seres que se mueven sobre la tierra, ella se mezcla con el agua del océano en solicitud de los misteriosos arquitectos que en las profundidades del abismo y arropados por la noche eterna, trabajan sin descanso. Allí llega para darles el aire que respiran, y allí encuentra á la ostra que trabaja la perla, al coral que empuja los continentes, á las conchas, á los peces, y á los infusorios microscópicos que no tienen la fuerza necesaria para remontar á la superficie.

Buscadla más después en los antros de la costra terrestre, en esas regiones desconocidas á donde el hombre no puede llegar : allí está haciendo respirar á los proscritos de la luz que viven en medio de una noche eterna. En el seno de las rocas, bajo el tronco de los árboles, cuyas raíces devora el gusano inmundo, en el cieno, en el charco fétido, bajo las arenas del desierto y hasta en la cálida ceniza del fuego subterráneo, está constantemente haciendo respirar millones de seres, trabajadores de Dios, para quienes la luz del día es todavía un enigma. Buscadla, finalmente, en sus dominios, patria del ave y del insecto ; ahí está sosteniendo al ser alado, al mismo tiempo que se introduce en todos los secretos de su cuerpo, y le dice : « respira, canta, ciérnete sobre la tierra florida y goza : aquí estoy yo ».

Pero ¿ qué da la molécula de aire á todos esos seres, cómo los nutre? ¿En dónde sorprender ese progreso del trabajo, ese laboratorio misterioso en que una fuerza invisible obra á todas horas sin tregua y sin descanso ? Ella no edifica como la abeja sus celdas geométricas, no teje como la araña su red de delgados hilos, ni construye como el ave su nido de artísticas formas, no : ella trabaja como química. Ella es el soplo divino en solicitud de la sangre venosa de

todos los animales para convertirla en sangre roja y nutritiva.

A su presencia, todos los seres la aspiran y la reciben : los unos en sus galerías aéreas (branquias), los otros en sus fuelles elásticos, armoniosos (pulmones), y penetrando en unos y otros, les regala uno de sus dos componentes : el oxígeno. ¿Qué hace en esa visita interior, misteriosa? Toca sin que nadie la vea á las paredes membranosas de los vasos sanguíneos; estos la absorben y dejándose conducir por los glóbulos de la sangre arterial, nutre los órganos por donde pasa y llega hasta los extremos del organismo en busca de una sola sustancia : el carbono. Allí lo encuentra, lo toma, se lo asimila, lo transforma en ácido carbónico; y victoriosa se deja conducir por los glóbulos de la sangre venosa que la acompañan por caminos diferentes hasta ponerla en libertad.

Volando entonces hacia los vegetales, se les presenta, diciéndoles : « He ahí el residuo de la combustión animal, respíralo, muévete y abre tus flores. » Al punto, cada hoja se transforma en una pila galvánica, que manejada por el rayo calorífico del sol descompone el ácido carbónico, el vegetal se asimila el carbono y devuelve al aire el oxígeno. Y corriendo de un polo al otro hace respirar los unos con el desperdicio de los otros.

Contemplad todos los seres vivientes desde el infusorio hasta el hombre : no hay lugar de la tierra, no hay hora del día ó de la noche, en que cada animal, en la vigilia ó en el sueño, no cambie el oxígeno del aire en ácido carbónico. Contemplad todo el reino vegetal desde el musgo hasta los grandes árboles, hasta la hierba que vegeta entre las grietas del nevado pico : no hay lugar de la tierra, no hay hora del día ó de la noche, en que cada vegetal, en la vigilia ó en el sueño, no cambie en ácido carbónico del aire en oxígeno. A su presencia el animal se vivifica, crece, se desarrolla y canta la apoteosis de la molécula bienhechora. Y el vegetal crece, se desarrolla, llénase de flores y de frutos y canta igualmente la apoteosis de la molécula misteriosa que, invisible, conduce la antorcha de la vida é ilumina los reinos vegetal y animal : reinos que se sostienen mutuamente y en que la molécula de aire es el telégrafo misterioso que los comunica.

Pero en tanto que los animales dan al aire ácido carbónico, de todos los volcanes de la tierra, de las hulleras, de los pantanos y de

2

las putrefacciones, de las fraguas y de los incendios, como de todas las chimeneas de la industria y del hogar, se levantan columnas tenebrosas que conducen á las regiones del aire el ácido carbónico de la tierra. ¿Qué hace esa molécula de aire al ver invadidos sus dominios por el agente de muerte, residuo animal con que ella nutre los vegetales? Ella sabe lo que es el ácido carbónico, y sin titubear lo toma, lo lleva con sus corrientes sobre los vegetales, que lo absorben y descomponen, ataca á las rocas calcáreas para formar los mármoles y los carbonatos. En seguida lo disuelve en las aguas de los ríos y del océano en solicitud de las florestas acuáticas que á su presencia se mecen majestuosas. Ataca después los carbonatos calcáreos, los disuelve para que los animales lo absorban y construyan sus esquifes, mientras en la superficie se ha mezclado con el humus de la tierra fértil en solicitud de las raíces vegetales que se lo asimilan. Esto es lo que hace á cada instante la molécula de aire con el ácido carbónico que sin cesar le envía la tierra : veneno mortífero para el hombre, néctar delicado para el reino vegetal y para los moluscos y zoófitos del océano que sin él no podrían absorber el calcáreo que los sustenta y los abriga.

Mas no es aquí donde se detiene en su movimiento genésico la molécula de aire á cuya previsión Dios ha confiado los tres reinos de la tierra. Ha operado tan solo con uno de sus componentes, el oxígeno. Con este ha dado respiración al animal de que toma el carbono para dar respiración al vegetal : con su oxígeno ha atacado las rocas y minerales para formar óxidos y ácidos ; ha descompuesto las tierras; ha eflorescido las sales : el oxígeno es la llama, es la luz : la luz es la vida.

Pero el ázoe, el otro de los componentes del aire, ¿no será también necesario para la vida de la planta y del animal? ¿Mas cómo obrar si él por sí es impotente? ¿No habrá alguna fuerza poderosa que combinándolo con su compañero, lo transforme y lo anime? Sí, esa fuerza es la chispa eléctrica. A su presencia los dos gases del aire, que por todas partes han obrado en su estado de simple mezcla, se unen, se confunden, y un nuevo agente se exhibe en el gran laboratorio de la naturaleza : el ácido nítrico. Por otro lado, el mismo ázoe se une con el gas hidrógeno de la gota de agua, habitadora del

aire y un nuevo agente de vida, el amoníaco, toma su asiento en las regiones azules del espacio.

En posesión de nuevos agentes, la molécula de aire obra entonces con el ácido nítrico y con el amoníaco sobre la tierra, y forma los nitratos y las sales amoniacales que, conducidas por las aguas y por las tierras con el auxilio de los óxidos y de los ácidos, se presentan ante el reino vegetal que los absorbe. Esta es la obra del ázoe en la conquista de los tres reinos. Dejadlo en el seno misterioso del vegetal; pues la molécula de aire, ha llenado ya su misión química en el extenso taller de la naturaleza.

Como lo veis, la combustión interior que sostiene la vida, le pertenece. Pertenécele igualmente la combustión exterior, la llama, que ilumina todo lo creado y que ella alimenta con su gran comburente, el oxígeno. Desde el infinitamente pequeño, infusorio ó alga en los reinos animal y vegetal; desde las profundidades del océano hasta las altas cimas del globo; dondequiera que el fuego se ostente, ya sea en la bujía del hogar, el incendio, la hornalla, los fuegos artificiales, las llamas vacilantes de los pantanos, los fuegos fatuos ó la terrible erupción volcánica; ó en el insecto, el animal marino ó la planta, luces de la materia orgánica; ahí está la molécula de aire oculta en su velo de gasa sosteniendo toda luz. Seguid más arriba de las altas cordilleras, y la encontraréis encendiendo á la estrella volante y al meteoro inflamado en su tránsito fatal del cielo á la tierra.

« El tiempo es invencible y todo lo destruye », ha dicho el hombre. No es el tiempo, es ese velo de gasa que flota sobre la tierra : la molécula de aire que conduce la humedad, el calor, el frío, la luz; que obra como fuerza química y como fuerza mecánica, para crear y destruir, para reanimar la naturaleza, metamorfosear los cuerpos, sostener el equilibro de los reinos y dar la vida ó la muerte á cuanto se mueve y yace bajo su ropaje invisible.

La conocéis como química ¿ queréis ahora conocerla como mecánica? Ahí están los vientos, los ecos, el canto, los gritos de los animales, la palabra; ahí la máquina que se mueve, la nave que marcha, el vapor que cruza las olas y lleva sobre su chimenea la negra cabellera de humo; y mientras que llena el espacio de suspiros y armonías y une en sublime concierto todos los seres, toma los

rayos de la luz y los quiebra y descompone para formar los paisajes aéreos y los dos crepúsculos, arcos triunfales por donde cada día entra y sale el astro rey en su visita á la tierra.

En la eterna lucha en que están todas las fuerzas de la naturaleza para sostener la vida, la tierra y su atmósfera son dos campos de batalla donde el combate se efectúa á todas horas. Para la una, las emanaciones volcánicas, la putrefacción de todos los seres y los desperdicios de la industria que se elevan terribles y mortíferos en forma gaseosa; para la otra, la gota de agua que se deshace en lluvia, el rayo eléctrico que abrasa, la onda aérea que se mueve y suspira ó se enfurece y destruye. ¿ Qué lucha puede compararse á este combate sostenido, en que la fuerza invisible es siempre vencedora, jamás vencida ? — Lanzad á la atmósfera todos los venenos conocidos, y ella los devolverá á la tierra. A sus órdenes obedece la onda que llevará el veneno sobre sus alas para convertir pueblos y ciudades en lúgubres osarios; á sus órdenes obedece la chispa eléctrica que quemará al intruso gas que ascienda á sus dominios; á sus órdenes obedece la nube viajera que deshecha en lluvia arrastra cuanto encuentra á su paso para caer sobre la tierra y entregarle sus inútiles despojos.

El animal alado se cierne en los aires é ignora la fuerza que le sostiene; el hombre corre, se agita, y sabiendo que no vive en el vacío, quiere asir con sus manos algo que se le escapa; unos y otros viven y respiran en medio de un cuerpo sutilísimo, vaporoso, elástico, impenetrable, que envuelve no solo toda la tierra, sino que se introduce en todos los secretos del organismo, en lo más recóndito de la materia. Vivimos en medio de un gas que tiene de 15 á 20 leguas de espesor, con una masa total 180.000.000 de veces menor que la masa de la tierra y con un peso absoluto de más de once trillones de libras.

« Si pudiéramos encerrar toda la atmósfera en un globo, ha dicho Boussingault, y suspender éste de una balanza, deberíamos poner en el platillo opuesto, para que hubiese equilibrio, 581.000 cubos de cobre que tuviesen un kilómetro de lado. »

El hombre vive tranquilo, y sin embargo, hace un esfuerzo sobrenatural para poder respirar. « Si admitimos que la superficie del

cuerpo del hombre sea de un metro cuadrado, se encontrará que la presión que ejerce sobre él la atmósfera es de 10.330 kilogramos, peso enorme que no podría soportar, si los gases que circulan en su economía, no equilibrasen la presión exterior. El hombre se mueve, pues, en el fondo de un océano aéreo, y en él soporta una presión semejante á la que pesaría sobre su cuerpo si marchara en el fondo de un lago cuya profundidad fuera de 32 pies. »

« Cada hombre necesita para vivir de 212 á 355 pies cúbicos de aire por hora. En otros términos : el esfuerzo hecho por una persona para respirar durante veinticuatro horas, es igual al que sería preciso hacer para levantar un peso de 70.000 libras á un pie de altura. »

¿ Mas cómo explicar este portento? El agua es más pesada que el aire, el insecto y el ave son más pesados que el aire, y ambos flotan y se mecen sobre la atmósfera, mientras los otros animales y el hombre no parecen soportar sobre su cuerpo presión alguna. ¿ Sabéis por qué? Porque la atmósfera comprime por todos lados y de todas maneras cada uno de los cuerpos vivientes ó inertes que existen sobre la tierra, al mismo tiempo que se introduce en sus órganos y cavidades para contrabalancear la fuerza exterior. Si la gota de agua se sostiene, es porque en estado de vapor ella es esférica y lleva en su seno el aire; si el animal alado se sostiene, es porque el aire ha hecho de su cuerpo un globo aereostático; si el hombre y los demás seres viven sin inquietarse, es porque cada uno de sus órganos es una bomba elástica en que el aire se introduce para equilibrar el aire que oprime.

Tal es el velo de gasa que cubre la tierra y la nutre y vivifica. ¿Quién lo ha visto? Nadie, porque él es impalpable é invisible. Todos los cuerpos de la naturaleza se ofrecen á cada instante á las miradas del hombre; tan solo la molécula de aire se le oculta. Como le acompaña á todas horas, quisiera asirla y se le escapa : quisiera contemplarla, pero no la encuentra; y sin embargo la solicita. ¿ No veis al pobre enfermo que abatido sale á los campos, y con la mirada vaga y llena de tristeza contempla el azul del cielo? ¿ Qué busca? Busca la molécula de aire que le nutre y le devuelve la salud perdida.—¿ Qué solicita el prisionero cuando ansioso inclina su rostro

escuálido sobre la estrecha grieta de su calabozo? La molécula de aire que se le escapa y que le da la vida. — ¿ Qué ambiciona el náufrago cuando en medio de la tenebrosa noche y exánime y sin aliento lucha todavía contra las olas enfurecidas? La molécula de aire, última antorcha de su existencia. — Y el moribundo que se incorpora, ensancha su seno en el último esfuerzo de la agonía, ¿ qué pide ? — Pide la molécula de aire que todavía amorosa penetra por la última vez en su garganta ya muda, para salir y perderse en prolongada y suave expiración.

La molécula de aire es para la tierra, lo que Dios para el corazón humano. Fuerzas á que apela el hombre sin quererlo : á la una en sus necesidades físicas, á la otra en sus necesidades morales. Cuando la una desaparece, con ella desaparece la vida material ; el hombre cambia entonces de vestido, mas es para vivir por siempre en el seno de la otra, que es imperecedera, eterna.

LAS ARPAS EOLIAS

A Heraclio M. de la Guardia.

Entre las brumas del Norte, en esos lugares donde el océano agita sin cesar los escollos, donde brama el huracán, donde la niebla cubre las tierras con un velo de novia, se levanta una isla : los antiguos la llamaron la Verde Erin ; es la Irlanda. Poblada por los celtas, jamás dobló su cabeza al yugo romano, y guerrera, conquistó á la antigua Caledonia, esa Escocia llena de lagos y de montañas, y en cuyos valles resuenan todavía los cantos de aquel Ossian que celebró las glorias de su padre Fingal y cantó las guerras de Morven y lloró sobre la tumba de Oscar las desgracias de Malvina.

En esa Irlanda acamparon los druídas y tuvo su cuna el cristianismo ; en ella hubo conquistas y hubo luchas ; venció y fué vencida por esa soberbia Albión, de quien la separa un brazo de mar, y que la tiene desde entonces como Prometeo, encadenada á sus rocas.

Al Norte de esa tierra de recuerdos, se levanta sobre las aguas una gran calzada de piedra; es la *Calzada de los gigantes;* anfiteatro de columnas y de pirámides que brotan del abismo como una selva de mástiles que, partiendo de las costas de Irlanda, sigue hacia el polo para coronarlo con una diadema de cristales, que tiene, como dijo un viajero, « lo invisible de un lado, la inmensidad del otro ».

Un día, cuando el corazón del planeta despertó de su letargo de siglos, aparecieron sobre las aguas del Norte los Grampianos, coronados de verdes cimas. A poco se llenó la Escocia de colinas y de lagos, aparecieron las praderas de Albión, y sus escollos seculares, cubriéronse de verde césped las llanuras de Irlanda, y la onda aérea y la onda marina besaron las costas de aquella nueva tierra, futuro santuario en donde debía brillar el tridente de Neptuno, que debía someter á su imperio todos los océanos de la tierra.

Mas después el fuego de Vulcano formó las costas, vomitó la fragua torrentes de lava, y un anfiteatro de columnas basálticas formó la *Calzada de los gigantes.* Entonces fué cuando aparecieron las Hébridas con sus doscientas islas, á la manera de un ramillete de cristales formado por los cíclopes, para unir la verde Erin con la risueña Caledonia.

En medio de esas islas de las Hébridas, oasis de rocas volcánicas, laberinto de escollos que azota el océano, refugio del ave marina que huye de las tormentas polares; en medio de esa arquitectura fantástica, inimitable, sublime, se levanta Staffa como un obelisco de columnas que se asoma sobre las aguas; y en ese obelisco, que son las ruinas de un antiguo mundo, cuando el fuego del abismo quiso conquistar el océano, está la soberbia cueva de Fingal.

¿ Conocéis la cueva de Fingal ? ¿ no habéis oído hablar de las arpas eolias que pueblan su recinto? ¿ no conocéis ese bardo de la Escocia que cantó las guerras de Mórven y celebró la doble epopeya del amor y de la guerra, en aquellos días cuando la cítara y la lanza se unían para celebrar las glorias del patrio suelo ? Los hijos de la Escocia llaman esta gruta *Llaimh-binn,* que en su lengua nativa quiere decir, gruta melodiosa.

Figuraos un templo augusto y solemne, de proporciones giganteseas, de arquitectura fantástica; figuraos millares de columnas

que aparecieran sobre el Océano como un bosque de palmas en los oasis del desierto ; figuraos una espaciosa nave que se abre por una espléndida portada y que se prolonga hasta terminar en otra portada opuesta de menores dimensiones, de donde se divisan el océano polar, las islas lejanas y el azul del cielo. Columnas á manera de colosos de piedra aglomerados y unidos se levantan de uno y otro lado, á manera de murallas que sostienen la pesada cúpula de aquel santuario. Gradas de piedra formadas de prismas descienden en armónica confusión hacia el centro de la nave que llenan las aguas del Océano. Arriba, está la techumbre llena de columnas truncadas y de estaláctitas ; suntuoso mosaico, aglomeración de prismas y de cristalizaciones que cautivan la mirada humana : abajo está la onda marina que va y viene en su flujo y reflujo y brama y suspira y regala al pavimento su blanco penacho de espumas. Si al entrar, la idea de lo grande embarga el pensamiento, al salir, la idea de Dios cautiva el corazón. Aquella gruta termina como un altar, y las columnas se recogen y unen como los tubos de un órgano ennegrecido por los siglos ; pero allí, un nuevo espacio se presenta á la mirada humana ; son mil columnas truncadas que aparecen de súbito como los guardianes de aquel santuario indescribible.

Al contemplar este templo de la Naturaleza, al divisar aquellos pilares en todas las actitudes posibles, formados por el fuego y azotados por el océano hace centenares de siglos, viene á la mente la idea de un cataclismo que hubiera sorprendido la humanidad en uno de esos momentos de delirio cuando ella se entrega en brazos del deleite. Todo allí tiene algo de solemne : la luz que penetra y llena la gruta de sombras vespertinas, el hombre que camina sobre el abismo, la roca ennegrecida, el cielo bajo un velo de gasa, la humanidad como huésped, y las armonías que se escapan de lo profundo de los antros, y se elevan hacia el cielo como un himno de las aguas, de las rocas y de los vientos al Autor de la Naturaleza.

Describir aquel recinto, sería imposible al poeta y al pintor, ha dicho McCulloch. — « Su prolongada extensión, su oscuridad crepuscular que oculta á medias los efectos risueños y variados de la luz refleja, el eco de la mesurada onda que sube y baja, el trasparente verde del agua y la profunda y encantadora soledad de la

escena no pueden menos que impresionar hondamente á todo espíritu dotado de alguna conciencia de lo bello en la naturaleza ó en el arte. »

¿Quién no ha visitado esta maravilla del mundo? En ella han estado los pintores, los poetas, los naturalistas y los viajeros del siglo. Cada uno le ha consagrado sus recuerdos.

Preguntadme ahora de dónde salen esas armonías que llenan la gruta de Fingal. ¿Qué órgano invisible puede producir esas notas que cautivan el alma? ¿Será el canto de las antiguas sirenas que vienen en auxilio del moderno Prometeo, la Irlanda encadenada ? ¿ Serán los bardos de Escocia que salen de sus tumbas, y llaman á los soldados de la patria en la nueva cruzada de la libertad contra la opresión? No, es el viento, es la onda aérea, huésped como el hombre, que se introduce entre las grietas, que vaga por los antros profundos y desconocidos, y regresa y regala los suspiros del abismo : es la onda aérea que cierne sus alas sobre el teclado misterioso y arranca melodías indefinibles, sublime hosanna que celebra al Escultor divino que talló sobre las rocas el órgano de los siglos.

Vamos ahora á esas regiones del Egipto que baña el Nilo faraónico. Allí esta Tebas con sus cien puertas y sus muros armoniosos ; titánico osario de ciudades y de pueblos antiguos, de familias, de reyes, de dinastías que duermen el sueño del olvido. Allí en medio de templos derruídos, de columnas, de obeliscos, de esfinges, restos mutilados que baña el Nilo en sus crecientes, entre centenares de estatuas se levanta un coloso de piedra ; es la estatua de Memnon. Millares de inscripciones llenan su base, y atestiguan que aquella estatua suspira todos los días, antes de nacer la aurora, mientras al caer la tarde, un gemido fúnebre se propaga en el desierto, como un grito de maldición sobre las ruinas de Tebas.

Aquel suspiro que al nacer la aurora
La estatua de Memnon dicen que lanza.

V. HUGO.

¡ Cómo ! ¿ De dónde viene ese suspiro de una estatua muda? ¿Qué instrumento está oculto en la boca del coloso ? ¿ Será el augurio de los antiguos Faraones, que llora sobre la tumba de sus

reyes? Creyeron los egipcios que era Memnon que respondía todas las mañanas al saludo de su madre Eos (la aurora), y llenos de fe venían cerca de la estatua para saludar en el sol naciente la memoria de su rey.

Pero no; aquí no existe instrumento oculto, ni augurio misterioso, ni Memnon saluda á su madre vestida con los colores de la rosa : es el viento, es la onda aérea que recobra su libertad y se mueve á la llamada del sol radiante. El viento, que se introduce por las grietas de la estatua, y que se oculta en cavidades profundas, hechas á la piedra por las injurias de la naturaleza, siente el calor del sol naciente : entonces se enrarece, busca su libertad, y al salir por la estrecha abertura de entrada, suspira dulcemente. Por la tarde, al contrario, la estatua se enfría, y el viento del desierto al acariciarla trata de introducirse, y un gemido sordo se escucha en torno de las grietas.

En algunas de las rocas graníticas del Orinoco, sonidos subterráneos, semejantes á la armonía de un órgano, se escuchan al nacer el día. Es el sol, padre de la creación, que despierta á su hijo Eolo que reposaba en su lecho de piedras, y le anima á que vague por los montes, y los ríos, y los collados, y el valle, y el océano, donde lo aguarda el hombre sobre la popa de su esquife.

Subid al calvo pico de Maledetta en la cordillera pirineana; ascended el Sinaí, en las regiones de la Arabia pétrea, y sonidos semejantes, como arpas eolias, vendrán á vuestros oídos como un recuerdo de aquellos pescadores de Galilea, que abandonaron la red por la palma del martirio.

Nada puede producir en el alma emociones tan sublimes, ha dicho Burcke, como los bramidos del océano al estrellarse contra las rocas de Santa Kilda, contra las columnas de Fingal, y contra los peñascos perpendiculares de Ponmaenmawr.

« Y mientras que en estos lugares el océano parece cautivado por la música de sus bramidos, en la isla de Jura, al occidente de la Escocia, existe un remolino cuyo ruido, semejante al de una multitud de carruajes, se oye á gran distancia. Campbell dice « que muchas veces se ha deleitado oyendo desde las playas de Argyleshire el ruido de ese pórtico que produce un efecto tan agradable como imponente. Cuando estalla una tempestad en el monte Bogdo,

se oye una especie de lejano murmullo, comparable al que producirían muchas personas orando á un tiempo. Los calmucos han inventado una porción de fábulas relativas á dicha montaña, á la que consideran como mansión de Santos que entonan místicos cantares. »

Visitad los castillos antiguos, las ruinas de los templos, los bosques y las ciudades que han desaparecido de la historia, al rudo golpe de los cataclismos terrestres; por todas partes escucharéis las arpas eolias con sus gemidos y sus ecos melodiosos. En el silencio de la noche ¡ cuántas veces el alma que no puede conciliar el sueño, se sumerge en la meditación que inspiran los quejidos del viento, como la voz de un ser querido!

Visitad todos los sitios donde la mano del tiempo ha dejado sus huellas; el tronco ennegrecido, la gruta cavada por el agua, el estrecho valle en que se levanta la derruida capilla; visitad, en fin, esos lugares donde el hombre se ha confundido con la materia bruta, ¿ qué escucharéis? Los gemidos de las arpas eolias, el viento que vaga por entre sepulcros y ruinas solitarias dando vida al gusano y al retoño que reverdece y á la flor que se abre; las arpas eolias que unen su voz al canto del ave, al ruido de las aguas y á los lamentos humanos, para llorar generaciones que no existen ni en la memoria, porque han desaparecido en el horizonte de la eternidad.

En los bosques de Aricia, en el antiguo Lacio, existe todavía la gruta llena de murmurios, donde Egaria, la diosa de las fuentes, inspiraba á Numa. Los druídas enseñaban la sabiduría y la elocuencia, los misterios de la tierra y del cielo, sobre las altas rocas y en el fondo de los bosques.

¿ Qué queda hoy de aquel oráculo de Dodona que llenó de mitos la historia del antiguo Epiro? En medio de un bosque y á orillas de una fuente estaba colocado el santuario del culto pelagiano. Bajo la sombra de una encina llamada el *árbol fatídico*, el oráculo consultaba el murmullo de los vientos sobre las hojas, los ruidos del agua y el arrullo de las palomas ocultas bajo el ramaje : estos eran los signos que invocaba la sibila para augurar lo porvenir. Vasos de cobre y una estatua del mismo metal que tenía en la mano un látigo con muchas cuerdas movibles, estaban colgados del aire. El

viento, al soplar, ponía en movimiento la estatua, hería los vasos que chocaban entre sí, y sonidos plañidores llenaban el bosque, en tanto que las sacerdotisas, ocultas en el tronco de los árboles, revelaban, sin ser vistas, todos los arcanos de la vida.

Abro ese libro sobre los Pirineos, tan bellamente escrito por Taine, y al leer las pintorescas descripciones del valle de Ossau, encuentro un cuadro terrible que me hace estremecer : es el quejido arrancado por la labor de los siglos á los monstruos vegetales que pueblan sus declives.

« Hayas monstruosas, dice el autor, sostienen aquí las pendientes. Ninguna descripción puede dar idea de estos colosos achaparrados, de ocho pies de alto, y que tres hombres no podrían abrazar. Rechazada por el viento que barre la costa, la savia se ha acumulado durante siglos en ramos cortos, enormes, entrelazados y torcidos. Llenos de nudos, desfigurados y ennegrecidos, se extienden y se repliegan fantásticamente, como miembros inflados por una enfermedad y extendidos por un esfuerzo grandioso. Al través de la corteza hendida, se ven los músculos vegetales enroscarse alderredor del tronco y rozarse, como los miembros de los atletas. Estos troncos rechonchos, casi abatidos, se inclinan hacia el llano, mas sus pies se abisman en las rocas con tales amarras, que antes de romper esta floresta de raíces, sería preciso desprender un fragmento de la montaña. Algunos troncos podridos por el agua se abren por el vientre ; cada año los bordes de la herida se apartan más y más, y la forma de árboles desaparece. Ellos viven, sin embargo, insensibles al invierno, al declive y al tiempo, y lanzan atrevidamente en el aire natal sus tiernos ramos blanquecinos. Cuando por la noche se pasa en la sombra junto á estas cabezas retorcidas de los troncos abiertos de esos viejos pobladores de la montaña, si el viento roza con sus ramas, se oye un sordo quejido arrancado por la labor de los siglos, y viene á la memoria la historia de los gigantes de la leyenda escandinava, encarcelados por el destino entre muros que cada día se estrechan, y los doblegan y los aplastan, y después de mil años de tortura los devuelven, á la luz, furiosos, desfigurados, enanos. »

Cada vez que leo algo sobre estos monstruos vegetales de la cordillera pirineana, vienen á mi memoria aquellos bosques terribles

de *El Infierno* del Dante, poblados de árboles de hojas cenicientas, de troncos retorcidos, llenos de nudos y de espinas venenosas; y siento, al cortar sus ramas, gemidos lastimeros y gritos de dolor que salen con la sangre que brota de las heridas : son los lamentos y las súplicas de los suicidas que, habiéndose despojado de sus cuerpos, tienen sus almas encerradas por el destino entre aquellos troncos seculares, cuyas hojas son el pasto de arpías hambrientas y feroces.

¡ Cuántos bosques, cuántas grutas, qué de lugares poblados antiguamente de graciosos mitos, de historias maravillosas, que influyeron durante siglos sobre la imaginación del hombre ! En la Sajonia ducal, cerca de Eisenach, existe una gruta, de donde se escapan quejidos lastimeros, ayes de dolor, que detienen al caminante que atraviesa sus cercanías. En los días de la superstición, dice un escritor, se creía que en aquella gruta estaba el purgatorio, porque á todas horas se escuchaban silbos y mugidos que tomaban los viajeros como gritos de angustia de las almas en pena.

Ahí están, finalmente, las grutas de Eolo, en las islas de Lípari, esas siete islas del mar Tirreno, que los antiguos griegos llamaron Hephestiada, y los romanos Vulcania. Son las islas eolias en que se asoma con su penacho de llamas el Stromboli, faro del Mediterráneo. Allí reina el rey de los vientos, y allí se escuchan todas las arpas ocultas entre las grutas que calienta el fuego del planeta ! Cuenta Homero, que el palacio del dios aéreo estaba en Lípari, y que todas sus salas se poblaban de ruidos armoniosos. Era un concierto instrumental acompañado de gritos de alegría. Los vientos penetraban en las cavernas subterráneas cinceladas en la roca por Vulcano, y los navegantes del mar Tirreno, escuchaban armonías lejanas, que se extinguían sobre las ondas. Por esto los fenicios llamaron á Lípari, Menagguin, que quiere decir, isla de los músicos, mientras Virgilio la inmortaliza en estos versos de su *Eneida* :

Aquí en antros profundos
Impera Eolo : en cárcel y cadena
Aprisiona los vientos furibundos
Y la sonora tempestad refrena.

¿ Qué ha hecho el hombre para favorecer esos ruidos de la naturaleza y tenerlos en su compañía como seres queridos que le dis-

traigan en las horas de dolor? Ha construído el arpa eolia, instrumento de cuerdas, formado en una caja armónica y con una abertura longitudinal, que coloca en la dirección del viento.

Desde el día en que Kircher inventó el arpa eolia, el hombre la coloca en sus campos, en sus montañas, en la ventana de su dormitorio y en las ruinas antiguas que no ha demolido el tiempo. Visitad los castillos antiguos de Alemania, y allí, á las orillas del Rin, escucharéis las arpas eolias ocultas entre los muros cubiertos de musgo y en las torres de los castillos feudales.

« ¿ De qué emoción no somos poseídos, dice Aimé Martín, cuando el ruido de los vientos se escucha en la cima de las viejas torres, bajo los arcos de los claustros ó sobre las ruinas de las ciudades? Sus gemidos son como la voz del tiempo; despiertan en nuestra alma el recuerdo de lo que no existe, y nos llenan de vagas y melancólicas ideas que tienen un encanto indefinible. Para moderar esta armonía algo triste, el hombre ha recurrido al arte y ha añadido quizá, alguna cosa á la naturaleza. Cuentan que en el norte de la Escocia, durante las largas noches de invierno, modulaciones fugitivas hieren de pronto los oídos del viajero. Estos sonidos aéreos, que salen de los árboles de un bosque ó de las ruinas de los castillos góticos, parecen huir, volver, y huir de nuevo. Pero, semejantes á esos fuegos fugaces de la noche que extravían á aquellos que alumbran, esta armonía salvaje no sirve sino para aumentar las angustias del desgraciado á quien ella atrae. La imaginación poseída de terror cree asistir á las fiestas de las hadas ó escuchar los quejidos de las almas errantes. Ya los ruidos son majestuosos y resonantes como los del órgano; ya se disminuyen por grados y se extinguen en los aires como las suaves modulaciones de la armónica. Los montañeses de la Escocia dicen que los bardos repiten en el cielo los cantos que los extasiaban sobre la tierra. Mas en vano ellos piensan engañar al viajero que los sorprende algunas veces en el momento de colgar de las paredes de las torres arruinadas, ó á los árboles del bosque las arpas eolias de donde parten esas modulaciones divinas. »

Los Chinos han llevado aún á más alto grado de perfección el arte de variar las modulaciones del viento, según dice Chambers, en su « Disertación sobre los jardines del Oriente ». Con ilusiones

armónicas dan á sus jardines voluptuosos, un aire de encanto de que no puede formarse idea nuestra imaginación. Ya la tierra se agita y tiembla; sonidos terribles, gemidos de dolor salen de su seno; cree escucharse el grito de los combatientes, los ruidos de la trompeta y el relincho de los caballos. Ya á orillas de un alegre valle, el canto de los pájaros se une á los murmurios de la flauta campestre. Algunas veces se divisan rocas á lo lejos, cubiertas de escarcha, rodeadas de arenas áridas y entre las cuales parece oirse los bramidos de una mar enfurecida. Todo esto sin embargo, no es sino un poco de aire modificado por instrumentos invisibles.

Estudiad las armonías de las arpas eolias en dondequiera que ellas se encuentren, y la ciencia no podrá dar sino dos soluciones á este enigma; — ó es el viento que como fuerza mecánica vaga entre los bosques, las rocas, los escollos, la caja del instrumento, y entra, sale, vuelve á salir y trata de vencer los obstáculos que le imposibilitan su libre tránsito á todas las horas del día y de la noche; ó es el sol que, calentando la naturaleza al nacer el día, enrarece el viento oculto en las hendeduras de las rocas, de los árboles, de los edificios, y que se hace escapar á manera de un suspiro, semejante al saludo de Memnon á su madre Eos.

Concluyamos.

En el mundo moral, el arpa eolia es el primer rayo de esperanza que cautiva el corazón: melodía indefinible que llega al oído y deja en suspenso el pensamiento; ráfaga de luz que puebla el corazón sin alumbrarlo; algo que divisan los ojos, pero que no puede definirse.

¿Qué solicita el alma en sus momentos de duda, y de dolor? Solicita la esperanza; es entonces cuando las arpas eolias se escuchan: música deliciosa que calma las penas y restablece el equilibrio. Esas melodías son el sublime amor de madre, los consejos de familia, la amistad pura que, cual mensajera divina, disipa las nubes del sufrimiento y de la duda.

¿Qué solicita el corazón en sus delirios de amor? La solución de un enigma, la esperanza convertida en realidad. No puede encontrarla en los bullicios del mundo, y la busca en la soledad de los campos. Aquí le aguardan los oráculos de la naturaleza, el murmurio del agua, los gemidos del viento, el canto del pájaro amigo y los

ecos del campanario lejano, que llenan el valle de místicos conciertos: son las arpas eolias que por dondequiera le despiertan recuerdos consoladores: es la armonía de la naturaleza que responde al llamamiento del alma.

El arpa eolia es el primer beso de ternura con que la madre sella los dormidos labios del niño: un grito es su primer saludo al mundo, la necesidad le agobia: un beso lleno de inefables murmurios es el primer bálsamo que mitiga sus penas.

Cuando el hombre desaparece de la tierra, todos los gritos de dolor se extinguen con él. La última nota de este instrumento agitado que llaman la vida, es un suspiro que tiene algo del cielo, última cuerda que vibra, ráfaga que se extingue como una nota en la garganta muda.

¡ Qué abismo, qué de tempestades, cuántas lágrimas y sonrisas, entre esa primera nota del instrumento de la vida, que principia con un grito lastimero y un beso maternal, y esa otra nota que se apaga en derredor de la familia que solloza y de la imagen del Cristo que conforta! La una es la primera llamada al combate; la otra, es la postrer nota del instrumento que se rompe.

Al desaparecer el hombre, deja en la tierra el instrumento, pero el alma que lo ennoblecía — parte. En su viaje aéreo todos los ruidos de la tierra se elevan hacia ella como arpas eolias que le dicen adiós. A poco llegará á esas regiones inefables llenas de soles y pobladas con el concierto de los ángeles que con arpas de oro cantan la gloria y el amor. He ahí la ribera divina en que se realiza la Esperanza.

EL ESQUIFE DE PERLAS

A Jacinto Gutiérrez Coll.

¿ Conocéis esa hermosa lengua de tierra que bañada por el Ródano tiene á su derecha los Alpes marítimos y á su izquierda el Langüedoc, mientras al Sur la besa el Mediterráneo que se extiende

hasta perderse de vista? — Esa tierra es la Provenza, cuna de la civilización antigua, y en cuyas orillas está la ciudad fosea, aquella Massilia rival de Cartago, que conquistaron los romanos y que fué el centro de las sangrientas guerras feudales. Esta tierra, que gobernaron una vez los reyes, fué más después la patria de los trovadores y de los torneos amorosos, cuando los antiguos caballeros, con la espada al cinto y con la cítara en la mano, cantaban triunfantes á la belleza que escuchaba sus plegarias tras las ventanas del castillo.

En esa tierra que embalsaman el aroma de los azahares y de los mirtos, y en que cada ruina, cada valle, cada sitio cuenta la terrible historia de algún amor desventurado, había también sus mitos y sus leyendas que han pasado de una generación á otra. Hojeando uno de esos libros antiguos sobre esta tierra clásica, encuentro la siguiente historia sobre el origen de la perla :

« Había un rey que gobernaba un vasto reino á orillas del mar. Llamábase Zores; y el genio de las aguas, que le protegía, le había dado un arco mágico de oro.

« Cuando el rey Zores estaba en guerra con alguno de sus vecinos, reunía su numeroso ejército, sus brillantes caballeros, sus voluntarios, todos bien armados; pero antes de comenzar el combate, se presentaba á los enemigos y sacaba una flecha de su arco de oro. Entonces apoderábase de ellos un terror súbito, huían en desorden, y la tarea de las tropas de Zores quedaba reducida á la persecución de unos soldados atemorizados. Así llegó á ser el más poderoso y rico de todos los reyes, porque imponía á los vencidos tributos enormes.

« Sin embargo, no hacía feliz á su pueblo; era altanero, violento, y quería que se obedeciese á sus menores caprichos.

« Tenía Zores una hija más bella que todas las hijas de los hombres, á la cual el genio de las aguas había dotado con los más preciosos dones. Sus labios eran rojos como el coral, y su tez más blanca que la espuma de las olas agitadas por el viento de la mañana : sus cabellos eran más negros que el fondo del mar, y las pupilas de sus ojos más brillantes que las estrellas del cielo.

« Decían que no era hija de Zores, sino que la habían visto salir niña, de las riberas del mar, y colocarse en la cuna de la verdadera hija del rey.

« Cuando llegó á la pubertad su padre la casó con el hijo de un rey tributario suyo, á quien había vencido con su arco encantado; y una noche que el joven estaba acostado al lado de su tierna esposa : — « Medora », le dijo, « el rey tu padre tiene un arco magnífico con el cual pone en fuga á sus enemigos; yo querría saber de qué es hecho.

— « Es de oro puro, respondió la sencilla princesa.

— « No, no, es hecho con la madera de algún árbol precioso, y cubierto de tenues hojas de oro.

— « En cuanto á eso, te aseguro que no, dijo Medora ; y puesto que dudas de mis palabras, mañana te mostraré ese arco maravilloso. »

« En efecto, en cuanto fué de día, condújole adonde estaba el tesoro de su padre, y le mostró el arco encantado.

« Examinolo detenidamente el príncipe, y en un momento en que la princesa volvía á otro lado la cara sacó de debajo de su larga vestidura un arco enteramente igual, y lo sustituyó con destreza al de Zores, del cual se apoderó ; y dijo á Medora : — « Me habéis convencido ; sí, este arco es de oro puro, y nunca se ha visto uno semejante á él. »

« A la noche siguiente dejó el príncipe el palacio, y llevó á su padre aquel tesoro.

— « Padre mío, le dijo, ya no seréis más tributario de Zores ; y por el contrario podréis exigir de él sumas más crecidas que cuantas él os ha quitado ; podréis exigir que os rinda homenaje y que los príncipes de su familia os hagan guardia ; porque tengo aquí el arco encantado que le regaló el genio de las aguas, y con cuyo auxilio ahuyentaba á todos sus enemigos. »

« Al oir tal noticia, levántase de su trono el ultrajado rey y reune todos sus capitanes, todos sus oficiales y soldados para marchar contra Zores.

« Cuando este vió acercarse á su enemigo, hizo que su ejército le siguiera precipitadamente, y, con el arco de oro en la mano, lanzó una flecha. El dardo impotente cayó en medio de los contrarios sin herir á nadie, ni aún inspirar temor.

« Zores estaba sorprendido ; pero cuandó vió un arco igual al suyo en manos de su tributario, y oyó silbar la flecha que de él había partido, sobrecogiose de súbito terror, y cediendo al encanto

que tantas veces le había dado la victoria huyó con su ejército, que casi todo pereció.

« El enemigo vengose cruelmente de sus derrotas pasadas, pues entró en el reino de Zores, se apoderó de su capital, y le echó del palacio de sus padres.

« Pálido, demudado, y manchados de sangre y lodo los reales vestidos, recorría tristemente la ribera del mar el destronado Zores acompañado de su hija, la desdichada Medora.

— « Hija mía, le dijo; mi arco, tan terrible antes, no tiene ya virtud; preciso es que el genio de las aguas nos haya retirado su protección, ó bien que haya sido vencido por un genio más poderoso, y haya sido precipitado á los profundos abismos, pues que su talismán no tiene ni fuerza ni poder.

— « No, padre mío, le dijo Medora, yo soy solamente la culpada, soy yo quien ha causado tanto mal. »

« Y contole todo lo que había pasado entre ella y su infiel esposo, y el cambio del arco, lo cual había adivinado ella después de la fuga del joven príncipe.

« Con tal relación, enfureciose espantosamente el rey Zores, y tomó á su hija por sus largos y negros cabellos, jurando que iba á castigar su traición.

— « No, padre mío, yo no os he hecho traición, decía la joven, cuyas lágrimas bañaban sus blancas mejillas; he sido engañada por un esposo sin fe, que se ha servido de la hija para perder al padre. »

La ambición es muchas veces más poderosa en los corazones, que la naturaleza; y el dolor de haber perdido su corona, cegaba á Zores.

— « Si no eres culpada hija pérfida, el genio de las aguas vendrá á salvarte de mi alfanje; y esgrimía el hierro impío por sobre la cabeza de Medora.

— « El genio de las aguas no me salvará, padre mío, tal vez está lejos de aquí, en los helados mares del norte, ó en alguno de sus palacios de nácar y coral. »

En este momento hirvió la superficie de las aguas y se cubrió de ligera espuma. Un rayo de esperanza brilló en los ojos de Medora. Pero aquello era efecto de dos peces cubiertos de brillantes escamas que jugaban en las olas.

— Tú lo ves, hija desnaturalizada, el silencio del genio de las aguas me prueba tu crimen, y vas á recibir el castigo.

— Padre mío, decía Medora, pálida de terror, ese acto criminal os dará gran pesar, y cuando corra mi sangre, tal vez maldeciréis vuestra fatal crueldad.

Y viendo la terrible expresión del rostro de Zores, añadía :

— Comprendo que mi suerte está decidida y que voy á unir mi último grito al mugido de esas olas que vienen á expirar á mis pies; pero oid mis últimas palabras: si mi sangre, al correr, es roja como la del criminal que tiñe el hacha del verdugo, vuestra hija es culpada ; de otro modo...

La cuchilla de Zores no le permitió concluir; su cabeza rodó á las ondas, y su cuerpo fué arrastrado por la ola que se adelantaba murmuradora. Pero ¡ oh prodigio! un licor blanco corría del cuerpo y de la cabeza de la desgraciada Medora, y formaba gotas brillantes que los espíritus de las aguas y las hadas del mar recogieron y ocultaron en las conchas marinas, para que la arena y el limo impuro no manchasen su pureza.

Cuán bello mito : la sangre inocente de una mujer, recogida por los animales del océano para guardarla en sus esquifes de nácar y trasmutarla en perlas. Pero esto no es la perla.

Preguntad ahora al poeta, y os dirá : la perla es la gota de rocío que dejan los genios de la noche sobre las flores : la perla es el llanto de la sombra al venir la luz: la perla es la estrella que brilla sobre el manto de los cielos ó que desciende á la tierra como la lágrima de un fuego artificial : la perla, en fin, es la dentadura de alabastro pulida por la mano del amor y engastada entre los pétalos de la rosa.

Pero esto no es la perla. La gota de rocío se evapora y toda lágrima se seca; mientras la blanca dentadura alabastrina se caria, mientras la perla es incorruptible.

¿Preguntad ahora al químico, qué es la perla? ¿ Pero cómo? él tendrá que destruirla y someterla al análisis para conocerla, y colocándola sobre el fatal mortero principiará á pulverizarla sin piedad. Después, investigando sus ingredientes por medio de reactivos, os dirá : la perla es un compuesto de carbonato de cal y de fosfato de

cal, y de magnesia, mezclado con azufre y materia gelatinosa. Ella se forma, por medio de capas concéntricas, en derredor de un núcleo y en el seno de un animal que la guarda, la fabrica y la abandona como un residuo de su existencia.

Decidle que la reconstituya por medio de la síntesis, y quedará inmóvil. Ha destruído la obra de la naturaleza, conoce sus componentes, pero se encuentra impotente para formarla de nuevo. El océano ha podido más que su ciencia.

Mas ¿ dónde encontrar la solución de este enigma? ¿ Qué es la perla? — Preguntad al conchiologista, al zoólogo, y sin vacilar os dirán : — La perla es la obra de un artista que habita en las profundidades del océano, y que trabaja sin cesar en medio de la noche eterna. Es la obra del molusco, como la colmena es la obra de la abeja, como el nido es la obra del pájaro, como la seda es la obra del bombix. La perla es la secreción, es el sudor solidificado, colorido, atrayente, de un animal para quien la luz del día es un misterio, la movilidad, un enigma, el amor del arte, su dicha, su existencia.

¿ Cómo se llama ese artista? Es el molusco, masa blanda, viscosa, quizá informe, rudimentaria. Especie de manto movible que oculta algo repelente, pero sensible : velámen que se ensancha ó se contrae á los impulsos del deseo y que cubre un misterio. Y en ese misterio hay ojos que desearían contemplar la luz, corazón que siente, pulmones que inspiran el aire vivificador. Ahí existen la sensibilidad, el instinto, el movimiento, aunque sea el del esclavo, el amor de la conservación y de la procreación, el arte : es un ser. Apenas ha nacido, ya está en la faena del trabajo perpetuo, en la lucha con el agua, con el alimento que se le escasea, con el animal que le persigue, con el hombre que desciende armado del cuchillo mortífero, para arrancarlo de su escollo solitario donde había fijado su morada, huyendo de la rapiña y de la codicia humanas.

Nace, y ya trabaja para formar la concha que debe servirle de esquife ó de casa, y huyendo va á fijarse al pie de las islas y de los escollos, con el fin de buscar los suyos para vivir en familia. Sabe que la unión es la fuerza, y á falta de roca, de ramo, de algo donde asirse, se une con su compañero para formar el banco indestructible, el arrecife peligroso donde alguna vez podrá vengarse de su poderoso enemigo — el hombre.

¿Pero cómo ha fabricado su esquife? Con los elementos de su sangre, que se exudan por todos los poros de su cuerpo : sudor viscoso, heterogéneo como la paleta de mil colores, pero de donde debe salir la obra maestra del artista, el esquife de nácar que cruzará las aguas y recibirá los besos del sol; que ostentará los colores de la rosa y del iris, para después sepultarse en la sombra donde le aguarda la codicia humana. El no trabaja como la gota de agua que conduce sobre la arena de la playa el grano de oro, ni como el viento que conduce el grano de arena para formar la duna, ni como el hombre que aglomera átomo sobre átomo para formar la torre de Babel. No; trabaja con los elementos de su existencia, con su propia vida, con su sudor sublime que sabe trasformar en nácar, en perla, en esquifes de toda forma y de todos colores. Lentamente principia, lentamente llega á tener una existencia independiente. Una coraza exterior, tosca, escabrosa lo cubre : la ha formado capa sobre capa, — con su sudor vital : es la muralla que debe resistir al combate, á la lucha de la ola y del animal : Pero adentro está el palacio encantado, con celajes de iris, con pavimento de rosas y de grana; sublime obra del arte á que no podrá llegar la ciencia humana.

Un día llega, el esquife que viaja ó yace solitario en sus dominios tenebrosos, siente que un nuevo ser llama á su puerta y le hiere ó se le introduce y refugia bajo su manto protector. Es un animal que acomete por instinto, es un grano de arena que perdido busca refugio, es algo, en solicitud de la entrada. El molusco al instante principia á cicatrizar su herida, ó da hospitalidad al nuevo cuerpo, que guarda entre los pliegues de su ropaje ó en las nacaradas galerías de su concha. Ahí lo acaricia, lo nutre con su sudor viscoso, y sobre ese núcleo principia las evoluciones de su vida de artista. Y lentamente sobre la herida ó sobre el núcleo que fluctúa en su cuerpo, van apareciendo las capas nacaradas.

Eso es la perla : — Un centro material, una herida, un algo que sirva de núcleo donde se aglomera el sudor viscoso del molusco, que trabaja no solo para formar su esquife, sino para convertir en sustancia preciosa el ínfimo grano que sin querer se encontró aprisionado. Ha tomado del océano los materiales de su existencia, se ha nutrido, y con los mismos materiales ha formado su esquife, y

la perla, transformación del cuerpo extraño que invadió sus dominios. Por esto dijeron los antiguos que la perla era una gota de rocío fecundada por el sol en el seno de una concha marina.

Pero hay algo más que el arte, y es el dolor. Esta es la vida del artista : la perla es la cicatriz de su herida : la perla es quizá el esfuerzo poderoso por libertarse de su enemigo impertinente : trata de desalojarlo y lo convierte en sustancia nacarada. Razón tiene un naturalista cuando dice : — « ¿ Quién se interesa en los sufrimientos de la ostra? Y por lo tanto lo que los poetas habían tomado por una lágrima del cielo ó de la mar, la perla, es la lágrima lenta, dura, seca, que se forma silenciosamente en el fondo de esta existencia oscura y herida. »

Yo comprendo muy bien, ha dicho Michelet, lo que siente, en presencia de la perla, el corazón ignorante y encantador de la mujer que sueña, se conmueve sin saber por qué. Esta perla no es una persona, pero tampoco es una cosa. Hay en ella un destino. ¿ Dónde ha vivido? — Preguntadlo al profundo océano. — ¿ De qué ? — Preguntadlo al sol. Ella ha vivido de luz y del amor de la luz, como lo hubiese hecho un espíritu puro.

« ¡Gran misterio! Ella misma lo ha hecho comprender así. Se siente que este ser tan dulce ha vivido por tanto tiempo inmóvil, resignado en la quietud que hace « aguardar aguardando », y no hacer ni querer sino lo que quiere el ser amado.

« El hijo de la mar había fijado su bello sueño en su concha y esta en su nácar, y este nácar en su perla que es la misma concentrada. Pero esta última no llega, dícese, sino por una herida, un sufrimiento permanente, un dolor casi eterno que atrae, absorbe todo el ser, aniquila su vida en esta divina poesía. »

¡ Qué destino, ser artista y tener que trabajar en la oscuridad del abismo! Así trabaja el talento ignorado, pobre y abatido, pero digno. El pájaro, artista del aire, se cierne sobre la tierra, y canta al padre de la luz ; el insecto, artista de los bosques, construye sus celdas geométricas y sus madejas de seda : el hombre, destello de Dios, trabaja también como el pájaro y como el insecto, y canta y celebra las glorias del Supreno Artista. Todos ellos á la luz del día ; y para el molusco tan solo, la noche eterna, caliginosa, que

es la pobreza; la vida inmóvil, ignorada, que es la indiferencia al aspecto de las desgracias humanas.

Mas para el molusco como para los otros artistas del océano, tras de la desgracia está la recompensa, tras de la obra el premio. Esa onda negra que los arropa, es la que les lleva el alimento y los materiales de su paleta : en esa onda negra está el aire que respiran, la fuerza que los sostiene, una mirada de amor, un abrazo invisible, un no sé qué, que vela por ellos y los acompaña. Así está la Providencia en derredor de los que padecen : ella les nutre, les sostiene en su paso vacilante, les anima, les da la sonrisa momentánea, bellos iris tras de las prolongadas horas de dolor; y va con ellos, y llora y sonríe quizá con ellos. La vida en la pobreza es la onda negra que arropa al molusco : pero de esa onda negra sale una voz, que se escucha á cada momento al oído y repite aquellas palabras divinas : — « Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. »

EL GRANO DE ARENA

A la señora Hortensia Antommarchi de Vázquez.

¿Veis esa ola marítima que desde el principio de los siglos azota los escollos y los promontorios? Es la gota de agua en su juego eterno, desde el día en que aparecieron en sus dominios, las primeras obras del grano de arena. ¿Qué hace? Trata de vencer al conquistador pétreo que le estorba pasear por su dilatado imperio; solicita el grano de arena que debe conducir de la superficie al profundo abismo para rellenar su mullido lecho.

¿Qué hace esa otra ola que desde el principio de los siglos baña la ribera y suspira y se derrama en un beso de espumas? Conduce el grano de arena que ha robado á las rocas, y lo deposita sobre el límite que separa el imperio acuático del imperio terrestre : devuelve á la tierra el intruso grano que invadió las aguas.

Descended al profundo océano, y allí encontraréis al grano de arena, mudo, pasivo, solitario. Allí lo ha conducido la ola, ó su propio peso, para rellenar abismos, nutrir animales, formar colosos de piedra que algún día aparecerán sobre las aguas. Todas esas cordilleras de arenisca, de asperones, de guijarros y de brechas que se levantan sobre la costra terrestre, y donde vegeta el árbol secular coronado con diadema de nieve¿ qué son? Son los lechos del antiguo mar formados por el grano de arena. El agua los condujo de la superficie al centro, el fuego los empuja del fondo á la superficie : fueron libres, regresan esclavos, unidos por un cemento que los encadena. Forman, no el individuo, sino la masa terrible, pesada, titánica, que se asoma como un monstruo de piedra que quisiera ahogar entre sus brazos toda la masa del océano.

El grano de arena forma parte de todas las rocas primitivas que consolidó el fuego del planeta : está en todos los terrenos sedimentarios que ha formado el océano. Ahí está en nódulos de sílex, acompañando á los calcáreos del mar cretáceo; está en lechos de cuarcita, acompañando á los terrenos de mar jurásico : está formando el profundo lecho del mar carbonífero : en nódulos de jaspe y de ágatas acompaña á las rocas primitivas y á los terrenos metamórficos : está en cordilleras de arenisca, desde la ordinaria que sirve de pavimento á las grandes ciudades, hasta la brillante de Finlandia que cubre el sarcófago del Gigante del siglo : está finalmente, interpuesto entre todas las rocas y terrenos, apareciendo como un árbol de cuarzo, que desde el centro de la tierra, extendiera sus ramajes al través de toda la costra terrestre.

¿Viene solo? — No, viene como rey, y no como obrero : trae su séquito de minerales y de sustancias preciosas : viene acompañado del hierro y del cobre, del manganeso y del níquel y de la plata y del oro : le acompaña toda la riqueza mineral del globo, que le sirve de séquito en sus peregrinaciones de la profunda noche á la luz del día.

Recorred la tierra y por todas partes lo encontraréis. Ya está diseminado, ya en guijarros; ya en cantos de todas formas, ya en *brechas* compactas; ya corona las cimas inaccesibles, ya reposa tranquilo á orilla de los ríos y de los mares y en el lecho de os valles. Compacto ó movible, fértil ó estéril, tosco ó cristalino,

está en todas partes como un testigo de la historia antigua, como un arcano de lo pasado, como una revelación de lo porvenir.

El agua y el aire se han encargado de conducirlo de uno á otro polo. No hay océano que no lo deposite en sus abismos; no hay río que no lo lleve en sus ondas, no hay lago que no lo contenga, ni catarata que no lo precipite en bulliciosa fuga. Camina con la lluvia y con la tempestad y con la nube y con la gota de rocío que el viento de la noche congela sobre las flores. Su patria está en las rocas, en las cordilleras y en el profundo océano : su conquista es el valle, las orillas de los ríos y del mar y el dilatado y misterioso desierto. ¿ Veis esas aguas que se deslizan entre guijarros, límpidas, serenas ó tumultuosas, y á cuyas orillas prospera el árbol, viven el animal y el hombre? Ellas conducen el grano de arena que arrancaron á la cordillera, y abonan el valle, fertilizan el árbol y forman la playa donde el sauriano depositará en ovalada cuna su futura prole.

El Océano lo regala á la tierra, la gota de agua lo devuelve al Océano, después de haber cedido parte de su botín al árbol, al animal y al hombre. Y en este movimiento perpetuo del océano á la tierra y de la tierra al océano, por donde pasa, edifica, brilla, regala plata, oro, diamantes; y puro ó mezclado, reviste todas las formas, se tiñe con todos los colores : se pasea como rey.

Pero, no es el agua el único esquife en que viaja; la onda de aire lo conduce igualmente en triunfo y lo lleva sobre sus alas. ¿Conocéis la duna, el médano? Es el montículo de arena que forma el viento sobre las costas de los continentes : muralla movediza que crece y avanza de la costa á lo interior, conquistador pasivo y tenaz que todo lo destruye : es el viento armado con su escudo de arena que quiere conquistar la tierra.

Vedlo ahora en el desierto cómo se levanta en temible tromba que gira y acomete á la pobre caravana. ¿ Es una nube? No, es un bostezo del viento enfurecido ; la feroz mandíbula al tocar la arena, la remueve, la levanta, y en torbellino asciende y camina como un fantasma. Esa pirámide temible, lúgubre, pavorosa es el pacífico grano de arena bajo el influjo de un acceso epiléptico, al contacto del aliento infernal que lo enloquece y lo precipita.

Pero el grano de arena no es tan solo el cuerpo obediente que se

deja arrastrar por las corrientes del agua y del aire, que forma los lechos de arenisca y de guijarros, la playa, el desierto, el médano. El grano de arena es también uno de los artistas de la obra divina, y á su turno él recoge por todas partes los materiales colorantes que deben servirle para sus caprichos : tiene su paleta llena de colores, y en esa paleta están los minerales, las sales, los óxidos y los ácidos, y todas las tintas de la creación.

Cuando quiere aparecer como artista, forma nódulos de diversas zonas y matices : entonces aparecen las ágatas trasparentes, la cornalina de color lácteo, la calcedonia con sus tintas rojas ó amarillas que imitan el iris ; ó se ostenta en las variadas zonas del ónix, ó aparece como un tesoro de cristales cautivos entre celdas de variadas luces.

En filones y diques trae su riqueza de jaspes, desde el rojo de púrpura hasta el verde donde brilla la esperanza y ostenta en sus caprichos las ramificaciones de un bosque. Forma el jade que sirvió de puño á las espadas de los hijos de Mahoma y la serpentina que torneada por la mano de los artistas está en la mesa de los reyes ; y uniéndose con la gota de agua forma el ópalo oriental, sublime juego de luz en que millares de iris parecen moverse al ritmo del corazón que los contempla ; ó forma, en fin, la asteria donde juegan las imágenes del sol como juega la luz con las burbujas de jabón.

¡ Qué de sustancias ha formado con la gota de agua ! Parece que tienen amores secretos que solo el químico descubre. Un día formó el hidrófano, y la gota de agua ya cansada le dijo : « Me uno contigo, pero no brillaré á la luz. » Desde entonces, el hidrófano, opaco al aire, se presenta traslúcido é iridescente bajo de la gota de agua.

Con las sales de soda y de potasa y con óxidos metálicos forma el topacio que ha regalado á la Bohemia y al Japón. Tomando de su paleta el glucinio, forma la esmeralda con que ha enriquecido á la Siberia y á la América tropical : con su arte ha creado el granate y el zafiro de agua y los variados jacintos y el zircón y la turmalina que guarda cautivos los rayos de la luz.

En forma de cruz se ostenta en la hermatoma, como un manto de estrellas, en la aventurina, mientras en el lapislázuli presenta en toda su belleza el azul del cielo.

¡ Cuántas cristalizaciones, qué de formas, qué de sustancias diversas! Ahí están los feldspatos cristalinos, tan ricos en belleza; ahí están la mica, el talco y las sustancias esquistosas, polvo de plata y de oro que regala á las orillas de los ríos. Ha tomado de la paleta de la naturaleza todos los colores y del químico divino todas las cristalizaciones.

No contento, y quizá en un exceso de egoísmo, deja todos las materiales de que puede disponer y en un esfuerzo supremo de su amor de artista, cristaliza y aparece blanco, puro, trasparente, diamantino, en hermosos prismas hexógonos de doble pirámide : es el cristal de roca.

Esta es la apoteósis del grano de arena cantada por él mismo. ¿Qué es el cristal de roca? Es el grano de arena puro, sin mezcla de sustancia, que se cristaliza y se manifiesta como una obra divina. Es una dádiva que hace á la mesa de los reyes á la sala de los festines, y al óptico y al químico y al físico, como un espejo de luz, revelador de los secretos del sol. El mismo se ve y se contempla en su obra primorosa; y cuando, cansado ó *coqueteando* con su imagen, quiere ser inconstante, toma de su paleta hierro y carbón manganeso y tiñe sus cristales; entonces aparecen el topacio puro, el cuarzo ahumado y dulce amatista, espejo en que se mira el color violáceo de la luz.

El cristal de roca tiene por patria la tierra. En los dos mundos le encontraréis colorido, bello y trasparente; ya aislado en prismas de seis caras, ya multiforme, en hermosa ciudadela de cristales con sus torreones y edificios : gran feria de la cristalización en que se fija con una ternura indecible la mirada del corazón que suspira.

Preguntad ahora al diamante porqué no lleva en sus cristales al grano de arena, y os dirá : « Soy hijo del carbón, pero me presento al hombre en mi ganga de arenas ferruginosas. »

Preguntad al grano de oro quién lo conduce á la mirada del hombre, y os responderá : « La arena de los ríos; cruzo las aguas en un esquife de piedra, y sobre las cordilleras mi blanco lecho es de cuarzo. »

Investigad si el animal lo lleva, y veréis que desde el zoófito hasta el hombre todos han preferido el grano de cal para sus esqueletos, pero que el infusorio microscópico prefirió el grano de arena

para sus esquifes : desde entonces el océano se lo regala. Pero cuando los animales marítimos se mueren y quedan sepultados en lechos de arena, sus cuerpos se petrifican, y aparecen como momias de sílex y de ágata.

Todas las cordilleras de arenisca y de guijarros, de pizarra y de arcilla que están hoy sobre el globo, son los antiguos osarios de un mundo desaparecido : todos los animales están cubiertos con sus mortajas de sílice : el antiguo océano bañó sus sarcófagos, el hombre clasifica hoy sus cadáveres.

¿Qué toman los infusorios del océano? Toman el grano de arena que les sirve de alimento, de casa y de tumba. Viven de uno á otro polo, microscópicos como individuos, colosos como asociación. Estudiad sus osarios, y encontraréis descifrados los secretos del océano.

Una pulgada cúbica de la roca llamada trípoli de Bilin contiene, según Scheiden, 41.000.000.000 de esqueletos silíceos, lo que equivale á cerca de 24.000.000 por línea cúbica. Según Ehremberg, se forma anualmente en los fangos del Báltico, cerca de Weimar, 17.946 pies cúbicos de organismos silíceos. Aunque se necesitan cien millones de estos animálculos para formar un grano, Ehremberg recogió una libra en un hora. Son tan prolíficos, añade Jukes, que uno solo de ellos puede desarrollarse en un mes, de una madera tan prodigiosa, que toda su descendencia formaría una capa de sílice de 25 millas cuadradas de extensión con una y tres cuartas de espesor. En otros términos, según Bischof, esto equivaldría á 1.143 millones de pies cúbicos, ó á 41 millas cuadradas de un pie de elevación, ó á una plaza de esta altura, y con cerca de seis y media millas por lado.

Preguntad ahora á la planta, y os dirá que todos los vegetales del antiguo mundo que habitaron sobre el grano de arena, fueron petrificados por el océano y convertidos en sílice, en ágata y en ópalos. El grano de arena está siempre al pie del árbol; éste lo absorbe por las raíces y lo deposita en su corteza y en su leño : ahí están las gramíneas y las palmeras. Someted al microscopio el grano de trigo y de arroz, de avena y de maíz y en todos ellos encontraréis los celdas silíceas. Él está en la cutícula del bambú, en los nudos de la caña, formando celdas á manera de un mosaico de variados cristales.

Preguntad á la gota de agua qué solicita cuando desciende al fondo del océano. — « Llevo calor, contestará ella, y llevo también el grano de arena con que nutro millones de seres y con que formo lechos de piedra. » — Seguid esa gota de agua en su curso vagabundo, y la veréis llegar hasta las profundidades donde el fuego interior tiene su asiento. Allí llega en solicitud del calor terrestre y del grano de arena profundo que subirá con ella á la superficie, para formar, en bulliciosa onda, las fuentes termales de Islandia, de las Azores y de las Filipinas. Viene como artista de la noche para formar á la luz del día las incrustaciones vegetales y animales que regala á los viajeros.

Bello es el grano de arena que lucha con el tiempo sobre las altas cimas y forma parte de todas las rocas, ya mezclado, ya unido; pero más bello es aún en su legítima patria — el desierto. ¿Conocéis el desierto? Es el fondo de un antiguo océano. Preguntadle qué ambiciona, y os responderá — mi grano de arena, mi oasis donde están la palmera y la gramínea, y la gota de agua, y mi camello, y la caravana, y el viento del Simoum que agita las olas de este océano sin agua.

Cuando Dios creó el reino vegetal, dió el musgo á las rocas, el helecho á las aguas, las plantas sociales á la zona tórrida, y dió al desierto y á las orillas del mar su palmera, su oasis, para sustento del hombre. El hombre vive de pan, y en el pan está el grano de arena; vive de carne que le da el rumiante, y el rumiante vive de la gramínea donde se alberga el grano de arena.

Sobre esas arenas del desierto juega todos los días la luz y forma el espejismo : sobre esas arenas el viento gime ó forma la terrible tromba : bajo esas arenas se esconde la gota de agua, y sobre esas arenas viven seres desconocidos á quienes no ha contemplado aún la mirada del hombre. El desierto tiene algo de la eternidad : parece insensible, mudo, lúgubre; esto es una ilusion : el espíritu de Dios está en él.

¿Queréis todavía encontrar el grano de arena? Buscadlo fuera de los límites terrestres. Lo encontraréis en el aereolito y la piedra meteórica, que lo contienen en compañía del níquel, del hierro y de otros minerales : es el grano de arena cósmico que desciende á la tierra en solicitud del hombre. De esas regiones desciende igual-

mente el rayo eléctrico, que solicita las arenas del desierto, de las estepas y de las colinas para formar los fulguritas. Cuando encontréis sobre y bajo de las arenas tubos huecos y vidriados de todos tamaños, que se ramifican muchas veces hasta la profundidad de diez metros, entonces podréis decir : « aquí estuvo el rayo de Júpiter, porque la arena se ha convertido en tubos vitrificados ».

Pero aún no he terminado su historia. Un día el hombre desnudo, sometido á la inclemencia del tiempo, se refugió bajo del árbol. Sus hojas le sirvieron de cubierta, de amparo, su sombra. Pero al pie del árbol estaba el grano de arena que le presentó la arcilla, y las margas, y los granitos y pórfidos, y el sílex y todas las rocas duras. Desde ese día el hombre principió á edificar, y desde ese día nacieron la arquitectura y la cerámica. El hombre tomó el sílex y fabricó sus primeros instrumentos : hizo de la arcilla la primera copa donde exprimió la uva : edificó con la arcilla y con la arena su primera choza. Sacó del cuarzo la primera chispa, y con la arena fabricó el primer reloj que debía marcarle las fugitivas horas de la vida. Un mito antiguo representa el tiempe bajo la figura de un anciano que lleva una guadaña en una mano, mientras tiene en la otra una ampolleta : en esa ampolleta del padre Saturno está el grano de arena que marca las horas.

Pero ¡ qué prodigio! El grano de arena que es la imagen del tiempo que pasa, es también la fuerza que vence y detiene al tiempo que destruye. A la ciencia moderna se debe un gran descubrimiento : la restauración y la vida de las esculturas antiguas del arte por medio de la silicalización; es decir, el baño de silicato de potasa, en que el grano de arena satura, transforma la roca deteriorada, la rejuvenece y preserva de los ataques del tiempo.

Desde el día en que la arcilla se mostró al hombre, éste se hizo arquitecto, escultor y cerámico. ¿Qué es la arcilla? me preguntaréis. Es el grano de arena sacado de todas las rocas, que se une á la potasa y á la gota de agua para formar una mezcla blanda que se presta á todas las formas y á todos los caprichos del arte : la arcilla es la cuna donde duerme el agua subterránea, y el laboratorio químico de donde saca la planta sus materiales : es la más rica dádiva que hace al hombre el grano de arena.

Recorred toda la historia de la cerámica desde el día en que se inició entre los etruscos hasta hoy, y por todas partes encontraréis el blanco y puro kaolín, los feldspatos descompuestos, la arcilla plástica y las variadas pizarras, trasmutándose en manos del hombre. ¡ Cuántas bellezas! Un día aparece Bernardo de Palissy, y de la arcilla sale la estatua; desde entonces todos los caprichos del arte pueden modelarse y la dúctil sustancia se presenta blanca, pulida y bajo mil formas artísticas, en los salones y en los festines : es el grano de arena que canta las glorias de la cerámica.

No contento con las obras que le proporcionaba la arcilla de las cordilleras y de los valles, el hombre, siempre en pos de nuevas ilusiones, quiso imitar la naturaleza, y mezclando el grano de arena con la cal, con la soda, con la potasa y con diversos óxidos metálicos, fabricó el cristal y lo colocó sobre su mesa, en que apareció la copa trasparente llena con el licor de Hebe; y adornó su sala de brillantes arañas, y llenó los talleres y laboratorios de los sabios y de los artistas con la sustancia preciosa que acababa de sacar de la tierra.

Visitad todos los gabinetes de la ciencia, y contemplaréis este grano de arena desempeñando un gran papel en la historia del progreso humano. Entrad en el gabinete del físico, del químico ó del astrónomo, y le veréis en todos los aparatos. El grano de arena guía al astrónomo en sus exploraciones planetarias : está en el ocular y objetivo del microscopio revelando los secretos de la materia; está en la cámara oscura que toma la imagen de la naturaleza; y en tubos de cristal guarda el mercurio del barómetro y del termómetro. Vedle en los espejos, y en el prisma de doble refracción, y en la turmalina que polariza la luz; está en la máquina neumática, y en la máquina eléctrica, y en la fuente de Herón, y en los aparatos de hidrostática y de óptica. Está en las probetas del químico, y en sus crisoles y hornillos; guarda el imán misterioso que guía al navegante, y se ostenta finalmente, en la vara mágica que saca la chispa ó la aisla, y engendra la electricidad vítrea.

En el laboratorio químico es donde el grano de arena roba su fuego al sol por medio del lente ustorio; y en el laboratorio químico es donde da la llama. ¿ Cómo? Unid el hidrógeno con el silicio y tendréis un gas que se inflama de una manera explosiva al contacto

del aire. Colocadlo bajo del agua por medio de un aparato que lo comprima suavemente, y al instante aparecerán sobre la superficie del líquido, burbujas luminosas, un reguero de diamantes que simulará un diluvio de pequeñas llamas que buscan la libertad : esta llama es el grano de arena mezclado con el hidrógeno, que se enciende al contacto del oxígeno del aire.

Vedlo ahora en los grandes talleres de la industria y de las artes. ¡ Cómo brilla con todos los colores de la naturaleza ! ¡ Cómo ostenta todos los caprichos del arte ! ¡ Cuántas obras hechas con el grano de arena, desde la trasparente taza de te hasta la pulida estatua animada por el genio del hombre !

Entrad al gabinete del escultor, y allí encontraréis la gigantesca estatua de bronce y las molduras de hierro que salieron de la tierra como cinceladas por el buril del artista. ¿ Quién las ha modelado ? El grano de arena unido á la arcilla que recibió el molde del escultor y después el metal fundido.

Entrad en el gabinete del pintor, y le veréis sobre muchos de los colores de su paleta. Pero si le preguntáis cuál es la más bella y rica de sus pinturas, os mostrará el azul de ultramar, es decir, el lapislázuli, obra del grano de arena.

Preguntad al arquitecto y al ingeniero, dónde buscan el grano de arena, y os señalarán el cemento hidráulico, el mortero, las margas, base de todas las construcciones.

Cuando el estatuario corta el mármol que debe servirle para su estatua, el grano de arena ayuda á la sierra.

Cuando el minero quiere aprovechar la explosión subterránea, rellena su barreno con el grano de arena, tapon mecánico que ninguna fuerza podrá destruir.

¿ Quién mueve esas alas del molino que giran sin cesar ? El viento : abajo está el grano de arena que trabaja y tritura los cereales.

¿ Con qué pule el estatuario el mármol, el ebanista sus obras, el industrial el nácar, el cristal, el marfil y el carei ? Con el grano de arena. Hay una sustancia que no se ha dejado pulir todavía por el grano de arena : esa sustancia es el diamante, que se pule así mismo.

¿ Quién filtra el agua para el hombre ? El grano de arena. Decidle

al grano de cal que lo sustituya, y el hombre sería la víctima.

Cuando la nave zozobra en la tranquila ola, el piloto tiembla. No teme al océano, á quien desafía : teme al banco de arena, al escollo, á la barra movediza, á la playa que le aguarda para sepultarle.

¿Veis esa llama que devora campos y ciudades, y ante la cual el hombre lleno de pavor huye como enloquecido? Es el incendio. En él penetra el bombero cubierto con su vestido de arena : es el amianto.

¿No escucháis esos gritos de pelea, esas detonaciones del combate? A la chispa del arma mortífera ha seguido la detonación: esa chispa la dará el sílex al contacto del hierro: cuando no se conocía el fósforo, el hombre empleaba el grano de arena para encender la llama. Pero ese grano de arena que produce la chispa, se opone igualmente á los estragos del fuego. ¿Qué pretende el sitiador al dirigir su lluvia de metralla sobre la fortaleza de granito? Destruir ese grano de arena que le imposibilita la subida. El sitiado lo comprende y le opone una fuerza que anula sus proyectiles: esa fuerza está en los sacos de arena que, cual centinelas mudos, reciben la metralla y la paralizan.

¿Lo veis? El grano de arena tiene sus amores con las rocas, con los minerales, con la planta, con el animal y con el hombre: la gota de agua es su esquife líquido; el aire su esquife gaseoso. Tiene por patria la tierra entera; por taller, océanos y valles. Desde la cabaña pajiza hasta el palacio de los reyes; desde la taza de barro hasta el jarrón de porcelana; en la arquitectura, en la escultura, en la música, en la pintura, en la cerámica; en el gabinete del sabio y del artista; á la luz ó á la sombra; sobre las aguas ó bajo las aguas; en la hirviente hornalla ó bajo el frío de los polos hallaréis el grano de arena.

El ha asistido á la historia del mundo desde su origen: ha sido testigo de los combates de la humanidad, del nacimiento de las artes: ha visto pasar millares de generaciones: ha viajado con los diluvios y con los huracanes y con los vientos, y sigue sobre la tierra en su misión de arquitecto y de artista, y seguirá mientras el hombre, luz de un día, desaparece en el torbellino del tiempo.

Edificad un palacio cuyas columnas y arcadas fueran de lapislázuli, cuyo pavimento fuera un soberbio mosaico de vidrios colo-

ridos; un palacio con muros de brecha y de arenisca pulidas por mano artística; con escalinatas de porcelana y de cristal, con techumbre llena de estucos delicados hechos de kaolín y de espuma de mar; incrustad en sus paredes guirnaldas y florones de esmeraldas, topacios, zafiros y cornalinas y de ágatas herborizadas; poned de amatista las girándulas y del más puro cristal gigantescas arañas; cubrid después sus cristalinas puertas y ventanas con un espléndido cortinaje de hilo de vidrio que tuviese todos los colores deliris y que se meciera á los caprichos del viento; adornad, finalmente, ese recinto con todas las obras del arte, columnas, estatuas, grupos históricos, flores y pájaros; toda la creación si queréis, imitada en porcelana y en cristal, y tendríais allí el gran palacio mágico del grano de arena.

Cuando este edificio estuviere acabado, abridlo en una de esas mañanas tropicales en que el tibio calor llena el alma de deleite y el corazón de esperanzas. ¡Oh, Dios santo! Qué panorama tan inefable se presentaría á las miradas del hombre! Millones de iris resplandecientes, millones de soles llenarían el diáfano recinto. Los rayos del astro rey, penetrando por todas partes, caerían como miles de cascadas, como lluvia de oro y de piedras preciosas en que brillarían el sol, la luna, los planetas y todo el firmamento estrellado. Todos los colores y paisajes de la creación se disputarían á porfía el dominio de la belleza, y la mirada humana quedaría extasiada á impulsos de un corazón oprimido por exceso de emociones.

De repente melodías lejanas se escucharían, á manera de arpas eolias tocadas por los genios de la luz. El oído quedaría encantado, el corazón mudo, y la mirada buscaría en los secretos recónditos aquellas arpas de dulcísimos acordes, y encontraría que manos angélicas se deslizaban sobre el teclado cristalino, sobre las copas trasparentes del misterioso armónico.

Cuando el postrer rayo de la luz vaya á desaparecer; á esa hora en que el genio de las sombras toca en las regiones de Oriente, penetrad entonces en el templo cual digna sacerdotisa del sol; tomad en la mano al grano de arena que debe hacer descender el fuego celeste; poned en foco el lente ustorio, y el último rayo del sol encenderá la llama: heaquí la primer llama que servirá para

iluminar las gigantescas arañas, las girándulas y los millones de luces que deberían sustituir á la luz del sol.

¡ Qué magia! Introducid ahora en ese palacio de las hadas, millones de corazones que danzaran al compás de orquestas invisibles donde sobresalieran los dulcísimos arpegios y trinos de flautas de cristal: la muchedumbre delirante, loca y en estado de vértigo, vagaría como sombras que van y vienen en medio de un santuario de luz.

¿ Pensaríais acaso que el grano de arena que brillaba en todos los lugares de aquel recinto, era indiferente á las pasiones humanas! No, él está también en los corazones que deliran al impulso de las pasiones ; obedece al ritmo que lo guía ; viaja, se estremece, ríe y goza, para seguir después en su movimiento perpetuo durante el sueño de embriaguez que adormecerá á todos los corazones delirantes: el grano de arena es uno de los componentes de la sangre humana.

Pero, ¿ qué es el grano de arena? me preguntaréis; de dónde viene? — Viene de aquella noche en que á la voz del *fiat lux* aparecieron en el espacio todos los obreros que debían construir el mundo. Desde el momento en que el divino artista se presenta, el reloj de la Eternidad suena la primera hora y todos los actores principian la grande epopeya de los cielos. Con ellos nace el movimiento perpetuo, el cambio de forma; con ellos las metamorfosis y evoluciones de la materia y las atracciones y repulsiones que obedecen á leyes eternas é inmutables.

Cuando la obra principia, dos figuras descuellan como los agentes privilegiados del arquitecto divino : esos dos actores son, el oxígeno y el silicio; el uno, agente de la materia que debía sostener la vida, el aire, el agua y el fuego, destello de Dios; el otro, arquitecto de la tierra que debía incorporarse á todas las rocas y formar el lecho de los océanos, las cordilleras del globo y servir de albergue al animal y al hombre, y de riqueza á la industria y á las necesidades humanas.

Desde el momento en que el oxígeno y el silicio se pusieron en acción y solicitaron todos los cuerpos de la naturaleza, se principiaron á consolidar las rocas, aparecieron los pórfidos y los granitos, se formaron los calcáreos cristalinos y cayó la primera gota de agua, origen del primitivo océano. Entonces fué cuando se formaron los

ácidos y los óxidos, y las sales y las tierras aparecieron como los diversos componentes de la obra plástica que debieran construir los átomos guiados por una mano misteriosa.

Poco á poco la estatua aparece con sus relieves, armónica, definida : era la tierra, obra de Dios, trabajada por los obreros de Dios.

El oxígeno y el silicio contemplan entonces la obra que ellos acababan de cincelar, y al encontrarla todavía inacabada, se ven frente á frente, se lanzan el uno sobre el otro, se abrazan, se funden ; y de esa fusión de amor nació un nuevo cuerpo sobre la escena del mundo : la sílice, el grano de arena.

He ahí el primer grano de arena que debía continuar la obra y que la continuará hasta el fin de los siglos.

El hombre sobre la tierra es como el grano de arena : vive en eterna lucha y camina al impulso de sus pasiones, de sus vanidades, de sus deseos y utopias. Como el grano de arena, obrero de las rocas, así el hombre á quien Dios ha condenado al trabajo material. Como el grano de arena, artista que dibuja y cristaliza, así el hombre á quien Dios le ha concedido la inteligencia creadora, la conquista del mundo. Como el grano de arena, que se transforma por su sola fuerza en diamantino cristal, así el hombre á quien Dios condena al martirio, pero dándole por recompensa la fe, por escudo el don de la gracia. El hombre sucumbe : el grano de arena continúa. Si el alma humana pudiera cristalizarse, esa cristalización no principiaría sino más allá del sepulcro [1].

1. Casi todos estos artículos fueron publicados en 1868, cuando se creaba la escuela de los vulgarizadores científicos, en la cual principiaban á figurar Parville, Fonvielle, Jouvencel, Babinet, Berthoud, Michelet y otros más, á los que han sucedido de cinco años á hoy los autores de las MARAVILLAS CIENTÍFICAS y el infatigable y elocuente novelista Julio Verne.



FANTASÍAS GEOLÓGICAS

LA FRAGUA DE VULCANO

A Amenodoro Urdaneta.

Dos Océanos se han compartido el dominio del mundo en que vivimos; el uno, de lava, profundo, escondido en las entrañas del planeta; el otro, de agua, superficial, visible é incrustado en el lecho de los continentes. Para el uno, la noche eterna, la fragua del dios cojo, con sus legiones de cíclopes; para el otro, la luz del día ó de las estrellas, y Neptuno con el tridente de los mares, y su séquito de nereidas y náyades, y de Eolo que embalsama las ondas con los besos de la primavera. El uno está envuelto en el manto de las sombras; el otro se corona con la diadema del iris: mientras el uno enciende, el otro apaga; si el uno disturba, el otro restablece el equilibrio; si el uno invade, el otro cede, para conquistar de nuevo. Un miserable tabique los separa; la costra terrestre; y sin embargo, ambos se respetan en su autonomía. En la lucha en que han vivido seguirán, porque á ellos se ha confiado la armonía del mundo. Ambos son arquitectos, constructores y mecánicos : ambos obreros y artistas : el uno fabrica de abajo para arriba y entapiza la bóveda de sus antros; el otro, de arriba para abajo y rellena el lecho de sus abismos. Si luchan, es para crear: por lo demás son amigos, aunque parecen antagonistas : para el uno, el fuego, para el otro, el agua.

Desde el día en que la masa nebulosa del planeta, empujada por una mano invisible, rueda sobre su eje, y principia al mismo tiempo á recorrer su órbita elíptica, los elementos se combinan, un gran calor se desarrolla, una ignición general cubre la tierra.

Todos sus componentes se licuan; y desde ese instante ella se infla en su ecuador y se achata en sus polos. Una escena terrible, un incendio, abre entonces el primer acto de la gran epopeya terrestre.

Figuraos un globo más grande que la tierra, líquido, encendido, humeante, que gira sobre sí mismo y corre despavorido, agoviado de una masa de fuego que lo arropa por todas partes: figuraos este globo infernal inundado por un océano de lava, que se retuerce, se sacude, derrama torrentes de calor y de gases, y en evolución vertiginosa, cruza los espacios con más velocidad que el pensamiento, y apenas tendréis una idea de esta primera combustión, de esta llama que iluminó la profunda y prolongada noche del caos y cuyos episodios sólo presenció el Autor de la naturaleza.

Si penetramos en el interior de la corteza terrestre, encontraremos que el calor almacenado en ella por el sol, no pasa de treinta á cuarenta metros de profundidad, cualquiera que sea la latitud. Mas allá principia el calor del planeta á razón de un grado por cada treinta y tres metros, á proporción que avanzamos hacia el centro. A tres mil trescientos metros habrá una temperatura de ciento doce grados, y todas las aguas escondidas estarán en hervor. A las diez y seis leguas, la plata entrará en fusión y habrá un calor de dos mil veinte grados. A las veinte leguas, el cobre estará derretido. A las veinticuatro, el oro, y habrá un calor de dos mil ochocientos ochenta y cuatro grados. A las ochenta y dos leguas, el hierro entrará en fusión y existirá un calor de nueve mil novecientos cuarenta grados. Si la progresión continúa hasta llegar á mil quinientas leguas, que es el radio terrestre, tendremos aquí un calor de doscientos dos mil grados; calor inimaginable que volatilizaría todas las sustancias del planeta.

Este calor que ha ido en aumento cada treinta y tres metros de profundidad, ¿seguirá creciente hasta el centro de la tierra? ¿No existirá una zona de equilibrio donde la temperatura siga constante? El Océano lávico, cuya existencia está probada por la serupciones volcánicas, ¿forma una zona interpuesta entre la costra de la tierra y un núcleo sólido, ó debemos suponer que toda la masa está fluída de uno á otro extremo? He aquí el imposible que la ciencia no ha podido aún resolver. Pero de todas maneras, existe

una región de fuego donde todas las sustancias están fluídas; donde la lava y los gases se mueven, se agitan, azotan la costra terrestre y ascienden á la superficie en solicitud de las chimeneas volcánicas.

Esta es la gran fragua de Vulcano, el Océano de fuego cuyas olas candentes consolidan la tierra y elaboran los ricos tesoros que ella guarda en su seno. De esa fragua, ha salido la costra que pisamos, las cordilleras que forman su relieve, las rocas que dan sustento á la planta y el animal, el mineral en fin, la piedra preciosa que adorna la diadema de los reyes y que excita la codicia de los hombres. De esa fragua, salieron los millares de volcanes que inundaron con su lava el mundo primitivo, en aquella época en que el Océano marino venció al Océano ígneo, y principió á construir con cenizas y escorias la base de las primeras islas : de esa fragua, han salido los ácidos gaseosos y las corrientes cálidas que metamorfosearon los primeros sedimentos de las aguas; de esa fragua, en fin, los cuatrocientos volcanes que actualmente iluminan la tierra con su luz terrible.

¡Qué portento! El incendio ha cesado en la superficie del planeta para reconcentrarse en los senos de su corazón. Sobre un Océano de lava con un diámetro de tres mil leguas, está un tabique sólido con un espesor de treinta, como hoja de papel que cubriera un globo de nueve pulgadas de diámetro. Sobre esta hoja de papel están las cordilleras, los continentes y el Océano marino, y el animal y el hombre andan como débiles esquifes sobre ese mar de fuego, á semejanza del arador que marchara sobre la concha de un huevo, sintiendo bajo sus pies los latidos del nuevo ser próximo á ver la luz del día. Prodigio, porque ese Océano de fuego no puede inundar la tierra : como el Océano marítimo él tiene también sus límites de los cuales no puede pasar.

Y mientras que arriba la vida brota á torrentes, la belleza es el alma del paisaje, el amor teje guirnaldas, el ave canta, y el vegetal florece ; abajo está la lava de la fragua, con la cual trabajan los cíclopes de noche y de día ; ya bajo el frío de los polos, ya bajo el calor de los Trópicos, llevando sobre sus cabezas el gorro de rocas y de agua más liviano para ellos, que la burbuja de jabón que eleva el niño en los aires y en que se reflejan los colores de la luz. Allí,

obreros que apuntalan la costra terrestre, que calientan las aguas subterráneas descendidas á la hornalla en busca de calor; allí, obreros que trabajan en los filones de minerales, que cristalizan las piedras preciosas, que carbonizan las selvas sumergidas; todos, en trabajo perpetuo, para enviar á la superficie, aguas termales, gases inflamables, minerales, rocas, piedras, preciosas, y carbón y betún y combustibles minerales.

Cuando esa fragua se agita, las cordilleras tiemblan como la hoja del árbol á impulsos del viento; cuando sus fuelles trabajan, los gases corren despavoridos en precipitada fuga; cuando esas hornallas se remueven, los continentes arrojan llamas, los volcanes se coronan con penachos de escorias, y el trueno retumba y la tierra parece detenerse. — ¿ Qué rugido es ese, que parece un bostezo del abismo? — Es la lava aprisionada que se escapa, que sube y arrastra cuanto encuentra á su paso, pelea con el aire, con el agua, con las rocas, para buscar su libertad; son los gases que han encontrado abierta la negra puerta de hierro, y se escapan en pelotón, después de haber vagado por los piélagos, por los estrechos, huyendo del terrible calor que quería cristalizarlos y los perseguía sin descanso; son los cíclopes que llenos de alegría dan sus martillazos sobre la pobre costra y rellenan las hendiduras, fortifican los puntos débiles y empujan las islas y los continentes, ó encienden los faros por donde deben escaparse los gases y las lavas : es la vida subterránea que viene á saludar á la vida aérea.

Después de muchos siglos de trabajo, los cíclopes descansan sobre la hirviente hornalla. ¡ Han trabajado tanto! ¡ han construído tanto! ¡ han levantado sobre sus hombros tantas cordilleras! que bien merecen el reposo. Descansan después de haber destruído ciudades antiguas, cuna del género humano; después de haber derribado cordilleras, levantado islas, quemado selvas sumergidas, primitiva vegetación del globo. Descansan después de haber combatido con su rival, el Océano marítimo por centenares de siglos. Hoy, calientan las aguas, iluminan los faros; braman de cuando en cuando, conmueven la costra, levantan y surmergen islas; tratan de unir los archipiélagos, y siempre con la idea de vence por la ley del progreso al rival pequeño, pero terrible, porque á manera de insecto se ha incrustado en el cuerpo del gigante.

¿ Mas dónde encontrar la luz que da á la tierra esa fragua escondida en los antros del planeta ? — ¿ Bajo cuantas formas se presenta ella á las miradas del hombre? — Sediento de honor y de lucro éste no se ha contentado con explorar el fondo del Océano marítimo en busca de la riqueza, sino que taladrando la costra terrestre ha descendido á regiones desconocidas, en solicitud del oro. En estos lugares tenebrosos á donde no llega la luz del día, una luz le guía — la llama. Pero en el instante de llegar á los primeros límites del imperio plutónico, le sale á su encuentro un gas invisible que ataca á la llama del hombre; ese gas es el fuego *grisú*, el hidrógeno protocarbonado, que se enciende y estalla en terrible explosión. La llama se apaga, y lámpara y minero quedan derribados al impulso de la fuerza misteriosa é invisible, negro vampiro que se cierne sobre los mutilados restos de su víctima. Son las avanzadas de la fragua militante que destruyen al imprudente que osó descender á aquellas regiones del averno.

« No hay meteoro, por terrible que se le suponga, ha dicho Simonin, que pueda compararse á una inflamación del fuego *grisú*. Imaginaos uno de esos azotes del cielo que parecen haber sido creados por la naturaleza para castigo del hombre; un rayo, un huracán, un ciclón, una tromba que quema, derriba, destruye cuanto encuentra en su paso, y no tendréis idea de los efectos que puede producir una explosión del gas de las minas. Un cañón cargado de metralla y disparado súbitamento sobre una compañía; un polvorín que se inflama en medio de un cuerpo de fabricantes; un gasómetro que revienta en una fábrica, dan apenas una idea de la inflamación del fuego *grisú*, sorprendiendo de golpe á los mineros.

¡ Cuantas desgracias, cuánta orfandad ocasionadas por este agente de Vulcano! Un día, un genio aparece; no fué aquel que arrebató el rayo al cielo y el cetro á los tiranos; fué el inventor de la lámpara maravillosa. Desde entonces el hombre desciende á las minas confiado y tranquilo, y con el escudo de Aquiles en sus manos — la lámpara de Davy.

¿ Queréis conocer la lámpara maravillosa? Es una red de malla que por todas partes cubre á una lámpara de alcohol. Tan luego como el minero llega á las galerías subterráneas, el gas que afluye de las grietas se pone en contacto con la red; la rodea, se pone en

vigilancia como el animal en busca de su presa; investiga quizá la manera de atacar la llama y aguarda; pero todo es inútil, porque la llama está cautiva en su prisión y mientras el calor que ella desarrolla se propaga hacia la red, su luz se conserva tranquila é indiferente á lo que afuera pasa. Si acaso algún átomo del hidrógeno protocarbonado penetra la red, la llama puede apagarse sin explosión, mas al instante brillaría el hilo de platina que la acompaña, y el minero podrá salir en solicitud de nueva luz. Desgraciado aquel que abra la lámpara cuando el *grisú* se presenta, porque la muerte sería el castigo de su imprudencia.

Pero si en las profundidades de la tierra, el hidrógeno protocarbonado es el enemigo del hombre, sobre la superficie es su elemento sociable. En los pantanos, en los terrenos bituminosos y carboníferos, en las selvas, y cerca de todas las regiones volcánicas, las llamas nocturnas que se levantan del suelo fueron por muchos siglos el espanto de los pacíficos habitadores de las aldeas. En los campos de la nueva Segovia, regiones herbáceas de Venezuela, llamas intermitentes recorren en muchas noches las praderas, y los habitantes de estas comarcas ven en ellas el alma del feroz tirano que azotó en otros tiempos sus campiñas. De las grietas del Cuchívano, en las regiones de Paria, salen llamaradas á cuya presencia los Indios creyeron ver á sus antepasados que les invitaban á dejar la tierra. Es el hidrógeno protocarbonado que sale de regiones bituminosas, y se enciende al contacto del oxígeno del aire.

Mucho antes que la ciencia moderna descubriera el gas del carbón, los Chinos, los Persas y los habitadores del mar Caspio, encendían todas las noches el gas que les regalaban sus terrenos. En los Estados Unidos, cerca del lago Erié, sus moradores aprovechan el gas que brota de sus rocas, mientras la ciudad de Fredonia se presentó durante muchos años, con una luz fantástica : era el fuego *grisú*, el hidrógeno protocarbonado, enemigo del hombre en las regiones profundas del planeta, pero su amigo y compañero en la superficie, donde hace siglos dice á cada nación : « Aprovéchame, recógeme, yo doy una luz brillante y tengo fuentes inextinguibles en todo el globo. »

« Pero nada más espléndido que las iluminaciones de Bakú, en

las regiones del mar Caspio. Allí existe un templo, el templo de fuego, de cuyos muros, de cuyos arcos y cúpulas salen llamas á manera de penachos, que dan á aquellos lugares un aspecto de sublime majestad. Sacerdotes pársis sostienen el fuego de aquel templo, semejante á un incendio que brota de la tierra, incensario de los cíclopes, saludo del abismo al Dios del trueno. Cuenta un viajero moderno, Mr. Moynet, que desde tiempo inmemorial la ciudad de Bakú fué considerada por los Güebros ó Gauros como ciudad santa, y un convento de *Pársis*, situado en sus inmediaciones, encierra el famoso santuario de Atesh-Gah, en el cual brilla el fuego eterno. »

. . . .

« Llegamos á una extensa llanura: en medio de los fuegos que brotan de aberturas irregularmente colocadas, se eleva un edificio almenado, y un penacho de llamas brota de cada almena : un foco más intenso compuesto de cinco ardientes penachos corona la cúpula más elevada.

« El espectáculo interior es aun más imponente : por dondequiera el fuego brota de la tierra : bajo la cúpula central, el altar está cubierto de llamas. »

« Réstanos ver los fuegos marinos, añade el viajero. Con un tiempo excelente, dirigímonos en una lancha, á la siguiente noche, hasta las emanaciones de nafta, cuyo olor manifiesta en seguida su existencia. Uno de los marineros encendió algunas de las bolas de estopa que llevaba, las arrojó en un punto donde el mar parecía borbotar, é instantáneamente, toda la superficie líquida se inflamó sobre una extensión de unos cuarenta metros. Encaminámonos más allá para repetir el mismo experimento ; el incendio se propagaba... Bogábamos sobre un Océano de fuego. ¡ Qué cuadro ! ¡ Qué hechicería ! Fuerza era empero, regresar ; tras de nosotros seguían brillando los fuegos, y arderán hasta que un impetuoso viento vaya á apagarlos, lo cual puede hacernos esperar quince días y hasta un mes. »

Si nos detenemos ahora sobre los faros de piedra con que los cíclopes iluminan los continentes, tendremos que contemplar una erupción volcánica, con sus bramidos, sus estertores, su penacho de fuego, su columna tenebrosa, su río de lava; copa de luz y de

calor que se rebosa; corriente que carboniza cuanto encuentra; fortín que se inflama; batería oculta que cañonea la costra; trueno del infierno, á cuya presencia tiemblan las montañas, se sacude el Océano, enmudece el hombre.

Recorred el planeta de uno á otro extremo, y por todas partes encontraréis, al lado de los volcanes apagados, restos de pasados incendios, sobre los cuales vive el hombre; volcanes encendidos, fuentes de gases y de luz, erupciones de lodo y de lava, y de combustibles, en un trabajo infatigable. Ved la Islandia, en los confines del polo del Norte, erizada de lavas volcánicas, de aguas calientes, patria del Hecla, que agita la desolada tierra. Dos agentes se han compartido el dominio de estas soledades : la gota de agua, que fabrica ventisqueros y palacios de nieve; y el fuego, que ha llenado toda la isla de grutas y de obeliscos y de agujas de lava. Y mientras que allí la fragua de Vulcano presenta sus avanzadas terribles, en el extremo opuesto, dos colosos asoman sus cabezas encanecidas y llenan de resplandores siniestros las ignoradas soledades del polo austral. Acá un continente se oculta á las miradas del hombre, y allá dos guardianes custodian otro ; el uno en nombre del Océano marítimo que lo circunda de murallas eternas é infranqueables; el otro en nombre del Océano ígneo encargado de encender el Erebus y el Terror, estos dos gigantes del polo del Sur : santuario de la tierra iluminado por dos luces fúnebres, circundado de murallas de diamante y cuyo pavimento no ha pisado aún el gran sacerdote, é intérprete de la creación —el hombre.

Ved los Andes con su Círculo de fuego que viene de cada polo y se une en estruendoso beso en las regiones del Ecuador : aquí el Sangai terrible con sus doscientas sesenta y siete erupciones por hora; el Cotopaxi, que lleva en su cabeza el gorro frigio encanecido por los siglos, y á cuyos bramidos temblaron los asesinos de Atahualpa ; aquí, el Antisana á que trepó Humboldt y el Aconcagua chileno, coloso del continente americano : más arriba Pasto y Puracé, Tolima, Masaya y Jorullo, y el Popocatepel que presenció el suplicio de Motezuma. ¿ Para qué enumerarlos, si nada puede compararse á esa batería de Vulcano que circunda todo el Océano Pacífico, y que se extiende sobre los archipiélagos del mar Índico y educa centenares de islas que algún día formarán continentes? Para

la América, la vía láctea de los cíclopes; para el Pacífico, sus grupos de nebulosas : Luzón, Java, Sumatra, etc. ; Haway, con su cráter de cinco mil metros de diámetro, donde la lava forma oleaje ; Caledonia, las Hébridas, Nueva Zelandia y los archipiélagos que se pierden hacia el polo austral. Para el Atlántico, las constelaciones limitadas, las Antillas, las Azores, las antiguas Hespérides, y ese Mediterráneo, antigua cuna del género humano : aquí el Stromboli que presenció la historia de los Etruscos, y que sirvió de faro á los primeros exploradores del mar tirreno : aquí el Etna, testigo de las conquistas de Grecia y de Cartago, de las guerras púnicas y de las repetidas invasiones sobre la fecunda isla, antigua patria de los cíclopes. Griegos, Romanos, Árabes y Cartagineses; conquistadores, tiranos y demagogos, todos han pasado, y el Etna brilla todavía para contarnos la historia de Siracusa y de sus tiranos. Aquí el Vesubio, sobre cuya cima pacífica acampó Espartaco, y que vió á Belisario triunfante por los campos de Nápoles, y que sepultó á Pompeya en aquel último día de angustia y de dolor, cuya historia no podrá borrarse de la memoria de los hombres. « Muchas veces, ha dicho Boscowitz, él se enfurece; entonces muge, vomita llamas, cubre de tinieblas la comarca, y con súbita cólera, desuella al país, al que durante muchos años había colmado de beneficios. En el golfo de Nápoles, del cabo Misena al promontorio de Minerva, no es el rey de Italia quien reina, es el Vesubio, que á voluntad de su capricho reparte sobre sus comarcas, ó el duelo, ó la dicha. »

Pero lo que admira es, cómo todas las fuerzas de la naturaleza vienen siempre al encuentro de una erupción volcánica, desde el momento en que ella se presenta en su terrible majestad. Sobre las chimeneas está el aire que busca las sustancias volátiles para formar la llama; sobre ella la gota de agua subterránea que huye del incendio y se eleva con las espirales de humo, ó que se precipita en tumultuoso río, después de haber cubierto, durante siglos, con un gorro de nieve, la tostada cabeza del gigante; sobre ella, las fuerzas mecánicas que levantan, las químicas que manipulan, la electricidad, en fin, que cual serpiente de fuego ciñe con sus anillos la ardiente chimenea. ¡ Qué! ¿ el rayo eléctrico vendrá también á unirse con el fuego del planeta para destruir al hombre? — No ; es el rayo de Júpiter que sale al encuentro de Vulcano que enciende su fragua.

Como las fuerzas de la naturaleza, el hombre sale igualmente al encuentro de la terrible fragua. Asistid al último día de Pompeya, y veréis á Plinio que contempla y sucumbe, en tanto que la lava del Vesubio sepulta á la ciudad pagana : ahí tenéis á los compañeros de Hernán Cortés que trepan á las escarpadas pendientes del Popocatepel en solicitud de la columna de humo : ahí tenéis á aquel dominico, que desciende al infierno de Masaya (C. América) porque cree que la lava es oro fundido, y armado de un gran cucharón de hierro, penetra en la hornalla, pero apenas sumerge el instrumento, éste se derrite, y el monje después de mil peligros, huye despavorido. Pero nada comparable á los episodios de la espantosa erupción del Etna en 1865 : Todos los habitantes huyen llevando á cuestas sus riquezas, mientras los sacerdotes y las religiosas de los conventos, al frente de grandes procesiones escalan las cimas humeantes en solicitud del enemigo. En presencia de las bocas de fuego que por todas partes lanzaban torrentes de piedra y de lava, nubes de polvo y de cenizas, los sacerdotes revestidos de sobrepelliz conjuran al torrente de lava que se desprende, que aniquila cuanto encuentra : allí permanecen sostenidos por la fe; conjuran á las furias del Averno, como León á las legiones de Atila, en tanto que los campesinos colocando al pie de la montaña agitada las estatuas de sus santos, trepan, quieren pasar el río de fuego, y mezclan á gritos sus oraciones y lamentos con el trueno del abismo.

¿Qué sería del hombre si esa fragua no le hubiera preparado la costra terrestre sobre la cual vive, y en la que el Océano exterior ha encontrado todos los materiales de su portentosa obra? Sobre los antiguos cráteres, existen hoy lagos alpinos ; sobre la antigua lava, muge el buey y crece el árbol : los primeros basaltos se convirtieron en grutas y calzadas, los primeros sedimentos, en calcáreos cristalinos : ahí está Staffa, en que se pasean las sombras de los guerreros de Morven, y donde se escuchan los cantos de Ossian; ahí, esa roca de Santa Elena donde expiró el moderno Prometeo, y cuyas olas serán eternamente un grito de maldición; ahí, las canteras de Carraca y de Páros que debían inmortalizar á aquel Fidias, genio de la Grecia.

Por todas partes, pórfidos, trequitas y rocas plutónicas, sólida base para las construcciones del hombre, por todas partes, hulleras y

minas de combustibles, productos volcánicos y filones de metales, y el diamante, el topacio, la esmeralda, el hierro, la plata, el oro, todo fabricado por el fuego para beneficio del hombre. ¡Qué de lugares célebres, preparados por esa fragua para cuna de la historia Ahí está Roma y las colinas de Albano, y el monte Vúltur, y Nápoles, y el lago Averno, y la gruta de Pausilipo. Ahí, están Proscida é Ischia, y las islas de Lípari, en que brilla el Stromboli. Ahí, tenéis á Santorino, que gime como el ave de los sepulcros sobre las ruinas de la antigua Grecia : y á Eubea, Zante, Cefalonia y el monte Parnaso, mansión de Apolo : y á Macedonia, Tracia y las Termópilas, que inmortaliza á Leonidas, y á Lemnos y Ténedos, Samos y el valle del Jordán, las orillas del Mar Muerto, el Sinaí y el Ararat, en que se detuvo el Arca de Noé ; islas y lugares inmortales, teatro de la portentosa historia de Roma y de Grecia, de Israel y de Jesucristo.

¿Quién nos contará la historia de aquel incendio primitivo con cuyas cenizas fabricó el Océano marítimo los continentes en que vivimos? Ahí estan las rocas volcánicas que han revelado á la ciencia el gran misterio. « Suponen, dice un químico moderno, y no puede ser de otra manera, que las plantas del período carbonífero necesitaron para vegetar, de una temperatura de veintiocho grados del termómetro centígrado : desde luego, como la temperatura media de la tierra es hoy solamente de diez grados, resulta que ella ha perdido desde aquella época diez y ocho grados. Partiendo de aquí, se ha tratado de calcular el tiempo necesario para un enfriamiento semejante, y con este objeto se han hecho experimentos para conocer la ley que rige el enfriamiento de las lavas y de los basaltos. Aplicando á la tierra el resultado obtenido, se ha deducido lógicamente que, para que nuestro globo experimentase una pérdida de temperatura de diez y ocho grados, se necesitaría un período de NUEVE MILLONES DE AÑOS. Si admitimos ahora, que la totalidad de la masa terrestre estuvo primitivamente en estado de fusión, el cálculo indica que ha sido necesario á nuestro globo un período de TRESCIENTOS CINCUENTA MILLONES DE AÑOS para pasar del estado líquido al estado sólido.

EL COMBATE DE LOS GLADIADORES

A José Ramon Yépes.

La cordillera de los Andes no es una creación aislada entre los dos más extensos océanos de la Tierra, ni está independiente de las influencias y relaciones físicas que ligan entre sí las diversas porciones de la corteza terrestre. La cordillera de los Andes es el muro oriental de la fortaleza ciclópea que circunde la hoya del Grande Océano; esa hornalla terrible donde las legiones volcánicas han establecido su campo de batalla, y las fuerzas vitales su más extenso laboratorio.

Leopoldo de Buch fué el primero que, al estudiar el vulcanismo de las costas del Pacífico, dió el nombre de CÍRCULO DE FUEGO á la faja de chimeneas encendidas que, partiendo de los confines de América en uno y otro extremo, sigue al Oeste de cada polo, para unirse con los centros volcánicos del grande archipiélago indo asiático que, en las regiones del Ecuador hace frente á la cordillera andina. Este *Círculo* que por todas partes limita las aguas del Grande Océano, es la línea geográfica, y al mismo tiempo, la barrera de rocas que guarda la extensa hoya, donde el fuego, por una parte, y la vida orgánica por la otra, ayudan los partos titánicos de la madre *Tellus*, más tardíos y laboriosos á proporción que esta envejece.

A la formación del *Círculo de fuego* han contribuído las grandes porciones de la tierra, con sus escollos y promontorios, con sus islas y archipiélagos, con sus costas, con sus rocas y cordilleras. Cuanto existe en el globo de más grandioso y sublime en la natuleza física, allí está; y cuanto existe de más célebre en la historia de género humano, allí está igualmente, como para mostrar que la grandeza del hombre es inseparable de la grandeza de Dios. Mientras que por el Occidente sobresalen las naciones que sirvieron de cuna al género humano, custodiadas por el Himalaya; por el Oriente se levanta la joven América, coronando el eje que une los dos polos del planeta, con una diadema de nieve y fuego, que realza el panorama de luz de la más hermosa región de la tierra.

¿Qué es el océano Pacífico? — Es una cuenca llena de agua, con una superficie de ciento cincuenta millones de millas cuadradas, la tercera parte del globo terráqueo. En esta área fabulosa están Australia y Tasmania, las pléyades de islas que constituyen la Micronesia y Polinesia, los archipiélagos temidos de Java, Sumatra, Célebes y las Molucas, Borneo y las Filipinas, y los gigantes Andes, batería de volcanes, que une las dos Américas á los focos ardientes de China y del Japón.

Nada existe sobre la tierra más soberbio y al mismo tiempo más terrible que ese grande sepulcro de ruinas, en cuyos escombros trabaja la fuerza animal, y cuyos cimientos levantan sobre sus hombros los fornidos cíclopes, obreros del fuego.

El océano Pacífico no tiene las costas apacibles del Atlántico, ya civilizadas por el hombre, sino el escollo peligroso, el banco temido, el promontorio altivo, el misterioso canal que separa las costas de las islas, el archipiélago que se subdivide, el declive duro y escarpado de la cordillera, muralla inaccesible : todo para circundar el océano, aprisionarlo en la menuda red, cortarle la huída y vencerlo. El *Círculo de fuego* es la hidra titánica que comprime con los cien mil anillos de su cuerpo la masa líquida del Grande Océano. Río de lava, torrente de fuego, costa que avanza y costa que se hunde, los gases que envenenan el agua, el pólipo que trabaja en la oscuridad profunda : he ahí los zapadores que conquistan el campo oceánico : ¿ Para qué, para quién ? — Para sacar á flor de agua las ruinas de un mundo sumergido, y entregarlas al hombre, quien necesita ya de nuevos campos y de nuevas fuerzas para el desarrollo de su industria.

Stephens fué el primero que opinó que hubo un continente entre los dos mundos, el cual fué sumergido por una de esas revoluciones geológicas cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. Lo mismo puede decirse del antiguo continente antillano reducido hoy á archipiélago. De manera que, en una época, quizá no muy remota, América se comunicaba por el continente del Pacífico con las regiones de Asia, mientras se unía por medio del continente antillano con las regiones occidentales de Africa y Europa.

Mas, para sacar á luz este mundo de ruinas es necesario luchar sin tregua y sin descanso, y esto hace que el océano Pacífico sea,

no solo un gran taller, sino también un vasto campo de batalla. — Mientras que en el silencio de la noche oceánica, la madrépora y el pólipo constructor trabajan callados, y mueren, desde el instante en que aparecen á flor de agua, los viejos cráteres y las cimas hundidas, los volcanes atronadores agitan las costas y las aguas y á fuerza de estremecer y de demoler, rellenan, conquistan, ganan terreno ó levantan finalmente la novicia coronada de corales que yacía bajo las aguas, y la cual al asomarse, recibe el bautismo de espuma con que la saluda el océano vencido.

Dos ejércitos se disputan el Grande Océano : el asiático y el americano ; ambos con sus columnas invencibles, con sus baluartes de hierro y de granito, con sus fortalezas almenadas que vomitan el fuego y la muerte. Son dos ejércitos de volcanes inmóviles, imperturbables, atrincherados, que invaden, no con sus masas, sino con ríos de lava y de cieno, con columnas de metralla, con proyectiles mortíferos.

El ejército asiático tiene su ala derecha en Tasmania, Australia y Nueva Guinea, con grandes avanzadas en el mar de Coral. Su ala izquierda se apoya sobre las costas de China, grande archipiélago del Japón y Kantchatka, con sus avanzadas en las islas Aleutianas y Curileas, mientras el ala central, el grueso ejército, en el cual se encuentran los más formidables volcanes de Asia, está en Sumatra y Malaca, Java, Borneo, Célebes y Molucas, con su terrible avanzada en el archipiélago de las Filipinas. Todo este ejército forma una curva de fuego que rodea el océano, por el Norte, Oeste y Sur.

El ejército americano está colocado en una línea recta entre los dos polos del planeta y hace frente, por el lado oriental de la hoya oceánica, á la terrible masa del ejército asiático, mientras se comunica con este por el Norte : apenas el estrecho de Bhering separa estas dos baterías volcánicas. El ala izquierda está en la Tierra del Fuego y en Chile : el Ecuador, Colombia y CentroAmérica constituyen el ala central, en tanto que el ala derecha la componen los volcanes de Méjico, los de la costa oeste de la América del Norte y los de Alaska.

Las baterías chilenas, centroamericanas y de Alaska se aproximan al océano. El Ecuador tiene las suyas en dos líneas á lo largo

del estrecho valle de los Incas. Las de Colombia están en la cordillera central, guardando las dilatadas regiones del Magdalena y del Cauca, emporios de la riqueza americana. Las de Méjico, finalmente, se separan de la dirección general, para alinearse de Oeste á Este, como queriendo comunicarse con los focos del mar antillano. Estos serán una reserva de lujo.

El viejo Himalaya con todos sus hijos, gigantes encanecidos, al norte de la península indostánica, son los testigos de las evoluciones en el campo asiático, en tanto que el Aconcagua al Sur, y el Santa Marta al Norte, son los patriarcas de las legiones andinas.

Una fortaleza aislada se encuentra casi en medio del campo de batalla, Hawai, la terrible, que por sí sola podría acabar con el mundo, y que guarda en su seno el más gigantesco lago de fuego que existe en la tierra.

Como hemos dicho, el estrecho de Bhering separa en el polo Norte los dos ejércitos, mientras hacia el polo sur el campo está casi descubierto; pero dos volcanes misteriosos están como escondidos en sus fortalezas de nieve; el Erebo y el Terror, que pueden considerarse como el extremo sur de la gran cordillera de los Andes, listos siempre á entrar en acción desde el momento en que se escuche la trompeta del abismo.

Asistamos ahora á alguna de las evoluciones de esta lucha gigantesca.

El agua bulle y peces muertos flotan en legiones sobre la ola agitada; la tierra tiembla, y un trueno sordo en su diapasón profundo, ha recorrido gran parte de la cordillera andina. De pronto se levanta una columna de humo que cubre el horizonte terrestre, y un grito de dolor se escucha en las ciudades y aldeas. El océano enfurecido se precipita sobre las costas, como sediento de venganza, y en tanto que la ola vertiginosa invade el asilo del hombre, el rayo eléctrico aparece de súbito sobre una de las almenas de la fortaleza andina.

¿ Qué pasa ? — Nada. Es una evolución en el campo americano. Es el Cotopaxi, el Corcovado, ó el Cosegüina que ha lanzado sus gases subterráneos sobre las aguas del océano, ha levantado el fondo, y la ola rabiosa, y los peces asfixiados por el ácido carbónico suben para estrellarse al pie de la fortaleza. La tierra se

sacude en tanto, y se coronan de fuego las alturas; pero todo es transitorio; el equilibrio volverá á restablecerse y la paz reinará entre ruinas.

Pero de súbito, se escucha en el silencio de la noche un trueno lejano, y se percibe sobre la ola algo que la agita. A lo lejos brilla una llama intermitente que de pronto se ensancha, se eleva y se despliega en los aires como los radios de una aurora polar. Se estremecen las costas, la marea se encrespa y el retumbo del trueno no es ya un eco, sino el bramido del abismo que amenaza.

¿ Qué es? — Es la gran fortaleza central que al grito de alarma ha abierto sus fuegos. Hawai lanza sus proyectiles mortíferos y estremece cielo y tierra, en tanto que el mar Bermejo, frente á California, azota la costa y alerta á los moradores del continente. Pronto entrará en acción alguno de los otros volcanes del Pacífico, porque en este campo de batalla nadie duerme en las horas del combate, y cuando el Hércules de los volcanes se mueve, el mundo aguarda.

Un día llega; la batería andina está en reposo, Hawai no brama, y las pléyades volcánicas del campo asiático aguardan órdenes. De repente se escucha hacia el norte y oeste una gran tronada, cuyos ecos llenan los aires é infunden pavor al navegante. Una tempestad deshecha azota los archipiélagos asiáticos y todas las islas se conmueven. Java, Borneo, Timor y Luzón parecen presa de un incendio: cada una de ellas lanza de sus baluartes una lluvia de metralla sobre el vasto océano. Gime este entre los estrechos y los arrecifes y solicita por todas partes la salida, al sentirse aprisionado; mas todo es inútil, pues ya el estrecho se ha convertido en istmo.

¿ Qué sucede? — Es la fuerza volcánica que celebra los triunfos del pólipo constructor. Hase divisado á flor de agua el banco de coral que servía de cima al derruido cráter submarino. Es una nueva isla, el principio de un archipiélago, un punto rudimentario del futuro continente. Y el grito de victoria continúa, y reponden á los conciertos del triunfo ecos repetidos en las islas Aleutianas y en Tasmania, extremos lejanos del ejército asiático.

Una erupción aislada en las islas Viti y Taiti ó en algunos de los pequeños archipiélagos que á manera de avanzadas circundan los grandes centros, pasa como un episodio secundario en las evoluciones del Pacífico: son diversiones de la guerra aunque cada una

de ellas destruya ciudades y aldeas y lleve al sepulcro millares de seres humanos. Pero cuando se agitan los Andes y la onda de movimiento recorre en un instante dilatadas regiones : cuando los volcanes asiáticos encienden sus chimeneas, y ríos de cieno y de betún descienden sobre los poblados en solicitud del océano : cuando los archipiélagos se sacuden como la débil caña al viento del huracán : cuando el Cotopaxi, el Mauna-Loa, en la isla de Hawai, ó alguno de los morteros de Java ó de Timor eclipsan la luz del sol con sus nubes de cenizas, entonces existe algo espantoso que amenaza el equilibrio del planeta. El océano atacado en su gran masa, se levanta, las costas de ambos mundos parece que se aproximan, y la ola enfurecida recorre en instantes, la enorme distancia que media entre las costas de Chile y Tasmania, entre Hawai y el Japón, á manera de telégrafo que se comunica con los cuerpos del grande ejército. Quejidos profundos se levantan entonces de la naturaleza en duelo, el choque de las fuerzas físicas impera sobre los elementos, y el hombre desaparece.

Todos los ejércitos de la Historia, todas las baterías conocidas son nada al lado de una de esas evoluciones seísmicas del Grande Océano; y si los quinientos volcanes del Círculo de fuego obraran á un tiempo, todos los continentes se conmoverían, las aguas de todos los mares invadirían grandes porciones de la corteza terrestre, y atónito el hombre entre la tierra y el cielo, creería asistir á la última hora de la justicia divina.

Para formarse una ligera idea de la grandeza de semejante cataclismo basta recordar que muchos de los morteros del Pacífico tienen bocas de tres ó cuatrocientos metros de diámetro. El cráter del Mauna-Loa en Hawaí tiene tres kilómetros de diámetro con paredes de seiscientos setenta metros. El cráter del Tengger en la isla de Java tiene 7 kilómetros de diámetro (cerca de dos leguas) con una profundidad de 2.250 metros. Las detonaciones del Tomboró en la isla de Sumbava se escuchan á 1.500 kilómetros (375 leguas de distancia en línea recta) y á las 500 se cambia el día en noche. La cantidad de materiales vomitados por este volcán fué tal, en una de sus erupciones, que Herschell conjetura que podrían haberse formado con ellos tres montañas iguales al Monte Blanco, ó una capa que hubiera cubierto toda la Alemania con un pie de profundidad.

Las detonaciones del Taal, en la isla de Luzón, se escuchan á la distancia de 1.200 kilómetros, y á la distancia de 60 no se ve el sol. El Cotopaxi ha lanzado en una de sus erupciones piedras de tres metros cúbicos á la distancia de tres leguas; y en una de ellas lanzó una masa de 109 yardas cúbicas á la misma distancia. El Sangay ha tenido una vez 269 erupciones en una hora.

La más poderosa de las máquinas de vapor inventadas por el hombre, no llega á representar la presion de veinte atmósferas. Los principales volcanes del Pacífico vencen una fuerza de cuatrocientas á mil quinientas atmósferas. Tal es la fuerza de lo invisible.

Es necesario rellenar el fondo océanico, unir los estrechos, ensanchar los archipiélagos, prolongar los cabos, para formar el nuevo continente : he ahí la mision de los volcanes. Es necesario ayudar también las cimas derruídas, los escombros submarinos, los arrecifes ocultos : esta es la misión de los pólipos constructores. Uno y otros son los obreros y zapadores del Grande Océano.

Tal es el aspecto imponente y terrible de esa lucha de los volcanes en los mares del Pacífico, y tales las fuerzas de que pueden disponer las dos legiones que constituyen el Círculo de fuego. Si fuera posible, dice Margollé, situarse en un punto lejano de la tierra, y desde él, abarcar de una sola mirada el vasto hemisferio terrestre, esta región volcánica presentaría algunas veces más de cien bocas encendidas, agrupadas en forma de espléndida constelación en el seno de la noche.

Al presenciar tantos estragos podría deducirse que el Círculo de fuego es un agente de muerte empleado por la naturaleza para aniquilar una parte de la corteza terrestre ; pero no es así. El Círculo de fuego es una fuerza civilizadora, lenta en sus resultados, pero segura. La aparición súbita de un continente en las aguas del Grande Océano turbaría al instante el equilibrio atmosférico y marino. El Círculo de fuego es la palanca que empuja ; es el último atrincheramiento de las fuerzas volcánicas ; combate que cuenta siglos y que durará todavía siglos, porque es necesario unir América á Asia y Asia á América, y levantar el puente por donde se comuniquen las generaciones de lo porvenir.

Cuando á fuerza de luchar vayan apagándose los fuegos de las fortalezas ; cuando los viejos volcanes exhaustos y sin vida sean inva-

didos por el vegetal y por el hombre; cuando el pólipo constructor no tenga ya ruinas donde trabajar sus bancos de corales : cuando se extingan los ríos de lava y de cieno, y los gigantes no puedan lanzar sus proyectiles, ni eclipsar la luz del día, ni conmover la tierra, por que se les han agotado las fuerzas, entonces será el día del triunfo; y el Círculo de fuego no representara la hidra que comprimió, sino la curva graciosa de túmulos imponentes, en los cuales cada cráter apagado representará la gloria y la fuerza de un cíclope vencedor en el vasto campo de batalla. Y el Grande Océano, conquistado por la tierra, se habrá reducido para bañar las costas del nuevo continente, en el cual figurarán los descendientes de Confucio y de Mahoma, de Manco-Cápac, Motezuma, Colón, Cortés y Bolívar.

EL PAÍS DE LAS RUINAS

A Francisco G. Pardo.

A cualquier parte á donde se encamine el hombre en sus peregrinaciones por la tierra, encontrará : ó las ruinas de la naturaleza ó las ruinas de la historia. Sea que visite las regiones polares y las zonas templadas, ó se detenga en la zona tórrida, en todas estas y en todos los pueblos tropezará con esos dos paisajes de lo pasado : la naturaleza que se desmorona para reconstruirse, los pueblos que desaparecen para sepultarse.

En su lucha con el tiempo, la naturaleza es siempre victoriosa. Cuanto en ella se derrumba, vuelve á su seno : si destruye, es para edificar, si abandona sus vestidos, es para ataviarse de nuevo. Siempre armoniosa, siempre fecunda, simpre joven y activa, ella es la imagen del fénix de la fábula, que renace de sus cenizas. Sus demoliciones son progreso, sus cambios, atractivo, su movimiento la vida : para ella, la luz, el fuego y el agua, la planta, el animal, y el hombre, á pesar de sus quimeras de mando. Una ruina en la naturaleza física es un cambio de forma, una variante del paisaje,

sin que la armonía del conjunto desaparezca, sin que la paleta del artista supremo haya necesitado de nuevos colores.

No así las ruinas de la historia, que pasan y se derrumban como las civilizaciones que ellas simbolizan, y desaparecen del todo cuando en la memoria de los pueblos se borra la última página de lo pasado. Las ruinas de la historia son los sepulcros de la humanidad, á los cuales visita el hombre como huésped y se detiene como artista ó filósofo, para meditar sobre las tumbas ennegrecidas por el tiempo, bañadas á toda hora por las ráfagas del olvido.

¿Qué queda de la antigua Atenas, y de aquella Roma que fué la Señora del mundo? Columnas derribadas, muros envejecidos, estatuas rotas, obras del arte mutiladas por los siglos, restos de una grandeza perdida en la soledad de los sepulcros. Desapareció el hombre antiguo, y quedó el polvo de sus obras; y vino la planta á buscar asilo entre sus derruídas ojivas : el animal selvático, busca su guarida entre las grietas de los escombros cesáreos : el ave su nido entre los frisos cubiertos de musgo, mientras la gota de agua en su misión constante, debía desintegrar los pórfidos y mármoles de la historia, para dejar los átomos libres en solicitud de nuevas combinaciones.

Palmira no nos hablará más de Zenobia ; oculta sus ruinas en el oasis del desierto que la sirve de mortaja. Heliópolis, la ciudad del sol, sirve de guarida al montañés feroz que atisba la caravana. De Cartago, la sultana del Mediterráneo, apenas un montón de escombros recuerda su antiguo poderío. Ya no existe ninguna de las cien puertas de aquella Tebas que fué emporio de civilización : pueblos nacientes se distribuyeron el botín de sus ruinas, mientras el limo del Nilo rellena los cimientos ciclópeos de Menfis.

¿Qué queda de los pueblos de Mesopotamia? ¿Quién podría descubrir el sitio, cuna del primer hombre? ¿Qué queda de las primeras ciudades de Asia? Ruinas informes, inscripciones indescifrables aparecen en los pueblos bíblicos como ligeras reminiscencias de la época de los patriarcas. Troya está en lo invisible : el fuego acabó con Sodoma y Gomorra ; de los pueblos á orillas del Quersoneso Táurico quedan sombras : Babilonia es un enigma. Pasó la onda del olvido sobre el mundo antiguo, sepultando generaciones, pueblos, y civilización y barbarie. Por dondequiera está el arte derri-

bado, el altar mudo y la gruta sin sibila, la esfinge sin oráculos y las catacumbas sin luz.

Visitad las ruinas del Asia Menor, del Cáucaso, de China, de la India, cuna del género humano; seguid al Mediterráneo y las emigraciones de los pueblos de Oriente á Occidente. Recorred todas las fases de la civilización desde su origen hasta el descubrimiento de América, donde aparecen las obras gigantescas de Copán, los monumentos aztecas é incas, restos de una civilización asiática que se pierde en la noche del tiempo, y por todas partes tropezaréis con esas ruinas de la historia, mudas, imponentes : sepulcros del mundo antiguo, donde el hombre es huésped del momento.

La naturaleza con sus fuerzas las ha revestido desde que desapareció el elemento humano, y se ocupa sin cesar en derribarlas por completo, para apoderarse de los materiales que le pertenecen.

¿Cómo obran las fuerzas de la naturaleza sobre las ruinas de la historia? Demuelen y trituran separando los simples que tomó el primer arquitecto, para devolverlos á sus montañas, á sus ríos, á los vientos. Poco le importa el arte. ¿No es ella el arte por excelencia, obra del Arquitecto Divino? ¿Qué le importan las inscripciones de los pueblos, los obeliscos simbólicos, los sepulcros-pirámides y las ciudades levantadas por el trabajo de los siglos, si todos los materiales de la obra humana son suyos, y suyo lo ideal, la estética animada el soplo de la vida? Todo le pertenece, lo presente, como lo pasado, como lo venidero.

Pero si las ruinas del hombre desaparecen en el curso del tiempo, las de la naturaleza no hacen sino cambiar de forma. En estas la decadencia es un episodio, el cambio, un progreso. La armonía es la ley, y la belleza multiforme el objeto final de todas las fuerzas. Después de la tempestad, el sedimento de las inundaciones es abono fertilizante; la cima que se desmorona da arenas al valle : el fuego es agente civilizador; tras de la lava viene la planta : la putrefacción es alimento, la muerte es agente de la vida.

La destrucción en la naturaleza es aparente, la ruina transitoria. En la soledad de toda ruina hay siempre un ser que interpreta. Una flor entre las breñas, un insecto que zumba, el pájaro viajero

que se posa sobre la rama del árbol calcinado, el hombre mismo en su recogimiento contemplativo, evocando la imagen de los recuerdos : en todo hay algo del alma creadora que fecunda el universo.

¿Dónde encontrar el país de las ruinas? Buscadlo en esos lugares que fueron en remota época presa del fuego; allí lo encontraréis, no informe como el montón de escombros hacinados que deja el incendio, sino como creaciones armónicas de un nuevo orden, sublimes en su grandeza plástica.

En todos los países de volcanes apagados, el paisaje está revestido de imponente grandeza. Sobre los viejos cráteres viven organismos innúmeros, y tiene la gota de agua sus lagos alpestres. A la fuerza sucedió la calma, al bullicio de los antros la alegría de los valles. Desaparecieron generaciones, y pueblos enteros fueron sepultados y calcinados. El animal huyó; carbonizado quedó el vegetal por el fuego de la montaña, y el hombre vió de lejos el incendio que destruía su choza; pero vino la calma, y los fuegos se apagaron, y las ruinas volvieron á poblarse. Abrió la primera flor sembrada por el viento, cantó el primer pájaro y encontró ecos amigos que respondieron á su llamada; y al regresar de nuevo el hombre, halló la tierra fecundada por el fuego. El incendio de la montaña había sido un accidente; la tierra calcinada, el rico tesoro que le ofrecía Naturaleza.

¿Queréis reposar sobre esos muros de lava de Islandia, ó preferís la tierra de Campania que sirvió de tumba á los escaladores del Olimpo? ¿Queréis visitar el lago de Lach ó deseáis descansar bajo la bóveda basáltica de la gruta de Fingal á orillas de la verde Erin? La tierra, de uno á otro extremo, presenta estos escombros del fuego convertidos ya en calzadas, en lagos, en valles amenos, colinas pintorescas que sonríen al beso de Flora.

Nada más elocuente que esas ruinas de la naturaleza, envejecidas por los siglos, ricas de recuerdos y tradiciones, más ricas aún de materiales que aprovecha la industria. En las ruinas del hombre, raras veces éste levanta una ciudad sobre los escombros de otra, pues para la historia todo pasa para no volver más. Visitad las ruinas de los desiertos, donde reposan los escombros de ciudades antiguas y las que se encuentran en las altas cimas ó en medio de los

archipiélagos, y por todas partes encontraréis la planta que ha fijado su morada en los muros del Partenón, al pie de las columnas de Trajano y de Tito, entre las griegas de las esfinges, en los palacios de los parias, de los incas y de los aztecas.

Todas esas ruinas devoradas por la fuerza orgánica son una protesta terrible contra la civilización humana. Parece que cada planta al arraigarse sobre el derruído muro, trata de borrar toda historia, y reclama por derecho divino, la tierra que le suministra la vida, la tierra que durante siglos ha estado inerte en los muros del Coliseo romano, del Circo, del Forum y del Pecilo.

El hombre visita las ruinas de la historia, no para reedificarlas sino para cargar con los despojos del arte; y mientras sobre las grandes obras del genio, el tiempo devuelve la tierra á la tierra, y el grano que conducen los vientos ó las aguas, y el animal y el hombre encuentran solitario asilo al lado del grano de arena ó arcilla que usurparon los antiguos conquistadores de los continentes, todas las ruinas volcánicas contribuyen con algo nuevo al progreso de la humanidad. Al abandonar el fuego la temida cima, queda abono para la planta, sales para el químico, minerales para el artista, suelo impermeable para las aguas : al reinado del fuego sigue el del agua, la fertilidad á la aridez.

Si las ruinas de la historia y del hombre representan la decadencia, las ruinas de la naturaleza representan el progreso. La vida y la muerte, la demolición y reconstrucción, los elementos fecundantes siempre en actividad, el paisaje siempre armonioso ; esas las ruinas de la naturaleza. El hombre cargando con los despojos del arte para resguardarlos de la acción del tiempo, la soledad de los sepulcros, el olvido, la ausencia del hombre ; esas las ruinas de la historia.

Y sin embargo, la naturaleza y la historia son como hermanas inseparables. Por bellas que sean las ruinas de la naturaleza, ellas carecerían de elocuencia si el hombre no estuviera siempre á su lado para imprimirles el sello de su genio. Irlanda con sus calzadas y grutas de basalto, sería un paisaje mudo si no recordara las guerras de Morven, y á Fingal rechazando al invasor romano, y á Ossian cantando las proezas de la verde Erin. La sombra de Malvina parece ser el genio benéfico de la gruta de Staffa. En las colinas de

Albano está la sombra de los Horacios. Los campos-flegreos relatan el combate de los gigantes contra los dioses. De las regiones de Hecla en Islandia, salieron los primeros conquistadores del mundo americano, y del Asia oriental los que debían fundar la civilización azteca y el imperio de los incas.

Cada ruina de la naturaleza hermoseada por la historia, se reviste de un aspecto imponente : es lo eterno que anima lo transitorio. La vida orgánica no basta para dar interés al paisaje ; es necesario el canto humano, la palabra, el ser intelectual que domine é interprete la materia bruta.

Pero no es en los dominios del hombre donde debemos buscar el paisaje luminoso que representa las ruinas de la naturaleza en sul más sublime carácter. Ese paisaje donde no prospera el vegetal, ní respira el animal, donde no hay ni ecos, ni murmullos, ni aire, ni agua, ni vientos, ni tempestad, ni voz humana que lo interprete ; donde no existe la vida, está representado el mundo lunar. Cordilleras que exceden en altura á las terrestres, volcanes apagados, cráteres profundos, valles cubiertos de lava y de cenizas ; el silencio eterno, la soledad de la muerte, inmenso sepulcro iluminado por la luz del sol, he ahí la imagen de la naturaleza pétrea, el paisaje de la muerte. ¿ Dónde encontrar en la naturaleza terrestre algo semejante, cuya elocuencia muda hable al corazón del hombre, y sea la imagen del tiempo y de la eternidad ? Descended á ese osario donde reposan todas las generaciones de lo pasado desde el día en que apareció la vida ! Ese osario está en las montañas y en los valles, y en los antros ignorados ; está en las profundidades del Océano, y en el corazón de los continentes. El suelo que pisamos está cubierto de organismos, desde el grano de arena que arrastran los ríos hasta la gota de agua que se deseca sobre la solitaria flor de la elevada cima ó desciende en solicitud del fuego interior. ¿ Cómo dejar entonces el hombre fuera de esas ruinas de la naturaleza, donde él y los seres que le han precedido en la prolongada historia del planeta, han contribuído como materia bruta y como seres pensantes ? La muerte amasa, es obrera mecánica como el átomo ; la vida idealiza, es el arte intérprete de Dios. Si la tierra es un osario, un montón de ruinas, ella es también un foco de constante luz, el fénix, que renace de sus cenizas.

Bajo el suelo que pisamos, están las generaciones de las épocas geológicas, los primeros actores de la vida orgánica, los habitantes de las primeras islas, las selvas de los primitivos ríos y el primer hombre, todos confundidos, petrificados bajo el peso de las montañas.

Cuando todos los soles se apaguen, y se estinga por completo la vida en los mundos estelíferos; ¿qué se hará entonces esta materia mineral amasada con la savia de tantas generaciones? Sólo Dios lo sabe. El universo, si continúa, estará poblado de ruinas-espectros, sepulcros-osarios, que serán arropados por la noche eterna; último acto de la prolongada epopeya cósmica.

EL ALERTA DE LOS ATALAYAS

A José M. Manrique.

¿Quién ha podido hasta hoy describir la tempestad? ¿Puede acaso describirse el espasmo de las cordilleras, la ira del Océano, los vientos desencadenados, la sombra pavorosa, el trueno del abismo?

La tempestad tiene mucho del ser orgánico; su respiración, sus estertores, su voz, sus espasmos. Abraza como el pulpo, se retuerce como el boa; su aliento derriba, su soplo asfixia.

Los aztecas llamaron á Dios, HURACÁN, que significa *corazón de la mar*. Personificaron el autor del Universo en la fuerza de los elementos enfurecidos: en la tempestad, que tiene por teatro el Océano y el espacio, que lleva por piloto el rayo, por avanzada la tromba, por zapadores los vientos, por telégrafo la ola palpitante, por voz el trueno. ¿Quién podría, pues, describir esta terrible personificación del dios azteca? La tempestad no es ley sino accidente: la ley es la calma: no es elemento de vida, sino pérdida de equilibrio; no es causa sino efecto. La tempestad es la plétora localizada; es el aflujo de la periferia al centro ó del centro á la perife-

ria. En el Océano no pasa de la superficie: abajo está la noche oceánica en la cual pulula la vida. En la atmósfera no pasa de la base: arriba está la onda aérea libre y luminosa. En el centro del planeta es un espasmo en que sufren limitadas regiones : el resto está en reposo.

El aflujo exterior obedece á la acción del sol: el aflujo interior obedece á algo más cercano y personal: el corazón de la tierra. El huracán pertenece á los centros oceánicos de la acción térmica, las Antillas, el mar índico; mientras el frío de los polos, la trapiración del trópico son efecto. Los sacudimientos de la corteza terrestre son notaciones orgánicas.

La tempestad exterior pertenece á los dominios de la luz : el hombre la divisa, la sigue, la observa, viene á su encuentro, la vence ó es vencido. La tempestad interior pertenece á la sombra, á lo misterioso: sorprende á los seres que huyen ó son víctimas. El huracán maniobra como el hombre; tiene sus puntos de apoyo, su séquito : la nube, el viento, el rayo, que anuncian la hora del combate. El cataclismo terrestre es la sorpresa, es el espasmo violento y pavoroso. Todo es transitorio en la lucha de las fuerzas visibles; la inteligencia humana prevee el fin. Pero todo está envuelto en la sombra en la lucha de las fuerzas interiores : la ciencia conjetura.

A pesar de todo esto, el organismo terrestre revela sus funciones, tiene sus corrientes y sus válvulas de seguridad; glándulas de fuego que segregan materiales térreos, chimeneas de la fragua primitiva, atalayas de avanzada de ese combate secular que se llama el vulcanismo

La tempestad, dondequiera que se ostenta, no es destrucción sino progreso. Los volcanes de la corteza terrestre no son agentes de ruina sino centinelas vigilantes.

¿ Qué llama es esa que en las costas de Italia se eleva como el ramillete de un fuego artificial y detiene al navegante que extasiado la contempla ? — Es el Stromboli que ha encendido sus fuegos; es el atalaya del mar Tirreno que contesta el alerta de llamada y anuncia que ha llegado la hora del combate. Ha divisado los espirales de humo que vomita el rey Vesubio, y centinela alerta contesta á la llamada general.

Pero ¿qué nuevas llamas en los mares del Norte, se levantan sobre las cimas encanecidas y saludan la corona de Bóreas? Son el Hekla y el Jukul, los atalayas del polo Norte, los poseedores feudales de Islandia donde fundaron el suelo lávico, cuna de Odin. Allí custodian la tierra nevada y dominan el campo atlántico, desde que el primer océano brotó el nucleo de la isla que ellos han ensanchado con la sangre de sus entrañas.

Recorred el campo terrestre, de uno á otro extremo, y presenciaréis la organización de la fuerzas seísmicas, y escucharéis el alerta de los centinelas en uno y otro mundo anunciando al hombre la tempestad profunda de los antros del planeta. Recorred el océano Atlántico, y los encontraréis en las costas y en las islas. Recorred el océano Pacífico y los contemplaréis en las cordilleras y en los archipiélagos. Recorred el océano Índico y los veréis en grupo, al pie de la fortaleza temida, con el arma al brazo, el oído atento, la mirada amenazante. No hay costa, no hay océano, no hay continente que no tenga su atalaya; y donde no se escucha la voz de alerta, está el sepulcro de los que fueron : el cuerpo del gigante, sus arreos, su casco, su coraza ennegrecida por los siglos.

¿Queréis presenciar esta disciplina de los fuegos volcánicos? Nada más pintoresco que visitar las cordilleras terrestres. Todos los centinelas volcánicos están siempre alerta al grito de alarma, cualquiera que sea la región del globo que se conmueva. Y no hay necesidad de remontarse á las pasadas épocas de la historia del hombre para conocer esta ley del Cosmos. Uno que otro hecho en los tiempos modernos bastará para hacernos admirar el sublime encadenamiento de las fuerzas físicas.

En los momentos en que en 1797 venía al suelo la ciudad de Riobamba, en el Ecuador, el atalaya de Pasto, al Norte, ocultaba su penacho de humo, á la manera del soldado que deja el puesto lejano para reconcentrarse. Y este mismo centinela vuelve á asomar su columna tenebrosa, acompañada de lava y detonaciones, en los momentos en que se agita la tierra ecuatoriana en 1864. Reaparecía amenazador, imponente, para anunciar á sus comarcas que no había muerto.

Las erupciones volcánicas de Chile en 1819 y 1822 coinciden con los grandes sacudimientos de la tierra; y en los mismos instantes en que era sepultada la ciudad de Mendoza en Buenos Aires,

en 1861, el Aconcagua, gigante de los atalayas chilenos, entraba en erupción.

El Tolima, uno de los centinelas de Colombia, anuncia la catástrofe de 1826, mientras el Fragua anuncia la de 1827, y el Ruiz la del Magdalena en 1845.

A los cortos instantes del terremoto de Nicaragua en 1857, el Masaya enciende sus fuegos. Y durante el cataclismo del Ecuador en 1859, el atalaya Cotopaxi lanza su penacho de humo, brama y enciende su cima. Testigo de la historia de América y con una hoja de servicios que principia en la noche de los tiempos, continúa en su misión providencial.

Cuando sucumbe Valdivia en 1837, el gigante Mawna-Loa en las islas Sandwich, alarma con su erupción las costas del Pacífico. Da un alerta á distancia, voz de consuelo para las regiones tranquilas que no habían sentido los estremecimientos de la tierra. ¡ Cuánta majestad en estas erupciones simultáneas separadas por el Océano! Ocho horas después del terremoto de Cuba en 1852, enciende el Etna sus cimas ; y cuando este atalaya de la Sicilia alarma á los habitantes del Mediterráneo en 1865, el Turrialba en Costa Rica, en el continente opuesto, le contesta como para revelar la unidad de acción en los antros de los dos mundos.

Todos los atalayas se corresponden. Los volcanes de las Azores contestan al alerta del Hekla, el Vesubio y el Etna á los volcanes americanos ; los de América á los de Asia. Las grandes distancias terrestres son nada, cuando entra la tierra en espasmo y alguna de sus partes sufre. A los treinta días del terremoto de Venezuela en 1812, despierta el atalaya de San Vicente; á los pocos del terremoto en Cumaná de 1853, el centinela de la Guadalupe. Soldados perezosos, hubieran podido salvar las costas del continente; pero anunciaron el peligro después de las catástrofes. Los centinelas de Chile responden á la llamada de los centinelas de Australia, los de Méjico á los de Asia. Pero nada más elocuente que la tempestad seísmica de 1835, cuando las cordilleras de Chile, de Colombia y de la América Central se conmueven á un tiempo, y el grito de los centinelas anuncia al mundo americano lo que pasaba en los focos profundos del planeta. A la misma hora en que el Osorno y el Corcovado, centinelas de Chile, encendían sus penachos anunciando la desgracia,

el Cosigüina, atalaya de Nicaragua, alertaba á los pueblos de la América central, mientras el Puracé, uno de los centinelas de Colombia, contestaba á sus hermanos con ronquidos profundos que revelaban una vigilancia sostenida.

Raras veces un centinela queda aislado. El alerta es casi siempre simultáneo, cualquiera que sea la distancia que separa los soldados en facción. Un centinela dormido es un amago para los continentes; y si todos estuvieran vigilantes, los gases subterráneos y el fuego saldrían con libertad, y la paz de los pueblos no sería interrumpida. Por esto dicen los indígenas de América que cuando los volcanes humean ó se encienden, no hay que temer.

¡ Cuán imponentes son esos viejos soldados del mundo geológico, siempre de pie, siempre en facción! El anciano Demavend es todavía el atalaya de Persia; el Vesubio y el Etna lo son de Italia; el Hekla de Islandia, mientras en las cordilleras de Asia y de América la vigilancia está por todas partes. Los atalayas de Europa, casi todos han muerto; los del Cáucaso están en los últimos estertores de la vida; á sus pies quedan restos de los pasados incendios.

Sucumbieron los viejos adalides, los veteranos de los días clásicos de la tierra, cuando el fuego y el agua en descomunal combate formaron la costra planetaria. Sucumbieron los centinelas del Mar Negro, de la Galia y de los Apeninos, de la Escitia y de la Campania. Vino la decadencia después de haber luchado durante siglos, y llenos de gloria se echaron á dormir.

Es necesario remontarse con la imaginación á las pasadas épocas de la historia de nuestro planeta, para asistir á esos días en que los actuales lagos cráteres eran volcanes activos y uno de tantos obreros de la consolidación de la costra terrestre. Cuando el lago Agniano y el Averno eran las cimas encendidas de los tiempos titánicos, la Campania no era la fértil y risueña comarca sembrada de viñedos y de flores, sino la batería de fuego erizada de proyectiles á cuyas detonaciones se estremecía la Italia del Sur. Después de haber vigilado la tierra, rellenado los abismos y enlosado los valles con toba y lava, se apagaron. Después de haber asistido á los torneos seísmicos en que aparecieron acorazados, dejando asomar tras sus cascos de lava sus ojos centelleantes y sus cabezas coronados con penachos de llamas y de humo, los centinelas fueron vencidos por

el tiempo, y avergonzados se ocultaron en las fraguas, no dejando sobre la tierra sino la masa de rocas que les servía de coraza y la cuenca abierta por donde asomaban sus cabezas y sus cascos inflamados.

De grande regocijo para la gota de agua, este antagonista del fuego y su compañera inseparable en la formación del globo, debió ser el día en que los veteranos no humearon. Entonces fué cuando la obrera impaciente vino á posarse sobre el suelo impermeable y á establecer en él sus reales en que debía tener por huéspedes el animal y la planta. Fué entonces cuando descendiendo de las nubes registró las viejas ruinas y, bullente al influjo de los estertores y boqueadas cálidas de los moribundos cíclopes, conquistó terreno y se hizo dueña de la decapitada coraza.

Al divisar esos arreos de los fornidos veteranos que custodiaron los continentes; al pisar sus cascos apagados, esas corazas que fueron en otro tiempo *hornallas* temibles, el hombre se considera como superior á las fuerzas de la naturaleza; interroga á ésta y siente el abismo ya sólido, observa los horizontes, divisa el rayo que ha domesticado y, uniendo la pasado á lo presente, funde todas las épocas y cree asistir á la cuna de la humanidad sostenida por dos poderes : la naturaleza y la ciencia.

Pobre planta que creces sobre la pacífica cima de la montaña volcánica, ¿ sabes lo que ésta fué en los días geológicos ? La tierra que te sustenta fué lava encendida, el muro que te abriga, la coraza de un gigante, y sobre la cumbre que hermoseas se asomó la cabeza de un viejo atalaya que se adormeció después de muchos siglos de lucha.

De la misma manera viene sobre los despojos humanos el gusano roedor, y encuentra asilo en las cuencas donde se albergaron los ojos del conquistador temido que cubrió de sangre los pueblos, y llenó de espanto las comarcas, y destruyó con el rayo de la guerra las sementeras del hogar; pero que fundó una época en la historia del hombre. Como el centinela volcánico, así el centinela de la patria : igual fin en las vicisitudes providenciales de Dios : lo pasado que se funde en lo presente en presencia de una tumba bajo cuya losa desaparecen todos los poderíos, y la verdad del progreso descifra todos los enigmas.

LA MONTAÑA DE AGUA

A Eduardo Calcaño.

No del Océano entumecido y airado en la noche del huracán voy á hablarte, ni de la catarata que se desprende en raudales argentados; ni voy á describirte la tromba, pesadilla del navegante que tembloroso pasa bajo los arcos de la masa lúgubre. No es la montaña de agua hija del viento, ni de la cumbre alpina de donde se desprende el alud temido, ni es el ventisquero, masa terrible de las regiones nevadas, ni está en el torbellino que precipita á la nube. No; la montaña de agua es el espasmo misterioso, es el beso de las aguas cuando á la atracción del mundo lunar la ola se infla y quiere escalar el cielo, y desesperada, impotente para llegar á los astros, se derrama, suspira, gime, y se pierde dirigiendo al astro de la noche las últimas notas de su plegaria amorosa.

Cuando Dios acabó de crear la tierra, selló cada uno de los continentes con un signo de su grandeza. Regaló al Asia las más altivas cordilleras, al Africa los más dilatados desiertos, á Europa los mares interiores, á la Oceanía sus innumerables islas. Y dió á la América de todo : majestuosas cordilleras, cataratas, desiertos y llanuras, valles fecundos, lagos y bosques fabulosos y los principales ríos de la tierra. Levantó los Andes en dirección de los meridianos para que sirvieran de muralla entre uno y otro mundo, y los colocó al Oeste para que recibieran las primeras miradas del sol y los vientos cargados con la humedad de los océanos; y llenó sus montañas de volcanes y de mesetas y lagos y los extendió de uno á otro polo para que tuvieran todas las latitudes y toda la riqueza del globo.

Un día, cuando el Autor de tantas maravillas contemplaba, desde las alturas de los Andes, toda la grandeza del hemisferio, después que la última revolución geológica había levantado el lecho del océano americano, y dilatadas tierras se ostentaban al Oriente de la cordillera, el Arquitecto sonreído se recreaba en su obra, cuando de improviso se le apareció el futuro genio de América, y le dijo.

— Señor, habéis acabado de construir este nuevo mundo, y vengo en nombre de las generaciones venideras á pediros algo que caracterice vuestra obra.

— Pide, le contesta el Arquitecto.

— Danos Señor las más elevadas montañas de la tierra.

— Las he dado, contesta el Arquitecto, á las regiones donde nacerá el género humano, y extendiendo uno de sus brazos hacia Occidente le mostró en lontananza la cadena del Himalaya.

— Danos entonces Señor, los más dilatados desiertos.

Los he dado á esa región que está á nuestro frente, de donde saldrá el pueblo Rey con el cual haré alianza; y le mostró en dirección del Este la tierra de Africa.

— Danos, pues, un océano que se introduzca en nuestras tierras y sirva de comunicación á nuestros futuros pueblos.

— Lo he dado á esa región que será la cuna de las bellas artes, y dirigiendo el Arquitecto sus miradas al Noreste, señaló la Europa.

— Entonces, Señor, engrandece tu obra, dándonos los más caudalosos ríos de la tierra, para vencer el Océano cuando éste quiera invadir nuestras costas.

— Concedido, respondió el Arquitecto; y sacando de sus vestiduras una vara de oro toca con ella el pico de los Andes en que estaba, y al instante se estremece la cordillera de uno á otro polo: y derrámanse las fuentes del lago Lauricocha, brotan las del Caqueta, del Ucayale, del Beni y del Apurímac, del Magdalena y del Cauca, del Orinoco y del Plata; y descendiendo con majestad los declives andinos se reunen al pie de la soberbia cordillera. Eran los conquistadores de los deltas del Plata, del Amazonas, del Orinoco, del Magdalena listos ya á entrar en batalla para acometer por todas partes al océano Atlántico. Y mientras esto pasaba en la mitad del Sur del hemisferio americano, en la opuesta se abrían las fuentes del Mackensi, del Misisipí y el San Lorenzo, del Missouri y del Bravo buscando igualmente las aguas del Océano, ignorante de cuanto pasaba en los Andes del Sur.

Pero tan luego como el Arquitecto, desde la altura, tocó por segunda vez la cordillera, brotaron de todos los estribos y mesetas nuevas fuentes que, presurosas, se incorporaron á las columnas lí-

quidas formadas ya en batalla. Así fué que se formaron los tres ejércitos del Plata, del Amazonas y del Orinoco para avanzar al Océano por el Este; la del Magdalena y Cauca para atacarle por el Norte; en tanto que los ríos de la América Septentrional se dirigieron unos al Norte y otros al Sur, como queriendo unirse á las legiones del continente andino.

Imponentes, amenazadores, se presentan los tres ejércitos del lado del Este. Al divisarlos, el Océano se encrespa, se prepara á la lucha, y aguarda; pero apenas las masas de agua tocan las orillas del continente, el Océano, sin fuerzas que oponer á las legiones andinas, huye y deja el puesto á los ejércitos invasores. El ala derecha la ocupó entonces el Plata, el centro con su gran reserva, el Amazonas, mientras el ala izquierda unida al centro por el Casiquiare la constituyó el Orinoco. Ante fuerzas tan impetuosas no hubo medio de defensa, y desde entonces, el Océano, rechazado por los tres atletas de la América del Sur, no ha podido hasta hoy vencerlos.

Así se formaron las tres hoyas del Plata, del Amazonas y del Orinoco; y desde entonces existe este combate sin rival en que las aguas del Amazonas rechazan las del Océano hasta 98 leguas de su desembocadura.

El Amazonas no es un río; es un Mediterráneo de agua dulce incrustado en el continente. Todo en él es agigantado; su anchura, la masa de sus aguas, su longitud, sus islas, sus tributarios. Ocupa una área equivalente á las dos terceras partes de la Europa y una tercera de la América del Sur. Su curso es de cerca de 1603 leguas con una profundidad hasta de 230 metros y con una anchura máxima de 60 leguas. Tiene el Amazonas como mil leguas navegables y más de mil ríos que son sus tributarios. ¡Qué monstruos esos diez y ocho colosos que se llaman Apurímac, Caqueta, Tapajos, Tocantines, Xingu, Madeira, Negro, Napo y otros más : todos ellos á la altura del Amazonas, colosos que más bien parecen aliados que tributarios! El Amazonas excede en la masa de sus aguas á la de los ocho principales ríos de Asia, y con una velocidad, según Herschell, de ocho mil metros por hora, debita un volumen de agua equivalente á tres mil ríos como el Sena.

¡Cuanta solemnidad y cuánta belleza! Conduce el agua de una

hoya plana, fecunda, que tiene cerca de siete millones de kilómetros cuadrados de superficie. Sus islas, de tres á cien leguas, son dignas del río, y una de ellas, la de Marajos, es tan grande como la Irlanda pues tiene tres mil leguas cuadradas.

Colocó el Arquitecto al Amazonas en la línea del Ecuador para que sus aguas se meciesen como la cuna de un niño, de Norte á Sur y de Sur á Norte, según la fuerza de los tributarios y de acuerdo con los dos inviernos del Planeta.

¡Ningún panorama más fecundo, nada comparable á esta región central de la América del Sur, donde hay lugares que aún no ha pisado el hombre! Une al Amazonas las aguas del Plata y del Orinoco, del Magdalena y del Cauca y tendrás algo de pasmoso que armoniza con la solemnidad de los Andes.

Pero esta no es la montaña de agua, me dirás. El Amazonas es el coloso de los ríos, es un mar, es el Ande que se licua al fuego del sol; pero de ninguna manera la montaña de agua, el espasmo de la ola que se comunica por un instante con la antorcha de la noche.

Dime ¿conoces la marea? Cuando Dios creó los mundos los sometió á dos fuerzas antagonistas para que no pudiera turbarse la armonía de los espacios: la atracción que los llama, la fuerza centrífuga que los precipita en sus órbitas. Así caminan en sus elipses gigantescas sin chocar; pero siempre uniformes para revelar su misión y poderío. En su camino de Occidente á Oriente la tierra se encuentra siempre con su satélite la luna que anda de Oriente á Occidente, y es entonces cuando mutuamente se atraen, se saludan, se comunican, para seguir imperturbables en sus órbitas. A semejante encuentro el Océano se estremece, infla su seno; parece besar al astro de la noche; pero este se aleja, y al instante la ola que se había levantado como una pirámide sólida, se derrama, vuelve á levantarse, hasta que impotente, cae al fin sin fuerzas, y se oculta.

Esa cinta de espumas que baña las costas y los arrecifes, que se asoma sobre la onda y se quiebra en torbellinos de cascadas argentinas, es la marea que sube y sube, y azota la playa y muere en espasmo rítmico. Esa ola que se levanta es el Océano que ha sentido la atracción del astro lunar en su paso por el meridiano, y obediente se infla para saludar á la mensajera de los cielos.

Visita el punto opuesto de la tierra donde el astro no es visible y encontrarás el Océano que se levanta, asciende, quiere escalar el espacio en solicitud de los astros, y desciende, y vuelve á levantarse y azota los escollos con su bocanada de espuma, hasta que se aplaca. Esa cinta de perlas que baña las costas, es la marea que sube y sube y muere en espasmo rítmico. Esa ola que se levanta no es el Océano que obedece á la atracción, sino al contrario, la masa de agua, que fuera de todo centro que la atraiga, huye y se precipita, al romper sus cadenas y verse libre. Abandonada por el centro de la tierra que se fué en pos de la luna, se encontró aislada y quiso huir; pero todo fué obra de un instante.

He aquí la fuerza centrífuga antagonista de la atracción produciendo el mismo fenómeno. Dos olas en un mismo eje; dos olas que se levantan, la una que obedece al amor, y asciende; la otra que desdeñada, huye.

Por dos ocasiones la luna se acerca á la tierra en el curso de su camino; en el plenilunio y en el novilunio; y por dos ocasiones se aleja de ella : en los dos cuartos. En el primer caso se verifican las mareas ascendentes, en el segundo las descendentes. Pero como la luna es constante en su camino diurno alrededor de la tierra, sucede que cada seis horas tiene que presentarse la marea ordinaria. Une á la atracción de la luna la del sol, cuando en los días del equinoccio la tierra se encuentra sometida á la doble atracción y entonces tendrás las grandes mareas, en que el Océano, al impulso de la llamada celeste, se levanta á alturas considerables. Según la configuración geológica, la profundidad de los mares ó de los deltas, así será la marea. Nula en los mares interiores, en los lagos, en las costas cubiertas y en los ríos de poco fondo, aparece majestuosa en el Grande Océano, en los ríos caudalosos y en las costas orientales, camino de la luna hacia Occidente.

¿Quiéres contemplar ese espasmo de las aguas, esa voluptuosidad de la ola á la llamada de los astros? — Visita el cabo de Buena Esperanza donde las aguas se levantan hasta la altura de doce metros, el de Hornos donde llega á diez, y las costas de la Nueva Escocia donde asciende á veinte y treinta metros. Entonces comprenderás lo

que es la montaña de agua que azota los escollos y los canales, imponente, majestuosa, terrible y sobre la cual flotan el hombre y sus esquifes como granos de arena á merced del viento.

Pero, en ninguna región la marea es más elocuente que en la desembocadura del Amazonas. Sin escollos, sin arrecifes, sobre la llanura líquida de las aguas, la ola que se levanta al paso del astro lunar, no es el Océano que se retuerce entre los escollos, sino el combate de dos gigantes que se retan en campo abierto : el uno es el Atlántico que quiere conquistar el continente, el otro, el Amazonas que rechaza las aguas del Océano.

¡ Escena imponente! Apenas las aguas del Océano han sentido la atracción del astro lunar, cuando una ola gigantesca á manera de cúpula de cinco metros de altura, aparece en la desembocadura del Amazonas, y oponiéndose al curso majestuoso de las aguas del río, quiere penetrar en los dominios terrestres : es el momento en que los dos gigantes luchan como dos atletas cada cual queriendo abrirse el paso. La cúpula se derrama entonces y con una velocidad espantosa se introduce en el cuerpo del gigante americano, azota las islas, estremece los bosques, y en su curso triunfal, sonora, vertiginosa, va á perderse en lontanza á distancia de doscientas leguas de la desembocadura. Pero de repente, cuando todo parecía tranquilo, una, dos, tres montañas sucesivamente se levantan, y llenas de furor, coronadas de espuma, rechazan de nuevo al río cuyo lecho se estremece, y siguen y siguen hasta perderse en sus soledades.

« Las aguas se presentan al combate como dos ejércitos, ha dicho un célebre geógrafo ; las orillas quedan inundadas con sus olas espumosas ; prolongados gemidos ruedan de isla en isla, y las rocas arrastradas como cantos livianos se encuentran sobre el dorso de la onda que las conduce. Parece que el genio del río y el dios del Océano se disputan entre sí el imperio de las olas. »

He ahí el desquite del Atlántico, la montaña de agua, el *Pororroca*, que en la lengua guaraní quiere decir, ruido, estertor, trueno de las aguas. El Amazonas vence al Océano y lo rechaza ; á su turno, en dos ocasiones por mes, el Océano lo invade, lo vence, lo flagela, lo somete... y lo abandona.

Parece que son dos enemigos y no son sino dos rivales, dos poderíos : el hijo Amazonas que se olvida de su padre el Océano, y no quiere rendirle el tributo de la obediencia ; el padre que haciendo uso de sus fuerzas se contenta con sacudirlo ligeramente para alertarlo.

Sin embargo, sin el Océano no podría existir el Amazonas, ni sus aliados el Plata y el Orinoco. Toda esa falanje de ríos que se desprende de los Andes deben su existencia al mundo acuático. Cuando el Arquitecto colocó la cordillera americana al Oeste del continente fué para que recibiese toda la corriente de los vientos atlánticos. Cuando los vientos alisios, estos ladrones de los mares, salen de cada polo para unirse en la línea ecuatorial y seguir su viaje hacia los Andes, después de haberse cargado con las aguas de la Australia, de la India, de la Europa y del Africa ; después de haber saqueado las florestas y lagos y haber atravesado los dilatados bosques del Orinoco, del Plata y del Amazonas tropiezan con la muralla creyendo poderla pasar impunemente. Pero los porteros andinos, siempre vigilantes les salen al encuentro reclamándoles el peaje ; y aquellos, dejando la pesada carga, toda el agua que los tenía hidrópicos, continúan, escuálidos, enjutos, secos y sin fuerzas para seguir su viaje al Océano Pacífico, donde deben llenarse de nuevo para distribuir en su tránsito humedad y aromas.

De esta manera se forma el círculo eterno de las aguas, en que el Océano por medio de los vientos se comunica con las cordilleras y con los valles para formar los ríos que deben volver á su seno.

ESTUDIOS Y LECTURAS

UNA PÁGINA DE HISTORIA

A Julio Toro.

De todas las fuerzas de que puede disponer la inteligencia humana, ninguna más poderosa y eficaz que la fuerza de voluntad ; pero no esa voluntad hija del capricho ó del deseo innoble, sino la voluntad emanación del raciocinio, de la idea, de la convicción profunda, del deber; aquella voluntad que hace del hombre su propio consejero, su único sostén en las difíciles situaciones de la vida, y que está ayudada por la constancia, por la reflexión y por el trabajo.

Esa fuerza que poseyeron en alto grado los primitivos mártires y más después los misioneros, y que poseen los espíritus pensadores que solicitan la solución de un enigma ; el hombre del trabajo y el hombre de la ciencia, el artista y el filósofo; esa fuerza, ha sido también el alma de los genios y varones esclarecidos que figuran en la historia. — Refiere ésta, que al ver César por primera vez el busto de Alejandro, exclamó « *Ah! á mi edad este héroe había conquistado el mundo ; y yo no he comenzado todavía mi gloria.* » Y más tarde cuando César atravesaba los Alpes, en presencia de una aldea, dijo : « *Querría más bien ser el primero aquí que el segundo en Roma.* » Interpretad estas frases y encontraréis una ambición en la cuna, una idea que fermenta, un punto luminoso que sólo podía distinguir la mirada de aquel grande hombre. Un día llega, y aquella ambición que lo había acompañado desde sus primeras hazañas, como subalterno, lo empuja, lo hace pasar el Rubicón, y Roma es suya. — Había triunfado con la fuerza de su voluntad, y ésta le acompañó hasta el último instante de su vida.

Cuando Colón, en las soledades del Atlántico, se ve amenazado por las tripulaciones de sus carabelas, impacientes y coléricas, creyéndose perdidas, el almirante se sobrepone á todo, calma la tempestad de los suyos, les exhorta, raciocina y concluye por pedirles un plazo. Aquella fuerza misteriosa que lo había acompañado hasta realizar su viaje, no podía abandonarlo, cuando todos le creían perdido, y las playas del Nuevo Mundo debían á poco celebrar el triunfo de su gloria.

¿ Quién anima á Bayardo cuando moribundo en presencia de sus enemigos suplica á los suyos que no le retiren del campo, porque allí debía morir? — Su dignidad, su carácter caballeresco, la fuerza de su voluntad que le imposibilita de huir en el último trance de su gloriosa vida, cuando jamás lo había hecho en sus días de ventura. Es la fuerza de voluntad la que sostiene á Bonaparte en Tolón y lo precipita más después sobre el puente de Arcola, y la que detiene á Napoleón en el Krenlín en presencia del incendio de Moscú; y esa misma voluntad, ennoblecida por la dignidad ultrajada, lo sostiene en Santa Elena. Aquel espíritu elevado pudo resistir hasta el fin, por la fuerza de su carácter, porque tenía una historia que respetar y un nombre que dejar á las futuras generaciones.

En Bolívar la fuerza de voluntad fué un talismán que lo acompañó en todas las situaciones de su vida. ¡ Qué vida!... Entre las grandes figuras de la historia, Bolívar es una de las que representa el tipo de la grandeza humana unida á la más sublime desgracia. Desde el día en que principia su carrera hasta aquel en que la termina, vive en medio de una borrasca continua, en la cual él es el centro de todos los odios, de todas las calumnias y de todas las felonías. En sus campañas tiene que combatir, no solo contra el poder español, siempre pujante, sino también contra los pueblos que, arraigados en sus antiguos hábitos, no le dejan días de descanso. Cuando la revolución naufraga en repetidas ocasiones, no es porque Bolívar abandona el timón de la frágil nave, sino por la tenacidad de los pueblos, las rivalidades militares, la insubordinación, el indiferentismo de algunos, la envidia de los más; pero Bolívar sabe resistir todos los combates de la fuerza y de las pasiones. — ¿ Quién le guía en la fortuna como en la adversidad? — La fuerza de su voluntad inflexible que lo hace al fin triunfar á pesar de los pueblos y de las

rivalidades humanas. Pero lo que nos sorprende es cómo, al terminar aquel hombre su obra, al sentarse sobre los Andes para contemplarla, todas las pasiones se levantan de nuevo y revoloteando se agitan en torno de la víctima hasta llevarla á la tumba. Este ejemplo es de los pocos que registra la historia.

Para estos hombres esclarecidos hay algo de su destino, que nadie puede prever y que ellos mismos no podrían evitar. Llámense artistas, filósofos, pensadores ó genios, todos tienen que llegar al pináculo de la gloria, para descender, la mayor parte, á las playas del olvido. ¿ Por qué este descenso rápido de la gloria al infortunio, de la luz á la sombra? ¡ Qué contraste entre sus días de luz y sus días de sombra! Su muerte, las más de las veces, pasa inadvertida, y no tienen por séquito mortuorio sino la curiosidad ó el indiferentismo, raras veces amigos verdaderos. Aparecen como meteoros rutilantes que deslumbran y se apagan cual la fugitiva estrella candente en la soledad del desierto, teniendo por testigos, á Dios que los ampara, á la naturaleza que los recibe en su seno.

Para unos la expiación, el martirio; para otros el cadalso, el asesinato, el destierro, y el abandono; y lo que es peor todavía, el olvido. Todos desaparecen pobres, abatidos, resignados, muchos maldecidos. Todos desaparecen; pero al siguiente día de la muerte todos vuelven á la vida; á la vida de la historia que es el elemento regenerador de los pueblos.

La muerte de César nos sorprende. — César debió morir como el gladiador en las arenas del Circo, en lucha con su antagonista, y en presencia de la multitud que aguarda el triunfo para coronar al vencedor. — Así hubiera sintetizado aquella época de grandeza y de barbarie en la cual luchaba la fiera con el hombre, y el hombre creaba el pujilato. — Un hombre tan extraordinario no debió morir de una manera tan vulgar; pues el asesinato, hijo de las sombras, no será jamás reacción saludable para ningún pueblo, sino la impotencia de almas envilecidas; y por graves que fueran las faltas de César, su fin trágico no podrá reputarse, ni como una venganza popular, ni como el fallo de la justicia humana.

La muerte de Colón nos parece en armonía con su grandeza. Encontrose á tal altura sobre sus contemporáneos, y tan trascendental fué su descubrimiento, que la admiración y gratitud de España hubie-

ran mostrado que ésta era capaz de juzgar á aquel hombre providencial. — Colón fué único en su siglo, y por lo tanto, él y su obra debían pasar sin ruido. — Colón pertenece á las generaciones actuales.

La muerte de Napoleón el grande puede considerarse como una expiación necesaria. — El hombre que había usurpado tantos reinos, dominado tantos pueblos, amasado su gloria con pirámides de cadáveres y charcas de sangre, que había enriquecido su patria con los despojos de pueblos desgraciados, y hecho derramar tantas lágrimas, debía desaparecer, no como el meteoro luminoso que desciende á su ocaso, siempre bello, sino como el asfixiado que se nutre con su propia sustancia y siente agotarse el aire que lo rodea. — Napoleón necesitaba de la compasión que mitiga lo inexorable de los jucios, que hace olvidar las faltas graves, y ver en el victimario la víctima. — Cuando el sentimiento de la compasión aguijonea el espíritu, los fallos humanos son casi siempre generosos.

La muerte de Bolívar es solo un corolario de su agitada vida. — Sus días de ocaso son rápidos, pasan como una sombra. Tan grande fué su obra, que no le dió tiempo para el descanso. — Necesitaba, no obstante, del torbellino de las pasiones, de la ingratitud, de la calumnia, para poder adormecerse en el sepulcro y unir así lo dos eslabones de la cadena : el amor y la gloria á la ingratitud y el olvido.

Para estos hombres cuya vida se consume en la evolución de una idea, cuyos hechos quedan por todas partes, hay siempre un lugar de reposo, última estación, límite entre la grandeza humana y la inmortalidad ; lugar en que la admiración y el dolor compasivo se funden, y en el cual principia la historia verdadera en presencia de un cadáver que no tiene cómo apelar de los fallos humanos.

Registrad la historia de los grandes obreros del progreso universal y encontraréis el lugar solitario que recibió los últimos suspiros del poeta y del filósofo, del guerrero ó del conquistador, del artista ó del hombre providencial que pasa como una exhalación, y deja al morir, estelas de luz en el horizonte de los pueblos.

Ravena nos recordará siempre á Dante, Ferrara nos hablará del infortunio de Tasso, mientras sobre la roca de Paussilipo aparece la figura simpática de Virgilio. ¿ Cómo no recordar á Colón en su hospedería solitaria y á Palissy en su prisión de la Bastilla? En las

soledades del polo Norte se levanta la sombra de Franklin : la de Leonidas está perenne en las Termópilas, y en Trafalgar la de Nelson; mientras entre las ruinas del antiguo senado romano se ve asomar á César moribundo que se cubre con su manto imperial. Visitad la roca de Santa Elena, y entre sus escollos escucharéis quejidos y voces de dolor que traerán á la memoria la agonía lenta de Prometeo ; mientras allá, en los muros de Missolonghi, está Byron que sucumbe por la libertad de Grecia, y acá en Mount Vernon, Wáshington, simbolizando el genio de la libertad americana que bendice á millares de pueblos entregados á la labor del progreso.

Bolívar tuvo también su playa solitaria, su mansión de los últimos días. ¡ Cuántos recuerdos despierta Santa Marta besada por el Atlántico ! Allí estuvo el hombre providencial de América cuando, con las huellas del pesar en su frente, la mirada triste y el cuerpo encorvado en su lucha con el espíritu, buscó el árbol solitario bajo cuya sombra debía contemplar los rayos del sol moribundo. No puede separarse de esa playa la imagen de aquel hombre que llora como un niño, que se anima de pronto, como una bujía próxima á extinguirse, que se hunde de nuevo, vuelve á brillar y desparece en un soplo. Y aquel hombre que moría en la soledad de una estancia, acompañado de reducido número de amigos, maldecido de Colombia y expulsado de su suelo, dejaba, no obstante, su nombre en todo el continente americano : en sus valles y en sus ríos, en sus llanuras y en sus costas, y en las cimas inaccesibles coronadas de nieve; porque su obra había estado á la altura de los Andes que él había recorrido, y de la portentosa naturaleza que le había servido de testigo.

Notad ahora cómo todos estos hombres al morir, deliran en la mayoría de los casos, con sus obras. Las últimas frases de los ingenios esclarecidos, aun cuando la razón esté en ellos turbada, son siempre un reflejo en que se sintetiza, en monosílabos ó frases entrecortadas, la historia de su vida pacífica ó agitada ; y para no citar sino tres grandes ejemplos, recordemos á Napoleón, á Humboldt y á Bolívar. El primero hablaba de sus conquistas y llamaba á sus generales, y le parecía que todos los que le habían precedido en la tumba, vendrían á encontrarle en su entrada á los Campos Elíseos : Humboldt contemplaba los rayos del sol que alumbraban su dormi-

torio y pensaba en las atracciones misteriosas de los astros; mientras Bolívar se expresaba contra la anarquía y deseaba la unión de los partidos y las glorias de Colombia. Sintetizaba de este modo el odio que siempre había tenido al desorden y el sentimiento nacional que había guiado su noble ambición de gloria.

Pero hay dos sentimientos todavía más elocuentes, que se desarrollan en los últimos instantes de los grandes espíritus: el uno es el sentimiento de la dignidad herida, la protesta, no contra la suerte adversa, sino contra la calumnia, la ingratitud, el mal tratamiento: el otro es el sentimiento de la patria.

Cuando César, herido por el puñal de Casca, se ve rodeado de sus asesinos, y solicita algún semblante amigo, como faro de salvación, sus ojos sorprenden á Bruto entre los conjurados. — *¡ Tú también Bruto!* exclama César. He aquí su protesta. En esas frases quedaban condenado el parricida y la gavilla de asesinos, impotente é indecisa delante de la augusta víctima.

La protesta de Colón no se revela tanto en sus quejas como en sus deseos, cuando ordena que los instrumentos de su prisión lo acompañen á la tumba. Terrible protesta, al mismo tiempo que noble y generosa, con la cual quería apartar de la vista de su hijo la cadena de oprobio que debía recordarle á cada instante las angustias del padre.

¿ Cuál es la protesta de Napoleón? — Un día, en esos en que el cuerpo no puede sostenerse porque el espíritu flaquea, Napoleón llama al Dr. Arnot, médico inglés, y nunca sus labios fueron más elocuentes para pintar á lo vivo la horrible situación en que se hallaba. — Después de hablar de todas las iniquidades, de las cuales era víctima; después de haber recordado su pasada grandeza, á su esposa, su hijo, muertos ya para él; después de pintar aquel asesinato llevado á término con premeditación, termina con estas frases. *Concluiréis, como la altiva república de Venecia, y yo muriendo aquí privado de los míos y falto de todo, lego el oprobio y el horror de mi muerte á la familia reinante de Inglaterra.*

Bolívar fué más generoso. En medio de la orgía de los partidos que le calumnian y piden su expulsión de la tierra que había libertado, escribe su última alocución, en la cual sobresalen las siguientes frases : *Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y holla-*

ron lo que me es más sagrado, la reputación de mi amor á la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido á las puertas del sepulcro. Yo LOS PERDONO. Y para unir á la generosidad el sacrificio, concluye : *Si mi muerte contribuye á que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.*

He aquí el genio de América con sentimientos más elevados que todos sus predecesores.

El sentimiento patrio es el corolario final, el último destello del corazón, el codicilo sagrado, para el cual hay siempre en las regiones de la inteligencia claridades de aurora. Colón fija al morir sus miradas en la Española, teatro de sus primeras conquistas, y en ella desea y ordena que reposen sus restos. Napoleón dispone que los suyos reposen á orillas del Sena, en medio de su pueblo amado. Bolívar piensa en su ciudad natal y en ella quiere descansar al pie de la montaña que fué testigo de su infancia y de sus triunfos y reveses.

Con Colón principian esos viajes de los hombres ilustres después de la muerte; y por una de esas felices casualidades tres de ellos tienen por teatro de su celebridad póstuma un mismo océano, el Atlántico. Colón que había inmortalizado sus aguas durante sus cuatro viajes, debía cruzarlo por la quinta y última vez, no como piloto que sabía vencer los escollos, sino como reliquia histórica que conducía afortunada carabela. No pasaron muchos años en tierra ingrata los restos del descubridor de América, y después de viajar de tumba en tumba, hubieron de encontrar al fin las islas favoritas, la Española y después Cuba. ¿ Qué otra tumba más preclara para el genio de la conquista española que el archipiélago entre los dos continentes? En América está su obra, y en ella su tumba; porque en ella está su conquista y está su nombre; ya á orillas del Potomac y del Oregón, ya en las capitales de Virginia y del Ohío, ya finalmente, en una de las Repúblicas del continente Sur y en el istmo que une las dos porciones del hemisferio.

A los veintiséis años de olvido regresa Napoleón al seno de su patria, y la ciudad del Sena lo recibe en triunfo ; mientras que Bolívar sólo permanece doce años en la playa de Santa Marta. — Colón al salir de Europa busca el Occidente, la tierra indígena, tema de su laboriosa vida; Napoleón sale del Atlántico en solicitud

del Oriente, dilatado campo de sus conquistas; mientras Bolívar no abandona el continente de sus triunfos. No conoció esa amargura que puebla el corazón al ausentarse de las playas queridas, ni divisó desde el lejano horizonte los últimos perfiles sobre los cuales se refleja la imagen de la patria. — Parece que el Genio de Colombia al verlo partir se había interpuesto entre él y el Océano, y que la tierra lo atraía para que muriese en el seno de sus gloria s.

La última estación marina de los restos de Bolívar fué en el escollo temido de los Roques. De allí debían salir custodiados por Venezuela y naciones amigas para entrar en el seno de la patria que los conserva con noble orgullo. Y como si todavía no estuviera satisfecho el hado, á los treinta y dos años de haber visitado Bolívar muerto aquel escollo, encalla en el mismo lugar la estatua de su apoteosis, la cual se ostentó con más brillo después de su baño marino, como para mostrar que la fuerza de voluntad llega hasta el fondo del Océano y que no hay gloria legítima sin escollos.

Cuando leemos la vida de algunos de estos hombres de quienes acabamos de hablar, ponemos á un lado sus errores, sus faltas, los crímenes que se les imputan, y los cargos que se les hacen para fijarnos solamente en una idea trascendental : la influencia civilizadora que ellos han tenido en el destino de la humanidad. Cuantas desgracias ellos han ocasionado : la guerra con sus horrores, la ruina de millares de pueblos ; y la desolación y miserias que á su turno los arrastran al sepulcro, nos parecen accidentes que no pesan en la balanza de la justicia divina. Ellos no son sino los pilotos de la Providencia en este Océano del progreso universal que, si sacude con sus olas el arrecife, es para levantar las islas, si conmueve los volcanes, es para abonar la tierra; si sumerge las costas, es para levantar los continentes; si destruye, es para crear. En el Océano político como en el Océano terrestre, la tempestad y sus estragos son el accidente; el equilibrio, la paz, he aquí la ley de progreso bajo cuyo influjo benéfico se desarrollan el átomo y los pueblos. En este océano ellos son los faros que guían á los navegantes de lo presente y guiarán á los del porvenir; mientras nosotros no somos sino los obreros conductores del grano de arena ó de la gota de agua.

« Al leer la *Vida de Alejandro*, por Lamartine, encontramos estos elocuentísimos conceptos con los cuales termina aquel historiador el paralelo que establece entre el héroe de Macedonia, César y Napoleón. Sirvan ellos de final á este cuadro.

« En cuanto á la influencia, después de la muerte, de estas tres grandes y heroicas existencias en el destino de la humanidad, sólo la Divina Providencia guarda el secreto de sus designios, tan vastos como el universo, tan incomensurables como la eternidad. — La mirada del historiador se turba y aparece confundida en las múltiples consecuencias que directa ó indirectamente, ya cercanas ó bien lejanas, nacen, renacen y se perpetúan en los lejanos horizontes de semejantes acontecimientos históricos. — Sería más fácil seguir hasta las costas los círculos que se suceden de ola en ola, de la estela de una nave que surca la inmensidad del Océano. Sólo aquel que mide el Océano, sólo aquel que cuenta los granos de arena removidos por esta estela y lanzados sobre las costas, podría decir cuál es el cambio de peso que en el universo produce aquella nave ó esquife. El hombre sabe el nombre del piloto, y nada más. »

EL ESTANDARTE DE PIZARRO

A Rafael Seijas.

Allá, al Norte de la meseta que guarda el más elevado lago de la tierra, el de Titicaca, y al pie de la masa de rocas en que los Andes de Bolivia unen sus ramales para formar el gigantesco nudo de Cuzco, está sentada, cual reina de las montañas, la ciudad sagrada de los Incas, la Roma del Nuevo Mundo, Cuzco la gentil. Cuanto puede haber de grande y de sorprendente en la historia primitiva de América; palacios y templos de oro, calzadas y fortalezas ciclópeas, ídolos y objetos diversos fabricados con el rico metal por mano esclava, todo ha sido segado por la labor de los

siglos. Tras el huracán de la codicia vino la muerte y no quedaron de lo pasado sino ruinas informes, campos y ciudades desoladas, en medio de una naturaleza fecunda, riente y espontánea, cuna y sepulcro de dos generaciones imponentes que desaparecieron en la noche del tiempo. Desaparecieron ambas, pero dejaron las medallas de sus fabulosas creaciones: la una, sus ruinas augustas, trabajo de titanes, cuando los cíclopes del Nuevo Mundo llevaron sobre sus hombros las pesadas rocas, que sirvieron para la construcción de la Meca de los Andes; la otra, sus ciudades modernas, su civilización de tres siglos, sus pendones gloriosos, símbolo de la hispana grandeza, cuando no satisfecha con llenar el Viejo Mundo con el ruido de su nombre, descubrió la mitad del planeta para clavar sobre las nevadas cimas de sus Andes, y en los pueblos más elevados de la tierra el estandarte glorioso de Castilla.

¡ Cuántos recuerdos de sublime barbarie, de nobleza augusta y de perfidia insana despierta el nombre de esa ciudad bañada por las nieblas de los Andes, que parecen servirles al mismo tiempo, de velo nupcial y de mortaja ! En aquellas comarcas se representaron los más interesantes episodios de la conquista de América ; torneos singulares, batallas fabulosas, proezas de valor y de abnegación, ruindades sin término, codicia insaciable, y también virtudes y sacrificios sublimes, cuando las selvas recibieron por la primera vez la visita de aquellos misioneros cristianos que regaron con su sangre las índicas praderas y mezclaron sus cánticos religiosos con el concierto de las selvas primitivas!

Una tarde, noviembre 15 de 1533, cuando reflejaba el sol sus últimos destellos sobre el gran templo de oro, santuario de los Incas erigido al astro del día, los moradores de la ciudad percibieron en lontananza un ejército de hombres montados sobre animales para ellos desconocidos, y el cual se avanzaba con sus estandartes de grana que tenían bordadas las armas del noble monarca de España y de Alemania. Atónitos quedaron los Indios, y llenos de superstición y de espanto, aguardaron la luz del nuevo día, para recibir á aquellos hombres-dioses descendidos del cielo, que acababan de inmolar cobardemente al Inca Atahualpa. Ábrense las puertas y Pizarro, al concierto de sus clarines y en presencia de la muchedumbre indígena, entra en la ciudad que hacía dos

siglos había fundado Manco-Capac, el augusto jefe de la monarquía peruana.

¿Quiénes eran aquellos hombres dueños ya de la tierra americana y beneficiadores insaciables de la riqueza indígena? Eran los heraldos de la nueva civilización que debía destruir la antigua : era la España de los Reyes Católicos y de Carlos V, la enviada de Dios que venía á derribar los ídolos del gentilismo americano para plantear al pie de la cruz, las bases de sus futuras generaciones.

A la presencia de aquellos hombres desaparecen cabañas, palacios y templos. La codicia del oro, sed de la época, es el móvil de todas las acciones, y en nombre de la cruz y de la espada se ejecutan hechos heroicos y crímenes inauditos. Al choque de ambas civilizaciones tiemblan las montañas, tíñense de sangre ríos y praderas, y la naturaleza y el hombre en lucha descomunal con el infeliz indígena, le ahogan al fin, á la manera del boa que quebranta su víctima escondida entre los poderosos anillos de su cuerpo.

Sucumben en el cadalso y en la hoguera, en las campiñas y en los templos : cada risco es un campo de batalla, cada valle un osario, cada ciudad un baluarte. Desaparecen ciudadanos y soldados, caciques é Incas, cabañas y aldeas, y la nueva civilización estableciéndose sobre una charca de sangre y de cenizas levanta los cimientos de las actuales ciudades... Horrible hecatombe en la cual debían seguir á Huascar y á Atahualpa, Almagro y los Pizarros, la anarquía de los unos y de los otros, origen de la muerte de todos los actores de aquel drama de sangre y de gloria.

La actual ciudad de Cuzco no tiene hoy de sus pasadas glorias indígenas sino restos mutilados, mientras templos y edificios del siglo décimoquinto se levantan sobre el antiguo santurio del sol y sobre el recinto de las Vestales andinas. Pero aquella civilización que había vencido en nombre del progreso, que legítima poseedora se conservaba al través del tiempo, sin que poder humano la estorbara, debía también desaparecer en nombre del progreso, el día en que fanática, supersticiosa, limitada en sus ideas y detenida por los errores de la época cerrara sus oídos y lidiara cuerpo á cuerpo, no con el inerme indígena sino con nuevos conquistadores que debían representar en la historia del Continente el segundo acto del drama americano.

¿Quiénes fueron los nuevos conquistadores del Perú? — ¿Fueron acaso extranjeros venidos de allende los mares en solicitud de aventuras y de riquezas? No, eran los hijos de la España-americana, los herederos de sus glorias, de su constancia, de su valor, de sus crímenes y virtudes, listos ya á emanciparse, como heraldos de una nueva idea que debía cambiar el destino de un mundo.

En todos los países de Hispano América la revolución principió en una misma época, 1810. Cuando Colombia era ya independiente en 1821, Perú se encontraba anarquizado y la revolución podía considerarse como perdida; pero la presencia de las legiones victoriosas de Colombia á las órdenees de Bolívar reanimó los espíritus, moralizó la guerra, y no tardó en lograrse el triunfo final. En 6 de agosto de 1824, triunfa Bolívar en Junín. En los primeros días de octubre, el virrey Laserna, el último de los virreyes del Perú, deja á Cuzco, la ciudad sagrada, para no volver á ella. El 9 de diciembre brilla el sol de Ayacucho y todo el ejército español con su virrey á la cabeza quedan prisioneros de guerra.

¡Coincidencia singular! En el mismo día en que sucumbía militarmente el último de los virreyes del Perú, recibía éste el título de Conde de los Andes, con que le distinguía el monarca de Castilla.

Cuando por los dispersos se supo en Cuzco el desastre de Ayacucho, en 16 de diciembre, una junta de jefes en unión de la Audiencia reconocieron por virrey al mariscal de campo Tristán, el jefe más antiguo, que se encontraba en Arequipa. Pero ante el oleaje de las tropas victoriosas que se dirigían á la ciudad sagrada, Tristán en comunicaciones con Bolívar y Sucre aceptó la capitulación de Ayacucho, en tanto que el general Alvarez resignado á la suerte de la guerra abría las puertas de Cuzco á las legiones de Bolívar.

Las primeras avanzadas del ejército de Colombia y Perú que entraron en la ciudad sagrada fueron las tropas de Gamarra y de Miller, en 24 de diciembre de 1824. Al siguente día debía entrar Sucre, el vencedor, de una manera incógnita; pero habiéndolo percibido la población vino á su encuentro y le condujo en triunfo en medio de aclamaciones de gratitud y de entusiasmo.

A los trescientos años de haber entrado Pizarro en la capital de los Incas, como adelantado del gran monarca Carlos V, entraba Sucre, el teniente amado del gran Bolívar, para rendir á la Provi-

dencia, en el templo del sol, despojado ya de sus antiguas riquezas y convertido en templo cristiano, toda el homenaje de su reconocimiento.

En esa ciudad sagrada fué donde el vencedor en Ayacucho encontró, entre las antiguas banderas de Castilla, el estandarte que llevaba Pizarro cuando entró por la primera vez en Cuzco en 1533.

Ese estandarte mutilado que figuró al lado de los objetos históricos que pertenecieron al Libertador, en la exhibicion del 28 de octubre de 1872, y que fué conducido en la procesión cívica por la Comisión directiva de la fiesta es uno de los recuerdos históricos más célebres que conserva Caracas. En ese estandarte está palpitante el recuerdo de tres generaciones, de tres épocas de gloria; lo pasado indígena, la conquista de América y la emancipación gloriosa de la familia americana. Ese recuerdo histórico nos cuenta los episodios de tres siglos llenos de grandezas y de miserias, de lealtad, de valor, de abnegación sublime, de pequeñeces y de absurdos, pero también de ardor bélico, y de orgullo patrio, que es para España como para sus descendientes sublime culto.

Edificios públicos, archivos, elementos de guerra, y banderas y estandartes antiguos, todo cuanto pertenecía al gobierno de la Colonia fué entregado en Cuzco al general Sucre.

Como un tributo al Libertador, Sucre tomó entonces cinco de las banderas que habían pertenecido á los ejércitos españoles y las envió al gobierno de Colombia en 1825.

« Tengo la honra, le dijo, de enviar á S. E. el vice presidente en nombre del ejército cinco banderas de los más veteranos regimiento españoles que esclavizaron al Perú durante catorce años de triunfos : ellas son las señales de obediencia y estimación que el ejército le ofrece y que ruego se digne aceptar. EL ESTANDARTE CON QUE PIZARRO ENTRÓ, TRESCIENTOS AÑOS HA, Á ESTA ILUSTRE CAPITAL DE LOS INCAS, LO REMITO Á S. E. EL LIBERTADOR, COMO TROFEO QUE CORRESPONDE AL GUERRERO QUE MARCÓ AL EJÉRCITO COLOMBIANO EL CAMINO DE LA GLORIA Y EL DE LA LIBERTAD DEL PERÚ. »

El Libertador donó á la municipalidad de Caracas el trofeo histórico de tan valioso mérito, y con fecha de 9 de enero de 1826, el general Soublette, ministro de la guerra, dirigió á aquella corporación el siguiente oficio.

« Tengo la honra de ser el órgano del gobierno para presentar á esa municipalidad el estandarte real de Castilla, que el ejército colombiano ha abatido en el Perú, bajo la dirección de S. E. el Libertador presidente. La ciudad de Caracas, cuna del Libertador, y baluarte inexpugnable de la libertad, tiene derecho á conservar en su seno la insignia de los ultrajes cometidos por el gobierno español en la tierra de los Incas, que al cabo de tres centurias ha sido conquistada por el insigne americano que Caracas produjo para la felicidad de los hombres. Cree el ejecutivo que esa municipalidad apreciará la posesión de un monumento tan respetable, que envidiarían otros pueblos ; y espera que en este paso reciba el pueblo caraqueño una nueva prueba del aprecio y consideración que merece al poder ejecutivo. Yo tengo la satisfacción de participar de las dulces emociones que debe sentir ese pueblo y de protestar á V. S. los sentimientos de mi consideración. »

El Concejo recibió el estandarte de Pizarro el 26 de febrero de 1826 y en sesión del mismo día, al contestar el oficio en que se le presentaba una dádiva tan llena de recuerdos gloriosos, decretó fuese exhibida al público de Caracas en el próximo aniversario del 19 de abril de aquel año. Así sucedió en efecto, y desde entonces estuvo guardado hasta el 5 de julio de 1841 en que por segunda vez fué conducido en procesión en la solemne fiesta cívica de este día.

Para describir el estandarte de Pizarro tal cual está hoy, debemos remontarnos á los pasados días en que intacto se conservaba en Cuzco, para poder apreciar de esta manera su estado actual, después de haber sido destruído, en parte, por el tiempo y por los hombres.

Lo que generalmente llaman bandera de Pizarro no es propiamente hablando, sino un estandarte ó gonfalón como los que se usaron en los siglos XV y XVI. En los días de la República florentina éstos fueron conducidos, en las grandes fiestas, por el Presidente de la República ó alguna alta dignidad : de aquí el nombre de gonfaloneros que se dió á los que llevaban esta insignia. Más después, el uso de los gonfalones quedó relegado á los templos cristianos y á las fiestas religiosas, aunque desde los primeras épocas del cristianismo, habían sido enarbolados en los templos, cada vez que fué necesario levantar tropas y convocar los vasallos para la defensa de as iglesias y bienes eclesiásticos.

El primitivo campo del gonfalón de Pizarro fué de rico damasco color de grana, del cual no quedan sino pequeños fragmentos. Dos grandes cuadros formados de arabeseos del siglo xv, cada uno de 127 centímetros de altura y 115 de ancho, ambos de raso amarillo y blanco retocados de azul y con bordados de hilo de oro, sobresalían en cada una de sus caras. Uno de estos arabescos se conserva, casi en su totalidad, mientras que del otro, sólo existen algunos retazos. En el centro de uno de los arabescos, había un círculo de 80 centímetros de diámetro, en el cual estaban bordadas las armas de Carlos V, en aquella fecha, 1533; á saber, el escudo de Castilla (dos leones, dos castillos y la diadema imperial), rematado por dos cabezas de águila que llevaban sendas coronillas. Del escudo sólo se conservan hoy los dos leones y uno de los castillos. Las dos cabezas de águila existen, pero la coronilla que tenía la de la izquierda ha desaparecido. Si hubo columnas á los lados del escudo, ó algunos de los cordones que figuraron más tarde en las armas de Carlos V, nada se encuentra actualmente : el examen revela que el escudo es sencillo comparado con el que más después llevó el gran monarca.

Cuando llegó á Caracas el gonfalón no tenía completa sino una de sus caras, la del escudo, estando la otra forrada de raso blanco muy deteriorado. Faltaban ya para esta fecha, 1826, uno de los castillos, la coronilla de una de las cabezas de águila y algunos pequeños fragmentos. Esto motivó que el Concejo se encargase de mandar ponerle un campo nuevo de damasco encarnado, sobre el cual quedasen fijos los dos arabescos. — Así permaneció guardada esta reliquia histórica durante muchos años, hasta que se resolvió colocarla en un cuadro para evitar de esta manera la justa curiosidad de los extranjeros y nacionales que al contemplarla, quería cada uno poseer un recuerdo de ella.

No sabemos si cuando se arregló el gonfalón de Pizarro para guardarlo en el cuadro que lo contiene actualmente, se descubrió alguna pintura; pero es lo cierto que á una casualidad debe hoy Caracas el hallazgo de la porción más interesante que figuró en el célebre estandarte. Nos referimos al guerrero, obra de pintura y de bordado que figuró en tiempo de Pizarro en una de las caras del gonfalón, en el centro de uno de los arabescos, y la cual apareció

como escondida y fijada en la parte posterior del escudo real.

Esta pintura de 80 centímetros de diámetro representa un guerrero montado en un hermoso caballo blanco que corre al galope y está enjaezado con ricos arneses. El caballero lleva en la cabeza un casco coronado de plumas, flota su manto al capricho del viento, una cruz roja, la de Santiago, sobresale en la cota que cubre su pecho, y lleva en la mano derecha una espada, de la cual no queda sino la empuñadura. El campo representa una llanura en la cual sobresalen arbustos y plantas tropicales y cascos y objetos de guerra.

Aunque el tiempo ha desflecado la seda, en algunos lugares del dibujo el conjunto no ha perdido nada de su mérito. Se conoce al examinar esta obra tan antigua, que un artista delineó y pintó sobre raso blanco todo el paisaje y que más después continuó, la hechura, la cual acabó de dar todo el realce y perspectiva necesarias á un dibujo que debía ser colocado en el centro de un estandarte.

El descubrimiento de esta parte del estandarte de Pizarro da á esta reliquia un valor histórico descollante y nos revela cuál debió ser el mérito del artista que la ejecutó, cuando después de tres siglos de haber estado bajo las influencias del clima americano se conserva en casi todos sus pormenores.

Puede, por lo tanto, asegurarse que en el recuerdo de Pizarro que posee Caracas existen dos épocas : la una del siglo XV, representada por los dos arabescos, el escudo de armas de Castilla y el guerrero, la otra moderna, representada por el damasco color de lacre que sirve actualmente de campo á la obra primitiva ; y debe causarnos admiración, cómo una obra que principió á ser mutilada desde tiempos muy remotos, y fué sacada del Cuzco, después de permanecer en esta ciudad durante tres siglos, puede encontrarse hoy en un estado tan satisfactorio, cuando es un hecho que las banderas de Gonzalo Pizarro, colocadas sobre la tumba del presidente Gasca en Valladolid en 1567, como un trofeo de la brillante expedición de éste al Perú, se han convertido en polvo.

¿ A quién representa el guerrero que está pintado en el estandarte de Pizarro ? ¿ Será la imagen del apóstol Santiago, inseparable compañero de los ejércitos españoles, ó alguna ficción artística de lujoso adorno ?

Cuenta Herrera en sus Décadas, que en una de tantas carnicerías

cometidas entre Aztecas y Españoles en los días de Hernán Cortés, los Indios aseguraron que quien los había derrotado era un caballero muy grande, vestido de blanco y montado en un caballo blanco, el cual acometía con espada en mano y sin ser herido, mientras su caballo, con boca, pies y manos hacía tanto mal como el caballero con su espada. — A lo que contestaban los Castellanos, que ese caballero era el apóstol de Jesuscrito, Santiago, á quien ellos llamaban en sus batallas encontrándole siempre favorable.

Refiere Garcilaso que cuando el príncipe Manco Inca acometió á las tropas de Pizarro, después de tomado el Cuzco, los Españoles ya exánimes, caballeros y caballos, estaban próximos á ser aniquilados por las huestes numerosas del Inca, cuando apareció delante de los Españoles y visible para ambos ejércitos, el apóstol Santiago montado en un caballo blanco, embrazada una adarga y en ella su divisa de la orden militar. Llevaba una espada que parecía relámpago y al blandirla, los Indios se espantaban y decían : — «¿Quién es aquél Viracocha que tiene en la mano la *yllapa*, que significa relámpago, trueno y rayo ? » Dondequiera que el santo acometía, huían los infieles y al fin la batalla quedó por las armas de Castilla.

El mismo apóstol aparece á los Españoles cuando encerrados entre las murallas del Cuzco se ven de improviso amenazados por las bolas encendidas que lanzan los Indios sobre los edificios de la ciudad sagrada; y en la conquista de Cundinamarca, en los valles de Popayán y Cali, cuando Francisco César se ve acometido por un ejército de Indios que ahoga por todas partes su grupo de espartanos, apela al apóstol y éste se presenta en su caballo blanco é infunde al instante el desorden y la muerte en las filas contrarias.

Todas estas supersticiones, y el mismo grito de guerra, « Santiago », de que se valen los Españoles para electrizar sus ejércitos, tienen su explicación. La historia nos refiere que una vez, cuando el rey don Ramiro I, en 843 combatía contra el rey moro Abderramán, en los campos de Albelda, sorprendió á ambos ejércitos la noche, quedando casi destruído el monarca castellano. Pero habiéndose don Ramiro amparado bajo la vecina montaña de Clavijo, el

apóstol Santiago que velaba mientras todos dormían, mándale volver sobre las armas dándole por segura la victoria. « No necesitó el rey para esforzar su gente de más exhortación que la sencilla narración de este suceso; y todos se esfuerzan con superior aliento, y dan por suya la tierra, teniendo por sí al Cielo. Suena en lugar de las cajas, el clarín del invencible nombre de Santiago : pónese al frente de su ejército el invocado apóstol, vénle los Españoles de su parte en un caballo blanco, la espada en una mano, el estandarte en la otra, con una cruz encarnada en campo blanco y la rienda suelta contra el bárbaro. Poderosos con la palabra de *Santiago y á ellos*, y en la obra de sus brazos hecho el *hijo del trueno* rayo contra la Media Luna, degollaron setenta mil Moros en aquel día y tomaron á Albelda, á Clavijo y á Calahorra, quedando hasta el día de hoy monumentos del triunfo en aquel campo. Desde entonces resolvió el reino en cortes, que de los despojos militares se destinase una parte para el santo teniéndole presente, no sólo como á santo, sino también como á soldado. »

Mas, ¿cómo explicarnos ahora el origen de la superstición entre los Indios? Para que éstos hayan podido tener la alucinación que les producía tanto espanto, era necesario que hubieran visto de antemano la efigie del apóstol, pues de otra manera no podríamos darnos cuenta de semejante fenómeno. La pintura que hemos encontrado en el estandarte de Pizarro nos resuelve el enigma y nos revela que la idea del guerrero, montado en un caballo blanco, tenía su origen en el lienzo conducido por las tropas de Pizarro. Es muy probable que en los gonfalones y estandartes de Cortés, y de alguno de los muchos conquistadores de América se hallase igualmente la efigie del apóstol, y que ésta, sobresaliendo en medio de la pelea á los ojos de los Indios, contribuyera con la ayuda de los Castellanos á producir de una manera completa la alucinación entre las turbas indígenas. El inca Garcilaso, testigo de todos estos incidentes, viene en nuestro apoyo. Cuenta este cronista que asistiendo niño á una fiesta de Córpus en el Cuzco, pintaron sobre una de las paredes de un templo, al apóstol Santiago montado en su caballo blanco, con la espada flameante en sus manos, y muchos cadáveres á sus pies, y que los Indios al verle, exclamaron : « Un Viracocha o mo éste era el que nos destruía en esta plaza »; con lo que que-

rían significar sin duda, la imagen dibujada en el estandarte de Pizarro.

De manera que el estandarte que posee actualmente Caracas es el que llevó Pizarro al tomar á Cuzco, y la imagen del apóstol que tiene en una de sus caras, la misma que infundió entre los Indios del Perú en 1533 el pavor y la muerte; y el haber llegado hasta nosotros revela que no se halló en las guerras civiles que siguieron á la toma del Cuzco, y en las cuales cada vencedor se apoderó de las banderas y estandarte de su contrario.

Así debía suceder. Estaba escrito que el glorioso estandarte del primer conquistador de América fuera un trofeo histórico del primero entre los libertadores de América, y que de la Ciudad Sagrada de los antiguos Incas, en que se había conservado durante tres siglos, pas ase á lacuna de Bolívar que sabrá conservarlo con el justo orgullo que inspiran las nobles proezas y los sangrientos sacrificios.

Cuando el estandarte de Pizarro llegó á Caracas, en 1826, los odios políticos contra España no habían todavía principiado á menguar; así fué que en la primera fiesta cívica que celebró la capital después del recibo de tan valiosa prenda, fué aquella arrastrada por las calles de la ciudad, queriendo significarse así, el odio contra nuestros antiguos mandatarios.

Diez y ocho años más tarde, 1842, cuando los restos mortales de Bolívar llegaron á su suelo natal, el estandarte de Pizarro fué colocado con veneración al pie del mausoleo que guardaba las cenizas del genio americano.

Treinta años después, 1872, el recuerdo histórico de la conquista española fué conducido al lado de la España oficial y privada y cortejada por las banderas unidas de España y Venezuela.

¡Cuántos contrastes! En la primera de estas épocas todo fué hijo de la pasión; en la segunda, la gloria de lo pasado que rendía su homenaje á la gloria de lo presente; en la última, la reconciliación de la familia, los recuerdos históricos de todas las épocas, sintetizando un mismo origen glorioso y el abrazo fraternal que ahoga todos los resentimientos y confunde todas las glorias.

El estandarte de Pizarro no es un botín de guerra; es un recuerdo de familia, es un orgullo de raza, es una época inmortal, es el símbolo de unión entre dos grandes pueblos de igual origen y de comunes glorias.

EL MEDALLÓN DE WÁSHINGTON[1]

A Cecilio Acosta.

Dos acontecimientos inmortales en la historia del mundo marcan el último tercio del pasado siglo : la guerra de independencia en los Estados Unidos de la América del Norte terminada en 1782, y la revolución francesa que durante ocho años tuvo conmovida la Europa y fué el *fiat lux* de las nacionalidades suramericanas.

Wáshington no tuvo la dicha de sobrevivir á su grande obra sino por muy pocos años, y tan luego como ejerció por dos veces la presidencia de la noble nación que acababa de fundar, desapareció, días antes de terminar su siglo. Bien podría llamarse el siglo XVIII, el siglo de Wáshington. Desaparecía sin el estruendo de los combates, sin el odio de sus semejantes, sin dejar la orfandad por trofeo, y por conquista el incendio : hundíase en la tumba sin ruido, pero hermoseado por la luz inmortal que le acompañará en la historia hasta el fin de las edades, y por el himno de gratitud de sus conciudadanos, que pasará de una á otra generación, mientras imperen en el mundo la gratitud y la justicia.

Pero, cuando desaparece Wáshington, se asoma la primera aurora del coloso que debía conmover el mundo y llenarlo con el ruido de sus hechos. En 1800 aparece Napoleón y la Europa que había asistido al más sangriento drama del siglo XVIII, iba á ser el actor y la víctima de otro drama fecundo en desastres, que debía representarse en los 15 primeros años del actual siglo.

Parece que el equilibrio del mundo político necesita de esas apariciones periódicas, de esos hombres providenciales que forman época y contribuyen con su genio á cambiar el destino de una gran parte del género humano. Cuando desaparece la estrella de Wáshington aparece la de Napoleón, cuando se eclipsa la de Napoleón se asoma radiosa la de Bolívar. Así van sucediéndose los genios y el mundo político en constante lucha, es como el mundo de la materia,

1. Este estudio y el precedente hacen parte de un volumen inédito que llevará por título CRÓNICAS Y ESTUDIOS HISTÓRICOS SOBRE VENEZUELA.

que necesita para su desarrollo de las evoluciones de sus partes constitutivas y del cambio de forma.

En 1812 principia la decadencia del coloso de Córcega —y entre las nieblas del Norte aparece eclipsado el sol de Austerlitz. La campaña de Francia en 1814 es la precursora de un gran desastre, y entre las ruinas de Waterloo queda al fin sepultada la corona de los Césares. Ya para entonces se asomaba en la América del Sur el genio de los Andes; era Bolívar que entraba en su gestación histórica y seguía con paso firme las huellas de Wáshington. Cuando sucumbe en Santa Elena el vencedor de Marengo, veinticuatro horas después, se reune en Rosario de Cúcuta el primer congreso de Colombia, y á los pocos días vence Bolívar en Carabobo, para seguir en triunfo á su cenit histórico.

Más, en la historia de América, Bolívar no venía sólo; como tuvo Wáshington á Franklin, así tuvo él á Humboldt. No fué éste el cantor de sus glorias sino el Homero de la naturaleza americana, imponente y sublime, cuya riqueza y comercio debía abrir á todas las naciones del mundo, el hombre privilegiado á quien le tocaba la misión divina de emanciparla. El genio de la ciencia se había anticipado al genio de la guerra; el uno había escalado las cordilleras, explorado los bosques, trazado el curso de los ríos para exhibir ante el mundo los ricos dones de la naturaleza andina; el otro, más tarde, luchaba en los bosques, en las llanuras y en los ríos, y cuando triunfante quiso completar su obra, escaló las cordilleras para ostentar á la vista de los dos grandes océanos el estandarte tricolor como un lábaro de sus proezas.

¡Qué destino tan diverso el de estos dos genios; mientras el uno sucumbía joven al terminar la obra de la redención americana, el otro continuaba para asombrar todavía al mundo con su ciencia! El uno sucumbe á la manera del árbol herido por el rayo, que siente marchitarse sus hojas, agostarse su savia y quedar como espectro del bosque, para deshacerse después en polvo al capricho del viento; el otro, en los días de la senectud se extingue cuando los átomos de la materia incapaces para albergar el espíritu, solicitan su emancipación, en tanto que aquel asciende á la fuente de donde toda virtud emana.

Napoleón había sido en su juventud un testigo lejano de las glo-

rias de Wáshington, y Bolívar había asistido en la suya á la apoteosis, en vida, del vencedor en Austerlitz. Entre los dos capitanes de América existe un lago de sangre — la revolución francesa — el imperio. ¿Quién podrá acercar los dos hombres á quienes pertenece por completo la emancipación de uno de los hemisferios de la tierra? ¿Quién será el Mentor que, salvando el tiempo, aproxime los dos países y funda bajo un solo nombre las glorias de América? Semejante misión no estaba destinada sino á un mortal, aquel que había sido en la revolución de la América del Norte, el primero después de Wáshington; aquél que había figurado como actor principal en el gran drama de 1793; aquel que desdeñó los favores de Napoleón el Grande, y asistió á la caída del imperio y á la restauración y á la monarquía de 1830, que debía de ser el complemento glorioso de su inmortal carrera. Nos referimos al general Lafayette, el hombre ilustre que durante cincuenta años tomó parte en todos los sucesos extraordinarios que ligan entre sí dos siglos. El hombre que había ayudado á crear las dos más célebres Repúblicas de los tiempos modernos, que había tratado á todos los hombres célebres de dos épocas, que había asistido al entierro de cuatro dinastías, y que se había sentado al lado de Wáshington, y frente á Napoleón, debía también tratar á Bolívar, unirse con él, para unir de esta manera dos hombres históricos — dos pueblos limítrofes.

Bolívar no había tratado á Lafayette antes de la visita de éste á los Estados Unidos en 1824; mas, cuando comunes ideas despiertan un mismo entusiasmo, y los vínculos de acciones ilustres acercan los hombres históricos, la fraternidad amistosa tiene que comunicarlos como una necesidad moral.

En 1824 el Congreso de los Estados Unidos decreta por unanimidad investir al presidente Monroe para que á nombre de la nación invitase al general Lafayette á visitar la gran República. Lafayette, entonces en Francia, no titubeó ante tan honrosa y espontánea invitación, y rechazando el buque de guerra que le ofrecía el gobierno, prefirió uno mercante que le brindaba más comodidades, y se embarcó á mediados de julio del mismo año. El 15 de agosto, Lafayette, desembarca en Nueva York y pisa el suelo de sus glorias después de prolongados años de ausencia. ¡Qué ovación! ¿Puede haber pluma que tratara de describirla? Cuando los corazones de

millones de hombres palpitan á un mismo tiempo; cuando millares de pueblos se mueven á un tiempo estimulados por un mismo sentimiento; cuando el objeto es único y grande é imperecedera la gloria que él representa, ¿qué lenguaje podía pintar á lo vivo el entusiasmo patrio, el delirio de la gratitud universal, dos generaciones que se funden en presencia de uno de los atletas de la libertad y ante la imagen de Wáshington? Pocas ovaciones en la historia del género humano pueden igualar á esta; excederla, ninguna. Lafayette debe visitar todos los Estados de la Unión, y en todos debe recibir la corona del triunfo; así es que desde el momento en que pisa el suelo americano hasta su salida, su residencia es una continuada procesión triunfal.

En diciembre de 1824, el congreso obsequia á su ilustre huésped con 200 mil pesos en oro y dos mil acres de tierra, como un pequeño tributo con el cual la patria de Wáshington recordaba sus servicios. En cada uno de los veinticuatro Estados, Lafayette es recibido en triunfo; por todas partes festividades, ovaciones populares y los mil clarines de la prensa lanzando al mundo el nombre de aquel mortal afortunado.

¿Hubo en estas ovaciones algún recuerdo á Bolívar, algo que revelase el conocimiento de los hechos consumados en la América del Sur? La historia de los primeros años de Colombia, lo sangriento de la lucha, el ruido que debía causar en el mundo civilizado la emancipación de un grande continente, todo era conocido del pueblo de los Estados Unidos. Los Americanos del Norte habían asistido, desde lejos, á todas las peripecias del drama, y conocían su último y glorioso acto, cuando durante la visita triunfal de Lafayette — 1824 á 1825 — llegó á sus oídos el triunfo de Junín, la batalla final de Ayacucho, la rendición del Callao. Bolívar, para esta fecha, había entrado por completo en los dominios espaciosos de la historia, y el pueblo de la América del Norte no titubeó al discernile el honroso título de « El Wáshington de la América del Sur ».

Todavía más. En el espléndido banquete con que el Congreso obsequió, en Wáshington, al general Lafayette, Enrique Clay, el eminente ciudadano, cuya muerte en 1852 fué para los Estados Unidos un duelo público, habló de Bolívar ante sus colegas de una ma-

nera que podemos juzgar como oficial. En medio del entusiasmo de aquel obsequio regio, en el cual Lafayette fué el único héroe de la fiesta, Enrique Clay se puso de pie y expresó los siguientes conceptos : « Mientras gozamos en la paz, abundancia y seguridad de los beneficios de las instituciones libres que fundaron el valor y patriotismo de nuestros padres y de sus valientes compañeros que ahora están presentes; al recordar libre y satisfactoriamente la memoria de nuestra revolución, ¿ podremos olvidar que nuestros vecinos y amigos en el mismo continente luchan ahora para completar aquella libertad é independencia, que, entre nosostros, fué tan felizmente recobrada ? En su favor ninguna nación, ningún generoso y desinteresado Lafayette se ha mostrado; y sólos y sin ayuda han sostenido su gloriosa causa confiados en su justicia, y sin más auxilio que el que les proporcionan su valor, sus desiertos y sus Andes. . . Clay siguió hablando de España y de su rey, durante aquella época, en términos algo fuertes, y al concluir propuso el siguiente brindis : Por el general Bolívar, el Wáshington de la América del Sur, y por la República de Colombia. Y aquella reunión compuesta de más de seiscientos diputados representantes del pueblo angloamericano, en una noche de júbilo, poniéndose de pie y elevando sus copas, gritó en un solo ritmo, delante de Lafayette : « Por Bolívar, el Wáshington de la América del Sur, y por la República de Colombia. » Esta fué la frase cordial y elocuente con que la gran República saludaba á las jóvenes nacionalidades de la América del Sur, que Bolívar acababa de crear; y el apellidar á éste con el nombre del ilustre fundador de la República, quería decir, que así como las revoluciones del globo habían formado en el nuevo hemisferio dos continentes circundados por el Océano, é independientes del viejo mundo, así no podía haber en la historia de América sino dos Wáshington.

Antes de partir para Europa, Lafayette quiso visitar la tumba de Wáshington en Mont Vernon y contemplar el lugar donde el Cincinato americano pasó los últimos años de su vida, y donde se encuentran sus mortales despojos. En presencia de los restos gloriosos del grande hombre, Lafayette recibió de la familia del ilustre patricio, entre otros presentes, el cordón de la Orden de Cincinato que había usado el Libertador de la América del Norte, y lleno de

noble orgullo se prestó á servir de intermedio con Bolívar, para remitir á éste el regalo con que aquella célebre familia quería obsequiar igualmente al Libertador de la América del Sur. Este regalo consistía, en una medalla de oro que había sido consagrada al Padre de la Patria por la nación americana, en uno de los aniversarios de la Independencia, y en un medallón que contenía el retrato y cabello de Wáshington. Nada sabemos del paradero de la medalla, pero sí conocemos el retrato que es hoy propiedad del señor Pablo S. Clemente, sobrino del Libertador. Es un medallón de oro en forma oval, con un diámetro mayor de 7 centímetros y otro de 5 que tiene por el anverso el retrato de Wáshington, artísticamente ejecutado en miniatura y por el reverso un esmalte azul en cuyo centro aparece cubierto por un óvalo pequeño de cristal el cabello del Cincinato moderno. En derredor del esmalte y sobre una lámina de oro está grabada la siguiente inscripción :

AUCTORIS LIBERTATIS AMERICANÆ IN SEPTENTRIONE HANC IMAGINEM
DAT FILIUS EJUS
(PATER PATRIÆ)
ADOPTATUS ILLI QUI GLORIAM SIMILEM IN AUSTRO ADEPTUS EST

« Este retrato del autor de la Libertad en la América del Norte, lo regala su hijo adoptivo á aquel que alcanzó igual gloria en la América del Sur. »

Fué así como la familia de Wáshington, á nombre de la América del Norte y evocando los manes y las glorias de su ilustre jefe, el Padre de la Patria, manifestó su admiración hacia el Wáshington de la América del Sur. Pero lo que da todavía más realce á este presente americano, es que el encargado de transmitir á Bolívar tan expresivo recuerdo, fué aquel Lafayette tan célebre en los anales de la libertad moderna, y de quien recibió el Libertador la siguiente carta, por el intermedio de la Legación de Colombia en Wáshington :

AL GENERAL BOLÍVAR
Presidente Libertador

Wáshington-City, 1.° de setiembre de 1825.

Señor presidente Libertador,

No podía ser mejor apreciado, por la familia del general Wáshington mi afecto religioso y filial á su memoria. Hoy me encuentro encargado de una comisión muy honrosa. — Al reconocer el exacto parecido del retrato me siento feliz, pensando que entre los hombres que viven, y aún entre todos los de la historia, no á otro sino al general Bolívar, hubiera preferido ofrecerlo mi paternal amigo. ¿Qué más diría yo al gran ciudadano que la América del Sur ha saludado con el nombre de Libertador, nombre confirmado por ambos mundos, quien dotado de una influencia igual á su desinterés, lleva en su corazón el amor de la libertad sin ninguna reserva, y el de la República en toda su pureza? Sin embargo, los testimonios públicos de vuestra benevolencia y vuestra estima me autorizan para presentaros las felicitaciones personales de un veterano de la causa común, que próximo á partir para otro hemisferio, seguirá con sus votos, el glorioso remate de vuestros trabajos, y esa solemne asamblea de Panamá, donde quedarán consolidados y completos todos los principios y todos los intereses de la independencia, de la libertad y de la política americana.

Recibid, señor Presidente Libertador, el homenaje de mi profunda y respetuosa adhesión.

LAFAYETTE.

Con esta expresiva carta venía para el Libertador la siguiente que le dirigía el Ministro Plenipotenciario de Colombia en Wáshington:

S. E. el Presidente de Colombia, general Simón Bolívar.

« Nueva York, 1825.

« Señor,

« La familia del ilustre Wáshington, ofrece á V. E. un presente digno de V. E. y de ella misma, y se ha valido para su dirección

del respetable medio del general Lafayette, que lo ha puesto en mis manos con las adjuntas cartas que tengo la honra de remitir.

« No sé lo que deba preferirse en esta manifestación de aprecio hacia la persona de V. E., si el obsequio mismo, ó el delicado modo de hacerlo : una medalla de oro, dedicada al Padre de la Independencia de la América septentrional después de la rendición de York-Town, que puso término á la guerra revolucionaria, y presentada á V. E. después de la jornada de Ayacucho que ha de finalizar nuestra contienda : y un retrato que contiene parte del cabello que adornó la frente del héroe del Norte, son objetos de un precio inestimable : y cuando los dona á V. E. la familia misma de Wáshington por mano de un amigo suyo y compañero de armas, objeto hoy de la veneración y del amor de esta nación feliz que ayudó á crear con su virtud y con su espada, se duplica el mérito del homenaje.

« El general Lafayette escribe á V. E. « que de los hombres que « ahora viven, y aun de la historia su paternal amigo habría escogido « á V. E. para darle igual testimonio de su estimación », y valen más estas palabras que un largo panegírico por su propio sentido y por quien las dice : ni es menos grata la expresión del señor Jeorge Wáshington P. Curtis, cuando en nombre de la ilustre familia que representa, insinúa á V. E. « que ella ha conservado estas prendas hasta que ha venido un segundo Wáshington que debe ser su dueño », concepto que en cierta manera identifica la copia con el modelo, sentimiento lleno de fuerza y belleza moral. Las dos cartas dirigidas á V. E. que contienen estas ideas han sido publicadas en los Estados Unidos, y este pueblo, que no por ser grande deja de ser justo, que en toda ocasión oportuna manifiesta á V. E. su aprecio, y le llama el Wáshington del Sur, título comprensivo del mayor elogio con que pueda honrarle, las ha recibido con aplauso.

« Acepte pues V. E. estas prendas, y sean conservadas en la familia de V. E. como un depósito precioso, que sólo debe enajenarse por un motivo como el presente en favor de otro héroe Libertador de su país, que haga servir al orden civil la gloria militar : y cuando la paz corone la obra de la justicia, y V. E. consiga el premio que ha pedido á su patria por recompensa de sus sacrificios, el descanso

de un honroso retiro, igualando los valles de Aragua al Monte Vernon, coloque V. E. estas alhajas en el mejor lugar de su casa de campo grabando al pie de ellas la siguiente inscripción :

« Pertenecieron al más virtuoso de los héroes : fueron dádivas de su familia y las dirigió Lafayette.

« Soy con distinguida consideración de V. E. humilde servidor.

« José María Salazar. »

Estas cartas no llegaron á manos del Libertador sino el 26 de marzo de 1826, á los seis días de haber contestado al general Lafayette, la primera carta en que éste le recomendaba á uno de sus compatriotas ; pero como el Libertador conocía ya por los diarios, el regalo que le enviaba la familia de Wáshington por medio del ilustre general francés, no titubeó en contestar á éste y referirse al obsequio que aún no había recibido, de la manera siguiente :

AL GENERAL LAFAYETTE

« Señor general,

« He tenido la honra de ver por la primera vez los nobles caracteres de esa mano bienhechora del Nuevo Mundo. Este honor lo debo al señor coronel Mercier que me ha entregado vuestra estimable carta del 15 de octubre del año pasado. Por los papeles públicos he sabido con un goce inexplicable que habéis tenido la bondad de honrarme con un tesoro procedente de Mont Vernon. El retrato de Wáshington, alguno de sus restos venerables, y uno de los monumentos de su gloria deben presentárseme por vuestras manos en nombre de los hermanos del gran ciudadano, del hijo primogénito del Nuevo Mundo. No hay palabras con que explicar todo el valor que tiene en mi corazón este presente, y sus consideraciones tan gloriosas para mí. La familia de Wáshington me honra más allá de mis esperanzas aún las más imaginarias, porque Wáshington presentado por Lafayette es la corona de todas las recompensas humanas. El fué el noble protector de las reformas sociales, y vos el héroe ciudadano, el atleta de la libertad que con una mano sirvió á la América y con la otra al antiguo continente. ¡Ah! ¡qué mortal

sería digno de los honores de que se dignan colmarme vos y Mont Vernon! Mi confusión es igual á la inmensidad del reconocimiento que os ofrezco junto con el respeto y la veneración que todo hombre debe al Néstor de la libertad.

« Con la más grande consideración soy vuestro respetuoso admirador.

« Lima, 20 de marzo de 1826.

« BOLÍVAR. »

Una semana después de haber escrito Lafayette su carta al Libertador, dejó, en 7 de setiembre de 1825, el suelo americano y partió para Francia después de haber permanecido por más de un año en la patria de Wáshington. El gobierno puso á su disposición una hermosa fragata de guerra de 44 cañones que acabada de construirse, y como un alto honor al distinguido huésped, la bautizó con el nombre de *Brandy wine*, para recordar á Lafayette el río de los Estados Unidos; en cuyas orillas había recibido el adalid su herida gloriosa y había luchado, por primera vez, en defensa de la libertad de Norte América.

Lafayette continuó desde Europa la correspondencia que desde los Estados Unidos había iniciado con el Libertador, la cual cesó por la muerte de éste.

En los *Documentos relativos á la vida pública de Bolívar* sólo se encuentra la carta de Lafayette de 1.° de setiembre de 1825. Las que publicamos en este cuadro no han sido, hasta hoy, conocidas del público suramericano; y es muy posible que sus originales se encuentran entre los papeles que dejó el Libertador á su albacea testamentario, el señor Juan de F. Martín. Afortunadamente para la historia, hemos encontrado copia de ellas en las *Memorias de Lafayette* que publicó la familia de éste en 1840.

Estas cartas son las siguientes :

AL PRESIDENTE LIBERTADOR BOLÍVAR

París, diciembre 16 de 1826.

Presidente Libertador,

Me siento penetrado de afición y reconocimiento hacia Vuestra Excelencia, con la carta que V. E. se ha dignado enviarme con el

coronel..... Nada puede exceder al elevado precio en que tengo vuestra estima y vuestra amistad; mi admiración y los votos que hago por vos, datan de vuestros primeros esfuerzos por la causa patriótica. Estos sentimientos se han fortificado cada año, con la vasta utilidad de vuestras prendas, la fecunda beneficencia de vuestros talentos, la superioridad de vuestra abnegación republicana, por cima de las ambiciones subalternas que han desconocido la verdadera gloria, y por el constante pensamiento de vuestra influencia en la libertad de los dos mundos. A todos estos títulos pasados, presentes y futuros, que tan fuertemente me ligaban á vos, yo me complazco en añadir el de amigo, pues que me habéis autorizado para ello. En vuestra presencia no me corresponde opinar acerca de los asuntos de la América del Sur; pero continuaré allegándole votos, siendo el mío porque la homogeneidad republicana se establezca en todo el continente...

Conocéis personalmente á Europa. Así, pues, la lectura de sus periódicos os bastará para juzgar de su estado actual. El más notable rasgo es la separación, que cada día se agranda, entre los pueblos, cuyo espíritu público va de bueno á mejor, y una minoría de reyes y empleados que hora por hora se internan en una ruta opuesta. Ensayos diversos han probado que la Península y la Italia, tenían necesidad para emanciparse de la cooperación francesa; y aquí los excesos de la revolución han dejado huellas que desaniman. A pesar de todo, trabajan tan bien los enemigos de la libertad que no desespero, á mis 72 años, de ver el Occidente de Europa en armonía con el hemisferio republicano. Con más fuerte razón, vos, mi querido general, que siendo joven tenéis la justa esperanza de contemplar, y aun de acelerar el resultado de nuestras revoluciones americanas.

El coronel... os dará los pormenores que puedan interesaros sobre nuestro principal asunto, el de la libertad general, así como de nuestra colonia de familia en Lagrange, donde algún día tendremos la dicha de abrazaros, según él nos induce á esperar.

Recibid, Presidente Libertador, la expresión del reconocimiento, respeto, y afecto que os he consagrado con toda mi alma.

No os hablo del episodio que acaba de verificarse en la península, destinada por muchas circunstancias á unirse algún día, en

una constitución federativa; pero donde la ignorancia del pueblo es mayor que en cualquiera otra parte. El tiempo nos mostrará hasta que punto los intereses comerciales y políticos de Inglaterra, en Portugal, prevalecerán sobre los celos de todo lo que pueda llevar al establecimiento de una libertad verdadera en el continente europeo.

LAFAYETTE.

AL PRESIDENTE LIBERTADOR

París, diciembre 23 de 1827.

Presidente Libertador,

Los testimonios de vuestra estimación y benevolencia me han originado muchas peticiones. Los franceses que marchan para la América del Sur, desean ser presentados á vos, dando con razón á esto el más importante precio. Ellos conocen mi respeto y mi adhesión al ilustre Libertador, al fundador abnegado de las instituciones republicanas en los vastos países de los cuales podéis decir, con más verdad que M. Caning, que han sido llamados por vos á la existencia política y á la independencia nacional; pretensión inglesa que me ha parecido un extraño error de fecha, si se atiende á lo que vi y supe en Wáshington durante mi permanencia en los Estados Unidos. Ahora me complazco en hablaros de un hombre, y de un proyecto útil á la República colombiana.

. . . .

Vuestras últimas declaraciones, sobre el republicanismo constante de vuestros sentimientos, y acerca de vuestro justo desprecio de los poderes y dignidades, sólo convenientes á los ambiciosos de segundo orden y á los que no conocen la verdadera gloria, son una réplica á las malévolas insinuaciones de los adversarios de nuestra causa, y de vuestra fama, al mismo tiempo que motivo de satisfacción para los amigos de la libertad y los vuestros. No puedo manifestaros, mi querido general, cuánto placer me causan las manifestaciones de vuestras patrióticas virtudes, y cómo me siento unido á vos por todos los sentimientos de mi alta consideración y de mi respetuoso afecto.

LAFAYETTE.

AL PRESIDENTE LIBERTADOR BOLÍVAR

2 de mayo de 1827.

. . . .

La Europa liberal se sentía inquieta con la suerte de la República colombiana, cuando la noticia de vuestro regreso ha comenzado á devolverle la confianza en el destino de vuestra patria. Lo que ha pasado después no ha hecho sino aumentar su admiración á vos, mientras que vuestras francas declaraciones, vuestro llamamiento á la soberana deliberación del pueblo, responden noblemente á los enemigos de vuestra gloria, causando una doble alegría á vuestros amigos. Vos me habéis autorizado para colocarme en el número de éstos, así como hace mucho tiempo estoy en el puesto de vuestros admiradores; y con estos títulos os ofrezco, mi querido general, la expresión de mi alta consideración y la de mi adhesión respetuosa.

LAFAYETTE.

AL PRESIDENTE LIBERTADOR BOLÍVAR

Abril de 1827.

General Libertador,

Vuestra última proclama, con que hacéis dimisión de la presidencia de Colombia, acaba de llegar á manos de vuestros amigos de Europa, los cuales á tal distancia de las circunstancias locales, no son jueces; pero su corazón siente y aprecia el noble desinterés, las virtudes republicanas y el apego de la verdadera gloria que respiran en aquel documento dirigido á vuestros conciudadanos. Esto es lo que pueden ver igualmente de todos los puntos de los dos hemisferios, aquellos que os contemplan, y que con justa razón os identifican la libertad misma.

LAFAYETTE.

AL GENERAL BOLÍVAR

Lagrange, 1.° de junio de 1830.

General Libertador,

Largo tiempo ha que no he tenido la honra de comunicaros mis sentimientos, pero me habéis hecho justicia. El mensaje de que

habéis encargado á nuestros amigos Palacio y Salazar me ha conmovido profundamente, menos por el precioso testimonio de estimación vuestra que en él he visto, que porque me complazco en encontrar una prueba más de vuestro apego á la verdadera gloria y de vuestra perseverancia en los principios de la libertad republicana.

No, mi querido general, yo no consentiré en deprimir el gran nombre de Bolívar y en descender yo mismo hasta el punto de imputaros los inconvenientes y los deseos de una ambición vulgar. La corona fué para Napoleón una degradación, así como su segundo matrimonio fué un enlace desigual; no conoció cuánto le elevaba sobre los tronos de Europa una magistratura popular, viniendo á estrellarse frente á una mezquina monomanía de poder, los dones del carácter, del espíritu, del talento y la más bella probabilidad de una situación extraordinaria. Faltábale el entusiasmo abnegado que pide la causa de la humanidad y que os mantendrá á vos, en un hemisferio esencialmente republicano, á la altura del título de Libertador tan justamente discernido á vuestros nobles esfuerzos y á vuestros gloriosos resultados.

Con sobrada injusticia se procede, cuando no se tienen en cuenta las dificultades especiales que os rodean en medio de los despojos del régimen colonial de España, de una población educada bajo la influencia del despotismo, de la aristocracia, de la superstición de la madre patria, que tenía por principio mantener en el aislamiento de la ignorancia á sus súbditos americanos. Los angloamericanos tenían ya todas las costumbres cívicas. Fueron hombres libres que desde las primeras tentativas de opresión se hicieron independientes; y han formado el más admirable sistema representativo que ha garantizado la dignidad, la libertad, la prosperidad humanas. Vos habéis comenzado bajo auspicios menos dichosos; pero por lo mismo es más glorioso haber libertado vuestra bella patria del yugo europeo, á fuerza de talento, de obstinación, de valor; haberla levantado, desde los primeros momentos, á la altura del sistema republicano, estado superior de civilización hacia el cual tienden lentamente las poblaciones del Viejo Mundo.

A tan gran distancia no me corresponde juzgar de los obstáculos que habéis podido encontrar para la tranquila y completa ejecución

de las formas legales y populares; ni de los embarazos que pueden suscitar en vuestras nuevas Repúblicas la necesidad de mantener en pie, contra un enemigo amenazante y que nunca aparece, tropas y generales á quienes tal estado de cosas deja tiempo para maquinar proyectos de turbulencia y de ambición. Se ha podido temer, os lo confieso, que movido por un sentimiento, que no me es desconocido, de impaciencia contra la anarquía y la popularidad hipócrita y la incapacidad cívica, no hayáis atendido á la necesidad de reforzar el poder ejecutivo en las instituciones permanentes; y os lo diré con franqueza, mi querido general, que yo mismo, vuestro admirador y amigo, he creído ver en la *Constitución boliviana*, las trazas de esta disposición. Desde luego, es imposible que no os hayáis visto rodeado, como Napoleón, de hombres adictos, adoradores de vuestra gloria y persona, ambiciosos algunos, deseando de buena fe, para vos, para el país mismo, y pidiéndolo imprudentemente, lo que les parecía una especie de elevación; mientras que la elevación de vuestra alma, la superioridad de vuestro espíritu os advierten que sois grande sobre todo por vuestra incomparable individualidad en la igualdad cívica. También es evidente que las monarquías y aristocracias europeas miran con despecho que no se cuente con ellas en las instituciones del otro hemisferio. Querríase introducir entre vosotros, desembozadamente, ó con astucia, aquellos invasores enemigos del *Self government* de los pueblos. Inglaterra en particular, que durante largo tiempo ha pasado por el Estado mejor constituído, á causa de ser él sólo un poco representativo, se indigna y se inquieta de la evidente superioridad de las constituciones de la América del Norte; y cuando se observan estos principios de derecho natural y social adoptados por los americanos de raza española. ¿No es de temerse en seguida, en la Gran Bretaña y en la Irlanda, el contagio del espíritu de imitación, á causa de las superfetaciones de una realeza dispendiosa, de un clero intolerante, de una aristocracia monopolizadora de todas las propiedades? He ahí, creo yo, un motivo más del origen de esas intrigas y de esos rumores que afligen vuestro noble corazón y vuestro invariable patriotismo. He ahí también porqué yo os felicitaba, hace algunos años, por aquel congreso de Panamá, que habría podido, así lo creía, alejar más y más la influencia heterogénea de la diplomacia europea, fijando una

política americana enteramente nueva como vuestras instituciones.

Pero en la situación extraordinaria en que os han colocado vuestras grandes cualidades, para la libertad y la gloria de la América del Sur yo no he vacilado; y á pesar de todo lo que tiene de lisonjero y amistoso para mí vuestro recuerdo, no tengo como mérito haberos defendido contra imputaciones que repugnan tanto más á mis sentimientos, cuanto que yo mismo, en mi esfera de acción he sido víctima de calumnias del mismo género, y que una equivocación de mi parte acerca de vuestro bello carácter, me habría llenado de dolor.

Las últimas noticias de Colombia, vuestro patriótico mensaje, y las primeras resoluciones del congreso, han devuelto en Europa la confianza á muchos espíritus suspicaces. El principio de federación, por el cual mis hábitos, y mi experiencia del Norte, me hacen muy parcial, y el de centralización que aparecéis prefiriendo, son dos especies de combinaciones republicanas, que en mi ignorancia de las circunstancias locales, no me atreveré á discutir aquí, aunque á primera vista me parece que el sistema de los Estados Unidos que establece muchos focos políticos, con un lazo muy fuerte de federación nacional, sería un medio poderoso para adelantar en la civilización contitucional. Ya veis, general Libertador, cómo vuestro último proceder, aumentando mi confianza, me anima á hablaros de cosas, en las cuales, á causa de la distancia no soy juez competente.

Y sin embargo, hay un suceso particular, más delicado tal vez, que me ha sido legado como una especie de testamento por nuestro amigo M. Salazar, cuya pérdida siento profundamente, lamentando más, si fuera posible, la suerte de la desgraciada viuda, si yo no supiera que esta interesante mujer y sus hijos quedan bajo vuestra paternal protección.

Algunos días antes de su muerte, el buen Salazar, que amaba, ante todo, á su patria y á vos, se acercó á decirme, que una reconciliación entre el Libertador y el general Santander le parecía grandemente útil al restablecimiento de la paz interior y á la consolidación de vuestros gloriosos y patrióticos votos por la libertad de vuestro país. Y añadió que siendo yo honrado por vuestra estima y benevolencia, y no pudiendo ser sospechado de ninguna prevención

ó intriga local, era á mí á quien convenía someteros esta idea. Tal paso de su parte, y sobre todo la elección inesperada que hacía en mí, importaba una explicación; pero murió antes que tuviésemos ocasión de hablar de nuevo.

Muchas veces antes había yo visto al general Santander y desde entonces, superfluo es decirlo, no le creí culpable de la acusación que se refiere á vuestra persona. Esta era también la opinión de vuestros amigos y compatriotas en Europa, y sabíamos por ellos, que sobre este punto, vos haríais justicia á vuestro antiguo amigo. Mas creo deber observar que su manera de expresarse respecto á vos, no sólo conmigo, cuyos sentimientos para con vos conoce, sino por todas partes donde se ha encontrado, aun cuando se le dirigiesen preguntas que se prestaban á la malevolencia, ha sido llena de admiración, de reconocimiento y de deferencia, por vuestros inmensos y prodigiosos servicios á la causa de la libertad é independencia de América, y en particular á la República colombiana; y que si se ha visto en sus discursos alguna diferencia de opiniones políticas, se ha notado generalmente, por lo menos en cuanto he sabido, su circunspección al hablar de sus últimas relaciones con vos, y el acento de antigua adhesión con que pronunciaba el nombre del general Libertador.

Después de la muerte de Salazar he tratado de conocer su positiva manera de pensar acerca de algunos puntos importantes; y me ha atestiguado un gran horror por la guerra civil y un ardiente deseo de hacerla cesar, si pudiera. Ante todas cosas quiere la libertad republicana; pero entre las combinaciones de este gobierno, aun aquella que él no aprobase, la prefiere á las desgracias de la guerra civil, estando la libertad y la igualdad garantidas.

Sus votos serían por que el territorio colombiano fuese dividido en tres Estados federativos á semejanza de los Estados Unidos del Norte con un lazo y presidente federal, tales como el congreso de la Unión y la presidencia de Wáshington; y me parece tan opuesto como vos á la completa separación de alguna parte de la Unión colombiana.

En cuanto á los pasos que deba dar por su parte, encuentro en él la altivez que conviene á un proscrito, y aquellas consideraciones á amigos ausentes, de que no se le puede hacer un cargo, atendida

su situación; pero tengo motivos para pensar que él ha rechazado toda participación en las revueltas que han acaecido después de su partida.

Los principios enunciados en las primeras reuniones del congreso le han parecido satisfacer á los derechos y sentimientos de la libertad.

Yo no soy aquí, mi querido general, sino narrador y testigo, y me siento dichoso en poder citaros otros dos testimonios de gran peso por sí, y con respecto á vos; los de los señores..... quienes estaban presentes en una conversación especial sobre este interesante objeto.

Si releyera mi carta, general Libertador, me admiraría de las libertades que me tomo con tan pocos títulos para ser oído en esas cuestiones locales; pero la alta admiración que me inspiráis; el simpático sentimiento que constantemente me ha hecho vuestro defensor, como habéis tenido la bondad de reconocerlo; el afecto y la confianza cuya expresión os habéis dignado aceptar, así como mi gratitud á vuestras manifestaciones de estima y de amistad, he ahí la excusa que os presento con esta larga carta que ya es tiempo de terminar reiterándoos las veras de mis deseos públicos y personales por vuestra patria, por vuestro gloria y por vuestra felicidad.

LAFAYETTE.

Lafayette no sobrevivió á Bolívar sino en muy pocos años, pues murió en 1834; tiempo suficiente para ser testigo de cómo se maldecía la memoria del Libertador de Colombia.

¡Cuánto no debió admirarse este hombre ilustre al comparar la manera cómo habían desaparecido las dos grandes figuras de América: Wáshington que descendió á la tumba amado y bendecido de sus compatriotas; « el primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en el amor de sus conciudadanos »; y Bolívar que fué empujado al sepulcro, en medio de un vendaval de maldiciones y de calumnias que sólo con el tiempo, reparador de todos los males, debía tornarse en un himno de gloria y de alabanzas y bendiciones!

LA MASCARILLA DE NAPOLEÓN EL GRANDE[1]

Cuando, al principiar estos cuadros sobre las antigüedades históricas que tiene Caracas, anunciamos que, en su última parte, nos ocuparíamos en las reliquias de Napoleón el Grande, que se encuentran en la capital de Venezuela, creímos tendríamos que limitarnos solamente á especificar cada una de ellas; pero consideraciones de un orden más elevado nos ponen hoy en el deber de tratar una cuestión de alto interés histórico, la autenticidad de una de estas reliquias, desde el momento en que en dos épocas distintas se ha dicho por la familia de los Bonapartes, que era ya una propiedad de ella la mascarilla del emperador, sacada, pocas horas después de su muerte, por su ilustre médico el Dr. Antommarchi.

Vamos á dilucidar este asunto, no como simples cronistas, sino con toda la conciencia que inspira la verdad apoyada en hechos irrecusables, en testimonios históricos, á la luz de la razón, ante el juicio de los contemporáneos. Seguiremos al Dr. Antommarchi en su itinerario después de su salida de Santa Elena en 1821; y cada uno de sus actos nos revelará en cuánto estimó el recuerdo histórico que nos sirve de tema, cuántos fueron sus cuidados y los de su familia por conservarlo, y cómo ha podido llegar hasta nosotros sin haber perdido nada de su noble origen.

Después de medio siglo que hace que sucumbió en la árida roca de Santa Elena el Prometeo de los tiempos modernos, preséntase por la primera vez en la prensa de ambos mundos la historia de una reliquia napoleónica, guardada durante cincuenta años por una familia que lleva á alto honor el poseerla. De pronto no podrán comprender nuestros lectores cómo puede encontrarse en Caracas un recuerdo del cautiverio de Napoleón, cuando la Francia se ha esforzado en todo tiempo por conseguir cuanto hubiese pertenecido

1. Este escrito pertenece á la colección de artículos publicados con el título de OBJETOS HISTÓRICOS QUE POSEE CARACAS. Al reproducirlo en estas páginas lo hago como un homenaje á la memoria de mi querido hermano Milciades, muerto en París en Junio de 1874, y como un recuerdo á su apreciable viuda la señora Dorila Antommarchi de Rojas.

al grande hombre; cuando la Inglaterra ha creado, en el primero de sus museos particulares, *un salón de oro* destinado á los objetos históricos del primer imperio; cuando no hay ciudad de Europa que no ambicione poseer algo de los pasados días de gloria; pero toda duda desaparece desde el momento en que revelemos que los legítimos herederos del Dr. Antommarchi son la virtuosa familia del mismo nombre que Caracas se complace de tener en un seno. Entonces toda duda se desvanece y cada recuerdo, cada reliquia de las muchas que conserva esta familia, se presenta con todo el brillo de la autenticidad, con todo el respeto que han sabido inspirar, en toda época, las desgracias del grande hombre y los desvelos del médico ilustre que cerró sus párpados.

Cuando el Dr. Antommarchi fué solicitado por varios miembros de la familia de Napoleón y sobre todo, por la madre de éste y por el cardenal Fesh, para ir á Santa Elena en calidad de médico del emperador, ya él tenía un nombre ilustrado por las tradiciones de familia, por el talento y por la ciencia. Lleno de entusiasmo por el genio cuyas angustias tocaron su corazón, no vaciló en abandonar todos los trabajos científicos que en aquella época emprendiera con el célebre Mascagni, y sumiso aceptó el sacrificio, y quiso ser uno de los compañeros de infortunio en la mortífera roca sobre la cual exhalaba Prometeo el postrimer aliento. Todavía más; firmó gustoso las terribles condiciones á que le sometió el gobierno inglés, y despreciando mil contrariedades vejatorias á su dignidad, partió para Santa Elena en setiembre de 1819. Después de un penoso viaje á bordo de un buque detestable escogido al intento para mortificar al joven profesor, llegó por fin á la mazmorra en que debía encontrar la más ilustre de todas las víctimas.

No hablemos de la intimidad que durante dos años existió entre el gran Napoleón y su médico. Dejemos á la curiosidad de nuestros lectores hojear esas páginas inmortales del Memorial de Santa Elena en las cuales están registrados los más íntimos episodios del amor y de la resignación, de la majestad herida y de la dignidad augusta. Dejemos á nuestros lectores admirar en esas páginas los resplandores de un sol de ocaso, y las reminiscencias que cada palabra, cada suspiro del moribundo traen de sus pasados días, cuando derrocaba tronos, creaba reinos, imponía sus legiones vic-

toriosas y conmovía el mundo, con su solo nombre ; ó como dijo el poeta :

Dijo su nombre... trémulo
Uno contra otro armado,
Ante él dos siglos póstranse
Como á la voz del hado ;
¡ Silencio ! dijo, y árbitro
Entre ellos se sentó.
. . . .

Del Alpe á las Pirámides,
Del Manzanare al Rino,
Al son de su estentórea
Voz, se humilló el Destino ;
Tronó de Scila al Tánais,
Del uno al otro mar [1].

Hacía seis horas que Napoleón acababa de morir (5 de mayo 1821) y ya Antommarchi le había rapado la cabeza para conservar el cabello que el emperador legaba á su familia, cuando Hudson Lowe, el villano carcelero, acompañado de su estado mayor y de muchos personajes de la isla se presentó en el dormitorio donde estaba el cadáver, como para cerciorarse de que era verdad que Napoleón había continuado en el camino de la inmortalidad. Al verlo ordenó que se procediera á la autopsia ; pero Antommarchi le observó que hacía muy poco tiempo que estaba sin vida. El carcelero no insistió.

Me habéis mandado pedir yeso para tomar la mascarilla del difunto, agregó Hudson Lowe dirigiéndose al doctor; uno de mis cirujanos muy hábil en este género de trabajos, os ayudará.

Antommarchi dió las gracias al carcelero y le manifestó que siendo tan fácil el procedimiento no había necesidad de ayuda.

El carcelero partió.

No había yeso en los alrededores de Longwood y el que con tal nombre había recibido la mariscala Bertrand no era sino una cal muy impura. Antommarchi se hallaba muy inquieto con esta contrariedad, cuando el Dr. Burton indicó que no muy lejos había un depósito de yeso. El contraalmirante Lambert dió en el acto las órdenes para solicitarlo, y un bote partió al lugar indicado. Pocas horas después llegaron algunos fragmentos, que fueron calcinados y sirvieron á Antommarchi para sacar la mascarilla del augusto rostro. En seguida procediose á la autopsia.

« Los generales Bertrand, Montholon y Marchand, ejecutores tes-

1. Traducción de Manzoni, por Heriberto García de Quevedo.

tamentarios, escribe Antommarchi en sus Memorias, asistieron á esta operación penosa ; también se encontraron presentes Thomas Reade, algunos oficiales del estado mayor, los Dres. Tomás Schort, Arnot, Carlos Mitchell, Matías Livington, cirujano de la compañía de las Indias, y ocho médicos más que yo había invitado. »

Dos meses después, Antommarchi y sus compañeros de infortunio estaban en Londres. Hudson los había mortificado no solo enviándoles en una detestable embarcación, sino dándoles también por compañeros 200 soldados que remitía á Inglaterra. Con éstos iba un espía, un tal Burton, quien llevaba el designio de apoderarse en Londres de la mascarilla que llevaba el Dr. Antommarchi.

« Uno de ellos, escribe Antommarchi en sus Memorias publicadas en 1825, me había seguido desde Santa Elena á Londres, con la esperanza de despojarme de la mascarilla de Napoleón, y apenas llegó, cuando elevó una queja en la cual manifestaba que *entre los objetos del conde Bertrand, y en la misma casa que él habitaba, había un busto en yeso del general Bonaparte que le pertenecía, y que el conde y la condesa retenían con obstinación*. En consecuencia fué autorizado para emplear la fuerza armada y apoderarse de la reliquia. El gran mariscal acudió al instante, y el comisario de policía instruído de la especie de propiedad que tenía Burton, retiró la autorización que había dado, y yo quedé en posesión de la mascarilla que conservo religiosamente. Pero habiendo cesado la intervención de la autoridad se apeló á los ofrecimientos, y se me propusieron seis mil libras esterlinas si quería cederla, no pudiendo conservar sino una copia ; pero yo deseando presentar una á la madre de Napoleón y conservar otra para mí, rehusé. »

Desde este instante Antonmarchi pasaportado por la legación francesa en Londres, dejó el suelo de Inglaterra para seguir á Roma, en donde debía ver y relatar á la familia de Napoleón el último acto de la terrible tragedia de Santa Elena. La visitó por repetidas ocasiones y recibió de ella una prenda valiosa, recuerdo de la noble madre, que él incorporó con justo orgullo á las que había recibido del augusto hijo antes de morir. Siguió después á Parma en solicitud de María Luisa, para cumplir religiosamente los deseos de Napoleón ; pero ésta no se dejó ver y se contentó con enviar á Antommarchi una sortija de valor. ¿Era un recuerdo de ternura, como prueba de

gratitud hacia el médico á quien no recibía por no avivar el dolor que le causaba la muerte de su ilustre esposo? Antommarchi pudo contestarse á sí mismo, cuando á los pocos días de su llegada á Parma la vió, vestida de luto, en el teatro de la ópera.

Antommarchi, despuésde haber satisfecho en parte, las órdenes de Napoleón y de haber sido recibido tanto en Francia como en Italia con todo el entusiasmo y admiración que le habían granjeado sus cuidados al ilustre prisionero, continuó ocupándose de sus estudios favoritos y pudo al fin, dar á la luz pública la grande anatomía de Mascagni, su compañero y maestro.

Descansado se encontraba en el ejercicio de su profesión, cuando en 1831 llega á sus oídos el grito de insurrección que Polonia levantaba contra sus crueles opresores. A semejante nueva, que despertaba el entusiasmo en los ánimos generosos, el médico de corazón se sintió atraído hacia aquella tierra desgraciada, y sin detenerse en consideraciones de ninguna especie, se trasladó á la patria de Poniatoski.

¡ Cuánto entusiasmo, cuánto delirio, cuando aquellas poblaciones amantes de las glorias de Napoleón, pudieron admirar y bendecir al hombre que por una parte iba á prestarles los socorros de su ciencia y por la otra iba á contribuir á su emancipación política !

Antommarchi era ya el hombre de Polonia, cuando la corte de Rusia celosa de las ovaciones que se tributaban al médico de Napoleón, ordenó prenderle; pero avisado aquel por sus amigos, dejó el suelo polaco veinticuatro horas antes de llegar la orden arbitraria.

Antommarchi volvió á París y continuó en el ejercicio de su profesión, cuando en 1833 los hombres más eminentes del imperio le pidieron permiso para que diera á conocer á la Francia el vacío de la cara del emperador que él solo poseía. Con este objeto se publicó un anuncio cuyo tenor es el siguiente :

ANUNCIO DE UNA SUSCRIPCIÓN NACIONAL PARA EL YESO ORIGINAL DE LA CARA DEL EMPERADOR NAPOLEÓN ; VACIADO HECHO EN SANTA ELENA POR EL DR. ANTOMMARCHI

Los últimos deseos del Emperador Napoleón en la roca que tan triste inmortalidad deberá á su nombre, fueron que sus cenizas, exentas de la jurisdicción inglesa, reposasen á orillas del Sena, en medio de los franceses que tanto había

amado. Y ya que aquel voto solemne y piadoso no se ha cumplido todavía, aprovechemos la ocasión de suplirlo, siquiera sea provisionalmente.

Existe un generoso ciudadano que no vaciló en decir adiós á su patria y á su familia; y abandonando así todas las ventajas de una hermosa situación adquirida por sus esfuerzos, fué á habitar bajo la influencia de un clima mortífero. Allí disputó á la muerte la vida del Grande hombre y pudo aliviar con sus hábiles cuidados y cariñosa consagración los males que no alcanzó á vencer la impotencia del arte. El Dr. Antommarchi ha tenido la feliz idea de modelar en yeso aquella ilustre cabeza, cuyas facciones, á pesar de los dolores de una prolongada agonía, nada habían perdido de su calma y dignidad : nada de aquella expresión del genio que por tantos años dominó el respeto y admiración de los hombres. En manos amigas la depositó, cuando habiéndola traído á Europa se ausentó para el exterior; y ha rechazado valiosas proposiciones por este precioso monumento que ofrecía campo á caudalosas especulaciones, no creyendo que le fuese permitido disponer de tal manera de una propiedad que al dejar de pertenecerle debía pasar al tesoro histórico de la gran nación. Así pensó que cumplía con el último voto de Napoleón, tan noblemente expresado en su lecho de muerte. Es á Francia, pues, á los franceses todos, á quienes el Dr. Antommarchi tiene hoy la dicha de ofrecer la fiel imagen de aquel que les dió tanto lustre y tanta gloria, que les consagró su vida y, al morir, el postrero de sus pensamientos.

Una comisión compuesta de los señores :

El mariscal CLAUSEL, presidente. — El general conde BERTRAND. — El general duque de PADUA. — El general conde de FLAHAULT. — El príncipe de la MOSCOWA. — El duque de ELCHINGEN. — El barón MENNEVAL. — Cayetano MURAT, ex diputado. — El general GOURGAUD y el general DOMMANGET que funciona como secretario, acaba de abrir una suscripción destinada á ofrecer al Dr. Antommarchi un testimonio del agradecimiento público, á la par que una justa indemnización por sus cuidados. Esta suscripción verdaderamente nacional, admitirá hasta la más mínima ofendra, para que todas las personas puedan concurrir á un acto que, por su naturaleza, extraña en un todo á la política, sólo tiene un carácter de familia.

La comisión se propone pedir al gobierno la autorización para depositar el modelo original y único de Napoleón, en el Palacio de los Inválidos, en medio de los valientes que por tan largo tiempo condujo á la victoria.

París, 15 de julio de 1833.

El mariscal CLAUSEL. — El barón DOMMANGET.

La suscripción fué abierta y tan luego como los resultados correspondieron de una manera satisfactoria al noble deseo de los empresarios, el Dr. Antommarchi recibió en 9 de agosto del mismo año la siguiente carta :

Señor Dr. Antommarchi : el proyecto de una suscripción para adquirir el molde en yeso ó busto original y único, que habéis tenido la feliz idea de modelar en Santa Elena sobre el rostro del emperador Napoleón, tendrá sin duda la mejor acogida de todo el que tenga un corazón verdaderamente francés. Depositar en el hospital de los Inválidos esta preciosa reliquia sería su más

digno destino: sería contemplada diariamente por estos bravos ancianos con un respeto religioso : pero, ¿ qué disfrutaría la Francia, su eterna admiradora, que está llena de recuerdos tan grandes si se depositara el único busto en ese solo lugar? Habéis rehusado el oro del extranjero en cambio del tesoro que poseéis: lo habéis conservado á la Francia y en esto habéis hecho un servicio distinguido á la patria cuya reconocimiento por vuestro noble desinterés parece cierto á la comisión, si queréis consentir en multiplicar los ejemplares de este monumento cuyo precio se fijará en las condiciones de la suscripción.

Obrando de este modo ¿ cuántos franceses y extranjeros se apresurarán á suscribirse para adquirir las facciones de esta ilustre y majestuosa cabeza, de la cual cada contorno, cada línea es el asiento de una idea vasta y generosa?

Los militares ancianos se felicitarán y enorgullecerán de poseer una copia del molde original; lo rodearán con las antiguas armas que llevaron en el campo de batalla; será para ellos un museo precioso que perpetuará los recuerdos de grandes sucesos, y fortificará el amor de la gloria y de la patria.

Señor Doctor, la comisión al manifestaros sus miras sobre una obra que tiene como nacional, juzga que las pesaréis: y si las admitís, cree que cumpliréis los votos de innumerables admiradores de Napoleón Bonaparte, y recibiréis la recompensa que merece vuestra noble conducta.

Recibid, señor Doctor, la seguridad de nuestra perfecta consideración.

Mar. *Clausel*, presidente. — Barón *Dommanget*, Mař. de campo, funcionando de secretario.

Antommarchi contestó esta carta aceptando en todas sus partes los deseos de la comisión; y procediose por lo tanto al vaciado en bronce y en yeso de la mascarilla del emperador.

Ignoramos el número de ejemplares que vió la luz pública en aquella fecha; pero todos ellos, en bronce y en yeso, llevaron la auténtica de una medalla autorizada por el ministro de obras públicas, que tiene la efigie de Napoleón *emperador y rey* con el exergo *Suscripción del Dr. Antommarchi*. Cada ejemplar lleva además la firma autógrafa de este último.

En estos mismos días apareció un facsímile de la mascarilla del augusto difunto bellamente grabado por el célebre artista Calamatta.

Veamos ahora cómo esta mascarilla en bronce fué recibida en triunfo en los pueblos de América, y cómo las ovaciones con que había sido obsequiado Antommarchi en el viejo mundo se repitieron en el nuevo, como para manifestar que la humanidad en todas partes rinde su homenaje al infortunio y á la gloria de los grandes hombres y una justa admiración á la amistad abnegada y al noble sacrificio.

En setiembre de 1834, Antommarchi se resolvió dejar la Francia

para seguir en busca de otra patria. Razones personales é injusticias notorias le obligaban á dar este paso. Antes de abandonar el suelo patrio escribió las siguientes cartas en que se reflejan las ideas que le dominaban :

París, 25 de agosto de 1834. — Al señor presidente del consejo de ministros : — Señor mariscal : He renovado ya el ofrecimiento de mis servicios hechos al rey, para efectuar la traslación á Francia de los despojos mortales del emperador Napoleón, depositado en Santa Elena.

Aunque en vísperas de dejar la Francia, no por eso dejo de persistir en esta buena disposición. Cualquiera que sea la distancia en que me encuentre, estaré siempre pronto á ejecutar las órdenes del gobierno en esta parte. Me comprometo formalmente á ello, y al obrar así no hago más que llenar un deber piadoso, dictado por el reconocimiento. El día más feliz de mi vida será aquel en que yo pueda dar este nuevo testimonio de dedicación y respeto á la memoria del emperador Napoleón, y de deferencia á los votos de mis conciudadanos.

Tengo el honor, etc., — señor mariscal, etc., — su más atento, etc., — *Dr. F. Antommarchi*, médico del emperador Napoleón en Santa Elena.

AL MARISCAL BERTRAND

París, 2 de setiembre de 1834. — Señor gran mariscal : Estando en vísperas de dejar la Francia para ir á N. Orleáns, debo daros parte de la causa de mi partida.

El emperador por sus últimas voluntades había asegurado mi suerte y mi fortuna. Obstáculos que él no pudo preveer han impedido que se cumplan sus benéficas intenciones con respecto á mí. Se han burlado las medidas de que yo me había valido para asegurar su ejecución : se han desconocido mis derechos y mis títulos, y me veo hoy forzado á recurrir á los tribunales. Me sería muy doloroso asistir á estos debates judiciales : me alejo, pues, de la Francia, bien á mi pesar, y me complazco en pensar, señor mariscal, que no desaprobaréis los motivos que me han determinado á tomar esta resolución. Espero que continuaréis en hacer justicia al que tuvo la satisfacción de encontrarse con vos en el suelo del destierro, y el triste honor de asistir á la larga agonía del más grande hombre de todos los siglos y de cerrarle los ojos.

Aceptad, señor mariscal, etc.

El Dr. F. Antommarchi.

A la primera de estas cartas contestó de una manera muy satisfactoria el gobierno francés, asegurándole que si algún día decretaba la Francia la traslación de los restos de Napoleón al suelo de la patria, sin duda alguna, ocuparía el Dr. Antommarchi el primer puesto en la comisión á cuyo cuidado se encargase la conducción de tan precioso depósito.

No llegaron á realizarse los deseos del célebre médico, pues

cuando en 1841 la Francia toda, poseída de ardiente y glorioso entusiasmo, recibía los restos del más ilustre de sus hijos, acompañados desde la árida roca por los fieles amigos que compartieron con éste el infortunio, ya Antommarchi habia muerto en Santiago de Cuba.

Brillante fué la acogida que hizo al Dr. la sociedad de Nueva Orleáns á fines de 1834, cuando por la primera vez pisaba la tierra de Wáshington. Al anunciarse su llegada, su nombre histórico despertó los más gloriosos recuerdos, y no hubo ciudadano que no sintiera cierto orgullo en estrechar la mano que había tenido la honra de cerrar los párpados de la ilustre víctima de Santa Elena. Agradecido á las muestras repetidas de benevolencia y de respeto, á las atenciones con que fué colmado por tan culta sociedad, Antommarchi regaló á la ciudad una de las mascarillas en bronce que poseía, — y la ciudad enorgullecida la recibió de una manera triunfal.

« Me encuentro feliz señores, decía el donador á los miembros del Consejo, al ofrecer á esta ciudad, en prenda de mi profundo agradecimiento, la ilustre y majestuosa cabeza del emperador Napoleón..... Esta grande imagen está destinada á perpetuar entre vosotros como entre todos los pueblos del Universo grandes recuerdos y el fuego sagrado del honor, de la gloria y de la Patria. »

Nueva Orleáns la recibió con júbilo y quizá por la primera vez se veía un objeto material conducido en triunfo como lo fué la mascarilla de Napoleón. El consejo, todos los empleados públicos, el ejército y la sociedad entera concurrieron á aquella procesión cívica en que fué conducida en triunfo al palacio de gobierno el objeto histórico que despertaba en aquellos momentos tantos recuerdos de tristeza y de gloria. ¿ Quién le hubiera dicho á la Francia que, cuando á mediados del siglo pasado, escoltaba con ochenta mil soldados el busto de Wáshington que le regalara la América del Norte, llegaría un día en que la mascarilla de Napoleón el grande recibiera también iguales honores y sería conducida no sólo por el ejército sino por todo un pueblo para ser colocada en el Santuario de la libertad?

Pocos días después, de esta fiesta cívica, la ciudad obsequió al Dr. Antommarchi con un suntuoso banquete y, la prensa continuó

hablando del ilustre huésped hasta los momentos en que salió de Nueva Orleáns para seguir á Méjico.

Apenas se tienen noticias en la República mejicana del próximo arribo del ilustre viajero, cuando el gobierno transmite sus órdenes á Veracruz para que sea recibido con todos los honores debidos. Al entrar en la tierra de los aztecas, Antommarchi se encuentra rodeado de nuevo por otro pueblo que le colma de honores y de distinciones. Su llegada á la capital es un acontecimiento y la sociedad y la prensa elevan su nombre en alas de la fama.

Nuevo triunfo, nueva prenda. Antommarchi regala entonces al congreso mejicano reunido en aquella fecha, la mascarilla en bronce del emperador, y el congreso decreta en 23 de mayo recibirla.

Fíjase por el gobierno el día del Córpus, después de la procesión, para conducirla en triunfo al palacio del ayuntamiento. Esta procesión se verificó el 18 de junio, precisamente el día del aniversario de la batalla de Waterloo.

Al registrar los periódicos de aquella época, encontramos en el discurso pronunciado ante el Ayuntamiento, por el distinguido mejicano R. Pacheco los siguientes conceptos..... « En esas facciones están impresas la dignidad y las huellas de un prolongado sufrimiento. Y no son estas consideraciones generales las que hacen este don, precioso para los mejicanos. Es bien sabido que merecimos al grande hombre una mención particular en la apertura de las sesiones del cuerpo legislativo de 1812. « LAS JÓVENES NACIONES DE AMÉRICA, dijo, HAN LANZADO EL GRITO DE SU INDEPENDENCIA : LOS VOTOS DEL UNIVERSO LAS ACOMPAÑAN EN TAN GLORIOSA LUCHA. » Su grandeza de alma lo perdió, escogiendo la Inglaterra, para buscar como Temístocles un asilo en medio de sus enemigos : y cuando después en la roca de su destierro se arrepentía de no haber venido á América : « en el valle de Méjico, exclamaba, habría encontrado Arquímedes su punto de apoyo ; desde allí podría yo todavía conmover al mundo ».

Pero lo que más sobresale en los triunfos de Antommarchi tanto en Polonia y en Italia como en Nueva Orleáns, Méjico y más tarde en Cuba, no es la gloria desgraciada y la abnegación sublime que él representaba, sino la filantropía, la generosidad con que se presta

á asistir á los menesterosos y desempeñar la misión augusta del profesorado.

Los periódicos de ambos mundos desde 1831 á 1838 consignan en sus columnas multitud de hechos que harán eterno el nombre de Antommarchi en todas las poblaciones que visitó. Podría decirse, que en el crisol candente de Santa Elena, se templó su corazón, mientras se fundía el de la gran víctima, y que cuando el de ésta desaparecía, el otro continuaba para inspirar á la humanidad con los recuerdos que despertaba aquel nombre, valor en el sufrimiento, generosidad en el infortunio.

La última sección de la América que visitó Antommarchi fué Cuba, á principios de 1837. — Desde que pisó su suelo, los mismos honores, las mismas distinciones que en Méjico y Nueva Orleáns llenaron su corazón de gratitud hacia los moradores de la nueva patria que le recibía con los brazos abiertos. En aquellos días, agosto de 1838, Antommarchi tropezó en Puerto Príncipe con su hermano menor José, quien establecido desde 1829 en Cúcuta (Nueva Granada) quiso de paso por los Estados Unidos de América, visitar á su hermano mayor. Entonces fué cuando Antommarchi, quizá bajo el influjo de algún triste presentimiento, encargó á su hermano, para si llegaba á morir en Cuba, que regalase la mascarilla original del emperador á la familia de Napoleón ; que éste era su deseo ; y que le suplicaba lo cumpliera con toda la religiosidad posible, pues para los descendientes del grande hombre, aquella debía ser la primera reliquia de Santa Elena.

Meses después, cuando el Dr. querido y admirado en toda la isla, se proponía dar cima á la creación de un hospicio para los pobres, la fiebre amarilla le atacó de una manera violenta y puso fin á sus días el 3 de abril de 1838 á la edad de 48 años. Por fortuna para el Dr., éste se encontró en Cuba con uno de sus primos, Antonio Antommarchi, descendiente de la rama de esta familia establecida en las Antillas, quien le acompañó en sus últimos instantes, en unión de muchos hombres notables de la ciudad de Santiago.

Célebres fueron los funerales del Dr. Antommarchi, y la pompa que en ellos se desplegó, las lágrimas que le acompañaron á la tumba, el vacío que dejaba su muerte, y la veneración con que fué respetada su memoria, hacen que le consideremos como uno

de los benefactores más notables que ha tenido la humanidad.

Los objetos de Santa Elena que conservaba el Dr. en Morsiglia (Córcega) lugar de la residencia de su hermano Domingo, pasaron por disposición testamentaria á éste. Allí permanecieron guardados hasta 1869, en que habiendo muerto Domingo pasaron al señor José Antommarchi, único hermano que queda del célebre médico de Napoleón el Grande.

El señor Antommarchi tan luego como tuvo noticias de la muerte de su hermano, partió de Caracas para Francia, y desde París envió uno de sus hijos para que recogiese todos los objetos de Santa Elena y los condujese á Caracas. Exceptuando algunos libros y otros objetos artísticos de los cuales dispuso quizá el señor Domingo Antommarchi, todo lo demás se encontró conforme con el testamento del Dr. — Entre las reliquias de Santa Elena, hoy en Caracas, hemos visto la célebre mascarilla original de Napoleón, el anteojo de sus campañas regalado á su médico en 1820, las fajas que sirvieron para el ilustre enfermo, un presente del mariscal Bertrand, con autógrafo, de los muchos que recibiera de Napoleón, el ensayo de la primera mascarilla que sirvió para el molde en bronce, la mascarilla de bronce, retratos, grabados, prendas, etc., etc., y otras tantas curiosidades que sería superfluo enumerar aquí.

Antes de salir de París, el señor Antommarchi recordando el deseo que le había expresado su hermano en 1838 en Puerto Príncipe (isla de Cuba) respecto á la mascarilla de Napoleón, aprovechó su permanencia en París para dirigir á Napoleón III la siguiente esquela.

París, agosto de 1869.

Sire,

Hace largo tiempo que vivo ausente de la Córcega, mi país natal y hogar de mi familia. Soy el único legítimo heredero de mi hermano el Dr. Francisco Antommarchi, médico de S. M. el emperador Napoleón, en Santa Elena, y vengo hoy gustoso á dar cumplimiento á su última voluntad.

Una feliz coincidencia me proporcionó, en el año de 1838, el contento de verle, por la vez postrera, en la ciudad de Puerto Príncipe de la isla de Cuba. Confióme allí sus deseos y sus últimas disposiciones : y un mes corrido nos separamos : él partió para Santiago de Cuba, donde fué víctima de la fiebre amarilla, y yo me dirigí á los Estados Unidos.

Cuando en 1831 se apresuró mi hermano á ofrecer sus servicios á Polonia,

envió á nuestra casa en Córcega, entre otros objetos que guardaba en París, la mascarilla de yeso original, modelada por él sobre el rostro del emperador difunto : dedicando desde entonces esta reliquia á S. A. el duque de Reichstadt, hijo de su augusto enfermo, por lo que directamente ella debe pasar á la familia de V. M.

Sire, ofrezco pues, á V. M. esta preciosa reliquia del muy glorioso y augusto jefe de vuestra casa y lo hago en nombre de su último médico, mi hermano, quien desde su tumba espera que yo cumpla su sagrado voto.

Confiado en que este ofrecimiento merecerá la honra de ser aceptado, regresaré á Caracas, lugar donde resido actualmente, feliz y satisfecho por haber cumplido la voluntad de mi ilustre hermano.

Soy, Sire, de V. M., muy humilde y obediente servidor,

J. M. Antommarchi.

Pero, en lugar de seguir para Caracas, el señor Antommarchi partió para Córcega en donde debía llenar un deber de familia; hacer una visita á su hermana octogenaria Felipa, á quien no había vuelto á ver después que dejó la Córcega en 1829. ¡Cuál fué la sorpresa del señor Antommarchi cuando al llegar á Morsiglia supo por el Prefecto del lugar que el emperador había solicitado varias noticias relativas al Dr. Antommarchi. Deseaba el soberano saber no sólo las fechas de su nacimiento y muerte, la época en que había dado á conocer al público la mascarilla en bronce, su residencia en Polonia, sino también la verdadera ortografía de su nombre y los miembros de su familia que vivían.

El señor Antommarchi se prestó gustoso á satisfacer todas estas preguntas de familia, y á su regreso á París, en viaje para Venezuela, tuvo la satisfacción de enviar al ministro de justicia y de cultos de Luis Napoleón, las noticias biográficas que tenía relativas á su difunto hermano. A su llegada á Caracas recibió del encargado de negocios de Francia, un extracto de la siguiente nota.

París, setiembre 23 de 1869.

Ministerio de Relaciones Exteriores.
Dirección política.

Durante su permanencia en París, el señor Antommarchi, hermano del médico del mismo nombre que asistió al emperador Napoleón I en Santa Elena, escribió á S. M. suplicándole se sirviese aceptar el presente de un vaciado original en yeso que su hermano había sacado sobre el rostro del emperador, después de la muerte de éste. El señor Antommarchi ha partido de Francia para regresar á Caracas donde actualmente reside antes de que le haya llegado la respuesta á

su carta. Os agradeceré que de parte de S. M. le anunciéis que él acepta con satisfacción el ofrecimiento que se ha dignado hacerle, y os suplico le deis anticipadamente las gracias en nombre del emperador.

Aceptad, etc., etc.

El príncipe de la Tour d'Auvergne.

Al señor Cónsul general encargado de Negocios de Francia en Caracas.

A esta nota contestó el Sr. Antommarchi, con fecha de 21 de diciembre, manifestando al agente diplomático de Napoleón III que tendría la honra de enviar al emperador la reliquia aceptada, lo más pronto posible y que esperaba ser él mismo el conductor de tan sagrado recuerdo.

Diez meses habían corrido desde agosto de 1869 en que fué ofrecida á Napoleón III la mascarilla original; mas desgracias de familia unidas al estado político de Venezuela, no permitieron al señor Antommarchi ir á París para cumplir con un ofrecimiento que había sido aceptado; decidió entonces comisionar al efecto á uno de sus hijos (José) para ante el emperador.

El joven Antommarchi llegó á París á mediados de junio y al instante escribió al emperador, incluyéndole la carta que para éste traía; pero Napoleón, preocupado ya con los deseos de su pronto rompimiento con la Alemania, no se ocupó en contestar. Aguardó aquel un mes más, y como el emperador saliera para dirigir la guerra resolvió ponerse á la voz con Mr. de Sacaley subjefe del gabinete privado del emperador.

En la primera conferencia Mr. Sacaley le manifestó que nada sabía sobre el particular; pero que se ocuparía en buscar los papeles concernientes á la cuestión. Muchos días después, el joven Antommarchi volvió á conferenciar con el subjefe ; pero cuál fué su sorpresa, cuando al presentarle Mr. Sacaley el expediente relativo al recuerdo de Santa Elena, vió que estaba escrito en lapiz sobre la carátula, la palabra *refus* (rechazado).

— ¿Cómo rechazado? pregunta el joven Antommarchi á Sacaley, después de haber sido aceptada por el emperador la dádiva ofrecida por mi padre.

— Nada sé de esto, señor, replicó Mr. Sacaley.

Entonces sacó Antommarchi de su levita el oficio dirigido á su padre por Mr. de Saint Robert, Encargado de negocios de

Francia en Caracas, y mostrándoselo al subjefe le dejó confuso.

Yo ignoraba todo esto dijo entonces el subjefe : pero basta este documento para que yo os dé todos los comprobantes que queráis, de que recibo la mascarilla para el Emperador.

El joven Antommarchi no se creyó satisfecho con aquel cambio de parecer tan repentino, y despidiéndose del subjefe le aplazó para una tercera conferencia. Esto pasaba á 31 de agosto.

¡Pocos días después se hundía el segundo imperio en la charca de Sedán, y un Napoleón entregaba su espada á la Alemania vencedora! A semejante catástrofe sucede el sitio de París con todos sus horrores; el hambre, la muerte, el incendio, y lo que es aún más horrible, la guerra civil. Y como si todavía no estuviera satisfecha la venganza de Dios, vino por corolario aquel último acto del drama, acto único en la historia moderna, terrible, espantoso, satánico..... cuando millares de mujeres cubiertas con la cabellera de Medusa y hombres famélicos invocando la LIBERTAD del caos, llevando en sus manos las teas del incendio pusieron fuego á los edificios públicos, á los museos, los palacios, las obras del arte, y concluyeron por derribar aquella famosa columna de Vendôme, desde cuya cima hacia sesenta y cinco años, que el Grande hombre veía pasar la Francia realista, la Francia republicana, la Francia imperialista, para descender con esta en los días del petróleo y de los asesinatos.

Así cayó la columna de Vendôme que sostenía la estatua de Napoleón el Grande; así cayó la dinastía de su nombre que se había conservado durante 20 años con la magia de los recuerdos.

Hundióse el imperio, pero salvóse la mascarilla de Santa Elena que conservan hoy sus legítimos poseedores, la familia Antommarchi; ésta familia hija de Colombia, adornada con las dotes del espíritu y del corazón, y para quien los recuerdos del nombre ilustre de uno de los suyos, serán siempre un estímulo al honor, á la dignidad y á la gloria.

Ella la conservará como un tesoro cuyo origen nadie podrá disputarle. Y Caracas que guarda con veneración los restos de su glorioso Libertador, que traen á su memoria los tristes días de Santa Marta, conservará también esa reliquia del Coloso del siglo que despierta igualmente el recuerdo de las crueles horas de Santa Elena 1872.

EL RAYO AZUL

EN LA NATURALEZA Y EN LA HISTORIA

ESTUDIO DE CIRCUNSTANCIAS ESCRITO Á PETICIÓN
DE « EL PENSAMIENTO LIBRE »

Color süave de oriental zafiro
Que en el sereno espacio se extendía
Del puro ambiente, á la celeste esfera
Grato á mi vista renovado miro,
Apenas libre fuí del aura umbría
Que los ojos y el pecho me oprimiera.

DANTE. — *El Purgatorio.*

Hubo un día en que la ira de Dios rasgó el manto de las nubes y desquició el eje del planeta : al instante las cataratas del cielo se abren, se levantan las olas del abismo y las aguas cubren toda la tierra. Fué el diluvio : A su impulso desaparecen hombres y animales, se conmueven las cordilleras y el océano invade los continentes, los cuales quedan sepultados bajo las aguas : en las ondas de aquel mar universal fluctuó un solo esquife — el arca de Noé que llevaba en su seno á los elegidos de Dios.

Después de aquel cataclismo, cuya historia nos ha revelado el Génesis, cuyas huellas estudia hoy la ciencia, el cielo abandona sus enojos, el espíritu de Dios desciende de nuevo á la tierra, todavía húmeda, y el iris de la alianza aparece en los aires : era el arco de mil colores que desde el principio del mundo hermoseaba la naturaleza; pero que desde aquel momento debía representar un símbolo : la paz entre Dios y los hombres.

« Pondré un arco en las nubes y será señal de alianza entre mí y entre la tierra, y cuando cubra el cielo de nubes aparecerá mi arco en la nube. »

Este es el iris mensajero, el enviado de los dioses, como decían los paganos, la sonrisa que sigue al dolor, la paz que sucede á la guerra. — En ese iris de mil colores está el rayo azul.

* * *

¡ El rayo azul! Ahí está sobre la luz que se descompone en presencia de la gota de agua y del prisma cristalino y de la onda aérea y del océano que llena los abismos : — ahí está á todas horas, á la luz del sol y del astro de la noche y de las innúmeras estrellas que pueblan los cielos : — ahí está en presencia de la lágrima y de la pupila en que se refleja el alma, y de la llama á cuya luz bendice el hombre á su Creador.

Cada mañana, cuando el astro del día despierta á la naturaleza ¿qué solicitan sus rayos, qué piden? Piden el velo de gasa que cubre toda la tierra, que acaricia y absorbe y deja pasar las miradas del astro; pero que refleja tan solo el rayo azul con que tiñe sus dominios : piden el vasto océano, en cuyas olas penetran y el agua de los ríos y la corola de las flores y el cristal y la perla y la trasparente ala del insecto ; algo en que se descomponga la luz, algo que refleje el rayo azul, emblema de la esperanza, encanto de la mirada humana.

Contemplad la luz en su estado de pureza, y la encontraréis blanca : esa luz blanca no es un rayo, es la prisión diamantina que guarda cautivos los siete hijos de la luz. ¿ Qué solicitan? Solicitan á cada instante su libertad, y buscan el vapor acuoso y la onda aérea y la lágrima y el grano de arena y la piedra preciosa, para desunirse y seguir cada uno en su misión de artistas, y volver á encarcelarse, después de haber pintado con todos los colores el paisaje de Dios. Uno de esos siete hijos de la luz es el rayo azul.

A dos zonas, á dos cuerpos, á dos imperios dilatados, llenos de belleza y de poder, ha confiado Dios el reino de la vida — el uno visible, líquido é incrustado en la costra del planeta, profundo, bullicioso, eterno — es el océano; el otro gaseoso, transparente, invisible, que arropa toda la tierra y la acompaña en su viaje al través de los espacios; también profundo, bullicioso, eterno — es el aire : ambos azules.

¿ Veis esa zona tersa, diáfana, risada, que se divisa á lo lejos como un lago azul que tiene por lindero el horizonte? — Es el océano que refleja el rayo azul de la luz del sol. — ¿ Véis esa otra

zona en que gime el viento, en que viaja la nube y en que se ostenta el iris? — Es el aire que refleja también el rayo azul de la luz del sol.

Del océano sale la gota de agua que viaja con la nube y se posa sobre las cordilleras, para dar nacimiento á los ríos : en el aire existe el elemento de vida que hace respirar la planta y el animal: son los dos imperios azules. — El uno palpable, líquido, imagen de la Eternidad; el otro impalpable, gaseoso, imagen igualmente de la Eternidad : ambos se tocan, se abrazan, son como las dos mitades de la urna maravillosa, transparente, que guarda entre su ropaje azul á los tres actores de la grande epopeya de la tierra, la planta, el animal y el hombre.

¿Qué dan estas dos zonas azules al hombre? La una le da el agua que mitiga la sed, el agua que ha formado todos los terrenos de la tierra y que sostiene la vida de los seres. Y mientras que esta zona trabaja, regala y nutre al hombre, la zona azul del aire, da á todos los seres la vida, les regala el aroma, la armonía, la palabra, y ciñe la tierra con una diadema de colores.

Cuando el océano seenfurece, la noche sustituye al día, y un velo fúnebre cubre las aguas. Entonces el rayo azul desaparece, pero el rayo eléctrico se presenta; el océano brama, lanza espuma, tiene algo de hidrofóbico; esa es la guerra. Pero al volver la calma al imperio de las aguas, el rayo azul viene con ella : ese rayo azul es el iris después de la borrasca.

Cuando la atmósfera se agita, el huracán azota las costas, los astros se eclipsan, la luz desaparece, y las sombras cubren la tierra; pero cuando la paz vuelve á las regiones del aire, y el rayo azul brilla de nuevo, ¡ qué dicha para el corazón humano! Así es la paz; grata como el rayo azul después del huracán.

No hay lóbrega noche cuyos recuerdos de dolor no disipe el rayo azul de la mañana; no hay tempestad á que no siga, no hay congoja á la cual no acompañe. Tras la negra nube, llena de sombras y de ruidos, está el rayo azul, que es la esperanza. ¿ Lo veis? El rayo azul es la paz en la naturaleza.

¿Qué piden los astros que se asoman cada tarde en Occidente, mientras la tierra sigue hacia las regiones del Oriente? Piden el aire azul que ellos llenan con sus reflejos de diamante ; piden el

aire azul que lleva sus miradas al hombre, que los estudia y contempla; solicitan el aire transparente para poder brillar en sus danzas silenciosas, y desaparecer bajo el horizonte, después de haberse contemplado en este manto de la tierra, que es el espejo de los astros.

¡ Qué poder! Todo es grande bajo este velo azul. Con él, la fragancia, la luz, el sonido : con él, el calor, que es la vida, y la gota de agua que templa la sed, la armonía, el canto, y la palabra, ecos divinos del alma; — con él, el rayo eléctrico, la aurora polar, la tempestad, la calma, la libertard, en fin, hija como él de la luz y del cielo.

Por todas partes está ese velo de zafiro : del Ecuador á los polos, de los polos al Ecuador; sobre las rocas... ¡qué digo! sobre toda la tierra que cubre, nutre y vivifica. Suprimidlo, y el planeta sería un mundo de ruinas. Ni el iris, ni la armonía, ni el perfume, ni la gota de agua, ni el árbol, ni el animal, ni el canto, ni la palabra existirían. La luz blanca del sol caería sobre una tumba de piedra.

* * *

En todas las zonas y en todos los países, el azul del cielo es siempre visible. El vapor de agua que existe en la atmósfera lo hace más ó menos azul, mientras á la sequedad del aire se debe que aparezca en todo su esplendor.

Contemplemos ahora el océano, y si exceptuamos los lugares en que causas orgánicas ó inorgánicas dan á sus aguas diversos colores, lo que sucede en regiones muy limitadas, el resto es azul. *Cæruleum mare*, dijeron los antiguos. Según Scoresby, el color de los mares polares varía del azul ultramarino á el verde de la oliva, y de la más pura transparencia á la más notable opacidad. Nada más sorprendente que esas montañas de hielo, en que la luz refleja los colores del zafiro, y que aparecen como monstruos que brotan del abismo, en medio de aquella región en que la gota de agua es el lente y el diamante que ostenta todos los colores de la luz polar. En los profundos mares de los trópicos, según Humboldt, el azul es vívido y hermoso. Subid á los Andes y podréis contemplar el azul del Atlántico al naciente, mientras al poniente se extiende el dilatado mar Pacífico, con sus aguas de un azul bellísimo.

El Mediterráneo, según Costaz, es azul celeste; y nada existe más digno de admiración, ha dicho Tissandier, que los admirables efectos del color de la bahía de Nápoles, cuando los rayos del sol parecen brotar mil fuegos comparables á los del zafiro ó la esmeralda.

Muchos lagos y ríos tienen sus aguas de color azul, según Herschell. Ahí está el pequeño lago de Chede : azules son las aguas de la fuente de Vaucluse, y azul subido se presenta el Ródano al salir del lago de Ginebra.

*
* *

En el espacio y sobre todas las aguas es donde el rayo azul tiene su trono; pero en la costra terrestre y bajo un cielo de rocas está su santuario, portentoso, sublime, que ningún poder alcanza á describir. Ese santuario es la *Gruta azul.*

Hay un golfo al cual regala el sol sus colores, el cielo le da su azul, el Apenino sus bálsamos, su tibio ambiente el Africa y el océano su ramillete de islas bañadas por el genio de las aguas. Contemplad esa graciosa curva llena de poblaciones que coronan la cóncava ribera, y que enlazadas unas á otras forman, como dice Alarcón, una guirnalda ondulante de pueblos, quintas y palacios, que parecen nacidos de la orla de espumas, y tendréis á Nápoles.

Al norte está Paussilipo con su gruta célebre coronada por la tumba de Virgilio : allí Pozzuoli, el lago Averno y el cabo Missenas; al sur, la Campanella, cabo solitario que termina el golfo, y tras este, Sorrento, patria del Tasso. Un faro espléndido, no iluminado por el hombre, limita el golfo al Este : es el Vesubio, centinela de Nápoles que reposa á sus pies, y desde cuyas cimas encendidas contempla el viajero á Herculano y Pompeya que aparecen como el cisne de la fábula renaciendo de sus cenizas; y allá al Oeste en fugitivas ondas, el mar Tirreno con sus florones de islas, Yschia Nerita y Prócida, al norte del golfo, mientras al Sur brilla otra isla. Es Capri, la antigua Caprea, asilo de Augusto, retiro solitario de aquel Tiberio que llenó el mundo con sus crímenes. En Capri está el santuario del rayo azul.

Circundemos la isla, sigamos esta costa escabrosa en solicitud de

una abertura por donde penetra el mar agitado. Estamos ya en ella; entremos, la marea está baja. Atrás nos queda el día y el Océano sociable en que juega el sol; adentro nos aguarda la noche y la dulce calma, amigas del espíritu que contempla.

Hénos ya en el santuario. Todo está en silencio; las sombras lo cubren, y tan solo una débil claridad aparece sobre las aguas, á manera de una luz misteriosa que llena el majestuoso recinto con la solemnidad de la tumba. Por lo pronto la mirada principia á divisar celestes claridades : es una aurora de zafiros que anuncia el día y nace de la ola tranquila y va llenando con su luz azul la techumbre, el pavimento, la roca que limita la ribera. ¡Oh, sublime Providencia! ¡ qué portento! ¡ qué magia ! ¡ qué inefable panorama!... Todo está azul, el agua, la roca, la techumbre de cristales, la navecilla y el hombre, huésped del momento, que queda atónito ante la grandeza de la escena. En su éxtasis, su ojos buscan el cielo, eco del corazón agitado, y no lo encuentran. Ha descendido, está bajo del agua trasparente donde se divisan astros tranquilos. Esos astros no son los globos de fuego que giran en órbitas eternas y obedecen á la ley de la atracción : son las arenas de oro, los corales de púrpura y los peces que cual saetas cruzan el pavimento líquido. Y en tanto que el hombre contempla este nuevo cielo, y el azul que lo rodea, en la entrada de la gruta se asoma el manojo de oro de la luz del sol que extasiado como el hombre, se detiene, y no se atreve á seguir. Está absorto al contemplar ese rayo azul que, escapándose del fondo marino á donde llegó en compañía de sus hermanos, los otros colores de la luz, se separa para reflejar todo el color de su paleta sobre la gruta maravillosa que ha escogido por santuario.

« Representaos sobre vuestra cabeza, dice Longchene, una inmensa bóveda de piedra, revestida de estaláctitas, y á vuestros pies el mar, semejante á un cielo puro, azul y brillante, cuyas olas toman á cada movimiento de remo los reflejos del rubí. Cuando se penetra en este santuario de magia y de encanto, la calma que en él reina, la belleza de la escena, hacen olvidar la tierra y el cielo, y un arrobamiento inefable se apodera de los sentidos. »

Escuchemos ahora al autor de Monte-Cristo en su visita á esta maravilla del mundo.

« Bien pronto me sentí levantar por una ola, la barquilla se des-

lizó con rapidez, y no vi sino una roca que durante un segundo me pareció que me comprimía mi pecho. De repente me encuentro en medio de una gruta tan maravillosa, que lancé un grito de admiración, y me levanté al punto de una manera tan rápida para mirar alderredor de mí, que por poco zozobra nuestra embarcación.

« En efecto, tenía delante de mí, alderredor, encima, debajo, por detrás, maravillas de que ninguna descripción podría dar idea, y ante las cuales el mismo pincel, este gran traductor de los recuerdos humanos, queda impotente. Figuraos una inmensa caverna toda de ultramarino, como si Dios se hubiese recreado en formar un pabellón con algún pedazo del firmamento; una agua tan límpida, tan trasparente, tan pura, que parece flotar sobre el aire condensado; en el techo, estaláctitas colgando como pirámides invertidas; en el fondo, arenas de oro mezcladas con vegetaciones submarinas; á lo largo de las paredes que se bañan en el agua, vástagos de corales con ramas caprichosas y brillantes; del lado de la mar un punto, una estrella por la cual entra la media luz que ilumina este palacio de hadas; en fin, hacia la extremidad opuesta, una especie de atrio, arreglado como el trono de la suntuosa deidad que ha escogido para su sala de baños una de las maravillas del mundo.

« En este momento toda la gruta se revistió de un color oscuro como la tierra, cuando en medio de un día espléndido la oscurece una nube que de repente eclipsa al sol. Era Jadin, mi compañero de viaje, que pasaba á su turno y cuya barquilla cerraba la entrada de la caverna. Al instante él fué lanzado cerca de mí por la fuerza de la ola que lo había levantado; la gruta volvió á revestirse con su color ultramarino, y su barquilla se detuvo temblorosa cerca de la mía, porque esta mar, afuera tan agitada y estrepitosa, no tenía adentro sino una respiración plácida y silenciosa como la de un lago. »

*
* *

Pero, ¿ porqué el cielo es azul? me preguntaréis. Porque existe una tendencia en los gases y vapores transparentes de la atmósfera á reflejar el rayo azul de la luz del sol con preferencia al rojo y demás colores que aquella absorbe. La mayor parte de la luz solar

llega directamente á la tierra sin ser absorbida ó descompuesta por la atmósfera : ahí está el manojo de luz blanca en que están ocultos todos los colores del iris. Pero una porción de los rayos solares no directos, en su peregrinación del cielo á la tierra, se descomponen, se quiebran en las diversas capas del aire; todos se ocultan á la mirada del hombre, menos el rayo azul, que llena todas las regiones del vasto océano aéreo.

Ascended, y el azul del aire será cada vez más oscuro : ascended más, y llegaréis al color negro que envuelve las altas regiones de la atmósfera. El aereonauta que se eleva en los aires, divisa por todas partes un cielo de azul oscuro, mientras abajo de su barquilla, sus ojos contemplan la tierra coronada por una diadema de luz.

Seguid y llegaréis á la noche eterna, sin aire que respirar, sin ecos ni armonías que cautiven vuestros oídos, sin paisajes que atraigan vuestra mirada. En medio de la bóveda negra aparecerá una lámpara suspendida, radiante, solitaria, llena de fuego y de vida : esa lámpara es el sol; pero un sol sin crepúsculo, sin aurora y sin el velo de gasa que quiebre sus rayos : nada de luz refleja ni de luz difusa : una lámpara solitaria en medio de la eterna noche del sistema planetario.

Preguntadme ahora cómo refleja el Océano la luz azul, y os diré que el astro, al herir los mares, penetra con sus rayos á más ó menos profundidad. Allí se descompone : todos los colores se pierden, y absorben, menos el azul que busca su libertad y se ostenta sobre la risada onda. En la gruta de Capri, el rayo del sol penetra por afuera, sigue, busca la gruta, y al llegar á su interior, se descompone, todos los colores se pierden, menos el rayo azul que llena con sus resplandores divinos el más bello retiro de Neptuno.

¿ Queréis ahora dejar la noche eterna del sistema planetario y encaminaros hacia los otros soles del archipiélago celeste, en solicitud del rayo azul? Acaso creeréis que ha desaparecido, pero no, está más arriba. En medio de esos mundos lejanos, con los colores del oro, de la esmeralda y del rubí, están las estrellas azules que los antiguos no conocieron, pero que estudia hoy la ciencia. Contemplad los cielos con la ayuda del telescopio, y no habrá constelación que no contenga alguna de esas estrellas azules; son los zafiros del firmamento.

En el cielo austral, según Arago, se encuentra una nebulosa toda ella compuesta de estrellas azules. ¿Son astros que se apagan y terminan su carrera, ó planetas que nacen y entran en la escena de los cielos vestidos con librea azul? ¿Quién podría penetrar el misterio que guardan estos gigantes del piélago divino? Impotentes para revelarnos su origen, su misión y su fin, nos dirigen su luz; y sus rayos de oro y zafiro llegan á nosotros como un recuerdo de esos centros lejanos, en las regiones de la eternidad.

*
* *

Estudiemos en seguida el rayo azul en la corteza terrestre, oculto bajo la roca; oculto en la savia que lo conduce al tallo vegetal próximo á convertirse en flor; oculto en el animal alado que se mueve y palpita bajo la concha alabastrina que lo abriga; oculto, pero listo á presentarse, tan pronto como reciba las caricias de la luz que él prevee y del calor que lo nutre y sostiene en su nido silencioso.

Buscadlo en los terrenos que componen el globo, y lo encontraréis en las margas irisadas y en los mármoles azules. Buscadlo en los filones que atraviesan los terrenos, y lo encontraréis en el carbonato de cobre y en el cobalto, que la industria aprovecha. Ahí está en la calcedonia celeste y el lapislázuli, la graciosa piedra que yace en las soledades de la Siberia y de la Persia, y que embellece el suntuoso palacio de los Czares.

Buscadlo en las piedras preciosas que contiene la tierra, y lo veréis en el disteno de doble electricidad, en la turmalina azul de doble refracción, en el topacio azul, en la esmeralda celeste, suave aguamarina, y en la turquesa oriental cuyo nombre recuerda al Bósforo.

Cavad, y encontraréis un prodigio — la turquesa ósea. ¿Conocéis la turquesa ósea? no es una piedra, no es un mineral, es el hueso fósil, los restos de los antigos mamíferos que poblaron la tierra. La turquesa ósea es el marfil colorido de azul por los óxidos metálicos. Hubo un día en que los monstruos animados, señores feudales del planeta, reinaron como soberanos. De todo aquel feudalismo no queda sino el instrumento mortífero convertido en piedra preciosa por las fuerzas químicas de la tierra.

Cavad otra vez, y encontraréis el zafiro. ¿No habéis contemplado este rayo azul que lanza á la luz del día la más delicada de las piedras preciosas? Hijo de la Siberia, él habita también esas regiones que baña el Gánges, donde la luz del sol quema.

El corazón de la mujer, ávido cada noche de poseer el diamante, mundo de soles á la luz artificial, prefiere, á la luz del día, el zafiro, porque éste le refleja el cielo. Solicita todavía algo más, solicita la asteria, esos caprichos de la cristalización, esas estrías, líneas imperceptibles que contiene la piedra y en que la luz del día la hace aparecer como fúlgida constelación de diamantes sobre un cielo azul.

Ascendamos del reino mineral al vegetal, y encontraremos el rayo azul todavía más escaso, y como un don precioso concedido á ese vasto imperio de Flora que llena los mares y las tierras. Ahí tenéis las plantas tintóreas que dan el azul á la industria y á las artes, el pastel, el tornasol y todas aquellas que lo guardan en sus tallos, en sus hojas y en sus frutos. Pero nada más hermoso que este índigo de quien dijo el poeta de América:

Bulle carmín viviente en tus nopales
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
Y de tu añil la tinta generosa
Émula es de la lumbre del zafiro.

Pródiga ha sido la naturaleza en tintas azules. El sol ha concedido á las flores todos los colores de su paleta; de verde tiñe las hojas, y de oro y grana las flores; pero tan solo concede el azul á quince ó veinte flores entre las cien mil plantas que pueblan la tierra.

¡Cuántos esfuerzos, qué de ensayos ha hecho la química para crear la rosa y la dalia azules! Todavía está impotente; y la reina de las flores seguirá sin tener en su diadema ese zafiro que le ha negado la naturaleza.

Cuenta una leyenda alemana que en el bosque existe una flor azul, hija del cielo y de la luz, y que el mortal que la encuentre poseerá el secreto de hallar las piedras preciosas y el rico metal que la tierra guarda. ¿No veis representado en este mito la escasez de las flores azules? Es tan difícil encontrar la piedra preciosa,

como encontrar la flor que refleja los mágicos colores del aire.

En medio de esa muchedumbre de plantas que con matices de púrpura y de oro dan á los campos los risueños colores del iris, el azul aparece como algo del cielo que cautiva el corazón humano. No creáis encontrar el rayo azul en todas esas plantas que, al despertar el día, ostentan los colores del aire; son de color violeta ó rosado, y al recibir las primeras caricias del sol, cambian de vestido. Si nacen con los colores del aire, es porque deben morir con los celajes de la aurora : el color del cielo es eterno.

Seguid la gama del rayo azul, desde la oculta flor que se abre á la orilla de los ríos en la zona cálida, hasta las nieves alpinas del uno y otro mundo. ¡Qué de variantes en el azul, desde el subido que representa en la gama los tonos profundos, hasta el ultramarino que representa las suaves armonías de la nota aguda! Ahí están el geranio azul, la violeta de Parma, la glicina de la China, la salvia, el jacinto azul, la borraja, y esa *Conmelina* (consuelda) que habita los campos de la zona tórrida. Ahí están la verónica, la genciana, la soldanela, y esas campánulas que adornan las selvas con sus corolas celestes como guirnaldas caídas del cielo.

Azules son esos convólvulos que aparecen cada año sobre los campos de la zona tórrida, cuando las aldeas despiertan al repique de los campanarios que celebran el nacimiento de Dios. Vienen como la última sonrisa del año que muere, como una esperanza del año que nace. Azul es la breve flor que en los campos de la Alemania recuerda al desventurado amante que, al desaparecer bajo las aguas del Danubio, toma la flor que le exige el corazón amado y se la arroja á sus pies. « No me olvides », le dice, y desaparece bajo las ondas. Desde entonces, en todas las naciones, el arte ha consagrado sus recuerdos á la modesta flor que simboliza el más grande de los infortunios.

Cuando el hombre desciende del Ecuador hacia esas regiones del polo del norte en que la vegetación cesa, en que todos los seres luchan con una naturaleza salvaje y terrible, una planta de tallo solitario ostenta todavía el rayo azul : es la *clintonia borealis*, lirio de flor blanca y verde, pero con bayas de color ultramarino, que parecen decir al viajero que atraviesa aquellas soledades de la muerte : « No sigas, hasta aquí te acompaña la esperanza. »

*
* *

Pasad del reino vegetal al animal, y encontraréis la librea azul con que la naturaleza viste cierto número de seres entre los millones que pueblan los mares y las tierras. Difícilmente la encontraréis en el zoófito y moluscos que habitan el profundo océano; pero seguid la escala ascendente, y la veréis aparecer en el crustáceo y en los saurianos, que toman todos los colores del iris, y solicitan el calor del sol para ostentar sus mantos de piedras preciosas. Brilla después en ciertos peces que tienen los colores del zafiro, y presentan su ropaje celeste en medio de la transparente onda que cruzan con orgullo como privilegiados de la luz.

Mas después aparece en los aires el insecto. La naturaleza lo ha cubierto con vestidos oscuros que tienen algo de la noche en que vive, de la leñosa casa que habita, de la soledad que lo rodea; apenas uno que otro toma del cielo un reflejo, como un don concedido á esta familia alada de la cual debía nacer el geómetra de la naturaleza : la abeja.

Pero cuando aparece la mariposa, su ala se extiende y se ensancha para recibir los rayos del sol. Necesita ostentar el manto de piedras ataviado de mil colores, velo nupcial que le ha dado la naturaleza en su camino triunfal de la crisálida á las regiones del aire. Ella toma todos los colores de la luz, pero cuando se viste de azul, tiene algo de la dulce sonrisa del corazón que sueña. La mirada de la mujer que sigue con cierto anhelo el vuelo inconstante de estas hijas del aire, contempla siempre con agrado progresivo sus colores de púrpura y de oro; pero cuando pasa la mariposa azul, ella la sigue, la acompaña, trata de posesionarse de esta visión alada que parece decirle « tómame, yo quiero morir en tu seno ». ¿Por qué? Por que en el color del cielo encuentra siempre un eco el corazón que padece. Él solicita esa luz azul, no como una necesidad de la materia, sino como una aspiración del alma : esta no ve en ella el ser efímero que nace como un deseo y muere como una ilusión, sino fragmentos del cielo, que vuelan, brillan, se agitan, tiemblan y desaparecen, dejando en la memoria la imagen de un ser querido.

La mariposa azul es la vestal del aire : busca con preferencia las flores azules en que halla néctar delicado que la nutre; parece que en ellas encuentra afinidades misteriosas, algo de su ser, el color ¡Qué variedad de tonos en estos seres efímeros que salen de su crisálida, ataviados de seda y oro para saludar la luz del día, y que mueren en seguida envueltos en su manto de zafiro!

A cada zona la naturaleza le ha dado sus mariposas azules. El *Papilio Ulises* que habita las Molucas es la más grande mariposa que se conoce : la *Coridon* y la *Argos* de las zonas templadas, están adornadas con el ropaje celeste tachonado de círculos negros : de aquí su nombre griego *polhommatus :* ahí están la mariposa *Adonis*, de azul metálico con franjas negras, y la *Andrómeda* y la *Menelao*, de azul pálido con manchas blancas, habitadoras de los Trópicos, ataviadas de brillo y de hermosura. Por esto las llama la ciencia *morpho*, que quiere decir belleza. Pero nada más espléndido que el *Papilio Zafiro* que habita las regiones de la tierra colombiana : nada puede rivalizar con los celajes de lapislázuli, y el brillo purísimo de esta hija de América, que ha escogido por patria la región que guarda la esmeralda á las orillas del Muzo.

« La mariposa por excelencia, ha dicho Michelet, es la gloriosa mariposa del Brasil, de rico azul con reflejos cambiantes, se cierne suavemente, á las horas abrasadoras, sobre las aguas que cubre la cúpula inferior de las floridas selvas, ser pacífico y espléndido que parece el rey inocente de esta poderosa naturaleza. Atrás la siguen otras no menos bellas, y siempre otras. La magnífica legión sigue con flotante ultramarino la corriente de las aguas. »

*
* *

Ascended en la escala animal, y llegaréis al ave. Aquí también el rayo azul, escaso, limitado, puro, brillante, sublime, que cubre con la librea celeste, no el ala transparente del insecto mudo sino el ala de gran vuelo, la garganta y el escudo de plumas que abriga el corazón del artista músico, encanto de las selvas.

Recorred la escala de los pájaros azules que pueblan uno y otro mundo, y encontraréis la belleza unida al canto. Ahí está el Mirlo

celeste, que fabrica su nido en las rocas escarpadas, que anuncia con su canto el nacimiento de la luz, y despide con trinos melodiosos al sol de ocaso. Presentadle la llama en la hora de su sueño, y despertará á la presencia del ficticio sol que le anuncia el día. El Turdoide celeste recorre los archipiélagos volcánicos de Java y de Sumatra, mientras el Gulin de la Nueva Holanda, desde la costa árida, fija su mirada, ensancha su oreja cubierta de seda azul, y escucha el bramido de las olas. El Garganta-azul, habitador de los lugares húmedos, se eleva en los aires cuando llega el tiempo de sus amores, y lleno de ufanía saluda á la noche con el himno de la libertad, dulce canto que se repite en torno de los jardines y cautiva el alma enamorada.

Bello es el Gálgulo de la Europa; bella la Alondra azul que entrega al viento sus querellas de familia; bello el Drongo, que habita á las orillas del Gánges, y el Ceis y el Alcedo azul. Cuando el navegante ve las costas de la Nueva Guinea ¿quién viene á su encuentro vestido de librea celeste? el Alción. ¿Veis ese combate terrible empeñado entre dos hijos del aire? Es el desafío de dos gladiadores alados que se han retado á muerte : es el Paro azul que acomete al Mochuelo, le paraliza el ala, y lo derriba. Vencido ya su irreconciliable enemigo, le mira con desdén, y en seguida emprende el vuelo y llena el aire con su grito de triunfo y libertad.

¿Queréis contemplar la más bella falange azul del mundo alado? Visitad esta América que tiene por linderos los oceános y polos de la tierra y por corazón el fuego del planeta. Aquí el Cordón azul, admiración de los viajeros, las Tersinas con gargante negra que habitan el Amazonas y Orinoco, el Azulino de la Guayana y el Verderón azul del Canadá; aquí la Tángara celeste, el Mirlo y el Cric, que hermosean las selvas con sus plumajes. Remontaos de los llanos del Amazonas y Orinoco, á los bosques del Misisipí y á las regiones boreales de la América del Norte, y la falange azul llenará los aires con su espléndido penacho. Ahí están la Silvias con sus variadas especies desde el Niágara hasta la Florida, y el Grinson con sus manchas de púrpura sobre sus alas celestes : aquí los Gárrulos parleros, caciques de la tropa alada, todos con librea azul en su viaje de la California á las regiones del Niágara : aquí, en fin, el Pájaro azul, este peregrino de las regiones frías á las regiones cáli-

das, cuyo canto es un gorjeo que acompaña con la trepidación de sus alas.

Cuando el corazón sediento de emociones solicita los fuegos de la luz sobre el follaje ¿qué encuentra? Encuentra el rubí y el topacio y el zafiro alados, piedras animadas y llenas de vida que se ciernen sobre las flores. Son los colibrís que chupan el néctar, buscan la vida material, sin saber que el sol se enamora de sus plumajes y se mira en el cristal diamantino que ellos presentan. ¿Los veis? — el záfiro-esmeralda, es el jefe de la comparsa, todos preciosos, todos hijos del aire, sin canto, pero llevando sobre su cuerpo la blanca librea del sol, enjambre de iris descompuesto por el rayo azul de la bóveda estrellada.

* * *

Seguid y llegaréis al mamífero : aquí desaparece casi el rayo azul, apenas un antílope de la India lo lleva. Pero si desaparece en el último tipo de la escala animal, es para reaparecer en el reino humano, con sus dos polos atractivos : la vida llena de belleza y armonía, la muerte con su terrible cortejo de síntomas.

En todos los pueblos y en todas las razas humanas los ojos azules revelan la amenidad de carácter, la bondad del corazón y la dulce paz del alma. Ellos son, dice un naturalista, el símbolo de la bondad sensiblemente apasionada. « Ojos azules de celestial belleza », dijo Fenelón. El intenso azul de la mirada de los serafines, exclama Byron, mientras Grashaw escribe los siguientes versos.

Ninfa de azules ojos
Y hechicero semblante,
Álzate y muestra tu argentina frente
Y ve al encuentro del dorado amante.

Contemplad esas beldades de rostro alabastrino sobre cuyas mejillas parece que anidan los pétalos de la rosa.

¿No divisáis líneas azules, delicadas, á manera de ese rayo celeste que vaga por la tersa superficie de una bola de marfil? Ese rayo azul lo producen los vasos sanguíneos, capilares imperceptibles que cruzan el rostro lleno de vida y de belleza.

Cuando el hombre va á desaparecer, no siempre la vida se extingue en el seno de la calma. Hay estados en que la muerte y la vida entran en un combate terrible, cada una con sus derechos á la victoria : entonces es cuando se presenta la cianosis, la coloración azul. La cianosis es la sangre que hace el último esfuerzo para vencer la muerte y sostener la vida : en ese postrer momento, la una desaparece, la otra triunfa : pertenece al triunfador la librea azul.

¡Qué ley la de la naturaleza! De la alteración de las sustancias vegetales nacen los colores azules de la industria : de la descomposición de las sustancias animales nace el cianógeno, que es uno de los componentes minerales del azul de Prusia.

La muerte es azul, ha dicho Víctor Hugo. ¿No habrá querido significar el poeta, que cuando la vida va á extinguirse, el alma aspira á esas regiones etéreas en que la luz es la armonía? — ¡Sí! cuando las últimas luchas de la materia cesan, el alma libre asciende á ese trono de zafiros, en que está Dios, según la feliz expresión de los Profetas.

*
* *

Asistamos ahora al gabinete del físico y del químico, y al estudio del artista en solicitud de ese rayo azul, imagen del cielo.

¿No veis brillar la llama, esta compañera impasible del experimentador en sus juegos con la materia? en ella está el rayo azul. Divisadlo en la parte inferior de la pirámide luminosa : esa zona azul que contemplan los ojos con placer, es el óxido de carbono que se quema al contacto del aire. Cuando el incendio acomete á las ciudades y á los campos, en esa lengua de fuego que se abre paso y vuela y destruye y lleva el ruido de la tempestad, el rayo azul acompaña la muchedumbre de llamas que locas, furibundas, desapiadadas consumen y destruyen á su antojo.

¿Queréis convertir la llama común en llama azul! Introducid en el recipiente de la lámpara de alcohol las sales de indio ó el amoniuro de cobre, y al instante la llama aparecerá celeste.

Calentad al calor de la llama los metales, y los veréis azularse y revestirse con todos los colores del iris. La intensidad del color azul

indicará el temple de cada metal. ¿Queréis el temple que necesita el acero para la espada de guerra? Necesitaréis un calor de quinientos cincuenta grados : el azul será pálido. — ¿Queréis conocer el temple de esa sierra, instrumento de los campos á cuya sombra prosperan la paz y el trabajo? Necesitaréis un calor de seiscientos grados, y el azul será oscuro.

Proyectad en el gabinete del físico el espectro solar : en él notaréis multitud de rayas negras que limitan las rayas coloridas. Proyectad en seguida los espectros del hierro, del sodio, del calcio y de otras sustancias, y veréis que en aquellas aparecen rayas coloridas que corresponden á las rayas negras del espectro solar. Esto quiere decir, que en la atmósfera del sol, se queman hierro, sodio, calcio y demás sustancias.

Proyectad ahora los espectros del cesio, del estroncio y del potasio, y en ellos encontraréis rayas azules que no corresponden á las rayas negras del espectro solar. ¿ Qué dicen estas rayas azules? Revelan un enigma, una de las leyes de la materia : son las esfinges azules antes las cuales medita la ciencia.

¿ Habéis contemplado alguna vez los anillos coloridos de Newton ? Es una capa tenue de aire comprendida entre dos lentes, uno plano y otro apenas convexo. Constantemente se divisan en él los anillos coloridos formando como un dibujo hecho por la mano del hombre : en esos dibujos está el rayo azul.

Hay un juego de la luz sobre la superficie de ciertos cuerpos : es la iridiscencia. Algunas sustancias como las conchas y el nácar producen el rayo verde unido al rojo ; azul lo da el marfil, el ópalo y todos esos cristales que han perdido el brillo por la acción del tiempo. Si el niño lanza á los aires la burbuja de jabón, ella le presenta rayos rojos y verdes cuando está espesa, pero lo ostenta azul y amarillo cuando está tenue. Siempre que las películas sumamente delgadas de los cuerpos se sometan á la descomposición de la luz, los colores del iris aparecen, pero predominando alguno de ellos.

Preguntad ahora al artista, ¿ cuál es el más bello color de su paleta ? y os mostrará el ultramarino. Contemplad todos los cuadros del arte y encontraréis pintado de azul el manto de la Virgen. Desde los más remotos tiempos los pintores consagran los colores de la

aurora al vestido del hijo divino, mientras regalan á la amorosa madre el zafiro del aire, el azul del cielo.

Tal es el rayo azul en la naturaleza. « El color azul, ha dicho Mazure, pertenece á la decoración del cielo que nos rodea. ¡ Qué bella es la naturaleza cuando su cielo se reviste con su ropaje de azul puro, y cómo se sumerge la mirada en esa bóveda impalpable, sutil, profunda y al mismo tiempo radiosa! En la superficie de la tierra el azul reviste cierto número de flores amadas. En el hombre aparece en la parte más noble de su rostro, en los ojos, á los que da la mejor expresión, la dulzura y la respiración al cielo. Dondequiera que el azul está, él parece un reflejo del azul celeste. Este cielo, visible por sí mismo, si puede mirársele como el símbolo de lo invisible, es cuando él se muestra colorido de azul; á lo menos para sentir nacer la inspiración mirando al cielo, es necesario que sea así; de otra manera, falta algo á la mirada del alma, y el ala no puede subir. Los pintores cristianos de los antiguos tiempos lo sabían muy bien. Todo es azul en el fondo de los paisajes que adornan los cuadros sagrados de los primeros tiempos de Rafael. Fiesola y los Ombrianos dan á sus ángeles alas de oro y túnicas azules tachonadas de estrellas. ¿ Y qué azul? Un color, arrebatado sin duda, al cielo. El mundo, como se sabe, da á cada color su significado; luego por un sentimiento instintivo, la belleza virginal, cuando está dotada de buen gusto, deja la rosa, expresión de una gracia más ligera; ella prefiere el azul que asocia al blanco, y ve en uno y otro color, la expresión de la santa pureza que desde el cielo se refleja en los corazones escogidos. »

¿ Queréis todavía más? ¿ Pero dónde? Os he mostrado el rayo azul en la roca, en el mineral, en la piedra preciosa, en la planta, en el animal y en el hombre, y en el océano y en el cielo. ¿ Dónde solicitarlo de nuevo, si él abarca la naturaleza entera, desde el átomo hasta los lejanos soles del firmamento radiante?

Descendamos á la profunda noche, donde el fuego *grisú* tiene su asiento; ahí, en las oscuras minas de carbón, sepulcro de los antiguos pobladores de la tierra y en que reposan en sus negras tumbas los colosos del mundo vegetal; ahí donde el hombre desciende tímido y resignado llevando en sus manos la lámpara de seguridad, luz de vida, y luz de muerte, cuando ella se apague á la

terrible explosión de los gases subterráneos; ahí está el rayo azul.

¿Cómo? ¿dónde? Decidle al químico que saque de ese negro carbón la anilina, y en ella encontraréis todos los colores de la creación; porque la anilina da el púrpura y el amarillo y el verde y el azul, que es la mirada del cielo. De ese foco subterráneo adonde no llega la luz del día, ni llega el aire respirable, agente de toda vida sobre la tierra, salen dos destellos de Dios: el uno es el diamante, carbón cristalizado, émulo de la luz del sol; el otro es la anilina, que es el iris, símbolo de la paz: el diamante es el esfuerzo supremo de la materia en sus juegos de artista, halaga la vanidad social: la anilina es el esfuerzo supremo de la ciencia en su misión civilizadora; halaga la industria humana.

Abandonemos ahora esta lóbrega noche de los antros carboníferos, donde el aire es irrespirable, y donde no existen ni la vida ni la luz, y ascendamos en la escala vertical hasta las cimas alpinas de la cordillera europea. Aquí voy á presentaros por la última vez el rayo azul en su nevado y pintoresco asilo. Ni océanos, ni lagos, ni ríos os aguardan, y sin embargo, por todas partes encontraréis la gota de agua: la gota de agua convertida en cristal trasparente y purísimo, formando los ventisqueros de la Suiza, esas montañas de nieve que surcan los valles en su trabajo secular.

A cuatrocientos pies de profundidad, en el ventisquero de Grindenwald, en las nevadas cimas de los Alpes, se encuentra una gruta artificial, en que una de las paredes está formada por una capa de hielo de cincuenta pies de espesor. Cuando el sol saluda cada día este anfiteatro de pirámides y de picos helados, trono argentino de la gota de agua, la mirada del astro penetra la gran muralla de diamantes, y al llegar á la gruta la reviste con celeste manto. ¡Cuánta belleza! La gran muralla aparece entonces como teñida de añil, mientras en el fondo de la gruta, se divisan en vaporosas tintas los colores de la rosa. Es la gruta de Capri, trasportada del golfo de Nápoles, á las heladas regiones de la Suiza: para la una, la gota de agua líquida, movible, bulliciosa y llena de vida; el océano que refleja la mirada azul del astro; para la otra, la gota de agua sólida, liviana, diamantina, en su eterna muralla de cristales, que refleja igualmente la mirada azul del astro.

Este es el último asilo del rayo azul sobre la tierra. Mas arriba está el iris, y más arriba aún los soles azules. ¡ Queréis que sigamos? Mas allá está el trono de zafiros en que se encuentra Dios, según la feliz expresión de los Profetas.

II

Avanzad con el pabellón azul.

W. Scott.

Consideremos ahora el rayo azul en la historia del hombre.

Abro la Biblia, este libro inspirado por Dios, y encuentro á aquel pueblo de Israel, que bajo las órdenes de Moisés, sale de Egipto y emprende su marcha al través del Mar Rojo y del desierto, conduciendo más después en sus hombros el Arca de la Alianza. En su peregrinación de cuarenta años, una nube le guía durante el día, una columna de fuego durante la noche.

Camina y con él van sus sacerdotes y Sumos Pontífices que llevan sobre sus mantos, el zafiro, rayo del cielo, entre otras piedras preciosas; mientras Dios ordena á Moisés que haga poner en el vestido de los soldados, cintas azules como divisa del ejército. « Habla á los hijos de Israel que se hagan unas franjas en los remates de los mantos y que pongan en ellos listones azules. » Y aquel pueblo, que estaba destinado por Dios para ser la cuna del Redentor de los hombres, camina lleno de privaciones y de miserias llevando la divisa azul, símbolo de cielo que le guiaba y protegía.

Cuando Moisés, sube al Sinaí por mandato de Dios, el suelo estaba cubierto de zafiro. « Y vieron al Dios de Israel y debajo de sus pies como una obra de piedras de zafiro, y como el cielo cuando está sereno, dice el Éxodo. » Y cuando el escritor sagrado describe las vestiduras del Sumo Pontífice y de los sacerdotes, añade : « En la primera línea había un sardónix y un topacio y una esmeralda ; y en la segunda un carbúnculo, un zafiro, y un jaspe. »

« En las delicias del paraíso de Dios estuviste, dice Ezequiel, ibas cubierto de toda piedra preciosa : de sardio, topacio y jaspe, de crisólito y ónix y berilo, de zafiro, carbúnculo y esmeralda : el oro obra de tu hermosura : y tus flautas fueron preparadas el día

en que fuiste creado. » Y cuando Job cree que la inocencia es el camino de la sabiduría, añade : Hay lugar donde las piedras son zafiro, y sus terrones oro. »

Según los rabinos, la vara de Moisés y las tablas de la ley que recibió éste en el Sinaí, eran de zafiro.

En los mitos del paganismo, Juno, que representaba al aire, se vestía de azul; un manto azul cubría á Minerva, la diosa de la sabiduría. Las vaporosas túnicas de las Horas y de las Sílfides eran de azul celeste, y todas las divinidades aéreas ceñían la banda azul.

Azul fué el símbolo de la mar. Roma llamó la admiración del mundo con la pompa y magnificencia de sus juegos circenses, en que los combatientes se vestían con el color del aire. La primera divinidad que aparecía en el circo, dice Brancini, era la Victoria, á quien los romanos debían tanto de su grandeza. Tenía la figura de un joven vestido al uso griego, con el yelmo en la cabeza, como Palas, y de sus hombros nacían dos largas alas abiertas, para indicar la celeridad que contribuye mucho en el triunfo. Allí estaban también las estatuas de Neptuno, de Marte, de Febo, de Minerva y otras divinidades paganas en medio de las estatuas de los emperadores.

Neptuno era el héroe de la fiesta, y al abrirse, el gallardo mancebo que debía mandar la caballería, tomaba el estandarte azul, porque el caballo, según el mito pagano, había nacido en los dominios del Dios de las aguas. Carruajes suntuosos tirados por hombres y por animales llenaban el circo; y tan luego como los juegos terminaban, se adjudicaban los premios, que consistían en una diviza azul.

Dondequiera que los antiguos celebraron las glorias del Dios de las aguas, el color azul fué la divisa de los vencedores : de aquí viene, sin duda, ese color azul que usan casi todos los marinos del mundo.

Cuenta Milton, que Neptuno poseyó en remotos tiempos, no solo el dominio de las aguas, sino también el de las islas, cuyo gobierno confiaba á sus dioses tributarios, permitiéndoles empuñar el pequeño tridente y usar sus coronas de zafiro. « Pero hay una isla, añade, la más grande y la mejor de cuantas cubren el orbe, y que el Dios destinó para mansión de sus deidades de cabellera azul. »

Abro la historia de los Medos, y encuentro la descripción de aquella ciudad soberbia que llamaron Ecbatana. Siete colinas, cada una de color diferente la circundan : los siete recintos de esta ciudad representaban las siete esferas celestes con el color adecuado de los dioses que presidían al planeta que los guiaba : una de aquellas murallas era azul.

En la historia de los antiguos egipcios, el color azul fué uno de los colores de sus ritos. A Memnon, Osiris y todos los genios que pertenecían á las aguas, los vestían de azul. El azul fué consagrado también al aire y al otoño.

Pero, en la historia del Oriente es donde aparece por la primera vez el color azul como distintivo de un partido político. Durante el reinado de Justiniano, dos facciones estremecen á Constantinopla; la una se titulaba de los verdes, la otra de los azules. Luchas fratricidas, asesinatos, vejaciones, escándalos señalan la vida de uno y otro bando; y nada puede compararse al desorden que, aun en medio de la paz, presentaba Constantinopla, con los excesos cometidos por estas dos facciones enemigas.

« Un día, dice la Historia, Justiniano asiste á las fiestas del Circo, y ya se habían terminado veintidós de las veinticinco que solían sucederse, sin que se hubiese pronunciado una sola palabra de aprobación ó desaprobación, cuando se oyen de repente gritos y exclamaciones : eran los verdes que se quejaban de los ultrajes y de las vejaciones que recibían. Repréndelos Justiniano, pero ellos irritados lo llenan de injurias. Los azules montan en cólera, se van á las manos con sus adversarios; ambos se aventajan mutuamente en violencias; ábrense las cárceles, prenden fuego al palacio del prefecto, y se combate en todos los lugares de la ciudad con las armas suministradas por el furor. »

Después de aquel terrible choque en que Bizancio queda reducido á cenizas, los partidos se unen contra Justiniano y proclaman á Hipacio por emperador. Justiniano cede, depone al cuestor y al prefecto, y viendo que crece el peligro, se retira á su fortaleza. Piensa huir con su familia y sus tesoros, cuando Teodora, su esposa, le detiene, y animándole en un momento en que todos le habían perdido, le dice : « *El palacio es un sepulcro glorioso, y vale más que un miserable destierro ó una vergonzosa muerte.* »

Justiniano cambia de resolución. Los azules arrepentidos se unen á Mundo y á Belisario que sostienen al emperador. Entonces principia una nueva carnicería que llena á Bizancio de espanto. Hipacio, vestido ya de púrpura, es preso y conducido al cadalso con diez y ocho de sus cómplices ilustres. Confíscanse sus bienes, demuélense sus palacios y sus cadáveres son arrojados al mar. El fuego acomete por segunda vez á la ciudad imperial, y al mismo tiempo que desaparecen al furor de las llamas varios edificos suntuosos, treinta mil personas reciben la muerte en las galerías del Hipódromo.

Cuenta la Historia que á pesar de todos estos estragos, los clamores de las dos facciones no se adormecieron nunca, y que ellas acabaron de debilitar el poderoso imperio de Oriente.

Cuando á los clamores y súplicas de Pedro el Hermitaño, quien cual enviado de Dios recorre toda la Europa y electriza los ánimos á favor de la guerra santa, cada nación envía sus hombres á la primera cruzada. La cruz que estos guerreros colocaron en sus vestidos y escudos fué, según Cantú, el primer escudo de armas. Blanca la llevaron los franceses, roja los iberos é ingleses, los alemanes roja y amarilla, verde los sajones, mientras que la cruz de la joven Italia fué azul.

Según una antigua tradición escocesa, referida por Wálter Scott, la bandera azul fué conducida á la Tierra Santa por un cuerpo de cruzados, ciudadanos de Edimburgo, y fué la primera que se clavó sobre los muros de Jerusalén, cuando ésta fué asaltada por los cristianos al mando del valiente Godofredo.

Desde estos tiempos data la nobleza de las familias cuyos antepasados pisaron la Tierra Santa, llevando sobre sus pechos las divisas coloridas, y desde entonces el azul representa en la ciencia de la Heráldica, justicia, fidelidad, reputación sin tacha, belleza y lealtad. En los escudos de la alta nobleza se llamaba al color azul *zafiro*, y en los escudos de los soberanos, *Júpiter*.

En los antiguos torneos, cuando los caballeros se lanzaban al combate en nombre de la patria ó del amor, cada uno llevaba el color de su divisa. El azul significaba, magnanimidad y amor exquisitos, la elevación del alma, la sabiduría, el poder. Desde esta época aceptó Francia para su escudo de armas el color azul.

Un día Francia quiso tener su bandera y tomó el pendón reli-

gioso del santo en quien depositaba su fe : la capa pluvial azul de San Martín, patriarca de la monarquía, fué su primer estandarte. A la capa azul de San Martín sigue el estandarte de San Dionisio ; pero más después llega Carlos VI y levanta el pabellón azul con cruz blanca, que debía más tarde dar nacimiento á la bandera tricolor.

Durante el cisma religioso de la Escocia contra Carlos I de Inglaterra, cisma que la Historia conoce con el nombre de los *covenantarios*, Lesley y Montrose aceptan la divisa azul para sus ejércitos. Y aquellos ejércitos llenos de fe marchan y vencen y destruyen las fuerzas del monarca que quería imponer su volundad de hierro sobre la libre conciencia de sus pueblos.

Cuando Jacobo III, príncipe cuyas virtudes, según un historiador, no podían ser apreciadas en el rudo siglo en que vivía, fué encerrado durante nueve meses en el castillo de Edimburgo por sus nobles facciosos, los ciudadanos armados asaltan el castillo, lo toman por sorpresa y libertan á su rey. Jacobo III regala entonces á sus libertadores una bandera azul, con facultad de desplegarla en defensa de su rey, de su patria y de sus propios derechos.

El pabellón azul es desde este día, el de los artesanos de Edimburgo, y está confiado al presidente de esta corporación. A su presencia, dice Maitland, no solo deben agruparse en torno suyo los artesanos de Edimburgo, sino que todos los menestrales de la Escocia están obligados á seguirlo y combatir bajo su sombra.

En la guerra de los covenantarios es de donde se origina ese gran partido que conoce la Inglaterra con el nombre del partido *whig*. Después de la revolución de 1688, él aceptó por color de su bandera el azul. Por esto la *Revista de Edimburgo* publicada por la primera vez en 1802, sale desde entonces con carátula azul.

¿ Conocéis ese gran partido de Inglaterra que desde sus primeros días aceptó por divisa la bandera azul? Es el partido de la libertad contra la fuerza, del progreso contra la rutina. Hoy se llama partido liberal; y en su constante lucha de treinta y seis años contra los poderosos atletas del partido *tory*, al fin ha triunfado. Por armas, tiene la palabra, la discusión y la tolerancia ; por caudillos, la idea y el progreso, y por soldados, eso ingenios á quienes llama el mundo Peel, Grey, Russel, Cobden, Bright, Gladstone y ese Macaulay, el Tácito moderno, lumbrera de la Historia.

En los decretos de la Providencia estaba escrito que los sueños de la antigua Grecia se convirtieran algún día en realidad. Aparece Wáshington en la escena del mundo, y la República se funda. A la guerra sucede la paz; á la espada, el arado. Una gran sociedad se establece entonces en la Améaica del Norte, la Sociedad de Cincinato; esa sociedad que tuvo en su recinto todos los libertadores de la patria y que no ha muerto aún, aceptó desde su principio la diviza azul.

Quince años más tarde, la gran revolución francesa principia á conmover el mundo. En los jardines del Palacio real, un joven cubierto de polvo, lleno de emoción aparece en medio de la multitud : era Camilo Desmoulins que llegaba á alertar á sus compatriotas oprimidos, que electrizaba las masas con la elocuencia de su palabra, y pedía á voces la escarapela que debían llevar en su camino de triunfo contra los tiranos coronados.

— ¿ Qué color queréis? les dice el fogoso mancebo, de pie sobre una mesa que le sirve de tribuna. ¿Escogeréis el verde, color de la esperanza, ó el azul de Cincinato, color de la libertad de América y de la democracia ?

— El verde, el verde, repitieron mil voces.

« En el mismo instante, el jardín fué invadido por un gran número de agentes de policía que se dirigieron hacia el grupo formado alderredor de Camilo Desmoulins. »

« — Amigos, la señal está dada, dice él entonces; he aquí los espías y los satélites del despotismo que me miran frente á frente. A lo menos yo no caeré vivo entre sus manos. »

« Y sacando dos pistolas de sus bolsillos y agitándolas sobre su cabeza :

« — Que todos los buenos ciudadanos sigan mi ejemplo, exclama, descendiendo de su tribuna improvisada y mezclándose con la multitud. »

« Habíanse traído algunas cintas verdes : Camilo hace con una de ellas un nudo en su sombrero, sus oyentes le imitan ; pero las escarapelas faltan al instante, y Camilo, conociendo toda la influencia de la contraseña sobre la multitud, arranca una rama verde de uno de los árboles del jardín ; todos los que no habían participado de la distribución de las cintas lo imitan : algunas horas después, diez

mil ciudadanos precedidos de los bustos de Nécker y del duque de Orleáns, recorrían las calles y preludiaban con un paseo cívico la sangrienta jornada del 14. »

Si habéis leído alguna vez los famosos episodios de aquellas insurrecciones de la Vendée y de la Bretaña, primer acto de la gran lucha de la República con la realeza, habréis visto que aquellos pueblos que se levantaron contra la dinastía de Luis XVI, tomaron por divisa el color azul, y con ella marcharon contra las tropas realistas que usaban la divisa blanca. ¡ Cuántas peripecias, qué de choques sangrientos y cuántas víctimas inmoladas al rudo golpe de los soldados de la República! Animados por el fanatismo de la idea, y con la fe del triunfo, acometen y destruyen cuanto se les opone en su camino. Al choque de sus armas sucumben Cathelineau, Bonchamp, Elbée, Lescure, jefes realistas, y aquel La Rochejaquelein, quien en su postrer jornada, intrépido cual Leonidas, dirige á sus soldados aquellas memorables palabras : « *Si retrocedo, matadme ; si avanzo, seguidme ; si muero, vengadme.* »

Buscad el rayo azul en las banderas que han conducido á tantos pueblos al combate, y lo encontraréis. Ahí está en la bandera tricolor de esa Galia que ha llenado el mundo con las hazañas de sus hijos; ahí está en la bandera de Albión, reina de los mares, y en la de aquella Escitia, sultana del polo del Norte, que venció con sus hielos y no con sus hombres, al gigante del siglo.

Un día quiso la moderna Grecia libertarse de sus opresores, y se lanzó á la pelea conduciendo el pabellón azul. Cada vez que contemplo este pabellón de la antigua patria de Arístides, viene á mi memoria, aquel Canaris que incendia con sus brulotes la escuadra turca; y asisto al combate de Misolongi y al de Navarino, y veo á Byron, el bardo de la Inglaterra, llevar en sus manos la bandera azul que venció á los hijos de Mahoma.

Azul es la bandera de Baviera, y la de Portugal, patria de Camoens; mientras sobre los palacios del rey caballero brilla, no el pabellón de Italia, sino la bandera celeste de la casa de Saboya. El rayo azul está en casi todas las banderas de América; pero en ninguna más elocuente que en la de esa tierra de Wáshington, que venció al leopardo inglés, y que tomó del aire, el color, y del cielo, las estrellas, como símbolo de su fuerza.

Y la América libre siembra en dorado suelo
Estrellas de zafir.

V. Hugo.

Una mañana, á las orillas del Hudson, uno de los granaderos de aquella tierra clásica, en que el arado es tan honroso como la espada dejaba recostar sobre sus hombros la cabeza de una de sus hijas, más bella que la rosa de los campos. Era uno de esos días de aniversario en que el viejo veterano asistía con su memoria á los episodios de la Libertad, y platicaba con su familia en presencia del pabellón estrellado. La niña atenta á los relatos de su padre, contemplaba con entusiasmo la bandera sobre uno de los manzanos del jardín.

— ¿ Qué contemplas en ese pabellón, hija mía? le pregunta el guerrero.

— Ese azul sembrado de estrellas, le contestó la niña.

— ¿ En qué se asemejan á las del cielo? le replicó el guerrero.

— En que ninguna fuerza humana puede arrancarlas, padre mío, repuso le niña.

Y el anciano soldado, lleno de noble orgullo, besó la casta frente de su inocente hija.

Cuando nace Colombia, virgen intrépida y pura, armada con el escudo de Palas, según la bella frase de Byron, ella elige para su bandera tres de los colores del iris : el amarillo que representaba el esclavo redimido ; el rojo, el antiguo amo vestido de púrpura, y el azul, el océano que ponía entre uno y otro la eternidad.

A la sombra de este pabellón condujo la victoria el favorito de Marte, desde el Avila hasta el Tolima, desde el Tolima hasta el Pichincha, desde el Pichincha hasta el Illimaní ; y en su regreso triunfante, lo clava sobre el Chimborazo en cuya cima ondula, á la vista de uno y otro mar.

Estudiad el escudo de armas de las naciones de América, y en todos encontraréis el rayo azul. En la América de Wáshington es el águila que lleva en su pecho el pabellón estrellado, mientras la cinta azul ondula entre el manojo de rayos que lleva el animal en sus garras. En campo azul brilla el gorro frigio de la república del Plata ; en campo azul se derraman los dos cuernos de abundancia de la

tierra colombiana; en campo azul brilla la estrella de Chile, como un astro que asciende de los resplandores de ocaso y emprende ufano su carrera hacia el oriente; y sobre campo azul se ostenta el caballo de Venezuela, ufano y altanero en su carrera de triunfo, al través de sus estepas. ¿ Qué divisa en su parada momentánea, con su mirada fija y la oreja erguida? Es que piensa en la terrible carga, cuando entre espirales de humo y de polvo y al ruido estridente de las cornetas y del cañón, caballo y caballero formaban la masa invencible de los antiguos hipántropos, « aquellos titanes de rostro humano y pecho ecuestre, que galopando escalaron el Olimpo, horribles, invulnerables, sublimes; dioses y bestias », como dice Víctor Hugo. En campo azul, finalmente, brillan las argentinas estrellas de ese vasto imperio amazónico, antigua provincia lusitana, único lugar del nuevo mundo donde todavía el hombre esclavo trabaja para el hombre libre.

En el arte de la guerra, Inglaterra tiene su regimiento de caballería llamado *los azules*, que data desde Carlos II. La Francia tuvo en tiempo de sus reyes, su regimiento de infantería azul, que fué la guardia de honor, cuerpo del cual eran coroneles el rey, la reina y los príncipes. Hoy el regimiento azul está sustituído por los cien guardias, hombres atletas vestidos de azul celeste recamado de oro, y que sirven de muralla viviente al César moderno.

Cuando Eduardo III de Inglaterra vence en Crecy á su rival Felipe de Valois, hay un momento en que el monarca inglés desprende de su pierna la jarretera azul y la despliega en los aires como signo de reunión para los oficiales y cortesanos de su persona. Algunos creyeron traducir en esto sus aspiraciones al trono de Francia. Desde entonces data esa célebre orden de la jarretera que ambicionan todos los reyes de la tierra.

Otro origen más novelesco le da la historia. Cuentan que en una noche de baile, la condesa de Salysbury dejó caer cerca del rey una de sus ligas azules : Eduardo, que la amaba, se inclina al pronto y la recoge; pero tan luego como se levanta, percibe una sonrisa maliciosa en los labios de sus cortesanos. *Honni soit qui mal y pense ;* dice Eduardo; y lleno de orgullo agrega : « Todo aquel que se ría de esta liga, se encontrará muy feliz en poseerla», y el rey se la ata en seguida de su pierna izquierda. A poco aparece la orden de

la jarretera, cuyo número de miembros no puede pasar de veinticinco, y cuyo jefe es el soberano de Inglaterra. Todos los miembros llevan en la pierna izquierda una liga de terciopelo azul, en la cual se lee la conocida divisa : *Honni soit qui mal y pense;* y una banda también azul, de izquierda á derecha, de cuyo extremo pende una medalla de oro de San Jorge venciendo á Satanás. La reina la usa en el brazo.

Azules son las medallas ó las cintas de multitud de órdenes de caballería, con que la humanidad ha premiado más la intriga que los méritos ; pero cuando en medio de esas fiestas solemnes en que todo es vanidad, y en que cada pecho es un museo de piedras preciosas, de oro y plata, pasa un hombre con su jarretera azul, él detiene la mirada escrutadora : ese mortal debe ser, ó un soberano, árbitro de los destinos de un pueblo, ó un genio sobre cuya frente brilla un destello de Dios.

En la práctica de la religión católica, los ábsides se adornaban antiguamente de azul. En las pompas de la Iglesia moderna, el azul no existe ; tan solo algunos pueblos lo usan para las festividades de María, pero ya la corte romana lo ha prometido para las ceremonias de ese gran día consagrado al más sublime de los misterios.

De color azul visten multitud de congregaciones religiosas, entre otras, las hijas de la Anunciada, esta sublime institución que remonta á los primeros años de la edad media.

Los caballeros de la orden del Espíritu Santo, llevan la cinta azul; y casi todas las órdenes militares que tienen por patrono un Santo, usan el color azul en sus cintas ó en el esmalte de sus medallas.

En el siglo XIV hubo un día, el lunes antes de la cuaresma, llamado el lunes azul. Todas las iglesias se adornaban, en ese día, con bandera y gallardete de este color. Después se convirtió en día de fiesta, en que todo el mundo se pintaba de azul. Todavía en muchos lugares de la Europa se consagra esta fiesta como día de reposo y de diversión.

Para los turcos el azul es su color predilecto : quizá encuentran en él algo de los cielos de su profeta. Los árabes dibujan en su cuerpo figuras azules de un carácter indeleble, y este uso existe en multitud de pueblos civilizados y salvajes.

En las grandes naciones modernas se publica todos los años un libro, llamado *El Libro azul*, por el color de su cubierta. En Inglaterra, el libro azul es una publicación oficial, que contiene el resumen de todos los trabajos del Gobierno, en política, hacienda, estadística, etc., presentado al parlamento de la Nación. En la gran república de la América del norte el Libro azul contiene los nombres de todos los empleados del Gobierno y sueldo que goza cada uno; mientras en Francia se reduce solamente á la correspondencia diplomática del Gobierno con todas las naciones del orbe.

Pero ¡ qué contraste ! este color azul que llevó el pueblo Rey por divisa, que aceptaron los paganos como vestido de sus principales deidades, que ha acompañado á tantos episodios de la historia del hombre, es el color aceptado por la pobreza. Existe en Londres un instituto llamado la *Escuela azul*, por ser de este color el uniforme que usan sus alumnos. Este colegio, fundado por Eduardo VI en 1552, es, según Haydn, el primer instituto de caridad que existe en el mundo.

Hijas azules llaman á las vírgenes del convento de la Anunciada, en Italia. Azules llaman á los pobres enfermos del Hospital de la Trinidad en París. De azul vestían antiguamente á los esclavos en esas ferias de América, en que se vendía la carne humana; y de azul, finalmente, visten los pintores á la Divina Madre de AQUEL que por salvar al hombre esclavo, recibió del hombre libre el más horrible de los martirios.

*
* *

Tal es el rayo azul en la historia del género humano. Él se presenta en el pueblo de Israel por un mandato de Dios : está en los mitos del paganismo, en la historia del Oriente y en las grandes luchas de la civilización moderna, por un deseo de los hombres. En dondequiera que lo encontréis, él representa una idea; ya en las armas del antiguo caballero, ya en el pecho del cruzado, ya en la bandera de las batallas, ya en la divisa de los partidos, como en el hábito de la novicia, y en el sayal del pobre, para quien el cielo no oculta jamás el azul de la esperanza.

¿Queréis todavía más? — Demos, pues, la última pincelada á este cuadro.

Hubo un hombre á quien la Francia conoció con el nombre de la PEQUEÑA CAPA AZUL: era Edmundo Champion. Hijo de un pobre barquero, la miseria le acaricia en la cuna, la orfandad en la niñez. Abandonado por los hombres, se le encuentra un día, sin pan, sin hogar, sin padres; pero no estaba abandonado de Dios. Una portera de la calle de Tiquetone le recoge: el huérfano sonríe, y con su sonrisa gana corazones. Una vecina le envía á la escuela, otra le paga su aprendizaje.

Un día llega: el joven huérfano entra al oficio de joyero: desarróllase su inteligencia, excítase su caridad, y el trabajo, cual lluvia del cielo, riega con oro su hogar. Y el niño, cuya epopeya había principiado en la noche de la miseria y de la orfandad, divisa, ya adulto, la brillante aurora de la única grandeza humana: la virtud.

« Su lujo, fué la prodigalidad en el beneficio: durante medio siglo, él se entrega á las obras divinas, pues el amor y la caridad son Dios: durante medio siglo, recorre las calles, los caminos, las cabañas ó los graneros en busca de miserias y dolores. »

Pero la caridad que como la luz del sol, penetra en todas partes, y se presenta sin ser llamada, y consuela sin interés, y mitiga y destruye los dolores, la caridad da á conocer el nombre de Champion, y el mundo admira aquel astro humano que disipaba todas las tinieblas del infortunio.

Escuchemos á su biógrafo:

« Después de treinta años de buenas obras desconocidas; y ¡cuántas lo son todavía! ellas resplandecieron por su nombre, y la publicidad se apoderó de ellas. De la boca de los pobres de la gran ciudad, su nombre ascendió á las mil voces de la prensa periódica. Era la época en que el poder de la caridad de Champion, abrazando un inmenso campo de miserias, daba en los muelles á las masas hambrientas un alimento sano y sustancioso; era la época en que él solo eclipsaba los establecimientos de beneficencia; era la época en que durante algunas semanas de invierno, él distribuía en París cincuenta mil raciones. ¡Cuánto de gritos! ¡cuántas lágrimas! ¡qué de arrobamientos! ¡Cuántas palabras inspiradas se esca-

paban en derredor de la PEQUEÑA CAPA AZUL, de en medio de esas masas enternecidas y compactas! Un día un desgraciado de estatura de gigante, con los vestidos asquerosos seguía con la vista los activos movimientos y el gesto agradable de esta mano dispensadora : ¡Y *hay*, exclamó rudamente, elevando los ojos al cielo, *hay una tierra para podrir un hombre como este!* Estas palabras que Shakespeare hubiera envidiado, salían de la boca de un trapero. »

« En medio de tantas virtudes, la fama ha olvidado una que inspiró las otras : la virtud cristiana, la fe religiosa. Las masas asombradas con el bien material que de él recibían no supieron que el hombre generoso que las socorría, era al mismo tiempo cristiano convencido y católico consagrado á sus deberes. »

« Si estos títulos no bastan á la consagración de esta grata gloria, Champion, poseía otro que en nuestra opinión era más bello y grande que todos *; él fundó cuarenta y siete escuelas!* »

« Colmado de años y respeto, jefe de una familia honorable, brillante y orgullosa de secundar y admirar los arranques de este corazón inagotable, Champión murió el 1.° de Enero de 1852. »

***

He aquí un hombre que apenas ha desaparecido de la escena del mundo, cuando ya su nombre toca las regiones del olvido. ¿Qué importa? ¿Qué importa que la virtud desaparezca de la memoria de los hombres, si ella es eterna en la memoria de Dios?

Negad á muchos hombres el ingenio, corazones mezquinos y envidiosos; pero existe un don superior al talento y que no podréis negar jamás, jamás : la caridad que inspirarán vuestras desgracias y cuyo favor sentiréis, cuando lleguen las amargas horas del desengaño : entonces cesarán la emulación y la envidia, porque en el infortunio se depuran todas las bajas pasiones.

En esta gran rueda que impulsa á la humanidad de uno á otro extremo del mundo, la virtud y el crimen, la luz y la sombra, la tempestad y la calma, la vida y la muerte, el victimario y la víctima se tocan á cada instante. Las pasiones son el viento tempestuoso que precipita la rueda; los deseos y aspiraciones del hombre, el

crepúsculo tras el cual camina; la luz, la esperanza; la sombra, el desengaño. Pero en medio de este caos satánico en que la envidia, cual reina de las malas pasiones, persigue su víctima con sonrisa en los labios y espuma en la boca, existen dos fuerzas que restablecen á cada momento el equilibrio perdido, y ante las cuales se hunden todas las rivalidades humanas —la caridad que nivela en la vida todos los seres; la podredumbre que nivela en la muerte todos los cadáveres.

Al terminar este cuadro sobre el *Rayo azul*, que se me exigió en los momentos de un triunfo dudoso, y que escribo hoy en vísperas de una paz necesaria, permitidme un breve concepto como conclusión.

Hace como ocho meses que los dos partidos políticos en que está dividida esta desgraciada tierra, principiaron de nuevo esa guerra fratricida que cuenta ya más de veinte años. Al entrar en la lid, uno de los dos partidos aceptó por divisa la bandera azul. Después de victorias y reveses, después de tres días de sangrienta lucha en que ambos bandos pelearon con un valor digno de otras épocas, la bandera azul flameó al fin sobre las torres y edificios de la ciudad: la victoria coronaba sus esfuerzos.

Hoy, después que á la sombra de esa bandera la victoria ha continuado, y cuando ya todos los corazones ambicionan la paz como una necesidad social, yo pido en nombre de esa misma paz que desaparezca la bandera azul.

Existe una bandera cuyo origen es glorioso, porque fué enarbolada, no por guerra fratricida, sino por las aspiraciones del hombre al goce de los sagrados derechos de la naturaleza : esa bandera es la tricolor. Ella representa toda la historia de lo pasado, y es para la nación como el nombre para la familia.

A la sombra de esa bandera hemos vivido, muramos también arropados por ella. Si nuestro destino es la paz, á la sombra de la bandera tricolor, la tendremos : si nuestro destino es la guerra, si debemos continuar siendo víctimas mutuas de nuestras pasiones brutales, sigamos, pero con el lábaro de nuestros padres. Cuando en la horrible carnicería no queden ya ni vencedores ni vencidos, sobre el último cuadro expirante, la bandera tricolor le servirá de gloriosa mortaja.

En las guerras fratricidas no hay vencedores ni vencidos : todos los bandos luchan animados por el fanatismo de sus opiniones ó por el aguijón de sus intereses. La victoria de hoy es la derrota de mañana : los laureles y cipreses se confunden.

La gloria, por otra parte, no consiste en el triunfo, sino en el perdón : vencer es perdonar.

Al desear con toda la nobleza del corazón la felicidad de esta desgraciada patria y la unión de todos sus hijos, repetiré con el Petrarca : « A dondequiera que vaya, iré gritando paz, paz, paz. »

1868.

SEGUNDA PARTE

ESTUDIOS INDÍGENAS

LOS JEROGLÍFICOS VENEZOLANOS

A Antonio Gœring.
Ornitologista y pintor, cuyos trabajos han sido muy celebrados en Alemania y á quien debemos el obsequio de una aguada que representa los jeroglíficos de San Esteban.

I

Un paisaje en las costas de Puerto Cabello. — El jeroglífico de Campanero, en San Esteban. — Los jeroglíficos de la cordillera costanera de Venezuela. — Dilatada región, con jeroglíficos, del Orinoco y del Esequibo. — La región del Amazonas. — Humboldt, Schomburgk y Wallace. — Veneración de los indios por los monumentos jeroglíficos. — Opiniones de Humboldt y de Brinton.

La cordillera costanera de Venezuela, como á mil metros de distancia de la ciudad de Puerto Cabello, forma dos cintas paralelas de eterna verdura que sirven de fondo al paisaje marino. Cuando al dejar el océano se trasmonta el Portachuelo, antiguo camino de recuas que conduce á los fértiles valles del lago de Tacarigua, el viajero se halla de improviso en medio de un sitio prolongado de Norte á Sur, principio del hermoso valle longitudinal de Este á Oeste, entre los paralelos de la Cordillera, el cual puede considerarse como uno de los jardines de Venezuela, por su vegetación primaveral, sus aves de rico plumaje y su delicioso clima. En este valle que limitan al Norte y Sur las filas de la cordillera de la costa, es donde están los pintorescos campos de San Esteban, Patanemo,

Guaiguaza y Burburata, separados por estribos de montañas y bosques frondosos, bajo cuya sombra se deslizan las límpidas aguas que riegan aquel suelo tan fecundo como variado.

Un vigía de la cordillera, el pico de Hilaria á 1.388 metros de elevación sobre el nivel del mar, realza por el Sur, este anfiteatro de rocas y de vegetales, y desde él, la mirada abraza, hacia el Norte, todo el panorama del océano, con sus costas é islas y con sus ensenadas y cabos poblados de manglares que se pierden en lontananza; mientras al Sur, están los dilatados campos que baña el lago, y parte de las llanuras de Carabobo dibujadas en el horizonte como un mar de verdura. Entonces aparecen ante las miradas del viandante los encantadores sitios del prolongado valle, los ramales y estribos que lo cruzan, los ríos que descienden de las alturas y la capa de vegetación que como una alfombra entapiza las rocas: entonces desaparecen los relieves, el copaje de los árboles se uniforma, sobresalen los pueblos y siéntese el movimiento de la vida animal, como un intérprete de aquella naturaleza que bañan las tibias brisas del Océano y las frescas nieblas de las cimas coronadas de espigas.

Al abandonar á San Esteban, en dirección hacia las elevadas cumbres de Hilaria, teniendo á la izquierda una muralla de rocas, llégase á poco, cerca de las alturas de Campanero, á un lugar distante como dos kilómetros de aquel pueblo, donde las rocas de la cordillera, inclinadas sobre el suelo del camino, presentan una superficie plana sobre la cual se ven multitud de figuras esculpidas. Es una gran masa de mármol como de tres á cuatro metros de altura, por tres de ancho, cubierta de tierra en su base, mientras arriba la coronan grupos de vegetales arbóreos, y de arbustos y musgos que sonríen á la luz del día. — Cualquiera diría que es la losa de un sepulcro engastado en la montaña. Atrás queda el Océano, invisible desde esta altura, porque la faja de montes lo esconde á los ojos del viajero; adelante el pico de Hilaria, centinela del valle; á uno y otro lado las sementeras, el camino con su curva graciosa, mientras abajo, entre cantos rodados y enormes rocas arrancadas por el tiempo á las cumbres, corren bulliciosas las aguas del San Esteban.

Detengámonos un instante en este lugar, y, después de haber contemplado á Dios en la agreste soledad del paisaje, en el bosque secular lleno de sombras, en la flor que crece escondida entre las

rocas, en el pájaro que canta su libertad y en el ruido del viento que como una voz de los espacios se comunica en dulcísima confidencia con el espíritu de los bosques, estudiemos: el hombre histórico nos aguarda.

En medio de esta naturaleza salvaje, en estas alturas silenciosas, habitadas en pasados días por la raza indígena, mas después manchadas por los feroces soldados de Aguirre; sobre estas cimas donde estuvo Villegas, el fundador de Burburata y que fué mansión de indios antes que pisase Ojeda las costas de Venezuela, pasó la mano del tiempo y acabó con la civilización antigua, y con los caciques belicosos que asaltados un día de improviso, por hombres nuevos que habían atravesado el Océano, lucharon contra el extranjero y se defendieron, y volvieron á luchar para entregarse exánimes, cuando de ellos, los dueños de la tierra venezolana, no quedó ni hogar, ni soldados, ni esperanza posible, ante la nube invasora que todo lo cubrió con su mortaja de sangre. Así pasó; pero quedaron los libros de piedra que no tienen por intérpretes sino las raíces de los árboles ó los musgos y graciosas enredaderas que tienden sus sarmientos sobre la esculpida superficie, como para recibir con más libertad los voluptuosos besos del sol de ocaso.

Para el naturalista que estudia la etnografía, que desea conocer la historia primitiva de América é interpretar el significado de los jeroglíficos, esta página de San Esteban ¿es un enigma, es una realidad? Para verla es necesario arrancar las enredaderas, cortar las raíces que cubren las figuras, porque no es la mano del tiempo la que quiere borrar algunas de las primitivas historias del hombre de América, sino la vida vegetal, que en su fuerza de expansión y de conquista, trata de asimilarse cuanto encuentra, á despecho del hombre y de la historia. Apartad la hierba y el humus vegetal y los troncos y sarmientos que en su crecimiento, al aire libre, han cubierto en parte la lápida indígena, y todas las figuras aparecerán bañadas por la luz del día. El tiempo ha hendido la roca ligeramente de arriba abajo, la cual se presenta dividida en tres secciones más ó menos simétricas; pero no por esto se interceptan las diversas figuras de insectos, estrellas, animales y objetos diversos que aquella tiene esculpidas. La manera como están colocadas las figuras (en grupos); los alineamientos geométricos, los animales

más ó menos perfectos; lo misterioso del conjunto, algo que se manifiesta y algo que se oculta; todo ha de fijar sobre esta piedra la mirada del hombre pensador, el cual quisiera poder descifrar lo que ningún poder humano puede ya revelarle. Pero, lo que realza todavía más esta página indígena, no es tanto la parte muda, aunque elocuente del jeroglífico, como el vegetal, que sucediéndose, lo acompaña desde los tiempos más remotos. Millares de generaciones vegetales se han sucedido y todavía la roca sustenta los nuevos vástagos herederos de la primitiva flora americana. Entre las ligeras grietas de la superficie vegetan musgos imperceptibles y graciosos helechos, acompañados de otras plantas criptógamas, que se asoman con una sonrisa de curiosas en solicitud de la luz y del fresco ambiente; mientras arriba, *cecropias* de hojas plateadas, *bromelias*, helechos arbóreos, *pitcárnias* y multitud de especies arborescentes coronan la roca y se balancean á los caprichos del viento, como legítimas poseedoras de aquel túmulo, que es para el hombre un enigma, y para ellas la tierra que las nutre y las sostiene[1].

*
* *

¿ Qué representan estos jeroglíficos? ¿ Se habla en ellos de algún episodio de los primitivos días de América, ó es la relación de luchas locales en la historia de los Tacariguas y Araguas que poblaron las regiones del lago de Valencia y costas de Burburata? ¿ Es un mito de los antiguos Tamanacos y Caribes, ó debe tomarse, en su más sencilla expresión, como el arte naciente de tribus holgazanas que quisieron interpretar la naturaleza de una manera adecuada á la altura de sus concepciones? He aquí las preguntas que el viajero etnógrafo tiene que hacerse al contemplar esta roca muda

1. He aquí, amigo nuestro, el asunto que ha servido de tema al paisaje que nos habéis enviado. Admíramos en él el aire, la fisonomía vegetal, la vida y la perspectiva que caracterizan cuanto habéis pintado sobre el paisaje tropical, desde las orillas del océano y de los lagos de Venezuela hasta las regiones alpinas de Mérida y del Táchira. Mucho os debe ya la ciencia por vuestros trabajos sobre la ornitología venezolana, y mucho os deberá el arte por vuestros cuadros tan llenos de vida y de verdad.

En el estudio de vuestro paisaje debemos encontrar ahora, el tema de este escrito; y si en algo puede este ilustrar la parte muda del cuadro, habremos correspondido á la inspiración del artista.

para las actuales generaciones, pero que fué elocuente para los viejos moradores de la raza indígena, para quienes, cada símbolo representaba un hecho, un episodio, una historia, que ayudada por la relación oral, se había trasmitido de una á otra generación en el curso de los siglos.

Antes de resolver estas preguntas y de ocuparnos en los medios que tuvieron los indígenas de América para trasmitir á las generaciones futuras los episodios de su vieja historia, sus mitos y leyendas, y los rasgos más característicos de cada pueblo, fijemos la zona geográfica de los jeroglíficos venezolanos, tomando como punto de partida la roca de San Esteban.

Entre las diversas figuras que tiene el jeroglífico de Campanero, sobresalen : la que imita una embarcación, varios dibujos que aparecen como fortificaciones ó compartimientos y una serie de medias lunas, que por el lado derecho van elevándose hasta llegar á una imagen del sol. Una serpiente, figuras que parecen lagartos, cocodrilos y otros animales, llenan por el lado izquierdo y por el centro el cuadro, presentando un conjunto variado.

En el mismo sitio de San Esteban, se encuentran en otro lugar del camino, á la orilla derecha del río y sobre un terreno como meseta, multitud de figuras semejantes esculpidas sobre las rocas calcáreas.

La cordillera costanera de Venezuela desde su origen en el Estado de Barquisimeto, donde los Andes de Mérida y Trujillo se entroncan con aquella, está llena de rocas esculpidas, con dibujos más ó menos semejantes. Cerca de Siquisique, en el Estado Falcón, hemos visto rocas llenas de figuras simbólicas, recuerdos de los antiguos Caiquetias que poblaron aquellas dilatadas regiones. Jeroglíficos indígenas se hallan igualmente en el vecino Estado de Yaracui, en el río de San Pedrito, entre Yaritagua y Urachiche ; y son notables los que en el mismo Estado ha encontrado últimamente el señor Muñoz Tébar, en los cerritos de Padilla, en colinas de gneis aisladas en medio del valle que se extiende al Este de Yaritagua. Es sorprendente ver cómo en esta pictografía no se encuentran figuras de animales ni de objetos domésticos : círculos perfectamente trazados, los cuales se hallan aislados ó conexionados con líneas rectas y curvas, que semejan compartimientos en

forma de cuadrados ó de rectángulos, aparecen en el lado derecho; mientras en el izquierdo sobresalen líneas caprichosas rematadas por círculos que llenan los rincones del cuadro. Y en tanto que los círculos de la derecha tiene cada uno un punto en el centro, los de la izquierda son sencillos. Pero, lo que más fija la atención en este jeroglífico, son los puntos profundamente excavados que sobresalen en algunas líneas curvas, en el centro de los círculos y en uno de los ángulos de los compartimientos rectangulares.

Cerca de Guataparo en el mismo Estado de Carabobo, al Oeste de Valencia, se hallan también figuras, entre las cuales sobresale un ibis perfectamente ejecutado, símbolo del corazón entre los egipcios. Los jeroglíficos que están en los cerros de Vigirima son igualmente notables por las figuras que contienen. Aseméjanse á los de Campanero, manifestando ser uno y otros de un mismo pueblo; los Tacariguas.

En la colonia Tovar, al Norte de la Victoria, y sobre una meseta de la loma de Maya, se encuentran muchas rocas cubiertas de figuras que representan caras humanas, serpientes, tigres y manos, formando grupos, como también imágenes del sol y de la luna. Estas rocas esculpidas se hallan igualmente en el descenso de la fila montañosa hacia las vertientes del río Tui y en su prolongación hacia las costas del mar. Probablemente, estas piedras esculpidas son túmulos de algún viejo cementerio de los antiguos Taramainas que poblaron las regiones orientales del lago de Tacarigua; y esto parece tanto más cierto, cuanto que los *Pieles Rojas*, en Nuevo Méjico y en otras regiones de los Estados Unidos de América, esculpieron en las tumbas de sus antepasados, caras y manos, como símbolo de la amistad. Figuras semejantes se encuentran también en el camino que conduce de Caracas á los Valles del Tui, en varios lugares cerca de Turmerito, iguales á los que se han visto en las Antillas, y más allá, en las cercanías de Charallave, se ve impresa sobre una hermosa roca, la huella de un pie, que según la tradición de los campesinos del lugar, es la huella de San Juan[1].

1. El Dr. Ernst, Director de la Biblioteca y Museo Nacionales y Profesor de ciencias naturales en la Universidad de Caracas, ha publicado en el *Globus* de Brunswick de 1872, noticias sobre las antigüedades indígenas de Boconó, en el Estado Trujillo, y sobre los túmulos de piedra y los Quioquenmodingos de los Roques (Territorio Colón),



En los estribos de la cordillera costanera que se pierden en la dilatada llanura del Estado Guárico, en los Morros de la Galera, cerca de Camatagua, se ven dibujos hechos con almagre, que imitan círculos, manos, diferentes figuras geométricas, y lo que es más notable aún, la rana.

La región más al Norte, con rocas llenas de jeroglíficos que tiene el Orinoco, está en el puerto de Caicara, al Este de la desembocadura del Apure, y en San Rafael de Capuchino, frente á Cabruta, en las sabanas que se extienden desde el cerro Quiriquinoa hasta las orillas del Caura. La altura á que están esculpidas las figuras, manifiesta que estas no han podido trazarse sino con la ayuda de grandes andamios. — Cuando Humboldt preguntó á los indígenas de estos lugares, cómo se habían podido esculpir aquellas rocas, ellos le contestaron, sonreídos, que sus antepasados llegaron en canoas á la cima de aquellas alturas, y que así pudieron grabar los diversos dibujos que las adornan.

Más al Sur de Caicara y á algunas millas de los cerros de la Encaramada, aparece como aislada la roca llamada por los indios *Tepu Mereme* (roca pintada) llena de dibujos simbólicos que representan cocodrilos, boas y tigres gigantescos, utensilios domésticos, imágenes del sol y de la luna. Como la roca jeroglífica de San Esteban y lás de Caicara, la roca pintada de la Encaramada parece tener un mismo origen, en cuanto al hecho ó mitos que hayan querido representarse en ellas.

Á veinte leguas de Cabruta, en un lugar distante como veinticuatro kilómetros de las orillas del Orinoco, aparecen á sesenta metros sobre el suelo, en un sitio conocido con el nombre de « Las Escudillas », varias figuras esculpidas en una roca granítica, entre las cuales sobresalen la rana y una barca. La extensión de los dibujos abraza una superficie de cinco á seis metros.

Más al Sur de la Encaramada, entre 2° y 4° de latitud Norte y en un espacio llano poblado de selvas, entre los ríos Orinoco, Casiquiare, Negro y Atabapo se ven de nuevo, los jeroglíficos indígenas, según refiere Humboldt, sobre enormes rocas de granito y de

acompañadas de figuras. El mismo Profesor acaba de remitir al *Globus* una noticia ilustrada sobre las pictografías indígenas de Venezuela y antigüedades que se conservan en el Museo de Caracas.

sienita. Todavía más allá de esta hermosa región, donde las rocas esculpidas yacen solitarias y como escondidas en medio de una vegetación portentosa, como á 230 metros al Este, sobresalen jeroglíficos en las soledades de la Parima. Según Schomburgk, que visitó esta región del Orinoco desde 1835 á 1849, las rocas pictográficas siguen en una zona continuada desde las orillas del Rupununi, del Esequibo y la cadena de Pacaraima hasta las orillas del Orinoco y del Yupura, en una extensión de más de ocho grados de longitud. Cuando el sabio alemán quiso arrancar un fragmento de los jeroglíficos que están á orillas del Esequibo, cerca de la cascada de Warupata, los indios, refiere Schomburgk, se llenaron de asombro y parecían dispuestos á escuchar por instantes el fuego del cielo que había de caer sobre sus cabezas. Ni súplicas, ni promesas, con nada pudo el viajero halagar á los indígenas para que le arrancasen un pedazo de la roca, que aquel no podía hacerlo por el débil estado en que se hallaba su salud. Esto explica la alta veneración con la cual cada una de las generaciones que se han sucedido en estos lugares salvajes, conserva estos recuerdos de los tiempos míticos de América : obras del *Grande Espíritu*, según las tradiciones de los diversos pueblos del Orinoco.

Según Schomburgk la pictografía más perfecta de las regiones entre el río Branco y el Esequibo, es la que aquel encontró cerca de la catarata Corantyn á los 4° de latitud Norte. Tiene dos pies de alto y representa figuras humanas con peinados muy notables que rodean la cabeza asemejándose á una aureola. Para este etnógrafo, la zona de los jeroglíficos del Orinoco se extiende desde 7° 10′ hasta 1° 40′ de latitud Norte y desde 57° 30′ hasta 66° 30′ longitud occidental del meridiano de Greenwich : como doce mil millas cuadradas, espacio que comprende las hoyas del Orinoco, del Corantyn y del Esequibo.

Wallace, viajero inglés que visitó las regiones del Amazonas en 1848, tropezó con multitud de rocas jeroglíficas en las serranías de Montealegre, en la desembocadura del río Branco, en los bancos del Amazonas, en el alto río Negro y á orillas del Vaupes. Canoas, animales, constelaciones, figuras geométricas, objetos de uso doméstico y caras humanas sobresalen sobre las rocas graníticas cubiertas de líquenes y de hierbas. La misma idea que reina en las tribus

del Orinoco existe entre los diversos pueblos del Amazonas, respecto del único arquitecto que han tenido estas esculturas ; el Grande Espíritu de las soledades orientales del continente.

Por el estudio que hemos hecho de las diversas pictografías venezolanas, comprendemos que estas representan épocas distintas de nuestra historia. Las más antiguas coinciden con la bajada de las aguas y levantamiento del fondo del antiguo océano, al Este de los Andes. En este caso, están las rocas pintadas del Orinoco y sus afluentes y las de los llanos del Guárico, Cojedes, Portuguesa, etc.

Casi todos los jeroglíficos están á orillas de las aguas ó cercanos á algún río, y siempre en la dilatada zona que se extiende desde las bocas del Orinoco hasta los Andes; y en la cordillera de la costa, desde Paria, hasta el entroncamiento de esta misma cordillera con los Andes de Barquisimeto. — Puede decirse que, los jeroglíficos, ya en las llanuras y orillas de los ríos, ya en las alturas de la cordillera costanera de Venezuela, marcan el itinerario del pueblo Caribe y de sus diversas tribus de Este á Oeste. Trasmontando los Andes de Barquisimeto, Mérida, Trujillo y Táchira, desaparecen las rocas con jeroglíficos, lo que nos indica que pueblos de otro origen diferente del Caribe poblaron las grandes alturas al Occidente de Venezuela.

Los temas son variados según la localidad indígena que se estudie; y las piedras simbolizan sucesos diferentes. Ya son caras de caciques en conmemoracion de algún hecho de armas, ó de la conquista de alguna región; ya son piedras sepulcrales con manos, pies, animales, indicando algún antiguo cementerio sobre alguna meseta circundada de arboles : ya son imágenes del sol y de la luna en curvas crecientes acompañadas de alguno que otro trofeo de guerra; ya representan, finalmente, la bajada de las aguas, la época lacustre, cuando los indígenas podían atracar sus canoas en las aguas del Orinoco, á las rocas que se levantan hoy sobre el actual nivel de la corriente y que llevan en sus cimas figuras pintadas. — En estos casos, sobresalen en el cuadro una ó más embarcaciones y la figura de la rana.

Sábese que los Chaimas, Cumanagotos, Tamanacos y otras naciones originarias del pueblo Caribe, adoraban al sol y la luna; y que para ellos la rana fué el dios de las aguas. Refiere Ruiz

Blanco que los Cumanagotos nunca mataban las ranas, á la que tenían como uno de sus animales domésticos, castigándola cuando no llovía[1]. No es, pues, de extrañar que figure este animal entre los jeroglíficos del Orinoco, donde los Caribes del tiempo de la conquista, conservaban la tradición del último cataclismo geológico del continente americano.

La semejanza de las figuras, hasta en sus más pequeños pormenores, y la ausencia de caracteres ó de escritura manifiestan que, las tribus indígenas de Venezuela no pasaron en sus dibujos de la idea simbólica y que, en muchos casos, su pictografía puede considerarse como de un carácter puramente mímico ó figurativo. Sin embargo, la mayor parte de ellas recuerdan un hecho, un mito, una tradición que ha pasado de padres á hijos y se ha conservado en el trascurso de los siglos, como veremos más adelante. Cualquiera que sea el sentido de estas figuras y el objeto con que fueron esculpidas sobre las rocas graníticas, no dejan de merecer por esto el interés de aquellos que se ocupan en la historia filosófica de nuestro planeta, ha dicho Humboldt. El respeto, por otra parte, que ellas inspiran á los restos de los pueblos indígenas, la veneración, el santo recuerdo y el mismo fanatismo con que se oponen á que sean destruídos por la mano del hombre civilizado, comprueban la opinión de Brinton, cuando dice que « todos estos jeroglíficos, son los mudos y elocuentes epitafios de las pasadas generaciones ».

II

Medios de que se sirvieron las naciones de América para conservar su historia. — Sus quipos y wampum. — Pinturas é inscripciones jeroglíficas. — Origen del papel en América. — Rudimentos de un alfabeto. — Los Pieles Rojas. — Inscripciones fenicias. — Antigüedad de América.

Los primeros pobladores de América no trasmitieron los episodios de su historia y los mitos que habían heredado de sus progenitores sino por dos medios : los *quipos*, ó cordoncillos con nudos, y la *escritura jeroglífica* sobre lienzo, papel ó pergamino, ó sobre las rocas graníticas y diversos túmulos en las soledades de sus selvas y cordilleras.

1. Ruiz Blanco, *Conversión de Piritu.*

Los *quipos* son cordones gruesos como un dedo, de los cuales penden multitud de cordoncillos de diversos tamaños y colores, divididos y subdivididos hasta las más insignificantes ramificaciones. Los *quipos* fueron la aritmética de que se valieron los Incas para contar los tiempos y las cosas en sus calidades y cantidades. Cada color, simple ó mezclado, tuvo su significación; así, el blanco significaba la guerra, el amarillo, el oro; mientras en las cosas que no tenían colores, como granos, instrumentos, etc., se colocaban los hacecillos de cordones de mayor á menor principiando por las de más mérito, y respecto á población por las personas de más edad. De esta manera se conocía al tomar un manojo, el cual nunca pasaba de la centena de millar, lo que quería averiguarse. De contado, la relación oral trasmitida por la memoria de una á otra generación, la que constituyó entre los Incas, el sistema de enseñanza oral, contribuía á descifrar los anales del Perú, su riqueza, su estadística y los más insignificantes episodios de su antigua historia.

Hubo almacenes de *quipos* en todas las ciudades y pueblos, con sus compartimientos para cada cosa, y empleados fieles que fueron los tenedores de libros de las oficinas nacionales. *Quipos*, que en lengua quechua significa *anudar* y *nudo*, equivale también á cuenta y así llamaron *Quipucamayu*, al encargado de las cuentas. De esta manera pudieron conservarse con la ayuda de la memoria, todos los sucesos de las pobladas regiones de los antiguos Incas.

Los *quipos* fueron conocidos de los Parahuas antes que de los Incas, y usáronlos los Caribes y Tamacos en las llanuras del Orinoco y los indios de Canadá y de Méjico. Su uso primitivo viene de la China, de la India y de otras regiones del Asia. Los *Wampum* ó collares de porcelana que tuvieron los indios de América pueden considerarse como un sistema de contabilidad equivalente á los quipos, que solo han quedado en uso entre los jefes araucanos, al Sur del continente americano.

Todavía se encuentran quipos entre las huacas ó sepulcros de los aborígenes del Perú, los cuales han podido descifrarse, con la ayuda de relaciones orales, por los descendientes de Manco-Capac. Si hay algo que se ha trasmitido en todos los pueblos de América, y que el tiempo no ha podido aún debilitar, es el relato de historias pasadas y el odio á los conquistadores.

No tuvieron los Incas tanto apego á las pinturas jeroglíficas como los pueblos de la América central y de Méjico; acostumbrados al uso de los quipos, hubieron de servirse de estos, exclusivamente, para trasmitir á sus descendientes los sucesos de su historia. Perteneció á las naciones del antiguo Anahuac escribir sus anales por medios pictográficos y figurativos, ya en el papel, ya en sus variados y ricos monumentos de piedra. Nada en la historia antigua de América prueba una civilización tan adelantada como las escrituras simbólicas y los monumentos de los pueblos que habitaron la elevada planicie de Bogotá y las diversas regiones de Méjico. Con conocimientos astronómicos que heredaron de sus mayores, y bajo gobiernos establecidos que venían sucediéndose desde remotos tiempos, hubieron de dejar pruebas inequívocas de su poderío, de sus riquezas y cultura intelectual; y á pesar de haber desaparecido en los días de la conquista, la mayor parte de los pergaminos y pinturas alegóricas, ricos anales del primer pueblo de América que la codicia castellana unida al criminal fanatismo de los sacerdotes católicos, destruyó por suponerlos de origen diabólico; á pesar de todo esto, han podido conservarse documentos preciosos que hoy se consultan para esclarecer una gran parte de la historia de los Aztecas.

Los Mayas de Yucatán, puede decirse, que dejaron un alfabeto, y los Aztecas al estilo de los antiguos Egipcios, los gérmenes de un alfabeto fonético. Es verdad que el símbolo, algunas veces, no estaba conexionado con la idea sino con la palabra, lo que hace comparar muchas de sus pictografías con los juegos jeroglíficos que los franceses llaman *Rebus*.

Existieron en la América del Sur diversos modos de escritura; así, en Quito se valieron de la escritura calculiforme, en forma de cálculo, como la usan actualmente los Araucanos; mientras otros pueblos conocieron la figurativa y monosilábica. Sus escrituras no puede decirse, en la mayoría de los casos, que eran letras sino dicciones; de esta manera, con sus figuras colocadas de arriba á abajo, y sin nada que las ligara, podían entenderse.

Los Panos á orillas del Ucayale (Perú) fueron muy hábiles en la pintura escrita, y sus libros ó papirus fueron de los objetos que más admiraron los conquistadores. El uso del papel de maíz y de

agave (maguey) es obra exclusiva de los mejicanos quienes conocieron el procedimiento para fabricarlo. A los chilenos se debe igualmente el papel fabricado con las hojas de banano; y cuenta Montesinos que, en una ocasión en que Ercilla no tenía papel donde continuar su inmortal poema *la Araucana*, un indio vino en su ayuda mostrándole el fabricado con hojas de banano, sobre el cual pudo continuar el poeta los versos de su obra. Fuera de estas naciones tan adelantadas en la escritura simbólica, los demás pueblos de América dejaron los jeroglíficos esculpidos sobre rocas primitivas, y en la corteza de árboles vivos, como acostumbraban los *Pieles Rojas* en las vastas regiones de la América del Norte. En vista de esto, podemos creer que, había en las naciones occidentales de América, respecto á su manera de comunicar los hechos de su historia, una tendencia hacia el progreso, notaciones ideográficas : y que, indudablemente, sin los estragos de la conquista, ellas habrían llegado á poseer caracteres fonéticos, tan completos como los de los antiguos egipcios, de quienes puede decirse, que habían recibido los primeros gérmenes de su civilización.

Pero, si en estas naciones occidentales, tan ricas en conocimientos astronómicos como en obras de arte, los escritos simbólicos llegaron casi á la perfección, en las naciones orientales, nada de esto existió. Los aborígenes de la parte oriental de América, sin centro de civilización, sin gobiernos establecidos, sin conocimientos científicos, pueden considerarse como el germen de una civilización prestada por las naciones limítrofes, en sus grandes excursiones de Sur á Norte. De las dos porciones orientales del hemisferio, la del Norte, empero, fué más civilizada que la del Sur : los monumentos de piedra, las fortalezas, obras de arte, sus túmulos, sus pinturas jeroglíficas, y escultura nobiliaria, en las rocas y cortezas de sus árboles seculares, patentizan que los *Pieles Rojas* participaron en mucho del influjo de los Aztecas.

Desde la Florida hasta la bahía de Hudson, los álamos blancos de los caminos y sitios salvajes están llenos de inscripciones, obra de las tribus que la civilización moderna va cada día rechazando hacia el Oeste. No hay estado de la Confederación norteamericana, ya á las orillas de los lagos ó en medio de las célebres praderas, desde Rhode Island hasta Nuevo Méjico, donde los jeroglíficos y túmulos

de los antiguos indígenas no inspiren un elevado interés sobre la historia de tantos pueblos, cuyo remoto origen se pierde en la noche de los tiempos; y es necesario leer algunas páginas de Schoocraf ó el bello libro de Domenech sobre los *Desiertos del Nuevo Mundo*, para admirar en aquellas poblaciones, su sistema heráldico por medio de signos, con los cuales lograron establecer la división de las tribus en familias, mucho antes que lo hiciera el Viejo Mundo.

Nada de esto se encuentra en las dilatadas selvas al Este del continente de la América es pañola, á pesar de que tuvieron por limítrofes á los Muyscas y á los Quechuas, los dos célebres centros de la civilización andina. A pesar de esta diferencia de civilización entre una y otra sección del continente, en su parte oriental, existe una semejanza muy notable entre los jeroglíficos simbólicos de los pueblos de Venezuela y muchos del mismo género que se encuentran en las praderas y selvas de las regiones Sureste y Este de la América del Norte. Todavía más; son semejantes unos y otros á los que se conocen en las altas regiones de los Andes peruanos, al Norte de Arequipa. Esto prueba que si hubo pueblos adelantados en ambas secciones de América, donde la pictografía y los gérmenes de una escritura fonética llegaron á un estado casi perfecto; pueblos salvajes y limitados á cierta localidad, en el mismo continente, no pasaron de las primeras notaciones de la escritura y del lenguaje.

¿Encuéntrase en la región oriental de los Andes algún signo alfabético que pueda guiarnos sobre el primer origen del hombre americano, anterior á todo jeroglífico y pintura indígena? Refiere Humboldt, que un misionero franciscano, habiéndose refugiado, en cierta ocasión y por casualidad, en una caverna cerca de Uruana, en la orilla occidental del Caura, tropezó de pronto con una gran roca de granito que tenía esculpidos caracteres reunidos en muchos grupos y colocados en una misma línea. Estudiado el modelo que presentó el misionero á Humboldt, éste encontró en los caracteres algo semejante al alfabeto fenicio; y aunque el sabio comprendió como un hecho muy notable, el que en la parte de la inscripción copiada, ninguno de los caracteres se repetía muchas veces, hubo de dudar en presencia de un descubrimiento tan notable y al cual ya había prestado mucho interés el misionero.

Estas dudas de Humboldt se desvanecen desde el momento en que inscripciones fenicias en otros lugares, al Este de los Andes, han esclarecido en parte, la interesante cuestión relativa á los primitivos pobladores de esta sección de América.

En los túmulos de Grave-creek, Virginia occidental, se ha encontrado una inscripción con caracteres alfabéticos de gran interés etnográfico. Según Rafn, la inscripción es rúnica; según Jomard, ibérica; lo que equivaldría á creer que los primitivos españoles fueron también los primeros pobladores de América, y que los compatriotas de Colón se encontraron con los descendientes de los iberos contemporáneos de Cartago.

Otra roca en la desembocadura del Tautón, en Massachussetts, estudiada por Mathieu, hace presumir que los Atlántidas estuvieron en América cuarenta y ocho años antes de la sumersión de la Atlántida de Platón; lo que haría remontar los primeros pobladores del continente á 1.800 años antes de Jesucristo; mas según los señores Yate y Moultin esta inscripción es de origen fenicio.

Un descubrimiento reciente viene á aclarar y á dar más fuerza á las inscripciones fenicias de la América del Norte. Nos referimos á la piedra encontrada en 1873 en el Brasil.

« La inscripción es de una piedra conmemorativa, rudo monumento erigido por algunos fenicios de Sidonia, al parecer refugiados ó desterrados de su país nativo, entre los años 9° y 10 del reinado de un rey llamado Hiram. Estos temerarios ó desgraciados cananeos, patronímico que usaron para denominarse, salieron del puerto de Aziougaber (hoy Akaba), puerto del Mar Rojo, y navegaron por doce novilunios (meses lunares) á lo largo de la tierra Egipto, esto es, África. El número de buques que tenían y el de varones y hembras que componían la expedición de aventureros, se expresa todo en un estilo conciso y al parecer elegante, hallándose estos por menores en un lugar intermedio entre la invocación, unos al principio y otros al fin del Alonim Valonuth; esto es, dioses y diosas, ó *superos superasque*, como traduce Gesenio aquellas conocidas palabras fenicias. La inscripción está en ocho renglones de hermosísimos caracteres fenicios, mas sin separación de palabras, sin puntos en las vocales ni letras mudas.

« Cierto avarismo, muy levemente manifiesta en la terminación

enfática en *aleph* y en la femenina *than*, y más que esto las formas de las letras *nem* y *shim*, inducen á creer que en el reinado del segundo de los dos Hiranes fué la época de la aventura, y que el viaje por tanto se efectuó en los años 543 y 542 antes de Cristo; esto es, ventiséis años después del sitio de Tiro por Nabucodonosor y cuatro años antes que reinara Ciro.

« La inscripción no declara á cuál de los dos monarcas fenicios se refiere, como al Hiram de la época. El primer Hiram de los dos historiadores fué el Hiram aliado de Salomón, y reinó de 980 á 947 antes de Jesucristo, bajo la prisión de Babilonia y Egipto. Mas, sea cual fuere, esta inscripción es una de las más antiguas, evidentemente la más notable constancia descubierta hasta ahora, con relación al heroico é ilustrado pueblo á quien, según parece, fueron conocidos todos los mares. »

Aquí tenemos pues á los Fenicios descubriendo las regiones orientales de América, en tanto que pueblos diferentes, los Esquimales por el Norte, y los pueblos del Asia oriental por el Occidente, se adueñaban de la región montañosa de los Andes, para establecer en ella los tres imperios de la civilización americana; floreciente muchos siglos antes que el europeo moderno viniera, en el siglo XVI, á cambiar del todo la faz del Nuevo Mundo.

III

Origen de un jeroglífico Muysca. — Desagüe de los lagos andinos de Colombia. — Cataclismo geológico revelado por los indios. — Desagüe de los lagos venezolanos. — Los indios Alousi. — El diluvio de los Tamanacos. — Antigüedad de los jeroglíficos venezolanos. — Opiniones de Humboldt. — Conclusión.

Hay en la vecina República de Colombia dos monumentos de indígenas que manifiestan la más alta cultura á que llegó la nación Muysca, en los primitivos días de América. En los Andes del Estado Boyacá, cerca de la confluencia de los ríos Gameza y Sogamoso, levántase una piedra piramidal llena de jeroglíficos tallados á cincel. Es el monumento que erigieron, cinco siglos antes de la conquista, los aborígenes de Cundinamarca, para recordar un gran cataclismo geológico: el desagüe repentino de los dilatados y profundos lagos que poblaron las elevadas regiones de los Andes de

Cundinamarca, desde Paipa hasta Topaga y desde Pasca hasta Sogamoso, la Roma de los Chibchas, como la llamaron los conquistadores. Un día, sin saber por qué, los indios presenciaron aquel cataclismo que á manera de diluvio rompió los diques del lago Fuquene, precipitando sus aguas en el actual cauce del turbulento Saravita, y dejando en seco extensas y fértiles llanuras, mientras el lago Sogamoso, recibiendo las aguas de los superiores que yacían en sus cercanías, en las alturas de Tunja, se desbordaba hacia Gameza, cual catarata infernal que no respetó ni montañas seculares, ni las grandes rocas de los Andes.

¡Cuánto no debió ser el asombro de los indígenas al presenciar un fenómeno del cual no tenían idea, ni ellos ni sus progenitores! En presencia de un cataclismo semejante que arrasó poblados y sementeras y difundió el espanto por todas partes, la tradición no podía menos que consignar en sus páginas de piedra aquel acontecimiento geológico; y esto es lo que refieren los monolitos de Gameza y Sogamoso.

¿De qué manera quisieron los Muyscas conmemorar el desagüe de sus lagos? — Por medio de figuras que representan hombres que huyen y escalan las cordilleras, y en cuyos semblantes se pinta el pánico que los precipita. Pero de nada valdrían estas figuras alegóricas si no estuvieran acompañadas por el signo hidrográfico, la rana, que en unión de otras figuras, simboliza, en el calendario de los Muyscas, el principio, la abundancia y el decrecimiento de las aguas en la estación lluviosa. Refiere Codazzi que en la piedra de Saboyá, situada sobre las rocas que quedaron en seco, y orientada hacia el lugar por donde rompió el lago sus barreras, se repite la figura de la rana encogida, signo del decrecimiento y ausencia de las aguas. Por lo contrario, en la piedra de Gameza, erigida fuera del antiguo asiento del lago de Sogamoso, en el lugar por donde se precipitaron las aguas revolcando valles y serranías y excavando el lecho del Chicamocha, se ve grabada la figura de la rana con la cola y patas abiertas, signo de las aguas abundantes; y para indicar que esas aguas vinieron repentina y violentamente, fueron grabadas también figuras de hombres en ademán de subir con los brazos extendidos hacia lo alto y en actitud de espanto.

Rocas con jeroglíficos más ó menos semejantes se encuentran en

otros lugares de Colombia, sobre todo, en el valle del Magdalena que debió recoger, durante aquel cataclismo, todas las aguas de las elevadas cimas. De manera que los aborígenes de Colombia, los Muyscas, han dejado monumentos elocuentes que hacen conocer no sólo la historia de su progreso, sino también la de una de las convulsiones geológicas, de que fué testigo el hombre de América, en los últimos siglos que precedieron al descubrimiento del Nuevo Mundo.

¿Deberemos nosotros reconocer en los jeroglíficos de una gran parte del Orinoco, un recuerdo de los días en que se derramaron los numerosos lagos que existieron en el alto Llano de Venezuela, ó nos cuentan aquellos la formación del golfo de Cariaco, el hundimiento de las costas orientales ó la separación del continente de la isla de Trinidad? La altura á que están esculpidas muchas de las figuras, atestigua que son contemporáneas de las grandes aguas, cuando dilatados lagos llenaban las elevadas regiones del Orinoco y de una gran parte de los Llanos; cuando las rocas aisladas, hoy en los bosques ó en las planicies, y los morros de la Galera, en los llanos de Venezuela, centinelas del antiguo mar, eran los islotes de arenisca que sobresalían en medio de las tranquilas aguas que simulaban un mar interior; cuando los indígenas de la época lacustre de Venezuela podían atracar sus toscas canoas al pie de las rocas, y grabaron, en la superficie reblandecida, figuras alegóricas de los astros y de los animales terrestres. Todos estos jeroglíficos existían antes que causas internas lavantaran el fondo del antiguo mar y precipitasen las aguas, hasta entonces tranquilas, de una manera violenta, al Sur y al Este, en solicitud de las bajas regiones atlánticas.

Pero, si ellos son contemporáneos de la época lacustre ¿qué significan, qué acontecimientos interpretan, qué historia de los antiguos pueblos conmemoran? Para nosotros, algunos de estos dibujos simbólicos recuerdan el último cataclismo americano, otros fijan la tradición universal que ha existido en todos las pueblos de la tierra, — el diluvio; y otros la entrada en la tierras americanas de los primeros hombres que comenzaron á poblarla, muchísimos siglos antes del cristianismo. Estudiemos las antiguas leyendas de Venezuela y encontraremos la escultura simbólica, como el primer germen de una civilización en la aurora de su historia.

Refiere Schomburgk que los indios Macousi, en las regiones del Esequibo, creen que el único ser racional que sobrevivió á una inundación general, volvió á poblar la tierra cambiando las piedras en hombres. Este mito, añade Humboldt, fruto de la brillante imaginación de los Macousi, y que recuerda á Deucalión y Pirra, se reproduce todavía bajo diferentes formas entre los Tamanacos del Orinoco.

Debemos la tradición de los Tamanacos, sobre la formación del mundo, después del diluvio, á un célebre misionero italiano, el padre Gilii que vivió mucho tiempo en las regiones del Orinoco. Refiere este misionero que Amalivaca, el padre de los Tamanacos, es decir, el Creador del género humano, llegó, en cierto día, sobre una canoa, en los momentos de la grande inundación que se llama la *edad de las aguas*, cuando las olas del Océano chocaban en el interior de las tierras, contra las montañas de la Encaramada. Cuando les preguntó el misionero á los Tamanacos, cómo pudo sobrevivir el género humano después de semejante catástrofe, los indios le contestaron al instante, que todos los Tamanacos se ahogaron, con la excepción de un hombre y de una mujer que se refugiaron en la cima de la elevada montaña de Tamacú, cerca de las orillas del río Asiverú, llamado por los españoles Cuchivero; que desde allí, ambos comenzaron á arrojar, por sobre sus cabezas y hacia atrás, los frutos de la palma moriche, y que de la semilla de ésta salieron los hombres y mujeres que actualmente pueblan la tierra. Amalivaca, viajando en su embarcación grabó las figuras del sol y de la luna sobre la roca pintada (*Tepu-mereme*) que se encuentra cerca de la Encaramada.

Humboldt vió la gran piedra que los indios le mostraron en las llanuras de Maita, la cual era, según los indígenas, un instrumento de música, el *tambor de Amalivaca*.

La leyenda no queda, empero, reducida á esto, según refiere Humboldt. Amalivaca tuvo un hermano, *Vochi*, quien le ayudó á dar á la superficie de la tierra su forma actual: y cuentan los Tamanacos, que los dos hermanos, en su sistema de perfectibilidad, quisieron, desde luego, arreglar el Orinoco de tal manera, que pudiera siempre seguirse el curso de la corriente al descender ó al remontar el río. Por este medio esperaban ahorrar á los hombres el uso del remo, al buscar el origen de las aguas, y dar al Orinoco un

doble declive; idea que no llegaron á realizar, á pesar de su poder regenerador, por lo cual se vieron entonces obligados á renunciar á semejante problema hidráulico.

Amalivaca tuvo dos hijas que tuvieron un decidido gusto por los viajes; y la tradición refiere, en sentido figurado, que el padre les fracturó las piernas para imposibilitarles en sus deseos de viajar y poder de esta manera, poblar la tierra de los Tamanacos[1].

Después de haber arreglado las cosas en la región anegada del Orinoco, Amalivaca se reembarcó y regresó á la otra orilla, al mismo lugar de donde había venido. Los indios no habían visto desde entonces llegar á sus tierras ningún hombre que les diera noticia de su regenerador sino á los misioneros, é imaginándose que la otra orilla era la Europa, uno de los caciques tamanacos preguntó inocentemente, al padre Gilii : « Si había visto por allá al gran Amalivaca, el padre de los Tamanacos, que había cubierto las rocas de figuras simbólicas. »

No fué Amalivaca una creación mítica sino un hombre histórico, el primer civilizador de Venezuela, cuyo nombre se ha conservado en la memoria de millares de generaciones.

« Estas nociones de un gran cataclismo, dice Humboldt, estos dos entes libertados sobre la cima de una montaña, que llevan tras sí los frutos de la palma moriche, para poblar de nuevo el mundo; esta divinidad nacional, *Amalivaca*, que llega por agua de una tierra lejana, que prescribe leyes á la naturaleza y obliga á los pueblos á renunciar á sus emigraciones; y estos rasgos diversos de un sistema de creencia tan antiguo, son muy dignos de fijar nuestra atención. Cuanto se nos refiere en el día, de los Tamanacos y tribus que hablan lenguas análogas á la tamanaca, lo tienen sin duda de otros pueblos que han habitado estas mismas regiones antes que ellos. El nombre de Amalivaca está extendido sobre un espacio de más de cinco mil leguas cuadradas, y vuelve á encontrarse como designando al *Padre de los hombres* (nuestro grande abuelo) hasta entre las naciones Caribes, cuyo idioma no se parece al Tamanaco más que el alemán y el griego, al persa y sánscrito. *Amalivaca* no es primitivamente el *Grande espíritu* y el *Viejo del cielo*, este ser

1. Gilii, *Saggio, de historia americana.*

invisible, cuyo culto nace del de la fuerza de la naturaleza, cuando los pueblos se elevan insensiblemente al sentimiento de la unidad, sino más bien, un personaje de los tiempos heroicos, un hombre que viniendo de lejos, ha vivido en la tierra de los Tamanacos y Caribes grabando rasgos simbólicos sobre las rocas; y desapareciendo para irse más allá del Océano á países que había habitado antiguamente. El antropomorfismo de la divinidad tiene dos principios diametralmente opuestos; pero esta oposición no resulta precisamente de sus diferentes grados de ilustración, sino de las disposiciones de los pueblos inclinados, unos, á lo místico, y otros, dominados por los sentidos y las impresiones exteriores. Amalivaca fué un extranjero como Manco-Cápac, Bochica y Quetzalcohualt, estos hombres extraordinarios que, en la parte alpina ó civilizada de América, sobre las llanuras del Perú, Cundinamarca y Anahuac, organizaron la sociedad civil, arreglaron el orden de los sacrificios y fundaron las congregaciones religiosas. El mejicano Quetzalcohualt, cuyos descendientes creía reconocer Montezuma en los compañeros de Cortés, ofrece una semejanza más con Amalivaca, que es el personaje mitológico de la América bárbara, ó de las llanuras de la zona tórrida. Avanzando en edad, el gran sacerdote de Tula dejó el país de Anahuac, que había llenado de milagros, para volver á un país desconocido, llamado Tlalpallan. Cuando el fraile Bernardo llegó á Méjico, se le hicieron exactamente las mismas preguntas que doscientos años antes se habían hecho al misionero Gilii en los bosques del Orinoco, y se quiso saber si venía de *la otra orilla*, de los países á donde se había retirado Quetzalcohualt[1]. »

De cuanto dejamos consignado en este Estudio se desprende que, solo algunas de las naciones que poblaron el continente americano, llegaron á un grado avanzado de cultura intelectual. Herederas de una civilización asiática, que se desarrolló de una manera lenta pero segura, hubieron de dejar los monumentos de su antigua grandeza y los rasgos más característicos de su historia. La dilatada región al Este de los Andes no participó en nada del influjo que sobre ella pudieron tener las naciones limítrofes, y sorprendidos sus moradores por la conquista, no pudieron presentar ningún monu-

1. Humboldt, *Viajes al Orinoco.*

mento que los recomendase á los ojos de sus nuevos dominadores. Tribus ignorantes y belicosas, devoradas entre sí, sin conocimientos astronómicos y sin gobierno civil, opusieron, sin embargo, la gran resistencia que inspira el amor patrio, y después de luchar hasta el heroísmo, sepultáronse en las selvas con sus recuerdos, con sus tradiciones, con sus conquistas, para no dejar en pos de sí, sino sus sepulcros guardados á orillas de sus ríos majestuosos ó bajo las sombras de sus selvas seculares.

LA BELLA FRASE

EN LAS LENGUAS AMERICANAS

Al general Andrés A. Level.

No son los episodios sublimes de la lucha lo que más cautiva nuestro espíritu, cuando, estudiando la historia del continente americano, nos remontamos á los primeros días de la conquista castellana, sino las páginas de lo pasado veladas por el misterio, los monumentos históricos, las naciones indígenas y sus idiomas, tan diversos, tan llenos de variantes.

Ninguna conquista ha dejado á la civilización moderna un acopio de trabajos literarios y científicos, tan rico y fecundo, como la conquista de América por los castellanos. Cuando parecía que todo iba á quedar sepultado bajo las ruinas de la lucha empeñada entre dos razas que se disputaban la posesión del continente; cuando á los estragos del fuego y de la matanza desaparecían millares de hombres, se hundían los imperios indígenas, y los conquistadores coronados de gloria escalaban las más altas cimas para clavar el estandarte de Castilla sobre las nevados Andes; fué entonces y en medio de aquella vorágine de la conquista, que no respetó creencias, ni gobiernos, ni tuvo compasión á la desgracia, ni fraternidad para con los hombres; fué entonces, en medio de aquel estado caótico que tuvo por fuerza la espada y por culto el exterminio, cuando

aparecieron los apóstoles de la conquista pacífica que debía suceder al estruendo de las batallas y al sacrificio de los pueblos. La llegada de los misioneros españoles, en América, trayendo la cruz por divisa, y por misión la doctrina, hubo de echar por tierra el hacha del verdugo, detener los estragos de la guerra, dar tregua al espíritu aventurero, sostener la autoridad vacilante y atraer, con la caridad y mansedumbre evangélicas, las poblaciones indígenas que, de pie sobre la tumba de sus progenitores y sostenidas por la justicia, sabían morir en defensa de sus hogares y de su patria.

Con semejante política por parte de España y debido á su benéfico influjo, salváronse las tradiciones antiguas, los rudimentos del lenguaje americano, y pudieron estudiarse los monumentos que habían desafiado los siglos, como testigos de épocas remotas. Por el pronto aparecieron los tres imperios de América: Anahuac, Cundinamarca y Perú, no como naciones salvajes, sino como heraldos de una civilización antigua, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, probando con sus anales, tradiciones, monumentos, artes y ciencias, que no era América un pueblo inculto, sino el representante de la civilización asiático-europea, desde que en muy remotos días, pueblos del antiguo hemisferio conquistaron la tierra americana é importaron en ella el arte etrusco, la astronomía egipcia, el papirus, los quipos, la escritura simbólica, la arquitectura de Babilonia y de Ménfis que debía ostentarse en las ruinas de Copan, de Mitla y de Palenque, en las pirámides de Cholula, en los canales de Méjico, en los templos de los Incas; cuando pueblos del Norte de Europa, del Asia, y del Mediterráneo comenzaron á poblar la tierra americana y dejaron sobre las rocas de las montañas, los recuerdos de su peregrinación, los monumentos de su industria y de una historia de siglos ignorada durante mucho tiempo por la mitad del género humano.

¡Cuántas crónicas, cuántas obras sobre la historia de América, cuántos trabajos y elucubraciones escritas después de la victoria, y en medio de naciones sometidas, no por la fuerza de las armas, sino por el lenguaje persuasivo de una religión, que hizo de los obstinados defensores, los neófitos de la nueva creencia! La gloria más pura de España, en la conquista del Nuevo Mundo, no está, como hemos dicho, en las aventuras fabulosas de la esforzada lid que resucitó la época heroica de los hypántropos, sino en el encargo apos-

tólico que confió á aquellos pastores sostenidos por el espíritu evangélico á quienes el mundo llama los *Misioneros de Dios*. Fueron estos los varones constantes que fundaron los primeros pueblos, que talaron las montañas, que cultivaron las tierra, que pacificaron la América y salvaron su historia, sus tradiciones y su lengua. Tras la ruina vino la reconstrucción: obra de un instante fué la codicia; mientras el encargo apostólico fué obra de siglos. Aun continúa con brillo en los pueblos del Asia, de la Oceanía y en los desiertos del África, sostenida por la fe, con la cual comenzó su obra inmortal en el Nuevo Mundo. Es la idea iniciada por España ahora tres siglos, que cosecha ópimos frutos en beneficio de la civilización universal.

Puede decirse que España fué en América, después de la primera lucha, verdaderamente educacionista. La historia colonial de Méjico, del Ecuador y del Perú así lo comprueban. La introducción de la imprenta en América, cuando muchas de las naciones principales de la vieja Europa no la conocían; los primeros colegios de Méjico, fundados expresamente para la educación de los príncipes indígenas; los planteles de enseñanza fundados en Lima y Quito, después de vencidos los Incas; el trabajo incesante de los misioneros en el estudio de las lenguas americanas; los cronistas nombrados por España para salvar del olvido la historia del continente; todo esto da á la conquista castellana un sello de grandeza que habla muy alto en pro de la España de Carlos V. Desgraciadamente, aquel primer empuje fué transitorio, y apenas las nuevas colonias comenzaron á dar síntomas de progreso, cuando España, llena de temores y bajo la influencia de ideas supersticiosas, se detuvo en el camino que había emprendido. No fué culpa de ella sino de las épocas que siguieron al descubrimiento del Nuevo Mundo. A pesar de todo, aquella fundó en América una civilización que podrá modificarse, pero de ninguna manera destruirse. Nosotros heredamos de España sus vicios, sus errores, pero también sus grandes virtudes.

Debido á los esfuerzos y naturales tendencias de una nación poderosa que comprendió, muy en breve, la influencia de una política pacífica, fué como pudieron escribirse los anales de la conquista y conocerse las obras de arte, los jeroglíficos, la ciencia y los diversos medios de que se valieron los pueblos del continente para trasmi-

tir á las futuras generaciones los principales sucesos de su antigua historia. A los misioneros se deben los primeros trabajos, no solo sobre la historia antigua de América, sino también los primeros rudimentos sobre geografía, hidrografía é historia natural, como igualmente la introducción y cultivo de los productos naturales de Europa. Los misioneros fueron los primeros maestros en la enseñanza de los pueblos del continente, y también los primeros etnógrafos americanos. Sin las elucubraciones filológicas de los misioneros, la ciencia moderna no habría podido estudiar las diversas lenguas del Nuevo Mundo, ni fijar su filiación científica. En el estudio de las lenguas y de las razas que poblaron la América, los trabajos de los misioneros constituyen la base indispensable y necesaria de la etnografía de una gran porción del género humano.

No es nuestro ánimo estudiar el mecanismo admirable de estos idiomas, en los cuales la más sencilla expresión, la radical, está representada en muchos casos, por una letra : menos aún, intentamos seguir las modificaciones del verbo, el cual, según Humboldt, tiene formas múltiples, debidas á un plan artificioso, por medio del cual se anuncian anticipadamente la naturaleza y conexiones del régimen y del sujeto. Nuestro objeto al escribir estas páginas se limita solamente á considerar las lenguas del Nuevo Mundo bajo su punto de vista estético, es decir, como expresión de la cultura intelectual del pueblo americano en las dos secciones del hemisferio. Un capítulo de D'Orbigny nos sirve de guía al ocuparnos en esta materia. « Se ha supuesto algunas veces, por carencia de conocimientos positivos, dice este sabio[1], que casi todas las lenguas americanas eran toscas, tenían poca extensión, carecían de vocablos para expresar un pensamiento, una idea, y aun la pasión. Pero, bajo este como bajo otros puntos de vista, se ha cometido un error. Si los Quechuas y los Aymaras civilizados poseen un idioma extenso, rico en figuras elegantes, de comparaciones sencillas, poético, sobre todo, cuando se habla del amor, no debe creerse que aisladamente en medio de las montañas salvajes ó en las llanuras dilatadas, los pueblos cazadores carezcan de las for-

1. D'Orbigny, *l'Homme américain*.

mas elegantes del lenguaje y de figuras tan ricas como variadas. Los voluminosos vocabularios de los Chiquitos nos dan una prueba en pro de esta aseveración. Por otra parte, si así no fuera ¿ qué podrían decir esos oradores incansables, los Patagones, los Puelches, los Yarúcares, los Araucanos, á quienes hemos visto conmover sus auditorios é inspirar con sus discursos á la multitud? ¿ De qué se compondrían, entre los Guarayos (tribu de los Guaraníes) sus himnos religiosos tan ricos de imágenes? Mientras más penetramos en el genio de las lenguas americanas, mejor concebimos y conocemos, en lo general, que ellas son en extremo ricas y abundantes. Si pudiera estudiarse á fondo el guaraní, el quechua, el chiquito, como se estudia el griego y el latín, podríamos convencernos del hecho. En la generalidad de los casos, se juzga muchas veces, una nación por alguno de los individuos que la constituyen, reducidos, sometidos, casi esclavos en las misiones; individuos en quienes el espíritu nacional cede bajo el peso de la servidumbre. ¿ Podría decirse por esto, que semejantes seres se han embrutecido por completo? En el hombre, en su estado libre y con la práctica de los usos primitivos, es que debemos estudiar ese estado del espíritu en el cual la exaltación de los sentimientos caracteriza la nacionalidad. »

Estas apreciaciones de D'Orbigny, tan justas como racionales en favor de los pueblos que habitan el extremo Sur de América, son igualmente exactas respecto de las otras naciones del continente; en el Quechua ó Peruano, como en el Muysca, el Caribe, el Tamanaco; como el Guaraní, el Maya, y el Azteca y hasta los pueblos incultos de la América del Norte. En el idioma de todos y cada uno de los pueblos del continente existen ideas que indican una cultura intelectual muy notable, un sentimiento estético de la naturaleza que los hace remontarse á la época de su antiguo poderío, cuando el hombre asiático-europeo trajo á América las bases de la civilización antigua, y levantó en el curso de los siglos, los monumentos que debían sucederle después de haber poblado el Nuevo Mundo.

Sin ocuparnos en el estudio de los mitos americanos acerca de la formación del mundo, del nacimiento del primer hombre, del diluvio universal, etc., todos poblados de una belleza ideal que puede rivalizar con las poéticas alegorías de Grecia, de Egipto y del Asia; sin ocuparnos en los estudios astronómicos de los Quechuas, Naguas

y Muyscas, la idea primordial, la estética del lenguaje, como imagen de las facultades de la inteligencia, está representada en todos los pueblos del continente, cualquiera que hubiese sido el estado social que tuvieron en la época de la conquista. Estudiemos algunas palabras americanas, en su sentido natural y filosófico, y veremos comprobado cuanto hemos dicho respecto de las naciones que poblaron la América.

Esta materia es nueva en la literatura hispanoamericana, y estas líneas pueden servir como tema de estudio, sobre todo, hoy que existe una tendencia muy marcada, en ambos mundos á inquirir los orígenes americanos.

En las lenguas de origen semítico la definición de Dios está basada en alguno de sus principales atributos; así se dice: *El Unico*, *El Eterno*, *El Todopoderoso*, *El Justo*, *El Sabio*, *El Bueno*. De las tres familias en que están divididas las lenguas europeas, la Greco-latina aceptó como atributo principal de Dios, cuanto se refiere á esplendidez; así se dice: *Theos*, *Deus*, *Dios*, *Dio*, *Dieu*; voces derivadas del sánscrito Diu que significa *brillar*, *esplendor*. La familia Sajona-teutónica se fijó sobre la bondad, la pureza, la virtud, por excelencia: así, los ingleses dicen, *God*, los alemanes *Gott*, voces derivadas del sánscrito CUHD que significa *purificar*, *bondad*. La familia Eslava se fijó en la distribución, la riqueza; así, los rusos llaman á Dios, *Bog*, que se deriva del sánscrito CLAJ, que significa *repartir*, *distribuir*[1].

En las lenguas americanas el nombre de Dios comprende no solo algunos de los atributos de la Divinidad, sino también su naturaleza física, tal como la concibieron los primeros pueblos del continente. Los Nahuas llamaron á Dios, HURACÁN, que significa *El corazón de la mar; El corazón del cielo y de la tierra.* Huracán es la fuerza, el poder creador restableciendo el equilibrio perdido en la naturaleza material. Los Nahuas no podían concebir al Autor del Universo sino en el cataclismo, cuando bambolean las montañas, cuando se estremecen los continentes, cuando el Océano enfurecido, vertiginoso, terrible, se retuerce en la profunda cuenca que le sirve de prisión.

1. BOP, *Glosaire sánscrit.* — RIVÁS BALDWIN, *Discurso inaugural de la clase de inglés en la Universidad de Caracas.*

Los Caribes de las Antillas han sido más sencillos en el nombre de Dios. Llamáronle *Jamosi-Rabotana*, que quiere decir, El viejo del cielo. Es la idea del tiempo encanecido por los siglos, representado por la senectud pacífica, vigilante, de mirada compasiva, de mano bienhechora que sabe distribuir los ricos dones de la fecunda naturaleza.

Los Quechuas fueron más elocuentes al expresar el nombre de Dios. *Vinai-Huaina*, dicen ellos, lo que significa, El eternamente joven. He aquí la naturaleza tropical siempre armoniosa, siempre fecunda, poblada de cantos y de colores. Abajo, el valle siempre verde, la vegetación florida, los ríos majestuosos y murmurantes, la vida orgánica bajo sus mil formas, la luz terrestre. Arriba, la pirámide que escala los cielos con su cima cubierta de nieves eternas, y los astros en medio de la noche serena, como eterna imagen del Autor del Universo. He aquí la savia que no se extingue, la naturaleza que se renueva sin cesar, la armonía inagotable; porque el sol, la latitud, el huracán y el tiempo, no son sino luces del cuadro inmortal que representa la eterna juventud de Dios.

Pero, si en el huracán, en la eterna juventud, en la vejez venerable, hay atributos de Dios, todo cuanto se pueda decir del Autor del Universo está comprendido en la elocuente frase de los Guaraníes. Estos llaman á Dios por medio de una interrogación, Tupa? voz compuesta de dos partículas, la admiración *Tu* y la interrogativa *pa*, que quieren decir, ¿ Quién es ? ¿ Qué puede haber más expresivo que este nombre de Dios ? En él están refundidos todos sus atributos. No existe para el Guanarí palabra humana que pueda definir al Creador. ¿ Quién es ? — Esta frase es la síntesis del idealismo, es la admiración del hombre que contempla lo inmenso de la obra y no puede darse cuenta de la sabiduría del Artífice : es el resumen de la razón contemplativa que absorta ante el cuadro del Universo, no puede definirlo, ni comprenderlo. Dios mismo dijo : « Yo soy el que soy », con lo que quiso explicar que no había frase humana que pudiera abrazarlo.

Los Salivas, nación del Orinoco, llaman al cielo, *Tierra de lo Alto*, según refiere el abate Gilii ; y sol, quiere decir, *El hombre de la tierra alta*. Los Omaguas llamaban al cielo, *Euatema*, *ratana*, El

PAÍS SUPERIOR. Esta idea de considerar el cielo como otro país, perteneció también al pueblo hebreo que lo consideraba como *una bóveda sólida y extensa.* En el Deuteronomio, los astros son llamados la *Milicia del cielo.* Por lo que hace al sol, considerado por los salivas como *El hombre de la tierra alta*, esta frase tiene su origen en la época de los fenicios, de los mohabitas y ammonitas que personificaron al astro-rey.

Los Caribes de las Antillas llaman al arco iris *Alamoulou* ó *Youlouca*, que quiere decir, PENACHO DE DIOS. Es una idea muy original de los Caribes, la de representar en el arco de los siete colores de la luz el penacho de Dios, como un modelo del penacho de sus caciques, formado por una diadema de vistosas plumas. El símbolo de la mitología griega que representa á la mensajera de Juno transformada en arco-iris, no tiene la espontaneidad de la metáfora caribe. Entre los Incas, el iris fué, según Acosta, el blasón de la casa real.

Los Esquimales, en el extremo Norte de la América, llaman la *aurora polar*, LA DANZA DE LA MUERTE; mientras, en la región opuesta, los Patagones de las Pampas, creen que las constelaciones del cielo austral simbolizan *El espíritu de los muertos*, según Bryton. Nada tan solemne en las soledades del Polo Norte como las auroras que se suceden á cada instante. En aquellas regiones solitarias el hombre mismo enmudece ante la sublime majestad de la escena. La imagen de la muerte representada por la onda luminosa que se ensancha y se contrae, en virtud de un cambio de electricidad entre el espacio y la tierra, es una de las más bellas figuras con las cuales el ingenio humano ha podido significar la placidez del espíritu emancipado de la materia.

El cinto de Orion, llamado vulgarmente, *Las tres Marías; los tres Reyes*, lo llamaban los Quechuas, *Chakan*, que significa, LA ESCALERA, LA CRUZ. Los Chinos llaman al cinto de Orion, *Isau*, que significa TRES. Refiere Humboldt, que, preguntando á un indio Poignave, á orillas del Orinoco, el nombre de las tres Marías, aquel le contestó, *Fuebot.* El mismo indio le dijo que la luna se llamaba *Zenquerot.* He aquí dos vocablos, agrega el viajero, que tienen una fisonomía muy singular, como voces de origen americano. ¡ Cómo

los nombres de las constelaciones han podido trasmitirse á enormes distancias de una á otra nación! Estas palabras poignaves han llamado la atención de los sabios, que han querido encontrar un origen fenicio y mohabita en la voz *camasi*, de la lengua pareni. *Fuebot* y *Zenquerot* nos recuerdan las palabras fenicias *mot* (lutum), *ardod* (robur), *epoth*, etc.[1].

La Osa mayor, vulgarmente llamada *El carro*, la conocieron los antiguos griegos con el nombre de *Arates*, de donde se deriva la voz *ártico*. En la antigua lengua de los Galos, *arth* significa *oso*. Los Latinos decían, *Ursa mayor*, y los Iroquíes de la América del Norte la llaman *Okonai*, que significa también oso, según refiere Goguet. De manera que el nombre de esta constelación es uno mismo en casi todos los pueblos de la tierra.

Japura-Rayouba, Cabeza de váquira, llama una tribu del Brasil á las Hiades. Herschel observa que esta constelación afecta diversas formas, según la latitud bajo la cual se la observa.

La estrella del alba la llaman los Quechuas, *Chiptaca*, que significa, La ardiente. Estos mismos llaman las estrellas *K'Koyllur*, que quiere decir, Luz redonda en las profundidades del espacio. Entre los indios, según Arago, Venus se llamaba *Sukra*, es decir, La brillante, y también *Daitya-guru*, La reina de los titanes. Los Patagones llaman la cruz del Sur, *Amnie*, que significa Avestruz. Los Quechuas dicen *Chakana*, que equivale á El crucero, La escalera.

Según Schomburgk, los Arecuis en la Guayana inglesa, llaman al cometa, *Watáimá*, y los Wepinanos, *Capishi*, nombres que significan. El espíritu de las estrellas. Hermosa frase para significar el polvo cósmico, la génesis celeste en su primera evolución giratoria! Los Mácusies, en la misma región del Orinoco, llaman al cometa *Copeeseima* que quiere decir, Nube orgullosa; y también *Wocinopsa*, que equivale á Un sol castigando las luces que lo siguen. Esto es admirable en pueblos tan incultos y distantes del contacto de la civilización. Mientras para las naciones civilizadas los cometas fueron, en pasadas épocas, signos de mal angurio, el indio salvaje del Orinoco no vió en ellos sino una ley de la atracción, *la nube*

1. Humboldt, *Viajes al Orinoco*.

orgullosa, el polvo cósmico como representante *del espíritu de las estrellas*.

Los Quechuas llaman al cometa *Akkochiunchay*, que equivale á Arena brillante, y también, Cabellera de arena.

Las Pléyades llamadas vulgarmente la Pollera y también las Cabrillas, traen su nombre del griego *pleo*, navegar. Los Quechuas las conocen con el nombre de *Kollka* que significa La asamblea, palabra derivada del sánscrito *Kull* (reunión), según López. Los Aztecas le dieron el nombre de *Omuch* que equivale á *grupo*. Ellos figuraban en esta constelación el grupo de los cuatrocientos Nahuass compañeros de Hunappu, después de la apoteosis de éste, según refiere la leyenda azteca[1].

Los Cumanagotos y Goagiros que no estuvieron á la altura de los Aztecas y de los Quechuas, llaman á las Pléyades, *Madaguarado* que significa Racimo de mayas[2]. En efecto, el grupo de las Pléyades tiene la forma de un racimo; y los Cumanagotos y Goagiros no han encontrado nada mejor con qué comparar la bella constelación de los navegantes, que con los dorados racimos de sus mayales.

Los mismos Cumanagotos llaman la *exhalación ó estrella cadente*, Luz que corre (que se mueve con rapidez); mientras los Guaraníes la llaman *Tatá-bebé*, que equivale á, Fuego que vuela. Refiere el abate Gilii, que, en las orillas solitarias del Casiquiare, los indígenas de la misión vasiva llamaban las estrellas cadentes, orina de los astros; y el rocío que se deposita en perlas sobre las bellas hojas de la heliconia (bijao), Saliva de los astros. Estas imágenes toscas, indican que estos pueblos están aún en la infancia, y que sus imágenes intelectuales van de acuerdo con la cultura de su espíritu. El mito popular de los lithuanianos acerca del origen de las estrellas cadentes, muestra más gracia y nobleza en la facultad del espíritu que da á todo una forma simbólica, según dice Humboldt. Citando este sabio á Jacobo Grim, nos refiere que, cuando un niño nace en las bellas regiones de Lithuania (regiones del Báltico), Warpeja hila para aquel el hilo del destino, el cual remata con una

1. Brasseur, *le Livre sacré des mythes*.
2. Maya, planta de la familia de las *Bromeliáceas*, cuyos frutos están agrupados en racimos.

estrella. Mas en el instante de la muerte, el hilo se rompe y la estrella se desprende, palidece y se apaga.

A Sirio, el más bello de los soles del firmamento, lo llamaron los Quechuas, *Urkku-K'killay*, que significa LA MONTAÑA DE HIERRO, LA MONTAÑA INMÓVIL. Con esto querían decir, que Sirio era, según sus estudios astronómicos, el centro del Universo.

En algunos idiomas americanos, según Humboldt, la Luna se conoce con el nombre de *Sol de noche*. Los indios del Canadá dicen, *Nipia Kisathwa*, que equivale á SOL QUE DUERME. Los Quechuas la llaman *K'Killa*, LA BLANCA, LA BRILLANTE, del sánscrito *Kit*, BLANCO, BRILLANTE, según López.

El relámpago se llama en guaraní, *Amaberá*, que se traduce por, RESPLANDOR DE LA NUBE QUE TRAE AGUA.

La Vía láctea, Galáctea de los antiguos, Camino de leche de los griegos, lo llaman los campesinos de Santiago de Compostela, en Galicia, CAMINO DE SANTIAGO. Estos nombres han prevalecido en casi todos los pueblos. Pero, los nombres indígenas de la Vía láctea son todavía más hermosos y científicos. Los Caribes la llaman, *Hueyu-ku*, que significa, MANSIÓN DEL SOL, según Muller[1]. Este nombre implica la definición astronómica, pues el sol con su cortejo de planetas, está en un punto de la isla luminosa de los cielos, cuyas orillas constituyen la Via láctea. Los Quechuas llaman la Via láctea, *Kata chillay*, que significa, VÍA DE POLVO LUMINOSO Ó ASAMBLEA DE POLVO LUMINOSO Ó CÓSMICO. Los peruanos comprendían en esta frase la cruz del Sud que, como dice López, sirve á la Vía láctea de pórtico austral[2].

Los chinos y los árabes llaman la Vía láctea *Río celeste*. Los Aztecas, *Cittallinycue*, que quiere decir, ENAGUA ESTRELLADA. Como los Caribes que representaban en el iris, el penacho de Dios, modelo del penacho de sus caciques, así los Aztecas representaron en la Vía láctea la vestidura de sus mujeres. *La enagua de los cielos* (la vesta de los cielos), este nombre está en armonía con la blancura vaporosa de esas miriadas de mundos que se presentan á la mirada del astrónomo *como polvo de oro*. Los antiguos Aztecas según Cas-

1. MULLER, *American Urreligioen*.
2. LÓPEZ, *les Races ariennes du Pérou*.

tillo, cerraban su ritual con una fiesta en honor del sol y de la Vía láctea. Después de variadas ceremonias en presencia de la imagen del astro, se inmolaban los cautivos, á media noche, y todo el mundo, hacía penitencia, sacándose sangre de las orejas, y depositando respetuosamente espinas sobre los altares del astro rey.

Pero, ni la ficción griega que supone la Vía láctea formada de la leche de Juno derramada por la boca de Júpiter; ni el *Río celeste* de los Chinos y de los Árabes; ni la *Vía de polvo luminoso* de los Quechuas; ni la *Mansión del sol* de los Caribes, ni, finalmente, la *Enagua Estrellada* de los Aztecas, tienen la belleza de la frase con la cual conocen la Vía láctea los salvajes de las praderas del Misisipí. Para éstos la grande isla luminosa, se llama, EL CAMINO DE LAS ALMAS. ¿Qué puede haber más filosófico que esta frase? ¿ No se comprende en ella la idea del alma inmortal? En todos los pueblos existe la creencia de que el espíritu del hombre, después de la muerte, asciende á las regiones luminosas donde se supone que está Dios. La dicha eterna no parece estar en la tierra, cuerpo opaco que sirve de tumba á los despojos de la carne, sino en el seno de esas regiones ignoradas que el espíritu presiente y que aparecen á la mirada contemplativa como reguero de luz. EL CAMINO DE LAS ALMAS, esto quiere decir; el ser moral purificado por la desgracia, emancipado por la muerte, que asciende en pos de la recompensa eterna, de la luz inextinguible, del *Ser eternamente joven*, según la feliz expresión de los Quechuas.

Si pasamos de los nombres astronómicos á los familiares, hallaremos que la belleza en las palabras compuestas no decae, y que en los mismos pueblos, la metáfora conserva siempre su brillo.

En la lengua Tamanaca según Gilii[1], la avispa tiene un nombre que equivale á *Padre de la miel*. Los dedos del pie se llaman *los Hijos del pie*, y los hongos, *las Orejas del árbol*. Los Cumanagotos llaman la colmena, *Huepatir*, que significa, CASA DE LA ABEJA.

Los Caribes tienen igualmente figuras semejantes equivalentes á este y otros nombres. Para ellos, el pulso equivale á *El alma*

1. GILII, *Saggio de Historia americana*.

14

de la mano. Respira, refresca tu corazón, dicen ellos. Esta metáfora es hasta cierto punto, fisiológica y exacta.

Pero, en ninguna de las naciones indígenas del Nuevo Mundo la metáfora es tan bella como entre los Guaraníes. « El Padre Ruiz Montoya, dice Gutiérrez, hace en lacónicas palabras el elogio de la lengua guaraní, aseverando que es tan propia, que, desnudas las cosas, las da vestidas de su naturaleza, aludiendo en esto á la exactitud con que los sustantivos compuestos califican en ella las cosas á que corresponden[1]. Cuando la niña ha entrado en la pubertad, usan los guaraníes la expresión *icam* que despierta la idea de un desarrollo físico completo, porque *icano* (muchacha) quiere decir *ya tiene seno*. El estado interesante de la mujer se expresa con un vocablo que encierra una metáfora delicada, digna, como dice Gutiérrez, del idioma de un pueblo culto : *purua* (preñez) se compone de *puru* (tener) y de la partícula *a* que significa *fruto*. Un niño que nace, es un fruto que se desprende de la planta : *menbirá* (dar á luz) se compone de *menbi* (hijo) y de *a* (caer). Los hermanos de un mismo alumbramiento se indican por medio de palabras que comprenden la comparación de los dos senos de la mujer; así como éstos se parangonan, en el famoso idilio de Salomón, condos cabritillos gemelos : *duo ubera tua sicut hinnuli gemelli*.

El pájaro-mosca llamado en Venezuela tucuso ó colibrí (nombres indígenas), lo llamaron algunos pueblos de América, *Guaraciaba* que equivale á RAYOS DEL SOL ; y también *Guaracigaba*, que quiere decir, CABELLOS DEL SOL. Esto nos recuerda el nombre de la palma *Temiche*, vocablo de los Guaraunos del Delta del Orinoco, que significa, PLUMA DEL SOL. En la mayor parte de los pueblos indígenas, al nombrar el pájaro-mosca, el colibrí, viene á la mente la idea del color, la piedra preciosa reflejando las miradas del sol. Entre los Quechuas, dominó la idea del sonido; por esto ellos dicen, *Kekenti*, que significa *zumbido*, una de las propiedades características del colibrí al cernerse, sobre la flor que le regala néctar y aromas.

En todos los países, la luciérnaga tiene un mismo nombre : que se la llame LUCIÉRNAGA, *lucciola*, *gusano luminoso* : siempre estas

1. GUTIÉRREZ, *Noticias sobre la lengua guarani*.

voces serán una derivación del griego *lampos*, BRILLAR. Los Cumanagotos llaman la luciérnaga *cucuiu* que significa, ESTRELLA DE LA TARDE. En los bosques de América, el sol no ha llegado todavía al ocaso, cuando las sombras reinan bajo la eterna bóveda de verdura. Es entonces cuando aparecen las legiones aladas tachonando el suelo y los árboles con sus linternas brillantes. Ningún nombre más bello para el insecto lucífero que el de *Estrella de la tarde*.

Todavía son más expresivos los Cumanagotos en el nombre que dan al algodón. Llámanlo *chipata* que significa, CASA DEL SOL. Semejante imagen nos recuerda aquellos versos del cantor de la zona tórrida.

> Y el algodón despliega al aura leve
> Las rosas de oro y el vellón de nieve.

Los geólogos modernos hablando de la cordillera de Los Andes, la llaman, *La espina dorsal del continente*, *El dorso de la tierra*. Esta bella figura, con la cual se quiere dar una idea de la gigantesca cordillera que se extiende á lo largo del Hemisferio americano, pertenece á los pueblos indígenas de la América del Norte, los *Denes-Dindjies* que habitan la región de los lagos. Estos pueblos llaman á las montañas rocallosas, *Ti-honamkkwene*, que quiere decir, LA ESPINA DORSAL DE LA TIERRA. No menos bella es la leyenda que se conexiona con la llegada del hombre asiático á la tierra americana. En el principio existió un gran gigante llamado Jakko-alt-ini (aquel cuya cabeza barre el cielo) que nos cerró la entrada de esta tierra desierta é inhabitada. Los hombres (Denés) le dieron casa y lo mataron. Su cadáver cayó entonces á través de los dos continentes, petrificóse y sirvió de puente, por donde los renos pasaron y repasaron de una á otra orilla. Los pies del gigante reposan sobre la orilla Occidental y su cabeza llega al Lago-frío[1]. ¿ Quién no reconoce, agrega Pelilot, en la forma de este apólogo, la narración de la llegada de los Dénes á América, y las luchas que tuvieron que sostener contra la aridez del suelo y la inclemencia del clima? Las montañas rocallosas que sirvieron de puente á los hombres para

1. PELILOT, *Mémoire sur les Dénes Dindjies*, vol. 1.° du Congrès des Américanistes.



pasar de Asia á América, fueron, según los Dénes, *El dorso del gigante.*

Refiere Codazzi que los indios Guahibos, en el alto Orinoco, llaman á los espejuelos, *El ojo de Dios*, porque vieron en cierto día, que concentrando los rayos del sol por medio de una lente, se inflamó la yesca.

Chaupi, punchapi tuda yarca, En la mitad del día le anocheció. Tal fué la respuesta sublime que dió al infortunado Caldas una india de la Cordillera de Cuenca, cuando el célebre naturalista preguntóle la causa de su tristeza. Acababa ésta de perder á su hijo en lo más florido de la edad, y en su dolor no encontró ninguna figura más elocuente para pintar la pérdida del ser querido, que la hermosísima frase : En la mitad del día le anocheció.

Podríamos multiplicar los ejemplos de frases admirables, de dichos ingeniosos, de etimologías artísticamente combinadas. Podríamos exponer el mecanismo admirable que distingue á las lenguas americanas, de las cuales dijo Water « que no tienen analogía con ninguna de las lenguas europeas sino con el vascuence considerado como el idioma más antiguo de Europa »; pero lo expuesto basta para dar á conocer el espíritu cultivado de la antigua sociedad americana. No fué en los días de la conquista castellana, cuando pudo estudiarse la civilización andina bajo todas sus fases, sino hoy, que la ciencia moderna en posesión de los trabajos de los misioneros, de las elucubraciones americanas, del examen de las ruinas y de los monumentos, después de un estudio comparado de las diversas emigraciones de los pueblos asiático-europeos, recoge los documentos, analiza, compara, crea, y restablece la verdad, declarando á la faz del mundo que, la civilización americana, en la mayoría de sus pueblos, tuvo una época de grandeza, heredera de los más adelantados pueblos del Asia, del África y de la Europa en los pasados siglos; y que á pesar de cuanto se ha escrito, después de la conquista castellana, aquella civilización no había todavía llegado á la época de su decadencia.

LAS RADICALES DEL AGUA

EN LAS LENGUAS AMERICANAS

A José Julián de Acosta,

Distinguido publicista de Puerto Rico.

El estudio de las radicales del agua, en el continente americano, no es para nosotros estudio de mero pasatiempo : propósitos más elevados nos estimulan. Si por una parte deseamos conocer nombres geográficos de un mismo origen etimológico, por otra queremos investigar la filiación de ciertos pueblos, el camino que ellos trazaron, la ley de sus emigraciones, sus conquistas de Oeste á Este ó de Sur á Norte, y hasta los orígenes primitivos de la población americana, oriunda de los pueblos del Asia, por un lado, de las regiones de Europa y Africa, por otro. El estudio de una sola de las radicales del agua, va á hacernos conocer las peregrinaciones del pueblo Caribe y de sus numerosas tribus, venidas de pueblos más adelantados que demoraban al Sur del hemisferio americano; la manera cómo se pobló la extensa región acuática que constituye las hoyas del Plata, del Amazonas y del Orinoco; y las conexiones que tuvieron, en remotas épocas, naciones que hoy existen en regiones del hemisferio diametralmente opuestas.

Los orígenes quechua y guaraní de algunas radicales del agua, van á ponernos de manifiesto las conexiones que tuvo el pueblo Caribe con las naciones que habitaron los Andes del Perú y de Bolivia, y con las que se establecieron en las Pampas del Plata. Toda la región oriental de la América parece haber participado mucho de la civilización de los pueblos del Sur. Los nombres geográficos nos indican el itinerario constante que siguió el pueblo Caribe, favorecido, en sus excursiones y conquistas, por la inmensa red de ríos navegables, al Este de América; pudiendo de esta manera aclimatar sus costumbres, imponer su idioma y dialectos á las tribus y naciones que conquistó, en la dilatada área de tierra que se extiende desde los Andes peruanos hasta las costas de Venezuela é islas del mar antillano.

Los Quechuas, los Guaraníes, los Moxos, los Chiquitos, y más al Norte, los Omaguas, los Salivas y otras naciones, fueron los pobladores de las sabanas y bosques de la gran región acuática al Este de los Andes. Su comercio, sus luchas y conquistas tienen que haber sido por agua, favorecidos por una naturaleza propicia á sus proyectos. Por esto abundan en esta región las radicales que pertenecieron á las naciones del Sur. En el estudio de esta materia probaremos, de una manera incuestionable, que ciertos nombres, en la historia del continente, son verdaderos signos topográficos que manifiestan la corriente seguida por algunos pueblos indígenas, en su emigración de Sur á Norte; y que las naciones primitivas de Venezuela participaron de una influencia, cuyo origen debe buscarse, no en los pueblos que conquistó la raza Caribe, sino en la cuna de la civilizacion peruana que la tuvo de los pueblos del Asia oriental.

De todas las radicales del agua, en los pueblos antiguos de la América del Sur, la que ha abrazado una zona geográfica más extensa, y ha impreso su sello sobre las grandes regiones acuáticas del continente, es la radical quechua-guaraní, PARA.

PARA, en lengua quechua equivale á *lluvia*, y en un sentido más general, á *agua*, y por lo tanto, á *mar*, *gran río*, *gran lago*, etc., etc. De *Para*, PARIHUARA que significa *flamante*, *ibis; Parani*, significa LLOVER; *Paranayana*, ESTÁ PARA LLOVER; *Paramilla*, TIEMPO DE AGUAS, INVIERNO; *Parayconchuy*, TORBELLINO, TEMPESTAD. PARIA, es el nombre de una antigua provincia de Bolivia. En esta región hidrográfica está el lago Huayaca ó de *Paria* que se comunica con el célebre de Titicaca, por medio del Desaguadero.

Parapiti, Pari son ríos del Perú y Bolivia. Pariahuanca, Pariamarca, Parianchacra, Pariarca, Pariacoto, Pariacaca, son nombres de antiguos pueblos del Perú y Bolivia.

En la lengua guaraní, la radical *Para* no equivale á *lluvia*, como en el idioma quechua, sino á *Mar*. De PARÁ, *mar;* PARAÎ, *agua del mar;* PARAPÓ, *lo que contiene el mar;* PARAGUAÇU, *Mar grande;* PARANÁ, *Pariente del mar*, *punta del mar*.

La radical PARA (mar) se encuentra en muchos nombres geográficos de ríos y pueblos, de las regiones del Paraguay. Paraná, Para-

nape, Paranay, Paraguaizu, Paraguayo son ríos de esta sección del continente americano. Paraguayos es el nombre de una Villa.

Los Guaraníes llaman al río de la Plata, *Paraguaçu*, que quiere decir, Grande agua, ó *Paranaguaçuque*, que equivale á Río como mar. Paraguay, en documentos antiguos está escrito, *Paragua-y*, que quiere decir, Fuente del mar. Si continuamos hacia el Norte y entramos en las dilatadas hoyas del Amazonas y del Orinoco, y seguimos hasta las costas de Venezuela ó islas adyacentes, veremos que las dos radicales, guaraní y quechua no pierden su acepción primitiva, y que tienen sus representantes en toda la zona hidrográfica, al Este de los Andes.

Pará, Paraná, Parahiba, Parapanápanema (agua mala) Páranaguá (actual Río Janeiro), Paranápuan (actual isla del Gobernador) Paraná, Paranáuna, Paraibuna, Paramerin, Paramiri, Paranamerin, Paracatus, Paraguari, Paraguaca, Paranapone, Paranaiba, son los nombres de muchos ríos del Brasil. Paranagua, Paratinga, Paratininga, Paracuari y otros son nombres de pueblos, en la misma región. Parahiba, Paraná, Pará, Paraiba son nombres de grandes provincias. Parexis, Paracaima y Parima son nombres de cumbres ó cerros (*divortia acuarum*) del Brasil.

Pernambuco es corrupción de Paranambú. El nombre antiguo del Brasil fué *Para-sil*, y el del gran Amazonas, *Paraná*, con lo que quisieron decir los indígenas, Pariente del mar ó gran masa de agua. Con el nombre de Paraná conocieron los Omaguas al Amazonas.

Finalmente, los Paranapuras, Paranos, Parapecos, fueron los nombres de tribus indígenas que estuvieron en las misiones del Marañón. Vése por estos ejemplos que la radical *Para*, como equivalente de grandes y pequeños ríos y sitios fértiles, es abundante en la nación brasilera, en la cual se habla hoy el idioma guaraní.

Entremos en la hoya del Orinoco y por todas partes tropezaremos con la misma radical. Paragua es el nombre de uno de los afluentes del Caroní. Paraiba, Paranaiba, Parapu, Paraulata, son nombres de ríos. Paruma es un nombre que lleva el gran peñasco de forma piramidal que está á orillas del Orinoco. Parima, Parina son los nombres del lago fabuloso en la historia de *El Dorado* de Ralegh. En esta región están el río Paraba, y el Parana-pitinga ó Yagua-

paro que según Gilii, quiere decir *Agua blanca*. Parima, Pararurú, Parnasi son otros tantos ríos de la Guayana. Pararuraima es el nombre de unos cerros cerca del Orinoco. Para, en el río Caura, á gran distancia del raudal de Mara, es una faja de cerros que atraviesa el río é impide el tránsito. Paratuni es el nombre de la playa del Orinoco donde sacan los indios *el aceite de tortuga*. Paraguagaire es el nombre de uno de los afluentes del Cuyuní, y Paraguacuto es el nombre de un cerro de la Guayana, al Sur de la Boca del Infierno.

En la lengua general del Brasil, la *Tupi;* en la Caribe y en la Maypure, *Para* equivale á *mar*. Por esto, Pará, Paraná, como nombres de ríos, indican, *grandes masas de agua*.

El antiguo nombre del Orinoco fué *Paragua*, que lleva hoy un afluente del Caroní. Cuando Ordaz cruzó el Orinoco en 1536, el río era conocido con el nombre de *Uriaparia*, que llevaba uno de los principales caciques de la comarca. De aquí, los nombres corrompidos de *Aparia*, *Yupaparia*, *Huriaparia*, *Viaparia*, con los cuales se designó al Orinoco, en los días de la conquista castellana. Este nombre de Uriaparia no pasó de las regiones del Meta, y fué más conocido cerca del golfo de Paria. En la misma región conocieron el río con el nombre de Urinuco, y por corrupción, *Worenoque*, *Orinoco*. Los Caribes confinantes, lo conocieron con el nombre de *Ibirinoco*, según refiere Caulin [1]. ¿De dónde se deriva este nombre? — Nada sabemos; pero, por el pronto podemos decir que el Caroní, afluente del Orinoco, tiene su nacimiento en la serranía de *Kinoroto*. Por otra parte, según Humboldt, las aguas del antiguo Orinoco bañaban los peñascos *Keri* y *Oco*, que, como islas secas, aparecen hoy al Este de las cataratas de Maypures [2]. Es posible que este nombre existiera desde los tiempos más remotos, y que cambiara á proporción que el lecho de las aguas se retiraba, dejando en seco las primitivas orillas é islas. Los Tamanacos llaman á la *tonina americana*, Orinucna, y si recordamos este nombre es para manifestar la semejanza que él tiene con el vocablo *Orinucú-Orinoco*.

1. Caulin, *Historia de la nueva Andalucía*.
2. Humboldt, *Tableau de la nature*.

Según el Padre Gilii, que vivió por largo tiempo entre los Otomacos, éstos llamaban al gran río Orinoco, *Joga-Apururu*, que quiere decir, GRAN RÍO, Río GRANDE; mientras los Cabres y Guaypunábis lo llaman *Paragua*. De este vocablo se derivan los corrompidos *Bazagua*, *Parava*. Paragua, dice el misionero Caulin, es un río de muchos raudales y arrecifes de piedra, por lo que en la mucha planicie de su terreno inunda tanto el invierno, que no se conoce su verdadero cauce; y por esto le dieron el nombre de *Paragua*, que quiere decir, el MAR. Esto dice Caulin del Paragua, afluente del Caroní.

Los Mariquitares, Goaibos y otras naciones del Orinoco, llaman á éste, *Maraguaca*, por la serranía de este nombre, de cuyas cimas recibe aquel muchos de sus afluentes. Los Tamanacos y otras naciones llaman también al Orinoco, *Barraguan*, por un cerro de este nombre que está cerca de la Urbana. Según Humboldt, la parte del Orinoco llamada Barraguán, corrupción de Paragua, es aquella que está comprendida entre las bocas del Arauca y del Atabapo: es un estrecho que se prolonga hacia la confluencia del río Suapure. Bajo todas las zonas, dice este sabio, los grandes ríos son llamados por los ribereños, *el río*, sin otra denominación particular. Si se agregan otros nombres, estos cambian, en cada provincia; así es que el pequeño río Turiba tiene cinco nombres en los diferentes sitios de su curso.

En la extensa hoya del Orinoco, habitaron las naciones siguientes : *Paraivanas* (orillas del Pádano), *Parabenas* (en el río de Aguas blancas), *Parecas* (ríos Vichada y Ventuario), *Parenas* (Orinoco y otros), *Paracaruscotos* (orillas del Paragua), *Paraguanas* (fuentes del Esequibo), y los *Paragini*, á orillas del Ventuario, según el relato de Humboldt. En todas estas naciones, la radical *Para* indica que estos pueblos fueron riberanos y que estuvieron en posesión de ríos notables en cuyas cercanías establecieron sus caseríos.

Sigamos y llegaremos á la región oriental, más al Norte del Orinoco, la cual constituye la antigua Nueva Andalucía de los castellanos. Aquí encontramos á *Paria*, golfo y península que trae á nuestra memoria la provincia fértil de Paria, en el Perú. Los Parias ó Pariagotos fueron los primeros hombres del continente que con-

templó Colón en 1498. « Por ellos supo Colón que el nombre de aquel país era Paria y que más lejos, al Occidente, estaba más poblado. Llevando algunos indios que le sirviesen de guías y mediadores, navegó ocho leguas al Oeste, hasta un punto que él llamó « La Aguja », donde llegó á las tres de la mañana. Cuando amaneció quedó embelesado contemplando la belleza de aquel país. Estaba muy cultivado, muy poblado y cubierto de una vegetación riquísima. Las habitaciones de los naturales estaban edificadas en bosques llenos de flores y frutos. Las parras se enlazaban con los árboles, y volaban de rama en rama innumerables pájaros de espléndido plumaje. Era el aire suave y templado y respiraba la fragancia de las flores de que estaba empapado, y mil sonoras fuentes y cristalinos arroyos conservaban la frescura y la lozanía de las plantas. Tanto agradó á Colón la amenidad de aquella parte favorecida de la costa, que la puso el nombre de *Los Jardines*[1].

Paraigua es el nombre de una sierra en el Estado de Barcelona que corre paralela á las aguas del Orinoco. Cerca del río Ipire, en esta región, está el antiguo pueblecito y río de Pariaguán.

Paraguachi, en la isla de Margarita, hoy Nueva Esparta, fué el antiguo nombre que llevó el actual puerto de *El Tirano*, primer lugar de la isla que pisó Aguirre en 1560.

Si continuamos del Este al Oeste encontraremos á Paracotos, pueblo y antigua nación, vecina de los Teques, en el Estado Bolívar. Los Peruanos tuvieron también sus *Pariacotos*. — Los Paracotos de las montañas de los Teques deben de ser una reminiscencia de los Pariacotos ó Parias, en la desembocadura del Orinoco. Parapura es el nombre de un pueblo y río en las llanuras del Guárico. — En un antiguo manuscrito de propiedad territorial leemos que, *Paraima* significa, según el idioma de los Tacariguas, tribu de los Caribes, TERRITORIO FÉRTIL — SEÑORÍO FÉRTIL. Llamose Paraima, no solo á un afluente del Orinoco, sino también á la dilatada y fértil zona que está al Este de la laguna de Tacarigua (Estado Carabobo), poblada hoy de ricas haciendas.

Continuando hacia el Oeste tropezamos con el hermoso golfo de Paraguaná ó golfo de Ojeda. En las costas de este golfo hubo un

1. WASHINGTON IRWING, *Vida y viajes de Colón*.

pueblo llamado Paraguán, y en la costa á barlovento de Coro, cerca de la desembocadura del Tocuyo, estuvo el estero de los Paraguachos ó Paraguacoas. Más al Oeste del golfo de Paraguaná aparece la radical *Para*, de una manera aislada, en Paraute, pueblecito á orillas del lago de Maracaibo, y más al Oeste, en Veragua ó Beragua, que es corrupción de Paragua, y Panamá que lo es de Paramá.

Todavía más. Los Caribes llamaron á los Holandeses, *Paramachire* que equivale á HABITANTES DEL MAR. De aquí Paramaribo, nombre de la actual capital de la Guayana holandesa.

Los Cumanagotos, cuya lengua es una rama de la Caribe, llamaron al mar, *Parahua; Parahuapona*, Á LA MAR; *Parahua*, GOLFO; *Parahuayekuan*, ISLA. La voz *pïragua*, nombre de una embarcación indiana ¿ se deriva de *Parahua*, ó del vocablo *Pira*, que en la lengua guaraní equivale á *pescado*, ó de *Piráquâ* que equivale en el mismo idioma á *cardúmen?*

El nombre que dieron los Haitinos al mar fué, *Bagua* ó *Vagua*, que se confunde con la radical guaraní *Oabagua* ó Baquá, que significa *corriente*, *velocidad*, *fuerza*. Como los Caribes de las Antillas menores llamaron al mar, Balauna, Balaoua, Balawa, tiene que deducirse que, *Bagua* y los demás vocablos son corrupción de *Paragua* (mar). Los insulares llamaron á la isla *Oubao* : de aquí, probablemente, el vocablo *Cubagua*, nombre de la Isla de las Perlas; con lo que quisieron decir los indígenas de Paria á los castellanos que la tierra de donde se tenían las perlas que ellos contemplaban, era un isla.

Por lo expuesto, vemos que la gran región acuática, ó la zona geográfica de la América del Sur, donde la radical *Para* desempeña un papel tan importante, significando *mar*, *agua*, *río*, *lago*, *terreno fértil*, *gran masa de agua*, etc., etc., se extiende desde las Pampas del Plata y declive oriental de los Andes de Bolivia; Perú y Ecuador hasta el Atlántico, en todas las costas del Brasil, Guayana y Venezuela. La ausencia de la radical en las provincias occidentales de Venezuela, manifiesta que la nación Caribe, en sus excursiones de Sur á Norte, no pasó de los Andes venezolanos, y que su grande influencia la ejerció en toda la región Oriental del continente, es decir, en las hoyas del Amazonas y del Orinoco, y en las costas al Norte y Este de Venezuela.

En los pueblos de la antigua Cundinamarca los nombres geográficos que llevan la radical *Para* son muy raros. Sólo podemos mencionar á *Paratro*, nombre de una quebrada afluente del río Cauca; á *Paravare*, nombre de una isla y de un río, y *Pargua*, quebrada del Estado de Boyacá. La influencia de la nación Caribe sobre las regiones andinas de Cundinamarca fué del todo ignorada por los pueblos de la raza Muysca.

¿ En dónde se origina la célebre radical *Para* de que acabamos de hablar, y la cual abraza una región tan dilatada del continente de la América del Sur? ¿ De dónde tomaron los Peruanos este vocablo para significar la *lluvia*, que aceptaron los Guaraníes para representar *el mar*, *las grandes masas de agua y los ríos más caudalosos* de la tierra?

Refiere García (Origen de los Indios) que *Para*, como radical de *lluvia*, *agua*, etc., se deriva de la voz hebrea *pari*, que significa FERTILIZAR. Las elucubraciones modernas dan á este vocablo quechua una acepcion más elevada. Su estudio nos resuelve, no sólo el problema de la emigración del pueblo Caribe, de Sur á Norte, sino también los orígenes de las poblaciones primitivas, en las regiones occidentales de América.

En el idioma sánscrito, *Purva* y *Puruva* significan LA PLAYA ORIENTAL. De aquí deriva el orientalista Paravey los nombres de Perú, Pará, con tal ó cual terminación; nombres tan frecuentes en los países al Este de la India y en los pueblos americanos. En los tiempos remotos de Salomón, dice Paravey, ya las flotas de Ofir y de Tarso penetraban en la mar de Parwain, ó del extremo oriental. Una de las islas Filipinas se llamó Paragoa, y en la antigua lengua de los jeroglíficos que conserva la China, la mar se llamó *yang* ó *yam*[1].

Estas observaciones de Paravey, publicadas ahora cuarenta años, están confirmadas por las elucubraciones del americanista López. Hablando este autor de los orígenes asiáticos del Perú, dice: « El nombre que las tribus emigrantes dieron á esta nueva patria fué, *Perú*. Perú, en efecto, quiere decir, en sánscrito, *oriente*, *la mar*, *el*

1. PARAVEY, *Origine japonaise, arabe et basque de la civilisation des peuples du plateau de Bogotá.*

sol, las montañas de oro; y designa, por lo tanto, *el país situado al Este de la India*, con todos los caracteres indicados. Así, la misma radical se encuentra, más ó menos adulterada, en todas las lenguas del continente de la América del Sur: *Paraguay* ó *Parahuy*, *Veragua* ó *Baragua*, ó *Parahua*, *Paria*, *Parima*, *Brasil* por *Para-sil*, etc., etc. [1].»

De manera que el estudio de una sola de las radicales americanas del agua, basta para trasportarnos á la época de Salomón, cuando las flotas de Ofir y de Tarso penetraban en la mar de Parwain, es decir, cuando pueblos originarios del Asia oriental cruzaron las aguas del Océano Pacífico y plantaron en las costas del Perú el primer árbol de la civilización americana. A través del tiempo y de las revoluciones, los orígenes asiáticos de una parte del continente, sospechados por el estudio de ciertos nombres geográficos, han podido difundirse por medio de la emigración de los pueblos, en los días fabulosos de América. Sólo así puede hoy asegurarse que los Parias ó Pariagotos que saludaron á las naos de Colón, en las costas orientales de Venezuela, eran los representantes de las naciones asiáticas que, en la primera noche de la historia del Nuevo Mundo, pasaron de uno á otro hemisferio.

Retrocedamos ahora al punto de donde partimos, las naciones Guaraní y Quechua, para continuar con el estudio de nuevas radicales. En estas naciones, además de la radical *Para*, como representante de *lluvia*, *mar*, *grandes masas de agua*, se conocen otros vocablos semejantes que no han pasado de las localidades mencionadas, y conservan un carácter puramente local.

En la lengua Guaraní río y agua se traducen por I, la más sencilla expresión de las radicales americanas; ÎÁÇA, *cántaro para sacar agua;* ÎAÎBŰ, *ruido de agua;* ÎANA, *agua pesada;* ÎYUQUÎ, *agua salada;* ÎAYÎ, *gota de agua.* Muchos ríos del Paraguay y del Brasil tienen esta radical; así, *îpoataî* significa, Río DERECHO; *îgaí*, AGUA MALA; *îpaû*, ISLA DE RÍO; *îrîcâbâgua*, Río CAUDALOSO *îroî*, Río FRÍO (Brasil). — De î, Río, se deriva *îupába*, LAGUNA.

Como se ve, la radical guaraní I, AGUA, Río, no ha pasado de las regiones del Brasil, que pueden considerarse como parte de la nación Guaraní.

1. LÓPEZ, *les Races ariennes du Pérou.*

En el idioma de los peruanos, agua se traduce por UNU y también por YACÚ, que es corrupción de HUYU. Así, *Ayengo-yacú*, significa, Río DE HORMIGAS; *Chiri-yacú*, Río FRÍO; *Huasca-yacú*, Río DE CUERDA. El vocablo YACÚ, como equivalente de agua, es usado solamente por algunas tribus, como por ejemplo, la de los Chinchas. El resto de la nación acepta la voz *Unu*, como veremos más adelante.

En la misma lengua quechua llámase al lago *Cocha*. De aquí, *Chashuacocha*, LAGO DE PECES; *Cuspiscocha*, LAGO DE PALOS. Al mar lo llaman *Mamacocha*, que equivale á MADRE DE LOS LAGOS Ó DE LAS AGUAS.

Después de la radical *Para* que ha conquistado toda la América oriental, ninguna otra ha ocupado, en el continente, una área más dilatada que la radical peruana *Unu*, equivalente á AGUA, RÍO Ó AGUA DE FUENTE.

Unu, *Une*, *Uma*, *Ueni*, *Ini*, *Uni*, *Weni*, *Oni*, *Wini*, *Wune*, *Ina* son radicales de diferentes naciones; pero de un mismo origen. En la hoya del gran Amazonas, y en el territorio venezolano « Amazonas », cada una de estas partículas representa al *agua*, en muchos nombres de ríos, lagos, etc.

La nación de los Omaguas dice *Uni;* la de los Vainambocas, *Uné;* los Tarianos, los Barres y Vanivas del río Isauna, dicen *Uni;* los Banivas de Javita, de Torno y de Marca, dicen *Weni;* los Gainaros, *Oni;* los Maravakwa, *Wune;* los Aravacos, *Wuni*. De aquí multitud de nombres con esta radical.

En la hoya del Orinoco, los Maypures Yaviteros dicen *Veni* ó *Ueni;* los Wapisianas, *Wuni;* pero otras radicales más ó menos semejantes se encuentran en muchos ríos afluentes del Orinoco, del Río Negro, del Caroní, Atabapo, etc., etc. Así tenemos: *Yupaqueni*, afluente del Caroní; *Yumariquini*, que lo es del Pao; *Matacuni*, *Sodomi*, *Yumariquini Anaveni* (río de las piñas) *Mataveni*, *Pagüeni*, *Mariveni*, *Vataveni*, *Caraveni*, *Cupueni*, *Pargüeni*, *Emecuni*, *Ayacuni*, que lo son del Orinoco. *Pamoni*, *Curamuni*, *Schevent*, *Pimichini*, *Naquieni*, *Iriuibini*, *Tiriquini*, tributarios del Río Negro. *Chamoquinini*, *Amanaveni*, afluentes del Guaviare. *Siporiquini*, *Cosequina Juamini*, afluentes del Atabapo. *Ituribini*, *Nequeini*, *Pimichini*, del Guainía. *Amanavini* (caño del Sipapo) *Tarbeni* (isla cerca de San Borja) y el Cuyuní, que con sus tributarios *Mazaruni*, *Puruni* y

Tasconi es uno de los ríos más célebres de la hoya del Orinoco.

Estos nombres de ríos con radicales variadas, pero que manifiestan un mismo origen, nos muestran que las antiguas poblaciones del Orinoco y del Amazonas estuvieron en constantes relaciones y pudieron imponer sus dialectos en sus localidades respectivas.

¿ De dónde se deriva esta radical tan constante en las dilatadas comarcas del Amazonas y del Orinoco? ¿ Tiene su origen como la radical *Para*, al Sur del continente ? El estudio geográfico nos resuelve esta cuestión. Como hemos dicho, los Quechuas tienen por radical del agua el vocablo *Unu*, y los Aymaras, nación de los Andes peruanos, dicen *Uma*, mientras que los Sarabecos, Poiconecas y Moxos dicen *Une* ó *Uni*. Estos nos prueba que tribus desprendidas del declive oriental de los Andes peruanos, en su curso hacia el Norte y en sus correrías por las llanuras del Amazonas y del Orinoco, fueron imponiendo una radical que, después de haber sufrido muchas variantes, se conserva hoy, á pesar de la acción de los siglos.

Otra de las radicales del agua, en las regiones del Orinoco, es la terminación *iquiare*. Cree Humboldt que esta partícula puede corresponder á la de *Ueni* ó *Ueni*, y que por lo tanto, *Cassiquiare* puede significar GRAN RÍO. A orillas del Paragua, afluente del Caroní, estuvo la nación de los Cassipagotos. Cassipuna, según Humboldt, quiere decir GRANDE ; y *Cassipa*, GRAN LAGO. La terminación *iare*, en lugar de *iquiare* que indica Humboldt, nos parece más conocida. Probablemente son variantes de una misma radical. *Curicuriari*, nombre de un río de la Guayana que desemboca en el Negro, se deriva de *Curucur*, ORO ; *Caricuas* es oro, entre los Caribes ; *Curicuriari* equivaldría á RÍO DEL ORO. Como ejemplos de la radical *quiari* ó *iari*, tenemos *Cassiquiare*, *Curucuriari*, *Yuruari*, *Ventuari*, *Manapiari*, *Guaviare*, *Ariari*, nombres de ríos.

Otras radicales del agua nos indican que en el Orinoco existieron naciones de diversos orígenes. Los Puignabos llaman al agua *Eut* : los Piaroas, *Ati ;* los Salivas, *Cagua ;* los Otomacos, *Tu*, y los Yaruros, *Vi*. *Aguacagua* es el nombre que tiene un afluente del Caroní ; *Omacagua*, lo es del Caura. La extensión limitada de estas radicales, manifiesta que las tribus ó naciones que las tienen no pasaron, en

remotos tiempos, de ciertas y determinadas localidades; y que si tuvieron guerras con sus vecinos, no lograron establecer sus dialectos.

Hasta aquí hemos visto, por el estudio de los nombres geográficos, que muchos pueblos de las hoyas del Amazonas y del Orinoco, oriundos de naciones al Sur del continente, lograron establecerse en los países del Norte, implantando en los lugares donde se fijaron, las radicales del agua que traían desde su cuna. Esto mismo aconteció al pueblo Caribe. De la misma manera que introdujo en los pueblos que conquistó la radical *Para*, para representar las grandes masas pluviales y el Océano, asimismo supo fijar la radical *Tuna*, que en lengua Caribe y sus dialectos equivale á *agua y río*. Los Caribes del Continente, y por lo tanto sus principales naciones, los Chaymas, del Estado Cumaná, los Cumanagotas de los Estados Barcelona y Bolívar, y los Tamanacos, que vivieron en las regiones del Apure y del Guárico, vecinas del Orinoco, dicen *Tuna*.

Entre los Cumanagotos, *Tunayechemar* equivale á Río; *Tunayar*, á Ribera; *Tunacuaca*, quiere decir, *al* agua.

Los Caribes de las Antillas dijeron *Touna*, y los de San Vicente, *Douna*. Los Calibis, los Acawoios, los Macusi, Arecunas, Paramuna y Maiougkoug, de las Guayanas venezolana, holandesa é inglesa dicen, *Tuna*.

De manera que la radical caribe ocupa hoy, después de tres y más siglos de la conquista castellana, una zona geográfica de bastante extensión, al Este de Venezuela.

Los Goagiros, cuyo idioma tiene mucha semejanza con el caribe, llamaron al agua *Uin*. He aquí un vocablo perteneciente á la costa Oeste de Venezuela, idéntico á los vocablos de origen peruano, *uni*, *ueni*, *uini*, etc., que representan el agua en muchos ríos del Amazonas y del Orinoco. Los Goagiros llaman al *manantial* Uincua, voz compuesta, semejante á la cumanagota Huìncua, que significa *Fuente*, *manantial*.

Los Arovacos, al Este de la Guayana, llaman al agua *Wueniyabuh*, vocablo que nos recuerda las radicales peruanas de que acabamos de hablar. Sábese que los Aravacos, antes de fijarse en las regiones orientales del Orinoco, habían vivido en la costa Occidental de Venezuela, cerca de los Goagiros. Esto hace que los idiomas de estas dos naciones, oriundos de la raza Caribe, se parezcan. El estu-

dio de estos dos vocablos es una prueba más de la conquista de la costa Occidental de Venezuela, por pueblos que pertenecieron á las regiones del Orinoco y costas de Paria.

No debe confundirse el vocablo caribe *Tuna* (aguario) con *tuna*, nombre haitiano y mejicano del *nopal* ó *higo chumbo*.

Los Cumanagotos conocieron el árbol de tuna con los nombres de *Chepereper* (higo de tuna) y *Acrori* (higo de cardón). A otras variedades de este árbol dieron los nombres de *Ocoyep*, *Macuachapa*, etc. Los Aztecas llamaron al árbol de tuna *Tenuchtli*. De aquí, *Tunal*, *Tunar*, *Las Tunas*, *Tunaria*, nombres de sitios y pueblos en Méjico, las Antillas y Venezuela.

La antigua ciudad de Méjico estuvo fundada sobre el agua, de una manera artificial. Méjico fué el nombre que tuvo el barrio donde vivían los emperadores; pero la ciudad se llamó *Tenuchtatlan* que significa TUNA DE PIEDRA, ó árbol de tuna esculpido sobre piedra. Sábese que en el escudo nacional de Méjico, el águila reposa sobre un árbol de tuna (nopal de algunas tribus Aztecas), y que los Chichimecas (una de las naciones antiguas de Méjico) aplacaban la sed con el fruto de sus tunales, que fueron para ellos el alimento que les regalaba la tierra árida y desprovista de agua, en la cual les había fijado la Providencia.

¿ De dónde viene la radical *Tuna*, como representante del *agua*, en todos los dialetos de la lengua caribe? Esta radical tiene su origen en la nación *Movina*, perteneciente á la familia de los Moxos, al Este de los Andes peruanos, la cual conoce el agua con el nombre de *Touni*. En la conquista del Norte por los pueblos del Sur, unas tribus conocían el vocablo quechua *Unu* (agua), cambiado después por *uni*, *ueni*, *vuni*, *wueni*, etc., etc, el cual pudo llegar hasta las costas atlánticas. Otras, conocían el vocablo de origen moxo *Touni* (agua), con el cual continuaron hasta las Guayanas, costas de Venezuela y Antillas.

¿ Por qué en algunos de los pueblos que habitan las altiplanicies y valles de los Andes, las radicales del agua no han pasado de sus localidades? La constitución geográfica del Continente parece haber ejercido alguna influencia en las poblaciones al Oeste y Este de la América del Sur. La emigración de los pueblos de Sur á Norte pudo efectuarse de una manera más constante, en la zona acuática,

al Este de la cordillera andina, que en los países elevados. Las naciones andinas, sostenidas por su antigüedad y por su forma de gobierno, no ensancharon el radio de sus conquistas, sino hasta los límites en donde podían ejercer su autoridad. No así los pueblos viajeros, tribus desprendidas de las naciones del Sur, que encontrando una zona llana, surcada de ríos navegables y circundada por el Océano, en sus extremos Este y Norte, siguieron el curso de las aguas hasta llegar á las orillas del Atlántico. Esto explica porqué en las hoyas del Amazonas y del Orinoco abunda una misma radical en muchos nombres de los ríos; lo que parece indicar la conquista y guerras de tribus ó naciones, oriundas de diferentes centros americanos; mientras que en las naciones andinas las radicales del agua no llegaron á tener influencia alguna en el desarrollo de ciertos nombres geográficos.

Las radicales quechuas *Huyu* (río) *Cocha* (lago) *Mamacocha* (mar), no han pasado de los pueblos del Perú, de Bolivia y del Ecuador. Las radicales guaraníes î (agua, río) *îupába* (laguna) no han llegado sino hasta las regiones del Brasil. El vocablo muysca *sie* ó *xie* (agua, río) no pasó de las provincias andinas de Venezuela que algo participaron del influjo de la nación Chibcha.

En nuestros pueblos de Occidente sucede lo mismo. Los Motilones, pueblo nómade, inconstante y feroz, llamaron al agua *chimara*. Los Timotes, en los Andes de Trujillo, emplearon el vocablo Schombeûch, y llamaron al río *kombok*[1], voces que, en nada se asemejan á las conocidas por las naciones vecinas de los Llanos.

En la misma zona del Orinoco se tropieza con anomalías inexplicables. Los Guaraunos del Delta llaman al río *Naba;* al mar, *Nabaida;* mientras conocen el agua con el nombre de *Jo* (Ho). Y esto es tanto más notable, cuanto que la nación de los Guaraunos está en contacto con las antiguas tribus Caribes de las Guayanas venezolana é inglesa

Los Aravacas de la Guayana, en las dilatadas tierras de Upata, llaman al agua *Oniabeo*, vocablo parecido al guarauno *Naba* (río), *Nabaida* (mar). Los Avacues, cerca de la serranía de Pacaraima, dicen *Ocojá* (agua), voz que se asemeja á *O'ghcogh* (agua) de las

1. Urrecheaga, *Noticias sobre la lengua de los Timotes*, trabajo inédito.

naciones amazónicas, los Cobous y los Tucanos. Los Otomacos, de las regiones del Soriaruco, Orinoco y Meta, dicen, *Ta* (agua), nombre que recuerda la radical guaraní I (río), y los Yaruros, en los mismos lugares mencionados, dicen *Vi* (agua), indicando un mismo origen.

Comparando las diversas radicales del agua en las hoyas del Amazonas y del Orinoco, encontramos grupos, más ó menos semejantes, que indican no sólo afinidades de familia, sino también orígenes de una misma sección de América.

En vista de cuanto acabamos de exponer sobre las radicales americanas del agua en la América del Sur, se nos ocurre preguntar: ¿Estaban pobladas ó desiertas las hoyas del Amazonas y del Orinoco antes de la irrupción de los pueblos del Sur? Los diversos nombres geográficos de que hemos hablado ¿fueron impuestos por los pueblos conquistadores? En el caso en que estas regiones estuvieran pobladas cuando entraron en ellas las naciones del Sur ¿quiénes eran sus habitantes, cuáles los nombres geográficos de los grandes ríos? — Estas cuestiones nos conducen á hablar de la radical mejicana del agua.

Los Aztecas llamaron al agua *Atl*. De aquí, *Otlantona*, La mujer que resplandece en el agua; *Atlacamani*, Tempestuoso, nombre de la Diosa de las aguas; Atlaccahualt, *febrero*, primer mes de los Mejicanos; *Atlatl*, el dardo, según Torquemada[1]. *Atl* fué una de las divinidades de los Aztecas y *Hiqueatl*, unas de las tres divinidades del agua. Refiere García (Origen de los Indios) que la región por donde aguardaban los Aztecas á su gran legislador Quetzalcoqualt, la situaban al Oriente, región donde indicó Platón que estuvo la sumergida Atlántida. Al ver la abundancia de nombres rematados por *atl* y con las consonantes *T*, *L*, mudas ó líquidas, supone el cronista español que los primitivos fundadores de Méjico llegaron por las costas de Oriente, y que la abundancia de la sílaba atl indica un origen común con los pobladores de la Atlántida de Platón.

He aquí una radical célebre que da mucho en qué pensar. La cuna de los antiguos mitólogos, los Atlantes de las costas Oeste y

1. Torquemada, *Monarquía indiana*.

Norte de África, náufragos de la Atlántida sumergida, al Oeste del estrecho de Gibraltar, restableciendo su civilización, creando la astronomía, fundando de nuevo sus creencias sobre las alturas de Anahuac! Cuestiones son éstas que halagan más á la imaginación que á la historia, pero que, tarde ó temprano, el espíritu humano, en posesión de nuevos materiales, podrá desarrollar, marcando el rumbo que tomó una parte del género humano, al pasar de las costas occidentales del Viejo Mundo á las regiones orientales de América.

Un escritor inglés, el Reverendo W. H. Brett, en su obra titulada *The Indian tribes of Guiana*, publicada en 1868, hablando de las tribus Caribes al Este de las Guayanas, dice lo siguiente :

« Sería interesante, si pudiera hacerse, trazar la más antigua historia de esta tribu y de otras emparentadas con ella, y averiguar si, en una época primitiva, tuvieron comunicación con las tribus más civilizadas que residían cerca de la costa occidental del continente.

« No necesitamos, por supuesto, suponer que esas tribus salvajes derivaron del pueblo de Cuzco ó de Quito su afición á perforarse las orejas y usar en ellas grandes ornamentos; aunque en la corte de los Incas prevalecía una costumbre semejante, y los cartílagos grandemente extendidos eran indispensables en todos los que aspiraban á cierto grado de nobleza. Pero el uso dicho de los Quipos (ó Quipus), entre los Arecunas, en los primeros tiempos, parece indicar trato con alguna de las naciones más civilizadas. Para una tribu que residía entonces, como la de ellos, en el Río Negro, en el corazón del continente, semejante comunicación no era, en verdad, imposible.

« Las razas Indias se han aprovechado largo tiempo del magnífico sistema de comunicación acuática que ofrecen para el tráfico el Amazonas y sus tributarios. Las cascadas y los rápidos que se encuentran en esas corrientes de agua, no les presentan obstáculos insuperables. De este modo, los artículos producidos, manufacturados en un país, pasaban gradualmente á otros muy distantes. Hasta hay algunos que han creído que era del Perú de donde se llevaban aquellos « ídolos » y joyas de oro, que los aventureros europeos conseguían en el Orinoco y en otras partes, y aunque cortos

en número, dieron fuerza á los informes respecto á las riquezas de la tierra, que cita Milton en su mejor poema, como la

Aun no contaminada
Guayana, á cuya gran ciudad los hijos
De Gerïon, la llaman el Dorado.

Lo que el viajero inglés presume, sobre el origen de los pueblos oriundos de la nación Caribe, basado en el uso de los Quipos y joyas de oro, entre las tribus Caribes, acabamos de probarlo por el estudio de los nombres geográficos y las radicales del agua. Estas nos han servido para conocer el itinerario de las naciones indígenas, en su marcha de Sur á Norte. Ningún monumento más duradero y más elocuente, en la historia antigua de América, que la red de ríos navegables, vías fluviales, que sirven de comunicación entre las tres grandes hoyas de la América del Sur. Sin conocimientos, sin arte, sin industria, estos pueblos no pudieron dejar, en sus correrías, monolitos ni obra alguna que mostrara á la generación actual la conquista de la zona acuática, al Este de América; pero sí dejaron los nombres geográficos, las radicales del agua que desde niños habían aprendido de sus mayores. En la historia de los pueblos, como en la historia de la familia, los nombres que han pasado de padres á hijos, en la mayoría de los casos, prueban un origen semejante. La civilización asiática, que desde los primeros días de América penetró por la región de los Andes, ha podido conservarse en ciertos nombres que, después de muchos siglos, testigos de luchas y revoluciones, entre los pueblos de América, ignoradas hoy por completo, han cruzado el continente de uno á otro extremo.

Paria, « los Jardines de Colón », la primera tierra de América que contempló el célebre genovés, y para nosotros, el pórtico de la historia de Venezuela en todas sus épocas, es el representante más célebre del Asia Oriental, en las tierras que fertiliza el majestuoso Orinoco.

LITERATURA

DE LAS LENGUAS INDÍGENAS DE VENEZUELA

Al Dr A. Ernst,
Profesor de la Universidad de Caracas y Director
de la Biblioteca y Museos Nacionales,

Uno de los caracteres más trascendentales de la sociedad moderna es su movimiento científico, espíritu investigador que la guía en todos los ramos del saber humano. Rehacer, reconstruir, oponer un dique al tiempo que todo lo vence ; continuar el trabajo de los obreros que se lleva la muerte ; conocer y seguir en sus resultados las leyes del Universo físico, y la historia de la sociedad, desde su origen ; resucitar las tradiciones, los monumentos sepultados por los cataclismos ; remover los osarios de las pasadas generaciones y sacar á luz las inscripciones antiguas ; seguir á los primeros pueblos en sus peregrinaciones y mostrar los rudimentos y adelantamientos del arte primitivo ; continuar. finalmente, la vía trazada por la imprenta y buscar las relaciones entre todas las razas y todas las lenguas : tales son los esfuerzos que hace la inteligencia humana para levantar la obra monumental del siglo XIX.

La historia de la Naturaleza y la del hombre, como ser pensante y social, van siempre mancomunadas. Sin comunicarse, los obreros del pensamiento, en cada una de estas dos grandes secciones, se identifican, trabajan en pro de una misma idea y solicitan iguales resultados : el conocimiento del mundo exterior, la filiación material, social é histórica del hombre, su progreso desde el día en que apareció sobre la haz de la tierra.

En la misma categoría están el geólogo que escudriña y estudia las capas terrestres, para conocer la edad relativa de la Tierra y los cataclismos del globo, que el arqueólogo que desentierra las reliquias de los siglos, para llegar á la cuna de los primeros pueblos. En la misma categoría el astrónomo que hunde la mirada en las profundidades del espacio, para sorprender los mundos, en su estado genésico, que el anticuario que remueve las cenizas de los sepulcros y

solicita la obra de arcilla que creó la cerámica, la medalla que dió nacimiento á la numismática. Tan sagaz el micrógrafo que estudia los órganos de la flor, el químico que sigue las moléculas en todas sus evoluciones, como el bibliófilo que no desperdicia la más insignificante escritura, desde los más remotos tiempos de la historia del hombre. Tan constante el filólogo que penetra en los arcanos del lenguaje, como el etnógrafo que estudia las costumbres y emigraciones de los pueblos, sus lenguas, sus conquistas y sus orígenes.

Que el espíritu investigador se fije en la historia de las primeras naciones de Asia, cuna del género humano, ó en la hoya del Mediterráneo, circundada de pueblos inmortales en los anales del mundo antiguo, ó que visite los salvajes sitios del Asia ó de la Europa del Norte, por todas partes no tendrá sino un mismo horizonte: la historia del hombre. La localidad poco importa. Dondequiera que ha habido seres pensantes tiene que haber existido una civilización, una serie de conquistas, mitos y creencias, grandezas y miserias. Pasar de la barbarie á la opulencia y descender de la opulencia á la degradación, para volver á ascender, es una ley de la historia. La actual sociedad vive sobre los despojos de las pasadas; y las venideras removerán nuestros sepulcros. Pero en este desmoronamiento constante y necesario, queda siempre triunfante la ley del progreso: la obra humana, el arte, la industria, la perfectibilidad social por medio del trabajo; el conocimiento de la verdad moral por medio del cultivo de la razón; la pureza de costumbres por la emancipación de los pueblos. Por esto, la sociedad moderna llama á su centro las obras de todos los tiempos, y estudia y analiza el Universo, mientras que reconstruye la historia de todos los siglos.

Cerca de cuatrocientos años hace que fué descubierto el Nuevo Mundo. Correspondía al siglo actual recoger la cosecha que sembraran España y la Europa del siglo XVI; sacar á luz las obras de sus cronistas, los documentos inéditos, los inmortales trabajos de los misioneros. Sonó la hora, y la historia, la arqueología, la etnografía, bases de granito que levantaron los artífices castellanos, aparecen, para que sobre ellas continúen los ingenios de ambas Américas y los maestros de la ciencia europea, la obra inmortal de nuestros padres.

No vamos á escribir un estudio sobre la literatura de las lenguas

americanas, que trabajo semejante no puede elaborarse sino por partes. Contribuyendo con estas páginas á la historia bibliográfica y filológica del continente, habremos puesto una piedra del suntuoso edificio cuyo conjunto pertenece á los maestros de la ciencia. Esto basta.

La historia filológica de Venezuela que comienza con las misiones castellanas á mediados del siglo décimo sexto, permanece guardada hasta el día en que el grande Humboldt pisa nuestras playas. Puede decirse que este hombre gigante abrió las puertas del siglo y estableció la alianza fraternal que ha unido á los espíritus cultivados de ambos mundos, en beneficio de una idea fecunda: el estudio de América.

El acopio de materiales de dificilísima adquisición, sobre todo, los que pertenecen á los misioneros, es la base indispensable que necesita la ciencia moderna para el estudio de los antiguos idiomas de Venezuela. Consignaremos en estas páginas los títulos de los diversos trabajos bibliográficos conocidos hasta hoy, sobre las lenguas venezolanas, tratando de seguir la filiación establecida por Balbi, á saber: las lenguas pertenecientes á las grandes familias *Caribe-Tamanaca*, *Saliva*, *Cavere-Maypure* y *Yarura-Betoi*: es decir, la lengua *Caribe*, con sus dialectos, Chayma, Cumanagoto, Tamanaco, Aravaca, Guarauno, Goagiro, etc., la *Saliva*, que comprende las de los Atures y Piaroas: la *Cavere-Maypure*, que comprende las Pareni, Maypure, Achagua, Muysca, y últimamente, la lengua de los Yaruros que pertenece á la familia *Yarura-Betoi*. — Pero, antes de enumerar las obras escritas sobre estos diversos idiomas venezolanos, debemos dejar establecidas dos épocas cronológicas en la historia de América, á saber: la llegada de los misioneros castellanos y europeos al continente, y la fecha de la publicación en éste, de las primera obras escritas en lenguas americanas.

El primer proyecto referente al establecimiento de misioneros en América data desde 1560, en tiempos de Felipe II. Fué en aquellos días, cuando se comprendió que las naciones indígenas no podían conservarse sino por medio de la persuasión y de la dulzura.

Los primeros misioneros españoles en el continente, se presentan á orillas del Orinoco en 1576, época en que fundan los Jesuítas la primera ciudad de aquella región, Angostura.

Los Jesuítas aparecen en la antigua Nueva Granada en 1589, en los llanos de Casanare, de donde siguieron al Orinoco. Permanecieron en ambas comarcas hasta 1767, en que fueron expulsados.

Los Misioneros franceses se establecieron en el Brasil, en 1624, y más tarde, en 1629.

Las misiones de las Antillas pertenecieron á los Padres Carmelitas, á los Dominicos, á los Jesuítas, y á los Capuchinos. — Los Carmelitas se establecieron desde 1638 á 1645. Los Dominicos, desde 1635. Los Jesuítas, desde 1640 á 1654, y los Capuchinos, desde 1642.

Los Capuchinos franceses visitaron la Guayana francesa en 1635.

Las Misiones del Darién y Panamá, con Religiosos de Castilla, comenzaron en 1648; y en la misma época las de Cartagena ó Urabá, con Religiosos de Andalucía.

El principio de las misiones de Píritu, en las costas de Barcelona, data desde 1651. Misioneros españoles habían pasado de la isla de Granada á la Margarita en 1650, de donde siguieron al continente en 1651. Un año más tarde, se presentaron en los mismos lugares los Padres Observantes que permanecieron hasta los momentos de consumarse la independencia de Venezuela, 1821.

En 1657 se establecen los capuchinos de Aragón en las costas y pueblos de Oriente. — En 1658 los Capuchinos de Caracas. — En 1660 comienzan las misiones en los llanos de Venezuela. — En 1680 los Capuchinos catalanes dan principio á las misiones de Trinidad y Guayana.

Las misiones de Maracaibo, Río de Hacha, Santa Marta comienzan en 1694, con Religiosos de Valencia, que estuvieron hasta 1821.

La primera obra, en lengua indígena, que salió de las prensas del Nuevo Mundo, fué la que se publicó en Méjico en 1550. La imprenta fué introducida en esta sección del continente en 1535. Quince años más tarde, aparece la primera obra en lengua azteca, con el siguiente título:

Veritas domini manet in eternum.
† DOCTRINA CHRISTIANA en legua Española y Mexicana: hecha por los religiosos de la orden de scto. Domingo. Agora nueuamete corregida y enmedada. Año 1550.

4.°, l. g. á 2 col., grabaditos en madera. 9 fojas sin numerar, luego fojas x. á clvj. A la vuelta de la última se halla lo que sigue:

COLOPHON :

Con preuilegio Jmperial. A gloria y alabança de nro redemptor Jesu Xpo y de su bendita madre, aqui se acaba la declaracio de la doctrina xpiana en legua Española y Mexicana : y vna coluna correspode á otra : sentecia por sentecia : d' grade vtilidad y puecho pa la salud d' las aias : y en especial pa los naturales d'sta tierra, pa q sea fundados y roborados en las cosas de nra scta fe catholica : y animados pa la guarda de los madamietos diuinos : y pa q todos sepan los grades dones y riquezas q nro clementissimo redemptor quiso comunicar mediate sus sctos sacrametos con el exercicio de las obras de mia : assi corporales como spuales : todo lo ql se cotiene en la qrenta sermoncicos aq' cotenidos. Ua sacada la legua e tata claridad como aq' parece : assi por q mejor se de todo a enteder a estos naturales, como tabie porq mejor lo tome de coro los q lo qsiere tomar. Fue impssa e esta muy leal ciudad d' mexico e casa d' jua pablos por madado d'l reueredissimo señor do fray Jua çumarraga primer Obpo de Mexico, y porq en la congregacio q los señores obpos tuuiero se ordeno q se hiciessen dos doctrinas : vna breue y otra larga : y la breue es la q el año de. M. d. xlvj. se imprimio. Manda su señoria reuerendissima q la otra grande puede ser esta : pa declaracion de la otra pequeña. Acabose de imprimir a. xij. dias del mes de hebrero. Año d' M. d. l. años. La ql ha sido agora nueuamente corregida y emedada.

Soli deo honor et gloria insecula seculoru. Amen[1].

Treinta y siete años más tarde es introducida la imprenta en el Perú, 1583, y un año después se publica el primer libro en lengua quecha, cuyo título es el siguiente :

Doctrina || cristiana, || y catecismo para instrvc || cion de los Indios y de las demas perso || nas, que han de ser enseñadas en nuestra sancta Fe. || Con vn conffesionario, y otras cosas || necessarias para los que doctrinan, que se con || tienen en la pagina siguiente. || Compvesto por avtoridad del Concilio || Prouincial, que se celebro en la Ciudad de los Reyes, el año de 1583. || Y por la misma traduzido en las dos lenguas generales, || de este Reyno, Quichua y Aymara. (Escudo.) Impresso con licencia de la Real Audiencia, en la || Ciudad de los Reyes, por Antonio Ricardo primero || impressor en estos Reinos del Piru. || Año de M. D. LXXXIIII. Años. || Esta tassado vn Real por cada pliego, en papel.

Al fin :

Impresso en la Ciudad de los Reyes, por || Antonio Ricardo. Año de || M. D. LXXXIIII. || Años.

4.°, 32 h. sign. AA A-G.-Port.-v. en b.-Tabla. — Provision Real y disposiciones del Concilio provincial de Lima acerca de la impresion : Los Reyes, 12 Agosto 1584. — El Santo sínodo provincial á todos los fieles de esta su provincia. — Dereto... sobre el Catecismo. — Decreto sobre la traduccion. — Erratas. — p. en b. — Texto[2].

1. HARISSE, *Biblioteca americana vetustissima*, pág. 439.
2. GALLARDO, *Ensayo de una biblioteca española*, etc., pág. 998, tomo I.

Establecidos estos antecedentes sobre las dos primeras obras indígenas publicadas en América, pasemos á ocuparnos en la literatura de las lenguas indígenas de Venezuela, comenzando por los idiomas y dialectos de la gran Familia Caribe-Tamanaca.

LITERATURA CARIBE

En las Antillas Cuba y Puerto Rico, únicas islas que quedaron á España, después de la sostenida guerra empeñada por Inglaterra, Francia y Holanda contra la nación conquistadora de la América, durante el siglo XVI, no llegaron á establecerse misioneros castellanos. El aflujo de población europea por una parte y la guerra contra los pueblos indígenas por otra, contribuyeron á que la raza primitiva de aquellas localidades se fundiese con la de los conquistadores, abandonando su lengua, sus tradiciones, usos y costumbres. No sucedió lo mismo con las Antillas francesas, donde sus nuevos amos enviaron desde el momento en que se posesionaron de ellas, misioneros franceses que sometieran por medios pacíficos y conservadores á las tribus caribes que formaban la mayoría de la población de las islas. La idea iniciada por España setenta años atrás para salvar los pueblos del continente de una ruina inevitable, fué patrocinada por Luis XIV.

Los trabajos que sobre la lengua caribe conoce hoy la ciencia no pertenecen por lo tanto á España, que nada tuvo que hacer en este respecto en el archipiélago que perdió, conservándose para seguir la obra civilizadora en el gran continente que heroicamente pudo defender.

Pertenecen los primeros trabajos filológicos sobre la lengua caribe á los religiosos franceses que se establecieron en las Antillas desde 1635, y pudieron civilizar la raza caribe, tanto en las islas, como en una porción en La Guayana. El primer misionero que publicó sus trabajos fué el célebre Raimundo Bretón, cuyas obras son las siguientes:

BRETÓN (Le P. Raymond), *Catéchisme ou sommaire des trois premières parties de la doctrine chrétienne traduit du français en la langue des Caraïbes insulaires*. Auxerre, 1 vol. de 70 pages, 1664.

En este catecismo aparece traducida por la primera vez la oración dominical en lengua caribe.

Bretón, *Dictionnaire caraïbe-français mêlé de quantités de remarques historiques pour l'éclaircissement de la langue.* Auxerre, 1 vol. de 480 pages, 1665.
Bretón, *Dictionnaire français-caraïbe.* Auxerre, 1 vol. de 415 pages, 1666.
Bretón, *Grammaire de la langue des Caraïbes.* 1 vol., 1667[1].

El Padre Bretón de la orden de Predicadores, nació en Francia en 1609; apenas cumplió veintiséis años, cuando su vocación le condujo á las Antillas francesas, en calidad de misionero, en 1638, en unión de sus compañeros, Pelican, Griffon, Nicolás y otros. Después de haber desempeñado su noble encargo, partió para Francia donde acabó de publicar las obras que había comenzado á dar á luz desde 1664.

Mucho antes de que el Padre Bretón diera á luz sus obras en 1664, ya algunos de sus trabajos filológicos habían sido conocidos, pues el Padre Du Tertre, en su Historia general de las islas de San Cristóbal, Guadalupe, Martinica y otras, que es un interesante resumen de la Historia de las Antillas francesas, publicado en 1654, había dado á conocer *la oración dominical*, *la salutación angélica*, *el símbolo de los apóstoles y los mandamientos de Dios*, traducidos al idioma caribe, extractos, como confiesa Du Tertre, de los trabajos del Padre Bretón.

En la misma época en que el Padre Bretón publicaba su primera obra, el Catecismo, en caribe, aparecía la obra siguiente de otro misionero francés, escrita diez años antes :

Pelleprat (Le P. Pierre), *Relation des missions des P. P. de la Compagnie de Jésus dans les îles et dans la terre ferme de l'Amérique méridionale.* Divisée en deux parties, avec une introduction à la langue des galibis sauvages de la terre ferme de l'Amérique. Paris, 1 vol. de 121 pages, 1655[2].

El padre Pelleprat nació en Francia, según unos en 1606, y según otros en 1608. Desde muy joven entró en un colegio de Jesuítas, de donde salió á la edad de veintisiete años, para embarcarse en dirección de las Antillas francesas, 1639. Visitó las diferentes casas que tenían los Jesuítas en las Antillas, y siguió á Méjico donde ejerció su apostolado durante once años. Murió en Puebla en 1667.

1. Brunet, *Manuel du libraire.*
2. Carayon, *Bibliographie historique de la Compagnie de Jésus*, etc., 1864 ; — Brunet, *Manuel du libraire.*

En la misma época aparecen las obras de César de Rochefort á saber:

ROCHEFORT (César de), *Histoire naturelle et morale des îles Antilles de l'Amérique.* Enrichie de plusieurs belles figures, de raretés les plus considérables qui y sont décrites. *Avec un vocabulaire caraïbe.* Amsterdam, 1658, 1 vol.[1].

Esta obra importante tuvo cuatro ediciones en el espacio de veintisiete años.

ROCHEFORT (César de), *le Tableau de l'île de Tabago ou de la nouvelle Oüalchre, l'une des îles Antilles de l'Amérique.* Leyde, 1 vol., 1665.

Esta obra tiene el mérito de presentar una paráfrasis, en caribe, del salmo VIII, hecho por David de la Roche.

BIET (Antoine), *Dictionnaire de la langue galibi.* Paris, 1664.

Este diccionario de la lengua caribe de la Guayana francesa, hace parte de la grande obra de Aulir « *Viaje de la Francia equinoccial en la isla de Cayena* en 1652 ». — Biet fué uno de los misioneros de la Guayana francesa.

SAUVAGE (M.-D.-L.), *Dictionnaire galibi précédé d'un essai de grammaire.* Paris, 1763. Obra atribuída á M. de Prefontaine.

Esta obra considerada como la más completa, respecto del caribe de Cayena, parece ser, según algunos bibliógrafos, un resumen de los trabajos inéditos de Pelleprat y de los escritos de Biet, Boyer, Barrere y demás cronistas de la Francia equinoccial.

Todos estos volúmenes se refieren al caribe de las Antillas ó al galibí de la Guayana francesa, que son el idioma caribe del continente con más ó menos variantes.

Humboldt que visitó la Guayana venezolana en 1800, cita, entre los diversos memoriales que llevó de América, y con los cuales obsequió á su hermano Guillermo, y á otros etnógrafos, el siguiente :

1. Poseemos la segunda edición de Roterdam, 1665.

XIMENEZ, *Vocabulario de la lengua caribe.*

Este resumen debe haber pertenecido á alguno de los misioneros españoles del Orinoco.

En 1847 publicó Hendersen un libro con el siguiente título : *Araidatiu Tumurau-seguug Madeju karabagungte lau.* Alexander Henderson, Edimburgo, 1. vol. 1847.

Este trabajo es una traducción en lengua caribe, del Evangelio según San Mateo, que es lo que indica el título precedente. — Este mismo autor publicó en 1846, diálogos y extractos de la Biblia en la lengua de los Mosquitos, de Guatemala.

Ric. Schomburgk, viajero alemán que visitó la Guayana hace algunos años, ha dejado algunas observaciones sobre las lenguas y dialectos de algunas tribus de esta región[1]; y Brettes, en su obra, *The indian tribes of Guiania*, publicada en 1868, se ocupa de los caribes del Esequibo-Aravacos, Guaraunos y tribus indígenas de la sección oriental del gran Orinoco.

Un inteligente venezolano, el señor M. Figuera Montes de Oca, ha dedicado sus vigilias al estudio de los pueblos de raza caribe que se encuentran hoy á orillas del Orinoco. — Aun no se han publicado los trabajos de este joven observador.

LITERATURA CHAYMA Y PARIA

Los capuchinos aragoneses, como hemos dicho, se establecieron en las regiones de Cumaná, antigua Nueva Andalucía de los castellanos, en 1657. — Pero la primera obra en lengua chayma no salió sino en la época floreciente de las misiones de Oriente en 1680, con el siguiente título :

TAUSTE (El P. Francisco de), *Arte y vocabulario de la lengua, de los indios Chaymas, Cumanagotos, Cores, Parias, y otros diversos de la provincia de Cumaná.* Con un tratado de la doctrina christiana y catecismo traducido del castellano en la dicha lengua indiana. Compuesto por el P. Francisco de Tauste, predicador misionero. Madrid, 1 vol., 1680.

El P. Tauste, capuchino misionero, fué víctima de los indios cumaneses y murió envenenado en 1684. Según el P. Zaragoza, tuvo

1. SCHOMBURGK, *Reisen in Britisch-Guiana*, 1840-1844.

don de lenguas, y fué uno de los misioneros que más se distinguieron en este particular[1]. Más adelante, al ocuparnos del P. Caraväntes, volveremos á hablar de este insigne misionero.

Otro de los misioneros de esta misma época que tuvo don de lenguas fué el P. Juan de Pono, víctima igualmente de los indios cumaneses, en 1693. Escribió *una instrucción para los indígenas.*— Según Zaragoza dejó algunos manuscritos importantes.

MORÁN (Fray Epifanio), *Progresos de los capuchinos de la conversión de los indios de la Nueva Andalucía.*

Esta obra la encontramos indicada en el curioso libro de Fray Andrés de Lisboa titulado : *Epítome historial de las grandezas de la seráfica religión de los menores capuchinos.* 1754, Madrid.

La figura más notable de los capuchinos misioneros de la Nueva Andalucía, es sin duda alguna, la del célebre padre José de Caravantes. — Caravantes, natural de España, nació en 1628 y murió en 1694. — Desde muy joven se dedicó al servicio de Dios, ejerciendo su ministerio en ambos mundos, durante cuarenta años de su vida ejemplar. De sus numerosos trabajos sólo conocemos los siguientes :

CARAVANTES, *Instrucción para aquellos que se dedican á las misiones en las Indias* (en latín).

CARAVANTES, *Vocabulario en lenguas indígenas* (en latín).

CARAVANTES, *Copia de carta al Marqués de Aytona, en que da cuenta de la Misión en las provincias de Caracas y Cumaná.* 1 cuaderno con 12 folios, 1666[2].

CARAVANTES, *Oración á la Santa Congregación de propaganda fide, de los progresos y frutos de las misiones de los capuchinos en Nueva Andalucia, de sus tierras, frutos y gentes,* publicada en latín. Madrid, 1666.

1. ZARAGOZA (Fray Lorenzo de), *Memorial de la Misión de Capuchinos de la provincia de Cumaná y un breve resumen de las demás*. 1703.

2. Esta memoria desconocida á todos los bibliógrafos, la hemos visto indicada en el catálogo de Bolton Corney. Londres, 1871.

Los bibliógrafos españoles están deficientes respecto de las obras de Caravantes y otros misioneros escritores en América. Se contentaron aquellos con citar los títulos de algunas obras, sin indicar el lugar de impresión y demás pormenores necesarios que confirman la existencia de un libro. Para conocer á Caravantes, ó mejor dicho, la literatura de los misioneros castellanos, necesítase poseer los trabajos de cada escritor. Sólo así podrían llenarse las lagunas bibliográficas que tienen Pinelo, Nicolás Antonio, Gallardo y demás bibliógrafos de la conquista castellana.

Según Pinelo, « Epítome de la Biblioteca oriental y occidental », esta obra fué vertida al castellano por Salas de Quiroga, quien la publicó en 1698, acompañándola del *Voto de obediencia* que llevó á S. Santidad, de los Caciques de los indios Azaques, Tapies, Cores, Chaymas y Caribes, con fecha de 10 de Febrero de 1666.

CARAVANTES, *Práctica de las misiones*. 2 vol. Madrid, 1674 á 1678.
CARAVANTES, *Pláticas dominicales*. Madrid, 1687 á 1689.

Según Pinelo, Caravantes escribió el *arte y vocabulario* de la lengua de los Caribes de la Nueva Andalucía, y *Sermones* en el mismo idioma, los cuales entregó á Fray Francisco de Tauste, quien los hizo imprimir en Madrid, no con el nombre del autor, sino con el suyo, como dice Quiroga en la *vida de Caravantes* publicada en 1698.

Esto no parece cierto, si se atiende á que, según el testimonio de Zaragoza y demás compañeros de Tauste, éste tuvo el *don de lenguas*. Puede decirse, que de los capuchinos misioneros de la Nueva Andalucía, sólo tres se ocuparon en la Filología de la región oriental de Venezuela : Tauste, Pono y Caravantes: Es de presumirse que Caravantes entregara sus trabajos á su amigo y compañero Tauste para que éste elaborara una obra en vista de los materiales de ambos, y que como hombre desprendido no quisiera figurar como autor. Según el testimonio de Fray Mateo Anguiano, que se ocupó en la historia de las misiones de la Nueva Andalucía, como veremos más adelante, Fray Francisco de Tauste escribió *un vocabulario* en lenguas indígenas.

ANGUIANO (Fray Mateo de), *Vida de Fray Francisco de Pamplona, en la cual trata de las misiones de los Capuchinos en Darién, Cumaná y otras partes de la Indias occidentales*. 1 vol. impreso en 1685, según Pinelo.

ANGUIANO, *De las misiones de la isla de la Trinidad y actos de los siervos de Dios Fray Esteban de San Felipe y Fray Marcos de Uique*, impreso en 1702-1704.

ANGUIANO, *De la misión apostólica Macairense, con la vida de Fray Gregorio de Ibis*, impreso en 1702.

Las obras de este autor son muy citadas por los historiadores que se han ocupado en el progreso de las misiones, en las provincias orientales de Venezuela.

GONZALEZ DE QUIROGA (Diego), *Vida del Nuevo apóstol de Galicia, el V. P. Fray José de Caravantes.* 1698.

Debemos agregar á estas obras las siguientes citadas por Pinelo, las cuales nunca llegaron á publicarse.

MOYRANOLAY (Fray Epifanio), 1.° *Historia apostólica en que se contienen las gloriosas obras de los Capuchinos, en la Nueva Andalucía, en la conversión de los Indios;* 2.° *Reconvención de Cristo á Belial, é impiedad de los indios católicos;* 3.° *De los esclavos libres ó defensa de la libertad natural de los esclavos de Africa.*

Humboldt, en el tomo III, de su *Viaje á las Regiones equinocciales*, después de haber hablado de la Nación de los Chaymas, como él la encontró en 1799, agrega, al fin del volumen, un *vocabulario chayma* que contiene más de cien voces y locuciones.

LITERATURA CUMANAGOTA

La nación de los Chaymas, de cuya literatura acabamos de hablar, así como sus vecinos los Parias y Coras, son pueblos que han desaparecido, y de los cuales apenas si se conserva uno que otro grupo, en las altas montañas ó en el sitio que sirvió al antiguo convento de las misiones de Caripe. Ocuparon aquellas naciones toda la península de Paria, y tuvieron por vecinos al Oeste, la célebre nación de los Cumanagotos que pobló antiguamente todo el Estado actual de Barcelona y una parte del de Bolívar, extendiéndose por el Sur hacia las llanuras que riega el Tuy. De los antiguos Cumanagotos quedan también grupos esparcidos, en un completo estado de embrutecimiento.

El primer castellano que conoció con perfección la lengua cumanagota, fué aquél Francisco Rodríguez Leite, antiguo vecino de la ciudad de Cumanagoto, que elevó por los años de 1650 á 1651 una representación al Obispo de Puerto Rico, López de Haro, en la cual mostraba la necesidad de conquistar la nación Cumanagota por medio de los ministros del Evangelio. Lo primero que ofreció Leite fué, enseñar la lengua cumanagota á los frailes franciscanos que llegaran á las costas de Barcelona, comprometiéndose á ponerles en capacidad de comenzar su encargo apostólico.

Así sucedió en efecto, y cuando llegaron los primeros misioneros en 1656 encontraron á su maestro. Ya de 1651 á 1652 habían estado dos misioneros en los dos pueblos llamados la *Concepción de Píritu* en la costa, y *San Salvador de Chacopata* en el sitio de Cocheima; pero, calumniados por los castellanos, tuvieron estos primeros apóstoles que abandonar la obra comenzada.

Como los escritores en lengua cumanagota fueron misioneros, es necesario, para no perder el orden cronológico, fijar la época en que figuraron tres de los principales escritores, á saber : el Padre Manuel Yangües, que llegó á Venezuela en la segunda misión de los Padres Observantes de Píritu, 1660; el Padre Matías Ruiz Blanco, de la tercera misión, que llegó en 1672; y el Padre Diego de Tapia, de la misión sexta, que llegó en 1693.

Aunque hubo otros escritores, pertenecientes á las misiones de Cumaná, como Caravantes, Tauste y algunos más que escribieron en lengua cumanagota, puede decirse que los tres misioneros nombrados fueron los primeros que dieron á conocer, en sus diversas obras, la lengua cumanagota.

YANGÜES (Fray Manuel del orden de S. Francisco), *Principios y reglas de la lengua cumanagota general en varias naciones que habitan en la Provincia de Cumaná... Sacados á luz ahora nuevamente, corregidos y reducidos á mayor claridad y brevedad, junto con un diccionario que ha compuesto el P. P. Matías Blanco.* Burgos, 1 vol., 1683.

El Padre Yangües, hijo de la Provincia de Castilla y Predicador, maestro de novicios en el convento de San Francisco, de Madrid, era aun joven, cuando, en 1660, llegó á las misiones de Píritu. Según Ruiz Blanco (*Conversión de Píritu*), Yangües fué el primero que tradujo la doctrina cristiana á la lengua cumanagota. De vida ejemplar, apóstol de verdadera caridad, no estuvo entre los misioneros sino pocos años, pues murió en Caracas en 1676. Los despojos mortales de este santo varón fueron enterrados en la capilla de la Soledad del templo de San Francisco, según dice Caulin[1].

Sigamos con la enumeración de las obras de Ruiz Blanco, natural de Andalucía, lector de artes y teología, que llegó á Píritu con la

1. CAULIN, *Historia de la Nueva Andalucía.*

misión quinta, en 1672, y se dedicó, con entusiasmo, al estudio de la lengua cumanagota.

Puede decirse, que la primera obra de este distinguido misionero, fué la de Yangües, de la cual volveremos á hablar. Las otras obras son las siguientes :

RUIZ BLANCO (P. Fray Matías, de la Observancia de San Francisco), *Conversión de Piritu, de Indios Cumanagotos, Palenques, y otros. Sus principios é incremento que hoy tiene con todas las cosas más singulares del País, política y ritos de sus naturales, práctica que se observa por su Reducción y otras cosas dignas de mencionar.* Madrid, 1 vol., 1690.

De esta obra tomó Caulin, para su Historia de la Nueva Andalucía, multitud de noticias referentes á la llegada y vida de los misioneros de Barcelona, así como otras muchas, sobre costumbres de los indios, noticias sobre animales y vegetales, épocas de la fundación de algunos pueblos, etc., etc.

La *Conversión de Píritu* es una obra importante para la historia antigua de la sección oriental de Venezuela; y sobre todo, para la conquista espiritual de los misioneros en la provincia de Barcelona. — La edición que poseemos está seguida de la siguiente obra del mismo autor :

RUIZ BLANCO, *Práctica que hay en la enseñanza de los indios, y con directivo para que los Religiosos puedan cómodamente instruirlos en las cosas esenciales de la Religión christiana.*

Comprende este tratado la Doctrina cristiana, 8 páginas y algunas dudas sobre la traducción de la Doctrina en 10 páginas. — Sigue después, *un tratado sobre los verbos que en lengua cumanagota significan creer*, en 4 páginas y en seguida, BREVÍSIMA *explicación de los artículos de la Fe*, PRECEPTOS *del Decálogo* y SACRAMENTOS DE LA SANTA IGLESIA, en lengua de los Indios de Píritu, 23 páginas, que finalizan con *unos versos en lengua cumanagota para celebrar* el nacimiento del Señor, 3 páginas, y 8 más que corresponden al índice.

En este volumen, el autor, ha agregado como trabajo por separado, con numeración nueva, la siguiente obra :

RUIZ BLANCO, *Reglas para la inteligencia de la lengua de los Indios de Píritu, ó lo que es lo mismo, gramática de la lengua cumanagota.* 1 vol. de 46 páginas. Esta obra está continuada de la siguiente.

Ruiz Blanco, *Tesoro de nombres y verbos de la lengua cumanagota, con algunas frases y modos de hablar particulares.* 1 vol. de 200 páginas, incluyendo el índice de la Gramática, una fe de erratas y un himno, en cumanagoto, á la Purísima Concepción de la Madre de Dios.

Estos dos últimos trabajos del célebre misionero son una nueva edición aumentada y corregida de la obra de Yangües, impresa en Burgos en 1683, de la cual hemos hablado ya.

En la Biblioteca americana dirigida por M. Leclerc, París, 1867, encontramos citadas dos obras más de Ruiz Blanco, de las cuales no teníamos noticia :

Ruiz Blanco, *Manual para catekisar y administrar los Santos Sacramentos á los Indios que habitan la provincia de la Nueva Andalucía, y Nueva Barcelona, y San Cristoval de los Cumanagotos.* Burgos, 1 vol. de 101 páginas, 1683.

Ruiz Blanco... Señor, Fray Mathias Ruiz Blanco, de la regular observancia de N. P. San Francisco, Lector de Theología, Ex-Comisario Apostólico, y Padre el más antiguo de las santas conversiones de Píritu... dice. 1 vol. Madrid, 1695.

Según Leclerc, esta preciosa memoria presentada al Rey, contiene un compendio del descubrimiento de la Nueva Barcelona, y la Relación de las misiones entre los Indios Cumanagotos, Palenques, ó Guaribes, Tucuyos, Tumuzas, Cuacas y Cores.

Vemos por lo expuesto que ninguno de los misioneros castellanos en Venezuela ha dejado á la ciencia filológica un acopio de materiales tan interesantes como el Padre Ruiz Blanco. Y es de extrañarse que Pinelo no cite, en su *Biblioteca*, sino dos de las obras del célebre escritor, y Brunet ninguna, cuando hoy, después que han pasado casi dos siglos de haber publicado sus obras aquel misionero, se encuentran todas, aunque en número tan reducido, que tropezar con una de ellas puede considerarse como un hallazgo bibliográfico.

Ningún competidor más digno de Ruiz Blanco que el no menos célebre Diego de Tapia de quien vamos á ocuparnos. — El Padre Tapia llegó con la sexta misión en 1693. Antes de salir de España para América, ya el Padre Tapia conocía la lengua cumanagota por los trabajos de sus predecesores. Y llegó á poseerla con tal perfección, que escribió y recitó sermones delante de sus compañeros de claustro, en Andalucía, déjando á éstos admirados al ver la faci-

lidad con la cual había aprendido un idioma por las reglas y sin haberlo practicado.

El Padre Diego de Tapia permaneció entre los tribus del Oriente de Venezuela cerca de cuarenta años; y fué tal la facilidad con que se comunicaba con los indios, que estos llegaron á decirle, que conocía la lengua cumanagota con más perfección que los naturales; lo que contribuyó á la veneración, respeto y admiración con que le distinguieron los pueblos salvajes de Barcelona y Cumaná. — La primera obra de este misionero, en lengua cumanagota, es la siguiente :

Tapia (Fray Diego de), *Confessonario en lengua cumanagota, y de otras naciones de Indios de la Provincia de Cumaná, con unas advertencias previas al confessonario para los confessores.* Madrid, 1 vol. de 732 páginas, 1723[1].

Esta obra célebre, de la cual existe un ejemplar incompleto en la Biblioteca nacional de Venezuela, contiene : 18 páginas para la dedicatoria y aprobaciones; *advertencias previas* en 238 páginas : *Plática en que se enseña á los indios el modo de confesarse* (en dos lenguas española y cumanagota) en 696 páginas y un *indice*. 1 vol. pequeño con 732 páginas y una plancha que representa la Virgen á la cual está dedicado este libro.

Tapia, *Resso cotidiano, en el idioma cumanagoto compuesto por el R. P. Fray Diego de Tapia*, etc., etc., que saca á luz el P. Fray Pedro Cordero, religioso menor é hijo de la Observancia de la Provincia de Píritu, predicador y misionero apostólico en las conversiones de esta provincia : un cuaderno, 30 páginas.

Este cuaderno que conocemos manuscrito parece haber sido elaborado poco después de la llegada del P. Tapia á las misiones de Píritu, en 1693. Pero por las aprobaciones que tiene y el permiso concedido en 1745, se deduce que fué publicado en 1746. Es un

1. El primero que dió á conocer en Venezuela esta obra del P. Tapia y escribió algunas noticias sobre la lengua y bibliografía cumanagotas fué el Dr. Ernst, en un artículo publicado en *la Opinión nacional* de 1871, con el título de : « Un libro en lengua cumanagota », extracto del interesante trabajo que publicó él mismo, en la *Zeitschrift für Ethnologie von Bastiann und Hartmann* (Berlín, 1870), con el título de : « Noticias sobre la lengua de los cumanagotos, basadas sobre el Confessonario de Fray Diego de Tapia ».

tratado de la Doctrina cristiana que complementa al Confesonario del mismo autor.

Entre las obras inéditas que dejó el distinguido misionero, encontramos las siguientes :

TAPIA, *Manual en lengua cumanagota para la administración de los sacramentos.*

TAPIA, Un *Tratado sobre el arte*, en lengua cumanagota.

— Un *Tratado de moral.*

— Apuntes diversos sobre frases, alocuciones y razonamiento del idioma cumanagoto.

De todas estas obras manuscritas nada se sabe, y sólo conocemos sus títulos por el prólogo con que acompaña al *Rezo cotidiano*, el P. Cordero, quien, entre otras cosas, en honra de Tapia, dice : « Luego que llegó á estas apostólicas misiones empleó todo el caudal de su entendimiento, en adquirir términos y las mayores dificultades de dicho idioma, yendo y asistiendo con los indios á las funciones de trabajo, llevando atramento para hacer sus apuntaciones : y para más adelantarlo, hizo convenio con dos mozos españoles que sabían dicha lengua (por haber nacido y criádose entre los indios), el que S. P. R. les enseñaría á escribir, y ellos le enseñarían y explicarían dicho idioma. »

« Más : que habiéndole yo alcanzado ya de avanzada edad, escuchaba y atendía al razonamiento de los indios, como si comenzase á aprender : durándole esta santa tarea hasta su muerte : de modo que con el continuado ejercicio de escribir, predicar, catequizar, enseñar y explicar la Doctrina cristiana vino á saber aun más que los indios el idioma cumanagoto, como ellos mismos lo publicaban, diciendo : que, el Padre Diego sabía y entendía mejor que ellos el *choto maimur* (la lengua de los indios); por la gran destreza y acomodado modo con que les predicaba y explicaba las obligaciones de cristiano. A esto se le juntaba el continuado estudio de Santos Padres, y otros autores graves, de que se valía, para hacer sus interpretaciones de nuestro español en dicho idioma, cuando el razonamiento lo pedía; no traduciendo palabra de palabra, ni término de término, sino sentencia de sentencia; porque si el idioma de los indios lo quisiese aplicar y acomodar á nuestro modo español,

quedaría áspero y bronco, para que los indios lo entendieran; y al contrario, si los términos del castellano los pusiese á la letra en los del indio, quedaría más confuso ó imperceptible; siguiendo en esto á los mejores traductores, que, en nuestra Santa madre Iglesia, hicieron las mejores traducciones..... »

CAULIN, *Historia corográfica, natural y evangélica de la Nueva Andalucía, Provincias de Cumaná, Nueva Barcelona, Guayana y vertientes del rio Orinoco;* dedicada al Rey N. S. D. Carlos III por el M. R. P. Fray Antonio Caulin, dos veces Provincial de los Observantes de Granada. Dada á luz de orden y á expensas de S. M. año de 1779. Madrid.
La misma obra, reimpresión de Caracas, 1841[1].

El Padre Caulin llegó á las misiones de Píritu, con la duodécima misión, en 1742. Su obra sobre la Nueva Andalucía, para la cual consultó, aunque no lo dice, los trabajos de Fray Simón, Herrera, Ruiz Blanco y otros cronistas de la historia antigua de Venezuela, fué comenzada en 1760, época en que el autor fué nombrado corógrafo de la expedición de límites, entre España y el Brasil, bajo las órdenes de Isturriaga y Solano. En este precioso volumen se encuentran algunos vocablos cumanagotos referentes á animales, plantas y pueblos en la provincia de Barcelona. Reservamos nuestra opinión sobre esta obra la cual está consignada en otro escrito, todavía inédito[2].

Del mismo Caulin, poseemos una obra inédita que ha llegado á nuestro poder, y es la siguiente:

CAULIN, *Doctrina christiana, traducida del castellano al cumanagoto, para el uso de las Missiones, y Doctrina de la Concepcion de Piritu que están al cargo de los Missioneros de la Regular Observancia de N. S. P. S. Francisco.* Dedicado al Rey N. S., en su Real y Supremo Consejo de las Indias por Fray Antonio Caulin, Predicador General apostólico, examinador sinodal del Obispado de Puerto Rico, y chronista que fué de dichas Missiones. Un cuaderno, 16 páginas.

Este tratado, así como el Rezo del Padre Tapia, sobre el mismo tema, pueden reputarse como dos adquisiciones, enteramente nuevas, en la historia filológica de Venezuela.

1. Nuestro padre, en la época en que redactó *El Liberal* (1841), concibió el proyecto de dar á conocer á los pueblos de Venezuela la serie de cronistas que desde 1535 habían escrito la historia de la conquista castellana, y quiso comenzar con la obra de Caulin, la cual ha llegado á popularizarse; pero los movimientos políticos, que desde 1844, comenzaron á turbar la paz del país le impidieron continuar sus nobles propósitos.
2. *Literatura de la Historia de Venezuela*, 1 vol.

A los trabajos mencionados de Yangües, Caravantes, Ruiz Blanco, Tapia y Caulin sobre la lengua cumanagota, debemos agregar el libro de Tauste de que hemos hablado anteriormente, y que fué atribuído al Padre Caravantes. Estos seis misioneros son los primeros filólogos de las lenguas que se hablaron en las provincias litorales al Oriente de Venezuela.

Humboldt no menciona, entre los diversos vocabularios y gramáticas que llevó á Europa, ningún trabajo sobre la lengua cumanagota. Esto es tanto más de extrañarse, cuanto que el viajero trató en Caracas con los Padres franciscanos y en Barcelona con los Observantes. Su inmortal *Relación histórica*, que abunda en datos estadísticos respecto de las misiones de Píritu, suministrados por los misioneros, y en vocablos tamanacos tomados de la célebre obra del abate Gilii, no contiene ni un solo vocablo de la lengua cumanagota; lo que indica que no pudo adquirir ninguna de las obras publicadas por los filólogos de Barcelona y Cumaná.

LITERATURA TAMANACA

La extinguida nación de los Tamanacos que vivió en las regiones del Orinoco, cerca de la desembocadura del Apure, desempeñó, en pasadas épocas, un papel muy importante entre los pueblos de las llanuras de Venezuela. Nada escribieron los cronistas castellanos sobre esta nación, pero, la prolongada estadía que en ella tuvo uno de los más notables misioneros de América, el abate Gilii, ha proporcionado á la ciencia una obra inmortal que es la siguiente :

Gilii (Filippo Salvatore), *Saggio di Storia Americana ó sia Storia naturale, civile e sacra d'Regni e della provincie Spagnole di Terraferma nell' America meridionale* descritta dall' abate Filippo Salvadore Gilii e consagrata alla Santittá A. N. S. Papa Pio Sesto. 3 vol. Roma, 1780.

El abate Gilii natural de Ligones, cerca de Spoletta, en Italia, nació en 1721. A la edad de veinte años se incorporó á los Jesuítas, los cuales le enviaron á América, donde permaneció por el espacio de diez y ocho años. — Su inteligencia y actividad, y el interés con que visitó un gran número de naciones del Orinoco le proporcionaron extensos conocimientos sobre esta interesante sección de

Venezuela. Después de haber visitado las regiones del Orinoco siguió á Bogotá, donde permaneció siete años ; pero habiendo recibido en esta capital, la orden del Gobierno de España, por la cual quedaba extinguida en América la institución de los Jesuítas, y expulsados sus miembros, regresó á Roma en 1767, donde murió veintidós años más tarde, 1789.

La obra de Gilii, que de tanto sirvió á Humboldt en su descripción del Orinoco, es el más brillante resumen que existe hoy sobre la historia geográfica, religiosa, natural y civil del antiguo Uriaparia. El autor no se limitó solamente á estas materias, pues dedica un volumen al estudio de las lenguas del Orinoco, sobre todo al idioma tamanaco, á cuyo verbo dedica muchas páginas. En un estudio comparado, sobre las lenguas americanas, el autor complementa sus juiciosas observaciones con muchos vocabularios, entre los cuales figuran los de los Tamanacos, Maipures y Salivas, naciones venezolanas de las cuales hableremos más adelante.

LITERATURA DE LOS ARAVACOS, GUARAUNOS Y OTRAS NACIONES DEL ORINOCO

Aun existen tribus nómades de los Aravacos al Sureste del Orinoco, á orillas del Esequibo y de Turimán y en el antiguo cantón de Upata en la Guayana venezolana; mientras que los Guaraunos no han abandonado el Delta del Orinoco en el cual viven sobre los árboles, en un estado de completo embrutecimiento. Muchos Guaraunos se han fijado á orillas de los ríos que descienden de la Sierra de Imataca, y otros, con tendencias más sociales, se han reunido en varios caseríos del cantón de Piacoa. Por bárbaras que hayan sido estas naciones, oriundas del pueblo Caribe, no dejan de prestar su contingente al comercio extranjero que trafica en esta sección del gran río.

Schomburgk y Brettes, en sus obras sobre la Guayana, han dado noticias muy curiosas sobre estas naciones ya sometidas. De los Aravacas se conocen algunos vocabularios y una edición de la Biblia, escrita en aravaco según dice Balbi[1].

1. Balbi, *Atlas ethnographique du globe.*

Respecto de los Guaraunos, poseemos un vocabulario bastante extenso y las obras siguientes en las cuales se habla de las costumbres de esta nación acuática.

Level (A.-E.), *Informe sobre el estado actual de los Distritos de reducción de ndígenas, Alto Orinoco Central y Bajo Orinoco.* 1 vol., 1850.

En este informe sobre las antiguas misiones de Guayana, el autor se detiene sobre el estado actual de las poblaciones del Delta del Orinoco, indicando los medios que deben emplearse, para sacar de su embrutecimiento actual, las poblaciones guaraunas que viven sobre los árboles.

Plassard (L.), *les Guaraunos et le Delta de l'Orénoque*, par le Dr Louis Plassard. — Paris, 1868.

Esta curiosa memoria sobre la nación de los Guaraunos del Delta fué publicada en el *Boletín* de la Sociedad geográfica de París. Está acompañada de un pequeño vocabulario en lenguas guarauna y guayana.

LITERATURA GOAGIRA

Respecto de los Goagiros que viven aún en la península de este nombre, al Oeste del lago de Maracaibo, el conocimiento y estudio de su idioma pertenece exclusivamente al cura de Río Hacha, el entendido joven Rafael Celedón. — Actualmente se imprime en París la siguiente obra sobre esta lengua.

Celedón, *Gramática, catecismo y vocabulario de la lengua Goagira*, por Rafael Celedón, precedida de una instrucción por E. Uricoechea [1].

En 1870 el Dr. Ernst, publicó en el *Zeitschrift für Ethnologie von Bastiann and Hartmann* de Berlín el siguiente estudio.

Ernst, *los Indios Goagiros. — Estudio Etnográfico*, con una lámina que representa cráneos de estos indígenas; y un glosario de 325 palabras goagiras.
Toro, *Ensayo gramatical sobre el idioma goagiro* (manuscrito).

1. Acaba de ver la luz pública esta obra en la casa editorial de Maisonneuve (París).

Nuestro ilustre compatriota y amigo Fermín Toro se había dedicado en los últimos años de su vida al estudio de esta lengua. Nos es satisfactorio citar el trabajo inédito que dejó sobre la lengua goagira el distinguido filólogo venezolano.

Las obras más antiguas que conocemos sobre la historia de la nación goagira se publicaron en el siglo pasado, y son las siguientes :

Rosa (Nicolás de la), *Floresta de la Santa Iglesia Cathedral de la ciudad de Santa Marta.* Sevilla, 1756.
Julian (Antonio), *la Perla de la América, provincia de Santa Marta, reconocida, observada y expuesta en discursos históricos.* Madrid, 1787.

En estas dos obras se encuentran noticias muy remotas sobre los Goagiros y naciones indígenas de Río Hacha y costas vecinas, sobre sus productos naturales, costumbres, guerras y civilización.

En su *Perla de Santa Marta*, Julián informa que poseía un *Diccionario de la lengua Goagira*, y que regaló á un amigo suyo, miembro de la Academia de Suecia, que no podía ser otro sino D. Celestino Mútis. Y Plaza (*Historia de la Nueva Granada*) confirma este dicho, asegurando que el manuscrito existía en la Biblioteca de la Academia de Ciencias de Stokolmo[1].

Hablemos ahora de dos pueblos situados en las sabanas del Apure y que están comprendidos por Balbi en la gran familia Caribe Tamanaca. — Estos son los Yaruros y Otomacos, naciones poderosas que ayudaron mucho, durante la guerra de la Independencia, á los ejércitos patrióticos, y que vivieron en las sabanas del Meta, del Apure y regiones vecinas del Orinoco. De estas naciones ya extinguidas, sólo conocemos el *manuscrito sobre la lengua de los Yaruros* que existe en la Biblioteca de la Propaganda en Roma, citado por Humboldt, en el tomo III de su *Relación histórica.* — Este mismo sabio, entre los manuscritos que cita, coloca uno *sobre las lenguas del Orinoco, en general.*

Por lo que concierne á los Otamacos, nos referimos al vocabula-

1. El Dr. Ernst solicitó en 1870 este manuscrito por medio de sus corresponsales en Stokolmo y Upsala, y nada pudo obtener. Es probable que se haya perdido.



rio de esta nación que inserta el abate Gilii, en el tomo III de su obra.

A estos trabajos pueden agregarse las noticias y vocabularios sobre las naciones de los Barré, en el Casiquiare, San Carlos, Baria y sus afluentes; y sobre las Vanivas, en las regiones del Guainia, publicados en *la Opinión Nacional* de Caracas, de 1875 y 1877, por el señor Montolieu, actual Gobernador del Territorio venezolano de « Amazonas ». — Este observador ha publicado igualmente, vocabularios de las naciones Yavitera, Puinabo, Piaroa, que pertenecen á las familias Saliva y Cabare-Maypure.

Hasta aquí hemos abrazado, en las diversas obras indígenas de que hemos hablado, una extensa región al Norte, Este y Oeste del Orinoco que comprende los Estados de Bolívar, Barcelona, Cumaná, la dilatada región del Orinoco y las sabanas que se extienden al Sur y Oeste de este gran río. En toda esta área llegó á hablarse, en los días de la conquista castellana, el idioma caribe y sus variados dialectos.

Continuemos ahora con lo poco que ha podido salvarse de la familia *Saliva*, que comprende los idiomas *Saliva*, *Maco ó Piaroa y Atures*.

Por los trabajos del abate Gilii, y las recientes observaciones de Montolieu, sobre los pueblos del Territorio « Amazonas », vemos que se conservan, á lo menos, algunos vocablos de estas naciones. El idioma Saliva, según Vergara y Vergara, se habla hoy á orillas del Meta. — En la Biblioteca Vergara, existe autógrafa, una Gramática escrita en 1790, en el pueblo de Macuco. Del idioma Tama, que según el mismo Vergara, se habla en el pueblo de Jiramena, á orillas del Meta, no se conoce sino el vocabulario de Uricoechea escrito en 1863[1].

De la familia Cavere-Maypure, que comprende las naciones de los Caveres, Guaipunabis, Pareni, Maypures, Achaguas y otras, poco se ha podido conservar. Montolieu entre sus diversos vocabularios señala algunas voces de estas naciones.

De los Achaguas, que dejaron su nombre á una isla y á un puebloen el Estado venezolano de Apure no se conserva, según Vergara y Vergara, sino un diccionario completo, trabajado por un Religioso dominicano,

1. Vergara y Vergara, *Historia de la literatura en Nueva Granada*, 1867.

y otro muy extenso y bien escrito, extractado de los escritos por los Padres Juan Rivero y Alonso de Neyra, en el pueblo de Surmeno, en 1762. — Ambos diccionarios autógrafos, existen en la Biblioteca Uricoechea, y en la nacional de Bogotá, un tomo que contiene *pláticas* y *sermones*. Respecto de los Zeonas, cuyos restos viven á orillas del Meta, existen, un diccionario y un catecismo autógrafos, que regaló el general Acosta á la Biblioteca de Bogotá [1].

Abandonemos ahora las regiones de los llanos del Meta, Apure y Orinoco, para trasmontar la cordillera de los Andes, donde nos aguarda la literatura de los Muyscas.

LITERATURA MUYSCA

La poderosa nación de los Muyscas ó Chibchas habitó la antigua Cundinamarca y conquistó todas las regiones de las altiplanicies de Bogotá y Tunja, los valles de Fusagasugá, Pacho, Cáqueza y Tensa, y desde Santa Rosa y Sogamoso hasta los llanos del Meta, es decir, seiscientas leguas cuadradas de superficie, según el historiador Acosta [2].

Esta nación extendió su influjo hasta las provincias elevadas de los Andes de Venezuela, las de Táchira y Mérida, cuyas tribus indígenas llegaron á hablar la lengua muysca.

Los primeros trabajos sobre este idioma pertenecen al Padre González Bermúdez, y al Jesuíta José Dadoi, quienes llegaron á fundar en Bogotá, al comenzar el siglo décimo séptimo, una clase de idioma muysca. La primera gramática, con vocabulario y confesonario, en lengua muysca, salió más tarde, en 1619, con el siguiente título :

Lugo (Fray Bernardo de), *Gramática en la lengua general del Nuevo Reyno, llamada mosca*. Madrid, 1619.

Según Nicolás Antonio, este mismo autor publicó *Un confesonario en lengua muysca* [3].

1. El Padre Gumilla, misionero Jesuíta que vivió entre los Achaguas y otras naciones del Meta y del Orinoco, ha dejado noticias curiosas, en su obra *El Orinoco ilustrado* publicada en 1784; pero ninguna razón nos da sobre los idiomas indígenas de esta dilatada zona.
2. Acosta, *Historia del descubrimiento y conquista de la Nueva Granada*.
3. Nicolás Antonio, *Biblioteca vetustísima*.

En las diversas bibliotecas de Bogotá se conservan manuscritos anónimos sobre esta lengua, y Nicolás Antonio cita el siguiente, que no ha sido indicado por Vergara ni por Uricoechea :

MEDRANO, *Carta en la lengua del Nuevo Reyno de Granada* (manuscrito).

Posteriormente á estos autores se presenta en Nueva Granada el célebre Duquesne, intérprete del calendario muysca, quien al sentir de Vergara, fué el más hábil traductor de aquella lengua. Desgraciadamente sus trabajos se perdieron.

Correspondía al distinguido colombiano Dr. Ezequiel Uricoechea, estudiar los trabajos de que acabamos de hablar, y presentar á la ciencia moderna una obra de un mérito sobresaliente. Nos referimos á la siguiente gramática publicada en 1871 por este filólogo.

URICOECHEA (E.). *Gramática, vocabulario, catecismo y confesonario de la lengua chibcha, según antiguos manuscritos anónimos é inéditos*, aumentados y corregidos, por E. Uricoechea. París, 1871.

Esta elucubración del ilustrado escritor colombiano puede reputarse como nueva, en la historia de la filología americana. La brillante introducción que abre las páginas de este libro, sobre la historia de la nación Chibha, las notas ilustrativas y observaciones que acompañan á los trabajos de sus predecesores, los aumentos hechos al vocabulario, todo contribuye á dar una alta novedad al trabajo de Uricoechea; y ninguna obra más digna de la COLECCIÓN LINGÜÍSTICA AMERICANA, que se ha propuesto llevar á término este filólogo, que el brillante resumen de la lengua que hablaron los antiguos pueblos de la célebre Cundinamarca.

De los idiomas que tuvieron los pueblos de los Andes de Venezuela, poco ó nada se conoce. De los Motilones, nación feroz, nómade, que guerreó contra los castellanos á orillas del lago de Maracaibo y en los Andes de Mérida y Trujillo, no conocemos sino el siguiente manuscrito original :

CARTARROYA (Fray Francisco de), *Vocabulario de algunas voces de la lengua de los Indios Motilones que habitaron los montes de las Provincias de Santa Marta y Maracaibo, con su explicación en nuestro idioma castellano*, 1738. Un cuaderno, 15 páginas.

El Padre Cartarroya fué uno de los misioneros de Navarra que se establecieron en las costas de Maracaibo en el siglo pasado.

De la lengua de los Timotes, que habitaron los Andes de Trujillo, ha escrito el venezolano R. M. Urrecheaga unas *Observaciones* que comprenden algunas reglas gramaticales y un vocabulario, trabajo interesante que debemos á la amabilidad del autor y que publicaremos más tarde.

He aquí cuanto podemos decir sobre la historia bibliográfica de las lenguas y dialectos que se hablaron en Venezuela, en la época de la conquista castellana. Por de contado, que el caudal que hoy aprovecha la ciencia se debe principalmente á la constancia de los misioneros que levantaron la base de la lingüística americana. Sin al trabajo de estos hombres ejemplares, nada podría haberse hecho, cuando algunas de las naciones que éstos conquistaron han desaparecido por completo.

El espíritu que se ha desarrollado en Europa por el estudio de las lenguas indígenas, realza en mucho el trabajo de los misioneros y el de todos aquellos que contando con esta base necesaria, contribuyan con sus elucubraciones y méritos.

Después de la inmortal obra que con el título de *Mitrídates* han publicado dos sabios europeos, y en la cual hay páginas dedicadas á las lenguas americanas, se hacía indispensable el estudio de cada una de estas teniendo á la vista los trabajos precedentes. Por una de esas coincidencias felices que caracterizan esta época intelectual› mientras que España saca á luz las obras de sus cronistas americanos, ya agotadas, obreros de diferentes países se ocupan en presentar los trabajos de los misioneros, estudios sobre las lenguas y sus observaciones elaboradas en cada localidad. Siguiendo este empuje se han reimpreso á un mismo tiempo, en Londres y Léipzig, las obras del misionero Ruiz Montoya sobre la lengua guaraní: Uricoechea ha comenzado con las lenguas de la antigua Cundinamarca su GALERÍA LINGÜÍSTICA americana; Tschudi, Markham, Anchoronea, Nodal y otros se han ocupado en los progresos del idioma quechua; López ha escrito sobre los orígenes asiáticos de la lengua de los Incas; Buschman sobre las lenguas aztecas; Los mejicanos Pimentel y Orozo, Berra y otros más dedican sus vigilias á los idiomas y dialectos del célebre Anahuac; trabajos que se unen á los de

los hermanos Humboldt, Hervás, Vater, etc., y contribuyen, por una parte, á ensanchar el campo de la historia de América, y por otra, al conocimiento de los diversos idiomas que hablaron las numerosas tribus del Nuevo Mundo.

LA ORACIÓN DOMINICAL

EN LENGUAS VENEZOLANAS

Al distinguido publicista José M. Torres Caicedo.

Después del drama sangriento del Calvario, ninguna obra escrita del ingenio humano ha alcanzado hasta hoy, el triunfo de la ORACIÓN DOMINICAL. Que se recorra la tierra de uno á otro extremo, que se estudie lo sociedad humana bajo todas sus fases, antes y después del cristianismo, no hay lugar donde no sea conocida la sublime obra de Jesucristo, traducida á todas las lenguas antiguas y modernas y figurando en la historia de todos los pueblos.

La oración dominical es la base de todas las creencias y el áncora de todas las aspiraciones del hombre; por eso ha penetrado en todos los continentes y ha sido aceptada por todas las sociedades. La moral filosófica que ella enseña, la sencillez que la distingue y la coloca á la altura de todas las inteligencias, su influjo elocuentísimo en las difíciles situaciones de la vida, hacen resaltar en ella su origen divino, sus tendencias civilizadoras, su carácter, sus fines. Por esto ella constituye la obra inmortal por excelencia, que ni el tiempo, ni los cataclismos, ni las pasiones y luchas de la humanidad podrán destruir.

Como el rayo de luz, ha penetrado hasta los lugares más recónditos de la tierra, ha viajado con los pueblos, ha sido enseñada por los Apóstoles, por los mártires, por los peregrinos, por los misioneros y por la familia cristiana, donde ella es base de toda fe, norte de todo progreso, alegría del corazón, luz que guía, bálsamo que cura. He aquí porqué la oración dominical acompaña al hombre en su feli-

cidad y en su desgracia; al náufrago en su angustia, al menesteroso en sus necesidades, al criminal en su arrepentimiento, al moribundo en su emancipación. Dondequiera que hay lágrimas que enjugar, nobles aspiraciones que satisfacer, faltas que expiar, allí está ella, como único medio de comunicación entre la criatura y su Hacedor, entre la existencia material que sufre y se extingue, y el Ser inmortal que á semejanza é imagen de Dios, se emancipa para tornar al seno de Dios.

La oración dominical fué la primera enseñanza de los Apóstoles, después de su separación: con ella saludaron el suplicio los primeros mártires, atravesaron los desiertos y los mares los misioneros del Evangelio: con ella saludaron los Cruzados la tumba del Salvador y descubrió Colón las costas del Nuevo Mundo, y con ella han fundado los misioneros de Dios los nuevos pueblos de ambos hemisferios; porque la oración dominical es la síntesis de la moral universal; resumen de las nobles virtudes del corazón humano y compañera de las grandes conquistas, cualesquiera que hayan sido y sean las creencias de los pueblos.

Éstas las razones porque la oración dominical ha sido traducida á todos los idiomas y es la primera plegaria que balbucean los pueblos, al pasar del salvajismo á la civilización.

¿Cuándo fué introducida la oración dominical en el Nuevo Mundo? — Los primeros misioneros pisaron la tierra americana por los años de 1513 á 1516, veinticuatro años después de haber sido descubierta la Española. Fué en aquella época, cuando á duras penas, los Padres franciscanos, en las costas de Cumaná, pudieron enseñar la oración dominical á los hijos de los Caciques de Maracapana, Chiriviche y Píritu, al mismo tiempo que daban á los jóvenes neófitos las primeras lecciones de lectura. Obra tan meritoria fué de poca duración, que la semilla del Evangelio para fructificar necesita ser regada con sangre de mártires y abonada con tierra de lágrimas. Más tarde, en 1576, se presentan los primeros misioneros á orillas del Orinoco, recomenzando la obra iniciada setenta y cuatro años antes, en las costas de Cariaco. Pero á poco, desaparecen, acosados por el pueblo Caribe.

Las primeras traducciones de la oración dominical, en lenguas americanas, datan de la época en que fué introducida la imprenta en

Méjico, en 1535 ó 1540, y en el Perú, en 1584. En otro estudio hemos indicado las fechas respectivas en que fué traducido el catecismo de la Doctrina cristiana á los idiomas azteca y quechua.

La primera traducción de la oración dominical en lengua caribe fué en 1549 á 1566, época en que visitaron el Brasil los primeros misioneros franciscanos. De manera que la oración dominical, vertida á tres de las principales lenguas del continente, la azteca, la quechua y la caribe, fué en una misma época, 1550 á 1584. Pertenece al siglo décimoséptimo la pacificación de América por medio de los misioneros, así como el conocimiento de la mayor parte de las lenguas y dialectos indígenas. Este ensanche trajo por resultado la traducción de la oración dominical y su adquisición por cada una de las naciones y tribus sometidas.

Una novedad en la literatura de aquellos días debió ser la traducción de la oración dominical en lenguas y dialectos americanos. El estudio de los idiomas asiáticos llamaba la atención de las sociedades sabias, mientras que el espíritu de conquista patrocinado por los pueblos y gobiernos, ensanchaba el vasto campo de los conocimientos geográficos. Los pueblos se acercaban y se unían por medio del comercio, las lenguas se canjeaban, y la imprenta que, desde mediados del siglo décimoquinto, había comenzado su labor inmortal, contribuía de una manera poderosa al progreso de toda conquista.

Este acopio de adquisiciones intelectuales y materiales debía traer el estudio de una nueva ciencia: la etnografía que sintetiza el conocimiento de los pueblos, sus costumbres, su raza, su lengua, sus orígenes.

Los viajeros europeos que, desde el siglo décimoquinto, habían visitado el Asia, fueron los primeros que incorporaron á sus descripciones geográficas la oración dominical vertida á las lenguas orientales. Para no citar todos los trabajos, nos contentamos con nombrar á los viajaros y lingüistas, Shildberger, Postel, Ambrosius, Bibliander, Vulcanius, Wilhelm, Gesner, etc. Era una base para continuar.

La primera colección del Padre Nuestro, en veinticinco lenguas, fué publicada en Zurich, en 1555, en la misma época en que comenzaba aquel á ser traducido en lenguas indígenas de América.

En 1592, Jerónimo Megiser publica en Francfort, su colección de la oración dominical en cuarenta y nueve idiomas. — Mauer, en 1621, publica otra en cuarenta lenguas, la cual puede considerarse como imitación de la precedente.

La oración dominical en lenguas africanas aparece editada por el profesor Gramage en 1622; y el profesor Reuter, publica en 1662, en Rega, una colección general, en cuarenta y nueve idiomas. En esta misma época aparece Junius editando la oración dominical en diez y nueve lenguas germánicas.

En los años corridos de 1660 á 1705 aparece, en varias ediciones, la grande obra de Muller titulada : *Alphabeta ac notæ diversarum linguarum pene septuaginta, tum et versiones orationes dominicæ prope centum.*

La oración dominical en más de cien lenguas, editada por B. Mottus, sale en Londres, en 1700. A esta sigue la célebre colección de Chamberleynius y Wilkius, publicada en Amsterdan en 1715.

El primer lingüista español que continúa la obra de sus predecesores es Lorenzo Hervás, sabio Jesuíta, misionero español en América. Su grande obra, *Idea del Universo*, publicada en italiano, desde 1778 á 1787, en 21 volúmenes, puede reputarse como una de las grandes producciones de la literatura española. — El volumen 19.° tiene el siguiente título: *Saggio prattico della lingua, co prolegomini e una raccolta di orazioni dominicali en piu di trecento lingue e dialetti.*

La primera edición poliglota del Padre Nuestro, en el siglo actual, es la publicada en París por Marcel con el siguiente título: *Oratio dominica CL linguis versa, et propiis cujusque linguis caracteribus expresa*, 1805. — En el mismo año, ve la luz pública en Padua, la colección de Bodoni, en ciento cincuenta y cinco lenguas.

Sólo veintidós lenguas americanas tiene esta colección, de las cuales, once pertenecen á la América del Sur. — Ninguna á Venezuela.

En 1806, ve la luz pública en Berlín, el MITHRIDATES de Adelung, continuado poco después por Vater, donde está la oración dominical en quinientas lenguas y dialectos.

Según Adelung, sobrino del precedente, el número de lenguas conocidas llega á 3.114; de las cuales pertenecen :

Al África	276
Á la Europa	587
Al Asia	987
A la América	1.264

Es de notarse que en las traducciones publicadas hasta esta fecha, sólo figuran como lenguas americanas alguna que otra de la región de los Andes, desde Chile hasta Méjico, y el Guaraní ó Tupi y el Caribe de la región oriental.

En 1838, sale la colección de la oración dominical, editada por Durer y Xaver, en Mónaco, la cual contiene cuarenta y tres traducciones del Padre Nuestro.

América no podía permanecer indiferente á este movimiento de Filología artística, y en 1860, la Sociedad de Geografía y Estadística de Méjico publica la siguiente obra: *Colección polideómica Mexicana que contiene la* ORACIÓN DOMINICAL *vertida en cincuenta y dos idiomas indígenas de aquella República.* Dedicada á N. S. P. el Señor Pío IX, Pontífice Máximo, por la Sociedad Mejicana de Geografía y Estadística. — Méjico, 1860.

En 1847 publica Alois Auer, en Viena, una grande obra con el siguiente título: *Oratio dominica, poliglotta, DCCCXV linguis et dialectis, studio et labore Aloysii Auer.* — Este libro notable, impreso por la tipografía imperial de Viena, bajo la dirección del Consejero de Estado Mr. Auer, contiene: 1.° Muestras de la oración dominical en seiscientas ocho lenguas y dialectos, en caracteres romanos, con la traducción interlineal y clasificada cada una geográficamente. 2.° Una noticia de los poliglotos del mismo género que habían precedido á esta edición. 3.° Doscientas ocho muestras de la oración representando los caracteres especiales de otras tantas lenguas ó dialectos, impresos con letras móviles. 4.° Un cuadro de los alfabetos originales del mundo, tan exacto como ha podido hacerse en vista de los caracteres romanos equivalentes. 6.° Títulos en colores, retratos, índices, listas bibliográficas, etc., etc. [1].

En 1869, G. N. Naphegyi edita en Filadelfia un hermoso volumen con el siguiente título: *The Album of Language illustrated by the*

1. BRUNET, *Manuel du libraire.* — Según este bibliógrafo esta obra no se había lanzado al comercio en 1863, aunque había figurado en las Exposiciones de Londres y de París en 1851 y 1855.

lord's Prayer in one hundred languages. Esta obra, imitación de la de Viena, está bellamente impresa. Contiene además de la oración dominical, una hermosa introducción sobre el lenguaje, una nota bibliográfica bastante exacta y alfabetos de las lenguas antiguas.

El álbum de Naphegyi contiene solamente veinte traducciones del Padre Nuestro, en lenguas americanas, de las cuales, cuatro pertenecen á la América del Sur. — Ninguna á Venezuela.

Después de haber indicado cuanto puede referirse á la historia bibliográfica de la ORACIÓN DOMINICAL, vemos que la sección de las lenguas indígenas de la América del Sur no ha llegado todavía á figurar, de una manera especial, en estas diversas colecciones. Exceptuando los idiomas *Guaraní*, *Tupi*, *Caribe* de las Antillas, *Quechua*, *Chiquito*, *Araucano*, *Pámpano*, *Chileno*, ninguna otra se encuentra en estos ricos monumentos del arte tipográfico.

Incorporando á este Estudio las traducciones que poseemos de la *Oración dominical* en Caribe del continente, en Cumanagoto (tres traducciones), en Goagiro (dos traducciones), en Muysca (dos traducciones), en Aravaco (dos traducciones) y en Achaguas (una), ensanchamos el campo americano, en una gran porción ignorada de los filólogos europeos. Esta será nuestra contribución al ALBUM DE LAS LENGUAS, en todos los idiomas y dialectos de la tierra.

La novedad que encierra esta colección del Padre Nuestro, en lenguas venezolanas, consiste en que por la primera vez se publican las traducciones inéditas, en el idioma Cumanagoto por los misioneros Ruiz Blanco, Caulin y Tapia: Y aunque es cierto que la primera está en las obras de Ruiz Blanco, de difícil adquisición, las otras dos son ignoradas, pues solo nosotros poseemos los manuscritos originales.

Las dos traducciones en lengua goagira que debemos á la cortesía del Padre Celedón, Cura de Río Hacha, pueden considerarse como inéditas, supuesto que están en vía de publicación los trabajos de este filólogo sobre la lengua goagira.

La traducción en Caribe (de las Antillas) está tomada de la obra de Bodoni; y la en Caribe, del continente, es obra del ilustrado venezolano M. Figueroa Montes de Oca, hijo del Estado Barcelona, que se ha dedicado al estudio de la lengua caribe, y tiene trabajos importantes, todavía inéditos.

La traducción en lengua de los Achaguas está tomada de la obra de Vergara y Vergara, *Historia de la literatura de Nueva Granada.* No conocida esta traducción en las colecciones europeas, puede reputársela como nueva.

Respecto de las dos traducciones del Padre Nuestro en idioma de los Muyscas ó Chibchas, pertenecen al Padre Lugo y á otros escritores cuyos trabajos ha ilustrado con observaciones importantes el célebre americanista Ezequiel Urricoechea, en su gramática y vocabulario chibcha.

Las cinco traducciones de la Oración dominical en Caribe, Cumanagoto, Achaguas, Muysca y Goagiro, son el más completo resumen de los principales idiomas que se hablaron en Venezuela en la época de la conquista castellana. — El Caribe con sus dialectos, entre los cuales el Cumanagoto fué uno de los que tuvo una zona más dilatada, comprendía una gran parte de la zona oriental de Venezuela, parte del Estado Bolívar y llanos del Tuy. El Achagua fué conocido por las poblaciones del Apure y del Orinoco. El Muysca que se habló en la cordillera oriental de la Nueva Colombia, llegó como hemos dicho, por el Este hasta las regiones del Meta, y por el Norte hasta las provincias venezolanas del Táchira y Mérida. Respecto del idioma Goagiro se habla actualmente en la península de este nombre, al Oeste del gran lago de Maracaibo, por las numerosas tribus indígenas que comercian con Río Hacha, Maracaibo y las Antillas.

Debemos al Doctor A. Ernst, las dos traducciones de la Oración dominical en lengua de los Aravacos, tribus de origen caribe que viven hoy en la Guayana inglesa y parte de la Guayana venezolana. Ellas han sido tomadas de la obra de Ricardo Schomburgk *Reisen in British Guiana.* 1840-1844. La traducción interlineal es una versión del alemán.

Incorporamos á esta colección del Padre Nuestro, la traducción en lengua Tupi ó Guaraní, idioma de las numerosas tribus del Brasil que se habla en algunos lugares del Territorio venezolano « Amazonas » en el alto Orinoco, completando de esta manera el cuadro de las lenguas madres de Venezuela.

TERCERA PARTE

ORÍGENES VENEZOLANOS

LOS PRIMEROS MISIONEROS

EN LA COSTA VENEZOLANA[1]

(1513-1520)

I

Introducción. — Los primeros misioneros en el drama de la conquista. — Ideas de Colón sobre el particular. — Fragmento de una carta de Colón al Papa. — Primeros franciscanos en América. — Ideas religiosas de Colón favorables á la conquista. — Ordenes del Monarca respecto del envío de franciscanos. — Primer convento de dominicos en La Española. — Primeros frailes. — Alianza de las autoridades civil y eclesiástica. — Llegada de nuevos dominicos. — Incidentes desagradables. — Primeros misioneros en la costa venezolana. — Instalación de los religiosos [2].

¡ Hermoso tema el que sirve de título á este estudio : la historia de los primeros hombres que aceptaron gustosos el sacrificio en la conquista del continente ! ¡ Cuántos contrastes en las primeras escenas que abren el drama de América ! Colón, benevolente y noble ; Ojeda y Vespucio, ambiciosos y audaces ; Alonso Niño y Guerra, emprendedores y astutos. Ocampo y Castellón representan los hombres de la venganza, y el virtuoso Las Casas, el varón justo, el hijo del deber.

1. De este libro sólo se publicó el primer volumen en 1891. La edición fué oficial y está agotada.
Reproducimos en este capítulo dos de los escritos contenidos en dicho volumen. (*N. de N. E.*)

2. Este estudio lo dedicamos al señor Doctor Luis F. Esteves, Magistral de la Metropolitana de Caracas.

Cuando la codicia no había tomado todos los caracteres de una epidemia, cuando la conquista no tuvo por móvil sino la aventura y por recompensa las alhajas de oro y las ricas perlas que trocaba el indígena por baratijas castellanas, todo parecía encaminarse hacia fines nobles y civilizadores. Pero, cuando en el desarrollo del drama, aparecen hombres feroces, y el castellano, armado con todos los arreos de sórdida codicia, esclaviza á sus semejantes y hacina los combustibles de sangrienta pira, entonces los personajes se revisten de aspecto terrible y amenazador.

En esos momentos es cuando aparecen en la escena, iluminados por los relampagos de la tempestad los ministros de Dios, los discípulos de los Apóstoles, con la cabeza descubierta, desnudos los pies, humildes, abnegados, reverentes, bañados por esa luz misteriosa que irradia la conciencia recta y vivifica los corazones virtuosos.

La presencia de los misioneros en los momentos en que la escena está llena de sombras siniestras y poblada de truenos que repercuten en lontananza, es solemne é imponente. No son los conquistadores de la tierra, ni los explotadores de su riqueza los que se presentan, sino los apóstoles de la idea cristiana, que vienen á clavar sobre las costas el lábaro de la Redención : son los pastores del Evangelio en solicitud de los rebaños diseminados ; es la mansedumbre que viene á sentarse al lado de los desvalidos y menesterosos, con la fe por báculo, con la caridad por fuerza. Todo cambia por el momento al surgir en la escena los nuevos actores : caen de las manos las espadas ; desaparece, como nube que disipa el viento, la gavilla famélica; levántase del suelo el indio, de cuyo cuello pende cadena de oprobio ; aléjanse los rumores de la tempestad, y un rayo de luz, reflejandose sobre las cabezas descubiertas de los nuevos apóstoles, realza la escena, en la cual no están sino los indígenas vueltos á su libertad, y los ministros de Dios que derraman sobre las cabezas de los escogidos las bendic ones del cielo.

Narremos estas escenas de amor y de mansedumbre, que muy en breve serán sustituídas con otras de sangre y de muerte. A la paz fecunda y civilizadora de las costas de Venezuela en los primeros días del siglo décimosexto, seguirán el incendio y la devastación. Todos esos hombres que surgen como el iris después de la tem-

pestad, van á morir : Dios los tiene reservados para el martirio. Cuando llegue la hora, los primeros templos que ellos van á levantar en las costas del continente, serán demolidos por el hacha y el fuego : destruída será la primera efigie del Mártir del Gólgota, profanado el altar, demolida la casa de oración, y atados al poste de la venganza esos varones humildes, en cuyas miradas se refleja la paz del alma. De su martirio y muerte no será responsable el indígena, vengador de su honra y de su familia, sino el castellano feroz, que, contra las leyes divinas y humanas, taló el suelo americano, deshonró la inocencia, esclavizó al hombre y menoscabó la riqueza.

Puede decirse que el origen de los primeros misioneros en América data del segundo viaje de Colón en 1493, en el cual le acompañaron Fray Boil, Delegado del Santo Padre, y doce eclesiásticos. Si estos religiosos ejercieron su apostolado en las comarcas no exploradas de las islas antillanas, ó permanecieron sólo en La Española, como ministros del santuario en el primer templo levantado en el Nuevo Mundo, es cosa que ignoramos; pero es de suponerse que, durante este viaje, no pudieran desempeñar su encargo apostólico de una manera completa, pues La Española, cuando regresó Colón en 1493, estaba en ruinas, y fué necesario conquistarla de nuevo para poder fundar La Isabela y demás pueblos de Santo Domingo. Los cronistas nos refieren que Fray Boil, catalán intransigente, no estuvo nunca de acuerdo con Colón, y que al fin hubo de desertar de la isla clandestinamente, en unión de uno de los Generales del Almirante, llamado Margarite.

Antes de emprender su cuarto viaje, Colón escribió al Santo Padre, con fecha de febrero de 1502, una extensa carta [1], en la cual le hablaba, entre otras cosas, de la necesidad de enviar á las tierras ya descubiertas, sacerdotes que fundasen en América la religión de

1. En su *Historia de la Nueva Andalucía*, el Padre Caulín se esfuerza en probar que el primer fraile franciscano que vino á América en compañía de Cristóbal Colón, fué Fray Juan Pérez de Marchena, que tanto le había favorecido en su primer viaje, con sus buenos oficios en la Corte. Aunque Caulín cita en su apoyo varios autores, no hallamos entre éstos ninguno de los principales cronistas, como Herrera, Fernández de Oviedo y Las Casas. No hay en la rica colección de documentos de Navarrete, ninguna noticia en apoyo de la aseveración de Fray Caulín. Después de haber estudiado este punto, creemos que el primer fraile que acompañó á Colón en su segundo viaje, fué el Padre Boil.

Jesucristo : « *Agora, Beatísimo Pater* — escribe Colón — *suplico á Vuestra Santidad que por mi consolación y otros respectos que tocan á esta tan santa y noble empresa, que me dé ayuda de algunos sacerdotes y religiosos que para ello conozco que son idóneos, y por su Breve mande á todos los Superiores de cualquier Orden, de San Benito, de Cartuja, de San Hierónimo, de menores ó mendicantes, que pueda yo ó quien mi poder tuviere, escoger dellos fasta seis, los cuales negocien adonde quier que fuere menester en esta tan santa empresa, porque yo espero en Nuestro Señor de divulgar su Santo Nombre y Evangelio en el Universo. Así que los Superiores destos religiosos que yo escogeré de cualquier casa ó Monasterio de las Ordenes, sean nombrados, ó por nombrar, cualquier que sea, non les impidan ni pongan contradicción por privilegio que tengan, ni por otra causa alguna; antes los apremien á ello y ayuden é socorran cuanto pudieren y ellos hayan por bien de adquiescer é trabajar é obedecer en tan santa y católica negociación y empresa, para lo cual plega en mesmo á Vuestra Santidad, de dispensar con los dichos religiosos in administratione spiritualium non obstantibus quibuscumque, etc. Concediéndoles in super y mandando que siempre que quisiesen volver á su Monasterio sean recibidos y bien tratados como antes, y mejor si sus obras lo demandan; grandísima merced recibiré de Vuestra Santidad y seré muy consolado y será gran provecho de la Religión cristiana.* »

Ya en 1501, en la expedición de Obando á La Española, por orden real, fueron enviados á esta Colonia doce franciscanos y un Prelado llamado Antonio de Espinel. Esta fué la cuna de la orden de franciscanos en el Nuevo Mundo, según nos dice el Padre Las Casas.

Estos deseos de Colón manifiestan que él no tuvo nunca la idea de conquistar las naciones del continente que había descubierto, sino por medios persuasivos y pacíficos. Nada le pareció más cónsono con sus sentimientos, y nada que pudiera realizarse de una manera constante y fecunda en buenos resultados, como la intervención de los apóstoles del Evangelio en la conquista castellana.

Los proyectos de Colón tuvieron por el pronto una resolución inmediata. Fué en abril de 1505 cuando el Rey se dirigió al capítulo general de la orden de San Francisco, que se celebraba en Barce-

lona, ordenándole que enviasen religiosos á Indias para que instruyeran y corrigieran á los naturales y á los pobladores. Poco tiempo después del segundo viaje de Colón, fundose en La Española un convento de dominicos; pero sus religiosos no dejaban el claustro sino de vez en cuando, y ésto con el objeto de confesar y bautizar en los pueblos que se iban fundando, á proporción que se establecía el tráfico entre América y España. En 1510, por disposiciones del Monarca, se estableció en La Española, de una manera estable, la orden de los frailes dominicos. El primer Vicario fundador del convento, en unión de cuatro religiosos más, fué Fray Pedro de Córdoba, joven de notable familia, espíritu ilustrado, hombre de conciencia y de virtud, que obtuvo de los Prelados de a Corte la más amplia protección. Digna de admiración nos parece a humildad con la cual el joven Vicario, á la cabeza de sus compañeros, mayores que él en edad, pero inferiores en luces y en abnegación, aceptó, al pisar La Española, la choza pajiza que con singular generosidad le ofreció un buen castellano, llamado Pedro de Lumbreras. Con paternal hidalguía instaló Lumbreras á sus huéspedes: dormían sobre lechos de paja seca y vestían de jerga; comían de lo que podían encontrar, como dice el cronista; porque en aquel entonces sucedía en Santo Domingo, que á veces no se hallaba ni vino para la consagración de la misa.

En el desempeño de su encargo apostólico, Fray Córdoba comenzó por presentarse delante del Almirante Diego Colón, que residía en La Vega, para lo cual hubo de andar á pie treinta leguas de camino fragoso, llevando su capa á cuestas, como dice el cronista Herrera, y teniendo que dormir en campo raso, después de haberse alimentado durante el día con raíces que hallara en su camino. A poco llegaron nuevos dominicos, á cuya cabeza figuraba Fray Domingo de Mendoza; y todos, imponiéndose mil penitencias y trabajos, comenzaron su encargo apostólico: la conversión de los indios. Así continuaron, cuando en 1513, el Padre Fray Pedro de Córdoba, después de haber terminado con buen éxito un incidente desagradable que había ocurrido entre los frailes del convento y las autoridades civiles, y el cual llegó hasta los pies del trono, suplicó al Rey le concediese licencia para trasladarse con los frailes de su orden á las costas de tierra-firme, para convertir á los indios sin

estorbo de los castellanos. Animado el Soberano con un ofrecimiento tan espontáneo y evangélico, y deseando premiar la constancia y virtud del varón justo, mandó que entregaran á éste los despachos; debiendo en ellos concederle cuanto pidiera por lo que correspondía á su apostolado, desde los ornamentos de la casa y de la iglesia, hasta las campanas, libros, etc., y no sólo para el Monasterio del cual era jefe, sino también para el que pensaba fundar en costa-firme.

Por segunda vez fué recibido Fray Córdoba por el Almirante Diego Colón y las autoridades de La Española, con todas las atenciones debidas á la recomendación del Monarca; y aprovechando los honores discernidos á su persona, resolvió el Vicario, después de contar con los recursos necesarios, enviar á costa-firme tres religiosos en calidad de exploradores del terreno, para obrar en virtud de los informes que de ellos recibiera. Aprestose una carabela, y en ella salieron los tres primeros misioneros que debían pisar las costas de Venezuela: Fray Antonio Montesinos, Fray Francisco de Córdoba, hermano de Pedro, y Fray Juan Garcés. El primero había sido agente enviado á la Corte, á nombre de su jefe Fray Pedro de Córdoba, para terminar, ayudado de su ciencia y de su rectitud, el incidente ocurrido en La Española. El segundo era reputado como un teólogo de bastantes conocimientos, hombre igualmente recto y virtuoso como Montesinos. Fray Juan Garcés tenía sobre sus compañeros una gloria: la de haber llorado sus pasados extravíos y de haberse arrepentido de un suceso que por mucho tiempo le amargó la vida. Juan Garcés, domiciliado en La Vega de La Española, hacía años que ocupaba un puesto entre los hombres más ricos y distinguidos de la isla, cuando cierto día, lleno de noble venganza, castigó las liviandades de su esposa dándole la muerte.

Hacía cuatro años de este suceso cuando llegaron á La Española los padres jerónimos. Cansado ya Juan Garcés de vagar por los montes durante este tiempo, huyendo de la justicia que le perseguía, acudió, al fin, á la orden de Santo Domingo, para que le admitiesen como fraile lego. Y fueron tantas las lagrimas que derramó delante de sus confesores, y tanto el arrepentimiento que mostró, que los padres, llenos de compasión, le recibieron en el convento como se recibe á un hermano descarriado. La entrada del neófito sirvió de

mucho á los frailes, porque Garcés les informó de la práctica que, hasta la llegada de ellos, se había seguido para gobernar y convertir á los indígenas. Los frailes, en conocimiento de las vejaciones hechas á los naturales, hablaron entonces en el púlpito contra las autoridades civiles de la Colonia, y esto motivó cierto desagrado momentáneo que hubo entre las autoridades civil y eclesiástica.

Contentos y resueltos á arrostrar todos los peligros con la virtud de la obediencia, recibieron los tres misioneros franciscanos las bendiciones de su Prelado y zarparon para las costas de Cumaná. Era el año de 1513. A su arribo á Puerto Rico, Fray Antonio Montesinos se enfermó gravemente, y hubo de quedarse, mientras que Córdoba y Garcés continuaron la travesía. A las pocas semanas arribaron á las costas, á sotavento de Cumaná, donde fueron muy bien recibidos por los naturales, con muestras de hospitalidad y de cariño, que aseguraron á los misioneros resultados ventajosos. Fraternizando entre sí todos aquellos corazones, que por la primera vez se comunicaban, y animados los padres, resolvieron despachar la carabela y comenzar el encargo que se les había dado.

En este mismo año salieron también de La Española, en dirección de costa firme, dos religiosos dominicos, los cuales desembarcaron al Oeste de la costa de Cumaná donde estaban los franciscanos, en el lugar llamado *Manjar*, cerca de Píritu.

La mansedumbre de los religiosos y sus modales insinuantes, contribuyeron á estrechar las relaciones entre los indios y sus buenos huéspedes. Los misioneros se hallaban instalados y los indios obedientes acudían á recibir las primeras lecciones del alfabeto; ya se tenía previsto el lugar donde iba á levantarse el primer templo del continente; la fraternidad estaba del todo establecida, y todo auguraba paz y bonanza.

II

Cómo fraternizaron los misioneros con los indígenas. — Llegada de una carabela pirata. — Celada de los castellanos. — Prisión de Don Alonso y su séquito. — Conducción de estos nuevos esclavos á La Española. — Triste situación de los misioneros. — Indignación de los indios contra éstos. — Angustias de los padres al verse amenazados por los indios. — Promesas que hacen respecto de la libertad de los indios. — Plazo que establecen. — Defensa inútil que hacen los padres dominicos en La Española. — Término del plazo. — Venganza de los indios. — Muerte de los misioneros.

Habían fraternizado estas dos civilizaciones : la indígena, humilde, menesterosa, que se prestaba á la obediencia y á la enzeñanza, y la del Evangelio que acudía al socorro de los desgraciados y de los pobres de espíritu como fuerza que funda y ampara la familia. Así se deslizaban los meses en esta intimidad fraternal cuando cruzó por aquellas costas una embarcación mercante, en solicitud de Cubagua, feria animada á donde acudían los explotadores de perlas. Saltan en tierra los castellanos, y tan luego como son recibidos de los frailes, se llenan de júbilo al hallazgo de tan buenos compatriotas. Los indios, amigos de los franciscanos, que siempre habían huído de encontrarse con los aventureros españoles, pues la experiencia les había enseñado que de semejantes hombres no podían esperar sino la esclavitud ó la muerte, se quedaron tranquilos en esta ocasión, delante de los invasores, pues se consideraban seguros bajo el amparo de los religiosos. Unos y otros proveen de comida á los castellanos y les atienden de una manera hospitalaria, durante la semana que pasan en su compañía. Pero he aquí que un día llega, y con él la perfidia, que debía dar por resultado la destrucción de las primeras misiones en el continente americano. Convidado el cacique del pueblo por los castellanos, á que fuera á hacerles una visita á bordo para comer juntos, aceptó sin vacilar Don Alonso, que así era el nombre que le habían dado los religiosos. Con la venia de éstos, porque de otra manera no hubiera aceptado la invitación el cacique, llama éste á siete de su familia, y sale, á la hora fijada, para cumplir con su palabra. Sube el jefe indio á la carabela, teniendo á su lado á su esposa, en compañía de su séquito; pero no ha acabado de pisar el último de ellos la escalera de la embar-

cación, cuando, de repente se inflan las velas, echan los castellanos mano á las espadas para evitar que alguno de los indios se lance al agua, y entre gritos y algazara amarran á los generosos huéspedes.

He aquí una de aquellas felonías que, repetidas mil y mil veces, y siempre con nuevas variantes, en los días de la conquista, hicieron de pueblos buenos y sumisos, hordas feroces que supieron defenderse hasta el exterminio. No hay que confundir las parcialidades caribes de las Antillas, hombres degradados, acostumbrados á la antropofagía y á todo género de crímenes, antes de la llegada de los castellanos, con los pueblos pacíficos del continente. La mayoría de los pobladores del Nuevo Mundo fué civilizada, si por civilización se entiende el amor al trabajo, la obediencia al mandatario, y el sostenimiento de la familia. Y si es cierto que la felonía, la bajeza y la codicia desenfrenadas son de todas las conquistas, también es cierto que la venganza, armada en nombre de la honra y del hogar, pertenece á todas las épocas de la historia.

En el curso de esta narración, palparemos que los pueblos indígenas de Venezuela, fueron tan sufridos como prudentes, y que sólo los crímenes cometidos por los conquistadores, pudieron alertarlos para rechazar una civilización que se les quiso imponer á fuego y sangre.

Indignados los moradores de la costa de Cumaná al ser testigos de aquel acto de salvaje piratería, se presentan delante de los misioneros con el objeto de sacrificarlos, porque los suponían cómplices. ¡Terrible escena! Los indios, armados de justa venganza, acometen á los religiosos; en tanto que el llanto de las esposas abandonadas y el grito de los niños, se mezcla á las imprecaciones de aquellos hombres que habían creído por un instante en la renombrada hidalguía castellana, contando con la protección de los misioneros. Todo es confusión, y ya los franciscanos van á ser víctimas de las pasiones enfurecidas, cuando logran inspirar confianza y que se les escuche. Los misioneros, indignados también contra sus compatriotas, levantan el grito al cielo, claman venganza y prometen á los indígenas que dentro de cuatro lunas regresarían los prisioneros, pues iban á reclamar justicia del gobierno de La Española. Los indios resolvieron aguardar que se cumpliera e plazo ofrecido. Quiso la buena suerte de los misioneros que pasara

en aquellos momentos otra embarcación por la costa, la cual desembarcó parte de su tripulación. Testigo ésta de la angustiosa situación de los padres, se ofreció instruir á las autoridades de La Española de tan escandaloso atentado, y hacer cuanto estuviera á su alcance para conseguir la libertad del cacique Don Alonso y de su séquito. Aprovechando los misioneros la partida de estos navegantes, escribieron á su Prelado, Fray Pedro de Córdoba. La carta de los buenos pastores había sido escrita no sólo con el sentimiento que inspiran la justicia y el deber ultrajados, sino también con la melancolía del hombre que, inocente, se ve de improviso víctima de sus semejantes. Conocedores los frailes de la codicia castellana, temían lo que debía suceder, que los prisioneros no serían devueltos á su libertad; y, llenos de resignación cristiana, de fe en Dios y en sus juicios, se despedían de su Prelado, ofreciéndose como corderos en el altar de Dios. Estaban inspirados por el sentimiento de la muerte.

Llegado á Santo Domingo el buque pirata, vendió como esclavos á los indios; y, como dice el cronista Herrera, los tomaron los jueces de apelación, pretextando que los habían llevado cautivos, sin licencia. Ignorantes los jueces de la manera como habían sido cogidos aquellos desgraciados seres, y de los peligros en que se habían hallado y se hallaban los franciscanos de Cumaná, se repartieron el botín entre sí. A los pocos días llegó una segunda embarcación de castellanos que traía para el Reverendo Fray Pedro de Córdoba, cartas de los religiosos, y éste relató el suceso y pintó con los más tristes colores la situación angustiosa de los pobres padres. Al saber lo que pasaba, el Capitán del buque pirata, temiendo ser cogido, acogiose al reciente monasterio de las Mercedes, y vistió el hábito de fraile. Así se salvaban en aquellos días, guareciéndose bajo el manto de la Religión, tantos criminales indignos del altar, para quienes la horca no habría sido un verdadero castigo.

Para esta fecha estaba ya en La Española el Padre Fray Antonio Montesinos, que, curado de la enfermedad que le atacó en su arribo á Puerto Rico, cuando acompañó á sus hermanos Córdoba y Garcés, había regresado á su convento. Al saber lo sucedido, se presenta con las piezas justificativas ante los jueces de apelación, á quienes exhorta y requiere de una manera imponente. Pide la libertad del

cacique Don Alonso y de su séquito, y que se les restituya á su patria, pero de nada valen sus exhortaciones; apela á la súplica y á la humildad, presenta á sus hermanos como víctimas inevitables de un desacato, que sólo la justicia puede reparar; pero nada consigue. Los hombres de la justicia habían enmudecido : para ellos no había, en este caso ni patria, ni religión, ni ley, ni conciencia, que no la tiene el hombre abandonado de la caridad. No eran los pueblos inexorables del continente los que iban á juzgar á los misioneros castellanos : era la justicia de Santo Domingo que los entregaba á manos del verdugo.

Cumplidos los cuatro meses ó lunas, como contaban los indígenas, se resolvieron éstos á sacrificar á los franciscanos. ¡Cuán dilatados aquellos cuatro meses de calvario, en los cuales se fueron disipando día por día las esperanzas de salvación, dando cabida á la angustia, á las lágrimas, al dolor y á la muerte! Cuando los indígenas, en la suposición, como era natural, de que los padres habían sido cómplices, se resolvieron á castigarlos, excitaron con más fuerza la venganza, que durante tantos días les había tenido en espectativa, y anunciaron á los misioneros que había llegado la hora del castigo. Estaban éstos reunidos y oraban : en sus semblantes se dibujaban las huellas del dolor y del insomnio, y al verlos tan resignados y dignos, se hubiera creído que algún espíritu del cielo los animaba, á proporción que se acercaban á la hora fatal del sacrificio. Al escuchar la gritería y algazara de los indios, los misioneros se levantan del suelo en que estaban arrodillados, se abrazan, se bendicen unos á otros, elevan por largo rato sus ojos al cielo, se comunican con el espíritu de Dios, y en seguida se entregan á los jefes que habían venido á sacarlos del convento. El primero á quien martirizan es al anciano vicario Fray Juan Garcés; átanle de un árbol, y después de haberle inferido todo género de vejaciones, prolongando así su martirio, le quitan la vida. Poco á poco van cebándose en la tortura de los otros compañeros, hasta que expira el último. Satisfecha la venganza de los indios, éstos se retiran.

Hé aquí el triste fin de los primeros misioneros franciscanos que fundaron en las costas de Cumaná el primer monasterio del continente.

Igual suerte cupo á los dominicos que, en la misma época, se establecieron en las costas de Píritu.

Aquí termina el primer acto de este drama sangriento.

III

Nuevos misioneros en 1518. — El Monarca condena la conducta de los castellanos. — Nuevos franciscanos en la costa de Cumaná y de Chichirivichi. — Son bien recibidos por los indios. — Fechorías de Alonso de Ojeda en Chichirivichi. — Nuevas infamias de este castellano en Maracapana. — Sublevación de los indios. — Muerte de Ojeda. — Triunfo del cacique Gil González. — Muerte de los misioneros. — Expedición de Ocampo en 1520.

Abandonadas quedaron las costas de Cumaná después de este tristísimo incidente, cuando, á poco andar, en 1518, se proyectó el envío de una nueva expedición de misioneros á los mismos lugares, compuesta de dominicos y franciscanos que de Picardía habían venido á La Española, y en este año salieron para las costas de Venezuela, en las cuales cada religioso debía fundar un monasterio. Para llevar á término feliz tal proyecto, quedaban en Santo Domingo los padres jerónimos, encargados por el Rey de la conquista pacífica de las Indias. Ya para esta fecha había llegado á noticias del Monarca el escandaloso suceso de la prisión del cacique Don Alonso, y la suerte que había cabido á éste y á los misioneros de Cumaná. Calificó el Monarca tal hecho como abominable y merecedor del mayor castigo, y queriendo evitar que se repitiera, ordenó que cada año se proporcionase pasaje á costa-firme á seis frailes dominicos, abasteciéndoles de cuanto necesitasen para el desempeño de su encargo.

Los padres franciscanos se establecieron en 1518 en el edificio que habían levantado los frailes Garcés y Córdoba en la costa de Cumaná, y el cual aun no habían destruído los indios; mientras que los dominicos se fijaron muy á sotavento, en Chichirivichi, donde comenzaron á levantar un monasterio que llamaron de Santa Fe, por hallarse edificado á orillas del golfete del mismo nombre.

Desde el arribo de los nuevos misioneros á las costas orientales de Venezuela, éstos conocieron al instante la bondad de los pueblos

indígenas, los cuales, olvidándose de historias pasadas, recibieron con la más franca hospitalidad á los nuevos apóstoles del Evangelio. La fraternidad más cordial se estableció á poco entre unos y otros, y los monasterios comenzaron á progresar. Ayudados de los indígenas, los religiosos cultivaban la tierra, en la cual prosperaron las legumbres y plantas europeas, de las cuales habían los padres recibido semillas. Hileras de naranjos y granados exóticos, trojes que servían para educar los sarmientos de la primera vid introducida en las costas cumanesas, sobresalían en el pequeño jardín de cada convento; mientras que los tamarindos, las acacias, las palmeras y demás árboles tropicales, levantando sus copas sobre los techos de los monasterios, daban á la casa del Señor, situada á orillas de un mar tranquilo y bajo un cielo siempre azul y trasparente, un aspecto tan sencillo como poético. Con los productos de la huerta, la caza y pesca de los indios, y con lo que del interior traían éstos, había suficiente para el sostenimiento no sólo de la comunidad, sino de los numerosos neófitos que habían ya recibido de los religiosos las aguas del bautismo y las primeras lecciones de lectura. Al amanecer el día, la campana de los monasterios llamaba á los indios á la oración, y después de oir la misa, cada parcialidad se dedicaba al trabajo que de antemano se le había señalado. En el curso del día se estudiaba y se aprendía; porque los misioneros, dando el ejemplo, aserraban la madera, hacían la mezcla y ladrillos que se necesitaban para concluir sus fábricas y no despreciaban ocasión para dar el ejemplo del trabajo y de la obediencia. Terminada la faena, la campana volvía á llamar á la joven familia, la cual, después de orar, escuchaba la plática de los misioneros, que tenía más de mímica que de oratoria, pues éstos no conocían bastante todavía el dialecto chayma. Fueron los hijos de los caciques los primeros que ayudaron á los misioneros y los primeros que aprendieron á leer; y en esto tuvieron los religiosos un plan sabio, pues contaban de esta manera con la buena amistad de los jefes, que no podía ser indiferentes á la educación de sus hijos. De esta época data la primera misa celebrada en Venezuela (1513 á 1518), en el monasterio de los franciscanos de Cumaná.

Iban ya corrido dos años desde el día en que los franciscanos y dominicos habían pisado las costas de Venezuela y todo marchaba

en bonanza, cuando llega un día del año de 1520, en el cual debía alterarse aquella paz santificada por la oración y sostenida por la constancia de la virtud. Fué el caso que, en aquellos días, arribó á las playas de Chichirivichi, donde habían fundado los dominicos su monasterio, un tal Alonso de Ojeda, vecino de Cubagua, y según decían, padre del conquistador de Coquibacoa, que había bautizado la tierra coriana con el nombre de Venezuela. A pesar de que la Audiencia de La Española perseguía á todos aquellos que esclavizaran indios no caribes, Ojeda, más ambicioso é inhumano que obediente á la ley, se resolvió á hacer una excursión en las costas del golfete de Santa Fe; y, desembarcando en las cercanías del monasterio, se presentó á las puertas de éste.

Estaban á la sazón ausentes muchos de los religiosos que habían salido para Cubagua con el objeto de confesar y predicar, cuando llegaron los compañeros de Ojeda. Fueron, sin embargo, recibidos por dos dominicos que se habían quedado en el convento; el uno, sacerdote, el otro, lego. Y tal era la confianza que animaba á los castellanos, que ni por cortesía se ocuparon en preguntar á los frailes por sus compañeros de claustro. Sabían por experiencia que la mansedumbre de los padres había influído tanto en las costumbres de los indígenas, que cualquier español podía internarse hasta cinco y más leguas de la costa y salir cargado de rescates, sin sufrir penalidad alguna. Así fué que, apenas cambiaron algunas frases con los celadores del convento, preguntaron por el cacique del pueblo, indio cuerdo y recatado que llevaba el nombre de Maragüey, y que todo lo disimulaba con tal de tener por fiadores de los castellanos á los moradores del convento. Mandáronle á llamar, y tan luego como se presentó, pidieron recado de escribir, que inmediatamente les fué dado por el Vicario. Entonces, en presencia del Veedor y escribano de la carabela, preguntó Ojeda á Maragüey delante de los castellanos, si sabía que algunos de los indios de su comarca comieran carne humana. A tal pregunta, se indigna el cacique, y sabiendo que los castellanos hacían la guerra á los antropófagos y los esclavizaban, contestó con entereza en su mal español: *No, no carne humana, no carne humana*, y se retiró, sin perder nada de su dignidad. Los frailes

tratan de calmarle; le amonestan y le explican lo sucedido, pero el cacique, astuto como malicioso, sospechó lo que todo aquello quería decir, y siguió á su labranza.

Esta es la primera escena del drama de sangre que vamos á presenciar.

Despidiose Ojeda de los frailes, y, embarcando su gente, siguió cuatro leguas costa abajo, en solicitud del pueblo de Maracapana, donde vivía un buen cacique á quien los castellanos llamaban Gil González, porque había estado en La Española, donde el contador del mismo nombre le había tratado con grande amistad. Era el cacique hombre prudente y recatado, y de los que más contribuían á la fraternidad fundada por los misioneros. Así fué que, apenas se avistó con Ojeda y su gente, dió á todos de comer y entabló con ellos amigable conversación. Ojeda le hizo entender que el objeto que tenía, al pisar sus tierras, era rescatar maíz de los indios Tageres, que vivían en la serranía, á tres leguas de distancia. Favorecido Ojeda por el cacique Gil González, se internó con veinte compañeros, dejando el resto como guarda de la carabela. Los Tageres recibieron muy bien á Ojeda, y éste les pidió cincuenta cargas de maíz y cincuenta peones que las condujeran á Maracapana, lugar donde pagaría el grano y el acarreo. Así sucedió, y á poco llegaron á Maracapana los indios con sus cargas. Estaban éstos descansando en la plaza del pueblo, y en gran manera descuidados, cuando fueron cercados con disimulo por los españoles, quienes, tirando de las espadas, comenzaron á atarlos. De los cincuenta, muchos, ya heridos, pudieron escaparse, mientras que el resto, unos treinta y tres, fué conducido á bordo. La carabela zarpó al instante.

Sabedor Gil González y aun testigo de tamaña felonía, con la indignación del hombre que recibe en recompensa de su buen proceder un acto de crueldad tan inaudita, despacha al instante correos mensajeros á los diversos pueblos de la comarca, dándoles noticia del suceso. Aconsejaba el cacique á sus compatriotas que, siendo ya imposible toda unión entre ellos y los castellanos, y no debiendo ser por una vez mas víctimas de tanta perfidia, opinaba por sacrificar á los frailes. Apoyábase el cacique en que los castellanos se holgaban en los conventos cada vez que desembarcaban,

y en que los religiosos habían facilitado á Ojeda los recados de escribir que pidió delante del escribano de la carabela. Meditó el indignado indio su plan de venganza, que consistía en sacrificar á Ojeda en uno de los desembarcos que hiciera, pues aun no había dejado la costa; y que en el mismo día, fijado de antemano, Maragüey sacrificaría á los frailes del monasterio de Chichirivichi. El cacique aceptaba la guerra á muerte que habían iniciado los castellanos, y alertaba á todas las poblaciones para que no dejaran vivo, desde aquel instante, á todo español que pisara las costas. Semejante proceder era tan justo como lógico. Estaba apoyado en el instinto de conservación que ha concedido Dios á la criatura, y en la ley natural de la defensa. No tenía en su pasada vida hechos infames de qué acusarse, y había recibido á los castellanos con la cortesanía del hombre hospitalario. ¿Qué más podía hacer? Valerse de la fuerza para repeler la fuerza. En esta lucha de dos civilizaciones, más bárbara la invasora que la invadida, no había más que un resultado : el triunfo de la fuerza disciplinada sobre la fuerza numérica.

Alonso de Ojeda no llegó á desembarcar en el día que tenía fijado Gil González para realizar su venganza, sino el precedente; hecho que no contrarió al cacique, sino que alentándolo, colocó en emboscadas su gente, y siguió él solo al encuentro de los castellanos á cuya cabeza venía Ojeda, y los siguieron en dirección al pueblo; pero apenas llegan á las primeras casas, cercanas á la costa, cuando salen las emboscadas de Gil González, y cayendo con rabia sobre los castellanos, matan á Ojeda y á seis de sus compañeros. Huyen los restantes en dirección de la carabela, y á nado llegan á bordo con prontitud. Desamarran los indios sus canoas y van sobre la embarcación; pero nada pueden hacer, porque los españoles, después de defenderse, huyen apresuradamente.

No pasaron muchas horas sin que Maragüey, al saber la muerte de Ojeda, se apresurase á cumplir lo pactado con su compañero, sobre los frailes de Chichirivichi. Vigilados y seguros los tenía, desde la aventura de Ojeda en Maracapana, aguardando el día señalado. No tuvieron éstos desgraciados un calvario tan prolongado como el que sufrieron años antes los franciscanos de Cumaná: así fué que la muerte les sorprendió en medio de sus oraciones.

Vestido con sus ornamentos estaba ya el Vicario y dispuesto para comulgar el lego, cuando Maragüey, tirando de la campana llamó á la puerta del monasterio. Abre el lego, y en el acto es sacrificado por el cacique sin que lo sienta el Vicario, que estaba ya cerca del altar. Maragüey penetra en el convento, y, acompañado de los suyos, llega á espaldas del Vicario y de un hachazo le parte la cabeza. Después pone fuego al monasterio, mata á flechazos los animales que servían á los padres para los trabajos de la huerta, y destruye las cruces, juntamente con todo aquello que pertenecía al asilo de paz que habían fundado los dominicos.

Quedaba un monasterio, el de los franciscanos, á orillas del río de Cumaná, el cual debía salvarse del torrente devastador. Aunque el alarma de los indios había sido general en todos los pueblos de la costa y del interior, los indígenas de Cumaná, más familiarizados con los misioneros que ninguna de las otras parcialidades, no se prestaron por el pronto á sacrificar á sus bienhechores; así fué que todo quedó en paz después de ser destruído el convento de Chichirivichi. No era esta paz la que fecundiza el trabajo y hace prosperar á los pueblos: era una tregua de la codicia, ó mejor dicho, la codicia armada que, después del último suceso, debía imponerse á las poblaciones indígenas con actos de ferocidad ejecutados en nombre de la ley.

En 1520 se verifica la expedición militar de Ocampo, de la cual nos ocuparemos más adelante. Sigamos entretanto con el acto final de la historia de los misioneros. No será el indígena el que entregue á las llamas el monasterio que permanece, aun en pie; no será el indígena el que, armado de poderosa macana, descargue el golpe mortal sobre el último de los ministros del Evangelio, ni el que destruya las imágenes y persiga hasta los costas de Araya á los fugitivos apóstoles de Jesús en la tierra venezolana. No: será la codicia castellana que, por tercera vez vendrá á poner en manos de aquéllos el instrumento de la venganza, para huir en seguida y buscar la playa sobre la cual deberán reflejarse los resplandores del nuevo incendio.

¡ Luctuosas escenas nos aguardan!

IV

Paz enfermiza después de la expedición de Ocampo. — Entrada en escena del virtuoso Las Casas. — Sus proyectos civilizadores. — Guerra que le hacen los castellanos. — Su salida de Venezuela. — Nuevas tropelías. — Persecuciones de Francisco de Soto contra los indios. — Ataque de éstos al convento de Cumaná. — Huída de los castellanos á las costas de Araya. — Destrucción del monasterio de Cumaná y sacrificio de los frailes. — Segunda expedición armada. — Conclusión.

Como hemos asentado ya, en 1520 se verificó la primera expedición armada á las costas de Venezuela, según disposición del Gobierno de La Española. La llegada de Ocampo, jefe de la expedición á las tierras cumanagotas, había restablecido la paz de una manera momentánea, proporcionando el que se levantase en las costas del Golfo de Cariaco la primera ciudad de Venezuela, Nueva Toledo, que debía preceder á la de Nueva Córdoba.

En estos momentos es cuando entra en escena un nuevo actor, un hombre armado, no con las armas del pirata, sino con la fuerza de la virtud : el venerable varón Bartolomé de Las Casas. No nos ocuparemos en relatar la historia de esta gran figura de aquella época, que tiempo habrá cuando hablemos de las expediciones armadas á las costas de Cumaná. Por el pronto le consideraremos solamente como elemento de orden que se instala sobre campo desolado.

Entre los proyectos que animaban el espíritu recto de Las Casas, al pisar las costas de Nueva Andalucía, figura en primera escala la construcción de una fortaleza, á orillas de la Nueva Toledo, con el laudable fin de evitar los desórdenes, tan frecuentes en las costas del Golfo, entre los indios del continente y los habitantes de Cubagua. Pero esta obra, que había comenzado bajo nobles auspicios, hubo de suspenderse, porque los habitantes de Cubagua hicieron á Las Casas la guerra más cruda, y lograron quitarle el maestro de la fábrica. Desanimado el célebre defensor de los indios, resolvió regresar á La Española, y aun seguir á España, para imponer á las autoridades de todos los obstáculos que se oponían á la realización de sus miras, respecto de la conquista y pacificación de los indios.

Al partir, dejó en su lugar, como jefe de los expedicionarios que

había traído á las costas de Cumaná, al oficial Francisco de Soto, con dos navíos y tripulación suficiente para vigilar el orden de la Colonia, con disposiciones terminantes de oponerse á la caza de indios y á las vejaciones de que eran éstos víctimas. En el caso de gran peligro, ordenó Las Casas á Soto que embarcase toda la gente, la hacienda y los religiosos del convento, pues de esta manera podrían salvarse las personas. Pero no bien hubo partido aquél, cuando el infame Soto, contra todas las leyes humanas, despachó las dos embarcaciones que estaban á su cargo, en solicitud de oro, de perlas y de indios esclavos. Al acto renace el desorden, cunde el alarma por todas partes, se despueblan los caseríos, y el indio, armado de nuevo, se levanta más terrible que nunca. Esto pasaba á los veinte días de haber partido Las Casas.

Vése al instante que los indígenas de Cumaná resuelven, en sus conciliábulos, sacrificar á los misioneros franciscanos del único monasterio que había podido conservarse durante ocho años. Los religiosos, llenos de pavor, comprenden que su situación es muy cruel, y suplican á la tripulación de uno de los muchos buques piratas que robaban indios, que los sacasen de tan grande aprieto; pero los castellanos, indiferentes á la suerte de aquellos virtuosos compatriotas, no lo quisieron. Así estaba ya el corazón de aquellos aventureros que, sin freno y sin ley, sin religión y sin patria, parecían hienas hambrientas, más insaciables á proporción que aumentaba el número de sus víctimas.

En esto no sabían que hacer Francisco de Soto y los frailes, pues ignorantes del proyecto de los indios, vivió el uno como criminal que tiene su conciencia por verdugo, mientras que los otros no eran sino víctimas de sus pr pios compatriotas. En tal incertidumbre estaban, cuando una tarde, al ponerse el sol, acometen los invasores la casa de los castellanos, y la incendian después de matar tres hombres; y mientras que los indios alimentan las llamas, los frailes logran escarparse y refugiarse en la huerta. Francisco de Soto, que regresaba en aquellos momentos del pueblo de los indios situado á orillas del mar, recibe al instante una herida en uno de los brazos; pero el animoso castellano sigue, no obstante, en solicitud de la huerta donde los misioneros reunidos aguardaban la muerte. A orillas del río tení n una gran canoa los frailes, en la

cual podían entrar cincuenta personas; de ella se posesionan los fugitivos, y, remando con fuerza, salen al mar. Sólo un religioso se ha quedado en tierra, Fray Dionisio, que, turbado en el momento de la huída, se oculta entre las cañas del río, sin ser visto de sus compañeros. La canoa, con veinte personas á bordo, había ya partido, cuando Dionisio, por casualidad, la ve. Sale al instante del cañaveral, corre á la orilla, llama á sus hermanos y les extiende los brazos. Los remeros quieren retroceder en solicitud del hermano perdido; pero las corrientes impetuosas del río se oponen á la remontada. Dionisio se resigna entonces, y, temiendo la suerte de sus compañeros más que su propia suerte, les hace una señal de continuar, mientras que él regresa á su escondite.

Los indios, ocupados en la destrucción de la casa, del convento y de la atarazana construída por orden de Las Casas, ignoraban la huída de los misioneros, á quienes suponían en el monasterio; pero tan luego como de ella se aperciben, toman una piragua, se embarcan los que pueden caber en ella, y, remando con fuerza sobrehumana, atraviesan las aguas del Golfo de Cariaco en persecución de los fugitivos. Reman también, llenos de angustia, Soto y los misioneros: van á chocarse ya; la distancia se acorta más y más; la muerte parece inevitable. Redóblanse entonces las fuerzas por una y otra parte; el choque va á efectuarse ya no en las aguas, sino en la costa de Araya. ¿Quién salvará á las víctimas y también al victimario, perseguidos por la justicia divina? Las dos embarcaciones han atracado en las costas de Araya al mismo tiempo, aunque separadas por corta distancia. Desembarcan los castellanos y huyen, pisando un suelo erizado de cardones, que ni sienten ni ven. Los indios se internan también y van en pos de sus enemigos, pero al fin se detienen. ¿Quién les ha vencido? La naturaleza. Desnudos como estaban, no pudieron caminar con la ligereza de los españoles, que iban calzados y vestidos.

Refería uno de los misioneros, Juan Garceto [1], haber visto junto á él indios que le quisieron herir con poderosas macanas, y previendo su muerte próxima, hincóse de rodillas para orar, cerró los

1. No debe confundirse este misionero con Fray Juan Garcés, primera víctima de las primeras misiones de 1513.

ojos, levantó su corazón á Dios, y así aguardó el instante fatal; pero viendo que tardaban aquéllos, abrió de nuevo los ojos, y á nadie encontró. Todos habían desaparecido : los indios, para regresar á Cumaná, vencidos por las espinas de los cardones; los misioneros, para salvarse, favorecidos por la naturaleza.

Heridos, cubiertos de espinas y de sangre, y, más que todo, atribulados, permanecieron los castellanos por largas horas, en medio de aquellas erizadas malezas.

Después, siguieron al punto de la costa donde sabían que estaban dos embarcaciones cargadas de sal, y en ellas fueron muy bien recibidos por sus respectivas tripulaciones.

Salvados los misioneros, notose á poco que faltaba uno de los compañeros, el famoso autor de tamaña desgracia, Francisco de Soto, que había recibido, al comenzar la refriega del convento, una herida de flecha envenenada. Sábese, por uno de los fugitivos, que había quedado en el espinero, recostado sobre una piedra, y al instante sale una embarcación en solicitud del herido. Después de tres días de no comer ni beber, le encuentran vivo aun, y le conducen á bordo, casi moribundo, acosado por la sed de la gangrena, y, más que todo, por los dolores de la herida que había recibido. Pide agua, y á poco de haberla gustado, expira. Moría como había muerto Ojeda, víctima de su infamia, como murieron después todos los corifeos de conquista tan escandalosa.

¿ Qué habían hecho, mientras tanto, los indios de Cumaná después de quemado el monasterio ? En su embriaguez, y llenos de cólera, destruyen cuanto se escapa del furor de las llamas. Toman la campana que durante tantos años los había llamado á la oración, y la hacen pedazos; en seguida talan los árboles y penetran en el templo humeante : sacan las cruces, las imágenes, y los incensarios, y, como habían hecho los de Chichirivichi un año antes, los arrojan á las llamas. Pero en lo que más ceban su cólera es en un crucifijo de busto que tenían los franciscanos, al cual dividen en porciones que suspenden de los árboles del camino [1].

1. La narración de Caulín sobre la tropelía de Ojeda y la muerte de los dominicos de Santa Fe, no es exacta. El cronista oculta las verdaderas causas que motivaron la destrucción del monasterio de Chichirivichi y la muerte de los misioneros. Hace aparecer á los indios como ingratos, inconstantes é inclinados á la embriaguez ; aplaude, por consiguiente, la matanza efectuada en la población por Ocampo, á nombre de la justi-



Como hemos dicho, sólo uno de los misioneros se había quedado en tierra, Fray Dionisio. Durante tres días permanece el infeliz oculto entre los cañaverales del río, en oración continuada, hasta que, inspirado por su noble y sencillo corazón, se resuelve á salir y presentarse á los vencedores. Éstos le reciben sin hacerle mal alguno. Convocan entonces una asamblea de los principales jefes para deliberar sobre la suerte del misionero. Las opiniones estuvieron encontradas : opinaban unos por sacrificarle, otros por perdonarle, y quienes por tenerle en rehén para cuando regresaran los conquistadores. Al fin triunfa la opinión de un indio llamado Orteguilla, y se decreta la muerte del infeliz fraile.

Durante los tres días que duró la prisión de Fray Dionisio, estuvo éste en oración constante. Cuando llegaron los indios para sacrificarle, estaba de rodillas ; y con la decidida humildad del apóstol, se entregó á sus verdugos. Échanle éstos una soga al cuello y le arrastran como á un madero, llenándole de vituperios y escarnio. En medio de los dolores que sufre, y de los golpes con que le atormentan, ruega á los indios que le permitan arrodillarse para elevar su corazón á Dios, y que así que le vean orando le quiten la vida. Los indios le conceden esta última voluntad, y puesto de hinojos, y lleno de lágrimas, repite aquellas palabras del Salvador : « *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.* » Y diciéndolas, y encomendando su alma á Dios, le descargan en la cabeza el golpe mortal. Lo que pasó después con el cadáver, los ultrajes que le infirieron, dice uno de los cronistas, no son para narrarse.

Así terminaron en las costas orientales de Venezuela los primeros ensayos de una civilización pacífica, moral y fecunda en buenos resultados[1].

cia humana ; pero nada nos dice de la ferocidad castellana, que, por tercera vez, fué la causa de la destrucción del último convento de los misioneros de Cumaná.

1. Al redactar este estudio, que abraza la epoca luctuosa de los primeros misioneros mártires, 1513-1520, hemos tenido á la vista las narraciones de los cronistas Fernández Oviedo y Valdez, Herrera y Las Casas, en las obras inmortales que nos dejaron estos respetables varones. Recomendamos los escritos de estos cronistas á los que quieran imponerse de todos los inconvenientes que se opusieron á la entrada del cristianismo en las regiones orientales de Venezuela.

Por lo que concierne á la vida de Las Casas, cuyo arribo á la costa cumanesa casi coincide con la suerte de los últimos misioneros en 1518-1520, la obra del célebre clásico español Don Manuel José Quintana, *Vidas de los Españoles Célebres* puede ser consultada en la *Vida de Las Casas ;* trabajo este que podemos reputar como síntesis

Así destruyeron los hombres feroces de la conquista los primeros gérmenes del apostolado de Jesucristo en la tierra venezolana.

Cuando todo parecía hablar á la razón y á la inteligencia, la codicia se presentó para echar por tierra cuanto se había creado con la fe, con la paciencia y con el amor. La lucha se hizo entonces necesaria, inevitable la represalia; pero no fué la justicia, ni mucho menos el orden, el móvil de las nuevas conquistas : fué la avaricia enmascarada, que se vestía con el manto de Astrea, y se ocultaba cautelosamente tras la piel del cordero.

Más de trescientos cincuenta años hace que se realizaron en las costas cumanesas las horribles escenas cuyos pormenores acabamos de narrar. Ni una cruz, ni un leño, ni un árbol, ni signo alguno indica al navegante que recorre las costas de Santa Fe, Chichirivichi y Maracapana, los sitios donde fué levantado el lábaro de la cruz, cuna del cristianismo en el continente americano, y tumba gloriosa de sus nuevos apóstoles.

El tiempo ha pasado por estas regiones santificadas por el sacrificio, y nuevos sucesos, sucesos inmortales en los anales americanos, llenan las páginas de nuestra historia militar y política; mientras que la maleza, las conchas que arroja la ola á las costas del continente y la arena que acarrean las aguas, cubren más y más los huesos de los mártires del cristianismo en la tierra venezolana.

La primera ciudad de la Andalucía venezolana, Cumaná, es el corolario de veinte años de barbarie y de exterminio entre dos razas: la castellana que invade ; la indígena que se defiende. Pero tan lento auduvo el influjo del cristianismo en estas desoladas regiones que, á pesar de haberse fundado dos templos, uno en Cumaná, en la costa del continente, y el otro en la ciudad de la Asunción, en la

completa de cuanto escribieron los cronistas respecto de este insigne apóstol, y de lo que él mismo nos dejó en sus numerosos escritos. Baralt, en su *Historia antigua de Venezuela*, tan bella como castizamente escrita, habla muy someramente de la suerte que cupo á los primeros misioneros en tierra venezolana. Lo mismo han hecho cuantos se han ocupado en narrar los acontecimientos de la historia antigua de Venezuela. En trabajos cuya publicación dejamos para más tarde, continuaremos con el desarrollo de la Iglesia venezolana durante los siglos XVI y XVII ; la que aparecerá siempre en lucha contra el conquistador rapaz y cruel.

En casi toda el área venezolana puede decirse, sin temor de errar, que la Iglesia fué fundada sobre charcas de sangre, sobre osarios, sobre despojos de pueblos inmolados sin ningún fin fecundo y civilizador.

isla de Margarita, el gobierno de La Española, observando que el pillaje de los aventureros y salteadores de esclavos continuaba, juzgó necesario levantar una nueva ciudad en la costa opuesta. El surgimiento de la ciudad de Coro en 1527, y con ésta, la erección del primer obispado, ponen de manifiesto cómo había cundido hasta entonces la desmoralización, el estrago y la muerte en las feraces y bellísimas regiones de la Andalucía venezolana, tumba de los primeros misioneros al comenzar el siglo XVI, y teatro de doctrina y de enseñanza durante los siglos XVII y XVIII, cuando en aquélla se establecieron los padres observantes y los capuchinos aragoneses, fundadores de tantos pueblos de chaymas y cumanagotos, que aun existen, á pesar de los estragos de la naturaleza y de las revoluciones.

EL ELEMENTO VASCO

EN LA HISTORIA DE VENEZUELA

INTRODUCCIÓN

Este estudio constituye la ofrenda que presentó la Universidad Central de Venezuela al Libertador, el día de la inauguración de su estatua ecuestre, 7 de noviembre de 1874. Aquel Instituto tuvo á bien laurear al autor, quien dedicó su trabajo al Ilustrísimo señor Don Miguel Rodríguez Ferrer, autor del libro intitulado *Los Vascongados*.

Con fecha 15 de noviembre del propio año escribimos al distinguido publicista español, entre otros los siguientes conceptos:

« La lectura de la interesante obra que acabáis de publicar sobre *Los Vascongados*, me ha inspirado estas líneas que tengo á honra ofreceros. Si al hablar en aquélla de los vascongados que se distinguieron en América, habéis olvidado el influjo que ellos tuvie-

ron en Venezuela, y cuánto debe ésta á los descendientes del pueblo vasco, aquí están estas líneas que pueden quizá servir de apéndice á vuestro libro. »

Nuestra dedicatoria fué honrada con la siguiente contestación :

Madrid, 24 de enero de 1875.

Señor Don Aristides Rojas,

Con la sorpresa del agrado, y también con la de la honra, he recibido, por conducto de los señores Doctor D. y J. y P. V. el precioso opúsculo que usted ha publicado en Caracas cual ofrenda de esa Universidad para cierta fiesta nacional. Lo he leído con afán y pronto he visto cómo sobresalen en él, no sólo sus conocimientos históricos, sino una crítica tan reposada y serena (no común en semejantes escritos), por todo lo que me apresuro á tributarle el mérito de su justicia y el abandono de su pasión.

Usted hace la apoteosis de su Libertador el General Bolívar, y al evocar tristísimos y ya pasados sucesos (entre otros altos y gloriosos para una y otra Patria), usted es bastante imparcial para enaltecer el espíritu de la colectividad en una y otra parte, sin dejar por eso de disminuir la ferocidad de los unos ó de deprimir la lealtad de los otros en ambas, pues como individualidades, no pueden eclipsar nunca el pasado y el presente de todo carácter verdaderamente nacional.

Igual criterio tiene usted al ocuparse del objeto principal de su trabajo, más filosófico que político. Titula usted al mismo *El Elemento vasco en la historia de Venezuela*, y asegura usted en sus páginas, que ha podido inspirárselas la lectura de mi humilde libro *Los Vascongados*. Usted en efecto, agrega al catálogo de los que yo nombro y que más se han distinguido en las Américas en general, los que yo debía ignorar de cada Provincia en particular, y usted saca á luz los que tanto influjo tuvieron en esa de Venezuela, para que puedan servir de apéndice á mi libro. El pensamiento está realizado : mi gratitud es la que le falta, y yo se la envío á usted como autor de mi pobre libro, y lo que es más, en

nombre de los provinciales para los que une usted sus alabanzas á las mías.

Bajo el primer aspecto, ya podrá usted comprender lo profundamente que le quedo reconocidó por el honor que me ha dispensado con su dedicatoria, y paso al segundo, como objetivo principal de su erudito trabajo.

Usted proclama en sus páginas la influencia moral que han tenido los vascos en esa su particular patria, como hombres de moralidad y de trabajo. Pero al reconocerlo así, lógico es admitir también la no menos santa que tuvo esta Metrópoli con tales hijos y los demás de sus provincias para roturar esos desiertos, para cultivar esos campos, multiplicar esos pueblos, levantar sus monumentos civiles y religiosos, y enviar exploradores españoles que, como usted mismo dice, « debían servir de sólida base á las lucubraciones del gran Humboldt ». ¿ Qué más se puede pedir, siquiera sea tratada esta influencia por otros, que no tienen su elegante pluma, de oscura y de fanática? ¿ Ni cómo negar que si sus compatricios conquistaron con gloria los derechos del porvenir desde su propia casa, la Metrópoli no defendía con menos heroicidad, á tantos miles de leguas de la suya, aquel en que estaba en posesión y al que tenían que permanecer fieles, por haber enaltecido sus títulos en más de tres siglos con su arrojo, con sus fatigas, con su sangre y sus tesoros, cristianizando primero, civilizando después, y llevando más tarde hasta los más recónditos confines de ese continente las ciencias y los instrumentos de la moderna civilización?

Usted mismo, señor, acaba de dar á la república de las letras el testimonio más desinteresado de este pasado histórico en su otro bellísimo escrito, que recibí igualmente con gran reconocimiento, al que usted titula *Recuerdos de Humboldt*. En este trabajo, en el que intercala usted preciosas cartas de este sabio, está la que escribió á esa vuestra ciudad (á quien él tanto distinguía) cuando le pidió científicos operarios para difundir ciertos estudios contestándole con la que lleva la fecha de 18 de enero de 1800 dirigida al Doctor José Antonio Montenegro, y no fueron extranjeros, por cierto, sino españoles, los que Humboldt le propuso, nombrándole los profesores Proust, Fernández y Don Juan Manuel de Areyula,

como tres hombres de primer rango en la ciencia química.

Mas volviendo á sus últimas páginas sobre el elemento vasco, usted en ellas lo proclama como uno de los principales que se destacan entre las primeras familias qué formaron la historia de esa Colonia, en la que desempeñaron los más altos destinos y contribuyeron con sus luces é intereses al adelanto y progreso material de esas problaciones, fundando puertos, abriendo caminos, y rechazando al invasor extranjero, y usted con su brillante pluma enriquece y comprueba lo que yo he dicho con la endeble mía á favor de la influencia que ha tenido el elemento vasco en las diversas partes de esas tierras.

No está usted menos observador y profundo cuando penetra en el interior de la familia y expone la alta moralidad que á los vascongados que usted nombra distinguía, y de cuyos apellidos forma usted una interesante lista con la traducción y etimología de sus vocablos éuskaros, de no poco valor por cierto para esta literatura, para mi libro y para su patrio suelo. Usted lo ha conocido como yo. El mundo de la civilización se disuelve desde que no se reconoce en la patria la entidad de la familia y su interno y sagrado culto. Los propios Estados Unidos, con toda su vital riqueza, tienen ya esta llaga precursora tal vez de un brazo militar primero y de un fraccionamiento después. Usted, en fin, confirma en su opúsculos las observaciones todas de mi libro y con su imaginación atractiva, bien pinta usted la misión que en ese país ha tenido el vasco en el trono de su hogar y de sus costumbres.

Pero usted no sólo es pintor, sino que es hermano y filósofo justo; y cuando usted hace descender al Libertador Bolívar del elemento vasco, usted dice, y dice bien, que este genio de América es también gloria de España, porque al calor de la Colonia se desarrolló su espíritu y al calor de la Colonia trabajaron sus progenitores, y porque su aparición en los campos de la idea no fué un incidente del momento, sino una de esas síntesis de la historia en sus relaciones necesarias y armónicas; y porque habría sido mengua para esa nacionalidad haberse entregado al extranjero haciendo desaparecer costumbres, lengua y raza. Con elevación usted razona.

Nada más debo agregarle sobre su carta y brillantes páginas. Tan pronto como yo concluya las que hace tiempo borroneo sobre

Cuba, entre las cargas de mi personalidad que no me han dejado reposo, yo tendré el honor de poner en manos de los señores D. J. y P. V. uno de sus primeros ejemplares, si llega á publicarse, no como pago, sino como prueba de la alta distinción con que queda de usted su más A. S. S. Q. B. S. M.

MIGUEL RODRÍGUEZ FERRER.

I

Introducción. — El pueblo vasco. — Su antigüedad. — Su historia. — El elemento vasco en la historia de Venezuela. — El tirano Aguirre. — Historia de este loco.

Hay un pueblo cuya historia remonta á la noche de los tiempos; cuyos hábitos, tradiciones y lenguaje no se han perdido al través de los cataclismos humanos; cuya nacionalidad, como un fuero de los antiguos privilegios, se ha conservado en el trascurso de los siglos, después de luchas sangrientas y de episodios sublimes que los anales del mundo registran, como los puros blasones de la raza primitiva que pobló en remotas épocas el suelo ibero. — Ese pueblo es el vasco.

Indómito, guerrero, generoso y altivo, con sus tradiciones seculares, con sus costumbres austeras, con sus luchas escritas con la sangre de sus hijos en las rocas de sus montañas, él representa en todos los tiempos de la historia, á la luz ó á la sombra, la nacionalidad por excelencia, la independencia sin trabas, el espíritu de la libertad civil y de la voluntad popular.

Al levantarse los Pirineos, límite de los dos pueblos á quienes por muchos años debía pertenecer el imperio del mundo, formose el Golfo cantábrico, donde el Océano Atlántico está rechazado por una masa de rocas que se opone desde entonces á la conquista de las aguas. La naturaleza parece que destinaba esta región inaccesible, poblada de picos almenados, de riscos y sitios escondidos, para último baluarte de la raza Oriental que, en sus excursiones al Oeste, debía poblar, en los primitivos días de la historia

del hombre, el suelo ibero. En aquel baluarte de trincheras inabordables debía reposar el vasco indómito, después de su peregrinación de siglos para fundar los gérmenes de esa civilización única que se conserva aun á pesar de la labor de los siglos.

¿Cuál es la cuna de ese pueblo sin mezcla que ha resistido á la acción absorbente del tiempo, que domina la Nación española, que combate desde su origen, y que altanero levanta su erguida frente á la altura de sus Pirineos para decir á cada generación que viene: — « Soy tan antiguo como el mundo? » Buscadlo en las regiones del Cáucaso donde vivieron los antiguos iberos del Asia; seguidlo en sus excursiones de Este á Oeste en las regiones de Europa y contempladlo finalmente en los declives del Pirineo Occidental á orillas del mar cantábrico, su última estación. Ahí está, después de haber rechazado el yugo de Cartago y de Roma. Cuando Pompeyo lo somete en parte y Augusto lo abandona; cuando la Europa sucumbe ante la ciudad del Tíber, el vasco se inclina aparentemente ante el vencedor, como para rendir su homenaje á la gloria. Lucha después con el celta, con el visigodo, con el sarraceno, y orgulloso de sus triunfos trasmonta sus cordilleras y se establece en el antiguo país de Ausai donde funda la Gascuña francesa y domina pueblos extranjeros. Desde entonces, está solo, incrustado en el suelo de España, é independiente y libre, porque antes que español el vasco es vasco. Cuando llega el derrumbe de los antiguos privilegios y la pluralidad de los reyes desaparece como fantasmas que se evaporan; cuando cada reino de la España caballeresca se hunde en el polvo con sus fueros, sólo el vasco, que tiene sus montañas por broquel y el Océano inmenso que le pertenece por campo de sus conquistas, se pone en pie para conservar en toda su plenitud su historia de siglos. — « Debéis saber que nosotros datamos de mil años atrás », decía un Montmorency á uno de los vascos. — « Y nosotros, respondió el vasco, nosotros no datamos. »

Pero lo que más sorprende, no es tanto su amor á la libertad, su altivez, su carácter, como su lengua que ha podido conservar después de tantos siglos. Con raíces semejantes en todos los pueblos de uno á otro extremo de la tierra, la lengua vasca es única; y derívese de las lenguas célticas, de las tártaras ó de las fenicias,

ella es el tormento de los etnólogos que aun no han podido descifrar el enigma. La lengua vasca, como el pueblo que la habla, parece ser un elemento extranjero en el suelo de España.

El vasco es la nacionalidad triunfante : es el Araucano de los Pirineos, siempre vigilante, siempre atento al rugido de la tempestad. No hay aldea, no hay roca, no hay árbol que no haya sido testigo de sus proezas desde las más remotas épocas. Diez y nueve siglos han pasado, y ahí está como atalaya del mar cantábrico, inmutable, sereno y temible en su lucha, si ve en peligro su nacionalidad y sus fueros, que él está dispuesto á sostener á costa de la sangre de sus hijos. ¿Quién nos contará la historia de aquella madre que prefiere sacrificar á su hijo antes que dejarle prisionero en las garras del romano? ¿Quién nos relatará la historia de aquel padre que ordena la muerte de uno de los suyos para salvar á sus primogenitores encadenados? Cuando en Aljubarrota el Rey Don Juan se ve cercado de enemigos y en momentos de sucumbir, un vasco se apea del caballo que monta y se lo presenta al Soberano para que escape, y poniéndose de blanco á los enemigos y ofreciéndose como víctima, salva con su vida la del Monarca.

¡Cómo podríamos multiplicar los ejemplos de heroísmo patrio y de abnegación sublime de este pueblo sin rival para quien su independencia es su talismán y su gloria!

Cuando suena la trompeta guerrera y el estandarte de Castilla flamea en las altas cimas, todas las aldeas echan á vuelo sus campanas, y como hilos telegráficos, el sonido va anunciando de pueblo en pueblo la hora del peligro. Entonces las familias se aprestan al combate, estremécense las montañas y vénse desfilar, por los collados inaccesibles, legiones humanas que solicitan el sacrificio; el movimiento bélico es entonces la vida de esos pueblos del mar cantábrico, y los apóstoles de la nueva cruzada, como los antiguos vascos reunidos bajo la sombra del viejo árbol de Guernica, evocan los recuerdos de lo pasado y alientan con su ejemplo la falanje joven que deja el arado por los arreos del militar.

¿Quién ayudará á los nuevos combatientes? ¿quién los socorrerá en sus horas de peligro? Están solos; pero tienen por escudo la gloria de sus progenitores, por divisa su nacionalidad, y por reti-

rada sus montañas. La memoria no los abandona, y al registrar las páginas inmortales de España recordarán que el vasco pertenece á todas las glorias y á todos los lugares. Recordarán que estuvo en las Navas de Tolosa, y en el Salado, y en Lepanto. Vasco es el que vence á Carlomagno en Roncesvalles y vasco el que conduce la enseña gloriosa en el puente roto de Castilla. El vasco figura en los muros de Gibraltar y en los de Granada; vasco, en fin, es el que hace prisionero á Francisco I en los muros de Pavía.

Sacadlo del campo de batalla, y lo encontraréis como el primer explorador de la ballena en los mares de Groenlandia y de Terranova, y conocedor de todos los océanos. Dueños del mar cantábrico, fueron ellos los que inspiran á Colón el descubrimiento de América, y cuando el célebre genovés endereza sus naves en dirección del Nuevo Mundo, vascos le acompañan. Bien merecían seguir en solicitud de América los dominadores de las olas, los roedores del mar, como los llama Michelet. Otro habría sido el destino de aquella *armada invencible* de Felipe II, si los almirantes vascos que la mandaban no hubieran sido retirados para confiarla á un almirante de Castilla. Cuentan que cuando éste, consternado y abatido, se presenta delante del Monarca : « Duque, le dice el Rey, yo os había enviado á pelear contra los ingleses y no contra los elementos. »

El pueblo vasco ha tenido hombres notables en todos los episodios de España en todos los países del globo. Vascos hubo en el descubrimiento de América, y en las conquistas de España en Asia; vasco finalmente es aquel Sebastián de Elcano, el primero que da la vuelta al mundo. Compañero de Magallanes, á él solo estaba reservada la gloria de llevar en sus armas aquella divisa que le concedió el Rey : PRIMUM ME CIRCUMDEDISTI — FUISTE EL PRIMERO QUE ME RODEASTE. Ninguna gloria más completa para España, que ser la primera en dar la vuelta al mundo que ella acababa de complementar con el descubrimiento de América.

¡ América! Hemos escrito este nombre tan glorioso en toda época. ¡ Cuánta honra para España y cuánta honra para los vascos que tuvieron parte en la conquista y continuaron después en la colonización del continente! No es sólo en el Perú y en Méjico donde el vasco se inmortaliza con sus hechos. Existe también una

hermosa sección del continente, donde á las aventuras dramáticas se hermanan las ideas civilizadoras; donde numerosas familias de origen vasco se conservan como herederas de grandes virtudes cívicas y privadas, y donde la más pura gloria irradia sobre España de una manera admirable. — Nos referimos á Venezuela.

He aquí el tema de este estudio : — el elemento vasco en la historia de Venezuela, en nuestra conquista y en los días de la Colonia; la virtud austera en el corazón de nuestros hogares; el elemento vasco como heredero de los grandes hechos, contribuyendo á la emancipación de Venezuela, á la celebridad de sus hombres, á la Independencia y sostén de la Patria y á la gloria inmortal del primero y más grande de sus hijos.

Antes de entrar en la parte sublime de este cuadro, antes de estudiar el elemento vasco en nuestras familias, narremos la historia de aquel ser *legendario*, incomprensible, feroz, á quien la tradición conoce con el nombre de *El Tirano Aguirre*, que aparece en América pocos años después de la conquista. Todo en la historia de este hombre original, sin religión y sin ley, que obedece á una voluntad inexorable y á instintos de hiena, le hace aparecer como el prototipo de los aventureros dramáticos de aquella época llena de episodios que abre la historia moderna del género humano.

Eran los días en que el espíritu de conquista, después del descubrimiento de América, apoderado de todo los ánimos, fraguaba nuevos países que descubrir y nuevos seres que atar al carro de la insaciable codicia humana. Entre todas las fábulas inventadas entonces, ninguna más halagüeña y que inspirara más ardor que la existencia del famoso El Dorado, con palacios fabricados del precioso metal. Fuese que los indígenas, para internar á sus enemigos, inventaran historias maravillosas, ó que los jefes españoles, dueños de los tesoros que habían recibido de los caciques de Venezuela, quisieran indagar dónde estaba la mina inagotable y escondida, norte de todas sus fatigas, es lo cierto que la epidemia se apoderó al fin de todos los aventureros, y que por todas partes se solicitaba la tierra prometida de El Dorado. La Guayana venezolana regada por uno de los tres grandes ríos del continente, con numerosos tributarios, fué desde muy al principio el lugar designado

como sitio de la ciudad de Manoa y del lago encantado de Parima. Fijábase el imperio de las Omaguas entre el Amazonas y el Orinoco, como lugar de predilección, y á este punto, por lo tanto, era adonde se dirigían las miradas de todos los conquistadores, aun de las regiones más distantes.

Gobernaba en aquel tiempo el Perú (1557) el Virrey Andrés Hurtado de Mendoza, quien víctima de la epidemia del oro, resolvió formar una expedición para conquistar el país de los Omaguas; y ya sea que quisiera deshacerse de un gran número de aventureros y hombres perdidos, resto de las conquistas de los Pizarros, que le servía de estorbo en su Gobierno, ó que lleno de codicia quisiera premiar á uno de sus más distinguidos tenientes, Pedro de Ursúa, célebre ya por sus conquistas en la antigua Cundinamarca, la expedición llegó á realizarse. Componíase la escuadra que debía seguir las aguas del Amazonas, de varios bergantines con una tripulación de cuatrocientos infantes y sesenta caballos, á las órdenes del futuro Gobernador de los Omaguas y de El Dorado, el famoso Ursúa. Todo listo y presto para hacerse á la vela, zarpa la expedición del río de los Motilones á fines de setiembre de 1560: favorable fué el tiempo y alentado aparecía el ánimo de los navegantes. Larga y penosa debía ser por otra parte la travesía del gran río, sobre todo para marinos bisoños y hombres ignorantes que por primera vez iban á contemplar este mar interior, este mediterráneo de agua dulce, que desprendiéndose de los Andes ecuatoriales, corre hacia el Este, majestuoso y potente, para vencer el Océano; pero en pechos valerosos no cabe temor pueril cuando el espíritu de aventuras excita la sonrisa de la codicia siempre astuta y pérfida.

Un fatal elemento acompañaba á los expedicionarios, y era que entre ellos había hombres turbulentos, corazones menguados, almas depravadas, acostumbradas al crimen y absorbidas por el crimen; fatal principio para poder conquistar países lejanos y poblados de inmensas muchedumbres que nunca perdieron el sentimiento innato de la nacionalidad. Ursúa no ignoraba esto; pero confiado en su buena fortuna, creyó que podría dominar el espíritu de revuelta que se opusiera á sus designios. ¡ Cuán lejos estaba de pensar que él sería la primera víctima de tan descabellada conquista!

Así sucedió en efecto, y tan luego como la flotilla navegó en las aguas del Amazonas, principiaron los motines, y sembró la zizaña sus granos, y el odio y la desobediencia obraron á ocultas, cual sierpes escondidas que aguardan el instante de caer sobre su víctima.

Sobresalía entre la falanje de revoltosos un hombre de pequeña estatura llamado Lope de Aguirre. « Su persona fué siempre despreciada por ser mal encarado, flaco de carnes, gran hablador, bullicioso y charlatán; en compañía ninguno más temerario, ni sólo más cobarde ; de ánimo siempre inquieto, amigo de sediciones y alborotos[1]. » Así pinta el historiador de Venezuela á este monstruo de la conquista, cuyos hechos no ha podido aun borrar de la memoria la acción del tiempo.

Era Aguirre natural de Oñate, en la provincia de Guipúzcoa, y aunque de noble origen é hijo de buenos padres, quiso su suerte que desde su llegada al Perú, por los años de 1539 á 1540, se dedicara á domar potros y después á ser jefe de motines, por lo cual fué condenado á muerte, desterrado, y últimamente conocido con el nombre de Aguirre *el loco*. Tal es el hombre que va á realizar uno de esos episodios legendarios y que logrará con su osadía y crueldades poner en alarma una gran parte del continente americano.

Dueño Aguirre de la voluntad y confianza de sus secuaces, despierta la ambición de un tal Fernando de Guzmán, á quien después de hacerle cómplice en sus planes, le promete un puesto de honor el día del triunfo. Así obraba la perfidia, pues no bien habían caminado como setecientas leguas, cuando Aguirre y sus cómplices matan en cierta noche á puñaladas, en un pueblecillo de la provincia de Machijero, al valiente Ursúa, y á su teniente Vargas. En el espanto que sobrecoge á los buenos expedicionarios, á la vista de crimen tan alevoso, Aguirre y los suyos se apoderan al instante del armamento y sin dar tiempo á los partidarios de Ursúa para reaccionarse, nombran en medio de la confusión á Fernando de Guzmán como jefe de la expedición, quedando Aguirre como

1. Pedro Simón, *Primera parte de las noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme*. — 1627.

Maestre de campo. En la ridícula exposición que hacen de aquel hecho los conjurados, Aguirre se firma « Lope de Aguirre, traidor ». Desde aquel instante Aguirre es el jefe de la escuadra, domina á los soldados, manda, y todas las voluntades rendidas al capricho del osado aventurero, obedecen. Aguirre excita entonces á los expedicionarios á retornar al Perú y conquistarlo de nuevo para poner al frente del virreinato á Fernando de Guzmán ; pero esto no es sino una treta del tirano para engañar á su primer cómplice, quien será á su turno otra de sus víctimas. Pasados algunos días, á los tres meses de salida la expedición, Aguirre ordena la muerte de ocho de sus compañeros, inclusive la esposa de uno de los expedicionarios y del cura de la armada ; y no satisfecho aun con tanta sangre, manda finalmente dar muerte atroz á Fernando de Guzmán, terminando de este modo la farsa con la cual se había burlado de su cómplice.

¿Qué idea, qué plan tiene este hombre feroz que con tanto cinismo dispone de la vida de los suyos, y hacia dónde le conducirá su fatídica estrella? Testigos de tantos y tan repetidos crímenes y sin voluntad para obrar, las tripulaciones aparecen como autómatas que obedecen al más pequeño gesto del tirano; y éste, orgulloso de sus triunfos y satisfecho como la hiena en su charca de sangre, bautiza la expedición con el nombre de *Nación Marañona*, lo que según los historiadores de Venezuela quería significar las marañas de que se había valido para realizar sus deseos. De aquí el nombre de Marañón dado al gran Amazonas, visitado antes de Aguirre por el célebre Orellana.

Con la voluntad del hombre tenaz y osado sigue *El Traidor* el curso de las aguas : nada lo detiene : suyo es el campo, la victoria suya, y cuando en vísperas de abandonar las aguas del río, una tempestad violenta hace zozobrar sus débiles esquifes, él solo parece dominar los elementos, y después de mil peligros alcanza por fin el Atlántico. Semejante navegación puede reputarse como uno de los prodigios de aquella época de aventuras, pues hasta entonces sólo Orellana había hecho otro tanto. Una escuadra de frágiles bergantines; hombres que nunca habían navegado por el río; los primeros motines de la expedición; la inesperada muerte de Ursúa; los crímenes que se suceden y los contratiempos, y las necesidades, y

mil episodios aun ignorados; todo contribuye á dar á esta expedición de aventureros que no tienen por jefe sino un hombre tan feroz como osado, cierto sello de grandeza y de miseria de que ofrece pocos ejemplos la historia de la conquista castellana.

Al llegar á la desembocadura del Amazonas, Aguirre señala rumbo al Norte, y después de diez y siete días de viaje llega, en medio de otra tempestad, á las costas de la Margarita, en el extremo oriental de Venezuela. La tormenta dispersa los bergantines y el de Lope de Aguirre arriba á la ensenada de Paraguachí, en cierto lugar de la costa que ha conservado hasta hoy el nombre de puerto de *El Traidor*.

Nuevo teatro de crímenes es la Margarita para Aguirre, quien sediento siempre de sangre, hace dar garrote á dos de sus secuaces antes de desembarcar. Había resuelto dejar sus tropas escondidas á bordo, mientras que con algunos de su comparsa pisaba el suelo de la isla. Tan luego como se encuentra en ésta, despacha un comisionado en solicitud del bergantín que la tempestad había separado del séquito, y otro al Gobernador de la isla para informarle de su llegada y pedirle al mismo tiempo socorros.

Al saber la llegada de los huéspedes, los naturales, llenos de curiosidad, se trasladan á las playas de Paraguachí, y en medio de la sorpresa y la compasión, oyen de boca de Aguirre las muchas desgracias y necesidades sumas que con fingida aflicción les describe el tirano. Apresúranse entonces los unos á solicitar para los náufragos todo género de comodidades y de alimentos, mientras que los otros se adelantan á salir en busca del Gobernador para interesarle en la suerte de aquellos compatriotas desgraciados. Aguirre, al verse objeto de tantas atenciones, se hace todavía más humilde, ofreciendo regalos que despiertan la codicia de los pacíficos isleños. Al fin, después de algunas horas, el Gobernador señor de Villandrando se presenta acompañado de pequeño séquito de cortesanos. No era sólo el deber lo que le traía á aquel lugar, sino también el deseo de lucro, suponiendo que los náufragos tenían á bordo tesoros escondidos, sospecha que nacía de las dádivas con que Aguirre había obsequiado á los naturales.

Al divisar éste el séquito del Gobernador viene á su encuentro, y lleno de cortesía y de bajezas logra cautivarle. Inocente de la

perversidad del tirano, Villandrando escucha con interés la relación del viaje, y movido á compasión, ofrece sus servicios á los náufragos. Pídele Aguirre permiso para desembarcar las tropas, lo que concedido con gusto, hace que al instante se traslade á las embarcaciones y haga salir de sus escondites la gavilla infernal. Excítalos de nuevo á la traición y saltando con ellos en tierra se presenta delante de su protector, no como náufrago, sino como dueño de vidas y propiedades. Al instante Aguirre revela ser ellos la *Nación Marañona* á cuya pujanza nada resiste, y declara prisioneros al Gobernador y su séquito. Cual noble caballero, Villandrando lleva la mano á su espada para responder á semejante osadía: mas acometido por todas partes, de una manera súbita que le impide defenderse, es víctima del furor del tirano. Pero no es este hecho tan oprobioso lo único que hiere la dignidad de aquel magistrado de honor, sino la vejación que pone término á semejante aventura, cuando Aguirre, al montar el hermoso caballo de Villandrando, coloca á éste en el anca del animal y parte á la capital de la isla acompañado de sus marañones. En la travesía tropieza con el Maestre de campo del bergantín perdido, que en unión de algunos marineros venía al encuentro de su jefe, y todos, llenos de entusiasmo, llegan á la capital á los gritos de *¡ libertad, libertad, viva Lope de Aguirre!*

Lo que sigue á este entusiasmo salvaje, es la licencia desenfrenada y el pillaje escandaloso. Aguirre, sediento de oro, destruye las cajas reales, roba los tesoros del Gobierno y ordena el saqueo general de la población. A semejante mandato, sus soldados se dispersan en el poblado. y las familias son víctimas de toda especie de atropellamientos. Como el virus infectivo de una epidemia violenta, algunos habitantes depravados de la capital cooperan á las órdenes de *El Traidor* é incorporándose á la gavilla de salteadores, descubren á éstos los lugares donde los moradores habían escondido sus prendas y ahorros. Desde aquel momento no hay hogar sagrado y la población llena de pavor queda sometida á los caprichos de la famélica turba. Todos fueron robados, y Aguirre dormía sobre sus laureles, cuando á los pocos días una noticia inesperada turba el deleite de aquella orgía infernal.

« Por aquel tiempo — dice un historiador — se hallaba en la

costa de Maracapana Fray Francisco de Montesinos, provincial de Santo Domingo, asistiendo á la conversión de los indios, y tenía consigo un navío de razonable porte, bien provisto de todo y artillado. Súpolo Aguirre, y como sus bajeles se hallaban maltratados de resultas de la navegación, le pareció conveniente privar del suyo al provincial, prendiéndole de paso. Para lo cual, aviando de prisa uno de los bergantines, lo envió á Maracapana, tripulado con diez y ocho hombres que puso á cargo de uno de su confianza; pero éste, lejos de cumplir la comisión, se quedó con el fraile, y puso en su noticia los crímenes de Aguirre. Sin perder la cabeza el religioso, al ver tan cercano y tan terrible el peligro, procedió á lo más urgente, que era desarmar á los desertores, recelando alguna traición en su arrepentimiento. Después embarcó los marañones y toda la gente que tenía, y guiando por la costa abajo, dió la alarma en Cumaná, en el Collado y en Borburata. Hecho esto, volvió sobre Margarita, con intención de hacer un reconocimiento y por si lográba oportunidad para favorecer en algo á sus vecinos.

« Pintar el furor de Aguirre al saber la deserción de su navío, y cuando vió el del buen religioso acercarse á toda vela á Margarita, sería cosa imposible. Ya antes de esto había mandado degollar á varios de sus soldados y oficiales por chismes, ó por sospechas de traición; pero en general había respetado la vida de los vecinos y se contentaba con oprimirlos y robarlos. Más no bien hubo divisado la nave del provincial, cuando dejándose arrebatar del furor que le sacaba con frecuencia fuera de sí mismo, ordenó que se diese garrote á Villandrando y á cuatro vecinos que con él estaban presos. Seguidamente metió el pueblo en la fortaleza y se dispuso para recibir de guerra á Montesinos. Éste, después de algunos dimes y diretes de su gente con la de Lope, no creyéndose con fuerzas suficientes para bajar á la playa y atacarle, se retiró, dejándole, en respuesta de otra suya, una larga carta llena de consejos. Surtieron ellos tanto arrepentimiento en el corazón de aquel inhumano que, como si lo hiciera de propósito, se mostró más implacable y cruel que nunca, degollando sin distinción á sus soldados, á los vecinos, á sus mujeres, y también á un religioso que no quiso absolverle de sus enormes culpas[1]. »

1. Baralt, *Historia antigua de Venezuela.*

Ya para esta fecha, fines de agosto de 1560, gran parte de Venezuela era sabedora de las aventuras y crímenes de Aguirre. Un terror pánico se había apoderado de las poblaciones, sobre todo de los espíritus supersticiosos de la época, que creían ver en el tirano, no un ente humano, sino un agente del infierno, que era el azote de los pueblos. Apresúranse por todas partes los capitanes valerosos de la conquista á salir al encuentro de Aguirre, y el primero que logra presentarse en la Margarita, cerca de la capital, es el célebre Francisco Fajardo, el que fundaba en aquella época la villa de San Francisco, villa que precedió á la de Caracas. Sábelo Aguirre, y temeroso de los suyos y de los bríos y fortuna de su contendor, encierra sus soldados en la fortaleza, acelera los preparativos de marcha, y sin dar á conocer á sus tropas el temor que lo asaltaba, por medio de una escalera hace bajar á las orillas del mar á cada uno de sus soldados, mientras que él, constítuido en vigía, observa por todas partes los movimientos de Fajardo. Un postrer asesinato en la persona de su almirante, debía sellar la última noche del tirano en aquella tierra desgraciada. Cuando Fajardo supo lo ocurrido, ya Aguirre navegaba en las costas del continente en compañía del cura de la Margarita, único prisionero que llevó consigo.

Cuando Aguirre se hizo á la vela, sólo quedaban ciento cincuenta expedicionarios de los cuatrocientos que habían salido bajo las órdenes de Ursúa : los más habían sucumbido á las iras y venganzas del tirano. Sin plan fijo que lo guíe y animado de sueños irrealizables sobre la conquista del Perú, llega al puerto de Borburata, que era en aquel entonces uno de los lugares más notables de la costa de Venezuela. Al desembarcar sabe que toda la población, de la cual estaba ausente su Gobernador, había huído á los montes vecinos : aguarda sin embargo algún tiempo suponiendo que podría sucederle lo que en la Margarita, y cuando se cerciora de que nadie viene á su encuentro, ordena el saqueo del puerto. Nuevo campo de devastación se presenta á las tropas de Aguirre para satisfacer su hambre de rapiña. Al apoderarse de todo cuanto en aquellos sitios encuentra, despacha comisiones para recoger cuantas bestias lleguen á las manos; mientras que el Gobernador de Borburata, desde el Tocuyo, al saber todo lo que pasaba en la costa, llamaba en su auxilio á varios jefes de armas para oponerse al torrente devastador.

Entre éstos descuella otro de los conquistadores de grande aliento, Diego García de Paredes, que desde las tierras lejanas de Mérida se aprestaba para venir en solicitud del temido invasor.

¡ Cuántos asesinatos, cuántos crímenes cometidos por Aguirre marcan con sello de sangre y de oprobio su entrada al continente! Cual otro Cortés quema sus naves y otra embarcación que se hallaba en el puerto de Borburata, y alentando á sus soldados da las órdenes de marcha en dirección de las orillas del lago de Tacarigua. Por primera vez el tirano y su gavilla experimentan todas las angustias de una difícil y penosa travesía : las armas y bagajes que tienen que llevar sobre sus hombros, lo fragoso del camino, agudas espinas vegetales clavadas por los habitantes de la comarca para hacer mal al invasor, el cansancio de las tropas y lo inseguro de la retirada, todo contribuye á hacer más penosas aquellas siete leguas de tránsito que se convierten para la expedición devastadora en siete siglos. Aquel camino que se recorre en pocas horas fué el Calvario de Aguirre : desmáyanse sus soldados, póstranse las fuerzas, el mismo Jefe cae exánime y sus cómplices tienen que cargarle. Horribles horas, precursoras de la justicia divina!...

Conducido en hombros de sus soldados y pidiendo la muerte á grandes voces, llega Aguirre á Valencia, donde al restablecerse continúa en su camino de crímenes y de desafueros. Allí hubiera permanecido como dueño de la ciudad, si el aviso oportuno de uno de sus secuaces no le hubiera advertido de los refuerzos que de todas partes debía recibir el Gobernador de Borburata. Resuélvese dejar su nueva mansión á los quince días de haberla conocido, y tomando dirección hacia Occidente se interna en el país de los Girajaras en camino de la Nueva Segovia; pero antes de abandonar á Valencia envía á Felipe II por medio del cura de la Margarita, á quien puso en libertad, aquella famosa carta que es un proceso de su vida y una acusación contra los conquistadores de América. Todo en ella revela una organización desnaturalizada, un hombre de aventuras, un espíritu satánico, sin freno y sin ley[1].

1. La carta de Aguirre á Felipe II que inserta el historiador Oviedo y Baños en su *Historia de la conquista de Venezuela*, es un documento incompleto : y es de extrañarse cómo el académico español Don Cesáreo Fernández Duro que tan exacto ha sido al hablar de la literatura de la historia referente á este hecho, no haya reproducido en

En esta su última correría comienzan á abandonarle sus soldados. Raptos de furor le acometen por instantes, vacila, recobra de nuevo el ánimo abatido, y vuelve á hundirse en el desaliento, sin dejar por esto de ser cruel y feroz. Después de algunos días de marcha llega á la ciudad de Barquisimeto, á la cual entra con banderas desplegadas y repetidas salvas de mosquetería. Era la cuarta ciudad de Venezuela que debía aquel monstruo poner á saco, y aquella en la cual debía encontrar el castigo de todos sus crímenes. La ciudad estaba sola, pues no había lugar que no hubiera sido abandonado por sus moradores á la aproximación del temible invasor; más al dejarla, sus habitantes habían regado en los caminos cédulas de perdón á todos los que desertaran de Aguirre. Provechosa fué la treta, que llenó á éste de cólera é hizo que desde entonces principiara la gran deserción de sus cómplices. Casi desamparado y cercado de tropas que se proponían cogerle, llegó para Aguirre el último momento de su vida.

Asistamos á la postrera escena de este drama sangriento.

Dos mujeres han acompañado á Aguirre desde el instante de su salida del río de los Motilones en el Perú. La una es su hija única, testigo de todos sus crímenes, y consuelo de todos sus dolores; la otra es una compañera de su hija que ha sabido igualmente compartir con ésta todos los suplicios del corazón. Sólo uno de los marañones acompaña al tirano en su momento postrero, Antero Llamozas, que desde el principio le ha jurado fiel amistad, como queriendo revelar que la virtud no abandona por completo al hombre culpable. Aguirre está estrechado por soldados que se acercan cada vez más á la casa de la ciudad que le sirve de refugio. En presencia de una muerte inminente, *El Traidor* se dirige entonces al aposento donde su hija, acompañada de su amiga, cuenta los instantes de aquel día terrible, y colocando sobre ella la cuerda del arcabuz que lleva, la excita á morir, ya que á sobrevivirle quedaría infamada siendo la hija de un traidor. Entonces comienza una lucha terrible entre aquellos tres seres : la hija que implora, la amiga que se interpone valerosa y resuelta, el padre que ordena; y sacando Aguirre la daga que lleva al cinto, la clava por repetidas ocasiones en el corazón

sus ilustraciones alguna de las copias que se conocen de tan famosa carta. Nos corresponde llenar este vacío. — Véase el *Apéndice*.

de la víctima. La hija expira... En seguida sale del aposento turbado y sin aliento, y al divisar á los soldados de Paredes que le estrechan, aguarda que lleguen. Uno de éstos al entrar en el dormitorio le intima la rendición, á lo que contesta el tirano con brusco ademán : « No me rindo á tan grandes bellacos », y conociendo á Paredes por las insignias de su clase, le pide permiso para hablarle. Paredes se inclina con respeto; pero dos de los marañones, temerosos de que el tirano revelase la historia completa de todos sus crímenes, disparan sus arcabuces sobre el pecho del Jefe. Aguirre, que observó la puntería del primer marañón, dijo : « mal tiro »; y al sentir el segundo sobre el corazón, exclamó : « Este tiro si es bueno », y cayó exánime. Muerto, pertenecíale á otro de los marañones cortarle la cabeza, la cual fué presentada á las tropas de Paredes. Instantes después flameaban en las cercas de la casa las banderas del tirano; mientras que sus despojos mutilados fueron colocados en los caminos públicos y conducidos á las ciudades de Venezuela.

Así desapareció esta figura legendaria de la época de la conquista. Más de tres siglos han pasado y todavía el recuerdo de sus crímenes no se ha extinguido. Cuando en las noches oscuras se levantan de las llanuras y pantanos de Barquisimeto y lugares de la costa de Borburata fuegos fatuos, y copos de luz fosfórica vagan y se agitan á los caprichos del viento, los campesinos, al divisar aquellas luces, cuentan á sus hijos ser ellas el alma errante de El Tirano Aguirre que no encuentra dicha ni reposo sobre la tierra.

II

Fundación en Caracas de la Compañía Guipuzcoana. — Historia de este monopolio. — Su influencia. — Sus triunfos. — Decadencia y fin de la Compañía

Abandonemos las tristes ideas que despiertan estos relatos tan llenos de sombras, para ocuparnos en ideas más consoladoras. Si á un vasco cupo por suerte ser el verdugo de sus semejantes y dejar su nombre infamado en las páginas de la historia patria, no por eso será menor la gloria de aquellos vascos compatriotas suyos que

fundan más tarde en Venezuela el principio de una época inmortal. Queremos referirnos á la creación de la célebre Compañía Guipuzcoana, que á principios del pasado siglo, siembra los gérmenes de la riqueza venezolana é interviene durate media centuria, como principio político, en la suerte de Venezuela.

No fué sino en los días del reinado de Felipe V cuando Venezuela, saliendo del triste estado en que yacía después de la conquista, comenzó á ser el pueblo agrícola á que estaba destinado por la naturaleza. Hasta entonces las produciones de sus ricas zonas no eran conocidas de la madre patria, sino de una manera indirecta, y un tráfico ilícito establecido desde mucho tiempo atrás por las colonias extranjeras, contribuía á mantenerla en un estado de notable incuria de que eran causa única las erróneas ideas políticas de aquella época, pues aparecía sin elementos productores, sin aliciente de ningún género que atrajese á sus costas la corriente de inmigración que desde el principio tuvieron los países de Méjico y el Perú.

En los países donde Naturaleza ha prodigado sus ricos dones, un simple empuje basta, en la generalidad de las veces, para convertir una región al parecer improductiva, en tierra de promisión. Regada por millares de ríos caudalosos; poblada de selvas vírgenes desde las orillas del Atlántico hasta las inaccesibles alturas coronadas de nieve; con dilatadas pampas que hacen horizontes; con extensas líneas de costas que la acercan á los pueblos más comerciales de la tierra; con todos los climas de ésta y con todas las producciones de América, Venezuela no fué, á pesar de tantas ventajas geográficas y naturales, un país que llamara la atención de los conquistadores. Faltábale el oro que desde el principio de la conquista solicitaron con ahinco todos los exploradores del Nuevo Mundo: faltábale ese poderío indígena de los antiguos imperios de América, donde el rico metal amasado en sus templos y palacios hizo de cada aventurero un gran Capitán, y de cada aldea un emporio de riqueza. Sin embargo de todo esto, fecunda y más que fecunda, poderosa, aguardaba solamente el instante propicio, cuando el desarrollo de una idea civilizadora viniera con aliento de vida á exhibir esta tierra virgen que ocultaba en su seno tesoros inagotables. Nadie hasta entonces había soñado que podía extirparse el contrabando sostenido por los colonos holandeses, que habían formado de nues-

tras costas un patrimonio y de nuestros pueblos manadas de ovejas. La impotencia de los gobernantes para evitar el contrabando, la ninguna protección del Gobierno de la Península para abrir al comercio extranjero sus colonias, la negligencia de los habitantes y la costumbre que hace al fin del crimen, necesidad social, contribuían á sostener un estado incompatible con las justas exigencias del país.

¿ A quiénes debía pertenecer la gloria de destruir semejante estado de atraso? ¿ Quiénes debían ser los varones fuertes, los emprendedores esforzados que abrieran para Venezuela el principio de una época venturosa? La historia será siempre justiciera para conceder á los vascos establecidos en Venezuela la gloria de haber sido los primeros innovadores y los verdaderos creadores de la industria agrícola. A impulso sólo de su constancia Felipe V concedió el permiso de fundar una asociación de comercio que, dando impulso al desarrollo material del país, abriera las puertas de la madre patria, extirpando así el monopolio del extranjero en perjuicio de la Colonia y de la Metrópoli. La *Compañía Guipuzcoana*, así llamada desde su origen, porque tal gracia no fué concedida sino á la provincia de Guipúzcoa, tenía el deber de enviar cada año á La Guaira y Puerto Cabello dos navíos de cuarenta á cincuenta cañones con producciones de España, pudiendo venir el resto de mercancías en embarcaciones menores destinadas á Cumaná y á las islas de Trinidad y la Margarita. Jamás habían firmado los monarcas españoles una real cédula más explícita y honorífica que aquella que crea la Compañía de los vascos en la tierra venezolana. Exoneración de algunos derechos; rebaja de otros en beneficio de los nuevos introductores; la libertad de servirse en los primeros tiempos de buques de cualquiera nacionalidad; todas las franquicias, en fin, prerrogativas y favores que colocaban á los factores de la Compañía al nivel de los oficiales de la real armada española, daban á esta asociación mercantil un carácter de respetabilidad imponente, hasta entonces desconocido en los países de América. Todavía más : era un mérito de honra, nuevo é ilustre blasón servir directa ó indirectamente al sostenimiento y ensanche de aquélla, según concluye la real cédula firmada por Felipe V. Era la primera aristocracia mercantil fundada en el Nuevo Mundo.

Mas no era esta licencia un privilegio único, pues quedaba la corte de España en libertad de conceder iguales franquicias á cada uno de sus vasallos, lo que estimulaba á la Compañía para obrar en consonancia con sus intereses. Obligábase aquélla por su parte á resguardar por mar y tierra las costas de Venezuela, extirpar el contrabando extranjero y contribuir al desarrollo y progreso de la agricultura.

Medida tan sabiamente concebida como ejecutada debió al instante despertar la codicia y el odio de los contrabandistas antillanos : así fué que tan luego como se establecieron las primeras factorías en Caracas, La Guaira, Puerto Cabello, Barquisimeto y Coro en 1730, los holandeses de las islas vecinas al continente trataron de fomentar la sublevación de partidas de hombres ignorantes y corrompidos, como medio único que les era dado oponer al curso libre del comercio y á la paz de las poblaciones. Pusiéronse en juego todos los resortes, y al fin y al cabo una asonada de mal carácter llegó á prender en las cercanías del río Yaracuy. Durante algún tiempo no se habla sino de robos, de asesinatos, de vejaciones y de tropelías cometidas por las autoridades en aquellos lugares. Afortunadamente la actitud del Gobierno y la protección inequívoca que le prestó la Compañía pusieron fin á tantos desmanes, con la muerte dada á sus autores. Desde ese instante todo entró en el orden normal, desaparecieron los temores, y la Compañía continuó en su grande obra de civilización.

Al hacha de los vascos quedan derribados los árboles seculares testigos de la conquista, y aparecen las sementeras en relieve á impulso del arado generoso, y sobre los surcos corre el agua que debe fecundar el grano confiado á la tierra. Por dondequiera el aire de vida, y el trabajo, que es el alma de los campos, invitan á la faena, y los pueblos, saliendo de la apatía, se visten con los colores de Flora. De uno á otro extremo de la Colonia familias vascas al frente de cada factoría obedecen al impulso dado, y la tierra selvática desaparece en grandes porciones para transformarse en ricas y pingües arboledas, donde prosperan los frutos de la zona tórrida. El cacao, generoso don de los dioses á la tierra venezolana, centuplica á poco sus frutos al impulso de la mano amiga que lo beneficia; desarróllanse los primeros árboles del rico café, mientras que

el tabaco y el añil silvestres aguardan el momento de entrar en los mercados de la madre patria; y en tanto que aquél cuaja el grano, y el paternal bucare ostenta su copa coronada de corales, muge el buey en el establo, y el rebaño pace en la dilatada sabana, tierra feudal que le concedió Naturaleza.

Seis años de trabajo bastaron á los vascos para que la corte de España les permitiese enviar á los puertos de Venezuela no dos, sino todos los navíos que quisieran. Y ya para 1742 tenían el privilegio exclusivo del comercio de la provincia de Caracas, que fué aumentado para 1752 con el de Maracaibo.

Pero no fué sólo en el cultivo de la tierra y en el incremento del rebaño donde ostentó el vasco su pujanza. Puerto Cabello, refugio de los piratas, sitio de chozas de pescadores, por donde se efectuaba el comercio clandestino, se transforma de pronto, y el vasco, construyendo hermosas casas y almacenes espaciosos, hace de un lugar despreciable el primer puerto de Venezuela: desde entonces data su importancia mercantil. Con sus ventajas topográficas, con su clima sano, con su comercio activo, su incremento actual y las bellezas con que lo han decorado sus pacíficos moradores, continúa satisfecho en el camino del progreso en que lo colocaron los vascos, sus fundadores. No fué Puerto Cabello el único pueblo que éstos levantaran; en los ricos y pintorescos valles de Aragua, las aldeas ascendieron al título de villas, y caseríos que apenas eran chozas pajizas, en la dilatada zona de bosques que se extiende desde el lago de Valencia hasta las orillas del Portuguesa y del Apure, recibieron el impulso asombroso que debía convertir regiones salváticas en centros de movimiento y de lucro. A orillas de los ríos y de los lagos, al pie de los Andes y en el centro de los bosques seculares, por todas partes la misma animación; mientras que las costas purgadas de filibusteros vulgares que las infestaban, aparecían con los arreos del comercio, que anunciaba al mundo la fertilidad y riqueza del suelo venezolano.

Durante veinte años Venezuela se transforma, y ella misma no puede explicarse tan repentino progreso. Los vascos se habían adueñado no sólo de la agricultura y del comercio, sino que hombreándose con los mandatarios, como poder influyente y pecuniario que obraba sobre las clases sociales y aun más allá de los mares, acaba-

ron por tenerlos á sus órdenes. Esto, unido á otras causas, contribuyeron más tarde á desacreditar la Compañía, la cual había comenzado á hacerse odiosa á los mismos á quienes había favorecido. El monopolio que ejercía, si es verdad que en los primeros años de su instalación había cosechado abundante fruto y estimulado el trabajo, facilitando los capitales para el cultivo de la tierra y el desarrollo de los pueblos, más tarde se convirtió en poder verdaderamente dictatorial y arbitrario. Como todo monopolio en las sociedades incipientes, fué regenerador; mas cuando los pueblos pasaron de su estado infantil á una juventud precoz, desarrolláronse nuevas fuerzas, naturales exigencias, aspiraciones al comercio libre, manifestaciones de todo país que lleva en sí la savia de la vida.

Una tempestad de maldiciones se desató entonces sobre la Compañía Guipuzcoana : era la reacción de nuevas ideas contra un orden de cosas ya incompatible con las necesidades del país. Sordos los vascos al clamor público, continuaron impasibles porque estaban garantidos por la fuerza y por la ley; mas debía llegar el día en que la protesta moral armada pusiese en conflictos la capital de Venezuela; y es el caso que en 1749 seis mil hombres al mando del Capitán León entran en Caracas y piden la expulsión de la Compañía. Ante aquel poder mudo, pero imponente, la autoridad transige haciendo falsas promesas. La fuerza se retira, y al instante se embarca para España, de una manera sigilosa, el Capitán General de la Colonia, señor Castellanos. Impotente para obrar de una manera cónsona con las necesidades sociales, creyó más prudente presentarse al Monarca para pintarle una situación que no podía considerarse sino como el principio de nuevas ideas. Los factores de la Compañía representan la farsa de embarcarse y todo parecía en buen camino, cuando se divulgó la partida de Castellanos. Por segunda vez vuelve León á Caracas con sus miles de hombres; más en esta ocasión el Capitán General interino recibe al jefe de los protestantes de una manera belicosa, y se suceden nuevas promesas. León, hombre débil y timorato, había quedado vencido.

A estos sucesos sigue un juicio ruidoso en el cual todas las corporaciones, y los individuos notables del país declararon en contra de la Compañía : la opinión social compacta y justa había dado su

fallo. Era esto lo suficiente para extinguir aquélla ; pero el poder del oro y la intriga triunfan, en la generalidad de los casos, de la justicia humana; y corriendo los días llegó el Brigadier Ricardos con nuevos poderes y quedó victoriosa la causa de los vascos. León, fugitivo, es condenado, sus hijos presos y su casa arrasada y sembrada de sal[1].

No obstante el triunfo de la Compañía, ésta recibió algunas modificaciones que en algo contribuyeron al desarrollo del comercio, y así continuó hasta que veintiséis años más tarde, en 1775, dejó de existir para ser sustituída con la de Filipinas, la cual á su turno desapareció en 1778. La libertad del comercio se anunciaba para los países de América, y las ideas liberales abriéndose paso debían marcar con sello de justicia el reinado de Carlos III.

A pesar de tantos males como se imputan á la Compañía Guipuzcoana, produjo bienes inestimables. Los escritores que tan mal la juzgan no se remontan á las causas políticas y naturales que imposibilitaban á España á entrar de lleno en el camino de las sabias reformas. Separada de América por el Océano, temiendo el espíritu de conquista extranjera no agotado entonces, y acosada por los intereses personales de sus vasallos, no podía aceptar de pronto esas ideas modernas que son el resultado de la práctica, del desarrollo material y de las necesidades sociales. La historia, para ser verídica al juzgar los hechos debe despreocuparse de toda influencia contemporánea y apreciarlos en la época en que fueron consumados. ¿Qué mucho que el monopolio siguiera al contrabando y las medidas restrictivas se opusieran al desarrollo del comercio libre, si por todas partes existían temores, y el espíritu nacional estaba lleno de trabas y de errores inveterados?

Al juzgar el elemento vasco durante los cincuenta años que dominó á Venezuela, participamos del juicio formado por uno de nuestros más distinguidos publicistas :

« La Compañía Guipuzcoana á la que tal vez podrían atribuirse los progresos y los obstáculos que han alternado en la regeneración política de Venezuela, fué el acto más memorable del reinado de Felipe V en la América. Sean cuales fueren las increpaciones que

1. Véase el estudio de este libro, intitulado : *Orígenes de la Revolución venezolana*.

dirigió la opinión del país contra este establecimiento, no podrá negarse nunca que él fué el que dió gran impulso á la idea que planteó la conquista, y organizó el celo evangélico. Los conquistadores y los conquistados reunidos por una lengua y una religión, en una sola familia, vieron prosperar el sudor común con que regaban, en beneficio de la madre patria, una tierra tiranizada hasta entonces por el monopolio de la Holanda[1]. »

Cuando desaparece la Compañía Guipuzcoana ¿qué se hace aquella colonia de vascos que había fundado la agricultura y dejaba un gran número de haciendas cultivadas, el trabajo sistematizado, el hogar con todas sus virtudes en armonía con los intereses sociales bien entendidos? — Continúa en su labor civilizadora, no como asociación sino como individuos; repártense en los valles de Aragua, á orillas del lago de Valencia, en las llanuras del Cojedes, de Portuguesa y del Orinoco y en las costas de Caracas, patria del primer cacao del mundo. A los vascos débese el poderío de los Valles de Aragua. Han corrido largos años de la fundación de los primeros establecimientos agrícolas, y todavía se conservan muchos de ellos : el tiempo no ha destruído los primeros campanarios de la aldea, y aun quedan restos del antiguo torreón que anunciaba con sus espirales de humo el movimiento de los campos : todavía el árbol secular levanta al cielo su ramaje, mientras que las generaciones del pasado descansan en perpetua paz en el suelo de la selvática capilla. Fueron los vascos los que al desaparecer como centro comercial introdujeron en Venezuela el añil de tinte que cultivaron con buen éxito : fueron los primeros plantadores del algodón y de la caña de azúcar y los que continuando en su labor civilizadora hasta el fin de sus días, dejaron á sus hijos, por herencia provechosa, las virtudes del hogar y el amor al trabajo y á la patria.

Hay algo más grande que la riqueza y el cultivo de la tierra, y más que la gloria y las vanidades del mundo : ese algo es la familia. La familia en el sentido general : la patria, y la familia en el sentido íntimo : el hogar; éstas las grandes virtudes del vasco en todo tiempo y país. Así la mayor parte de las familias que tienen

1. Andrés Bello, *Recuerdos de la Historia de Venezuela.*

entre nosotros tal origen, conservan las costumbres austeras de los tiempos pasados, la tenacidad en el cumplimiento del deber, la honradez en el trato y hasta rigidez en sus opiniones, herencia de sus mayores. ¡Qué lejos estaban de pensar los vascos cuando eran dueños de Venezuela, que pocos años después sus hijos y nietos continuarían su obra en nuestra guerra magna, en nuestros comicios y asambleas, en nuestras luchas por la libertad y el progreso!

Entre las diversas ramas de la nacionalidad española de que se origina la población de Venezuela, ninguna con más justos títulos á la gratitud nacional que la de los vascos. Que se estudie el elemento andaluz, el castellano, el catalán ó el isleño, y encontraremos que el único que ha podido conservarse, á pesar de la acción de tiempo, y que ha dejado obras imperecederas es el vasco; y que ninguno como éste desempeñó en la historia de la Colonia un papel tan fecundo en beneficios como útil en sus tendencias.

Después de la desmembración de Colombia en 1830, la inmigración vasca es casi nula en Venezuela. Reducida, por decirlo así, á individualidades, unas han formado familias hacendosas que se han fundido en el país, y otras, después de un trabajo constante y honroso, han regresado al suelo patrio. De las actuales repúblicas de origen español, sólo las del Plata gozan del envidiable privilegio de ver establecida una corriente constante de inmigración originaria de las provincias vascongadas. A orillas de aquel caudaloso río es donde los vascos modernos, hace ya treinta años, han querido fundar su patria americana[1].

¿Por qué esta predilección á las márgenes del Plata? ¿Acaso las pampas de Buenos Aires les brindan más atractivos que las dilatadas y ricas sabanas de nuestros llanos? ¿Acaso en nuestras montañas andinas y en nuestros bosques cálidos, á la vera de nuestros lagos y en la dilatada cinta de nuestras costas, no tienen ellos la imagen de las cimas pirenaicas y del mar Cantábrico? ¿Por qué no venir al suelo que cultivaron sus antepasados, donde la variedad

1. En dos mil estima un escritor distinguido el número anual de vascos, españoles y franceses, que emigra á las regiones del Río de la Plata; y según Martín de Moussy el número de vascos que había en la República en 1868, no bajaba con sus descendientes de cincuenta mil almas. — *Réclus.* — *Les Vasques, un peuple qui s'en va.* — *Revue des Deux Mondes.* — 1868.



de climas y de tierras, donde la riqueza vegetal, ceñida de luz y el gran número de descendientes vascos, les atestiguan que aquí estuvo en no remotos días su centro americano[1] ?

III

Comienzo en Caracas de la revolución de 1810. — El patronímico Bolívar, desde el primer Bolívar en 1588, hasta nuestros días. — Sitios geográficos que lo llevan en ambos mundos. — El último Simón Bolívar. — Grandeza de este varón, — Resumen histórico de su vida. — Familias venezolanas de origen vasco. — Conclusión.

Cuando se estudia la Historia hasta en sus más íntimos permenores, es cuando podemos comprender, en el encadenamiento admirable de los sucesos, la voluntad de una Providencia siempre justa. Las dos grandes revoluciones del último siglo : la emancipación norte americana de 1776 á 1783 y la gran Revolución francesa de 1789 á 1795, al parecer distintas en sus fines y tendencias, fueron dos acontecimientos perfectamente enlazados. Al favorecer España á la primera, prestándole su mano poderosa, hiere de muerte la existencia de sus colonias en el continente; pero semejante acto en nada hubiera contribuído á nublar el horizonte político, si los sucesos de 1789, sorprendiendo el mundo, no hubieran originado el primer crepúsculo de las nacionalidades modernas. — Celosa y solícita por la conservación de sus colonias, España hace cuanto puede para aislar á Venezuela de las chispas de aquel incendio, castigando con severas penas la difusión de las ideas nuevas. Olvidaba que había contribuído á derribar un gobierno legítimo en América para coadyuvar á los deseos de un pueblo, y que la Revolución francesa era la voluntad suprema de otro pueblo para echar por tierra toda realeza, odiada é impotente. Pero las naciones no obran como los individuos : si es lícito á éstos decidir con la razón y transigir en las situaciones difíciles, las naciones, por el contrario, quieren siempre vencer ó ser vencidas por la fuerza. — Tal sucedió á España respecto de sus colonias americanas, después de los grandes episodios del siglo pasado. Mientras

1. Véase el *Apéndice*.

más severa fué para estorbar la importación de las nuevas ideas, más propicios se encontraron los espíritus para recibirlas; por esto todas las persecuciones políticas son contraproducentes si ellas no están basadas en la opinión.

No era tanto de los pueblos de Venezuela arraigados en sus antiguos hábitos de quienes podía temer España, como de los círculos ilustrados, siempre atentos á toda innovación provechosa. Por muchos años no pudo la metrópoli evitar que cundiesen en la Colonia las ideas revolucionarias : los deseos de un cambio de gobierno confirman las ideas de aquella época admirable. Mientras que la idea estuvo en gestación, España venció todos los movimientos presentados desde los últimos años del pasado siglo hasta 1810. Pero sin preverlo atizaba con este procedimiento el incendio, alentaba los espíritus timoratos, daba calor á las ideas revolucionarias. Hay un hecho general en la historia de las colonias españolas en América y es que en todas comienza el fermento revolucionario de 1808 á 1810. ¿ Fué todo esto casual ? No : era el momento propicio que todos, sin hablarse, aguardaban : aquel en que destronado el monarca de España cundiera el desaliento, apareciese la anarquía y un caos político transitorio viniera á dar entrada á todas las evoluciones americanas. Tal es el encadenamiento de los sucesos : sin la Revolución de 1789 no hubiera aparecido Napoleón; sin la invasión de éste á España, no hubieran surgido los sucesos de 1808, y sin las Juntas gobernantes no se hubieran precipitado los acontecimientos de América.

Menos de dos años de este estado indefinido bastaron á los pueblos de la América española para dar el grito revolucionario y lanzarse en el camino de los hechos. Cúpole á Venezuela ser la primera, y el 19 de abril de 1810, precisamente á los sesenta años de haberse pedido en la misma fecha en Caracas la expulsión de la Compañía Guipuzcoana, fué derribada la autoridad peninsular. Con un vasco, el mariscal Emparán, termina en aquel memorable día la larga serie de Capitanes generales que, desde Dalfínger en 1528, se habían sucedido sin interrupción por el espacio de tres siglos. Preso Emparán momentos antes de asistir con todo su séquito á la solemnidad de Jueves Santo, no le faltó astucia y talento para defenderse en la sala del Ayuntamiento adonde lo llevaron los con-

jurados. Con sus promesas ó insinuaciones había ya vencido, cuando un tercer actor corona la jornada pacífica de aquel día inmortal : queremos referirnos á la entrada á la sala capitular del canónigo Madariaga, de origen vasco : carácter definido, audaz, hombre de acción, que deshace con su palabra todas las promesas de Emparán y lleva á feliz término los acontecimientos iniciados. Así comienza la Revolución de 1810 [1].

¿ Quién será el adalid de esta revolución sangrienta que durante quince años va á segar la flor de la juventud americana, á turbar la paz de los campos y á convertir en charcas de sangre el suelo de nuestros pueblos ? ¿ Quién será el alma de los combates y el faro de salvación hacia cuya luz se dirijan las miradas de los náufragos en la noche del peligro ? Cuando el incendio devore hombres y cosas, y los osarios blanqueados por el sol sean los testigos mudos de la nueva carnicería, ¿ quién será el varón fuerte que vendrá á revolver las cenizas para sacar de ellas la chispa que deba encender de nuevo la conflagración general ? Cuando cunda el desaliento y todo sea imposible ; cuando á fuerza de ser vencido se pierda el hábito de levantarse ; cuando el clamor de los pueblos ruja contra los nuevos innovadores, y el vencedor compasivo se ría de las quimeras republicanas, y el hambre y las necesidades y la miseria con cara de hidrófoba pidan cuenta de tanta sangre, ¿ quién, como los héroes bíblicos, blandirá la espada redentora y sacando soldados del polvo se sobrepondrá á las muchedumbres rendidas de cansancio? ¿ Quién será el nuevo Aníbal que debe conducir sus legiones al Ande inaccesible y llevar el estandarte tricolor para clavarlo en los picos encanecidos por los siglos? ¿ Será algún descendiente de los Incas el que se levante de las ruinas antiguas para hacer cargo á los conquistadores del Nuevo Mundo de la muerte de Atahualpa y de la destrucción de los poderosos imperios prehistóricos ? ¿ Será el extranjero, que lleno de ambición quiera arrancar á la corona de Castilla la preciosa joya de su conquista americana ? ¿ Será el descendiente de los antiguos iberos quien vendrá á completar la obra de España, emancipando el continente que ella había civilizado ?

1. Véanse en el segundo volumen de esta obra, los estudios intitulados : *El General Emparán, y el Canónigo Doctor Don José Cortés Madariaga.*



. . . .

A orillas del mar Cantábrico, hay un río que, desprendiéndose de la Sierra de Aranzazu en la provincia de Guipúzcoa, sigue hacia el Norte por el valle de Lenis, llega á Escoriaza y desagua en el Deva : ese río se llama Bolívar. El mismo nombre lo lleva el fondo del valle que entre los dos ríos está rodeado de elevados montes, sembrados de plantas útiles que dan sustento á sus pacíficos moradores. Bolívar se llama otro lugar al Sud de Victoria en la provincia de Alava, donde reposa el cuerpo de aquel Segismundo martir, guardado y venerado en rica arca por los naturales del poblado. Bolívar finalmente es el nombre que llevan tres pueblos de la provincia de Vizcaya. Este nombre, oriundo de las provincias vascongadas, no se encuentra en ninguna otra de las de España.

Tal nombre geográfico no es peculiar del viejo mundo : figura igualmente en las dos grandes secciones del continente americano, desde la región de los lagos en la América del Norte, hasta las elevadas cumbres de los Andes sudamericanos. A orillas del gran Misisipí, « el padre de las aguas » en el lenguaje de los indios, está el condado de Bolívar, con su capital Bolivia de doce mil habitantes. Bolívar es la capital del condado de Herdeman, á orillas del Hatchee, emporio del comercio en las regiones del viejo Tennessee. Bolívar es el nombre que llevan dos pueblos del Estado de Arkansas. El nombre de Bolívar se encuentra también á orillas del Missourí, y en los Estados de Pensilvania y de Mariland, y en el poderoso Estado de Nueva York y en el de Arkansas, y en el de Tejas, y en el de Alhabama, y en el de Ohío, y en muchos otros lugares. Mas hacia el Sud, después de atravesar el archipiélago antillano, aparecen con el nombre de Bolívar dos florecientes Estados en las Repúblicas de Venezuela y de Nueva Colombia. Bolívar es la ciudad del Orinoco, la capital de esa dilatada Guayana, patria de El Dorado, emporio de la raza caribe y lugar célebre por las exploraciones de Ordaz y de Raleigh, de Solano y de Humboldt. Más al Sud todavía y al pie de las grandes cordilleras coronadas por el Illimani y Soratá está la más joven de las Repúblicas sudamericanas : lleva el nombre de Bolivia.

¿A quién recuerda este nombre antiguo que está en la cuna del

pueblo vasco y en las principales regiones del continente americano? — A Simón Bolívar, el hijo de Caracas, y el último y más grande de los descendientes vascos en ambos mundos. Heredero de aquellos que en el mar Cantábrico fundaron la República, cúpole la gloria de ser el genio que emancipara la América, después que sus antepasados habían fundado la Colonia y dado á la gran causa, conquistadores, pobladores, pacificadores, hombres de progreso durante la existencia de la América española. Los anglo americanos le llaman el Wáshington del Sud, mientras que sus compatriotas de uno á otro extremo del continente le conocen hace ya cerca de ochenta años con el título de El Libertador. Su nombre está en el templo de los grandes hombres, sus hechos inmortales en las páginas de la Historia, y monumentos del arte escultural perpetúan su memoria desde las orillas del Orinoco y del Hudson y desde las costas del Atlántico y del Pacífico, hasta las nevadas cumbres de los Andes.

El primer Bolívar natural del señorío de Vizcaya que llega á Venezuela, es Simón de Bolívar en 1588. Preséntase con las ínfulas de su origen; hidalgo, dueño y señor del solar y casa infanzonada de la Rentería en el lugar de Bolívar en Vizcaya. Antes de llegar á Venezuela había estado algunos años en la isla de Santo Domingo, donde había desempeñado empleos de alta importancia. Establécese en Caracas junto con el gobernador Osorio de quien ya hemos hablado en el estudio precedente. Nombrado por éste Procurador y comisario general ante el Rey, consigue del Monarca, en beneficio de la Colonia, reales cédulas que favorecían el adelanto material y moral de Venezuela. Regresa al cabo de dos años y trae por real orden el empleo de Procurador general de la ciudad, primer encargo de este rango que se concedía después de la fundación de Caracas.

Desde entonces data en Caracas esta antigua familia de Vizcaya, la cual da hombres útiles á la Colonia por el espacio de dos siglos. Entre todos los de este nombre sobresalen después del Procurador de Caracas, Simón de Bolívar, hijo de éste, Antonio, Luis, Juan, el fundador de San Luis de Cura en los llanos de Caracas y últimamente Juan Vicente, el padre de El Libertador Simón Bolívar, nacido en 1783, el cual no debía tener sucesores, y corona esta

familia ilustre que desempeñó en la historia de la Colonia los más altos destinos políticos y militares y ha contribuído con sus luces y tesoros al adelanto y progreso material de las poblaciones[1].

Pero la familia Bolívar no se había hecho célebre en la historia de la Colonia tan sólo por los méritos de sus fundadores y los de sus descendientes: estaba íntimamente enlazada con la de los célebres Villegas, originaria de Burgos y de servicios relevantes á la causa española, pues uno de sus fundadores, Pedro Fernández de Villegas, ayudó con sus deudos y amigos al triunfo de las Navas de Tolosa, y en recompensa de sus servicios le concedió Alfonso IX, entre muchos privilegios, el de llevar por orla de sus armas los Castillos reales. Fueron los Villegas de los primeros conquistadores que entraron á Venezuela con Dalfínger y Spira, de los primeros pobladores y pacificadores de las tribus indígenas de Tocuyo y de Nirgua, de Maracaibo, Borburata, Laguna de Tacarigua, Nueva Segovia y esa tierra coriana que civilizaron, la primera, los castellanos del siglo xv.

Los Villegas y los Bolívar fueron los que fundaron el puerto de La Guaira, abrieron los primeros caminos de la Colonia, y rechazaron al extranjero en repetidas ocasiones. De manera que los primeros pobladores de Venezuela, los conquistadores y pacificadores de las naciones indígenas del Occidente, fueron los Villegas, Osorio, Bolívar y sus descendientes, todos de una misma familia que ha dejado por todas partes elocuentes pruebas de sus méritos. Uno solo de ellos basta para inmortalizar su época, aquel Diego Osorio Villegas que se encarga de la Gobernación de Caracas en unión del primer Simón de Bolívar en 1588. Ayudado por éste, funda puertos y aldeas, reparte tierras, facilita el comercio y pónese al frente del fomento material de la Colonia: fundó los primeros archivos, señaló egidos y asignó propios : firmó ordenanzas y redujo poblaciones indígenas. Fué hombre de gran talento que poseía además el

1. En 1718 dáse principio al señorío de San Luis de Cura, en los llanos de Venezuela, el cual fué confirmado por reales cédulas de 25 de mayo de 1722, 24 de diciembre de 1735 y 22 de marzo de 1760. No fué este señorío el único que poseyó la familia Bolívar. Ya por real cédula de 21 de agosto de 1663 se había concedido al señor don Francisco Marín Narváez, notable patricio de Caracas, con cuya familia se enlazó el Coronel don Juan de Bolívar Villegas, el señorío de Aroa, donde están las ricas minas de cobre, propiedad hoy de una compañía inglesa (Véase el *Apéndice*).

don de mando y el de gentes; así lo califica un historiador. Cuando viene al mundo el futuro Libertador de América, 24 de julio de 1783, se presenta con la rica historia de sus progenitores; dos siglos de servicios á la causa americana española; hombres de espada y de bufete; conquistadores, pobladores, pacificadores y altos empleados en todos los ramos del servicio público. ¡ Cuánta riqueza de títulos para continuar en el camino de sus predecesores! Más solo á él estaba reservado coronar el edificio con la más pura gloria y reflejar sobre las generaciones pasadas y venideras la luz del genio, el brillo de sus hechos.

Bolívar no aparece en la Revolución de 1810 como uno de sus principales actores: joven de veintiséis años, aunque de variada instrucción, después de haber viajado por Europa y la América del Norte, carecía de ese aplomo de los espíritus serios y reconcentrados. De imaginación volcánica, de carácter impetuoso, gozaba entre sus compatriotas y amigos del dictado de atolondrado, lo que le hacía aparecer como un espíritu superficial antes que hombre capaz de grandes concepciones. Nada tenía que envidiar á sus coetáneos: su fortuna y posición social le habían valido ser uno de los compañeros de infancia del futuro Fernando VII. Durante su residencia en Europa había tratado con muchas de las lumbreras de la época, y observador de los sucesos, aprendió bajo el impulso que da al espíritu el estudio práctico de los hombres y de las cosas. Así regresó á Venezuela donde debía continuar en el estudio de la Colònia y de los medios que debían contribuir al desarrollo de ésta. Cualesquiera que fueran sus ideas sobre las revoluciones y movimientos de la Colonia en los últimos años del siglo pasado y principios del actual, vivía combatido por dos aspiraciones antagónicas: la independencia, que debía crear un nuevo orden de cosas y le empujaba al porvenir, y la aristocracia, cuyas preocupaciones y hábitos deseaba abandonar y que le retenía. A fines de 1810 es cuando el Gobierno revolucionario le abre su carrera política, enviándole á Inglaterra con un encargo diplomático. El marqués de Wellesley le recibe con toda la cortesía del caballero; pero, como circunstancias del momento se oponían á que Inglaterra entrara de lleno en todo aquello que fuera el reconocimiento de la revolución, hubo de regresar á Caracas. Con él llega el que debía como militar más antiguo y práctico ponerse

al frente de las tropas venezolanas en su choque con el jefe español Monteverde, y á quien estaba reservada la primera y más costosa de las capitulaciones. Con Miranda comienza Bolívar su carrera militar tan llena de peripecias, de contrariedades, de sacrificios, de abnegación y de gloria.

Una derrota abre la primera página de su hoja de servicios, pues, cuando se subleva el castillo de Puerto Cabello, á impulso de los prisioneros españoles, Miranda que, en los Valles de Aragua, se retiraba perseguido ya por el General Monteverde, se encuentra en la necesidad de capitular, franqueando al español las puertas de Caracas. Entretanto Bolívar, al frente de sus tropas, lucha tenaz contra la retaguardia de Monteverde; más, después de una defensa obstinada y ante fuerzas numerosas, abandona al fin el campo y se embarca para regresar á la capital, cuya situación ignoraba.

Sigámosle en esta carrera de reveses y de triunfos que se inicia con la rota de Puerto Cabello, pero que terminará con la emancipación de todo el continente, cuando se rindan, después de quince años de horrible matanza, los dos últimos baluartes del poder español en América: el ejército de Ayacucho á fines de 1824, la fortaleza del Callao á principios de 1826.

Dejemos á Miranda preso después de rota la capitulación por el jefe epañol; tristes días le aguardan en la Carraca, la que será testigo de su prolongado martirio, cuando con cadena al cuello cuente los últimos instantes de su agitada vida, siempre meritoria y digna. — ¿ Quién salvará mientras tanto á Bolívar en el naufragio de la revolución, cuando sus hombres huyan de los campos, se oculten á las persecuciones, giman en los calabozos y sientan por todas partes la venganza armada que los impele á dar severa cuenta de sus hechos? Allí está el vasco que salvará á Bolívar en los momentos del peligro : Francisco de Iturbe se presentará á Monteverde y exigirá el pasaporte para el vencido de Puerto Cabello. Era Iturbe uno de aquellos espíritus rectos, pacíficos y pundonorosos, de nobilísima alma y para quienes la amistad es culto. Amigo del padre de Bolívar, continuaba su tributo en obsequio al hijo á quien desde su nacimiento acariciaba. En los primeros momentos el jefe español rechaza la petición del joven vasco ; mas éste, con carácter sostenido, insiste y ofrece sus propiedades y aun su vida por el descendiente

de su compatriota. Monteverde, ante tanta generosidad, cede, y Bolívar logra así salir del continente. — Tanta hidalguía de parte de Iturbe tuvo más tarde su recompensa. Cuando después del triunfo de la revolución en 1826, el Congreso de Colombia confisca las propiedades de todos los españoles, Bolívar, al saberlo, dirige una nota desde el Perú en la cual ofrece sus bienes para salvar los de su protector. El Congreso entonces declara que sólo una excepción tiene la ley, y es en la persona del digno Iturbe, por haber salvado en 1812 la vida del Libertador.

¿ Quién salvará á Bolívar más tarde en medio de las peripecias que le aguardan, de los peligros y orgías del campo de batalla ? No habrá ya vascos que vengan en su auxilio ; pero sí encontrará la buena estrella de los genios, siempre propicia á los que ascienden al Capitolio.

Sin amigos, sin recursos, sin nombre, llega Bolívar al suelo extranjero (isla de Curazao), para aguardar allí el instante oportuno en que debía abrir su memorable campaña de 1813. La inquietud que le domina le precipita, y enemigo de la inercia, parte con la tea de la revolución en la mano y la idea en la frente. El 14 de noviembre de 1812 está ya en Cartagena, que le nombra á poco Coronel en la comandancia de Barrancas. Para fines de diciembre ha tomado por asalto la fortaleza de Tenerife á orillas del Magdalena, y artillería y buques caen en poder del vencedor. Habla entonces á la Nueva Granada y se ofrece para libertarla. En enero de 1813 vence á los españoles en Mompox y Chiriguana, y para el 28 de febrero está en los valles de Cúcuta. Desaloja al jefe español, recibe el grado de Brigadier que le concede el gobierno revolucionario de Bogotá, y se prepara con un puñado de hombres á continuar sobre los Andes de Venezuela. En 13 de abril entra en La Grita, el 10 de junio en Mérida y el 15 del mismo en Trujillo lanza á la faz del mundo su célebre decreto de guerra á muerte.

Al llegar á San Carlos, á orillas del Cojedes, la opinión le acompaña, y sin perder tiempo marcha contra el jefe realista Izquierdo: alcánzale en la sabana de los Pegones y le deja herido; todo cae en poder del vencedor, y tan sólo puede escaparse el oficial que lleva la triste nueva á Monteverde. El 2 de agosto entra en Valencia, y para el 7 está en posesión de la capital Caracas, que de ante-

mano han evacuado las autoridades españolas para ir á refugiarse bajo los muros de Puerto Cabello.

Por todas partes ha cundido el incendio durante esta marcha victoriosa de Bolívar : sus tenientes han triunfado en Oriente y Occidente, y han vencido en Margarita y en Cumaná, y en Maturín y en Güiria, y en Aragua y Niquitao.

Bolívar anuncia en Caracas el establecimiento de la República el 8 de agosto de 1813, y sin perder tiempo sale á poner sitio á Puerto Cabello. Fuerte el español, se sostiene contra los ataques de Bolívar y aguarda ser reforzado. El 30 de setiembre vencen las tropas republicanas en las alturas de Bárbula; el 3 de octubre en Las Trincheras, el 14 en Mosquitero. Para esta época Caracas ha aclamado á Bolívar su Libertador.

Después de esta campaña de 1813, paseó triunfal desde las orillas del Magdalena hasta los Andes de Venezuela y costas de Puerto Cabello, ¿ cómo seguir á Bolívar en su portentosa epopeya durante el espacio de quince años? ¿ Puede acaso sintetizarse en cortas líneas esa vida tan llena de peripecias, esa serie de hechos admirables que llena los anales de América? ¿ Cómo pintar esa existencia múltiple, siempre entre el fuego y la muerte, esa voluntad inexorable que se sobrepone, esa constancia que se sublima con las desgracias? Nada puede compararse con el joven genio de América durante los primeros años de la guerra á muerte, cuando los ejércitos españoles, á semejanza de una hidra de fuego, lo circundan.

Bolívar es entonces el centro de todos los odios, de todas las evoluciones enemigas y también de todas las esperanzas. Por todas partes sufre reveses y por todas partes alcanza victorias. Si pierde en Barquisimeto, es para vencer en Araure; si sucumben sus legiones en San Marcos y en La Puerta, es para salir victoriosas en Ospino y La Victoria, y en Charallave y los Filones, como había salido más antes en Niquitao, en Bárbula y las Trincheras. San Mateo es la aurora de su gloria, Carabobo el iris precursor de sus triunfos. Mas por segunda vez La Puerta es la tumba de sus ejércitos. — Hay en la historia de los pueblos lugares propicios y lugares fatídicos. Cuando en el curso de la lucha vuelva por tercera vez en 1817 á ser vencido en el sitio de La Puerta, será para

sellar cuatro años más tarde la libertad de Venezuela en el glorioso campo de Carabobo.

¡ Cuán prolongados los días de la gran carnicería, cuando el incendio de las pasiones se convierte en un incendio físico, y los campos se tiñen de sangre y hay patíbulos y cadalsos ! De uno á otro extremo de Venezuela cruzan los ejércitos vencedores y vencidos, despuéblanse las ciudades, arden las sabanas con fúnebre resplandor que se alimenta con carne humana, y cuelgan de los árboles las víctimas acompañadas de un solo ser viviente, el buitre : mientras que en las ciudades aparecen las picotas coronadas por las cabezas disformes de los jefes prisioneros en los combates, y las aguas ensangrentadas de los ríos conducen fragmentos humanos de las orgías nocturnas. ¡ Cuánto desastre y cuánta orfandad! Todos se estremecen, todos sufren y sólo Bolívar en medio de la hornalla parece invulnerable! « ¡ Cuán gran figura en todos los siglos y en todas las naciones ! — ha dicho un escritor chileno. — Durante sus días de grandeza americana, que se prolongan por el espacio de veinte años cumplidos, el cielo del continente está enrojecido de luces ardientes y un estremecimiento volcánico se siente en todos sus ámbitos. Bolívar está á caballo! Por todas partes se cruzan los ejércitos! Los caminos de los *Llanos* marcan en espesas polvaredas movedizas el avance de los jinetes, mientras que los agrestes desfiladeros repercuten el eco de las dianas militares que anuncian el alba en todas las montañas. Los campanarios de todas las aldeas echan á los vientos los anuncios de las victorias de la tarde y de la mañana, y las ciudades populosas siembran de flores el tránsito de los que llegan en su rescate, al paso que todos los campos se blanquean con los huesos de los que han muerto en la demanda. Todos tiemblan y todos esperan. *Bolivar!* Esta palabra es el grito de salvación en el naufragio de la América, y las madres, en las noches de pavor, cuando truena á lo lejos el cañón de la batalla, apartan sus convulsos senos del labio de los hijos para enseñarlos á balbucir aquel nombre de redención : *Bolivar*, « El libertador[1] » !

¡ Cómo seguirle si está en todas partes? Si abandona las ciudades,

1. *Vicuña Mackenna.* — San Martin y Bolívar.

es para conquistarlas de nuevo, para entrar después en triunfo en medio de las muchedumbres que atónitas le aclaman. Si huye es para rehacerse, si torna es para triunfar. Cuando á fines de 1814 abandona á Caracas, después de haber agotado todos los recursos y perdido todas las esperanzas, quince mil fugitivos le acompañan. Son las familias con sus ancianos, madres y niños que huyen de las turbas salvajes de Boves, y se precipitan por los caminos escabrosos para salvarse del incendio. Sólo Bolívar marcha sereno en medio de estas escenas de desolación y de llanto; y sólo Bolívar se salva, porque tiene destinos que cumplir y días de gloria que presenciar. Su inspiración le acompaña y nada le arredra. Si pierde, nuevos ejércitos sacará del polvo, y cuando en dos ocasiones huya de las rivalidades de sus émulos, será para volver al frente de sus célebres expediciones de Oriente. Por tres veces en la historia de su carrera se escapará del puñal homicida, porque él debe contemplar como Moisés desde las alturas de Nebo la tierra prometida. No le tenía reservado la Providencia para morir como César, sino para extinguirse como Colón, víctima de las ingratitudes humanas.

La campaña de 1813 fué la ilusión que alentó los pueblos de Venezuela : la de 1814, la tumba en que ésta se sepulta. Cuando en 1815, después de tantos desastres, se presenta la formidable escuadra del *pacificador* Morillo, ya nadie aguardaba, y la revolución aparecía como quimera de una imaginación delirante. Morillo deja á Venezuela en paz y sigue á Nueva Granada : todo parece perdido, y durante un año el espíritu revolucionario no existe. — ¿ Dónde estaba Bolívar ? ¿ Reaparecerá sobre las playas del continente como el visionario de la fábula para robar el fuego al cielo, ó dormirá sobre los placeres de Capua en la tierra del extranjero ? Cuando suena el cañón republicano en las costas de Oriente anunciando el arribo del Libertador, ya éste había despertado á la Esparta del Nuevo Mundo (la isla de Margarita) que tremolaba el estandarte de la República; y en las llanuras del Apure las legiones de Páez traían á la memoria la época de los Titanes. Bolívar reaparece y levanta el espíritu abatido. ¿ Qué le importan los ejércitos de Morillo vencedores del coloso del siglo? ¿ No ha luchado contra los ejércitos salvajes de Bóves y de Morales, contra las tropas disciplinadas de Ceballos y de Cajigal? No le arredra ni el número,

ni el valor, ni la disciplina : lo que desea es la lucha que debe conducirle al triunfo final. Nueva gloria es sostenerse, no ya contra las turbas, sino contra los veteranos vencedores en Bailén y en Zaragoza.

Cuando regresa Morillo de Nueva Granada, Bolívar había ya puesto en conflagración á toda Venezuela. Con la campaña de 1816 comienza la época inmortal de los grandes reveses y de los grandes triunfos. Es la época de los centauros y de los combates olímpicos, de las admirables retiradas, de las grandes sorpresas, de las defensas heroicas : es la época en que Bolívar decreta el primero en el continente americano, la abolición de la esclavitud, y establece el segundo Congreso de Venezuela en la capital del Orinoco. De esta peana de la gloria sale el rayo de la guerra que debe cruzar las llanuras y las ciudades y vencer la tempestad : es la época de 1814, desesperada, terrible ; pero con enemigos más humanos y civilizados.

En aquel caos de las pasiones sólo brilla un centro de luz y de esperanzas : es Bolívar, que con su genio domina, atrae, triunfa. « Nada es comparable — ha escrito el General español Morillo, su hábil contendor — á la incansable actividad de aquel caudillo. Su arrojo y sus talentos son sus títulos para mantenerse á la cabeza de la revolución y de la guerra ; pero es cierto que tiene de su noble estirpe española y de su educación también española, rasgos y cualidades que le hacen muy superior á cuanto le rodea. Él es la Revolución. »

Pero en la inquietud de Bolívar un sólo lugar no le bastaba para realizar su legítima ambición de gloria : necesitaba multiplicarse, señorear el campo inmenso, en solicitud de nuevos horizontes. — Como el águila que domina el espacio y la tempestad, Bolívar abandona las llanuras y se remonta á las regiones andinas para saludar en medio de las nieves su estrella y buscar el fuego de los combates. Apenas instala á orillas del Orinoco el Congreso que le nombra primer Presidente de la República, tramonta los Andes con un puñado de hombres. ¿ Qué Italia busca ese visionario de Venezuela que no tiene las legiones de Aníbal ni los recursos de Bonaparte? Tal es la pregunta que se hacen sus tenientes asombrados de semejante audacia.

¡ Cuán escabrosa aquella ascensión á los Andes! ¡ Cuántas priva-

ciones cuando el cansancio, el frío, la prolongada subida desalienta los soldados que van á luchar contra los frescos escuadrones del gallardo Barreyro! Pero adelante...! A los veintidós días de marcha vence en Paya la vanguardia de Bolívar, y éste exclama: — « *Lo más está hecho, pues hemos vencido la Naturaleza.* » — No era esta frase inspiración del momento, sino la síntesis de prolongados años de pruebas y de decepciones. Refiere un historiador español que, durante el cataclismo de 26 de marzo de 1812, en los momentos en que venía al suelo una gran porción de la ciudad de Caracas, Bolívar, animado de ideas filantrópicas, se presenta en el templo de San Jacinto para socorrer las víctimas. Era aquel día aniversario de la revolución de 1810, Jueves Santo. En los momentos en que se presenta Bolívar, un sacerdote español pintaba aquel suceso á la muchedumbre atemorizada como un castigo del cielo, por tanta deslealtad al monarca de España. Bolívar indignado hace descender de la cátedra al orador fanático, y como inspirado dirige á uno de sus antagonistas políticos que á su lado estaba, la siguiente frase : — *Si la Naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca.* » — Estos conceptos, al parecer sacrílegos, principiaban á ser confirmados con el triunfo de Paya, 27 de junio de 1819.

Veinte días después triunfaba en Vargas : el 3 de agosto abandona Barreyro sus posiciones, y el 7 vence Bolívar en Boyacá. Barreyro cae prisionero con todo su ejército : y Bogotá, abandonada por el Virrey Sámano, abre en seguida sus puertas al vencedor. He aquí una campaña admirable!

No se detiene, ni el entusiasmo del triunfo lo embriaga. De nuevo desciende solo la cordillera y solo se presenta en la capital del Orinoco para declarar ante el Congreso la libertad de la Nueva Granada y la fundación de Colombia, tema de todos sus deseos. — Desde este momento la revolución se hace general, y España, que desde lejos observa, atisba el momento para hacer proposiciones de paz al vencedor. El 17 de junio de 1820 el jefe español decreta una suspensión de armas y propone al gobierno republicano y á los jefes del ejército su sometimiento á la metrópoli bajo el gobierno constitucional. Bolívar rechaza toda proposición que no esté basada en el reconocimiento de la República. Entonces el jefe español pro-

pone un armisticio, á lo que accede el Libertador: era un medio honroso que permitía al jefe Morillo ausentarse del teatro de la guerra, sin perder el lustre de sus servicios á la causa española. El 25 de enero de 1820 empiezan las negociaciones: á poco se abrazan emocionados aquellos dos hombres que tanto habían luchado en el campo del deber. Aquel armisticio era tan sólo un respiro, y antes de cumplirse el plazo estaba roto: ya Morillo había partido.

Escúchase de nuevo el cañón republicano y los contendores comienzan el acto final de la revolución venezolana. Cuatro meses más tarde, 24 de junio de 1821, el ejército español, al mando del general La Torre, sucumbe en el campo de Carabobo. Carabobo fué la última batalla campal que debía sellar la Independencia de Venezuela.

Dejemos los restos del ejército español del centro refugiarse en los muros de Puerto Cabello, y á los tenientes de Bolívar maniobrar en las regiones de Occidente, y sigamos al genio de América en su nuevo paseo triunfal por las alturas de los Andes. ¡ Con cuánta rapidez se suceden entonces los acontecimientos! Bolívar llega á Caracas á los pocos días de haberla evacuado el ejército español; apenas se detiene en ella y sale para abrir su heroica campaña del Ecuador y el Perú. Todo Sud América es un campo de batalla. El 11 de octubre se rinde al general Montilla la fortaleza de Cartagena; el 21 de febrero de 1822 las avanzadas del Libertador ocupan la ciudad de Cuenca en el centro de los Andes ecuatoriales; el 7 de marzo vence Bolívar en Bomboná; el 22 de abril, el general Sucre en Riobamba; y el 24 de mayo Aymerich y su ejército se rinden al pie del Pichincha. — Una nueva capital se incorpora á los triunfos de Bolívar, la Quito de los antiguos Incas, que lo recibe en triunfo. El 24 de julio de 1823 es vencida en el lago de Maracaibo la escuadra española á las órdenes de Laborde, cuando todas las ciudades del Occidente de Venezuela estaban en poder del ejército republicano. El 7 de setiembre de 1823 hace Bolívar su entrada triunfal en la capital del Perú. Dos meses después, el 7 de noviembre, toma Páez por asalto el Castillo de Puerto Cabello. No hay ya combatientes españoles en Venezuela. El 6 de agosto de 1824 vence el Libertador en Junín, y el 9 de diciembre todo el ejército español y con él el Virrey Laserna son hechos prisioneros

en la memorable batalla de Ayacucho alcanzada por el general Sucre. Apenas queda un punto en toda la extensión del continente donde flamea el estandarte de Castilla; la fortaleza del Callao, que resiste con orgullo el sitio del ejército colombiano. Diez y siete y medio meses de combates constantes no la hacen ceder; mas un día llega, 22 de enero de 1826, en que el estandarte de Colombia ondea sobre las viejas torres anunciando la emancipación completa de la América.

Han sucumbido todos los ejércitos enemigos; se han abierto al vencedor todas las capitales, se han rendido todas las fortalezas, y los restos de los viejos veteranos de Bailén y Zaragoza han partido, y con ellos los oficiales distinguidos y valerosos que debían figurar más tarde en las civiles guerras de España. Honor al vencedor y honor al vencido, que en esta lucha sangrienta los laureles y cipreses se confunden en honra y gloria de un mismo pueblo.

He aquí la obra imperecedera de Bolívar, el Genio de América, hijo predilecto de Caracas, el descendiente de aquellos vascos ilustres del señorío de Vizcaya, que durante tres siglos dieron á Venezuela conquistadores y pacificadores, pobladores y hombres notables que contribuyeron al desarrollo de la Colonia. Al coronar la obra de sus antepasados de una manera inmortal, al realizar la independencia de América, inmortalizaba su familia y su patria é incorporaba á lo presente todo el brillo de lo pasado; había fundido dos épocas para su propia gloria.

Veámosle subir aun, no ya con la espada redentora, sino con el ramo de oliva, para saludar desde las altas cimas de los Andes, en nombre de su gloria el resto de América ya emancipada. Sobre las cumbres de Bolivia tomará el estandarte de Pizarro, y uniéndolo con el de Colombia simbolizará de esta manera la epopeya americana en sus dos grandes actos; la Conquista — la Libertad; timbres gloriosos de un mismo pueblo y de una misma raza.

¿ Qué ha hecho? « Ha destrozado virreinatos, ha borrado todas las líneas de las demarcaciones geográficas; ¡ ha rehecho el mundo! Quita su nombre á la América y da á la parte que ha hecho suya el nombre de Colón, y más adelante decreta el suyo propio á su última conquista. Su caballo ha bebido las aguas del Orinoco, del Amazonas y del Plata, las tres grandes fronteras que dió la

Creación al Nuevo Mundo. Pero él las ha suprimido en nombre de la gloria, esta segunda creación de la Omnipotencia[1]. »

He aquí el más grande de los descendientes vascos en ambos mundos.

Entre las familias de origen vascongado que hay en Venezuela, la más antigua parece ser la de Bolívar (1588). En la lista de patronímicos vascos con sus significados que á continuación insertamos se encuentran algunos que datan de los siglos XVI y XVII y muchos del siglo XVIII, en los días de la Compañía Guipuzcoana, 1730 á 1780 ; otros pocos pertenecen á la primera mitad del siglo actual. Al publicar esta lista, debemos dar nuestras más cordiales gracias al señor Don J. M. Echeverría, vicecónsul de la Nación española en Puerto Cabello, quien ha tenido la cortesía de corregir y ensanchar la lista que sometimos á su examen. Conocedor profundo de su idioma nativo, el *éuskaro*, ninguno como él para proporcionarnos la satisfacción de embellecer estas páginas con la traducción de un gran número de patronímicos vascos pertenecientes á familias venezolanas.

Ojalá nos hubiera sido posible publicar la nota exacta de todos los apellidos de origen vasco que se encuentran en Venezuela, pero un trabajo semejante necesita de tiempo, pues no hay lugar de la República donde no se tropiece con alguno de aquéllos.

Los patronímicos que llevan un indican nombres de lugares en alguna de las tres provincias vascongadas; y sólo el de Bolívar se encuentra al mismo tiempo en Vizcaya, Guipúzcoa y Alaba.

Llama la atención en la lista que publicamos el origen vasco de muchos de los compañeros de Bolívar en la guerra magna, como Arismendi, Urdaneta, Anzoátegui, Ibarra, Uztáriz, Lecumberri, Arguíndegui, Aramendi, Iribarren, etc., etc.

Patronímicos	*Significados en español*
Aguerrevere ó Auerrevere...........	Quemar eso arriba también.
* Aguirre ó Auerre..................	Quemar eso.
Albizu ó Albezu.....................	Si le es posible.
Altuna..............................	Lo posible.
Alustiza............................	Parece que es así.
Alzuru (corrupción de Aitzburu).....	Cabeza de peña.
Amiama ó Armiama..................	Araña

1. Vicuña Mackenna, *San Martín y Bolívar*.

Amundarai (contracción de Amaondara)	Al lado de la madre.
Anzoategui ó Aunzategui	Lugar de las cabras.
* Anzola (corrupción de Anzuela)	Que tenían allá.
Arambarri	Ciruelo nuevo.
Aramburu	Cabeza de ciruelo.
Aramendi	Ha allí el monte.
Aranguren	Antojadizo de ciruelas.
Aranzadi	Lugar de abrojos.
Aranzamendi	Monte de espina (espinar).
Aranzazu	Tú en las zarzas[1]!
Arbide	Camino de piedra.
Arguindegui ó Argiendegui	Hágase la luz.
Arismendi	Monte de robles.
Aristeguieta	Lugar de robles.
Ariza	Roble.
* Arostegui	Carpintería.
Arrameide ó Arraibide	Camino del pescado.
Arrechedera	He ahí casa hermosa.
* Arregui	Paraje de gusanos.
* Arrieche	Casa de piedras.
Arrieta	A las piedras.
Arriaga	Pedregal.
Arrilaga (de Arriaga)	
Arrobarrena	Fanfarrón para dentro.
Arteaga	Rama de encina.
Ascune	Tiene mucho.
Aurrecoechea	Casa delantera (casa de enfrente)
* Azparren	Mediante la hermana.
Baraciarte	Entre la huerta.
Barrenechea	Casa de adentro.
* Berrío	De nuevo.
Berrizbeitia	Otra vez abajo.
Berroterán (Berraterán)	Si será el mismo?
Betesagasti	Siempre manzanal.
BOLÍVAR	PRADERA DEL MOLINO.
Cegarra	Qué llama!
Cosgaya	Qué proyecto!
Chapellín	Fabricar sombreros.
Echeandía	Casa grande.
Echeazu	A tu casa.
Echegarai	Galán de la casa.
Echegarreta	Casa á las llamas.
Echenagucia	Amo de casa.
Echenique	No tengo casa.
* Echezuría	Casa blanca.

1. Cuentan en la provincia de Guipúzcoa que *¡ Aranzanzu!* (¡ Tú en las zarzas !) fué la exclamación que profirió un pastor á quien se le apareció la Virgen en las zarzas de un cerro que lleva el nombre de Aranzazu con supresión de la *n*.

* Echeverría	Casa nueva.
Egui	Verdad.
Eguzquiza	Debajo del sol.
Elitzechea	Casa de la iglesia.
Elizalde ó Eleizalde	Hacia ó cerca de la iglesia.
Elizondo	Junto á la iglesia.
Erazo	Bebed.
Errotetverea	Propietario del molino.
Escurra	Bellota.
Escuté	Escondido.
Espelosín	Hecho de astillas.
Esquiaga	No es humo de palo.
Galarraga	Palo ó vara.
Garaicoechea	Casa de la victoria.
Garmendia (Garramendian)	Llama en el monte.
Gasteloarena	Del castillo.
Gavarain (Gavaorain)	Es de noche ahora.
Goenaga	Estoy arriba.
Gogorza	Rigor.
* Goicoechea	Casa de arriba.
Goiticoa	El de arriba.
Gori (Gorri)	Colorado.
Gorrochategui	Lugar para casa de sordos.
Gorrondona	Lo mejor es ser sordo.
Guruciaga	Cruz de palo.
Herrequena	Del riachuelo.
* Ibarra	Valle.
Ibarrolaburu (contracción de Ibarra -*cc*-ola-*ren*-buru)	Jefe de la ferrería del valle.
Illarramendi	Monte de las arvejas.
Insausti	Nogal.
Insuzarri	Hágase con frecuencia.
Iradi	Tu pariente.
Iraegui	Verdadera ciudad.
* Iriarte	Hasta la ciudad.
Iribarren ó Uribarren	Urbano.
* Irigoyen ó Urigoyen	Ciudad de arriba.
Isava	Tía.
Isturis ó Ish	
Iturbe (por Iturrigabe)	Sin fuente.
Iturbide	Camino de la fuente.
* Iturralde	Hacia la fuente.
Iztueta	Y tiene palabra.
Jáuregui ó Jáunegui	Demasiado señor.
* Landa	Heredad.
Landaeta	A las heredades.
* Larrain	De las zarzas.
Larralde	Hacia la zarza.
Larraiscain	Oferta de zarza.
Larrazábal	Zarza ancha.

* Lecumberri ó Lecuberri	Lugar nuevo.
Lecuna	Buen lugar.
Legórburu	Cabeza seca.
Leiziaga	Casa de Leiza.
Lizarraga	Rama de fresno.
Loinaz	Soñoliento.
* Madariaga	
Martiarena	De Martín.
Mendía	Monte.
Mendiri	Al monte.
* Michelena	De Miguel.
Miquelarena	De Micaela.
* Mujica (Muxica)	Durazno.
Olaechea	Casa de madera.
Olaisola	Así es la palabra.
* Olavarría	Tabla nueva ó ferrería nueva.
Ortiz (Ortie)	De ahí.
* Otamendi	Monte de argoma.
* Oyarzabal ú Oyazábal	Cama ancha.
Sagarzazu	Toma la manzana.
Salaberría	Sala nueva.
Sarría (contracción de Suarria)	Pedernal.
Sistiaga	
Sorazábal	Heredad ancha.
Sorondo	Junto á la heredad.
* Ucelay (Urcelay)	Pradera con agua.
Ugarte	Isla.
Unda (Nunda!)	Dónde está?
Urbina	De dos aguas.
Urdaneta	En todas las aguas.
* Uriarte	Hasta la ciudad.
* Uribe (por Urigabe)	Sin agua.
Urosa	Agua fría.
Urrecheaga	Casa de avellanos.
Urristazu	Agua de mar.
* Urroz (Uroz)	Agua fría.
Urrutia	Lejano.
* Uzcategui	Lugar en que se niega.
* Uztáritz	Abundancia de yugos.
Veitía	Abajo.
Veracoechea	Casa de abajo.
Vizcarrondo	Junto al hombro.
Zabala	Ancho.
Zabaleta	Y es ancho.
* Zaldúa	Vendido.
Zárraga	Palo viejo.
Zubiburu	Cabeza de puente.
Zubillaga	Puente de ramas.
* Zuloaga	Hueco de la rama.
Zuloeta	A los agujeros.
* Zumeta	Al lugar de mimbres.

¿ Adónde seguirá este Bolívar Conquistador, Libertador, este mortal afortunado que corona é ilustra con grandes hechos la historia de tres siglos ? Veámosle ahora descender, que no hay sol sin ocaso, ni gloria sin infortunio. El torbellino de las pasiones va á envolverlo, y aquella alma templada por las desgracias, va á encontrase á merced de todos los vientos. Dejémosle descender en solicitud de la roca solitaria, donde el mar tiene para los grandes infortunios ecos y notas de consuelo. No irá como Alejandro en solicitud de Babilonia, para decretarse en medio de la crápula ser hijo de Júpiter, ni confiado como César irá al Senado romano, donde le aguarda el puñal de Bruto, ni como Napoleón pisará el bajel enemigo que debe conducirle á la roca de Prometeo. No; él irá como el peregrino á quien sorprende el huracán, y que perseguido por la honda vertiginosa, no encuentra sitio seguro ni reposo á sus fatigas, y empujado por la gavilla de los vientos alcanza la playa para exhalar en ésta su último suspiro.

¿ Qué quedaba en el continente americano, después de haber salido el último soldado español ? — Quedaba una civilización incompleta, defectuosa, es verdad ; pero con la savia que debía nutrirla y desarrollarla en el porvenir ; quedaban las ciudades y pueblos fundados por España durante tres siglos ; quedaba la riqueza y el campo libre para las especulaciones del comercio ; quedaba la hidalguía castellana y el amor á lo grande en el corazón americano, y el valor heroico y la constancia, patrimonio de nuestros mayores, probados en los desastres y victorias del campo de batalla ; quedaban las hordas indígenas, civilizadas por aquellos misioneros que triunfaron con su mansedumbre y constancia é hicieron lo que no habían podido realizar las armas castellanas ; quedaban los trabajos científicos de los exploradores españoles que debían servir de sólida base á las lucubraciones de Humboldt ; y de la ciencia moderna ; quedaba la bondad de los pueblos, que no es virtud adquirida en un momento, sino rica herencia de lo pasado, quedaban los hombres ilustres, educados al calor de la Colonia, y el hogar y la familia quedaban con todas sus virtudes, como timbres gloriosos de la conquista castellana.

No eran pueblos esclavos que se emancipaban ni una escisión violenta de la familia, sino la emancipación natural de una porción de ésta, que con ideas más avanzadas quería constituírse y entrar en el número de las naciones, en obedecimiento á la ley del progreso. De un pueblo de esclavos no salen los hombres de la Revolución de 1810 á 1830, ni los ingenios que figuraron al frente de nuestros comicios y asambleas, ni los adalides que lucharon y vencieron en los campos de batalla. Ni el odio ni la venganza debían interponerse entre España y América, sino el Océano, límite natural entre dos pueblos que conservan para uno y otro mundo iguales tradiciones, lenguaje, costumbres y comunes glorias. Lo que España había realizado en el siglo xv, lo complementaban sus descendientes en el siglo xix ; elocuente colorario de aquella época inmortal. La familia era la misma, pero en regiones distintas. Para el equilibrio del mundo era necesario que España perdiera sus colonias, sin dejar por esto de ser grande, que no necesitaba ella de América para conservar ante la historia su antiguo poderío y sus anales de siglos. Había hecho por América cuanto había podido hacer en una época general de oscurantismo, llena de trabas y de ideas supersticiosas, en que el espíritu vivió encadenado porque aun no había aparecido el elemento regenerador que debía cambiar por completo la faz de la civilización universal.

Grande gloria para España la conquista de América ; mucho más grande todavía la emancipación de América. No es el extanjero quien le arranca sus dominios, sino sus descendientes, que noble y heroicamente los conquistan. Por esto, Bolívar, el genio de América, es también gloria de España. Al calor de la Colonia se desarrolló su espíritu, y al calor de la Colonia trabajaron sus progenitores. Su aparición en los campos de la idea, no es un incidente del momento, sino una de esas síntesis brillantes de la historia en sus evoluciones necesarias y armónicas.

Bolívar es también gloria de España. Mengua hubiera sido entregarse al extranjero, á nuevos invasores que hubieran ahogado el trabajo de tres siglos, haciendo desaparecer raza, costumbres, lenguaje y tradiciones. Pertenecía á América continuar la obra y conservar la historia de la familia. Cuando en América, espíritus todavía apasionados recuerdan la historia de la Colonia, para pin-

tarla como una época de abyección y de oprobio, olvidan que en el progreso humano no es sólo el deseo la fuerza que empuja, sino el curso de las revoluciones que abre siempre al espíritu humano nuevos cauces de conquista; y cuando en España, espíritus intransigentes tachan nuestra emancipación política como un acto de rebeldía, olvidan que los pueblos no son inertes como la roca, y que ellos tienen destinos que realizar y ambiciones y necesidades que satisfacer.

Bolívar es también gloria de España. Cuando en nuestras fiestas cívicas hemos visto la España oficial; cuando en el aniversario de Bolívar en 1872 hemos contemplado unidas las banderas de Castilla y Venezuela, y á los hijos de España hermanados con los hijos de los libertadores de América, hemos comprendido en tal grupo la unión de dos épocas; dos naciones de iguales aspiraciones que se estrechan animadas de un mismo pensamiento; la familia, el progreso. Si grande es la gloria que refleja España sobre América en los días de la conquista, á su turno América refleja también sus glorias sobre la antigua madre; y con el orgullo de raza y con la justicia de la historia, ella y nosotros podremos siempre decir: — Bolívar, el genio del Nuevo Mundo, es también gloria de España.

Al impulso de dos impresiones hemos escritos estas páginas; un tributo de reconocimiento y de admiración al Grande Hombre cuyos hechos vivirán eternamente en la historia de América; un homenaje á las pasadas glorias de España, que sembró en remotas épocas los gérmenes de una civilización fecunda y ve hoy prosperar sus colonias como naciones independientes que ni reniegan de su origen ni han perdido las nobles virtudes de sus progenitores.

Al unir nuestros comunes esfuerzos en el desarrollo del progreso humano; al conservar puro este idioma con el cual se comunica con España el espíritu de sus hijos; al sostener la idea democrática como elemento de vida para ambos pueblos, no hacemos sino estrechar nuestros vínculos naturales. América en España y España en América; he aquí nuestro encargo histórico y literario para poder conservar en ambos mundos la unidad de familia, glorias comunes, el espíritu de dos grandes pueblos, unidos para siempre en las nobles conquistas de la civilización moderna.

CUARTA PARTE

MIRANDA

EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA[1]

PREFACIO

En el Arco de Triunfo de la Estrella, arco que conmemora en los Campos Elíseos de la moderna Lutecia las glorias militares de la Francia republicana é imperial, y entre los nombres preclaros que decoran la bóveda del suntuoso monumento, figura el de un venezolano, hijo de Caracas : MIRANDA.

¿Quién es este Miranda, único americano de origen español, que acompaña á los adalides de la magna revolución de 1789 y á los conmilitones de Napoleón el Grande, y que figura igualmente en la galería de retratos del Museo de Versalles? ¿Quién es este varón insigne, celebrado por los clarines de la Fama, y que hace ya más de un siglo ocupa puesto de honor en las páginas de la historia?

Uno de los espíritus rectos é ilustrados del foro francés, en los días de la magna revolución — aquel Chauveau-Lagarde, defensor de María Antonieta y de Carlota Corday — al comenzar la defensa de Miranda, calumniado por los enemigos de la libertad, se expresa así, delante de los jueces que lo escuchan : « Extraordinario destino, señores, el del hombre que en todo Europa es conocido por su filosofía, principios y carácter, como uno de los más celosos partidarios de la libertad; que en las dos naciones más libres, antes de la revolución francesa, Inglaterra y América, se ha granjeado la amistad de los hombres más conspicuos por sus virtudes, talento y trabajos en favor de la libertad; que á causa de ésta ha sido perseguido por el despotismo del uno al otro polo; que durante su vida

1. Invitado el gobierno Venezolano por el de la República francesa á celebrar el Centenario de la gran revolución de 1789, dispuso la publicación de este libro en castellano y una edición separada en francés. Insertamos solamente el PREFACIO, por que él da una idea completa de la obra, y agregamos tres escritos distintos del mismo autor relativos al desgraciado general Miranda. (N. DE LOS EDITORES.)

no ha discurrido, respirado y combatido sino por ella, habiéndole ofrendado fortuna, aspiraciones y hasta amor propio. »

Y un historiador moderno, el célebre Michelet, al hablar acerca de la traición de Dumouriez, nos dice :

« Este no fué el caudillo de los jacobinos, ni el de los girondinos, porque si aquéllos sostenían el gobierno revolucionario, éstos eran los propagandistas de la Revolución. Necesitábase un general entusiasta como ellos y como ellos fanático; que contase menos con los medios materiales, y creyese en cambio con fe en la victoria de Francia; necesitábase, pues, un noble paladín de la Revolución, y lo habían encontrado. Era éste el amigo de Petión y de Brissot; el teniente de Dumouriez; el antiguo voluntario de Wáshington; el caraqueño general Miranda.

« Permítasenos decir algunas palabras en gloria del infortunado Miranda, y en gloria también del carácter español, dignamente representado por aquél, en su vida y en su muerte.

« Miranda, hombre heroico y austero, rico y noble de nacimiento, sacrificó desde su juventud reposo y fortuna al triunfo de una idea ; la libertad de la América española. No hay ejemplo de vida alguna consagrada tan absolutamente al servicio de una idea, sin conceder jamás un solo instante al interés ó al egoísmo; no hay ejemplo de tal desprendimiento en la historia de la humanidad. Niño aún, y á pesar del temor que infundía la Inquisición á los que estudiaban, atrájose costosamente los mejores maestros de España y se rodeó de los hombres más notables y de los mejores libros. Érale necesario un ejército, y lo pidió á Inglaterra y á Rusia, que le habían acogido con distinción; pero llegó el año de 1789 y se puso al servicio de Francia. Ya veremos la suerte que le esperaba en ella.

« Dumouriez mismo á pesar de haberlo calumniado indignamente, se ve obligado á confesar el raro y singular mérito del general americano. Nadie tenía más instrucción ni más talento que él; y por lo que al valor se refiere, si carecía de la brillante iniciativa de los militares franceses, poseía en el más alto grado la firmeza castellana, noble cualidad que se asociaba en él á la profundidad y al ardor de su fe revolucionaria.

« Cuando el pánico se apoderó del ejército, y las famosas Termópilas de Argona, de las cuales decía Dumouriez ser el Leó-

nidas, fueron sorprendidas y forzadas; cuando las tropas casi en desorden efectuaban rápida y confusamente la retirada hacia Santa Menehulda; Miranda, situado á retaguardia, demostró una impavidez extraordinaria y dió frente al enemigo. Pero su frialdad heroica y un tanto altiva armonizaba poco con el carácter francés. Con aquella su trigueña faz española, tenía el garbo altanero y sombrío, el trágico aspecto de un hombre predestinado más bien al martirio que á la gloria ; había nacido desgraciado.

« Ya á fines de 1792, Brissot y Petión querían reemplazar á Dumouriez con Miranda; poner al honrado y firme castellano en lugar del gascón; pero para esto había dificultades infinitas, Miranda era extranjero y casi desconocido en Francia[1]. »

Entre estas dos épocas, la de Chauveau-Lagarde y la de Michelet — aquélla en que brillan los destellos de la justicia que absuelve al inocente, y ésta en que el historiador de conciencia recta, socorrido de la sagacidad del filósofo y de la severidad del crítico, devuelve á la historia sus fueros y al patricio sus timbres — ¡cuántas opiniones doctas, cuántos panegíricos, cuántas apreciaciones y estudios no han visto la luz pública antes y después de la revolución francesa, acerca del ilustre girondino! desde Chauveau-Lagarde, Petión, Brissot, Louvet, Champagneux, Beurnonville, Servan, Grimoard, hasta el mismo Dumouriez. Desde Pitt, Sheridan, Fox, King, Hámilton, hasta Boisjolin, Sainte-Beuve, Michelet y Luis Blanc, aparece Miranda en la historia de ambos mundos como tipo de gran carácter, defensor de la libertad, paladín de las nobles causas.

Y sea que lo juzguemos, ya como el militar más ilustrado de su época; ya como espíritu sagaz, político, hombre de ciencias y de letras; ya como voluntario en el ejército de Wáshington; ya como general en las conquistas de la revolución francesa; ya en su labor prolongada respecto de la emancipación política de las colonias hispanoamericanas, de la cual fué precursor, actor y mártir; él descollará siempre en probidad á la altura de sus méritos, con una firmeza en armonía con sus nobles propósitos y con una ilustración que le hace superior á sus conmilitones en los días de la revolución francesa. Y, feliz ó desgraciado, triunfador ó vencido,

1. Michelet, *Historia de la Revolución Francesa.*

Miranda aparecerá siempre grande como uno de los más fervientes apóstoles de la libertad de ambos mundos.

El panegírico de Michelet, después de las injustas apreciaciones de algunos de los historiadores franceses que le precedieron, asoma cual apacible rayo de luz después de noche prolongada ; que nunca es tardía la justicia cuando el fallo está basado en el estudio concienzudo de los hechos; cuando la crítica filosófica, despojada de la pasión, se impone; cuando las diversas nacionalidades de los actores de una epopeya sangrienta desaparecen para fundirse todas ellas en una misma causa y en un mismo pueblo, sostenidos por idénticas aspiraciones ; finalmente, cuando en medio de las vicisitudes humanas la inocencia lucha y se defiende contra su constante enemigo; la calumnia, hay cierta fuerza misteriosa que, tarde ó temprano, absuelve al inocente y condena al culpable ; esta fuerza es la justicia, emanación de Dios; la lógica inexorable de la conciencia humana. Por esto en el campo de la historia, como en los del arte y de la ciencia, alcanza el espíritu día por día nuevos triunfos. El objetivo ideal cambia á proporción que el historiador estudia, que el filósofo analiza, que el crítico resuelve, que la conciencia falla.

¡Loor á tu memoria, noble paladín, Nestor y fundador de la emancipación hispanoamericana; y gloria á tus severas virtudes, mártir de la libertad! Ya la América de Wáshington te saludó en los días en que un gran pueblo festejó la fecha de la primera centuria de su libertad, en 1876; ya Venezuela te aclamó con júbilo en los días en que se cumplió el primer centenario de Bolívar el Libertador, en 1883. Surge hoy de la tumba, ilustre girondino, y asiste á estas fiestas de la Francia republicana, únicas en la historia del mundo, porque festejan el *fiat lux* de la civilización universal. El pueblo que ahora un siglo te llevó en triunfo sobre sus hombros porque venciste con tus virtudes el crimen y fuiste absuelto por la justicia de los hombres, contempla hoy la grande obra, síntesis de la revolución de 1789 ; son los trofeos de las ciencias, de las artes, de la industria, cortejo de las conquistas del pensamiento, en todas sus manifestaciones ; es la sociedad humana que se levanta por sus propios esfuerzos, consciente, libre y á la altura de sus destinos.

Al frente del actual gobierno de Francia figura como Presidente

de la República Carnot, espíritu recto é ilustrado; nieto de aquel Carnot, varón insigne de la revolución, sabio, tipo completo del militar y del patricio, que dejó nombre glorioso en los anales del pueblo francés. Al frente del actual gobierno de Venezuela figura como Presidente de la República Rojas Paúl, también espíritu recto é ilustrado, emparentado con Miranda, nieto de aquel notable abogado Felipe Fermín Paúl, primer presidente del Constituyente de Venezuela de 1811, patricio y actor de la causa republicana y cuyo nombre resuena en los anales del patrio suelo.

La casualidad acerca hoy dos naciones y dos gobiernos para conmemorar una misma idea; el triunfo de la magna revolución de 1789 que creó los derechos del hombre, y con ellos la redención de la humanidad, como con tanta elocuencia acaba de decirlo Castelar. Y nosotros al celebrar la gloria de la libertad en Francia, celebramos igualmente glorias de familia. Miranda, hijo de Venezuela por la nacionalidad, por el amor, por el deber, es igualmente hijo por el amor, por el desinterés, por la gratitud, de aquella Francia que le admiró en pasadas épocas y que se enorgullece hoy al ver esculpido el nombre del ilustre girondino en el monumento grandioso que consagra las glorias de un gran pueblo.

Desde el momento en que el gobierno de Venezuela aceptó con entusiasmo la invitación que le hiciera el gobierno francés, para que contribuyese con las riquezas del suelo venezolano á la Exposición Universal de París, á fin de solemnizar la fecha clásica de 1789, el Presidente de la República creyó que la patria de Miranda no podía limitarse al envío de los productos naturales de su fértil zona, sino que debía igualmente preconizar glorias comunes ; la memoria del Nestor de nuestra emancipación política, la del célebre general de la Gironda que dió páginas brillantes á la historia de la Revolución y á las glorias de la Francia republicana.

De Francia condujo Miranda á su patria el gorro frigio, símbolo de la libertad, el cual clavó en la cima florida del Avila; y la bandera de Colombia, salvada del naufragio de 1806, flameó con orgullo el 5 de julio de 1811, fecha inmortal en los anales de la patria venezolana, para alcanzar años más tarde, después de la muerte del Precursor, las cuestas inaccesibles del dorso del planeta, las cimas coronadas de nieve y de fuego de los volcanes andinos.

Miranda había comenzado la noble labor desde su juventud á orillas del Potomac y la había ensanchado en los campos gloriosos de la revolución de 1789. Templado su espíritu en las prisiones, soñó con el bello ideal de la patria libre, y en cierto día pudo alcanzar la meta deseada para dejar en ella la corona de laureles convertidos á poco en cipreses, cuando el hado fatal lo empujó á las mazmorras de la Carraca, donde, resignado y digno, entregó su alma al Creador en 1816.

Nació desgraciado, escribe Michelet, pero había representado dignamente el noble carácter castellano en la vida y en la muerte.

Inspirado por cuanto acabamos de asentar, el Presidente de la República, en el propósito de legar á las futuras generaciones un acto de justicia hacia Miranda, acto de justicia que fuera al propio tiempo digno homenaje á la gran nación francesa, dictó el siguiente decreto :

DOCTOR JUAN PABLO ROJAS PAÚL

Presidente de los Estados Unidos de Venezuela

Por cuanto la República de Venezuela ha de concurrir á la Exposición Universal que se efectuará en la ciudad de París en el presente año, con el objeto de celebrar el primer Centenario de la memorable Revolución francesa de 1789, que es uno de los más trascendentales acontecimientos en los destinos del género humano ; y

Considerando :

1.° Que el general Francisco de Miranda, nacido en esta capital, fué el único hispanoamericano que intervino y se hizo notable en la magna obra de aquella Revolución, por lo que, luego de consumada ésta, fué inscrito su nombre en la brillante lista militar de la primera República francesa, con el elevado carácter de general de división de sus Ejércitos ;

2.° Que debido á su inteligencia, valor, servicios y virtudes cívicas, que tanto le distinguieron desde la lucha de la Independencia Norteamericana, hubo de sobreponerse á las borrascas políticas de

su época, y ocupar puesto de honor en los anales de la poderosa é ilustrada Nación francesa, quien inscribió su nombre en el « Arco de Triunfo de la Estrella », y conserva su efigie con las de otras celebridades, en una de las galerías del Palacio de Versalles; y

3.° Que un pabellón del local de la Exposición está dedicado á exponer las prendas y demás reliquias que pertenecieron á las notabilidades de la Revolución francesa del 89, en el número de los cuales figura Miranda;

Con el voto afirmativo del Consejo Federal,

DECRETA:

Art. 1.° La faja militar que llevó el general Miranda en las campañas de Bélgica y Holanda, faja legada á su familia y que es hoy una de las prendas históricas que de este preclaro varón se conservan en el Museo Nacional, será remitida por el Ministerio de Relaciones Exteriores á la Legación de Venezuela residente en París. Por órgano de ésta, y con anuencia del Excelentísimo señor Presidente de la República francesa, se ofrecerá, en clase de devolución, para que figure en la sala de la Exposición que está destinada á objetos históricos.

Art. 2.° Con motivo de las festividades del Centenario, y de haber de figurar en una de ellas el nombre de Miranda, el Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, enviará al de la República francesa, acompañados de carta autógrafa, y por medio de la expresada Legación, el diploma é insignias que corresponden á la primera clase de la « Orden del Busto del Libertador ».

Art. 3.° El Gobierno de Venezuela hará acuñar una medalla de oro, conmemorativa de esta fecha, que tendrá ciento cinco milímetros en su mayor diámetro, por ochenta y cuatro en su menor, la cual llevará en el anverso, en relieve, el busto de Miranda, con su nombre al pie, y en el reverso el escudo nacional, también en relieve, rodeado de la siguiente inscripción:

« Los Estados Unidos de Venezuela á la República Francesa, en el primer Centenario de su magna Revolución. — 1789-1889. »

Parágrafo. — Esta medalla será enviada á la Legación residente

en París, para que la presente en nombre del Gobierno de Venezuela, al de la República Francesa.

Art. 4.° El Gobierno hará publicar un libro contentivo del retrato, correspondencia, notas oficiales, proclamas, etc., etc., del general Miranda en la época de la Revolución Francesa, y de algunas opiniones favorables á él, dadas por celebridades contemporáneas; libro cuyo título será : MIRANDA EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA.

Art. 5.° Los gastos que ocasione lo dispuesto en el presente Decreto, se harán por el Tesoro Público.

Art. 6.° El Ministro de Relaciones Interiores queda encargado de la ejecución de este Decreto.

Dado en el Palacio Federal en Caracas, á los vientisiete días del mes de abril, del año de mil ochocientos ochenta y nueve. — 26.° de la Ley y 31.° de la Federación.

J. P. ROJAS PAÚL.

Refrendado :
El Ministro de Relaciones Interiores,
FERNANDO ARVELO.

MIRANDA EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA, tal es el título del volumen ofrendado por el Gobierno de Venezuela al de Francia. Llena las páginas de esta obra la colección más completa de los documentos oficiales y privados referentes á los servicios de Miranda en Francia desde 1792 hasta 1798, que hasta hoy ha visto la luz pública. Y de grande interés será para los futuros historiadores de la revolución francesa, la adquisición de una obra rarísima que no conocieron Jomini, Thiers y Lamartine, y que estudiaron Sainte Preuve, Boisjolin, Michelet y Luis Blanc, lo que puede conjeturarse por las justas apreciaciones que acerca de Miranda han aseverado estos historiadores modernos.

Mas, antes de continuar, séanos permitido hacer el historial de este volumen, pues de lo contrario aparecería como publicación innecesaria.

Después del fracaso de las dos expediciones que contra el gobierno español de Venezuela en 1806, puso por obra el general Miranda, éste hubo de permanecer en Londres y aguardar el curso de los acontecimientos. A poco llegaron los días de 1808, época en

que comienza el fermento revolucionario en las diversas colonias hispanoamericanas. Caracas da el grito revolucionario el 19 de abril de 1810, y luego á toda la América española, como por encanto, se lanza en el camino de las conquistas políticas ; meses más tarde, Miranda, acompañado del joven Bolívar, arriba al suelo patrio después de cuarenta años de ausencia. Enorgullecido y lleno de noble satisfacción, contempla á su patria, y, con el amor que siempre le profesó, se juzga feliz al servirla. Pero Miranda aparecía como extranjero en Caracas después de tan prolongada ausencia. Casi habían desaparecido sus compañeros de infancia, y por todas partes no tropezaba sino con individuos que desconocían por completo el importante papel que aquél había representado en el mundo político. Ignoraban la brillante educación que había recibido el tan célebre compatriota; los servicios que había prestado á la causa de la libertad, tanto en la América del Norte como en Europa ; las valiosas relaciones que tenía con los varones insignes de aquella época ; y finalmente, cuanto acerca de su carácter, talento, servicios á la libertad, sólida instrucción y demás condiciones sociales y morales, había publicado la prensa de ambos mundos.

Mas ya de antemano, Miranda, que presentía todo esto, creyó que debía presentarse ante sus compatriotas con una hoja de servicios que lo diera á conocer de la nueva generación ; y para alcanzar tan noble propósito dió á la estampa en Londres un libro que puso bajo la dirección de uno de sus amigos, el Sr. J. M. Antepara, hijo de Guayaquil ; libro rico en documentos escritos en español, francés é inglés, los cuales datan de 1776 á 1808. — En este valioso volumen figuran cartas y recomendaciones de soberanos y de hombres célebres ; correspondencia oficial de Miranda en Europa y América ; apreciaciones de historiadores, ministros y hombres de Estado ; extractos de periódicos ; documentos de carácter privado ; nutrido acopio de documentos, aunque sin orden cronológico, que comprende la vida de Miranda, desde el estreno de éste en el ejército español que prestó su contingente á la emancipación de la América del Norte, hasta los sucesos de 1808, que dieron aliento y contribuyeron en mucho al desarrollo y desenvolvimiento de la revolución americana de 1810. El libro valiosísimo á que nos referimos es conocido con el siguiente título :

South american emancipation : *documents, historical and explanatory, shewing the designs which have been in progress and the exertions made by general Miranda for the attainment of that object during the last twenty-five years, by J. M. Antepara. London*, 1810.

Dando de mano á los documentos que en esta obra se refieren á la vida pública de Miranda, antes y después de la revolución de 1789, hemos tomado los que se conexionan solamente con la historia de la Revolución Francesa. Después de haber estudiado esta colección, la hemos dispuesto metódicamente, según la cronología de los sucesos ; expurgada de centenares de errores de que adolece la original; acompañada de nuevos documentos que no intercaló Miranda en la edición de 1810 ; y además de un apéndice en el cual figuran apreciaciones de antiguos y modernos historiadores respecto de Miranda, y de este prefacio que podrá servir de guía en el estudio de la rica adquisición histórica.

Esta edición, que satisface nuestros deseos, cumple el mandato del Presidente de la República, en su decreto del 27 de abril del año en curso.

Sanos y nobles propósitos han guiado al Gobierno de Venezuela, al publicar esta obra. « Gajes á la libertad dió Miranda á Francia, desde el primer día en que comenzó á servirla » ha escrito el célebre historiador Luis Blanc.

Homenaje de Venezuela á la Francia republicana, diremos nosotros, es por lo tanto la publicación de una obra que lleva por título : Miranda en la Revolución francesa. He aquí un caudal de apreciaciones y de hechos ; una de tantas y trascendentales contribuciones á la historia de estos días de progreso general que marca ya nueva época en las conquistas del linaje humano. Y para que la importancia histórica esté á la altura de la justicia histórica, hemos omitido intercalar en estas páginas opiniones de escritores ingleses y americanos en honor de Miranda ; todo en ellas será francés: documentos, apreciaciones y juicios de aquéllos que fueron contemporáneos y testigos de la magna revolución de 1789.

Pero hay todavía algo más, que satisface el sentimiento americano, y va en honra y triunfo de la historia, y es la vindicación de Miranda que han comenzado á hacer algunos historiadores de la

Francia actual, aclarando hechos que, por ausencia de documentos, no pudieron dilucidar los historiadores que les precedieron. Michelet ha escrito : « La relación de Dumouriez, perfectamente calculada para oscurecer la verdad de los hechos, fué aceptada sin contradicción por Jomini, á quien todos han copiado; pero no obstante esto, tal relación ha sido desmentida, destruída y pulverizada : 1.°, por las órdenes escritas que comunicó el mismo Dumouriez; 2.°, por Miranda que era un hombre honrado y cuya palabra valía mucho más que la de aquél ; y 3.°, por el testimonio incuestionablemente imparcial del general Coburgo, que está de acuerdo con Miranda en la descripción de batalla (Nerwinde).

« Fué pues con razón por lo que Servan y Grimóard, es decir, los jueces militares más competentes de aquel tiempo, prefirieron la relación consecuente de Miranda á la insostenible contradicción de Dumouriez, quien se equivoca voluntariamente en números, horas, lugares, cosas y personas [1].

Agreguemos á la apreciación de Michelet ésta de Luis Blanc : « Dumouriez temía en Miranda al republicano sincero, al amigo de Petión, al general favorito de la Gironda. Esta rectitud republicana no era para agradar á un espíritu del carácter de Dumouriez. La verdad es que sin ir hasta los límites extremos del Jacobinismo, Miranda había dado desde temprano gajes á la libertad [2]. »

Una medalla de oro que lleva por el anverso el busto de Miranda y por el reverso el sello de armas de la República de Venezuela, acompaña este libro; y ambos objetos son un presente que hace el Presidente de Venezuela, al Presidente de la República francesa, como recuerdo de una fecha memorable en la historia del mundo : la revolución de 1789.

Sea este obsequio, tan simpático como elocuente, de una república joven á la gran República francesa que figura hoy al frente de la civilización universal, vínculo de unión entre dos pueblos que han luchado con gloria por el triunfo de la libertad.

Lo pequeño se engrandece y lo grande se sublima cuando por el triunfo de nobles ideas, pueblos de un mismo origen combaten, sufren, vencen, se inmortalizan. En los momentos en que celebra-

1. MICHELET, *Historia de la Revolución Francesa.*
2. LUIS BLANC, *Historia de la Revolución Francesa.*

mos la más grande de las conquistas políticas que ha alcanzado el linaje humano, comunes glorias, glorias inmarcesibles, festejan Francia y Venezuela; la memoria de un varón insigne, el recuerdo de sus hechos que las une bajo la égida de Miranda, hijo de Venezuela y de Francia, apóstol y mártir de la libertad en ambos mundos.

Caracas, 5 de julio de 1889.

ARISTIDES ROJAS.

LAS PRIMERAS PRISIONES DE MIRANDA

Entre los varones esclarecidos de la historia, aquellos que en toda época han dedicado sus esfuerzos y aun la vida á la realización de nobles ideas en beneficio de la humanidad, pocos, muy pocos, son los que, como Miranda, han sido sostenidos por heroica constancia y sufrido tantas y tan hondas amarguras. La vida de este apóstol de la idea, de la patria y de la libertad, constituye prolongado sufrimiento; con razón dijo de él Michelet: « que tenía el trágico aspecto de un hombre predestinado más bien al martirio que á la gloria; que había nacido desgraciado ».

Apenas deja el servicio militar, después de figurar en las filas españolas, auxiliares de la emancipación Norteamericana, cuando se ve en la necesidad de huir de Cuba, y sustraerse así de los odios y persecuciones de espíritus vulgares que obraban contra él y contra su jefe el general Cajigal; y necesario fué que corrieran diez y ocho años de continuo batallar contra la calumnia, para que la justicia, la justicia de los hombres, absolviera á estos personajes y reconociera en ellos lo que nunca pudieron arrancarlo sus gratuitos perseguidores, la honra y el buen nombre. Recorre Europa, y si por todas partes Miranda es celebrado, por todas partes sabe que le espía algún agente secreto del gobierno español; y hasta en la corte de Catalina de Rusia, el ministro español Macanás le interpela acerca del grado de coronel que entonces llevaba; pero Miranda, más levantado que nunca, supo contestar con arrogancia al intruso diplomático. Brilla á poco en la Revolución francesa, y desde en-

tonces queda Miranda sentenciado á vivir de prisión en prisión; y aunque en Francia siempre fué absuelto, fué igualmente perseguido hasta ser expulsado del territorio. Si abandona á Europa es para alcanzar de nuevo glorias en América, y también persecuciones y tropelías. Así pasa sus últimos años, de prisión en prisión, hasta que de nuevo cruza el Atlántico para ir á morir en las mazmorras de Cádiz, después de haber prestado desinteresados servicios á la libertad de ambos mundos, durante el espacio de cuarenta años.

Seis prisiones soportó Miranda; seis cárceles le tuvieron por huésped ilustre, allende y aquende el Atlántico; la Conserjería y la *Force*, en París; las fortalezas de La Guaira y Puerto Cabello, en Venezuela; la fortaleza del Morro, en la Antilla española de Puerto Rico; y últimamente la prisión de la Carraca, en España. Digno, sereno, generoso, siempre grande, á la altura de sus méritos, aparece Miranda en todas estas mazmorras. Sus defensas por escrito y de palabra, arranques generosos de su alma; su conversación simpre ilustrada y luminosa; la pureza de sus intenciones templada por el infortunio; aquel carácter altanero y tenaz en el cumplimiento del deber: suave, sociable y magnánimo en el trato familiar; todo esto levantó á Miranda á cierta altura, á la cual es muy difícil llegar á la mayoría de los hombres, cuando suena para ellos la hora de la desgracia. Por todas partes le rodean perseguidores armados de pasión y siempre sabe muntenerse por sobre todos los infortunios. En ciertas ocasiones tropieza con espíritus ilustrados, que ven en él un Mecenas, y entonces aparece la fraternidad que acerca los corazones. En otras, la soledad lo rodea, y el espíritu del preso tiene que reconcentrarse: la conciencia es entonces la confidente del infortunio. En otras, finalmente, cuando suenan las cadenas, y gritos desenfrenados de la soldadesca llenan los aires; cuando el hombre teme más por su dignidad que por su vida, el cautivo, armado de la honra, sabe desarmar los más temidos adversarios. En cualquiera de las prisiones que presenciaron los infortunios de Miranda, buscad al hombre digno y lo hallaréis. Por esto, es en la prolongada noche de la desgracia donde deben estudiarse ciertas grandezas de la historia. En la desgracia está para ellos la última cumbre, que es la cumbre luminosa que

alcanzan, no con el éxito, sino con el dolor, con el amor, con la dignidad y con el carácter.

La primera prisión de Miranda fué la Conserjería, si no estamos equivocados, cuando acusado de traidor por Dumouriez, fué llamado por la Convención y entregado al tribunal revolucionario. El pueblo de París que pidió la cabeza del prisionero, al comenzar el proceso, lo condujo en triunfo el día de la absolución. Los sinsabores de esta primera prisión desaparecieron ante el triunfo de la inocencia. ¡ Hecho admirable! Miranda había vencido y salía ileso, cuando el partido político á que pertenecía estaba caído, y ninguno de sus corifeos podía abogar por aquél. En pocas ocasiones, dados antecedentes semejantes, es posible triunfar de las pasiones humanas de manera tan elocuente. El traidor no era ya el acusado sino el acusador, y Francia absolvió al extranjero, en tanto que el criminal, juzgado por sí mismo, huía lejos del patrio suelo.

Al entrar de nuevo en la escena pública, no como agente activo, sino como espíritu pensador, las condiciones personales de Miranda, su amor á la república, sus gloriosos antecedentes, servían de obstáculos á todos aquellos que no podían avenirse con carácter tan independiente. Era necesario perseguirle de nuevo, y nuevas calumnias cayendo sobre Miranda le proporcionaron nueva prisión. En las sociedades corrompidas, donde dominan las medianías, los espíritus verdaderamente ilustres tienen que desaparecer. No es el crimen lo que aquellas persiguen en estos, sino la probidad, la conciencia serena, el carácter sostenido.

Por sospechas, Miranda fué conducido á la prisión de la *Force* á mediados de 1793. En este nuevo retiro Miranda tropieza con dos de los girondinos, sus compañeros y amigos Vergniaud y Valazé, con el joven general Duchatelet, herido en la toma de Gandi ; con el Convencional Chastelain, con el grave historiador Daunou y otros más, todos ellos hombres notables de la época. A poco fué conducido á la prisión el amigo de Mad. Roland, Champagneux, secretario del ministro Garat. Por una de tantas casualidades le cupo á éste ser vecino de Miranda, lo que contribuyó al desarrollo de cierta intimidad, que á entrambos proporcionó sabrosas horas de amena é ilustrada conversación [1].

1. CHAMPAGNEUX. *Introducción á las « Memorias de Mad. Roland ».*

Elocuente es la opinión que acerca de Miranda nos ha dejado su compañero de prisión Champagneux, quien coincide en ello con cuanto se había escrito antes y después, por los hombres más competentes de ambos mundos. Y de igual manera juzgaban á Miranda sus compañeros de prisión, entre los cuales descollaban tantas celebridades de aquellos días.

Había un grupo, entre los presos de la *Force* que parecía inseparable. Componíase de Miranda, Champagneux, Aquiles Duchatelet, Chastelain, Daunou, y entre otros, los girondinos Valazé y Vergniaud. Las inteligencias ilustradas, los caracteres independientes se encuentran casi siempre sin solicitarse. Era imposible que tales hombres, escritores, oradores, historiadores, no se reunieran en torno á Miranda, la espada favorita de la Gironda, como con tanta verdad lo llama el historiador Luis Blanc.

Los acercaba la fuerza moral, los afianzaba la fraternidad, los fortalecía el deber. Así si Duchatelet sufría á consecuencia de las heridas que había recibido, sus compañeros se sucedían en el deber de curarlo cada día, y de distraerlo ; si uno faltaba á la reunión la inquietud se trasparentaba en el rostro de sus compañeros. El amor á la libertad era para todos lazo de unión, y la nobleza de sentimientos fuente perenne de comunes consuelos.

Uno de los historiadores de las prisiones francesas, nos pinta á lo vivo una de estas escenas en la cual los presos se entretenían jugando partidas de *boston*.

« Sería el 6 de octubre de 1793, cuando reunidos ya Miranda, Champagneux, Daunou y Chastelain, aguardaban á Vergniaud, quien de antemano había sido invitado.

— No llega, dice Miranda con impaciencia, y el tiempo corre. Ya habríamos jugado muchas partidas.

— Paciencia, respondió Daunou. Sabéis que Vergniaud nunca se levanta antes de las 11 de la mañana.

— Hemos comisionado á Valazé para que lo traiga, dice á su turno Champagneux. Nos hemos equivocado : estoy seguro de que ellos se ocupan en hablar acerca de algo importante.

— ¿De qué queréis que ellos hablen? preguntó Chastelain.

— Vaya, de su negocio, respondió Champagneux.

— ¿De su negocio? Ellos no tienen tiempo que perder, replicó Chastelain.

— Sin embargo, Valazé me ha prometido, contesta Champagneux, conseguir en definitiva de Vergniaud que entable su defensa ó publique una memoria. Este es el único medio que tiene de salvarse.

— Sin duda, agrega Miranda; pero Vergniaud pensará en ello, cuando esté en el cadalso.

En esto se presenta Valazé acompañado de Duchatelet. Cuando los presos ven á éste, todos se levantan y salen al encuentro del distinguido herido para saludarle con efusión y cerciorarse de cómo estaba.

— Estoy mejor, les dice, y como no puedo resistir al deseo que me anima de jugar una partida de *boston* con mis amigos y compañeros, aquí vengo á ocupar el asiento de Vergniaud.

— Nunca está á la hora señalada, dice Miranda.

— Escusadlo, por ahora, dice Valazé, pues acaba de comenzar á escribir su memoria.

— Así sea, contesta Champagneux; dejémosle trabajar, con tal que la lleve á remate.

— Temo que no sea así, contesta Valazé.

— En tal caso no le interrumpiremos, agrega Miranda. Vamos, hénos aquí en la mesa de juego : sentémonos.

Champagneux, Valazé, Duchatelet y Chastelain se colocaron en la mesa, unos frente á otros. Miranda se colocó tras de Duchatelet para ayudarle, pues no tenía libre el movimiento de una mano, mientras que Daunou, sacando de su bolsillo un pequeño ejemplar de Tácito, se entregó á la lectura[1]. »

La conversación se animaba á proporción que el juego seguía. Variados fueron los temas hasta que llegó á tratarse de la diosa libertad. « Para todos apareció ésta como coqueta que cuenta con millares de amantes, y cuyos caprichos son tan funestos, como mortales sus caricias... Ella hiere, mata, devora : todo esto es cierto; pero no engaña, jamás se prostituye. »

— « Ciudadanos, nada de política, lo suplico, dice Miranda, a

1. Alboize et Maquet, *les Prisons de l'Europe*, 4 vol. París, 1845.

sentir que la conversación chispeaba en sentido picante y metafórico.

Poco á poco el interés del *boston* fué haciendo enmudecer á los jugadores, y sólo se percibía una que otra frase aislada, cuando de súbito aparece Vergniaud, loco de contento, y dice al grupo, mostrándole una paloma blanca, á la cual acariciaba:

— Héla aquí, héla aquí. Él acaba de cederme la tórtola.

— ¿Qué es eso? preguntó Valazé.

— ¿No la ves? contestó Vergniaud : es la tórtola que acaba de venderme el portero.

— ¿Y esto te hace abandonar el trabajo? pregunta Valazé.

— ¿Qué quieres tú? amo tanto á esta avecilla!

— Pero sabéis cuán importante y necesaria es la memoria que habéis comenzado á escribir, replica Champagneux.

— Mañana la continuaré, responde Vergniaud. Dejadme hoy entregado á los dulces pensamientos que me inspira esta blanca paloma.

— ¿Y si mañana es tarde?

— De nada tendré que arrepentirme. Habré recibido algunas caricias más de mi bella tórtola.

Y sentándose en el suelo se puso á jugar con la paloma, como si fuera un niño[1]. »

. ¿Y cómo extrañar que aquel corazón que palpitaba al fuego de la libertad y se llenaba de entusiasmo con la elocuencia de la tribuna, jugase con tímida paloma en los momentos de salir para el cadalso? ¿No nutría á aquellos seres una misma savia, no respiraban un mismo aire, no los sostenía una misma fuerza? En aquellos días, apoteosis del terror, á proporción que la ignominia confundía al hombre feroz con la bestia, levantábanse sobre la odre social los espíritus fuertes, para ascender en pos de solemnes y misteriosos destinos. Por esto fraternizaban para aparecer todos en conjunto, sublimes en lo que tiene el espíritu de celeste : la probidad, el amor, la dignidad, el sentimiento, la fe sostenida por la conciencia pura, lo etéreo, lo inmortal.

En aquellos mismos días, Latreille se recreaba en su calabozo,

1. Alboize et Maquet, obra citada.

estudiando cierto insecto que había venido á posarse sobre la ventana de su prisión. A este huésped alado le debió la libertad el célebre entomologista, y la ciencia agradecida, al bautizar el coleóptero con el nombre de *Salus Latreille*, quiso conmemorar al insecto que dió la vida al prisionero, y al sabio que dió su nombre á su salvador. Antes de dejar la prisión para subir las gradas del cadalso, el poeta Chenier escribe sobre los ennegrecidos muros, aquellos versos inmortales que comienzan así :

Cual rayo postrero,
Cual aura que anima
El último instante
De un hermoso día,

Al pie del cadalso
Ensayo mi lira
. . . .
. . . . [1]

Y días antes de correr igual suerte, el poeta Roucher escribía en las paredes de la *Force* estas tristísimas estrofas, como adioses á la vida :

Vestir no veré más nuevo atavío
A los castaños ricos en follaje,
Ni cogeré otra vez del soto umbrío
Ya las flores amantes del boscaje.
No, para mí, del céfiro las alas
Oro, púrpura, azul darán al blando
Césped de la ribera, á quien dió galas
La onda rumorosa suspirando.

Amigos, perdonadme los colores
Que los cuadros enlutan de mis cantos;
No quiero, no me déis alegres flores
En medio de los públicos quebrantos.
. . . .
. . . .
A vivir me enseñó mi hogar querido,
Y á morir con honor aquí he aprendido[2].

La actividad intelectual tenía que ser el alma de los presos. Si Lavoissier se empeñaba en resolver un cálculo y para ello pedía plazo breve antes de subir al cadalso, Chastelain se entretenía diariamente en estudiar la fisiología de las hojas, y el usado cortaplumas de algunos servía á otros de cincel para esculpir figurillas de madera; pero el grupo de los filósofos y hombres letrados era quizá el más feliz. Aquiles Duchatelet había logrado que se le permitiera traer á su prisión lo principal de su rica biblioteca de clásicos antiguos, y esto fué para ciertos espíritus ilustrados un gran triunfo. En derredor de estos libros se reunían Miranda, Duchatelet, Daunou, Champagneux y otros más; y cuando el concurso exigía que

1. Traducción de Don Andrés Bello.
2. Traducción de Don Heraclio Martín de la Guardia.

alguno leyera en voz alta, generalmente los lectores eran Daunou y Miranda.

Cuando el conde de Charney, últimamente, fué encerrado en la prisión italiana de Fenestrella, en los días del imperio, un arbustillo de alelí que á la ventura medraba en el patio de la fortaleza, fué lentamente llamando la atención del ilustre prisionero, hasta que logró cautivarlo por completo, contribuyendo á su libertad, Un literato francés de grande aliento nos ha dejado en capítulos admirables la historia de esta planta de Fenestrella que proporcionó la libertad á Charney[1].

Volvamos á Vergniaud, que engolfado en sus caricias á la blanca tórtola, la llama con el nombre de *roucou*, *roucou*, cuando de repente un gendarme avanza hacia el grupo de jugadores y dice :

— Ciudadano Valazé, te llaman de la Notaría.

— Un momento, ya voy, responde Valazé.

— Pero esto urge, es para ir al tribunal revolucionario.

— Razón demás, contesta el girondino. Puesto que es esta la última jugada de mi vida, dejádmela ganar en paz, replica Valazé, y continuó jugando.

— A ti te llaman igualmente, dice el gendarme, dirigiéndose á Vergniaud.

— Sin duda por igual causa, dice éste, sin abandonar la bella tórtola.

— Sí.

— Bien, muy bien, contesta Vergniaud, dirigiéndose al gendarme. Ya que concedes á Valazé el tiempo necesario para terminar la partida, concédemelo igualmente para dar mis adioses á mi blanca paloma.

— De repente, sin que nadie lo previera, he perdido, exclamó Valazé.

— Partamos, agrega el gendarme.

— Un instante más, contesta Valazé. No sé si regresaré, pero debo pagar : las deudas de juego son sagradas. Quiero arreglar mis cuentas en este mundo y partir sin deber á nadie.

Y al concluir esta frase, paga con la mayor sangre fría á sus

1. Saintiné Picciola.

compañeros, cuenta el dinero de su bolsillo, y exclama ; está completo, ni pierdo ni gano. Puedo por tanto dejar el juego, y hacerme reemplazar como si de nada se tratase.

— Para eso estoy aquí, dice Daunou, que se había levantado, y toma asiento á la invitación del girondino. Valazé examina su bolsillo, siente que está en éste el puñal que guardaba, y sonriéndose se dirige á Vergniaud y le dice : — ¿ Vienes ?

— Es necesario, contesta Vergniaud, levantándose. ¡Qué lástima, añade, el primer día en que poseía esta tortolilla !

— Sin adioses, señores, dice Duchatelet, desde su asiento. Espero que nos volvamos á ver.

— Si nos permiten hablar, contesta Vergniaud ; si no, adiós para siempre.

Roucou, roucou, agrega Vergniaud, acariciando de nuevo la blanca paloma. Vamos á separarnos mi bella ; pero voy á pensar mucho en ti, adiós.

Y acompañado de Valazé sigue Vergniaud al gendarme. Los pasos y las palabras fueron desvaneciéndose, á proporción que se alejaban. A poco no se escuchaba sino la conversación de los jugadores.

¡ Qué hombres aquellos ! La idea de la muerte no los atormentaba. Despedíanse como si fueran á dormir, á pesar de que todos ellos tenían la mirada fija en el cadalso. Con la idea de la muerte estaba la idea de la inmortalidad.

A poco de haber partido los girondinos, Duchatelet deja su asiento á Miranda, y otro de los presos ocupa el de Champagneux. Estos, llenos de tristes presentimientos comprendieron que Valazé iba á suicidarse antes de llegar al cadalso. La idea del suicidio era para todos ellos necesidad moral, y por esto cargaban unos el veneno y otros el instrumento mortífero, que debían servirles para quitarse la vida. Miranda llevaba consigo buena dosis de opio ; Duchatelet llegó á compartir la suya con Champagneux, y así los demás. Lo que ellos temían no era la muerte, sino la dignidad ultrajada, los gritos y rechiflas de la muchedumbre, y abandonar el mundo á los lúgubres reflejos de horrible bacanal.

Al siguiente día de la partida de Vergniaud y Valazé, los presos conocieron los pormenores de la triste suerte que cupo á los veintiún

girondinos sacrificados por la Revolución. Valazé se había suicidado, con estoico valor, en el tribunal revolucionario, rodeado de sus compañeros; y su cadáver conducido á la Conserjería debía aguardar en ésta la hora en que salieran al cadalso sus compañeros. Conocida es aquella frase, en que cada uno de los veinte restantes, tomando la mano yerta del compañero, le dice: *hasta mañana.*

Lamartine nos ha dejado escrito el cuadro inmortal que conoce el mundo con el nombre de la *Ultima Cena de los Girondinos.* La elocuencia de Vergniaud levanta en aquella sublime noche los corazones abatidos al recuerdo de las madres, de las esposas, de los hijos; y el alma de los que van á morir toma vuelo antes de abandonar la tierra. La muerte viste el manto de la aurora, porque la aurora del último día es como la sonrisa del cielo á la llegada del justo. La elocuencia de Vergniaud llegada á su apoteosis, á proporción que la elocuencia sostenida por la fe, le conducía á las regiones de la verdad. El niño amoroso atraído por los arrullos de una tórtola horas antes, se había sublimado sobre todas las ruinas y sobre todas las miserias, y había llamado á las puertas luminosas que no ve la muchedumbre automática, pero que presiente el alma justa y creyente.

Al salir en pos de la muerte todos los girondinos se despiden de nuevo del cadáver de Valazé, entonan en coro la *Marsellesa*, y serenos suben las gradas del cadalso. El canto de gloria y de muerte continúa á proporción que la cuchilla corta la cabeza de cada uno; y cuando llega el turno al último, á Vergniaud, éste entona de nuevo el canto de la patria y muere. La tórtola, la blanca paloma del preso, había perdido su amo.

Miranda, Daunou, Champagneux, Chastelain, Duchatelet, hicieron el más cumplido elogio de aquellas víctimas del terror. La imagen de Brissot no se apartaba un momento de la memoria de Miranda, y tamaña desgracia le hacía pensar en otro amigo igualmente querido, Petión, destinado á ser víctima, en aquellos días, no del cadalso, sino de lobos hambrientos en las campiñas bordelesas.

Habían desaparecido las eminencias del partido girondino; pero quedaba « la espada favorita de la Gironda » : quedaba Miranda.

Después de la triste suerte que cupo á los girondinos, tema de

conversación entre los presos de la *Force*, durante muchos días, escenas de otro género ocuparon la atención del grupo en que sobresalía Miranda. Con estos estaba un joven extranjero, Adam Lux, diputado que había sido enviado á la Convención por la ciudad de Mayensa, cuando ésta quiso anexarse á la República Francesa. Por su talento, por su amor á la libertad y sus esfuerzos por sostenerla, Adam era querido de los franceses, y sobre todo de los girondinos que acababan de morir. Puede decirse que este joven había nacido destinado al cadalso, pues conociendo que la muerte debía ser la recompensa de sus nobles afanes, ni la temía ni la evitaba, y antes bien, noble idea le hacía pensar en ella, como necesidad de su alma enamorada.

Es lo cierto que Lux había concebido loca pasión ; el amor inspirado por el infortunio, lo ideal y lo material al borde de la tumba, le hacían feliz, y su felicidad irradiaba en su semblante y en sus frases, en sus aspiraciones y hasta en la idea del sacrificio, como complemento de la pasión que sublimaba aquel corazón entusiasta. Había concebido cierto amor de circunstancias por Carlota Corday, cuando por primera vez la contemplara en el tribunal revolucionario, manchada con la sangre de Marat ; y hora tras hora, día tras día aquella pasión fué exagerándose hasta que hubo de contemplar al objeto amado, á Carlota, por la segunda y última vez, sobre la carreta que la conducía á la guillotina. El amante sigue á la víctima, la acompaña, la ve subir las gradas del cadalso, la ve colocada sobre la tabla fatal, y en seguida se estremece, al ver caer la cuchilla que corta el cuello de la heroína. Lágrimas silenciosas bañan el rostro de Lux, pero á poco su semblante está plácido. El corazón enamorado ha seguido á aquella atracción misteriosa que le llama desde el sepulcro. Cuando el ser material desaparece queda el ser ideal en la sombra, como luz fosfórica en lontananza.

Lux se entusiasma y canta la libertad ; el hombre público habla y maldice á los verdugos de la heroína. Ha desafiado á los victimarios, y la fuerza le ha reducido á prisión. En las noches solitarias Adam Lux se deja arrastrar por dulces sueños. Su espíritu cree remontarse á los espacios, una imagen plácida le atrae, á ella se dirige, la llama con nombres queridos, le extiende los brazos y

sólo encuentra el vacío ; y así pasan días y noches, y la pasión del joven no se extingue.

El amor exige la confidencia. Lux y Champagneux se han ligado en la prisión como dos hermanos; Champagneux ha soñado con cierto drama que desea escribir, y Lux le ha dado el tema : Carlota Corday. Está aceptado, y aquellos dos espíritus, sin perder tiempo, van á realizar la obra. ¿ Qué falta ? El desenlace. — Almorzaba Lux con su amigo, en cierta mañana, cuando de improviso aparece un gendarme, y llama á Lux, de parte del tribunal revolucionario.

— He aquí el desenlace del drama, exclama Lux, dirigiéndose á su confidente. Llevo la esperanza de que lo acabaréis.

Y aquellos dos hombres se estrechan fuertemente y por largo tiempo ; el uno lleno de dolor, mudo ; el otro sonreído, satisfecho, radiante.

A poco Adam Lux subía contento las gradas del cadalso. Ninguna de las víctimas de la revolución había llegado á la guillotina con más resolución y garbo que aquella. « Miserables, dice á los verdugos, pido á Dios por la felicidad de esta Francia que me es querida, y le pido que en este mismo lugar recibáis el merecido castigo de tantos crímenes..... » Y así sucedió en efecto ; tras de las víctimas fueron los victimarios.

El ideal había alcanzado la meta invisible del amor.

El mito griego nos ha trasmitido la muerte de Hero en presencia del cadáver de Leandro. En la última noche en que el amor pasión cree vencer la ola encrespada del Helesponto, es vencido. En las orillas de Abidos, Hero, al ver exánime á su amante, se inmola.

En el cuadro de Carlota hay algo más elocuente. El amor no ha tenido crepúsculo, los corazones no han podido acercarse ; al uno solamente lo alimenta la llama ; su confidencia es con la sombra; el otro está en la muerte. Pero el ideal persigue la sombra, tras ella va con las alas del pensamiento y poco le importa la muerte. Adam aspira á estar tendido en la misma tabla que recibió el cuerpo de Carlota, y se deleita al ver la cuchilla que va á cortar su cuello, porque es la misma que tronchó el cuello de su amada. La guillotina debía ser á un tiempo lecho nupcial y tumba de tan romántica pasión.

Tras de la muerte de Lux, amante de un ser incorpóreo, espíritu que revoloteó en derredor de la guillotina, como la mariposa en derredor de la llama, vino la de Duchatelet, alma que se agostaba como la fuente, como la flor abandonada por la onda sonora de la vida. Ni los cuidados de Miranda su íntimo amigo, ni los de Champagneux y demás compañeros, bastaban para levantar aquel ánimo abatido, no por falta de entereza sino por exceso de amor. En cierta mañana, 20 de mayo de 1794, Chastelain que había pasado la noche en vigilia cerca del ilustre paciente, sale en solicitud de Miranda y de Champagneux, y les comunica los presentimientos que en aquel momento le preocupaban. Juntos se dirigen entonces al lecho de Duchatelet, á quien llaman con las frases más amorosas; pero el esbelto joven no responde. Entonces le tocan, le examinan con interés, le llaman de nuevo; el corazón late aún, pero el silencio reina por completo. Duchatelet se había envenenado; á su lado estaba el vaso que había contenido la elevada dosis de opio que guardaba. Poco á poco fué cesando el ritmo de aquel corazón de treinta y tres años, que vivió poco para el amor y mucho para la gloria. En su testamento dejaba á Miranda su rica biblioteca y sus muebles.

Meses más tarde Miranda recobra la libertad por orden de la Asamblea Nacional. ¿Quién le hubiera dicho entonces que cuando llegaran los días del Directorio, este mismo Champagneux, que tanta amistad le había tributado en los prolongados meses de prisión, le comunicaría la orden del Ministro del Interior, para que abandonase el suelo de Francia?

De los hombres que constituyeron el grupo de los presos á cuya cabeza figuraba Miranda, dos se habían suicidado: Valazé y Duchatelet. Dos habían ascendido con valor singular las gradas del cadalso: Vergniaud y Adam Lux. A Daunou le aguardaban días de triunfo en las letras; á Champagneux, amargas decepciones; á Chastelain, la pobreza y el abandono; á Miranda la lucha, nueva lucha aquende el Atlántico, y nuevas prisiones, para en seguida llegar á la última, á orillas del mar gaditano, donde le destinaba el hado á contar unas tras otras las horas del más grande de los pesares, en ese flujo y reflujo de la vida que se llama infortunio.

MIRANDA Y LA VIRGEN DEL CARMEN

Julio es el mes histórico de Miranda, tanto en la fortuna como en la política. Hay meses, como hay días, que han figurado de una manera sorprendente en la vida de muchos hombres célebres. Para un talento de la talla de Miranda, que ocupó puesto de honor en las tres etapas de la civilización moderna : la emancipación de la América inglesa, la Revolución francesa y el comienzo de la Revolución de la América española, el mes de julio tenía que sobresalir en la fecunda carrera del grande apóstol de la Libertad, en ambos mundos.

El 4 de julio de 1776 es el gran día de la América de Wáshington. El 14 de julio de 1789, con la toma de la Bastilla, se abre el drama sangriento de la Revolución francesa, y el 5 de julio de 1811, es la cima histórica de Miranda; comienzo de la emancipación política de las antiguas colonias españolas, en el continente colombiano. ¡Cuántos hechos sorprendentes durante este mes en la historia de la Libertad! Regístrense las páginas de la Revolución francesa, desde sus orígenes hasta el Consulado y el Imperio, y el mes de julio aparecerá siempre coronado por grandes sucesos políticos y por grandes desgracias. Si el 14 de julio de 1789, de 1790 y 1792, recuerda la justicia del pueblo francés y las alegrías de la República, los días 14, 16, 27 del mismo mes, conmemoran las muertes de Mirabeau, de Carlota Corday y de Chénier. Miranda murió igualmente el 14 de julio de 1816, y no podía ser de otra manera, pues el mes de las grandes conquistas debía ser el último de su agitada vida. Desaparece, recordando las postreras frases de Mirabeau, viendo á Carlota luminosa y serena en el cadalso y escuchando el sublime canto del poeta Chenier, antes de dejar la prisión. Estaba escrito que estas esbeltas figuras de la Revolución francesa desaparecerían en el mes que conmemora las conquistas de la Libertad, tanto en Europa como en América.

Por dondequiera que estudiemos á Miranda, en sus viajes, en las cortes de Rusia, de Inglaterra, etc., en su correspondencia política

con los personajes de Europa y América, en sus expediciones de 1806, en la Revolución venezolana, desde el 19 de abril de 1810, hasta el día de su muerte, el mes de julio figura con frecuencia; es el mes glorioso y también el mes fatídico.

Comencemos á subir el Calvario de esta Grandeza, á la cual la historia le deparaba justicia y honores después de la muerte.

Hasta 1806, el culto religioso de los caraqueños á la virgen del Carmen, no tenía significación alguna que lo realzara, pues no pasaba de fiesta puramente religiosa, á la cual asistían los devotos y cofrades de la virgen; celebrábase en el templo de las Camerlitas descalzas, convento de monjas y en el templo de San Pablo, que festejaba igualmente á la Reina del Carmelo.

Pero al aparecer Miranda en 1806, en las costas de Ocumare, la fiesta á la virgen va á alcanzar jerarquía, y á representar un triunfo político. Carmen va á presentarse al frente de los ejércitos, y sin batallar, va á dispersar la escuadra de Miranda y á perseguir á este *ateo*, *enemigo de Dios y de la religión* que, en mala hora quiso destronar al más virtuoso de los Reyes y emancipar á los súbditos más humildes de la tierra.

Sábese que la primera expedición de Miranda, en abril y mayo de 1806, fué contra las costas de Ocumare, donde cayeron prisioneros algunos de los tripulantes de la escuadra invasora. Estos fueron fusilados en julio, en Puerto Cabello, — en número de diez, de los cuales tres que eran católicos, fueron enterrados en sagrado, y los restantes por ser calvinistas, en una fosa en la playa del mar. Días más tarde, cuatro de agosto, por la mañana, figuraban en un tablado, en la plaza de la metropolitana, las cabezas de los reos en jaulas de hierros. Las banderas, papeles, oficios, etc., y retrato de Miranda, fueron pisoteados por el verdugo y después quemados.

Esta fiesta en la cual figuró el Gobernador, al frente de toda la sociedad de Caracas, se efectuó con pompa. Siete días más tarde se sabe que Miranda había desembarcado en Coro. Caracas se alarma, y se apresta á la guerra; — y ya había salido el Gobernador Vasconcellos con toda la juventud de Caracas, cuando tuvo que tornar á la capital, por haberse sabido la retirada de Miranda.

Estos son las hechos en síntesis. Veamos ahora, cómo obraron los Cabildos civil y eclesiástico, al saberse los sucesos de Ocumare,

— en vista de los documentos oficiales de ambos cuerpos.

Al comenzar los primeros días del mes de mayo, el Gobernador notificó al Ayuntamiento de Caracas lo sucedido en las costas de Ocumare, á saber, el apresamiento de las goletas enemigas *Bee* y *Bachus*, por el bergantín *Argos*, y la goleta *Zelosa*, durante la noche del 28 de abril, después de un nutrido combate. « Hacían aquellos buques parte, leemos en el acta del Ayuntamiento del 5 de mayo, de la escandalosa expedición intentada por el *perverso* Francisco Miranda, natural de esta ciudad, dirigida á sustraer estas provincias de la obediencia que tributan muy debidamente al Rey, nuestro Señor. »

Los miembros del Ayuntamiento, al recibir el oficio del Gobernador, dejaron consignadas en el acta la opinión que tenían respecto del suceso de Ocumare, en los siguientes términos : « Que nadie había llamado á Miranda, y nadie era capaz de hacerlo ; que nadie *trataba de sacudir el yugo de la obediencia á su Rey, en que ha cifrado y cifra su mayor gloria el pueblo de Venezuela;* y que agraviados estaban con un *borrón* que solo debe vengarlo y satisfacerlo la destrucción y total ruina de un *reo tan inicuo*, y de todos sus aliados, como único medio y el más á propósito, para espiar *unos delitos tan enormes*, y en cuya memoria la posteridad tenga un monumento que sirva de antemural á cualquiera otro[1]. »

Así opinó el Ayuntamiento en sesión del 5 de mayo, y en la del 9, después de anatematizar á Miranda con cuantos dictados pudo, acordó que se levantara en todos los pueblos de la Provincia un donativo voluntario, como remuneración y premio á la persona ó personas, de cualquier nacimiento, que aprehendiesen *al traidor Miranda*, *vivo ó muerto*, y lo entregase en Caracas. En virtud de este acuerdo que fué publicado por bando y comunicado á todas las autoridades civiles y eclesiásticas, Vasconcellos *puso precio á la cabeza de Miranda en treinta mil pesos*[2].

A estas manifestaciones del Ayuntamiento correspondieron las del Cabildo eclesiástico, que consintieron en rogativas, funciones de iglesia, fiesta solemne á la virgen del Carmen, por cuya intercesión pudo salvarse Venezuela de las ideas del *infame* Miranda. En

1. Actas del Ayuntamiento de Caracas de los días 5, 9 y 17 de mayo de 1806.
2. Actas del Ayuntamiento de Caracas del 9 y 17 de mayo de 1806.

acta del Cabildo eclesiástico de 12 de mayo, está el edicto del Arzobispo Ibarra, por el cual excita el Prelado á los fieles á rendir gracias al Todopoderoso, por la intercesión de la *virgen del Carmen*, por el beneficio recibido en el descubrimiento del enemigo, del *Traidor y Seductor*. Y ordénase traer el 16 de julio, día de la fiesta del Carmen, la imagen de esta virgen, desde el convento de las Carmelitas á la Metropolitana.

En el acta del Cabildo eclesiástico, de 12 de mayo de 1806, leemos : « Así como hasta ahora, la *Virgen* nos ha conservado bajo el piadosísimo gobierno de nuestro católico monarca, defendiéndonos de los enemigos de la Religión y del Estado, así, al presente, nos ha de alcanzar la divina victoria que ciertamente nos prometemos con la poderosa protección de tan pía madre, con que destruído totalmente el *traidor enemigo* que, no habiendo podido seducir la *fidelidad de los vasallos* de su Majestad Católica, en esta Provincia, ha tenido el temerario arrojo de invadirla, por fuerza de armas, con un ejército compuesto de *hombres corrompidos y herejes*, no solo intentando sustraer á aquéllos de su *constante fidelidad*, sino el destruir la *Religión cristiana* que *por la Divina Providencia y piedad de nuestro Rey y de sus gloriosos predecesores se halla en la mayor fuerza en estos sus dominios*[1]. »

Desde que la huída de Miranda coronó el triunfo del gobierno español, la fiesta del Carmen, el 16 de julio de 1806 fué celebrada con gran pompa. Jamás en los días de la colonia caraqueña se había desplegado tanta magnificencia. El triunfo de Carmelina trajo placidez á las familias, y desde esta fecha, casi todos las hembras que nacieron, recibieron en la pila bautismal el nombre de Carmen. Por otra parte, el Arzobispo Ibarra, satisfecho del triunfo, alcanzó del Sumo Pontífice que la fiesta del Carmen ascendiese á fiesta de segundo orden, lo que era un mérito sobresaliente en la jerarquía de las ceremonias cristianas.

No menos entusiasta fué la voluntad con la cual la población de Caracas, ricos y pobres, contribuyó al pensamiento del gobernador Vasconcellos, cuando puso á precio la cabeza de Miranda por la suma de treinta mil pesos, que serían entregados al que presentara al Traidor, vivo ó muerto. En la lista de suscritores figuran dona-

1. Acta del Cabildo esclesiástico de 1806.

tivos desde un real hasta quinientos pesos. La cantidad reunida en Caracas, Valencia y Puerto Cabello, alcanzó á $ 19.850, que fueron enviados al gobierno de la Península, en 1809, como socorro en la crítica situación por la cual pasaba la Madre Patria.

De nuevo aparece Miranda en Caracas á fines de 1810. — La contrarrevolución nace en estos días. Cuando en julio de 1811, Miranda llega á su meta histórica; la Independencia de Venezuela es proclamada el 5 de julio, al borde de un abismo. El 11 comienzan en Caracas los movimientos políticos. Valencia responde á la llamada de la capital. El desaliento cunde, el terremoto de 1812, sella el expediente. Asómase julio de 1812. Los días 14 y 15 de este mes abren la desgracia de Miranda. El 31 gime en dura prisión. Corramos un velo que nos oculte esta muerte lenta allende el Atlántico. Miranda muere al fin, el 14 de julio de 1816. En este día se cumplían veintitrés años de la muerte de Mirabeau; era el aniversario de la Gran Revolución francesa.

Los frailes franciscanos de Caracas y de Valencia lo habían pronosticado, cuando dijeron: « Caerá como político en julio, morirá en julio ». Y allá y acá se regocijaron. Cuenta la historia que, apenas deja de latir el cuerpo del Mártir, cuando unos frailes entran en el calabozo, toman el cadáver, y, como estaba, con ropa de cama, sin fórmulas religiosas y sociales, lo lanzan á una fosa abierta en el cementerio de la Carraca. El sepulturo se encarga, en seguida, de rellenarla.

Y se fueron contentos estos ignorantes y supersticiosos de la Carraca...

Cuando Bolívar estaba en Jamaica, en 1815, derrotado, paupérrimo, pero lleno de fe, en la causa que defendía, en interesante carta á Hyslop, sobre la causa americana, dijo: « Los directores de la Independencia de Méjico se han aprovechado del fanatismo con el mejor acierto, proclamando á la famosa *virgen de Guadalupe, por reina de los patriotas*, invocándola en todas las cosas arduas y llevándola en sus banderas. Con esto el entusiasmo político ha formado una mezcla con la religión que ha predicado un fervor vehemente por la sagrada causa de la libertad. La veneración de esta imagen en Méjico es superior á la más exaltada que pudiera inspirar el más diestro profeta. »

Ya el arzobispo Coll y Prat, en carta á Miranda en 1811, hablándole precisamente sobre estas supersticiones dijo : « En los casos de no hallarse preparados los pueblos, siempre se verifica lo que nos dijo Virgilio : *scinditur incertum studia in contraria vulgus.* Cada partido toma por norte la religión, tirando por lo regular á hacer prosélitos y mártires, más de opinión, que de religión; ésta, obra como la espada en manos de un ilustrado, ó inexperto general; y como quiera, llegando la conmoción á tal, ya no se acierta con la razón ; los que dan á ella son pocos; su voz no es oída : « Troya tuvo un Capis que previese las desgracias que entrañaba el caballo, y sólo hubo el sacerdote Lacoonte que levantase la voz diciendo : *O miseri, quæ tanta insania, cives?* al ver la multitud inclinada á introducirlo en la ciudad ; y ninguno fué oído. »

No se hizo aguardar la justicia por largo tiempo, que después de prolongada noche poblada de sombras, asoma la aurora y tras ésta el sol radiante.

En los días de las expediciones de Miranda contra Venezuela, en 1806, Napoleón el Grande había decretado la erección de un monumento (el Arco de Triunfo) á la gloria del grande ejército; pero cuando el monumento fué concluído en 1836, el Rey Luis Felipe que había militado bajo las órdenes de Miranda, decretó que el monumento simbolizaría, no la gloria del Gran Ejército, sino la de los ejércitos franceses desde 1792. Un sólo nombre americano figura en esta pléyade de nombre inmortales : el de Miranda.

El 29 *de julio* de 1836 se efectuó la inauguración. Años más tarde, en 1850, el retrato de Miranda figura en 5 de julio, en el Concejo Municipal de Caracas. Cuando llegó el Centenario de Bolívar (24 *de julio de* 1883) en la tarde del 23, la estatua de Miranda aparece frente al Panteón, y en el Concejo Municipal el gran cuadro de la declaración de nuestra Independencia en 5 de julio de 1811, trabajo del celebrado artista Tovar. Las bellas artes festejan á Miranda hace ya cincuenta años, y los pueblos de Venezuela agradecidos, estampan el nombre del Mártir de la Carraca en sitios, puentes, plazas, municipios y Estados.

MIRANDA, EDECÁN DE CAGIGAL

De una antigua y noble familia de Santander, la de Cagigal de la Vega, que dió glorias á España, desde remotos tiempos, descienden los militares distinguidos, los ilustres Cagigal de Santiago de Cuba y de Venezuela, desde mediados del último siglo. Uno de los hijos del marqués de Casa Cagigal, brilla por sus servicios y talentos durante la primera mitad del último siglo, en Santiago de Cuba y siempre vencedor del inglés, ya de Vernón, ya de Knowles, al frente éstos de poderosas armadas. Jefe en el ejército español contra Inglaterra y siempre victorioso, el noble castellano remató su gloriosa carrera en España, de edad avanzada, y muere al comenzar los inmortales sucesos de aquende el Atlántico, que debían traer la creación de la República en el Nuevo Mundo.

De un Cagigal cubano, Don Juan Manuel, es Miranda edecán, en la guerra norteamericana. Al lado de este Cagigal, segundo de Galvez, en esta época, Gobernador de la Habana, militar distinguido, de grandes servicios á la corona de España, tanto en Europa como en América, comienza Miranda su carrera militar. Una amistad no interrumpida entre el jefe y el edecán, durante treinta años, afianzada por comunes desgracias y coronada por el más espléndido triunfo de la justicia humana, constituye una de las excelsas glorias de Miranda. Otro Cagigal americano, del mismo nombre, compañero de Miranda en las guerras de Wáshington figura en el ejército español que combate á los republicanos de Venezuela desde 1813 á 1817. Siempre digno, siempre apuesto aparece este jefe realista que continuó con honra y gloria la carrera de sus progenitores. Otro Cagigal americano, Gaspar, militaba en Venezuela, cuando muere en 1810. Pero tras éste está el Cagigal Venezolano, hijo de Barcelona, Juan Manuel que, cual timbre de honor, lleva el mismo nombre de sus predecesores. Hijo ilustre de Venezuela, estaba destinado, al nacer la República de 1830, á fundar en ella los estudios matemáticos y á dejar un nombre, el nombre ilustre de su familia, hermoseado por la ciencia y sostenido por la gratitud nacional.

Si de los miembros americanos de la ilustre familia Cagigal, dos

del mismo nombre son glorias de Cuba y de España, el tercero, llamado también Juan Manuel, es gloria de Venezuela y del mundo científico. Por el amor al patrio suelo dejó posición, gloria, honores, al abandonar las márgenes del Sena por las brisas del Avila. Superior á sus condicípulos por sus talentos y aptitudes, al envejecer contempló á sus sabios colegas en el zenit, y vió ocultarse el sol poniente, en las costas que contemplaron las Carabelas de Colón. Así el último descendiente de una ilustre familia de los Pirineos, constituyó la corona de gloria que iba á sellar la tumba de sus ilustres descendientes en la América española.

Al concluir la guerra entre Inglaterra y la República de Wáshington, un incidente imprevisto, obliga á Miranda á dejar la Antilla cubana, á despedirse de su jefe y admirador el general Cagigal y á seguir cerca de Wáshington á quien deseaba tratar. Eran los días de 1783.

Un escritor peninsular, de conocido nombre, miembro de la Academia de la Historia, Don Jacobo de la Pezuela, en una obra publicada en 1863, que lleva por título *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba;* al hacer el autor el encomio de Cagigal, después de haber vencido á los ingleses en las Bahamas, en 1782, y burlado las vigilancias del Almirante inglés Rodney, agrega :

. . . .

..... « Se había apoderado de toda su confianza un capitán graduado de teniente coronel del Regimiento de Navarra, llamado Don Francisco Miranda, natural de Venezuela. Prendado de su valor y despejo, lo autorizó para que en su nombre despachase algunos asuntos que no fuesen de absoluta competencia de la primera autoridad. Pasó como parlamentario á Jamaica para negociar un cange de prisioneros ; y no fué este el solo asunto que ocupó á Miranda cuando estuvo en Kingston. Habiéndose puesto de acuerdo con varios especuladores de la Habana, cargó de géneros de contrabando la goleta en que fué á desempeñar su comisión, y los desembarcó en Batabanó sin dejárselos reconocer á un puesto de aduaneros, que comunicaron de oficio esta ocurrencia al intendente Urriza. Cagigal, sin considerar la

gravedad del hecho, procuró en vano que Urriza lo atenuase ; pero lo denunció á la corte el intendente, y Miranda se escapó dejando comprometida la opinión de su general después de haber obrado sin acuerdo suyo[1] ..... »

. . . .

Aplicando la critica más severa á estas aseveraciones del historiador, nos parece Miranda un contrabandista vulgar, un hombre infidente, y un oficial indigno del respetable jefe que en él había depositado tanta confianza. Pero si esto se desprende del simple examen de las frases del historiador, hechos de carácter más trascendental, nos hacen aparecer á Miranda, no como contrabandista y desleal, sino como oficial digno, meritorio y lleno de consideraciones á los ojos del ilustre jefe.

Miranda al dejar la Antilla española se despide de Cagigal y éste le contesta en términos altamente honrosos :

« Siga usted, en hora buena, el plan de su idea, escribe Cagigal, pero merézcale mi amistad y mi cariño el único favor de que ínterin yo le aviso desde Madrid las resultas de estos particulares, usted no debe de tomar partido ni variar sus promesas en un punto.

« Yo por obligación, y en justicia debo manifestar al Rey el distinguido mérito de sus servicios de usted, como testigo que soy de ellos; y así mismo las ventajas que al estado pueden resultar de sus conocimientos y constante aplicación. La emulación es constitutivo del mérito como del cuerpo la sombra; y así no es extraño lo que á usted sucede, pues proporcionalmente todos los que sobresalen en el mundo pasan por la misma senda; bien que de todos modos es injusto y sensible.

« Usted es joven aún, y se halla como sabe propuesto ya en dos ocasiones para coronel con sueldo; espero que con mi llegada á la corte se dé curso á esta instancia, y que informado S. M. mejor de los servicios y carácter de su persona de usted logre mayores satisfacciones; teniendo sus amigos la de verle en nuestro país con gusto general, y yo satisfacer el cariño paternal con que siempre he mirado su persona. »

. . . .

1. Pezuela, obra citada.

No contento con esto Cagigal quiere todavía ser más espléndido y envía á Miranda una carta de recomendación para el Encargado de Negocios de España cerca de Wáshington. Es la siguiente :

« Mi Edecán el teniente coronel Don Francisco de Miranda, se dirige á esas provincias de paso para Europa, según me avisa; esta circunstancia y la de ser sujeto de mi mayor aprecio, por sus distinguidas cualidades y honradez, me obligan á recomendarle á usted, para que le favorezca en cuanto esté de su parte, durante su residencia en ese continente.

« Algunas desazones ocurridas últimamente con el ministro de Indias, promovidas por envidia de algunos émulos suyos, le tienen disgustado, y bastante resentido; he de merecer á usted que, con la reserva debida, contribuya por su parte á contentarle, á fin de que no se segregue del estado uno de sus mejores oficiales, y hombre de vastos conocimientos.

« Si necesitase algún dinero he de merecer á usted igualmente se lo suministre, librando sobre mí dicha cantidad en España, desde donde comunicaré á usted mi llegada, hallándome próximo á partir. Cuantas finezas hiciese usted por Don Francisco de Miranda, serán otros tantos favores, á que viviré sumamente reconocido, y al tanto obligado.

« B. L. M. de usted su más atento seguro servidor. »

(Firmado) Juan Manuel de Cagigal.

Señor Don Francisco Rendón, etc., etc., etc.

Pero hay algo más que esto, y es que Cagigal envió á Miranda una carta de introducción para Wáshington, que es la siguiente :

« Ya que las presentes circunstancias no me han permitido concluída la guerra, y de regreso á España, visitar esos famosos países, y tener el honor de conocer personalmente al Fabio de estos tiempos, como lo había premeditado; permítame V. E. lo haga por medio de esta carta, ofreciéndome á su disposición y recomendándole al mismo tiempo mi Edecán el teniente coronel Don Francisco de Miranda, que con el propio designio se acaba de embarcar para Filadelfia ; su carácter, instrucción y demás circunstancias me han merecido siempre singular distinción y espero le hagan acree-

dor igualmente al aprecio y estimación de V. E. que celebraré infinito.

« Soy constante admirador de las heroicas virtudes de V. E. ; y por lo tanto tendré siempre singular satisfacción en servirle, y que me mande cuanto fuese de su mayor agrado.

« Nuestro Señor guarde su apreciable vida muchos años, y conserve sus gloriosos hechos á la inmortalidad.

Habana, 26 de mayo de 1783.

Exmo. Señor
B. L. M. de V. E. su más atento
y seguro servidor,
(Firmado) JUAN MANUEL DE CAGIGAL,
Teniente general.

Excmo. señor Don Jorge Wáshington, etc., etc., etc. [1].

Galantería y aun homenaje de admiración y cultas frases que poseen en alto grado los espíritus distinguidos, se trasparentan en los finos conceptos de Cagigal respecto de su edecán Miranda. No pudiendo ascender á éste y concederle honores y distinciones le ofrece recomendarlo al monarca y darlo á conocer por la excelsitud de sus relevantes méritos. Y para atenuar la pena que debía engendrar semejante incidente en el ánimo de Miranda, el noble veterano le dice : « *La emulación es constitutiva del mérito, como del cuerpo la sombra ; y así no es extraño lo que á usted sucede, pues proporcionalmente todos los que sobresalen en el mundo pasan por esa misma senda; bien que de todos modos es injusto y sensible.* » Y no queriendo servir á su edecán en el caso que éste necesitase de alguna cantidad, sino de una manera delicada, se vale del ministro de España en los Estados Unidos para que éste le proporcione cuanto pudiera aquel necesitar. Pero todavía hay algo más que levanta á Cagigal sobre las miserias de aquellos días. En la imposibilidad en que se encontraba de satisfacer los deseos de tratar al Fabio de los modernos tiempos, le presenta á su ede-

1. ANTEPARA, *Documents, historical and explan atory, showing the designs which have and the exertions made been in progres by General Miranda*, etc., etc. London, 1 vol. 1810.

cán Miranda por medio de una carta de introducción, con lo que quiso significarle : Ese joven de aquilatados méritos, llamado á representar un gran papel en los destinos de la sociedad moderna, me representará delante del Libertador de la América del Norte.

No, no ; el Miranda que figura en la narración histórica del señor de la Pezuela, á saber ; el contrabandista vulgar, el carácter infidente, el oficial fugitivo que deja comprometida la honra de su superior, no es el Miranda cuyo retrato moral é intelectual fijan las elocuentes frases del reconocido veterano. Media un abismo entre el tipo del Plutarco que iba á brillar en la historia de los dos mundos, y ese otro tipo que saben forjar las enconadas pasiones de una política personal.

Apenas dejó Miranda las aguas de Cuba, cuando se desataron los odios contra Cagigal. Arrestado, durante cuatro años, y sintiendo cernerse sobre su cabeza la gavilla de sus detractores, hubo de defenderse, con brío, con tenacidad, como dice el ilustrado académico cuya obra tenemos á la vista. Durante estos cuatro años sostuvo polémicas con los gobernadores de Cádiz, los consejeros y hasta con los ministros. Al subir al trono Carlos IV éste le rehabilita. — A poco estalla la Revolución francesa y Cagigal está al frente del ejército de vanguardia en la región de los Pirineos. Aquí sobresale como en otros días, en la Extremadura portuguesa, en las playas de Africa, en los arenales de la Florida, en las islas Bahamas. « Es el primero en todos los ataques y el último en las retiradas », así dice uno de sus biógrafos. Su última estación política fué la gobernación de Valencia. Desapareció en los momentos en que el espíritu nacional español, animado por el rayo de Júpiter, se levantaba uniforme, delirante, terrible contra las huestes del Coloso de Europa.

Pero antes de esta época, ya en 1798, después de diez y ocho años de lucha, había terminado el ruidoso proceso intentado por el ministro de Indias don José de Galvez contra Cagigal y Miranda desde 1783. El historiador de la Pezuela, al biografiar á Cagigal dice « que de todo el voluminoso procedimiento, resultaba que Cagigal se había manejado con una pureza y un desinterés iguales á su negligencia en el gobierno político; pero que por un efecto de

su excesiva confianza en el infiel Miranda había dado con el intendente Urriza muchos pasos imprudentes para poner á cubierto á su favorecido ».

El historiador se complace en manifestar que Cagigal fué absuelto, y nada nos dice de Miranda, cuando la absolución comprendió también á éste. ¿ Por qué presentar el uno á la luz de la historia, por qué dejar al otro en la sombra? ¿ Por qué tanta saña, contra el fundador de la Independencia de Venezuela, á los cincuenta años de haber sucumbido en los calabozos de la Carraca? Este vacío en el relato del historiador de la Pezuela, respecto de una figura tan esclarecida como la de Miranda, la llenamos con la siguiente pieza del célebre proceso :

. . . .

« Así mismo *declaraban y declararon por libre de todo cargo en el ejercicio de la referida comisión, y sus incidencias al Teniente Coronel graduado Don Francisco de Miranda, y por legitima y exenta de todo vicio la introducción de los tres Barcos titulados Puerco espin, Tres Amigos, y el Aguila* con los esclavos, géneros, y efectos que vinieron en ellos de la Isla de Jamaica; y revocaban en esta parte la sentencia del Juez Comisionado en que declaró caídos en la pena de comiso los referidos barcos, esclavos, géneros y efectos, y condenó á Miranda á que pagase su importe á la R. Hacienda, con más el valor de las tres carretas, siete yuntas de bueyes, y cinco caballos en que se condujo parte de aquellos efectos desde el surgidero de Batabanó hasta la Habana; en privación de su empleo, y en diez años de presidio á la plaza de Orán ; *y declaraban y declararon á dicho oficial por el contrario por fiel Vasallo de S. M. y acreedor á las Rs. Gracias, en premio, y remuneración del mérito contraído en la delicada comisión que puso á su cuidado el Gobernador Cagigal; resultando por otra parte, como resulta justificado que no tuvo parte (ni aun noticia) del hecho de haber registrado, ó visto las fortificaciones de la plaza de la Habana el mayor general inglés Juan Campbell, como falsamente se informó á su Majestad, etc., etc., etc.* »

Así concluyó aquel famoso proceso que en nada contribuyó á entibiar la amistad que siempre reinó entre el general don Juan Manuel de Cagigal y su edecán el teniente coronel Francisco de Miranda. — ¡ Cuán amistosas las cartas que desde Valencia en 1799,

escribió Cagigal á su querido edecán! — En la defensa del uno estaba la defensa del otro; triunfante el uno había triunfado el otro. Así obró Cagigal. Como coronación de este triunfo de la justicia humana, á pesar de los odios que sabe poner por obra la trama política, insertemos á continuación la interesantísima carta de Miranda á Cagigal fechada cerca de Londres, á 9 de abril de 1800.

« Mi general y muy estimado amigo,

« Con mucho gusto he recibido ayer su apreciable carta fecha en Valencia á 10 de diciembre último; y doy a usted mil gracias por el aviso y extractos de la *sentencia* recientemente pronunciada en el supremo consejo de Indias á favor nuestro. Mas qué satisfacción quiere usted reciba yo en saber más y más las iniquidades de D. José de Galvez y sus agentes, que en parte aún ignoraba cuyas infamias se han tolerado por el gobierno español, á lo menos por lo que á nosotros toca, el espacio de 18 años consecutivos? y que la reparación que por tan graves injurias se nos ofrece ahora es la facultad de perseguir los hijos y viudas de aquellos, sobre una parte del caudal, y honores que á costa nuestra adquieren sus perversos maridos? No amigo mío, lo que por ello debe conjeturarse en mi opinión, es, que la situación del hombre de bien en ese país, siempre será muy precaria; y el perverso, por lo común, goza impunemente del fruto de sus maldades!

Pero lo que realmente me da gran satisfacción es, el saber que mi antiguo y querido amigo Don Juan Manuel de Cagigal, es aún mi verdadero y fiel amigo; sin embargo de las vicisitudes que han podido ocurrir en tan largo y singular período de tiempo!... Nada por consecuencia me sería tan gustoso como el verlo y darle un abrazo; pero las presentes circunstancias lo impiden absolutamente.

El estado de guerra y agitación en que casi toda la Europa se halla actualmente, hacen que una persona algo conocida en el mundo político y militar, apenas pueda moverse de un lugar á otro sin alarma, é inconvenientes; y así más vale estarse quedo, que inquietar á los demás á menos que una evidente necesidad no lo exijiese por el bien de nuestros semejantes.

Por este propio motivo me habrá usted visto desde nuestra sepa-

ración, ya viajando y atentamente examinando una gran porción del civilizado mundo; ya encargado de los ejércitos de la Francia protectriz de la libertad pública; ya traducido por la Anarquía ante el famoso Tribunal Revolucionario; ya rehusando funciones públicas en dicha confusa República; y ya por esta causa proscripto el 18 fructidor del año V (1797), forzándome por ello á tomar refugio en este país, donde hallé acogida favorable por cierto tiempo, y sobre todo un inestimable amigo antiguo, cuya hospitalidad me ha soportado y soporta aun hoy.

Cuál sea el resultado de los graves eventos que se preparan, Dios lo sabe!... mas su amigo de usted, ciertamente no abandonará aquella justa regla y principios honrosos que hasta aquí le han merecido la estimación de usted, y que probablemente han forzado al gobierno español á revocar sus injustos procedimientos, para devolverle (por manos de la justicia santa), su honor y su caudal intactos.

O magna vis veritatis! quæ contra hominum ingenia,
Calliditatem, solertiam, contraque fictas omnium insidias,
Facile se per seipsam defendat.

Cic. pro Cælio.

Cosa singular es por cierto, que al mismo tiempo que la España me hacía tan atroces injurias, yo fuese el único en Francia que ayudado del preponderante influjo de mis amigos (por la convicción íntima en que estábamos, de que la justicia y la moderación solamente podían con prosperidad y gloria llevar adelante la noble causa de la libertad) combatía con suceso la tentativa formal de revolucionar la España á tiempo que se me confería para ello el mando de un poderoso ejército en noviembre de 1792, y luego después nombrándoseme al Gobierno y comandancia general de *Santo Domingo* con ejército de 22.000 hombres y una fuerte escuadra, á fin de proclamar la libertad é independencia de las Colonias Hispano-Americanas?... en cuyos acontecimientos me debería la España por lo menos el reconocimiento de haberle procurado un gran *bien* negativo; pues vine á ser causa de que no se le hiciese mucho mal en Europa; y de que las inocentes Américas no sufriesen tal vez perjuicios incalculables é irreparables!

Veo con suma pena sin embargo, que los agentes del gobierno español en el Nuevo Mundo, se obstinan á tratar mal á los americanos; y que el Gobernador recientemente llegado á Caracas, comienza á derramar sangre con particular ferocidad y audacia. Quiera Dios que semejantes violencias no traigan reatos más funestos para la corte de Madrid; y que aquellos buenos, sencillos y desgraciados pueblos no sean largo tiempo víctimas de la injusticia y perfidias europeas.

Adiós amigo y querido dueño mío; sírvase usted dar mis expresiones á mi señora doña Angela; al señor don Juanito, al amigo don Felipe Cagigal, al Cab. Mata, etc.; estimaría me enviase usted copia formal de la sentencia consabida, y que también la comunicase usted á la Habana y Caracas.

De usted siempre fiel amigo, y seguro servidor.

(Firmado) F. DE MIRANDA.

Señor Don Juan Manuel de Cagigal, etc., etc., etc.[1].

Diez y ocho años de naufragio con la mirada fija en el horizonte lejano en solicitud de un rayo de justicia!... Brilló al fin la luz, y quedaron responsables los inocentes y las viudas que nada tienen que hacer con las acciones de padres y de maridos protervos; calumniadores de todas las épocas, especuladores políticos, para quienes la muerte parece ser un correctivo: el que otorga la Providencia, á los que sepulta en el olvido; el que concede á los desgraciados sucesores que sabrán vivir, no del estigma que heredan, sino de la buena idea que en ellos inspiren las virtudes secretas del corazón humano[2].

1. ANTEPARA. — Obra citada.
2. En un estudio (inédito) referente á Juan Manuel de Cagigal, el fundador de los estudios matemáticos en Venezuela, volveremos á departir acerca de esta ilustre familia.

QUINTA PARTE[1]

CONTRIBUCIONES AL FOLK-LORE VENEZOLANO

ANTES DE COMENZAR[2]

La literatura popular, la ciencia popular; cuanto se refiere á la historia íntima de la familia, de la localidad, y versa sobre costumbres, usos, creencias, supersticiones, tradiciones, fenómenos de la naturaleza, dichos, relatos, cantos populares, adivinanzas, refranes, el porqué popular de todas las cosas, juegos, augurios, etc., trasmitidos de una manera oral de padres á hijos, de generación en generación, es lo que constituye el ramo de los conocimientos humanos que se llama hoy *Folk-lore*.

La traducción literal de estas voces equivale á gente ó la humanidad (*Folk*), y á lección, enseñanza (*lore*); frase que sintetiza la historia oral de un pueblo, su saber, es decir, cuanto se han ido trasmitiendo las generaciones, desde el principio de la sociedad humana. Este título de *Folk-lore*, ha sido aceptado, de pocos años á hoy, por todos los tradicionistas, lo que acerca las nacionalidades y trae, por lo tanto, el estudio comparado de los diversos pueblos, tan fecundo en resultados científicos é históricos. Así, cada nación tiene hoy su *Folk-lore*, y decimos, *el Folk-lore* inglés, el *Folk-lore* español, el *Folk-lore venezolano*, etc., etc. De aquí los nuevos vocablos en castellano, — *Folk-lore*, *folkorista*, *sociedad de folkoristas*. Y es tan grande el número de publicaciones que brotan por todas partes y sirven de tema á varias sociedades, que, sin preverlo, y como atraídos por una necesidad del espíritu, hombres y pueblos se acercan para departir sobre tema tan favorito : el *Folk-lore*.

Una distinguida escritora española, Doña Emilia Pardo Bazán,

1. Esta parte puede considerarse como enteramente inédita por no aparecer en ninguno de los libros publicados por nuestro hermano. Como no podemos calcular la extensión que impresa tenga en este libro, la colocamos en este lugar, á reserva de completar las seiscientas ó setecientas páginas que nos hemos propuesto dar á esta edición, con algunas leyendas históricas escogidas de los dos tomos publicados por nuestro hermano. (N. DE LOS EDITORES).

2. Extracto de la introducción á nuestro vol. titulado *Folk-lore venezolano* (inédito).

presidenta de la Sociedad *Folk-lore* Gallego, dijo, no hace mucho. « Todas cuantas personas se hallan congregadas en ese recinto, han oído quejarse, ó se han quejado alguna vez, de que desaparecen las antiguas costumbres, de que los pueblos pierden su fisonomía, su carácter, su tipo propio, igualándose bajo la mano niveladora de la civilización, que borra todo lo tradicional. —Pues bien, el Folk-lore quiere recoger esas tradiciones que se pierden, esas costumbres que se olvidan y esos vestigios de remotas edades que corren peligro de desaparecer para siempre. Quiere recogerlos, no con el fin de poner otra vez en uso lo que cayó en desuso, que sería empresa insensata y superior casi á las fuerzas humanas, sino con el de archivarlos, evitar su total desaparición, conservar su memoria y formar con ellos, por decirlo así, un museo universal, donde puedan estudiar los doctos la historia completa del pasado. »

. . . .

« La división del Folk-lore en variadas secciones, que cada una de ellas corresponde á una rama diferente del pensamiento ó del conocimiento, legitima la asociación de personas, de aptitudes y profesiones muy diversas, y que todas son indispensables para la constitución y éxito del Folk-lore. El médico puede estudiar y recoger lo que sería difícil para el sacerdote, y éste, á su vez, investigara cosas que aquél no podría acaso profundizar ; el músico recogera las tonadas regionales, los aires que canta y toca el pueblo, la forma de los instrumentos rústicos, hasta las notas de nuestros gritos de guerra ó de alegría ; el pintor reproducirá tipos, escenas, monumentos ; el literato coleccionará las formas métricas y las joyas de la poesía popular ; el profesor, que se halla en tan inmediato contacto con la niñez, descubrirá un tesoro de cuentos, y, en fin, la dama estudiará con interés los juegos, acertijos y trabalenguas infantiles, la formación del gracioso lenguaje de sus hijos, las supersticiones y costumbres domésticas... »

*
* *

Hace cerca de cincuenta años, en 1846, que por la primera vez escribimos acerca de esta materia, en las columnas de *El Liberal*, que redactaba nuestro padre, de grato recuerdo. Nuestros escritos

versaron sobe las oraciones religiosas impresas que cargan al cuello ciertos bandoleros de profesión, oraciones dirigidas á ciertos santos protectores de enfermedades, peligros, etc., y sobre todo, la dirigida al *Justo Juez* que es la que más sostiene la superstición de los espíritus ignorantes de los campos y poblados. Más tarde, disertamos acerca de los amuletos venezolanos en las columnas de una hojita semanal titulada : *Ecos del Avila*, en 1848. Estas fueron nuestras primeras contribuciones al Folk-lore venezolano, sin que entonces nos fuese conocido el nombre genérico que sintetiza hoy, en todas las naciones civilizadas, el estudio oral de un pueblo.

Pero fué más tarde, desde 1852, cuando al entrar en el ejercicio de la profesión médica, hubimos de fijarnos de manera más acuciosa en el estudio de los diversos materiales del *Folk-lore* venezolano. Si desde la infancia conocíamos ya ciertos usos y costumbres del pueblo caraqueño y sabíamos de coro cuanto nos habían referido los mayores, en la práctica médica teníamos que tropezar á cada paso con creencias y supersticiones inveteradas, con errores de apreciación, con temores infundados que se habían trasmitido desde remotos días, al mismo tiempo que la musa popular, siempre contenta y dispuesta, alegraba el hogar pobre, los caminos, las fiestas populares, con sus cantares tan llenos de novedad y de gracia.

* * *

Con los primeros explotadores de la creencia popular con quienes tropezamos, fueron los curadores de mordeduras de serpientes, herederos legítimos de los antiguos piaches aborígenes, todos ellos embaucadores de primera fuerza. Nos llamó la atención la superchería de que se valen, para hacerse aguardar, remitiendo al enfermo el sombrero que debe colocarse sobre la herida y que tiene el mágico poder de obrar mientras que llega el médico hierbatero. ¡ Cómo está arraigada esta creencia en nuestros pueblos campesinos! Con atención sostenida escuchamos cuantos relatos de tristes historias, nos hicieron en ciertos poblados de la antigua Nueva Segovia, acerca del tirano Aguirre, y de su alma errante que, en copos de luz, se presentaba de noche en los caminos, en las ruinas, en los pantanos y cementerios, siempre asustando á los campesi-

nos y transeuntes. ¡Cuántas procesiones religiosas y ceremonias, durante la mañana, practicadas por el cura de aldea en remotos tiempos, para huir durante la noche del *alma del tirano!* En las llanuras Calaboceñas llaman á los fuegos fatuos *Bola de fuego*, y en las de Barinas, *el farol del Capuchino*. Triste es el relato que lleva este título y que conservamos inédito. Y como el cantor llanero celebra cuanto existe en su hermosa pampa, no se ha olvidado de cantar sus aventuras con la *Bola de fuego*, en uno de sus graciosos *corridos*.

Las fiestas de San Juan nos habían cautivado en Caracas, pero fuera de ésta, tuvimos que detenernos ante la fiesta del Precursor, en pueblos de la costa caraqueña. No nos sorprendía tanto el inícuo trato dado á la efigie del patrono, siempre insultado y apaleado, como el estado febril de ciertos pueblos que viven durante veinticuatro horas, en el agua, al influjo de sol abrasador. Después de apurar la vida durante un día, no había un solo enfermo en el poblado. Refieren las crónicas populares que en el día de San Juan no muerden los caimanes, ni las serpientes y otros animales venenosos, y agregan, que todo el mundo está exento de fiebre, lo que es una calamidad para el médico del pueblo. En Venezuela el carácter dominante de la fiesta de San Juan es el agua, el baño por todas partes. En Europa domina el elemento fuego. *Los fuegos de San Juan*, así se llaman las fogatas que por todas partes, encienden los campesinos de origen latino, en los montes y colinas del viejo mundo. Humboldt, después de bajar el volcán de Teyde en las islas Canarias, en 1799, se encuentra sorprendido al ver los fuegos y hogueras que brillan al anochecer, en las faldas del volcán que acababa de visitar. Eran los fuegos de San Juan que elevaban sus torbellinos de humo, en contraste con los verdes montes de las cuestas volcánicas. Eran los pastores del Teyde que llenaban los aires con sus alegrías festejando al patrón de sus antepasados.

Las fiestas de mayo que, en los pueblos europeos revisten un carácter bellísimo, el de sembrar en el hogar el *árbol de mayo*, fiesta que celebra la musa del amor y acerca los corazones infantiles, tiene en Venezuela un carácter puramente religioso, el de celebrar las fiestas de la Cruz y al mismo tiempo, á María. Aun continúan, no ya en las ciudades, pero sí en los campos, los *velorios* de Cruz y los cantos á la Vigen. Estas fiestas en los pueblos de

la Zona Tórrida poseen un encanto de que carecen las de los pueblos europeos y asiáticos, la presencia de la constelación de la Cruz del Sur sobre el horizonte, el sublime crucero, como lo llama el habitante de las pampas venezolanas, que se ha asomado horizontal en los últimos días de febrero y está vertical para los primeros de mayo. De manera que en los campos, cuando el velorio de Cruz se celebra en la naturaleza libre, bajo el fulgor de las estrellas, al frente de la cruz de la familia exornada de flores y de luces, se levanta en el horizonte opuesto, cual celeste y espléndida visión, la Cruz del Sur. Poco á poco va inclinándose hacia el Oeste hasta que se oculta. ¿Volverá? Sí, porque ella es como promesa celeste al hogar virtuoso.

El espíritu supersticioso que domina en casi todas las fiestas populares de Venezuela, se ostenta siempre en las variadas escenas del hogar, y sobre todo, en los postreros lances de la vida. Las plantas medicinales cogidas en los pueblos de las llanuras durante la noche del Viernes Santo, las considera el vulgo más eficaces. Los colmillos de caimanes cazados en los grandes ríos de la pampa venezolana, en los días Jueves y Viernes Santo, son los que solicita y carga el habitante de las dehesas. La palma del Domingo de Ramos es la que se quema en el hogar pobre durante la tempestad acompañada de truenos. La manzanilla, que en potes de loza, cubre las gradas del sagrario el Jueves Santo, y que se cultiva para este acto, es siempre solicitada por las familias caraqueñas. Las oraciones religiosas que se recitan en todas las desgracias de la vida, la guarda no sólo el campesino, que tras las puertas interiores de muchas casas las conservan las familias. Innumerables figurillas de cobre, de plata y de oro, cubren el cuerpo de la efigie de San José, y otros abogados de la familia, en los diversos templos de Venezuela, desde la metropolitana de Caracas, hasta el último templo pajizo de recluída aldea.

En ciertas casas los moribundos están acompañados, en sus últimos días, de imágenes diversas, consideradas como milagrosas, y también figuran en el concurso manos de ciertas vírgenes, potencias de algún Cristo, cuadros religiosos, escapularios, etc., etc. En los días en que se aguardaba el alumbramiento de la reina viuda

de España, todos los pueblos de esta gran nación enviaron al palacio Real de Madrid, sus Cristos, sus vírgenes, sus santos; de manera que hubo necesidad de preparar las salas en que estuvieron alojados centenares de tan deseados huéspedes.

Al ocuparnos en la historia de estos relatos, entraremos igualmente en la de las promesas y de los amuletos que representa cada uno un deseo, una necesidad imperiosa. ¿Quién podrá penetrar en los abismos insondables del corazón humano?

La sección de las supersticiones en el *Flok-lore* venezolano es abundante, pero hay una parte que es admirable; la intervención de los cristos, de las vírgenes y de los santos en nuestras reyertas políticas, durante la guerra de la independencia. Sábese que los castellanos tuvieron siempre como director en jefe á Santiago, y que en Lepanto triunfó la virgen del Rosario. No fué esta virgen sino la del Carmen la que acabó con Miranda, desde 1806 hasta 1816. Ceballos al frente de los corianos, opuso el Nazareno de Coro á las tropas patriotas, y éstas hubieron de huir en 1810. La virgen de la Chiquinquirá en Colombia fué el juguete de patriotas y de peninsulares; todos la querían de pantalla. El general Rivas aseguró en parte oficial, sobre la defensa de la Victoria en 1814, que la Purísima Concepción le había salvado en tan horrible trance, y Páez se agarró de la Virgen del Carmen en sus aprietos de Payara. Cuando el motín de los canarios de Caracas, contra la República en 1811, estos, armados de pies á cabeza, se presentaron en el Teque llevando bandera donde estaban pintados la virgen del Rosario y Fernando VII. Y cuando Puy, contra los patriotas, amenazó á Niquitao en 1813, el P. Gamboa con todos los santos del templo, en procesión en torno de la plaza, logró poner en fuga al terrible jefe realista.

Aseguran los moradores del Estado Zamora que el que lleve consigo la pequeña efigie de la Virgen de Coromoto, abogada de muchos pueblos de Occidente, desde que apareció ahora dos siglos, no le entra bala en su cuerpo, y esto lo confirma el haber sido víctimas en nuestras reyertas civiles, muchos que no la cargaban. Los que celebran la fiesta de San Juan aseguran igualmente, que en este día, ni los que no saben nadar se ahogan, lo que quizás puede ser cierto.

¿Qué nos refieren ciertos vegetales y animales? ¿Qué nos cuen-

tan los pájaros? La meteorología popular ha precedido á la meteorología científica. Cuando no existía la ciencia, la rana anunciaba el tiempo; en posesión de aquella, la mariposa negra no infunde hoy espanto á las caraqueñas. Desde el momento en que el vegetal crece y se desarrolla junto al dormitorio, la larva al romperse, da salida á la mariposa nocturna, siempre de colores oscuros. Atraída por la luz artificial penetra en los dormitorios donde encuentra dulce hospedaje. No es insecto de fatídico augurio sino la pobre crisálida que al transformarse en mariposa desplegó las alas, y se fué en pos de su amada la luz del hogar. Pero la *pavita* no ha perdido todavía su encargo mortuorio, pues donde esté, casa ó cabaña, allí anunciará una y más desgracias. Sería necesario destruir este pajarillo inofensivo, para desterrar de la mente de los campesinos las desgracias que aquella augura.

San Isidro no ha abandonado todavía á los agricultores venezolanos; pero estos no han aprendido del patrono lo que la ciencia ha confirmado, aquella célebre frase *castígalo y apadrínalo*, al hablar de un árbol que se convierte en hojas y no da frutos. Tal frase quiere decir: *azótalo, apaléalo, y cuando lo vieres bien estropeado, déjalo*. Este axioma popular es hermano de aquel otro que pertenece á la enseñanza primaria y dice: *la letra con sangre entra*.

¡Cómo han cambiado en Venezuela las costumbres mortuorias! Desaparecieron los lutos en las salas, los lazos negros en las comidas, y la cesta de pan, la caja de vino y el carnero al pie del túmulo, en las honras fúnebres, uso que venía de los más remotos tiempos. Pero el día de difuntos conserva aún su carácter carnavalesco.

Las supersticiones van desapareciendo, los ruidos de la montaña son conocidos, las almas timoratas han entrado en el comercio de la civilización. Los ferrocarriles han despojado á las selvas y á los sitios solitarios de fantásticas visiones, engendros de la ignorancia. El silbido de la locomotora en el más elocuente de los alertas. No hay ya almas en pena, que la muerte se ha civilizado. Las visiones de la noche van desapareciendo poco á poco; y cuando la luna no riela, las estrellas centellean y guían al caminante de las campiñas. Ya no es temible el diablo suelto el día de San Miguel, como asegura la tradición. Peor que este diablo es la voz interior de la conciencia, torcedor que llevamos á cuesta.

La historia oral de nuestros aborígenes, de nuestros conquistadores, desaparece, y otra civilización se levanta sobre las ruinas del pasado. Narremos cuanto sepamos acerca de los variados incidentes de épocas ya hundidas en el polvo del olvido. Vamos á salvar los materiales del *Folk lore* venezolano. Publicaremos numerosas muestras para entretener á nuestros lectores, y será más tarde, *Deo volente*, cuando daremos á la estampa uno ó dos volúmenes, obedeciendo un plan metódico, en pos de nuestros orígenes históricos.

EL CORDONAZO DE SAN FRANCISCO

Al Dr. D. Puan bta. Castro (Arcediano)

(De la Academia Española
de la Historia)

No hay en Venezuela así como en las Antillas y gran porción de las costas americanas, quien no conozca el título de esta leyenda y lo que él significa. En Caracas y otras ciudades, al comenzar los primeros días del mes de octubre, si por casualidad se presenta alguna lluvia acompañada de fuerte viento y de descargas eléctricas, la mayoría de los habitantes piensa, á un tiempo, en el Cordonazo de San Francisco, que por lo regular, tiene efecto el 4 de octubre, día en que la iglesia católica conmemora al mártir de Asís.

¿ Qué quiere significarse con este título, del Cordonazo de San Francisco ? Es equivalente de tempestad, de tormenta ; es el nombre cristiano del fenómeno meteorológico que se presenta en la época del equinoccio de Otoño, en obedecimiento á leyes inmutables del organismo terrestre. En el océano el Cordonazo está representado por el viento desencadenado que levanta y entumece las olas, que azota los escollos, las costas, sepulta las embarcaciones ; por las nubes de aspecto siniestro que, preñadas de agua, se agitan, y en cuyos dominios centellea la fuerza eléctrica que se descarga enfurecida, hiende los aires en zigzag y llena los espacios de ruidos que repercuten en lontananza ; es la lucha de las regiones de la atmósfera con las aguas del océano. En tierra el Cordonazo arranca los árboles seculares, llévase como aristas los techos de las casas, flagela, destruye ciudades y aldeas, y en su

curso circular, se introduce por las cañadas, se apodera de los valles, siempre destructor, hasta extinguirse. Los aztecas llamaron al Cordonazo *huracán*, que equivale á *corazón de la mar*, *corazón del cielo y de la tierra:* Los Nahuas no podían concebir al autor del Universo sino en el cataclismo, cuando bambolean las montañas y se estremecen los continentes, cuando el océano enfurecido, vertiginoso, terrible, se retuerce en la profunda cuenca que le sirve de prisión. La ciencia moderna, en atención al curso circular del huracán, le llama ciclono. De manera que ciclono, huracán ó Cordonazo de San Francisco, son nombres de un mismo fenómeno, ya en los mares de la India, ya en el mar de las Antillas, ya en el interior de las islas y de los continentes.

Se comprende que este nombre de Cordonazo de San Francisco dado á uno de los ciclonos de octubre, época del equinoccio de Otoño, no puede referirse sino á la época que siguió al descubrimiento del Nuevo Mundo; y nada más natural á los marinos españoles que comenzaron la navegación del Atlántico, que bautizar con nombre tan expresivo á la tempestad que se presentaba el 4 de octubre, día del santo franciscano, quien aparece siempre de súbito, fustigando con el cordón la ola, sepultando á unos náufragos y salvando á otros, que en los grandes cataclismos de la naturaleza no todos los seres están destinados al sacrificio. Que la tempestad se presente el 4, ó días antes ó días después, ó en cualquier mes del año, poco importa, pues ya el uso ha establecido que Cordonazo de San Francisco equivale á temporal, huracán, tempestad, ciclono, en todos los mares del globo.

En la historia de la Antilla San Juan de Puerto Rico, se menciona el huracán ó Cordonazo que azotó toda la isla el 4 de octubre de 1527. Espantoso fué el estrago que hizo por los campos y ciudades este temporal. En otras Antillas se ha presentado el fenómeno en el mismo día 4 de octubre. En muchos lugares de Venezuela la coincidencia del huracán con el día del Santo es un hecho reconocido. No hace muchos años que una manga de agua, acompañada de fuerte viento, de descargas eléctricas, se precipitó en las fuentes del Caroata, produciendo la súbita creciente de este riachuelo, que destruyó el Puente Nuevo.

Esto pasó el 4 de octubre de 1878. Y una tempestad descargada al Norte de la ciudad, en el mismo día 4, por los años de 1830 á 1831, produjo tal inundación en la quebrada del Catuche, que las aguas al formar una laguneta artificial, minaron parte del barranco que linda con los corrales en la antigua calle de la Caja de Agua. A consecuencia de esto la calle se va reduciendo, y dentro de poco la pared Sur del barranco acabará de hundirse.

Cuando en las antiguas épocas de Caracas el Cordonazo de San Francisco se anunciaba en los primeros días de octubre y estallaba con fuerza, todas las familias, desde la pobre cabaña hasta la casa más notable, obedecían á un mismo sentimiento: el de la salvación.

Hace muchos años, que por casualidad oímos narrar un incidente que había pasado en el templo de San Francisco, en uno de los días de la fiesta del Santo, 4 á 10 de octubre, á mediados del siglo XVIII, por los años de 1750 á 1760. No conservamos el nombre del franciscano español que en el suceso figura, pero sí los principales pormenores de éste.

Eran épocas de fe. Predicaba en uno de los días del octavario de San Francisco en el templo de este nombre, un franciscano talentoso que acababa de llegar de España, en pos de ciertos intereses de familia. Había subido á la cátedra sagrada y expuesto el tema de su discurso, cuando de súbito se oscurece la mañana, sopla el viento con fuerza amenazante, cae la lluvia con ruido. « El Cordonazo », repiten muchas voces, cuando de repente cruza un zigzag los aires y tras de éste, estremécese el templo al choque de descarga eléctrica que parecía estallar en uno de los patios del Convento. Al pronto la muchedumbre que llenaba las naves de la Iglesia se levanta, y toda ella como poseída de terror, exclama : « Misericordia, Señor, misericordia ! » Trata de huir, pero no puede, porque las puertas, han tenido que cerrarse para evitar la entrada de la lluvia. Oscurecido como estaba el día, sólo era alumbrado el templo por la débil luz de las arañas y de los altares, y la remisa de las claraboyas.

El joven orador, que se había detenido al sentirse la descarga, sereno y atento permaneció, al comenzar el desorden de la muchedumbre que, llena de pavor, buscaba la salida. « Silencio, silencio », exclama en repetidas ocasiones con voz sonora, y poco á poco fué

restableciéndose el orden. « De rodillas, ante los decretos del Altísimo », exclama de nuevo el orador, y la muchedumbre se postra, sin que se percibiese más que el sollozo de alguna madre. El joven franciscano extiende entonces ambos brazos, y los dirige de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, como en señal de amparo á la muchedumbre conturbada. El Cordonazo continuaba, la lluvia caía á torrentes, los zigzag se sucedían, y el trueno repercutía en lontananza, con gran ruido. Entonces el orador habló.

« En el momento del peligro, señores, se teme ; pasado éste se ora y se eleva el corazón al dispensador de todos los beneficios. Estamos en el templo del Apóstol de Asís, y una de las grandes virtudes de este varón excelso fué la hospitalidad. »

De repente cae otra descarga cercana, y el auditorio asustado quiere levantarse del suelo en ademán de huída, pero el orador, sin perder su aplomo, lo impide. « Levantad vuestros corazones solamente al autor del Universo », dice entonces ; y tomando imponente actitud y con los brazos extendidos, exclama : « Sí, sí, os aseguro, hermanos míos, que esa tempestad no pasará de los linderos de este templo. Hay quien pueda conjurarla. » Y después de breve pausa, y en medio de augusto silencio, continúa. « El Apóstol de Asís, cuya fiesta celebran en estos mismos días todos los pueblos de la cristiandad, en toda las latitudes de la tierra, no es azotador ni verdugo de la humanidad, ni se complace en sacrificar víctimas en las prolongadas horas del peligro. El Cordonazo de San Francisco es uno de tantos nombres con los cuales se conoce la tempestad en los dilatados mares de América, así como se llama Santa Bárbara el depósito de pólvora en los buques de guerra, mal de San Antonio á la lepra de que sufren tantos desgraciados, mal de San Lázaro á la elefancía que ataca á tantos infelices. Si existen desheredados en la sociedad, porque en ésta la conservación es necesaria, no hay desheredados de Dios, ni de aquellos que han enseñado á amarle por medio del dolor, de la mortificación y del hambre. San Francisco está en el huracán y en los campos desolados por la guerra, por la plaga, por la epidemia, por el hambre. Dondequiera que le invoquéis, él aparece, no como azote, armado del cordón que flagela, sino con la mansedumbre del cordero, con los brazos extendidos, con las manos donde estampó el Salvador

los estigmas del dolor. El, él es quien en estos momentos de angustia intercede por nosotros. La tempestad ha pasado, señores, tornemos á las alegrías del día y celebremos al Santo entre los Santos. »

Y el orador continuó su discurso interrumpido por el Cordonazo de San Francisco [1].

Este incidente no imprime carácter al hecho de llamarse Cordonazo de San Francisco al ciclono. Es un suceso local que puede haberse repetido ante los grandes fenómenos del mundo físico, en todas las regiones de la tierra. Mas sucesos de otro orden sobran para crear la leyenda americana referente al Cordonazo : hechos históricos, conmovedores, de grande enseñanza.

Para crear la leyenda americana del Cordonazo de San Francisco, debemos penetrar en la historia del insigne Colón, seguirle en los diversos huracanes que le persiguieron, después del descubrimiento del Nuevo Mundo. Las desgracias del famoso Descubridor, las persecuciones y vejaciones que recibió de sus malos enemigos, la llegada de los frailes que al mando del virtuoso Fray Alonso de Espinar, arribaron á la Española, en 1502, con el único objeto de plantar en la isla las órdenes religiosas del Apóstol de Asís ; la llegada de la famosa escuadra de Nicolás de Ovando, y tras ésta el arribo de la flota de Colón, para quien estaban cerrados los puertos de la isla ; el huracán que amenaza á la misma escuadra de Ovando que debía regresar inmediatamente, conduciendo á los enemigos del Almirante ; el pronóstico de éste cuando suplica á sus enemigos que no salgan, porque les amenaza muerte cierta ; la destrucción de toda la escuadra y muerte de Bobadilla, Roldán, etc., y de los tesoros que llevara, la salvación en fin de Colón y de su hermano ; todos los incidentes de esta noche de venganza que parecía obra del destino... he aquí donde encontraremos los argumentos de la leyenda titulada, El Cordonazo de San Francisco.

1. En una reunión de familia en casa del Deán Quintero, en la cual estaban presentes los Obispos de Guayana y de Trícala, los oradores Alegría y Alvarado, y otros sacerdotes más, hace muchos años, escuchamos narrar estos hechos, con referencia á un franciscano español que visitó á Caracas por los años de 1750 á 1760. El tema había sido, si mal no recordamos, los arranques de la oratoria sagrada, en medio de situaciones angustiosas para la sociedad, como la guerra, las epidemias, los terremotos, el temporal, etc., etc., etc.



La primera tempestad de la cual se salvó Colón en su regreso á la Española, después de su primer viaje, fué en 1493. El Almirante, al verse en peligro, hizo promesas de llevar á término ciertas romerías y la suerte le protegió en tres ocasiones. La primera tempestad que estremece las costas de la Española, después del descubrimiento del Nuevo Mundo, se verificó en octubre de 1495, al desembarcar Juan de Aguado y sus secuaces, este primer fanfarrón enemigo gratuito del Almirante. Los moradores indios decían que jamás se había visto huracán más horrible, pues todas las carabelas fueron destruídas. Para los indígenas aquello fué un castigo de Dios contra los hombres blancos que tanto mal hacían á los infelices moradores de Haití.

Regresó Colón á España en 1500, después del tercer viaje, é iba preso y lleno de cadenas. Había salido á comienzos de octubre y llegó acompañado de buen tiempo. San Francisco le había favorecido llevándole salvo á las costas españolas en 25 de setiembre. Sábese que Colón pertenecía á la orden de los Terceros, y que con frecuencia nombraba á San Francisco en sus tribulaciones. Acostumbrado el hábil piloto á ser perseguido por las tempestades, desde aquella que le sorprendió en las Islas Canarias y Azores, antes de emprender su primer viaje al Nuevo Mundo, aprendió en todas ellas á vencer con la ciencia, con la prudencia y con la fe. Así logró salvarse y salvar sus tripulaciones que llegaron á verle como oráculo. Ya le veremos generoso y espléndido como siempre, tratar de salvar á sus enemigos, en situación angustiosa, terrible.

En la conquista de la Española, figuraron, después del segundo viaje de Colón, dos hombres calificados por la mayoría de los cronistas castellanos y extranjeros, como espíritus vengativos, protervos, de innobles pasiones, que se propusieron acabar con Colón y sus glorias y no llegaron á alcanzar sino desastrosa muerte, como premio de las tropelías que infirieron al Descubridor del Nuevo Mundo. Estos malos hombres llevaron un mismo nombre, el de Francisco : Francisco Roldán fué el uno, Francisco Bobadilla el otro.

Francisco Roldán había sido criado de Colón, quien le había sacado de la miseria y de la oscuridad ; y como poseía talento natural y actividad no le faltaba, llegó á obtener en Santo Domingo el

empleo de alcalde ordinario de la Española. En posesión de la confianza del Almirante, éste, en momentos de regresar á España, nómbrale juez de la isla. Alma depravada, despojada de todo brillo y abrumada por las consideraciones que recibiera, no pasó mucho tiempo sin hombrearse contra su protector, y en 1497 dió el grito de rebelión contra el Almirante. Desde este entonces comienzan las fechorías de este ruin, devorado por la más torpe envidia. Vencido y perdonado por Colón, hubo de humillarse de nuevo ante su protector, para de nuevo levantarse con más furia y recibir beneficios. En la historia de la conquista de la Española, si el papel desempeñado por Francisco Roldán le hace aparecer como espíritu menguado é infame, el de Colón resalta por el talento, por la generosidad y prudencia con que supo vencer á su implacable enemigo [1].

Cuando en 1500 el Gobierno de España envía á Francisco de Bobadilla con el único objeto de perseguir á Colón, los dos Franciscos se unieron en estrecha alianza. En las tropelías y vejaciones cometidas por Bobadilla para el Almirante, Roldán aparece siempre al lado del terrible perseguidor que pudo desplegar los dobleces de su alma contra el Descubridor del Nuevo Mundo, dejando á la historia nombre execrable. Ya veremos como el premio de tantas maldades ejercidas por aquellos hombres contra Colón lo encontraron en las olas embravecidas del océano.

¡Qué días aquellos, los de julio de 1502! ¡Cuántos acontecimientos inesperados, cuántas desgracias imprevistas, cuánto azote y cuánta justicia, cuando la naturaleza se hizo cargo de salvar á los justos y de castigar á los criminales, siempre enloquecidos, cuando víctimas de feroces pasiones, no aceptan como factor la lógica divina que aparece siempre en los grandes cataclismos de la sociedad humana! Colón había salido de la Española, después de su tercer viaje, cargado de cadenas, y así lo remitió Bobadilla á los Reyes católicos, cual criminal infame que no merecía sino el desprecio. Y los Reyes católicos al recibirle, le libertan de tanto oprobio, condenan á Bobadilla, le suspenden, le llaman y le ordenan que « restituya al Almirante y á sus hermanos, su hacienda, vestidos, escrituras y cuanto les había tomado, sin que nada les faltase, y que

1. Véanse los historiadores de Colón.

cumpliera puntualmente con lo demás que tocante al Almirante se le había ordenado, etc., etc. Y añadió el monarca que si el oro y todo lo demás que Francisco de Bobadilla tomó al Almirante y á sus hermanos, lo hubiese gastado y vendido, se le hiciese luego pagar[1] ».

Portadora de estas órdenes sale para la Española la famosa flota de Ovando, en febrero de 1502; llevaba á bordo dos mil quinientos hombres, en treinta y una embarcaciones. Furiosa tempestad la asalta al dejar las costas castellanas; furiosa tempestad la asaltará al dejar las costas del Nuevo Mundo. Sale Ovando y tras de él va Colón, restituído á la gloria, satisfecho, justiciero y siempre espléndido. Va á realizar su cuarto y último viaje que complementará el descubrimiento del Continente colombiano.

Pero al llegar á las costas de la Española, Colón se ve en la necesidad de carenar una de sus embarcaciones: pide licencia á Ovando para entrar al puerto y éste se la niega. Resígnase el grande hombre ante el hado, y previendo que iba á estallar terrible huracán, cuyos estragos temía, envía á decir á Ovando que suspendiera la salida de la hermosa flota, donde iban Bobadilla, Roldán y sus crueles enemigos, pues temía por la vida de tantos desgraciados. Ríense los enemigos de Colón de profecía tan humildemente anunciada, le apodan, le mofan y se embarcan maldiciendo al Descubridor del Nuevo Mundo.

Leamos lo que nos relata el cronista Herrera:

« En llegando Nicolás de Ovando, y que sus provisiones se notificaron, y obedecieron, luego las hizo ejecutar; y porque habían de venir á Castilla los alzados, con Francisco de Bobadilla, en la Capitana se embarcaron con él, Francisco Roldán, el alzado y otros de su opiníon, que no fueron pocos; y era como queda dicho general de la flota, Antonio de Torres; también embarcaron en la Capitana al Cacique Guarionex, señor de la Gran Vega Real; metieron en ella cien mil castellanos del Rey, con el grano de oro de tres mil y seiscientos pesos, y otros cien mil de los pasajeros, que iban en la nao; con que se conoció el poco fundamento, con que calumnia-

1. Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos*, etc.. Década 1.ª.

ban al Almirante sus enemigos, sobre que los Reyes gastaban, y no sacaban provecho de la Isla ; pues eran entonces más estos doscientos mil pesos, que ahora dos millones. Salió la Flota con treinta y un navíos, en principio de julio, y á cuarenta horas vino tan gran tempestad, que había muchos años, que otra tal en la mar de España los hombres no habían experimentado ; perecieron las veinte velas, sin que hombre escapase, y toda la villa de Santo Domingo, que entonces estaba de la otra vanda del río, como todas las casas eran de madera y paja, cayó en el suelo; y al principio de la tormenta, con la gran oscuridad, que los marineros llaman cerrazón, los navíos del Almirante se apartaron los unos de los otros, y cada uno padeció gran peligro, estimando de los otros, que sería gran milagro, si escapasen, volviéronse á juntar en Puerto Hermoso, ó de Azua, que está cuatro leguas de aquel, poco más, y así escapó el Almirante, y sus navíos, y los de la flota perecieron, por no creerle ; allí hubo fin Francisco de Bobadilla, el que envió preso con grillos al Almirante, y sus hermanos, sin darle cargo, ni oírle descargo : Y se ahogó, y pagó su pecado el rebelde Francisco Roldán, y muchos de sus secuaces, rebelándose al Rey y al Almirante, cuyo pan comió y haciendo grandes vejaciones á los indios; allí acabó el cacique Guarionex ; allí se hundieron los doscientos mil pesos, con el monstruoso grano de oro. Iba en esta flota Rodrigo de Bastidas, y se escapó en un navío, de los seis, ú ocho que se salvaron, entre los cuales fué uno, llamado el Aguja, el peor, que era el que llevada la hacienda del Almirante, cuatro mil pesos, que fué el primero que llegó á Castilla, que pareció Divina permisión. »

Así concluyó la vida de los dos Franciscos, el de Bobadilla y el de Roldán, estos corazones envidiosos de la pura gloria del Almirante; así desaparecieron los tesoros reales y particulares, y el famoso grano de oro destinado á los Reyes. Así desapareció la primer ciudad de Santo Domingo, y cundió el luto y el espanto en centenares de familias en medio de horrible desolación. Y todo esto se verificaba en los días en que era introducida en la Española la Orden franciscana y se daba comienzo al primer convento dedicado al Apóstol de Asís. San Francisco se había anticipado en tres meses

á su día, el 4 de octubre, y queriendo castigar á los hombres que, si llevaban su nombre, no ponían en práctica las virtudes que él había hecho germinar desde remotos tiempos, tuvo á bien azotar las olas, encrespar el océano y salvar á Colón, al mismo tiempo que sepultaba en los abismos á Bobadilla, á Roldán y á centenares de corazones depravados.

El Cordonazo de San Francisco, cual azote de Dios, rindió culto á la justicia y condenó al criminal. Colón continuó en su carrera de triunfos. Le aguardaban la admiración de los siglos, los panegíricos de la historia y la gloria de abrir con su grandioso descubrimiento la época de los modernos tiempos.

LA VIRGEN DE LA FAMILIA TOVAR

En las remotas épocas de la historia de Caracas y de todas las capitales de la América española, sólo por dos medios se alcanzaban títulos y honores : sirviendo al Rey ó sirviendo á Dios. La conquista y pacificación de los indios; la defensa de las costas atacadas por filibusteros codiciosos, defensa espontánea donde el súbdito sacaba de su peculio el sostenimiento de los defensores del patrio suelo; los empréstitos hechos al monarca ó á la nación que pagaba, si podía, ó indemnizaba con algo que halagara á la vanidad más que á la codicia; el sostenimiento del culto católico, que consistía en crear alguna cofradía y ser de ella mayordomo, levantar algún templo, reconstruir otro, contribuir con regalos y buenas obras al sostenimiento de rumbosas fiestas religiosas, eran causas elocuentes para exigir del monarca empleos y aspirar á títulos nobiliarios.

Estaba en la índole y educación de la nación española que lo había heredado de las sociedades antiguas que siguieron al triunfo de la cruz, encomendarse á todos aquellos mártires dignos de santidad y de veneración por haber sembrado virtudes excelsas en el sostenimiento de la fe cristiana. Con los conquistadores entraron en América los santos del martirologio, así fué que cada familia, cada

templo, cada aldea, cada ciudad, tuvo protectores y patronos. Ya en otro escrito hemos hablado de las tres Vírgenes que con los nombres de Chiquinquirá, Copacabana y Guadalupe, figuraron en Cundinamarca, Perú y Méjico.

A proporción que familias de España se establecieron en Caracas, desde fines del siglo XVI, cada una de ellas se instaló con sus penates al pie del Avila, dedicándose al Santo ó Virgen de su devoción. Así, la familia Mijares de Solórzano protegió el culto del Crucificado; la de Ponte tuvo la Virgen del Carmen; la de Bolívar, lo mismo que la de Rodríguez Toro, se fijaron en la Santísima Trinidad. La de Pacheco aceptó la Guadalupe, la Santa Familia perteneció á la de Avila, las de Alonso Gil é Istúriz que eran una misma, continuaron en Caracas como en España, su devoción al Cristo de Burgos. Aceptó la colonia española en Caracas, después de fundada la República, á la virgen del Rosario, cuya imagen fué donada por Felipe II á los dominicos de esta capital. Los hijos de las islas Canarias se dedicaron á la Virgen de Candelaria, y á ellos se debe el templo y parroquia de este nombre. Los negritos de Altagracia optaron por la virgen de este nombre y fundaron la cofradía de Dolores; los de San Mauricio se hermanaron con el Bautista y fundaron la cofradía de San Juan.

*
* *

La familia Tovar desde comienzos del último siglo aceptó con estusiasmo el culto á la virgen de Guía. ¿De donde venía esta virgen? ¿En qué lugar de España había tenido su aparición? Como había llegado á Caraca ?

Recordemos la tradición castellana para en seguida hablar á nuestros lectores de la aparició de la imagen en los mares de Maiquetía, ahora ciento sesenta y más años.

Era el siglo XVI. En Andalucía el duque de Arcos de la Frontera, don Rodrigo Ponce de León, había salido en cierto día de la ciudad de Sevilla con el objeto de pasear los vecinos campos de Castilleja de la Cuesta. Espléndida estaba la tarde, vegas y montañas sonreían, perfumada soplaba la brisa, cuando al descender el sol, el duque quisó retornar á l ciudad. Bajaba el coche la cuesta,

cuando las cuatro mulas conductoras se detuvieron de improviso al pie de aquella, doblando las rodillas delanteras. Admirado el cochero de suceso tan imprevisto, trata de levantar los animales cuando ve que es imposible. Don Rodrigo distraído adentro no sabía lo que pasaba, y extrañando la parada, gritó en repetidas ocasiones, *guía, guía;* á lo que contestó el criado. « Señor, las mulas han doblado las rodillas delanteras y no pueden levantarse. »

En esto se apea el duque y ve á las mulas postradas de hinojos. El cochero trata de pararlas estimulándolas con el látigo y nada se consigue. Don Rodrigo, según refieren los cronistas españoles, comprende que en aquello hay algo de sobrenatural que era necesario investigar, — y poniéndose en observación el duque y cochero, encontraron que al pie de la cuesta, frente á las mulas, entre grietas, se asomaban ráfagas de vísima luz que apagaban los destellos del sol poniente. Al instante Don Rodrigo despacha á su cochero á Castilleja de la Cuesta en solicitud de hombres armados de instrumentos agrícolas, para así penetrar en las hendiduras del talud. Llegan los trabajadores y á poco aparece ante estos y el duque, una gruta llena de flores que tenía en el fondo una imagen bellísima de la Madre de Dios, de la cual partían los destellos de luz que obligaron á las mulas á caer de hinojos.

A tal descubrimiento salió el pueblo en masa, y el duque lleno de entusiasmo, juzgándose ser el instrumento de que se valía la Providencia para el culto de la Virgen, ofreció levantar una ermita en aquel lugar, y dispuso que llevaría el nombre de *Nuestra Señora de Guía* que los moradores del pueblo aceptaron desde entonces como patrona y protectora de Castilleja de la Cuesta.

Concluída la ermita, fijose el día 2 de julio como fiesta de la Virgen. Desde entonces han pasado cerca de tres siglos, y aunque el fervor religioso ha tenido alzas y bajas, y son el tiempo y la inconstancia humana, agentes de destrucción, todavía, aunque en ruinas, se conserva la ermita que levantara á la Virgen de Guía el duque Don Rodrigo Ponce de León[1].

La aparición de la Guía en Caracas tiene otro origen. Refiere la

1. Pallés, *Año de María ó colección de noticias históricas, leyendas, ejemplos*, etc., etc. vol. IV.

tradición y lo testifica el Padre Navarrete en su libro de crónicas, que la imagen tan venerada y estimada que se conservaba en la antigua ermita de San Mauricio, apareció de la siguiente manera. Al poniente del puerto de La Guaira, en la costa de Maiquetía, viose en cierta mañana de una época que no se indica, un cajón pequeño que flotaba sobre las olas y tenía escrita la palabra *guía*. Al instante se dirigieron hacia el bulto algunos pescadores de la costa, traen la caja, y delante de las autoridades civil y religiosa la abren, sin encontrar en ella, ni papeles de referencia, ni documento alguno que hablara del contenido, el cual consistía en un bellísimo bulto de mujer que parecía la Virgen María, con los ojos dirigidos al cielo. Pasmada toda la población de Maiquetía con semejante aparición, determinaron los eclesiásticos dar parte del hallazgo á la autoridad episcopal. Ve esta el santo rostro, y movido de celestial impulso, dice el cronista Navarrete, dispuso que se completase al bulto con el resto del cuerpo y manos y se tratase de formar una escultura completa. Púsose á la escultura niño en el brazo izquierdo, cetro en el derecho. Y así quedó venerada, desde entonces hasta ahora pocos años, en que fué demolido el antiguo templo de San Mauricio, Nuestra Señora de Guía [1].

Este suceso tuvo efecto en los primeros años del siglo XVIII.

La familia Tovar que se había establecido en Caracas desde mediados del siglo XVII, aceptó el culto á la virgen de Guía por los años de 1735 á 1738.

* * *

Existe en Caracas, en la avenida Oeste, una casa antigua de hermoso portón y tres ventanas, marcada con el número 132. En cierta época del pasado siglo (parece que el edificio de que hablamos construído por los años de 1724 á 1726, resistió al fuerte sacudimiento de 1766 y al terremoto de 1812), conocíase en el poblado con el nombre de *la casa del martillo*, por causas de que hablaremos más adelante. Casa solariega de la familia Tovar, en ella vivieron y murieron muchos de los miembros de esta distinguida familia, cuyo

1. NAVARRETE (Fray Juan Antonio). *Arca de letras y teatro universal*, 1 vol. manuscrito. — Biblioteca Nacional.

timbre principal consiste en haber proporcionado, en toda época, desde sus orígenes, varones útiles al patrio suelo, contribuído al ensanche de la agricultura, de la cría, de la enseñanza, haber dado hijos ilustres al clero, á las bellas artes, á la sociedad venezolana, hasta coronarse, al comenzar la revolución de 1810, con la exaltación de uno de sus principales hombres, el eminente Martín Tovar Ponte, uno de los principales factores de la emancipación de Venezuela, y uno de los primeros personajes en nuestras juntas, diputaciones, campos de batalla, congresos, gobernaciones, etc., hasta 1842. Espíritu recto, patricio de grandes quilates, carácter popular, vive aun su nombre en la memoria de las generaciones venezolanas que se suceden, como el de Aristides en los pueblos y ciudades de la antigua Grecia.

La *casa del martillo* fué una de las fincas mimadas de la familia Tovar. En ella vivieron don Diego de Tovar y Galindo, después uno de sus hijos, don Diego Tovar y Blanco y más tarde, el Presbítero don Antonio Tovar y Blanco, dueño de la posesión llamada Mariara. En 1740, don Antonio fundó un censo á favor de su hermana doña Catalina de Tovar y Ponte. Desde esta fecha comenzaron en San Mauricio las fiestas de la familia Tovar á la Virgen de Guía que se celebraba el 2 de julio. Y con tanto fervor inició este culto, que se impuso cada uno de los miembros de la familia dejar algo en su testamento para las fiestas y conservación de la virgen. Varones y hembras iban desapareciendo y el culto religioso continuaba como una imposición tan honrosa como satisfactoria á todos y cada uno de los miembros de la familia.

Era de tono en la Caracas del pasado siglo que cada fiesta religiosa comprendiese un octavario. La familia había creado una cofradía con el nombre de cofradía de la Virgen de Guía, en la cual figuraban los miembros de ella y sus esclavos, pudiendo más tarde agregarse los esclavos que quisieran. Vestían hábito blanco con cintas blancas. Al llegar el día de la fiesta, toda la familia, llevando flores, asistía á ésta, y concluída la ceremonia se cantaba un responsorio por los muertos de la casa. No había bautismo, matrimonio, súplica que no presenciara la Virgen. La imagen de ésta figuraba en Mariara, en la Vega, en los llanos y en todas las propiedades de la familia, conservándose aún cierta pintura que lleva

en la mano izquierda, no al niño Dios, sino un condesito de gracioso garbo, vestido á la usanza de los pasados siglos. ¿ Es tal pintura creación del viejo duque de Arcos de la Frontera en el siglo xvi, ó pertenece á la familia Tovar, después de haber obtenido uno de sus varones el título de conde, en 1773? Rechazamos la pregunta por inoportuna.

*
* *

De obligación era que la procesión de la Virgen de Guía saliera en el último día del octavario y pasase por la casa de don Diego Tovar y Galindo. En uno de los octavarios de aquella época, 1740 á 1750, la procesión que había salido de San Mauricio y llegaba á la puerta de don Diego, cuando de repente inesperada lluvia pone en desorden el acompañamiento y en conflicto á los cargadores de la imagen. Tratan éstos de abrigarse en la casa solariega de la familia y al instante vese que no puede la mesa pasar por la estrecha entrada. La casa, aunque hermosa, tenía un portón reducido, de acuerdo con el angosto corredor de la porción oriental del patio.

¿ Qué hacer en tan apurado trance? Todos los propietarios de las casas vecinas se ofrecieron á recibir la Virgen, pero don Diego, herido en su orgullo, prefirió que la imagen se mojara antes de recibir hospitalidad en casa que no fuera de alguno de los miembros de la familia Tovar; así hubo la imagen de retroceder á San Mauricio adonde llegó bañada.

He aquí á don Diego preocupado con el percance de que la entrada de su casa no hubiera podido permitir el paso de la virgen y el que ésta hubiese sido bañado por el agua. ¿ Qué hacer? Contiguo por el este con la casa Tovar, estaba un solar perteneciente á la familia Piñango, de donde viene el nombre de la esquina así llamada. A duras penas pudo el de Tovar conseguir que le cedieran un pedazo para ensanchar así el portón y corredor de su casa solariega. Llevose á término la obra y presentose espaciado el zaguán con el martillo á la derecha del corredor, en tanto que el vecino, al construír la casa actual, tuvo que ocultar con engañosa persiana la escotadura que se dejó hacer en la suya.

Desde entonces y por muchos años, llamose á esta finca de la familia Tovar, la *casa del martillo*.

Era natural y estaba en la vanidad de la familia que vencido el inconveniente, la Virgen de Guía aguardase el próximo octavario, para entrar triunfante en la casa de sus protegidos y pasar la noche en el zaguán y martillo de la casa convertidos para este acto, en espléndida y graciosa capilla. Así debía suceder. Salió la procesión en la época indicada, recorrió las calles que acostumbraba y entró la Virgen en la casa de don Diego, donde la velaron con gran pompa los miembros de la familia Tovar, en tanto que el público la veneraba desde la calle. A la siguiente mañana, acompañada de numerosa concurrencia, la Virgen salía para San Mauricio, donde fué obsequiada con nueva fiesta.

Doña Ana María, la matrona más anciana de la familia frisaba en los noventa años, y aunque achacosa, no faltaba á la fiesta anual de la patrona de su hogar. A proporción que envejecía, le pedía á la Virgen que le diera la muerte porque ya estaba demás en el mundo; pero que ésta debía acaecer durante el octavario. Así pasaban años tras años y la señora continuaba en sus súplicas, cuando al cumplir los noventa y dos años, en 1808, en los últimos días del mes de junio, hizo reunir en derredor de su lecho á todos sus parientes é indicó á las jóvenes de la familia que llevaran á la Virgen flores de los campos, porque la celestial patrona le había revelado que dejaría el mundo en el próximo octavario.

Llega el 2 de julio, día de la fiesta, y la señora oraba. Pasan los días 3, 4 y 5 del mismo mes y la señora continuaba orando. La familia asiste á las ceremonias del 6, cuando la anciana, sin que lo notaran los que la acompañaban, cierra los párpados y se entrega al sueño eterno. Cuando regresaron las niñas de la familia, encontraron muerta á doña Ana María. La Guía se la había llevado antes de concluir el octavario.

* * *

Ochenta y cuatro años han corrido después que dejó el mundo esta tan devota como caritativa señora. Desde entonces el culto de la familia Tovar á su celestial patrona continuó, como herencia de familia; pero llegó cierto día en que comenzó á menguar el sentimiento religioso de los antiguos tiempos, en que fueron extinguidas

las cofradías y hermandades, en que la nueva civilización iba á derrocar á la antigua. Cuando llegó el momento de derribar la vetusta ermita de los mártires Sebastián y Mauricio, para levantar la Santa Capilla, en las vísperas del centenario de Bolívar, Monseñor Ponte distribuía los santos, altares y ornamentos del derruído templo, cuando se presentó el único que quedaba de los hermanos de la Cofradía de la Virgen de Guía; el maestro Madera.

— ¿ Quieres llevarte á Nuestra Señora de Guía, preguntó el Arzobispo al maestro?

— Con entusiasmo la llevaré á mi hogar, contestó el buen anciano; pero que venga con sus compañeros Santa Efigenia y San Benedicto.

— Concedido, contestó Monseñor.

Desde entonces la Virgen de Guía que apareció en aguas de Maiquetía por los años de 1720 á 1730, dejó el templo para habitar casa particular, la del maestro Madera.

Ya los descendientes de la familia Tovar no rinden culto á la protectora y patrona de sus antepasados. Los tiempos van cambiando y con ellos los usos y costumbres, en todas las zonas, en todos los pueblos de la tierra.

Tornemos ahora á la *casa del martillo*. Este, ¿dónde está? Quizá oculto tras bosquecillo de verdura. ¡Cuánta sorpresa al penetrar en el corredor de esta antigua casa! Las miradas vagan, queriendo detenerse en algo, y es á poco, cuando el visitante se fija á contemplar las diversas agrupaciones vegetales del bellísimo recinto. Patio, corredores, arcadas, paredes, todo, todo, está convertido en jardín encantado. Por dondequiera levantan sus penachos palmeras jóvenes, se asoman las hojas coloridas de los euforbios y del crotón y de las graciosas begonias que se mezclan con espárragos y helechos que aparecen como aglomeraciones de encaje de seda color de esmeralda. Grandes y ricos jarrones de la cerámica francesa decoran los corredores y sobre ellos prosperan elegantes alocacias, con hojas de brillo metálico, anturios, caladios con las gracias de la primavera, azaleas, camelias y otras plantas exóticas en dulce confraternidad con las hijas del trópico.

Rosales, pelargonios, begonias con flores color de escarlata,

cubiertas los pies con alfombras de verdor, naranjillos enanos de Otaiti cargados de rubias pomas, se mezclan con azucenas exóticas que se yerguen altaneras al levantar sus tallos floridos en solicitud de la luz. De los arcos penden cestillos cargados de plantas que caen en festones, y de las paredes y techo, pequeños leños cubiertos de musgo donde prosperan orquídeas reinas de nuestras montañas. Cuando llegan los días de mayo y junio, patio, paredes, columnas arcadas y hasta los aleros del patio, aparecen cubiertos de numerosas *Catleyas*, de variados matices, desde la blanca y la violada hasta la amarilla, y la encendida, que embalsaman el ambiente con su delicada fragancia. Hemos llegado á contar hasta ciento noventa de estas orquídeas que decoran el pequeño jardín de Armida. Al fenecer cada flor, desaparecen los leños y van á invernar, si así puede decirse, en los patios interiores, para tornar al siguiente año; mas no por esto desaparece por completo la catleya, que por lo menos hay diariamente alguna que apartada y solitaria atrae las miradas en este templo de verdura.

Cuando cesa el aroma de las catleyas, aparece en el variado recinto, el de los pelícanos y cigarrones, orquídeas también admirables por su porte, por sus formas. Así se renueva este nuevo incienso que en espirales invisibles elevan las orquídeas generosas á la diosa Flora.

El que sorprendido en presencia de tanta belleza vegetal, pasa del jardín á la sala, tropieza en ésta igualmente, con jarrones de bello porte donde prosperan *pandanus* de porte elegante, palmitos y lirios, gladiolas y eucaris que salen de sus escondites para ostentar sus gracias en la sala de la casa. Por todas partes la cerámica moderna alterna con las hijas predilectas de la inmortal Flora, en tanto que aves mudas, de rico plumaje que perdura, pero sin canto, asoman sus picos mudos por entre el follaje del frondoso jardín que es una de las riquezas de la *casa del martillo*.

¿ Quién es la dueña de este edén? Una anciana con corazón de niño; espíritu gentil, cultivado, alma caritativa, abnegada : es la parte etérea de la familia que en esta casa mora.

*
* *

Subamos ahora, que una escalera alfombrada nos indica el camino.

Vamos á visitar el desván de un anticuario, después de haber contemplado el jardín de Armida. Una tarjeta sobre la puerta de entrada nos llama la atención, y en ella leemos estas frases del poeta inglés Keats : *A thing of beauty is a joy for ever ; un solo objeto de arte basta para regocijar eternamente el corazón ;* lo que en traducción libre, podría decirse : ni las riquezas, ni el poderío, ni la gloria, ni el éxito son las únicas fuerzas que pueden amar y contemplar el ideal del arte. También el pobre, el espíritu solitario, pueden concebir la estética de la naturaleza, y las bellas creaciones de la inteligencia humana, en lo que tienen de celeste, de eterno. No hay necesidad de riquezas para contemplar lo noble y lo bello; la pobreza posee igualmente la intuición del espíritu, del arte, en sus misteriosas confidencias con el alma humana.

Abramos. Estamos ya en el interior y nuestras miradas vagan por todas partes sin poderlas fijar. Las paredes de este santuario de la meditación y del arte están cubiertas por completo de cuadros antiguos y modernos, de bronces, de platos y espejillos antiguos, de brocados y tapices que han hecho desaparecer el empapelado de los muros. Todos los muebles de este recinto son de caoba, de palo de rosa, ó de maderas americanas; representan la Caracas de antaño, y están cubiertos de tisús y brocados antiguos. Los objetos de cerámica alternan con las estatuas de bronce, los cuadros de pintura con objetos de marfil, con estatuitas de hierro, de *terra cota*, é innúmeros objetos del arte indígena, en su época prehistórica. Quiches, Aztecas, Incas, Chibchas, Caribes, Haitinos, Cumanagotos, Caiquetíes, y otros pueblos de la América prehistórica, tienen sus representantes en las consolas que adornan las salas del anticuario que mora en esta mansión. El arte antiguo fraterniza con el arte moderno : copias de Murillo, de Velásquez, de Rafael, de Correggio, de Guydo Reni, alternan con originales de las escuelas modernas de España y de Francia. Y en medio de tantas pinturas, se asoman con sus obras los artistas venezolanos, como Lovera, Martínez, Carranza, Tovar, Michelena, Rojas, Herrera, Maury, Bolet, Boggio, Davegno, Rivero, etc., etc., que alternan con los bronces de Clodium, de David y de Barye, con los mosaicos de Florencia y los que dejaron los árabes en España, y en la Española los castellanos del siglo XV. Jarrones del arte oriental y miniaturas cerámicas de Sevres, de

Sajonia, y recuerdos de Roma, de Pompeya, acercan civilizaciones distantes, como para manifestar que el arte, con su elocuencia, aproxima los pueblos y los une por la fraternidad de la belleza.

Y si de una sala se sigue á las otras, por todas partes brillan las estofas y brocados, la cerámica, la escultura, la pintura, y también la bibliografía, en cuanto ella se refiere á la historia del Nuevo Mundo y sobre todo á Venezuela; porque el espíritu puramente americano se cierne sobre este recinto, donde surgen en primera escala, Wáshington, Miranda y Bolívar y las obras cerámicas de la revolución que hizo nacer á Colombia. Este desván artístico no es museo, sino el asilo de un pecador impenitente, de un anticuario.

¿Cómo se llama? Hace más de sesenta años que le tratamos con la mayor intimidad, desde los días en que comenzó para nosotros el uso de la razón, y todavía no hemos podido penetrar en su carácter, en sus aspiraciones. Hemos hecho esfuerzos inauditos para conocerlo y nada hemos conseguido. Posee una dicha : no ama la política; y una gran virtud: la de no haber rumiado jamás la tristeza del bien ajeno.

EL CANCIONERO POPULAR DE VENEZUELA

Al doctor Adolfo Ernst.

En el número 27 de *El Cojo Ilustrado*, correspondiente al 1.° de febrero, el doctor Ernst nos dedica un trabajo que se refiere al *Cancionero popular de Venezuela*. Con frases tan verídicas como elocuentes saluda el sabio profesor á los heraldos de la poesía española allende y aquende el Atlántico, y compara la musa popular, en una y otra región, con esas flores silvestres de la gaya naturaleza, bellas, olorosas, risueñas y casi siempre ocultas, cual si quisieran vivir aisladas de las miradas indiscretas del mundo civilizado. Pero al estudiar las cincuenta y nueve coplas que el autor nos ofrece, como contribución á los numerosos materiales que poseemos para el *Folk-lore venezolano*, en cuyas páginas brillarán nues-

tros cantos populares, encontramos que sólo veinte coplas pertenecen al Cancionero nacional, correspondiendo el mayor número de aquéllas al Cancionero español.

Disertemos acerca de este tema, aunque sea muy brevemente, que ya podremos explanarnos cuando demos á la estampa la obra, en la cual nada dejaremos en el tintero al relatar la historia del pueblo venezolano, es decir; la historia de sus orígenes, creencias, mitología, supersticiones, costumbres, cuentos, dichos, ciencia popular, refranes, sentencias, etc., etc., y su Cancionero, ora en lo que tiene de original, debido á múltiples causas, ya en lo que hereda de los conquistadores, esto es; la belleza y gracia que en toda época ha caracterizado á los bardos del suelo ibero, donde cada aldea, cada ruina, cada valle, ríos, praderas, costas y montañas, todo nos refiere la historia de este pueblo sorprendente que vive, se nutre, prospera, se agiganta con la savia heredada de sus predecesores, desde los orígenes de la sociedad humana. El conjunto de tales materiales, después de purgarlo de cuanto pertenezca al pueblo español ó á otros pueblos, es lo que constituye el *Folk-lore venezolano*.

Nada más bello que el Cancionero español. La copla poética, siempre espontánea, sencilla, llena de gracia y de fuego; la glosa, siempre hermoseada con los celajes cambiantes del sol, bajo un cielo dilatado que tiene por límite occidental las siluetas agigantadas del Mundo colombino; la imaginación popular que en el extremo Sur de la Europa canta á la mujer y al amor, á la familia y á la patria, participa de las claridades del Mediterráneo, de las tibias y perfumadas brisas del África, y aun del murmullo de la ola que besa las costas andaluzas y las islas Afortunadas; ola que envía al Viejo mundo la corriente cálida del Golfo mejicano. Tal poesía, decimos, es obra que se regenera y hermosea siempre por la labor de los siglos y la savia bullente del ingenio castellano. Así, el Cancionero popular de España está sostenido, en todo tiempo, por las bellezas del suelo ibero, por los astros de un cielo azul, constantes pregoneros de la grandeza nacional, desde los días en que sucumbió el romano en tierras cantábricas hasta la titánica lucha que hundió para siempre al Coloso de los modernos tiempos.

En el Cancionero español la mujer querida es el tema ideal de

todos los corazones, el amor es la fuerza que sostiene el numen poético, la única luminaria que vivifica, si así puede decirse, los astros del firmamento y las flores de la tierra. ¿De dónde viene este sentimiento siempre joven, siempre poético, que celebra al amor, al hogar, á la patria? Es herencia de los antiguos días de la edad media, cuando dominaban las Cortes de amor, y bardos y guerreros cobraban aliento en presencia de la serrana y de la morisca ó de la esbelta castellana, que sabía atraer con sus miradas al bardo que, en dulces endechas, le revelaba su pasión al pie del feudal castillo. Es el eco de dichas y desgracias pasadas, de las épocas de lucha, cuando familias y pueblos supieron armarse en defensa de la honra nacional.

*
* *

Pero el castellano, al conquistar el Nuevo Mundo (de Venezuela hablamos), al entroncarse con los pueblos indígenas y más tarde con individualidades de familias y razas de allende el Atlántico, si pudo implantar la familia con todas sus virtudes, el sentimiento poético, las costumbres, la religión, el habla, no pudo dejar por completo el Cancionero de sus antepasados con toda la pureza de su origen. Nuevos medios en los cuales iba á prosperar por un lado, y por el otro la mezcla de razas, la lucha que debía emprender contra una naturaleza espléndida, rica y atractiva, pero también llena de peligros, que constituye la verdadera escuela de los héroes populares, debían obrar en el espíritu de los futuros bardos del *Cancionero venezolano*. El cantor amoroso, sentimental de los pueblos andaluces y de los valles de Granada, de las costas malagueñas y de las islas Afortunadas, debía ser modificado ante la majestad de los bosques y ríos colombinos, de las dilatadas pampas, altiplanicies y de los nevados y volcanes de los colosos Andes.

En el Cancionero castellano imperan la mujer y el amor ideal que ella inspira, amor que acerca las almas á los dulces sones de la música espontánea, pura como los sollozos del niño y misteriosa como el suspiro íntimo de la joven, víctima de su propia ternura. Mas, si en el Cancionero español la mujer con todas sus virtudes es el tema de la poesía popular, en una gran parte del *Cancionero*

venezolano, en la que se conexiona con la dilatada pampa y regiones vecinas, imperan el valor, la destreza, la agilidad, la voluntad que vence, forma á los héroes y domeña la naturaleza agreste y terrible; la astucia que se impone á la muchedumbre, el talento natural que crea la epopeya. El domador del caballo y del toro, el vencedor del jaguar y del caimán, del hombre en fin, en lucha personal ó al frente de la falange guerrera armada de la lanza de Aquiles, son también un ideal para la mujer venezolana. Si el héroe de la pampa es digno de ser cantado, el corazón de la mujer sabe también recompensar la gloria. Los antiguos vencedores del Circo romano no han desaparecido. En el *Cancionero venezolano* los héroes de la pampa son aquellos que han sabido conquistarla, y bien merecen ellos ser cantados por la musa popular al son de los discantes y de las maracas indígenas.

Los antiguos aborígenes que en ella vivieron, no supieron aprovecharla. Carecieron del caballo, alma del llanero y del gaucho. Si en el Cancionero español el amor es imán, en el *Cancionero venezolano* el imán es el valor. El llanero es más belicoso que amoroso, más retraído que sociable. El corazón de la mujer sabe también soñar con esas exhalaciones de la llanura en que jinete y caballo parece que se rinden ante la beldad querida, y desparecen en el ardor de la pelea, para tornar sonreídos y agraciados después de haber sido fiel imagen de los antiguos Hypántropos, escaladores del Olimpo. El caballo está siempre en primer término, el caballo que es para el llanero el escudo de Marte. — Conocida es aquella trofa que dice:

Mi caballo y mi mujer
Se me murieron á un tiempo;
Qué mujer ni qué demonio,
Mi caballo es lo que siento [1].

¿ Quién no conoce aquella singular proclama de Páez á sus centauros, cuando al caer su caballo muerto en una de tantas refriegas sangrientas contra el español, exige de sus soldados terrible venganza ?

1. Esta copla es española, pero el cantor llanero la ha aceptado por encontrarla de acuerdo con sus ideas.



Y en uno de tantos cantares llaneros se dice de la mujer :

Del toro la vuelta al cacho,
Del caballo la carrera,
De las muchachas bonitas
La cincha y la gurupera.

Un bardo popular castellano hubiera dicho á la niña de sus amores :

Tienes una cinturita
Que parece contrabando ;
Yo, como contrabandista,
Por ella vengo penando.

Y de una manera más metafórica :

Dos columnas de alabastro
Hechas con arquitectura,
Están sosteniendo el garbo
De tu pulida cintura.

La Fuente y Alcántara.
(Cancionero.)

Entre los antiguos araucanos la mujer se decidía por el amante que había alcanzado el mando, después de haber soportado sobre sus hombros pesos enormes. Las beldades cumanagotas aceptaban al más sufrido ; aquél que, después de bailar y cantar durante muchas horas delante de la beldad indígena, caía rendido de cansancio y de dolor ocasionados por la mordedura de insectos venenosos, en las manos cubiertas con guantes de género, atados á las muñecas. La fuerza, el dolor, he aquí las condiciones que exigía el amor de las beldades indígenas, antes de la llegada de los castellanos. La serrana, la morisca del pueblo, la dulce castellana del castillo feudal eran menos exigentes. Para estas, antes que el dolor y la fuerza, el amor, el amor en la música y en la suave poesía melíflua, retozona, sabrosa, como diría alguna de nuestras beldades.

Al hablar Vergara y Vergara de la poesía popular en las llanuras de Colombia contiguas á las de Apure, dice : « No ha habido ningún poeta culto de los llanos; el pueblo compone lo que canta y canta lo que compone. No acepta coplas de otras tierras. Sus com-

posiciones favoritas son romances aconsonantados, que llaman galerones, y que cantan en una especie de recitado con inflexiones de canto en el cuarto verso. Es el mismo romance popular de España, y contiene siempre la relación de alguna grande hazaña, en que el valor y no el amor es el protagonista : el amor es personaje de segundo orden en los dramas del desierto. Indudablemente tomaron la forma del metro y la idea de los romances españoles; pero desecharon luego todos los originales y compusieron romances suyos para celebrar sus propias proezas[1]. »

Esto es cierto, como lo es también que en las regiones occidental y oriental de Venezuela, el Cancionero popular ostenta otro carácter, pues tiene mucho del Cancionero español, sobre todo en las costas de Coquibacoa y de Cumaná. Las canciones, romances, coplas y glosas del poeta popular en estas localidades, tienen sabor andaluz. Ya nos ocuparemos más tarde en esta materia, que trataremos con más extensión, al incluir, en nuestros volúmenes del *Folk-lore venezolano*, el *Cancionero venezolano* acompañado de apreciaciones que servirán para la historia de nuestra poesía popular.

Para rematar estos ligeros apuntamientos insertamos á continuación muestras del Cancionero popular de Venezuela, del llanero, tipo único, original en su género, y una glosa del maracaibero de bastante mérito. En las primeras figura el llanero jaquetón, valeroso, cuya única gloria consiste en domar potros y sacarle lances al toro. Este tipo valeroso canta sus méritos en presencia de la concurrencia ó damas que le escuchan. Son las siguientes :

En el hato de Setenta
Donde se colea el ganao,
Me dieron para mi silla
Un caballito melao ;
Me lo dieron por maluco,
Y me salió retemplao.
Mas acá de si sé donde,
Juntico de la quebrada
Iba yo, ya nochecita,
Y halle la tigra cebada;
No sé qué estaba pensando
El dianche de condenada,
Que así que me vido encima
Me tiró una manotada.

« Huiste ! » le dije á la indina,
No sea busté tan malcriada,
Que pa saludar á un hombre
No se le tira á la cara.
¿ No ve que el morcillo es potro

1. Vergara y Vergara, *Historia de la literatura de Nueva Granada*, etc., etc. 1 vol. Bogotá, 1867.

¿Y que se asusta de nada?

Por lados del llano abajo
Donde llaman Parapara,
Me encontré con un becerro
Con los ojos en la cara;
El rabo lo tenía atrás,
Tenía pelos en el cuero,
Los cachos en la cabeza
Y las patas en el suelo;
Abajo tenía los dientes
Y arriba no tenía nada,
Y en medio de las quijadas
Tenía la lengua enredada.

Me llaman el « tantas muelas »
Aunque no las he mostrao,
Y si las llego á mostrar
Se ha de ver el sol clipsao,
La luna teñida en sangre,
Los elementos trocaos,
Las estrellas apagadas
Y al mesmo Dios admirao.

Para saltos, el conejo,
Para carrera, el venao;
Yo me parezco á los tigres
Y al león en lo colorao.
Yo no soy de por aquí,
Yo soy de Barquisimeto:
Naide se meta conmigo,
Que yo con naide me meto.

Yo soy nacido en Aroa
Y bautizado en el Pao,
No hay zambo que me la haya hecho
Que no me la haya pagao;
Que anoche comí culebra
Y esta mañana pescao;
Que los dedos tengo romos
De pegarle á los malcriaos.

De los hijos de mi mama
Solo yo salí malcriao;
Los brazos los tengo blancos
De vivir enchaquetao;
No hay zambo que me la haya hecho
Que no me la haya pagao.

El que cantare conmigo
Ha de ser muy estudiao,
Por que lo tengo é dejar
Como faldriquera á un lao.

Conmigo y la rana, es gana
Que se metan á cantar,
Que no me gana á moler
Ni la piedra de amolar,
Porque tengo más quintillas
Que letras tiene un misal.

Yo fuí el que le dió la muerte
Al plátano verde asao;
Cuando me lo dan, lo como,
Cuando no, aguanto callao.

Por si acaso me mataren
No me entierren en sagrao,
Entiérrenme en un llanito
Donde no pise el ganao;
Un brazo déjenme afuera
Y un letrero colorao
Pa que digan las muchachas:
« Aquí murió un desdichao;

No murió de tabardillo
Ni de dolor de costao,
Que murió de mal de amores
Que es un mal desesperao. »

Mi mujer está muy brava
Porque otra me agasajó.....
¡ Si yo tengo mi modito
Y me quieren, qué haré yo?

A ninguno le aconsejo
Que ensille sin gurupera;
Que en muchos caballos mansos
Los jinetes van á tierra [1].

Yo te di mi medio real
Porque me hicieras cariños;
Sólo me hiciste una vez,
Me estas debiendo un cuartillo.

Mi mama me dió un consejo,
Que no fuera enamorao,

1. El habernos decidido á insertar este corrido, lo motiva el ver figurar esta copla entre los llaneros de que nos habla el doctor Ernst.

Y cuando veo una bonita
Me le voy de medio lao,
Como el gallo á la gallina,
Como la garza al pescao,
Como la tórtola al trigo,
Como la vieja al cacao.

Yo no soy de por aquí,
Yo vengo del otro lao,
Y me trajo un capuchino
En las barbas enredao.

Si hubiere alguno en la rueda
Que con yo esté incomodao,
Sálgaseme para fuera,
Lo pondré patiaribiao
Con este brazo invencible
Que Jesucristo me ha dao,
Que en esos llanos de Achagua
Yo soy el zambo mentao;
Yo fuí el que le di la muerte
Al plátano verde asao,
Con un cabito de vela
Y un padre nuestro gloriao [1].

El otro corrido es el que sigue, de la misma época que el precedente. Según vemos, los dos cantores son de la misma fuerza.

Estando enamoriscao
De una zamba en la piragua,
Me dijo que la llevara
Para los Valles de Aragua.
La zamba como era güena
Nunca se sintió aflegía
Y el caballo con los cascos
Basta la tierra partía.
Una hoja de cinco cuartas
De la vaina se salía.
Yo cogí ese llano abajo,
Lo cogí por travesía
Y en el hato de Antón Pérez
Hice la primer dormía.
Los peones en el caney
Ya se estaban convoyando;
Entre los peones había
Un blanquito muy nombrao;
Lo nombraban Hinojosa:
— Amigo, ¿é dónde es la mosa?
— Yo le dije: blanco viejo,
Eso es mucho preguntá,
Jale por una silleta
Y póngase una sotana
Y véngame á confesá. —
El blanco era e pocas pulgas
Y allí me empezó á tirá,
Con asadores calientes
Me daban con carne asaa.

La otra muestra última, es glosa de una cuarteta que figura en el Cancionero de La Fuente y Alcántara y dice ·

Llorad, llorad, ojos míos,
Llorad, que tenéis porqué;
Que no es vergüenza en un hombre
Llorar por una mujer.

El bardo popular de Maracaibo la modificó y dijo:

1. Este « corrido » como lo llama el llanero, se remonta á los primeros años del siglo. Publicolo Vergara y Vergara por la primera vez en el volumen mencionado; pero como nosotros poseemos una copia que data del año de 1824, la insertamos íntegra, aunque exista cierta discrepancia con la copia publicada.

Llorá, corazón, llorá,
Llorá si tenéis porqué;
Pues no es afrenta ninguna
Llorá por una mujer.

Y en seguida la glosó de esta manera:

¿No llora una flor constante
Si el viento sus hojas hiere?
¿No llora el sol cuando muere
En túmulo de diamante?
¿No llora el monte arrogante
Si el viento furioso da?
¿No llora el mar cuando está
De su centro dividido?
Pues si amor habéis perdido
« Llorá, corazón, llorá. »

¿No llora la fértil planta
Por muy frondosa que sea
Cuando el viento la estropea
Y el verano la quebranta?
Llora una fiera y se espanta
Cuando á su contraria ve;
Pues si los brutos sin fe
Lloran sin terminación,
Entonces con más razón
« Llorá si tenéis por qué. »

Una estrella refulgente
Llora al perder su arrebol,
Y entre las llamas, el sol
Cuando sale del Oriente.
Llora en menguante y creciente
Cuando está opaca, la luna,
Como también en la cuna,
Cuando no se satisface,
Llora el hombre cuando nace.
« Pues no es afrenta ninguna. »

¿No llora una simple ave
Cuando está sola en su nido
Y que cuenta haber perdido
Su dulce emético suave?
Pues si en los pájaros cabe
Llorar su destruido ser,
En el hombre es un deber
De más fuerte obligación,
Y puede, cuando hay razón,
« Llorá por una mujer. »

En estos cantos vemos reflejado en parte el estro español. La idea es culta y bien se ve que el poeta obedece á una inspiración más elevada.

Por el estudio cotejado que hemos hecho de las dos porciones del Cancionero popular de Venezuela, vemos que el llanero nos ha proporcionado más datos históricos en las producciones de la pampa, que el amatorio con sus cantos variados del Occidente y Oriente de Venezuela, desde Coquibacoa á Cumaná, Margarita y Araya, estas tierras donde los andaluces de la conquista celebraron la espléndida naturaleza de la Andalucía española y contemplaron el bello cielo austral coronado por la Cruz del Sur. Sabido es que ellos bautizaron las costas y tierras de Cumaná, de Cariaco, etc., con el nombre de Nueva Andalucía. El cantor llanero de todas las épocas, nos ha narrado siempre en diversos *corridos* la vida política ó tur-

bulenta de ciertos personajes, sobre todo desde los días de la Revolución de 1810. Él cantó á Bolívar, á Páez, etc., etc., y también á Boves, Morillo, etc., etc. Y esto es tan cierto, que á los dos meses de haber triunfado la Revolución Legalista, llegaron á nuestra colección los cantos titulados *El clarín del Totumo* y *La Guariconga*, donde están fotografiados por el poeta popular los principales tipos de Caracas y otros lugares. Así, cada reyerta, desde la guerra entre Españoles y patriotas, de 1810 á 1824, hasta las revoluciones llamadas azul, reivindicadora y legalista, cada una ha dejado esbozos curiosos que sabrá apreciar el futuro examinador de las tradiciones populares de Venezuela.

Pero no son el tipo llanero de la pampa, y el amatorio de las Costas orientales y occidentales de la República, los únicos que constituyen el Cancionero popular de Venezuela; existe otro tipo, el africano, de los negros de los Valles de Aragua, del Tuy, de una parte de los Llanos y de otra de la costa venezolana, que tiene sus cantos especiales, característicos. Este cantor de origen africano que ostenta su gala en las fiestas dedicadas á San Juan Bautista, en los lugares mencionados, merece un estudio detenido, porque todos sus actos llevan la estampa de una civilización mixta : la africana mezclada con la venezolana.

DE CÓMO EL VEGETAL VENCIÓ Á LAS FAMILIAS DE CARACAS

(ESTUDIOS LIGEROS SOBRE VARIADOS TEMAS [1])

« A El Cojo Ilustrado »

Naturam expellas furca, tamen usque recurret. — VIRGILIO.
Bien puedes con la horeca segar la naturaleza, que esta renacerá de sus despojos.

El árrbo cují. — Temores que infundió antiguamente. — Es destruído en varias ocasiones, durante el siglo XVII. — Comienzo de la descomunal lucha entre el vegetal y las familias caraqueñas. — Autonomía del primer patio de la casa. — El corral. — De cómo el Gobernador Cañas y Merino taló en 1713 las arboledas caraqueñas. — Percance ocurrido al procurador de la ciudad, don José de la Plaza. — Plantas predilectas. — El jazmín real, los helechos de los tinajeros. — Los antiguos chaguaramos de Caracas. — Porqué esta capital no tiene árboles seculares. — Las aguas del Catuche. — Los árboles envenenadores. — Resolución del Ayuntamiento. — Comienzan á disminuir las hostilidades. — Ausencia completa de jardines en Caracas. — Humboldt. — Primer proyecto de una alameda en la plaza hoy Bolívar. Estado de las cosas al reventar la revolución de 1810. — Horrible cataclismo precursor del triunfo.

Hay un árbol de nuestra zona, gracioso y espontáneo, al que sólo la naturaleza cuida y sostiene; amigo del hogar pobre proporciona alimento á la cabra y asilo al guachi, pajarito que fabrica su nido de palitos lleno de divisiones y escaleras, según dice el vulgo, en las ramas tortuosas de su vegetal predilecto. Es un árbol de los corrales, de los gallineros, de los sitios áridos, y también de las praderas y de los bosques, donde ostenta su bermosa copa. Util por sus ramas tortuosas y fuertes en las construcciones navales y civiles, sabe revestirse de florecillas amarillas que embalsaman los

1. Antes de partir para no volver más, laboremos sin tregua y sin descanso. Cualquiera que sea el tema que guíe nuestra pluma en estos nuevos cuadros; que la inspire la crítica filosófica, la biografía, ó la historia patria, la ciencia amena, leyendas, tradiciones, ó finalmente, el *folk-lore* venezolano, poco importa, si la voluntad está dispuesta y en paz el corazón y el espíritu.

valles y declives, los caminos y orillas de los ríos. El vulgo lo llama cují que así lo dijeron los aborígenes de Venezuela y los botánicos acacia; y al decir acacia se comprende que pertenece á la hermosa familia de las *Mimosáceas*, en la gran serie de las *Leguminosas*, con flores de agradable fragancia. Cuando la verdura de los valles y collados desaparece por el prolongado estío y hasta los más potentes árboles inclinan sus ramas á influjo de elevada temperatura, el cují ostenta su manto de esmeralda y abre sus flores al contacto de onda sofocante. Su nombre lo lleva una esquina de la Avenida Este, nombre que trae á la memoria la historia de aquel pobre zapatero No Casquero, que soñaba con cierto entierro que él suponía estar oculto al pie del hermoso cují que sombreaba su pobre cabaña. Después de haberse comunicado en silenciosas horas de la noche con cierta alma en pena, en el cementerio del antiguo convento de San Jacinto, favorecido por uno de sus protectores el fraile Villanueva, vino en cuenta de que el soñado tesoro se reducía á veinte reales en plata, cantidad que no cubrió el valor de las tres misas que con instancia le pidió el difunto le mandase á rezar para poder salir así de horribles penas[1].

Ya en diversos escritos hemos hablado de la Caracas de remotos tiempos y de cómo la ciudad fué engrandeciéndose hasta, ahora pocos años. En las dos pendientes que tiene la ciudad de Losada, una hacia el Este otra al Sur, con su pequeño declive hacia el Oeste, en estos terrenos, desde muy remotos tiempos, antes de la llegada de los conquistadores, crece espontáneo el cují, y fué este árbol uno de los que con más abundancia encontraron los castellanos en toda el área de Venezuela.

Pero, si los hombres han sido calumniados en todo tiempo en las diversas zonas y pueblos de la tierra, también ciertos árboles han sido víctimas de la ignorancia y han tenido que sufrir, no prisiones, sino hachazos, palos, azotes y últimamente el suplicio del fuego. El cují fué víctima en remotas épocas de la ignorancia de los caraqueños, y como la naturaleza lo ampara, como árbol útil al hombre, sucede que las repetidas revoluciones y griterías de sus enemigos no han podido destruírlo. Ahí está como lo estuvo en sus

1. Rojas. « El Cují de Casquero » en el volumen de *Tradicciones populares* de Teófilo Rodríguez, 1 vol. en 8°, 1885, Caracas.

épocas prehistóricas, en los días de la conquista y de la colonia, en los tenebrosos de la guerra á muerte y de nuestras guerras civiles y retozos democráticos : es indestructible. En muy remotos tiempos, en dos ocasiones que sepamos, en 1626 y 1686, los cujíes de los corrales y solares de Caracas fueron talados. El Ayuntamiento de la capital, no conociendo las causas inmediatas que engendran las epidemias, las atribuyó al inocente árbol y ordenó que todos fueran cortados y quemados. Y así continuó la población de Caracas en opinión de que los árboles de cují eran perniciosos á la salud pública, salvo los casos en que la intervención milagrosa de algún patrón ó patrona de la ciudad, salvara á ésta de horrible mortandad.

Desde entonces comenzó la batalla descomunal entre la planta (hierba, arbusto, árbol) y los moradores de Caracas. A proporción que la capital se ensanchaba, árboles y flores eran relegadas al corral de la casa, donde aguacates y rosas, guayabos y claveles, naranjos y flamencas prosperaban en fraternal consorcio. Venezuela proporcionaba sus árboles frutales indígenas, España y las colonias vecinas flores y árboles exóticos. Respecto de las bellas flores del Avila, la sociedad caraqueña desdeñaba aquéllas por ser *flores del monte*, como las llamaba, salvo la flor de mayo que, desde muy remotos días, encontraba asilo en la horqueta escondida de algún robusto tronco. En tanto el tiempo corría, la población se olvidaba de las pasadas epidemias y de las cenizas abandonadas brotaban graciosos renuevos del sufrido cují. Desarrollábase y nadie parecía mirarla, cuando de repente, por los años de 1713 ó 1714, ordenó el Gobernador de aquella época, que todos los árboles de la ciudad, fueran talados, sin excepción alguna.

¿ Quién fué el autor de esta famosa tala? Los caraqueños siempre llorones en percances políticos, se quejaban con frecuencia y pedían al Monarca lo que no podían alcanzar de los gobernadores. Después de la Gobernación del Marqués del Valle á fines del siglo décimoséptimo, que fué buena, llegó la de Don Nicolás de Ponte, á quien llamaban *El Hermoso* y que lo fué igualmente. De súbito muere Don Nicolás por los años de 1705 á 1706, y los alcaldes de la ciudad entran á gobernarla como sustitutos del difunto mandatario. Por algunos días la ciudad estuvo con puertas cerradas, á

causa de los retozos de los políticos caraqueños, cositas que disgustaron al monarca. Este, convencido de que los caraqueños abusaban, como lo hicieron las ranas en los días de la mitología griega, les envió un dragón, para que se comiera á todos los colonos. Llamábase Francisco de Cañas y Merino y era todo un Coronel del Ejército español. Entre los gobernadores que tuvo Caracas durante la época colonial, éste fué el único que supo *conjugar los pecados capitales*. Cruel, feroz, asesino, voluntarioso, vengativo, codicioso, corrompido, llegó á ser pesadilla constante de los comerciantes y agricultores, duende de los empleados, contrabandista por excelencia, terror de los maridos y de las niñas huérfanas, quijote de la población y destructor, en fin, de los árboles. Supo *conjugar y con apéndice* los siete pecados capitales[1].

Es el caso que, en cierta mañana, por los años de 1713 á 1714, ya en vísperas de ser enviado á España bajo partida de registro, el famoso Cañas y Merino se antojó de mandar á talar todos los árboles de Caracas, alegando que eran perjudiciales á la salud. El Cují no era para esta época el único árbol calumniado, éranlo igualmente los compañeros del hogar pobre, el granado, el naranjo y demás árboles frutales y hasta los arbustillos que proporcionaban sustento á tantos desgraciados. Aterrorízase la población, al enterarse de la nueva disposición de Cañas y Merino y obedece sin dilación al ver al Gobernador que, acompañado de veinte indios armados de hachas y machetes, y de cien hombres de tropa, con estrépito y alboroto como si fueran á tomar una plaza enemiga, comienzan la tala general. Dase principio á la fiesta y por todas partes caían árboles frutales y hasta el plátano de la familia humilde, y no bastaron ni súplicas ni lágrimas, porque imperaron la voluntad y el cinismo.

Tratan los frailes franciscanos de resistir el mandato de Cañas y éste los amenaza con quitarles el agua. Crítica era la situación, porque el Gobernador, acompañado de sus indios y tropa, no aceptaba sino la destrucción de árboles y arbustos. Ceden los frailes, desaparecen los platanales del Convento y con ellos el famoso y vetusto *aguacate* que surtía á casi todas las familias de Caracas.

1. La historia de este Gobernador la tenemos en una leyenda histórica é inédita que se titula: UN BANDOLERO DE Á FOLIO.

Cuando, años más tarde, se veía un arbustillo de aguacate en Caracas, decíase : *éste fué de los que dejó Cañas.* De igual manera, cuando después de los estragos de 1814, se tropezaba con algún paisano desorejado, mutilado, cojo, bizco ó tuerto, se decía igualmente : *éste fué de los que dejó Boves.*

Pero lo más elocuente de esta célebre tala fué que, al terminar la obra, Cañas y Merino quiso visitar el campo de batalla donde había desplegado la pericia de un coronel aguerrido. Todas las casas y solares del poblado fueron visitadas y sólo en una pudo, el fatídico mandatario, hallar motivo para dar freno á su crueldad y á su codicia. En un solar perteneciente á Don José de la Plaza, procurador general de la ciudad, quedó un arbolito que los moradores llamaban atapaima ó mapola (*Plumiera bicolor*), tan conocido en Caracas.

— ¿ De quién es este árbol y este solar? pregunta Cañas encolerizado.

— De Don José de la Plaza, procurador general de la ciudad[1].

— Que se presente, añade Cañas.

Al instante comparece el alto empleado sereno y digno.

— ¿ Por qué no ha sido talado este árbol? pregunta Cañas al procurador.

— Señor, este es un árbol inocente que no proporciona fruta, y sus flores sirven solamente, por la belleza y aroma que tienen, para el pavimento de los templos, en días solemnes.

— Pues si el árbol debe morir por inocente, usted por culpable va á la cárcel y tendrá que pagar ocho pesos diarios para racionar la guardia que debe custodiarle.

Y fué don José de la Plaza á prisión y en ella pasó más de dos meses, pagando ocho pesos diarios para que le custodiasen.

Esto tuvo efecto ya en vísperas de la caída del Gobernador.

En aquellos días se reconstruía á Caracas por tercera ó cuarta vez, y comenzaban á ser empedradas las calles de la ciudad por disposición del mismo Cañas. Y como la tala no había hecho cambiar de opinión á los habitantes de la capital, respecto de la negativa in-

1. Jefe de la actual familia de este patronímico en Caracas.

fluencia de los árboles sobre la salud, los amos de casas no admitían en sus patios principales, enlajados ó cubiertos de hormigón, la presencia de un vegetal. Y tan rígidos anduvieron algunos de aquéllos al arrendar las fincas urbanas, que establecían por contrato, el no poderse colocar envases de madera ó de barro para flores y menos aún hacer hoyos para sembrar árboles, en el primer patio de la casa.

Sólo un arbusto gozó entonces del insigne privilegio de prosperar en el primer patio de la casa y fué el jazmín español, llamado después del remate de la revolución de independencia, jazmín real. En los patios espaciosos fué de gala colocar, en uno de los ángulos, un pie de aquella bella planta siempre florida. Después y todavía hoy, se conserva uno que otro descendiente de viejas cepas del pasado siglo, como el que prospera en uno de los patios de la obispalía. Otra planta, graciosa y siempre lozana, gozaba igualmente del cariño de las familias caraqueñas; eran los helechos del tinajero que, desde remotos tiempos, eran inseparables de los filtros de agua. Este cilantrillo del tinajero de la familia, no ha desaparecido por completo, así como tampoco *la palma de ramos* que sobresale en una que otra ventana de la calle, después de haber figurado en la totalidad del poblado durante siglos.

No existía para aquel entonces, los primeros sesenta años del último siglo, ninguna palma en Caracas, ninguno de estos elegantes chaguaramos que son « alegría del monte », como nos dice su nombre botánico *oreodoxa*. Había cuatro para fines del siglo y sólo dos subsisten. ¿ Quién los sembró? Viajaban en cierta ocasión por los llanos, por los años de 1763 á 1764, el conde de San Javier y el marqués de Mijares, cuando se antojaron de traer cuatro pies muy tiernos de la vistosa palmera. Llegados á Caracas, dos fueron sembrados en el corral de la casa Mijares (esquina de este nombre) y dos en el estrecho corral de la casa Pacheco (esquina de Llaguno); pero soló dos se conservan, los del conde de San Javier en el corral de la actual casa de Eraso. En 1853 á 1854, uno de los chaguaramos de la casa Mijares, después de recibir fuerte descarga eléctrica, comenzó á secarse y á poco el compañero hubo también de desaparecer.

Decíase en aquellos tiempos del último siglo, que todos los titu-

lados tenían el derecho de sembrar en sus corrales un par de palmeras. Hoy la numerosa pléyade de estas reinas de las selvas, prospera en los jardines públicos y en los patios y corredores de casi todas las casas de Caracas.

*
* *

El jazmín real, puede decirse que fué el primer vegetal que alcanzó honores de las familias caraqueñas, siempre firmes en repudiar arbustos y árboles al corral de la casa. A éste siguieron el naranjo, el granado, la viña, que habían sido introducidas con otras plantas por la familia Ponte, al comenzar el siglo décimoséptimo. Pero un hecho vino en aquel entonces á fortificar el odio contra los vegetales, y fué que, en cierto día el Ayuntamiento de Caracas, creyendo que las aguas del Catuche carecían de condiciones sanitarias, comisionó á dos de sus miembros para que examinasen las fuentes del riachuelo, y en vista y estudio de la localidad, emitieran informe. ¿Cuál fué éste? Quién lo creyera? Opinaron los comisionados del Ayuntamiente porque se talaran los árboles de la represa del Catuche, por ser éstos guanábano cimarrón, guamacho, copey, bucare, etc., que envenenaban el agua; y que debían sembrarse árboles frutales comestibles y de buenas condiciones higiénicas[1].

Así continuó la ignorancia de los magnates de Caracas respecto del papel que desempeña el árbol en la vida universal, y así pasaron los años hasta que visitó Humboldt á Caracas en 1799. Contempló el sabio los cuatro chaguaramos de la ciudad, los hermosos pies de jazmín real en las casas más notables, mientras que las caraqueñas le mostraron macetas de la pebetera de nuestros valles, de cuyas flores se servían para fabricar cierta agua de tocador.

— ¿Porqué Caracas no tiene árboles seculares, preguntó Humboldt.

— Porque los destruyó el famoso Cañas y Merino en 1713, contestaron los admiradores del sabio.

1. Por habérsenos extraviado este informe no lo insertamos íntegro; pero consérvase en el archivo del antiguo Ayuntamiento.

Para esta fecha había cesado por completo la hostilidad á los cujíes, prosperaban los aguacates, el atapaimo había tornado á los huertos de Caracas, y los chaguaramos habían producido abundante cosecha que prosperaba por todas partes. El vegetal avanzaba poco á poco de la calle y los techos hacia el primer patio que era el centro invulnerable con su suelo de lajas ó de hormigón, amenazado igualmente por el corral, los techos y canales de la casa, donde Flora tenía su retaguardia. Mas en el ánimo de los gobernantes se asomaba la idea restauradora. El capitán general Emparán fué el primero que trató de convertir la sucia plaza del mercado en bonita alameda. Pero como las revoluciones caminan con más velocidad que los proyectos ideales, sucedió que, en lugar de alameda.. Emparán encontró prisión y trás de ésta la salida de Caracas. Hasta entonces el único jardín público que se conocía en la capital era el paseo de San Lázaro del cual hemos hablado en otra ocasión[1].

Cultivábanse las flores más para el culto religioso que para el culto á lo bello, y aun en los tiempos de más sequía, siempre había flores para las fiestas de Semana Santa, las procesiones de Córpus, el entierro de los niños y de los cadáveres de los párvulos abandonados en las puertas de los templos y nichos exteriores de la metropolitana.

Dos años después de la Revolución de 1810, Caracas fué sacudida de uno á otro extremo por el violento terremoto de 1812. El triunfo del vegetal sobre las familias caraqueñas exigía un cataclismo, ruinas numerosas donde el vegetal pudiera establecer sus reales y estrechar, sobre los patios de las casas, el sitio comenzado por la calle, por los corrales y por los techos.

Ya hablaremos de esto en la segunda parte de este estudio.

1. « Un lazareto ambulante » (*Leyendas históricas de Venezuela*, vol. I).

II

Desastres causados por el terremoto de 1812. — Ruinas de los templos. — Ruinas del caserío. — Invasión del vegetal. — Sus victorias. — Las familias pobres. — Orígenes de la industria floral en Caracas. — Triste estado en que quedaron las calles de Caracas después de 1812. — Cómo ordenó el desyerbe de ellas el Gobernador. — Escalona. — Medidas de la policía contra el vegetal invasor. — Rendición de los primeros patios. — Primeros jardines en Caracas. — Introducción de nuevas flores. — Las orquídeas en los jardines. — Desarrollo del cultivo. — Sabios y viajeros botánicos en Caracas. — ¿Qué fuerza debía vencer al vegetal en las calles de la capital?

Los que no contemplaron el gran número de ruinas en que quedó sepultada Caracas después del terremoto de 1812, ruinas que llenaron, sobre todo, la porción elevada de la ciudad y que perduraron hasta ahora pocos años, no pueden darse cuenta de los estragos que causó aquel cataclismo. Entre las numerosas víctimas, si de las que cayeron en una porción del caserío, casi todas pudieron salvarse, las de los templos desaparecieron por completo; porque es más fácil pensar y obrar á solas, que cuando la aglomeración de personas aumenta el pánico, imposibilita el movimiento y trae la confusión. De estas víctimas sólo pudieron recogerse los huesos, que solicitados años más tarde, fueron depositados al pie del altar mayor de cada templo. Así los vimos desde 1835 hasta 1840, época en la cual comenzó la reconstrucción de los templos derruídos.

Al aire libre y en pleno sol quedaron las naves de la Trinidad, de Las Mercedes, de La Pastora, de San Lázaro, etc., dispuestas á recibir el grano vegetal que quisieran confiarle los vientos, las lluvias y los pájaros, estos eternos conductores de todos los gérmenes vegetales y animales. En posesión de nuevo terreno ricamente abonado con carne humana, vegetales de todo género comenzaron á levantarse en las viejas naves. Surgió la hierba, aparecieron los arbustos y con ellos los animales rastreros; elevaron sus copas los árboles salvajes, sonrió Naturaleza, embalsamose el aire y el pájaro, dueño del espacio, cantó á la libertad sobre las ruinas de dilatado pueblo. El vegetal se había posesionado de las naves, de las sacristías, de los techos, de los muros, y columnas de los antiguos templos de Caracas.

No menos interesante se ostentaba Flora en las innumerables

ruinas del caserío. En las espaciosas salas y dormitorios destechados, en los corredores y primer patio, comedores, cocinas, etc., por dondequiera que se asomara un terrón ó fragmento de columna, allí se estableció el vegetal, como dueño, como conquistador de un feudo legítimo, del área que tanto codiciaba. Por esto dijo el cantor de la *Zona Tórrida*, al hablar de Caracas, años más tarde :

« Entre las rotas cúpulas que oyeron
Santos ritos ayer, torpes reptiles
Anidan, y en la sala que gozosos
Banquetes vió y amores, hoy sacude
La grama del erial su infausta espiga. »

¡La grama del erial, el bosque nutrido por la muerte! Y acá y allá, la flor silvestre, sonriente al rayo del sol, alfombrando el pavimento donde, en pasados días, rosas y lirios, claveles y narcisos, unidos á la pebetera de los valles y á la pesgua de las elevadas cumbres, participaban de las alegrías de muchedumbre bulliciosa.

A poco andar, después del cataclismo, la desolación se ostentaba, no sólo en los templos derruídos, que las ruinas del poblado inspiraban igualmente compasión, pues en ellas la familia, antes acomodada, había sido reducida á la miseria, y bajo techo pajizo ó entre escombros, vivía, se desarrollaba. De cada casa brotaban árboles y arbustos y graciosas trepadoras que se enroscaban en torno á los barrotes de hierro y de madera de las añejas ventanas, ó caían sobre la calle en festones de verdura. El vegetal comenzaba su triunfo y ostentaba victoria por todas partes; pero él solo, si como fuerza poderosa, sabe obrar, había necesidad de otra fuerza, su rival, la única á quien teme, como veremos más adelante, y la cual debía vencerlo.

¡Pobres familias! — Nunca quisieron festejar á Flora en el primer patio de la casa, y cuando triste suerte las redujo á la miseria y hubieron de vivir entre escombros, ya cubriendo la grieta por donde entraba la lluvia y apuntalando la vigueta temblorosa, resto inválido de sólida techumbre; ya recogiendo despojos de alguna podrida lumbre para el fuego de la cocina, ó cubriendo

finalmente, la ventanilla con cobija deshecha, que al lado dormía la pobre niña, víctima de prolongada tisis; entonces y sólo entonces, vieron las familias con ojos compasivos, á la tierna enredadera que buscaba asilo entre los muros ennegrecidos, al tomillo, á la mejorana que crecían sobre el tiesto abandonado ó al rosal que al pie de las paredes derruídas y entre fragmentos de hormigón abría, á los besos de la luz, sus flores de grana. He aquí el origen de esta industria floral que ha llegado hoy á su cenit. Comenzó pobre y pobre continuó, pasando del tiesto á la olla hendida, al perol roto, al cántaro, á la caja de madera, al porrón, al terreno libre, al cultivo. He aquí el origen de estos jardincillos del hogar caraqueño que prosperaban entre las diversas ruinas del terremoto de 1812 y surtieron de claveles, de rosas, de margaritas y de plantas aromáticas á las familias, en ya remotos días.

*
* *

El estado en que quedaron las calles de Caracas, años después del terremoto, no es de fácil descripción. Abandonada la ciudad, cerradas muchas casas, llenas las cárceles; por todas partes no existía sino desolación y miseria. El monte invadió la ciudad, desarrollose la hierba, crecieron arbustos y árboles, sin que nadie se ocupase en destruirlos, y una mortaja pareció envolver la ciudad riente de los días de 1810. En armonía con la invasión del vegetal por todas partes, estaban las pasiones feroces de los hombres, los estragos de la guerra á muerte.

El día en que salieron los realistas vencidos y entraron los republicanos vencedores á la capital, ésta presentaba el tristísimo aspecto de un pueblo azotado por los cataclismos de la naturaleza, por la guerra y por las epidemias, estrangulado por el vegetal, de uno á otro extremo.

En esta época de 1821, entró de gobernador de Caracas el general Escalona, espíritu progresista. Escapado de Valencia y de los horrores de Boves en 1814, pudo llegar á la capital donde permaneció oculto durante siete años. Vivió en este tiempo en la caso número 14 de la avenida Oeste (casa del club Venezuela). De noche salía disfrazado, acompañado de un criado fiel, y al recogerse, dormía en

uno de los falsos de la casa. ¡Siete años con la vista fija en el cadalso!

Al instalarse en la Gobernación, manda á llamar al jefe político de entonces, cuyo nombre ignoramos, y le dice:

— Le he mandado á llamar para que me haga un servicio, muy urgente, urgentísimo.

— Estoy á las órdenes de mi jefe, contesta el alto funcionario.

— Tengo cinco caballos finos que, por los trabajos de la última campaña, han quedado en lamentable estado. Creo que podrían restablecerse poniéndolos á pastar en las calles de Caracas.

— Con mucho gusto, mi general, cumpliré con tal disposición.

— Bien, muy bien, agregó el gobernador, estrechando la mano del jefe político.

Cuarenta y ocho horas más tarde, gran porción de la ciudad estaba deshierbada y barrida, y días después, toda la capital. Como por encanto habían desaparecido la hierba y arbustos de las calles, la vegetación viciosa de las ventanas y portones de las ruinas, el monte de los basureros, de las plazas, etc., etc.

El general Escalona envió entonces al jefe político, un caballo fino, acompañado de una esquela, en la cual le daba las gracias por la actividad que había desplegado el corresponder los deseos del gobernador.

Al instante dispuso éste que se procediera á limpiar los techos de las casas, por los dueños de éstas, y que todas las ramas de las ruinas que impedían el tráfico fueran cortadas, imponiendo penas á los renuentes. Dos semanas más tarde, después de dada la orden, los techos de las casas se sintieron livianos, pues se les había despojado de quintales de hierba y de tierra, mientras que los arbustos y árboles de las tapias y ventanas de las ruinas se presentaron sociables, sonriendo al paso de los transeuntes.

*
* *

A pesar de tantas precauciones, la fuerza vegetal continuó en su camino, siempre invasora, lo que obligó al gobernador á destinar el presidio para que deshierbara las calles de la ciudad, por medio de cuadrillas que mandaba un capataz. Y á pesar de los pesares, el

vegetal continuaba, brotaba la hierba, sucedíanse los gérme
de cada rama mutilada surgían centenares de retoños. La hi
Laocoón estaba representada en cada rama, en cada tallo, en
árbol.

Era necesario una fuerza superior para contener y dest
Flora en las calles y aceras de la ciudad de Losada, en las r
en los caminos, y esta fuerza, llamada CIVILIZACIÓN, no se habí
presentado.

Antes de la creación de la República de 1830, ya otra
había encontrado asilo en el primer patio de ciertas casas
racas. Fué el café, símbolo sin duda, de la agricultura, con e
quisieron algunos ostentar sus riquezas. Para este entonces
recieron los primeros poyos ó arriatas, llenos de rosas y
flores. A estos siguieron las tinas, los porrones y los cajone
patas. Pero al moverse la primera laja del codiciado patio
gieron otros arbutos; y tras la primera laja siguió la segun
tercera, hasta que se estableció el cultivo sobre el suelo des
— El vegetal comenzaba á estrechar el sitio. Con la Rep
de 1830 nace el cultivo de las flores. Lo que entonces se llamab
dín era un área de terreno, dividido en cuadros, donde crec
confusión flores y arbustos. Los primeros árboles de cane
clavo, de nuez moscada, llegaron en estos días; tal fué el con
de la importación de plantas exóticas. Los primeros jardines
los de Páez y de la familia Manrique, al fin de la calle Su
de la familia Purroy, cerca de la quinta de Bolívar, calle Es
el de la familia Requena, á la izquierda del puente de San
Las primeras camelias fueron introducidas en 1833, por la f
Purroy; las primeras gardenias por la familia Requena. El ent
mo por las flores tomaba creces, á proporción que nuevas p
exóticas, visitaban la capital. La llegada de cada arbusto, d
flor, era un acontecimiento entre todas las familias. ¡ Cuánto
siasmo, cuando se vieron florecer los primeros pies de mil flo
centaura (pluma de la reina), de reseda palustre, de astrome
geranio ! Las bellas de Caracas, que tan entusiastas se habían
trado en el cultivo de la rosa, sobre todo, la que proven
injerto de las rosas de Alejandría (blanca y rosada), vieron d
recer por completo esta encantadora flor, de fondo blanco sal

de manchas rojas, que tan celebrada había sido, desde remotos tiempos.

*
* *

Al establecerse las flores en el primer patio de las casas caraqueñas, durante los años que siguieron á la fundación de la República, la apatía social tuvo un cambio de frente. La bellísima é interesante familia vegetal de las *Orquídeas*, estas joyas del imperio de Flora, relegadas hasta entonces á las selvas, salvo una que otra excepción, comenzaron á despertar interés. Admiradas y solicitadas por extranjeros y viajeros, hubieron los caraqueños de acariciar la riqueza que les brindaba la cordillera del Avila. El primer extranjero que rindió culto á la celebrada familia y se dedicó al cultivo de sus géneros fué Mr. Ward, comerciante inglés por los años de 1838 á 1841. Ya otro Inglés, el capitán Cattley, había dado su nombre á la espléndida orquídea, la flor de mayo, hoy cultivada en todas las casas y jardines de Venezuela. Mr. Ward fué el primero que dió á conocer las bellas reinas de nuestras montañas, como las *stanhopeas*, los *chinoches*, bellísimos *epidentros*, la *schomburgia*, etc., etc.

Eran los días en que el poético grupo de chaguaramos, á orillas del Guaire, levantaba sus penachos en el jardín de la familia Ponte, y comenzaban á asomarse sobre los techos de ciertas casas cipreses, pinos y palmeras que daban alegre fisonomía al poblado. Eran los días en que el caballero Van Lansberg, espíritu ilustrado, cónsul de Holanda en Caracas, cultivaba en su jardín helechos arbóreos del Avila, los primeros que figuraban en patio caraqueño. Eran los días en que viajeros y profesores científicos abrían una época que iba á ser fecunda en resultados. Otto, Linden, Funck y otros, continuadores de Humboldt y Bonpland, dejaron en la sociedad caraqueña gérmenes de vida.

La ciencia que fué precursora de los inmortales sucesos de nuestra emancipación política, fijaba la época en que iban á tornar al suelo natal los restos mortales del Libertador Bolívar.

Mas, si todo auguraba el triunfo del vegetal, y el Avila había introducido sus orquídeas en los jardines y patios de Caracas, el

vegetal necesitaba igualmente ser vencido en las calles de ¿Qué fuerza iba á vencerlo ? La CIVILIZACIÓN que se asomaba séquito, con sus obreros, con sus revoluciones pacíficas ó san tas ; siempre vencedora... Sí, con la inteligencia del hombr la *rueda*, sea que la mueva el animal, el agua, ó el vapor. La tal es la fuerza que ha destruído la hierba en las calles de Ca El gobierno colonial nos legó el carretón de bueyes, pero el blicano ha conquistado la carreta del comercio, y tras ella guido la gran familia de los coches, desde el pesetero ha *landeau*. El tranvía ha coronado la obra y por esto es la rued popular. Tras él van, como muchachos curiosos, la compa los carritos con pan, agua gaseosa, perfumería, etc., etc., mi que, con ruido y prosopopeya, cierra la marcha el carrico correos, el cual ostenta en sus lados el sello de armas de zuela. La rueda es una de las grandes palancas de la civili universal.

Diríase que la rueda había destruído por completo la hie la ciudad de Losada. No, no, cuando en los días de la prim las primeras lluvias humedecen las gramíneas dormidas que al pie de las aceras, dos fajas de verdura, de color de esme se asoman en todas las calles. Es la hierba que brota al conta la gota de agua. A esos sitios abrigados no ha podido lleg poder de la rueda, ni llegará jamás.

III

Los restos mortales de Bolívar en Caracas. — Percances. — Origen de las mortuorias. — La colonia Tovar. — Flores exóticas en la capital. — Origen del de flores en Caracas. — Las fiestas del hogar alemán. — Nacionalidades extr — Las flores en el teatro, en las ventanas. — Recuerdo oportuno. — Tala d meda de San Pablo. — Árboles seculares en Caracas, preludios de civilización matrimonios y entierros de antaño. — Nuevos cementerios y teatros. — Ent los coches de paseo. — Espléndido triunfo del vegetal por todas partes.

Las fiestas que comenzaron con la llegada de los restos de B al suelo natal, desde el 17 de diciembre de 1842, día en cumplían doce años de haber aquél fallecido, abren el princi una época, porque fijaron una etapa en la justicia de la histo la América latina. La mayor parte de los objetos fúnebr

brillaron en aquellos días, como ornamentos del carro mortuorio, del monumento levantado en el templo de San Francisco, columnas, trípodes, guiones, trofeos, pebeteros, adornos de la carrera, etc., fueron traídos de París, lo que mostraba la pobreza de Caracas en aquellos días. Lo único construído en Caracas fué la urna fúnebre destinada á conservar los restos mortales del Libertador, y consistía ésta en una caja larga rectangular, forrada de terciopelo negro y adornada de placas y rosetas, al estilo estrambótico de aquella época. Ignoraba la Comisión enviada á Santa Marta por el gobierno de Venezuela, que el de Nueva Granada, aprovechando la estada en Bogotá de dos ebanistas hábiles, había hecho construir una obra de marquetería digna del héroe. Así fué que, cuando la Comisión se enteró de la verdad, antes de llegar á Santa Marta, el presidente Vargas dispuso que la urna caraqueña fuese arrojada al mar. Treinta y cuatro años más tarde, la estatua de bronce de Bolívar que figura hoy en la plaza de este nombre, fué destinada á recibir un prolongado baño del mar, en los escollos de Los Roques. Todavía, manchones verdes, á pesar de haber sido aquella limpiada en repetidas ocasiones, ponen de manifiesto haber yacido, la estatua de Bolívar, durante días, en el fondo del Océano.

Otro percance del 17 de diciembre fué debido á la ausencia de coches, de cocheros y de caballos de tiro, pues nada de esto existía en la capital. Cuando concluída la exhornación del carro fúnebre, tratóse de ensayar si los caballos podrían arrastrarlo sin novedad, sucedió que, animales no acostumbrados á este oficio, hubieron de negarse á toda guía. Entonces quedó resuelto que los caballos enjaezados por completo, fueran adelante del carro fúnebre y que la ciudadanía, por medio de cordones sólidos, fuera la conductora de los restos mortales de Bolívar. Los coches y carros entre Caracas y La Guaira, no debían comenzar el tráfico sino tres años más tarde, en 1845.

Entre las novedades de Caracas, en aquella fiesta, llamaron la atención las hermosas guirnaldas de siemprevivas amarillas de París, que figuraron en el carro fúnebre y catafalco del héroe; y los ramilletes y coronas de flores naturales con las cuales fué obsequiado el Libertador, por un grupo de damas y de niñas, en una de las noches del festival. Las caraqueñas no conocían la siempre-

viva europea en guirnaldas, sino en los manojitos de todos
que, desde los primeros días de Colombia, venían en los ba
perfumería francesa. En el día de los funerales contempla
la primera vez estas coronas de flores secas que abrían el e
de las flores de trapo, de latón, de loza, de cuentas, de plum
que abundan hoy en el comercio de la capital, y cubren cen
de tumbas en nuestros cementerios. Con la apoteosis de
puede decirse, que comenzó el culto á los muertos, culto so
en la ciudad de Losada.

En Caracas, desde remotas épocas, sólo se acordaban
muertos el 1.° de noviembre, así como recuerdan á Santa
cuando truena, y del aseo de los techos y cañerías de la
cuando llueve. Pero la construcción de nuevos cementerios
1835, debía traer más confraternidad entre los vivientes y
radores de las necrópolis. Antiguamente abundaban en el
los muertos, las bujías, las girándulas, las luces y pocas flores
que la naturaleza se había encargado de dárselas espontánea
Así, todavía se llama al *tagetes pátula*, « clavel de muerto »
abundancia en el cementerio del Este. Hoy abundan los ci
los pinos, las acacias y mil árboles de sombra y arbustos de
El primer árbol indígena que entró en el recinto de los
fué el *carolinea princeps* — « árbol de pan ». Dos pies de
pléndido hijo de la zona tórrida fueron sembrados en el cem
de los ingleses en 1835, por el ministro de la Gran Bre
Caracas, aquel sir Robert Porter, de grato recuerdo. Ignor
existen, pero los llegamos á contemplar en toda su lozaní
cuarenta años. Frente al cementerio de los ingleses está
colonia alemana. Esta se decidió por la palma chaguara
forma graciosa techumbre de verdura, desde la entrada h
capilla. — Ambos cementerios están hoy abandonados.

*
* *

La colonia Tovar, donde por la primera vez se estableció
nezuela un grupo de alemanes, fué establecida en 1844.
centro de cultivo, en región fría, debían venir á Caracas can
magnolias, gloxinias, gladiolas y otras plantas europeas qu

entonces, prosperan en nuestros jardines. Aquellos colonos llegaron á tener su imprenta y su hoja periódica. Ya en la misma época dos alemanes, los jóvenes Reinold y Grum, cultivaban en sus patios los primeros caladium, las primeras gladiolas, *fuchsias*, azaleas, jacintos, alelíes, etc., y pinos de las ciudades germanas. Por la primera vez se celebraba en estos días, en el hogar alemán, la graciosa fiesta de nochebuena, en la cual tienen que figurar tres factores : el árbol de navidad que es por lo general, un hermoso pino europeo; los niños, que en derredor del árbol, festejan el nacimiento de Jesús, y los bombones que deben recibir, como homenaje á la inocencia. Esta fiesta es hoy fija en el hogar alemán. De las nacionalidades europeas en Caracas y La Guaira, la inglesa que había figurado tanto en el comercio desde comienzos de Colombia, abandonaba el campo á la alemana que se establecía en Caracas; la francesa ensanchaba su área, la italiana entraba con amor. De estas nacionalidades solo dos, la alemana y la francesa importaban flores : amaban más la floricultura que las otras. La italiana las recibía, y por la primera vez en 1843, Galli, el primer tenor de la primera compañía de ópera italiana que visitaba á Caracas, recogió los primeros ramos de claveles y azucenas cultivados en los campos del Avila. Esta montaña, donde hay tantas flores, puede considerarse como el origen de la venta de flores en el mercado de Caracas. En estos días Lozano fué el primer poeta que cantó á la Flor de mayo, y Forjonel, el primer pintor que la fijara en las paredes de una sala. Aun se conserva ya desvanecida, en la sala alta de la casa Becker, en la esquina de Camejo.

Esta esquina trae á nuestra memoria las variadas flores, como fuchsias, pelargonios, gloxinias, que sobresalían en las ventanas de la casa mercantil de Carlos Hahn, años más tarde, de 1850 á 1852. Mas esta moda, de colocar flores en las ventanas y mostradores no era nueva, que ya desde remotos tiempos, dos venezolanos la practicaban. Nunca faltó en el mostrador de la botica de don Claudio Rocha, en el gancho del recetario, alguna rosa, algún lirio ú otra flor de las que le proporcionaba su patio. Tal costumbre la tenía don Claudio desde los días de Morillo. Esta botica floral, si así puede decirse, se conserva todavía; es el único establecimiento de este género que se ha reído de la civilización moderna, pues ni la aplaude

ni la envidia. Está como ahora cien años. En la barbería de Martín Martínez vemos, desde los días de nuestra infancia, ramillete de flores, siempre sobre la mesa. Es uno de los dis tivos de este pequeño establecimiento, al Sur de la nave de Terceros. El ramillete es constante, como lo es el buen compo miento de este útil ciudadano, ya en el ocaso de la vida.

Un suceso inesperado, que tuvo efecto á comienzos de 1846, á recordar á los caraqueños la antigua tala del Gobernador C y Merino en 1713. ¡ Cómo se repite la historia! Desde 184 había pensado fundar una pequeña alameda en la plazuela de Pablo, y con tal objeto, el municipio sembró de almendros el y los cuidó por mucho tiempo. Ya se habían levantado, tenían diversos planos muy frondosos, y daban sombra, cuando en ci día de 1846, aparecieron destruídos todos los almendros (*Term liacatalpa*). Instrumento afilado había cortado desde el tronco h las ramas, dejando alfombrado el suelo de hojas verdes.

Desde el amanecer la noticia se divulgó por todas part vinieron los curiosos á ver aquel estrago. Llegó la policía, q investigar quienes eran los autores de aquella tala, y nada p alcanzar. Tronó la prensa, riéronse los necios y todo quedó en terio é impune. En el mismo día se supo que fué obra de comerciante, de uno de los ángulos de la plaza que, palpand escasez de sus ventas, desde que el área de la alameda no p dar paso á los arrieros que de costumbre la atravesaban para en á la calle del Comercio, juzgó necesario cortar los árboles. ¡ Cu persecución á los vegetales! Antiguamente se les suponía perj ciales á la salud, después perjudiciales al comercio y últimame cuando fueron sembrados por todas partes desde 1870, fueron seguidos por los odios políticos. El cultivo de los árboles en plazas de Caracas, ha costado muchos sinsabores. Hoy ya n hace guerra á los vegetales y si no los destruyen se los roban que está en armonía con la codicia y no con la ignorancia y odios políticos.

***

Para 1853 había en Caracas varios jardines, y el cultivo de flores exóticas se había hecho general. En aquellos días fué de

bado, en la quinta Bolívar el cedro de Fajardo que, según decía la población, venía de la época de la Conquista. Inútil y aun perjudicial, le llegó su turno de rendir homenaje á la muerte; pero ahí está uno de sus hijos que prospera y cuenta más de cincuenta años. No tenía Caracas en aquellos tiempos árboles seculares sino los *cuatro chaguaramos* que venían de la época del obispo Madroñero, 1758 á 1768; el árbol llamado *Palo Grande* que puede tener ciento veinte años; el cedro de *Monroy*, que cuenta los del siglo y el *samán* de la Trinidad que viene desde 1756, hijo del vetusto samán de Güere[1]. Caracas no podía tener árboles de más edad, por haberlo querido así el famoso Cañas y Merino.

Se anunciaba cierta transformación en las costumbres caraqueñas, para lo cual debían obrar el desarrollo de la población, del comercio, de las industrias y sobre todo, la iniciativa de la juventud. Había necesidad de nuevos cementerios, de teatros, de coches, de paseos, de empresas; y para realizar todo esto, iban á cooperar nacionales y extranjeros. La flor, abundante por todas partes, no había podido penetrar en los cementerios, en los matrimonios, en las casas mortuorias, en los festines, en las fiestas nacionales, en la industria; á pesar de existir la hierba todavía en 1865 abundante en las calles y techos de las casas de Caracas. Un naturalista muy celebrado, el doctor Ernest, á quien tanto debe hoy la ciencia en Venezuela, escribió sobre este importante tema[2].

Los matrimonios de aquellos días tenían aspecto vergonzante. Se efectuaban, casi siempre de madrugada, y acompañaban á la familia algunos ancianos oráculos, lo que producía un bello contraste entre la juventud fogosa y los próceres retirados, en percances de amor. Raros eran los matrimonios que se efectuaban durante el día ó la noche. Si no abundaban las cenas, abundaba el suculento desayuno. Las flores estaban siempre en minoría y no llegaban á media docena los ramos de variados colores que brillaban en la sala de la novia.

Respecto de los entierros, con rarísimas excepciones, se efectuaban de noche. Todo era fúnebre, la hora, el vestido, los hachones negros que llevaban los acompañantes del cadáver, la mesa, en la cual iba la urna mortuoria, cubierta de gran capote negro,

1. Véase nuestra leyenda titulada, *Bolívar y la Santísima Trinidad*.
2. A. Ernest, *Sobre las plantas de las calles et techos de Caracas*.

más ó menos tachonado de bordados de oro. Fúnebres apa
las salas enlutadas hasta el techo, fúnebres los cuadros d
tura, espejos, estatuas, consolas, retratos, arañas, lámpara
ostentaban lazos negros. Fúnebre el octavario, donde ca
luto riguroso hasta los platos de grasa y de postres que eng
ban las mesas. Todo era en aquellos días fúnebre, me
espíritu de los concurrentes. ¡Cuánta elocuencia encierra a
frase que dice : *el muerto al hoyo y el vivo á la hogaza!*

No había entonces sino un pésimo cementerio abandonado
los muertos escuchaban el diálogo siempre interesante que
los cuadrúpedos que pastaban la hierba de las sepulturas. Y
no había coches ni cosa parecida, el acompañamiento iba
aunque el campo estuviera lleno de fango. Al regreso, casi s
entre 9 y 10 de la noche, alguno de los acompañantes tra
familia dolorida alguno de los aldabones plateados que ado
la urna, costumbre que existe todavía. ¿Cómo puede clasi
esta monomanía de destornillar una urna mortuoria, dejar e
los gases de la muerte, recoger los aldabones de quincalla y
los como un recuerdo, á la pobre madre, esposa ó hijo, cu
difunto ha dejado sus vestidos, sus prendas, sus objetos que
hasta las generosas cláusulas de un testamento elocuen
recuerdo de las virtudes y del buen nombre han sido venci
el aldabón.

Tadavía era peor que todo esto el vetusto teatro de nuestro
los, adonde tenía que irse á pie y acompañado de un es
sirviente conductor de triste farolillo de bujía enfermiza. D
ciada la concurrencia si llovía, que ni carretón de bueyes
encontrarse, para salvar del naufragio á tantas beldades de a
días.

Quisieron los caraqueños tornar en 1858 á las alamedas
plaza de la Trinidad, en San Pablo, en la calle que cond
Cementerio de los « Hijos de Dios », y el tiempo y el ab
concluyeron con alamedas y árboles. Estaba escrito que
dictadura oficial podía plantar el árbol en nuestras plazas y
públicos.

*
* *

Más llegó la hora solemne y hasta los muertos han resucitado. Fué necesario un cementerio y surgieron dos al pie del Avila, y otro en tierra jugosa donde poco prosperan el árbol y la planta. Fué necesario un teatro y surgieron dos. Hubo necesidad de cambiar la hora de los matrimonios y de los entierros, y todo, como por encanto, quedó transformado. Y con los cementerios y teatros vinieron los coches y con el aumento de población los negocios, y con los negocios y riquezas, la vanidad social que llega ya hasta las grietas ocultas del valle de Caracas. Y entraron finalmente las flores como alud, en cestas, cestillos, floreros, parihuelas y coches; y pasaron de los patios á los corredores, á las salas, á los dormitorios, á los techos; y en floreros, embases de porcelena asiática y europea, ostentan hoy su triunfo, su espléndido triunfo... Y, como si algo faltara, se han apoderado de los novios y de las casas mortuorias, donde cada relacionado, cada amigo, se anuncia por medio de algún ramillete colosal, de algún elegante cojín, ó por alguna guirnalda fúnebre que recibe los honores, en las salas mortuorias, por hermosa pléyade de beldades que reciben el florido homenaje lo contemplan, y le disciernen el mérito que le corresponde en el certamen floral.

El último cuadro de este estudio lo dedicaremos á las blancas flores en los entierros y en los matrimonios; estos dos grandes torneos de la vanidad venezolana: la vida y el amor, la muerte y el olvido.

IV

Soy la flor del Campo. — El panorama de la naturaleza campestre. — Nuestras flores del campo. — El lirio rival de la azucena. — Abismo entre la flor silvestre y la flor cultivada. — Un entierro elocuente. — Las cruces de los caminos. — Flores al pie de éstas. — Elocuencia de la naturaleza. — Las flores blancas en Caracas. — Simbolismo de las flores. — *Soy el lirio de los valles.* — Caprichos de la moda. — Los casamientos y entierros en Caracas. — Casamientos y entierros en Europa. — Conclusión.

Soy la flor del Campo, dijo Jesús, como leemos en el *Cantar de los cantares*. Uno de los padres de la iglesia, al interpretar esta frase, entre otras cosas, dice: « Diferénciase la flor de los jardines de la flor de los campos, en que unas necesitan del arte y del cul-

tivo de los hombres, en tanto que los campos espontáne
producen las flores que los decoran. »

¡ Cuán sublime, en efecto, aparece la belleza de este panor
vida que se dilata, desde el hongo que vegeta en las pro
grietas de la corteza terrestre, adonde llega la onda aérea y la
bienhechora de la luz, hasta las cimas que se yerguen con s
de nieves eternas coronadas por los fuegos del planeta ! De
abismos, desde la profundidad de los mares, á orillas de los
del Océano ; costas, valles, sabanas, montañas, altiplanicies
bres y volcanes ; de uno á otro polo en todas las zonas y lat
¡ comó germina, crece, se desarrolla y sonríe, esta flor de lo
dos, *flos-campi*, libre, espontánea, llena de vida, siempre jov
guarda su miel para el insecto alado y ampara bajo su som
animal tímido, inofensivo, humilde ! De día recibe las ondas
y de aire que le sostienen la vida ; de noche, el rocío imperc
que la solicita, como el ave amorosa que lleva la gota de agu
pico para los hijuelos que en el nido la aguardan. La lluv
tempestad, el huracán, el incendio ó el cataclismo ; de tod
partido, que por dondequiera cuenta con una fuerza pro
que la sostiene. Y cuando adormecida ó fatigada de la luz
siente llegar la hora de la sombra, recibe el ósculo de paz de
los obreros de la luz, desde la luciérnaga que le revela su
dencias sobre la verde alfombra, hasta el copo vacilante de l
gos fatuos ; desde la estela candente, el bólido inflamado, h
luz refleja de los planetas y satélites ; desde la luz centellant
más próxima estrella hasta los soles de la vía láctea, en el d
campo de mundos luminosos que tachonan los espacios.

* * *

Creese que la flor del campo está representada por las espi
y manchitas de colores indefinidos que se asoman sobre la m
sobre la hierba viciosa que constituye matorrales de espin
la flor del campo es la rival de la flor de los jardines. To
flores cultivadas han sido también silvestres, porque cada p
dar lo que le sobra, recibe lo que no tiene. Así, cada flor, s
der su patria, viaja, se aclimata, se desarrolla, desaparece, r

sin abandonar su cuna, su latitud, su cielo. Entre nosotros, la flor del campo la caracterizan esas *Lantanas* de variados colores, destinadas á servir de escobas ó de leña, en el horno del alfarero. Aquí abundan, y en los jardines botánicos de las ciudades europeas, las cuidan y agasajan, como plantas graciosas de la zona tórrida. Y si de las lantanas y acacias con arbustos llenos de garbo, seguimos, tropezaremos con el bellísimo *Tribulus* (flor amarilla) que á orillas del mar Caribe, alfombra la pradera sembrada de cocales, extiende sus ramos y abre sus flores color de oro, que la ola no se atreve á mojar, pero sí á refrescar con aliento marino. Cercana á esta planta rastrera de nuestras costas, está otra también rastrera, la *Ipomea* de flores purpúreas, de hojas carnosas, siempre verdes, que se expande sobre las costas y también bajo la sombra de los cocales y campos cultivados. Ascended, y tropezaréis con arbustos y árboles engalanados con las joyas de Flora. Ya es la *Peirescia* (guamacho), con sus ramilletes de flores amarillas, ya los cactus y el copey, ya el apamate, el araguaney, las rosas de montañas y las *bejarias*, bellísimo rododendro de la Silla del Avila. ¡ Cómo se dilata esta zona de espléndida belleza ! En las praderas, á orillas del Guaire, en los matorrales, en las aguas estancadas, á orillas de los caminos, estrellas color de oro brillan durante el año y cautivan las miradas de los transeuntes; es la *Jussiæ* (Yerba de clavo) que engalana el pajonal, los terrenos que descansan para recibir el arado. Pero nada, nada que pueda rivalizar con la azucena como este lirio de nuestras colinas, llamado por los botánicos *Amaryllis belladona*. Cuando del pueblo de Chacao se sigue en dirección del de Baruta, al subir las peladas colinas, apenas cubiertas de paja, se tropieza acá y allá con lirios que asoman sus tallos solitarios sobre suelo duro y seco. Es el *Amaryllis belladona*, es decir, el lirio que simboliza la mujer, elegante, joven, bella, hermosa. He aquí el lirio rival de la azucena. Seguid, y llegaréis á la montaña, asilo misterioso de las flores silvestres, donde orquídeas y parásitas de todas formas y colores, penden de los árboles; donde los helechos arbóreos y también los rastreros, las palmeras, los cirios prosperan; donde los viejos de la montaña relatan al viajero observador los amores íntimos de las flores silvestres, abandonadas del mundo, con los genios de la luz y de la sombra, de las cascadas y de los ríos. Estos bosques,

praderas, valles y altiplanicies, cumbres y picos nevados, c
tuyen la mansión preciosa de la flor de los campos. Por est
Jesús : *Soy la flor del campo*; y agregó el poeta : *Amáis la lib
el campo habita.*

¡ Qué abismo entre esta flor espontánea, libre, que tiene por
la Naturaleza, y esa otra flor esclava que muere de sed, de aban
ó finalmente, de asfixia, sin movimiento, sin acción, porqu
amarrada al cojín, al ramillete, á la corona; tristes tumbas sin
das, de las que llegaron á ser soberanas de las praderas y
montes!

***

Hará como tres años que, al atravesar la quebrada de Barut
pezamos con un entierro muy pobre que nos obligó á deten
compelidos por noble sentimiento. Cuatro cargadores llevab
andas campestres una urna mortuoria cubierta de género b
lo que indicaba una virgen. Se dirigían al templo de Chacao.
la urna estaba una corona de flores silvestres, entre las cuales
Bahuinias (urape) clavellinas amarillas, azahares, mezclad
helechos de la quebrada, sobresaliendo entre otras flores, el
ryllis belladona de las colinas de Baruta. Al detenerse los carg
para ser reemplazados, hubimos de preguntar quién era la m
á lo que nos respondieron : — Una huérfana de padres que, d
de seis años de sufrimientos, de pobreza, sin más apoyo qu
desapareció hace veinticuatro horas.

— Y esta corona ¿ es recuerdo de ustedes ? pregunté.

— No, nos respondieron. Esta corona se compone de la
silvestres que la enferma amaba, porque habían sido sus
ñeras en su infortunio y quería que lo fueran en la muerte.

Ego flos campi, nos dijimos. Nunca me había parecido la N
leza más elocuente que en aquella mañana, cuando almas
tivas conducían al templo del señor los despojos de uno
ángeles de la pobreza ; invisibles á las miradas del mundo,
á las miradas de Dios.

Escenas como esta nos han inspirado siempre. Con frecue
ven en todos los caminos de nuestros campos, montones de

que rematan por una cruz de madera tosca. Abajo yacen los despojos mortales de algún desgraciado que, en aquellos sitios murió, víctima del hambre ó de las venganzas y odios humanos; y no teniendo familia que lo amparase, la caridad pública le enterró, poniendo piedras amontonadas por lápida y como símbolo de la esperanza divina, la cruz del Calvario. Cuando llegan los primeros días de mayo, estas cruces están siempre exhornadas de flores silvestres que hablan con elocuencia simbólica y detienen al corazón caritativo. — *Ego flos campi.*

*
* *

Entremos en materia. Hablemos de esta monomanía que se ha apoderado de la sociedad de Caracas, al exigir que sean blancas, y solamente blancas, las flores que acompañan á los actos tan solemnes de la vida, como son el matrimonio y la muerte. Pero antes de ocuparnos en esta cuestión, disertemos acerca de la flor, y del papel que desempeña, según los textos bíblicos.

« El hombre nace como la flor que pronto yace á sus pies », dijo Job; y « El hombre florece como la flor de los campos », leemos en los Salmos. Esto quiere decir que la flor representa por todas partes, lo efímero y transitorio de la vida. « Puede compararse con la flor todo esplendor humano, riqueza, poder, honor, belleza, escribió San Agustín. Una casa, una familia desaparece como las flores. — ¿ Por cuánto tiempo dura su brillo ? — Por mucho tiempo, diréis. Este tiempo, que parece largo, es corto delante de Dios. El brillo del hombre pasa como la flor del heno, ha dicho otro escritor sagrado [1].

Tales frases son tan verídicas como elocuentes. Belleza, perfume, colorido, atracción misteriosa, todo lo posee la flor en su vida transitoria ; por esto simboliza la brevedad de la existencia y nos acompaña mientras gozamos ó sufrimos, para seguirnos en el camino de la tumba.

Si todas las flores simbolizan lo efímero de la existencia, no comprendemos el porqué, en Caracas, sólo *la flor blanca* brilla en

1. Bouillerie, obra citada.

todos los matrimonios y en todos los entierros. ¿Porqué sepa
de sus hermanas? La flor blanca simboliza la inocencia, la pu
la virginidad, el ideal del corazón virtuoso, la primavera de la
Por eso acompaña á la desposada, radiante de amor, ilumi
por claridades celestes, cuando, vestida con el ropaje del ánge
arrodilla emocionada ante el altar; por esto la misma flor acom
á las jóvenes y aun á las ancianas, ángeles de la caridad, y
niños que desaparecen, como mariposas del hogar, al sentir s
sus mejillas tiernas el viento de la tarde. « *Soy el lirio de los v*
dijo Jesús, lo que equivale á la inocencia de los ángeles del ci
de la tierra, al ideal, al corazón sin mancha, á la joven esposa
nada de azahares. » La flor blanca tiene su trono en el Sagrari
el seno de la virgen, rica de virtudes, en la tumba del ángel.

Si aceptáis flores blancas en estos casos ¿qué flores enviaréi
esposa en segunda ó terceras nupcias, al adulto, al ancian
militar, al artista, al hombre de ciencias ó de letras? He aq
confusión. Si las flores representan en su excepción general, l
mero de la vida, ¿porqué despojar á la fiesta nupcial de los co
de Iris, de las palmas, de las rosas rojas, de los mirtos, estas
de la naturaleza tropical?

En ciudades europeas asistimos á matrimonios donde los te
estaban exhornados de palmeras, de camelias, de arbustos co
de hojas verdes. Tales adornos en nada ofenden la pureza de l
gen vestida de blanco, que lleva la corona nupcial sobre la c
y el ramillete de azahares en el seno. ¿Porqué dejar en el o
esa rosa roja, siempre compañera de la mujer bella y pura,
que la sintetiza? La rosa roja es simbólica. Un escritor sagra
dicho: « Así como Jesús se asemeja á la azucena, porque es el c
de la eterna luz; así se asemeja á la rosa roja por su pasión... »
flor es la rosa del martirio, donde la pasión y el amor se disputa
puro brillo y el color purpúreo! » — *Rosa mística*, se dice á M
— ¡Cuán bellas aparecerían en un matrimonio, las rosas rojas
cladas con las azucenas; y en el entierro de la joven niña una
nalda de rosas rojas mezcladas con mirtos y arrayanes, ó una
rona de helechos salpicada de violetas.

Caprichos de la moda son estas aberraciones. Comprendem
blancas flores en el matrimonio, en el entierro de la virgen

niño, y de la santa mujer. Las comprendemos unidas á las moradas, rosadas, etc., etc., en el entierro del joven lleno de savia, que desaparece en la plenitud de las nobles aspiraciones del corazón. Comprendemos el laurel, el olivo, las palmas en el entierro de las grandezas; pero comprendemos igualmente la variedad de flores en todos los entierros. El cadáver de Humboldt fué colocado entre palmas, flores y candelabros; y á Víctor Hugo le acompañaron, en su paseo triunfal, desde el Arco de triunfo hasta el Panteón, siete mil coronas de todos colores, naturales y artificiales. Bien merecía aquella gran inteligencia que fué luz en la vida, ir acompañado por millares de Iris, en su tránsito de la muerte á la vida inmortal.

¿ Hasta cuándo durará este furor, esta monomanía de las blancas flores? ¿ Quién será el primero que rompa la monotonía y dé á los matrimonios y á los entierros más variedad en el colorido, y más belleza en el conjunto? ¿ Cuál será la primera familia que se presente con espléndida corona de rosas rojas entretejida de mirtos y arrayanes? ¿ Cuál será el primer ramillete de azucenas y de rosas que sobresalga en un festín nupcial? Si Caracas proporciona abundancia de flores blancas, por sus condiciones climatéricas, los sitios de temperatura cálida se oponen al desarrollo y cultivo de aquellas. Se hace entonces necesario que la moda cambie, de acuerdo con los recursos y condiciones atmósfericas de cada pueblo. Si á pesar de esto, la moda continúa, dentro de pocos años no habrá en los jardines de Caracas sino flores blancas, lo que será una calamidad.

Y como lo personal se mezcla siempre con lo social, desde ahora las rechazamos en todos los casos en que nada significan. Ya uno de nuestros buenos amigos nos ha ofrecido para nuestro entierro, una guirnalda con flores de todos colores, que simbolizará los cambiantes iris de la luz. Bienvenida sea, porque de lo contrario, estaremos expuestos al más completa chasco, al presentarnos con una *virginidad* que perdimos y no volverá, ni con las espinas del martirio, ni con la medicina de la penitencia.

Abajo, por lo tanto, las blancas flores en los entierros de casados y casadas; de viudos y viudas ancianas; en los matrimonios y entierros de las mujeres y hombres ya en camino de procerato y en los matrimonios y entierros de todos aquellos y aquellas que verde-

guean. Y sobresalga y ostente su belleza la cándida flor, en lo
mientos de los novios, en primera edición; en los entierros
niños y jóvenes solteras; en el de los santos y once mil ví
mártires.

EL ALMA DEL TIRANO AGUIRRE

Refieren los antiguos cronistas de la Conquista Castellan
cuando murió Acoya, príncipe del hermoso Valle de Jauja
Perú, con aquél fueron enterradas sus mujeres predilectas,
dores y criados domésticos, y también sus vestidos, plu
armas y tesoros. Y agregan, que muchos de sus familiares,
tener lugar en la tumba, cavaron la tierra en sitios amad
Monarca, y allí se enterraron, habiendo mujeres que, an
estar abierta la fosa, se colgaron de los cabellos y se sacri
para anticiparse á la dicha que ambicionaban, la de unirse
vicio del Soberano. En cada aniversario, abundantes ve
comidas y bebidas, eran depositados en las tumbas, porq
muertos, según la creencia de los quichuas, continuaban en
invisible. Todo esto mostraba que los aborígenes de Améric
taban la inmortalidad del alma, y que ésta vagaba y sufría
hambre, la sed y el frío. Esta alma errante del Príncipe, d
en valle, tenía que tropezar con otras también errantes,
traía la fraternidad de los seres que se habían amado en l
Y como todo el mundo, ricos y pobres, en la América prehis
eran enterrados con sus tesoros, surgió la creencia, entre l
quistadores, de que las almas errantes ó en otros términ
almas en pena, los fuegos fatuos, indicaban á los mortal
entierros de oro que con tanto éxito supieron explotar los
llanos.

Por los años de 1557 á 1560, antes de la fundación de C
apareció por las costas de Margarita y de Borburata y en
de Carabobo y de Barquisimeto, un hombre estrafalario, pers

por la monomanía de matar á sus semejantes. Lope de Aguirre, que tal fué su nombre, simbolizaba el crimen inconsciente, y por lo tanto, insaciable. Despréndese de las alturas del Perú, llega á orillas del Amazonas, sigue rumbo al Océano, cambia al Norte y llega al puerto de la Margarita, que se conoce hoy con el nombre de *Puerto del tirano.* Los expedicionarios de Orsua, de quienes era subalterno, habían, para entonces, desaparecido. Alzado y reconocido como jefe de la gavilla infernal, Aguirre había sacrificado,unos tras otros, á los hombres más notables, y dueño del campo seguía, sin timón y sin brújula, á merced de la fortuna. Quema sus naves, penetra en el interior de Venezuela, el crimen le acompaña, la audacia le guía. Es el huracán que devasta, es la sombra pavorosa de la tierra, en el eclipse solar, que infunde espanto aun á los animales. Casi todos los expedicionarios de El Dorado de Orsúa han desaparecido, y el drama, comenzado con sangre va á terminar con sangre. Hay en medio de la gavilla de asesinos una mujer, la hija del Tirano, testigo de innumerables crímenes. La locura de Aguirre aparece de súbito con nuevos síntomas, y para evitar á su hija un título de oprobio, la sacrifica; pero este sacrificio inesperado alienta el corazón de los primeros conquistadores que han llegado á la presencia del Tirano. Este no titubea, aparece impasible, casi ordena su muerte, que simula un ejercicio militar. El Tirano ha caído por tierra : la sombra pavorosa del eclipse ha pasado y un sol radiante asciende por todas partes.

El cuerpo del Tirano es descuartizado y su cabeza, sus brazos, sus piernas y sus cuartos son colocados en los caminos. Al terror infundido por sus crímenes, en todo el occidente de Venezuela, sucede el temor que infunden su muerte, los fragmentos de su cuerpo, el cadáver de la hija sacrificada por el padre, el número de las víctimas. La paz ha vuelto al corazón de las ciudades, pero la imaginación de los campesinos y aldeanos ha quedado turbada. La imaginación plácida es un don de Dios, pero la imaginación enferma, timorata, perturba la razón. Hasta el día en que muere el Tirano, el habitante de los campos no había huído de los fuegos fatuos, que *el alma en pena* inspiraba, más compasión que terror. Pero desde el momento en que los crímenes y fin desastroso de Aguirre son el tema forzado de todas las familias, el hombre de los campos,

al tropezar con la primera luz nocturna, *el alma en pena*, no
esta llama apacible al desgraciado, sino al criminal, al mor
Y la imaginación enferma fué lentamente contagiando á lo
ritus despreocupados; y el *alma del Tirano* pobló todos los
engendrando, al anochecer, sustos, temores, pavor y aun l
dida de la razón. Hasta la más insignificante lucecilla del i
tímido, ó las emanaciones luminosas de ciertos árboles
infundían espanto. *El alma del Tirano Aguirre*, partiendo
regiones de la antigua Nueva Segovia, ganaba terreno por
partes, y penetró en los pueblos de Oriente y en la dilatada
venezolana, donde se la llama también *bola de fuego*.

En los primeros tiempos que siguieron á este episodio, proce
religiosas de algún patrón, en derredor de los campos, asper
de agua bendita en los caminos, reunión del pueblo en la plazu
templo para asistir al sacrificio de la misa, fueron los medios
se valieron los curas de aldea para calmar el espanto de las
ciones. Pero nada de esto surtía efecto, porque el *alma del Ti*
presentaba por todas partes. Ya aparecía en la cruz del campa
ya en el corral de alguna casa derruida, ya en la quebrada cerc
pueblo, ya á orillas del río. Ya estaba solitaria, ya acompaña
otras llamas fosfóricas que, en fila caminaban unas tras o
apiñadas, parecían agitarse. — Ya se detenía, ya corría á
sos del viento que la empujaba.

Apariciones de muertos en caminos reales, motivaron q
abrieran ciertos procesos criminales, cuando las víctimas sólo
que quejarse del alma del Tirano Aguirre. Y fué el caso qu
del Tocuyo, viose en cierta mañana, una mujer sumida en l
que tenía á su lado un niño muerto. Vuelta en razón, la
declaró cómo se había encontrado faz á faz con el alma del
Aguirre, y que al correr en dirección de la ciudad, sintió
Tirano se le introdujo en la camisa y le retorció el pescue
mujer confesaba que había salido acompañada de su hijo, p
podía darse cuenta de la muerte de éste. En la carrera se
que arrastró al niño, que estaba asfixiado. En otro caso,
llanura de Monay (Trujillo) se refiere, que dos guapetone
caballo, quisieron perseguir, la siniestra luz, y que corrien

ella, hubieron de caer en un barranco. Ambos caballos murieron, quedó alocado uno de los jinetes y el otro confesó que dirigía su oración al Crucificado, cuando vió, como bola de fuego, al alma del Tirano que tranquila, apacible le contemplaba desde la cima de un viejo corozo que había en el fondo de una quebrada [1].

Contaban los antiguos cronistas de Caracas que, en muy remotos días, un jefe de ladrones, después de haber vivido del robo, se ocultó con la mujer que le acompañaba, entre las breñas de la colina del Calvario. Como la mujer que salía de noche, tenía que alumbrarse el camino para solicitar el alimento del bandido, con frecuencia divisaban los moradores de la ciudad la luz á la cual bautizó el pueblo con el nombre de la *luz del Tirano Aguirre*. Esta fué la que indicó á la autoridad la guarida del ladrón, que fué capturado y arcabuceado [2].

El carácter distintivo de estos copos luminosos es la estabilidad. Son engendrados por la conbustión de emanaciones animales; así es que el *alma del Tirano Aguirre* durará mientras que existan pantanos, putrefacciones animales, cementerios, etc., etc. ; es decir, acompañarán, á la humanidad hasta el fin de los siglos. Si en otros días espantó á los mortales, ya hoy ha perdido su poderío, desde el momento en que la ciencia enseña que es un copo de gas que se enciende y se apaga á merced del viento que lo agita.

La masa del canto poco ó nada nos dice acerca de estas almas en pena, siempre vacilantes; de estas luces apacibles que avivan en nuestra memoria siluetas de seres amados que se alejan cada día más y más. Pero, la idea de los quichuas de que el alma errante sufre á consecuencia del hambre, del frío, del calor, la encontramos en Dante que figuró antes del descubrimiento de América. Cuando en *El Infierno*, Carón ve á las almas que aguardan á orillas del Aqueronte, les dice : « No esperéis más ver el cielo; vengo para conduciros á la opuesta orilla y concluye :

Nelle tenebre eterne, in caldo e in gelo.

1. Estos y otros relatos referentes al alma del Tirano Aguirre nos fueron referidos en Tocuyo y Trujillo en 1855.
2. Rodríguez, *Tradiciones populares*, etc., etc., Caracas, 1 vol. en 8°, 1885.

Y cuando Dante, en *El Purgatorio*, reconoce en estas s
errantes á uno de sus amigos predilectos, le habla y se avan
estrecharle en sus brazos, mas la sombra se desvanece. E
Virgilio le recuerda que todas aquellas almas estaban cond

A sofferir tormenti, e caldi è geli.

Pausanias, viajero griego que existió dos siglos después d
cristo, al hablarnos de las bellezas de Atenas y de sus monu
nos dice que en el campo de Maratón, que guarda los despoj
tales de los atenienses muertos en la batalla de este nombre,
todas las noches relinchos de caballos y algazara de comba
Hugo Fóscolo, ampliando, en sus *Sepulcros*, el relato del
griego, nos cautiva con nuevas y bellas frases : « El naveg
dice — que recorre las costas de la mar Eubea, cree divisa
profunda oscuridad de la noche, las chispas que se leva
choque de los yelmos y de las espadas, el centelleo de la
aceradas, las hogueras humeantes que despiden vapores íg
los fantasmas de guerreros que animan la batalla[1]. »

En la balada de Gœthe, *El Rey de los Alizos*, el pa
lleva en los brazos á su niño, huye á galope para evitar se
por el fantasma luminoso. El niño grita, desespera, cree
presa del fantasma ; pero el padre, por quererlo salvar, lo co
contra el pecho amoroso, lo asfixia. Al pisar el hogar,
estaba muerto. Esta balada y los recuerdos de Pausanias y
sos de Dante y de Fóscolo, al hablar de las almas errantes
luces nocturnas, ¿ no serán un homenaje de la musa del
las bellas supersticiones populares ?

En su tosco lenguaje, el cantor popular de la pampa ven
ha contribuído igualmente con un *corrido* popular que
inmortalizar *el alma del Tirano Aguirre*, en sus correrías
nas. Es el siguiente :

1. Esta cita de Hugo Fóscolo, tan oportuna en estas páginas, la debemos
tesía de nuestro distinguido amigo D. Francisco Davegno, que ha contri
éxito al *Folk-lore* italiano y al estudio de nuestras antigüedades históricas.

LA BOLA É FUEGO

En las sabanas de Apure
Cuando está la noche obscura
En forma de bola é fuego
Sale ardiendo una criatura.
Aquella es un alma en pena
Y su estado lastimoso,
Le causa mucha tristeza
Al corazón que es piadoso.
Ya se estira, ya se encoge ;
Se hace larga y es redonda,
Y se mete en una mata
Y entra y sale muy oronda,
Es el alma de un tirano
Que nació cuando la guerra
Le quitó á los pobres indios
Sus mujeres y su tierra.
En castigo de sus culpas
Anda por esas sabanas
Con las costillas ardiendo
Y doblando una campana.
Persigue á los caminantes,
Vence á la espada al más diestro,
Pero huye del que le reza
Su salve y su padre nuestro.
Con la señal de la cruz
Se retira del camino,
Huye si uno la maldice
Y prosigue su destino.
Mucho sufre la alma en pena
Y aparece si es llamada,
En los viernes de cuaresma
Y un martes de madrugada.
El que muy cerca la mira,
De la bestia cae privado,
Y se le encarama en la anca
Si es un hombre condenado.
Dicen que mató su hija
Ese tirano maldito,
Y le dió candela á un pueblo
Y maldijo á Jesucristo.
Que no dejó descendencia
Pues de toda la familia,
Que era mucha en aquel tiempo,
No quedó ni la semilla.
Dejó un tesoro enterrado,
Nadie sabe dónde está,
El que le hable al alma en pena
El tesoro encontrará.
Que salga un hombre valiente
Esta noche á la sabana,
Que le hable á la bola é fuego
Y será rico mañana.

Dominan dos verdades en esta tonada llanera, y son : que con recitar un padre [1] nuestro y un avemaría huye *el alma del Tirano Aguirre;* y que el viajero que llegue á ponerse al habla con esta *alma en pena*, conocerá el yacimiento de algún tesoro, de los muchos que guarda la corteza terrestre.

LAS PLANTAS RELIGIOSAS DEL HOGAR POBRE

A Don Gregorio Martínez M.

La manzanilla de olorosas flores, la pesgua de fragantes hojas, la pebetera que embalsama las praderas con sus esencias de estoraque, la angelonia de flores violadas, de grato aroma, el coral per-

1. En la elección de las diversas muestras del *Folk-lore* venezolano que vamos á dar á nuestros lectores, no seguiremos un orden metódico y filosófico, que esto lo dejaremos para cuando demos á la estampa la obra completa. Pero, por la variedad de las muestras se conocerá la variedad de los materiales de que tratará cada capítulo.

fumado de los páramos; todas ellas, flores del campo, pu
acaso en cestillo de palma exornado con encajes de maíz
tal es el ramillete que ofrenda la naturaleza venezolana
católico en los días solemnes del Cristianismo. Y las fiesta
Semana de pasión, del Corpus, de la Cruz de mayo, las de
á María y á los mártires, con las de Navidad que cierran e
tales son los días clásicos en que las flores de los campos a
los templos y mezclan sus aromas con las espirales del in
que se elevan á los cielos y acompañan la plegaria del
creyente que ora y espera.

La primera semana santa celebrada en Caracas, si no tuvo
en 1568, días después de la fundación de la capital, verifi
1569 ó 1570, y ya para esta fecha se habían familiarizado
manera los castellanos con los indios que, sin temores, pod
sitarse por las veredas á toda hora. La primera planta exóti
cida por los conquistadores á las fiestas de la pasión fué, si
alguna, la camomila (manzanilla), cultivada en las hue
legumbres, de donde pasó á los potes de madera ó de ba
comenzaron á decorar las gradas del sagrario. Del centro
maceta de camomila surge una bujía de cera que arde du
noche del jueves santo. Quiso el indígena acompañar al con
dor en las ceremonias del culto católico, y le ofreció cuatro
de las selvas del Avila : « la palma de la cera » (*Ceroxylon an*
que desde entonces es llamada también, *palma bendita*, *pa*
ramos; la pesgua (*Gaulteria odorata*) que llaman en los An
nezolanos « laurel », la angelonia (*Angelonia caracensis*), y
planta predilecta del cultivo indígena.

La bella palma comenzó á figurar, desde muy remota ép
los dos templos pajizos que entonces tenía Caracas : la igl
la parroquia y la ermita de San Sebastián. Descollaba aqu
las manos de los devotos que acompañaban la procesión, m
que hojas de pesgua y flores de angelonia en abundancia, en
ban el pavimento y llenaban el ambiente de dulce fraganci
pecto de la camomila y del maíz, estas plantas no aparecier
en la noche del Jueves Santo. Para este día, casi todas las
de legumbres que presentaba la primera ya florida, surtían
á los monumentos de Caracas, sino tambien á los templos

blos cercanos á la capital; costumbre que perdura todavía. El aroma de la manzanilla se siente por todas partes[1]. El maíz sembrado en platillos ó pequeños potes de loza, ocho ó más días antes del domingo de pasión, aparece en la solemne noche, en ramilleticos de esmeraldas que circundan la base del Sagrario.

En los diversos pueblos venezolanos, no figura en la ceremonia matutina del domingo de pasión una misma palma. Desde el extremo oriental de la península de Paria hasta el Nevado de Mérida, domina en las regiones templadas la palma de la cera; pero en los pueblos de la zona cálida, unos aceptan el moriche, otros el corozo, el cocotero, el chaguaramo, etc., etc. Y como la zona de las palmeras se dilata al Norte y al Sud del Ecuador, puede decirse que la palma domina en casi todos los pueblos americanos. Las ciudades que están á orillas del Mediterráneo se surten de los dátiles de la Liguria, de Nápoles, de Sicilia y de las Costas de Africa; pero las islas Canarias envían graciosas palmas á muchos lugares de Portugal y de España. Mas al Norte del Mediterráneo, plantas diversas sustituyen á las palmas, en la fiesta religiosa del domingo de pasión.

*
* *

La introducción de la planta de maíz en las ceremonias religiosas de la América española, es la coronación de este vegetal tan célebre en los días prehistóricos del Continente Colombino. Planta tan graciosa figuró en los mitos de las antiguas civilizaciones de Méjico, de Cundinamarca, de Perú. *Cintli*, que es el nombre del maíz en lengua mejicana, dió su nombre á *Cinteuzl*, diosa que recibió entre los aztecas las primicias de esta planta, á imitación de la Ceres de los griegos, coronada con espigas de trigo. Las vírgenes del Sol preparaban el pan de maíz que debía figurar en los sacrificios peruvianos. Y en el calendario de los quichuas, dos meses estaban consagrados al maíz en sus estados de nacimiento, de crecimiento y de fructificación[2]. El maíz de hoy no presencia sacrificios humanos, figura en la solemne noche del Jueves Santo, al pie

1. Dice Caulin que antiguamente ponían en los monumentos de Oriente pinco, por el olor que derrumba esta fruta.
2. Cronistas antiguos de México y del Perú, *De Candolle*, Geographie bothanique.

del sagrario. El indio moderno no cree ya en el derramamien sangre, pero sí en los ritos cristianos. El día de San Isidro dor, los indígenas del pueblo de Lagunillas (Estado venezola Los Andes), traen sus bueyes y el arado, y surcan la tierra plaza frente al templo, donde siembran granos de maíz, como naje al patrono de los agricultores[1]. Ignoramos si esta sencill tumbre está todavía en práctica.

Los variados aromas mezclados de la camomila, de la ange de la pesgua y de otras plantas, obran de tal manera sobre el que al cabo de muchos años, aun aquel que por una ó más los ha percibido, al sentirlos de nuevo, tiene que recordar la del Jueves Santo en Caracas y en otras ciudades de Vene porque no son aquellos olores únicamente los que llenan los plos venezolanos en la noche mencionada, que en Mérida y capitales, donde el maíz puede ser sustituído con la cebada, el el arroz, la arveja, el garbanzo, no figura la manzanilla, per pebetera (*vernonia*) que llaman en Los Andes estoraque, planta de la zona fría que llaman *coral de páramo*, cuyo fru embalsama el ambiente. La fragancia de las flores se ha hecho saria, en la ceremonia del Jueves Santo, en todos los pueblos licos, y por esto, en muchas ciudades de Europa, figuran el de exquisito aroma, y las flores olorosas de la primavera[2].

¡Cuán grande y sublime aparece por todas partes esta tranquila del Jueves Santo! Las campanas de los templos han decido, el trabajo se suspende, todos los corazones piadosos tan un ideal misterioso, invisible, y oran en el recogimiento. la luna riela en el campo de la naturaleza, adentro arde la en derredor del Sagrario, y el aroma de las flores llena el te Una tumba es el centro de todas las miradas y de todas las raciones del alma. Esa tumba conmemora un triunfo, una con indestructible; el desmoronamiento de la sociedad antigua,

1. Esta sencilla costumbre de los indios de Lagunillas, nos fué comunicada p señor Lovera, Obispo que fué de Mérida.

2. En el *Calvario* que, en el día del Jueves Santo figura, desde tiempo muy en el templo de San Francisco, hay siempre arbustos y árboles tropicales, cocuiza florida (*agave*), el copey (*clusia*), la pebetera (*vernonia*), etc., etc. Cuan mos de las fiestas conocidas con los nombres de la *Cruz de mayo*, *Corpus* y e en la noche de Navidad, y de las plantas que en ellas figuran, tornaremos á e de las flores religiosas del hogar pobre.

gen de todas las grandezas modernas, sostenido por la fe y por el arte, por los triunfos y conquistas de la libertad social.

*
* *

En algunos pueblos de la pampa venezolana, durante la noche del Viernes Santo, cuando espléndida luna riela sobre las praderas y sabanas, familias pobres salen al campo para hacerse de raíces, de hojas y de los frutos medicinales de la estación, frutos que guardan con amor. Creen en las virtudes medicinales de estos vegetales con la misma fe que creen en la camomila que ha figurado en los monumentos del Jueves Santo. Cuando ahora cuarenta años el cólera asiático azotó á Caracas, la manzanilla de los monumentos fué más solicitada que la de las farmacias. En efecto, la una, aunque de origen europeo, se ha aclimatado tan admirablemente, que guarda más aroma y es más eficaz como sustancia tónica. A las virtudes medicinales de la planta, se agrega hoy la creencia popular, que basta para vencer á la camomila europea.

Todas las sustancias vegetales recogidas durante la noche del Viernes Santo, constituyen una necesidad de la familia. La escorzonera, la corteza de cidra y otras más, se ensartan como rosarios que cuelgan de las paredes y alternan con manojillos secos de borraja, de rosas, de plantas aromáticas, etc., etc., y de frutos diversos que ostentan sus virtudes medicinales. Así, la flora venezolana proporciona sin trabajo al hogar pobre, lo que ella misma proporciona á la industria y al comercio para dar vida ó aliviar igualmente al hogar pobre de apartadas regiones.

*
* *

Desde el primer domingo de Ramos celebrado en Caracas, y hasta ahora cuarenta años, este día de la Santa Semana estaba caracterizado por la colocación de las palmas, obtenidas en las ceremonias religiosas de los diversos templos, en las ventanas del caserío. No había choza con ventana donde no figurara alguna palma. Las admirablemente tejidas y exornadas de flores artificiales, estaban destinadas á familias que las pagaban ó recibían como obsequio.

Y como todas estaban igualmente arregladas por mano feme
sucedía que las que sobresalían en el hogar pobre, sin flores
recargo, eran las más naturales. Pero en estas casas, la palma
más de figurar en la ventana, figuraba igualmente en cruc
tras de las puertas de los dormitorios y otros sitios del hogar.
cruces que aun se remudan anualmente, están destinadas á ser
madas cuando la descarga eléctrica ó el trueno anuncian una
pestad próxima. Esta costumbre española ha penetrado entr
indios, pues según nos dice Reclus, los goagiros queman pal
cuando el rayo eléctrico en zigzag cruza los aires[1].

De la palma seca se saca la ceniza del miércoles de este nor
En Caracas cada templo guarda las palmas que necesita; per
ciertos pueblos europeos, el cura de cada parroquia ó aldea re
entre el poblado, las palmas secas el último día de carnaval.

*
* *

Todo cambia, y cada civilización modifica lo que ha hecho la
cedente. La palma del domingo de pasión ha perdido en Carac
antiguo esplendor; pero aun exorna las ventanas del hogar p
Las plantas religiosas recogidas en los días Jueves y Viernes S
aun conservan sus virtudes curativas. Buscadlas donde rein
pobreza. Todavía continuán la camomila y el maíz al pie del S
rio, y la pesgua y la angelonia entapizan el pavimento del te
Todavía en el hogar pobre, el sauce, la pebetera y otras plant
levantan en derredor del pesebre de Navidad. Todavía las flor
los campos decoran los velorios de cruz y las cruces solitarias
caminos. El hogar pobre no ha desaparecido, se renueva sin c
porque está sostenido por la resignacion, por la humildad d
por el sufrimiento, por la fe. *Vivirás del sudor de tu frente* :
sentencia de carácter divino, no es una imposición ;... es una
ranza, una promesa celestial.

1. Reclus, *Viage á Santa Marta.*

LA PASIONARIA

A don Antonio Herrera Toro.

¡ Qué infancia, en la América española, no ha sido embellecida por la flor que simboliza la sublime pasión de Jesús? ¿ En qué campo, en qué huerta ó jardín, en qué hogar, por pobre que aparezca, no ha abierto esta flor de la niñez acariciada por los rayos de la luz ? Para ella guarda siempre la paleta del sol suaves colores, caricias y aromas la brisa, y agua invisible el rocío de la noche. En la historia infantil del hogar venezolano, si la oración dominical, recitada de coro por el niño, abre la primera página del libro oral, elocuente, obra de la madre; la segunda página pertenece exclusivamente á la pasionaria. En posesión de la flor, el amor materno y el filial departen dulcemente sobre los instrumentos de la pasión de Cristo; y el niño extasiado, conducido por elocuencia amorosa, llega á la cima del Calvario, para contemplar mudo la imagen del Crucificado. Cuando asoman los primeros días de mayo y con ellos las fiestas de María, en el extremo sur del firmamento, descuella, en toda su belleza, la espléndida cruz del sur. He aquí la página inmortal del libro oral de toda infancia, en las regiones que bañan las estrellas cadentes y los resplandores de la luz zodiacal. La oración dominical, al nacer y morir el sol, la pasionaria simbólica, imagen de la naturaleza florida, y allá, en lontananza, la constelación del crucero, como la purísima imagen de los cielos estelares; tal es el misterioso conjunto donde la fe hermanada con el arte divino, sintetizan los días felices de los juegos infantiles, las aspiraciones inconscientes de la niñez, la primera manifestación religiosa en el corazón tierno que canta y suspira, que llora, sonríe y se consuela al influjo del imán misterioso del corazón materno.

Para la pasionaria no hay sitio predilecto en la dilatada zona americana. En los valles, en las praderas, en las selvas, en los caminos, en la pampa, en la altiplanicie, en los declives de las cordilleras; desde las orillas del mar hasta las inaccesibles cimas, la pasionaria siempre fresca, ostenta sus galas y saluda el día con las sonrisas de Flora, con los iris de la luz. Dócil, sociable, flexible, amante de la naturaleza y del hogar, aparece siempre humilde á

las miradas del labriego. En cierta mañana, por casualidad,
pieza éste con graciosos sarmientos que se asoman en la male
parece que le dicen : « guíame, protégeme, concédeme el sost
que necesito para darte copiosos frutos ». El ave, el agua, el vi
uno de ellos depositó el grano fecundante en terreno abandor
y el rústico labriego, sensible á las necesidades de la dulce
grina, la ampara ; y con ramas secas ó leños abandonados, le
truye la troje que va á servirle de lecho, de trono. A poco la
ricia, la cuida, y la pasionaria agradecida, le regala ópimos fr
Por esto dijo el cantor « á la Zona Tórrida » :

Tendida para ti la fresca percha
En enramadas de verdor lozano
Cuelga de sus sarmientos trepadores
Nectáreos globos y franjadas flores.

*
* *

Brille la flor del loto en las pagodas que celebran las gloria
Buda, bajo la sombra de los sicomoros y de las higueras
bañan las aguas del Ganges. Yérguese el crisantemo de flor
oro en las fiestas soberbias de los descendientes de Confucio, e
rientes islas de los archipiélagos asiáticos. Prospera el asfo
querido del Islamismo, por que recuerda al Profeta de la M
Corte la hoz de la sacerdotisa druída, al ruido de los timbales
ramos del muérdago sagrado. Brillen el mirto y el olivo, la ro
el laurel en las ceremonias del culto pagano, en los días inmor
de Grecia y de Roma. Aparezca, finalmente, en toda su purez
cándida azucena, flor del campo que simboliza al dulce Márti
Gólgota. Yérguense y prosperan estas flores que recuerdan dive
cultos y creencias, en la historia de la sociedad humana, que
nosotros, herederos de la religión de nuestros padres, desde los
de la famosa epopeya castellana, y poseedores de la riqueza an
la flor de nuestros campos, la pasionaria, rico presente de la n
raleza tropical, será nuestra flor predilecta, la flor de la niñez
nos trae la imagen maternal, que simboliza el más fecundo d
sacrificios, la tragedia del Calvario. El pobre, el menesteroso
rico de fortuna y de honores; niños, jóvenes y ancianos, to

todos la hemos contemplados y si hubiéramos podido comunicarnos las diversas sensaciones que ella despierta en los corazones, tendríamos de qué felicitarnos; todavía los ideales de la fe y las luces del hogar plácido no se han extinguido; aun laten corazones para la honra y para el deber.

*
* *

¡Cómo nos ha acompañado esta amiga de la niñez en nuestra prolongada peregrinación! Por todas partes la hemos buscado y por todas partes la hemos hallado. En las fiestas de Córpus, en las de María, en el altar de la aldea, en las cruces de los caminos, en la cabaña solitaria, ella aparece siempre compañera de la familia. Pero en ningún sitio la hemos admirado con más cariño que en altar triste del hogar pobre. Esta flor que abre al rocío de la noche ó al contacto del tibio rayo de la luz, tropieza en muchísimas ocasiones, con un ser, que al tomarlo de la troje, la acaricia, y al acariciarla, la baña con el rocío del dolor para colocarla en seguida, al pie del crucificado mudo, y siempre elocuente, que figura en el altar de la pobreza. Todo parece que sonríe en estos tristes hogares, y los niños bastan para alegrarlo; más, existe un ser que llora sin dejarse ver, que medita, que teme y se confunde al palpar las realidades de la vida. ¿Es el ave amorosa que extiende las alas y cobija á los hijuelos en el momento del peligro? No, no, es algo más elevado en la escala moral; es la madre angustiada que comunica su espíritu con el espíritu de Dios, y queriendo ocultar el llanto á las miradas de los niños que juegan alegres, lo deposita en la flor simbólica que dedica á la imagen del Crucificado... ¡Bien aventurados los que lloran!

*
* *

¿Qué botánico no ha contemplado la flor de la pasión? ¿Qué poeta no se ha sentido inspirado al verla sobre el flexible tallo? ¿Qué pintor podría negar los colores de la paleta del arte á la que ostenta con gracia los colores de la paleta divina? Cuando la ciencia botánica discriminó las diversas familias del imperio de Flora, á la flexible pasionaria le concedió entrar en la familia de las *Pasi-*

floráceas. Y cuando Humboldt penetra en los bosques del N
Mundo, para ensanchar los dominios de la ciencia, tropiez
súbito, en los Andes de Popayán, con la pasionaria arbóre
árbol de la pasión vino al encuentro del Explorador para most
que existía á 3.197 metros sobre el nivel del mar. Era el autó
de la familia, la individualidad distinguida, el árbol recto, lle
ramas floridas que, á nombre de sus hermanas las enredader
la montaña, daba la bienvenida al sabio. Desde entonces la fa
de las pasifloras tiene su representante en las masas de grani
los gigantes Andes. *Pasionaria glauca* la llamó Humboldt. Qu
al bosque las enredaderas caprichosas, siempre ascendiendo; q
á la mole andina *el árbol de la pasión*, fijo, resistente, e
trono feudal, dueño de la altura y del espacio [1].

* * *

Tal es la pasionaria triunfante en el dilatado campo de la
raleza andina. Enredadera ó árbol, ¿ qué importa, si siempre
reina en su escala vegetal, desde las orillas del Océano hast
cimas nevadas ? Sin embargo, ella necesita para su gloria de
más; de la musa del canto, y del canto del cisne. Hay una
ria íntima, en la cual figura la pasionaria en primer término.
poetisa, elevada al noble rango de ángel de los desgraciados
monarca, más sublime en la tarde del ocaso, que cuando le s
la dicha en las gradas del trono; y entre ambos, esta celeb
musical que conoce el mundo con el nombre de Gounod, van á
vir de cortejo á la graciosa flor de las praderas americanas
ciencia botánica creó la familia de los Pasifloráceas; Humboldt
cubrió la personalidad distinguida de esta; María, el ángel
caridad, cantó á la flor, y Gounod, en nota melodiosa, imprim
genio al pie de los versos; un monarca caído finalmente escuc
la poetisa que canta su propia obra inmortalizada por el sentim
y por el arte del genio.

Oigamos el canto de María á la flor simbólica de la pasión :

1. Ahora treinta años contemplamos este árbol, el único ejemplar que por en
existía en el antiguo jardín que perteneció á la familia Palacios Vega.

PASSIFLORE

I

Voici, sur mon déclin,
La fleur que j'ai choisie,
D'aucuns l'appelleront
Fleur de la passion,
Je la nomme fleur de la vie.

II

Qu'importe? c'est le même nom :
Elle a la couronne d'épines,
Et l'échelle qui mène au ciel,
Et l'éponge aux gouttes divines,
Tour à tour d'hysope et de miel.

III

Elle a le vert de l'espérance,
Elle a le violet du deuil :
C'est la joie et c'est la souffrance,
C'est le berceau, c'est le cercueil !

IV

C'est donc, sur mon déclin,
La fleur que j'ai choisie ;
D'une teinte pareille au jour qui va [pâlir,
Elle est l'image, l'image de la vie :
C'est le passé, c'est l'avenir.

Pasiflora, pasionaria, flor de la pasión; flor de la dicha y flor del dolor, aurora y ocaso, cuna y ataúd; y entre la hora riente del amor y la hora solemne de la despedida, cabe esta vida efímera, con sus luces y sus sombras, con el ideal del arte y de la ciencia, con la caridad, aurora de la vida inmortal — fuerza que acerca el hombre al seno de Dios.

* * *

Hace dos años (fué en 1891), cuando murió en París uno de esos ángeles de la caridad que, de tiempo en tiempo, cruzan como luces plácidas el cielo de la sociedad humana. Mujer incomparable, mujer sublime fué aquella que llevó en el mundo el nombre de María Juana, condesa de Chambrun. Segunda hija del señor Godard de Demarest, dueño de la célebre fábrica de cristalería que se conoce con el nombre de Baccarat, casó de edad de veintiséis años con Adalberto de Chambrun, conde del mismo nombre, hombre político, espíritu ilustrado que figuró durante los últimos cincuenta años, en los gobiernos de la Francia moderna. María reunía á una brillante educación, el talento artístico, el don de gentes, esa belleza que caracteriza las almas destinadas por Dios al ejercicio de la caridad ; belleza inagotable, siempre llena de gracia y de bondad. En su palacio de París, como en el que poseía en Niza, los esposos Chambrun llegaron á reunir, con las notabilidades políticas de la

época, las notabilidades artísticas, verdadera pléyade, dond
raban la Patti, la Nilson, la Kraus, la Materna, acompañados
orquesta de Colonne, ó de Lamoreux. Y tan amante era la co
del arte musical que, llena de entusiasmo, emprendía anual
la peregrinación á Bayreuth, por escuchar la música de W
Aun alimentan las crónicas de París, los recuerdos de estas
das artísticas, en las cuales descollaba siempre la condesa de
brun, á la altura de sus méritos.

Aunque sin hijos, la pareja de Chambrun llegó á saborear l
cidad, por los méritos personales, carácter, condiciones y te
cias civilizadoras de ambos cónyuges. Pero á poco, tanta fel
comienza á nublarse con los estragos de la desgracia. María
la influencia de tenaz neurosis, desespera, al ver que ni la c
ni la naturaleza pueden detenerle tan agudo sufrimiento. Mas
nas comienza el dolor á albergarse en aquel gran corazón, c
surge su obra de redención y de amor ; la de aliviar á tod
que sufren. Entonces, la artista, la escritora, la mujer sociable
pliega las alas del ángel, se cierne sobre las epidemias, sob
campos desolados por la guerra, sobre los hogares desampara
campos de desolación y de muerte. Aquella mujer se torn
enviada de Dios que enjuga lágrimas y calma dolores, satisf
los hambrientos, sostiene á los moribundos. Hermana de la car
en una ambulancia de bávaros, en los días lúgubres de la g
franco prusiana, llega al cénit de la grandeza. Allí tropieza con
joven bávara que inspirada por la caridad cuida á sus compa
tas. María, entusiasmada al ver á aquella su hermana por el an
los desgraciados, la llama á su lado, le ofrece su hogar, la a
como hija, y la hija sigue á la madre. No pudiendo condecor
por tanta abnegación, le coloca en el cuello una de las más brilla
joyas que había heredado de su madre. Hay dos frases de Go
dirigidas á la condesa Chambrun después del incendio del teatr
Niza, en 1880. « Dios, al haceros conocer la desgracia, os ha co
dido fuerza para consolar á los desgraciados. » Enseñaba en ve
llenos de tristes y dulces melodías, dice uno de sus biógrafos
que había aprendido con los sufrimientos.

María de Chambrun había publicado, en vida, algunos de

ocios poéticos. Uno de ellos es el llamado *Pasiflore* que figura en estas páginas. Al recibirla Don Pedro, Emperador del Brasil que amaba la ciencia y la literatura como amaba el arte, enamorose de los versos de María y los tradujo al portugués; y una de sus nietas se encargó de imprimirlos en la pequeña imprenta de recreo que figuraba en la familia. Semanas más tarde, con fina dedicatoria del cortés Monarca, llegó á manos de la poetisa, la correcta traducción. ¿Que faltaba? El arte del genio hermanado al arte del sentimiento, para celebrar la apoteósis de la elocuente pasionaria. Gounod, el inspirado autor de *El Ave María*, quiso honrarse y estampó bajo la letra de cada verso, la nota religiosa, tierna, elocuente del canto.

Así corrían los años, cuando Don Pedro, el recordado Emperador del Brasil, ve llegar el ocaso de su vida política; y abandonando el cielo del Amazonas busca las tranquilas aguas del mar de Niza. Aquí se encuentran el Monarca caído y la poetisa del dolor, el ángel de los desgraciados: ambos altivos, dignos, generosos; ambos sublimados por la desgracia. María canta, en repetidas ocasiones, sus versos á la pasionaria, delante del viejo Monarca, realzados por la melodía de Gounod. Los corazones se acercan, se felicitan. La desgracia es el imán que funde las almas. La pasionaria cantada por María, era como la nota misteriosa desprendida de regiones celestiales; dulcísima llamada á aquellas dos almas que muy pronto iban á dejar el mundo. Vivir para el amor y para el arte; aceptar el sufrimiento como nuncio de sublimes esperanzas; vivir para el dolor y para alivio de sus semejantes. Sentirse bendecida por la caridad, flotar e piélagos de luz y ascender á Dios: tal fué la vida de esta mujer admirable. « Parece que ella se cernía sobre la vida sostenida por sublime esperanza. Llamola Dios y diole la bienvenida, en medio de una paz que la inteligencia humana no puede concebir. » Así concluyó sus admirables conceptos, sobre María, Emilio Olivier, en el cementerio de Montmatre, el día de los funerales de la condesa de Chambrun[1].

1. La revista neoyorquina titulada THE NATION, en uno de sus números de julio último, al anunciar el volumen de poesías de la condesa de Chambrun que acaba de ver la luz pública en París, con el título de AFRENCHWOMAN, indica los principales rasgos biográficos de tan célebre mujer. Debemos esta valiosa adquisición á la bondad de nuestro distinguido amigo Don Francisco Davegno. Al darle de nuevo nuestras gracias,



Bien merece esta sublime mujer, tener por único epitaf
aquellos versos tan llenos de elocuencia, que, al cantarlos, la
siaban.

Elle a le vert de l'espérance,
Elle a le violet du deuil;
C'est la joie et c'est la souffrance,
C'est le berceau, c'est le cercueil.

Á ANTONIO HERRERA TORO

Para ti he escrito estas páginas del *Folk-lore* venezolano,
llecidas con los versos de una poetisa sublime y con los dictad
inspira toda desgracia realzada por la caridad. Desaparec
mundo en medio de los aplausos de la admiración y del rec
miento de la desgracia, no es morir, sino continuar para re
luminosas que el corazón apacible presiente, que la inteligenc
mana apenas concibe. Nunca en la historia de la naturaleza la
y la flor habían creado una dualidad tan admirable é indestru
como la que existió entre María de Chambrun y la pasiona
nuestros climas. El ángel de la caridad dejó la tierra, cuand
la llamó á su lado; la bella pasionaria continúa como gala
selvas y de las praderas, como flor de la infancia y del ideal rel
celebrada por la musa del canto y por el canto del cisne.

Toma ahora tu paleta, artista-poeta, pintor de cuadros s
de *manchitas* seductoras, primorosas, rientes, de bello colo
de graciosos tonos. Toma tu paleta é inspírate.

¿ Quiéres contemplar á la pasionaria en el campo de la natu
cuando ella, en compañía de las trepadoras, sus rivales, oste
belleza y gana las cimas del bosque para expandirse á los be
sol sobre las verdes copas de los árboles? ¿ Quiéres estudiar
lada sobre su trono de rocas musgosas, cuando constituye e
de la pasión, gala de las alturas y sonrisa de los Andes? ¿ Q
admirarla, pendiente de la pobre troje del labriego, que la c
la acaricia con simpático desdén? ¿ Quiéres finalmente, c

aprovechamos la oportunidad para pedirle que nos envíe algo de su pluma ref
Folk-lore venezolano; ya que los redactores de *El Tiempo*, con graciosa galant
puesto á nuestra disposición, en el día sábado, la primera página de aquel dia

plarla, en el angosto patio del hogar humilde, donde triscan los niños alegres y bulliciosos, en tanto que la bondadosa madre baña la flor amiga con lágrimas de dolor y la coloca al pie del Crucifijo de la familia.

Toma tu pincel, inspírate, solicita á pasionaria, que ésta encontrará grato asilo en tu taller de artista. — Pasionaria reclama tu pincel.

MIGAJAS DEL FOLK-LORE VENEZOLANO

En el estudio del *Folk-lore*, existen dos propósitos que conducen al folklorista á un mismo fin : el conocimiento de la historia de un pueblo. En el uno figura la monografía, la disertación ilustrada, donde el escritor resume cuanto ha podido tener á las manos ; es un estudio serio, ya sea que narre cuadros referentes á alguno de los materiales del *Folk-lore*, ya que los ilustre y aun compare los hechos, para deducir filiaciones históricas. En este camino hemos ya presentado á nuestros lectores, en diversas épocas, como treinta cuadros que versan sobre temas populares.

En el otro camino, el folklorista relata simplemente noticias que recoge, sin entrar en los estudios comparados; hacina y contribuye, por lo tanto, á la riqueza de la cosecha. En este camino figuran todas las buenas voluntades, y pueden refutarse como folkloristas, niñas y madres, ancianos y jóvenes, cualesquiera que sean las condiciones sociales de cada uno. En este camino comenzamos hoy á dar muestras que nos servirán más tarde para elaborar estudios. Así alternaremos entre estudios serios, monografías folklóricas y noticias folklóricas.

Aprovechamos esta oportunidad para pedir á nuestros compatriotas y amigos de la República, que nos favorezcan con cuantas noticias quieran en cualesquiera de los ramos ya enunciados, como costumbres, supersticiones, creencias, refranes, poesía popular, dichos, tradiciones, etc., etc., etc. Respetaremos la noticia que se nos remita, sin alterarla; pero sabremos también corregir la redacción, en el

caso en que se nos lo permita, dejando siempre el nombre de
tribuyente que figurará en nuestros trabajos.

En toda obra que se refiera al *Folk-lore* de una nación, la
ralidad de contribuyentes da variedad á los materiales y ciert
petabilidad indiscutible á la obra.

Meteorología popular. — El patrón de los agricultores e
Isidro, y en su día, 15 de mayo, todo el mundo aguarda l
Pero como las épocas meteorológicas no son siempre las mi
y en unos casos se avanza el invierno, y en otros se retarda, l
cedido que en ciertos años ha llegado el día del patrón, c
ya era insoportable el invierno, y en otros lo contrario. En
los agricultores dicen :

San Isidro labrador
Quita el agua
Y trae el sol.

Después de la publicación del viaje de Humboldt en 1823,
pitió el dicho que el viajero había pronosticado que reventar
volcán en el cerro del Avila; y se agregó que si se quema
montaña, los estragos serían espantosos. Esta fué una farsa d
agricultores para evitar los incendios y desmontes del Avila.

Trueno de mayo, anuncia aguacero seguro á los cuarenta
Lluvia el día de la Cruz (mayo 3), anuncia invierno bueno.
cero día de San Pedro (junio 29), es pronóstico de invierno b
Dice el pueblo que el llanto del apóstol es siempre de buen ag

Tempestad. — En épocas remotas, el cordonazo de San Fra
en Caracas, sea que éste se verificase en octubre ó en otro me
año, ponía en movimiento las familias. Las señoras ricas s
tían de seda, se cubrían con pañolones de China y se encer
en sus dormitorios, durante el temporal, después de haber ll
con seda rendijas de puertas y ventanas. Creían que así podía
varse de toda chispa eléctrica. Al mismo tiempo se colgaba
cuello un Agnusdei, y oraban indistintamente á Santa Bárba
San Francisco y á San Andrés, en los altares de la familia. Tai
se encendía una bujía de cera que hubiera figurado el Jueves
en algún monumento de la capital.

En las casas de los pobres no había vestidos de seda ni telas de la misma materia para rellenar las hendiduras de las ventanas, pero sí abundaban tras de todas las puertas de las casas crucecitas de la palma bendecida el Domingo de Ramos. Al comenzar la tempestad con su cortejo de rayos y de truenos se quemaban delante del altar pobre, hojas de palma bendita y se ponían cruces de la misma en platos ó vasijas, al aire libre. Si ya hoy las palmas del Domingo de Pasión no brillan ataviadas de flores y de cintas en las ventanas de todas las familias del poblado (ricas y pobres), como aconteció durante siglos, las crucecitas de palma no faltan tras de las puertas del hogar humilde, siempre dispuesto á orar, á elevar su pensamiento al cielo y quemar cruces de palma, durante las horas de la tempestad.

En los campos de Barlovento, los peones agricultores ponen en el suelo las hachas con el filo para arriba durante la tormenta. Esta costumbre que obedece á leyes físicas, fué introducida por los vascos, en los días de la Compañía Guipuzcoana.

En muchos pueblos de la tierra existe la creencia de que con la descarga eléctrica vienen piedras, las que llama el vulgo, acá, allá y aun en los pueblos de España, *piedras de rayo*, *piedras de centella*. Por esto se dice en muchos pueblos de la Península : « *La piedra de rayo* libra á quien la tiene de las exhalaciones. » « *La piedra de rayo* que cae del cielo cuando hay truenos libra á la persona que la lleva, ó la casa donde está, de ser fulminada. » En consonancia con estas supersticiones del pueblo español, hay en Caracas y otros lugares de la República, muchas personas que llevan al cuello amuletos pequeños de piedra : son éstos hachuelas del hombre prehistórico de Venezuela, muestras de la antigua civilización indígena.

Y como en la tempestad asusta no sólo el rayo, sino también el trueno, sucede que al presentarse aquella se acuerda todo el mundo de Santa Bárbara. Conocido es el refrán popular que dice : « Se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena. »

Obedeciendo á costumbres muy antiguas del pueblo español, el de Venezuela, al comenzar la tronada, enciende las bujías bendecidas el día de Nuestra Señora de la Luz. En los rezos de las familias pobres no faltan nunca los versitos dirigidos á Santa Bárbara que comienzan así : « *Santa Bárbara bendita, etc., etc.* »

* * *

REFRANES Y FRASES VENEZOLANAS

« Machete, estáte en tu vaina; calabozo en tu rincón. »

« En verano saca tu cobija; en invierno tú lo verás. »

« A robar al llano. » « A curtir á Carora. » Son frases c valen á la española: « A otro perro con ese hueso. »

« Más es la bulla que la cabuya. »

« Perro que come manteca, mete la lengua en tapara. »

« Con humo no se asan jojotos. »

« Bocado en mano, mano en la boca y ojo al bocado. »

« De Cumaná, el que no la ha hecho la hará. »

« En conuco viejo nunca faltan batatas. »

« Perro viejo late echado. »

Suprimimos las traducciones que cada uno hará como p que estudia, interpreta.

Chuscadas populares. — Un viajero inglés que visitó á en los días de Colombia, nos trasmite las siguientes chusc copió en posadas de los Valles de Aragua.

Todo el que traiga dinero
Entre á tratar con este ventero.

Compañeros! Hoy no se fía aquí
Mañana sí!

Vayan entrando; vayan comiendo;
Vayan pagando y vayan saliendo.

Los tres jueves célebres.

Tres jueves hay en el año
Que causan admiración,
Jueves Santo, Córpus-Cristi
Y el jueves de la Ascensión.

Esta cuarteta es herencia de los conquistadores; pero a opone la siguiente llanera:

Tres cosas hay en el mundo
Que no me encargo e guarda:
Casa de puerta en el fondo
Mujer y cañaveral.

La rana. — Este batraciano figuró como animal meteorologista, en los antiguos y poderosos pueblos indígenas de América, como los Mejicanos, los Quiches, los Muizcas, los Quichuas, etc. Los Cumanagotos del Oriente de Venezuela lo tenían como animal doméstico y lo azotaban cuando se dilataba el invierno. Los Caiquetías (antiguo Estado Coro) lo han dejado en sus obras de barro. Durante el invierno, canta por la noche. El vulgo teme el licor cáustico de este animal. Cuenta la tradición llanera que cuando el Diablo vió á Dios construir la palmera, quiso hacer algo más artístico y formó el sapo. Y tan defectuosa quedó la obra que el animal se va para atrás cuando quiere pararse, y á pesar de tener cuatro patas, brinca y salta en lugar de andar.

En el juego de palanca de los muchachos, el sapo salta muy alto.

El conocido refrán español « vomitar sapos y culebras » es muy conocido en Venezuela.

*
* *

Antiguos matrimonios. — En pasadas épocas todos los matrimonios se efectuaban durante la madrugada, porque era necesaria la velación. No había por lo tanto lujo, ni acompañamiento. Con raras excepciones, el matrimonio que es hoy una exposición de damas, de caballeros, de regalos que constituyen un verdadero bazar, era entonces el cumplimiento de una fórmula. Los ricos y vanidosos de antaño usaban por cadena de velación, un collar de cuentas oro, de dos ó más varas. Todavía se ve una que otra de estas cadenas de cuentas de filigrana. Las familias pobres y también muchas acomodadas, llevaban por cadena el *síngulo* de algún sacerdote de más ó menos rango. Respecto del velo, era de gala, tanto en los ricos como en los pobres, el que la novia llevara sobre la cabeza, por velo nupcial, una *banda del Santísimo*, alto honor que dispensaba algún sacerdote de campanillas.

Los modernos matrimonios tienen por luz la del día, ó la artificial, espléndida, admirable. Y como antiguamente no había matrimonio civil, y sólo se exijía, en casos determinados, la voluntad de los cónyuges, en presencia de un sacerdote, sucedía que en ciertos compromisos maridales, para salir airosos, se verificaba el matrimonio en presencia del cura, al toque de oraciones, en el zaguán

ó en el corredor de la casa. Cuando los padres tenaces
sucedido, ya los novios salían de la velación. Hubo ma
donde, tanto el cura, como los novios se convirtieron en
res, pues fué necesario que la ceremonia se verificara en lo
En una oficina pública de Caracas se encuentran noticias
riosas sobre este tema.

SUPERSTICIONES POPULARES

Meses sin r. — En Caracas y otros lugares de Venezuela
comer pescado en los meses que no tienen *r*, como jur
agosto, — y es frecuente sufrir en estos meses de un c
miento pasajero. Cree el vulgo que el pescado está en e
envenenado por el fruto llamado *manzanillo*, conducido p
al océano. Creen otros que es el cobre de las embarcacione
del envenenamiento. Ni una ni otra es la causa. Es más nat
que el envenenamiento es debido á una putrefacción rápid
nada por elevada temperatura. En los Estados Unidos de
la pesca y expendio de la ostra comienza el 1° de setiemb

Días con r. — En muchos pueblos júzganse como día
los que tienen *r*, en su nombre, como martes, miércoles
Desde muy remotos tiempos se repite en Caracas y otros

En martes,
Ni te cases ni te embarques.

De España nos trajeron los conquistadores este refrá
tenido en el pueblo español las siguientes variantes, segú
en los folkloristas españoles.

En *martes,*
Ni gallina eches
Ni hija cases.
Nin en *viernes*, nin en *martes*
Cases *les fies* ni *múes* les vaques.
A mi madre le pregunto
Que si yo he nacido en *martes*
Porque esta desgracia mía
Me sigue por todas partes.

Leemos en el Folk-lore andaluz de Machado y Álvarez
de esta superstición.

« La creencia en días desgraciados, días negros puede decirse, en los que todo sale mal, es muy antigua : los griegos y los romanos la tenían ya, y según autores respetables, habíanla tomado de los egipcios. Es curiosa la larga lista de los tenidos como nefastos, que reducían considerablemente en el año el número de días hábiles para toda clase de trabajos. El bachiller Francisco de la Torre á mediados del siglo pasado, declaraba aciagos venticuatro días en el año. Para nosotros el martes y el viernes son los días desgraciados por excelencia. Un refrán dice :

En martes,
Ni te cases ni te embarques.

En el lenguaje familiar *dar á uno con la del martes* ó zaherirle, llenarle de improperios.

Mariana y Zurita atribuyen al hecho de haberse perdido en martes una gran batalla contra los moros, la superstición popular que hace aciago este día. Respecto al viernes, una leyenda rabínica dice que Adán y Eva comieron en viernes el fruto prohibido, y que en viernes también murieron; quizá el ocurrir en viernes la muerte de Jesús hizo antipático á los cristianos este día. »

Hay una variante venezolana que no encontramos en los folkloristas españoles, y es la siguiente :

En *martes*
Ni te cases ni te embarques
Ni de tu casa te apartes.

Respecto de los días miércoles y viernes, el pueblo venezolano casi desconoce esta preocupación, tan común en el pueblo inglés y en el norteamericano. Ya volveremos sobre este tema.

Animales fatídicos. — Ya la mariposa negra no infunde espanto. Es tan tímida é inofensiva como sus hermanas las que visten los colores del iris. Pero como tiene la desgracia de nacer durante la noche, sucede que al emprender el vuelo, ha de buscar la luz, y por esto aparece sobre el cortinaje ó paredes de los dormitorios. Tampoco infunden pavor las aves carniceras que tienen sus festines nocturnos. Los gritos de las ruinas no provienen de seres sobrenaturales; son gritos de ratas, de arditas, de picures y de otros ani-

males cogidos por el ave carnicera, en constante vigilia par guir su presa. El pajarito que, según el vulgo, dice *Cristo fu* sonido onomatopéyico. Lo mismo puede decirse del que *acabó*. Respecto del *Dios te dé*, hermoso tucán de nuestr pos, llamado igualmente pico de frasco, los misioneros del dijeron á Humboldt, cuando visitó estas regiones, que « est tiene gestos extraordinarios cuando se prepara á beber, y q la señal de la cruz sobre el agua ». Por esto la creencia po ha dado el nombre de *Dios te dé*.

El *ave de la muerte* en Venezuela es una inocente *pavita*, a un sin número de desgracias, en los pueblos de occidente. La cia de la *pavita* en una casa es augurio fatal. Asegúrase que guapetones han sacrificado la *pavita*, mostrando ser indiferen superstición, han sido víctimas.

Descabezar las lombrices. — En muchos lugares de los ca Venezuela se practica cierto procedimiento estrambótico p terrar del tubo digestivo de los niños la existencia de las lo (*ascarides*), que tanto deterioran la salud de estos seres de dos. El procedimiento se conoce con el título de *descab lombrices*, para lo cual se embadurna con sangre de *cañ pollo negro* toda la región, á lo largo de la columna verte paciente, para en seguida pasar una navaja de afeitar, com rasura. Es una rapadura, en la cual la sangre suple al ja esta manera cree el vulgo que *descabeza las lombrices*.

Uno de nuestros amigos médicos, el doctor M. M. Roo, c razón que este procedimiento puede figurar entre las *consej péuticas del vulgo*.

UNÁ LECCIÓN DE ASTRONOMIÁ
A ORILLAS DEL ORINOCO

La superstición ha sido y será todavía, en muchas localid la tierra, una necesidad de la infancia de los pueblos. El inculto para quien las leyes del universo son enigmas, n darse cuenta de los más sencillos fenómenos de la natura para explicárselos apela siempre á lo fantástico, á lo sobre

único medio de que puede disponer para comprender ciertos hechos inaccesibles aun á la mayoría de los hombres civilizados. Los pueblos que no han salido de aquel estado en el cual la fantasía sobrepuja á la razón, están en la penumbra del progreso, y sólo aguardan un empuje por medio del cambio social que liga hoy á todas las naciones, y abre los lugares más incultos y salvajes á las influencias del espíritu humano.

El día en que la ciencia penetre en todos los pueblos ignorantes, y lleguen éstos á comprender aunque sea someramente, el mecanismo de la naturaleza, como lo hicieron las naciones que están hoy al frente de la civilización; desde ese día quedarán despojadas las sociedades modernas de una infancia poblada de quimeras y de fábulas, que será sustituída con otra de más nobles aspiraciones : el estudio de la obra de Dios, el conocimiento de la verdad, lo ideal en el orden moral, bajo el influjo de creencias consoladoras, en armonía con la familia, con la sociedad, con la perfección del género humano. Sucede á la sociedad lo que al individuo. La infancia del hombre es bella porque todo lo inquiere y lo desea. Poética, supersticiosa, se abandona á sus primeras impresiones, y sueña, y se forja quimeras, y vive en medio de piélagos de luz que crecen á proporción que obra en aquella el deseo; esto, hasta el día en que piensa, raciocina y prefiere lo ficticio á lo verdadero. Así, en la infancia de los pueblos, todo fué fabuloso, hasta que entraron en la vía del estudio y de la observación. Las primeras sociedades, en su ignorancia, se explicaron la creación á su manera, por medio de alegorías y figuras : imperó en ellas lo maravilloso sobre lo verdadero, y en el deseo de conocer cuanto se desarrollaba á sus ojos, concibieron creaciones absurdas, aunque embellecidas, casi todas, por la imaginación. Sobresalió en ellas, no sólo la ficción poética, más ó menos ideal, según la índole de cada raza, sino también la idea moral que infundió Dios en el hombre y que figura en la historia de todos los pueblos. Entre las toscas alegorías del mundo pagano, sensuales la mayor parte de ellas, brillarán siempre, por sus tendencias civilizadoras, las figuras de Prometeo encadenado, la roca de Sísifo, el tonel de las Danaides, la ascensión de Icaro, el combate de los Titanes, y otras más que son verdaderos emblemas de las pasiones del hombre.

Hoy no hay figuras que personifiquen los astros, ni existe
nicación entre la naturaleza bruta y la animada. La cie
explicar los fenómenos del universo físico, ha sustituído lo
villoso que halaga, con la razón que medita, y con el estu
prueba. Las futuras generaciones no serán supersticios
racionales; caminarán, no en pos de la fabula, sino de la ve
de la perfección ayudadas por la enseñanza. De esta man
estudio de la naturaleza se enriquecerá cada día con nuevo
tos que ensancharán la esfera de los conocimientos y lleg
fundar la fraternidad humana, objeto final de la Providenci

* * *

Uno de los fenómenos celestes que más ocuparon á los h
en los tiempos pasados, fueron los eclipses, vistos siempre
augurios de grandes calamidades por los pueblos que no lle
conocer los rudimentos de la ciencia astronómica. Cuántas
fantásticas para explicar el origen y las causas de un fen
astronómico que no tiene nada de maravilloso, sino para el
ignorante! La mayor conquista de la ciencia ha sido despoj
materia bruta del carácter humano y divino que le dieron l
guos pueblos. Las masas planetarias convertidas en seres viv
los odios trasportados á las regiones del espacio; la s
siempre en tortura, amenazada por cada fenómeno físico; el
el aire, el agua, siempre como agentes del mal; el cielo, m
de crímenes, de guerras y de venganzas; tal, la tendencia
sociedades que no llegaron á penetrar en el campo de la
moral y científica, que trae el conocimiento de Dios.

Ya se considere el eclipse, personificación de la visita de
enamorada á Endymión en las montañas de Caria, como q
los griegos; ya á la atracción del astro por el encanto de las
ceras de Tesalia, las cuales hacían remontar la luna al r
sus calderos, al decir de los otros pueblos de Grecia; ya
indios de Asia se figuraran un dragón cubriendo el satéli
que el fuego de las antorchas encendidas dirigidas á la luna
cida, volvieron á ésta su luz, como suponían los roman
finalmente, la mano de Dios ocultando la luz para castigar

pecadores, como dijo Job; es lo cierto que el eclipse de luna no se consideró nunca como un fenómeno natural, sino como un castigo del cielo.

No es nuestro ánimo resumir las ficciones del paganismo, respecto de los eclipses de luna; pero al ocuparnos en enunciar la manera cómo desaparecieron de algunos pueblos del Orinoco, el espanto y el temor que infundía la opacidad del astro, debemos recordar las ideas estrambóticas que sobre el particular tuvieron algunos pueblos de Venezuela y de la América del Sur.

Los Chaymas, de Cumaná, practicaban diversas ceremonias durante el eclipse de luna : las casadas se mesaban los cabellos y se arañaban el cuerpo, mientras que las doncellas se sangraban los brazos con espinas de peces. Suponían los Chaymas que los dos astros estaban enojados, y que cesaba el motivo cuando desaparecía la sombra.

Los Musos y Colimas, en la moderna Colombia, que se daban por hijos del sol y de la luna, lloraban como desesperados, durante el eclipse y no cesaban de hablar al astro al cual decían : « *Madre, ¿á dónde vas, porqué nos dejas? Vuelve hacia nosotros, que sin ti quedamos solos.* »

Los Salivas, que habitaron entre el Meta y Casanare, creían que la luna medrosa se ocultaba de sus enemigos y se retiraba para lucir y brillar en otros lugares. Por esto azotaban á los jóvenes de sus tribus para estimular el valor del astro, operación que acompañaban con llantos y súplicas.

Los Guayanos echaban mano de sus instrumentos campestres y comenzaban á trabajar con ahinco en las sementeras. Tales se dedicaban á cavar la tierra, cuales á desmontar el terreno, pues suponían que la luna se eclipsaba por que no le habían cultivado los campos. El trabajo que duraba el tiempo del eclipse, era abandonado cuando con la luz volvía el contento.

Los Otomacos á orillas del Apure y del Orinoco, tomaban sus armas, lanzaban á los aires gritos lastimosos, y corrían cerca de sus mujeres para que llorasen y pidiesen á la luna que no se dejara morir. Ninguna nación indígena parece más amorosa de sus mujeres, en tal situación, que la de los Tamanacos.

En todos los pueblos de origen Caribe, la gritería seguía siempre

á la aparición de la sombra sobre el disco de la luna. Spir
sencia una noche (1536) en las orillas del Papamene, la alga
los indios Choques, durante un eclipse. En medio de deses
gritería los indios lanzaban á lo alto piedras, palos y cuanto
traban á la mano. Viendo que era imposible que los proy
llegasen á la luna, azotaron los árboles hasta que volvió la l

Casi todos los pueblos de la América Oriental heredaron
costumbres de la nación peruana que, durante el eclipse de
tocaba sus instrumentos y agitaba los aires con sus gritos y lar
para sacar el astro de su letargo. Los Incas, aunque con no
astronómicas muy avanzadas, no dejaron de ser supersti
Exceptuando los Aztecas y los Chibchas, en primer térm
después los Incas, los pueblos de las llanuras americanas ign
por completo los más triviales rudimentos acerca de los fenó
celestes.

Propicio fué á Colón un eclipse de luna observado en las
de Jamaica en 1504. Desprestigiado el almirante y aun desobe
su autoridad, varadas sus naos, y sin alimento para el suste
sus compañeros fieles, no podía ya contar con los indígena
alentados por los castellanos desafectos, se declararon hos
Colón. Crítica era la situación de éste, cuando sugiriole su i
un medio seguro para proveerse de vituallas; el de infundi
los indígenas el pánico, y aparecer á sus ojos como un prof
el caso que sabedor Colón de que debía verificarse un ecli
luna fijado de antemano por los astrónomos europeos, envía,
días antes del fenómeno, un emisario á los indígenas, impl
de ellos una conferencia, para la cual fijó la mañana del día
debía verificarse el fenómeno. Acuden los caciques al llama
de Colón, y después de exagerarles éste la suerte que había ca
los castellanos rebeldes por no haber seguido las banderas
jefe, se queja de la hostilidad que le hacían los indígenas
habla en seguida de este modo : « Yo y mis compañeros ad
una deidad que está allá, en los cielos. Recompensa ella
buenos como castiga á los malos. Así lo ha hecho con mi
pañeros infieles y así lo hará con vosotros que rehusáis socor
Ya que me rehusáis el alimento, hambre y peste serán
castigo. Os participo que esta noche aparecerá en los cielos

dad enojada contra vosotros y que á su presencia mudará la luna de color y perderá su luz, y será todo esto anuncio de los males que os aguardan. »

Crédulos unos, amedrentados los más, sin que faltara quien se riera de las amenazas del Almirante, llega la noche y á poco la sombra avanza sobre la luna. Al acto, tiemblan los indios, infúndese entre la multitud el espanto y todo llega á su colmo cuando desaparece la luz. Entonces, como un solo hombre, la multitud, entre gritos y lamentaciones, sale en solicitud de víveres y repleta las carabelas de Colón. En seguida arrójanse á los pies del Almirante, y le suplican que interceda con Dios y aplaque sus iras, prometiendo á los castellanos que en lo sucesivo, todo lo tendrían de ellos. Colón aparentando gravedad les contesta, que necesitaba comunicarse con la deidad celeste, para lo cual se retira y se oculta en una de sus carabelas. Desde éstas escucha por largo tiempo los alaridos lastimeros de la muchedumbre, y aguarda. Cuando ve llegado el momento en que la sombra iba á menguar sale y les dice. « El Dios de los cristianos ha escuchado mis súplicas y os concede la dicha con tal que no volváis á abandonarme. » Al momento comenzó á aclararse el astro de la noche[1]; y desde aquella fecha Colón fué el alma de la muchedumbre, de la cual todo lo obtuvo por el prestigio que llegó á adquirir sobre pueblos ignorantes y supersticiosos.

A esta escena solemne, de la cual supó el hombre civilizado sacar partido de la ignorancia para salvarse de la ruina, agreguemos otra, no menos imponente que se efectuó en la Guayana, dos siglos más tarde. Nos referimos á la primera lección de astronomía dada, durante un eclipse de luna, á orillas del Orinoco, en la misión de los Padres Jesuítas. Guíannos en esta narración los escritos de uno de los varones justos que predicaron el Evangelio en los bosques del gran río : el misionero Gumilla[2].

Una noche, á principios del pasado siglo, el santo varón que vivía entre las naciones Lotáca y Atapába, situadas entre los ríos Apure, Orinoco y Meta, oye de repente gritos y lamentos que se

1. Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Océano.* — Década I.
2. Gumilla, *Historia natural civil y geográfica de las naciones del río Orinoco.*

levantan del campo, á los cuales sucede una gritería es
Por el pronto, concibe el misionero que las dos naciones se
ido á las manos, y no sin algún temor, sale al campo
observa que los hombres estaban agrupados, mientras
mujeres llorosas corrían llevando en las manos tizones enc

— ¿ Qué alboroto es ese ? pregunta el misionero con vo
zada, á los diversos grupos que llenaban el campo.

— *¿ Dayque teo cejo ajó rijubicanto ?* (¿ no ves como se no
la luna ?) respondieron los caciques.

— Y las mujeres ¿ á dónde van corriendo ? preguntó
presa el misionero.

— *Futuit manaabica, rijubiri afocá* (van á enterrar y
tizones, responden los caciques, porque si la luna muere
fuego muere con ella, menos el que se esconde á su vist
gan.

— Y ¿ cuándo habéis visto morir la luna y con ella el
replica el padre.

— No hemos visto ni una ni otra cosa, le contestan ;
nos lo han contado nuestros mayores, y ellos muy bien lo

Durante este rápido diálogo fueron reuniéndose los
grupos en derredor del misionero, quien continúa :

— ¿ Habéis hallado fuego alguna vez en los tizones ence

— No señor.

— Entonces es en vano la diligencia de esconder fuego
la misma tierra y arena con que lo tapáis lo sofoca y mata

No padre, responden á un tiempo los caciques : *no, p*
luna se alimenta y vive movida de nuestras lágrimas, por eso
escondido, muere ; pero si la luna se muriera, el fuego e
quedaría vivo.

He aquí una costumbre á orillas del Orinoco que nos re
los romanos cuando dirigían á la luna hachones encendi
reanimarla y evitar que se extinguiera su luz. Sentimient
rales que ligan á los pueblos más distantes de la tierra y l
coincidir en la explicación de un mismo fenómeno astr

Penetrado el padre Gumilla de que aquellos bárbaros
de la luz necesaria para comprender un fenómeno tan
quiso sacarlos de la ignorancia en que habían vivid

entonces las preguntas, y llamándoles á todos les explica lo que es la luna, su naturaleza, su luz prestada y la ausencia de vida. En términos vulgares les define los eclipses parciales y totales, y tomando en seguida una naranja, un espejo y una bujía, á presencia de la multitud, hace la experiencia de la sombra, cubriendo el cuerpo luminoso; experiencia que el profesor repite hasta hacerse comprender de la muchedumbre.

Una salva de palmadas sobre los muslos, dada por los indios, responde á la lección del misionero. Los caciques repiten entonces la experiencia que es al fin conocida por todos los pueblos vecinos. Desde aquel día queda abolida la superstición, y la luna continúa apareciendo á los ojos de los indígenas como un dios muerto.

Tal fué la célebre lección de astronomía dada á orillas del Orinoco.

No contentose con aquello el misionero; pues hallándose meses más tarde entre los Salivas, en los momentos de otro eclipse, el padre Gumilla, recordando quizás á Colón, se hizo profeta y anunció á los indios que la sombra cesaría á un tiempo dado, pronóstico que al verificarse contribuyó á que los Salivas vieran al buen pastor como un ser providencial.

*
* *

Fueron los misioneros los que desterraron las ideas supersticiosas de los indios del Orinoco. Cuando Humboldt visitó estas comarcas en 1800, aquellos hombres tan celosos del bien como sufridos en la desgracia, le sirvieron no solo de intérpretes sino también de compañeros en el estudio de la naturaleza. Las delicadas frases que les dedica el explorador en las páginas de su inmortal viaje, son prueba de la gratitud que siempre conservó hacia aquellos espíritus evangélicos que contribuyeron á fundar una civilización que en breve debía extinguirse.

Diez y siete años después de haber dejado Humboldt á Venezuela, desaparece la obra de los misioneros en las regiones del Orinoco. De aquellos cien pueblos que fundaron, sólo uno que otro quedó en ruinas; los demás fueron destruídos y con ellos su población, sus templos y la semilla sembrada á costa de tantos sacrificios. Ago-

tose igualmente la riqueza acumulada, durante tantos años,
el espíritu de fraternidad que unía á pueblos salvajes que
comenzado á saborear el amor al trabajo. Huyó el indio
antiguas selvas y quedó el agiotista sin nacionalidad que
con la ley del más fuerte y con el engaño y la osadía. Cua
aquí á dos ó más siglos sea el Orinoco un emporio de civiliz
florezcan á sus orillas numerosas ciudades, quizá aparecer
un mito la existencia de los misioneros; pero en la historia
orígenes de esta grande hoya, al lado de Colón, de Ordás,
pucio, de Ortal, de Raleigh y demás descubridores de « El Do
estará la figura luminosa de Humboldt junto á las de lo
rables apóstoles de las selvas americanas. Dirá la historia qu
aquellos indios salvajes encontró sus pilotos guaykeries que
dujeron primero al golfo de Cariaco y después á los ma
Avila.

Refiere la tradición que cuando Bonaparte atravesó los
diéronle un guía que le acompañó siempre á pie. Sabía é
conducía á Bonaparte pero no pudo presumir que aquel
enjuto y pensativo sería más tarde Napoleón el Grande, ár
los destinos de Europa. A poco andar, ambos se familiariza
peligrosa ascensión, y departen amigablemente. Casi en la
época, un piloto guaykerie conducía á Humboldt por las
venezolanas. Habían llegado á la altura de Higuerote,
Bonplad y otros pasajeros resuelven seguir por tierra á Car
desembarcan en el río de Curiepe; mientras que Humboldt c
solo con su piloto indio. Al instante ambos se familiarizan,
ten amigablemente sobre astronomía, y el indio le habla
antepasados los Fenicios de las costas venezolanas, que par
gar el mar antillano, se guiaban durante el día por el
viento, y durante la noche por la estrella polar. Cuán lejos
de figurarse el piloto guaykerie que aquel joven extranjero
á ser el piloto de la ciencia y el intérprete del Cosmos! Afo
el campesino de los Alpes que recibió años más tarde su
pensa por haber tenido la gloria de acompañar al futuro Na
Desgraciado el piloto indio que murió sin otro galardón
de haber contemplado al que fué después la admiraci
mundo.

ANIMALES QUE ANUNCIAN EL BUEN Ó EL MAL TIEMPO

No pudiendo abarcar en un artículo como este la variedad de aves y de animales inferiores que, en las regiones selváticas y en las llanuras, revelan al hombre de los campos, el estado de la atmósfera, nos limitaremos á mencionar uno que otro.

Entre las aves el *saucel*, llamado así porque su canto imita esta palabra, se oye en las tardes y durante casi toda la noche, sin moverse del lugar que elige, cuando llega el tiempo de lluvias. Suspende su canto al principiar la lluvia, pero vuelve de nuevo, desde el momento en que el invierno se interrumpe, y días serenos suceden á días lluviosos.

La *cotara* y la *pavita*, aves que habitan los lugares húmedos y pantanosos, anuncian siempre el tiempo de lluvias; la una con su algazara, y la otra con un canto triste que revela un próximo cambio de tiempo.

Al anunciarse el invierno las *golondrinas* aparecen, las *guacharacas* gritan más que de costumbre y la *perdiz* de monte profiere sus lamentos.

En las sabanas del Llano, los *patos güeres* emigran á las regiones del Brasil, al aproximarse las primeras lluvias. Por bandadas solicitan las regiones del Sur, porque saben que el caño de sus sabanas se convertirá en océano, desde el momento en que crezcan los ríos. Por el contrario, el regreso de los *gallitos de laguna*, en su emigración del Sur al Norte, anuncia el invierno. Solicitan los ríos crecidos para depositar sobre la balsa flotante los huevos de la futura prole. Al bajar las aguas y volver las sabanas á ser pasto del rumiante, emigran de nuevo á los grandes bosques del Amazonas.

El *carrao* canta en coro, cuando en las llanuras se aproximan las primeras aguas, para aislarse de nuevo á los primeros anuncios del buen tiempo.

Cuando la *gaviota*, en las costas de Barlovento, avanza en bandadas sobre la tierra, anuncia el invierno; y en los mismos lugares, cuando el *yacagua* suelta su canto, los habitantes de la costa aguardan las primeras lluvias.

El canto de la *chicharra* anuncia casi siempre la entrada del invierno. Las *arañas*, las *hormigas* voladoras, los *termites* y el *guatepereque*, hermoso coleóptero, son siempre las avanzadas mensa-

jeras que anuncian á la familia la proximidad de las
aguas : este último busca con avidez la llama del hogar.

El *bachaco* es el centinela vigilante de los hacendados d
el agricultor esperto, aun durante el día claro, recoge su gra
el momento en que la comparsa animal se alinea por al
de su casa.

Hay una *rana* que cuando se la oye en tiempo seco, es cas
que lloverá á los pocos días. Canta al ponerse el sol y
durante la noche. En los días de invierno el canto de este
por la mañana, anuncia lluvia durante el día.

Elocuente es el gabinete de los meteorologistas animad
regiones de las sabanas, cuando se oyen en lontananza los
truenos precursores del invierno. El *caballo* retoza y rel
toro eleva la cabeza y ventea; ambos han sentido en el
aroma de vida que los invita á levantar la cabeza. Entreta
el *jaguar* en medio de la maleza, los *monos araguatos* gruñ
de nacer el sol, y el *zorro* astuto aúlla en sus cuevas.

Más tarde, cuando principia la gran emigración de los
logistas alados, el *toro* muge, escarba la tierra con sus pat
teras y solicita las alturas : el invierno está próximo y ha s
hora de la partida ; porque las sabanas van á convertirse en
y sólo el meteorologista alado tiene el derecho de posarse
aguas.

El *cuervo*, que, durante el buen tiempo se eleva y gira
los sobre los poblados, se eleva todavía más y más y casi
rece, en los momentos en que las llanuras se anegan. Ha
la nube lejana, ha sentido la ráfaga del viento mensajero,
que éstas se reunan para bañar la tierra, él se remo
ponerse á salvo del temporal.

Cuando durante los días de invierno, y en nuestras
civiles, los ejércitos marchan al través de las dilatadas
nuestros llanos, en solicitud de victorias que satisf
pasiones, los cuervos, desde la altura siguen el pelotón de
vana. Hermánanse entonces ¡ ay ! el hombre y el bruto en
de su cacería : la sangre humana. Pero cuando el soldado
acosado por la sed y el hambre divisa al cuervo que se ren
corazón se regocija, pues es un indicio de que la vara de M

á abrir la nube bienhechora. A poco el agua caerá á torrentes, y el soldado calmará su sed, pero no el hambre. Un destino más adverso le aguarda; por un lado víctima de sus hermanos, y por el otro sabroso pasto del cuervo, su compañero de cacería.

CASTÍGUELO Y APADRÍNELO

¿De qué va á tratarse? preguntará alguno de nuestros lectores. La frase llama la atención porque implica castigo y al mismo tiempo perdón. Es decir, el verdugo que es siempre la parte activa, ora fustigue, ora corte la cabeza es, al mismo tiempo benevolencia, caridad. ¿Se tratará de algún hijo rebelde, incorrecto, de tantos que abundan, ó de algún animal humilde y trabajador, al que le aguarda una paliza, por haber osado comerse una rama de malojo, fuera de la hora señalada para la cena?

Pues señor, de nada de esto vamos á tratar, sino de un árbol famoso, espléndido, copado, que admiraron los campesinos de remotas épocas, y al cual doña Patricia, la excelente esposa de don Pedro Roca, llamó el *zángano de Z mayúscula*, como ella decía. Se trata de la aplicación de Pedro Moreno á los vegetales, por aquello de que, aun entre estos, la letra con sangre entra. Bien pueda ser que la sociedad moderna se salve, sin la aplicación constante del látigo, y para nosotros esto sería un milagro. Nos remitimos á la prueba. La sociedad antigua se salvó porque sus hombres fueron vapuleados; la moderna puede perderse, por haber desconocido aquel

Pedro Moreno
Que quita lo malo
Y pone lo bueno.

Era un gigantesco árbol de aguacate que, frente á la casa de su estancia tenía don Pedro Roca, antiguo agricultor de los valles de Barlovento. Cosechaba éste lo que espontáneamente le proporcionaba la tierra, sin que aquel espíritu obtuso, tratara de investigar el porqué de las cosas. No lejos de la estancia de don Pedro, apareció

de súbito, otro agricultor, hombre práctico, estudioso. Tenía el mérito de resucitar los rastrojos y de hacer producir hasta los cafetales abandonados. Don Pablo Rocafuerte acababa de comprar una hacienda enmontada, cerca de la de don Pedro, y la casualidad quiso que tropezaran en cierta mañana, bajo la sombra del frondoso aguacate. Se habían tratado en la infancia, se habían saludado en la juventud y hecho compadres, y volvían á encontrarse en la edad provecta : el uno rico, avaro, torpe y ridículo; el otro rico, reposado, atento, con ribetes de agrónomo práctico é ilustrado.

Al encontrarse en el patio de la « Esperanza, » que así se llamó la hacienda de don Pedro Roca, éste presentó su esposa al antiguo compañero, y amigablemente hubieron los tres de departir sobre variados temas.

¡ Cuán hermoso aguacate, exclamó Rocafuerte, al verse frente del gigantesco árbol !

— Aquí nos tiene usted teniendo que soportar á este *zángano de Z grande*, exclamó doña Patricia. Anualmente se cubre de follaje, de flores abundantísimas, y á poco se presenta con dos ó tres aguacates ridículos.

— Me parece que lo convierto en leño, agregó el esposo. Tanto va el cántaro al agua hasta que se rompe, agregó, como quien asentase el más sublime axioma.

— No, no, replica el de Rocafuerte, poniéndose en pie. No, no ; *castíguelo y apadrínelo* ; y, *el zángano de Z grande* se hará poderoso.

— Manos á la obra, compadre, agregó Rocafuerte, lleno de sonrisa.

— Déjese de burlas, mi viejo amigo, contesta don Pedro. Déjese de burlas, que no me hallo dispuesto á chanzas.

— *Castíguelo y apadrínelo*, contesta el de Rocafuerte con frase acentuada.

— Déjese de burlas, compadre replica don Pedro. Ya le he dicho que no estoy dispuesto á semejantes chanzas.

— *Castíguelo y apadrínelo*, grita entonces el compadre Pablo Rocafuerte lleno de sonrisa.

En esto se levanta don Pedro Roca, con mal ceño, fija sus miradas sobre el rostro del compadre, y va á hablar, cuando doña Patricia, poniéndose en pie, dice :

— No hay motivos que ameriten enojos, Pedro, dice la señora,

dirigiéndose á su esposo. Aquí no se trata de burlas, sino de un hecho práctico. Y por la circunspección con la cual se expresa don Pablo, debo creer que se trata de hechos reconocidos.

— *Castíguelo y apadrínelo.* — *Castíguelo y apadrínelo*, grita de nuevo don Pablo, sin alterarse.

Entonces don Pedro, volviendo en sí, después del baño de necedad que se había dado, replica : — Pues bien, compadre, obre usted con libertad que yo quedaré de observador.

Todo quedó dispuesto para el domingo próximo. Tornaría Rocafuerte con dos capataces, la familia Roca invitaría á las familias vecinas, y todos presenciarían el tremendo : *Castíguelo y apadrínelo* que pesaba ya sobre el frondoso aguacate.

En la mañana fijada, los invitados llegan al patio á la hora anunciada. Al presentarse Rocafuerte, éste saluda cortésmente á la señora y le dice :

— Ya verá used señora cómo se castiga á un *zángano de Z grande* No vaya á afligirse, y á solicitar el perdón, cuando usted se penetre de que hay propósitos de la enmienda. La letra con sangre entra, no solo en los vípedos y cuadrúpedos, sino también en los vegetales. Con la venia de usted, señora, agrega don Pablo, apartándose del círculo de familia.

— Capataces, grita don Pablo con voz sonora, castiguen ustedes á ese *zángano de Z grande*.

Al instante, y en presencia de muchas personas, los dos capataces que eran dos negros fornidos y activos, levantan los *encabullados* que traían, y sin compasión, comienzan á flagelar el tronco y ramos del frondoso árbol. Este, que no aguardaba ataque tan violento, comienza á botar hojas al mismo tiempo que caen pedazos de corteza, ramas tiernas, etc. Y ya el estrago tomaba creces, cuando don Pablo, á distancia dice :

— Sigan y sigan sin compasión.

Y los capataces redoblan los golpes sin compasión, laceran tronco y ramas, mientras que en el semblante de la concurrencia parecía traducirse : basta, basta, el pobrecito!

— Adelante, adelante, repite don Pablo, con voz de mando, hasta humillarlo, *zángano de Z grande*.

En estos momentos se escucha la voz chillona de Patricia, que dice :

— Lo apadrino, lo apadrino. Ya basta.

— Concedido, concedido — contesta don Pablo, satisfecho de su obra. — El árbol inspiraba compasión. La paliza había sido tremenda.

¿ Y qué pasó, un año después de esta flajelación?

La cosecha reducida anualmente á tres ó cuatro aguacates, alcanzó á cuatrocientos diez y siete frutos admirables. *Castíguelo y apadrínelo*, es la frase elocuente de los agricultores de Venezuela para significar que el árbol, por exceso de savia, debe ser lacerado, estropeado, apaleado. Sólo así prosperan los árboles que doña Patricia llamo *zánganos de Z grande*.

Conócese en Venezuela una tregua en los días de invierno, llamada *Veranito de San Juan*. Este veranito de un mes, surge días antes ó después del día de San Juan, el 24 de junio. Como en el gran programa de esta fiesta en Venezuela, figura el aporreo de los árboles, el corte dado á las ramas, etc., sucede, que al recomenzar el invierno, después del *Veranito*, los árboles aparecen frondosos y llenos de renuevos. Asegura el pueblo que todo se debe á la protección de San Juan.

La poda que da la langosta á ciertos árboles abandonados á los cuidados de la naturaleza, produce en la generalidad de los casos, admirables resultados.

En España acostumbran poner piedras en las orquetas de ciertos árboles, como naranjo, membrillos y perales, con el objeto de estropear el árbol. Así las cosechas son abundantes. En los campos de Venezuela no se colocan piedras, pero sí cabezas y osamentas del ganado, y aseguran los campesinos que de esta manera el árbol proporciona abundante cosecha.

EL CUJÍ DE CASQUERO

(Esquina del Cují en Caracas.)

A mediados del pasado siglo la ciudad de Caracas tenía por límite oriental el ex-convento de San Jacinto. Todo el terreno que

se encuentra al Sur y al Este de dicho edificio, estaba cubierto de bosques de acacia, llamados vulgarmente cujisales. Pero chozas pajizas y alguna que otra casilla de tosca construcción, sobresalían á manera de barracas en muchos lugares del bosque. La más al Oeste, situada en la actual esquina del Cují, llamaba la atención, no sólo porque allí terminaban las casas de la capital, sino también por el corpulento cují que le daba sombra [1]. Vivía en ella un pobre zapatero, á quien llamaban el maestro No Casquero, hombre bueno, honrado, enjuto de cuerpo, flaco de carnes, de nariz aguileña y ojos azules, cuyas miradas ocultaban unos anteojos verdes que daban á la fisonomía del viejo artesano un aspecto de anticuario y de astrólogo.

No contento con su suerte, pues que su trabajo apenas le proporcionaba el sustento de su familia, Casquero vivía inquieto y siempre quejoso. Afortunadamente, concibió una manía que le distraía y le hacía esperar en mejores días para él y los suyos. Fijose en su mente la idea de un tesoro que él debía encontrar, y aguijoneado por esta visión halagadora, la tuvo como único tema de sus conversaciones. Sus amigos trataron de disuadirle, queriendo así descartar de la imaginación del zapatero una nueva causa de tormento ; mas sordo el artesano á las reflexiones de sus relacionados, hubo de encontrarse al fin en ese estado de febril excitación que se apodera de todos los maniáticos.

Vivía en aquellos tiempos, en el convento de San Jacinto, un fraile ejemplar por su conducta, sobriedad y erudición : el padre Caraballo, querido de los habitantes de Caracas, sobre todo de Casquero, á quien le había llevado un hijo á la pila de bautismo. Con frecuencia visitaba el fraile al caer la tarde la casa de Casquero, y su tertulia, á la cual asistía uno que otro amigo, tenía siempre un carácter de espontánea familiaridad, pues era Caraballo hombre de agudos chistes y de variada y amena conversación, que sabía embellecer con la relación de anécdotas y aventuras risibles. Su influencia sobre el zapatero, que veía en su protector un oráculo, llegó á ser proverbial; de manera que, cuando el fraile, por una casuali-

1. Cují es el nombre vulgar que lleva, en una gran porción de Venezuela, la *acacia olorosa*, de flor amarilla, silvestre en nuestros campos.

dad, no venía á la casa del zapatero, éste iba al convento para saber algo de su compadre y poder así acostarse temprano.

Un día, cansado el fraile de la monomanía de Casquero, preguntó á éste si era hombre de valor, pues sólo así podía conseguir el objeto de sus desvelos.

— ¿ Y de qué manera, compadre ? exclama Casquero.

— El lance es grave, amigo mío, contesta el fraile. Se necesita de gran presencia de ánimo, de valor heroico, pues de otra manera nada podrá conseguirse.

— Hablad, compadre de mi alma, replica el zapatero, clavando sus miradas sobre el fraile, que se encontraba revestido de una gravedad imponente.

— Por tres ocasiones consecutivas, contesta el fraile, y sólo por cumplir un voto, he tenido que bajar á la bóveda de Nuestra Señora del Rosario ; y por tres ocasiones se me ha presentado un difunto á quien no he podido hablar, porque me han faltado valor y resolución.

— Continuad, continuad, interrumpe Casquero, como si una luz le hubiera ya indicado el camino del tesoro.

— Probablemente, continúa el fraile, esta alma en pena quiere hacer una revelación ; y es muy probable que podáis conseguir algo de vuestros deseos, pues los muertos conocen todo lo de este mundo.

— Oh !... contesta Casquero, llevándose ambas manos á la cabeza : ¿ de dónde sacaré yo el valor que se necesita para hablar con un alma en pena ? — Esto es horroroso, padre mío.

— Valor, Casquero, replica el fraile ; valor es lo que se necesita para encontrar la fortuna ó alcanzar el premio de tantas fatigas.

— ¿ De qué manera podré yo hablar con esa alma en pena ? pregunta Casquero.

— Visitando la bóveda á las doce de la noche, cuando nadie os vea, y cuando no tengáis por testigos de vuestro sacrificio, sino á Dios y á ese difunto que tanto desea salir del Purgatorio.

Aceptó el zapatero la proposición del fraile, y preparándose como un hombre que va á morir, dejó escritas sus disposiciones respecto á su familia, á sus instrumentos de zapatería y á su casita de la esquina del Cují : confesose, tomó la Extremaunción y aguardó el

día. Casquero debía ir al convento á la hora de cerrarse éste — seis de la tarde — y aguardar la última hora del día en la celda del fraile.

El antiguo convento tenía dos patios, ambos con claustros altos y bajos. La celda del fraile estaba en el claustro alto del primer patio, contigua casi á la escalera que conducía á la puerta de la sacristía. Por lo tanto, atravesar ésta y entrar en la nave del Rosario, era cuestión de un instante : aquí estaba la trampa de la bóveda que tenía salida al gran corral del convento. Las cocinas se encontraban á extremos del segundo piso y en dirección del mismo corral. De esta manera el padre, al querer ir á la bóveda, sólo tenía que bajar una escalera y atravesar la sacristía; mientras que el que debía ir por la entrada del corral, tenía que caminar todo el claustro de ambos patios, bajar tres escaleras para llegar á las cocinas, y desandar después todo este trayecto para poder encontrarse á la entrada de la bóveda : es decir, como cien varas.

Casquero llegó al convento á las seis de la tarde del día fijado : aguardó las doce en el reloj del claustro, y tan luego como sonó la última campanada, el fraile dijo al zapatero :

— Llegó el momento solemne, compadre : pensad en Dios y en vuestra familia, armaos de ese valor de que nos habla la historia de los mártires. Sí, partid. Y poniendo una linterna en las manos de Casquero le enseñó el camino que debía seguir.

Tan luego como Casquero se pierde de vista, el fraile toma una linterna ciega, cúbrese con el manteo, átase la capucha, baja la escalera de la sacristía, y abriendo la trampa de la bóveda desciende á ésta y se oculta en uno de los rincones.

A poco principia el fraile á divisar los reflejos de la linterna de Casquero; en seguida siente los pasos, y tan luego como se acerca á la bóveda el zapatero, abre un poco el padre su linterna y puede contemplar el semblante del artesano. Este, casi no podía sostenerse en pie; temblábanle las piernas, la cabeza y los brazos, y la linterna se sostenía por la rigidez de los tendones, que la voluntad para llevarla, flaqueaba.

Reíase interiormente el fraile de la agitación de su compadre, cuando éste, lleno de pavor y sin poder articular las frases, dice :

— Her... ma... no... De... parte... de... Dios... os... su... plico...

me... di... gáis... ¿ qué... es... lo... que... que... réis... de... mí ?

El difunto permanece mudo, impasible...

— Her... ma... no... exclama Casquero lleno de pavor. Un sudor frío corría por el rostro del zapatero, y con sus ojos clavados sobre el blanco espectro de la bóveda, parecía ser él el alma en pena.

— Por Dios, exclama Casquero. Ha... blad... her... ma... no... os... lo... su... pli... co.

— Hermano, responde el difunto dando á su voz un sonido sepulcral. Por amor de Dios, hermano, sacadme de las penas del Purgatorio.

¿ Y qué... es... pre... ci... so... ha... cer... pa... ra... con... se... guir... lo ? replica Casquero, trémulo y espantado.

La escena era terrible. La oscuridad y el silencio de la noche y los ecos de las voces que se repercutían en lontananza; la luz fúnebre; el espectro de la tumba; todo contribuía á enloquecer al pobre zapatero, el cual creía encontrarse en otro mundo.

— Hablad, her... ma... no... agrega Casquero, cuya cabeza bamboleaba como la linterna que tenía en una de sus manos.

— Cumplid estrictamente con el encargo que voy á haceros, dice el alma en pena.

— Os lo ju... ro... contesta Casquero.

— ¿ Conocéis el Cují que llaman de No Casquero? pregunta el muerto.

— Sí... her... ma... no... Mi... casa... es... tá... cer... ca..., Cas... que... ro... soy... yo...

— Pues bien, hermano, agrega el difunto; medid la distancia de cinco varas, desde el tronco del cují hacia el Oriente : haced una excavación de otras cinco varas, y después, hacia el Norte, cavaréis otras cinco; allí encontraréis una pequeña botijuela, que contiene veinte reales; aumentad cuatro reales más, y mandadme á decir tres misas, de á un peso cada una, que con este sufragio yo saldré de penas y pediré á Dios para que os libre de ellas.

— Sí, her... ma... no... cum... pli... ré... con vues... tro... en... car... go, contesta Casquero, que no aguardaba, en su grande turbación, tal resultado. Su casa, el cují, la botijuela con los veinte reales... de nada podía darse cuenta su razón : todo zumbaba en sus oídos, mientras que sus ojos estaban como petrificados.

— Partid, hermano, idos con Dios y pensad sólo en Él, exclama el difunto ocultando por completo la luz de la linterna.

Casquero parte.

Cuando el fraile deja de sentir las pisadas de su compadre, sale de la bóveda y regresa á su celda. Pero pasan cinco minutos, pasan diez y Casquero no vuelve. Temeroso de que algo le hubiese sucedido, el fraile va en su solicitud y le encuentra sin aliento y lleno de sudor frío al pie de la tercera escalera. Con trabajo se lo echa á cuestas y lo conduce á la celda. En esto vuelve en sí, á fuerza de asistencia y de los cuidados que le prodigaba su compadre.

— ¿ Qué os ha pasado, amigo mío? le pregunta el padre á Casquero, después que lo encuentra algo repuesto.

— Nada, nada, no me habléis de esto. He visto un espectro, un alma en pena, que me persigue.

— Explicaos, Casquero : yo soy vuestro amigo y algo puedo hacer.

El zapatero relató entonces al fraile cuanto dejamos dicho, y le ofreció que al siguiente día se ocuparía en cumplir con lo que había ofrecido al alma en pena.

— No os ocupéis en eso, repuso el padre. Son veinte reales que no merecen la pena de tanto trabajo. Yo diré las misas para que el difunto salga del Purgatorio, y de esta manera todo quedará arreglado.

Desde aquel instante Casquero no volvió á hablar más de entierros ni de tesoros : estaba curado de la monomanía.

De su casa nada queda, y del cují sólo recuerda la tradición, que existió uno muy notable en la actual esquina de este nombre.

INSCRIPCIÓN POSESORIA DE LOS LIBROS

Durante los primeros cincuenta á sesenta años que siguieron al descubrimiento de la imprenta, los manuscritos más ó menos correctos, era lo que solicitaban los hombres dedicados al estudio de las ciencias y de las letras. Pero, apenas surgió un procedimiento que multiplicaba los escritos, sin esfuerzo, cuando los copiantes de

manuscritos, queriendo destruir con la fuerza la industria naciente que debía anularlos, abarataron el valor de sus trabajos y pusieron en jaque á los impresores. En esta lucha desigual, al fin hubieron de triunfar los discípulos de Gutenberg, quedando rezagada la numerosa falange de los copiantes. Así entraron los libros en los conventos, en las aulas, en las universidades, y el entusiasmo fué en creces, á proporción que el divino arte crecía y se multiplicaba en las más ricas naciones de Europa. Estas primeras y pequeñas ediciones de libros, hoy rarísimas, que pertenecieron á ciertos conventos, fueron solicitadas hasta de los monarcas, quienes para leerlas, tenían que dejar en las Órdenes religiosas, un recibo, en el cual constaba el préstamo y tiempo que debía emplear el monarca en la lectura de la obra. En las primeras bibliotecas públicas de aquellas remotas épocas, había libros que solamente se mostraban á los curiosos, pues para leerlos se necesitaba de muchos requisitos, como de atriles especiales y de ayudantes, que sabían voltear las páginas, sin que los dedos dejaran en ellas impresión alguna. Tal fué el culto que recibieron los libros salidos de las prensas de Alemania, Francia, Italia, España é Inglaterra, á los cincuenta ó sesenta años de haber surgido en el mundo europeo el arte de Gutenberg.

A poco, las impresiones parecieron no solo más numerosas sino también, más baratas, pudiendo conseguirlas hasta los estudiantes más pobres. En estos días surgía el sentimiento de propiedad bibliográfica que creyó tener cada estudiante, al poseer un libro impreso; sentimiento que ya existía en las comunidades religiosas, tan celosas de poseer las primeras ediciones de la tipografía alemana. En estos primeros tiempos, los dueños de libros, estudiantes ó corporaciones, se limitaron á estampar sencillamente, en la página del título, el nombre del poseedor; más tarde comenzaron las octavas, las décimas, que concluían siempre con el nombre del poseedor de la obra. Al principio, todos éstos títulos de propiedad, escritos en verso, eran más ó menos semejantes, y parece que se copiaban mutuamente, tanto en español, como en francés, en italiano, etc. Poco á poco, la idea fué perfeccionándose, y en cada verso descollaban los autores. Hoy, esta costumbre ha tomado otro carácter, ha perdido la pureza é intención

primitivas y se ha tornado en hiriente, tosca y sucia. Para encontrar versos más ó menos expresivos, en esta materia, es necesario remontarnos á los dos últimos siglos que presidieron al actual.

Damos á nuestros lectores algunas de las pocas muestras en español, italiano, francés ó inglés, que poseemos de estos títulos de propiedad bibliográfica, en pasados tiempos, comenzando por los que estampamos en nuestros libros de colegio.

Si este libro se perdiere
Como suele acontecer,
Suplico al que se lo hallare
Que me lo sepa volver;
Y si no sabe mi nombre
Aquí lo quiero poner.

El último verso tiene las siguientes variantes : *Al pie lo quiero poner. Al pie lo puedo poner.*

Otra variante del título es la siguiente :

Si este libro se perdiere
Como suele acontecer
Suplico á quien se lo hallare
Que me lo sepa volver;
Y si fuere de uñas largas
O de mal entendimiento,
Súplicole que se acuerde
Del séptimo mandamiento.

Todavía conocemos otra variante.

Si este libro se perdiere
Como suele acontecer,
Suplico á quien se lo hallare
Que me lo sepa volver;
Si no supiere mi nombre
Aquí lo quiero poner :
Antonio tengo por nombre
Para con Cristo morir,
Retamón por apellido
Para poderle servir.

En libros franceses tropezamos con los siguientes versos :

Ce livre est à moi
Comme l'ordre est au roi;
Si je le perds, qu'on me le rende;

C'est un devoir que Dieu commande.
Si par malheur on le gardait
Dans la flamme on brûlerait.
Si vous ne connaissez pas mon nom,
Regarder dans ce petit rond.

En estos días hemos tropezado con unos versos que se asemejan á los españoles que dejamos copiados. Son los siguientes que tomamos del fork-lorista de los *Ecos del Zulia*, en un estudio bien escrito por G. Guzmán, intitulado : *Inscripción posesoria de los libros*.

Helos aquí :

Si ce livre se perd celui qui le trouvera
Et, par pure bonté, me le reportera,
Du pénible remords purgera sa conscience,
En remplissant un acte de stricte bienfaisance;
Sera récompensé d'un compliment joli
Et me trouvera prêt à luy faire plaisir.

En italiano aparece el mismo estribillo que en español y en francés *Si este libro se perdiere*. Así leemos :

Se questo libro si perdesse
Et il mío nome non si sapesse
In (tal parte) sono nato
N. N. sono chiamato.

Pero como en el espíritu italiano domina el arte, sucede que cada estudiante ha podīdo variar la idea á su capricho. Con frecuencia los versos anteriores van precedidos de la siguiente concatenación :

Questo libro é di carta
Questa carta e di straccia
Questa straccia e di lino
Questo lino é di Dío
Questo libro é mio
E se per caso si smarrisse
Ed alcuno lo rinvenisse
Etc., etc.

En las inscripciones inglesas, domina el espíritu lacónico y elocuente de sus hombres. Así leemos.

When this name you see
Remember that this book
Belongs to me.

Tan elocuente como ésta, nos parecen las siguientes inscripciones de dos notabilidades literarias de la Francia del último siglo : pertenece la una al cancionero Collé, y la otra al celebrado Carón.

A Collé ce livre appartint
Auparavant qu'il te parvint.

La de Carón es la siguiente, llena de gracia :

M'acheter pour me lire,
Car — on s'instruit ainsi.

Podríamos multiplicar los ejemplos, pero los citados bastan para dar á conocer la antigua costumbre estudiantil. Todavía no ha muerto del todo este género de poesía que, en muchos casos, se presenta lleno de chispa epigramática que cautiva á los lectores. Pasada la edad del entusiasmo que caracteriza en todas partes, los estudios juveniles, el hombre serio, desecha esta costumbre, y se contenta con estampar su nombre ya por medio de un sello, ya por medio de la escritura. Los más célebres bibliófilos tienen sellos especiales, con sus armas, nombres, divisas, etc., etc., etc., los que, bajo el nombre de *ex-libris*, constituyen una de tantas monomanías de la humanidad : la de sacar de los libros estos sellos heráldicos para formar álbums parecidos á los de estampillas de correos.

CRISTOS Y VÍRGENES EN LOS CAMPOS DE BATALLA

Todos, todos se fueron : dioses, diosas, guerreros, héroes, faunos, sátiros, ninfas, náyades, etc., etc., y descansó la pobre humanidad que tantos siglos estuvo bajo la férula de seres vengativos, rencorosos, destructores de pueblos y de familias. Se fueron, y quedaron sus nombres en los astros y constelaciones del firmamento

estrellado, y en montones de ruinas, del mundo pagano, y también en la historia de los tres reinos de la Naturaleza. Nadie los teme ya, y de la portentosa historia poblada de mitos y de exageraciones que cautivó la imaginación de tantos pueblos, sólo queda el sencillo manual de mitología, cuya lectura entretiene á los niños de escuela.

Júpiter es poderoso como planeta, Venus es admisible por su luz, las Hyades, las Pléyades, Orión, Sirio, Eolo, Boreas, Plutón, Neptuno representan en la ciencia el desarrollo de las fuerzas en las evoluciones del Cosmos. Si las Osas en el polo Norte simbolizan todavía al mundo pagano, la Cruz del Sur en el polo opuesto, aparece como el nuncio inmortal del Cristianismo.

Sobre todas las ruinas de templos antiguos se levantan hoy templos cristianos; y la cruz se yergue desde la tumba á orillas del Océano, hasta las más empinadas cumbres de la corteza terrestre, y más allá, en los confines australes de la vía láctea. Los dioses y diosas protectores de la sociedad antigua han sido sustituídos por protectores modernos que simbolizan, no la fuerza ni la materia ni las bajas pasiones del mundo social, sino la humildad, el dolor, la abnegación, el martirio, — todos nacidos después de la elocuente tragedia del Calvario : — apóstoles, mártires, confesores, misioneros, hasta el pobre cura de aldea, cuyas virtudes irradian después de la muerte.

¿Quiénes son hoy los protectores del mundo cristiano? María bajo centenares de advocaciones; y todas las santas y santos del martirologio romano, cuyas imágenes en piedra, en metal, en pintura, en escultura, aparecen en el hogar, en los templos, en las ciudades. Y sobre todas estas imágenes que representan el sacrificio, se levanta la del Crucificado. La civilización ha cambiado de ideas y de aspiraciones, sin salir del círculo terrestre. Ya no hay venganzas ni ruindades que satisfacer, como en remotos tiempos. Los protectores de hoy, pasivos y humildes, han dejado sus nombres esclarecidos en las páginas de la historia, que en el ejemplo sublime estriba su fuerza y su protección á los mortales que los invocan. Sólo la oración sublimada por el dolor puede alcanzar éxito.

En las luchas de los pueblos paganos intervinieron siempre los dioses, y cada bando político tuvo sus genios tutelares. La huma-

nidad continúa y con ella las luchas fratricidas de los pueblos cristianos, que tienen también sus penates; ora es la Virgen, bajo una advocación conocida, ora el Nazareno, ya el Crucificado, ya un santo milagroso ó una santa guerrera. Constantino venció con el lábaro de la cruz y San León pudo detener á Atila con la humildad del apóstol. Los antiguos castellanos vencieron al sarraceno y al indígena de América, llevando como bandera la imagen del apóstol Santiago.

* * *

Y para limitarnos solamente á Venezuela diremos que, desde muy remotos tiempos, las imágenes del cristianismo figuran, no solo en medio de las epidemias y demás desgracias que afligen al pueblo venezolano, sino también en sus épocas de guerra, desde los días de los filibusteros hasta hoy.

A fines del siglo décimoséptimo, la *Virgen del Socorro*, en Barcelona, después de haber ahuyentado, como nos asegura el misionero Caulia, á los filibusteros que iban á desembarcar, tornó á su templo con el vestido lleno de cadillos y de espinas, prueba de que había tenido que andar por entre matorrales. Esto nos recuerda una estratagema del general Arizmendi, en los días en que este astuto militar defendía la Isla que por su heroicidad es hoy llamada Nueva Esparta. En cierta noche, Arizmendi ordena con mucho sigilo que el manto de la *Virgen del Valle*, cerca de Porlamar, sea cubierto de cadillos y espinas. Quería con esto exaltar la superstición del pueblo, y lo consiguió. Al abrirse el templo al siguiente día, cunde la noticia en los poblados, de que la Virgen había amanecido con el vestido cubierto de cadillos y espinas, y todos los moradores quieren ser testigos del hecho y se trasladan al templo. Avisado el general de lo que sucedía, pone el hecho en dudas, asegurando que la Virgen era incapaz de abandonar á sus queridos margariteños. Después de muchas súplicas, el general se dirige al templo, y con trabajo puede llegar á la mesa donde se había colocado á la Virgen para que todos los fieles la contemplasen. Llega Arizmendi delante de la Virgen, manifiesta sorpresa, se acerca, se aleja, la examina y dice :

— Paseadora, ¿dónde has estado tú anoche? ¿Cómo es posible que abandones á tus hijos que tanto te aman? Dime ingrata, ¿tú has visitado el campamento de los godos, pues de otra manera no estaría tu vestido tan lleno de cadillos y de tierra? Todo es inexplicable, paisanos, agrega Arizmendi. Temo que la Virgen quiera hacerse goda, nos abandone, y nos entregue á tantos verdugos.

— No, no; de ninguna manera lo permitiremos, moriremos por ella y por la patria, gritaron los concurrentes.

Desde aquel día, la vigilancia y actividad en el campo patriota fueron admirables. La isla tenía que independizarse y conservar la Protectora que acompaña á los margariteños desde mediados del siglo décimosexto.

Aseguran las crónicas guaireñas que, cuando los filisbusteros franceses atacaban las costas de La Guaira, á fines del siglo décimoséptimo, el *Santísimo Cristo*, que ellos guardan con veneración y entusiasmo, los salvó de la muerte. Años más tarde, tanto en 1739, como en 1753, cuando escuadras inglesas bombardearon el puerto, entonces paupérrimo, el mismo *Cristo* se encargó de salvar á la población. En la última reyerta, donde salió mal parada la marina inglesa, la imagen del Cristo estuvo expuesta en el templo, durante las prolongadas horas de aquel combate, á la veneración pública. Y sucedió que una de las balas inglesas, al penetrar por la ventanilla de la capilla del Santísimo Cristo, *cayó suavemente como si fuera una pluma, al pie del altar, dividiéndose en dos mitades simétricas*[1]. Por mucho tiempo, una de estas estuvo colgada de la parte más visible de la capilla, como recuerdo del milagro.

Cuando llegó la época de la expedición de Miranda á las costas de Venezuela en 1806, el mal resultado de aquella fué atribuído por el pueblo de Caracas á la intervención de la *Virgen del Carmen*, adversa al célebre girondino hasta el día de su muerte. Miranda murió el 14 de julio, antevíspera de la fiesta del Carmen.

Al reventar la revolución de 1810, ambos partidos, el español y el republicano, comprendieron que aquella lucha iba á prolon-

1. Archivo parroquial de La Guaira.

garse. Así cada uno hubo de crear medios de defensa, y encomendarse á sus vírgenes y patronos y también á Dios, que es llamado el *Dios de los Ejércitos.*

Por la primera vez vamos á contemplar á las vírgenes y cristos como actores en los campos de batalla. Es curioso asistir á estas peregrinaciones de la Virgen, disputada por los partidos políticos, godos y republicanos, acá y allá, confiados cada uno en el triunfo de su bandera.

Con Ceballos, jefe español en Coro, comienzan las imágenes guerreras. Cuando en 1810, las tropas al mando del Marqués del Toro, llegan á las alcabalas de aquella capital, Ceballos le sale al encuentro, acompañado de la imagen *del Nazareno.* A poco las tropas republicanas, después de ligero tiroteo, dejan el campo. En Coro, *Jesús Nazareno* protegió á los godos, y así ha continuado; mientras que en Bogotá favoreció la causa republicana, y así continúa.

A los pocos días de la declaración de la Independencia de Venezuela, en 5 de julio de 1811, en la tarde del 15, revienta en el sitio de Caracas llamado El Teque, un movimiento revolucionario patrocinado por la colonia de los canarios contra el gobierno republicano. Como sesenta individuos montados en mulas, armados de pies á cabeza, cubiertos los pechos con armaduras de hoja de lata, gritaron « viva el Rey y mueran los traidores ». Tremolaban, entre ufanos y medrosos, como escribe Baralt, una bandera en la cual estaban pintados una imagen de la *Virgen del Rosario* y el retrato del Rey Fernando VII. Pocas horas más tarde todos estaban presos

El plan de la conjuración fué el siguiente. Contaban de antemano con la colaboración de un sargento español que militaba en el bando patriota, quien debía entregar el parque, á donde acudiría un grupo de los revolucionarios para obrar sobre la ciudad. Un cañonazo después del primer cuartel tomado, sería la señal de alarma. Estaba en el plan de los conjurados fusilar á los miembros del Poder Ejecutivo, y á determinados miembros del Congreso. Revelado el plan por el sargento, el gobierno se alertó, y como figuraban con estos algunos empleados españoles, hubo de estimular á los cabecillas del pueblo que supieron armarse, sin dilación alguna.

Este movimiento popular contribuyó á que por todas partes fuesen rechazados y dispersados los diversos grupos de los amotinados.

Una porción del pueblo armado se dirigió á El Teque, donde se defendieron los revolucionarios, sobre todo, los que estaban en la porción alta del sitio; pero inútil fué la defensa, pues todos cayeron prisioneros. Vencido el motín, diez y siete canarios fueron fusilados en la tarde del 15, colgados en seguida de la horca que estaba en la plazuela de la Trinidad. Al apear los cadáveres estos fueron descuartizados, para colocar las cabezas, piernas y brazos, en los caminos y alcabalas de la ciudad, según disponía una antigua ley española.

Este primer castigo impuesto á los revolucionarios contra la República, á los pocos días de declarada ésta, puede reputarse como un hecho monstruoso, innecesario ó impolítico. La crítica filosófica lo rechaza y condena á sus autores.

Estas persecuciones trajeron por corolario el triunfo de Monteverde y su gobierno, que podemos considerar como un aborto político en la historia de un pueblo. En la vanguardia de Monteverde, en su paseo triunfal de Siquisique á Caracas, venía fray Pedro Hernández, de los franciscanos de Caracas. Miranda le había salvado de la muerte, y fray Pedro, en testimonio de gratitud, abría la marcha de Monteverde, llevando un *Crucifijo* en las manos; y en la boca, improperios contra los herejes, los ateos, los protestantes, los republicanos y contra los diputados del 5 de julio de 1811.

En la victoria de Niquitao alcanzada por Rivas en 1813, figuran incidentes inesperados. Las tropas de Martí, el jefe español, salieron de Boconó de Barinas por el páramo de la Caldera en solicitud de los patriotas. Las tropas de Bolívar se habían adelantado hasta Boconó de Trujillo, mientras que Rivas cubría la retaguardia con el ejército. Los españoles alcanzaron á los patriotas cerca de Niquitao. Salía Rivas de este pueblo cuando llegaba Martí al pie de la cuesta. Comienza la pelea, y, durante ésta, las tropas republicanas en menor número, corrían el peligro de una derrota, cuando un fuerte páramo aflige, de repente, á los llaneros de Barinas que traía Martí, y que en nada molesta á los indios de Niquitao que acompañaban á Rivas y estaban acostumbrados á la influencia de la naturaleza andina.

Desde el pueblo de Niquitao se divisaba los contendientes en lucha esforzada. Ocúrresele entonces al cura del pueblo, al padre Gamboa, sacar en procesión todos los santos, santas y vírgenes que tenía el templo de Niquitao; y poniendo por obra el pensamiento, en pocos instantes, los moradores sacaban en procesión las imágenes sagradas. Y como las mujeres del poblado vestían trajes oscuros, el conjunto en movimiento apareció á los ojos de Martí, como tropas que salían contra él. « Allá viene la retaguardia, se decía; y debe haber artillería con ella. » Y como el ataque de Rivas continuaba sostenido, heroico, y el páramo arreciaba, el jefe español tuvo á bien retroceder y evitar así el choque de la retaguardia ¿ Quiénes vencieron en Niquitao ? En primer término, el arrojo de Rivas, en segundo, el fuerte páramo, y últimamente, los *santos cristos y vírgenes*, á cuyo frente el padre Gamboa oraba, en unión de los habitantes del pueblo, en favor de la causa republicana.

¡ Cuántas peripecias ! Las tropas de Monteverde entraron en Caracas precedidas por el Cristo que conducía el fraile Hernández; y otra imagen del Cristo, abría camino á los vencedores de Niquitao que estimaba el padre Gamboa. El Crucificado de Hernández era godo y el de Gamboa republicano.

Después de triunfo tan espléndido, Rivas despachó al comandante Briceño para que notificara á Bolívar la derrota de Martí. El edecán encuentra á Bolívar en la Boca del monte. Este duda, pero el oficial le asegura cuanto le decía. « Retrocedo, dice Bolívar, pero usted me responde con su vida de la verdad del triunfo. » Briceño acepta. Juntos siguen, cuando á poco, aparece Rivas quien venía al encuentro del Jefe Supremo, que supo recompensar al comandante Briceño[1].

La Purísima Concepción nos aguarda.

En los días más crudos de la guerra á muerte, admirable es el oficio del general Rivas, vencedor en la batalla de la Victoria, al Concejo Municipal de Caracas. Después de ser conocidos por todas partes los pormenores de la heroica defensa de la Victoria, entre las felicitaciones de Bolívar y del Gobierno al vencedor, sobresale la que le dirigió el Concejo Municipal, á la cual contestó el general Rivas, entre otras frases, con las siguientes : « La sangre de los cara-

1. Noticia que debemos á la bondad de nuestro amigo el doctor Eusebio Baptista.

queños derramada en la Victoria, y la *protección visible de María Santísima de la Concepción*, fueron las que salvaron la patria en aquel memorable día; yo suplico encarecidamente á V. S. que todo el premio que había de asignárseme, recaiga en beneficio de tantas viudas y huérfanos, que justamente merecen el recurso de la patria; y espera de la Municipalidad marque este día *para bendecir á la Madre de Dios, con el título de la Concepción*, jurándole una fiesta solemne anual en la S. I. M., á que deban asistir todas las corporaciones, y exhortando á las demás ciudades y villas, para que en gratitud ejecuten lo mismo. »

. . . .

Otra virgen celebrada en los Andes de Cundinamarca y á orillas del lago de Coquibacoa nos aguarda : es la de Chiquinquirá.

Durante la campaña desgraciada de 1815, en Nueva Granada, el general Serviez, para comprometer el ejército religioso de los pueblos, en favor de la causa republicana, como asegura el historiador Groot, dispuso, al pasar por el pueblo de Chiquinquirá, traerse la imagen de este nombre. Y contra el parecer de los padres dominicos y de los moradores del pueblo, Serviez hace construir una caja de tablas, acomoda el cuadro de la virgen, y sobre la enjalma de una mula, sale la venerada imagen. Comienza la retirada, mejor dicho, la derrota, pues los patriotas iban en estado lamentable; pero la derrota se convierte á poco en procesión. Por acá se le cantan misas á la virgen, por allá se la obsequia con flores, y hasta un milagro se efectúa. Serviez iba á fusilar á un desertor, cuando éste, implorando á la virgen con fervor, logra que el jefe republicano le perdone. En mayo de 1815, entra Serviez á Bogotá acompañado de la Chiquinquirá, que despertaba el entusiasmo de unos y las impresiones de aquellos que no aceptaban el medio de conducirle.

Precisado á huir, Serviez deja á Bogotá. En su retirada las tropas fugitivas son atacadas por todas partes, y al fin, abandonan á la virgen en un rancho. La columna patriota va defendiéndose hasta alcanzar las llanuras de Sanare. Los Españoles en posesión de la imagen la conducen en triunfo hasta Bogotá y después á Chiquinquirá. Había salido como derrotada de su santuario y tornaba á él con los honores del triunfo, con banderas desplegadas y los vítores de la muchedumbre.

REFRANES Ó DICHOS CORRIENTES ENTRE LA GENTE DE MAR DE MARACAIBO

Contribución del señor José Andrade.

« El que no va á Curaçao manda los cueros » (se entiende por sí mismo).

« El ó con golpe de coco. » Se dice para indicar rapidez.

« Se le ahumó el pescado. » Se aplica á los que se enfurecen.

« Estar corriendo un temporal á palo seco. » Por hallarse en peligro.

« Estar dado de quilla. » Por estar sin hacer nada.

« Estar tirando sapos con escopeta. » Se dice del que no tiene un centavo.

« Estar á pique. » Por estar perdido.

« Estar barloventeando. » Se dice del que no halla quehacer, ó busca algo que hacer.

« Contra mar y porfiando. » Anda el que está mal de fortuna, etc.

« Viró de bordo. » El que ha mudado de parecer ó de ánimo.

« Una centella *catatumbera*[1]. » Es una cosa inaudita, inusitada, asombrosa, etc.

« Ni en Pueblo Viejo. » Cuando se pasa una noche mala, incómoda.

« Volverse pliego de papel sobre la cubierta del buque durante un combate. » Dar vueltas y revueltas, como impelido por el aire, huyendo del peligro.

***

« Viento en popa y mar bonanza navegaría Sancho Panza. »

« Barco á la capa, marinero á la hamaca. »

« Viento en popa es medio puerto. »

« Viento no rompe cable. »

« Barco grande, ande ó no ande. »

1. *Catatumbo* es el nombre de uno de los ríos afluentes de la laguna de Maracaibo

GLOSAS Ó COMPOSICIONES LLANERAS IMPROVISADAS EN VELORIOS DE CRUZ

(Contribución anónima de Puerto Cabello)

I

Ah, bochorno que me dá
Beber *alante é la gente*
Estos vasos de aguardiente,
Ah, mi mujer, ¿qué dirá?
Señores no se lo digan
Que yo me ando emborrachando
Poque se la pasa hablando
Y batiendo y renegando.
Maldito sea el aguardiente,
Y el fondo donde lo sacan.
Permita Dios que reviente,
Y les digo la verdá
Que cuando la escucho echando
Y diciendo y resonando,
Ah, bochorno que me dá.

Señor, yo no sé beber,
Pero por no despreciar
Siquiera voy á probar,
Poque, ¿qué más puedo hacer?
Que no sepa mi mujer
Que yo bebí este poquito,
Poque me empieza lueguito
A tratar de impertinente;
Pero yo voy á beber,
Aunque me vea el Presidente,
El alcalde y el teniente
Nada me pueden hacer,
Poque claro se los digo,
Con esto no tengo amigo
Ni compadre ni pariente,
Poque es toda mi alegría
Teniendo yo todo el día:
Estos vasos de aguardiente.

Si el alcalde me regaña
Por malo de mi cabeza
Que dé una orden muy expresa,
Qué ninguno siembre caña
Porque no pierdo la maña
De cargar mi *taparita*
Y si el cura me la quita
Yo les digo la verdá
Que si por esto me mata
A mi madre le hago falta,
Y mi mujer, ¿qué dirá?

II

Es mejor un monte libre
Que una tirana *ciudá*,
Para aquel que huyendo está
Por estas guerras civiles.

Un áspero serrajón
Es más grande que una iglesia,
No hablando de la exelecia
De la santa religión;
Porque en esa *destención*
Y franqueza para huir,
El que no quiere morir
En un ataque terrible
Como no le tema al tigre
Ni animales de la Sierra,
Se *descapa* de una guerra
Y es mejor un monte libre.

El hombre de reflexión
Y que ocupa un buen sentido
Aunque le guste un partido
Nunca muestre su opinión;
En toda su reflexión
Discurre como cristiano
No ofender á sus hermanos
Porque no es de humanidad,
Y en buena proximidad
Aunque presidios le importe
Prefiere más bien un monte
Que una tirana ciudá.

Aquel que huye sin delito
Por temor á la justicia,
Ande siempre con malicia
Pisando muy suavesito.
Acostumbre andar solito
Nunca busque compañero
Sino aquel bosque más fiero
Y de más oscuridá
Porque en esa soledá
Serán sus recelos menos,
Este consejo es muy bueno
Para aquel que huyendo está.

El hombre que en estas guerras
De cristiano con cristiano,

En nada mete su mano
Y de todo, se abre fuera,
Bien será porque no quiera
A ninguno hacerle mal
Ser en todo imparcial

Que es el modo de vivir
Y no arrojarse á morir
Riñendo de espada en mano
Tanto bárbaro cristiano
Por estas guerras civiles.

EL MITO DEL DORADO

Es privilegio de la imaginación forjarse un bello ideal siempre en armonía con las creencias de los pueblos, con sus necesidades físicas y morales, con las aspiraciones de toda sociedad hacia el conocimiento del mundo exterior. Poética en sus concepciones, tenaz en sus propósitos, la imaginación ha sido siempre fecunda en todos los tiempos y lugares : jamás envejece. Como la naturaleza, cambia de atractivos, se reviste de nuevas formas, según la latitud, la altura, la índole y tendencias de cada sociedad, conservando siempre cierta influencia sobre los destinos sociales.

La figura ideal, el símbolo, el mito son siempre los accidentes de todo cuadro fantástico. La historia comienza con la fábula, con la leyenda, con la tradición, preámbulos de toda narración verídica. La poesía, la intervención divina, lo sobrenatural preceden siempre á lo verdadero. La fábula es el pórtico de la historia. Magnífica con sus creaciones, encanta, seduce, guía al espíritu antes de ser éste subyugado por la razón, y trae por resultado final la conquista física ó moral que es la síntesis de las grandes lucubraciones. En todo mito existe algo verdadero que perdura, después que se desvanecen las ficciones alegóricas fundidas en el molde de la poesía imaginativa. Al principio, aparece la idea á imagen de las nebulosas, materia aglomerada, en su estado rudimentario : fórmase después un núcleo que toma formas múltiples. Al continuar la labor, reálzase la idea estética y aparece la verdad en el arte, en la ciencia, en la historia. En su desenvolvimiento la idea ha ido gradualmente de lo misterioso á lo visible hasta producir un resultado armónico que representa vigilias prolongadas, luchas sostenidas, derrotas y triunfos. En lo físico como en lo moral toda conquista supone una escala que es necesario ascender.

La antigüedad griega creó un mito que ha tenido su símil en los tiempos modernos. El Vellocino de oro que fué el punto de partida de las expediciones geográficas, en el mundo pagano, es la imagen del famoso Dorado que, después del descubrimiento de América, trajo las expediciones inmortales que enriquecieron la ciencia con la adquisición de nuevas tierras, de nuevas razas, con la colonización de nuevos pueblos y la conquista geográfica de un Mundo. La fábula es una misma, embellecida en ambas épocas, con la idea de lo maravilloso, y sostenida con el deseo ardiente, impulso que guía á la idea hasta su completa realización. El origen de la expedición de los argonautas tiene por causa la adquisición de los valiosos tesoros del rey Aetes. Comienza con la construcción de la nave *Argos*, á las faldas del Pelión. En ella se embarcan los valientes de Esparta y de Etiotida. Tifis es el piloto, el médico Esculapio, Orfeo el cantor, y los héroes de la ventura, Jason, Teseo, Hércules, Antólico y otros descendientes de los dioses. Salen de Tesalia, visitan á Lemnos y Samotracia, entran en el Helesponto, y costean el Asia menor. Unos se detienen y fundan colonias, prosiguen otros y conquistan nuevas tierras. Sea que la expedición siga el curso que acabamos de indicar ; sea el Adriático el teatro de sus conquistas, ó las orillas del Volga y del Tanais; sea el Norte y Oeste de Europa, hasta Gades y Gibraltar, de donde sigue al Mediterráneo ; que en el regreso á su patria, después del triunfo, sigan los argonautas itinerarios fantásticos que varían de Hesiodo á Píndaro, de Píndaro á Apolonio, y se modifiquen sucesivamento, en el mismo tiempo en que se ensanchaban los conocimientos geográficos de los griegos, como dice Ducharme [1] ; hay una verdad, y es, que este mito es el móvil de las expediciones griegas ; que cada país se lo apropia, y que aquel desempeña un gran papel en la conquista científica del mundo pagano. ¿ Qué importa la nacionalidad del mito si los resultados son satisfactorios ? El conocimiento de la tierra, el cambio de ideas, el ensanche del comercio y de la navegación, ¿ no reconocen un mismo fin, el progreso de la humanidad?

Como en el mito griego, los orígenes de la conquista castellana aparecen en los principios, como quimeras. Háblase de un mundo

1. Ducharme, *Mythologie de la Grèce antique.*

ignorado, lleno de riquezas que es necesario adquirir. Un visionario acaricia la idea, y, después de andar de puerta en puerta, como Pedro el ermitaño, buscando protección, pónese al frente de los expedicionarios, y lánzase á la ventura. No son mares conocidos los que debe arrostrar sino el Océano ignoto, poblado de escollos y tempestades, sin retirada posible. Salen de las costas andaluzas y siguen rumbo hacia el Oeste. Un día llega en que los expedicionarios creyéndose perdidos se sublevan contra el jefe ; pide este un plazo, y á poco se divisa tierra, cuyos moradores los reciben con júbilo, como recibieron á los argonautas los pobladores de Lemnos.

Habían descubierto el nuevo mundo.

¿ Quiénes van en aquellas pobres carabelas que recuerdan á la nave *Argos* ? ¿ Quién es el jefe, sin rival, de esos aventureros que cruzan por la primera vez las olas del agitado Atlas ? ¿ Qué solicitan, qué hallan ? En el trascurso de un siglo vése á estos expedicionarios que se suceden, se renuevan hasta posesionarse de su conquista. Durante un siglo recorren las costas y las islas, y abarcando por ambos Océanos el Nuevo Mundo, proclaman, desde las orillas del mar hasta las cimas inaccesibles, cubiertas de fuego y de nieve, la gloria de Castilla. ¡ Qué hombres ! Atraviesan las costas y las llanuras y los lagos y ríos caudalosos, y trasmontan las cordilleras, y soportan el hambre, y luchan contra pueblos numerosos y contra la naturaleza salvaje é inclemente, y explotan las riquezas y fundan colonias y ciudades, y exterminan los pueblos que los reciben, y levantan finalmente, las bases de la civilización americana.

He aquí un hecho inmortal : el descubrimiento y conquista de un mundo por los argonautas modernos. Colón es el piloto Tifis ; Ercilla y Castellanos los Orfeos de la epopeya ; Ojeda, Vespucio, Ordaz, Cortés, Pizarro, Valdivia, Almagro, Balboa, Quesada y otros más los héroes de la lucha sangrienta, y los escaladores del Ande. No acaban de descubrir la primera isla, y sed de oro los atormentan. ¿ Dónde estaban los espléndidos tesoros de Aetes, dónde el Vellocino de oro ? Ellos mismos hermosean la fábula que les sirve de estímulo y adornándola con los atavíos de la imaginación, y sin saber donde existen los tesoros, los buscan, y piensan en los jardines encantados de las Hespérides que han dejado atrás, y en el templo del

sol que los llama adelante, y en la ciudad dorada de Manoa, y en los bosques de canelos, y en los santuarios, donde el Dios de los Incas, cubierto de oro y piedras preciosas, se comunica cada día, en orgía de rayos con el sol del universo. La conquista es un hecho, pero se necesita lo maravilloso para que no desfallezcan los guerreros ; es necesario escalar el cielo, pelear con los dioses, para alentar en los hipántropos el amor á la gloria.

Nace entonces el mito de El Dorado.

Refiere Humboldt que, en la época en que visitaba las ruinas de Cajamarca (1802), un joven indio de diez y siete años, que le acompañaba, hijo del cacique Astorpilco, le entretenía en términos muy poéticos y con imágenes seductoras acerca de las riquezas de sus antepasados, los Incas. Figurábase una grandiosa magnificencia y tesoros acumulados bajo los escombros que pisaban. Decía cómo uno de sus progenitores había vendado los ojos á su mujer, y después de hacerla andar mil rodeos, por caminos labrados en la peña, la había conducido á los jardines subterráneos del Inca. Allí ve árboles cubiertos de follaje y frutos, y pájaros posados sobre sus ramas ; todo ello hecho de oro purísimo y primorosamente trabajado ; allí ve también *una de las andas de oro* de Atahualpa, objeto que tantas veces se buscó en vano. El marido prohibe á su mujer, el tocar á nada, porque el tiempo en que debía renacer el imperio, anunciado de muy atrás, no había llegado aún, y cualquiera que se apropiase alguna de aquellas obras maravillosas, debía morir en la misma noche [1].

Era esto un recuerdo de los jardines de oro, situados en el Cuzco, bajo el templo del sol, y en el valle de Yuncay, sitio predilecto de los Incas. Refiere la tradición que en estos jardines que no estaban bajo tierra, crecían plantas vivas al lado de plantas artificiales, señalándose entre las últimas, elevados tallos y espigas de maíz, como lo mejor imitado de la naturaleza.

« La seguridad con que afirmaba el joven Astorpilco, agrega Humboldt, que bajo sus pies y en el sitio en que estábamos, la tumba del Inca extendía sus ramas un árbol de Yongué, con sus grandes flores hechas de hilo y de láminas de oro, me producía triste y

1. Humboldt, *Tableau de la nature*.

honda emoción. Allí, como dondequiera son las ilusiones y los ensueños un consuelo felizmente imaginado para endulzar la desnudez y las miserias presentes. » « ¿ Puesto que tú y tus parientes creéis tan firmemente en la existencia de tales jardines, no intentáis alguna vez, preguntaba Humboldt al joven Astorpilco, buscar, desenterrando tesoros que tan próximos tenéis un remedio á vuestra pobreza? » « No nos da tal antojo, responde el indio; dice mi padre que fuese pecado. Si tuviéramos las ramas de oro con sus frutos auríferos, nos aborrecerían los blancos, nuestros vecinos, y nos harían mal. Tenemos tierras y buen trigo. »

Hay en esta narración un mito y una realidad. Es la fábula del jardín y de las Hespérides, con sus manzanas de oro, que existió en las costas gaditanas ó á orillas del Atlas, trasportado á las altas regiones de los Andes, en una época que ignoramos. Y es la narración verídica de los crónistas castellanos que conocieron las riquezas del Perú y admiraron en los templos quichuas la imagen del sol hecha en oro y exornada con piedras preciosas, colocada al Oeste para que recibiera los rayos del sol naciente. Dicen los cronistas que el interior del templo del Cuzco era materialmente una mina de oro.

CARICANCHA, *lugar de oro*, llamaron los Quichuas al templo del sol, en Cuzco. LÁGRIMAS QUE EL SOL LLORABA, dicen los Cronistas que suponían los Incas, ser el oro. DIOS DE LOS CASTELLANOS, llamó al oro, el cacique cubano Huatey. Temiendo que algún día regresaran á Cuba los castellanos, tenían sus espías que le decían cuanto pasaba en la española. Cuando sabe que vuelven los conquistadores, reune su pueblo, le recuerda las persecuciones hechas á su raza por los castellanos, y asegura que todo lo hacían para satisfacer á un poderoso señor á quien adoraban, el cual quería mostrárselo. Y sacando un cestillo de palma lleno de oro, les dice : « *He aquí el Dios de los castellanos; éste el poderoso Señor á quien sirven y tras el cual andan. Y como habéis oído que quieren volver por acá, en solicitud de su Dios, hagámosle fiestas y bailemos, para que cuando lleguen, les diga que no nos hagan mal.* » Y bailaron y se divirtieron hasta rendirse[1].

1. Esto pasaba en 1511. HERRERA, *Historia de los hechos de los castellanos*, etc., etc. Década I.



Las primeras noticias referentes al Dorado, nacieron, antes que en Venezuela, en las costas de Cundirumarca. *Castilla del oro*, *Rio del oro* llamaron los conquistadores las regiones de Urabá y del Magdalena. Ningún otro lugar más propicio para despertar la codicia que aquellas costas donde tropezaron con el rico metal, desde el momento en que la pisaron. Piedrahita, Gumilla y el Padre Julián[1] están de acuerdo en que fueron las costas de Santa Marta, la primera tierra donde nació el mito del Dorado. De allí hubo de peregrinar, á semejanza del caudaloso río, que, después de haberse ramificado y bañado dilatadas regiones, cae al Océano. De Santa Marta sigue el mito á Velez, á Bogotá, á Tunga, á Popayán, y penetra en las comarcas del Chimborazo, y continúa al imperio de los Incas, para de allí retroceder y establecerse á orillas del Amazonas y del Orinoco. Jamás una epidemia se había extendido con más prontitud. La existencia de tan inmenso tesoro fué lo suficiente para enloquecer los espíritus más rectos y adiestrar á los hombres más timoratos. De esta manera lo que al principio aparecía como conjetural toma después visos de verdad. Poco á poco reviste el mito múltiples formas, hasta que se magnifica, acompañado de gran cortejo de maravillas y exageraciones. Ya es una montaña bañada por ríos cuyas arenas son de oro; ya un jardín de cuyos árboles penden áureas frutas, con pájaros que cantan, con fuentes que murmuran; ya una ciudad imperial donde los edificios resplandecen y se miran en las aguas de un lago misterioso; acá es una comarca donde los habitantes cargan armas de oro; allá un soberano cuyos vestidos están cubiertos de polvo aurífero; allí un templo lleno de ídolos del rico metal; aquí un santuario donde brilla la imagen del sol adornada con piedras preciosas. Ya lo fijan en las costas de Cundirumarca, ya en las dilatadas regiones del Meta y del Guaviare, ya en el país de los Omaguas, al Sur del Orinoco. Para unos, está al Este el volcán Tunguragua, en tierras del Ecuador; para otros, en las altas regiones de los lagos. Ya finalmente, se lo supone en la Guayana, en las comarcas ignoradas del fabuloso lago Parima. Y explotando esta idea, salen del Norte y del

1. Piedrahita, *Conquista de Nueva Granada.* — Gumilla, *el Orinoco ilustrado.* — Julián, *la Perla de Santa Marta.*

Sur y del Este y Oeste, expediciones por tierra y por agua, en solicitud del famoso Vellocino de oro.

Todas las fábulas, ha dicho un escritor, tienen algún fundamento real, y la del Dorado se parece á aquellos mitos de la antigüedad que viajando de país en país han sido adoptados sucesivamente por diferentes localidades. Así fué en efecto. La hermosa llanura entre el Orinoco, el Meta y el Guaviare, que llamó Humboldt, la Mesopotamia de América, fué el Dorado de Ordaz, de Herrera, de Ortal, de Espira de Federmann y de Pérez de Quesada. Alfinger busca el suyo por las tierras de Upar y de Pamplona. Ursúa lo fija en el país de los Tayronas, en las cercanías de Santa Marta. El imperio de los Omaguas fué el Dorado de Orellana y de Hutten (Utre ó Urre de los cronistas). Para Benalcazar, su Dorado estuvo al Este del Tunguragua, donde refiere el cronista Herrera, que andaban los hombres en medio de bosques de canelos, llevando el cuerpo cubierto de joyas de oro. El país de los Muyscas, con sus ricos santuarios, fué el Dorado de Jiménez de Quesada, y también de Benalcazar y de Ferdermann que lo descubren por tres rumbos diferentes ; y la ciudad imperial de Manoa y el lago de Parima, el Dorado de Berrío y de Raleigh.

El mito del Dorado fué la figura poética con la cual representaron los castellanos los ricos depósitos de oro, que tres siglos más tarde se descubren en las bastas regiones de Upata, del Yuruary, del Meta, de Antioquía y de otros lugares del continente. Han sostenido algunos historiadores que el Dorado fué un pretexto que adoptaron los indios para internar á los conquistadores y perderlos. Esto no es exacto. La invasión castellana, ya por la fuerza de las circunstancias, ya por la topografía del continente tuvo que ser de Norte á Sur. El oro no se hallaba sino en limitados lugares, y los indios conocedores de esto, indicaban siempre el rumbo, para satisfacer la curiosidad de los castellanos. Cuando Colón al ver las sartas de perla de las mujeres de Pária, pregunta á los caciques por el lugar donde se producían, estos le señalan el Norte, es decir, las islas de Margarita, de Coche y de Cubagua. Cuando Ordaz pregunta á los caciques del Orinoco dónde se encontraba el oro que usaban en sus chaguales, aquellos le indican el Oeste, es decir, las corrientes del río hasta tropezar con las regiones del Meta y del

Guaviare. A esta dilatada comarca conducen á Spira, á Federmann y á Hutten los informes de los caiquetías de Coro [1]. Si Alfinger hubiera seguido las indicaciones de los indios del Magdalena no habría fracasado. A la mitad del camino deja el rumbo Sur y tuerce al Este, trasmonta el páramo de Cachirí y es víctima al caer á Pamplona. Más afortunado Jiménez de Quesada sigue el camino abandonado por Alfinger y descubre; el rico país de los Muyscas. Cuando Federmann, impaciente de no hallar oro en las comarcas del Guaviare y del Meta, trata de retirarse á Coro los indios le dicen que si trasmonta la cordillera de Cundirumarca cae en un país riquísimo; y el alemán valeroso la trasmonta, y comparte con Benalcazar y Quesada el descubrimiento de la célebre meseta de Bogotá.

*
* *

¿ Dónde estuvo la verdadera patria del Dorado ? ¿ Fué á orillas del Magdalena ó en la Castilla del oro, al Oeste del continente? ¿ Fué en el imperio de los Omaguas al Sur del Orinoco, ó en el santuario de los Chibchas, en los Andes de Cundirumarca ? ¿ Estuvo en la Mesopotamia americana ó en las elevadas cumbres coronadas por el lago Guatavita ? ¿ Fué su cuna el jardín encantado de los Incas, ó el país de los Quijos, en las orillas auríferas del Napo ? ¿ Estuvo, finalmente, en las fuentes del Caura, del Esequibo y río Blanco, ó en la ciudad de Manoa, en las regiones fabulosas del lago Parima? Asegura el padre Julián que fué la cuna del Dorado, el país de los Tayronas, palabra que en la lengua de sus indios significa *fragua*, y que en estas comarcas se hallaron hornillos y fundiciones del rico metal. De aquí nació, según aquel historiador el origen del mito. Nos parece más cónsono decir que la fábula tuvo su cuna en el pueblo quichua, donde fué el oro, no sólo elemento de riqueza sino también de poderío. Nada pudo rivalizar en la época de la conquista el fastuoso brillo de los Incas. Los pueblos de origen peruano que emigraron de Sur á Norte, en épocas muy remotas, antes de la conquista castellana, fueron los introductores

1. En la Humboldtiana titulada : El Elemento germánico en la conquista de Venezuela, todavía inédita hallaremos los pormenores de las expediciones alemanas de Alfinger, de Spira de Hutten y Federmann, en busca del Dorado, desde 1527 hasta 1537.

de la fábula, en las regiones amazónicas y en el Orinoco. La capital de los Omaguas, Macatoa, con edificios y calles de oro, y la ciudad de Manoa con todas sus riquezas que tanto exaltaron la imaginación de Berrío y de Raleigh, á fines del siglo décimosexto, no pueden considerarse sino como variantes del jardín de los Incas. Como el Vellocino de oro, el Dorado pertenece, no á una localidad, sino á un continente. Durante un siglo es el origen de millares de aventuras, de descubrimientos y de crímenes. Desaparecen los santuarios americanos, con sus famosos ídolos, entregan los Incas sus tesoros, amásanse las prendas de los indios cautivos, por oro se rescata la vida, y el oro desaparece. Así pasan los años hasta que la moderna civilización descubre los verdaderos yacimientos del buscado metal, en Cundirumarca, en Perú y en las dilatadas regiones de la Guayana venezolana. Cualquiera que sea la forma poética del mito, éste pertenece á la dilatada región situada al Este de los Andes, donde parece haber existido, primero que en las cordilleras, el culto del sol. Todas las expediciones de Oriente, de Occidente, del Norte, del Sur, se dirigieron siempre en solicitud de las comarcas bañadas por el Orinoco, donde la imaginación de los pueblos americanos supuso la existencia de la capital de los Omaguas, que llegó á descubrir el intrépido Hutten, y la de Manoa que trajo las expediciones de Raleigh. El Orinoco con sus terrenos auríferos, con su exuberancia de vida, con sus montañas graníticas, con sus tributarios agigantados, ha resuelto el problema del mito del dorado. Por esto decía á los castellanos, Arimuicaipi, cacique del Caroní, señalándole las constelaciones del cielo austral, que las nubes de Magallanes con su blanquecina luz eran el reflejo de las rocas argentíferas situadas en medio de la laguna Parima. Cuando Humboldt escribía, ahora noventa y un años : « no puede negarse la existencia de un terreno aurífero en la extensión de ochenta y dos mil leguas cuadradas, entre el Orinoco, el Amazonas, al Este de los Andes de Quito y Nueva Granada », parecía augurar la riqueza prodigiosa de la Guayana venezolana. A los tres siglos de haber desaparecido los argonautas modernos, se halla el Vellocino de oro, que guardaba la tierra en sus entrañas.

*
* *

¿ Qué ha dado á la civilización moderna el mito del Dorado? El conocimiento geográfico de Venezuela, de Cundirumarca, del Perú y de las vastas regiones del Orinoco. Sin la sed de oro no habrían recorrido las aguas de este majestuoso río, Ordaz, Herrera, Ortal y después Berrío y Raleigh. Sin la sed de oro no habrían los germanos descubierto el Occidente de Venezuela, y cruzado sus sabanas y caudalosos ríos. Sin la sed de oro no se habrían precipitado en las aguas del Amazonas Hernando Pizarro, Orellana y Aguirre, ni descubierto á Cundirumarca Quesada, Benalcazar y Federmann. Sin la sed de oro no habría caído el imperio de los Incas. Los buscadores del Dorado fueron los primeros geógrafos del continente, y, sus tenientes, los fundadores de los primeros pueblos.

¡ Cómo hermosean los mitos la historia de todas las naciones! Sin la expedición de los argonautas, las regiones de la Grecia y Asia Menor carecerían de tantos recuerdos conexionados con la historia de las primeras expediciones geográficas, llenas de ficciones y de episodios maravillosos, cantados por todos los poetas. No puede separarse de la conquista de América el mito del Dorado. Cuzco y Cajamarca, hablarán siempre de sus jardines de oro; Guatavita de sus tesoros; Tunja, de sus ídolos; Sogamuxi de sus santuarios, mientras que el Orinoco nos referirá la conquista de los Omaguas, nos hablará de la expedición de Ordaz, el primero que cruza sus aguas, nos trasportará á la ciudad de Manoa y á orillas del lago Parima, para contemplar en las nubes de Magallanes, en el cielo austral, el reflejo de las rocas argentíferas de la Guayana.

La majestad de los Andes, lo grandioso del continente, sus ríos, sus llanuras, sus bosques donde se contemplan los astros de la vía láctea, necesitaban del portentoso mito que fué el origen de tantas aventuras, de tantos sacrificios, del exterminio de la civilización indígena y de la fundación de las ciudades castellanas que, á través de los siglos, perduran con sus ruinas y recuerdos inmortales. Estas reminiscencias de la época mitológica tienen todavía influjo en las nuevas exploraciones geográficas del continente. Son luz que guía en el estudio de los orígenes americanos, cuando se estudian las ruinas prehistóricas, y las tumbas, en las altas regiones de los Andes, nos regalan los recuerdos de épocas remotas, en la noche de los tiempos. En la naturaleza americana, no son las formas exteriores

la extensión, la riqueza de los tres reinos, la magnificencia del escenario, lo único que cautiva; el hombre americano aparece también en su cuna, á la altura del hombre asiático y europeo, en su desarrollo, en sus concepciones, en su poesía, en sus creencias, en sus aspiraciones, como probando que la humanidad ha tenido un mismo origen, en ambos mundos.

CANTARES

CONTRIBUCIONES LLANERAS

Si recojo mi caballo
Me llaman faramallero;
Y si me duermo en la silla
Me llaman *burro tusero.*
Aguaite, blanco, mi zamba;
Es negra de condición
Pero pocas blancas tienen
Tan hermoso el corazón.
Desde que nació la guerra
Para el pobre no hay alivio,
Que para el pobre se hicieron
Los fusiles y los grillos.
El toque de generala
Me dan buen comprendimiento
Porque si oigo la corneta
Responde mi valimiento.
El que me enseñó á cantar
Me enseñó lo que sabía
Y me dijo: « Vete al mundo
A lucí la ciencia mía. »
« Decile que si me quedo,
Que aquí la estoy aguardando
Debajo de este arbolito
Que todo me estoy mojando. »
El cochino come maíz
El burro come malojo;
El tigre come conejos
El vagre come coporos.
El cochino come maíz
Cada uno tiene su antojo
Y hasta las viejas les gusta
Cuando les pican el ojo.
Muchacha dame *guarapo*
El *guarapo* se acabó,
El poquito que quedaba
Mi padre se lo bebió.
Muchacha dile á tu madre
Que si quiere ser mi suegra;
Y verás si se lo dices
Cómo la vieja se alegra.
El primer ladrón del mundo
Descubrió el mejor negocio
Y de todos los que hay hoy
Nadie me quiere de socio.
Huracán pasa por casa
Tempestad por mi ventana,
Río crecío sale al camino
Tigre, vente á mi sabana;
Toro bravo á mi corral,
Candela, al cañabraval.
Y verán si soy un hombre
De mirarme en los peligros
Cara á cara con la muerte
Con el corazón tranquilo.

Mi mujer cuando me cela
Es una *vaca paria,*
Pero yo le doy carpeta
Con un vaso de sangría.
Malaya mi mala suerte;
Malaya la suerte mía;
Viene un aguacero blanco
Y mi cobija perdía.
Si te vas y no me olvidas
No me dejes de querer,
Que como quede me encuentras
Si se te ocurre volver.
Las muchachas de Valencia

Me llaman el arrojao,
Porque me le meto á un toro
Con el trapo colorao.
Las muchachas de la Villa
Me llaman lanza en lo oscuro,
Porque cuando estoy cantando
Le aflojo á la mano el pulso.
Lloremos esta desgracia
Del indio Lucas Ramírez
Que se le espanta el venao
Cuando se le van los *güires*.
Soy un pájaro en el aire
Soy un pato en el estero;
Y entre muchachas bonitas
Soy un loro conuquero.
En Camaguán me conocen
Por mi fama de arrestao,
Y me dicen las muchachas
Ahí viene el mismo pecao.
Ya este baile se acabó
Yo lo doy por acabao,
Como tendrá el corazón
Tanto zambo enamorao.
Yo canto pero no digo
El que me enseñó á cantar
Y á manejar un machete,
Una lanza y un puñal.
Si te preguntan por mí
No digas que me mataron,
Diles que toos mis amores
Por un viejo me olvidaron.
A malaya un toro bravo,
O quien fuera cascabel,
Para salirle á un camino
Y tropezarme con él.
No digas que no me quieres
Di más bien que me olvidaste,
Que todo mi amor con eso
Traidora recompensaste.
Adiós ángel de mi guarda
Santo de mi devoción,
Adiós serafín del cielo,
Quien te diera el corazón.
Yo fuera muy bien cuidao
Si estuviera en Arichuna
Que allí con los forasteros
Todas las hembras son una.
El terecai en el caño
Se encontró con la tortuga,
Y caminandito fueron
A nadar en la laguna.
El Guariqueño no sabe
Cuanto puede una creciente
Ni las vueltas que da un tronco
Llevado por la corriente.
Yo puse una pulpería
Con el indio Antonio Damas
Él era el que me vendía
Y yo era el que le compraba.
Ya se reventó la prima,
Ya se reventó el bordón;
No reventársele un ojo
A tanto flojo mirón.
Cuando la luna me mira
Conversando con mi negra,
Todas las nubes se apartan
Porque la luna se alegra.
Adiós alma de mi vida;
Por tu amor lloro y suspiro
Y diera toda mi sangre,
Por verte sino te miro.
Que triste que está la luna
Y el lucero en su compaña ;
Que lucido queda un hombre
Cuando una mujer lo engaña.
Tengo una lanza de Arauca
Con un cubo de platina
Y en la cintura terciada
Una Santa Catalina.
Le dijo el mono á la ardita
En las selvas de Turén ;
« Cuando le brinques á un palo
Me avisas, que yo también. »
Si la envidia me saluda
Yo le digo « pobrecita ;
Yo no le temo al mal de ojo
Ni me asusta la pavita ».
Por ser la primera vez
Que yo en esta caso canto
Me hago en la frente la cruz
Para librarme de espanto.
Horas de tristes pesares,
Horas de mucho dolor,
Horas de llorar solito
Si estoy lejos de mi amor.

ROSCIO, BLANDÍN Y TOVAR

No existe en Venezuela, quien no haya oído pronunciar, y siempre hermanados, estos patronímicos, desde los primeros días de la Revolución venezolana. Y es cierto que, si en las pasadas generaciones, desde 1810, fué muy conocido lo que quiere significarse con esta tríade de patronímicos, poco á poco, y á proporción que se alejan los sucesos históricos de nuestra Independencia, la juventud moderna casi ignora lo que quiere decirse con Roscio, Blandín y Tovar.

Antes de la Revolución de 1810 las arcas reales en Caracas estaban repletas, y tanto había en ellas, que el Gobernador, según costumbre, facilitaba á muchos agricultores y comerciantes las cantidades que estos necesitaran, proporcionándoles respiro para el pago de las sumas. El sobrante anual, montante á un millón de pesos, después de cubierto el presupuesto oficial, lo tomaban los acomodados de Caracas, quienes entregaban libranzas, con plazos ventajosos, á favor del Ministro de Hacienda en Madrid : así se ligaban sin menoscabo, los intereses del Gobierno con los de la comunidad. Algunos enemigos de la Revolución llegaron á asegurar que los venezolanos, que debían al erario español, apoyaron el movimiento revolucionario del 19 de abril de 1810, con el único fin de salvarse de toda responsabilidad. Y el historiador español Díaz asegura que los patriotas tan luego como se apoderaron de los documentos de la Gobernación de Caracas, apremiaron á los deudores españoles y nada hicieron contra los deudores que figuraban en la Revolución. Lo primero, es una calumnia vulgar, y lo segundo, una necesidad política. Y tan no hubo robo de parte de los venezolanos que obtuvieron dinero de las arcas reales, que cuando la Revolución se hizo feroz, los deudores quedaron arruinados, siendo confiscadas todas sus propiedades. Cuando llegó el fin de la contienda política, los deudores de 1809 y 1810, se habían tornado en acreedores. Entre los empréstitos de aquella época, que figuran en el archivo español del Ministerio de Hacienda, aparece Simón Bolívar con la suma de treinta mil pesos.

Cuando los revolucionarios de Caracas comerciaban tan amiga-

blemente con las autoridades de la colonia, no pensaron en cosa alguna que interrumpiera tan pacífica costumbre. En materia de política, todos ellos eran espíritus cándidos, el candor de la inexperiencia y de la buena fe, como escribe Baralt. Discutían, argüían, abrigaban lisonjeras esperanzas al borde de un abismo, cuya profundidad no sospechaban. Los noveles revolucionarios son los mismos en todas las épocas y en todos los pueblos.

Al verse dueños de una situación que les presentaba la casualidad, sin hábitos gubernativos y sin la experiencia que siempre alerta, comenzaron á derrochar cuanto había en las arcas reales. Doblan los emolumentos á los nuevos empleados, nombran comisionados políticos que salen en todas direcciones, como representantes de nuevas ideas. ¡ Cuántas francachelas, cuántos proyectos imaginarios! Así fué que á poco se encontraron paupérrimos, sin haber previsto que creaban un estado crítico, desesperante, por ausencia de método, de orden, de previsión. En medio de angustiosa crisis financiera, crean el papel moneda que los lleva al sacrificio. El Congreso de 1811 lanzó á la estampa aquella curiosa ley de 11 de octubre, aborto político de aquellos días. Mándase emitir un millón de pesos fuertes, en billetes de uno, de dos, de cuatro, de ocho, de diez y seis pesos. Debían estar firmados por el Secretario de Hacienda, por el Contador y Tesorero general y por el jefe de la caja de descuento. En los primeros billetes aparecieron las firmas de Roscio, Blandín y Tovar; y después, en una segunda emisión, las de Sata, Alustiza y Ayesta, altos empleados de la Hacienda pública.

Los billetes, de los cuales conservamos una que otra muestra, fueron impresos en papel azul, español. Eran dobles, unidos por un talón común donde leemos ; en el extremo izquierdo : *Venezuela*, y más abajo, *Ley del* 27 *de agosto de* 1811 ; y en el derecho : *Año primero de la Independencia*. En los billetes desde cuatro hasta diez y seis pesos, figuran dos sellos ; en el de la izquierda leemos : 1811 — *Estados Unidos de Venezuela;* en el de la derecha un 19 que corona los atributos de la agricultura y del comercio, y en la orla el siguiente mote : *Pena de la vida al falsificador*. Arriba se lee : *Hipotecados sobre las rentas nacionales de la* CONFEDERACIÓN. Entre ambos sellos figuran el número del tomo, el folio de éste,

el número del billete, el valor de éste; y más abajo, las firmas ROSCIO, TOVAR, BLANDÍN ó de los altos empleados de Hacienda, Sata, Alustiza y Ayesta. Los billetes de un peso sólo tienen un sello. Los billetes grandes tienen 20 centímetros de largo por 12 de ancho, y los pequeños, 10 de largo por 8 de ancho. Además de esta emisión hubo otra de billetes de dos reales, con el objeto de facilitar la venta en el mercado de Caracas, la que alcanzó á veinte mil pesos. Era obligatorio recibirlos como metálico.

Por el estudio de esta emisión que abre la historia de nuestro grabado sobre madera, comprenderemos cómo los revolucionarios inocentes obraban sin malicia y sin temores. En este entonces, 1811 y 1812, dos viajeros franceses que visitaban á Caracas, fueron testigos de cuanto sucedió en esta época. En el volumen que publicaron en París, en 1815, y lleva por título : *Mémoire pour servir à l'histoire de la Revolution de la Capitainerie générale de Caracas*, los señores Poudenx y Mayer nos refieren la manera curiosa cómo fueron grabados los billetes. « El grabado, dicen, fué ejecutado sobre un pedazo de madera, y una puntilla reemplazó al buril. Los billetes que eran dobles estaban numerados, y cada uno de ellos podía confrontarse por la identidad del número. Estaban separados por un talón, y para evitar el fraude, al ponerlos en circulación, aquel se dividía en dos, quedando uno de los billetes en tesorería. Para verificar la identidad se colocaba uno sobre otro, guiado por el número. El defecto de tal fabricación era palpable, por el doble empleo de material, por lo incómodo de la confrontación y sobre todo, porque los billetes emitidos podían estar muy lejos de la Tesorería. El papel empleado era, por otra parte, muy ordinario, la plancha mal grabada, las firmas, finalmente, fueron fijadas con sello, lo que facilitaba la falsificación. La fortuna pública de este desgraciado país estuvo á merced de agiotistas y aventureros atrevidos. »

Como era de esperarse, la emisión del papel moneda trajo la desconfianza, la ruina y el descrédito del Gobierno. Si por el lado político todo fué desacierto, por el lado físico todo fué ruina y desolación, pues tras el Constituyente de 1811 vino la contrarrevolución, tras el terremoto de 1812, la tristísima campaña de Miranda, tras la prisión de éste, el feroz gobierno de Monteverde.

En la historia general del papel moneda, la página venezolana carece del carácter feroz que tiene la página de la Revolución Francesa referente á los *asignados* de aquella época. Que en los asignados franceses figuren los nombres de Depièrre, Farcy, Herves, Faisant, etc., etc., y en los billetes venezolanos los de Roscio, Blandín y Tovar, ó los de Sata, Alustiza y Ayesta, poco importa, si en ambos países, la ley es inexorable contra el falsificador. Los *asignados* de la República Francesa tienen cierta novedad de que carecen los billetes venezolanos de 1811. Si la ley venezolana castigaba con la muerte al falsificador, la francesa se contentaba, no solo con esto, sino que recompensaba igualmente al delator. ¡El delator premiado, qué monstruosidad legal!

¿Qué relación guarda con el Folk-lore venezolano cuanto acaba de decirse? preguntarán ahora nuestros lectores. Roscio, Blandín y Tovar, personajes de la Revolución Venezolana, ¿qué papel desempeñan en la historia íntima del pueblo de Venezuela? — El mismo que desempeñan en el Folk-lore de las naciones del Viejo y Nuevo Mundo Salomón, Alejandro, César, Napoleón, Wáshington, Bolívar, etc., etc.; soberanos, conquistadores, personajes de todas las épocas. En las páginas del Folk-lore universal figuran todas las pequeñeces y todas las grandezas, desde el héroe ignorado, el hombre de la ventura, hasta el genio que llena el mundo con su nombre.

En el Folk-lore venezolano, desde los héroes populares, el negro Miguel, en los días de la Conquista, hasta Andresote en la época de la Compañía Guipuzcoana, hasta el famoso Cisneros de los días de la Independencia: maniacos de escapulario que guardaban la oración del Justo Juez, y soñaban con los espíritus misteriosos que debían librarles de la muerte, en la hora solemne de la vindicta pública; hasta Miranda, Bolívar, Manrique, Páez, etc., etc., héroes de la lucha americana en los comicios, asambleas y campos de batalla; éstos y otros tantos, pertenecen, en determinadas circunstancias, al Folk-lore venezolano. Lo mismo podemos decir de Roscio, Blandín y Tovar, en quienes vamos á ocuparnos.

Roscio, Blandín y Tovar fueron tres personajes de la Revolución Venezolana, desde sus orígenes, en abril de 1810. Miembros del

Constituyente de 1811, patricios inquebrantables, firmaron la primera emisión de billetes de que hemos hablado, siendo esto suficiente para que los billetes tomaran el nombre de ellos. Así se decía en aquellos días de 1811 á 1812, cuando el pueblo quería salir de los billetes : « Vendo un Roscio, ó á los tres reunidos », es decir, « Roscio, Blandín y Tovar ». « Si Roscio me desahucia, Blandín me amortaja y Tovar me entierra. » Frases como éstas revelaban el desaliento de la población y el descrédito del papel moneda.

Después de los tristes acontecimientos de 1812, cuando los soldados venezolanos de Monteverde recorrían el poblado en solicitud de pan, no pedían, como de costumbre, sino pronunciando tres nombres de comidas caraqueñas, ó solamente los de Roscio, Blandín y Tovar.

Con esto se significaba : « una limosna por el amor de Dios ». Y cuando más tarde, en 1814, los soldados de Boves y de Morales se mostraban exigentes porque estaban necesitados, era muy rara la casa en la cual los soldados no respondieran al ¿ quién llama ? con los nombres de Roscio, Blandín y Tovar. Ya en otro escrito (Cantos populares de la Revolución) hemos hablado de las cuartetas que cantaban los soldados llaneros de Boves, en 1814, cuando festejaban el triunfo :

¿Dónde están las tres personas
Del Colegio electoral
Que firmaban papeletas
Roscio, Blandín y Tovar?

En Caracas, en el juego llamado *golfo*, cuando uno de los jugadores tiene en las manos las cartas sota, caballo y rey que equivalen á veintisiete puntos, de mano, exclama : Roscio, Blandín y Tovar. Si en el primer descarte llega el siete se alcanzará á treinta y cuatro que, en este juego, es el punto más elevado. De consiguiente, cuando un golfista anuncia que tiene en las cartas á Roscio, Blandín y Tovar, equivale á asegurar que tiene noventa grados de probabilidad en su favor. Este modo de anunciar, entre los jugadores de golfo, la coincidencia de la sota, del caballo y del rey, con los nombres de Roscio, Blandín y Tovar, se conoce en

Caracas desde 1811. Hace por lo tanto, ochenta y dos años que, en las casas de juego, se repite, en muchos casos, de una manera inconsciente, los nombres de los ilustres patricios de la Independencia venezolana, Roscio, Blandín y Tovar.

LA SEMILLA COLOMBIANA

CANCIÓN POPULAR DE LOS PRIMEROS AÑOS DE COLOMBIA QUE FUÉ MUY CELEBRADA

La semilla colombiana,
Fué dilatada en nacer;
Pero se vió florecer
De la noche á la mañana.

América no ha sembrado
Esta preciosa semilla
Que da una flor amarilla
Que alcanza la libertad.
Hoy tenemos propiedad
En la patria americana
Y gozaremos mañana
Los frutos con gran placer,
Y no debemos perder
La semilla colombiana.
Veréis la flor de granada,
Matizada en tres colores
Que demuestra sus primores
Y debe ser apreciada :
Amarilla y encarnada,
Es como se debe ver,
En lo azul nos da á entender
Su gran mérito y valor
Y por lo tanto esta flor
Fué dilatada en nacer.

Los antiguos moradores
De las Américas libres,
Ponían por imposible
Sembrar en su patria flores;
Pero otros agricultores
De distinto parecer
Sembrando están por coger
Un árbol de esta tal clase,
Que no saben cuando nace
Pero se vió florecer.
El Libertador Bolívar,
Tronco de su libertad,
Decretó en su propiedad,
Digamos Colombia viva;
Y así todo aquel que siga
Esta ley americana
Cogerá flor colombiana
De la que el pueblo cogió,
De un árbol que floreció
De la noche á la mañana.

APUNTACIONES PARA EL FOLK-LORE VENEZOLANO

TENDENTES A PROBAR CON HECHOS, QUE ALGUNAS PREOCUPACIONES Á VECES PRESTAN SERVICIOS IMPORTANTES Á AQUELLOS QUE TIENEN HABILIDAD PARA EXPLOTARLAS CON ÉXITO.

(Contribución barquisimetana de A. M. J.)

I

José de la Paz Oliva, pesador de ganado, murió quedándole á deber al *morochito* Merecure trece pesos; no dejándole á la viuda bienes de fortuna, sino una memoria grata, porque había sido con ella muy buen marido. La viuda conservaba como prenda de familia y como único patrimonio para salir de apuros y entrar en empeños, un hermoso rosario engarzado de oro de muchos quilates y artísticamente fabricado en el país, el cual valía alrededor de ochenta pesos á lo más. El morochito reclamó de la viuda con muy buenas maneras sus trece pesos; pero ella se negó á reconocer la deuda, alegando que su marido no le había dejado nada, ni le había dado disposición ninguna sobre el particular.

El tenaz acreedor no se desesperanzó y simulando una completa conformidad, con el mal resultado de su gestión, se retiró con la mayor cortesía, dando muestras de no volver á tocar el asunto. Bien conocida es entre nosotros la piadosa costumbre de hacerle al difunto el novenario, que consiste en reunirse las familias vecinas y amigas por nueve noches consecutivas á rezar el rosario en la propia casa de los dolientes, siendo la última noche más notable porque se regala el paladar con muchas y buenas golosinas. Sucedió, pues, que mientras que duró el novenario que la viuda le hizo á su difunto marido, nada pasaba en la casa de particular, sino la natural tristeza que produce la ausencia eterna de un ser querido; pero he aquí que desde la décima noche en adelante la viuda despierta sobresaltada, porque oye en su propio aposento unos ayes tristísimos que le parten el alma y le ponen susto en el corazón. Hace luz, llama gente, registra por todas partes y nada encuentra

que le explique de qué apesarado pecho salen aquellos tristes lamentos. El suceso se repite todas las noches y ya fué del dominio público la noticia de que á la viuda la perseguía un muerto. No había caso, la generalidad de las amigas de la viuda la aconsejaban que le hablara al muerto; ella hizo de tripas corazón, tan desesperada estaba ya, y se decidió á hacerlo así, por supuesto confesada y comulgada, y el aposento convertido en oratorio, según estaba atestado de cruces, rosarios, santos, agua bendita é incienso.

Dicho y hecho: apenas terminaron las doce campanadas de la media noche y principiaron los quejidos, cuando la viuda interrogó al muerto: — « Hermano, ¿quién es usted, y de parte de Dios qué quiere ? » El muerto contestó: « Soy José de la Paz, tu marido, y quiero que le pagues al morochito trece pesos que le debo y por los cuales estoy penando en el purgatorio; Dios te pagará la caridad. » Muy de mañana al día siguiente la viuda empeñó el rosario engarzado y el morochito recibió sus trece pesos, y es fama que desde entonces cesaron los lloriqueos del difunto, que no era otro que el morochito, ingeniosamente oculto en el dormitorio.

II

Agapito Nolazco era un mozo muy despierto, muy vivo y travieso, aunque no pendenciero sin excusar las riñas en caso de necesidad. Nunca tuvo profesión fija, pero poseía una habilidad extraordinaria para ingeniar modos de ganarse la vida. Cuando Víctor Hugo describe al Pilluelo de París en sus párrafos tan expresivos y rotundos, yo me acuerdo de Agapito como si lo estuviera viendo en las orillas del Sena. El dormía donde le cogía la noche, iba á todas las fiestas de los pueblos, se hallaba en todos los lugares que iban á ser teatro de escenas notables. Comía, bebía y reía á su placer y nunca estaba triste.

Por supuesto, como él hacía de todo, hasta era jugador y rara vez perdía, lo cual no quiere decir que era ventajoso, sino que, si quedaba limpio, le pedía al que ganaba el *amanezco*, que, cualquier cosa que fuese, para él siempre era lo suficiente. Sucedió, pues, que se anunciaron unas fiestas rumbosas en uno de los puebleci-

llos del Llano, y Agapito llegó á tiempo para preparar un local donde dar funciones de prestidigitación.

Pero, preguntará alguno, ¿Agapito era prestidigitador? Nunca lo había sido, pero él era todo lo que se le antojaba. Ensayó seis ú ocho suertes de esas comuneras y cuatro ó cinco de capricho, de esas extraordinarias que sólo pueden verificarse con uno ó dos ayudantes. Es el caso que, el cuasi teatro que había improvisado, estaba de bote en bote en la primera función, tal era el entusiasmo y la novedad que había despertado en los fiesteros, con sus largos cartelones y su bombo por las callejuelas del pueblo. Cesa la música, descórrese el telón de boca, aparece Agapito en las tablas, saluda, perora, arróllase las mangas y arranca aplausos con la primera de sus pruebas, que no era de las mejores de su pequeño repertorio, con lo cual cobró ánimo, convencido de que ya había conquistado el favor de su respetable público. Crecieron los aplausos con la segunda suerte y con la tercera ya fué delirio, frenesí; pero al mismo tiempo escuchaba voces aisladas que decían : es mágico, es brujo, reza la oración del Justo Juez, tiene pactos con el diablo, es el mismo mandinga; y probablemente la generalidad de los circunstantes iba siendo de esta opinión, cuando Agapito resolvió hacer una prueba de las extraordinarias, nunca vista ni pensada, porque iba sucediendo una pelotera de la de Dios es Cristo.

Es el caso que Agapito le cortó la cabeza á una paloma, encerrando cuerpo y cabeza dividida en una redoma ó cubilete, rezó una oración entre dientes y al levantar de nuevo el cubilete, salió un hermoso conejo dando carreras por el público en busca de su libertad. Pero he aquí que del medio del patio se levanta un hombre corpulento, desenvaina un chafarote descomunal y llevándose la gente por delante se dirige al escenario jurando matar á mandinga. Agapito lejos de amedrentarse, se adelanta en el tablado y dirigiéndose al bárbaro aquél, le dice con voz estentórea : — *Si usted da un paso más, lo vuelvo cachicamo.* El hombre lo creyó, se detuvo y cuando estaba envainando el machete Agapito aprovechó el estupor del momento, desapareciendo entre bastidores, y hasta el sol de hoy.

RESTOS DE LA VENDIMIA

EL ULTIMO ALFÉREZ REAL

(13 DE DICIEMBRE DE 1789)

La fiesta más pomposa que se celebraba en Caracas, y en la América, era la Jura de los Reyes de España y de las Indias que se verificaba, muy de tarde en tarde, escribió el Obispo de Trícala, ahora cincuenta y ocho años[1]. « El regidor Alférez real que ocupaba el tercer asiento después de los dos Alcaldes ordinarios en el cabildo, como se llamaba entonces, era obligado por su empleo á jurar al rey. Si no tenía bastante fortuna, quedaba arruinado por los crecidos gastos que era preciso hacer para quedar con lucimiento.

« En la tarde del día señalado se reunían en la casa del Alférez real los principales ciudadanos y empleados y los oidores de la real Audiencia, montados todos en caballos lujosamente enjaezados según el uso del tiempo, marchaban ordenados, presididos por el Alférez real que hacía el principal papel, y llevaba en sus manos el pendón real ricamente bordado, y se dirigían á la plaza mayor. Allí se había levantado un teatro decorado con cortinas de damasco carmesí, y diversos símbolos que representaban los atributos de la soberanía. En el fondo estaba colocado el retrato del nuevo rey (amo) al que hacían la guardia de honor algunos de los caballeros con espada desnuda al hombro. Subían al teatro cuantos podían según su extensión, rodeaban al Alférez real que se adelantaba luego hacia el frente, y pronunciaba en alta voz, tres veces estas palabras:

« *Castilla é Indias por nuestro rey Don N. que Dios guarde.* » En seguida batía el pendón real.

« En este momento solemne el batallón veterano, y los de Milicias, y la brigada de artillería hacían descargas atronadoras, un gentío inmenso llenaba el aire con los vivas al nuevo Monarca y los repiques de las campañas completaban la alegría. Se tiraban monedas de plata al pueblo.

« Igual ceremonia se practicaba en otras plazas; la cabalgata paseaba la ciudad encortinada en medio de las aclamaciones populares, y regresaba á la morada del Alférez real donde se servía un

espléndido refresco seguido del baile en que brillaban el lujo, la magnificencia y los encantos de las damas caraqueñas; y aunque al lado de las frescas azucenas de la juventud aparecían algunas marchitas por la edad, ambas honraban el mérito del sexo, las unas por la respetable modestia de su belleza, las otras por su gravedad.

« Por la noche había fuegos artificiales y orquesta de música é iluminacion general en la que se distinguían la casa del Alférez real, la Consistorial, la del Capitán General, la de la Audiencia, el palacio episcopal, el edificio de la Universidad, del Seminario Tridentino, y de varios particulares según su posibilidad.

« No terminaba con el día la alegría pública; los gremios de artesanos se encargaban de los juegos de toros, de las corridas de caballos y de las comedias gratuitas para divertir á los vecinos. Hasta la juventud estudiosa de la Academia tomaba parte en las fiestas para la inauguración del soberano por actos literarios y representaciones dramáticas que se le consagraban.

« Por último, la Iglesia celebraba misa solemne en acción de gracias al Todopoderoso rogando por la vida de su nuevo Patrono, que como dice un escritor español, era vicario del Papa en América, aunque de ordinario por un abuso el patronato se convertía en señorío. »

Esta descripción es un extracto de los papeles concernientes á la jura de Carlos IV, rumbosamente celebrada en Caracas el 13 de diciembre de 1789, que se conservan en el archivo del antiguo Ayuntamiento. En este mismo existen igualmente noticias de cuanto se hizo en casos semejantes, durante el tiempo de más de cien años. Así, cuando subió al trono Felipe IV, en 1665, lo proclamó en Caracas el Alférez Real Don Francisco Aguirre y Villela. Cuando entró Fernando VI en 1746, fué proclamado en 9 de julio por el Regidor decano Don Alejandro Blanco Uribe. Consta que se dió fuego en la plaza mayor, á un gran castillo que estuvo ardiendo durante cuatro horas. Al siguiente día los principales de la República fueron obsequiados con gran banquete, y por la tarde, en la hoy plaza Bolívar, ofreciose al pueblo elevada pirámide compuesta de jamones, de queso, y otras golosinas. Al lado de la pirá-

1. *Crónica eclesiática de Venezuela*, 1856.

mide se levantaba una estatua que simbolizaba la Europa : de un seno brotaba aguardiente y del otro vino. Esto es curioso. En las fiestas de 1760, en honor de Carlos III figuraba como Alférez real Don Pedro Blanco de Ponte. En 13 de diciembre de 1789, finalmente, figuró como Alférez real Don Feliciano Palacios y Sojo que acabó con el vetusto derecho de sangre. Bolívar, uno de los nietos del Alférez tendría para esta fecha seis años. Después de esta época no se celebró en Caracas fiesta semejante, sino la de 8 de julio de 1808, en que el pueblo de la capital enardecido contra los franceses pidió la jura de Fernando VII, la cual fué llevada á remate con poco aparato y ceremonias.

*
* *

Por el acta del Ayuntamiento de Caracas celebrada en 8 de julio de 1788, veremos en qué consistieron aquellas fiestas y cuáles fueron los gremios que en ella figuraron. Leamos :

JURA DEL REY CARLOS IV

« El día 8 de julio de 1789 se reunió el Cabildo extraordinario por orden del señor Presidente Capitán General, y dijeron : que el día 20 de febrero del año corriente habían recibido una Cédula de fecha 24 de diciembre de 88 en que el Rey Carlos IV participa al I. A. la muerte del Rey Carlos III y se ordenó, ante todas cosas, que se alcen Pendones por el Cabildo para la celebración de exequias reales, de profundo sentimiento, etc., que se verificarán con toda pompa, etc., y luego fijar la fecha para la Jura de S. M. Carlos IV con públicas festividades de regocijo, etc., etc., en prueba de la obediencia y subordinación que se le profesa como Nuestro Católico Soberano reinante. Las exequias se terminaron el 13 de mayo, y se fijó para el domingo 13 de diciembre del corriente, dar principio á la pomposa festividad de Iglesia, y luego á sacar el Real Pendón en público paseo, para que se comprenda el júbilo por tan plausible suceso de nuestra Provincia.

« Se encarga para la dirección en esta parte, al Regidor Don Francisco García, Diputado de Obras Públicas, quien dispondrá de

fondos de Propios para todo lo que se ocurra; hará preparar vestiduras de seis Lacayos, de casaca y calzón encarnado, chupín, vuelta y botones blancos, sombrero guarnecido de blanco, medias y zapatos : dos de ellos tocando clarines, dos tocando timbales, y los restantes en calidad de pajes.

Queda encargado para este particular el mayordomo de esta ciudad Don Miguel Suárez. Los dos Porteros ó Maceros vestirán uniforme de buen paño con sus correspondientes cinturón, sombreros y medias de seda, debiendo salir delante de la Asamblea de este Cabildo.

Los S. S. del Muy I. Ayuntamiento concurrirán con uniforme mayor de que goza; casaca y pantalón de terciopelo negro, vuelta y chupín de tela blanca, sombrero negro con plumas blancas. Los S. S. Presidente y Oidores *M. S. V. D.* y demás de este I. Ayuntamiento vestirán de encarnado. Que la plaza mayor se llene de tablados en contorno, siendo el más alto y con balcón el que ocupe S. S. el Presidente Capitán General, en donde se ostentarán *lujosamente* los Retratos de Nuestros Soberanos. Que la ciudad esté iluminada, etc. Que ésta por su parte ha de dar seis días de toros en la plaza; que Don Miguel Suárez se provea de doscientos toros de más de cuatro años y de la mejor calidad, y de doce hombres de habilidad que concurran á jugarlos, previniéndoles la prohibición de echar suertes á ninguno de los concurrentes, para evitar la estafa, so pena de perder su paga : cuatro de estos, á caballo, con rejones, cuatro con estoques, y los restantes con banderillas; vestidos los de á caballo, con chaqueta y calzón encarnados, con tufos negros y costura á la andaluza, ojal, vuelta y chupa blanca con tufos carmesí, cintas, medias y zapatos blancos, con sombrero apuntado; y los de á pie, con gorras encarnadas ribeteadas en blanco, bordadas en seda, y en su frente las Armas de la Ciudad, haciendo, para todo, el respeto necesario, y reponer caballos, estoques, banderillas, etc. Que el mayordomo apronte bueyes con ropones pintados para sacar los toros muertos de la plaza, y conducirlos al campo para que no infesten el aire de la ciudad; vestuarios y cabalgaduras de dos personeros con trajes negros talares, golas y sombrero de tejo, para que todos los días, después del despejo que en la plaza hará la tropa, entren en ella con los jinetes de á caballo, paseándola en con-

torno con a música de caja, pitos y clarines, para captar la venia del señor Presidente C. G. ó quien lo represente. Que hallándose el I. A. en posesión de repartir las fiestas que han de celebrarse por los Cuerpos que tienen la Gloria de habitar esta muy Noble Ciudad, por la Coronación de N. S. Don Carlos IV, asigna el I. A. á los nobles, gente primera, antiguos vecinos de esta República el festejo de tres días : uno de *cañas*, otro de *cabezas* y otro de *sortijas*. Para esta dirección se nombra á Don Santiago Ponte, Caballero de la Orden de Santiago, á Don Fernando Ascanio, Don Domingo Blanco y Don Martín de Herrera. — A los Bodegueros, Pulperos, bajo la dirección de Don Gonzalo Lima Quintero y Don Juan Espinoza, que den en la noche del domingo 27, en la plaza, una iluminación con fuegos, etc., etc.

« Que los arrieros y amos de recuas bajo la dirección de Don Benito Espinoza y Don Antonio Manzano, *en la misma*, en la tarde del lunes, den una corrida de 20 toros despuntados, con 12 jinetes, y otros tantos de á pie, que enmascarados, y vestidos de mogiganga, garrochen, piquen, y jueguen, terminando la función y juegos, etc.

« Que el cuerpo de artesanos, que es el más cuantioso, y deposita en sí todas las artes, dé en la misma plaza por cuatro noches. comedias diferentes, al cuidado de los capitanes Pedro Arévalo, Juan Damacio Arias y Juan Gabriel Landaeta.

« Firman — FERNANDO BLANCO Y MIJARES, JUAN BAUTISTA DE ECHEZURÍA, ANTONIO EGAÑA, LUIS BLANCO Y BLANCO, FRANCISCO ANTONIO GARCÍA DE QUINTANA, JUAN JOSÉ ECHENIQUE. *Ante mí* FERNANDO PONCE, Escribano Secretario de cabildo[1]. »

La casa del Alférez real fué la actual (reconstruída), de ocho balcones que figura cerca de la esquina de Los Traposos, donde estuvo la Audiencia en 1788, número 11 de la calle Este 4. Entre los dos primeros balcones el Teniente de Rey Don Pedro de la Sierra, comandante del batallón veterano, fijó el siguiente dístico latino, cuyo original está en el antiguo Ayuntamiento.

¿ Quid Regi domus hœc? Sed corde Palatia multa.
Aulam sub pédibus péctora nostra dubunt.

1. Nos contentamos con este mal extracto, por ser muy extensa el acta del Ayuntamiento que consta de 35 folios.

El Obispo de Trícala lo tradujo así : *Nada es para el Rey esta casa; mas en el corazón de su dueño hay muchos palacios : nuestros pechos ofrecen á sus reales plantas un alcázar digno de su grandeza.*

Todo salió como estaba ordenado. En la tarde del 13 de diciembre parte la procesión de la casa del Alférez que conducía el pendón real. Dirígese á la plaza mayor, sube parte de la concurrencia al templete construído al efecto exornado con retratos, cortinas y banderas. Entonces D. Feliciano se adelanta hacia la muchedumbre y en voz alta pronuncia la frase tradicional : « *Castilla é Indias por nuestro Rey D. Carlos IV que Dios guarde.* »

La jura de Carlos IV fué inmortalizada, tanto en Caracas como en Maracaibo, con medallas conmemorativas. En Caracas, después de obsequiar al pueblo con monedas lanzadas al aire, el Alférez real obsequió á las autoridades y amistades con dos medallas de plata, á nombre de la ciudad. La una, de dos centímetros de diámetro y de cuatro la otra, tienen por una cara el siguiente lema que circunda el busto del monarca : *Proclamatione Fides Caracensis inaugusta Caroli IV;* y por la otra este que circunda el Sello de Armas de Caracas : *Don Félix Palacios Sojo urbis signifero die* 13 *Dc* 1789.

La medalla de Maracaibo es de plomo, con un diámetro de 31/2 centímetros. En el anverso, en derredor del busto de Carlos IV, leemos : *Carlos IV D. S. Hisp et Ind R;* y en el reverso, entre las columnas de Hércules, figura un buque coronado, y más abajo leemos : *Maracaibo*, y en derredor, el siguiente lema : *Felix terra cuyus rex nobilis est.* 1789.

No pasaron muchos meses sin que el recuerdo de tan memorable fiesta fuera amargado, sobre todo, para el Alférez real y su familia. Y fué el caso, que al tenerse en Madrid noticia detallada de los obsequios al monarca muerto y al sobreviviente, Carlos IV endilgó su regañito á D. Feliciano por haber celebrado éste la fiesta en 13 de diciembre, día en que la corte, vestida de duelo, conmemoraba la muerte de Carlos III, en 13 de diciembre de 1788. Hecho inadvertido que fué necedad recordarlo.

Recibió D. Feliciano el regañito, pero sin preverlo, fué vengado

por el nieto Simoncito Bolívar quien, en aquel entonces, iba siempre al lado del abuelo. Diez años después, el joven Bolívar, de diez y seis años, jugando en palacio con el Príncipe de Asturias, el que fué más tarde Fernando VII, por una casualidad, le lanzó el volante á la cabeza y le tumbó la gorra. Incomodose el príncipe pero hubo de contentarse. Este joven Bolívar es el mismo que en medio del furor de las batallas, en 1818, al enviarle al general Morillo los prisioneros españoles que tenía, le escribe : « Usted y toda la miserable guarnición de Calabozo caerán bien pronto en manos de sus vencedores; y así, ninguna esperanza fundada puede lisonjear á sus desgraciados defensores. Yo los indulto en nombre de la República de Venezuela, *y al mismo Fernando VII perdonaría, si estuviera, como usted, reducido á Calabozo.* Aproveche usted nuestra clemencia ó resuélvase á seguir la suerte de su destruído ejército. »

Y el mismo Bolívar, al nacer la República de Colombia, escribe al monarca con fecha de enero 24 de 1821, de potencia á potencia, y entre otros conceptos le espeta el siguiente : « La existencia de Colombia es necesaria, señor, al reposo de V. M. y á la dicha de los colombianos. Es nuestra ambición ofrecer á los Españoles una segunda patria; pero erguida, no abrumada de cadenas. Vendrán los Españoles á recoger los tributos de la virtud, del saber, de la industria : no vendrán á arrancar los de la fuerza. »

« Ya no puedo soportarte », era la frase que tenía constantemente en la boca el Alférez real, testigo de las repetidas travesuras de su nieto Simón. Si los muertos resucitaran ¿ qué hubiera dicho el Alférez al presenciar los variados incidentes de la fecunda historia de Bolívar?

Hace como veintiséis años que el antiguo escudo de armas de la familia Palacios figuraba sobre el portón de la vieja casa solariega del Alférez real. Apeado y recluído al patio interior del edificio, — aquí permaneció algunos meses hasta que alguien lo recogió para aprovecharlo. Después de transformarlo un escultor, como pudo, simulando libros, rollos de papel, etc., fué enviado á un Colegio de provincia donde figura actualmente sobre el portón de cierto plantel de enseñanza. De manera que el sello de armasde los ascendientes maternos de Bolívar ha ido rodando hasta encon-

trar asilo sobre el portón de un Colegio de provincia, lejos, muy lejos, de la esquina de los Traposos, llamada en el siglo pasado, esquina de Arrechedera porque allí vivió el notable de este patronímico.

Sic transit...

EL HÁBITO NO HACE AL MONJE

ESTUDIOS LIGEROS SOBRE VARIADOS TEMAS[1]

Tal es el adagio español y de otras naciones, que equivale á decir : « No siempre por la exterioridad puede juzgarse á una persona. » En la vida social y política, por no tenerse presente este adagio, suceden con frecuencia chascos. Es un hecho que, sin la intervención de Morillo en la revolución venezolana de 1810, ya ésta había sido vencida, durante los días crudos y terribles de 1813 y 1814, por Boves y su segundo Morales; así fué que, cuando se presentó el Pacificador en 1815, no había ejércitos que combatir. Refieren las crónicas del Oriente de Venezuela, y apoyan los historiadores peninsulares, que cuando Morillo vió en las costas orientales el ejército de Morales exclamó : « Si estos son los vencedores, ¿cómo serán los vencidos? » Aludía al estado zaparrastroso, repelente del ejército de Morales, reducido á las más tristes condiciones.

— ¿Estos son los vencedores, señor? — ¿Este es el ejército de usted? preguntó Morillo á Morales.

— Estos son los vencedores. — Este es mi ejército, general, respondió Morales con altivez.

— Pero señor, replicó Morillo, todos estos hombres saldrían derrotados por una de mis compañías.

— Eso cree V. E., pero yo no lo creo.

1. Antes de partir para no volver más, laboremos sin tregua y sin descanso. Cualquiera que sea el tema que guíe nuestra pluma en estos nuevos cuadros; que la inspire la crítica filosófica, la biografía, ó la historia patria, la ciencia amena, leyendas, tradiciones, ó, finalmente, el *Folk-lore* venezolano, poco importa, si la voluntad está dispuesta y en paz el corazón y el espíritu.

— Es necesario licenciar inmediatamente tal ejército, añadió Morillo.

— ¿Cómo es posible hacer tal cosa? — Todos estos soldados se pasarían á los insurgentes, contestó Morales.

— No; de ninguna manera, hoy mismo se licencian, contestó Morillo, cortando toda discusión.

A poco, casi todos los soldados y oficiales de Morales estaban en las filas republicanas. Los antiguos lanceros de Boves se afiliaron en el ejército de Páez. *El hábito no hace al monje.* Morillo se había olvidado de la heroica lucha de España contra las huestes de Napoleón, y de las miserias, desnudez y hambre que había tenido que soportar el pueblo español, durante los prolongados años de aquella obstinada guerra. El historiador Toreno nos relata á lo vivo tantos estragos y miserias levantadas por sublime gloria; y la pintura que nos ha dejado del ejército francés de Junot al entrar en Lisboa es gráfica. Los soldados llevaban por uniformes andrajos y piltrafas de vestidos pegados al cuerpo. Y así es en todas partes del mundo, durante las prolongadas campañas, que en ninguna parte están exentos los vestidos de sufrir por la inclemencia del clima, del polvo, del sudor, del agua y del uso que traen las marchas y contramarchas. Sólo los ejércitos que custodian las capitales pueden siempre presentarse en actitud de parada. Los conquistadores castellanos llegaron á cubrirse con pieles de jaguares. La retirada de Hernando Pizarro de los orillas del Amazonas, después de la traición de Orellana, constituye uno de los más sublimes episodios de la humanidad. De seis mil conquistadores, contando los indios cargueros, sólo entraron á Quito cuarenta, desnudos, escuálidos, apenas cubiertos de pieles y de andrajos.

*
* *

Los soldados sucios y andrajosos de Morales, estos venezolanos que estuvieron con los Españoles y con los patriotas, y fueron en parte despreciados por el Pacificador Morillo, acompañaron á Bolívar en su trasmontada al Ande en 1819, y triunfaron de los frescos batallones españoles de Barreiro en Pantano de Vargas y Boyacá. Estos rotos de Boves, desnudos, macilentos, fueron los que retaron

á muerte al ejército de Morillo en las Queseras del Medio. Estos mismos hombres, no ya desnudos, sino bien vestidos, fueron los que vencieron á La Torre en Carabobo en 1821, y destruyeron los admirables batallones de Barbastro, Unión, Valencey, etc., bajo las órdenes de Páez.

Y después, en el dorso de los Andes, como castillos de naipes fueron cayendo unas tras otras todas las divisiones peninsulares, hasta que sucumbieron en Ayacucho y Callao. ¿Quién les arrancaba con gloria el poder político que habían conservado durante tres siglos? Los rotos, los desnudos, los hambrientos, los soldados patriotas de todos los climas, vencedores por todas partes.

Un escritor inglés, de los que militaron con Bolívar, en las campañas de 1818 y 1819, nos ha dejado descritos los ejércitos de Cedeño y de Páez en aquellos días. Son fotografías que nos entusiasman al trasportarnos á una época de reveses y de conquistas gloriosas.

« La caballería de Cedeño, refiere Hippisley, estaba compuesta de jóvenes y de adultos, desde trece á treinta y seis ó cuarenta años. Los adultos que usaban grandes bigotes y el cabello cortado, tenían una mirada salvaje y feroz en armonía con el uniforme que llevaban. Consistía éste, para unos, en una faja de lienzo atada á la cintura, para otros, en un calzoncillo, ó un pantalón. Calzaban unos, zapatos ó botas, otros alpargatas ó sandalias, — y casi todos llevaban una espuela. Tenían la cabeza cubierta con sombreros de paja ó gorros de cuero de jaguar, y siempre exornado de una pluma ó género blanco. Un sable largo ó machete, colgado del cuerpo, un trabuco viejo ó pistola sobre el anca del animal y una asta de ocho pies de largo con lanza chata, afilada por todas partes, constituían las armas de estos soldados montados sobre mulas ó caballos flacos, casi hambrientos. Respecto de arneses, sillas, frenos, bocados, charnelas, estribos, riendas, cada uno sacaba partido de lo que encontraba. Sólo una cosa los uniformaba y era la cobija ó frazada, en cuadro, con abertura en el centro para introducir la cabeza. Al calársela el llanero, queda cubierto el cuerpo, dejando en libertad sus desnudos brazos para manejar el animal y la lanza, su principal arma de defensa y de ataque. »

« Esta pintura que es copia exacta del original, sin ninguna exageración, — agrega el autor, — no implica la sospecha de que

quiera rebajar á estos hombres nada de su valor en el campo de batalla, pues son valientes en demasía, y sólo les falta, conocimiento, discreción, y oficiales competentes y de práctica, para conducirlos. »

« La caballería de Páez era superior á la de Cedeño por el aspecto, por el vestido y las buenas condiciones de los caballos, aunque no todos estaban uniformados. Y bien que la generalidad usaba calzón ó algo semejante á calzoncillo, veíase uno que otro sin calzado y casi desnudo. La frazada y las armas igualaban los diversos cuerpos de esta caballería. Muchos de los llaneros de Páez se vestían del botín tomado al enemigo, y así figuraban soldados con morriones de ribete, bronceados ó plateados, grandes sables con empuñadura de plata, sillas y frenos exornados con puntas y hebillas de plata y aun estribos sólidos del mismo metal[1]. »

Y otro escritor inglés, de los que militaron con Bolívar y Páez, al hablar de los oficiales patriotas, nos dice lo siguiente : — « Los oficiales criollos que, en raras ocasiones tenían chaqueta, vestían por lo general una camisa hecha de pañuelos de todos colores, y por lo común, de grandes cuadros, de mangas anchas que cubría los calzoncillos blancos y les llegaba hasta poco más abajo de las rodillas. Llevaban en la cabeza un sombrero de palma, adornado con plumas de diversos colores. Casi todos estaban descalzos, pero usaban grandes espuelas de plata ó de bronce con rodajas de cuatro ó más pulgadas de diámetro. La mayoría cargaba debajo del sombrero pañuelos de seda ó de algodón, para resguardarse de los rayos del sol, aunque podría creerse que los anchos sombreros eran suficientes para protejer la tez trigueña de la mayoría. Descubrimos, á pesar de esto, que por trigueños que fuesen, no soportaban, como los ingleses, la influencia del calor. Uno de los oficiales favoritos de la caballería de Páez, el coronel Juan Gómez, usaba un morrión, regalo de su jefe, y tenía el casco de oro amartillado, obra de algún joyero campesino. Otro, el que mandaba la guardia de honor, coronel José Carvajal, usaba morrión de plata, y muchos oficiales y soldados distinguidos cargaban vainas de plata, además de estribos y frenos del mismo metal[2]. »

1. Hippisley, *A narrative of the expedition to the river Orinoco and Apure*. 1 vol. London, 1819.
2. *Campaigns and cruises in Venezuela and New Granada*. 3 vol. London, 1831.

Estos llaneros vestidos con los despojos del enemigo, llegaron, en cierto día á presentarse uniformados y radiantes. Los uniformes encarnados de la Legión Británica les habían inspirado, y quizás, previendo á Carabobo, sevistieron de color de grana, estos antiguos llaneros de Boves, para darles el golpe mortal, en la pampa de Carabobo, á los espléndidos batallones de Morillo, que tanto se habían burlado de los batalladores venezolanos. Y así fueron de victoria en victoria por el dorso de los Andes, hasta Ayacucho que, en lengua quichua, equivale á *Rincón de muertos*.

Nos falta ahora departir acerca del uniforme de Bolívar en la pampa venezolana durante las campañas de 1818 y 1819. Al decir de uno de los oficiales de la Legión Británica,el uniforme que usaban entonces el general Bolívar y su séquito, revelaba la penuria del ejército patriota. Declarada la paz europea, después de Waterloo, el espíritu mercantil de los ingleses se aprovechó de tan plausible acontecimiento para traer á la isla de Trinidad buena cantidad de los aprestos militares que se vendían en los mercados de Europa. De estos depósitos se aprovechó el Libertador. Consistía el vestido de éste, en una chaqueta de paño azul con vueltas de paño encarnado, con tres hileras de botones dorados y pantalón azul, muy ordinario. Por sombrero tenía un morrión, como el que usaban en Londres, en aquellos días, los soldados de *Dragones Ligeros*. Llevaba por calzado sandalias ó alpargatas, y por arma cargaba una lanza liviana, con banderola, donde estaban bordados una calavera y dos huesos cruzados. Abajo se leía : *muerte ó libertad* [1].

Y el notable escritor inglés, Tomás Carlyle, tan aplaudido en el mundo de las letras, después de hacer el elogio más entusiasta de Bolívar, declara que el vestido más sencillo que ha encontrado en las historias, es el que llevaba la infantería y caballería de este Aníbal, en las guerras de Colombia ; es decir, la *frazada* de que hemos hablado, y cuyo uso continúa. El soldado venezolano no puede separarse de este lienzo que le abriga de la intemperie y se arrolla en el brazo izquierdo, y le sirve de escudo, cuando quiere, para defenderse de los golpes de sus contrarios.

Y después de hacer el debido elogio del uniforme de la caballería

1. *Campaigns*. V. obra citada.

é infantería de Bolívar, que el autor llama conmovedor por su sencillez y originalidad, lo juzga digno de los antiguos romanos[1].

El *hábito no hace al monje*. Morillo, al despreciar el ejército venezolano que, bajo las órdenes de Boves y de Morales había defendido á España en Venezuela, fué víctima de supina vanidad, muy común en los hombres vulgares que la fortuna conduce á las cimas del poder. Morales, conocedor de Venezuela y de sus hombres, fué más práctico y más inteligente que el militar afortunado en las guerras de España contra Bonaparte. Cuanto Morillo trajo á Venezuela se evaporó; y cuando se creía omnipotente, fué llamado por su gobierno[1]. Vencedor fué vencido; y aquellos famosos batallones tan aguerridos, tan galanos, desaparecieron igualmente: todos ellos rotos, andrajosos y hasta humildes, porque aceptaron la generosidad del vencedor.

El hábito no hace al monje.

LA ERMITA DE LOS SANTOS MÁRTIRES

(ESTUDIOS LIGEROS SOBRE VARIADOS TEMAS[2])

A don Juan Hurtado Manrique
INGENIERO.

Con el primer templo que surge al fundarse una aldea, con esta iglesia de la parroquia, como se dice generalmente, con esta choza pajiza en cuyo frente se eleva el lábaro de la cruz, con su pavimento de tierra, con su horca, donde las campanas al llamar á oración á los fieles de la aldea, repercuten dulcemente por las praderas y collados; con esta choza decimos, comienzan la cronología y los orígenes de un pueblo; porque en este recinto misterioso van á entrar, la primera pareja cuya unión bendice el apóstol de los pobres,

1. Carlyle, *Essays*. Vol. VII.
2. Antes de partir para no volver más, laboremos sin tregua ni descanso. Cualquiera que sea el tema que guíe nuestra pluma en estos nuevos cuadros; que la inspire la crítica filosófica, la biografía, ó la historia patria, la ciencia amena, leyendas, tradiciones, ó finalmente, el *Folk-lore* venezolano, poco importa, si la voluntad está dispuesta y en paz el corazón y el espíritu.

delante del altar sagrado, los primeros párvulos que van á recibir las aguas del bautismo, los primeros muertos que, antes de caer en la fosa que los separa del mundo, van á regocijarse al oir el tañido de la campana funeral y la última plegaria de la oración, esta misteriosa confidente entre la vida y la muerte.

Mas el primer templo de toda aldea no viene sólo, que tras el que simboliza la fe, las creencias y aspiraciones de la familia, está otro que es la ermita, la ermita votiva que constituye la realización de un deseo, el cumplimiento de una promesa sagrada, la gratitud reconocida en sus ideales misteriosos y eternos. Tras esta primera ermita surgen otra y otras, aquellas que recuerdan las inesperadas desgracias que sumergen en la aflicción á los moradores de un pueblo. Alegres corrían los primeros días de la familia caraqueña, pero llegó la noche triste y todos lloraron. La plaga de langostas se cernió sobre las sementeras y las devoró en instantes ; llegó la epidemia contagiosa y la muerte extendió la mortaja sobre los poblados; asomose la sequía, y tostada quedó la hierba de los campos ; y en su angustia y dolor, el corazón humilde se elevó al Dios de las misericordias y oró y suplicó. He aquí el origen de las primeras ermitas de la ciudad de Losada. Con las desgracias llegaron también los abogados invisibles, siempre mártires, porque sólo los que han sufrido tienen derecho á pedir por los que sufren.

Caracas al comenzar su primer templo pajizo, como iglesia parroquial, hoy metropolitana, durante los postreros años del siglo XVI, tuvo tres ermitas ; la de San Sebastián levantada por Losada en 1567, por promesa que hiciera el conquistador al mártir de este nombre, si le salvaba de las flechas envenenadas ; la de San Mauricio que simbolizaba la epidemia de langostas presentada en la pequeña Caracas el 22 de setiembre, día de aquel mártir, en 1574, y la de San Pablo que dedicó la población á este santo ermitaño, por haberse presentado en su día, 15 de enero de 1580, la primera epidemia de viruela. Una capilla dedicada á San Jorge, en la metropolitana, desde fines de aquel siglo, recuerda á la plaga de gusanos que azotó los campos de Caracas en 1594. Exceptuando el patrón de aquella sacado por la suerte, San Sebastián, San Mauricio y San Pablo señalan en sus días tres acontecimientos importantes en la antigua historia de la capital. De las tres ermitas una desaparece

por el fuego, la de San Mauricio en 1578 ; la de San Pablo perdura durante tres siglos y es derribada en 1876, para ser sustituída con hermoso teatro, después de haber sido durante tres siglos, una de las parroquias de la capital ; la de San Sebastián, finalmente, perdura, durante la misma época, desaparece en los días del Centenario de Bolívar en 1883 y es transformada en *la Santa Capilla*.

¿ Qué nos refiere este sitio de meditación, donde el corazón que ama y perdona se comunica á toda hora con el espíritu de Dios ? Departamos sobre este tema y veamos lo que nos refiere la *Santa Capilla*.

En el espacio de diez años, de 1883 á 1893, Caracas ha presenciado la construcción de dos templos con el nombre de *la Santa Capilla*, ambos levantados en el área de la primitiva ermita de San Sebastián. Cuando se quiso celebrar el Centenario del Libertador en 1883, derribado fué el vetusto y carcomido templo que hacía tres siglos habían construído los conquistadores de Caracas en 1567. La primera capilla de 1883 fué muy reducida y aunque tuvo pequeña plaza, se hizo estrecha para la concurrencia, lo que obligó al gobierno en 1889, á ensancharla aprovechando los terrenos vecinos. Tiene ésta una torre con aguja que se levanta treinta y ocho metros sobre el suelo, siendo la altura más notable de Caracas.

La Santa Capilla tiene la forma de dos *T* invertidas ; ó en otros términos, la de una *H*, con dos naves de oriente á occidente y una de norte á sur, areada esta por dos jardincitos en los extremos este y oeste.

Cuando, desde las alturas del paseo « El Calvario », se fija la mirada sobre la flecha dorada de la *Santa Capilla*, ¡ cuántos recuerdos se agolpan á la memoria de aquellos que conocieron desde la infancia, el viejo templo de San Mauricio, pobre, sucio, con torre en ruina, cubierta de vegetales, con puerta rota y altares y paramentos que pedían reforma ! ¡ Y cuántos recuerdos para aquellos que en posesión de la antigua historia de Caracas, acompañan á los conquistadores y siguen para presenciar los acontecimientos de la ciudad de Losada, durante los siglos corridos desde 1567 á hoy ! En este templo festejaba anualmente el Ayuntamiento de Caracas á los mártires San Sebastián y San Mauricio. En este templo festejaba la cofradía de San Juan á su patrono Juanico, como lo llaman aún

los negritos de los Valles de Aragua, de Ocumare y de la costa venezolana. En este templo celebraba la familia Tovar, anualmente, con los hermanos de la cofradía de Guía que había fundado, á la virgen de este nombre; y en esta ermita celebró sus fiestas alegres y fúnebres la misma familia, durante ciento treinta y más años. A este templo asistía una de las dos ramas de la familia Jérez-Aresteigueta, cuyo jefe, desde remotos tiempos, llevaba en el Jueves Santo la llave del Sagrario que le pertenecía por herencia de sus antepasados. El jefe de la otra rama, cargaba en el mismo día la del sagrario de la ermita de San Pablo, que había heredado igualmente de sus progenitores[1]. Hasta ahora cuarenta años continuaron figurando en esta ceremonia los descendientes de ambas familias.

* * *

Decretada había sido la conquista de los indios Caracas que, desde las primeras aventuras de los conquistadores en la costa venezolana (1506), se habían dado á conocer por su carácter belicoso y astuto. El jefe de esta conquista, el general Diego de Losada, había gastado todo el año de 1566 en proveerse de armas y pertrechos y de cuanto le fué necesario, para comenzar una lucha que debía ser sostenida, cuando llegaron los primeros días de 1567. De la villa del Tocuyo sale el conquistador con su ejército y llega á Villa Rica, después á Nirgua. En esto asoma el 20 de enero, y Losada, deseando ponerse bajo el amparo del mártir de este día, San Sebastián, patrono abogado contra el veneno de las flechas, le festeja con toros, cañas, torneos y otros regocijos militares, como nos dice el cronista Oviedo y Baños.

A poco, y favorecido del deseado éxito, Losada sigue en busca del valle del Guaire ó San Francisco, donde deseaba levantar la población que traía en mientes. Despréndese de las alturas de Cuaricuao y cae en el valle de la Pascua en los días de Semana Santa. Esta había caído, en aquel año, en marzo, y, debido á este incidente, bautizó el conquistador la planicie llamada por los indígenas Coche,

1. Esta rama de la familia Jérez-Aresteigueta donó á San Pablo la efigie del Nazareno que figura hoy en Santa Teresa.

con el nombre de « Valle de la Pascua ». Desde los primeros días de abril, Losada acampa en el valle de Caracas y sigue la conquista, al verse acometido por todas partes. Con diversas reyertas concluyen abril y parte de mayo, época en que podemos fijar la fundación de Caracas. Sospechamos que fué el 23, día que la iglesia católica dedica á la aparición del apóstol Santiago.

Al instalarse los castellanos en el valle de Caracas, cerca de las aguas del Catuche (área al norte de la actual plaza Bolívar), lo primero que hicieron, después de las ceremonias de costumbre, fué fijar sitio al templo parroquial y en seguida, el de la ermita prometida á San Sebastián. Sin pérdida de tiempo, comenzose á levantar las dos chozas pajizas, y con éstas comenzó el culto católico. Entre los conquistadores había dos sacerdotes; era el uno, Blas de la Puente, y el otro, el fraile de San Juan, Fray Baltasar García. Es de suponerse que fueron éstos los que celebraron las primeras misas en la primitiva Caracas, en mayo ó junio de 1567. Quizá no llevaban consigo vino ni hostias; mas cálices y vestiduras fueron encontrados entre los indios de Guaycamacuto, restos del botín español de que se habían apoderado en aquellos días, cuando fué víctima un buque peninsular que, por escaparse de cierto corsario francés, entró en aguas guaireñas y cayó en el lazo que le tendieron los indígenas, como dice el historiador Oviedo.

Dos años más tarde, en 1569, Losada cae en desgracia, y acusado y calumniado por sus émulos ante el joven gobernador, uno de los hijos de D. Pedro Ponce de León, que había muerto, fué despojado del mando. Al dejar á Caracas, siguió á la Española, donde trató de vindicarse, pero no pudo volver á la ciudad. Al regresar á Venezuela murió, según unos, en Tocuyo y según otros, en Borburata.

*
* *

Así pasaban los años cuando, en una mañana de 1574, el veintidós de setiembre, día de San Mauricio, espesas nubes de langostas, cerniéndose sobre la naciente ciudad, á poco de nacido el sol, devoraron en breves instantes las siembras de verdura y arbolillos frutales que, por todas partes prosperaban. Y quedaron arrasadas

las hortalizas y pelados los arbustos, entre los cuales descollaban la vid, los naranjos y granados de semilla andaluza, y con éstos, los yucales, el tierno maíz y las plantas útiles que proporcionaba el indígena á los pobres colonos. Conturbados y llorosos, piensan los castellanos en el santo del día, en San Mauricio, y le ofrecen una ermita que comienzan á levantar, al norte de la de San Sebastián (sitio de la actual plaza Falcón). A poco se celebraba á aquel mártir en la nueva casa pajiza que acababa de ser bendecida. La plaga de la langosta que era una nueva calamidad para los castellanos, no lo era para los indígenas que la recordaban en diversas épocas. Ya éstos y sus antepasados habían presenciado la destrucción de sus sementeras y habían llorado la pobreza en que los había sumido el implacable y misterioso enemigo.

Pero la nueva ermita estaba destinada á no perdurar por mucho tiempo. En cierto día de 1579, el grito de fuego resonó en el caserío y con sorpresa viose que ardía San Mauricio. Diligentes acuden los vecinos que, no pudiendo apagar el fuego, logran salvar al patrono, recién llegado de España y á quien llevan en triunfo á la ermita de San Sebastián, donde lo colocan sobre el altar, al lado de éste. « Desde este día, escribe el historiador Oviedo, perdió la ermita de San Sebastián su advocación legítima, llamándola el pueblo (y sin razón) San Mauricio. » Esta lógica popular tiene en que apoyarse. Entre dos amenazas, las flechas envenenadas y la langosta, si ésta inspiraba nuevos temores, la otra, puede decirse, que había desaparecido por completo. Pacificadas las tribus y obedientes á la autoridad de los encomenderos, ya no se hablaba de guerra, en tanto que la langosta había sido ya conocida de los indígenas. Esta fué la idea que quizá dominó en los habitantes de Caracas para suplantar un nombre con otro. Por otra parte, había desaparecido ya el fundador Losada y la obra de la conquista se alejaba. Sin embargo, á pesar de esto, el Ayuntamiento, animado de cierto sentimiento de justicia, dispuso que se llamara á la ermita de San Sebastián, *templo de los santos mártires Sebastián y Mauricio*[1].

No había descansado la población de los estragos de la langosta

1. Véanse las actas del antigno Ayuntamiento de esta época.

cuando nueva calamidad llena de pavor á los moradores de la pequeña Caracas, y fué el caso que el 15 de enero de 1580, día de San Pablo, ermitaño, se presentan en la ciudad los primeros casos de viruela. La población no encontrando qué hacerse ante epidemia tan horrorosa, se encomienda al santo anacoreta y le ofrece nueva ermita que comienza á levantar, al sur del poblado, cerca del sitio donde el Ayuntamiento había fijado un reducto para que un cuerpo de guardia vigilase á los indios, desde los primitivos días de Caracas. Al mismo tiempo que se levantaba esta ermita se cercaba el cementerio donde debían ser enterradas las víctimas de la epidemia. Más tarde estuvo en este vecindario el primer hospital de mujeres que figuró en Caracas. En el curso del tiempo, ermita, cementerio y hospital han desaparecido y en la antigua área se levanta hoy hermoso teatro.

*
* *

En ruina estaba la ermita de los mártires en 1591, cuando fué reconstruída por el Ayuntamiento, quedando desde 1600, bajo la inspección y vigilancia de los Regidores Bartolomé de Mazábel y Rodrigo de Léon. En 1608, el Ayuntamiento, con fecha 30 de junio, hace donación del templo de los mártires á los Religiosos del Convento de San Jacinto, á petición de su Provincial Fray Jacinto de Saona, para que mudase á ella el convento de su orden; y por haber los religiosos variado de dictamen no tuvo efecto la donación, como dice el Cronista. En las actas del Ayuntamiento referentes á esta época que están en el archivo antiguo del Concejo Municipal, consta el ofrecimiento de la ermita y el no haber podido aceptarla los Dominicos, por no ser suficiente para la comunidad el área del templo. En aquellos días la ermita de los Santos mártires era el único templo con techos cubiertos de tejas. Destruído por el terremoto de 1641, volvió á levantarse para quedar más sólido y seguro. En 14 de marzo de 1667, el Ayuntamiento de Caracas cede el templo de los Santos mártires Sebastián y Mauricio á los negritos hermanos de la cofradía de San Juan Bautista. La ciudad se reservaba el patronato de la cofradía y exigía que se mantuviese la advocación de los dos mártires y quedasen colocadas sus efigies en

el altar mayor, como tutelares y dueños de la iglesia, obligándose á celebrarlos anualmente, el 22 de setiembre, día de San Mauricio[1]. Con esta disposición triunfó por completo Mauricio quedando San Sebastián como un recuerdo de familia.

Desde que el templo de los mártires fué cedido á los hermanos de San Juan Bautista en 1667, la ermita entró en una nueva vía, la del grotesco que en todos los pueblos de Venezuela acompaña á la fiesta del celebrado Precursor. De todos los santos del martirologio romano, sólo uno es reverenciado por el pueblo venezolano con insultos, imprecaciones, versos de todos colores, amenazas y palos : es San Juanico, como lo llaman los negritos de los campos, de las aldeas y de las costas. En San Mauricio salía la procesión de San Juanico por la puerta norte y entraba por la puerta oeste ; pero apenas estaba la efigie en la calle cuando los hermanos y hermanitos del Bautista comenzaban á insultarlo y á decirle improperios de todo género; y si no lo azotaban, bañaban y jugaban con la efigie, como de costumbre, bailaban, al son de un tambor y cantaban y le regalaban frutos, animales, flores, verduras, etc. Así habían corrido como doscientos años de la bárbara costumbre, cuando por los años de 1855 á 1856, cierto cura de la Metropolitana, de la cual dependía San Mauricio, tuvo á bien disolver con un piquete de fuerza armada la concurrencia de los hermanitos de San Juan, en los momentos de comenzar la parranda el día 24 de junio. Desde entonces quedó sepultada en la ciudad tan bárbara costumbre. Desaparecía la tal fiesta popular en la misma época en que los descendientes de la familia Jérez-Aresteigueta abandonaban tanto en San Mauricio como en San Pablo, el derecho que tenían adquirido á la llave del Sagrario el Jueves Santo, y recobraban la libertad, en Venezuela, multitud de seres, después de trescientos cincuenta años de esclavitud.

El templo de los santos mártires Sebastián y Mauricio que fué siempre estropeado por los sacudimientos de la tierra, hubo de ser nuevamente víctima del cataclismo de 1812. Los techos del templo al caer, comprometieron la casa de la familia Gedler Aresteigueta y Bolívar que vivía frente á la puerta norte del templo. Desde

1. Esto consta en la historia de Oviedo, y en las actas del Ayuntamiento de Caracas correspondientes al año de 1667

entonces desapareció el piso alto de aquella y el hermoso balcón que daba á las calles Oeste 1 y Norte 2, quedando la torre de la derruída ermita, cubierta de hierbas silvestres y de grietas, guarida de animales nocturnos y de sabandijas inofensivas.

Esta primera ermita de Caracas, San Sebastián, después, el templo de los Santos mártires Sebastián y Mauricio y últimamente, San Mauricio, había consumido en su conservación, durante más de tres siglos, miles y miles de pesos.

En el nuevo Templo levantado en estos últimos años, sobre la antigua área, con el nombre de la *Santa Capilla*, van ya consumidos cerca de ochocientos mil bolívares. Todo es costoso en esta capital de Losada.

BELLO MONTE

La brillante campaña de 1817 abre á Bolívar la posesión del Orinoco. En esta región aparece el Libertador, desde 1818, con toda la actividad de sus fuerzas, con todos los ideales de su genio. « Dame un punto de apoyo, dijo Arquímedes, y con una palanca muevo la tierra. » Bolívar, después de heroica constancia y de crudo batallar, encontró, al fin, la palanca de la revolución para mover, de uno á otro extremo, la América del Sur. La conquista del Orinoco da á esta lucha política un carácter admirable. A la presencia de las huestes guerreras, la hidra de la Libertad extiende sus mil brazos sobre los poderosos afluentes del Orinoco, y pampas y bosques se animan á los gritos de la pelea. La riqueza natural en posesión de vías seguras, afluye á las costas venezolanas, y elementos de guerra surgen, como por encanto, al frente de legiones extranjeras, nuevos adalides en el campo de la defensa americana. Bolívar tiende mano generosa al comercio universal, y los puertos de la embrionaria República se abren en medio del estruendo de las batallas, más aún, de la anarquía. A los corsarios españoles opone Bolívar los corsarios de la revolución; á la armada peninsular las escuadrillas improvisadas. La gran feria de la emancipación venezolana tiene por

teatro las regiones del Orinoco, y nacionales y extranjeros, de común acuerdo, trabajan por el éxito de noble idea : la emancipación política de la América española.

Hay algo más aún que realza las regiones del Orinoco. En ellas, por la primera vez, el radio visual de Bolívar se prolonga, y éste cree divisar horizontes luminosos, ignorados de los pueblos que le aplauden. Desde las orillas, el joven guerrero contempla las cuestas inaccesibles del Ande, y cree que su caballo, no desbocado como el de Mazzepa, sino conducido por hábil jinete, irá á detenerse allá á orillas del Titicaca, cuna de Manco Cápac. En repetidas ocasiones el sonámbulo de la Libertad delira con este tema, y se espacia como si recitara alguno de los cuentos de las Mil y una Noches. ¿Era una alucinación hija del ideal? Ya lo veremos.

Nunca fué la historia más justa que al bautizar á la Angostura de los conquistadores con el nombre espléndido de Ciudad Bolívar; nombre que sintetiza una prolongada historia de sacrificios, de reveses, de triunfos, donde el pensamiento del genio constituye la primera cabeza de la hidra, y es el principal brazo, aquel que al trasmontar el Ande, llama á las antiguas generaciones de los Chibchas, en los sepulcros de Sogamoso y de Tunja, para incorporarlas á las huestes vencedoras de Boyacá.

* *

Eran días de junio de 1818. Bolívar acampaba entonces frente á Caicara. Al sentarse á la mesa bajo la arboleda, en cierta tarde, el Libertador manifestó á su séquito que presentía la llegada del bergantín *Meta*. Era éste una embarcación contratada para solicitar en el comercio de las Antillas elementos de guerra; y había corrido con tan buena fortuna, al verse perseguida de los corsarios españoles, que el dueño de ella, un comerciante inglés, había querido acompañar al capitán y compartir con éste los reveses y victorias que alcanzaran durante el viaje de ida y vuelta. Bolívar tomaba café cuando le llega la noticia del arribo del *Meta*, y celebraba con frases de entusiasmo el suceso, cuando vió que se acercaba hacia la mesa un joven inglés que le saludaba de lejos, con sombrero en mano, y

decía : « Admirable noticia, general ; el *Meta* ancla en aguas del Orinoco. Viva la Patria, viva Bolívar. »

— Es Alderson, exclama éste, y alegre deja la taza de café para seguir al encuentro del amigo que es recibido en brazos del Libertador. Con saludos semejantes, Alderson es celebrado por Zea, Roscio, Briceño Méndez y demás miembros del séquito de Bolívar.

— Aquí, aquí á mi derecha, dice Bolívar al joven inglés tan luego como tornaron á la mesa. Una taza de café para el viajero, agrega el Libertador, al prestar su atención al relato de Alderson.

Este lleno de verbosidad entretenía á Bolívar sobre temas referentes al viaje, cuando observó que un mayordomo se acercó al Libertador y le dijo algo en voz baja.

— Vea usted, amigo, fatal es la noticia que con tanta reserva me comunica este mayordomo. Tristísima nueva, agrega Bolívar.

— ¿Y cuál es esa noticia, pregunta el viajero lleno de sorpresa? ¿Se trata de algo serio, general? añade Alderson.

— En mi vajilla de campaña, sólo existe una taza de café, la que tengo en las manos, contestó Bolívar lleno de sonrisa.

— No, no, mi general, un vaso suplirá. Para tamaña honra tal sorpresa, agregó Alderson.

Esto nos recuerda aquella otra orden de Bolívar, cuando estaba en Jamaica en 1816, y dice á su mayordomo : « Entregue usted á este compatriota una de mis camisas. A lo que contesta el mayordomo : General, sólo existe la que V. E. lleva sobre el cuerpo. »

¿Quién es este joven inglés á quien trataba Bolívar con tanto cariño.

En los días de 1811 visitó á Caracas un extranjero que fué muy bien recibido por los patricios de aquella época : era don Juan Alderson, súbdito inglés, espíritu entusiasta de las nuevas ideas, quien al enterarse de cuanto pasaba simpatizó con la causa patriota, y comenzó con los hombres de la revolución una amistad que sólo la muerte pudo interrumpir. Sálvase del terremoto de 1812, y cuando se creía seguro, al entrar en Caracas las huestes de Monteverde, por sospechoso, le encierran en una de las bóvedas de La Guaira. Cuando el almirante inglés Durham tuvo en Curazao

noticia de esta tropelía, presentose en el término de la distancia, y reclamó al súbdito inglés que le fué inmediatamente entregado. En esta oscura prisión tuvo Alderson su bautismo político, pues salió de ella más patriota que Roscio, Madariaga y demás patricios que fueron conducidos á Ceuta, como insignes criminales. Más tarde vemos á don Juan establecerse en el comercio de Caracas, asociado á un venezolano de grato recuerdo, don José Toribio Iribarren, y últimamente en Angostura en 1817 á 1818. Ya para esta época había tratado y simpatizado con Bolívar.

En estos días de 1818, llegó al campamento de Bolívar, Mr. W. Irwing, como agente del gobierno de los Estados Unidos de América, y fué tan significativo este hecho á las miras de la revolución que el contento de los patriotas llegó á su maximum. Obsequiole Bolívar con espléndido banquete, y desplegó sus alas la elocuencia tribunicia de los compañeros del Libertador, al influjo del vino generoso; pero la de Bolívar que alimentaban solamente el poder de la idea y la fuerza de voluntad, llegó á dominar la selecta concurrencia. En alas del delirio político, después de haber arrancado á su auditorio los más frenéticos aplausos, Bolívar se pone de pie, sube á la silla en que estaba sentado, en uno de los extremos de la prolongada sala, y de la silla salta á la mesa. Al verlo la concurrencia atónita, queda en suspenso, y silencio profundo sigue á los gritos del entusiasmo. Bolívar de uniforme, con botas jacobinas y espuelas, asumiendo toda la dignidad del caso, como escribe un cronista inglés de aquellos días, sigue hacia el extremo opuesto de la mesa del banquete, y sin darse cuenta de los diversos objetos de porcelana y de cristal que al caer estallaban, exclama : « Así como atravieso esta mesa de uno á otro extremo, así marcharé del Atlántico al Pacífico, desde Panamá al Cabo de Hornos hasta expulsar al último español. » Entonces retrocede, sin que ningún objeto de adorno sufriera en esta ocasión, y al llegar al extremo de donde había partido exclama : « Y así retrocederé sin hacer mal á nadie, excepto á aquellos que se opongan al cumplimiento de mi encargo providencial. » El entusiasmo estalla entonces, se convierte en frenesí, y Bolívar cae en brazos de sus admiradores. Tan solo Roscio, Zea y algunos más, bajaron la cabeza y llevaron las manos á la frente, como queriendo ahogar impresiones desagra-

dables; mas á su turno, fueron estimulados por el entusiasmo de la concurrencia y tuvieron que aplaudir[1].

Pronto, muy pronto, llegó á realizarse aquel vaticinio que hizo inclinar las cabezas de Roscio y de Zea. Con efecto, tras la campaña de 1818 vino la trasmontada á los Andes de Cundinamarca y el triunfo de Boyacá y tras de Boyacá vino Carabobo. Lo que siguió, fué admirable serie de triunfos que condujeron á Bolívar hasta las más encumbradas ciudades de la tierra.

*
*

Abierto el comercio de Colombia á las naciones del mundo, desde 1821, el señor Alderson retornó á Caracas para establecerse en esta ciudad con su familia en 1824, y dedicarse al cultivo del campo. Un sitio le llamó la atención desde luego, y fué la estancia de la familia Ibarra, en el camino de Sabana Grande, donde figuran las ruinas de la antigua casa. Para entonces se había unido á esta finca el trapiche contiguo que está al otro lado del Guaire y varios terrenos hacia el Norte, lo que constituía una finca de mérito, donde comenzaron á prosperar el café y la caña bajo la dirección inteligente del nuevo propietario. Esta finca no tenía nombre hasta entonces y feliz casualidad contribuyó á dárselo. En cierta mañana de 1826, almorzaban con la familia Alderson algunas notabilidades de Caracas, entre las cuales figuraba don Santos Michelena, este espíritu gentil y eximio de elevada cultura. Al llegar la hora del café, hablose de dar un nombre al risueño campo bañado por las aguas del Guaire y embellecido por la naturaleza tropical. « Isabel, dijo Michelena, es la primogénita de nuestro excelente amigo el jefe de este amable hogar, y tal nombre, los ingleses por una figura de retórica dicen : *Bel. Bel-mount*, contracción del francés, equivale en inglés á *lugar* ó *sitio bonito*. Aceptemos el nombre de la primogénita y digamos : *Bel-mount* que familiarmente equivaldría á *Monte de Isabel*. Con entusiasmo de la concu-

1. Esta escena figura en la obra inglesa intitulada : *Tales of Venezuela illustrative of revolutionary men, manners and incidents*. London, 3 vol., 1832. En notas inéditas, el señor Alderson confirma el relato del cronista inglés, y aplaude las frases de Bolívar que llegaron á coronarse por el más espléndido triunfo.

rrencia fué aceptado el expresivo nombre que llevó el campo desde aquel momento; pero como el pueblo, en todas partes, sabe también bautizar y poner nombres, según su leal saber y entender, siguiéndose por el sonido, dijo : Bello Monte, y este nombre ha prevalecido, sin que los moradores de Quebrada Honda, de Sabana Grande, de Chacao, pueblos vecinos, se hayan ocupado en investigar tan legítimos orígenes.

Bello Monte ó Monte de Isabel es sitio que despierta grandes recuerdos. Allí jugó Bolívar, niño calavera; allí Humboldt, antes de emprender su exploración al Orinoco ; allí Bolívar más tarde, en el apogeo de su grandeza, en 1827; allí el Centenario de Humboldt en 1867. Ya en otra ocasión hemos departido con nuestros lectores acerca de Bello Monte, en los días de este sabio viajero, cuando el espíritu del hogar venezolano ignoraba por completo los estragos de las pasiones políticas y la ruina de los poblados[1]. Antes de Humboldt, Bello Monte había sido uno de los sitios predilectos de Bolívar, cuando apenas frisaba éste en los diez y ocho años. Refieren las crónicas de aquel entonces que Simón repetía con frecuencia, cierto ejercicio de equitación, del cual siempre salió vencedor. Consistía en picar el corcel que montaba á cien varas de distancia de las gradas de Bello Monte y detener el animal en el corredor de la casa, después de vencer el obstáculo de la subida. Tal ejercicio tan forzado como peligroso, lo repetía el jinete con frecuencia. Y queriendo probar que á pie era igualmente hábil, desafiaba á alguno de sus compañeros de infancia á correr la misma distancia, subir las gradas y llegar al corredor. En diversas ocasiones Bolívar era el primero que ponía las manos sobre la puerta de la sala.

Hace veinticinco años que en las ruinas de Bello Monte celebrose, en cierta noche, al mágico resplandor de hachones campestres, el Centenario de Humboldt. Celebrar á Humboldt en los mismos lugares donde había pasado tan felices días, escribimos entonces, ¿ no es unir lo pasado á lo presente por medio de recuerdos llenos de gloria y de amargura, pero también de noble orgullo y de enseñanza ? Un escritor alemán, al hablar de esta fiesta, al reproducir los elocuentes conceptos con los cuales evocó el doctor Ernst la

1. Rojas, *Recuerdos de Humboldt.*

augusta sombra de Humboldt, concluye con aquellos conceptos de Gœthe en el *Tasso*. « Los lugares donde ha morado un hombre eminente, quedan consagrados para siempre : los siglos pasan, pero la posteridad se encarga de repetir el eco de su nombre y de sus acciones. »

A poco de haber sido bautizado el sitio predilecto de Bolívar con el nombre de Bello Monte, llegó aquél á Caracas, al comenzar el año de 1827. En su paso por Maracay, el señor Alderson, entonces en la Hacienda « La Trinidad », obsequió á su viejo amigo, y Bolívar, agradecido, se presentó á poco en Bello Monte acompañado de su edecán general Ibarra y del marqués del Toro. Para un hombre tan culto en la familia como fué Bolívar, esta tertulia tuvo sus atractivos así fué que con frecuencia, durante su estada de seis meses en Caracas, visitaba á la familia Alderson. En ésta tropezaba siempre con lo más selecto de Caracas y de la colonia inglesa, en la cual figuraban algunos notables oficiales de las Legiones extranjeras que habían contribuído á la independencia de Colombia desde 1817, sobre todo, en las batallas de Boyacá y de Carabobo, ya bajo las órdenes del Libertador, ya bajo las de Páez y otros.

En vísperas de dejar Bolívar á Caracas, últimos días de junio, la señora de Alderson tuvo una niña; era el sexto y último de sus hijos. Al saberlo, Bolívar se presentó solo en Bello Monte con el único deseo de conocer á la nueva niña de su viejo amigo. Anuncióse y acto continuo, pasó al dormitorio de la señora, la que tenía la niña en los brazos. « Cuidado con la cabecita », exclama el Libertador, al creer que la niña podía recibir algún golpe al ponerse de pie la madre, y comenzó á acariciarla. En la generalidad de los hombres el sentimiento de ternura por la niñez es acto natural; en las grandezas históricas, por lo contrario, son hechos raros, y por esto perduran en la historia de la familia.

— ¿Y qué nombre llevará esta niña en la pila bautismal? preguntó Bolívar, después de un rato de conversación.

— No puede ser sino uno, contestó la señora : el de Simona Bolivia, si V. E. lo permite.

Al escuchar tan franca contestación, Bolívar se pone en pie y se inclina con profunda cortesía delante de la matrona. Al sentarse de

nuevo, la conversación rueda sobre el mismo tema y Bolívar manifiesta á la señora que acepta con satisfacción la nueva ahijada.

Pero la pronta salida del Libertador, la ausencia del señor Alderson é indisposición de la esposa, impidieron que se realizara el padrinazgo, no obstante que la párvula recibió en la pila del bautismo el nombre de Simona Bolivia.

Eran aquellos los días en que comenzaba á florecer en Venezuela el comercio é industria inglesas, y la colonia británica que databa desde 1810 tomaba vuelo. Bolívar había aceptado para la educación popular, hacía años, el sistema lancasteriano y favorecía las ediciones españolas que, para la instrucción de los suramericanos, daba á la estampa la celebraba tipografía de Ackermann, en Londres. Eran los días en que el ingeniero Stéphenson, hijo del sabio ingeniero de este nombre, visitaba á Venezuela, y se hablaba en Caracas de caminos de hierro y de túneles. La colonia inglesa en Caracas y La Guaira fué coronada años más tarde, cuando uno de los Soberanos de Inglaterra, Guillermo IV, obsequió á Páez con una espada-sable, donde el monarca escribió con su propia mano honrosa dedicatoria; y con el nombramiento, como ministro de Inglaterra en Caracas, aquel sir Robert Ker Perter, diplomático, hombre de letras, notable artista y alma rica en caridad y amor al prójimo. En la colonia inglesa figuraban, en primera escala, los restos gloriosos de la Legión Británica, con los militares y civiles que habían ayudado á la emancipación de Venezuela. A éstos seguían los comerciantes ingleses que habían aceptado la República como segunda patria, enlazados muchos de ellos, como los precedentes, con familias venezolanas, y finalmente, los que se establecieron después de disuelta Colombia. A pesar de haber desaparecido muchos patronimios que corresponden á ciertas familias por la parte materna, el número de familias de origen inglés en Venezuela es respetable. Recordamos en los momentos en que escribimos los siguientes : White, Alderson, Mac Gregor, Flinter, Hámilton, Mattison (Ciudad Bolívar), Asthon Stopford, Smith, Minchin (Coro), Weir (Maracaibo), Richard, Chitty, Campbell, Waodberry (Valencia), Mac'Pherson (Maracaibo), O'Leary (Bogotá), Mawdsley, Boulton, Anderson, O'Callaghan, Dunlop, Tood, Ackers, Sanderson (Cumaná), Mocatta, Gosling, Daly, Syers, Renshaud, Nevett, Miranda, Wallis,

Filler, Roberts, etc., etc., á las que pueden agregarse las de Uslar y Flegel, que, aunque de origen hanoveriano, deben figurar en los restos de la Legión Británica, á la cual pertenecieron como ingleses.

¡ Cuán grande el abismo que media entre aquellos días, cuando el gobierno de la Gran Bretaña no se desdeñaba de tratar con el de una República que comenzaba, y éstos, en los cuales el mismo gobierno, contra las leyes de la justicia y del honor, absorbe nuestro territorio de la Guayana y nos despoja de lo que heredamos de nuestros mayores, sin más para ello que la ley del más fuerte!

En la familia Alderson la ilustración es virtud de raza, la lectura pasto cotidiano; y cuando á esto se agregan el culto á la sociedad y los puros sentimientos del corazón y del espíritu, nada entonces puede faltar á este hogar plácido. El amor á lo bello y á lo grande, y el culto á la memoria de Bolívar, continúan en él, á pesar de los achaques de los años y de los desengaños del mundo.

Isabel, la primogénita de esta familia, aunque frisa hoy en los ochenta años, conserva el espíritu lúcido. En la bibliografía de nuestra literatura, ella ha dejado páginas donde se refleja el alma de la escritora de nobles sentimientos. Después de haber seguido, durante algunos años, correspondencia amena con Revistas de Inglaterra y de los Estados Unidos de América, escritas en inglés, Isabel quiso fundar en Caracas un semanario literario en español, que resumiera, en síntesis, su variada ilustración, su caudal de buena lectura. Esta publicación que llevó el título de ENSAYO LITERARIO, vió la luz pública por los años de 1872 y 1873. En sus páginas todo es ameno y moral, y todo inspira interés porque instruye y deleita al mismo tiempo. En muchas familias se conserva este grueso volumen de 1244 páginas á dos columnas. Lástima que achaques de salud impidieran á la ilustrada redactora á continuar sus tareas literarias.

Isabel contribuyó también con pequeño contingente, durante los primeros años de Venezuela, al conocimiento y ensanche de la más espléndida familia de nuestra Flora : la de las Orquídeas. Es curioso saber cómo la colonia inglesa, tanto en La Guaira como en Caracas, hizo más por la ciencia y la industria, en los primeros años de Colombia y de Venezuela, que los españoles durante tres siglos de

no interrumpida posesión. Si éstos despreciaron por completo la Flora del Avila, aquéllos se llenaron de entusiasmo ante flores que simulan pájaros é insectos, enteramente desconocidas hasta entonces del mundo europeo. Así, Lindley notable botánico inglés, bautizó, en los días de Colombia, el género al cual pertenece nuestra flor de mayo, con el nombre de *Cattleya*. El capitán Cattley, según informes, después de haber visitado el Brasil y recogido variados objetos americanos, abrió en Londres una exposición é hizo conocer una de las más hermosas y espléndidas flores : la *Cattleya labiata*[1]. Veamos ahora, cómo otro botánico también célebre, Hooker, bautizó con el nombre de *Cattleya mossiæ*, la especie más conocida de nuestra celebrada flor de mayo, dada á conocer por Isabel Alderson.

En 1836, al dejar Isabel á Caracas con dirección á Liverpool se le antojó llevar consigo una cepa de nuestra Flor de mayo. Al llegar, la regaló como flor preciosa á su amiga la señora Yates que la trasmitió á su hermana la señora Moss. Enrique Moss marido de ésta, comerciante espléndido, de notable fortuna, poseía en las cercanías de Liverpool, en el sitio pintoresco de Otterpool, un invernadero en el cual fué colocada la orquídea caraqueña. Al año, en 1837, esta abre sus galanas y aromadas flores. Admírala la Sra. Moss que poseía el arte pictórico, y con rara habilidad sabe trasmitir la imagen al papel. Al instante la estudia Hooker y la clasifica con el nombre de *Cattleya mossiæ*, en honor de la señora del rico banquero señor Moss. La espléndida orquídea caraqueña parecía saludar en un jardín inglés el surgimiento del fecundo reinado de Victoria que ha cumplido su jubileo.

¡ Coincidencia singular ! Al recordar estos hechos, este invernadero de la familia Moss, como homenaje á Isabel, sabemos que hace poco bajó á la tumba sir Eduardo Moss, el hijo de Enrique Moss, y también el señor Thompson, esposo que fué de Isabel Yates. El primero dejó un millón de libras esterlinas, el segundo, rico banquero de Liverpool, un millón trescientas mil libras.

Al mismo tiempo que la *Cattleya mossiæ* abría el reinado de Victoria, un rico inglés en La Guaira y Caracas, Mr. George Ward, el primero que se dedicó al cultivo de esta familia vegetal, enviaba á

1. LONDON, *An Encyclopedia of plants*, etc. London, 1 vol., 1841. — ERNST, *la Flor de Mayo*, interesante estudio botánico en *el Cojo Ilustrado* de enero de 1892.

Lindley dos muestras de la flor llamada *Cigarrón*. El celebrado botánico dió al género el nombre inglés *Stanopea*, en honor de lord Stanhope. A la una, la blanca, bautizó con el nombre de *Stanhopea eburnea*, y á la otra con el de *Stankopea wardi*, en honor del señor Ward. De manera que en el curso de pocos años, cuatro nombres ingleses figuran en la historia de las orquídeas caraqueñas : los de *Cattley* y *Stanhope*, como géneros; los de *Moss* y *Ward*, como especies.

Á ISABEL ALDERSON

« Con el espíritu plácido, con el corazón en paz », ambos caminamos en solicitud del más elocuente de los ideales : la Eternidad. No pensamos en los orillas del Leteo ni en el césped florido de los Campos Elíseos, y sí en los olivos de Getsemaní y en la colina del Calvario. Te prometí, ahora mucho tiempo, mi colaboración de amigo y de colega, á tu *Ensayo literario;* y á los veintitrés años realizo mi ofrecimiento. « No hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla. » En estas líneas te he hablado de tus padres, de tu hogar, de Bello Monte y de los recuerdos que tan pintoresco sitio trae á la memoria : Humboldt, Bolívar y los patricios de la revolución venezolana. Te he hablado de la Legión Británica que tanto contribuyó á la emancipación de Venezuela, y de la colonia inglesa que data en Caracas desde 1810 y ha proporcionado tantas familias virtuosas á la sociedad venezolana. Te he hablado, finalmente, de la familia Moss, que dió su nombre á una de nuestras espléndidas flores : la flor de mayo de nuestras selvas que llama hoy la ciencia *Cattleya mossiæ*.

¿ Qué falta? Todo ha pasado, padres, hermanos, amistades, que así la muerte es la cuna de la vida. En el vaivén de la sociedad humana sólo la naturaleza que renueva á cada instante sus vestiduras primaverales, tiene derecho á proseguir. Bello Monte no ha desaparecido. Cambió de dueños, pero quedó inmortalizado con el recuerdo de las pasadas grandezas, bajo la atmósfera luminosa que baña con el aroma de Flora, arboleda, maleza, ruinas, casa silenciosa, cedros seculares y las añejas *Erithrinas*, que al perder anualmente su manto de esmeralda, es para vestirse de celajes de aurora y regar en seguida el pavimento con tapiz de grana y de oro.

SILUETA DE LA GUERRA Á MUERTE

EL FAROL DEL CAPUCHINO

En la antigua y celebrada ciudad de Barinas, lugar abierto, hoy montón de escombros, cuando en noches oscuras y húmedas sopla el viento que barre antiguos terrenos de la sabana donde existieron putrefacciones animales, los fuegos fatuos se introducen en el poblado y vagan como llamas de luces pálidas, indecisas, solitarias. Ya en otra ocasión hemos disertado sobre estas luces, *almas errantes*, *almas en pena*, *bola de fuego*, *el alma del tirano Aguirre*, como las llaman en varios pueblos de Venezuela [1]. Pero en Barinas, durante los veinte y más años que siguieron á la *guerra á muerte*, estas luces llevaron cierto nombre de grato recuerdo para los moradores de la ciudad : *el farol del capuchino*. Así dijeron los antiguos barineses á los fuegos fatuos que, durante ciertas noches, vagan por las calles de la ciudad escombrada.

Triste y conmovedora es la historia que vamos á narrar.

Antes de que Bolívar comenzara su campaña de 1813, ya los patriotas de Barinas habían sido víctimas de las tropelías de Tiscar, de Puy, de Nañez. Estos jefes españoles no perdonaban á ningún patriota, y Puy se vanagloriaba de haber sacrificado á quinientos de ellos. Es un hecho que Tiscar, gobernador de Barinas, con fecha 3 de mayo de 1813, publicó un bando por el cual disponía que no había cuartel para los venezolanos. De los degüellos repetidos á orillas del Santo Domingo y de los asesinatos en las cárceles, habían sido testigos los moradores de la capital. Estos y otros asesinatos estimularon á Bolívar á lanzar su proclama de *guerra á muerte* publicada en Trujillo en 15 de junio de 1813. Acéfalo el Gobierno de Barinas por la huída de Tiscar y compañeros, entraron los republicanos que venían vencedores.

La guerra á muerte había comenzado implacable y feroz. Nadie se escapaba, y si el derecho de represalia alimentaba la hoguera infernal que envolvía con sus llamas campos, ciudades, aldeas; pasiones ocultas, venganzas sociales, odios inveterados estallaban,

1. Contribuciones al *Folk-lore venezolano*. — *El Alma del tirano Aguirre*. — *El Tiempo*. — 1893.

al mismo tiempo, revistiéndose con el ropaje de la política militante. Desapareció la sana lógica que siempre guía en situaciones anormales y dominaron solamente las pasiones. Así fué que españoles meritorios, altos empleados de Hacienda que, á la huída de Tiscar, se encontraron depositarios de dineros que pertenecían á la nación, entre huir con los que huían y aparecer ladrones ó indiferentes, perfirieron presentarse al vencedor y poner en manos de éste lo que no les pertenecía. Era natural dejar á estos hombres probos y dignos en completa libertad; mas no fué así, pues para salvarse de la muerte debían aceptar la República. Entre la República y la patria española ellos optaron por ésta, y fueron por lo tanto sacrificados. Prefirieron la muerte y la orfandad de sus familias á aparecer traidores antes su patria : Estos y otros ejemplos aparecen en esta época caliginosa, como estrellas lejanas que el huracán, en sus espasmos, deja ver en las profundidades del espacio.

La guerra á muerte llegó á hacerse de moda, y si en ciertos casos obedeció á la ley de la conservación, en muchos apareció como necesidad social que obedecía á la ley escrita. Oficiales españoles y venezolanos cazaban en ciertos lugares, á los campesinos y hombres indefensos que ajenos á toda pasión buscaban pacíficamente la vida. El asesinato tiene también sus voluptuosidades cenagosas. El olor de la sangre que posee la fuerza atractiva del imán, embriaga como la morfina.

*
* *

Existió en Barinas, en la época de que hablamos, un capuchino venerable, verdadero apóstol de Jesús. Si no estamos equivocados, conocíase con el nombre del padre Campomanes, cura de Barinas. Espíritu justo, corazón lleno de bondad evangélica, el santo capuchino era en Barinas el primero que se despertaba, el último que se recogía. Era un hombre que frisaba en los cincuenta años, ya su barba había encanecido, y en su rostro se trasparentaba la vigilia, el trabajo del obrero de Dios. No había en aquella dilatada región quien no le amara, porque había sabido entrañar el amor, no sólo en el corazón de los necesitados y pobres de espíritu, sino también en el espíritu siempre intransigente de los magnates políticos. Todos

estos desde 1810 le amaban. Cura, médico, consejero, padre de los enfermos y menesterosos; todos, todos cabían holgados dentro del círculo de caridad en cuyo centro brillaba este apóstol de Dios. Había arrancado víctimas al banquillo, había limado lascadenas de presos políticos; había presenciado las tropelías de los unos y de los otros, y su pensamiento continuaba siempre en la vía luminosa del Calvario.

¡Cuánta mansedumbre celestial! Todas las noches cuando llegaba la hora del reposo, el santo capuchino tomaba su farol y recorría el poblado, en solicitud de algún necesitado, de algún enfermo, por pudiente que fuera. Y si tropezaba con alguna casa que no se hubiera cerrado todavía, allí estaba para ofrecerse. Los moradores al divisarlo, no tenían sino una frase: « allá vá el capuchino con su farol ». Y así que quedaba convencido de que no había necesidad de su presencia y de que todas las familias dormían tranquilas, se recogía para orar y descansar.

Aquella llama apacible que diariamente al avanzar las sombras, cruzaba cual exhalación las calles de la ciudad, era nuncio de la buena noche. Había un ángel de Dios que velaba.

*
* *

En cierta mañana, el capuchino sale de Barinas y sigue el camino de Torunos, á visitar un enfermo, cuando, en las afueras de la ciudad, tropieza con un jefe de alta graduación que se dirigía á la capital acompañado de su Estado Mayor.

— ¿ De dónde viene usted? — pregunta el jefe.

— ¡ De Barinas, señor!

— ¿ Quién es usted?

— Soy el cura de Barinas.

— ¿ Es usted español? — insiste el jefe.

— Sí, señor — contesta el capuchino, sereno y sonreído.

— ¿ Y á usted, porqué no lo han matado?

— Dios sólo lo sabe, y ante su voluntad me inclino — responde el capuchino con admirable humildad.

— ¿ No hay quien se encargue de pasar á este hombre por las armas? — pregunta el jefe á su séquito.

— Yo me encargo — dijo uno de los oficiales. Y la comitiva continuó.

El oficial indica al capuchino un sitio cercano donde entonces se levantaba un árbol llamado Flor amarilla.

— Allí, padre — agrega el oficial.

— ¿ Me permitirá el señor oficial reconciliarme con Dios?

— Todo el tiempo que usted necesite — contesta el oficial.

El capuchino se arrodilla, cubre con sus manos el rostro y permanece corto rato en oración. En aquel instante recorre su hoja de servicios á la humanidad y, al encontrarse justo, se levanta erguido, sereno.

— Estoy dispuesto, señor — dice. Y la cabeza del santo varón rueda por tierra bajo las ramas de Flor amarilla.

Triste, tristísima fué aquella noche para las familias de Barinas, y así continuaron. Una víctima más había caído en la fosa siempre abierta de la *guerra á muerte*... El tiempo de los mártires no había pasado todavía.

*
* *

Al desaparecer el capuchino, al extinguirse con él aquella llama que recorría las calles del poblado, los fuegos fatuos, las almas en pena de las sabanas, comenzaron á ser notadas por las familias. La luz del farol las había eclipsado durante algunos años, y libres, empujadas por el viento, continuaban como luces de la noche. Al verlas pasar, al distinguirse desde las ventanas y balcones, los moradores se decían : *ahi va el farol del capuchino.*

¡ Cuántas noches tristes para muchas familias! Imposible era separar de la memoria aquel semblante lleno de mansedumbre y de amor, aquel farolillo nuncio de paz para los moradores de la ciudad. ¡ Cuántas veces, á la alucinación que producía el recuerdo seguía el llanto de las niñas!

— Madre querida, me ahogo, estréchame y ampárame — decía la niña á la madre.

— ¿ Qué tienes, hija, qué te aflije si tú no conoces todavía el dolor?

— ¿ No oiste, buena madre? Pasó el capuchino y me preguntó

por cada uno de la familia. Y cuando salí á la ventana se desvaneció y se apagó la luz del farol.

— No, hija mía, el santo capuchino mora en la gloria. Lo que tú has visto son los fuegos de la sabana que penetran en el poblado.

— No, madre; es él, es él, aún le veo. Y la niña, deshecha en llanto, caía en brazos de la madre.

Así fueron desvaneciéndose poco á poco estas imágenes ficticias de un hecho real, del cual no debía quedar sino el símbolo; los fuegos fatuos, representantes de los gases inflamados de las putrefacciones animales, avivadas, por el recuerdo de luz querida : el farol del santo capuchino.

« Las almas en pena », « las almas errantes », « la bola de fuego », « el alma del tirano Aguirre », « el farol del capuchino », tales son los nombres que llevan, en Venezuela, los fuegos fatuos.

VARIEDADES LITERARIAS

EL PADRE EGUIARRETA

(Contribuciones al estudio de los orígenes literarios en Caracas)

I

Existió en Caracas, durante los últimos años del siglo pasado, un clérigo de apellido Eguiarreta, hombre de ameno y chistoso carácter, siempre dispuesto á complacer á cuantos de sus relacionados le exigían algún epigrama, un cuarteto, etc., anticipándole un pie al capricho del curioso. Eguiarreta, hijo de Caracas, era un hombre popular, pues todo el mundo le reconocía talento epigramático y amabilidad, gracia, bondad de corazón, etc. Si no era un sacerdote ejemplar, pues para esto no había nacido, ó mejor dicho, había errado la vocación, era un ciudadano inofensivo y siempre dispuesto á sacar partido de la facilidad de improvisar versos, sermones, discursos, etc., etc.

Para este padre no había cosa difícil que pudiera oponérsele en el camino de su carácter epigramático, fácil y travieso. El salía siempre del paso con algo chistoso que causaba hilaridad. No se le

podía sorprender con exigencias de este género, pues el padre parecía estar siempre listo á responder con algún epigrama. Según y como el interlocutor, así Eguiarreta era serio en sus epigramas ó de color encarnado.

Casi todos los improntus de este tan hábil improvisador son inadmisibles por su tendencia al equívoco sucio é indecente, sin embargo de que se conserva uno que otro de carácter sociable. Y como siempre lo que más gusta y se retiene es lo que tiende al equívoco indecente, Eguiarreta abundaba en lo que más celebridad le daba, por esto se citan todavía después de cien años, muchas de sus improvisaciones.

Refiere la tradición que en uno de los templos de Caracas debía predicar en cierta mañana el padre Eguiarreta. Jugaba éste á la sazón en la sacristía á los naipes con un monaguillo, cuando vinieron, á decirle que se le aguardaba para recibir la bendición del celebrante, pues ya la misa estaba en el Evangelio. Sin turbarse, vistiose y guardó los naipes en uno de los bolsillos del balandrán. Preséntase en el altar, recibe la bendición y sigue al púlpito. ¿Sobre qué tema debía disertar? El mismo no lo sabía. Después de breve pausa, sacó los naipes del bolsillo, y mostrándolos al público disertó, durante una hora, sobre tan inusitado tema. Lo oportuno de éste, las citas históricas que acerca de cada uno de los palos de la baraja, le sirvieron de materia, todo contribuyó á llamar la atención del público que con grande atención le escuchaba.

En efecto, toma las espadas y habla de lo que ellas representan traspasando el corazón de María; habla de aquella espada con la cual Judit cortó la cabeza á Holofernes. Diserta acerca de aquella otra espada de fuego que llevaban los ángeles al lanzar á Adán y Eva del Paraíso. Habló de aquella espada (alfanje) con la cual Abrahán, por orden de Dios, iba á cortar la cabeza de Isaac, ya hincado sobre la pira. Habló en seguida de aquella otra espada con la cual cortó el apóstol San Pedro la oreja de Marcos, etc., etc.

Y tomando el oro, habló de las treinta monedas en que fué vendido Jesucristo, y sacó á colación el oro del templo de Salomón, y lo que querían decir los libros santos con el oro, etc.

La copa le hizo recordar la copa de José y la cena instituída por Jesús. Y después que habló de la cena, recordó aquella frase de

Jesús en Getsemaní : « Si es posible Señor aparta de mí este cáliz. » Y parafraseando la espada de la vida y la copa de los placeres, trajo ejemplos y consejos saludables á sus oyentes.

Los bastos, en fin, le dieron tema para hablar de los árboles, de la poda, del trabajo, de la planta escondida que será algún día el refugio del rebaño, etc.

* * *

Antes de dar á conocer alguna que otra de las improvisaciones de Eguiarreta, copiemos las décimas que enviaron de la Habana á Caracas, con motivo de la traslación del regimiento de Lombardía de esta capital á la de Cuba. El regimiento llegó á Caracas con el gobernador marqués de la Torre, don Felipe Fondarviela y Ordeano, en abril de 1771. A los pocos meses dejó la capital en 20 de octubre del mismo año.

Las décimas habaneras son las siguientes :

Caraqueñas, que lloréis
De Lombardía la ausencia,
Y que con tal impaciencia
Suspiros al cielo déis,

Justo será; ¿mas no veis
Que aquesa furia imprudente
Manifiesta claramente
A todo el orbe entendido
Que vosotras no habéis sido
Jamás tratadas por gente?

Juzgabais á lo que entiendo
Que Lombardía os amaba ;
Mas de vosotras burlaba,
Según lo que estamos viendo,

Pues que á cada instante riendo
De vuestro trato está acá
Porque nos dice que allá
La dama más melindrosa,
A una expresión amorosa
Corresponde con un *Gua*.

Como nunca habéis tenido
Por allá otro regimiento,
Entre sollozo y lamento
Tenéis el pecho oprimido :

De Lombardía el olvido
Como la más fuerte ley
Lloran, cual insulsa grey
Vuestros corazones legos,
Que en la tierra de los ciegos
El que tiene un ojo es rey.

Celosas y embravecidas
Con las damas de la Habana
Os ciega pasión tirana,
Porque estáis mal advertidas :

La Habana tropas lucidas
En abundancia contiene;
Pero nuestro honor previene
Amar con ánimo leal
Un paisanaje especial
Que en gran número le tiene.

Y así cuando un regimiento
Se ausenta, no se halla una
Que lamente su fortuna
Con el menor sentimiento :

No más suspiros al viento
Déis en celosa agonía,
Volved en dulce armonía

Las tristes lamentaciones,
Que no nuestras atenciones
Merecerá Lombardía.

En agonía tan fuerte
Están cuantos han venido,
Que de este y ese partido
Nos dicen de aquesta suerte:

Que esto es vida, y eso muerte,
Eso el limbo, esto la gloria,
Eso olvido, esto memoria,
Esto el todo, eso la nada,
Esto ciudad celebrada,
Y aquello del mundo escoria.

En fin, la Habana es ciudad
Ilustre, noble y cortés,
Y la de Caracas es
Barrio de infelicidad :

Toda habanera es deidad
En su hermosura y su porte,
Y porque el cotejo importe,
Son toscas las caraqueñas,
Caracas sierra entre breñas,
La Habana en las Indias corte.

No se hizo aguardar la contestación, y el padre Eguiarreta se encargó de ridiculizar el *ajá* de las habaneras, y de defender el *gua* de las caraqueñas, en los siguientes versos :

Desvanecida habanera,
Vena en el parnaso intrusa,
A quien en vez de la musa
Atropos sopla ó mejera :

Habladora, bachillera,
Desvergonzada, importuna,
Hija de la vana luna;
Pues desde allá te acomodas
A hablarnos una por todas,
Va de acá por todas una.

Si es corte la gran Habana
Por su trato y por su porte,
Y estás sana en esa corte,
Debes de ser cortesana ;

Pero furia tan insana,
Tan errada y criminal
Siento que me huele mal,
Y es necesario que crea
Que tu origen fué la brea,
Y tu cuna el arsenal.

No creo que los Lombardos
Hablen mal de esta ciudad,
Pues es en la realidad
De los lugares gallardos :

Y son dicterios bastardos
Que yo á creer no me acomodo,
Pues su extructura, su modo,
Su aire, su extensión y brío,
Sus calles y su plantío,
No los tiene el mundo todo.

Cuando el poder Anglicano
(Aun de escribirlo me corro)
Tomó el decantado Morro,
Y penetró el seno habano,

Nos dijo acá un cortesano
Que escapó de la cabaña[1] :
« Cada una su inglés apaña
Y las más de las señoras
Por ascender á *miloras*
Se rebelan contra España.

« Que usando de mil reveses
Y vueltas de caracoles,
Mueren con los españoles
Y viven con los ingleses.

Estos son los intereses
De un afecto fementido,
Y en el último despido

1. Castillo junto al Morro.

Cuando el inglés se embarcó
Hubo mujer que lloró
Delante de su marido. »

Esto dijo y de aquí infiero
Que con ínfido quebranto,
Sentís en la Habana tanto
Las ausencias de Lutero[1].

¿Porqué tu numen severo,
Aunque de vuelos muy tardos,
Nos acuchilla los fardos,
Unicamente porqué
Sentimos de buena fe
La ausencia de los Lombardos?

¡*Gua!* ¡La mujer de la Habana
Que desvanecida está
Con apodarnos el *Gua*,
Expresión muy lisa y llana!

No es inculta y chabacana,
Como lo piensa y maquina
La anglicana carabina
Allá en su caramanchón,
Y lleve para lección
Esta poca de doctrina.

Es el *Gua* expresión civil
Que en Caracas se dispuso,
Autorizada del uso
Allá de los años mil :

No es término bajo, vil,
Brutal ni falto de juicio :
Es cardinal, es de quicio,
Y en político congreso,
Para admiración expreso,
Para desprecio propicio.

Cualquiera conocerá,
Aunque esté con frenesí,
Que algún misterio hay aquí
Reconcentrado en el *Gua;*

Guanare se dice acá
Guarenas, Guaire, Guatite,
Guaira, Guaiguasa y admite,
Guacara Guanaguanares,
Guaitoco, y diez mil á pares,
Para que al *Gua* no le tire.

Vaya á España y hallará,
Guadaña, Guadalajara,
Guadarrama, y si no para,
Guadalupe encontrará :

Dígame pues, ¿cuánto *Gua*,
Y otros que decir no quiero,
No es fundamento certero
Con que se debe amparar
Este *Gua*, de que zumbar
Quiere el numen habanero?

Díganla que venga acá :
Y pues mi *Gua* defendí,
Que me defienda ella así
Aquel habanero *ajá*.

Que tan puesto en uso está :
Ajá, si se están zumbando,
Ajá si se están hablando,
Ajá, si se están queriendo,
Ajá cuando están oyendo
Que les están requebrando.

Ahora pues dígame ya,
¿Y en todo trance de amor,
Con qué se saldrá mejor,
Con el *Ajá* ó con el *Gua?*

El honor responderá
Si el *Ajá* ó el *Gua* prefirió,
Pues porque la razón fundó
Que en ardiente frenesí
El *Ajá* dice que sí,
Cuando el *Gua* dice que no.

Y hablando en todo rigor,
¿Cuál debemos sostener
El *no* que honra á la mujer
O el *sí* que quita el honor?

El *Gua* queda vencedor,
Habaneras celebradas,
Por corrientes, desahogadas,
Y quedamos convencidas

1. Alusión al protestantismo.

Que el *Gua* deja guarecidas,
Y que el *Ajá* deja ajadas.

Por su trato y cortesía,
Y por su jefe excelente,
Lamentamos grandemente
La ausencia de Lombardía,

Y tus versos en el día
Son confirmación cabal,
De que su afecto leal
Muestre con vuestro desdén,

Por ver que nos hablan bien
El que vos les habláis mal.

Les llegasteis á escuchar
Alguna fina expresión,
Y vuestro infiel corazón
No la pudo tolerar.

La luz os hizo cegar,
Y la cólera que lidia
En vuestra loca perfidia,
Os llevó sin dilación
Por mares de emulación
Al escollo de la envidia[1].

*
* *

Sentado estaba en cierto día el padre Eguiarreta en el confesionario de uno de los templos de Caracas, cuando predicaba á la sazón un fraile capuchino en la festividad de la Virgen, bajo la advocación del Carmelo, y deseando ensalzar ésta á la cual pertenecía, dijo que Cristo había sido Carmelita.

Disgustado Eguiarreta con aquella declaración tan impropia, y llevado por otra parte de la mala voluntad con que veía á todo capuchino, dejó el puesto que ocupaba y trasladado á la sacristía dió encargo al sacristán de poner en manos del orador la siguiente décima que improvisó allí :

A preguntarle me incita
El padre predicador
Si era Regente ó Prior
Cristo, siendo Carmelita.
No niego que fué infinita
La aplicación que le dió :
Mas, la Escritura, sé yo
Que dice en su campo ameno,
Que Cristo fué Nazareno,
Pero Carmelita no.

En otra ocasión, era Eguiarreta quien predicaba sobre el misterio de la Trinidad, y cuando más engolfado se hallaba en explicarlo, acertó á cruzar por las naves del templo un capuchino descalzo, el cual visto por el orador lo aduce como prueba, y dice al auditorio:

« Ahí tenéis, hermanos, en ese capuchino una prueba de lo que os estoy explicando; tiene barba como chivato; está ceñido con

1. Hace como cerca de cincuenta años que estas antiguas poesías vieron la luz pública por la primera vez, en un volumen en 8° titulado *Centón* etc., por Fidel Ribas y Ribas. la copia que nosotros hemos aceptado figura en un manuscrito de 1800.

una correa como mono ; anda descalzo como perro, y es un solo capuchino. »

En un lunes santo, salía Jesús maniatado. En la procesión iba el padre Eguiarreta, cuando en cierta esquina, al pasar aquélla, se cruzó ésta con el viático que venía de otro templo. Tales misterios obligaron á una señora á pedirle al padre versos sobre aquel tema. « Qué casualidad digna de unos versos », exclamó otra. Entonces Eguiarreta dijo :

Yendo en la columna atado
Jesucristo penitente,
Encontró por accidente
A Jesús sacramentado :
Uno de piedras molido,
Otro de azotes trillado.
Veo la fe en los dos unidos;
Cual hace un escarmentado
Con un misterio escondido
A un misterio publicado.

No llovía, prolongada era la sequía. Nos asamos Doctor, ¿ porqué no llueve? le preguntan al padre en cierta ocasión, y éste contesta :

El mundo está caducando,
Prevaricando la gente,
La justicia está perdida
Las virtudes en menguante
Las maldades en creciente.
No se paga á quien se debe,
La majestad ofendida,
He aquí porqué no llueve.

Estaba el padre Eguiarreta en la esquina de la Torre, en una tienda, cuando pasó cierta persona que no quiso saludarle. Al instante vuelve el rostro el padre á los concurrentes y les dice :

Ese que pasa y me mira
Y el sombrero no me quita
Antes que fuera melón
Yo le conocí pepita.

Le pidió una mujer (entre la una y las dos) un verso. Exigió el padre un pie y ella le dió el siguiente : *No ha hecho Dios cosa buena.* Como la mujer no era gran cosa que digamos, el padre dijo :

Entre la una y las dos
Habéis tocado mi vena
Si todas son como vos
No ha hecho Dios cosa buena.

Preguntándole dos niñas qué hora era (eran las dos); él les dijo :

Registrando con cuidado
Las muestras de mi reloj
Hallé que estaba el puntero
Indicando hacia las dos. (Señalándolas.)

Hallábase el padre Eguiarreta en el altozano de una iglesia en momentos en que los fieles entraban con motivo de la celebración de la misa de Nochebuena : andaba por allí un francés ebrio, á quien una vieja oyó decir que *Jesucristo era un borracho*. Alarmada la tal con semejante blasfemia, corrió al lado de Eguiarreta á imponerle de tan insolente frase, á lo cual contestó aquel en el acto lo siguiente :

Si algún francés ó gabacho
Dijere con ironía
Que no es hijo de María
Jesucristo, es un borracho.

Tenía el padre Eguiarreta un amigo llamado el Doctor Sambudio, y conversando en cierto día con aquel sobre poesía, le dijo : pues has de saber Eguiarreta que yo tengo un criado, negro como carbón y con una geta enorme, el cual tiene el don de ser poeta improvisador. Muy extraña pareció al padre la ocurrencia, y picado de curiosidad exigió á su amigo le enviase el criado á su casa para probar de un modo indirecto la verdad de aquel aserto. Fué más tarde el criado, y al presentársele á Eguiarreta, le preguntó éste :

— « Tú eres el negro poeta. »
— Sí, señor, y sin estudio :
Que si no fuera esta geta
Fuera otro Doctor Sambudio.

Es de sentirse que las numerosas improvisaciones de color encarnado que se atribuyen á la musa de Eguiarreta, no puedan tener cabida en estas columnas. Hay algunas admirables y de casi todas se conservan copias. Eguiarreta fué no sólo un improvisador fecundo, sino también un poeta, un crítico que dejó trabajos inéditos de los cuales hablaremos más tarde. A este cuadro seguirán otros, en los cuales departiremos acerca de los oradores religiosos del último siglo, y de las fiestas fúnebres que, durante la misma época, constituían la apoteosis literaria de los reyes muertos.

Nuestro objeto al comenzar esta serie de cuadros, es contribuir con algo al estudio de nuestros orígenes literarios; ya que con un brillante volumen titulado *Parnaso Venezolano*, ha comenzado nuestro distinguido amigo don Julio Calcaño, secretario perpetuo de la Academia Venezolana de la Lengua, una serie de trabajos que pondrán de relieve nuestras conquistas en el camino florido de la amena literatura.

BOVES

Un dibujo del túmulo que figuró en Calabozo durante las exequias religiosas de Boves en 1815, y una copia de la oración fúnebre que en Maiquetía pronunció en análoga ceremonia el Dr Rojas Queipo, en la misma época, es lo único que nos queda del famoso caudillo de la guerra á muerte, desde 1812 hasta fines de 1814.

Boves murió en Urica el 5 de diciembre de este año, y aunque su cuerpo fué exhumado años más tarde, y enterrado de nuevo, nadie sabe dónde están sus despojos mortales. Setenta y nueve años hace que desapareció el caudillo y aun se discute quién fué el que le dió muerte. Uno de los oficiales, Celis Belisario, se apropiaba el hecho. El general José T. Monagas, actor en Urica, aseguraba que había sido Regino del Nogal[1]; pero en apuntes referentes á este incidente, escritos por el señor J. M. Núñez y publicados no hace mucho, asegura el autor, apoyado en ciertas razones, que fué el general Zaraza, actor y testigo, como Monagas, en el campo de batalla[2]. La discrepancia que existe respecto del ejecutor de la muerte de Boves, y el disputarse el hecho actores patriotas, pone de manifiesto que el caudillo español no fué muerto por ninguno de los suyos.

Respecto de los honores religiosos, sí podemos asegurar que los recibió, no sólo en Calabozo y Maiquetía, sino también en Caracas y otras ciudades de Venezuela.

1. Padre del oficial del mismo nombre que figuró en la guerra de la Federación.
2. Ofrenda del Estado Bermúdez en el primer centenario del Libertador, en 24 de julio de 1883, 1 vol. en 4°.

Conservamos un estudio inédito que comprende la vida de este terrible militar, desde su llegada á Caracas á fines del último siglo, hasta su muerte; escrito en vista de documentos inéditos, de apreciaciones diversas de amigos y enemigos, de historiógrafos americanos y extranjeros, de documentos oficiales de la *guerra á muerte*, desde 1811 hasta fines de 1814. La extensión de este trabajo, por una parte, y el pertenecer por la otra á los materiales históricos que por orden del Gobierno hemos comenzado á dar á la estampa (publicación interrumpida actualmente), no nos permite sino escribir cortos párrafos respecto de este asunto, para dejar así satisfechos los deseos de nuestros amigos los señores redactores y editores de El Cojo Ilustrado, quienes al estampar en la parte ilustrada de este periódico el dibujo que representa el túmulo de Boves en Calabozo, han querido acompañarlo de algunas noticias históricas.

¿Cómo podremos hoy juzgar á Boves? Para juzgar al caudillo que durante la guerra á muerte fué, como escribió Bolívar, la *cólera del cielo que fulminó rayos contra la patria*, ó en otros términos, *un demonio en carne humana, que sumergió á Venezuela en la sangre, en el luto y la servidumbre*, es necesario estudiar los antecedentes de semejante carácter, antes de la revolución de 1810, las causas inmediatas que lo precipitaran en un camino de devastación y de ruinas, el carácter de la época, en la cual surgió, y la influencia que sobre él ejerciera el decreto de *guerra á muerte*, dictado por Bolívar en 1813. Después de estudiar todos los antecedentes, deberemos fijar cuáles fueron los crímenes que tuvo como militar, y cuáles las virtudes que le pudieron servir de contrapeso en la balanza de la justicia. Así, y aplicando á la historia de los hechos la crítica más severa, podremos preguntarnos : ¿Fué Boves un jefe lleno de odios y venganzas, al frente de hordas salvajes, feroces é inconscientes? ¿Fué un loco, un monomaníaco, actor en la prolongada noche caliginosa de la guerra á muerte, desprovisto de toda virtud, de todo sentimiento? ¿Fué criminal ó héroe? Estas preguntas y cuantas sugiera la imaginación en este respecto, encontrarán solución á medida que departamos acerca de tan importante tema histórico.

Es un hecho incontestable que las ejecutorias de Boves, años

antes de la revolución de 1810, no fueron buenas. Actos de piratería primero, y después travesuras de contrabandista, contrastan con el cumplimiento de sus compromisos mercantiles, con su constancia en el trabajo y sus amistades sostenidas por la hombría de bien. El general Lara, respetable comerciante antes de la revolución, después distinguido prócer, que comerció entre la costa de Güiria y la pampa guariqueña, hablaba de Boves (entonces José Tomás Rodríguez), como de un hombre recto, activo é inteligente. Cuando llegan los días en que, por causas de contrabando, es conducido á prisión en San Carlos ó en Caracas, siempre tiene Rodríguez padrinos como el Dr Roscio y como los respetables y ricos comerciantes señores Jove y otros más. Cuando éstos consiguen librar á su favorecido de la prisión, le aconsejan vuelva al comercio de la pampa del Guárico, y á Calabozo llega José Tomás Rodríguez recomendado por Jove y Roscio. A estos favorecedores se agregaron más tarde los señores Fernández García, Sanojo y otros hombres notables de la villa, quienes se propusieron proteger al nuevo comerciante de la plaza, á José Tomás Rodríguez, que agregó á su apellido el de Obes ó Boves, como gratitud á sus protectores[1]. Si nos detenemos en estos particulares, es porque cuando suene la hora fatal de la venganza y de los odios, este comerciante, convertido en militar temible, dominando los ímpetus infernales, sabrá salvar del patíbulo á todos aquellos á quienes deba algún beneficio, sabrá devolverles, y con espontaneidad, los bienes que hayan tomado sus tropas, sabrá solicitar con interés á todos los fugitivos ó encarcelados, con quienes tenga pendiente una cuenta, no saldada : la de la gratitud. Una recomendación de Jove, de Navas, de Roscio, de Arvelo, de Sanojo en favor de algún desgraciado, la obedecía Boves, como si emanara del monarca español. De manera que el hombre que, durante la guerra á muerte, apareció feroz, sanguinario, implacable, arrastrado por los dictados de la venganza y del odio, era detenido, en repetidas ocasiones, por una de las grandes virtudes del corazón humano : la gratitud.

1. Rodríguez aceptó el apellido Jove en gratitud á la respetable familia de Puerto Cabello, que tanto le favoreció. Los llaneros, por la dificultad que tienen de aspirar la j, dijeron primero Obes y después Boves; y así desapareció el apellido Jove. Aseguraba el general Boves que había aceptado este apelativo no sólo por gratitud, sino también por salvarse de toda persecución.

*
* *

Cuando sonó el grito revolucionario de 1810, José Tomás Rodríguez Boves, comerciante en Calabozo, bien relacionado y aun estimado, se decidió por la República; y es un hecho que en la puerta de su tienda fijó una bandera donde se leía : *viva la patria*. Sea porque se juzgara con talento militar, con don de mando, con constancia inquebrantable y con cierta actividad digna de elogio, Boves aceptó la causa patriota con toda decisión. Cuando á poco, y después de tropezar con Antoñanzas, oficial de Monteverde, Boves se presenta en Calabozo, refiere á los amigos lo que había visto, relata las noticias de la internación de Monteverde, y lleno de entusiasmo, pide á los gobernantes de la plaza un piquete, para desbaratar á Antoñanzas; de los miembros del Gobierno, unos apoyan, otros dudan, pocos temen : triunfa la duda, y Boves es encarcelado. Cuando uno de sus amigos, Sanojo, estuvo á verle : « Ya verán ustedes, le dijo al saludarle, las lágrimas que les va á costar tamaña injusticia. La causa republicana me rechaza, la realista me aplaudirá. » Desde aquel instante, el espíritu de venganza contra sus perseguidores de Calabozo, comenzó á hacerse general contra todos los venezolanos. Y el que había soñado acabar con la realeza en Venezuela, poniéndose al frente de los llaneros habitantes de la pampa del Guárico, cambió de pensamiento, y resolvió con los venezolanos realistas destruir á los venezolanos republicanos. No debe olvidarse que, después de la muerte de Boves, los llaneros de éste fueron los centauros de Páez.

Una persecución injusta, impremeditada, iba á sacar de la nada al caudillo español de la guerra á muerte. Hay héroes que surgen de la anarquía y los hay también que salen de los calabozos y de las persecuciones.

Boves comienza su carrera desde mediados de 1812, y al anunciarse, con él van, como consejeros, la venganza y el odio. De subalterno asciende á jefe y como tal, á nadie obedece. Se proclama enemigo de la República, sostenedor de la colonia, y las muchedumbres le obedecen. Cada uno de sus triunfos va seguido de dilatado séquito. En sus filas, Boves español, no admite oficiales españoles, que éstos le servirían de estorbo; mas, cuando necesite de

perros de presa contra poblaciones indefensas, sabrá lanzar á Zuazola, á Puy, á Náñez, á Rosete, etc., etc. La mosca de su ejército lo anunciaba por el estrago. Boves no va á luchar á favor de España, sino al frente de venezolanos contra venezolanos; es la mayoría realista que no olvida sus hábitos de servidumbre, la que él va á lanzar contra la minoría republicana que, inconsciente ó convencida, ha tomado las armas á las órdenes de jefes republicanos.

Bolívar avanzaba victorioso en su campaña de 1813, y todo le sonreía, cuando sale la proclama de la *guerra á muerte*, fechada en Trujillo, en junio de aquel año. Boves acepta el terrible reto sin titubear. *Españoles y canarios, contad con la muerte, aunque seáis inocentes; americanos, contad con la vida, aunque seáis culpables.* ¿ Dónde estaban los españoles y canarios : dónde los americanos? Formaban los primeros un grupo en el cual figuraban los empleados, propietarios, hombres pacíficos, y también canarios de todas condiciones. Componían la segunda todos los venezolanos, la masa de los trabajadores, de los industriales, etc. La guerra á muerte no fué un reto entre dos naciones, Venezuela y España, sino un pugilato entre dos porciones del pueblo venezolano, lanzadas, en hora fatal, la una contra la otra. Semejante proclama no puede considerarse sino como un aborto de la imaginación de Bolívar. En su odio contra el poder español, que llegó á ser en él monomanía, creyó que anonadaba al grupo español en Venezuela con tan terrible amenaza, y sólo logró encarnizar al pueblo venezolano. Los jefes españoles que de hecho llevaban á cabo la guerra á muerte, la aceptaron de derecho y supieron explotar la situación. En la carnicería de 1814, los Españoles fusilados representan una fracción insignificante ante los miles de Venezolanos sacrificados en las filas de ambos bandos, realista y patriota. Venezolanos fueron las montoneras de Puy, de Náñez, de Monteverde, de Morales, de Rosete, de Zuazola; venezolano el ejército de Boves; y venezolanos los ejércitos del gobierno republicano de 1813 y 1814.

Después del fatal decreto de 1813, la guerra á muerte tomó creces, y todo anunciaba deshecho huracán que iba á envolver á Venezuela. Si Bolívar llegó á sacrificar españoles probos que no quisieron aceptar el gobierno republicano, y sí la muerte, Boves y los suyos, destruían las poblaciones é infundían el espanto. Si Bolívar

pasaba por las armas los prisioneros, y hasta los inocentes, Boves sacrificaba los prisioneros, é indistintamente hombres, mujeres y niños de los poblados, Bolívar, en presencia de la devastación, opone á Boves sus principales tenientes, y éstos retroceden. La hidra de la revolución brotaba mil cabezas de cada herida. Bolívar había vencido en guerra galana en Cúcuta, Niquitao, Taguanes, Vigirima, Araure; pero estas victorias de nada le valían, ante el torrente devastador de la guerra á muerte, que invadía, lúgubre y pavoroso. Boves lanza sobre Caracas salteadores jefes del pillaje, que se ceban en poblaciones indefensas : Bolívar los aniquila con los ejércitos de Ribas, de Bermúdez, de Arismendi. Boves se avanza terrible, enajenado, sobre las poblaciones patriotas. Bolívar ordena sacrificar los prisioneros españoles y hasta los enfermos que yacían en los calabozos.

Pero ha llegado la hora de San Mateo. El caudillo español de la guerra á muerte va á encontrarse frente de Bolívar, el jefe de la República. Son dos bandos venezolanos que van á disputarse la victoria, la victoria de los odios, el harapo de las pasiones enconadas, de las miserias humanas, de ruindades sin término. ¡ Cuán grande aparece la figura de Bolívar en estos días de algazara y de fango, de exterminio, de bajezas y de esfuerzos inauditos, cuando el incendio devora los campos, las aldeas, las familias y todo entra en conflagración ! Todos los caminos se van cerrando á su paso, sobre su cabeza serpean los rayos del huracán ; pero sereno, mudo, contempla la tempestad, la ve desarrollarse, la sigue... y aguarda. ¿ Quién es el autor de tamaña catástrofe ? ¿ La guerra á muerte fué obra de los hombres ? En el mundo físico, como en el mundo social, el desequilibrio de las fuerzas trae el desorden ; pero el huracán es sólo un incidente. La sociedad humana crece, se desarrolla, prospera, después de cada una de estas perturbaciones necesarias.

Tras de San Mateo, está Carabobo. — Carabobo fué el desafío final entre militares cultos. Allí Cagigal, Ceballos, Salomón, etc., jefes vencidos : allí Bolívar, con los principales jefes de la República, vencedores. Aquella batalla, donde vencedores y vencidos no faltaron á las leyes de la guerra, fué la última cita de los beligerantes, aplazándose para las campañas de 1817 hasta 1825. Pero tras de Carabobo vino La Puerta, y en La Puerta estaba Boves,

colérico, y como siempre audaz. Si San Mateo fué una luz celeste tras el negro ropaje de la tempestad, La Puerta fué la tumba de la República. Bolívar huye, y tras él va el huracán con sus chillidos, con sus gritos estridentes, con su gavilla de rayos; y tras de Bolívar... va Boves. Su caballo salvaje, como el de Atila, en su dilatada carrera de fuego y desbocado como el jinete que lo conduce, llegará á encabritarse, allá en Urica, donde al bote de lanza patriota, caballo y caballero caerán exánimes... El huracán de la guerra á muerte, al llegar á su cenit, iba á desaparecer. Entre los contendores de la guerra á muerte no caben recriminaciones posibles : todos quedaron nivelados.

La época fué de horrores. Boves logró vencer, pero no fué España la vencedora sino la mayoría venezolana realista, que superaba á la minoría venezolana republicana. Bolívar no fué vencido sino aplazado. En lucha descomunal contra las pasiones humanas, su genio le salva, para verle triunfar más tarde, en campañas admirables, en toda la extensión de los Andes. Si el caballo de Boves iba á detenerse en Urica, el de Bolívar iba á continuar, á trasmontar las cordilleras, y seguir siempre victorioso sobre el dorso de la tierra.

*
* *

Hay en la vida militar de Bolívar dos fases : el batallador de escuela, ilustrado y apuesto, que acepta la guerra de acuerdo con las reglas del arte y las costumbres de naciones cultas. Tal fué cuando militó contra Correa, Ceballos, Izquierdo, Cagigal, etc., etc. y más tarde contra la Torre, y Morillo. Vencedor ó vencido, siempre fué el mismo. Es la segunda aquella en que figura como creador y sostenedor de la guerra á muerte : guerra sin brújula, en que los contendientes obedecieron al impulso de los odios y de las represalias, tal fué Bolívar cuando hubo de batallar contra Monteverde, Morales, Boves, etc. En estos casos hubo de ser terrible, inexorable; y no siéndole permitido convertirse en desollador, mutilador y verdugo de los hombres, mujeres y niños, hubo de castigar con los suplicios permitidos por las leyes en todos los países cultos.

Boves, en su lucha fué más allá de las represalias: fué inhumano, vengativo... Defectos fueron de su educación, de su índole ó de

sus odios y venganzas. Si como perseguidor sobresalió, también tuvo sus glorias de héroe. Al retratarle el historiador venezolano González, concluye con esta sentencia : « *El héroe y el bandolero se confundieron tanto en él, que hubiera sido difícil arrojar una línea divisoria.* » Así le juzgamos nosotros, y poniendo de lado sus crímenes, de los cuales no puede absolverle la historia, queremos detenernos sobre el héroe y ver si hay alguna virtud oculta que obre en su favor en la balanza de la justicia.

« Desprendido, nos dice González, él no tenía sino su caballo y su espada : en el testamento que había hecho, sólo pudo disponer en favor de la mujer con quien había contraído esponsales (porque Boves amó ! !) de trescientos pesos que le debía D. Juan Vicente Delgado... » Amó... y poseyó también otra virtud, que si para él no fué lenitivo en sus horas de venganza, fué luz del cielo para aquellos que en el banquillo aguardaban la muerte : esta virtud fué la gratitud. En Calabozo, en Valencia, en Caracas, por dondequiera que tropezó con algunos de sus conocidos ó amigos de quienes había recibido algún beneficio, en su época de comerciante ó cuando estuvo en prisión, apareció generoso y protector. Olvidaba al insurgente para corresponder al benefactor. Así, á impulsos de la gratitud, pudo este espíritu infernal salvar del suplicio á víctimas sentenciadas á morir. Podríamos presentar multitud de casos. Escribió en cierta ocasión el Deán Swift la siguiente sentencia : « El hombre que le dice á otro ingrato, le hace reo de todos los crímenes. » ¿ Y qué dirémos del hombre que en medio de la escena de las pasiones humanas, armado del puñal y de la tea, tiende mano generosa, para salvar á su enemigo político del suplicio á impulsos de la gratitud ?

No, no. Boves no fué un militar desprovisto de toda virtud. Fué un carácter que simboliza una época de exterminio : la de la guerra á muerte. Si la historia le condena en su carrera militar, la historia le concederá la justicia que reclama todo sentimiento generoso, cuando éste aparece en medio de situaciones extraordinarias.

SILUETAS HISTÓRICAS

EL BAUTISMO DE SANGRE DE BOLÍVAR

I

Cuando el gobierno nacido del grito revolucionario de 1810, revistió al joven Bolívar con el carácter de agente de la revolución en la corte de Londres, aceptando el ofrecimiento que aquel hiciera, de desempeñar el encargo sin sueldo, agregó á la legación al señor Luis López Méndez, y como secretario á don Andrés Bello. La única exigencia que hizo el gobierno á Bolívar fué la de no traer á Caracas al general Miranda; es decir, debía dejar en el suelo del extranjero al célebre patricio, hijo de Caracas, que hacía cuarenta años que venía luchando por el triunfo de un ideal: la emancipación política, no sólo de Venezuela sino también de la porción española del continente; del que había alcanzado los primeros grados de la carrera militar al calor de Wáshington y de Lafayette, en la emancipación de la América del Norte; del que había luchado en los campos inmortales de la revolución francesa, alcanzado honores y nombradía; sublimádose en los días de la desgracia; del que había sido expulsado de Francia, durante el imperio napoleónico, por sus ideas republicanas, y fracasado, finalmente, en sus expediciones de 1806, en las costas de Ocumare y de Coro, por falta de entusiasmo y de cooperación de parte de los venezolanos. Pero Bolívar, espíritu generoso, poniendo de lado los deseos del gobierno de Caracas respecto de Miranda, y acatando la voz de la conciencia y los impulsos del corazón, visitó en Londres al célebre compatriota, púsose al habla con el notable patricio, y después de interesantes conferencias, le invitó á que tornara á la madre patria, ofreciéndole amistad, influencias y aun servicios, si se ponía, como era de esperarse, al frente de la emancipación venezolana.

He aquí cómo los hombres de la época de 1810, soñadores en asuntos de política, obraban en sentido contrario á las aspiraciones y tendencias que querían poner en práctica. El gobierno de Caracas, al no querer tener en su seno al viejo veterano de la revolución francesa, se trasparentaba como un cuerpo sin propósitos, sin brújula y sin ideal. Sostenía y no sostenía á España; quería y no quería la

independencia; — vacilaba, no conociendo ni los hombres ni las necesidades del país. Nunca se había presentado á los caraqueños una cuestión tan clara bajo el ropaje de un problema irresoluble.

Bolívar se encargó de despejar el enigma, y trayendo á Miranda, lanzó la primera bomba de la conflagración política que iba á echar por tierra la noble figura del célebre girondino, y á levantar hasta las cimas del Ande la del atolondrado diplomático, destinado por la Providencia á la realización de grandes y trascendentales acontecimientos en la América española.

Cuando Miranda se presentó en Caracas, á fines de 1810, si admiradores le saludaron, si espíritus jóvenes le vieron como el apóstol de la libertad, causas de carácter personal comenzaron á entibiar el entusiasmo general. Miranda, rico por su talento, por su instrucción, por sus valiosos servicios á la conquista de la libertad, durante cuarenta años, más rico aún por su amor á la patria venezolana, tenía defectos que, en el hombre público, traen siempre decepciones y ruina. Miranda era altanero, intransigente, severo en la carrera militar, inflexible como hombre público. Lo devoraban la vanidad, este veneno sutil de las inteligencias preclaras, y el orgullo fastuoso que le habían alimentado sus valiosas relaciones con las celebridades y testas coronadas de una época, en la cual llegó á figurar en primera escala. Miranda funda la « Sociedad patriótica », club que necesitaba para llevar á feliz término sus propósitos. A poco trasparéntase su carácter, aparece altanero, ambicioso; aquí divide, allí concentra; acá es orador popular, allá conservador sentencioso. La política, la religión, el estado y la iglesia, en todas partes quiere figurar, y al fin se hace demagogo. Pero al instante torna á su aplomo, entra en el Congreso de 1811, habla, raciocina, vence. Había llegado á la meta de su carrera y toda su ambición quedaba satisfecha : la independencia política del patrio suelo.

Frisaba Miranda en los cincuenta y siete años, cuando fué declarada la independencia de Venezuela en 5 de julio de 1811. Al lado del fundador de la República figuraba Bolívar, joven de veintisiete años, sin representación política ni social. Mediaban entre ambos treinta años, lo suficiente para dejar atrás al girondino, y en alas del progreso ver levantarse al imberbe coronel de las milicias de Aragua. Bolívar, espíritu atolondrado, sin práctica de la vida, sin antece-

dentes, no podía parangonarse con el general girondino que iba á entrar en el descenso de la vida, lleno de glorias y de nobles ambiciones, pero sin la fuerza que embellecen los juveniles días y vivifican las inspiraciones misteriosas del genio.

A pesar de las diferencias notables que separaban estas existencias, Bolívar poseía condiciones de que carecía Miranda. Este no conocía ni á su país natal ni á sus compatriotas. El fracaso de 1806, no le había aleccionado y la rigidez de sus costumbres, lo severo de la educación que había recibido, lejos de abrirle el camino del estudio práctico de los hombres de origen español, no hacían sino ponerle trabas á los ideales de su alma. Diplomático, viejo práctico, militar científico, conservador y político prudente, no podía amalgamarse con Bolívar, espíritu fogoso, volcánico, imaginativo, astuto, hombre de vuelo en alas de la fuerza misteriosa que le sostenía. Si en Miranda podía contemplarse el hombre meditabundo y concentrado de los países del Norte, Bolívar representaba la Zona Tórrida con sus cumbres nevadas y encendidas, con sus ríos venciendo al océano, con sus pampas inundadas, con sus valles y riscos ; con esa exuberancia de vida, que iba más tarde á oponer terrible valla á los ideales del fogoso mancebo.

A poco de haber Miranda contemplado la obra de la emancipación venezolana, ya no existían entre éste y Bolívar, las íntimas confidencias que habían comenzado en Londres. Miranda concedía á Bolívar talento, espíritu de iniciativa, pero le juzgaba pueril en materias políticas y aun peligroso por sus arrebatos republicanos. Su amistad ya desvanecida, porque no existía entre ellos el lazo de unión que los acercara, hubo de estallar, en ocasión muy solemne. Nombrado Miranda generalísimo del lucido ejército que iba á salir de Caracas contra los revolucionarios de Valencia, entre las condiciones que aquel indicó al gobierno para aceptar el mando, fué una de ellas que Simón Bolívar, coronel del batallón Aragua, destinado á reforzar la expedición, quedase separado, *porque no convenía á su presencia en ella; porque, lo juzgaba un joven peligroso*[1]. El Ejecutivo accedió por el momento á tan extraña pretensión de

1. El primer historiador de Venezuela que escribió acerca de este incidente desagradable fué Yanes, en la introducción que precede á su Colección de Documentos; primer vol. 1826.



Miranda y aun creó una comisión que, fuera del ejército, debía desempeñar el joven coronel, cuando el incidente fué conocido del público, hasta en sus más insignificantes pormenores. Bolívar, al ser notificado de que su segundo saldría á la cabeza del batallón Aragua, justamente excitado, prorrumpe en improperios contra Miranda, á quien juzgaba como militar cansado que no conocía á Venezuela, ni como nación ni como centro social. Agregaba, que era un un pretencioso que se juzgaba digno de todos los honores, de todos los elogios y de una vanidad tan insaciable, que nada podría satisfacerla por completo. « Joven peligroso », agregaba Bolívar, así me llama, porque opongo á su política errónea, insegura, que nos llevará al precipicio. Él no conoce ni á los venezolanos, ni á los españoles, ni los hombres ni las cosas de esta tierra que no necesita de celebridades europeas sino de esfuerzos viriles y de voluntad inquebrantable. Y armado de prudencia, aunque molesto, y acompañado de amigos se encamina á la casa de gobierno. « Preséntase en la sala, nos dice Yanes, quéjase altamente del agravio que se le infería, privándolo de servir á su patria en la primera ocasión de peligro que se presentaba, habiendo él sido uno de los primeros autores de la revolución. » « ¿ Qué dirán de mí, pregunta, viendo que mi cuerpo sale á campaña y que su comandante se queda con este ú otro pretexto? — que soy un cobarde ó un criminal... » « Y propone la alternativa de revocar dicha orden, ó de mandarle juzgar por un consejo de guerra [1]. »

El gobierno se vió en la necesidad de revocar la orden, y Bolívar, á la cabeza del batallón Aragua, siguió con el ejército hacia Valencia.

Aseguran Austria y O'Leary que Miranda, al obrar contra Bolívar, de la manera que hemos referido, había adivinado al futuro Libertador, y que por temor, quería deshacerse de aquel joven peligroso. Esta opinión nos parece ilógica, y es más racional aceptar que todo era obra de la vanidad de Miranda y no de la previsión. Los hombres públicos, de edad avanzada, que tienen por único norte figurar en primera escala, y en ciertos acontecimientos que reclaman talento, práctica, pericia y condiciones especiales de que ellos

1. Obra citada.

se juzgan ricos, son egoístas y no toleran las opiniones pedantescas ó imprudentes de jóvenes imberbes, aunque éstos sobresalgan como lumbreras. Esto es de todas las edades y de todos los tiempos; y ésta fué precisamente la causa que trajo la desgracia de Miranda: el querer ser jefe de la revolución, á los cincuenta y siete años de edad, en un país que le era por completo desconocido, y cuyos moradores son por su idiosincrasia, más dóciles ante las tiranías carnavalescas que ante la vejez sabia y prudente.

El 12 de agosto de 1812, Valencia fué tomada por el ejército de Miranda, después de un reñido ataque por todas las avenidas de la ciudad, durante dos días. Y tan acertado anduvo el vencedor que se impuso á los enemigos de la Independencia de Venezuela, quienes entregaron cuantos elementos de guerra tenían en el ejército, en la ciudad y en la flotilla que maniobraba en el lago de Valencia. En el parte fechado en Valencia á 13 de agosto de 1811, Miranda, después de enterar al secretario de la guerra respecto de varios pormenores agrega: El coronel don Simón Bolívar y sus compañeros de armas se distinguieron en varias operaciones que le fueron confiadas, en esta patriótica jornada, así como mi edecán, el capitán don Francisco Salias, quien después de severa prisión, tornó á la libertad. Ellos informarán á S. E. de dichos incidentes que por la premura del tiempo, no puedo relatar [1].

FRANCISCO DE MIRANDA.

Dos días más tarde, en la mañana del 15, Bolívar se desmontaba á las puertas de la casa de gobierno. « Aquí está el joven peligroso, dijo Bolívar al primero de sus amigos que vino á saludarle. He recibido mi bautismo de sangre », agrega.

Cuando en la capital se hizo pública la noticia, Bolívar, que contaba con valiosas relaciones de familia y amistades de infancia, llegó á ser el tema obligado de todas las conversaciones. El loco, el atolondrado de la familia, festejado por unos, censurado por otros, por sus diversas travesuras de muchacho voluntarioso, llegó á llamar la atención de sus mismos deudos. Había obedecido á las

1. *Gaceta de Venezuela* de 1812.

diversas órdenes que le mandara á ejecutar el viejo girondino; las había desempeñado con valor y actividad, y esto quería decir que si por la primera vez obedecía á un superior, era de esperarse que así continuara. El insubordinado de la familia hacía concebir esperanzas de que algún día, dejaría la fogosidad de los juveniles años, para entrar en el ejercicio de la razón.

Celebró la parentela de Bolívar el bautismo de sangre de Simoncito, que así le llamaban. Comidas, bailes y paseos de campo se dieron en obsequio del joven coronel de milicias que por primera vez había oído silbar una bala. Cansado de felicitaciones tornó al ejército.

Una pariente de Bolívar, doña Dorotea Sojo, que nunca perteneció al bando patriota, y murió pensando en Fernando VII, decía con gracia que « Miranda había enviado á Simón á Caracas para que presentara su primera plana de palotes al Gobierno de Venezuela ».

LOS TENIENTES DE AQUILES

II

La lanza, ésta célebre arma de guerra que puede hoy llevar cualquier guapetón, fué, en remotos tiempos, el arma predilecta de los héroes y de los reyes. En cuantas ocasiones era necesario presentar el poder lleno de magnificencia, ante los pueblos atónitos, la lanza alternaba con el cetro. Entre los griegos y romanos, y antes de estos, en los pueblos bíblicos, la lanza brillaba siempre en manos de espíritus preclaros : Saúl, Xerxes, Aquiles, etc., etc. Los soberanos y guerreros de la época fabulosa, en la cuna del Mediterráneo y en las grandes conquistas del Asia, llevaron siempre el arma que representaba la grandeza y fué más tarde considerada como símbolo de nobleza en las luchas y conquistas de la Edad Media. Las bellezas que estimulaban, en estos tiempos, los torneos caballerescos, engalanaban con banderolas las lanzas de sus predilectos.

La lanza, que perteneció á todos los pueblos, desde los más re-

motos días, la tuvieron igualmente los indios caiquetías, los que poblaron el antiguo Estado Coro. La guardia de honor que acompañó al poderoso cacique Manaure, cuando éste, lleno de magnificencia y rodeado de magnates, visitó al conquistador Juan de Ampíes, llevaba lanzas de madera que remataban en puntas de hueso. La nobleza indígena, de origen caribe, rendía culto, quizá sin saberlo, al arma celebrada de los guerreros bíblicos y de los héroes de Troya, de Grecia y de Roma.

* * *

En la historia de Venezuela figuran dos atletas que fueron en sus respectivas épocas, los héroes de la lanza, paladines de dos causas inmortales. Aunque los separan los siglos, son hermanos, y si algún día, cuando el arte pictórico dedique sus inspiraciones á la historia de Aquiles, entre los tenientes que brillen al lado del famoso vencedor de Troya, sobresaldrán los dos guerreros que aquende el Atlántico, con la lanza de los héroes, resucitaron en nuestras pampas los episodios fabulosos de la historia griega, el combate de los hypántropos, escaladores del Olimpo.

¿Quiénes fueron estos guerreros de aquende el Atlántico? Representantes de dos causas inmortales, jóvenes entusiastas, atletas incansables, guerreros de lanza y de espada, jefes audaces y sufridos, temibles en la lucha corporal, y más temibles en la reyerta del campo de batalla, ambos vivieron á orillas del Guaire y ambos conquistaron gloria y nombre en los campos venezolanos; ambos corazones generosos, espléndidos, después de haber alcanzado en una misma ciudad, edad octogenaria, murieron lejos del patrio suelo. — ¿Cómo se llamaron? — El uno es aquel Garcí González de Silva, conquistador de los Caracas, vencedor de los Caribes, cuyos hechos portentosos llenan las páginas de la historia antigua de Venezuela. Al otro lo conoce la historia moderna de nuestra emancipación política con el nombre de Páez. El uno tuvo por teatro de sus proezas los valles que bañan el Guaire, el Tuy y el Aragua, las costas cumanagotas, la mole del Avila, la llanura carabobeña, y las sabanas del Guárico. Al otro le pertenece la dilatada pampa venezolana bañada por los grandes tributarios del Orinoco, á saber, el Guárico,

el Cojedes, el Portuguesa, el Apure, el Arauca, etc.; la pampa ya seca, alegre, donde pasta el toro y riela la luz sobre la hierba que aplasta el corcel belicoso en su carrea de triunfo, en persecución de los enemigos de la patria; ya inundada, nuevo océano donde la cuadrilla guerrera á las órdenes de Páez, nada, y jinetes y bestias, lanza en la boca, la siniestra con la rienda sobre el anca del animal, y la diestra libre, se dirige impetuosa sobre los esquifes anclados, desde donde los enemigos de la patria reciben á los hypántropos con granizada de balas.

* * *

¿Cuántos puntos de semejanza entre estos dos adalides del patrio suelo, entre estos dos corazones incansables, siempre en pos de un ideal! Abrimos la historia antigua de Venezuela por Oviedo y Baños, y variadas escenas, en las cuales se sublima el famoso Garcí González, se reflejan en hechos semejantes de la vida militar de Páez.

Cuando á orillas del Guárico, Garcí González, empeña batalla contra numerosas huestes caribes, en el furor de la pelea va en persecución de uno de los sobresalientes caciques, cuando caballo y jinete caen por tierra. Levántase el castellano y ve á su caballo espantado que, dando relinchos y corcobos, se lanza sobre el escuadrón caribe, lo rompe y pone en desorden. Tras este suceso inesperado, los jinetes castellanos arremeten y hacen en los contrarios espantosa carnicería. Esta escena era la precursora de la estratagema de Páez, cuando en una noche de 1817, lanza sobre el campamento de Morillo caballos salvajes que llevaban atados del rabo cueros secos, al mismo tiempo que disparaba al aire algunos tiros: « Los caballos partieron furiosamente dispersados por entre el campamento, escribe Páez, y los españoles creyeron que les venía encima una tremenda carga de caballería; varios cuerpos rompieron el fuego, cundió el desorden por todas partes, y nuestros caballos hicieron más estrago en su impetuosa carrera que los dos mil bueyes que Aníbal lanzó sobre el campamento romano. Al día siguiente no pudieron los españoles ponerse en marcha y dos ó tres días perdieron en organizarse. »

¡ Cuán terrible es la embestida que con sus cuarenta y siete

jinetes, á orillas del Unare, da Garcí González de Silva á los tres mil cumanagotos que, en la orilla opuesta, le aguardaban. A nado pasan los jinetes el río, y antes de que pudiera auxiliarlos la infantería, ya habían dispersado las huestes indígenas, dejando el campo lleno de cadáveres.

Tal hecho de armas, en aquellos remotos tiempos de la fundación de Caracas, días, en que descollaba el famoso paladín castellano, por sus proezas fabulosas, era como el precursor del inmortal reto de Páez al pacificador Morillo en 1819, á orillas del Arauca; ciento cincuenta jinetes contra siete mil soldados. *Vueltas las lanzas en rayos*, así comienza el historiador Oviedo á relatarnos la historia de este portento. Uno de los ciento cincuenta centauros de Páez, el venerable general Paredes, al referirnos los incidentes del reto de las Queseras, comenzó diciendo : *La Lanza de Páez* en los ardores de aquella singular refriega, simulaba los zig-zags del rayo eléctrico. ¡ Cuántas coincidencias en los incidentes geográficos, en el número de los combatientes, en las frases de los historiadores ! ¡ Cómo se acercan los héroes y los tiempos.

El incendio de las sabanas, treta de que se valían los indios contra los castellanos, en los días de las conquistas de Garcí González de Silva, fué en la táctica de Páez, admirable recurso contra los ejércitos españoles. Así los ardides de los defensores del patrio suelo concordaban. En un caso el castellano debía ser el vencedor, vencido en el otro.

El historiador de la conquista venezolana nos refiere hechos admirables conexionados con la agilidad, el valor, la astucia que salvaron en repetidas ocasiones al de Silva. Ya sale con vida de manera milagrosa, en la noche triste de Salamanca ; ya al oorrer de su caballo, traspasa el cuerpo del temido Yoraco, y le suspende en los aires ; ya astuto, aparece de súbito en los ejércitos indígenas, dejando rastros de sangre, antes que los contrarios, aterrorizados, tornaran en sí ; ya sólo, ya acompañado de pocos, siempre aparece victorioso, admirable y al mismo tiempo generoso y espléndido; ya en lucha personal, finalmente, contra Tamanaco, ambos armados y temibles, le deja tendido, cuando meses más tarde, el célebre cacique, curadas las heridas, viene de paz á Caracas y tiende mano amiga al famoso vencedor.

Cuando en una de las terribles refriegas del batallador de la pampa venezolana contra los ejércitos españoles, cae en el campo patriota un joven prisionero, de noble porte y simpático trato, Páez queriendo salvarle, le propone una lucha sin armas. Comienza el reto, cuando á poco, Páez cae ; pero los centauros de éste comprendiendo que el jefe se ha dejado caer voluntariamente, piden la muerte del gallardo prisionero. Páez, no logra convencer á los suyos, se retira y el mancebo es sacrificado.

Hay un hecho en la vida militar de Páez, del cual no han hablado los historiadores ; es uno de esos incidentes, de los cuales el llanero no hace gala, y que habla muy alto de la sagacidad, sangre fría, impavidez del héroe de las Mucuritas y de las Queseras. Es el siguiente :

En un sitio de la pampa apureña, en el centro del dilatado paño de llanuras conocido con el nombre de Sabanas zamorianas, está una *mata* que llaman *Mata de la Guardia.* En una mañana de 1817 á 1818, estaba Páez en este lugar, acompañado de doscientos centauros, pertenecientes al ejército de Apure, cuando divisaron en el horizonte, al Norte de la pampa, hermosa madrina de caballos cerriles. En la necesidad que tenían de caballos, resuelve Páez apoderarse de la madrina, y al efecto sale con veinte lanceros en pos de aquélla. Estaban ya divididos en varios grupos, con el objeto de estrechar la madrina, cuando son acometidos de súbito por un piquete de cuarenta lanceros españoles que habían salido de *Mata corta* distante dos cuadras del lugar donde los lanceros de Páez acorralaban la madrina codiciada igualmente por los contrarios.

Al grito de al arma, dado en repetidas veces por los centauros de Páez, torna éste la cara, á tiempo que un oficial español, á caballo, á media vara de distancia, levantaba el sable sobre la cabeza de Páez. Este, sin sorprenderse y como si se tratara de un ejercicio de destreza, *saca el hueso*, como dice el llanero, es decir, se deja rodar por el lado derecho y abandona la silla sobre la cual cayó el sablazo del oficial español, partiendo el asiento. Hecho increíble ! Con la rapidez del pensamiento, Páez hundía la lanza en el pecho de su contrario y lo levantaba en el aire, en el momento en que el sable impulsado por la mano que lo dirigía, dejaba profundo surco en la silla del caballo.

Después de doce ó más muertos, entre ambos combatientes, Páez regresó á su campamento de la Mata de la Guardia, distante tres leguas del lugar del choque. En el primer momento, las tropas de Páez pusieron en duda el suceso, prodigio de agilidad, de fuerza, de valor; pero al enterarse de los pormenores, prorrumpieron en vítores á Páez, y á los diez y seis centauros que se habían salvado de manera tan sorprendente.

Los tenientes de Aquiles, es decir, la falange de los espíritus guerreros, de los hombres esforzados, que, en todas las épocas y en todos los pueblos, han contribuído con el heroísmo á los triunfos y glorias del patrio suelo, presidido por el vencedor de Troya; ¡qué tema para el arte, que envidiarían Píndaro, Apeles y Fidias!

CABEZAS, CORAZONES Y HUESOS

III

Cabeza, corazón y huesos, es como si dijéramos; trono de la inteligencia creadora, fuente del amor, palanca del movimiento y defensa de este organismo admirable de Dios que se llama cuerpo humano. Y como el ser pensante no sólo crea y siente, sino que también destruye, odia y pone en juego todas las ferocidades que puede concebir la inteligencia y acariciar el corazón, sucede que sólo á él es potestativo descorazonar á sus semejantes, decapitar, cuando y como le convenga, y botar los huesos de la víctima que servirán para base de alguna industria ó de abono calcáreo á la humilde planta, al parecer desheredada, que se alimenta de los despojos humanos en todas las regiones del globo.

El arte ha fijado en el lienzo las cabezas de muchos decapitados, desde los más remotos tiempos; y al admirar nosotros el arte en su verdad, nos hemos transportado á los hechos que, en la historia de la humanidad, señalan con escenas de horror ciertas etapas sangrientas. En los días bíblicos, David ostenta ante el campo de los filistinos, la cabeza enorme de Goliath, á quien había vencido en guerra galana en presencia de ambos ejércitos. De igual manera

ostenta Judith la cabeza de Holofernes, ante el pueblo de Israel. Sábese que Herodías para vengarse del Bautista, pidió la cabeza de éste y, más llena de lascivia que de venganza, se recreó en herir con una aguja la lengua del precursor. La esposa de Antonio tuvo el mismo deleite con la de Cicerón. Si la hija de Betulia, si el rey David, obedecieron al noble sentimiento de la patria, en Herodías y la esposa de Antonio, sólo imperó la más ruin venganza. Más noble que estas mujeres fué César, quien al ver la cabeza de Pompeyo su rival, se deshace en lágrimas y despide con indignación á los asesinos que creyeron lisonjearlo. ¡ Cuántos contrastes en los múltiples dictados del corazón humano !

Entre los romanos se consideraba como afrentoso el suplicio de la cruz y bastaba ser ciudadano romano para en casos dados, pedir la degollación. Por esto San Pablo, al ser sentenciado á muerte, exclamó ante sus jueces *Soy ciudadano romano*. Y la cabeza del apóstol de las gentes fué cortada, mientras que el Príncipe de los apóstoles fué crucificado de una manera más que afrentosa, con la cabeza hacia abajo para que se diferenciase del Divino Maestro.

La degollación nació con las primeras guerras y conquistas del hombre, y mientras más envejece la humanidad más cabezas habrá que enviar á la fosa. La célebre guillotina, instrumento moderno que, durante la revolución francesa, estuvo en acción, cortó millares de cabezas. Según Prudomme, durante los tenebrosos días, la máquina cortó 18.643 cabezas [1].

1. Con el título de *los Horrores de la Revolución francesa*, el periódico *la Croix*, de París, publicó, hace algunos años, la estadística de los asesinatos efectuados en 1793, según datos del historiador Prudomme. Es el siguiente :

GUILLOTINADOS

Varones nobles	1.278
Mujeres nobles	750
Mujeres de labradores y artesanos	1.467
Religiosos	350
Sacerdotes	1.135
Varones no nobles de diferentes estados	13.663
Total de guillotinados	18.643

El historiador Prudhomme continúa :

Mujeres que abortaron por los efectos del terror	3.748
Niños asesinados en la Vendée	22 000
Mujeres asesinadas en la Vendée	15 000
Asesinados en la Vendée	300.000

Y á tal grado llegó la borrasca de sangre y de odios, y tantas las cabezas que fueron colocadas en picas, que con la de la princesa de Lamballe, llegaron á golpear las ventanas del Temple donde estaba presa María Antonieta, para de esta manera herirla en su dolor y anonadarla en sus temores.

*
* *

Entremos en los dominios de nuestra historia.

En la legislación española, á los reos de estado, después de ahorcados, se les cortaba cabeza, brazos y piernas que eran colocados en los caminos públicos. Así, la cabeza del famoso tirano Lope de Aguirre (1560) fué puesta en una jaula de hierro y fijada en la plaza del Tocuyo, donde permaneció, durante muchos años. La mano izquierda fué destinada á los vecinos de Valencia y la derecha á los de Mérida; pero como la razón domina á la pasión, sucedió que ambas manos, por considerar inútiles tan infames alhajas, como escribe el cronista, fueron lanzadas á los perros.

Cuando llegan los días de la revolución de Gual y España, la cabeza de este patricio, después de ser ahorcado, es tronchada, lo mismo que las extremidades. En la sentencia se escribió lo que fué ejecutado: «... Mandamos que precedidas sin la menor dilación, las diligencias ordinarias conducentes á su alma, sea sacado de la cárcel arrastrado de la cola de una bestia de albarda y conducido á la horca, publicándose por voz de pregonero sus delitos ; que muerto naturalmente en ella por la mano del verdugo, le sea cortada la cabeza y descuartizado; que la cabeza se lleve en una jaula de fierro al puerto de La Guaira, y se ponga en el extremo alto de

Víctimas de Lyon	31.000
Víctimas de Carrier (Nantes)	32.000
Total de víctimas	422.391

De éstos, según Prudhomme, murieron :

Niños fusilados y ahogados	2.000
Mujeres ahogadas	564
Sacerdotes fusilados y ahogados	760
Nobles ahogados	4.000
Artesanos ahogados	5.300

Tan horribles como estas cifras son las siguientes palabras que el diputado Michelin ha pronunciado en una de las sesiones de las Cámaras francesas, ahora años :
« Aun no se fusiló á bastante gente en 1793. »

una viga de treinta pies, que se fijará en el suelo á la entrada de aquel pueblo por la puerta de Caracas; que se ponga en otro igual palo uno de sus cuartos á la entrada del pueblo de Macuto, en donde ocultó otros gravísimos reos de Estado á quienes sacó de la cárcel de La Guaira y proporcionó la fuga; otro en la vigía de Chacón, en donde tuvo ocultos los citados reos de Estado; otro en el sitio llamado « Quita calzón, » río arriba de La Guaira, en donde recibió el juramento contra el rey; y otro en la Cumbre donde proyectaba reunir las gentes que se proponía mandar... »

A poco andar, en 1806, con aparato militar es quemado en la plaza mayor de Caracas el retrato de Miranda y también su bandera y proclama. En este acto, al cual asistieron todos los empleados y tropas de la capital, se exhibieron en jaulas especiales las cabezas de los ciudadanos norteamericanos, cogidos en la reyerta de Ocumare de la Costa. Con cabezas ensangrentadas de españoles comienza la contrarrevolución de julio de 1811, y con cabezas ensangrentadas se abre la campaña de 1813, dirigida por Bolívar. Cuando llegan las noches siniestras de 1814, ya el degüello estaba en todo su esplendor. Después de la muerte de Boves en Urica, á fines de 1814, la cabeza de Ribas enviada á Caracas desde el Valle de la Pascua, aparece sobre la picota en la plaza mayor de Caracas, y después en una jaula de hierro en el camino pedregoso de la montaña del Avila.

Esquina de las cabezas se llamó en aquella época, la actual de Jesús, porque en este sitio se fijaban sobre grandes palos las jaulas de hierro que contenían las cabezas de los patriotas. Más tarde, las cabezas fueron colocadas en el sitio llamado de Palo Grande. *Casa de las cabezas* llamaron en la misma época (1814), la segunda de las dos que figuran frente á la fachada Este de Santa Teresa, que aún pertenecen á la antigua familia de Monserrat. En aquella vivía el Gobernador Quero, y en el dormitorio frente al portón, se iban depositando las cabezas que debían figurar en los sitios que indicara la autoridad militar.

El Gobierno de Venezuela, en 1806, puso á precio la cabeza de Miranda y ofreció por ella *treinta mil pesos*. Abierta la suscrición para reunir la suma, ésta alcanzó á 19.850 pesos, los cuales fueron enviados en 1809 al Gobierno de España, que atravesaba una época

aflictiva. Desde la pequeña contribución de 37 centavos hasta la cantidad de $ 500, la sociedad de Caracas quiso salir de Miranda, por mil causas que sería enojoso recordarlas hoy. Cinco años más tarde, Miranda se reunía con los diputados donadores de 1806, para apoyar los mismos principios políticos que había proclamado en aquella época, á saber : la creación de Colombia, la bandera tricolor, la independencia del patrio suelo.

Esta tasación de cabezas no era cosa nueva en el gobierno colonial : eran recursos de aquellos tiempos que se ponían por obra para destruir á los jefes enemigos, estimulando la codicia de todos los aventureros y especuladores. Recordemos el famoso bando del Gobernador Salvador de Moxó, publicado en Caracas en 25 de mayo de 1816, y en Cumaná en 14 de junio del mismo año. Dice :

« A fin de poner término á las maquinaciones con que por todas partes intentan turbar la tranquilidad pública de las provincias de Venezuela los rebeldes españoles Simón Bolívar, José Francisco Bermúdez, Santiago Mariño, Manuel Piar y Antonio Brión, después de haber agotado los recursos que ofrece la compasión y benignidad para traer al verdadero reconocimiento de sus errores á todas las personas que siguen las detestables máximas de rebelión de que están empapados aquellos sanguinarios, que abandonados á la desesperación intentan por todos medios acaudillar gentes para sostenerse en su iniquidad; he tenido á bien decretar : que cualquiera persona que aprehendiere viva ó muerta la de aquellos traidores, y cualquiera otro de su especie, como Juan Bautista Arismendi en Margarita, será remunerado con la cantidad de diez mil pesos en que se tasa la cabeza de cada uno de ellos, cuya cantidad se abonará por la real hacienda. Y para que llegue á noticia de todos, imprímase y circúlese. Dado en Caracas, á 25 de mayo de 1816.— *Salvador de Moxo.* »

Ni á Bolívar, ni á sus tenientes se les ocurrió, durante la prolongada guerra de independencia, poner á precio la cabeza de ningún jefe peninsular.

*
* *

Respecto de corazones, la extracción de éstos obedece desde remotas épocas, más al fanatismo y á la vanidad que á las feroci-

dades humanas. Los aztecas sacaban el corazón á las víctimas destinadas como ofrenda á los dioses de piedra; y Atahualpa en el Perú hacía sacar el corazón á millares de rebeldes y los sembraba, para conocer si el corazón de sus contrarios contribuía al desarrollo del maíz.

En la historia de los dos primeros Arzobispos de Caracas y de Venezuela, Monseñor Ibarra y Monseñor Coll y Prat, los corazones de estos prelados figuran de una manera muy original. Cuando murió el primer pastor, se le concedió al Seminario y á la Universidad la lengua y parte de las entrañas; á la Catedral cierta porción de su cuerpo; al pueblo de Guacara otra, y al convento de las Monjas Concepciones el corazón y los ojos. Para cada uno de estos despojos mortales hubo una lápida, mas hoy todos yacen reunidos en el Panteón.

El corazón de Coll y Prat no encontró reposo como el de su predecesor, sino que vagando durante ochenta años, desde 1822, época en que murió el prelado, ha sido exhumado en estos días, agosto de 1892. Homenaje tan justo como necesario es obra que honra al actual Cabildo eclesiástico. Reciba este el homenaje que, por desidia, no quisieron aceptar los predecesores de este cuerpo colegiado de la Iglesia venezolana.

Cerca del corazón de Coll y Prat yace el del coronel Girardot. Cuando en los días del terror 1814, Bolívar trajo en procesión triunfal el corazón del distinguido guerrero muerto en Bárbula, aquel fué enterrado tras del altar mayor. Pero tras de Bolívar llegaron los vencedores y el corazón de Girardot fué reclamado por el gobernador Quero para ser colocado sobre una picota en la plaza mayor de Caracas. Coll y Prat, previendo el atentado, sacó el corazón del lugar donde estaba, para sepultarlo en el corredor del templo que conducía al antiguo cementerio de éste, hoy colegio episcopal. En el curso del tiempo los dos corazones han cambiado de sitio. Dejó el de Coll y Prat la secretaría del Cabildo donde reposaba, mientras que el de Girardot, después de haber permanecido muy cerca del lugar donde reposa el del Prelado, fué sacado por éste y colocado muy cerca de la secretaría del Cabildo. Así son los cambios que opera la justicia en la historia de los hombres [1].

1. Véase el folleto intitulado ROJAS. El corazón de Girardot, 1813-1814. Un corazón que clama por sepultura, 1822-1891. Caracas, 1891. 1 folleto en 8° de 29 páginas.

¿ Donde está el corazón de Bolívar?

*
* *

Nos refiere el Génesis que el Divino arquitecto formó á la primera mujer de una costilla del primer hombre. Con esto le dió á Eva cierto carácter de incorruptibilidad que la Iglesia católica complementó cuando, entre los bellísimos conceptos dados á la Virgen María, le dice, *Turris eburnea*. Por otra parte nos refiere la Biblia que con una quijada de burro sacrificó el primer criminal al primer justo. Los huesos, y sobre todo los huesos humanos, tienen que figurar por lo tanto, en la historia de la humanidad. De huesos están llenas las ciudades y los campos, las llanuras y las montañas, los lagos y el Océano. De osarios están repletos los campos de batalla, los altares del paganismo y del cristianismo, las catacumbas romanas. En los relicarios, en los amuletos, en los objetos de uso doméstico, el hueso figura siempre en primera línea.

Nada en el arte, en la ciencia, en la industria; nada en el mundo tiene la elocuencia del hueso, porque nada puede simbolizar el pasado, el presente y el porvenir, como la calavera humana. La calavera es el triunfo del hueso sobre la carne y esta victoria tiene que ostentarse de uno á otro polo de la tierra. Vivimos sobre despojos animales, sobre osarios, desde las épocas geológicas.

El subpavimento de nuestros antiguos templos, está repleto de huesos humanos; el pavimento de los antiguos zaguanes y corredores de las casas caraqueñas fué hecho con huesos animales, y aun se conservan restos de esta costumbre. En remotos tiempos el empedrador figuraba después del *enhuesador*. Este industrial de la antigua Caracas ha desaparecido por completo.

En la actual plaza de La Guaira, llamada de La Alameda, figuró en pasados días, un templo que fué destruído por el terremoto de 1812. Bajo las ruinas yacen los despojos mortales del Obispo Francisco Julián de Antolino, que murió en aquel puerto en 1755. En los días de Colombia, la autoridad política hizo una plaza en el área del antiguo recinto. Reclamó el Arzobispo Méndez, contra tamaño abuso, alegando que el lugar estaba santificado por dos motivos, pero nada pudo conseguirse.

Cuando fué reconstruído el antiguo convento de las madres Carmelitas, la autoridad política de Caracas participó á la población que iba á removerse el pavimento del templo y que cada familia estaba en el deber de exhumar los despojos de sus parientes. Acudieron los interesados, se llevaron los huesos que les pertenecían y sólo quedaron sin removerse los del mariscal Carbonel, gobernador de Caracas que murió en 1796. Cuando llegó la hora de la reconstrucción, los huesos del Mariscal fueron lanzados á la carreta de los albañiles que se encargaron de transportar la tierra sobrante del convento á la quebrada del Toro, donde se levantaba á la sazón un puente. Este nombre de la quebrada del Toro, nos trae á la memoria los días en que Carbonel, mandatario débil, dominado por el círculo Toro, entonces en alza, escribía al monarca de España. « Ya no puedo más. Los señores Toro me han hecho cambiar por completo el personal de los empleados. » Pobre Mariscal, cuando parecía que estabas en reposo, los reformadores de Caracas, sacan tus huesos que, confundidos con tierra, van á rellenar paredes en la quebrada del Toro.

La bandera negra del ejército de Boves ostentaba en el centro una calavera y abajo huesos cruzados. Los escritores ingleses que militaron con Bolívar en 1818, después de hablar del uniforme que llevaba aquel, agregan que cargaba una lanza liviana en cuya banderola figuraban bordados una calavera sobre huesos cruzados. Abajo se leía : *Muerte ó libertad*[1].

Cuando Páez tomó á San Fernando en 1818, al entrar en la plaza del poblado, tropezó con la picota donde todavía figuraba la calavera del patricio comandante Pedro Aldao, cuya cabeza había remitido Boves á esta plaza, desde el campo de La Puerta en 1814. « Al apearla, escribe Páez, para hacerle honores y darle sepultura cristiana encontramos, dentro de ella, un pajarillo que había hecho en la cavidad su nido y tenía dos hijuelos. El pájaro era amarillo, color distintivo de los patriotas. »

Los huesos viajan, las tumbas se desmoronan : la materia en constante metamorfosis no perece, cambia de sitio. El polvo de las antiguas generaciones sepultadas en el cementerio del Este se ha

1. *Campaigns and Cruises et London*, 3 vol. 1831.

tornado en savia que ha pasado á otros seres. Cuantas verduras habremos saboreado que alimentaron polvo vital de nuestros deudos y amigos. Los mármoles del antiguo cementerio desaparecieron unos, otros están en los quicios de las actuales puertas de la Universidad y del Cuerpo Legislativo. *Tout passe*, *tout casse*, *tout last.*

*
* *

Para coronar esta silueta histórica, recordemos tres hechos conexionados con el título de ella, y en los cuales brillan el amor de la esposa recta, el suplicio de la esposa impura, la venganza de la hija y la infamia de la mujer criminal. Hablemos de la cabeza de Raleigh que guarda con veneración la viuda desgraciada; del corazón del cruzado que saborea y digiere Gabriela de Cauci; de la copa de hueso, hecha del cráneo de Cunimondo, donde bebe su hija Rosamunda, esposa del asesino de su padre.

Entre los decapitados de que nos habla la historia, desde el degüello de los inocentes en los días de Herodes, hasta el de Santa Ana, en la pampa venezolana de Barcelona, ninguna cabeza nos hace pensar en la fragilidad de las cosas humanas como la de Gualterio Raleigh. La vida de este personaje es una serie de aventuras admirables, en la cual tiene Venezuela su parte, por haber figurado Gualterio, durante dos ocasiones, en aguas del Orinoco. Decapitado, su esposa hace recoger la cabeza que guarda y venera; recuerdo perenne del esposo muerto que la estimuló quizá á tener con ella confidencias que sólo Dios escuchó. Pasan los años hasta que la esposa de Gualterio, cercana á la muerte, ordena que con su cadáver ser enterrada la cabeza de su esposo. Hé aquí la esposa levantada[1].

En la historia romántica de los corazones enamorados, el del cruzado, amante de Gabriela de Cauci, nos habla de cuanto es capaz el espíritu celoso. El amante antes de morir en campo musulmán, ordena á su paje que le extraiga el corazón, lo guarde en la urna de cristal que lleva consigo, y que torne á Italia, y se lo lleve á la dama de sus ensueños. El marido tropieza con el paje, toma la prenda y

1. Véase el cuadro titulado *Sir Gualterio Raleigh*, vol. 2.° de nuestras *Leyendas historicas*,

de acuerdo con el cocinero, el corazón en fricasé figura á los pocos días en la mesa del condestable de Cauci. Gabriela sin saberlo, gusta del rico plato, come en dos ocasiones, queda satisfecha, cuando al pronto el celoso marido le revela todos los pormenores que ella ignoraba, presentándole la guedeja de cabellos que acompañaba á la yerta entraña. Gabriela habla, se condena á sí misma, y á poco muere de hambre. Si la venganza fué cruel, el arrepentimiento fué noble[1].

La historia de la copa de hueso hecha del cráneo de Cunimondo, rey de los Cepidas, despierta sentimientos diversos. Alboíno, rey de los Lombardos, al vencer á su rival Cunimondo, le hace decapitar, y del cráneo hace una copa que figura en sus comidas. Al mismo tiempo, obliga á la hija del decapitado á que sea la esposa del vencedor. Rosamunda estimulada por su esposo bebe en el cráneo de su padre. Pero á poco, ella enamorada de Helmichildo, se vale de éste para sacrificar á su marido, casándose inmediatamente con el asesino. A su turno, Rosamunda quiere envenenar á su segundo marido para sustituirlo con Longino, pero Helmichildo la obliga á tomar el veneno para él destinado. He aquí la hija que venga á su padre, y la esposa doblemente criminal.

CONTRA INSURGENTE AGUA CALIENTE

IV

Desde el 19 de abril de 1810, comienzo de la revolución que. después de desastres y matanzas, concluyó victoriosa en las alturas de Ayacucho, en 1824, la familia venezolana hubo de dividirse en dos bandos políticos : españoles y americanos, ó en términos más locales, godos y patriotas. Sostenían los primeros la realeza, los segundos la República. Con estos epítetos acompañados de odios y de persecuciones por ambas partes, todos llegaron á la última meta. Vencieron los patriotas y se fueron los godos oficiales, pero que-

1. En el cuento de Boccacio que versa sobre este tema, hay variantes que no concuerdan con la historia del hecho.

daron los urbanos que muy necios hubieran sido, al abandonar el suelo donde tenían sus hijitos y propiedades.

Cuando reventó la revolución de 1810 no había partidos, pero cuando á poco se trasparentaron las ideas republicanas, los realistas pusieron el grito en el cielo y la reyerta comenzó, y con esta las persecuciones, las diabluras políticas de 1811, finalmente el terremoto de 1812, como precursor de la caída del gobierno patriota. Surgen de nuevo los patriotas en 1813 para sucumbir en 1814. Desde fines de este año hasta 1821 estuvieron los beligerantes de quien á quien hasta que ondeó, de veras, el pabellón de la República en Carabobo en 1821 y en Puerto Cabello en 1824. Tascaron el freno godos y godas, á pie firme y comenzaron los retozos republicanos. Pero lo más sorprendente para los vencidos fué que habiendo cundido el contagio en toda la porción española del continente de Colón, Bolívar se encargó de llevar la victoria hacia el Sur, y galopando sobre el dorso del Ande, la condujo hasta las nevadas y volcánicas cimas de la soberbia cordillera. Desaparecieron desde entonces los godos de antaño pero quedan los de ogaño, con quienes no romperemos lanzas.

Entre las familias caraqueñas, los odios políticos estuvieron tan acentuados, durante la guerra á muerte, que hubo algunas de ambos bandos, que con ó sin intención tropezaban para vapulearse públicamente en las calles de Caracas. Y aun se refiere de una dama, cuyo nombre dejaremos en el tintero, que no contenta con los encuentros fortuitos, entraba de sopetón en las casas de los contrarios, y fustigaba á cuantos encontraba sin conmiseración. ¿ Quién fué ella y á qué bando político perteneció? ¿ Y que ganaría la historia con conocer estos arrebatos realistas ó republicanos? « Te aconsejo que no te mezcles en los negocios políticos escribía Bolívar á su hermana Antonia en 1826, ni te adhieras ni opongas á ningún partido. Deja marchar la opinión y las cosas, aunque las creas contrarias á tu modo de pensar. Una mujer debe ser neutral en los negocios públicos. Su familia y sus deberes domésticos deben ser sus primeras ocupaciones... »

Y en verdad que las cosas anduvieron muy complicadas, cuando desde 1812 hasta 1819, se fusilaba á los hombres por simple sospecha y se metía á otros en el embudo de los empréstitos hasta que se adelgazaran como anguilas, y exámines, salieran por el pico.

*
* *

La antigua familia Blandain, después Blandín, que tanto figuró en las tertulias caraqueñas de fines del último siglo, y de la cual hemos ya hablado en otra ocasión [1], la constituían al comenzar la guerra á muerte en 1813, dos secciones, con ideas políticas diametralmente opuestas : la española, á la cual pertenecía la familia Echenique con sus entroncamientos de Alzualde, Zarzamendi, Aguerrevere, Medina, Martínez, etc., y la americana donde campeaban las de Blandín, Argain y Báez. Cada grupo siguió su rumbo natural. Por la República se decidieron los hermanos Bartolomé y Domingo Blandín, y los jóvenes Argain y Báez, que figuraron en las filas patriotas. Por la realeza se decidió la familia Echenique con sus entroncamientos.

Concluída la contienda, los patriotas de la familia que estaban en el extranjero, regresaron al patrio suelo donde también quedó la familia Echenique á pie firme llevando levantada la bandera de Ataulfo, se entiende, en sus ideas y aspiraciones políticas. Goda fué la primera pareja, por los años de 1774 á 1775, godos continuaron los hijos, godos los nietos : pero ya entre los biznietos comienzan á despuntar las medias tintas; tal es el influjo de los retozos republicanos sobre el corazón humano. Lo que nosotros admiramos en esta familia es la firmeza política de las matronas á la altura de sus méritos y virtudes sociales. Como los girondinos, cada una de ellas, octogenaria, muere en su ley, envuelta en la bandera de Castilla; y si en sus últimos años no llegaron á perdonar por completo á Bolívar, quizá le pidieron á Dios que le salvara, pues el ideal político de todas ellas estaba más allá del Atlántico[2]. Rindamos culto á la memoria de estas matronas, gala en pasadas épocas de la sociedad caraqueña, y origen de muchas familias actuales de reconocido mérito.

Doña Josefa Echenique, la heroína de esta silueta, casada en primeras nupcias con el comerciante D. Jerónimo Alzualde de quien

1. La primera taza de café en el valle de Caracas. Rojas, *Leyendas históricas de Venezuela*, vol. I.

2. El fundador de la familia Echenique en Caracas, tuvo una hija de su primer matrimonio, doña Josefa Echenique antes de entroncar con la familia Blandín. De las cuatro hermanas Echenique, Josefa, Catalina, Sebastiana y Marta, las tres últimas pertenecieron al segundo matrimonio.

tuvo familia, lo fué en segundas con don Miguel Zarzamendi, también comerciante español. Conocida por su carácter sostenido, en favor de la causa española, algunos del bando patriota la molestaron en 1813 y 1814, inponiéndole contribuciones, y complicándola en enredos y chismografías, armas tan conocidas de todos los partidos políticos. Pero lo que más molestaba á los patriotas era que doña Josefa había casado á su hija María Isabel Alzualde con el coronel Gervasio Medina, del ejército de Morillo, quien militaba por lo tanto contra Bolívar desde 1815. — Así, la señora tenía que andar con los ojos muy abiertos, cuando llegaron los días del armisticio que trajo repique general en los campanarios de los ejércitos patriotas, pues á buen entendedor pocas palabras bastan. Doña Josefa había sufrido, y aunque durante el gobierno español, desde fines de 1814 hasta 1821, había descansado, temía encontrarse con un nuevo orden de cosas. Vivía este excelente matrona en la avenida Este, número 53, casa de su propiedad que había refaccionado, cerca de la esquina del Cují, sitio donde los descendientes de la familia Blandín, tenían variadas fincas que aun conservan casi en totalidad [1].

Comenzaba el año de 1821, después de haber sido roto el armisticio, cuando los republicanos vislumbraron la victoria tan deseada, después de miles de desgracias capaces de afligir el ánimo más templado. Pero como Bolívar era un espíritu inquebrantable que poseía el vuelo del Aguila y la tranquilidad del León, supo sacar partido hasta de las derrotas más vergonzosas... Todo anunciaba que iba á librarse una batalla final entre peninsulares y venezolanos y que el lugar de la contienda sería la llanura de Carabobo. Bolívar lo juzgó así y creyó que la suerte iba á decidirse en el campo afortunado donde ya en otra época, en 1814, le había sonreído la victoria. Para llevar á feliz término su pensamiento, Bolívar se propuso dar jaque á los diversos cuerpos del ejército español situados en diferentes lugares, para evitar la reconcentración de fuerzas sobre el campo de Carabobo, y con tal fin, dispuso que el general

1. Cuando el fundador de esta familia se estableció en Caracas por los años de 1745 á 1746, la ciudad no pasaba por esta dirección de la esquina del Cují (véase la leyenda Cují de Casquero). Por esto los diversos miembros de la familia pudieron hacerse de solares que levantaron de nuevo. La casa de doña Josefa conserva todavia sobre el portón, el sello de la Virgen María.

Bermúdez, por la costa de Barlovento, atacara al jefe español Morales, y á Pereira que tenía tres mil combatientes.

Después de variados sucesos referentes á la historia de esta campaña en los valles del Tuy y de Aragua y cuyos incidentes pueden verse en los autores, Bermúdez, que había ya estado en Caracas y había tenido que dejarla, tornaba á ella por el camino del Este. Propone Pereira una suspensión de armas, pero el jefe oriental contesta exigiendo la capital, la cual abandona Pereira, durante dos días, para situarse en la colina del Calvario. En el mismo día en que se decidía la suerte de la República en el campo de Carabobo entraba Bermúdez con su pequeño ejército á Caracas por la avenida Este. Serían las 9 de la mañana cuando Pereira al ver á su contendor dueño de la Capital, destacó contra él varias guerrillas que comenzaron á tirotear á los patriotas por las calles vecinas al Caroata.

Doña Josefa había visto pasar á Bermúdez al frente de su estado mayor en el cual figuraba como oficial un primo de ella, el comandante Melchor Báez [1]. Sea porque en la mujer el sentimiento político es más ideal, ó porque obedece á ciertas inspiraciones que en ella obran de una manera misteriosa, es lo cierto que á doña Josefa se le ocurrió que el jefe insurgente huiría en esta ocasión, como lo había hecho días antes, no por el camino del Sur, sino por el del Este, y en este caso esperaba verle pasar de nuevo por sus ventanas, para jugar carnaval con el temido cumanés, empaparlo, si era posible, no con líquidos sucios, sino con agua potable elevada á una temperatura más alta que la tibia. Pensar y ejecutar fué obra de cortos instantes, y ya para las dos de la tarde estaba lista el agua, dispuestas las criadas esclavas, que en los postigos de las ventanas, debían sostener la guerrilla y las que adentro debían ayudarlas con pertrechos renovados sin cesar. Contra *insurgente agua caliente*, exclamó doña Josefa después de dar las últimas órdenes á las esclavas dispuestas y contentas á obedecer con adiciones los mandatos de su ama.

El tiroteo entre los contendientes comenzado desde las 9 de la mañana había sido nutrido durante cinco horas, cuando comenzó á

1. Acerca de este oficial distinguido de los patriotas, hombre de pelo en pecho, hablaremos más tarde.

menguar. Bermúdez había obtenido el más completo triunfo contra las guerrillas de Pereira y todas habían vuelto á subir la colina del Calvario en solicitud del jefe español que se había situado en el picacho más elevado, donde figura hoy el Observatorio astronómico. En disposición de continuar, Bermúdez deja su retaguardia en la plaza mayor y con el frente de su ejército sigue al puente de San Pablo y comienza la subida, cuando un incidente inesperado, da al traste con los vencedores, y la más espantosa derrota se apodera de los patriotas. Eran las tres dela tarde. Es el hecho que el corneta de órdenes, en lugar de tocar adelante, toca retirada. Al instante prende el desorden, cunde el pánico y no hay fuerza capaz de contener el desbordamiento de las tropas.

Con la rapidez del rayo, Bermúdez descarga sobre el cuello del corneta fuerte sablazo y la cabeza del infeliz rueda por tierra. El terrible sable se descarga sobre el cuerpo de los fugitivos más cercanos, sobre oficiales y soldados y nada puede conseguirse. Los oficiales pundonorosos logran reunir agrupaciones de cuatro ó más soldados, Bermúdez al galope de su corcel viene á la plaza Bolívar, en solicitud de su retaguardia ; pero ya esta y la impedimenta compuesta de indios cumanagotas se habían dispersado en variadas direcciones. Bermúdez lleno de ira y con el brazo no fatigado aun de planear y de cortar cabezas, retrocede, se multiplica, despacha oficiales con órdenes severas, se defiende personalmente de las primeras guerrillas españolas desprendidas de la colina del Calvario, pero todo es inútil. Había sonado la hora de la derrota, y sólo le quedaban montoneras sin cohesión y parte del estado mayor. Entonces, desesperado, llevando la esclavina rota y el pecho herido, emprende la huída por la prolongada avenida Este. Ya el grito de « derrota », repetido por millares de bocas, había penetrado en todas las casas del poblado, y por todas las calles en dirección de Oeste á Este, no se veían sino soldados y pelotones fugitivos en solicitud de las arboledas del Guaire y del Anauco.

*
* *

Al despuntar la comitiva de Bermúdez por la esquina de Marrones, doña Josefa exclama, « ha llegado el momento », y las criadas se

aprestan en los postigos, cada una con su totuma llena de agua más que tibia. Doña Josefa iba á asistir á una escaramuza carnavalesca, desde la puerta de la sala que mira al corredor. La comitiva pasa las primeras ventanas á la izquierda del zaguán, donde doña Josefa nada había ordenado, por estar bajas, cuando se acerca el grupo de fugitivos á la primera ventana de la derecha.

« *Contra insurgente agua caliente* exclaman las criadas de la primera ventana, al lanzar sobre el grupo las primeras totumadas de agua. » Al instante Bermúdez se detiene. *¿ Qué es esto?* exclama sorprendido ; *miserables esclavas*, agrega, cuando de dos ventanas aun tiempo sigue el carnaval y los gritos de *contra insurgente agua caliente*. Enfurecido Bermúdez, prorrumpe en frases destempladas, y de su boca salen sapos y culebras, cuando se escucha en repetidas ocasiones la frase de *contra insurgente agua caliente;* y tras de cada apóstrofe, allá iban totumadas de agua.

Detén á tus esclavas Josefa, dice entonces el comandante Báez que pertenecía á la comitiva, y por toda contestación las esclavas le endilgan totumadas de agua. Bermúdez está como fuera de sí, trata de herir á las guerrilleras, y éstas ocultando el bulto, vuelven á bañarlo. El combate se ha hecho general, y si imprecaciones y amenazas contra los godos salen de la boca de los fugitivos, agua va de las ventanas de doña Josefa. Altaneras aparecen las guerrilleras con el triunfo, colérico Bermúdez y su Estado Mayor, cuando por intervalos vuelve á escucharse la voz del comandante Báez que repite : « *Josefa detén á tus esclavas.* »

Aquella reyerta carnavalesca duraba ya tres minutos, cuando Bermúdez, queriendo marcar la casa de doña Josefa, descargó un sablazo sobre una de las celosías, y continuó : « *Ya sabrás infame goda* exclamó, *á quien has querido ultrajar.* Y no había concluído la frase de amenaza, cuando cayeron sobre el grupo de fugitivos nuevas totumadas de agua. Y contra insurgente agua caliente. Todavía, al emprender la retirada, de la última ventana, una de las esclavas más diestras baña con la última totumada de agua el anca del caballo del primo hermano de doña Josefa.

Los que han presenciado alguna de esas interesantes escaramuzas, del carnaval moderno, en este mismo sitio de la avenida Este, cuando la juventud elegante de Caracas en carruajes llenos de ra-

milletes y de cestillos de flores, entra en combate contra las beldades que engalanan las ventanas, podrán formarse idea del carnaval de agua caliente que jugó doña Josefa Echenique con el famoso general cumanés, en la tarde de la rota del Calvario, 24 de julio de 1821.

Cuando los fugitivos continuaron con ampollas en el pescuezo, casi todos, Bermúdez iba lanzando bocanadas de metralla y de espuma contra doña Josefa y las godas de Caracas. Y tan furioso iba y tan temible, después de haber cortado cabezas, planeado á centenares de soldados y recibido el baño carnavalesco de doña Josefa Echenique, que cerca de Sabana Grande, al tropezar con un sargento que no atendió á la llamada, de un sablazo le separó el pecho del tronco.

Cuando á los pocos días, después de Carabobo, llegó Bolívar á Caracas, al ser enterado de todos los accidentes de la derrota de Bermúdez, y entre otros, del carnaval de doña Josefa Echenique exclamó : « La goda tiene razón y ha obrado con talento. Tras de una mañana de tiroteo y de fatiga bien asienta por la tarde un baño refrigerante. »

*
* *

Concluída la guerra, las amenazas de Bermúdez, se desvanecieron, olvidóse del percance carnavalesco y nadie volvió á molestar á doña Josefa. Pero un incidente inesperado, si por un lado causó satisfacción, años más tarde, á la señora, por el otro le produjo sinsabores que oportunamente cesaron por la intervención de Páez y de Soublette : fué el siguiente :

Durante los meses en que Bermúdez, años después de 1821, permaneció de paso en Caracas, vivió en la esquina del Cují, cerca de la casa doña Josefa Echenique. Desde la Habana el coronel Medina había pedido á su familia en Caracas que le remitieran su tricornio de parada que necesitaba. Con este objeto, la familia se valió de un car intero que debía acomodar la encomienda en caja especial ; más éste, que guardaba cierto rencor oculto contra Medina, en lugar de construir el mueble, tomó el sombrero y se lo llevó de regalo al general Bermúdez, asegurándole que aquella prenda la había que-

rido comprar una familia goda para regalarla al coronel Cisneros, entonces sublevado contra el Gobierno de Colombia y á favor de los Españoles. Bermúdez aceptó el regalo y de éste hizo uso en variadas ocasiones.

« Que papujado va el general insurgente », dijo doña Josefa á su familia, al verlo pasar en cierta tarde, á Bermúdez que, como todos saben, tenía abultado el pecho y arrogante el busto. « Pero lo que más hermosea á este Adonis de los insurgentes, añadió la señora, es el rico tricornio de mi yerno, el coronel Medina, que con tanta gracia cubre la peinada melena de este loco cumanés. »

No contentos los enemigos políticos de doña Josefa, al verla tranquila en su casa, hubieron de fraguar contra ella una calumnia, diciendo que tenía correspondencia con el cabecilla Cisneros, que había comprado un tricornio para enviárselo y mil vulgaridades más, del mismo jaez. Ábresele un juicio á la señora con el único objeto de sacarle dinero, comienza el proceso que alimentaban unos tantos farsantes políticos. Y ya habían salido de las arcas de la señora, centenares de pesos, cuando Páez y Soublette hubieron de intervenir y poner punto final á tamaña iniquidad.

Doña Josefa Echenique había jugado carnaval con uno de los leones patriotas, había perdido el tricornio de parada de su yerno y por añadidura algunos centenares de pesos. Todo lo hubiera perdido con satisfacción, menos sus ideas políticas, pues ella y sus hermanas murieron en olor de santidad gociana, como en remotísimos tiempos habían muerto Ataulfo, Alarico y compañeros mártires.

NUEVOS JUGUETES LITERARIOS

CROTALARIA Y CRÓTALO

DE COMO MICIFÚ TIENE ALIANZA CON CROTALARIA Y JUEGA CON CROTALO HASTA EXTRANGULARLO

A don Arturo Michelena.

Vamos á relatar á nuestros lectores una de tantas escenas en el vasto campo de la naturaleza animada ; es uno de los dramitas del césped, diremos.

Hay cierta planta que es joya de la pradera venezolana, por su porte, su gracia, el verde de sus hojas y estípulas, y el cariño que guarda á los yerbasales y collados. Mariposítas amarillas constituyen sus flores en el extremo de tallos sedosos, de color verde de pera, con hojas ovales y alternas. Desde el pie de cada tallo, graciosas estípulas se elevan y ensanchan simulando medias lunas con cuernos que se tocan. Del centro de cada una de estas lunas brotan nuevos tallos que continúan; y como hojas y estípulas alternan á un tiempo, esto da á la planta cierta distinción que cautiva la mirada del observador. Es una de las plantas medicinales del hogar pobre, y en manojitos aparece siempre con otros vegetales útiles en las viejas paredes de las cabañas labriegas. Los campesinos llaman á esta planta *espadilla*, por la forma de las hojas, y las ciencia la conoce con el nombre de *Crotalaria* que equivale á planta que lleva cascabeles. Los españoles dirían que castañetea y los caribes que toca *maracas*. Tales nombres, desde el latino hasta el indígena, revelan que el fruto de la planta, cuando está seco, puede servir de instrumento músico, por el ruido que producen los granos libres en la legumbre endurecida.

¿Quién no conoce esta bella planta que, en determinados casos, se anticipa á los recursos de la ciencia? « Ya el enfermo ha tomado agua de espadilla, es el saludo que se le da al médico, cuando, éste es llamado á un caso de fiebre repentina; porque *Crotalaria* es planta pacífica, baja la temperatura, modera la excitación, atempera al pobre febricitante. Jamás *Crotalaria* figurará entre las medicinas incendiarias.

Micifú, animal gracioso y retozón, cuando está joven, que cuando es añoso se hace impertinente como todos los seres que alcanzan senectud, tiene sus confidencias con los frutos de *Crotalaria*, sobre todo, cuando están sonoros y el viento los agita, simulando, repique general de campanas que anuncia fiesta á los moradores de la pradera. Es de ver al animal cómo toca las castañuelas de la planta queriendo producir impresión. Ya se acerca y se sienta sobre las pastas posteriores, ya se aleja como que teme, ya sacude con fuerza los fruticos, ya con coquetería, apenas le pone una de las patas delanteras. Si el viento le ayuda, Micifú es el campanero, por excelencia, de la pradera venezolana.

*
* *

Crótalo no es como *Crotalaria*, individualidad pacífica, útil á la familia, vegetal lleno de gracia, sino monstruo que se arrastra, de colores repelentes, de cabeza chata, de ojos centelleantes, de lengua negra, hendida; es un asesino que se anuncia con los cascabeles de su cola, que se escuchan á distancia. *Crótalo* es el verdugo del caballo, del buey, del asno, del aldeano, del hombre trabajador. El campesino llama á este horrible animal culebra de cascabel, y la ciencia, *Crótalo* que equivale á culebra que lleva en la cola castañuelas, cascabeles; música de la pradera.

¡Qué dos seres! ¡Llevan el mismo nombre, ambos son músicos, y sin embargo media un abismo entre ellos! Si *Crotalaria* cautiva con sus cascabeles, los de *Crótalo* aterran, petrifican. *Crotalaria* es amiga del hombre, *Crótalo* es uno de sus enemigos temibles, por esto dicen los naturalistas *Crótalo horrendo*. ¡Cuánta satisfacción para el médico, que al llegar al hogar pobre, es recibido con esta frase familiar : « la niña acaba de tomar agua de espadilla »; y cuánto anonadamiento, cuando la frase es la siguiente : « la niña acaba de ser mordida por una culebra de cascabel ». En el primer caso la muerte, la *pelona*, como dicen en los campos, da tiempo á la ciencia; es un acreedor de corazón que concede plazo á su deudor; en el segundo, la quiebra es inminente, hasta el médico corre peligro.

Veamos ahora cómo Micifú juega con *Crótalo* hasta que lo estrangula. Asistamos á este combate en las arenas del circo de Flora. Eramos cuatro personas que desde una ventana presenciábamos un singular pujilato entre el ofidiano terrible y el astuto Micifú.

Un ruido muy conocido entre la maleza nos hizo conocer que se aproximaba una culebra de cascabel. Micifú que ya le había clavado las miradas, la aguardaba á cierta distancia. *Crótalo* se acerca, á beber en un pocito de agua estancada, mientras que Micifú lo sigue sin ser visto, y con una de las patas delanteras le da una sacudida á los cascabeles que repican. *Crótalo*, perezoso por naturaleza, no se da por notificado y sigue, cuando Micifú vuelve á sacudirle los cascabeles. *Crótalo* se detiene, levanta la chata cabeza, abre la boca, saca la lengua hendida y se espacía pareciendo decir:

« aquí estoy yo ». Micifú lo contempla, se le acerca, y desde aquel momento, por repetidas ocasiones, sacude las castañuelas de *Crótalo*. Los dos animales han comenzado el pujilato. *Crótalo* está enfurecido. El combate comenzó con requiebros y juegos y los gladiadores están de quien á quien. *Crótalo* trata de escaparse, Micifú lo persigue, y siempre sobre la cola que es el punto débil. Ya se enrosca, ya se extiende, se endereza y furioso llega á aparecer con la boca llena de baba y la lengua en movimiento eléctrico. Examina el campo y nada ve, pero agazapado está Micifú, listo á continuar contra el horrible ofidiano. *Crótalo* que no tiene la agilidad de su contrario, parece cansarse, y se arma de nuevo, pero á los estímulos de Micifú vuelve á extenderse en ademán de huir, cuando éste da el salto mortal, agarra á *Crótalo* por el pescuezo, le clava los colmillos y lo estrangula.

Entonces con la víctima en la boca se acerca hacia los espectadores que contemplábamos el combate, y levanta la cabeza como para ostentarnos su triunfo. Hasta los pobres animales tienen sus vanidades mundanas. Siempre el *yo* en primer término. A poco, suelta el cadáver y se pone á doblar los cascabeles del pobrecito ofidiano que yacía sin vida.

He aquí uno de los dramitas de la pradera venezolana.

A ARTURO MICHELENA

Antes de dar á la estampa el estudio biográfico que comprende una familia de artistas venezolanos, durante el siglo, y en la cual te ha cabido la gloria de coronar las sienes de tus progenitores, permíteme que te envíe este *juguete literario*, como recuerdo de la mañana en que juntos recorrimos las fértiles campiñas que baña el Teque. Entre las flores que reunimos (*flor campi*) figuraba *Crotalaria* con sus castañuelas maduras. Aquí tienes la historia de ella y de su homólogo, el temido *Crótalo*.

EL EQUIPAJE DE BOLÍVAR

A don Francisco Davegno.

II

De todos los equipajes habidos y por haber, en número, forma, condiciones, etc., etc., sólo uno ha llegado á impresionarnos de cierta manera permanente; nos referimos al equipaje del antiguo esclavo prófugo, durante los últimos treinta años de la esclavitud en Venezuela. La vieja prensa periódica de Caracas estaba siempre recargada de viñetas. No había aviso por insignificante que éste fuese, que no llevara encasquetado, á manera de sello nobiliario, un árbol, un animal, un perol, algún instrumento de la industria en todos sus ramos, un libro, y cuanta figurita por desairada que apareciera, con tal que llamara la atención del lector hacia el contenido del aviso. Hoy en Caracas, la viñeta ha caído en desuso, sin embargo de que en el mundo civilizado está realzada por el arte. Está probado que la viñeta empleada con sistema en las hojas periódicas, aumenta el número de los lectores y trae beneficios á los industriales comerciantes.

La viñeta que caracterizaba los avisos referentes á los esclavos prófugos consistía en un negrito que llevaba en uno de sus hombros un garrote de viaje, de cuyo extremo posterior pendía un bojotico ó lío. Este contenía por lo regular, una muda de ropa, algún pedazo de pan, algunos centavos que el fugitivo había recibido de la madre, de la esposa ó de alguno de sus hijos. En esto consistía el equipaje del ser desgraciado que solicitaba la libertad, este don de Dios, mientras que sus contemporáneos, libres, legislaban para gloria de la República. Esta esclavitud, tan prolongada en los pueblos de América, este crimen que heredamos de nuestros conquistadores lo estamos purgando. El último de los equipajes, el del antiguo esclavo, ha dejado en nosotros más enseñanza, que sorpresa el del más rico y ostentoso de los grandes de la tierra.

Cuando Bolívar se puso voluntario bajo la dirección de su tutor y maestro don Simón Rodríguez, éste quiso fortificarle y ordenó

por lo tanto, que ambos viajarían á pie, lo que llevaron á cabo, durante mucho tiempo. En sus excursiones llevaban ambos por equipaje, una maletica que contenía lo más indispensable. El resto que consistía en maletas con ropa, baúles de libros y diversos objetos, llegaba siempre á poco de instalarse los viajeros en el hotel, que de antemano habían escogido en cada capital que visitaban. Dijo Byron, si mal no recordamos, que la corbata es el hombre, y no faltará quien corrija y diga que el equipaje es el hombre; es decir, dime cúantos baúles y bultos te acompañan, y en todos los hoteles de la tierra te dirán cómo piensas y cuánto tienes; frase que ilustrada puede refundirse así : rico equipaje augura al sagaz observador, bolsillo repleto, estómago satisfecho, vida sabrosa; y por corolario, servicio oportuno, inmediato, atenciones, adulaciones, visitas de todos los grandes de la tierra. Rico equipaje despierta conquistas amorosas, y hasta hoy no se ha visto á ningún rico de la tierra, que al instalarse, dondequiera, no haya recibido algún billete perfumado.

Bolívar que necesitaba de la experiencia para conocer el mundo y sus exigencias, no pudo darse cuenta de la elocuencia de los equipajes, sino cuando á fuerza de recibir desengaños, comprendió que todo equipaje numeroso debe preceder al dueño que lo posee. En la generalidad de los casos los equipajes hablan, alertan, predisponen y entusiasman; son como las tarjetas que dan á conocer si el visitante es un zopenco, un chisgarabis ó un hombre que pesa sin ser gordo.

Después de haber caminado mucho á pie, los dos Simones llegaban al hotel que habían designado.

— Un baño tibio, pedía Bolívar al entrar al hotel. — Un baño tibio, gritaba de nuevo.

— Un baño tibio para el joven Simón Bolívar, agregaba Rodríguez que observaba el indiferentismo de los empleados del hotel.

Y era que los dueños y empleados de éste habían examinado los maletines de los dos Simones, maestro y discípulo, y los encontraban ajados, empolvados y de colores indefinidos. En la necesidad de descubrir la verdad, hubo siempre alguno del hotel que aproximándose al viejo ó al joven, comenzara á dialogarle.

— ¿ Quién es éste joven? — Pregunta uno de tantos á Rodríguez; y la respuesta no se hizo aguardar.

— Es un joven de lo más distinguido de América. Es un talento en ciernes, es un poderoso rico de fortuna y de ambición.

— ¿ Quién es éste señor de ademán tan respetable? preguntaron en cierto hotel á Bolívar; y la respuesta no se hizo aguardar.

— Es un sabio de grandes recursos, es una lumbrera del mundo americano, que viaja por capricho.

Con tales respuestas la incógnita comenzaba á despejarse y la situación dejaba de ser dudosa.

En una de estas ocasiones sale Bolívar y grita por tercera vez: « un baño tibio; no parece que llegamos á un país civilizado ». Y daba el grito en los momentos en que llegaba á la puerta del hotel el equipaje conducido por diligencia. La moral se restablece como por encanto, y desde el dueño del hotel hasta el último de los dependientes, se acercan á Bolívar y le dicen :

— Su Excelencia será servido. — Mala inteligencia de empleados que no tienen práctica para conocer á los caballeros, ha sido la única causa del retardo. Ya el baño está preparado. Al sonar la campana Su Excelencia quedará satisfecho.

A poco, y cuando todavía no estaba listo el baño, volvía otro empleado, é inclinándose decía :

— El baño os aguarda, y si Su Excelencia necesita de algo más, los empleados del hotel obedecerán á vuestras órdenes.

Sin duda, se decían los empleados del hotel, estos viajeros son ricos de América, pues de otra manera no podrían tener equipaje tan numeroso.

— ¿ Y por qué viajarán á pie? — agregaba alguno.

A poco se sabía en el hotel el porqué de esta pregunta, y maestro y discípulo eran admirados.

*
* *

Bolívar adiestrado ya por los desengaños, dispuso que se enviara por diligencia el equipaje y que Rodríguez y él siguieran á pie la vía indicada. Aquí tenemos ahora el reverso de la medalla.

Al llegar los viajeros al nuevo hotel dos filas de empleados for-

maban calle, y todos inclinándose á un tiempo delante de Bolívar y de Rodríguez, simulaban una bóveda de cabezas.

— ¿ Qué desean vuestras excelencias? pregunta el dueño y director del hotel.

— Un baño tibio, dice Bolívar.

— Todo estará listo dentro de minutos, contesta el hotelista. Aquí dejo á Vuestra Excelencia dos empleados para que obedezcan á vuestros mandatos.

Al dejar Bolívar el hotel, distribuía monedas y los empleados se inclinaban de nuevo con gran reverencia.

A poco andar, Bolívar deja á Rodríguez. El joven sumiso, obediente, económico, se transforma en epicurio atolondrado que ostenta riquezas, despliega vanidades, talento, ambiciones y caprichos de todo género, etc., etc. Cargaba equipaje de príncipe, habitaba los hoteles espléndidos, trataba con las celebridades de la época, atacaba á los políticos y á los cléricos, dando así vuelo á su imaginación volcánica. Dejó de andar á pie para montar los más ricos carruajes, en unión de las beldades de la época, bailarinas y artistas de todas las nacionalidades. En estos días fué cuando el equipaje de Bolívar llegó á su apogeo. Botó dinero, se hizo célebre, y París agradecido bautizó un sombrero de aquella época con el nombre de *Sombrero Bolivar* (*Chapeau à la Bolivar*) ; y uno de los dormitorios del *Petit Trianon*, en Versalles, fué bautizado con el nombre de *dormitorio de Bolivar* (*Chambre de Bolivar*).

¡ Arcanos de la vida! Bolívar espíritu versátil es aplaudido en la antigua Lutecia en los primeros años del siglo. Y Bolívar Genio, ha necesitado de más de cincuenta años para que en la misma Lutecia figuren la *Biblioteca de Bolivar* y la *Calle de Bolivar*.

Cuando ahora diez años, un grupo de venezolanos celebraba el centenario del Libertador en una de las más conocidas estaciones balnearias de Francia, al escuchar detonaciones de fuegos artificiales, cierto empleado que allí estaba, preguntó á quien celebraban; y al enterarse de que era Bolívar, el Libertador, exclamó : « Sí, sí, no conozco tal nombre, pero sí recuerdo los sombreros á la Bolívar. »

* * *

La última etapa del equipaje de Bolívar comienza con la carrera militar de éste, de 1810 á 1830. Nunca equipaje alguno recorrió tantas distancias y visitó tantos pueblos. Si en muchos campos de batalla Bolívar logró salvarse, su equipaje no corrió tan buena suerte, pues en repetidas ocasiones, botín fué de los españoles. De la costa al valle, á la pampa, á la cordillera, á la altiplanicie, á los nevados y volcanes, en la dilatada zona del continente americano, desde el mar de Paria hasta el Desaguadero, este célebre equipaje fué testigo de las glorias y honores de su dueño. ¡ Cosa singular, y siempre estuvo pobre, exhausto !

Tenía Bolívar un mayordomo llamado José Palacios, hombre sufrido y celoso de las economías de su jefe; pero como éste era manirroto con cuantos le pidieran, sucedía que el equipaje estaba siempre enjuto. Con frecuencia ordenaba Bolívar á Palacios que diera á fulano ó zutano una camisa, un pantalón, algo de su uso personal, y con frecuencia contestaba Palacios que no había. Una frase de Palacios durante los años corridos de 1813 á 1820, basta para comprender cómo era atacado el equipaje del Libertador. *El equipaje de mi jefe* y *señor*, decía Palacios, *es también víctima de la guerra á muerte*. En efecto, tan luego reponía el mayordomo lo regalado, cuando nuevas órdenes iban reduciendo el contenido de los baúles. Y como á los necesitados y sin camisa se unían los admiradores (militares y civiles), para exigir de Bolívar algún recuerdo, éste, con la mayor naturalidad, los encaminaba al depósito que guardaba el mayordomo; depósito donde abundaban charreteras rotas, dolmanes desteñidos, tricornios sin plumas y otros arreos militares. Como beatas en almacén de cruces, de escapularios y de novenas, así cada admirador se instalaba en el depósito de objetos viejos y escogía delante del mayordomo, aquel que le satisficiera la vanidad.

Cuando murió el Libertador el 17 de diciembre de 1830, apenas quedaban en el equipaje uno que otro de los valiosos presentes que recibiera en vida, pocos libros y los objetos más necesarios de uso personal. Y al morir fué tan lógico con su manera de ser durante la vida, que no se encontró en su equipaje ni una sola camisa, la cual fué suplida por uno de sus compañeros y amigos de infortunio. Ya en 1829, en uno de los arranques de este Grande hombre contra

el hado, escribió á una de sus intimidades, el Dr Álamo, éstas memorables frases : *Yo moriré como nací, desnudo. Usted tiene dinero y me dará de comer.*

ESTUDIOS HISTÓRICOS

BOLÍVAR

Bolívar no aparece en la revolución de 1810 como uno de sus principales actores : joven de veintiséis años, aunque de variada instrucción, después de haber viajado por Europa y la América del Norte, carecía de ese aplomo de los espíritus serios y reconcentrados. De imaginación volcánica, de carácter impetuoso, gozaba entre sus compatriotas y amigos del dictado de atolondrado, lo que le hacía aparecer como un espíritu superficial antes que hombre capaz de grandes concepciones. Nada tenía que envidiar á sus coetáneos : su fortuna y posición social le habían valido ser uno de los compañeros de infancia del futuro Fernando VII. Durante su residencia en Europa había tratado con muchas de las lumbreras de la época, y observador de los sucesos, aprendió bajo el impulso que da al espíritu el estudio práctico de los hombres y de las cosas. Así regresó á Venezuela donde debía continuar en el estudio de la colonia y de los medios que debían contribuir al desarrollo de ésta. Cualesquiera que fueran sus ideas sobre las revoluciones y movimientos de la colonia en los últimos años del siglo pasado y principios del actual, vivía combatido por dos aspiraciones antagónicas : la independencia, que debía crear un nuevo orden de cosas y le empujaba al porvenir, y la aristocracia, cuyas preocupaciones y hábitos deseaba abandonar y que le retenía. A fines de 1810 es cuando el gobierno revolucionario le abre su carrera política, enviándole á Inglaterra con un encargo diplomático. El marqués de Wellesley le recibe con toda la cortesía del caballero ; pero, como circunstancias del momento se oponían á que Inglaterra entrara de lleno en todo aquello que fuera el reconocimiento de la revolución, hubo de regresar á Caracas. Con él llega el que debía como militar más antiguo y práctico ponerse al frente de las tropas venezolanas en su

choque con el jefe español Monteverde, y á quien estaba reservada la primera y más costosa de las capitulaciones. Con Miranda comienza Bolívar su carrera militar tan llena de peripecias, de contrariedades, de sacrificios, de abnegación y de gloria.

Una derrota abre la primera página de su hoja de servicios, pues cuando se subleva el castillo de Puerto Cabello, á impulso de los prisioneros españoles, Miranda que, en los valles de Aragua, se retiraba perseguido ya por el general Monteverde, se encuentra en la necesidad de capitular, franqueando al español las puertas de Caracas. Entretanto Bolívar, al frente de sus tropas, lucha tenaz contra la retaguardia de Monteverde; mas después de una defensa obstinada y ante fuerzas numerosas, abandona al fin el campo y se embarca para regresar á la capital, cuya situación ignoraba.

Sigámosle en esta carrera de reveses y de triunfos que se inicia con la rota de Puerto Cabello, pero que terminará con la emancipación de todo el continente, cuando se rindan, después de quince años de horrible matanza, los dos últimos baluartes del poder español en América; el ejército de Ayacucho á fines de 1824, la fortaleza del Callao á principios de 1826.

Dejemos á Miranda preso después de rota la capitulación por el jefe español : tristes días le aguardan en la Carraca, la que será testigo de su prolongado martirio, cuando con cadena al cuello cuente los últimos instantes de su agitada vida, siempre meritoria y digna. —¿Quién salvará mientras tanto á Bolívar en el naufragio de la revolución, cuando sus hombres huyan de los campos, se oculten á las persecuciones, giman en los calabozos y sientan por todas partes la venganza armada que los impele á dar severa cuenta de sus hechos? Allí está el vasco que salvará á Bolívar en los momentos del peligro : Francisco de Iturbe se presentará á Monteverde y exigirá el pasaporte para el vencido de Puerto Cabello. Era Iturbe uno de aquellos espíritus rectos, pacíficos y pundonorosos, de nobilísima alma y para quienes la amistad es culto. Amigo del padre de Bolívar, continuaba su tributo en obsequio al hijo á quien desde su nacimiento acariciaba. En los primeros momentos el jefe español rechaza la petición del joven vasco; mas éste con carácter sostenido, insiste y ofrece sus propiedades y aún su vida por el descendiente de su compatriota. Monteverde, ante tanta generosidad, cede, y

Bolívar logra así salir del continente. — Tanta hidalguía de parte de Iturbe tuvo más tarde su recompensa. Cuando después del triunfo de la revolución en 1826, el Congreso de Colombia confisca las propiedades de todos los Españoles, Bolívar, al saberlo, dirige una nota desde el Perú en la cual ofrece sus bienes para salvar los de su protector. El Congreso entonces declara que sólo una excepción tiene la ley, y es en la persona del digno Iturbe, por haber salvado en 1812 la vida del Libertador.

¿ Quién salvará á Bolívar más tarde en medio de las peripecias que le aguardan, de los peligros y orgías del campo de batalla? No habrá ya vascos que vengan en su auxilio ; pero sí encontrará la buena estrella de los genios, siempre propicia á los que ascienden al Capitolio.

Sin amigos, sin recursos, sin nombre, llega Bolívar al suelo extranjero (isla de Curazao), para aguardar allí el instante oportuno en que debía abrir su memorable campaña de 1813. La inquietud que le domina le precipita, y enemigo de la inercia, parte con la tea de la revolución en la mano y la idea en la frente. El 14 de noviembre de 1812 está ya en Cartagena, que le nombra á poco coronel en la comandancia de Barrancas. Para fines de diciembre ha tomado por asalto la fortaleza de Tenerife á orillas del Magdalena, y artillería y buques caen en poder del vencedor. Habla entonces á la Nueva Granada y se ofrece para libertarla. En enero de 1813 vence á los Españoles em Mompox y Chiriguana, y para el 28 de febrero está en los valles de Cúcuta. Desaloja al jefe español, recibe el grado de brigadier que le concede el gobierno revolucionario de Bogotá, y se prepara con un puñado de hombres á continuar sobre los Andes de Venezuela. En 13 de abril entra en La Grita, el 10 de junio en Mérida y el 15 del mismo en Trujillo lanza á la faz del mundo su célebre decreto de guerra á muerte.

Al llegar á San Carlos, á orillas del Cojedes, la opinión le acompaña, y sin perder tiempo marcha contra el jefe realista Izquierdo : alcánzale en la sabana de los Pegones y le deja herido; todo cae en poder del vencedor, y tan sólo puede escaparse el oficial que lleva la triste nueva á Monteverde. El 2 de agosto entra en Valencia, y para el 7 está en posesión de la capital Caracas, que de antemano han evacuado las autoridades españolas para ir á refugiarse bajo los muros de Puerto Cabello.

Por todas partes ha cundido el incendio durante esta marcha victoriosa de Bolívar : sus tenientes han triunfado en Oriente y Occidente, y han vencido en Margarita y en Cumaná, y en Maturín y en Güiria, y en Aragua y Niquitao.

Bolívar anuncia en Caracas el establecimiento de la República el 8 de agosto de 1813, y sin perder tiempo sale á poner sitio á Puerto Cabello. Fuerte el español, se sostiene contra los ataques de Bolívar y aguarda ser reforzado. El 30 de septiembre vencen las tropas republicanas en las alturas de Bárbula; el 3 de octubre en Las Trincheras, el 14 en Mosquitero. Para esta época Caracas ha aclamado á Bolívar su Libertador.

Después de esta campaña de 1813, paseo triunfal desde las orillas del Magdalena hasta los Andes de Venezuela y costas de Puerto Cabello, ¿ cómo seguir á Bolívar en su portentosa epopeya durante el espacio de 15 años? ¿Puede acaso sintetizarse en cortas líneas esa vida tan llena de peripecias, esa serie de hechos admirables que llena los anales de América? ¿ Cómo pintar esa existencia múltiple, siempre entre el fuego y la muerte, esa voluntad inexorable que se sobrepone, esa constancia que se sublima con las desgracias? Nada puede compararse con el joven genio de América durante los primeros años de la guerra á muerte, cuando los ejércitos españoles, á semejanza de una hidra de fuego, lo circundan. — Bolívar es entonces el centro de todos los odios, de todas las evoluciones enemigas y también de todas las esperanzas. Por todas partes sufre reveses y por todas partes alcanza victorias. Si pierde en Barquisimeto, es para vencer en Araure; si sucumben sus legiones en San Marcos y en La Puerta, es para salir victoriosas en Ospino y La Victoria, y en Charayave y los Pilones, como había salido más antes en Niquitao, en Bárbula y Las Trincheras. San Mateo es la aurora de su gloria, Carabobo el iris precursor de sus triunfos. Mas por segunda vez La Puerta es la tumba de sus ejércitos. — Hay en la historia de los pueblos lugares propicios y lugares fatídicos. Cuando en el curso de la lucha vuelva por tercera vez en 1817 á ser vencido en el sitio de la Puerta, será para sellar cuatro años más tarde la libertad de Venezuela en el glorioso campo de Carabobo.

¡Cuán prolongados los días de la gran carnicería, cuando el

incendio de las pasiones se convierte en un incendio físico, y los campos se tiñen de sangre y hay patíbulos y cadalsos! De uno á otro extremo de Venezuela cruzan los ejércitos vencedores y vencidos, despuéblanse las ciudades, arden las sabanas con fúnebre resplandor que se alimenta con carne humana, y cuelgan de los árboles las víctimas acompañadas de un solo ser viviente, el buitre: mientras que en las ciudades aparecen las picotas coronadas por las cabezas disformes de los jefes prisioneros en los combates, y las aguas ensangrentadas de los ríos conducen fragmentos humanos de las orgías nocturnas. ¡Cuánto desastre y cuánta orfandad! ¡Todos se estremecen, todos sufren y sólo Bolívar en medio de la hornalla parece invulnerable! « ¡Cúan gran figura en todos los siglos y en todas las naciones! — ha dicho un escritor chileno. — Durante sus días de grandeza americana, que se prolongan por el espacio de veinte años cumplidos, el cielo del continente está enrojecido de luces ardientes y un estremecimiento volcánico se siente en todos sus ámbitos. ¡Bolívar está á caballo! ¡Por todas partes se cruzan los ejércitos! Los caminos de los *Llanos* marcan en espesas polvaredas movedizas el avance de los jinetes, mientras que los agrestes desfiladeres repercuten el eco de las dianas militares que anuncian el alba en todas las montañas. Los campanarios de todas las aldeas echan á los vientos los anuncios de las victorias de la tarde y de la mañana, y las ciudades populosas siembran de flores el tránsito de los que llegan en su rescate, al paso que todos los campos se blanquean con los huesos de los que han muerto en la demanda. Todos tiemblan y todos esperan. *¡Bolivar!* Esta palabra es el grito de salvación en el naufragio de la América, y las madres, en las noches de pavor, cuando truena á lo lejos el cañón de la batalla, apartan sus convulsos senos del labio de los hijos para enseñarlos á balbucir aquel nombre de redención : *¡Bolivar*, « el Libertador »[1]!

¿Cómo seguirle si está en todas partes? Si abandona las ciudades, es para conquistarlas de nuevo, para entrar después en triunfo en medio de las muchedumbres que atónitas le aclaman. Si huye es para rehacerse, si torna es para triunfar. Cuando á fines de 1814 abandona á Caracas, después de haber agotado todos los recursos y perdido todas

1. Vicuña y Mackenna, *San Martin y Bolivar.*

las esperanzas, quince mil fugitivos le acompañan. Son las familias con sus ancianos, madres y niños que huyen de las turbas salvajes de Boves, y se precipitan por los caminos escabrosos para salvarse del incendio. Sólo Bolívar marcha sereno en medio de estas escenas de desolación y de llanto; y sólo Bolívar se salva, porque tiene destinos que cumplir y días de gloria que presenciar. Su inspiración le acompaña y nada le arredra. Si pierde, nuevos ejércitos sacará del polvo, y cuando en dos ocasiones huya de las rivalidades de sus émulos, será para volver al frente de sus célebres expediciones de Oriente. Por tres veces en la historia de su carrera se escapará del puñal homicida, porque él debe contemplar como Moisés desde las alturas de Nebo la tierra prometida. No le tenía reservado la Providencia para morir como César, sino para extinguirse como Colón, víctima de las ingratitudes humanas.

La campaña de 1813 fué la ilusión que alentó los pueblos de Venezuela; la de 1814, la tumba en que ésta se sepulta. Cuando en 1815, después de tantos desastres, se presenta la formidable escuadra del *pacificador* Morillo, ya nadie aguardaba, y la revolución aparecía como quimera de una imaginación delirante. Morillo deja á Venezuela en paz y sigue á Nueva Granada : todo parece perdido, y durante un año el espíritu revolucionario no existe. — ¿Dónde estaba Bolívar? ¿Reaparecerá sobre las playas del continente como el visionario de la fábula para robar el fuego al cielo, ó dormirá sobre los placeres de Capua en la tierra del extranjero? Cuando suena el cañón republicano en las costas de Oriente anunciando el arribo del Libertador, ya éste había despertado á la Esparta del Nuevo Mundo (la isla de Margarita) que tremolaba el estandarte de la República; y en las llanuras del Apure las legiones de Páez traían á la memoria la época de los Titanes. Bolívar reaparece y levanta el espíritu abatido. ¿Qué le importan los ejércitos de Morillo vencedores del coloso del siglo? ¿No ha luchado contra los ejércitos salvajes de Boves y de Morales, contra las tropas disciplinadas de Ceballos y de Cajigal? No le arredra ni el número, ni el valor, ni la disciplina : lo que desea es la lucha que debe conducirle al triunfo final. Nueva gloria es sostenerse, no ya contra las turbas, sino contra los veteranos vencedores en Bailén y en Zaragoza.

Cuando regresa Morillo de Nueva Granada, Bolívar había ya puesto en conflagración á toda Venezuela. Con la campaña de 1816 comienza la época inmortal de los grandes reveses y de los grandes triunfos. Es la época de los centauros y de los combates olímpicos, de las admirables retiradas, de las grandes sorpresas, de las defensas heroicas; es la época en que Bolívar decreta el primero en el continente americano, la abolición de la esclavitud, y establece el segundo Congreso de Venezuela en la capital del Orinoco. De esta peana de la gloria sale el rayo de la guerra que debe cruzar las llanuras y las ciudades y vencer la tempestad; es la época de 1814, desesperada, terrible; pero con enemigos más humanos y civilizados.

En aquel caos de las pasiones sólo brilla un centro de luz y de esperanzas : es Bolívar, que con su genio domina, atrae, triunfa. « Nada es comparable — ha escrito el general español Morillo, su hábil contendor — á la incansable actividad de aquel caudillo. Su arrojo y sus talentos son sus títulos para mantenerse á la cabeza de la revolución y de la guerra; pero es cierto que tiene de su noble estirpe española y de su educación también española, rasgos y cualidades que le hacen muy superior á cuanto le rodea. El es la Revolución. »

Pero en la inquietud de Bolívar un sólo lugar no le bastaba para realizar su legítima ambición de gloria : necesitaba multiplicarse, señorear el campo inmenso, en solicitud de nuevos horizontes. — Como el águila que domina el espacio y la tempestad, Bolívar abandona las llanuras y se remonta á las regiones andinas para saludar en medio de las nieves su estrella y buscar el fuego de los combates. Apenas instala á orillas del Orinoco el Congreso que le nombra Primer Presidente de la República, trasmonta los Andes con un puñado de hombres. ¿ Qué Italia busca ese visionario de Venezuela que no tiene las legiones de Aníbal ni los recursos de Bonaparte ? Tal es la pregunta que se hacen sus tenientes asombrados de semejante audacia.

¡ Cuán escabrosa aquella ascensión á los Andes ! ¡ Cuántas privaciones cuando el cansancio, el frío, la prolongada subida desalienta los soldados que van á luchar contra los frescos escuadrones del gallardo Barreyro! ¡ Pero adelante...! A los veinte y dos días de

marcha vence en Paya la vanguardia de Bolívar; y éste exclama : — « *Lo más está hecho, pues hemos vencido la Naturaleza.* » — No era esta frase inspiración del momento, sino la síntesis de prolongados años de pruebas y de decepciones. Refiere un historiador español que, durante el cataclismo de 26 de marzo de 1812, en los momentos en que venía al suelo una gran porción de la ciudad de Caracas, Bolívar, animado de ideas filantrópicas, se presenta en el templo de San Jacinto para socorrer las víctimas. Era aquel día aniversario de la revolución de 1810, Jueves Santo. En los momentos en que se presenta Bolívar, un sacerdote español pintaba aquel suceso á la muchedumbre atemorizada como un castigo del cielo, por tanta deslealtad al monarca de España! Bolívar indignado hace descender de la cátedra al orador fanático, y como inspirado, dirige á uno de sus antagonistas políticos que á su lado estaba, la siguiente frase : — *Si la Naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca.* » — Estos conceptos, al parecer sacrílegos, principiaban á ser confirmados con el triunfo de Paya, 27 de junio de 1819.

Veinte días después triunfaba en Vargas : el 3 de agosto abandona Barreyro sus posiciones, y el 7 vence Bolívar en Boyacá. Barreyro cae prisionero con todo su ejército y Bogotá abandonada por el Virrey Sámano, abre en seguida sus puertas al vencedor. He aquí una campaña admirable!

No se detiene, ni el entusiasmo del triunfo le embriaga. De nuevo desciende solo la cordillera y solo se presenta en la capital del Orinoco para declarar ante el Congreso la libertad de la Nueva Granada y la fundación de Colombia, tema de todos sus deseos. Desde este momento la revolución se hace general, y España, que desde lejos observa, atisba el momento para hacer proposiciones de paz al vencedor. El 17 de junio de 1820 el jefe español decreta una suspensión de armas y propone al gobierno republicano y á los jefes del ejército su sometimiento á la metrópoli bajo el gobierno constitucional. Bolívar rechaza toda proposición que no esté basada en el reconocimiento de la República. Entonces el jefe español propone un armisticio, á lo que accede el Libertador : era un medio honroso que permitía al jefe Morillo ausentarse del teatro de la guerra, sin perder el lustre de sus servicios á la causa española. El 25 de enero

de 1820 empiezan las negociaciones : á poco se abrazan emocionados aquellos dos hombres que tanto habían luchado en el campo del deber. Aquel armisticio era tan sólo un respiro, y antes de cumplirse el plazo estaba roto : ya Morillo había partido.

Escúchase de nuevo el cañón republicano y los contendores comienzan el acto final de la revolución venezolana. Cuatro meses más tarde, 24 de junio de 1821, el ejército español, al mando del general La Torre, sucumbe en el campó de Carabobo. Carabobo fué la última batalla campal que debía sellar la Independencia de Venezuela.

Dejemos los restos del ejército español del centro refugiarse en los muros de Puerto Cabello, y á los tenientes de Bolívar maniobrar en las regiones de Occidente, y sigamos al genio de América en su nuevo paseo triunfal por las alturas de los Andes. ¡ Con cuánta rapidez se suceden entonces los acontecimientos ! Bolívar llega á Caracas á los pocos días de haberla evacuado el ejército español ; apenas se detiene en ella y sale para abrir su heroica campaña del Ecuador y el Perú. Todo Sur América es un campo de batalla. El 11 de octubre se rinde al general Montilla la fortaleza de Cartagena ; el 21 de febrero de 1822 las avanzadas del Libertador ocupan la ciudad de Cuenca en el centro de los Andes ecuatoriales ; el 7 de marzo vence Bolívar en Bomboná ; el 22 de abril el general Sucre en Riobamba ; y el 24 de mayo, Aymerich y su ejército se rinde al pie del Pichincha. — Una nueva capital se incorpora á los triunfos de Bolívar, la Quito de los antiguos Incas, que lo recibe en triunfo. El 24 de julio de 1823 es vencida en el lago de Maracaibo la escuadra española á las órdenes de Laborde, cuando todas las ciudades del Occidente de Venezuela estaban en poder del ejército republicano. El 7 de septiembre de 1823 hace Bolívar su entrada triunfal en la capital del Perú. Dos meses después, el 7 de noviembre, toma Páez por asalto el Castillo de Puerto Cabello. No hay ya combatientes españoles en Venezuela. El 6 de agosto de 1824 vence el Libertador en Junín, y el 9 de diciembre todo el ejército español y con él el Virrey Laserna son hechos prisioneros en la memorable batalla de Ayacucho alcanzada por el general Sucre. Apenas queda un punto en toda la extensión del continente donde flamea el estandarte de Castilla : la fortaleza del Callao que resiste con orgullo el sitio del

ejército colombiano. Diez y siete y medio meses de combates constantes no la hacen ceder; mas un día llega, 22 de enero de 1826, en que el estandarte de Colombia ondea sobre las viejas torres anunciando la emancipación completa de la América.

Han sucumbido todos los ejércitos enemigos; se han abierto al vencedor todas las capitales; se han rendido todas las fortalezas y los restos de los viejos veteranos de Bailén y Zaragoza han partido, y con ellos los oficiales distinguidos y valerosos que debían figurar más tarde en las civiles guerras de España. Honor al vencedor y honor al vencido, que en esta lucha sangrienta los laureles y cipreses se confunden en honra y gloria de un mismo pueblo.

He aquí la obra imperecedera de Bolívar, el Genio de América, hijo predilecto de Caracas, el descendiente de aquellos vascos ilustres del señorío de Vizcaya, que durante tres siglos dieron á Venezuela conquistadores y pacificadores, pobladores y hombres notables que contribuyeron al desarrollo de la Colonia. Al coronar la obra de sus antepasados de una manera inmortal, al realizar la independencia de América, inmortalizaba su familia y su patria é incorporaba á lo presente todo el brillo de lo pasado : había fundido dos épocas para su propia gloria.

Veámosle subir aún, no ya con la espada redentora, sino con el ramo de oliva, para saludar desde las altas cimas de los Andes, en nombre de su gloria, el resto de América ya emancipada. Sobre las cumbres de Bolivia tomará el estandarte de Pizarro, y uniéndolo con el de Colombia simbolizará de esta manera la epopeya americana en sus dos grandes actos : la Conquista — la Libertad ; timbres gloriosos de un mismo pueblo y de una misma raza.

¿ Qué ha hecho ? « Ha destrozado virreinatos, ha borrado todas las líneas de las demarcaciones geográficas; ha rehecho el mundo! Quita su nombre á la América y da á la parte que ha hecho suya el nombre de Colón, y más adelante decreta el suyo propio á su última conquista. Su caballo ha bebido las aguas del Orinoco, del Amazonas y del Plata, las tres grandes fronteras que dió la creación al Nuevo Mundo. Pero él las ha suprimido en nombre de la gloria, esta segunda creación de la Omnipotencia[1]. »

1. Vicuña Mackenna, *San Martín y Bolívar.*

¿ A dónde seguirá este Bolívar Conquistador, Libertador, este mortal afortunado que corona é ilustra con grandes hechos la historia de tres siglos? Veámosle ahora descender, que no hay sol sin ocaso, ni gloria sin infortunio. El torbellino de las pasiones va á envolverlo, y aquella alma templada por las desgracias, va á encontrarse á merced de todos los vientos. Dejémosle descender en solicitud de la roca solitaria, donde el mar tiene para los grandes infortunios ecos y notas de consuelo. No irá como Alejandro en solicitud de Babilonia, para decretarse en medio de la crápula ser hijo de Júpiter, ni confiado como César irá al Senado romano, donde le aguarda el puñal de Bruto, ni como Napoléon pisará el bajel enemigo que debe conducirle á la roca de Prometeo. No : él irá como el peregrino á quien sorprende el huracán, y que perseguido por la onda vertiginosa, no encuentra sitio seguro ni reposo á sus fatigas, y empujado por la gavilla de los vientos alcanza la playa para exhalar en ésta su último suspiro.

***

¿ Qué quedaba en el continente americano, después de haber salido el último soldado español? — Quedaba una civilización incompleta, defectuosa, es verdad; pero con la savia que debía nutrirla y desarrollarla en el porvenir; quedaban las ciudades y pueblos fundados por España durante tres siglos; quedaba la riqueza y el campo libre para las especulaciones del comercio; quedaba la hidalguía castellana y el amor á lo grande en el corazón americano, y el valor heroico y la constancia, patrimonio de nuestros mayores, probados en los desastres y victorias del campo de batalla; quedaban las hordas indígenas, civilizadas por aquellos misioneros que triunfaron con su mansedumbre y constancia é hicieron lo que no habían podido realizar las armas castellanas; quedaban los trabajos científicos de los exploradores españoles que debían servir de sólida base á las lucubraciones de Humboldt y de la ciencia moderna; quedaba la bondad de los pueblos, que no es virtud adquirida en un momento, sino rica herencia de lo pasado; quedaban los hombres ilustres, educados al calor de la colonia, y el hogar y la familia quedaban con todas sus virtudes, como timbres gloriosos de la conquista castellana.

No eran pueblos esclavos que se emancipaban ni una excisión violenta de la familia, sino la emancipación natural de una porción de ésta, que con ideas más avanzadas quería contituírse y entrar en el número de las naciones, en obedecimiento á la ley del progreso. De un pueblo de esclavos no salen los hombres de la revolución de 1810 á 1830, ni los ingenios que figuraron al frente de nuestros comicios y asambleas, ni los adalides que lucharon y vencieron en los campos de batalla. Ni el odio ni la venganza debían interponerse entre España y América, sino el Océano, límite natural entre dos pueblos que conservan para uno y otro mundo iguales tradiciones, lenguaje, costumbres y comunes glorias. Lo que España había realizado en el siglo XV, lo contemplaban sus descendientes en el siglo XIX : elocuente corolario de aquella época inmortal. La familia era la misma, pero en regiones distintas. Para el equilibrio del mundo era necesario que España perdiera sus colonias, sin dejar por esto de ser grande, que no necesitaba ella de América para conservar ante la historia su antiguo poderío y sus anales de siglos. Había hecho por América cuanto había podido hacer en una época general de oscurantismo, llena de trabas y de ideas supersticiosas, en que el espíritu vivió encadenado porque aún no había aparecido el elemento regenerador que debía cambiar por completo la faz de la civilización universal.

Grande gloria para España la conquista de América; mucho más grande todavía la emancipación de América. No es el extranjero quien le arranca sus dominios, sino sus descendientes, que noble y heroicamente los conquistan. Por esto, Bolívar, el genio de América, es también gloria de España. Al calor de la colonia se desarrolló su espíritu, y al calor de la colonia trabajaron sus progenitores. Su aparición en los campos de la idea, no es un incidente del momento, sino una de esas síntesis brillantes de la historia en sus evoluciones necesarias y armónicas.

Bolívar es también gloria de España. Mengua hubiera sido entregarse el extranjero, á nuevos invasores que hubieran ahogado el trabajo de tres siglos, haciendo desaparecer raza, costumbres, lenguaje y tradiciones. Pertenecía á América continuar la obra y conservar la historia de la familia. Cuando en América, espíritus todavía apasionados recuerdan la historia de la colonia, para pintarla

como una época de abyección y de oprobio, olvidan que en el progreso humano no es sólo el deseo la fuerza que empuja, sino el curso de las revoluciones que abre siempre al espíritu humano nuevos cauces de conquista; y cuando en España, espíritus intransigentes tachan nuestra emancipación política como un acto de rebeldía, olvidan que los pueblos no son inertes como la roca, y que ellos tienen destinos que realizar y ambiciones y necesidades que satisfacer.

Bolívar es también gloria de España. Cuando en nuestras fiestas cívicas hemos visto la España Oficial; cuando en el aniversario de Bolívar en 1872 hemos contemplado unidas las banderas de Castilla y Venezuela, y á los hijos de España hermanados con los hijos de los libertadores de América, hemos comprendido en tal grupo la unión de dos épocas; dos naciones de iguales aspiraciones que se estrechan animadas de un mismo pensamiento : la familia, el progreso. Si grande es la gloria que refleja España sobre América en los días de la conquista, á su turno América refleja también sus glorias sobre la antigua madre; y con el orgullo de raza y con la justicia de la historia, ella y nosotros podremos siempre decir : — Bolívar, el genio del Nuevo Mundo, es también gloria de España.

Al impulso de dos impresiones hemos escrito estas páginas : un tributo de reconocimiento y de admiración al Grande Hombre cuyos hechos vivirán eternamente en la historia de América; un homenaje á las pasadas glorias de España, que sembró en remotas épocas los gérmenes de una civilización fecunda y ve hoy prosperar sus colonias como naciones independientes que ni reniegan de su origen ni han perdido las nobles virtudes de sus progenitores.

Al unir nuestros comunes esfuerzos en el desarrollo del progreso humano; al conservar puro este idioma con el cual se comunica con España el espíritu de sus hijos; al sostener la idea democrática como elemento de vida para ambos pueblos, no hacemos sino estrechar nuestros vínculos naturales. América en España y España en América; he aquí nuestro encargo histórico y literario para poder conservar en ambos mundos la unidad de familia, glorias comunes, el espíritu de dos grandes pueblos, unidos para siempre en las nobles conquistas de la civilización moderna.



EPISODIO DEL NAVÍO « SAN PEDRO ALCÁNTARA » (1815)[1]

Al norte de la península de Araya, en un punto equidistante entre Araya y el cabo Macana de la isla de Nueva Esparta y las islas de Coche y Cubagua, yacen en el fondo de las aguas, los restos de un navío célebre : los del *San Pedro Alcántara*. Como obra americana, pues fué construído en La Habana á fines del pasado siglo, ninguna tumba más legítima debía tener que las aguas del mar antillano, y ningún lugar más adecuado, que aquel que visitaron, en pasados siglos, las escuadras de Inglaterra, de Francia y de Holanda, cuando en lucha empeñada contra España, libraron aquellas naciones en ambos mundos, combates encarnizados, en los cuales vencieron y fueron vencidas, hasta que se repartieron el patrimonio de los Caribes, en el mar de las Antillas, mientras que la corona de Castilla perdía su bello florón de Flandes.

Asegúrase que el *San Pedro Alcántara*, con otro nombre, se halló en la batalla de Trafalgar, y que fué uno de los gladiadores que pudo salvarse de aquel combate célebre, en el cual, Francia, si fué vencida no quedó por esto menoscabada su gloria ; y si para Nelson fué la gloria del triunfo, á España cupo el triunfo de la honra. Por lo demás, cada uno cumplió con su deber, y en el cumplimiento de éste, no hay vencedores ni vencidos.

Cuando Fernando VII recuperó el trono de España en 1814, su primer pensamiento fué el de enviar una expedición á los mares de la América del Sur, con el objeto de sofocar la insurrección que

1. La casualidad de haber conseguido una importante obra, referente á la historia de nuestra Independencia, publicada en Puerto Rico en 1877, y solicitada por nosotros con grande interés, nos proporciona dar á uno de nuestros *Estudios Históricos*, el que versa sobre el incidente del navío *San Pedro Alcántara*, sepultado en las aguas de Coche en 1815, nuevo interés; pues que ilustramos nuestro trabajo con la descripción del episodio escrito por uno de los testigos más interesados. Nos referimos al volumen, obra del coronel don Rafael Sevilla y León, distinguido jefe español de la expedición de Morillo, que ha sido publicada con el siguiente título : MEMORIAS DE UN MILITAR SACADAS DE UN LIBRO INÉDITO, y arregladas por don José Pérez Moris. — Puerto Rico, 1877.

Después de agregar á nuestro trabajo, lo que sobre el particular dice el coronel Sevilla y León, nada más tenemos que añadir á la historia del célebre *San Pedro Alcántara*. Esta monografía la podemos reputar como un trabajo completo.

desde 1810 conmovía todas las colonias del continente. Al principio se dispuso que la expedición sería para las regiones del Plata; pero á poco se cambió de idea, y se creyó que sería más útil en los mares de Costa Firme, cuyos beligerantes patriotas habían ya desaparecido, después de la sangrienta campaña de 1814.

Componíase la expedición de 60 buques de guerra, á saber: navío *San Pedro Alcántara*, de 74 cañones, fragatas *Efigenia* y *Diana;* corbeta *Diamante*, goleta *Patriota*, barca *Gaditana*, y doce cañoneras desarmadas; y los buques trasportes que á continuación se expresan: *la Primera*, *San Ildefonso*, *el Guatemala*, *Daoiz y Velarde*, *Ensayo*, *Eugenia*, *Júpiter*, *Cortés de España*, *Numantina*, *la Vicenta*, *Salvadora*, *la Palma*, *Socorro*, *San Francisco de Paula*, *Providencia*, *Héroe de Navarra*, *San Pedro y San Pablo*, *la Joaquina*, *Nueva Empresa*, *la Empecinada*, *San Ignacio de Loyola*, *los Buenos Hermanos*, *la Preciosa*, *San Fernando*, *la Apodaca*, *la Elena*, *la Venturosa*, *la Coro*, *la Pastora*, *la Gertrudis*, *la Arapiles*, *el Aguila*, *la Parentela*, *la Unión*, *la Piedad*, *la Carlota*, *San José*, *Segunda Carlota*, *la Belona*, *San Enrique*, *San Andrés* y *la Alianza*. En estos sesenta buques venían 291 jefes y oficiales, y 10.000 soldados. Traían á bordo 15.000 hombres de tropas aguerridas, en la lucha contra Napoleón, divididas en dos brigadas compuestas de los regimientos « Victoria », « León », « Extremadura », « Barbastro », « Unión » (después « Valencey »), « Cazadores de Castilla », « Cazadores de Infantería » y dos regimientos de caballería con los nombres de « Dragones de la Unión » y « Húsares de Fernando VII ». Venía además un escuadrón de artillería, con 18 piezas, dos compañías de artillería de plaza, tres de zapadores y un gran parque de artillería provisto de todo lo necesario para sitiar una plaza de segundo orden. El total de hombres, incluyendo la marinería, alcanzaba á 15.000 hombres, bajo las órdenes del Mariscal de Campo don Pablo Morillo, que, desde soldado de marina, había comenzado su carrera militar, durante la invasión de España por Napoleón.

La expedición zarpó de Cádiz el 18 de febrero de 1815 y llegó á las aguas de la Margarita el 7 de abril. Uniendo á estas fuerzas los 5.000 hombres victoriosos de Morales, situados en las costas de Oriente, y los 22 buques armados de la escuadrilla española, al

mando del teniente de fragata Gabazo, tendremos, que la campaña de 1815, se abría con la cooperación de 20.000 hombres, y el auxilio de cerca de 100 embarcaciones bien tripuladas y armadas.

Llegaba la expedición en los momentos en que Bolívar, destruído por todas partes, abandonaba las costas de Cartagena, vencido por la discordia civil, y se había trasladado á la isla de Jamaica. Restos de beligerantes patriotas estaban prisioneros ó fugitivos; mientras que la mayoría había quedado muerta en los campos de batalla. En todos los pueblos reinaba la paz de los sepulcros; Boves había muerto. Morales su segundo, ceñía sus sienes con la corona del triunfo, en tanto que las guerrillas de los llanos, entregadas á su suerte, sin jefe supremo, sin centro de acción, andaban como nómades en las soledades de las sabanas. Agréguese á esto las familias fugitivas, la propiedad destruída, los ánimos abatidos, y se tendrá el campo de desolación, al cual debían llegar las huestes. frescas del futuro Pacificador, cuyo primer triunfo fué la adquisición pacífica de la isla de Margarita, único baluarte que resistía, después de la desastrosa campaña de 1814.

Cuando llegó la escuadra á las costas de Margarita, los oficiales españoles circularon el dicho de que la caja del ejército á bordo del *San Pedro* sólo contenía 300.000 *pesos;* lo que pareció un absurdo á los habitantes de la isla, pues no podían comprender cómo una escuadra tan poderosa y bien epuipada pudiera traer para sus gastos una cantidad tan insignificante. La fastuosidad de España en toda época, desmentía tal aserción ; así fué que nadie creyó aquel dicho que parecía encubrir algún misterio.

Después del 9 de abril, Morillo se ocupó en organizar la isla de Margarita y para el 24 debía seguir á las costas de Cumaná y de Caracas. El punto de reunión se fijó en la isla de Coche, y ya para el 24 todo estaba listo. Por una de tantas casualidades, Morillo se había trasladado, en la mañana de aquel día, del *San Pedro* á la *Efigenia.* Estaba en tierra el jefe expedicionario, cuando á las tres de la tarde, dos cañonazos disparados por el *San Pedro*, anunciaron fuego; al instante todas las embarcaciones menores acuden en defensa del rey de la flota, en tanto que Morillo lleno de ira, se mesa los cabellos y no sabe contra quien debe descargar la furia que lo domina. No bien llegan las embarcaciones al lado del *San*

Pedro, cuando los marineros de aquellas escalan el navío, y apremiados por las órdenes de todos los jefes de la escuadra que acuden al lugar del peligro, comienzan á lanzar al agua cuanto encuentran á la mano. Los primeros que saltan son los prisioneros que estaban á bordo. Como quinientos barriles de pólvora sacados de la *Santa Bárbara* son arrojados al agua, en tanto que continuaba el fuego lento en la bodega, y bocanadas de humo se escapaban por la escotilla, y anunciaban el progreso de la llama interna. Cerca ya de tres horas duraba el combate entre el fuego que avanzaba y los marineros y jefes haciendo esfuerzos por apagarlo, cuando Morillo, desesperado en presencia de semejante catástrofe, ordena suspender los trabajos y abandonar el navío. Ya para entonces habían sucumbido los trescientos enfermos que venían á bordo. En las playas vecinas estaban los náufragos y las tripulaciones, cuando á las 6 de la tarde una explosión volcánica se escucha en todas las poblaciones de las islas vecinas y costas del continente : el *San Pedro* acababa de volar, no dejando sobre las aguas sino parte de su palo mayor.

Todavía no se ha borrado de la memoria de los que presenciaron este cataclismo, la historia de sus pormenores. A semejanza de un ramillete pirotécnico, el navío lanza á los aires y en todas direcciones, maderas, cajas, cañones y cuanto se encontraba en las cercanías de la Santa Bárbara y sobre los pisos de cubierta. Las aguas del mar á distancia de una legua del *San Pedro*, oscilan de una manera terrible, durante cincuenta segundos, como si estuvieran agitadas por la fuerza del huracán, en tanto que el ruido de la explosión se escucha á muchas leguas de distancia. Un cañón de á 24, encontrado en las últimas exploraciones, á distancia de 250 metros del *San Pedro*, indicó cuál fué la intensidad de la fuerza explosiva.

Para la noche del 24, todo estaba ya en reposo : ni el mar oscilaba, ni se escuchaban explosiones, ni el cañón del *San Pedro* pedía auxilio. Este reposaba tranquilo, con todos sus tesoros, debajo de las aguas de Coche y de Cubagua.

¿Qué causas motivaron tal desastre? — Los historiadores, tanto españoles como venezolanos, están acordes, y todos convienen en que el incendio fué debido á la casualidad de haberse aplicado

inadvertidamente la llama de una bujía á uno de los bocoyes de aguardiente de la despensa, en los momentos de la distribución. Bien fuese el director ó alguno de los marineros, es lo cierto que al cabo de un gran rato fué cuando se supo lo que pasaba, y que desde este instante se emplearon todos los esfuerzos humanos por salvar el navío.

Pero si los historiadores coinciden respecto de la causa directa del incendio, discrepan acerca de la inocencia ó criminalidad del hecho, supuesto que á bordo del *San Pedro* estaba la tesorería de la expedición, y era voz pública, desde la llegada de la escuadra, que una gran parte del tesoro había sido robado en Cádiz.

Sin entrar todavía en los pormenores de este hecho, y sí en el esclarecimiento de la verdad deducida de las diversas apreciaciones históricas, podemos conjeturar que no debe imputarse al general Morillo el horrible hecho de la catástrofe. Con las facultades ilimitadas de que estaba revestido el jefe de la expedición, no tenía éste necesidad de cometer un acto de barbarie, para ocultar el robo, en el caso en que hubiera sido culpable. A pesar de todos sus defectos como militar y como mandatario, el general Morillo poseía en alto grado el sentimiento de su nacionalidad, y no cabe en un militar pundonoroso, que había comenzado sus campañas en América con actos de generosidad y de cordura, ser autor de un hecho atroz que debía menoscabar su honra y perjudicar los intereses de su nación. Si hubo, por lo tanto, criminalidad en el incendio del *San Pedro*, es necesario hacer responsables á los subalternos de la expedición, entre los cuales había hombres tan feroces como codiciosos.

Lo que más sorprende al conocerse la catástrofe es el silencio oficial y la falta de averiguación respecto de un hecho tan trascendental. En la *Gaceta de Caracas* de mayo de 1815, José D. Díaz, su redactor, se limita solamente á publicar la noticia de la manera más sencilla, sin manifestar ni el asombro que ella había causado. Ningún proceso, ninguna pesquisa, nada que indicara el deseo de averiguar la verdad de los hechos, siguió á la publicación de la noticia en el papel oficial del gobierno. El general Morillo se halló sin recursos pecuniarios, y para suplir el tesoro sepultado debajo de las aguas, tuvo que apelar á los empréstitos forzosos en todas las

poblaciones de Venezuela, arruinadas ya desde las campañas de 1813 y 1814.

*
* *

Antes de aplicar la crítica histórica, consignemos en estas páginas las opiniones de los historiadores peninsulares y venezolanos, que del estudio de unos y otros deduciremos consecuencias para averiguar la verdad de los hechos.

En su *Revolución de Caracas*, publicada en 1828, José D. Díaz repite lo que había estampado en la *Gaceta* de 1815, y agrega : « Era necesario proporcionar numerario para aquel ejército, porque el incendio del navío *San Pedro*, sobre la isla de Coche, cerca de la Margarita, había sepultado bajo las aguas *la tesorería*, y muchos artículos indispensables á él : acontecimiento tan funesto que habrían sido más sensibles las consecuencias, si el auditor Hernández Armas, comisionado por el general en jefe en la de Granada, no hubiese remitido los auxilios que remitió. »

Torrente (*Revolución hispanoamericana*) que publicó su obra en 1830, y copió en lo general á Díaz, refiere el hecho de la manera siguiente : « Otro de los contrastes que sufrieron estos (los realistas) en el principio de sus operaciones, fué el incidental incendio del navío *San Pedro Alcántara*, ocurrido el día 24 de abril. Se hallaba fondeado cerca de la isla de Coche, cuando á las tres de aquel aciago día se prendió fuego en la despensa por haber aplicado inadvertidamente la luz á uno de los bocoyes de aguardiente el encargado de su distribución. La grande alarma producida por esta inesperada desgracia, los vigorosos esfuerzos de toda la tripulación para ahogar las voraces llamas, el recomendado celo de los oficiales, y en particular del teniente de navío don Fernando Lizarza, la serenidad y valor de la compañía de granaderos de la Unión, que teniendo á su cabeza á su subteniente don José Aboi arrojó al agua en medio de las llamas 500 barriles de pólvora que sacó de la Santa Bárbara, la eficaz cooperación del coronel de cazadores de Extremadura don Mariano Ricafort, los auxilios que de todos los demás buques salieron en el momento de haber oído los cañonazos indicantes de aquel apuro; todo fué inútil para contener el elemento destructor. El humo que salía por las escotillas impedía la aproximación á ellas;

se trató de anegar el buque disparando contra él algunos cañonazos; más ni esta maniobra pudo verificarse á causa del espeso humo que sofocaba á los que se habían encargado de ella. »

« Eran ya inútiles todos los esfuerzos humanos; habría sido una imprudencia altamente reprensible, obstinarse en lo que estaba ya fallado de un modo irrevocable; habría sido criminal detenerse en inútiles tentativas el tiempo necesario para salvarse de la muerte. Dióse la orden de abandonar aquel volcán que amenazaba una próxima explosión; ésta se verificó á las seis de la tarde cuando ya casi todos habían hallado un seguro asilo en la infinidad de barcos que se presentaron con tal objeto. Aquí se *perdió la tesorería del ejército*, una porción considerable de municiones, y no menos acopio de armas y pertrechos guerreros. »

En esta narración avanzamos un paso, pues se nombran dos jefes que contribuyeron con sus esfuerzos á salvar el navío : Lizarza y Ricafort.

El historiador español Badillo, en *sus Apuntes sobre los principales sucesos que han influído en el actual estado de la América del Sur*, publicados en Cádiz, 1836, dice : « Todavía ignorábamos realmente cómo y por qué fué la quema del navío *San Pedro Alcántara*. Un denodado oficial de su dotación, Lizarza, culpó públicamente al comandante. Lizarza fué encerrado en un calabozo, y el comandante del navío, Salazar, vivió siempre tranquilo sin que yo á lo menos por más que lo he preguntado, haya sabido que nunca se le hiciese cargo alguno con el rigor competente, como tampoco al jefe de escuadra Enrile, jefe de las fuerzas navales de la expedición. »

Aquí tropezamos ya con un cargo hecho al comandante y con una víctima.

El coronel Montenegro en su *Historia de Venezuela* publicada en 1837, dice : « El 24 de abril voló el navío *San Pedro* cerca de la islita de Coche, sin que pudiera salvarse otra cosa que un poco de pólvora; perdiéndose gran cantidad de municiones, armas y pertrechos; y en concepto de algunos, *los caudales que se habían aprontado en Cádiz y formaban la tesorería; siendo otros de contraria opinión, por creer con algún fundamento, que no salieron de dicho puerto, y que para encubrir el robo se adoptó, el nuevo crimen de incendiar el buque.* »

El coronel Montenegro, que militó con los Españoles, es el primer historiador que habla del suceso del *San Pedro*, sin ninguna especie de reserva, y lanza á la prensa las opiniones que hasta entonces habían circulado de una manera más ó menos sigilosa. La opinión de Montenegro descifra en parte el silencio guardado por los historiadores Díaz y Torrente, á pesar de que sirvió como éstos bajo una misma bandera.

Baralt y Díaz copian á Montenegro, y Austria á los primeros, mientras que Restrepo, Larrazábal y otros, refieren el hecho sin comentarlo. En vista de estas diversas opiniones; una de las cuales un velo misterioso parece que oculta los hechos, otras que envuelven cargos terribles contra los jefes de la expedición; ¿cómo podremos conocer la verdad? ¿Qué guía puede conducirnos en medio de este laberinto, cuando ignoramos la cantidad que fué destinada por el gobierno español para la tesorería de la expedición? Abramos los escritos del general Morillo, publicados en Caracas en 1820, antes que todas las obras escritas sobre la historia de Venezuela, y encontraremos un punto luminoso que nos descifrará en parte el enigma. « Me vi reducido á esta situación (la falta de recursos monetarios) dice Morillo, por el funesto incendio del navío *San Pedro Alcántara*, donde fué sepultado el principal almacén del ejército *con su caja* y la de la marina. Este suceso deplorable no podía atribuirse á la malevolencia; la policía estaba muy mal servida á bordo del navío. Dos marineros ebrios ó torpes incendiaron el aguardiente que ellos sacaban de una pipa. Sea por temor de sufrir un justo castigo, ó porque creyesen que encerrando el líquido inflamado podían detener el incendio, es lo cierto que ocultaron el hecho á todos sus compañeros. La llama tomó grandes proporciones y no tardó en comunicarse á más de cuarenta pipas depositadas en el mismo almacén. Cuando se conoció cuanto pasaba, era ya demasiado tarde para atajar el mal. Treinta y dos hombres perecieron al tratar de escaparse á nado mientras que el resto de la tripulación fué salvado por los buques mercantes. De 100.000 pesos (*cien mil pesos*) apenas pudieron sacarse 19.000 en este desastre. »

Hay una revelación importante en este dicho de Morillo, y es que cuando se incendió el navío, no había en la caja del ejército sino

cien mil pesos. ¿ Cómo se explica esto? ¿ Qué cantidad debió sacar de Cádiz la expedición para que al llegar á su destino, sin haber tenido las tropas marchas ni contramarchas, sin haber empeñado combate alguno, sin haber tenido necesidad de víveres, abundantes en los diversos buques de la escuadra, no tuviera sino *cien mil pesos?* Si en la caja de la tesorería sólo había trescientos mil pesos, según la confesión de los oficiales á su arribo á Margarita, ¿ en qué se habían gastado los doscientos mil restantes? Los hechos posteriores nos aclararán estas dudas. Sigamos.

*
* *

Oigamos ahora lo que escribe el coronel Sevilla y León, en sus *Memorias :*

« El 18 de abril al medio día, dió el navío orden para darnos á la vela. A nosotros se nos mandó ir á la isla de Coche, para hacer agua, si la necesitábamos, y lo mismo á los demás buques que careciesen de ella.

« El general Morillo y demás oficiales salieron el 20 para Cumaná en la *Efigenia*, dejando en la Margarita dos compañías de Barbastro y unos cuantos dragones de guarnición. El mismo día lo efectuamos nosotros. La mayor parte de los buques se dirigieron á la isla de Coche. Mi fragata, por no necesitar agua, se rezagó llegando el 21 por la mañana y anclando á unas cuatro millas de tierra. El navío *San Pedro*, venía detrás para ir recogiendo á todos los buques, y fondeó muy cerca de nosotros, delante de dicha isla de Coche, teniendo á la proa dos ó tres lanchas cañoneras.

« A las cuatro de la tarde notamos mucha confusión á bordo del *San Pedro*, y que nos hablaban con bocinas. En el tope de proa vimos la señal de motín y que muchos individuos se tiraban al agua y se trasladaban á nado á las cañoneras : algunos se descolgaban para que los auxiliasen por el cable de proa, lográndolo unos y pereciendo otros. Inmediatamente echamos una lancha al mar, en la que nos metimos dos oficiales y un piquete de soldados armados de fusiles para ir al navío á sofocar la rebelión. Pero cuando ya nos alejábamos, asomóse Pereira por la popa y nos dijo que nos volviésemos pues lo que había á bordo del *San Pedro* no era motín sino

fuego. Efectivamente, al subir á nuestro buque, ya se divisaba muy bien el humo salir del navío, y distinguíamos á sus infelices tripulantes que angustiosamente nos pedían socorro. Desde arriba se tiraban muchos á los botes, que estaban llenos de soldados, quienes, con ese egoísmo que produce el temor á la muerte, recibían en la punta de las bayonetas y de las lanzas á los que saltaban. Entonces echamos al agua todos nuestros botes, que dieron dos viajes, salvando unos setenta jefes y oficiales y de tres á cuatrocientos individuos de tropa y marinería. Entre los que trajimos, vino el mayor de la escuadra, Santibáñez, en camisa, el mayor de mi regimiento y el edecán del general Villavicencio : todos venían en mangas de camisa, y los mejor librados, con lo encapillado. En la *Providencia* ya no cabíamos sino en pie y apretados como sardinas. El resto de la escuadra, aunque distante, notó también este desgraciado accidente y mandó sus botes á todo remo, pero los más no llegaron á tiempo y otros se detuvieron ante los cañones que se disparaban solos, lanzando sus balas y mortífera metralla, por lo que á unos y á otros nos fué imposible continuar el salvamento. A bordo mismo estábamos en inminente peligro, con cuyo motivo tomó el mando de la fragata su propietario y experto marino el bizarro Arteaga.

« Colocado junto á la caña del timón, gritó con una voz de mando imponente, á la que era imposible resistir.

« —¡ Silencio! —¡ Dos marineros con hachas al pie de los cables! ¡Desplegar velas!

« Una comisión de personas visibles le fué á suplicar que mandase cortar los cables, para que se alejase de allí la fragata.

« — Mi deber es permanecer aquí, dijo, y ninguna consideración es capaz de separarme á mí del camino del deber.

« Rechazada perentoriamente la petición, enviaron al capellán Cabañas que le rogó por el amor á Dios y al prójimo que no expusiese tantas vidas.

« — Padre, le respondió, tengo botes en la mar que esperan un momento en que la artillería los deje aproximarse al navío, para recoger á los desgraciados que van á morir achicharrados ; mientras haya esperanza de salvarlos, no me muevo de aquí ; yo soy el primero en exponer mi vida y nadie tiene derecho á regatear la suya.

Váyase usted á rezar por los que han muerto y por los que morirán dentro de pocos minutos.

« Más de media hora permanecimos allí sufriendo el fuego que nos hacía el navío.

« Después observamos que las llamas habían ya subido al palo de mesana y que devoraban las jarcias.

« Entonces y sólo entonces oímos la tonante voz de Arteaga gritar :

« — ¡ Piquen anclas ! ¡ Derriben á popa !

« Así se ejecutó por los muchos brazos inteligentes que teníamos á bordo. La fragata empezó á navegar á toda vela; pero no habían pasado más de diez y ocho minutos, cuando ya á cierta distancia del buque incendiado, vimos sobre el navío como un relámpago inmenso, indescriptible, después una colosal masa negra y roja que se elevó como el cráter de un volcán á las nubes; luego un ruido espantoso, prolongado, inaudito. La mar tembló, las aguas se arremolinaron en forma de las olas concéntricas. Una especie de nube cual globo gigantesco que rasgó los aires, pareció amenazar al cielo y aplastar la tierra. Alrededor del punto en que había estado el navío no se veía agua, sino negro humo.

« — Señores, exclamó Arteaga, cuando hubo cesado el ruido terrible de la explosión, Dios ayude á los que han muerto; roguemos por sus almas y demos gracias á la Providencia, por nuestra salvación casi milagrosa... Ahora pidamos á Dios que nos libre de la nube.

« — ¿ Qué es la nube? preguntó un capitán.

« — La nube que se nos viene encima son cañones, fusiles, balas, palos, cadáveres y mil otros cuerpos pesados que nos aplastarán si caen sobre nosotros.

« Y era así ; según se iba abriendo la nube caían de ella cuerpos negros que se sumergían con grande estrépito en el agua; nuestra fragata tuvo la suerte de que ninguno de aquellos fragmentos cayese á su bordo, pero sí muy cerca.

« Del navío no se veía más que el bauprés fuera del agua.

« Pasamos la noche dando vueltas, sin poder fondear, por haber perdido las anclas y no tener más que una en el fondo de la bodega. Al amanecer se reunió con nosotros el convoy que había estado

haciendo aguada. Una vez reunidos se hizo el trasbordo de la gente que teníamos en la *Providencia*, distribuyéndola entre todos los demás buques. Como la mitad de los salvados estaban desnudos, les abrimos nuestros baúles para que se remediaran de lo indispensable. El buen Arteaga sacó dos enormes cofres llenos de ropa de paño de mucho coste : toda la repartió sin quedarse con una prenda.

« Al medio día supimos que habían perdido la vida en el navío dos oficiales y treinta y seis soldados y marineros, entre ellos el músico mayor de mi regimiento, un platillero y un gastador, habiéndose encontrado á uno de los oficiales llamado Santa María hecho un carbón sobre el agua. Comparativamente mucho mayores fueron las pérdidas materiales que sufrimos con la quema del navío. Además del buque, que era excelente, fueron á parar al fondo del mar *seiscientos mil pesos* del Ejército y *quinientos mil* de la Marina en efectivo, un magnífico tren de artillería de campaña y de plaza, ocho mil fusiles, é igual número de monturas, espadas y pistolas; ocho mil vestuarios completos de paño, infinidad de útiles de ingenieros, cuatro mil quintales de pólvora, un sinnúmero de bombas, granadas y balas, todos los equipajes de los jefes y oficiales y otros artículos de valor que sería cansado relacionar. »

La lectura de esta descripción por un testigo presencial nos aclara un punto, que á bordo del *San Pedro*, había más de un millón de pesos ; lo que aumenta en ochocientos mil los trescientos mil de que hablaban los mismos españoles, al llegar á las costas de Venezuela.

*
* *

El mito del *San Pedro Alcántara*, es decir, la opinión de que á bordo de este navío se hallaban cuatro ó cinco millones de pesos, con las joyas valiosas de las iglesias y de muchas familias del Oriente de Venezuela, remonta á los años corridos desde 1840 á 1850. Como todo lo misterioso, embellecido con oro y piedras preciosas, que los ojos creen divisar á través de un velo de gasa, así el mito del ponderado tesoro ha ocupado durante muchos años la atención de la prensa norteamericana.

Los indios guaiqueríes fueron los primeros que en los días de

Colombia, se aprovecharon del tesoro del *San Pedro;* pero los proyectos en mayor escala por medio de buzos y de máquinas remontan á los años de 1848 á 1850. En los diversos artículos publicados en los Estados Unidos de la América del Norte encontramos los siguientes datos : « Asegurábase entonces que á su salida de Cádiz el navío tenía á su bordo más de dos millones de pesos fuertes. Asegurábase igualmente que apenas llegó á las costas de Oriente cuando recibió, como depósito, las alhajas de algunos templos y las prendas de más de doscientas familias, tanto de españoles como de venezolanos adictos á la causa española. Esto quedaba comprobado por las declaraciones de multitud de personas que vivían entonces y ayudaron á la conducción á bordo de la riqueza particular. »

El ministro de Venezuela en Wáshington, anunciaba por otra parte, á los empresarios americanos en la época de 1850 á 1854 que el montante del tesoro no podía bajar de menos de *cinco millones de pesos fuertes.* Hay pruebas, agregaba el ministro, de que se han sacado ya como doscientos mil pesos fuertes, encontrados en derredor de la popa, por diferentes compañías en diversas épocas.

En 1850 el capitán Conway, de Bostón, enviado á Araya para estudiar los lugares, escribió el siguiente informe :

« No puede caber duda alguna razonable respecto á la existencia de estas propiedades. Se me permitió examinar los registros y documentos del gobierno, los cuales prueban, de una manera incontrovertible, que había en el navío cuando se fué á pique, no menos de *tres millones de pesos fuertes en efectivo.* Me cercioré de que *un millón quinientos mil pesos fuertes* del tesoro consistía en *onzas de oro españolas;* y también de que la cantidad de alhajas y vajillas de oro y plata, pertenecientes á los templos, era muy notable, pues se reputa haber sido la Iglesia de la Asunción en Margarita que fué saqueada y en parte destruída, una de las más ricas de la América del Sur. Hablé con personas que me dijeron habían visto á los soldados echar en una enorme caja las alhajas y numerosas vajillas de oro y plata, y romper éstas al empaquetarlas, con las culatas de los fusiles. Sábese que *una cruz orlada de lindísimas joyas y piedras preciosas* se halló cerca del lugar del naufragio en el año de 1847, la cual fué vendida en Nueva York *en trece mil pesos fuertes.* Queda también claramente probado que hasta junio

(1850) se han extraído del navío *San Pedro*, no menos de *trescientos mil pesos fuertes*, los cuales se entresacaron del casco y de la arena, alderredor del bajel, mediante el empleo de los buzos comunes; *plata toda de cuño real* no hallándose con ella ni una *onza de oro*. Y como se ha cavado una extensa área alderredor del lugar del naufragio, se deduce que las monedas ya sacadas y esparcidas por la explosión, estaban probablemente en el cuarto del contador, ó en la cámara, ó en algún otro lugar cerca de la Santa Bárbara. »

El capitán Coutheny sacó, después de repetidos ensayos, como 70 mil pesos.

En 1855 se sacaron como 30 mil pesos más.

En 1857, la tripulación del bergantín *Monagas*, de Bostón, después de dos años de ensayos, sacó 40 mil pesos.

En 1871, el capitán Escandella exploró de nuevo los restos del navío y sólo se sacaron 1.286 pesos fuertes y unas pocas libras de cobre, equivalentes á 1.680 pesos según los datos publicados. Esto nos revela que los restos de aquel *vellocino de oro* se han evaporado ó yacen á grandes distancias del naufragio. A pesar de esto, existe todavía algún dinero y prendas valiosas; pero como se ignora hasta donde pudo la explosión lanzar las cajas y efectos del navío, y como por otra parte, las arenas han cubierto ya los restos del naufragio con una espesa capa, sucede que será muy costoso y difícil á los futuros exploradores, hallar los restos del tesoro.

Esta es una tumba que desmoronan los hombres y las olas. La mitad del buque está todavía intacta, pues la explosión fué en la Santa Bárbara. Hay de fondo como 48 pies ingleses sin que los restos cambien de lugar ni se nota que hayan cambiado en los sesenta y cuatro años corridos desde 1815. Para 1833 el bauprés estaba casi todo fuera. En 1842 se sacó el timón, que tenía de largo 11 varas de Burgos. El último de los prácticos murió en 1854. Se ha sacado además del dinero, joyas, cañones, cajas de clavos, balas, cobre, plomo y maderas. Estas están intactas y consisten en cedro, roble, haya y una madera llamada mango, de gran solidez.

Grande ha sido el número de los exploradores, y aunque muchos han ocultado la verdad de los hechos, respecto al dinero extraído, puede asegurarse, por los datos ó declaraciones que conocemos, que

hasta hoy se han sacado de los restos del *San Pedro* como 517.000 PESOS FUERTES Y UNA SOLA ONZA DE ORO.

¿ Cómo explicarnos ahora, este resultado de los hechos con la aseveración del general Morillo, quien supone que sólo había á bordo del navío en el momento de la explosión, *cien mil pesos*, de los cuales se salvaron *diez y nueve mil* á duras penas ? O el general Morillo no dijo la verdad, ó estaba ignorante de la cantidad que se hallaba á bordo. Nos inclinamos á esto último, pues si Morillo hubiera sido cómplice, habría fijado en mayor suma la cantidad sepultada. Por otra parte, Morillo era un hombre de honor, y su conducta en América, tan llena de absurdos, provenientes de la ausencia absoluta de educación y de inteligencia, no está manchada de peculado. Criminales y crueles fueron su segundo Enrile, Morales, Moxó y otros tantos aventureros y ladrones que no vinieron á América con el noble cargo de servir la causa de España, sino con la de satisfacer su codicia y malos instintos. ¡ Qué contraste entre estos especuladores políticos y Ceballos, Correa, Pereira, Cagigal, Pardo, Ureña, Rodríguez de Cosgaya y otros tipos caballerescos que, sin faltar á sus deberes para con España, dejaron, al retirarse de Venezuela, recuerdos de su buena conducta y de sus nobles sentimientos !

La confesión hecha, hace algunos años por el doctor Catañez, uno de los médicos del ejército expedicionario, va á darnos mucha luz acerca del robo verificado en la tesorería de la expedición, antes de su salida de Cádiz. Refería el doctor Catañez que, en el momento en que se recibía el dinero en Cádiz, el distinguido joven guardamarina, don Agustín Villavicencio, hijo de una familia notable y rica de aquella ciudad, llamó la atención del comandante Santibáñez, sobre un cajón marcado, 1.000 pesos, que se había roto casualmente, y contenía *piedras de chispa*. Al oir esto el comandante impuso silencio al pundonoroso joven, quien confió el hecho á su íntimo amigo Catañez, el cual, por su parte, confesó que había muchos cajones con la misma marca de 1.000 pesos que contenían piedras de chispa, y otros, clavos.

El comandante Santibánez, cómplice en el robo verificado en Cádiz, no olvidó la indicación del guardamarina, y pudo vengarse,

en el momento del incendio del navío, mandando á Villavicencio que bajase al depósito para que averiguara la causa del incendio. Villavicencio bajó, pero no pudo regresar, pues en el acto quedó asfixiado por las llamas.

¿ Está conforme esta declaración del médico del *San Pedro* por algún hecho posterior ó por el examen de documentos oficiales ? Por el estudio de los documentos tomados en los archivos de Cádiz por el capitán Escandella, resulta, que la expedición llevaba á bordo, en efectivo, *un millón de pesos fuertes en oro y millón y medio en plata* para raciones y gastos de aquella. En la época en que se estudiaron los documentos se sospechaba por muchos habitantes de Cádiz que *todo el oro se había quedado en este puerto.* Todo quedaría en la categoría de sospecha si sucesos posteriores no hubieran confirmado la declaración de Catañez y de los documentos oficiales. En las últimas exploraciones que se han ocupado en sacar los tesoros del *San Pedro*, se han encontrado multitud de cajas con la marca 1.000 pesos, las cuales, abiertas, contenían piedras de chispa ó clavos. Tan cansados estaban los exploradores de este chasco, que los buzos, al tropezar con cajas iguales, tuvieron á bien dejarlas en el fondo del mar, persuadidos de que contendrían los mismos efectos.

En prueba de estos hechos, y de no haberse hallado hasta hoy, después de tantas exploraciones, *sino una onza de oro*, queda confirmado el dicho de que la mitad del tesoro destinado para la expedición fué robado en Cádiz y que á las costas de Venezuela no llegó sino una parte, la cantidad en plata : es decir, *un millón, quinientos mil pesos.*

No habiéndose encontrado hasta hoy sino cerca de quinientos mil fuertes, es de presumirse que la diferencia de un millón de pesos yace en el fondo del mar, en lugares más ó menos distantes del de la catástrofe. Pero si atendemos á que los oficiales españoles á su arribo á Margarita, aseguraban que á bordo del *San Pedro* no había sino trescientos mil pesos, juzgamos que una gran parte del montante, en plata, fué también sustraído en Cádiz y que será muy difícil hallar más de lo que hasta hoy se ha sacado.

De lo expuesto se deduce : que la gran parte del tesoro del *San Pedro* fué robado en Cádiz; que el jefe de la expedición, Morillo,

no conocía la cantidad que se encontraba á bordo, en el momento de la catástrofe; que los autores del robo fueron varios de los oficiales empleados del gobierno español; y que la mayoría de los expedicionarios no vinieron á Venezuela inspirados por un sentimiento patrio, sino devorados por la codicia y por ambiciones innobles.

¡ Arcanos de la Providencia ! ¡ El navío *San Pedro* se sepulta con el resto del tesoro en la tarde del 24 de abril de 1815 : fué el primer acto de un drama sangriento que debiá durar once años. Para 1820, Morillo había perdido su conquista de Nueva Granada y deja á Venezuela, después del armisticio de Santa Ana, que fué un pretexto para salir airoso. Un año más tarde, ya casi todas las fuerzas expedicionarias habían sucumbido, y sólo un batallón, « Unión », después « Valencey », puede salvarse en la batalla de Carabobo, defendiéndose en su famosa retirada desde el campo de batalla hasta el castillo de Puerto Cabello, de los lanceros de Páez, sin perder el honor de su bandera. Dos años más tarde, el resto de las tropas expedicionarias capitulaba en Puerto Cabello. Ya habían sido vencidas las fuerzas navales de España en el lago de Maracaibo. Todo estaba concluído en Venezuela, mientras que Bolívar remataba la revolución americana desde 1822 hasta 1826 en el Ecuador y Perú, con las victorias de Pichincha, Bomboná, Junín, Ayacucho y Callao. SIC OMNIA TRANSEUNT.

EL REGIDOR DON JUAN MARTÍNEZ DE AMPÍES

Al Sr. Gral. Jacinto Regino Pachano
(De la Academia Venezolana de la Historia)

Dos agrupaciones de espíritus notables sintetizan la idea salvadora, cuando al comenzar la conquista castellana en el Nuevo Mundo, se levantan, como fuerzas de esterminio, la sed de oro y de riquezas, la más desapiadada codicia de que nos habla la historia. En medio de devastación tan horrible, en la cual queda muti-

lada la familia indígena y esclavizados sus miembros, arrasadas las campiñas, muertos los adalides esforzados que con tanto denuedo defendieron el patrio suelo; en medio de este prolongado día sin crepúsculos, surgen dos agrupaciones de espíritus rectos sostenidos por la sana razón, elocuentes, sufridos, que tratan de oponerse al empuje de las olas, siempre invasoras, siempre terribles de la codicia humana. En una de estas agrupaciones descuellan aquellos misioneros, apóstoles del Evangelio que logran, con la mansedumbre del cordero y la fuerza secreta de la fe, detener el incendio, para sobre las cenizas del hogar atribulado levantar el lábaro de la cruz y cobijar al pie de ésta á la familia indígena, fugitiva, sin patria, sin hogar. En la otra figuran aquellos hombres de corazón recto, que acá y allá, al sentir los gritos del huracán, quieren detener la ola impetuosa y presentarse como diques ante los desafueros de ambiciones desapoderadas. Este grupo está sintetizado en Venezuela, pues que de Venezuela hablamos, por dos varones excelsos: Bartolomé de las Casas en la región oriental, Juan Martínez de Ampíes en la occidental.

Cuando después de haberse levantado la cruz en las costas de Cumanagoto y repercutido el toque de las primeras campanas en las soledades que baña el mar antillano; cuando el indígena, atraído por la dulzura de los misioneros, comenzaba á deletrear y á cultivar los frutos del viejo mundo, tornó de nuevo el huracán de las pasiones, desapareció la cruz, con ella los apóstoles del Evangelio, y talada fué la huerta y destruídos los primeros monasterios. Y la campana sagrada no volvió á dilatar sus ondas; que sobre los despojos de castellanos y de indígenas mezclados, debía imperar de nuevo la codicia castellana.

Sacrificados habían sido los apóstoles del Evangelio, pero quedaban los apóstoles de la idea civilizadora. Ambos desaparecerán igualmente. Las Casas, espíritu fogoso, hombre nacido para la lucha, al fin se rinde cansado y huye. Va en solicitud de las soledades del claustro y del bordón del peregrino; va á vestir el sayal dominico, para continuar en su labor de redención. Como el ave de grande aliento, quiso detenerse en el *Valle de la Muerte*, mas al sentir los primeros síntomas de la asfixia, desplegó con fuerza el ala poderosa y se levantó á los espacios. Ampíes, en pos de bello

ideal, constante, sufrido, llegaba á realizarlo, cuando de súbito se lo arrebatan. Como el ave del hogar, fabricó su nido sobre la rama que refresca la onda del remanso, y brotaba la prole, cuando sierpes venenosas de allende el Atlántico, arrastradas por la ola de la ambición, destruyeron nido y prole. Y el ave del hogar en pos de la primera isla, desplegó el ala para morir de tristeza en remota playa.

No nos detendremos en la labor de este hombre eximio que conoce la historia con el nombre de Fray Bartolomé de las Casas. Es una de las figuras conspicuas del apostolado, al comenzar la conquista americana. Departamos solamente sobre el célebre regidor de la Española, fundador de la primera ciudad occidental de Venezuela, don Juan Martínez de Ampíes.

*
* *

Cuando se escribe acerca de los sucesos que sintetizan épocas diversas de la historia humana, si en la narración de ciertos desastres, el colorido natural es necesario, al instante el criterio justiciero y filosófico acude y guía la pluma del historiador y le salva de escollos que forja la imaginación exaltada. No puede haber conquista sin horrores, porque ellos aparecen, no como obra de los hombres, sino como necesidades de cada época; y si nos detenemos en cada una, desde los más remotos días, en todas tropezaremos con el desbordamiento de las pasiones humanas. En el mundo político, como en el mundo físico, el desequilibrio es incidente que obedece á leyes misteriosas del progreso.

A pesar de los numerosos escritos que en otros tiempos afearon la conquista castellana del Nuevo Mundo, hoy el juicio del historiador imparcial no se detiene ante las fuerzas devastadoras, emanadas de epidemias sociales, sino ante el resultado benéfico y civilizador que entrañan las grandes revoluciones. En la tempestad física, el rayo eléctrico es el comburente de todos los venenos que se levantan de la tierra. En las más desastrosas inundaciones, la ruina desaparece ante la riqueza que deja el limo de los ríos. Si el volcán destruye en sus horas de furia, lava y tierra vegetal deja al hombre. Si la langosta devora en una noche las esperanzas del

agricultor, le deja abono que perdura. Así, en los más sangrientos dramas de la historia del hombre, tras del mal transitorio está el bien que civiliza. En los momentos en que centenares de pueblos en ambos mundos, celebran las glorias del gran Descubridor de América, celébrase igualmente la conquista castellana, con sus irrupciones, con sus ímpetus, con su sed de oro, con sus estragos; pero también con sus misioneros, con sus espíritus levantados, con sus hipántropos, con su fe, con las grandes virtudes que dejó implantadas en el Nuevo Mundo. No puede separarse la gloria de Colón de la gloria de España. Descubridores, conquistadores y colonizadores se confunden y constituyen una época inmortal.

*
* *

Es un hecho, que después de la muerte de Colón, en 1506, comenzó en la costa venezolana el más atroz brigandaje de los conquistadores contra las poblaciones indígenas. Abrióse la escena por codiciar los ricos dones de la Naturaleza; y de la ostra siguió al oro; y cuando las sartas de perlas y chagualas del rico metal cayeron del cuello de las beldades indígenas, continuó la codicia en pos de la familia americana y ancianos y mujeres y niños arrebatados de sus hogares, recibieron en sus espaldas el hierro del esclavo y fueron vendidos en los mercados antillanos. Al presenciar tanto estrago que anunciaba la completa extinción de la raza indígena, el gobierno de la Española, aunque cómplice en tamañas iniquidades, juzgó que debía oponerse á la consumación de tanta ruina, que era necesario obrar con suma de energía, detener el torrente invasor y aprovechar la rectitud de los hombres de buena voluntad. Pensó entonces en uno de los más meritorios habitantes de la Española que se había dado á conocer por sus ideas filantrópicas, por su carácter verdaderamente civilizador, por la protección que dispensaba á los indígenas, ayudado de la justicia y de la rectitud de una conciencia tranquila. Este castellano solicitado por la Audiencia de la Española y apoyado por el gobierno de los Padres Jerónimos, fué don Juan Martínez de Ampíes, primero veedor, después factor y últimamente regidor que figuró en el alto cuerpo de los Oficiales reales de la Colonia dominicana.

Mas, antes de hablar de este personaje de la conquista, espíritu probo, inteligente, activo, admirable; antes de hablar de sus labores, de sus tendencias educacionistas, durante los últimos veinte años de su vida, debemos ocuparnos en la solución, al parecer pueril, de un problema que ha motivado disputas necias, de ningún interés histórico. Vamos á departir acerca del verdadero patronímico del regidor. ¿ Fué Ampíes, fué Ampúes? El estudio de esta materia dirá quiénes tienen razón si ampieístas ó ampueístas.

*
* *

El apelativo de Ampíes ha tenido las siguientes variantes: Ampíes, Ampíez, Dampíes, Dampíez, D'Ampíes, D'Ampíez. De aquí las corrupciones Ampúes, Ampúez, Amprés, Dapís, etc. El cronista Antonio de Herrera que escribió sus Décadas, desde 1492 hasta 1531, fué el primero que, al hablar del factor de la Española, escribió Ampúes, y á éste siguieron los historiadores de Venezuela Fray Pedro Simón, Oviedo y Baños, y han continuado Alcedo, Folleti, Montenegro, Baralt, Blanco y Azpurúa, etc., etc. Pero antes de Herrera, el primer cronista de Indias, Fernández de Oviedo y Valdez, había escrito Ampíes, apelativo que aceptaron Juan de Castellanos que militó en Venezuela y trató á la familia del regidor, y Las Casas que fué contemporáneo de éste. El cronista-soldado comenzó la publicación de *sus Elegias de varones ilustres de Indias* en 1589. Ampíes escribe el Alemán Nicolás Federmann, uno de los más notables agentes de los Welser, en la narración de su primer viaje á Coro, efectuado en 1529, y Ampíes escribe Ternaux en la traducción de esta interesante obra[1]. Ultimamente, Ampíes figura en las cartas y documentos de los Oficiales reales de la Española enviados, á Carlos V, durante los años corridos de 1517 á 1521. Todavía más, Ampíes decían los indígenas, moradores de Coro, y de Ampíes, en unas ocasiones, y en otras Ampíes, escribió el mismo don Juan en sus cartas á Carlos V. De manera que cuantos siguieron al cro-

1. Federmann, *Premier voyage aux Indes de la mer Océanie.* Haguenaux, 1 vol., 1557. — Ternaux-Compans, *Voyages, Relations et Mémoires originaux pour servir à l'histoire, Découverte de l'Amérique*, etc. Paris, 1837-1841, 20 volúmenes, en-8.°.

nista Antonio de Herrera, no llegaron á conocer las variadas fuentes de que acabamos de hablar [1].

¿De dónde viene este apelativo? ¿cuál es su origen? Los compiladores Pacheco, Cárdenas y Torres de Mendoza, creen que es de origen aragonés [2]. Bien puede ser, y en este caso ¿ la raíz será Amprás? Para nosotros el apelativo Ampíes tiene un origen franco-español y nos parece salir de Saint Pierre, San Pedro. De estos patronímicos originales se derivan Ampere, D'Ampere, Ampierre, D'Ampierre; Samper, Sampere, Semper, Sampil, Sampir [3]. No olvidemos que entre las corrupciones del patronímico Ampíes están las de Dampiez, Amprés y Dapil.

Ahora ¿ por qué hemos escrito al comenzar este estudio, el doble apellido de Martínez de Ampíes, cuando ninguno de los antiguos cronistas lo llama así? Sólo en una ocasión hemos tropezado con este apelativo doble, en el extracto de una provisión real, emanada del Almirante, de la Audiencia y Oficiales reales de Santo Domingo, de la isla española, fechada á 20 de enero de 1521; dando instrucciones al capitán Gonzalo de Ocampo, en la expedición armada contra los indígenas de Cumaná [4]. En esta sesión solemne acompañan á las firmas de los Oficiales reales, no la media firma de Ampíes, como escribía de costumbre, sino la original de Martínez Dampíes: ¿Cómo se explica esto? Por el estudio que hemos hecho de los documentos publicados antes y después de 1521, vemos que ningún nuevo Oficial real ó regidor figuró con aquel patronímico, lo que nos hace presumir que es el de Juan de Ampíes, quien al concluir su encargo político en el gobierno, quiso usar de los dos apellidos.

Pero, antes de abordar esta materia debemos subsanar un error que corre inserto en los documentos de Pacheco, Cárdenas y Torres

1. Debemos, sin embargo, hacer una excepción. De todos los venezolanos que han citado al fundador de Coro, sólo uno, Andrés Level, en sus *Apuntes estadísticos del Estado Coro*, escribió el nombre verdadero, de una manera acentuada, pues dice *Ampíes* y no *Ampúes*.

2. *Colección de documentos inéditos* relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía, etc., etc. Vol. I, Madrid, 1864.

3. Godoy Alcántara, *Ensayo histórico, etimológico, filológico sobre los apellidos castellanos*. Madrid, 1 vol., 1871.

4. Pacheco, etc., Obra citada.

de Mendoza. Dicen estos señores respecto de Juan de Ampíes[1], que quizá estaba relacionado con Mosén Hugo de Ampíes. el traductor de Valerio Máximo. Esto es error de examen, pues el traductor de Valerio Máximo (en romance) no fué Mosén Hugo de Ampíes, sino Mósen Hugo de Urríes, embajador de Juan II en la corte de Inglaterra. La impresión fué hecha en Zaragoza en 1495, como lo atestiguan bibliógrafos de nota[2].

Mas si don Juan Martínez de Ampíes nada tenía que hacer con Hugo de Urríes, sí parece que estuvo emparentado con Martín Martínez de Ampíes, escritor celebrado de Zaragoza, autor y traductor de varias obras, á fines del siglo décimo quinto. Presumimos que este escritor pudo ser padre ó tío de don Juan[3].

Los documentos más antiguos que conocemos respecto del regidor Ampíes, remontan á los años de 1511 y 1512. Desde muy temprano, después del descubrimiento de Colón, Ampíes se había establecido en la Española, y dedicado al cultivo de la tierra, siendo el ingenio de caña que llegó á fundar, uno de los más notables de la colonia[4].

1. Obra citada.

2. Brunet, *Manuel du libraire*, etc. Paris, 5 gruesos volúmenes, 1864. — Salvá y Mallen, *Catálogo de la Biblioteca de Salvá*, 2 gruesos volúmenes. Valencia, 1872.

3. Las obras de Martín Martínez de Ampíes de que nos habla Brunet, son las siguientes :

Martín Martínez de Ampíes, *Triunfo de María*. Zaragoza, 1495, 1 vol. pequeño en 4° gótico. Esta obra rara está escrita en verso (coplas de arte mayor); y en prosa, con moralejas.

Martín Martínez de Ampíes, *el Libro de Anticristo*, etc. Zaragoza, 1498, 1 vol. en folio.

Martín Martínez de Ampíes, *Tratado de Roma*. Este escrito figura en la traducción española del *Viaje de Breydembach á la Tierra Santa*, hecha por M. de A. Zaragoza, 1 vol. en folio, 1498.

Todavía existe otra obra, traducción de M. de A. de la obra de Manuel Diaz *Libro de Albeitería*, escrito en dialecto de Valencia. Zaragoza, 1 vol. en folio, 1499, con un prólogo del traductor.

Notamos, en el espacio de cuatro años que median entre 1492 y 1499, que en unas ocasiones se escribe Martínez de Ampiez y en otras Martínez Dampiez y Martínez Dapis. Véanse Brunet y Salvá. Obras citadas.

4. Según nos dice el cronista Herrera (década II) un vecino de la Concepción de la Vega, llamado Aguilón, llevó de las Canarias á la Española las primeras cañas de azúcar, las cuales encontraron tierra propicia para desarrollarse (1506). Y según el cronista Fernández de Oviedo y Valdéz, el primer ingenio que figuró en la isla fue el levantado por el Bachiller Vellosa, y según otros por Pedro de Atienza. Lo cierto es que los Padres Jerónimos, queriendo favorecer la industria sacarina, ordenaron que se facilitasen quinientos pesos en oro á todo vecino que se dedicase al cultivo de la caña. A poco existían en la isla cuarenta ingenios de agua y de caballos. Entre los variados ingenios de

En 1511, el monarca español concedió á las colonias de la Española y de Puerto Rico, licencia para traer indios de las islas llamadas entonces inútiles. En virtud de esta concesión, el almirante vice rey y los oficiales reales declararon que en el número de las islas inútiles, quedaba comprendido el grupo llamado de los gigantes, es decir, las islas de Curazao, Aruba y Bonaire. No pasaron muchos días, cuando se presentó en la costa dominicana una embarcación trayendo de aquellas islas dos mil indios. Parte de estos fueron entregados al regidor don Juan, como alto empleado de la Española, que desempeñaba el cargo de veedor ó factor. Sorprendido quedó éste cuando palpó que los nativos que le habían tocado, eran todos ellos bondadosos, inteligentes, dispuestos al trabajo, y sobre todo, inclinados á ser cristianizados. Pertenecían estos indios á la nación llamada Caiquetía, rica, valerosa que ocupaba grande área en las costas de Curiana y en las islas mencionadas.

Años más tarde, figuraban en la Española los Padres Jerónimos, y aunque el rey había ordenado á éstos que ninguno podía sacar esclavos de las islas, los Padres creyeron que sólo Ampíes podía llevar á término feliz la conversión de los indios Caiquetías. En un memorial fechado en 1517, dirigido al cardenal Cisneros, los Padres dicen : Hemos depositado los indios en poder del factor Juan de Ampíes, el cual tiene cargo de hacerlos instruir en las cosas de nuestra santa fe católica, é proveerlos de todas las cosas necesarias, etc., etc. Y hablando acerca de los rescates, los mismos Padres agregaban : « Mandábanos Vuestra Señoría Reverendísima en la previsión ya dicha que señalásemos una persona para que hiciese estos rescates. Acá lo hemos mirado y parécenos que el factor de Sus Altezas que en esta isla está, que se llama Juan de Ampíes, es persona suficiente para ello, porque es hombre de buena fama, é sabe en cualquier negociación, é es de madura edad, é persona que bien tiene lo que ha menester, é según parece desea

que nos habla Fernández de Oviedo y Valdéz, nos dice que encima de las orillas del Nigua en el río Yamán, ocho leguas distante de la ciudad, está otro gentil ingenio que hizo Juan de Ampíes, ya difunto, factor que fué de Sus Majestades y regidor de esta ciudad, el cual es ahora de los herederos de dicho factor. Y como este primer cronista publicó los primeros libros de su obra en 1535, podemos conjeturar que Ampíes murió por los años de 1532 á 1534. No sobrevivió á la fundación de Coro sino por corto tiempo.

mucho el servicio é provecho de Sus Altezas, etc., etc.[1].

Nada más borrascoso que la política de la Española desde 1510 hasta la retirada de Ampíes de la cosa pública. Todo fué intriga, monopolio, codicia. Dos partidos llegaron á formarse : el del almirante que sostenía su círculo, y el del rey en el cual figuraban los jueces de residencia, los Oficiales reales y los Padres Jerónimos. Y como el monarca tenía también su ganga en la repartición de indios, cultivo de las minas, etc., etc., sucedió que sus altos empleados salían de la isla condenados por sus desmanes, y á poco regresaban con nuevos honores concedidos por el monarca. Entre todos los especuladores de aquella época sobresale el famoso Lope de Conchillos que obtuvo del monarca cuanto pidió, y explotó cuanto pudo, hasta saciarse con la riqueza de las islas antillanas. En la repartición de los indios, Conchillos proveyó á Juan D'Ampíes (1514) por factor del rey, con ochenta mil maravedíes de salario y doscientos indios. Es un hecho que llama la atención, cómo en la historia de todos estos altos empleados que se acusaban y se absolvían unos á otros, según el interés que mediara, no figura en la lista de tantos codiciosos y culpables el nombre de Juan Martínez de Ampíes. Era un cordero en medio de lobos hambrientos que sabía conservarse á la altura de sus nobles antecedentes.

Por el contrario, sólo el factor tenía licencia, tanto del almirante como de los jueces de residencia, para instruir á los indios de las islas de Curazao, Aruba y Bonaire. Sin temor de errar puede asegurarse que fué aquel quien comenzó á poblar las islas y á levantar las primeras casas sólidas en Curazao.

Acostumbrado á tratar con indios sanos fué lentamente extendiendo su influencia á los moradores de Curiana hasta lograr darse á conocer por completo; y todo esto sin perder su independencia entre los altos empleados de la Española. Con frecuencia Ampíes enviaba comisionados que se ponían al habla con el cacique Manaure, y tan felices fueron estos primeros ensayos, que se vió en la necesidad de despachar más tarde, indios ya domesticados de su servicio y cinco cristianos que debían palpar las necesidades de la nación Caiquetía.

1. *Memorial* de los PP. Jerónimos al cardenal de Cisneros, Pacheco, obra citada.

Pero, he aquí que cuando todo anunciaba feliz término, llega á las costas corianas un salteador de esclavos, se hace de unos pocos, entre éstos de una hija del poderoso Manaure que había venido con su marido á darle la bienvenida á sus compatriotas. Al llegar estos esclavos á Santo Domingo, Ampíes con varonil esfuerzo los rescata y consigue el castigo de los criminales. El regidor aprovecha tan feliz coyuntura y devuelve los esclavos á las costas corianas, hecho que hizo conocer más y más al hombre justiciero. Estos y otros sucesos sirvieron de base para que Ampíes nombrado por la Audiencia de la Española para civilizar la nación Caiquetía, impetrase del monarca que ya le había concedido el gobierno de Curazao, Aruba y Bonaire, el de poblador de tan rica nación del continente[1].

La buena conducta y nobles deseos del regidor, llegaron á ser reconocidos, no sólo de todas las autoridades de la Española, sino también de los moradores de las costas corianas y cumanesas; tal es el influjo de una buena conducta, que esto solo basta para resolver en ciertos casos intracados problemas sociales. Y tan extenso era el radio de las ricas condiciones del modesto aragonés, que aun en los sitios más retirados de la cosa pública, había corazones que le bendecían. Esto es tan cierto, que un hecho basta por sí solo para confirmarlo. Cuando Federmann pisó por la primera vez las costas de Coro, en 1529, por ignorancia del piloto, hubo de desembarcar muy á sotavento de la capital, en la costa de Paraguaná; y por la playa continuar á pie en solicitud de la ciudad. A poco andar los desembarcados tropezaron con un rancho de indios caiquetíes y en solicitud de estos hicieron rumbo, para hacerse de una mujer que vino hacia ellos y les habló en español. « Refiéreles que ella había sido vendida como esclava en Santo Domingo, *pero que el factor de S. M. Juan de Ampíes*, que fué el primer gobernador y propietario de aquel país, la había tornado á la libertad y á la patria, con el objeto de disponer el ánimo de los naturales en favor de los indígenas. — ¿ Por qué queréis hacerme prisionera ?

1. *Carta del facto de Santo Domingo, Juan de Ampíes al rey de España*, etc , etc. Este importante memorial que conocemos desde que fué publicado en 1864 (Pacheco, etc. Documentos citados), figura en las ediciones del académico Fernández Duro, y en la segunda edición de Oviedo y Baños (*Hist. antigua de Venezuela*, impresa en Madrid en 1885, 2 vol. 8°).



les pregunta la mujer, cuando los indios de esta provincia de Paraguaná, son amigos de los cristianos? Esto bastó para que no la esclavizaran y para que encontraran en el rancho diez y seis indios que sirvieron de guía á los neófitos marinos [1].

No podemos precisar la época de la llegada de Ampíes á las costas de Curiana. Unos fijan el año de 1526, otros el de 1527, y hay quienes dicen que fué en 1525 ó 1526. Nosotros aceptamos la fecha de fines de 1526; y si desde entonces no se nombró ayuntamiento á la ciudad levantada por Ampíes, esto era muy natural, pues si el regidor había obtenido licencia de la Audiencia de la Española, nunca llegó la aprobación del monarca. Ampíes desembarcó acompañado de sesenta personas, figurando en este grupo cuatro ó cinco casados. Entre los castellanos sobresalían Juan de Cuaresma de Melo, Juan y Bartolo García, Esteban Martín, Riberos, Pedro de Limpias, Juan de la Puente, Aceros, Virgilio García y otros más; todos ellos hombres de aliento que descollaron á poco, en románticas lides y alcanzaron nombradía como fundadores de las principales ciudades de Occidente. También iban con los castellanos el príncipe caiquetía don Fernando García, su esposa doña Juana, y la hermana de aquél, doña Mencía y la princesa doña Teresa, cristianizados todos hacía tiempo por disposición de Ampíes.

Espontáneo y entusiasta fué el recibimiento, y de los pueblos caiquetíes acudieron indios con cañas, maderas y cuanto se necesitaba para levantar los primeros ranchos de la ciudad, á la cual se le dió más tarde el nombre de Coro, día de Santa Ana. Y como de antemano Ampíes había enviado carpinteros y albañiles, la obra no careció de directores. Tomó posesión de la tierra caiquetía á nombre de España, según la fórmula entonces conocida. La primera misa fué celebrada por disposición de Ampíes, y tras ésta el bautismo de los neófitos que de todas partes acudían á Coro [2].

1. Federmann, Viaje citado.

2. Coro, Coriama, Coriana Curiama y más al oeste de la actual capital del Estado Falcón, Curiana, eran nombres que llevaban caseríos muy reducidos de la nación Caiquetía. Coro, Coriana ó Curiana fué nombre que llevó otro pueblecito cercano al río de Coro. De aquí el nombre de Santa Ana de Coro. Coro equivale á viento, en lengua caiquetía, según Castellanos. Federmann llamó á Coro, la ciudad fundada por Ampíes Córdoba; y Nueva Córdoba fué el nombre que llevó la ciudad fundada por Ocampo, cerca de la actual Cumaná, en la región oriental. Así en aquella época se decía. La

Levantada la choza municipal y la de Ampíes, y acomodados, como se pudo, estos primeros habitantes de Coro, partieron los comisionados encargados de traer al gran Manaure á la presencia del regidor. No se conocían; pero como las buenas acciones preceden siempre á las más sólidas amistades, el cacique quiso visitar primero al protector de una de sus hijas y al civilizador de su pueblo.

Los indios ya cristianizados fueron los encargados de traer á Manaure á Coro, el cual llegó rodeado de sus magnates. Venía sobre andas exornadas de chapas de oro y regalos para su grande amigo. Leamos lo que nos refiere el cronista Castellanos respecto de la entrevista entre el poderoso cacique y el regidor.

Poblado Coro pues en llana vista,
Lugar de salutífero terreno,
Con munición para que se resista,
Al que tuviese parecer ajeno,
Quería comenzarse la conquista
Por los más comarcanos deste seno;
Mas antes de venir á los cabellos
Se convidó con paz á todos ellos.

Aquesta celebraron tan de veras
Cuanto por el Ampiés se les pedía,
Mediante los terceros y terceras
Que para sus designios él traía:
De suerte que de todas las fronteras
Ninguno para guerra se movía,
Por estar de por medio la Teresa
Y el príncipe Fernando y su princesa.

Estos trajeron al cristiano bando
Al indio que Manaure se llamaba,
El cual sobre caciques tuvo mando
Y toda la comarca subyectada;
Y hízolo venir el don Fernando
A cuanto nuestra gente deseaba:
Fué Manaure varón de gran momento,
De claro y de sagaz entendimiento.

Tuvo con españoles obras blandas,
Palabras bien medidas y ordenadas
En todas sus conquistas y demandas
Temblaban dél las gentes alteradas;
Hacíase llevar en unas andas
Con chapas de oro bien aderezadas,
Y el amistad y paz después de hecha
La tuvo con cristianos muy estrecha.

Usaba de real magnificencia,
Sin se le conocer parecer vario,
A sanos y á subyectos á dolencia
Siempre les proveyó lo necesario:
De tal manera, que sin advertencia
Se hizo poco á poco tributario;
Pero jamás desgusto ni molestia
Pudieron perturballe su modestia.

Nunca vido virtud que no loase,
Ni pecado que no lo corrigiese;
Jamás palabra dió que la quebrase,
Ni cosa prometió que no cumpliese;
Y en cualquiera lugar que se hallase
Ninguno le pidió que no le diese;
En su mirar, hablar y en su manera,
Representaba bien aquello que era.

Ampiés, viendo persona tan urbana
En medio de tan rudo barbarismo,
Dióle noticia de la fe cristiana
Siendo bien instruído por él mismo;
Y después recibió de buena gana
El agua del santísimo bautismo;
Llamóse don Martín, y después desto
Baptizó de su casa todo el resto.

Demás de la mujer, hijas y hijos
Se baptizaron todos los vasallos
Que tenía por granjas y cortijos;
Corrieron españoles los caballos
Por más solemnizar los regocijos;
El don Martín holgaba de mirallos,
Admirado, suspenso y espantado
De ver irracional tan bien mandado.

Córdoba de los Alemanes, al hablar de Santa Ana de Coro, para distinguirla de la Córdoba de Ocampo.

Fué siempre del Ampiés amigo caro
Satisfaciendo bien sus voluntades,
De todos clementísimo reparo
Y socorro de sus necesidades;
No supo de sus bienes ser avaro,
Ni maculó jamás las amistades;
Fué fiel en palabras y en el hecho,
Y libre de maldad siempre su pecho.

Con estas sobredichas ocasiones
Conformes á pacífica costumbre,
El capitán Ampiés y sus varones
Tuvieron de la tierra mayor lumbre;
Y aquellas circunstantes poblaciones
Vinieron á la paz y servidumbre
Hasta catorce leguas más adentro,
Más de su voluntad que por recuentro[1].

Tal es el retrato que del poderoso Cacique nos ha dejado el cronista Castellanos. Aceptó la alianza con los Españoles, empeñó su palabra y murió sin haber faltado á ella, á pesar de la devastación que siguió á la llegada de los agentes de los Welser, en los pueblos de origen caiquetía.

Todo continuó como era de esperarse, la más pura alianza entre castellanos y caiquetíes comenzó á producir resultados admirables. Como por encanto, desaparecieron los salteadores de esclavos que azotaban las costas y todo entraba por la vía de la civilización. Pero al realizar Ampíes su bello ideal estaba escrito que él no llegaría á darle sólida base y á formar de dos civilizaciones, un gran pueblo animado de las más sólidas esperanzas. Ignoraba que aquella dilatada área de tierra habitada por una sociedad de hombres pacíficos y trabajadores, sería entregada, como feudo, á los banqueros de Ausburgo, los Welser, y que con estos resucitarían los salteadores de esclavos, la destrucción de los pueblos indígenas y todos los estragos de una guerra á muerte á cuyo frente iban á figurar hombres crueles, sedientos de oro y de mando, para quienes la codicia iba á ser el único Dios.

Dos nuevas civilizaciones iban á chocarse : la germana ayudada de los castellanos y la indígena caiquetía, ya en camino del adelanto social é individual. Casi á los diez y ocho meses de haber Ampíes comenzado el desarrollo de su grande ideal, hubo de pasar por el dolor de abandonarlo. Fuerzas superiores le detuvieron de súbito, y el noble regidor, aunque acomodado y feliz en el seno de su familia, hubo de separarse de la nueva patria que llegó á amar con el corazón. Al entregar su obra, sintió el dolor del desengaño y fué á morir en el regazo de su hija, esposa de uno de los afamados cas-

1. Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias.*

tellanos de aquellos días, Lázaro Bejarano, legítimo heredero del feudo de las islas de los gigantes que Ampíes había recibido del monarca castellano[1].

INAUGURACIÓN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Acaba de ser instalada (8 del mes en curso) la Academia Nacional de la Historia, por el Presidente de la República doctor Juan Pablo Rojas Paúl, que la creó por decreto de 28 de octubre de 1888. Dos fechas célebres, 28 de octubre y 8 de noviembre, la una que festeja el onomástico del Libertador, y la otra que conmemora el asalto y toma del castillo de Puerto Cabello por Páez en 1823, hecho inmortal que selló la guerra de independencia en Venezuela, han venido á coronar la instalación del cuerpo espectable llamado por la idoneidad de sus miembros á resolver cuestiones de alto interés histórico.

Al fin vemos realizado uno de los más constantes deseos que, desde largo tiempo, ha acariciado nuestro amor patrio : la creación de la Academia Nacional de la Historia. Y aunque causas de vario carácter, entre éstas el temor de no poder cumplir con entera cabalidad nuestro deber, nos impidiera aceptar la honra que nos dispensara el Primer Magistrado de la República al incluirnos en el número de los fundadores de la Academia, nuestros deseos, nuestros esfuerzos, todos los resultados de una labor continuada y fecunda, durante muchos años de consagración al estudio de la historia patria, nuestra buena voluntad, finalmente, todo, todo lo ofrendamos hoy á la docta corporación, como homenaje á la memoria gloriosa de los heraldos de nuestra conquista y de nuestra emancipación política.

Zapadores de la idea, obreros de la historia americana, fervientes aficionados al estudio de las bellas letras y animados siempre por nobles aspiraciones, ni el temor de tamaña empresa nos ha arre-

1. Volveremos sobre esta materia, cuando publiquemos nuestro estudio titulado: *el Elemento alemán en la conquista de Venezuela.*

drado en nuestras faenas solitarias, ni el ánimo ha decaído en medio de las contrariedades de la vida, que constancia y amor patrio nos ha guiado, y deber de buenos hijos nos acompañará hasta la tumba.

Al descender la pendiente de la vida, con el corazón en paz y el espíritu libre, como en ocasión solemne dijo Guizot, nos creemos más obligados que nunca á continuar en la tarea honrosa que desde tiempo atrás nos entretiene, á saber : prestar nuestro débil contingente á la formación de los anales patrios, al desenvolvimiento de nuestras épocas históricas, al esclarecimiento de la verdad, teniendo por norte la justicia y por Mecenas la filosofía de la Historia. Y cuando llegue la época de escribir ésta, empresa que pertenece de derecho á la juventud que se levanta ; cuando á los excelentes trabajos de nuestros compatriotas unamos nuestros modestos estudios, espontáneos y desinteresados porque son hijos de la meditación, de la labor solitaria iluminada, no por la hoguera de la pasión volcánica, sino por el fuego sagrado de la patria; ¿ qué corona más meritoria podremos ofrecer los venezolanos á nuestros antepasados, y sobre todo á los hombres de la magna revolución de 1810 que esta serie de lucubraciones históricas aglomeradas durante un siglo, obra de todos nosotros, gestación del pensamiento venezolano, interrumpida ya por las luchas civiles, ya por las persecuciones de partido, ya por los gritos de la envidia ; pero triunfante porque ha podido vencer las borrascas de la vida y alcanzar la meta histórica que divisamos ya en el centenario de la revolución de 1810?

Dos discursos que se complementan hermosean la instalación de la Academia ; el de orden que pronunció el señor Saluzzo y la contestación que á éste dió el Presidente de la República. Ya la prensa ha juzgado estos dos trabajos como obras de gran mérito histórico y literario. Párrafos brillantes y sintéticos sobresalen en el discurso de orden. Consideraciones generales : apreciaciones oportunas acerca de la conquista española y de la emancipación americana ; épocas y sucesos que se encadenan en obedecimiento á leyes históricas : la lucha antigua y la lucha moderna ; la una que destruye los aborígenes, la otra que funda la República ; la obra de Bolívar que se desmorona en cumplimiento igualmente de leyes históricas ; el surgimiento de Venezuela armada del Poder Civil ; nuevas luchas en solicitud de nuevas conquistas ; los hombres y las aspiraciones de

cada época, de todo nos habla el distinguido académico con la entereza del filósofo y la austeridad del patricio.

El señor Saluzzo sabe cautivar siempre al auditorio con sus períodos, sus giros y la gracia en el decir : don éste de los talentos privilegiados que atraen con la frase concisa, galana, y suspenden con la verdad y con los altos vuelos del espíritu.

El discurso del doctor Rojas Paúl complementa las apreciaciones del señor Saluzzo. No se espacía el orador por los dilatados horizontes del mundo americano, pero sí se cierne majestuoso sobre los espacios del suelo patrio. Este magistral discurso en el cual brillan al par la forma y la crítica histórica resume las opiniones del autor respecto del rumbo que debe seguir la Academia en los trabajos que le han sido encomendados.

« Aún no está escrita la historia de Venezuela desde nuestra emancipación política hasta hoy. » Con esta verdad incontrovertible comienza el distinguido mandatario su discurso. De aquí parte para hablar de muchos de los escritores, ya en la tumba, y de las diversas obras de historia patria que han sido publicadas después de 1830. Sin despojar á ningún autor del mérito de sus obras, el orador juzga cada trabajo desde el punto de vista de la crítica filosófica y de la verdad histórica, expone las influencias á que ha obedecido cada obra, para concluir con la aseveración de que « ninguna ha alcanzado á ser la palabra final de la posteridad sobre el inmenso conjunto ».

En ambos discursos, como estrellas brillantes en el fondo azul del firmamento, sobresale noble idea, eminentemente civilizadora ; nos referimos á los conceptos honrosos, que contienen ambos trabajos, acerca de nuestra antigua madre España. Las frases vulgares que contra ésta aceptaron, durante muchos años, nuestros oradores, como gala literaria ó estallido de pasiones no extinguidas, están del todo proscritas. Al morir los actores de un drama sangriento y al apargarse la fragua de los rencores por la acción del tiempo y de las necesidades sociales, al amnistiarnos mutuamente españoles y americanos, la historia surge serena, noble, justiciera, para revelar á la posteridad todo cuanto redunde en beneficio del humano linaje. Dos horizontes nos cautivan : de un lado la nacionalidad venezolana, del otro, nuestros orígenes. — La

nacionalidad venezolana, es decir, nuestros hombres, nuestras conquistas, nuestros triunfos y reveses, la obra venezolana desde las primitivas épocas, nuestra historia, nuestra literatura, todo cuanto caracteriza nuestro ser, nuestras tendencias y propósitos. — Nuestros orígenes, es decir, lo que heredamos de nuestros conquistadores : idioma, costumbres, religión, supersticiones, etc., etc. ; en una palabra, la familia. No pueden por tanto Venezuela y España romper por un momento siquiera el lazo histórico que las une ; comunes glorias las inspiran. Tal es el resultado del criterio filosófico y de la crítica justa aplicadas al estudio de las revoluciones.

Séanos ahora permitido descender de lo general á lo personal. El doctor Rojas Paúl, al indicar lo que su criterio le sugiere respecto de los trabajos que debe emprender la Academia, dice :

« Recoger las obras históricas mencionadas, compilarlas, rectificarlas y refundirlas discretamente, parece ser el primer paso indicado, la segunda labor será de complementación para luego narrar y apreciar todos los sucesos que caen de 1830 para acá.

« Para todo ello, especialmente para lo último, es indispensable reunir previamente un gran número de trabajos sueltos que, publicados unos, inéditos otros, y todos, honra y prez del ingenio patrio, andan por nuestras bibliotecas. Hay, en efecto, muchos estudios de biografías, de crítica histórica, costumbres y ciencias sociales, hechos militares y administración política y fiscal, de un mérito inapreciable, y sin los cuales no se puede escribir la historia. Y, para no citar más que un ejemplo, diré que las investigaciones del doctor Aristides Rojas sobre historia patria, orígenes de nuestra literatura y tradiciones populares, lenguas indígenas y antigüedades venezolanas de todo género, son suficientes, por sí solas, para que la patria se enorgullezca de tal hijo. »

En público y en medio de numeroso y selecto concurso fueron pronunciados estos conceptos para nosotros tan honrosos ; públicamente debemos por lo tanto, tributar al Presidente de la República el homenaje de nuestro reconocimiento.

Si hay una frase que sintetice los nobles propósitos de nuestra labor histórica y satisfaga nuestras aspiraciones de escritor, es aquella en que la « madre se enorgullece de tal hijo ». A nuestra edad ya la vanidad pueril se extingue, pero sí cabe la satisfacción

de la conciencia; y es aliento al espíritu tan fraternal frase aunque nacida más bien de un sentimiento de generosidad que de la inspiración de la justicia. Honrar á la Patria y ser honrado por ella, he aquí la eterna satisfacción del obrero que obedece al siguiente lema: NI ENVIDIOSO, NI ENVIDIADO.

Dígnese el distinguido Presidente de la República doctor Juan Pablo Rojas Paúl, aceptar nuestra gratitud, la cual no se manifestará en palabras, sino en la continuación de una labor que sólo interrumpirá la muerte.

RENOVACIÓN MILAGROSA DE UNA PINTURA

¡Cómo se trasparentan los milagros y se disputan los orígenes de las vírgenes americanas á proporción que cada pueblo, en posesión de un retablo ó de una escultura, rinde á éstos constante culto! De las tres secciones de la América española que sintetizaron en remotos días la civilización indígena, cada una de ellas proporcionó á los conquistadores alguna virgen milagrosa. Pertenece á los mejicanos Nuestra Señora de *la Guadalupe*, y á los neogranadinos la de *Chiquinquirá*, en tanto que los peruanos vieron surgir á la de *Copacabana* de las orillas del hermoso Titicaca. Al través de los años y de las revoluciones, el culto á estas vírgenes de la conquista española en América, se conserva, y todas ellas tienen sus templos y cofradías al par que sus panegiristas y biógrafos. La historia de ellas ha proporcionado tres libros que se conservan en todas las bibliotecas antiguas y son consultados todavía por curiosos y devotos modernos.

Estas tres obras, según su antigüedad, son:

ANDRÉS DE S. NICOLÁS (P. Fray Agustín, descalzo). — *Imagen de Nuestra Señora de Copacabana, portento del Nuevo Mundo, ya conocido en Europa.* — Madrid, 1 vol. en 8.°, 1663.

PEDRO DE TOVAR Y BUENDÍA. — *Verdadera histórica relación del origen, manifestación y prodigiosa renovación por sí misma, y milagros de la imagen de la Sacratísima Virgen María, Madre de Dios,*

Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, que está en el Nuevo Reino de Granada, etc., etc. — Madrid, 1 vol. en 8.°, 1735.

Francisco de Florencia (de la Compañía de Jesús). — *La Estrella del Norte de Méjico, aparecida al rayar el día de la luz evangélica en este Nuevo Mundo, en la cumbre del cerro de Tepeyac*, etc., etc., *en la historia de la milagrosa imagen de María Santísima de Guadalupe que se apareció en la manta de Juan Diego*, etc., etc. — Madrid, 1 vol. en 8.°, 1741.

Entre los conquistadores del Nuevo Reino de Granada (hoy Colombia), figuró un tal Antonio de Santana, hombre devoto de la Virgen del Rosario. Encomendero de los pueblecitos de Suta (hoy Marchena) y de Chiquinquirá que dista del primero ocho leguas, quiso hacerse de una imagen de la Virgen para el templo que había levantado en Suta, lugar de su residencia; y para realizar su deseo fuese á la ciudad de Tunja y encargó al pintor Alonso de Narváez una imagen del Rosario que tuviese de un lado al apóstol San Andrés y del otro á San Antonio de Padua, dándole al efecto larga manta de algodón que le sirviera de tela. Concluída la obra y puesta en cuadro, como mejor se pudo, fué colocada en el altar de la capilla y expuesta á la devoción de castellanos é indios.

Como el altar se mojaba cuando llovía, sobre el cuadro corrieron abundantes goteras de aguas, lo que contribuyó á que lentamente sufriera la obra y desapareciera en ciertos lugares la pintura. Y á tal grado llegó el deterioro, que obligado se vió el cura doctrinero de Suta, á recurrir á Santana en solicitud de nueva imagen de la Virgen, puesto que ya la primera no inspiraba devoción alguna. Como no pudiera Santana satisfacer los deseos del cura, se vió éste en la necesidad de exigir de su padre, Juan Alemán, la imagen del Crucificado pintada en Nueva España que éste poseía. Exornado de nuevo el altar de Suta con el cuadro del Cristo, dispúsose que el lienzo deteriorado de Nuestra Señora del Rosario fuese remitido á la Capilla del vecino pueblo de Chiquinquirá, nombre éste que en idioma chicha equivale á *lugar de muchas lluvias y continuas nieves*.

Tenía Antonio de Santana un hermano llamado Pedro, cuya esposa, María Ramos, había permanecido en España, en tanto que don Pedro buscaba fortuna en Tunja, donde llegó María en 1585,

llamada por su marido. Feliz fué la travesía y alegre se preparaba María á encontrarse con su cara mitad, después de prolongada ausencia, cuando al abrazar á don Pedro no encontró en éste sino un marido indiferente, un corazón frío á las ternuras de la esposa, y cierta fisonomía en la cual había dejado huellas el olvido. Abundante llanto fué el consuelo de María, ante tan cruel desengaño; pero lenitivo á éste fué la oración, que es la piedad, consuelo y también amor que á Dios dedica el alma dolorida.

En cierta mañana del año de 1585, María, con permiso de su esposo, siguió al pueblo de Chiquinquirá con el objeto de visitar á su pariente Catalina García de Irlos. Devota de la Virgen del Rosario, solicitaba María una imagen de ésta ante la cual quería orar, cuando al visitar la triste Capilla del pueblo tropieza con un cuadro que yacía en el suelo; era el lienzo de nuestra Señora del Rosario que de Suta había sido trasportado á Chiquinquirá, donde caído del altar permanecía en tierra, mezclado con la basura de la Capilla. María lo toma, lo examina, quiere descifrar lo que en él figuraba y nada logra: tal era el estado de la pintura hecha en 1532 y borrada en su totalidad en el espacio de cincuenta años. María barre la Capilla, y después de haber orado delante del lienzo, regresa á la casa de Catalina, quien al verla tan contristada, le refiere la historia de la imagen. Desde este momento, María poseída de nuevo entusiasmo, continúa con perseverancia en sus oraciones y visitas al templo, en el cual, llena de éxtasis, imploraba de la Madre de Dios la renovación de aquel lienzo, creyendo hallar de esta manera realizadas sus más nobles aspiraciones.

Corrían los días y con ellos las visitas de María, cuando en cierta mañana, el 26 de diciembre de 1586, después de prolongada oración, sale á la calle. Y aun no había llegado á la puerta cuando tropieza con cierta india cristianizada que traía un niño que llamaba la atención de la madre hacia el interior de la Capilla, diciéndole: — *Madre, mira la madre de Dios que está en suelo.* — Y observando la india lo que pasaba, vió en efecto que la Capilla estaba iluminada y la imagen llena de suaves resplandores. — La india, llena de asombro en vista de tal prodigio, llama la atención de María, que á la sazón salía del templo, y le dice: « *Mira, mira Señora, que la madre de Dios se ha bajado de su lugar, y está allí en tu asiento*

parada, y parece que se está quemando. Vuelve María Ramos el rostro, refiere la tradición; y ve, que la madre de Dios estaba de la manera que decía la india; y admirada en presencia de tan inesperado portento, llena de asombro y pasmo, dando voces y derramando lágrimas, entra de prisa al lugar donde estaba la milagrosa imagen, y arrojándose á sus santísimos pies, con mucho temor, fija los ojos en ella y ve cumplido su deseo, porque estaba manifiesta la imagen de la madre de Dios, con hermosura celestial, y con colores muy vivos y alegres, y con el rostro muy encendido, y rosado, despidiendo de sí grandísimo resplandor, que bañando de luces á los santos que tenía á su lado, llenaba de claridad toda la Capilla, y el alma de María Ramos de celestial consuelo », como agrega el cronista. « Y derramando lágrimas de alegría y devoción, prorrumpe en estas razones : *Madre de Dios, Señora mía, ¿dónde merezco yo que os bajéis de vuestro lugar, y estéis en mi asiento parada*[1]? »

A los clamores de María, acude gente á la Capilla, y todos y cada uno de los concurrentes son testigos de la sorprendente renovación del lienzo en el cual hacía cuarenta años que había figurado la imagen de Nuestra Señora del Rosario.

Desde aquel día comienza la fama de la renombrada imagen de Chiquinquirá, divúlganse los milagros que hace, y acuden á ella enfermos de los sitios más distantes. Peregrinaciones de fieles visitan á la virgen, y á su turno, ésta es conducida en triunfo á las ciudades de Tunja y de Bogotá para salvarlas de las epidemias que las afligían. Brota cerca del templo de Chiquinquirá fuente de agua milagrosa, porporcionan salud los panecillos hechos con barro del templo de María, en tanto que mano invisible llena de aceite la lámpara inextinguible que arde delante de la Virgen. Fúndase en Chiquinquirá convento de Predicadores, y la devoción á la Soberana de los cielos pasa los límites del suelo nativo para recibir culto en Ecuador y Perú y cruzar el océano en solicitud del mar gaditano y de las islas Filipinas del archipiélago índico. Ciegos, tullidos, envenenados, náufragos, heridos, cuantos necesitados acuden á la Virgen son otros tantos clarines que pregonan la gloria de la *Rosa Mística* y de la *Casa de Oro* de los Andes de Chiquinquirá.

1. Obra citada.

Al recibir culto á orillas del Magdalena era natural que aquel se propagara por las costas que descubrieron Ojeda y Vespucio y que recuerdan al virtuoso Bastidas; pero sólo la ciudad de Maracaibo estaba destinada á que el milagro de la renovación del cuadro se efectuase por segunda vez, haciendo de esta ciudad el nuevo santuario de la celebrada Virgen de Chiquinquirá.

¿ Cómo apareció á orillas del hermoso lago de Coquibacoa el culto á la Virgen andina? La tradición maracaibera, conforme nos la contaron ahora muchos años en la casa número 5 de la calle del *Milagro*, es la siguiente : — Vivía en ésta por los años de 1749 á 1750 una molendera de cacao, cuyo nombre se ignora. En su trabajo estaba en la mañana de un sábado, cuando la llaman la atención ligeros golpes que sobre una de las paredes del corredor de la casa, daba un cuadro de pequeñas dimensiones allí colgado. Representaba éste copia de la imagen de Chiquinquirá que poseía la molendera hacía muchos años. Por segunda vez la buena mujer oye los golpes del cuadro y dirige á éste sus miradas; mas viéndolo inmóvil, torna la vista á su trabajo. A poco golpea el cuadro por tercera vez, y la mujer, ya excitada por la curiosidad, se encamina hacia la imagen de la Virgen. Pero cuánta fué su sorpresa cuando al acercarse, observa que la vieja y denegrida pintura se ilumina apareciendo visibles todas las figuras. Al grito de « Milagro » acuden los vecinos, textifican muchos el hecho, comienzan las visitas, establécese la peregrinación, surge el culto á la Virgen de Chiquinquirá, y la pequeña choza es convertida en sitio de adoración. Con esta comienzan los milagros, acuden los enfermos y necesitados, en tanto que los nuncios de la fama publican por todas partes los prodigios de María, bajo la advocación de la Chiquinquirá.

Pero esta leyenda difiere en algo de la que conservaban escrita los frailes dominicos de Caracas en sus viejos libros que leímos y de los cuales extractó el viajero francés Depons, lo que acerca de este suceso figura en su obra[1]. Sábese que la Orden de predicadores ha sido desde que apareció la Virgen de Chiquinquirá, la gran panegirista de los portentos de ésta, y la que más ha contribuído á extender el culto y veneración á Nuestra Señora del Rosario.

1. *Voyage à la partie orientale de la Terre-Ferme*, Paris, 1806.

Refieren los Padres dominicos, que una anciana mulata de Maracaibo, al tomar en cierta mañana, por casualidad ó necesidad, el único limpión ó toalla que tenía en su casa, notó con sorpresa que en el lienzo se dibujaban ciertos colores; pero mayor fué la emoción cuando al extender el lienzo, vése en este á la imagen de la Virgen de Chiquinquirá. Sin poder darse cuenta de lo que pasaba, la mulata con los ojos fijos sobre la pintura, observa que los colores se avivan y que el cuadro se inunda de brillo deslumbrante. Llama, la pintura vacila en las manos que la sostienen; grita, como queriendo tener testigos de un hecho del cual no podía darse explicación alguna. A las voces de la pobre mujer acuden los vecinos, que quedan absortos en presencia de la luz que baña el cuadro. La admiración, el recogimiento se apodera de todos, brilla la fe en los corazones sencillos y la Virgen comienza á recibir culto y admiración de todas las secciones de la ciudad en derredor de la calle del milagro. A poco, el culto cobra creces, se trasparentan los milagros, y la capital de Maracaibo dirige fervientes votos á Nuestra Señora de Chiquinquirá.

Tamaño éxito no podía pasar por inadvertido á las autoridades civil y eclesiática, las cuales comprendieron que era imposible á la imagen recibir culto en el lugar donde se había efectuado el portento, y para remediar tal inconveniente presentóse el Ayuntamiento, en cierto día, en la casa de la mulata anunciándole que la Virgen sería trasladada ála iglesia parroquial. Abundantes corrieron las lágrimas de la buena mujer al ser enterada de la resolución del Ayuntamiento, que no cedió ni á las representaciones, ni á las reiteradas súplicas.

Llegó al fin la tarde en que el clero, las autoridades civiles, el señorío y pueblo de Maracaibo dándose anticipadamente cita, llegaron en procesión á la calle del milagro en solicitud de la Virgen de Chiquinquirá para colocarla en el templo parroquial. Por orden del gobernador, dos caballeros de los más distinguidos de la ciudad tomaron la tela pintada, poniéndose en marcha la procesión. Pero ¡oh prodigio! al llegar la imagen á la primera esquina que debía doblarse, la pintura adquiere un peso tal que la fuerza humana es impotente para levantarla. Entonces comienzan las súplicas y ofrecimientos de los devotos á la Virgen. Opinaban unos porque ésta

regresara á la casa donde se había verificado el portento, en tanto que otros señalaban la esquina como sitio que escogía la Soberana para que se le levantara una Capilla. Encontradas parecían las diversas opiniones cuando uno de los concurrentes dijo, que quizá la Virgen no quería ir al templo de la parroquia, es decir, á la Iglesia Matriz, y sí á la de San Juan de Dios que estaba más cercana. Este parecer fué el que triunfó, porque al instante la imagen se aligera, lo que fué bastante para que continuase la procesión y la llevasen en triunfo al templo mencionado. Desde aquella tarde, Nuestra Señora de Chiquinquirá es no sólo la protectora y abogada de los moradores de Maracaibo y ciudades que bordan el dilatado lago de Coquibacoa, sino también la Virgen de los marinos zulianos, que la invocan en las noches tempestuosas, para saludarla y bendecirla de nuevo á los rayos del sol naciente.

Como se ve, un mismo origen y semejantes incidentes acompañan á la aparición de esta imagen de Chiquinquirá, tanto en los Andes de Cundinamarca, como á orillas del lago de Coquibacoa, aunque medie entre una y otra renovación de las pinturas el espacio de dos siglos. La leyenda maracaibera tiene cierto carácter local que la realza : no es culto que ha llegado de otros países y se ha impuesto, sino la posesión de un hecho sobrenatural que da á la narración nacionalidad indisputable. El culto á esta Virgen está en la índole de la población maracaibera y en sus viejas tradiciones. El vocablo Chiquinquirá pertenece ya á la topografía zuliana y á la familia, pues el nombre de Chinca, contracción del de Chiquinquirá, abunda en las mujeres de Maracaibo, desde mediados del último siglo; y á proporción que el culto externo toma creces, y la familia zuliana se desarrolla amparada por la fe, el marino de Coquibacoa no abandona á su estrella confidente que le guía la prora en los mares procelosos. El la contempla como á Nuestra Señora de la Guarda los marinos de la antigua Marsilia, como los de Génova á la Virgen de Monte Alegre, y á la de Monte Negro los que viven en el bello golfo de Tigulio; que cada puerto de los antiguos mares, al derrocar los genios tutelares del paganismo, encontró en la historia de Cristo las nuevas creaciones de la fe cristiana que han continuado en los relatos de la familia. Así el marino zuliano al dejar su hogar, al dirigirse á la Virgen de su

devoción, recuerda aquellos versos del poeta Chiabrera, con los cuales invocan los marinos de Savona, desde remotos tiempos, á la Virgen de la Misericordia :

« In mare irato, in subita procella
Invoco te, nostra benigna Stella. »

EL ÚLTIMO DE LOS EXPEDICIONARIOS

Aún vive.

Allá, al rematar la calle Sur 5, entre grupo de palmeras que anuncian el puente de hierro sobre el Guaire, vive un anciano que frisa ya en los ochenta y ocho años. Es de rostro benévolo, simpático, que atrae por la modestia y amabilidad, y de tez rosada que se conserva á pesar de las arrugas; el cuerpo es pequeño, encorvado por la edad : canos están barba y cabellos y son azules los ojos y casi sin brillo ; pero hermoseados por una mirada plácida en la cual se trasparentan corazón sano, alma generosa. Aunque agoviado de dolencias físicas, pobre y abatido por la fortuna, él conserva todavía el carácter franco, expansivo y caballeroso que hubo de sus progenitores y que sostiene con orgullo, como timbre de raza. Por esto es querido y venerado de cuantos tienen la satisfacción de tratarle.

Cincuenta y más años hace que nos profesamos cariño y siempre le hallamos el mismo, siempre á la altura del deber.

— ¿Sufrís? — le preguntamos hace días, al encontrarnos.

— Mucho, nos contestó. Siento que la vida se escapa y que la muerte me sonríe. A mi edad, ésta es necesidad y recompensa.

— ¿No la teméis?

— No cabe temor en corazón tranquilo y en espíritu que sabe remontarse á Dios.

— Así habla el justo, le respondimos.

Y cambiando de conversación, le preguntamos. — ¿Nos permitís que escribamos algunas líneas acerca del último de los expedicio-

narios de 1816? Os debemos una reparación y deseamos haceros justicia. Cuando ahora años dimos á la estampa la lista de los expedicionarios que acompañaron á Bolívar en 1816, por olvido involuntario no mencionamos vuestro nombre.

Nos estrechó la mano, y vimos que sus ojos se humedecieron. El corazón decía lo que los labios por modestia callaban.

¿ Quién es este anciano se preguentarán muchos, tan lleno de merecimientos, tan venerado por sus compatriotas? — Ya diremos quién es, departamos mientras tanto, con nuestros lectores acerca de hechos históricos de remotos tiempos que, cuando se trata de una de esas existencias que llevan el cuerpo encorvado más por los merecimientos que por los años, tales reminiscencias aparecen como ecos melodiosos, como luces plácidas que sirven de compañeras en el camino de la tumba.

En los días de la célebre Compañía Guipuzcoana, por los años de 1730 á 1740, llegó á Caracas, como empleado de aquélla, cierto español natural de Granada, quien se hizo conocer con el título de *Escribano público de la Costa Firme del mar Océano*, autorizado por Real Cédula. Don Francisco Antonio Vázquez de Rojas, que así se llamaba el escribano, contrajo matrimonio á poco de fijarse en la capital, con doña María de la Cruz Perea y López, de la cual tuvo un hijo que recibió en la pila bautismal el nombre de su padre. Quiso éste que su niño, después de recibir la instrucción primaria y secundaria que se conocía en aquella época, se dedicase á la carrera eclesiástica. Inclinaciones no faltaban á Francisco Antonio que frecuentaba el trato de los teólogos, leía retazos de los Santos Padres, y recitaba de coro alguno que otro párrafo de oradores cristianos. Ignoramos cuál fué el tiempo que dedicara el aspirante á los estudios serios; pero lo único que podemos asegurar es que antes de llegar á la edad provecta, Francisco Antonio Vázquez de Rojas contrajo matrimonio con doña María Dominga Miñoni, teniendo de este enlace un niño, á quien bautizaron con el nombre de Marcos José.

Pero un incidente triste é inesperado en la familia, la muerte de doña Dominga, dejó huérfano al párvulo, y al esposo sumido en el más acerbo dolor. Resolución tenaz se apodera del ánimo del viudo:

la de abandonar el mundo para concluir sus días en el ejercicio de la carrera eclesiástica. Parecióle escuchar voz misteriosa que le indicaba el camino que debía seguir, y sin perder tiempo, complementa sus estudios, familiarízase con el seminario y con el templo y aparece en cierto día por las calles de Caracas, llevando con dignidad el vestido talar. Así el padre Francisco Antonio Vázquez de Rojas daba comienzo á la carrera del apostolado, para la cual había nacido y en la que debía morir, amado y bendecido de su grey. Sacerdote ejemplar, fué también orador estimado, cuya palabra comprendida por el hombre de mundo, llegó hasta mover el corazón del rústico labriego. Después de haber servido en Caracas y otros lugares, el Padre Vázquez de Rojas, fué nombrado en 1794, cura y vicario de la ciudad de Carora. A su lado, y bajo su ilustrada vigilancia, comenzó su apostolado en la misma época, como monaguillo, aquel otro pastor que conoce Venezuela con el nombre de Fray Ildefonso Aguinagalde, de grata recordación. Diez y seis años contaba el vicario de ejercicio espiritual en Carora y sus parroquias, cuando la salud del buen pastor comenzó á deteriorarse, de tal manera, que le imposibilitaba el cumplimiento de sus sagrados deberes. Dos acontecimientos imprevistos vienen á conturbar los últimos días del virtuoso pastor; el terremoto del 26 de marzo de 1812, la invasión y toma de Carora por las tropas invasoras de Monteverde el día 25; calamidades que se correspondían por la orfandad, lágrimas y muerte de que venían acompañadas. Las familias de la Torre y Oropeza, queriendo endulzar los últimos días del vicario, le hicieron trasportar á un campo vecino de la ciudad, donde reunidas otras personas prodigáronle al santo varón todo género de atenciones. En medio del sollozo de familias numerosas, el vicario Vázquez de Rojas bendijo por la última vez á su grey y expiró el 12 de julio de 1812[1].

*
* *

Marcos José Vázquez de Rojas rayaba en los treinta y dos años cuando murió su padre. Educado en Caracas, bajo los cuidados de sus parientes, llegó á figurar entre los niños de su época, como uno

1. *Datos manuscritos* del Archivo de Carora que nos ha suministrado el actual vicario de aquella ciudad, Pro. M. Hurtado.

de los más sobresalientes por su vivacidad y talento precoz. Es un hecho, que entre los centenares de educandos que se tratan en un plantel de enseñanza, no son los más aprovechados y simpáticos los que granjean nombre entre sus coetáneos, sino los más talentosos que, en la generalidad de los casos, llegan á imponerse, alcanzando estimación y fama. Así sucedió con Marcos José que contaba entre sus numerosos amigos á los hermanos Toro, sobre todo, José Ignacio, á Francisco de Paula Alcántara, Simón Bolívar, Sutil, Carrillo, Milano, Granadillos y otros muchos. Rojas por su carácter epigramático, sus improvisaciones en verso, sus chistes, tenía que alcanzar cierta aura que alimentaban los compañeros de escuela. Tales antecedentes contribuyeron á que más tarde, Bolívar y Alcántara que eran inseparables de Rojas, estimularan á éste á seguir la carrera de las armas, en la época de la guerra á muerte.

En 1798, el joven Simón Bolívar deja á Caracas y á sus compañeros de infancia, y un año más tarde, tiene efecto en la plaza mayor la ejecución del reo de Estado don José María España. En presencia de una víctima tan meritoria, atada y traída á la plaza á la cola de un caballo; en presencia de la muerte de este mártir y de la mutilación del cadáver, cuyos fragmentos fueron expuestos en sitios públicos, la juventud de aquellos días debió inspirarse en cierto orden de ideas que debía traer nuevo orden de cosas. Entre los numerosos jóvenes que presenciaron este punto de partida de la Revolución Caraqueña, estaban Francisco de Paula Alcántara y Marcos José Vázquez de Rojas, destinados más tarde á militar juntos.

En aquellos días, al comenzar los albores del siglo actual, quiso Rojas dedicarse al estudio de la medicina, al cual se inclinaba; pero no pasó mucho tiempo, sin que lleno de impaciencia, abandonase el claustro universitario, y comenzase á ejercer la profesión, ayudado de los conocimientos que había adquirido, prefiriendo así el título de romancista al de Médico Doctor. Para un hombre de ingenio como era Rojas, que de todo sabía un poco, principalmente de artes y oficios mecánicos, y facilidad y comprensión poseía en alto grado, no le arredraba el ejercicio de la profesión médica, sobre todo, el de la parte quirúrgica. Así fué que contando con el éxito, alma de los hombres de ingenio, lanzóse á los campos de San Sebastián, Orituco y otros lugares en los cuales alcanzó clientela.

A la sazón acontece el 19 de abril de 1810. Identificadas sus opiniones políticas con las de sus amigos de Caracas, Vázquez de Rojas saluda la nueva época, proclama en San Sebastián el acta del 5 de julio de 1811, y contribuye á la creación de las milicias de la misma localidad. Cansado de firmar Vázquez de Rojas, el nuevo republicano abréviase el apellido, suprime la partícula de nobleza, y firma desde entonces Marcos Rojas; y con este nombre y el grado de capitán, sigue en 1812, bajo las órdenes de su amigo Francisco de Paula Alcántara, á la primera campaña de Miranda contra Valencia. En la segunda continúa en los Valles de Aragua, donde le sorprenden los tristes sucesos del mismo año. Alcántara, joven que contaba con recursos, logra escaparse á las Antillas, en tanto que Rojas, pobre, trata de salvarse como puede, sin abandonar el país. Cuando en 1813 aparece Bolívar, Rojas vuelve á afiliarse en el ejército, figurando en las campañas de 1813 y 1814 al lado del Libertador. Y cuando de nuevo se pierde la República, jefes y oficiales huyen, menos el teniente coronel Marcos Rojas, quien por segunda vez, busca la vida en el ejercicio de la profesión médica. Ayudado de la práctica y de un carácter tan franco como insinuante, pudo ser favorecido por los jefes españoles de Turmero y de otras villas de los Valles de Aragua.

Así pasaron para Rojas siete años llenos de temores é incertidumbres, cuando en 1821, después de Carabobo, Bolívar vuelve á tropezar con su compañero de infancia. Alcántara que había seguido al Libertador por todas partes, y conseguido alto grado en la carrera militar, estaba en Turmero, de comandante general de los Valles de Aragua, cuando Bolívar se detiene en aquella localidad, en su paseo triunfal de Valencia á Caracas. La familiaridad que existía entre estos dos militares era tal, que dondequiera que estuvieran habían de tratarse con intimidad de hermanos. Quizá, entre todos los Tenientes del Libertador, Alcántara fué el único que trató al ilustre jefe con la misma confianza que lo hiciera desde la infancia. Esto motivó el siguiente diálogo entre Alcántara y el Libertador.

— ¿Sabes quién está aquí, Bolívar?

— ¿Quién?

— Marcos Rojas.

— ¡ Cómo, y por qué no se me ha presentado!

— Porque está contrariado por la pobreza, aunque conserva siempre el carácter chistoso.

—¿ Se habrá olvidado de su antiguo camarada? Mándale á buscar, añade el Libertador.

A poco aparece Rojas complacido y animado en presencia de su antiguo camarada.

—¿ Qué es esto? exclama Bolívar al verle.

—¿ Por qué me esquivas? ¿No es este Simón Bolívar, tu compa ñero y amigo de infancia? Y abrazándole le sienta á su lado y departen por largo rato.

Al dejar á Turmero, el Libertador dispuso que su amigo Marcos Rojas fuese incorporado al ejército con el grado que había alcanzado en 1814, el de teniente coronel, debiendo seguir al sitio de Puerto Cabello, donde le dejaremos para retroceder á los primeros días del siglo.

* * *

Antes de abandonar los estudios de medicina en la Universidad de Caracas, el joven Rojas se había casado con doña Juana Perea y Carreño, familia esta última que tanto figuró en la Historia de nuestra Independencia; lo que hacía que Rojas y los hermanos Carreño, militares y civiles, se trataran como parientes muy cercanos. De este enlace no vino al mundo, sino un hijo que fué bautizado con el nombre de José Luis. Trece años había cumplido, cuando la catástrofe de 1814, la aproximación á Caracas de las huestes de Boves y la caída de Bolívar infundían el espanto por todas partes. Al fin suena la hora de aquella tremenda emigración comenzada en la madrugada del 22 de agosto,y tras la cual seguía Bolívar con pocos soldados. — Prolongado cordón de fugitivos, compuesto de hombres, de mujeres y de niños; anillo viviente, que parecía seguir las inflexiones del mar antillano simulando una hidra de mil cabezas bañada por las olas.

Ignorante del paradero de su padre, y horrorizado con la aproximación de Boves, el niño José Luis, aguijoneado por compañeros imprudentes, y sin decir palabra alguna á su madre, sale con los fugitivos que acompañan á Bolívar.

Después de mil penalidades el niño encuentra en Barcelona protección de un señor Guerra, de la familia del general Bermúdez, conquien sigue á Cumaná y á Margarita. Pocos meses después, surta está en las costas de esta isla la famosa escuadra de Morillo. Entre los que abandonan la isla figura el niño José Luis, que arriba á Carúpano, donde encuentra protección del Padre Juan Bautista Molinar quien le nombra su sacristán. Así pasan los meses cuando llega á la costa de Carúpano la primera expedición de los Cayos al mando de Bolívar en 1816. El joven sacristán se entusiasma, abandona el incensario y la esquila, toma el fusil y se une al cuerpo de los expedicionarios. Acariciado de los jefes que le cobraron simpatías, y estimulado por sus compañeros en edad, son á saber : Buroz, Guerra, Manrique, Pompa Rodríguez y otros más, el niño José Luis se embarca con todos ellos y llega á las playas de Ocumare.

En formación estaba en la plaza de este puerto, cuando por su tamaño y edad llama la atención del Libertador.

— ¿ Quién eres niño ? le pregunta Bolívar.

— Soy hijo de Marcos Rojas, contesta el voluntario.

— ¿ Cómo? del amigo y compañero de mi infancia, pregunta Bolívar.

— El mismo, mi general, responde el soldadito.

— Pues bien, iremos á vengar su muerte si es cierto como nos han asegurado que murió asesinado. Y el Libertador llamando al coronel Montesdeoca le dice : « Os entrego á este niño para que le dejéis de guarnición en la primera plaza que tomemos. »

Pero en aquellos momentos nada podía ordenarse y menos preverse, pues la suerte que hasta entonces se había presentado propicia, cambió de rumbo en un instante. Sábese que Bolívar hubo de reembarcarse, mientras que su ejército abandonado, tuvo que abrirse paso y retroceder hasta las costas orientales de Venezuela, peleando de día y de noche; serie de hechos admirables, que constituyen lo que llama la historia de nuestra independencia, *internación de Ocumare*, bajo las órdenes de Soublette y de Mac Gregor. Cuando llegó el momento del primer fracaso, el joven José Luis Rojas fué uno de los primeros que quedaron en poder de los Españoles; mas á su corta edad y gracia debió el que le dieran la libertad, concediéndosele licencia para seguir á Turmero donde tropeóz

con su padre. Así continuaron padre é hijo hasta el triunfo de Bolívar en 1821.

Este niño de trece años que sigue á los fugitivos de Caracas en 1814 y se une á Bolívar en 1816, que recibe de éste en Ocumare saludo lisonjero; este joven que después de mil trabajos y penalidades vuelve á encontrarse con su hogar de familia, y presencia en la plaza de Turmero el abrazo que diera á su padre el Vencedor de Carabobo; este joven que se encuentra huérfano antes de que se rindiese el Castillo de Puerto Cabello, y á fuerza de trabajo alcanza por dos veces la fortuna que pierde ; este patricio que sirve á la República en los comicios, en los municipios, en las asambleas, que honra el nombre de sus progenitores, y aparece siempre cumplido y digno, es el anciano de quien hablamos al comenzar estas líneas. Su nombre es José Luis Rojas, hijo del teniente coronel Marcos Rojas y nieto de aquel virtuoso vicario de Carora, Francisco Antonio Vázquez de Rojas, ambos de grata memoria[1].

*
* *

Pero, el último de los expedicionarios, desde temprana edad, como sus ascendientes, debía igualmente formar familia y alcanzar, como ellos, un solo hijo de su esposa la señora Mercedes Acosta. Cristóbal Rojas fué nuestro compañero en el Colegio de la Independencia, cuando ambos frisábamos en los once años. Más tarde, continuamos juntos en la Universidad de Caracas, ora como estudiantes de filosofía, ora como de medicina cuyos estudios concluimos en 1852, época en que nos separamos. Fué Cristóbal Rojas, de carácter franco y corazón generoso, de talento impresionable, sagaz, epigramático. Con éxito cultivaba la pintura y la música, habiéndose familiarizado con el arte dramática, desde la infancia. Llegó á admirar las obras notables de su tiempo, y al darlas á conocer entre nosotros, no desdeñóse en ser actor ó director en

1. La familia con la cual provisionalmente vive don José Luis Rojas es la del señor Luis Z. Carrillo, su ahijado de bautismo. Dignos de elogio son los respetos, atenciones y cariño que al noble anciano tributan el señor Carrillo y su señora. Esto pone de manifiesto que las buenas amistades que fundan ciertos padres de familia en vida, pasan á sus hijos, para quienes es deber conservarles, haciendo así de la amistad un culto que embellece los recuerdos del hogar extinguido por la muerte.

teatros de familia. Algunos de sus cuadros de pintura figuran en templos de Caracas.

Ya dejamos asentado que Marcos Rojas llegó á poseer cierto ingenio que le hizo admirar de sus amigos y contemporánéos, sobresaliendo por su carácter chistoso y amor al arte. Refieren las tradiciones de esta familia, que en cierta ocasión, don José Luis Rojas, queriendo obsequiar el templo de Turmero, da comienzo á una escultura, la efigie del Nazareno. Al concluirla llama á su hijo Cristóbal, quien al examinarla dice al padre. — « No está mala desde el momento que puede cautivar el corazón de los fieles »; y se puso á pintarla. A poco la efigie salía en procesión por las calles de Turmero. — « Es necesario confesar, dijo Cristóbal á su padre, al ver pasar la imagen, que si nosotros y nuestros mayores no somos artistas, en la verdadera acepción de la palabra, poseemos por lo menos insignificante chispa del fuego sagrado. — Contentémonos papá, con ser los artistas de nuestro hogar. » Estaba escrito que uno de sus hijos el que lleva su nombre, refundiría el talento de sus antepasados coronando de gloria á la familia.

No pudiendo Cristóbal Rojas dejarse arrastrar por su amor al arte, pues había estudiado con éxito la profesión médica, para la cual había heredado talento é inclinación, visita después de 1852 varios lugares de Venezuela, permaneciendo algún tiempo en las Antillas, donde dejó buen nombre. Estímulo justo lo aguijoneaba en el ejercicio de la Medicina y era el parentesco inmediato que tenía con el célebre Elíseo Acosta, cuya muerte prematura llora Venezuela.

Después de quince años en que estuvimos sin vernos, ausentes de la Patria, volvimos á encontrarnos. Padre de familia era ya nuestro amigo cuando tenaz enfermedad por los años de 1869 á 1870, puso fin á sus días, dejándole á su padre por herencia una viuda, con cinco graciosas criaturas.

He aquí los dulces compañeros del último de los expedicionarios en los días de su senectud. En la orfandad han crecido bajo el ala protectora de la buena madre, y en presencia del varón justo que representa cinco generaciones de hombres notables y de familias virtuosas. Ya las niñas son madres, y los varones adultos. Sonríe,

señora, que Dios te ha concedido la gracia é inocencia de tus nietos[1]! En tanto los varones solteros, amorosos, unidos prosperan : Marcos que se ha dedicado al comercio, Rafael que es el levita de la familia. Pero sólo á Cristóbal estaba reservada la suprema dicha, la de ser el talento artístico que desde las orillas del Sena, coronara las sienes de su madre y reflejara gloria sobre su hogar y sobre el patrio suelo.

Ven, artista, y corona la obra de tus mayores con una creación de tu ingenio, que cual recuerdo de familia brille en el hogar de tu buena madre. Sea tu tema el último de los expedicionarios en el camino de la tumba. Sean tu madre y hermanas ángeles del hogar, las que sostengan, en su paso vacilante, al anciano, simbolizando así la Fe, la Esperanza y la Caridad. Abran tus dos hermanos el pórtico de este cuadro ; uno de ellos beneficia los tesoros de la industria ; lleva el otro el cayado del buen pastor, y en su semblante plácido, se refleja el alma del discípulo del Evangelio. Gracioso rayo de luz que se pierda en el lejano horizonte, éste serás tú, tu espíritu luminoso que desde lejanas tierras, contemple la escena sublime del varón excelso en el camino de la tumba.

* * *

Satisfechos llegamos á este punto, después de haber cumplido un deber y de haber rendido justicia. La reivindicación póstuma hubiera sido tardía, la reparación histórica para ser augusta y solemne necesita de la satisfacción de aquel que, por circunstancias fortuitas, pudo ser víctima del olvido. Anticipándonos á la muerte del último de los expedicionarios de 1816, y refundiendo en un solo cuadro los méritos de cinco generaciones, aspiramos á nuestro turno, no á aplausos, si á las bendiciones del varón justo.

1. De las dos niñas de la señora Alejandra Poleo de Rojas, Mercedes es la esposa del señor Ramón Chapellín, y Alejandra, la del señor Guillermo Barnola

EL CORAZÓN DE GIRARDOT (1813-1814)

En las grandes conquistas armadas que llevan por lema la libertad de los pueblos, el éxito depende casi siempre, más de los primeros sucesos en el orden moral, que de los primeros triunfos en el orden físico. Pero, cuando después de repetidas victorias, la muerte deja en el campo de batalla á alguno de los adalides iniciadores de la idea que se han distinguido por sus virtudes cívicas, por el ardor bélico, por el desprendimiento, entonces es cuando el entusiasmo toma creces, radiante aparece la lucha, y la muerte, en lugar de entibiar el ánimo guerrero, lo alienta y lo enaltece. Ha desaparecido uno de los apóstoles de la gran causa y es necesario reponerlo; ha caído uno de los atletas y es necesario vengarlo; se ha extinguido una nacionalidad y es necesario honrarla. Por esto las primeras víctimas son siempre los primeros héroes, y desde el instante en que sucumben desciende la Musa de la Historia á coronar á estos primogénitos de la muerte, quienes con noble ademán y plácido semblante saben caer al grito de victoria.

Casi siempre estos héroes desgraciados son heraldos de las nobles causas; y la gloria que los presentía de tiempo atrás, los acompaña en el último trance de la vida : ella es la que los alienta, los empuja; y cuando llenos de ardor los ve caer, ella la primera que acude en su socorro, no para volverlos á la vida, sino para proclamarlos como enseña del triunfo, en el momento en que sus compañeros de gloria, viéndoles caer, acuden creyéndoles fatigados. Un grito de entusiasmo óyese en el campo de los vencedores en el momento de la victoria; al instante nótase que falta uno de los esbeltos lidiadores ; ya no resuena su voz de mando ni vese flamear el pabellón que ondeaba en sus manos y que señalaba el punto del peligro; está tendido en el suelo y envuelto en la bandera, como si al morir hubiera querido ocultar su desgracia para no turbar las alegrías del triunfo. Por instantes el entusiasmo truécase en dolor, y lágrimas silenciosas bañan la frente aun tibia del joven guerrero; mas de repente suena el clarín de guerra, gritos de júbilo suceden al pesar, y al toque fúnebre, la marcha de vencedores. La muerte y la fama disputándose un cadáver aparecen en la cumbre coronada

de soldados. ¿ Qué pasa? Es la proclamación del primer héroe de la causa nacional : sobre su cadáver ondea de nuevo la bandera á todo viento y escúchase el canto de victoria, en tanto que los huérfanos de la batalla proclaman el nombre del jefe caído. Tal es la historia de los primeros mártires de las causas nacionales en todos los pueblos y en todos los tiempos.

A esta pléyade de jóvenes entusiastas que, desde el primer grito de la Revolución americana, con el pensamiento lleno de esperanzas, y de patriotismo el corazón, abandonaron familia, fortuna y honores, para seguir en pos de la bandera republicana, perteneció el gallardo mancebo ATANASIO GIRARDOT, quien, después de repetidos triunfos desde 1811, muere en la campaña de 1813, en la cumbre de Bárbula. Fué Girardot uno de aquellos espíritus valerosos y resueltos para quienes es gloria el sacrificio, deber la lucha y una religión la patria. Si su muerte prematura fué para él y su familia una desgracia, fué para la causa colombiana una victoria; porque la muerte de ciertos héroes es el más noble de los triunfos, si ella afianza la fraternidad entre los pueblos, estimula la gratitud y el honor en el corazón de los combatientes y es luz que guía en la escabrosa ascensión á la gloria. Los hombres desaparecen, el tiempo corre, el entusiasmo es obra de un día, la gratitud nacional una sombra; pero la altura geográfica conquistada por el genio queda. Bárbula es la gloriosa cumbre de una causa inmortal; es una esperanza que se torna en apoteosis. Allí, la muerte y la victoria se estrechan la mano; allí, cipreses y laureles dan sombra á una tumba.

En la carretera de Puerto Cabello á Valencia, tres leguas antes de llegar á ésta, vése á la derecha del camino suave colina árida que se desprende de uno de los ramales de la cordillera costanera : en ésta figura la cumbre de Bárbula. El viajero al oir este nombre se detiene por largo rato, porque cree asistir al choque de dos ejércitos. Coronan la cima las tropas realistas, en los declives están las republicanas que ascienden con el arma al brazo, y reciben á proporción que ganan terreno la nube de fuego que las envuelve. En medio de densas espirales de polvo y de humo divísase la bandera republicana que guía á los vencedores. De repente desaparece ésta, cuando ufana alcanzaba la altura, y óyese el clarín de guerra

que anuncia la victoria. Augusta sombra sobre la cumbre de Bárbula se levanta y ondea sobre ella el pabellón tricolor. No es la sombra de un hombre, es la Musa de la Historia que escribe la más gloriosa página de una campaña inmortal : la alianza de dos naciones hermanas, las primeras en la gloria de América, las primeras en el triunfo, porque llevaron sus legiones hasta las cimas nevadas de los Andes.

No es esto lo único que trae á la memoria la colina de Bárbula. Hay algo más grande que la victoria : la justicia, y algo más terrífico que la muerte : la infamia. No será el cuerpo del gladiador desgraciado el único que reciba los honores del triunfo; saludarán también á su corazón, conducido con pompa de pueblo en pueblo, los valles y los ríos, y las dianas, y las campanas de los templos, y las muchedumbres entusiastas que saldrán á su encuentro.

He aquí una escena nueva en los fastos americanos. El corazón de un mortal va á ser conducido en triunfo á través de dilatada é histórica vía desde Valencia hasta Caracas. Mas, cuando llegue el día de los reveses, y Bolívar y sus tenientes vencedores sean vencidos, y la guerra á muerte, cual tromba de fuego, pase por sobre los pueblos y destruya y deje los caminos repletos de osarios y tiña de sangre la hierba de las sabanas; cuando lleguen estos días de espanto ¿ quién protegerá este corazón de Girardot que por breves horas va á reposar tranquilo al pie del Sagrario? ¿ Quién lo acompañará cuando la venganza armada lo reclame para entregarlo á manos del verdugo? ¿ Quién salvará á Venezuela y á la América de tamaño oprobio?

Y después, ¿ quién nos referirá la historia de aquella espartana de Antioquía que, no contenta con dar á la patria su primogénito, ofrece el único hijo que le queda, el cual será también inmolado? ¿ Quién la acompañará cuando sepa que el esposo sucumbe igualmente y sella con su muerte la orfandad de su familia? Cargada de años se presentará en los días de su ancianidad ante la representación nacional de su patria, llevando la hoja de servicios de su esposo y de sus hijos. Para reclamar, ¿ qué? Lo que no podían concederle ni los hombres ni los gobiernos : el pan de la gratitud.

¡ Qué historia ésta! Dos hermanos inmolados con gloria, en la flor de la edad, en el ara de la patria; un padre empobrecido por sus servicios á la causa americana que sucumbe bajo el puñal ase-

sino y deja en orfandad á su familia; una madre al borde de la tumba que reclama el alimento á nombre de los hijos!

Narremos los principales episodios de este drama de sangre y de gloria.

Eran los días en que perdida la causa republicana en Venezuela debido á la fatal campaña de 1812, había salido Bolívar para Curazao y después para Cartagena, donde, unido á jefes neogranadinos, emprendió las operaciones que dieron por resultado la completa emancipación de la región costanera al Norte de Nueva Granada. En seguida proyecta Bolívar la conquista de Venezuela, la que desde junio de 1812 estaba en poder del general Monteverde. A Bolívar se le incorporan en Cúcuta algunos oficiales neogranadinos entre éstos Girardot, Delúyar, Vélez, Ricaurte, París, Santander y otros, que tan útiles fueron á la causa americana. Es admirable la proclama con la cual abre Bolívar la campaña de Venezuela, desde San Antonio, en 13 de mayo de 1813:

« Vuestro valor ha salvado la patria, surcando los caudalosos ríos del Magdalena y del Zulia; transitando por los páramos y las montañas; atravesando los desiertos; arrostrándolo todo entre la sed, el hambre y la vigilia; tomando las fortalezas de Tenerife, Guamal, Banco y puerto de Ocaña; combatiendo en los campos de Chiriguaná, Alto de la Aguada, San Cayetano y Cúcuta; reconquistando cien lugares, cinco villas y seis ciudades en las provincias de Santa Marta y de Pamplona.

« Vuestras armas libertadoras han venido hasta Venezuela, que ve respirar ya una de sus provincias, al abrigo de vuestra generosa protección. En menos de dos meses habéis terminado dos campañas y habéis comenzado una tercera, que empieza aquí y debe concluir en el país que me dió la vida. Vosotros, fieles republicanos, marcharéis á redimir la cuna de la independencia colombiana, como los cruzados libertaron á Jerusalén, cuna del Cristianismo.

« Yo, que he tenido la honra de combatir á vuestro lado, conozco los sentimientos magnánimos que os animan en favor de vuestros hermanos eslavizados, á quienes pueden únicamente dar salud, vida y libertad, vuestros temibles brazos y vuestros pechos aguerridos. El sólo brillo de vuestras armas invictas hará desaparecer

en los campos de Venezuela las bandas españolas, como se disipan las tinieblas delante de los rayos del cielo.

« La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión. No, su confianza no será vana : Venezuela verá bien pronto clavados vuestros estandartes en las fortalezas de Puerto Cabello y de La Guaira.

« Corred á colmaros de gloria, adquiriéndoos el sublime renombre de Libertadores de Venezuela. »

. . . .

Recuerdan estas frases las proclamas de Bonaparte en sus campañas de Italia. Rebosan en aquella inspiración que fué el alma de Bolívar y en la fe inquebrantable que coronó sus triunfos.

Desde esta época comienza en Venezuela la vida militar de Girardot. Bolívar que sabía calar los hombres de una mirada, conoce los méritos del joven repúblico y le destina para la vanguardia del ejército, en el batallón 4 de la Unión, señalándole el itinerario que debía seguir. En posesión de las diversas ciudades de Los Andes de Venezuela, Bolívar continúa siempre victorioso hasta Caracas. Pero quedan el puerto y Castillo de Puerto Cabello en poder de los Españoles, y sobre este baluarte se fijan las miradas del vencedor. Uno de los oficiales destinados al sitio es Girardot que en varios encuentros, desde Cúcuta hasta Caracas, ha alcanzado honores y triunfos. Llega el momento en que el puerto y los fortines, avanzadas del Castillo de San Felipe, han caído en manos del vencedor. Tras este triunfo de los patriotas, el ejército español al mando de Monteverde y Bobadilla, deja la fortaleza, y acomete al ejército republicano en las alturas de Las Trincheras. Él primero se hace fuerte al pie del cerro de este nombre; el segundo ocupa la cumbre de Bárbula. Conocedor Bolívar de la falta cometida por el jefe español, dividiendo su ejército en dos porciones que podían ser batidas aisladamente, dispone que la vanguardia republicana, en tres columnas, á las órdenes de Girardot, Urdaneta y Delúyar, ataque á Bobadilla. Inútiles son las provocaciones que hacen los patriotas al jefe español para que descienda á la llanura donde está la caballería de Bolívar; y viendo su obstinación, resuelven dar el asalto. Trepar con el arma al brazo, soportar impasibles las primeras descargas, llegar á la cima, recibir los últimos tiros del enemigo y comenzar la per-

secución, fué obra de pocos momentos. En el instante en que Girardot, con la bandera tricolor en la mano, llegaba á la cumbre acompañado de Urdaneta, una bala perdida de los Españoles le quita la vida.

. . . .

Cuando Bolívar sabe la triste suerte de su teniente, cúbrese el rostro con las manos y permanece reconcentrado por un momento. Había perdido uno de aquellos hombres con quienes soñaba emancipar la América del Sur. En su teniente había encontrado carácter, intrepidez, obediencia y talento, cualidades que anuncian á los militares históricos.

¿ Qué pasó por la cabeza volcánica de Bolívar cuando salió de su meditación? ¿ Qué había ideado? Vengar la muerte del héroe y hacer lo que á nadie podía ocurrírsele : sacar el corazón del cadáver y conducirlo en triunfo hasta la capital de la República. ¿ Qué le importaba la crítica de los que no podían comprenderle? Un fin le guiaba siempre ante el cual no le arredraban ni los cambios de fortuna ni las opiniones de los hombres. Inmediatamente dispone Bolívar que todas las tropas neogranadinas al mando de Delúyar, compañero y compatriota de Girardot, salgan para vengar su muerte, á batir á Monteverde en Las Trincheras, antes que se refugiara en el Castillo de Puerto Cabello. Tenía tal seguridad en el triunfo, que mientras mil hombres al mando de Delúyar atacaban al ejército español en Las Trincheras y destruían á Monteverde que herido se refugió en el Castillo de Puerto Cabello, Bolívar con su Estado mayor y el resto de sus tropas conducía el corazón de Girardot á Valencia, donde fué recibido con grandes honores.

Concluídos los funerales dicta Bolívar su ley de 30 de setiembre de 1813 por la cual se manda que el corazón del héroe sea conducido en triunfo á la capital de la República, donde se le rendirán los honores debidos á un libertador; que el cuarto batallón de la Unión, instrumento de las glorias del héroe, lleve en lo sucesivo el nombre de su jefe; que la familia Girardot disfrute de las gracias y preeminencias á que es acreedora por los servicios de su hijo; que el nombre de éste sea inscrito en los registros públicos, como bienhechor de la humanidad, y que sus huesos sean más tarde trasladados á Antioquía, patria nativa de tan preclaro varón.

En el mismo día Bolívar hace publicar en Valencia con gran aparato el *Boletín del Ejército Libertador*, número 16, fechado en 1.° de octubre. En él se dice de Girardot lo siguiente: « Tenemos sin embargo que llorar eternamente la pérdida del intrépido coronel Atanasio Girardot; este jefe, cuyas virtudes eran bien conocidas, se hizo un lugar distinguido en todo el ejército: su valor admirable le cubrió de gloria en los campos de Palacé, y renovó esta misma gloria en la maravillosa campaña de Venezuela. Al llegar ayer con sus tropas á la altura que dominaba el enemigo, tremolando el pabellón de la libertad, una bala le hizo morir..... murió, sí, pero para vivir perpetuamente en la memoria de los americanos y en los fastos del heroísmo..... »

El 5 escribe Bolívar al padre de su difunto teniente, don Luis Girardot, la siguiente carta oficial, documento en el cual se reflejan los más elevados pensamientos acerca de la gloria póstuma:

« Temería causar á V. el más acerbo dolor participándole la muerte de su ilustre hijo, si no estuviera persuadido que más aprecia V. la gloria que cubre las grandes acciones de su vida, que una frágil existencia.

« Es verdad que la vida del coronel Atanasio Girardot, mientras más se hubiera prolongado, más timbres hubiera añadido á sus glorias, y más beneficios á la libertad de la patria. Su pérdida es de aquellas que eternamente deben llorarse. Pero la causa sagrada por la que ha perecido debe un tanto suspender el dolor, para pensar en sus grandes hechos y en el respeto que se debe á sus cenizas inmortales.

« Ellas vivirán en el corazón de todos los americanos, mientras el honor nacional sea la ley de sus sentimientos, y mientras la sólida gloria tenga atractivos para las almas nobles. La carrera de Girardot y su muerte excitarán, aun en la posteridad más remota, la emulación de cuantos aspiren al precio del valor y sientan en sus pechos el fuego divino con que buscó la gloria propia y la de su amada patria.

« Las armas americanas deben honrarse de que haya militado en ellas el virtuoso Girardot y la causa de la libertad por que los hombres más grandes de la tierra han combatido; nunca ha sido

sostenida con más honor, que en los campos famosos, donde Girardot la ha hecho triunfar de los tiranos.

« Los Españoles que constantemente venció, siempre temerán la espada que castigó sus perfidias y puso un borrón indeleble á sus armas. El nombre de Girardot será funesto á cuantos tiranos oprimen la humanidad, y sus virtudes republicanas le colocan entre las sombras ilustres de Bruto y M. Scevola.

« Venezuela se ha cubierto de un luto espontáneo por la muerte del libertador, y el dolor amargo que oprime los corazones no ha dejado quitar las ventajas de la última interesante victoria que proporcionó á la República.

« El gobierno, ligado por las obligaciones más sagradas á este benemérito jefe, le ha decretado por ley los primeros honores que pueden honrar la memoria de un mortal; y como comprenda á V. y á toda su posteridad la disposición del artículo séptimo, lo pongo en su noticia para que se sirva librar contra las cajas nacionales de Venezuela, á efecto de percibir los sueldos que pertenecían al coronel Atanasio Girardot. »

. . . .

El 6 dirige Bolívar una proclama á los vencedores en Bárbula y Las Trincheras: « Yo no me aparto de vosotros, amados compatriotas míos, concluye, sino para ir á conducir en triunfo á Caracas el gran corazón del inmortal Girardot. »

*
* *

Hechos los preparativos necesarios, guardado el corazón en un vaso de cristal herméticamente cerrado, y puesto éste en una urna de madera de treinta centímetros de altura, forrada exteriormente con seda negra y galones de oro, se dispone la marcha triunfal, que sale de Valencia el 10 de octubre, en el orden siguiente:

1.° Los Batidores; 2.° la urna conducida por el vicario general del ejército; 3.° la guardia de carabineros nacionales; 4.° Bolívar y su Estado mayor, seguidos de la guardia de honor; y 5.° tres compañías de dragones.

Por la primera vez se efectuaba en América procesión semejante.

Desde que las poblaciones vecinas á Valencia supieron el día fijado para la marcha de aquélla, unas se aprestaron para hacer parte del cortejo, otras, para recibir en triunfo la reliquia del héroe y rendirle homenaje de admiración. Tres días gasta la romántica procesión en atravesar los pintorescos valles desde Valencia hasta Caracas, no deteniéndose sino el tiempo necesario en cada localidad. Arcos campestres, banderas, grímpolas y guirnaldas adornaban la calle central de cada poblado, donde los empleados civiles y militares recibían la fúnebre urna en templetes construídos con semejante objeto. Al escucharse á distancia el eco de las bandas marciales, cada templo echaba á vuelo sus campanas, y las poblaciones llenas de entusiasmo venían al encuentro de la procesión como deseando ser testigos de aquella pompa inusitada. De las montañas primitivas de Aragua se habían sacado palmas para adornar la prolongada carrera.

Recordaba esta procesión la época de los primeros cristianos cuando las poblaciones se reunían para recibir las reliquias de sus mártires. Al sentimiento de la novedad se unía el de la compasión que inspira la desgracia, y todo contribuía á que los moradores de las aldeas viesen defilar con la mayor compostura aquella fiesta singular. Una prolongada calle empavesada de flores y de palmas puede decirse que unía á Valencia con Caracas.

El 12 de octubre por la tarde llega el cortejo al pueblo de Antímano, en las cercanías á la capital. Bolívar lo deja allí y sigue con su Estado mayor á Caracas, donde debía recibirlo al siguiente día. Ya para esta fecha el gobernador Dr Cristóbal Mendoza había estimulado con su eficaz intervención el entusiasmo de los habitantes de la ciudad. El extenso trayecto por donde debía pasar el corazón estaba vestido de gala. Desde la antigua plaza de Capuchinos donde se había levantado un templete bellamente exornado, hasta el convento de San Felipe, y desde aquí hasta la Metropolitana, la carrera aparecía profusamente embellecida.

Al amanecer del día 13 las campanas de los templos saludan el alba, la población comienza á llenar las calles, y á las ocho llega el cortejo de Antímano: saludado por el cañón, y rodeado por Bolívar y su Estado mayor, por el Prelado y cabildo eclesiástico, con todo el clero de la ciudad, por las Corporaciones civiles y militares

y por las tropas de la capital al mando del general Ribas, el corazón de Girardot, colocado en un templete, recibe las bendiciones del Prelado y los honores de la iglesia. Concluídos éstos, los compañeros de Girardot toman la urna y la trasladan á una carroza bellamente adornada; estaban en ésta dos niños vestidos de ángeles que se encargaron de su conducción; seis niños más, vestidos de la misma manera, tiraban de la carroza, á cuyos lados iban los tenientes coroneles Soublette y Manrique, acompañados de algunos oficiales. La sociedad de Caracas quiso contribuir con numeroso grupo de niñas de cinco á ocho años, las que con cestillos de flores en las manos, precedían la carroza de Girardot. Este gracioso grupo de señoritas con trajes blancos fué uno de los atractivos de la fiesta.

Puesta en movimiento la procesión que ocupó largo espacio, comienza á desfilar á las nueve de la mañana con el mayor orden y compostura. Dos horas más tarde llega el cortejo á la Metropolitana, donde es depositada la urna en un túmulo que se había levantado en la capilla de San Nicolás de Bari.

En la tarde de este mismo día, numerosa asamblea de los notables de Caracas, presidida por la Municipalidad, á cuyo frente estaba el gobernador civil y político, aclamó á Bolívar « salvador de la Patria, libertador de Venezuela » en medio de concurrencia extraordinaria.

Desde el momento en que llegó la procesión á la Metropolitana, hasta el en que se celebraron los funerales de Girardot, la población de Caracas no hizo sino visitar la capilla ardiente de San Nicolás de Bari. El 17 al anochecer, el tañido de las campanas indicó que al siguiente día recibiría el mártir de Bárbula los últimos honores. Al amanecer del 18 Caracas se pone otra vez en movimiento para asistir á la nueva ceremonia. Pertenece esta fiesta fúnebre al número de aquellas que no se celebran con tanta pompa sino de cuando en cuando. El espacio de la Metropolitana y sus cercanías no era suficiente para contener la concurrencia, á pesar de que á la misma hora y en todos los templos, se efectuaba igual ceremonia. Cuando llega el momento de la oración fúnebre, desciende del altar el orador sagrado, después de haber recibido la bendición episcopal. Era un virtuoso patricio, aquel Dr Francisco

José Ribas que fué en la revolución de 1810 uno de los diputados del clero. Un movimiento en todo el concurso se percibe; era el deseo que cada espectador tenía de escuchar el panegírico de la primera víctima de la revolución colombiana.

¿ Cómo han muerto los fuertes de Israel? — tal fué la cita del orador sagrado. *En Girardot entregado á la muerte, manifiesta Dios la soberanía de su poder; y en Girardot llamado á juicio, descubre Dios la rectitud de su justicia;* — tal el tema del discurso que supo desarrollar el panegirista con aprobación del concurso.

Concluída la misa pontifical, fué conducida la urna, por oficiales de alta graduación, tras del Altar mayor, y sepultada con todas las ceremonias de estilo. El héroe, después de recibir los últimos honores sobre la tierra, entraba en los dominios de la Historia.

Al siguiente día Bolívar exige del arzobispo Coll y Prat las letras pastorales por las cuales quedaran los actos civil y religioso confirmados por documento público. Al principio Coll y Prat le aplaza; después quiere probarle que no era necesario, alegando más tarde que aguardaría á que se levantara el monumento que en honor de Girardot se había mandado erigir. Impelido el prelado por Bolívar, tiene al fin que extender las letras pastorales que fueron publicadas con fecha 23 de octubre en la *Gaceta de Caracas*, de 11 de noviembre de 1813. Español realista antes que republicano, el astuto prelado, cuyo norte, en todas sus condescendencias respecto de Bolívar, fué siempre salvar la diócesis de que estaba encargado y evitar conflictos entre las autoridades eclesiástica y civil, no viendo en la procesión de Girardot sino una farsa de Bolívar, escribió, aunque con disgusto, las letras pastorales. Presumía que llegaría el día en que sus compatriotas le harían cargos y exagerarían su conducta obediente á la autoridad constituída. Bolívar tenía por móvil de todo esto atraer al prelado á la comunión republicana, haciéndole partícipe de los actos de su gobierno, y sobre todo, de aquellos que establecieran cierto antagonismo entre España y Venezuela. Perdido Bolívar en 1814, Coll y Prat fué á su turno víctima de sus correligionarios políticos que jamás le perdonaron a parte que tomara en la procesión de Girardot. Los partidos políticos, casi siempre en los extremos, son más tolerantes respecto de los grandes crímenes que de las debilidades, hijas éstas de la presión

de los gobiernos, siempre exigentes, cuando se trata de ciertas prerrogativas.

¿Cómo ha juzgado la historia la procesión del corazón de Girardot realizada por Bolívar? Escritores españoles y americanos la han considerado como incompatible con los principios republicanos y como innecesaria, por su romanticismo exagerado. Para juzgar ciertos hechos, por absurdos que éstos aparezcan, es necesario de antemano conocer la nacionalidad donde se realizan. En los pueblos del Norte, semejante procesión habría sido imposible; en los pueblos latinos, donde la imaginación es distintivo de raza, todo cuanto cautive los sentidos produce resultados inmediatos. Bolívar, que poseía una imaginación oriental, supo siempre sacar partido de los pueblos que conquistó. Bien sabía él que cuanto se escribiese en honor de Girardot quedaría en el papel. y que cuanto obrara sobre la imaginación popular tendría eco. Dos nacionalidades constituían su ejército, desde el comienzo de la campaña de 1813: la neogranadina y la venezolana. Sabía que honrando á los muertos de la primera estimulaba á los vivos, ahogaba rivalidades mezquinas, y contaba con el entusiasmo que, en las revoluciones, es fuerza.

Cuando se supo en Bogotá la muerte de Girardot y los actos de Bolívar en que le decretaba honores, la sociedad tomó parte activa en tamaña desgracia. La familia dolorida recibió el pésame del Presidente de la Unión, señor Camilo Torres, por medio de una sentida carta. El Congreso, por su parte, decretó una ley en la cual se honraba la memoria del infortunado adalid.

Aquí concluye la parte guerrera y romántica de la historia de Girardot; narremos ahora la parte terrible de este drama.

*
* *

No había llegado á su término el año de 1813, que tan favorable había sido á la causa republicana, cuando Venezuela en masa rechazando las ideas de Bolívar, se alza bajo la bandera realista. Todas las bellas conquistas de 1813 se desvanecen en medio del torbellino de pasiones que abre la campaña de 1814. ¿Qué debía seguir á las fiestas que anunciaron la República, al paseo triunfal del

Libertador desde los Andes de Venezuela hasta las costas de Caracas y Puerto Cabello? De vencedor en cien combates se torna en vencido de las muchedumbres famélicas que solicitan sangre humana para satisfacer sus instintos brutales; á las alegrías de la victoria suceden las decepciones de la derrota; á las claridades del reconocimiento, el resplandor siniestro del incendio. Todo comienza á desmoronarse en medio de una orgía infernal alimentada por la guerra á muerte. Perdida estaba la República, pero quedaba el hombre que la había concebido y fundado. Dios le reservaba para más tarde la realización de sus vastos proyectos.

Bolívar, desgraciado en todas partes, se centuplica, saca recursos de su poderosa cabeza, lucha contra la adversidad; mas por dondequiera la tromba de la guerra á muerte viene á su encuentro, destruye sus legiones, y le hace huir. Ya no tiene soldados, porque todos han sucumbido; ya no tiene recursos, porque todo ha sido devorado: el hambre, el incendio, la muerte, tales son los espectros que contempla su mirada, y hasta su mismo caballo, que había hendido con su casco el granito de los Andes, se detiene espantado y retrocede ante la llama que devora la hierba de las sabanas. Bolívar, en medio de un círculo de fuego que se estrecha más y más, escucha el clamoreo de las víctimas, sin hogar y sin pan, que imploran la misericordia divina. Da un paso adelante, y la hidra de la guerra á muerte le presenta una de sus cien cabezas; da un paso atrás y se encuentra en el vacío. ¿Qué le quedaba á este nuevo Prometeo que quiso robar el fuego al cielo, para vencer las sombras de una noche de siglos? La roca donde debía expiar su amor por la libertad del hombre, ó la huída donde podría salvarse. ¡Visionario! había querido emancipar su pueblo y lo encontró compacto, feroz, en defensa de sus viejos amos. Entre la República y la Colonia, Venezuela optaba por la Colonia; entre Atila y Bolívar, las hordas ignorantes se alistaron para seguir la huella de fuego, la bandera negra de las legiones de Boves. Hay grandeza en un pueblo que se levanta en masa en defensa de una idea; tal fué la revolución de la América del Norte; tal fué el pueblo francés en 1789; pero hay sublimidad en el genio que, sólo, sin tener más que un puñado de hombres, triunfa de los obstáculos, de la adversidad, de la opinión, del fuego y de la muerte, y se abre paso, y

logra al fin ser comprendido y aclamado. Tal sucedió á Bolívar. Exceptuando los pocos hombres que supieron comprenderle, Venezuela sostuvo la realeza hasta los momentos en que triunfó el genio que había conducido la revolución, 1819-1821.

Imposibilitado de seguir batallando y humilde ante el hado, Bolívar huye de Caracas y con él los restos de sus legiones mutiladas. Dejémosle huir, que pronto aparecerá como nuncio del triunfo. Apartemos los ojos del cuadro patético y sublime que representa á las familias republicanas llevando á cuestas sus penates en prolongada fila de quince mil almas; apartemos los ojos de esas mujeres, ancianos y niños, todos transidos de dolor y bañados en lágrimas que acompañan á Bolívar por la vía del Este. ¿Quién los auxiliará en sus horas de hambre y de sed? Desheredados de la libertad marchan como autómatas en el camino de la tumba. Triste mañana aquella en que el cañón anuncia á la ciudad la hora de la huída. En la actual plaza Bolívar se reunen las familias que iban á partir y también las que debían quedarse, y todas se funden en torrentes de lágrimas en presencia de los primeros albores del crepúsculo, bello como siempre, y como siempre indiferente á las desgracias humanas.

Caracas queda abandonada á su propia suerte. Pocos días más tarde una de las avanzadas de Boves se apodera de ella; era una turba desbordada que infundía terror; afortunadamente la mandaba un hombre bueno que se hacía obedecer, y á quien secundaba el prelado Coll y Prat. Al instante jefes subalternos exigen de éste el corazón de Girardot; pero el prelado con noble dignidad se niega á entregarlo. Apresúrase el pastor á llamar á Boves, como el único medio para salvar á Caracas de los horrores que la amenazan. Boves entra á la capital el 16 de julio. A su encuentro sale el arzobispo con su clero y le recibe pontificalmente á orillas del Guaire, en el camino del Valle. Sigilosamente reclama Boves del prelado el corazón de Girardot, pero con elocuencia apostólica Coll y Prat le desarma.

A los pocos días sale Boves de Caracas para sitiar á Valencia, y deja de gobernador de la ciudad al venezolano realista Juan Nepomuceno Quero, que se instala el 30 de julio. El primer acto de este mandatario es reclamar del prelado el corazón de Girardot,

por medio del siguiente oficio, fechado en Caracas, á 2 de agosto de 1814 :

« Mañana á las 10 entregará US. I. el corazón del traidor Girardot en la puerta mayor de la Santa Iglesia Metropolitana donde impunemente se halla colocado, al verdugo y acompañamiento que tengo dispuesto para recibirlo, y darle el destino que merece.

« Para satisfacción del público conviene que en el acto de la entrega se sirva US. I. manifestar á los espectadores con aquella influencia y energía que le son características, y el caso exige, lo escandaloso de aquel hecho incompatible con la inmunidad del Santuario, y que sólo podía haber permitido US. I. á la fuerza y temeridad del monstruo Bolívar. »

. . . .

¿Qué pensaba hacerse con aquella reliquia enterrada al pie del Sagrario y tan solicitada por los tenientes de Boves? Ponerla en una picota para que sirviese de pretexto á una de esas saturnales políticas que avivan el demonio de la venganza, y descuartizarlo después para pasear en triunfo sus fragmentos y colocarlos con befa y escarnio en los caminos y alcabalas.

Al recibir el oficio de Quero, Coll y Prat, lleno de dignidad lo lee, sin inmutarse. Sabía que por sobre todas las borrascas humanas está Dios, y como uno de sus ministros no podía acceder á semejante infamia. Prudente y astuto, había previsto desde que se verificó la procesión de Girardot que ésta traería más tarde violenta reacción. Y tan sagaz anduvo que, apenas deja Bolívar á Caracas, cuando el arzobispo desentierra el corazón del lugar donde estaba, y lo deposita al pie del cementerio de la Metropolitana. De esta manera estaba seguro de que podría desarmar las pasiones sangrientas de los vencedores.

Con reflexiones morales contesta Coll y Prat á la escandalosa pretensión del gobernador, en el siguiente oficio que es uno de los timbres del célebre pastor :

Caracas, 3 de agosto de 1814.

Señor Gobernador militar de Caracas don Juan Nepomuceno Quero,

En contestación al oficio de US. del día de ayer, que á las doce

y cuarto de éste acabo de recibir, relativo á que mañana á las diez entregue yo el corazón del difunto Girardot en la puerta mayor de la Santa Iglesia Metropolitana, donde se supone colocado, al verdugo y acompañamiento que tiene US. dispuesto para recibirlo y darle el destino que merece, y para que en el acto de la entrega manifieste yo para satisfacción del público á los espectadores con aquella influencia y energía que el caso exige, lo escandaloso de aquel hecho incompatible con la inmunidad del Santuario, y que sólo podía haberlo yo permitido á la fuerza y temeridad del monstruo Bolívar, debo cerciorar á US. como lo hago con la presente, de que esta misma solicitud fué confidencialmente insinuada á mí por el señor comandante general don José Tomás de Boves, en el día mismo de su gloriosa entrada á esta ciudad el 16 de julio último; y que habiéndome oído con alguna atención me parece haberlo dejado aquietado; que de la misma ocurrencia tengo yo dado parte á Nuestra Real Majestad el señor don Fernando VII (Q. D. G.) en representación de 25 del mismo mes y no viniendo su real determinación, me será imposible y oneroso condescender á la menor innovación; que el expresado corazón fué ya sacado de mi orden al momento que hubo fugado Bolívar, de detrás el altar mayor donde estaba dentro de una arca vieja entre ruinas del terremoto, y que había sido trasladado y enterrado en una de las esquinas de la cárcel eclesiástica, situada en el cerco é inmediación al cementerio de la catedral; y que para mandar yo ahora sacarle de ese santo lugar se necesitaba hacer una justificación con audiencia fiscal, superior tal vez á lo que con verdad se pueda atribuir al mismo difunto, por haber él fallecido en el gremio de la Iglesia militante como bautizado en su infancia, haber sido confesado y absuelto, por presbítero aprobado, *in articulo mortis*, y no haber precedido como se requiere declaración canónica de estar segregado en forma de la comunión de los fieles, ó privado de sepultura.

Y si con razón á estos y otros motivos quedó satisfecha y tranquilizada la conocida justificación y reto por la causa de Dios y del rey del general Boves, como antes lo había quedado el entonces comandante de vanguardia brigadier Ramón González que citado por el capitán Rosete, intentaba ya muchos días antes que aquél llegase, la misma extracción y entrega que ahora US. solicita; bien

me parece que de pronto podrá tranquilizarse el delicado ánimo de US. en asunto de tanta consideración.

Lo que comunico á US. para su inteligencia, esperanzado en su religioso corazón de que no permitirá el menor ultraje al referido lugar sagrado para realizar el proyecto que me insinúa contra los miserables restos de un difunto, de cuya alma sentenciada ya en la presencia de nuestro Dios y Señor, no sabemos la suerte buena ó mala que en aquel inescrutable juicio divino se le haya definitivamente deparado.

Dios guarde á US. muchos años.

NARCISO,
Arzobispo de Caracas.

Vencido el gobernador por el prelado, contestó á éste de una manera satisfactoria y en consonancia con las ideas del prelado :

Caracas, 4 de agosto de 1814.

Ilustrísimo Señor Arzobispo,

En virtud del oficio de US. I. que acabo de recibir por el cual quedo orientado de todo lo ocurrido con respecto al corazón del difunto Girardot, y en vista de las interesantes reflexiones que se sirve US. I. ofrecer á mi consideración, desde luego convengo en un todo con la madura y discreta disposición que ha tomado en este asunto.

Dios guarde á US. I. muchos años.

JUAN NEPOMUCENO QUERO [1].

Estaba escrito que un realista de noble corazón, que obró siempre bajo el dictado de su conciencia y de sus convicciones salvara á Caracas en tan críticos días, sin rebajarse en su dignidad, sin manchar su conducta, sin faltar á su encargo apostólico. Coll y Prat fué siempre un enemigo noble y generoso. Ni patrocinó ultrajes y desmanes, ni alimentó venganzas, ni acrecentó los odios políticos que hacen de cada hombre una hiena. Si enérgico, después de

1. Copias de las cartas originales é inéditas que reposan en el archivo del arzobispado.

haber implorado la clemencia de Bolívar, protesta contra el fusilamiento de los Españoles mandados á ejecutar por aquél en febrero de 1814, con dulzura evangélica sabe desarmar á los jefes realistas y venezolanos en agosto del mismo año, y evitar la perpetración de un atentado que al haberse consumado hubiera sido para Venezuela un padrón de ignominia.

*
* *

Después de tantas desgracias y zozobras, Bolívar empeñado de nuevo en la lucha, entra segunda vez por Cartagena. En esta rápida campaña á fines de 1814, toma á Bogotá y la salva de la guerra civil, permaneciendo en ella pocos meses. Uno de los primeros deseos del libertador al encontrarse en la capital de la Unión, fué el de visitar á la madre de Girardot, la que con resignación había sabido llevar su desgracia. Refieren que la entrevista entre el hombre de hierro y la madre sensible versó acerca del brillo que arroja sobre una familia la muerte heroica de uno de sus miembros, y sobre la grandeza de una madre que entregaba sus hijos á la patria. No concluyó Bolívar sin exigirle á la señora el único hijo que le quedaba de cortos años, Miguel Girardot; á lo cual contestó la espartana : — « Tomadlo y conducidlo á la victoria. » Si en aquellos momentos la madre de los Girardot hubiera preguntado á Bolívar, como lo hizo con Napoleón Madama Staël : « ¿Cuál es la mujer más célebre de los modernos tiempos? » por de contado que el Libertador habría contestado, lo que contestó Napoleón : « La que dé más soldados á la patria. »

En 1816 aparece Bolívar en las costas venezolanas con su gloriosa expedición de los Cayos. Era la aurora de los brillantes triunfos de 1817 y 1818, que debían traer la fundación de Colombia en 1819 y la emancipación de América desde el Orinoco hasta el Desaguadero, años más tarde. Mientras que el Libertador prendía de nuevo el fuego de la guerra, Nueva Granada había ya sucumbido bajo el gobierno del general Morillo. En esta época luctuosa desaparecen en el patíbulo los más distinguidos patricios de la tierra neogranadina, y logran otros escaparse huyendo de la cuchilla realista. A este número pertenece Luis Girardot que, después

de mil trabajos, logra incorporarse á las huestes llaneras de Páez, que obraban en las pampas del Apure. Pero allí donde Atanasio Girardot había establecido la República en 1813, debía sucumbir su padre en 1816. Turba de asesinos le acechan en una noche, y le dejan muerto en la isla de Achaguas.

Pero no debía quedar en esto la desgracia de la espartana antioqueña; debía también perder el menor de sus hijos, quien con heroico valor en la sangrienta batalla del Sombrero, en los llanos de Venezuela, cae lleno de heridas el 17 de febrero de 1818, al lado de Bolívar.

Así desaparecieron los jefes de esta familia célebre, cuyo nombre repetirán las futuras generaciones de Colombia y de Venezuela.

* * *

Treinta y cinco años más tarde, en una mañana del año de 1848, una anciana octogenaria encorvada por el tiempo, y llevando en su rostro la imagen del desengaño, llamó á las puertas de la representación nacional de Nueva Granada. ¿ Quién era aquella anciana desvalida y menesterosa, pero magnificada por el infortunio ? Era la madre de los jóvenes Girardot que imploraba un socorro con que pasar los últimos días de su prolongada existencia; era la orfandad que había sobrevivido á la gloria, para implorar de la patria un mendrugo de pan; era el merecimiento ante el olvido: el desengaño ante la humana justicia. ¿ Y qué dió la asamblea popular á la madre de los gladiadores romanos, cómo recompensó los servicios de sus hijos? Lo ignoramos, no queremos saberlo.

En el cementerio de Bogotá hay una losa que cubre una bóveda; en ella se lee:

JOSEFA DÍAZ

MADRE DE ATANASIO GIRARDOT

Murió á los 84 años de edad

He aquí un epitafio sublime; la madre que busca al hijo bajo la sombra de los laureles, en la soledad de la muerte, como dos almas inseparables, siempre unidas, siempre amantes. Las madres que

llegan á la vejez, piensan siempre en los hijos que las han precedido en la muerte; son estos como luces plácidas que las guían en el sendero de la tumba, donde van á encontrar de nuevo el amor perdido, la paz del alma, la justicia, la recompensa, á Dios!

UN CORAZÓN QUE CLAMA POR SEPULTURA (1822-1891)

Sesenta y ocho años hace que murió en Madrid el obispo electo de Palencia. Alguien hizo extraer el corazón del cuerpo del prelado, y después de colocarlo en una vasija de cristal, para resguardarlo así de la intemperie, lo depositó en lugar seguro. Esto pasó el 30 de diciembre de 1822, antes de que la Iglesia rindiera al ilustrísimo pastor los honores debidos á su rango.

Después de veinte años de haber permanecido este corazón en la villa de Madrid sin haber recibido sepultura, alguien tomó la noble entraña del prelado, atravesó el Atlántico, llegó á Caracas y depositó aquélla en manos del cabildo eclesiástico de la capital. Tuvo efecto este suceso en los primeros días de enero de 1844. De manera que el corazón del obispo de Palencia, después de haber estado oculto en Madrid durante veinte años, ha pasado cuarenta y siete más en un armario de la sala donde el cabildo eclesiástico de la Metropolitana de Caracas celebra sus sesiones.

¿Quién fué el obispo de Palencia en 1822? ¿Por orden de quién, y en virtud de qué cláusula testamentaria, se extrajo el corazón del cuerpo del prelado? ¿Y por qué ha permanecido sin sepultura esta reliquia durante el prolongado espacio de sesenta y nueve años?

Curiosa, al par que interesante, es la historia que vamos á narrar.

*
* *

Habían corrido tres meses después del 19 de abril de 1810, día en que se dió en Caracas el grito revolucionario que trajo por

44

resultado la emancipación política de Venezuela, cuando pisó las costas de La Guaira el doctor don Narciso Coll y Prat, arzobispo electo de Caracas y Venezuela. Sus compatriotas, y una porción del clero de Caracas, quisieron disuadirle, al arribar á nuestras costas, del propósito que traía de encargarse del arzobispado; mas el prelado, sin dar importancia á las razones que sus amigos le opusieron, á nadie escuchó, y siguiendo los impulsos del deber, se puso al frente de la grey venezolana. Jamás prelado alguno en América iba á atravesar situación más escabrosa y más llena de peligros, de horrores y de crímenes que la que, desde aquellos momentos, comenzó á envolver la persona del nobilísimo pastor.

Bullía el fermento revolucionario; trasparentábanse ya los odios inveterados entre peninsulares y criollos, y con aquéllos venían la perfidia, las persecuciones y las venganzas. A poco, comienzan los escándalos; los partidos se definen, y la sangre salpica las gradas del patíbulo. Entre los beligerantes, el apóstol de Dios es nuncio de paz, y por la paz y la concordia clama. De súbito, en medio de los triunfos del bando patriota, la tierra se estremece, bambolean los edificios y Caracas se convierte en un montón de escombros. Fué el 26 de marzo de 1812. El espanto y el arrepentimiento se apodera de los que huyen, de las ruinas se levantan gritos de dolor y de muerte, y ayes lastimeros que se confunden con los alaridos de los fugitivos. Por todas partes se escucha el grito de: *¡Castigo de Dios!* aludiendo á que, dos años antes, en el mismo día, Jueves Santo, había sido derrocada la autoridad peninsular. *¡Castigo de Dios!* gritan los corifeos del bando español, y el eco lo repiten las muchedumbres de uno á otro extremo de Venezuela. Desde aquel momento, el pavor se torna en nuevas y poderosas fuerzas contra la revolución triunfante.

En pie, con el alma entristecida, pero firme en su carácter, el pontífice alienta á los desgraciados, fortalece los moribundos, y levanta los corazones que, llenos de espanto, dudan de la misericordia divina; y, á su turno, grita con igual intensidad y convicción: *castigo de Dios para ti, ciudad impía; nueva Sodoma que vivías en la molicie del deleite y en el olvido del deber.*

La revolución estaba herida de muerte, é inútiles eran los esfuerzos del gobierno. Desde aquel momento cunden la venganza y

la osadía en unos, el desaliento en otros, y lentamente van apoderándose de Venezuela los agentes del bando español, en tanto que los hombres de 1810 y de 1811, sucumbían en la oscuridad de los pontones. Sólo Coll y Prat no tuvo necesidad de abandonar su grey, pues debía recibir á los gobernantes de sus simpatías, y jurar la Constitución española como había hecho con la Constitución republicana.

Pero este triunfo no debía ser duradero. La Providencia tenía reservados á Venezuela días de sangre y de luto. En 1813 aparecen las huestes republicanas por el Occidente al mando de Bolívar. Los clarines de los vencedores anuncian en Trujillo la terrible *guerra á muerte*, y desde aquel momento no hay cuartel. El carro de la revolución, siniestro, horrible, pavoroso, va á cruzar las campiñas y los valles, y los ríos y sembrados van á teñirse con sangre generosa. Ayes lastimeros van de nuevo á levantarse del seno de las familias fugitivas, y los beligerantes, sedientos de sangre y de venganza, no van á tener reposo, porque hasta los inocentes serán inmolados en el silencio de la noche.

Bolívar se apodera de Caracas; el prelado le recibe; pero desde aquel momento comienza para Coll y Prat su vía dolorosa. El vencedor increpa la conducta política del arzobispo, y le obliga á favorecer con su persona y sus edictos la causa republicana. La tempestad política ruge por todas partes : el incendio, las prisiones, los asesinatos, las mutilaciones y los fusilamientos son los agentes poderosos de la guerra á muerte. Los dos bandos se han jurado exterminio. ¿ Cuál de ellos vencerá ? El prelado publica sus pastorales y edictos, y la matanza continúa. Ha llegado el momento en que van á ser fusilados ochocientos prisioneros españoles que están encarcelados, febrero de 1814. El pastor pide, suplica, exhorta, clama por la vida de aquellos desgraciados, pero el vencedor no escucha los generosos ruegos del prelado. Quiere éste verle por una vez más, pero no es recibido. Entonces le escribe aquella célebre carta, llena de espíritu evangélico, entre cuyos conceptos leemos el siguiente : *Crimina criminibus vindicabuntur.* — *No, no*, contesta Bolívar, *uno menos que exista de tales monstruos, es uno menos que ha inmolado ó inmolaría centenares de víctimas.* Y los prisioneros fueron pasados por las armas.

Los últimos meses de 1814 han llegado, y la causa patriota está perdida. Un anillo de hierro comprime al último grupo de patriotas que quiere defenderse en Caracas. ¡ Esfuerzo inútil ! Las feroces huestes de Boves se aproximan. Coll y Prat, que ha seguido á Bolívar en todas las situaciones de la campaña, le ve partir, y aguarda con afán al nuevo vencedor. Caracas vuelve á ser española. Boves y el prelado se dirigen á la iglesia metropolitana á dar gracias al Altísimo por el restablecimiento de la paz.

A poco llega Morillo, y azuzado por los realistas, acusa al prelado ante el Gobierno español. Este le ordena presentarse en Madrid. Las pastorales y edictos de Coll y Prat, á favor de la causa republicana en 1813 y 1814, le hacían aparecer ante sus conmilitones como amigo y favorecedor de los jefes patriotas. Los partidos políticos jamás aceptan las situaciones ambiguas, sino las extremas : ó la victoria, ó el sacrificio. Mas sea por debilidad ó por temor, ello es que Coll y Prat favoreció la causa republicana, no obstante que era uno de los más adictos defensores de la causa española en Venezuela. Y no podía ser de otra manera, pues la gran mayoría del clero en América fué contraria á la revolución. El pueblo de Venezuela militó con Monteverde, Boves, Morillo y demás jefes realistas, y, á mayor abundamiento, muchos de los patricios de 1810 y 1811, tornaron por convicción á las filas españolas. Coll y Prat decía entonces lo que Castelar setenta años más tarde : *antes que todo soy español.*

Coll y Prat dejó á Caracas el 8 de diciembre de 1816. Dos venezolanos le acompañaron en su viaje á España : su secretario, don Tomás J. Quintero, y el doctor don Rafael de Escalona, que iba á ser el defensor del prelado ante el consejo de Indias. Cinco años duró esta célebre causa. Brillantemente defendida por el doctor Escalona, y ante las numerosas pruebas que presentó el arzobispo, justificativas de su conducta en Venezuela desde 1810 hasta 1816, como defensor de los entonces españoles, el augusto tribunal hubo de absolverle, dejándole libre de toda culpa y cargo. Esto pasaba en los primeros meses de 1821, antes de que el cañón patriota retumbara más allá del Atlántico, y anunciara al mundo la victoria de Carabobo.

Coll y Prat, que ignoraba lo que en Venezuela sucedía, pidió al rey, después de ser absuelto, que le permitiese tornar á su dióce-

sis; pensamiento que apoyaron el consejo y los ministros. El monarca le mandó extender el pasaporte, según leemos en oficio fechado el 13 de abril de 1821, dirigido por el secretario del consejo de Estado al arzobispo. A poco, sábese en Madrid el curso de los acontecimientos políticos de Venezuela, los cuales coinciden con la muerte de don Francisco Javier Almonacid, obispo de Palencia. Entonces fué cuando el consejo de Estado, en oficio de 24 de diciembre de 1821, participó al prelado que el rey había tenido á bien nombrarle obispo de Palencia, y que aguardaba la aceptación.

A este oficio, Coll y Prat contestó con la siguiente renuncia, dirigida al secretario del consejo, don Juan de Madrid Dávila, fechado en Madrid, á 2 de enero de 1822 :

« Contesto el oficio de 24 del que expiró, en que se sirve US. participarme que el rey, á consulta del Consejo de Estado, se ha servido nombrarme para el obispado vacante de Palencia.

« Durante los cinco años que llevo de residencia en la Península, me complacía alimentando la lisonjera esperanza de restituirme á mi diócesis de Caracas, que tan cara me es por sus infortunios y mis padecimientos, y donde me proponía continuar éstos en alivio y consuelo de aquellos desgraciados habitantes, como tengo la satisfacción de haberlo ejecutado en las dos ocasiones en que, menos por la fuerza de las armas que por la de la persuasión y del convencimiento, conseguí, con la sana é inmensa mayoría de mi grey, la restauración del gobierno legítimo. Pero ahora que el incendio de la revolución devora todo el continente español americano; ahora que en las provincias de Venezuela ha prevalecido el furor de las pasiones peligrosas y antisociales, sin que puedan quizá ser oídos los acentos pacíficos del prelado, que más de una vez las calmó, y acaso hubiera logrado extirparlas; ahora, en fin, que aquellos pueblos parecen entregados á su suerte, no me queda ya otro arbitrio que pedir incesantemente á Dios quiera suavizarla y levantar el azote con que los castiga, resignándome entretanto á su voluntad santísima, y resolviéndome gustoso á emplear mis débiles fuerzas en servicio de la religión y de la patria, en el lugar, cualquiera que sea, donde el rey se ha servido destinarme.

. . . .

« Y lo digo á US. en respuesta, tributándole las debidas gracias

por el gusto con que se sirve expresar y me hace aquella comunicación. »

. . . .

Para fines de 1822, Coll y Prat que tenía las bulas en Roma, había notificado al encargado de la diócesis en Caracas la renuncia que había hecho, y se preparaba á seguir al obispado de Palencia, cuando la muerte le sorprendió en Madrid el 30 de diciembre del mismo año.

La renuncia del prelado no se conoció en Caracas hasta los primeros días de enero de 1823; así fué, que *el Iris de Venezuela*, sin sospechar siquiera que el prelado había estado enfermo, al publicar los documentos indicados, le atacó fuertemente. Después de haberle recordado las buenas acciones que lo hacían acreedor á la gratidud de Venezuela, y de exaltar la buena voluntad que hacia él conservaban los nobles corazones, agrega : « Nosotros te apreciábamos con justicia, pues aunque fuese por un efecto de esa misma debilidad que has manifestado, tú obraste bien; pero ya has arrojado sobre tu conducta pasada, y sobre los títulos que conservabas á nuestra ternura y gratitud, una mancha que te borrará para siempre de nuestro corazón y de nuestra memoria ; infamemente te has despedido de tu grey ; la has librado del sentimiento que le causaba tu separación ; y has obrado de modo que se alegra sabiendo que has roto tu cayado y has dejado vacante tu silla [1]. »

Leemos tan fuertes conceptos después de sesenta y nueve años que hace que fueron publicados, y nos causa extrañeza. He aquí otro error de los partidos políticos, el creer en todas las felicitaciones y aplaudir todas las frases. El hombre político no es creíble sino cuando, en plena libertad, sin presión de ningún género, expone sus opiniones y obra en consecuencia de convicciones profundas. Jamás engañó Coll y Prat á nadie : sus opiniones políticas fueron muy conocidas desde que pisó á Caracas en 1810, y con ellas triunfó en 1821.

Dice el historiador Yanes, que el consejo de Indias, al declarar al prelado libre de toda culpa y cargo, no le permitió volver á su iglesia; antes bien, se le insinuó que renunciara, en lo que no

1. *El Espectador español*, número 510. Madrid, setiembre de 1822. — *El Iris de Venezuela*, número 52, de 9 de enero de 1823.

convino. Estrechado al fin por la necesidad, hizo la renuncia y fué promovido alobispado de Palencia[1]. Si esto último es cierto, no teniendo datos en qué apoyarlo, la renuncia, así como los términos en que está redactada, no hacen honor al pastor.

*
* *

Hemos dicho que éste murió en diciembre de 1822. Años más tarde de 1833 á 1834 muere en Madrid el secretario del arzobispo, don Tomás J. Quintero, y algunos después la esposa de éste, quedando como único fruto una huérfana de diez años, la señorita Columba Quintero. Sabedora de tan triste suceso, la familia Quintero de Caracas quiso tener en su seno á la huerfanita, y al efecto dió las órdenes necesarias para que la niña fuese traída de Madrid á la mayor brevedad.

En cierta mañana del mes de setiembre de 1843 se presentó en Madrid, en la casa de don Gregorio García Sans, tutor de la niña huérfana, un señor llamado don Manuel Inocente Velázquez, conde del mismo nombre, notario apostólico, comisionado especial de Venezuela en España y director de los negocios eclesiásticos, con el objeto de inquirir por la persona de la niña Columba, pues tenía órdenes de los tíos de ésta, vecinos de Caracas, para disponer el viaje de la precitada huérfana, la cual fué presentada al notario por el tutor García Sans. En seguida, por medio de un abogado que acompañó al conde, quiso éste adquirir noticias acerca de un depósito venerando que le constaba existía en el seno de aquella familia ; el corazón del que fué arzobispo de Caracas y Venezuela, doctor Narciso Coll y Prat. Traída la entraña en una urna á presencia de los concurrentes y visto que no existían documentos que asegurasen de la autenticidad de la reliquia, del objeto con que se guardaba y de las formalidades con que debió extraerse, el notario hizo varias preguntas al tutor de la señorita, á ésta y á otras personas que allí estaban, resultando de la inquisición, que el corazón había sido extraído del cadáver del prelado, en cumplimiento de

1. YANES, *Historia de Venezuela*, 1841.

la orden que dió éste á su secretario, para que lo enviase á Caracas al cabildo eclesiástico de la iglesia metropolitana [1].

Resultaba de los informes, que el corazón se conservaba en la familia desde el día en que murió el prelado, en 1822; que al morir el secretario don Tomás J. Quintero, le encomendó la reliquia á su esposa, y que ésta, á su muerte, la traspasó á su hija Columba, para que así se cumpliera la voluntad del pastor. Entonces los concurrentes, á nombre del cabildo eclesiástico de la ciudad de Caracas y del Ayuntamiento de la misma, acordaron recoger la sagrada prenda y enviarla á su destino, acompañada de un acta que firmaron todos en 27 de setiembre de 1843.

El comisionado para traer el legado del arzobispo á Caracas, fué el padre don Antonio Asenjo, quien cumplió su encargo en los primeros días del mes de enero de 1844.

En 8 de enero, el Concejo Municipal de Caracas manda abrir concepto sobre la materia, nombrando una comisión compuesta de los diputados Díaz y Rivas. El asunto quedó archivado. El cabildo eclesiástico de la misma época, en el cual figuraba como doctoral el doctor Rafael de Escalona, defensor de Coll y Prat en Madrid, puso de lado esta materia, y el corazón fué guardado en un armario. Así continuaron las cosas, hasta que en 1849, el Concejo Municipal trae de nuevo el expediente á la consideración del cuerpo. Nombra una comisión compuesta de los señores Vicente Méndez y Tomás Muñoz y Ayala, para que informara, la cual rindió cuenta en 22 de octubre del propio año. La comisión opinó por exornar la sala de sus sesiones con el retrato del célebre prelado, el cual fué colocado en 28 de octubre de 1850 [2]. — Nombróse igualmente una comisión para que, acercándose al venerable Deán y cabildo capitular, pusiese en manos de éste copia certificada del informe, examinara la arquilla que contiene el corazón y el lugar donde se halla, y procurase la conservación de ella con el respeto y decoro debidos. Pero el cabildo eclesiástico, en el cual figuraba el doctor Escalona como Deán, volvió á dar de mano al asunto y el corazón continuó donde estaba. Hombre de recto proceder, quizá juzgó el

1. Documentos referentes á este asunto publicados en *el Promotor*, de Caracas, número 39, de 15 de enero de 1844.
2. *Gaceta de Venezuela*, número 974, de 6 de enero de 1850.

Deán Escalona que no había llegado al momento en que estuvieran calmadas las pasiones y pudiese la Iglesia celebrar los funerales del renombrado arzobispo.

A falta de documentos auténticos, que no existen en los archivos de la obispalía, ni en los de los gobiernos de Colombia y Venezuela, ni en los papeles de la familia Quintero, ¿cómo juzgar de la autenticidad del corazón de Coll y Prat? En este punto nos bastan la respetabilidad del secretario don Tomás Quintero, y el dicho repetido por muchas personas durante el espacio de veinte años. Por lo que concierne á la última voluntad del prelado, el doctor don Domingo Quintero, Deán que fué de la catedral de Caracas y hermano del secretario del arzobispo, creyó que todo era obra de su hermano, animado como estaba del noble pensamiento de aplacar de esta manera las exageraciones de la prensa de Caracas contra Coll y Prat. A falta de pruebas y documentos, nosotros optamos por la suposición que más honre la memoria del prelado; y juzgamos que bien pudo éste, en esos momentos plácidos que preceden á la muerte, legar á su grey lo que más puede el hombre dar; un corazón que supo ejercer la virtud; y que, en los últimos instantes de la vida, no guardó odios ni concibió temores [1].

La justicia de la ciudad de Caracas, respecto de este asunto, dictó ya su fallo desde 1849. El retrato de Coll y Prat, en la sala del concejo, recuerda al prelado virtuoso, al varón fuerte, al hombre humanitario, no al espíritu liberal. La Iglesia tiene también su justicia, y ha llegado ya el momento de reparar un olvido. El corazón de un apóstol de la verdad, de aquél que salvó á Venezuela de la ignominia evitando que el bando español desenterrase el corazón de Girardot para colocarlo en la picota; de aquél que auxilió á las víctimas del terremoto de 1812 y trató de salvar centenares de desgraciados en los días tenebrosos de la guerra á muerte; de aquél, en fin, que en uno y otro bando político, desplegó las banderas de la paz, y por la paz sufrió, no puede permanecer sino al pie del altar, donde tantas veces dejó escuchar su voz de fervoroso pastor y ministro de Dios.

A nadie culpemos por este olvido quizás involuntario. En el curso

1. Véase nuestro estudio titulado: *El Arzobispo Coll y Prat.*

de los acontecimientos humanos todo es transitorio; pero nunca es tardía la justicia que recompensa el proceder honrado y generoso.

*
* *

Estas dos leyendas que damos de nuevo á la estampa en homenaje al 5 de julio de 1891, tienen títulos que se complementan: EL CORAZÓN DE GIRARDOT. — UN CORAZÓN QUE CLAMA POR SEPULTURA.

El Gobierno de Venezuela acaba de coronar con la estatuaria los servicios prestados á la patria venezolana por dos colombianos admirables: Girardot y Ricaurte. Las fiestas del 5 de julio de 1891, comenzaron con la apoteosis de estos héroes. Es sensible que el Cabildo eclesiástico de Caracas, que conserva en un armario el corazón del prelado de 1814, hace ya cuarenta y siete años, no haya tomado ninguna iniciativa en esta fiesta, y como corolario de ella dado sepultura, sin pompa y sin ruido, al corazón de aquél que salvó del escarnio la noble entraña de Girardot.

Cierta fatalidad parece que persigue los corazones de los dos primeros arzobispos de Venezuela: monseñor Ibarra, monseñor Coll y Prat. El del primero yacía desde 1806 hasta ahora pocos años en la capilla del antiguo seminario de Santa Rosa, de donde fué exhumado para llevarlo al Panteón. El del otro permanece insepulto desde 1822, en que fué extraído del cadáver del pastor. La lápida, llena de inscripciones, que cubría la entraña del uno, anda rodando, según voz pública, por los talleres de una imprenta de Caracas; la arquilla que guarda el corazón del otro, tiene ya apolillados los manuscritos auténticos que lo acompañan.

¿ Quién salvará del olvido la lápida de Ibarra ? ¿ Quién enterrará el corazón de Coll y Prat, en mala hora extraído del cadáver? Pertenece al Museo Nacional reclamar la una, y al Concejo Municipal de Caracas, que en 1850 colocó en la sala de sus sesiones el retrato del célebre pastor, complementar aquel acto, y pedir al Cabildo eclesiástico la entraña del prelado para enterrarla en un templo pobre, humilde, retirado, allá en Valle Abajo, ó acá, al pie del Avila, en la solitaria capilla de los « hijos de Dios ».

EL MES DE BOLÍVAR ES EL MES HISTÓRICO DE AMÉRICA

Hoy 24 de julio, se cumplen ciento diez años de la llegada al mundo de Simón Bolívar. Hace diez que celebraron el primer centenario del libertador, Venezuela, Colombia Ecuador y Bolivia, estas hijas de la primitiva Colombia ideada por Miranda realzada por Bolívar.

¡Cuántos sucesos verificados en el continente que Colón descubrió el 31 de este mes! En julio se verifica la emancipación de los Estados Unidos de América, y en el mismo mes se firma la paz entre la metrópoli y su antigua colonia. En julio se emancipan Venezuela, Chile, provincias del Plata, Nueva Granada, Perú, en la América del Sur; y Guatemala en la América Central. En julio sucumbe el ilustre Miranda en la prisión de la Carraca, y en el mismo mes son arcabuceados el Padre Hidalgo, fundador de la independencia mejicana, é Iturbide el falso emperador de Méjico. En julio es descuartizado en la plaza del Cuzco aquel Tupac Amaru, extirpe de los antiguos Caciques peruanos, y en julio nace Bolívar. En julio, finalmente, se verifican los sucesos inmortales de la Bastilla, Arapiles y Bailén. Julio es el mes sublime de la historia del continente, porque sintetiza grandes hechos de armas, grandes conquistas, sucesos sublimes, el surgimiento de muchos pueblos, la realización de muchos enigmas, la cuna y la tumba de grandes hombres, el descubrimiento del nuevo continente.

* * *

Estudiemos la historia de este mes que registra grandes y fecundas enseñanzas en cada uno de sus días.

El 1.° de julio de 1812, se presenta el general español Monteverde delante del castillo de Puerto Cabello, que se había sublevado contra los patriotas días antes. El 1.° de julio de 1821, Bolívar, vencedor, ofrece al coronel Pereira una capitulación honrosa, en el puerto de la Guaira, que el jefe español acepta; la bandera que durante tres siglos había flameado en las fortalezas y pueblos de

Venezuela, con los honores de la guerra deja el puerto de la Guaira. El 1.° de julio de 1823, Guatemala proclama su independencia.

El 2 de julio de 1784 es proclamada la paz entre la Inglaterra y la República de los Estados Unidos de América. El 2 de julio de 1813, acción de Niquitao ganada por Ribas y Urdaneta.

El 3 de julio de 1598, pasó Colón la noche en la isla de Santiago, del grupo de las de Cabo Verde : fué su última estación en aguas del viejo mundo, pues al siguiente día hizo rumbo al oeste.

El 4 de julio de 1776, cuna de un gran pueblo, es el día clásico de la República de Wáshington. ¡ Coincidencias de la historia ! En este mismo día, en 4 de julio de 1826, mueren Jefferson y Adams, á los cincuenta años de haber brillado entre las nobles figuras de aquella época inmortal. En 4 de julio de 1811 se instala el primer Congreso chileno, y en el mismo día y mes, en 1846, España reconoce la independencia de su antigua colonia. En 4 de julio de 1821, el coronel español Pereira firma en la Guaira la honrosa capitulación ofrecida por Bolívar. En el mismo día, en 1824, el almirante español Laborde pierde el combate naval de Maracaibo que pone término á la prolongada guerra de la independencia de Venezuela. Esto sucedía á los tres siglos de haber sido nombrado el primer obispo de Venezuela (4 de julio de 1532), que se estableció en la capital de Coro.

El 5 de julio de 1811, es para los pueblos de Venezuela, lo que el 4 del mismo mes, para los pueblos de la República de Wáshington ; punto de partida de nuevas nacionalidades americanas. En este mismo día, en 5 de julio de 1498, Colón, después de dejar las islas de Cabo Verde, hace rumbo hacia el oeste en solicitud del nuevo continente. En 5 de julio de 1813 se declara la ciudad de Mérida (Venezuela) bajo el gobierno republicano ; y en 5 de julio de 1827, Bolívar deja á Caracas para no volverla á ver. En su visita á la ciudad natal en 1827, ésta le recibe con los honores del triunfo, sin pensar que trece años más tarde, le recibiría con los honores de la justicia. Bolívar había recorrido toda la escala de la fortuna y conducido sus legiones desde las playas de Pária hasta las nevadas cimas de Potosí y del Cuzco. Desde aquí buscó los horizontes y no encontrando país que libertar, descendió envuelto con el manto de iris. Había escalado las más altas cimas de la tierra, y al des-

cenderlas no encontró sino el desengaño y la muerte; pero estaba reservado á sus coetáneos, acompañarle en su nueva ascensión á las más altas cimas de la Historia.

El 6 de julio de 1812, Bolívar abandonado de sus compañeros en Puerto Cabello, después de la sublevación del castillo, se embarca en Borburata para La Guaira. En el mismo día, en 1816, desembarcan con Bolívar en Ocumare, los célebres expedicionarios de los Cayos. De allí debía aquél retirarse para aparecer en otro lugar, mientras que su ejército, circundado de enemigos por todas partes, se interna, se abre paso, lucha de día y de noche, disputa hasta un palmo de terreno que se oponga á su retirada, en solicitud de las costas orientales de la República.

He aquí la más célebre retirada en la historia de América.

Diez años hace que bajó á la tumba el último de los expedicionarios de los Cayos. Despareció más cargado de virtudes y de merecimientos que de años. Después de haber brillado en las campañas de 1817 y 1818, al lado de Bolívar y de Páez, y más tarde, en Gameza, Pantano de Vargas y Boyacá, al lado de Bolívar, siguió, no como militar sino como sostenedor de la causa inmortal á la cual había dedicado sus juveniles años. Sucumbió López Buroz á la edad de ochenta años, sereno, altivo, sostenido por la fe de sus mayores y con la mirada fija en la imagen de sus nobles padres, que le dieron el ser, y de sus hermanos, que le precedieron en el camino de la gloria. Déjanos recordarte, generoso y venerable amigo, al departir acerca de estos hechos de pasadas glorias!

El 7 de julio de 1814 comienza la célebre emigración de Caracas, al aproximarse las huestes victoriosas de Boves. Como diez mil personas abandonan la capital, llevando á cuestas sus hijos, prendas y alimento. Es una caravana apiñada, en la dirección del Este, ignorante de lo que le aguarda y de lo que solicita. Llantos y sollozos, gemidos, quejas y también maldiciones é improperios, sirven de cortejo á aquella masa viviente, á cuya retaguardia marcha Bolívar acompañado de los pocos soldados que le quedan. Todos huyen, todos van preocupados del triste fin que les aguarda, y sólo Bolívar está tranquilo é impasible. Había perdido, después de mil sacrificios, el equilibrio político, el punto de apoyo, y salía en soli-

citud de un oásis, desde el cual pudiera divisar los nuevos albores de su eclipsada estrella.

En 8 de julio de 1818, el General Urdaneta toma por asalto la ciudad de Barcelona; y el mismo día, en 1825, Bolívar manda fundar dos colegios en la antigua ciudad del Cuzco.

El 9 de julio de 1816, la Asamblea de Tucumán declara la independencia de las provincias del Plata. Ya en 9 de julio de 1778, el Congreso de los Estados Unidos de América había firmado el acta de la confederación de los trece Estados primitivos.

En 10 de julio de 1813, alcanza el general Ribas la victoria de Vigirima; en la misma fecha en 1814, capitula Valencia ante el ejército de Boves; en la misma fecha, en 1815, publica Bolívar, en Jamaica, su célebre « Manifiesto al Congreso de Nueva Granada ». En 10 de julio de 1823, Guatemala se constituye en República federal, y en la misma fecha, en 1825, se funda la República de Bolivia.

El 11 de julio de 1811 aborta, tanto en Caracas como en Valencia, una revolución contra los patriotas. En 11 de julio de 1819, Bolívar triunfa en Gameza (Andes de Colombia) contra Barreiro; y el 11 de julio de 1820, el Congreso de Colombia, reunido extraordinariamente en Angostura, acepta las proposiciones de paz hechas por el jefe realista general Morillo.

El 12 de julio de 1812, el general Miranda propone una capitulación á los realistas, desde la villa de la Victoria; y el mismo día, en 1814, se ceba Boves con nuevas víctimas en Valencia; pero llega el 12 de julio de 1819, día en que triunfa de los Españoles, en Oriente, el general Morillo.

En 13 de julio de 1797, es denunciada la revolución de los venezolanos Gual y España; ambos fueron víctimas de una noble idea. Tristísima noche para Caracas, aquella en que suena la generala cuando la población dormía : fué la del 13 de julio de 1812, en que llegó la noticia de que los esclavos de las haciendas de Barlovento se habían levantado para defender al rey de España. En julio 13 de 1820, contesta el Congreso de Venezuela á los comisionados de Morillo.

¡Julio 14! He aquí una fecha inmortal : la toma de la Bastilla en 1789. El ilustre Miranda, hijo de la gran revolución francesa,

sucumbe en este día, 14 de julio de 1816, en un calabozo de la Carraca.

El 15 de julio de 1808, llega á La Guaira el bergantín de guerra francés *le Serpent*, trayendo papeles de Murat y noticias del estado de las cosas de España. Este fué el comienzo de la revolución de 1810.

En julio 16 de 1591, se recoge en Caracas una suscripción para fundar una escuela; dos siglos más tarde, en 16 de julio de 1799, pisa Humboldt las playas de Cumaná. En 16 de julio de 1809, depone la ciudad de la Paz en el Alto Perú, las autoridades españolas; en 16 de julio de 1813, la ciudad de Bogotá proclama su independencia.

El 17 de julio de 1808, comienzan á verificarse los primeros sucesos precursores del 19 de abril de 1810; en este día, 17 de julio de 1811, son pasados por las armas los promovedores de la revolución española contra los patriotas el 11 del mismo mes; y en el mismo día, en 1817, La Torre abandona la plaza de Angostura, la cual fué ocupada al instante por Bermúdez.

El 18 de julio de 1811 es derrocado el gobierno colonial en Chile, y el 18 de julio de 1830 se constituye, como nación soberana, la República del Uruguay.

En 19 de julio de 1821, el Congreso de Cúcuta decreta la manumisión de los esclavos y prohibe la importación de éstos; y en 19 de julio de 1824, es arcabuceado en Méjico el emperador Iturbide. ¡Qué día tan célebre! En julio 19 de 1783, el célebre Tupac-Amaru sufre el más horrendo de los suplicios en la plaza del Cuzco. Con aquel suplicio comenzaba la emancipación de la América española. Pero el 19 de julio es también el día de Bailén; cuando las campanas de Caracas, en 1811, anunciaban á la ciudad aquella victoria, el sentimiento patrio fué saludado con aquellos versos del inmortal Bello:

Rompe el León soberbio la cadena
Con que atarle pensó la felonía,
Y sacude con noble bizarría
Sobre el robusto cuello la melena.
La espuma del furor sus labios llena
Y á los rugidos que iudignado envía
El tigre tiembla en la caverna umbría,
Y todo el bosque atónito resuena.
El León despertó: temblad, traidores;
Lo que vejez creísteis, fué descanso:
Las juveniles fuerzas guarda enteras,
Perseguid, alevosos cazadores,
A la tímida liebre, al ciervo manso;
No insultéis al monarca de las fieras.

El 20 de julio de 1810, la ciudad de Bogotá depone á las autoridades españolas; y en 20 de julio de 1812, Barcelona (Venezuela) desconoce el gobierno republicano; pero en 20 de julio de 1819, Bolívar alcanza, en los Andes de Cundinamarca, la victoria de Bonza. Si nos remontamos á los primitivos días de Venezuela, veremos en 20 de julio de 1561, al tirano Aguirre que desembarca en el puerto de la Margarita que llamaron los aborígenes, Parguachi, y los Españoles, *Puerto del Tirano*.

El 21 de julio de 1531, es la fecha de la creación del obispado en Venezuela. En 21 de julio de 1810 solicitan Bolívar y López Méndez la protección del gobierno inglés; en 21 de julio de 1811 fué Miranda nombrado generalísimo por el Congreso de Venezuela; y en 21 de julio de 1814 se restablece en Cartagena la Inquisición.

El 22 de julio de 1812, es el día de Arapiles en España; y el 22 de julio de 1818, aquel en que Bolívar recibe en su campamento de Angostura, al primer agente diplomático que enviaba, al jefe republicano, el gobierno de los Estados Unidos de América. Lo recibía á los cinco años de haber alcanzado Ribas, en 1813, en el mismo día, la victoria de los Horcones.

El 23 de julio de 1811, se apodera Miranda de la fortificación del *Morro* de Valencia, toma prisionero al jefe Zuamarriba y entra á Valencia después de imponer á los Españoles una capitulación; pero á poco tiene que abandonar la ciudad. El 23 de julio de 1814, Boves ordena desde Caracas á todas las justicias mayores, manden fusilar por sí solos, á todos los que hubieran tenido parte en la muerte de españoles prisioneros. El mismo día, en 1817, Morillo se apodera por segunda vez de Margarita, mientras que en igual fecha, en 1821, el Congreso de Colombia decreta honores á los vencedores en Carabobo.

¡Cuántos contrastes!

Llegamos á un día célebre. El 24 de julio de 1783 nace Bolívar. Al siguiente día se cumplían doscientos diez y siete años de haber fundado Diego de Losada la ciudad de Caracas (1567).

Bolívar ascendía á los Andes, por Casanare, el día en que cumplía treinta y seis años. Al siguiente 25 de julio vence en Pantano de Vargas, victoria precursora de la de Boyacá que sella la libertad de Nueva Granada. Pantano de Vargas está á la altura de 3.672 metros

sobre el nivel del mar. Las huestes colombianas pelearon todavía á mayor altura, al pie del Pichincha, y victoriosas continuaron hasta La Paz, Oruro, Cuzco y Potosí, las ciudades más elevadas del globo.

Una coincidencia notable acompaña al 24 de julio, aniversario del natalicio del Libertador. En esta fecha, en 1821, apresa Padilla los buques de guerra españoles anclados en la bahía de Cartagena, y en el mismo día, en 1823, gana la batalla naval de Maracaibo y rinde la grán escuadra española mandada por Laborde.

El 25 de julio fué firmada en San Mateo la capitulación del general Miranda ; lo hacía en el mismo día en que el poeta Chenier, á quien trató, moría en el cadalso, julio 25 de 1794. Antes de subir las gradas de éste, había dejado escritos sobre las negras paredes de la prisión los siguientes versos :

Cual rayo postrero,
Cual aura que anima
El último instante
De un hermoso día,
Al pie del cadalso
Ensayo mi lira.

En el 26 de julio de 1527 funda Ampíes la ciudad de Coro, y se celebra, bajo las ramas de una acacia, la primera misa que se dijo en esta región de Venezuela. Todavía se conserva la cruz que levantó el fundador.

En 27 de julio de 1528, llega á Coro aquel feroz Alfinger que dió comienzo á la conquista de los alemanes en Venezuela. En el mismo día, en 1767, los jesuítas son expulsados de Venezuela. En el mismo día, 1811, es arcabuceado por los Españoles, en Méjico, el cura Hidalgo.

En 28 de julio de 1813, toma Bolívar posesión de San Carlos, en las llanuras de Venezuela. En el mismo día, 1821, proclama el Perú su independencia.

El 29 de júlio de 1812, entra victorioso en Caracas el general español Monteverde.

En 30 de julio de 1498, Colón hace rumbo hacia el noreste en solicitud de las islas Caribes. En este día, 1812, el general Miranda

es arrestado en la Guaira y encerrado en una de las bóvedas de la fortaleza. En este mismo día, Monteverde cierra el puerto de la Guaira, y entra en éste, como jefe, el comandante Zerberis.

En 31 de julio toma posesión de la silla apostólica el segundo arzobispo de Venezuela, el humanitario Coll y Prat. En el mismo día, 1811, se sublevan los canarios de Caracas á favor de Fernando VII. En el mismo día, 1812, son arrestados en la Guaira, el canónigo Cortés Madariaga y otros personajes venezolanos, mientras que en igual fecha, en 1817, el general Gómez rechaza las fuerzas de Morillo, en Margarita. En julio 31 de 1813, tiene efecto la acción de Taguanes dada por Bolívar y Urdaneta.

El mes de los grandes sucesos del continente americano puede decirse que es el de julio. Colón, Tupac-Amaru, Wáshington, Jefferson, Adams, Miranda, Bolívar, Humboldt, San Martín, Iturbide, el cura Hidalgo, Morillo, Monteverde, Coll y Prat constituyen la pléyade de hombres célebres, hijos de América y de Europa, que en dicho mes acompañan al surgimiento político de muchas secciones del continente, hoy Repúblicas.

Pero todavía más; dos sucesos inmortales rematan los dos extremos de este gran mes histórico : el día 1.° (1821) recuerda á los antiguos mandatarios de Venezuela que se prepararon en esta fecha á abandonar las playas que habían poseído durante tres siglos; el 31 del mismo mes, 1498, festeja el día en que Colón descubrió los tres picos de las montañas de la Trinidad, en las aguas del continente, que fueron saludados por el *Salve Regina*, cuyos ecos se perdieron en las dilatadas costas de Pária.

He aquí una cronología fecunda que sintetiza en treinta y una lecciones, la historia de tres siglos, y nos hace pasar á cada instante, de la cuna á la tumba; de la gloria al cadalso, de la injusticia á la reivindicación, á la apoteosis, después de haber asistido á los más sangrientos dramas de la humanidad en el nuevo mundo.

LITERATURA DE LA HISTORIA DE VENEZUELA

I

Aunque en los diversos volúmenes de historia patria, dados por nosotros á la estampa hemos ya departido acerca de esta materia muy someramente, comenzamos hoy la sección bibliográfica y crítica de nuestro trabajo. El volumen de *la Literatura de la historia de Venezuela*, del cual vamos á presentar variadas muestras, comprenderá nuestro estudio bibliográfico y crítico acerca de los centenares de volúmenes y de folletos que, desde los días de la conquista castellana, han sido publicados en diversos idiomas, tanto en España como en Europa y ambas Américas, sobre la historia antigua y moderna de Venezuela.

Todo cuanto se haya escrito sobre la historia de Venezuela, aun el más insignificante estudio escondido en las páginas de alguna revista extranjera, ha merecido siempre nuestra atención. Un dato ignorado, una apreciación basada en hechos reconocidos, una opinión espontánea, ilustrada, fuera de toda pasión política, son, en la generalidad de los casos, contribuciones históricas de relevante mérito. Del acopio de todas estas contribuciones nace la luz que guía el criterio del verdadero historiador, que ni deprime ni enaltece por sistema, sino que basado en la crítica de los documentos y tendencias de cada época, puede emitir sus opiniones sin trabas de ningún género.

Abramos esta serie de opiniones con el libro que lleva el título de MÉMOIRES DU GÉNÉRAL MORILLO, COMTE DE CARTHAGÈNE, MARQUIS DE LA PUERTA, etc. París, 1862, 1 volumen en 8.°, de 452 páginas.

Hace quince años que publicamos en *la Opinión Nacional* de 1878, el siguiente estudio bibliográfico-histórico :

MEMORIAS DEL GENERAL MORILLO

Á « EL GUARDIÁN » DE MEDELLÍN

Con el título *Historia Patria*, inserta *la Opinión Nacional* del 26 de noviembre un artículo que, con el mote de *Memorias de Morillo*,

publica en sus últimos números *el Guardián* de Medellín. El autor de este último, después de insertar la biografía de Morillo tomada del Diccionario de Bouillet, en la cual se dice que aquel general dejó escritas unas *Memorias* que fueron traducidas al francés por E. de Blosseville, en 1826, agrega :

« Un amigo nuestro, que nos ha llamado la atención sobre este asunto, nos dice que habiendo estado en Madrid visitó las principales librerías en solicitud de las *Memorias* de Morillo, sin poder encontrarlas ; los libreros no tenían noticia de ellas y quizá ni aun de su autor. Fué á la Biblioteca Real, y el ilustre don Juan Eugenio Hartzenbusch, que entonces la dirigía, le dijo que aquel libro no existía en ella pero que debía encontrarse en la biblioteca del Ministerio de la Guerra, donde se conservan todas las obras relativas á la historia militar de España. Nuestro amigo no pudo entrar á aquella biblioteca y tuvo que salir de Madrid con el sentimiento de no haber podido leer tan interesante libro. Dejó recomendado á un inteligente caballero para conseguirlo á cualquier precio; pero no volvió á tener noticia alguna, y la esperanza de obtener el original español, le hizo descuidarse en solicitar la traducción francesa de Blosseville, de que habla Bouillet.

« Excitamos á los señores Quijano Otero, Páez, Uribe, Angel, general Posada y demás profundos conocedores de nuestra historia, para que publiquen cualquier dato que tengan sobre las mencionadas *Memorias* ó que procuren conseguirlas. ¿No será ciertamente muy curioso conocer la opinión de Morillo acerca de Bolívar, Sucre, Santander, Páez y demas héroes con quienes tuvo que luchar en América ? ¿ No será muy interesante oir de boca del principal actor enemigo la relación del sitio de Cartagena y de las batallas de la Puerta, el Arado, Calabozo, el Sombrero y las mil y más de esa homérica campaña ? La empresa de conseguir ese libro nos parece tentadora y por nuestra parte también trataremos de llevarla á cabo. »

*
* *

Inútil nos parece solicitar en España y en América las *Memorias* de Morillo, pues este general jamás escribió tal cosa. En 1826,

durante la residencia en París del jefe de la expedición de 1815, publicóse en la casa editorial de Dupart, un volumen en 8.°, de 452 páginas, que tiene el siguiente título :

MÉMOIRES DU GÉNÉRAL MORILLO, *comte de Carthagène, marquis de la Puerta, relatifs aux principaux événements de ses campagnes en Amérique de* 1815 *à* 1821 ; *suivis* DE DEUX PRÉCIS *de don José Domingo Diaz, secrétaire de la Junte de Caracas, et du général don Miguel de la Torre*. Traduit de l'espagnol.

El traductor, que sólo firma con sus iniciales E. D. B. y que parece ser, según Bouillet, E. de Blosseville, dice en la introducción que el general Morillo *no mandó á publicar tal obra, pero que contaba con que no la rechazaría*. Las tales *Memorias* contienen la traducción en francés de los folletos que fueron publicados en Caracas, en los últimos días de la revolución, con los siguientes títulos :

1.° *Manifiesto que hace á la nación española el teniente general don Pablo Morillo, conde de Cartagena, marqués de la Puerta y general en jefe del ejército expedicionario de Costa-Firme, con motivo de las calumnias é imputaciones falsas publicadas contra su persona en* 21 *y* 28 *del mes de abril último en la Gaceta de la isla de León bajo el nombre de Enrique Somayor*. Caracas, 1820, un folleto en 8.°, de 101 páginas, impreso por don Juan Gutiérrez.

Este folleto fué mandado á reimprimir por el general Morillo, á su regreso á España, y salió en Madrid en la imprenta de Cosme Martínez, 1820. En esta segunda edición, el autor agregó dos cartas de Bolívar y otros muchos documentos conexionados con sus campañas en América.

2.° *Manifiesto de la correspondencia que ha mediado entre los generales conde de Cartagena y don Miguel de la Torre, jefes del ejército de Costa-Firme, con el de los disidentes don Simón Bolívar, desde el restablecimiento de la constitución hasta la escandalosa é inesperada ruptura del armisticio por Bolívar*. Madrid, Espinosa, 1821.

Este opúsculo es una copia exacta del folleto que escribió y publicó en Caracas José Domingo Díaz en 1821, con el siguiente título :

Manifiesto que de orden de la Junta de conciliación hace don José Domingo Díaz, su secretario, sobre todo lo ocurrido hasta la conclusión de los tratados de armisticio y regularización de la guerra, cele-

brados con S. E. el jefe del gobierno de Colombia. Caracas, 1821, un folleto en 8.° de 42 páginas, impreso por don Juan Gutiérrez.

3.° *Manifiesto que para satisfacer al mundo entero, de la conducta franca y exclusivamente generosa tenida por el gobierno español con el jefe de los disidentes de Venezuela, hace el general en jefe del ejército nacional expedicionario don Miguel de la Torre.* — Madrid, Espinosa, 1821.

Este folleto es una copia exacta del que se publicó en Caracas en 1821, imprenta de Gutiérrez, un cuaderno en 8.°, de 36 páginas, con el siguiente título:

Manifiesto que hace á los pueblos de Venezuela el mariscal de campo don Miguel de la Torre, general en jefe del ejército expedicionario de Costa Firme, sobre la continuación de la guerra.

De estas tres piezas que poseemos, tanto las primeras ediciones de Caracas, como las segundas de Madrid, de más mérito éstas, por las variantes y adiciones que contienen, se han publicado en Caracas últimamente, las dos primeras (colección Blanco Azpurúa) siendo la última pieza casi ignorada.

El traductor ha enriquecido su introducción con una biografía de Morillo, escrita por el conocido historiador español Sebastián Miñano. Comparando esta biografía con la que corre inserta en el Diccionario de Bouillet, se ve que este biógrafo francés está lleno de absurdos, respecto de la vida militar y política del general Morillo.

Como el primero de los folletos de Morillo fué publicado en Madrid, con nuevas adiciones y documentos, nos prometemos para más tarde, escribir un juicio crítico sobre cada uno de los folletos mencionados. Será entonces cuando podremos restablecer la verdad histórica de varios sucesos, apasionadamente juzgados por el conde de Cartagena, y biografiar al general Morillo, en vista de los documentos por él publicados, y de cuanto sobre su conducta militar han escrito americanos, españoles y extranjeros de setenta y dos años á hoy.

Así dijimos en *la Opinión Nacional* de 28 de noviembre de 1878, n.° 2864. Y como en el espacio de quince años hemos proporcionado cuatro copias de lo que escribimos acerca de las *memorias* mencionadas, debemos manifestar, de una manera solemne, ante

los escritores de las repúblicas suramericanas, que antes de 1878 nadie había escrito sobre este tema bibliográfico que fué iniciado por el *Guardián de Medellín* en 1878; y que nosotros fuimos los primeros que dimos á conocer lo que son las *Memoriasdel general Morillo* en las columnas de *la Opinión Nacional* (de Caracas) del mismo año. — Ningún mérito tiene la solución de este problema bibliográfico, desde el momento en que el estudio metódico ayudado de la crítica filosófica, resuelve problemas más intrincados; pero en las conquistas emanadas de la constante labor del espíritu, si el águila tiene el lugar que le pertenece, también la abeja tiene el suyo.

La publicación de las *memorias* apócrifas del general Morillo trajo lo que era natural, el que los amantes de la historia de la independencia suramericana las solicitasen, como libro que debía resolver muchas cuestiones. En la colección de cartas inéditas de Bolívar que posee la Academia de la Historia, y pertenecieron á la colección de O'Leary, hemos visto cartas del Libertador al general Latorre, traducidas de las tales memorias. No pudiendo haberse á las manos los originales que figuran en el folleto del general Latorre, puplicado, en Caracas y Madrid en 1821, el coleccionista las tradujo de la versión francesa, lo que equivale á destruir el original.

De todas maneras no comprendiendo las *Memorias de Morillo* sino la traducción de los diversos folletos que, tanto éste como el general Latorre dieron á la estampa en Caracas, desde 1818 á 1821, tal acopio de documentos y de apreciaciones no desmiente la verdad de los importantísimos sucesos consumados desde 1815 hasta 1821, tanto en Nueva Granada como en Venezuela. En esta documentación puede estudiarse la historia completa del armisticio de Santa Ana en 1819, ya que el folleto de Latorre no figura ec las colecciones de *Documentos históricos de Venezuela* publicadas en Caracas.

VARIEDADES HISTÓRICAS Y LITERARIAS

RECUERDOS DE BARALT

Al Doctor D. Agustín Aveledo.

El origen de los estudios científicos y literarios, aurora de la instrucción pública en Venezuela, data de los días en que se verificó la disolución de Colombia : en 1830. A la instalación de la « Academia de Matemáticas » bajo la dirección del sabio Cajigal, en 1831, siguió el ensanche de los estudios médicos bajo la del célebre Vargas. La creación de la « Sociedad amigos del país », base de adelantos industriales y del desarrollo de las fuentes de riqueza nacional ; sostenida por los hombres eminentes de aquella época, y la Sociedad de la « Dirección de instrucción pública », que desempeñó durante muchos años el papel que hoy desempeña el ministerio del mismo ramo, contribuyeron al desenvolvimiento de la instrucción general, al impulso de la prensa caraqueña, á la creación de colegios y de escuelas, que tanto en Caracas como en los puntos más apartados de la república, comenzaron á producir resultados fecundos.

La prensa periódica, alma de los grandes centros sociales, no podía ser entonces sino semanal. *El Nacional*, *el Liberal*, *la Bandera Nacional*, *el Correo de Caracas*, durante el período de diez años que siguió á la transformación política de 1830 y aun cuatro años más tarde, *el Liberal* y *el Venezolano* continuaron como hojas hebdomadarias. El diarismo en Caracas no se remonta sino á los días de 1848 á 1850.

Los primeros estudios históricos acerca de nuestra magna revolución, aparecieron en las columnas de *la Bandera Nacional*, y los primeros trabajos de Cajigal y de Toro, en el *Correo de Caracas*, que dedicó algunas de sus páginas á la amena literatura. Por lo que se refiere á los periódicos literarios, en 1836 ve la luz pública *la Oliva*, que redactó D. José Luis Ramos. Este erudito hombre de letras, glorioso recuerdo de los días de Colombia, abre con sus doctas producciones la era literaria de Venezuela. Ninguno con méritos más aquilatados que aquél que sin maestros, y merced á

esfuerzos propios, pudo conocer lenguas antiguas, hacerse maestro de la española y enriquecer su espíritu con un caudal de lectura y de instrucción superior, que le han valido la justa fama de que disfruta. A *la Oliva* sigue en 1838 un periódico de pequeñas dimensiones, llamado *la Guirnalda*, de corta duración. El periodismo literario no podía comenzar sino desde 1842, con *el Liceo Venezolano*, *la Flor de Mayo*, *el Album*, *el Repertorio* y otras publicaciones que coincidían con el vuelo de la instrucción pública y la lucha de los partidos políticos.

Como complemento necesario á las tendencias civilizadoras de los primeros diez años de la República, debemos citar la creación del célebre colegio de « la Independencia » regentado por D. Feliciano Montenegro Colón, desde 1835 hasta 1846, y la del de « La Paz » de que fué director D. José I. Paz Castillo. De estos dos planteles salieron gran número de los hombres que han figurado en Venezuela durante los últimos cuarenta años.

Baralt es hijo de esta época de gestación, que corre de 1830 á 1842. Y en verdad ninguna ocasión más propicia para que él se presentase como uno de los heraldos del pensamiento, que aquella en que sobresalían Cajigal, Vargas, Ramos, Toro, como fuerzas creadoras en el estadio de la prensa y en los institutos de enseñanza.

Partidario Baralt de la disolución de Colombia, en la cual tomó parte activa al lado del general Mariño, establecióse en Caracas al nacer la república de Venezuela, en cuyo gobierno comenzó á figurar como subsecretario del ministro de la Guerra. Y sea por afición ó por novedad, al abrirse en 1831 la « Academia de Matemáticas », entró Baralt al primer curso del instituto en unión de Urbaneja, Aguerrevere, Meneses, Acevedo, Benigno y Salvador Rivas Tovar, Bruzual, Egidio Troconis y otros cuyos nombres no recordamos [1]. Con esta imposición, Baralt comenzó el decenio en el cual iba de nuevo á aprender, á repasar, á escribir y á redactar el resumen de la *Historia de Venezuela* de que es autor, en unión de su amigo D. Ramón Díaz.

Desde que se abre el curso de matemáticas, Baralt y Urbaneja

1. Vease nuestro Estudio titulado: *Origen de los estudios matemáticos en Venezuela*, donde hablamos de Don Rafael Aceve o quien enseñaba en Caracas el primer bienio de matemáticas, mucho antes de que se instalase la Academia.

(Manuel María) al encontrarse, simpatizan, se reunen, estudian juntos, y dan comienzo á una amistad fraternal, que sólo interrumpió la muerte del primero. Y como las ocupaciones á que estaba obligado en el Ministerio, le proporcionaban tiempo para el estudio, Baralt y Urbaneja repasaban en cierta sala privada las lecciones dadas por Cajigal. Allí se encerraban durante la mañana sin que cuando más, los interrumpiera alguno de los oficiales de cualquiera de los ministerios, pues Baralt era consultado á cada paso, sobre todo, cuando se quería alguna nota brillante en la cual sobresalía la forma, la claridad, lo conciso de la frase y cierta excelencia de lenguaje, cualidades que Baralt poseía en alto grado. Refiere Urbaneja que había días en que las consultas eran muy frecuentes, y se sucedían los oficiales de los ministerios ; y que Baralt con su carácter benévolo, para todos tenía voces de aliento. Si censuraba una frase por disparatada, agregaba : « Esta frase pertenece al antiguo régimen y es natural suplirla. » A otros les censuraba la redacción agregándoles : « Escríbame una nota en armonía con el despejo intelectual que usted posee. » Y hubo casos en los cuales como no pudiera lograr el ser interpretado, después de haber indicado en síntesis lo que debía contestarse, tomaba la pluma y en un instante redactaba la nota que entregaba al oficial diciéndole : « Esto diría yo, estudie la contestación y si usted está de acuerdo, cópiela y llévela al ministro. » De manera tan suave censuraba Baralt á sus subalternos sin herirlos. Este es el don de la tolerancia y de la humildad que posee el talento que tiene conciencia de su valimiento.

En los días feriados los dos compañeros estudiaban en la casa de Baralt [1]. Durante los dos primeros años, como la materia no tenía para ellos grandes dificultades que vencer, el trabajo era apenas interrumpido, durante la hora de almuerzo ; pero á proporción que el estudio necesitó de más contracción, las horas hubieron de deslizarse sin que los dos estudiantes lo notasen ; y esto sucedía cuando el estudio de la mecánica y del cálculo diferencial é integral engolfaba á los condiscípulos de tal manera que almorzaban por lo regular muy tarde. Baralt había ordenado á su señora

1. Oeste 1. Esquina de las Carmelitas.

que después de enviarles el desayuno, no les interrumpiera á la hora del almuerzo. Este alimento á deshoras, durante una serie prolongada de domingos, hubo de influir sobre la constitución del menos fuerte de los dos, que era Urbaneja. Así, durante mucho tiempo, Urbaneja, después de prolongadas horas de estudio, se detenía y decía á su compañero : « Rafael, siento que los pies se enfrían y que el estómago desfallece. » Ambos veían el reloj, el cual marcaba de cuatro á cinco de la tarde. Tal era el entusiasmo con el cual estos dos discípulos de Cajigal se dieron al estudio de las ciencias matemáticas.

Al quinto año de estudio y cuando no faltaba sino uno para rematar el primer curso de matemáticas, Baralt, que conocía la materia y era capitán de ejército, separóse de la Academia después de haber sobresalido como uno de los más distinguidos discípulos de Cajigal. Estaba escrito que él no había nacido para ser ingeniero, ni profesor de ciencias exactas, sino para brillar como una de las lumbreras de la literatura castellana y uno de los más admirados hablistas del idioma de Cervantes. Un puesto le aguardaba en la Real Academia española, y gloria inmarcesible que pregonan los clarines de la Fama y de la prensa, desde las costas que baña el mar Cantábrico hasta las apartadas regiones de la América española, donde los océanos de Balboa y Atlante mezclan sus aguas.

Sin el estudio de las matemáticas, Baralt se había emancipado de un yugo voluntario, y expedito quedaba para entregarse á los estudios históricos y literarios, y espaciarse por la ancha y florida vía que sus maestros en el arte del buen decir, habían abierto siglos hacía á los ingenios del nuevo mundo. Los primeros ensayos literarios del aventajado matemático salieron en las columnas de *la Guirnalda*, en 1838. Son tres idilios llenos del espíritu de las Musas : silvestres eglantinas de suave aroma y colores de aurora que parecían erguirse á orillas de un camino no trillado todavía por la labor del pensamiento. Eran los días en que el espíritu de instrucción cobraba vuelo en la capital, y en que las plumas de Toro, de Cajigal y de Hermenegildo García engalanaban las columnas de *el Correo de Caracas*, con artículos de costumbres y de amena literatura ; días en que surgían en las columnas de *el Liberal* y de *la Bandera Nacional*, bocetos referentes á nuestra historia

magna ; días en los cuales el arte de Gutenberg estimulaba la instrucción pública, crecía el entusiasmo, entraban al tesoro republicano bellas obras de la literatura moderna, en tanto que el espíritu de sociabilidad acercaba las inteligencias.

En aquella época de gestación científica y literaria como la hemos llamado, llegó á Caracas la tercera edición de la gramática de Salvá. La primera había visto la luz pública en 1830, la segunda en 1835, aparecía la tercera en 1837 para transformar en las escuelas y colegios de Venezuela el estudio del idioma castellano, y presentarlo á la joven generación que asistía á las aulas con todas sus galas, esplendor y riqueza. Hasta entonces, Luis de Mata y Araujo había imperado como maestro de la lengua, pero en presencia de los adelantamientos del arte, fué á ocultarse en los antros del olvido, para dar paso al nuevo Mecenas. Sin duda alguna, uno de los directores de nuestra enseñanza escolástica fué D. Vicente Salvá, ya como lingüista y escritor, ya como librero-editor, y su nombre figura con honra en las páginas de la bibliografía universal.

En posesión Baralt de un ejemplar de la gramática, se dirige en cierta mañana á la casa de su amigo Urbaneja, y al verle, le dice :

— Aquí tengo á Salvá, y vengo para que me des lecciones de gramática castellana.

— ¿ Cómo, yo tu maestro de gramática castellana ? pregunta Urbaneja admirado.

— Sí, á tu pesar tendrás que serlo.

— Sin duda quieres chancearte, contestó Urbaneja. ¿ Te has olvidado de que eres un escritor de pureza en el lenguaje, de gracia y de elegancia en el decir ?

— Mira, Manuel, contesta Baralt, yo escribo por hábito, sin conocimiento de las reglas.

— Explícate, pues no comprendo.

— Mi escuela, dice Baralt, estuvo en los campamentos y cuarteles desde 1827 á 1830. Mientras que mis compañeros perdían el tiempo en bagatelas, yo leía y releía los principales clásicos españoles que llegaban á mis manos, los cuales casi conozco de memoria, pues de coro puedo repetir párrafos de muchos de ellos. He leído tanto á estos señores, que al empuje de mi voluntad, puedo

imitar el estilo de Mariana, el de Cervantes, el de Fray Luis y el de otros. He estudiado tanto sus giros, que á mi pluma vienen éstos, sin que cuente con las reglas gramaticales. Fresca la memoria, sostenido el entusiasmo, tales maestros me guían, sin que tenga que apelar á la gramática. Nada sé de ésta, y lo poco y malo que aprendí en Bogotá se ha disipado; puedo asegurarte que aún ignoro las reglas del lenguaje.

— Después de confesión tan categórica, replica Urbaneja, me inclino ante el compañero, pero no con el título de maestro. Estudiemos como lo hicimos en pasados tiempos, y de esta manera todo saldrá á la par de nuestros deseos.

A poco comienza Urbaneja á dar á su amigo las primeras lecciones de gramática rudimental. Mas, grande fué la sorpresa del ya teniente de ingenieros, cuando llegó á convencerse de que Baralt no conocía las reglas más triviales, y aparecía como el más chambón de los niños de una escuela parroquial. Pero poco á poco, y después de algunas lecciones, el maestro admiróse de lo contrario, al presenciar que el discípulo se había posesionado del espíritu de la lengua, y discurría como hábil profesor dejando atrás á Salvá. Admiró el maestro el talento de su pupilo tan sabio como humilde y le rindió homenaje. Desde entonces Urbaneja presintió la celebridad de Baralt y aún llego á divisar la aureola que debía acompañarlo en la vida y después de la muerte.

Al comenzar el año de 1838, surgía un joven que dejaba el claustro por el campo de la literatura, joven de grande aliento llamado á figurar más tarde como profesor, como escritor elegante y como polemista de fuerza. Nos referimos á D. Juan Vicente González que se iniciaba en aquel entonces como catedrático de gramática castellana en el « Colegio de la Independencia ». Con rico caudal de instrucción y acendrado amor á las bellas letras, entraba González en la carrera del profesorado. Entusiasta por las obras de Bello, cuya existencia en Chile era casi un mito para los caraqueños, González lo saca del olvido, lo presenta ante una generación joven y entusiasta, como uno de los grandes maestros, dicta, analiza cada una de las producciones poéticas del cantor á la zona tórrida; y un nombre preclaro que se había hecho conocer del mundo europeo desde 1824 á 1826, es pronunciado desde entonces con orgullo y

admiración. Bello pertenece al mundo de las letras, y es gloria de América y de España.

Baralt, después de haber saboreado en unión de su amigo y condiscípulo las delicias que á uno y otro proporcionaran el estudio de la gramática castellana, se dedicó á escribir por orden del Gobierno la *Historia antigua de Venezuela y la moderna, desde sus orígenes hasta* 1836. Había llegado el momento de hacer justicia á Bolívar, y pertenecía al Gobierno de Páez realizar tres proyectos de interés vital : la traslación de los restos mortales del Libertador al suelo de la patria ; la interesante publicación de los trabajos corográficos que llevó á término el coronel Codazzi, después de muchos años de faena, y últimamente la publicación de los volúmenes que comprenden la historia de Venezuela.

Por compañero de trabajo dió el gobierno á Baralt un amigo de éste, tan constante en el estudio y tan exacto en el desempeño de sus deberes, como lo había sido Urbaneja en los estudios de matemáticas y de gramática. Fué aquél D. Ramón Díaz Flores, espíritu sagaz, ilustrado investigador, hombres de líneas rectas, versado en el estudio de los sucesos históricos desde su juventud. Muy niño era, cuando perdió su padre, víctima de los sucesos políticos de 1811. Cuando surgió Venezuela y aún antes, ya los hermanos Díaz Flores figuraban como hombres de letras y de espíritu público. El compañero de Baralt había tratado á los principales personajes de la guerra magna, tanto de Venezuela como de Colombia y se había hecho de obras y de documentos referentes á la revolución. Y sin inclinarse á uno ú otro bando, había estudiado los acontecimientos con la frialdad del filósofo, siempre ayudado del espíritu justiciero que él poseía, tan necesario cuando va á juzgarse á los actores de una revolución sangrienta.

Tratamos á este distinguido compatriota, ya en los últimos años de su vida, y grato nos es hoy dedicar algunas líneas á su memoria, cuando hablamos de su compañero y amigo el ilustre Baralt. Díaz nos hizo retratos fieles de la mayor parte de nuestros militares de la Independencia ; nos instruyó acerca de pormenores ignorados ; nos refirió hechos de la « guerra á muerte ». Nos contaba Díaz que Baralt, al redactar la *Historia de Venezuela*, había querido ser muy severo con el Libertador, sobre todo, en determinados

incidentes de la vida pública de este grande hombre; pero que un enemigo político de Bolívar, íntimo de Baralt, había desviado á éste del camino que se había trazado. En efecto, Baralt comunicaba sus pensamiento, en cierto día de 1838 al redactor de *el Liberal*, entonces D. Julián García, cuando éste, después de escuchar con atención al fogoso historiador, se pone de pie, y con toda la confianza y cariño que tenía por Baralt, le dice:

— ¿Qué vas á hacer? Si achicas lo único grande que tenemos ¿qué será de todos nosotros? Si nos retratas con todos nuestros defectos y pasiones, ¿cómo nos juzgarán los extraños? Si Bolívar es disecado en el anfiteatro de la historia ¿qué mérito tiene su obra? Y si los errores del Libertador sobrepujan á sus virtudes ¿qué gloria es ésta que se levanta como las montañas y se disipa como la espuma de las olas? No, no, de ninguna manera sigas esos halagos engañosos de una imaginación acalorada. Para juzgar la obra de Bolívar y de sus compañeros se necesita del tiempo que extingue las pasiones y de las fuerzas del progreso que levantan las sociedades nacientes, que desarrollan el espíritu nacional y preparan el genio investigador al estudio meditado y concienzudo de los hechos consumados por las grandes revoluciones sociales.

En tal sentido hablaba García á Baralt, cuando éste, lleno de entusiasmo, estrecha las manos de su contendor y le dice :

— Gracias, así hablan los espíritus ilustrados. Estoy convencido de que no debo hacer el papel de disector, sino el del historiador justiciero y levantado á quien no detienen las malezas y espinas del camino, ni las miserias de los hombres. « Di á la historia lo que sea digno de la historia », dijo Voltaire. Yo seguiré esta máxima.

Así pudo un enemigo político de Bolívar, disipar el halagüeño espejismo que había creado la imaginación entusiasta del historiador de Venezuela.

Al leerse la obra de Baralt, todo en ella atrae : el lenguaje, las intenciones justas, la imparcialidad, el sentimiento patrio del autor que domina por todas partes. Y si no es una historia completa, porque tiempo y estudio faltaron, es el más bello *resumen* de cuanto se ha escrito y escriba acerca de tan fecundo tema. Ya veremos cuál fué la recompensa que alcanzó el autor.

Las comisiones corográfica é histórica dejaron á Caracas en 1839

y regresaron en 1842. Con ellos venían los cuatro volúmenes impresos : la *Geografía de Venezuela* por Codazzi, acompañada del *Atlas y del mapa*, y el *Resumen de la historia antigua y moderna de Venezuela* por Baralt y Díaz, en tres volúmenes. Al entregarse la obra á los suscritores de Caracas, dos sentimientos diametralmente opuestos hubieron de estallar. Por una parte, el entusiasmo de la juventud que deseaba leer las bien escritas páginas de Baralt; por la otra, la algazara de los militares adocenados que levantaban el grito al cielo. Habíase creído que la historia de Venezuela era una revista de cuartel donde debían figurar todos los militares, desde el soldado hasta el Libertador. Todos se creían dignos de los mayores elogios y todos debían aparecer como héroes de la epopeya. La imparcialidad del autor, el estudio concienzudo de ciertos caracteres, el espíritu justiciero y patrio que domina la narración, esta y otras excelencias del trabajo de Baralt no fueron entonces apreciadas sino por un insignificante número de hombres pensadores. Por lo demás, podemos repetir aquella sentencia de Jesús : « Muchos serán los llamados, pocos los escogidos. »

El primero que se molestó fué Páez, Presidente de la República, no porque aspirara á elogios en los cuales fué justo el autor, sino por uno de tantos errores que corren como verdades en la historia, y que Baralt ignoraba[1]. Tras de Páez que se molestó con justicia, vinieron militares de todas las graduaciones, que hicieron cargos al autor, ofrecieron vindicarse y hasta amenazas hubo en aquel entonces. Sin pensarlo, Baralt se vió rodeado de todo género de peligros, y con razón quiso dejar á Venezuela.

— Me voy para siempre de esta tierra, decía á sus amigos. He cometido una imbecilidad : soy un criminal, por haber escrito la *Historia de Venezuela*. Debo purgar tan grave falta por no haber sido previsivo.

Y se ausentó para no volver más.

¿ Quién era esta víctima de las miserias humanas que huía del patrio suelo ? Lejos de nosotros, aficionados al estudio de las bellas letras, la idea de juzgar á Baralt, como literato, historiador y publicista; tarea que con feliz éxito podría llevar á remate algún académico de

1. Nos referimos á la carta apócrifa atribuída á Páez en 1826 y por la cual aparece ofreciendo una corona á Bolívar. Sobre este tema discurriremos no muy tarde.

grande aliento; pero sí nos será permitido hablar de las virtudes eximias que en alto grado poseía el célebre historiador y literato venezolano. Aunque niños de trece años, ocasiones tuvimos para admirar á Baralt y juzgarlo con la verdad con que otros lo han hecho en elocuentes frases. Cuando en 1881 reunimos cuantos datos pudimos haber para escribir la biografía de tan preclaro varón, uno de nuestros ilustrados amigos de Madrid nos escribió acerca de las condiciones morales y sociales de Baralt las siguientes líneas: « Fué manso de ánimo, rara vez altivo, nunca altanero, excesivamente modesto, candoroso como un niño, eruditísimo sin pedantería, afable en el trato, ameno en la conversación, probo y de procederes tan rectos que, con ser tantas las perfecciones de su ingenio, más que por estas perfecciones, de todos conocidas y aplaudidas, por su probidad y honradez, su memoria es querida y respetada [2]. »

Tal fué Baralt, antes y después que le conocimos y tratamos.

Baralt murió hace ya veinte y nueve años. Aún vive Urbaneja, único sobreviviente de los discípulos de Cajigal, con los cuales abrió el estudio de las ciencias matemáticas en 1831. Aureola brillante acompaña la memoria del célebre condiscípulo y amigo de Urbaneja, en tanto que éste, después de haber recorrido el camino de la patria y el del deber que le enseñaron sus ilustres progenitores, se acerca al ocaso de la vida, acompañado de sus hijos, que honran su nombre. Noble es la recompensa póstuma que perpetúa la memoria de los grandes obreros del espíritu; pero noble y sublime es aquella que recibe el hombre justo y meritorio antes de dejar el mundo y cuando ya divisa las luces de la tumba.

Recibe noble anciano, maestro y amigo nuestro desde los infantiles años, el homenaje de nuestra gratitud. Lleguen estas líneas á tu hogar apacible, donde las voces de la familia constituyen tu coro de alabanzas y son las visitas de tus numerosos discípulos y amigos, reminiscencias de más de medio siglo de servicios á la patria y á la ciencia.

2. Extracto de una carta que conservamos de don José Alvarez de Peralta, secretario que fué de Baralt en Madrid durante algunos años.

HERÁLDICA Y NUMISMÁTICA

EL ESCUDO DE ARMAS DE LA ANTIGUA CARACAS

I

En la procesión cívica que tuvo efecto en la mañana del 24 de julio de 1883, día del centésimo aniversario del natalicio de Bolívar, á la cabeza del gremio de sastres de la ciudad figuraba un guión de seda blanco con borlas de oro, que condujo el señor Pablo Velázquez. En este guión está bellamente pintado al óleo, el antiguo sello ó escudo de armas de Caracas; y el gremio de sastres, al ofrendar á Bolívar con tal obra, quiso sin duda, recordar con esto que aquel escudo había sido concedido por el monarca castellano Felipe II á Simón de Bolívar, el fundador en Venezuela de esta ilustre familia.

Ninguna ofrenda más meritoria, desde el punto de vista histórico, que aquella que recuerda el primer Bolívar que tanto contribuyó con sus talentos al desarrollo material y moral de la sociedad venezolana. Sábese que Bolívar, después de acompañar al gobernador Osorio en 1587, á la fundación del actual puerto de la Guaira, fué enviado por la colonia venezolana con el carácter de procurador cerca del monarca español, pudiendo recabar de éste varias reales cédulas que fueron de mucho provecho al comercio y engrandecimiento de Caracas.

Entre los grandes beneficios conseguidos por Bolívar, uno de los principales fué el que á la Guaira llegaran de España dos navíos anuales de menor porte, con flota ó sin ella, para aprovechamiento de los vecinos; y además, un navío de registro anual, por cuenta particular de los habitantes de la capital. — Así, la costa de Caracas, al crear su puerto, comenzaba directamente su comercio con los de la madre patria, prescindía del de Borburata.

Muchas fueron las reales cédulas traídas á Caracas por el procurador Bolívar, figurando como principales, además de las mencionadas, las siguientes : por la de 4 de setiembre de 1591, Felipe II concede á Caracas un sello de armas; por la del 22 de junio de 1592,

la creación de un seminario; y por la del 14 de setiembre del mismo año, un preceptorado de gramática castellana. Estas primeras concesiones del monarca de España, en pro de Caracas, pueblo pobre y reducido que apenas contaba veinte años de haber sido fundado, y sobre todo, las que se conexionaban con el adelanto intelectual de los pobladores, como la creación de un seminario y en defecto de éste, un preceptorado de gramática castellana, están de acuerdo con las concesiones que, desde un principio, hiciera la corte de España á las diversas capitales de América.

Dignos son de recordarse los sellos de armas concedidos por los monarcas de España á las principales ciudades fundadas por los conquistadores castellanos, antes de surgir Caracas.

La Española tuvo desde 1507 un escudo de color encarnado atravesado por una banda blanca, dos cabezas de dragones de oro en campo rojo, como lo tenía en su guión real, y por orla castillos y leones.

La ciudad de Santo Domingo tuvo por armas un escudo partido horizontalmente: en la parte superior una llave y en la inferior la cruz de Santo Domingo. El escudo está sostenido por dos leones rampantes y arriba brilla una corona imperial.

Casi todas las ciudades de la Española tuvieron sellos de armas.

Santa María del Darién, esta primera ciudad del continente en 1509, de tan corta duración, tuvo por sello de armas un castillo de oro en campo rojo, y encima un sol del mismo metal. A los lados figuraban un león rampante y un cocodrilo. Por divisa se leía Nuestra Señora de la Antigua.

El de Panamá, en 1521, consiste en un escudo partido en pal y en campo de oro; en la mitad de la derecha figuran un yugo y un manojo de flechas pardillo con los casquillos azules y las plumas plateadas, que era la divisa de los reyes católicos; y en la otra mitad de la izquierda dos carabelas, una encima de otra, como señal de que por allí se había de hacer el descubrimiento de la especería, y encima de ellas una estrella que denotaba el polo ártico, y en la orla del escudo castillos y leones.

En el de Méjico, concedido en 1523, figura un castillo de tres torres, y sobre un nopal hermosa águila que lleva una culebra en el pico. Al pie de aquél corren las aguas, y á los lados, fuera del

escudo, dos leones, y una corona imperial por remate. Este sello simboliza la antigua ciudad de las aguas, fundada en el sitio donde apareció sobre un nopal un águila de piedra, de que habla la tradición azteca.

El Ayuntamiento de Méjico tuvo por sello de armas desde 1523, un escudo azul de color de agua, en señal de la laguna, un castillo dorado en medio y tres puentes de piedra que se dirigen á éste. Los de los lados sin llegar, y en cada uno un león con los pies en el puente y las garras en el castillo. Dentro de la isla se ven diez pencas verdes de nopal, y por remate de todo una corona.

En 1533 fué concedido á Cartagena el escudo que tiene : una cruz verde en campo de oro y á los lados, dos leones rampantes.

En el de Lima concedido en 1537 figuran tres coronas de oro en campo azul y encima una estrella con orla del mismo metal, acompañada de este lema : *Hoc signum vere regum est*, y por tenantes dos águilas coronadas, que tienen sobre las cabezas una J y una K, iniciales de Juana y Carlos. Llamóse á Lima ciudad de los reyes por el día en que fué fundada, y de aquí las coronas de oro.

El sello de armas de Quito, concedido en 1541, consiste en un castillo sobre dos montes, una cruz encima y dos águilas que extienden sobre ésta dos de sus garras.

El sello de armas concedido por Felipe II á la ciudad de Caracas consiste en un león pardo rampante, en campo de plata, que tiene entre sus brazos una venera de oro con la cruz de Santiago, y por timbre una corona con cinco puntas de oro : todo exornado con trofeos de guerra[1]. Desde esta época Caracas llamóse *muy noble y muy leal ciudad*, y tuvo el tratamiento de *Señoría*, y goce de los privilegios y preeminencias de *grande*, como cabeza y metrópoli de la provincia de Venezuela, según lo confirman todas las ordenanzas municipales de la época colonial[2]. El origen de la venera en el escudo de armas de los pueblos que llevaron el nombre de Santiago, no es sino un recuerdo de la batalla de Clavijo en 808, donde

1. Más tarde, por real cédula de Carlos III, de 13 de marzo de 1766, este monarca concede al escudo de armas de Caracas, llevar una orla con la siguiente inscripción : *Ave María Santísima, sin pecado concebida, en el primer instante de su ser natural.*

2. Antiguamente se marcaba con el sello de armas de Caracas, cuanto se ponía en venta ; operación que era vigilada por el empleado del Cabildo conocido con el nombre de *Fiel ejecutor*.

por la primera vez, según la tradición, se presentó *el apóstol* á los Españoles, en medio de la batalla. Al visitar el campo después de la victoria, vióse que por todas partes estaba lleno de veneras fósiles : de aquí esta concha en la Orden de Santiago, instituída desde aquellos tiempos.

La venera y el león rampante fueron igualmente concedidos á otras ciudades de América.

La ciudad de Santiago de los caballeros, en la Española, tuvo por sello de armas un escudo colorado con veneras blancas; sobre el escudo había una orla blanca y en ésta siete veneras coloradas.

Santiago de Chile tuvo su escudo en campo blanco, y en medio, un león rampante con una espada en la mano, y por orla ocho veneras de oro. Así figuraba casi siempre la venera, en los pueblos que llevan el nombre del apóstol Santiago.

En el escudo de armas de la ciudad de Santiago de León de Caracas, que fué fundada el día de Santiago, 25 de julio de 1567, debía figurar también la cruz roja de la Orden, lo que da al conjunto mucho realce. Este bello escudo de armas figuró en los pendones, estandartes, banderas, escudos, sellos, casas, reposterías y en los principales sitios y lugares de Caracas, así como en las impresiones oficiales y documentos municipales; más hoy sólo existe, que sepamos, como un recuerdo que nos ha dejado el tiempo, sobre la antigua fuente pública de la calle Oeste 2, entre las esquinas de Muñoz y de Solís.

En las felicitaciones dirigidas al historiador de Venezuela don José Oviedo y Baños, cuando éste publicó la primera parte de su obra, en 1723, aparecen unos versos del Lcdo. Don Alonso Escobar, presbítero, canónigo de la catedral de Caracas, en los cuales leemos los siguientes conceptos dirigidos al sello de armas de la capital :

Corona de León, de cuyos rizos
Altivas crenchas visten el copete,
Gallarda novedad, que tu nobleza
Generosa guardó para tus sienes.

Ilustre concha, que en purpúreas
Del Múrice dibujas los relieves [líneas
En cruzados diseños, que te exaltan,
Cuando en fuertes escudos te enno-
[blecen.

Además de este sello de armas de la ciudad de Caracas, se conocía, en primer término, el de España, por lo general, esculpido

en piedra, el cual figuraba en las principales oficinas, como la Gobernación, la Audiencia, el Ayuntamiento, etc., etc. Al sello real seguían los sellos particulares de los titulados caballeros de Santiago y de Alcántara, etc., de los cuales se conserva uno que otro[1].

¿Cómo es posible, nos hemos preguntado muchas veces, que Caracas abandone el más bello recuerdo de sus primitivos días, el sello de armas que brilló en su cuna y la acompañó en los años de su adolescencia, en todos sus reveses y triunfos, cuando sus primogénitos tanto hicieron para fundarla y conservarla? Este sello debía guardarse con veneración, no sólo porque fué timbre de la primitiva ciudad, sino por haberlo conseguido el primer Bolívar, quien en unión de Osorio Villegas contribuyó al progreso y desarrollo de Caracas. En los dos extremos de nuestra cadena histórica, al lado del sello de Colombia, y después del de Venezuela, debe figurar el sello de la primitiva Caracas, porque son inseparables el Bolívar de la Independencia, del Bolívar de la Colonia; y el sello de armas es timbre de la familia caraqueña, porque sintetiza la historia de su desarrollo, de sus conquistas, de sus aspiraciones, durante el espacio de tres siglos. Cuando se visita cada una de las capitales de la Edad Media, se remonta el pensamiento á la noche de los tiempos, al ver cómo éstas conservan con veneración su sello de armas. Son ellos como libros de piedra con figuras esculpidas que hacen desfilar por los campos de la memoria todas las generaciones que se han hundido en el sepulcro. El sello de armas de Caracas, concedido á esta capital por Felipe II, nos recordará siempre á los primeros moradores que plantaron el trigo en el valle del Guaire, á los primeros templos, á los primeros triunfos en el orden político, y al primer Bolívar que contribuyó con sus luces á la fundación de la colonia y al engrandecimiento de aquella república compuesta de hombres trabajadores y probos.

1. En el patio del edificio de la Exposición, se conserva un hermoso sello de armas, el de Carlos V, el cual figuró en el Ayuntamiento de la Nueva Cádiz, capital de Cubagua desde 1527 hasta pocos años después, en que fué destruída por completo esta primera colonia castellana.



ESCUDOS AMERICANOS DESDE LA REVOLUCIÓN DE 1810

II

El sello de armas de Caracas no desapareció después del movimiento revolucionario comenzado en 19 de abril de 1810 que trajo nuevo orden de cosas. Continuó figurando en todos aquellos casos en que era de ley, y aun fué exornado con el nombre del nuevo gobierno. Así le vemos en el folleto publicado en 1811 con el siguiente título : « Manifiesto que hace al mundo la Confederación de Venezuela, en la América meridional, de las razones en que ha fundado su absoluta independencia de la España, y de cualquier otra dominación extranjera, firmado y mandado á publicar por acuerdo del Congreso general de sus Provincias Unidas. » Las armas de Caracas están, como viñeta, dospués del título, y en lugar de trofeos, circunda las armas la orla : « Confederación de Venezuela, 19 de abril de 1810. » Cuando regresaron los Españoles en 1812, y después de la fatal campaña de 1814, volvió á aparecer el sello de Caracas, como en los días de la colonia. Así lo vemos en algunas publicaciones oficiales hasta 1819, entre otras, en el « Manifiesto español » publicado en Caracas en este año. Fundada la república, después de Carabobo, el sello de armas que existía desde los últimos días del siglo XVI, no volvió á figurar.

Verificada la revolución de 1810, se hizo necesario un sello de armas que caracterizara los documentos é impresiones del Gobierno, y éste surgió sin que hayamos podido tropezar con el decreto que lo creara. Consistía en un 19 en el centro de un sol, cuyos manojos de rayos constituían las provincias que habían aceptado al movimiento revolucionario, es á saber : Caracas, Cumaná, Barcelona, Margarita, Trujillo, Barinas y Mérida. Circundaban, al mismo tiempo, el 19, seis hermosas estrellas.

Este sello figuró en los decretos y comunicaciones de los ministerios, en el papel moneda de aquella época, en las publicaciones oficiales, etc., etc. En *el Publicista*, importante revista donde aparecieron los debates del constituyente de 1811, el sello tiene en su

porción superior una cinta con el siguiente lema : *Lux unita clarior*. Mas, este sello fué transitorio, sobre todo, después que Miranda probó la necesidad en que estaba el gobierno de la nueva república, de aceptar la bandera y el sello de armas que debía llevar.

Recordarán nuestros lectores que cuando el gran Miranda invadió á Venezuela en 1806, tanto en las costas de Ocumare, como en el fortín de la vela de Coro que fué tomado, figuró la bandera llamada de Colombia, creación de aquél, que no llegó á recibir los honores del triunfo, sino después de Boyacá, Carabobo Junín y Ayacucho, en las repúblicas de Colombia, Perú y Bolivia. La primera bandera de Colombia flameó en las costas de Haití, de donde salió la expedición de Miranda y de donde salieron las dos de Bolívar en 1816. Esta bandera, finalmente, fué quemada con las proclamas de Miranda en 1806, en la plaza de Caracas, hoy plaza Bolívar.

La bandera consistía en tres fajas horizontales, de mayor á menor, la primera amarilla, la segunda azul y la tercera encarnada, simulando los colores del iris. Figuraba en ella el siguiente sello de armas : una india sentada en una roca, que lleva en la mano derecha un asta rematada por el gorro frigio : junto á la india se ven emblemas del comercio, de las ciencias, de las artes, un caimán y vegetales, más allá buques mercantes, y en último término el sol que se asoma en el horizonte marino. Esta fué la bandera que acompañó á la numerosa comisión de la « Sociedad Patriótica » de Caracas, cuando, en la tarde del 4 de julio de 1811, fué aquélla recibida por el Congreso. Al siguiente día declaróse la independencia de Venezuela. El día 6, el Constituyente nombra una comisión compuesta de Miranda, Clemente y Zata Busy, con el único objeto de estudiar cuál sería la bandera y sello de armas que debía tener la república. El Constituyente aceptó por unanimidad la bandera y sello de armas que figuraron en las desgraciadas expediciones de 1806. ¡Coincidencias misteriosas de la historia! El 14 de julio se publica el acta de la Independencia, en medio de numerosa concurrencia presidida por el gobierno. Las tropas llevaban la bandera de la república, que flameó y fué saludada por las bandas marciales y por la juventud de Caracas, en la misma plaza en que cinco años antes habían sido quemados por el verdugo el retrato de Miranda,

sus proclamas y la bandera de Colombia, la misma que acababa de aceptar el Constituyente.

El sello de Miranda en algo modificado, lo encontramos en una obra publicada en Londres en 1812, con el siguiente título : *Interesting official documents relating to the United Provinces of Venezuela, etc., in spanish and english.* 1 volumen en 8.° de 300 páginas. En la portada figura el sello de Miranda, pero con la variante siguiente : un genio en los aires presenta á la india un pergamino con esta inscripción : « Colombia », y junto á ella un niño alado que carga en la mano izquierda el clarín de la paz y en la derecha otro pergamino en que se lee : « Constitución de Venezuela. » Ambas figuras se dirigen á la india que fija sus miradas sobre el grupo aéreo.

En las campañas desde 1813 hasta 1820, figuró el sello de Miranda; pero después de Carabobo, los sucesos exigían nuevas modificaciones en la heráldica de la revolución triunfante. El Congreso de Cúcuta, en 1821, decretó el nuevo sello de armas que debía sustituir al de Miranda. En el artículo primero del decreto, leemos : « Se usará en adelante, en lugar de armas, de dos cornucopias llenas de frutos y flores de los países fríos, templados y cálidos, y de las *fasces* colombianas, que se compondrán de un hacecillo de lanzas con la segur atravesada, arcos y flechas cruzadas, atadas con cinta tricolor por la parte inferior. » Y en el artículo segundo leemos : « El gran sello de la república y sellos del Despacho, tendrán grabado este símbolo de la abundancia, fuerza y unión, con que los ciudadanos de Colombia están resueltos á sostener su independencia, con la siguiente inscripción en la circunferencia : *República de Colombia.* »

Aunque la ley no lo dice, en sellos de esta época que poseemos, aparecen abajo dos cintas con el siguiente expresivo lema : *Viva Bolívar. Muerte á los tiranos.*

Hasta esta época no figuraban sino Venezuela y Nueva Granada que constituían á Colombia. Emancipado el Ecuador, y agregada esta nueva sección á la república, el sello de armas tenía que ser modificado. Suponemos que fué en 1822, cuando entró á figurar el siguiente sello tan bello como original. En el centro está un escudo dividido en tres campos. En el superior sobresalen diez

estrellas; en los dos inferiores, un caballo en el de la derecha, y un cetro roto en el de la izquierda: el escudo está coronado por un condor que tiene las alas desplegadas. Sostienen el escudo dos figuras alegóricas: la de la izquierda es una mujer que extiende su mano derecha sobre el escudo, y lleva en la izquierda un racimo de frutos. Ella dirige sus miradas á la otra figura que representa un genio fornido, de barba larga, que lleva en la mano derecha un bastón, signo de autoridad. Entre estas dos figuras, y al pie del sello, brotan dos fuentes que tienen en la porción superior estos nombres: *Magdalena — Orinoco.* A los lados, descuellan palmeras, aguas que simulan ríos ó lagos, mientras que en el fondo sobresalen los Andes con sus cimas nevadas. Una cinta acompaña, finalmente, este hermoso sello con el siguiente mote: *Ser libre ó morir.*

Cuando se separaron las tres secciones que componían la república de Colombia, Venezuela aceptó por sello de armas el creado por el Congreso de Cúcuta, con la siguiente variante, según leemos en el artículo primero del decreto: « El escudo de armas para el Estado de Venezuela, será, desde la publicación de este decreto, el mismo de Colombia, con la diferencia que en campo de oro, las cornucopias serán vueltas para abajo, y en la parte inferior de la orla llevará la inscripción: *Estados de Venezuela.* »

A poco apareció la bandera de Miranda, con fajas de igual latitud en otro sello de armas que es el siguiente, creado por decreto del Congreso de 18 de abril de 1836: « Las armas de Venezuela serán un escudo cuyo campo llevará los colores del pabellón venezolano en tres cuarteles. El cuartel de la derecha será rojo, y en él se colocará un manojo de mieses, que tendrá tantas espigas cuantas sean las provincias de Venezuela, simbolizándose á la vez la unión de éstas bajo su sistema político y la riqueza de su suelo. El de la izquierda será amarillo, y como emblema del triunfo llevará armas y pabellones enlazados con una corona de laurel. El tercer cuartel, que ocupará toda la parte inferior, será azul, y contendrá un caballo indómito blanco, símbolo de la independencia. El escudo tendrá por timbre el emblema de la abundancia, que Venezuela había adoptado por divisa, y en la parte inferior una rama de laurel y una palma atadas con tiras azules y encarnadas, en que

se leerán en letras de oro las inscripciones siguientes : *Libertad* — 19 de abril de 1810 — 5 de julio de 1811. »

Desde 1863, figuran en la faja azul de la bandera venezolana siete estrellas ; y el escudo de armas ha sufrido la siguiente variación ; abajo, al pie del escudo se lee : *Dios y Federación :* á la derecha, 5 *de julio de* 1811 — *Independencia :* — á la izquierda, 28 de marzo de 1864 — *Libertad.*

Al comparar los diversos sellos de armas que tienen las actuales naciones del continente americano, sorprende, cómo casi todas ellas han hecho figurar en sus escudos ó en la exornación de éstos, algunos de los dones de la naturaleza americana, siempre rica, espléndida y grandiosa.

La república de Wáshington aceptó el águila de sus alturas que lleva en las garras manojos de rayos y de laureles, y en el pico el célebre lema : *E pluribus unum.* Siempre que contemplamos este famoso escudo, viene á nuestra memoria aquella célebre frase de Turgot en elogio de Franklin : *Eripuit cælo fulmen ceptrumque tirannis*, tan celebrada en la época de la revolución francesa.

En el de la república mejicana sobresale el águila posada sobre el nopal, como recuerdo de la tradición azteca, respecto de los orígenes de Méjico. Lleva en el pico una serpiente, este animal simbólico que tanto figuró en la historia primitiva del Anahuac.

En los sellos de armas de las repúblicas de la América central aparece algo de nuestra naturaleza espléndida : el ave de rico plumaje, los volcanes, los Andes, y las costas de los océanos Pacífico y Atlántico.

En el de la Nueva Colombia figura el célebre istmo de Panamá, las costas de los dos océanos, y arriba, las cornucopias y la granada, como recuerdo ésta del nombre que llevara esta nación en los días de la conquista castellama, y de sus hechos gloriosos aquéllas.

En los sellos de armas del Perú, Ecuador y Bolivia vemos también los volcanes y cimas nevadas de los Andes, y animales y vegetales, emblemas de la riqueza natural de la fértil zona americana.

El Brasil en fin, exorna su sello de armas con símbolos de su riqueza agrícola. Dos ramas floridas, una de café y otra de tabaco, realzan el bello escudo del imperio brasilero.

Pero lo que más cautiva en muchos de estos escudos de las naciones hispanoamericanas, es ver cómo el gorro frigio surge, ya solitario en campo de plata, ya sobre corona de laurel, ora como núcleo de un sol que se levanta, ora sobre la cima de los volcanes andinos.

Esta heráldica americana tiene cierta novedad que satisface, por la variedad de los símbolos y las diversas ideas que contribuyeron á la creación de cada escudo.

MONEDAS Y MEDALLAS

III

Los aborígenes de América no conocían el uso de las monedas en sus transaccionas mercantiles. Los mejicanos comprendiendo también en este nombre, las naciones de la América central, se valieron de almendras de cacao, como moneda, equivaliendo doscientas almendras á 50 céntimos de Bolívar. En los primeros pueblos de Venezuela que fueron fundados por los castellanos, y también en Caracas y poblaciones que la siguieron, la moneda corriente de los castellanos é indios, consistió en perlas de Margarita y en polvo de oro, de frecuente uso en aquellas remotas épocas que precedieron al reinado de los Borbones.

La primera moneda española en América fué la que presentó Colón á uno de los caciques de la Española, durante su primer viaje. Tenía las efigies de los reyes católicos. El haberse encontrado oro en los campos y ríos de la Española, contribuyó á que se acuñasen en la Concepción de la Vega, en 1500, los primeros ducados y castellanos, trabajo tosco que dió origen en el nuevo mundo, al primer ensayo de moneda acuñada con metal de América. Pero como era insuficiente para llenar las necesidades del comercio, después de haber sido vencidas las tribus indígenas de la colonia, Colón se vió en la necesidad de crear monedas de latón y de cobre, que tenían señales convencionales para evitar el fraude,

siendo obligatorio á los indios, traerlas colgadas del cuello cuando venían á pagar tributo.

La primera moneda fundida en Méjico data de los días de Hernán Cortés, aunque la creación oficial de la primera casa de moneda en Méjico no fué sino en 1535. Esta moneda oficial apareció por orden del Gobierno español, con la divisa de los reyes católicos, *plus ultra;* circuló por las Antillas y países americanos.

Prohibida por España la importación de moneda castellana en los diversos países de América, se hizo insuficiente la acuñación en la Española y en Méjico, lo que trajo la introducción y comercio de la moneda llamada *Macuquinos*, la cual figuró hasta ahora pocos años, en las diversas secciones de la América española.

En el comercio de Venezuela figuró en grande escala la moneda macuquina, la cual corría mezclada con algunas monedas españolas y extranjeras; número que llegó á aumentarse en los días de la Compañía Guipuzcoana, desde 1728 á 1776. Para fines del último siglo corrían en Caracas, además de la macuquina, monedas de Méjico, de Cartagena y de alguna que otra nación europea.

Uno de los primeros deseos del Constituyente de Venezuela en 1811, fué la creación de la moneda venezolana, la cual apareció en 1812. El único documento oficial que conocemos, referente á esa época, es la ley en que se mandó acuñar un millón de pesos, en moneda de cobre, y que corre inserta en *el Publicista* de 31 de octubre de 1812. Dice así :

« Deseando el supremo Congreso ocurrir á las urgencias del Estado por cuantos medios estén á su alcance, sin valerse de la imposición de pechos y contribuciones que sólo deben tener lugar á falta de otros arbitrios, y considerando por otra parte la necesidad que hay de establecer una moneda provincial, que activando el comercio interior facilite los contratos y obligaciones, y sirva al mismo tiempo para la mejor expedición y uso del papel moneda; ha acordado mandar acuñar un millón de pesos fuertes en moneda de cobre, con el peso, valor y figura que se dirán en los siguientes artículos :

1.° Debiendo en cuanto sea posible corresponder el valor intrínseco del metal, al valor nominal que le da la ley, se fija y establece que un real de los que entran ocho en un peso fuerte, tenga pre-

cisamente el peso de tres onzas, cinco adarmes, cinco y un tercio granos :

	3 onz.	5 adar.		5 1/3 gran.	
Un medio real pesará......	1 —	10	—	10 2	terc.
Un cuarto de real..........	« —	13	—	5 1/3	—
Un octavo de real..........	« —	6	—	10 2	terc.

2.° Para la mayor economía del Estado, y facilidad en las negociaciones, se distribuirá el millón de tal moneda en esta forma :

	Pesos
En reales, quinientos cincuenta mil pesos......	550.000
En medios reales, cuatrocientos mil pesos......	400.000
En cuartillos, treinta mil pesos................	30.000
En octavos, veinte mil pesos..................	20.000
	1.000.000

3.° El emblema que distinguirá esta moneda, por un lado será un *Condor* que tendrá bajo de sus pies las columnas de Hércules y además insignias reales, con una orla que salga de su pico, y la inscripción América libre ; por el reverso se pondrá una corona enlazada de laurel, y roble, en medio de la cual se estampará con letras el valor de la moneda ; por ejemplo, un real Venezolano, y en la parte inferior del círculo el año de la fabricación.

4.° Esta moneda será recibida en todo el Estado de Venezuela, por todos sus habitantes, lo mismo que las que hasta hoy han corrido ; bajo la pena pecuniaria que se impone al que á ello se deniegue, de veinte y cinco pesos por la primera vez, doble por la segunda, y las demás al arbitrio del juez.

5.° Los que falsificaren dicha moneda, la minoraren su peso, ó la hicieren sin la autoridad del Gobierno, serán irremisiblemente castigados con la pena de muerte, como también los sabedores que no lo denunciaren inmediatamente ; pero á los que así lo ejecutaren se les dará el correspondiente premio.

6.° Se impone al cobre del Estado que se quiera contratar para cualquier lugar fuera de la Confederación, el derecho de un veinte y cinco por ciento que deberá satisfacer á su salida, inclusos en éste los que antes se pagaban.

Se encarga á la Sección administrativa de Hacienda Nacional la ejecución de esta ley en todas sus partes, á fin que la fábrica se haga por cuenta del Estado, y queden sus productos á beneficio del mismo. Comuníquese al Supremo Poder Ejecutivo para su publicación y cumplimiento en la parte que le toca.

José de Zata y Busi, presidente. *Ramón Ignacio Méndez*, vicepresidente. *José Luis Cabrera*, *Isidoro Antonio López Méndez*, *Nicolás de Castro*, *Juan José de Maya*, *Felipe Fermín Paúl*, *Juan Toro*, *Francisco P. Ortiz*, *Francisco Javier Yanes*, *A. Nicolás Briceño*, *José Angel de Alamo*, *Juan Bermúdez*, *Gabriel Pérez de Pazoba*, *José María Ramírez*, *Ignacio Fernández*, *Lino de Clemente*, *José Vicente Undá*, *Mariano de la Cova*, *Salvador Delgado*, *Ignacio Ramón Briceño*, *Francisco Xavier Maiz*, *Fernando de Peñalver*, *Francisco Hernández*, *Luis José de Gazorla*, *Manuel Vicente de Maya*, *Francisco Isnardi*, secretario.

Esta ley del Constituyente no llegó á remate, pues no existen que sepamos monedas de cobre, en conformidad con la disposición legal. Si fué acuñada no ha llegado hasta nosotros ningún ejemplar. La única moneda de cobre fundida en 1812, sin que conozcamos la ley ó disposición que la creara, es el *cuarto*, que lleva en una de las caras el sello de la revolución: el 19 entre manojo de rayos.

Pero nos llama la atención una moneda de plata de esta época, 1812, bellamente fundida, del valor de 50 céntimos. En una de las caras figura el 19 entre manojo de rayos y en la otra se lee: *un real*, en el centro, y formando corona lo siguiente: *año 1.° de la república. — Caracas*[1].

El Gobierno español instalado de nuevo en Caracas, después de la fatal campaña de 1814, hizo recoger la moneda macuquina inútil, que proporcionaba inconvenientes al comercio, y estableció un cuño que estuvo en la Avenida Norte en la antigua casa que fué de los Jesuítas, hoy, dos casas contiguas que llevan los números 22 y 24. En la época de Morillo se fundieron en Caracas centavos de 1/4 y 1/8 de real que llevan en una de sus caras el sello de la ciudad, y también pesetas, en las cuales figuran una cruz y las columnas de Hércules; abajo leemos: *Caracas*. Las letras B y S, como signos

1. Esta moneda que podemos considerar como única, figura en la pequeña colección de monedas y medallas de la señora Soledad C. de Braun.

convencionales de aquella época, aparecen en estas monedas caraqueñas.

Al comenzar la República después de 1821, el cuño de Caracas continuó proporcionando al comercio de detal numerosas *señas* de plata. Eran estas moneditas de plata, muy delgadas que equivalían á 1/4 de real, Por una cara tenían el valor y en la otra uno de los cuernos de abundancia del sello de Colombia. Las letras C y S nos parece que indicaban Caracas. Hubo señas en el comercio que llevaban en lugar de un cuerno de abundancia, el antiguo sello de la revolución : un 19 entre manojos de rayos.

Respecto de medallas fundidas en Venezuela, en conmemoración de algún hecho, sólo conocemos tres : dos de ellas representan la jura de Carlos IV en Caracas y Maracaibo, y una referente á la jura de la Constitución española en Caracas, en 1812.

La medalla de Maracaibo es de plomo, con un diámetro de 3 1/2 centímetros. En el anverso, en derredor del busto de Carlos IV, leemos : *Carlos IV D S Hisp. et ind R ;* y en el reverso, entre las columnas de Hércules, figura un buque coronado. Abajo se lee : *Maracaibo*, y en derredor, el siguiente lema : *Felix terra cuyus Rex nobilis est* — 1789.

Para la jura de Carlos IV en Caracas, el 13 de diciembre 1789 se fundieron dos medallas de plata por orden de don Feliciano Palacios, alférez real entonces, á nombre de la ciudad. La una tiene dos centímetros de diámetros, y cuatro la otra, y en ambas se lee por una cara el siguiente lema que circunda el busto del monarca : *Proclamatione Fides Caracensis inaugusta Caroli IV ;* y por la otra : *Don Félix Palacios Sojo urbis signifero Die* 13 *Dc.* 1789 que circunda el sello de armas de Caracas.

La medalla de 1812 consiste en una pieza de plata, de cuatro centímetros de diámetro, que tiene por una cara el busto de Fernando VII circundado de la siguiente inscripción : *Fernando VII, rey de las Españas*, y por la otra, en derredor del sello de armas de Caracas se lee : *Don Domingo de Monteverde le proclamó en Caracas, Cep.* 24 *D* 1812[1].

Dejemos para alguno de esos espíritus entusiastas hablar de las

1. Esta medalla, muy difícil de hallarse, figura igualmente en la pequeña colección de la señora Soledad C. de Braun.

diversas medallas, que en gloria y honra de Bolívar, se fundieron en Colombia, Perú y Bolivia, durante y después de la revolución de la independencia. En un trabajo de este género podrían figurar las medallas que representan las diversas estatuas levantadas al Libertador hasta nuestros días. Este trabajo sería importante, no sólo desde el punto de vista histórico, sino también del del arte, cuyas manifestaciones realzan hoy el carácter de estas fiestas patrióticas llamadas *Centenarios*.

MUESTRA DE UNA OBRA INÉDITA[1]

ENSAYO DE UN DICCIONARIO DE VOCABLOS INDÍGENAS DE USO FRECUENTE EN VENEZUELA

No recordamos qué ingenio moderno ha dicho que el *lenguaje es la patria;* frase sintética que abraza en la historia de cada pueblo civilizado, series de conquistas materiales, intelectuales y morales, por las que han ido sucediéndose millares de generaciones. De ninguna de las antiguas naciones de Europa, puede decirse con más verdad que *el lenguaje es la patria*, que de España. Heredera de la lengua del Lacio, tiene también de la griega, de los idiomas del Norte, y más aún, de aquella nación conquistadora que durante ocho siglos dejó en el suelo de Iberia, muestras admirables de la civilización morisca. Al desaparecer la época sarracena, nueva conquista, allende los mares, aparece, como para ensanchar, no sólo los dominios geográficos, y dar paso al pabellón de Castilla que penetra en todos los climas y ondea en todas las cumbres, sino también para enriquecer la lengua con el gran número de vocablos americanos, herederos éstos del Asia central y de la Europa del Mediterráneo, los cuales siglos hacía que aguardaban en las cordilleras y pampas del nuevo mundo, á los modernos escaladores del Olimpo

1. Insertamos esta muestra tal como la imprimió para su uso particular nuestro hermano. Mucho, muchísimo tenía adelantado este trabajo cuando le sorprendió la muerte y como su postrer disposición fué que se quemasen todos sus escritos por el temor de que no se entendiese la escritura, publicamos las tres primeras letras del diccionario, como estímulo para los que deseen proseguir estos estudios.

(N. DE LOS E.)

que, en su dominación de tres centurias, fundaron la cuna de la civilización americana.

El distinguido Monlau, en su discurso de recepción en la Academia de la Lengua, tuvo frases felices, al probar que el idioma castellano es hijo del latín. « En filología », dijo, « hay capas que atestiguan las vicisitudes por las cuales ha pasado el idioma de un pueblo, de la misma manera que en geología reconocemos las catástrofes del globo terráqueo, por las capas y sedimentos, por los bancos de rocas y esqueletos de animales desaparecidos. » Pero, ni Monlau, ni sus predecesores, ni los diccionaristas castellanos, ni las academias, nos han dicho frase alguna respecto de la última conquista española, el descubrimiento del nuevo mundo, al ocuparse en el estudio de las riquezas filológicas del macizo castellano, en todas sus épocas, desde los días de los fenicios y de los griegos que salpican, por decirlo así, con chispas de luz los primeros celajes de la bella lengua, casi universal á poco del descubrimiento de América. El lenguaje científico, el latín técnico, las lenguas extranjeras se han enriquecido más con vocablos americanos que la misma lengua de los conquistadores y poseedores de América durante tres siglos. Ni como capa filológica, ni como elemento, las lenguas americanas han dado todavía sus contribuciones á la lengua de Castilla : — que vocablos sueltos intercalados en los diccionarios, no pasan de ser mosaicos de abigarrados colores en medio de la pedrería de derivados griegos, latinos y arábigos, abrillantados con ejemplos de los más distinguidos hablistas.

Existe en todos los diccionarios de la lengua castellana, incluso el de la Academia, cierta vaguedad que revela : ó un indiferentismo completo respecto de los países del nuevo mundo, ó crasa ignorancia acerca de los antiguos trabajos de los cronistas y de los misioneros, de los escritores americanos así como de los sabios que han estudiado y descrito el nuevo mundo.

En pos de nobles deseos, más que aguijoneados por espíritu de vanidad, emprendimos, no hace mucho, la tarea de estudiar los vocablos indígenas de uso frecuente en Venezuela. Nuestra lucubración, á fuerza de constancia, se ha revestido del carácter de un estudio, de un *Ensayo* diremos. Si los diccionarios castellanos publicados hasta la fecha nada han podido suministrarnos, abrigába-

mos la esperanza, cuando fué anunciada la publicación del PRIMER DICCIONARIO ETIMOLÓGICO DE LA LENGUA CASTELLANA por don Roque Barcia, de hallar en éste algo nuevo, ó la resolución de alguna duda, que nos alentaran en nuestra tarea. Pero, ¡vana ilusión! En lo que hasta hoy conocemos de esta obra, Entrega 31 (*conf.*) nada hay respecto de etimologías indígenas americanas que nos satisfaga. Grande es, sin embargo, el servicio que el autor ha prestado á la literatura é historia del lenguaje castellano. La obra, por lo poco que conocemos, revela asiduo estudio, prolongadas vigilias, rico acopio de consulta, estudio sagaz, altas miras y cierto genio especial para penetrar en el dédalo de las lenguas antiguas, cuando se trata de buscar orígenes etimológicos. Exposición, método, estudio comparado, nada falta á la obra del señor Barcia, cuyos talentos y erudición acatamos. Mas si en etimologías griegas y latinas, arábigas y germanas, el diccionario de Barcia satisface, en vocablos americanos, mucho ha dejado de decirnos el conocido autor.

Sírvanos esto de estímulo para continuar por el camino que habíamos emprendido. Otra fuerza nos estimula aún: la de dedicar nuestro *Ensayo* al eminente literato don Aureliano Fernández Guerra y Orbe, lumbrera de las letras españolas, ¡qué decimos! de la época actual, del siglo XIX, donde para llegar á la meta es necesario poseer la savia de las encinas y la fuerza del león. Estimulónos cierto día, al leer nuestros primeros ensayos históricos; aplaudió más tarde nuestros arranques patrióticos, y contribuyó al fin, á abrirnos las puertas de la Academia de la historia. Reciba el insigne hombre de letras, como muestra de pura gratitud, este *Ensayo filológico-histórico*.

Para darlo á conocer de antemano, ya que se está publicando el *Primer Diccionario etimológico de la lengua castellana*, hemos escogido veintidós vocablos de los pocos que hallamos en Barcia, letras A, B y C, para cotejarlos con los mismos que están en nuestro *Ensayo*. Continuaremos cuando lleguen á nuestro poder las entregas que sigan á la 31. Cuando el señor Barcia concluya, nosotros publicaremos nuestro libro, que contendrá más de *mil vocablos indígenas*, de las diversas lenguas americanas, de uso frecuente en Venezuela. No vamos á presentar vocablos ignorados, conocidos solamente por las tribus salvajes de las selvas del Orinoco ó del

Amazonas, que esto sería inoficioso; no, vamos á presentar los vocablos indígenas conocidos en nuestros Estados, desde los días de la conquista; sinonimia de muchos; las etimologías y vocablos originales, y el papel que algunos desempeñan en las ciencias, industrias, usos domésticos, etc., etc., así como las etimologías de muchos sitios geográficos, nombres patronímicos, indígenas, etc.

Vamos á abrir la vía nueva, para presentar á los académicos españoles, la capa americana del gran macizo castellano. Si en el curso del tiempo, á este trabajo se unen otros semejantes hechos en Nueva Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, repúblicas del Plata, Brasil y las Antillas, Cuba y Puerto Rico, será entonces cuando el Diccionario de la Academia Española, en posesión de todos los vocablos indígenas, generales ó provinciales de cada sección,científicos, industriales, etc., etc., podrá abrazar todas las conquistas de España, la gran riqueza de su lengua, la filología de la nación que llegó á no ver ponerse el sol en sus dominios.

Establecidas estas ideas que hacen parte de la introducción de nuestro *Ensayo*, pasamos á hacer el estudio comparado entre los vocablos indígenas que aparecen en las tres letras hasta hoy publicadas por el señor don Roque Barcia y las mismas, tales como nosotros las tenemos estimadas en el *Ensayo del Diccionario de vocablos indígenas*, á que hemos hecho referencia.

En la letra *A* — hemos escogido los vocablos Acouti — Acuri — Achiote — Aguacate — Ananas — Araguata — Arepa — Atol.

En la letra *B* — Bajareque — Banana — Báquira — Barbacoa — Batata — Bejuco — Butaca — Buren.

En la letra *C* — Cabuya — Cacao — Calahuala — Canoa — Caraota — Caribe — Caucho — Cocuyo.

Al publicar la segunda edición de esta *Muestra* debemos manifestar á nuestros lectores que, tan sólo por la necesidad del estudio comparado, hemos hecho preceder nuestras definiciones de las dadas por el señor don Roque Barcia en su *Diccionario etimológico* Nada tendremos que hacer más tarde con las definiciones que de nuestros vocablos indígenas hayan estampado los diccionaristas de todas las épocas.. De propio marte serán las nuestras, y claro y preciso el método expositivo que sigamos, en armonía con lo vasto y variado del asunto. Baste esto para si alguien creyere que al pu-

blicar nuestra obra vamos á incurrir en la penosa tarea de combatir definiciones absurdas y menos aún de hacer resaltar diferencias que en nada contribuyen al buen éxito de una obra de este género.

ESTUDIO COMPARADO

A

Dice don Roque Barcia :

« Acouti. — Masculino. — Animal pequeño de la América, de « pelo rojo y bastante fuerte, parecido en el cuerpo á la liebre y en « la cabeza, al ratón.

« Etimología. — Americano, *acouti*, que algunos creen que es el « *agouti :* francés, *acouti* (Landais).

« Acuri. — Masculino. *Zoología.* Cuadrúpedo de América, del « tamaño de una liebre, de pelo negro parduzco, con cola muy « corta, y en la boca y dientes parecido al conejo, y aun en la carne, « que es comestible. Se domestica con facilidad.

« Etímología. — *Vocablo indígena.* »

Nosotros decimos:

Acure. — Masculino. *Zoología. Acurito*, *acure doméstico*, *acuri*, *curía*, *acurite*, *curiel ;* Agouti, *acouli*, *acouti*, *ácouchi*, *acure de monte*, *acure salvaje*, *picure :* nombres corrompidos de los vocablos haitinos *curi*, *cori*, ó *curia*, que significan animales *roedores* de géneros diferentes. El *acurito* doméstico y la *curía* de las sabanas, pertenecen al género *Cavia ;* en tanto que el acure de monte ó salvaje, llamado también *picure*, pertenece al género *Dasyprocta*. El *acurito*, ó acure casero, *curiel* de los cubanos, es un animalillo más grande que una rata, de color blanco, con manchas negras, amarillas ó anaranjadas, sin rabo, con orejas pequeñas, tímido, y muy prolífero. La *curía*, que se asemeja en todo al acure doméstico, menos en el tamaño, que es como el de un ratón mediano, y el color que es castaño, es un animalillo siempre oculto entre los pajonales. El *picure* ó acure de monte es como del tamaño de un conejo, ó más grande. Tiene las orejas cortas y casi desnudas, cola rudimentaria, cinco

dedos en las patas delanteras y tres en las postreras, pelo brillante, de color castaño oscuro.

Darémosles huitias con ajíes,
Darémosles pescados de los ríos,
Darémosles de gruesos manatíes
Las ollas y los platos no vacíos;
También guaraquinajes y *cories*,
De que tenemos llenos los buhíos,
Y curaremos bien á los que enferman,
Colgándoles hamacas en que duerman.

CASTELLANOS. (*Elegías*).

Los Guaranís á orillas del Plata llamaron al acure de monte *aguti*: de aquí el vocablo *acutia* en lengua tupi. En algunos lugares de Venezuela llaman al acure doméstico, *acurite*, y al de monte *curi*, dejando el nombre de *curía* al ratón de sabana. Entre los antiguos Caiquetías que poblaron el Estado Falcón, *cori* fué el nombre del acure doméstico, y *pacure*, *picure* el del acure de monte. Los Aricaguas y otras naciones del occidente de Venezuela distinguían los dos géneros *curi* y *picure*; pero algunas tribus del Orinoco han cambiado los nombres, mientras que otras los resumen en uno solo. Así: las tribus de Río Negro llaman á una especie de *agouti*, COTÍA y á otra COTIWYA. Pero la generalidad de los pueblos de Venezuela distingue muy bien los dos géneros.

Entre los Muiscas, antigua Cundinamarca, el acure doméstico fué conocido con el nombre de *socui*; de aquí el vocablo corrompido, *sococui*; mas en esta dilatada región han prevalecido los nombres caribes de *cori*, *acure*, *acurie* y *picure*. Los Quichuas en los Andes ecuatorianos y peruanos llaman al acure doméstico *cuy*: CUY-COCHA, *Lago del cuy*; lo que indica que el nombre haitino *cori*, *curi*, no cambió del todo en su peregrinación de norte á sur.

= GEOGRAFÍA VENEZOLANA. — ACURE, río de cuarto orden en el Estado Guayana, que se desprende de la serranía de Imataca y desagua en el Orinoco: ACURIPACUAR, *lugar ó sitio de acures*, explanada así llamada en las pampas del Estado Barcelona adonde fué trasladado el pueblo de *Caiguapatar* en 1681, del antiguo lugar donde lo habían fundado los misioneros Observantes; ACURIGUA, *sitio de acures*, pueblo del Estado Falcón fundado en 1766 por los indios Jirajaras; ACURIGUA, río que se desprende de la Cordillera de San Luis, en el mismo Estado, sigue al norte y desagua en el río Mature. El pueblo de *Acurigua* está situado á la margen derecha del río del mismo nombre. — De *acure*, *cori*, *curi*, *corie*, los nombres

de sitios y lugares de Venezuela: *Curiepe*, *Curigua*, *Acurigua*, *Curiguacura*, *Curipano*, *Curiguanar*, nombres de pueblos; y los *Acuriguas*, *Curiguares*, *Curinas*, nombres de naciones indígenas. — CORIANA fué el nombre indígena de las costas del actual Estado Falcón; y el nombre de la capital *Coro*, puede derivarse de *Cori*, ó de *Coro* que, según los antiguos castellanos, equivale á *viento del oeste*, ó á *sarna*, según los Cumanagotos.

= BOTÁNICA. — *Curía* es el nombre de una planta medicinal muy conocida en Venezuela. Fernández de Oviedo nos dice que los Haitinos pronunciaban *Curi-a*. — CURÍVANO es el nombre de una gramínea conocida vulgarmente con los nombres de *raicilla olorosa*, *gengibrillo de sabana* (*Scleria hirtella*).

Dice don Roque Barcia:

« ACHIOTE-ACHOTE. — Masculino. *Botánica*. Árbol de Nueva España,
« semejante en el tamaño y en el tronco al naranjo: tiene las
« hojas como las del olmo, y la corteza es de un color rojo que tira
« á verde. De los granillos del fruto, puestos en infusión, se saca
« una pasta roja, la cual sirve para teñir. »

ETIMOLOGÍA. — *Vocablo indígena*.

« ACHIOTAL. — Masculino. Lugar plantado de achiotes.

« ACHIOTIDEO, DEA. — Adjetivo. *Botánica*. Parecido al achiote.

« ACHIOTIFORME. — Adjetivo. *Botánica*. Que tiene la forma de
« achiote.

« BIJA. — Masculino. ACHIOTE. »

Nosotros decimos:

ACHOTE-ACHIOTE-ACHOTAL. — Masculino. *Botánica*. Derivados del vocablo azteca ACHIOTL, nombre de un árbol americano, conocido desde Méjico hasta las regiones del Plata, al cual llamaron los Haitinos BIXA, y de aquí BIJA, BIJÚA. La ciencia al clasificarlo en la familia de las *Bixaceas*, bautizó el género con el nombre haitino de BIXA (BIXA *orellana*), del cual se ha formado el de la familia. Es un árbol de cinco á seis varas de altura que crece en terrenos llanos de capa vegetal. El tronco es de grosor mediano, de corteza blanquecina; las ramas de poca extensión, cargan hojas acorazonadas, pecioladas, alternas, de color verde oscuro y llenas de venas;

las flores de color rosado tienen los pétalos como rosa, brotan en el remate de los tallos y se agrupan en macetas. Son las frutas unas cápsulas achatadas, en forma de pequeñas pirámides, de color verdoso y cubiertas de espinas, que contienen muchos granos cónicos cubiertos de un arilo de color amarillo rojizo.

Algunas de las tribus caribes del Orinoco llaman todavía á este árbol *càituco*, mientras que otras, y entre éstas las de los Cumanagotos y Tamanacos dijeron *anàto*, *onoto*. Dė aquí el nombre de dos pueblos de Venezuela : uno, *San Andrés de Onoto*, en el Estado Barcelona, fundado por los misioneros Observantes en 1687; y *San Rafael de Onoto*, en el Estado Portuguesa, fundado por los misioneros Capuchinos en 1726 : ambos en las pampas venezolanas.

Los Guaraníes del Plata llaman el onoto URUCÚ, vocablo que aceptado por los Túpis del Brasil pasó á los Caribes de Cayena y de las Antillas, donde ha sido substituído con el de ROUCOU, con el cual se conoce el arilo de las semillas; de aquí el de ROUCOUYER, dado al árbol. En el comercio de los Estados Unidos de América y de Inglaterra, figura aquella sustancia tintórea con el nombre de *arnatto* corrupción de *anato* ú *onoto*, en tanto que en Francia sólo se conoce con el corrompido guaraní de ROUCOU.

De *bixa*, *bija* y del vocablo *embixes* crearon los castellanos el verbo *embijar*, *embijarse*, que aplicaron los conquistadores á los indios pintados con *bija*. Más tarde, extendióse la acción del verbo á todo aquel que se pintara el cuerpo con cualquier sustancia colorante. En la vasta extensión del continente, no hubo tribu indígena que no se pintara el cuerpo, ya con bija, que es uno de los frutos más conocidos, ya con otra sustancia, para evitar así la acción del calor sobre la piel, ó la picadura de los insectos, aunque generalmente se hacía uso de esta pintura como adorno. De la misma manera que los castellanos de la Española crearon el verbo *embijar*, de *bija ;* los misioneros de Barcelona crearon el de *onotar*, de *onoto*, y en Méjico, el de *achiotar*, de *achiote*. De manera que *embijarse*, *achiotarse* y *onotarse*, equivalen á untarse el cuerpo de una misma sustancia colorante : *Bixa orellana*. La Academia no ha aceptado todavía el verbo *embijar*, pero sí Salvá y otros diccionaristas. Respecto del vocablo *urucú*, ningún verbo en español ha sido creado, no

así los franceses, que tienen el verbo *roucouer*, que según Salvá equivale á ACHIOTAR, *pintar de encarnado con el achiote.*

Hablando el cronista Juan de Castellanos, de la conquista del valeroso Alonso de Herrera en el oriente de Venezuela, dice :

Iba cualquiera dellos muy untado
Todo hasta la parte más sujeta,
De *Bija*, que es bitúmen colorado
Que los miembros y carnes les aprieta...
. . . .

CASTELLANOS (*Elegias*).

Y hablando de la conquista de Cartagena, dice :

Ni más ni menos andan inquietos
En partes cómodas encaramados,
Dispuestos á los bélicos efetos,
Los unos y los otros *embijados*
Con un cierto bitúmen, unos prietos,
Y otros, por consiguiente, colorados,
Y cada cual de los de á la redonda
Con dardo, con macana, lanza, honda.

CASTELLANOS (*Elegias*).

« Salieron de un pueblo grande que allí cerca estaba, armados de arcos, flechas y rodelas, muy empenachados y pintados de colores, que llaman *embixes*, que para ellos es de gran ferocidad y gala. » (TORQUEMADA, *Monarquia indiana.*)

ESTÁ EMBIJADA. Así se dice hoy de una mujer que deja conocer en su rostro el exagerado afeite.

Dice Roque Barcia :

« AGUACATE. — Masculino. *Botánica.* Arbol, especie de laurel,
« de veinte á treinta pies de altura, que conserva las hojas todo el
« año, y da un fruto del tamaño de una pera grande, cuya carne es
« un manjar agradable. = *La fruta del aguacate.* La esmeralda
« que tiene forma de perilla. Díjose así por semejanza con la fruta
« de este nombre.

« ETIMOLOGÍA. — Latín técnico *pomum aguacate;* catalán y francés *aguacate.* »

Nosotros decimos :

Aguacate. — Masculino. *Botánica.* Arbol de la América tropical, de hermoso follaje, que en ciertas localidades se despoja

de sus hojas y en otras las conserva todo el año, á pesar del tiempo y de las estaciones. Su altura es de seis á siete varas ó más. Tiene las ramas opuestas, hojas gruesas y ovales, flores amarillas, en racimo y frutas á manera de peras, largas unas, redondas otras, pero siempre verdes, moradas ó amarillas y colgantes de sus pedúnculos. El fruto encierra una almendra que tiñe el lienzo de color amarillo y está cubierta de una médula de sabor delicado, aceitosa y de color amarillento.

Aguacate, alguacate, son adulteraciones del vocablo azteca *ahuacaquahuilt* que quiere decir, árbol de *ahuaca*, conocido en la ciencia con el nombre de *Persea gratissima* de la familia de las Lauríneas. El nombre caribe del aguacate fué *aouicate* : de aquí y de la corrupción azteca *aguacate*, derivaron los franceses de las Antillas el vocablo *avocat* (abogado) dado al fruto, y de *avocatier* (abogadero) dado, desde los días de la conquista, al árbol.

Roque Barcia, en su *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, deriva el vocablo *aguacate* del latín técnico *pomum aguacate*. Esto nos parece inexacto. Lejos de ser el nombre indígena derivado del latinizado técnico, la palabra latina está subordinada al vocablo americano. Por otra parte, el latín técnico no corresponde al vocablo primitivo, sino al corrompido por los castellanos. En lugar de *pomum aguacate*, debía decir, *pomum ahuaca* ó *pomum aouicate*, obedeciendo los orígenes azteca y caribe.

Los Muiscas, antigua Cundinamarca, llamaron el aguacate *cura*, vocablo muy conocido en los Andes de Venezuela, y en las pampas al este de la Cordillera. De aquí los tres pueblos en las pampas del Estado Aragua : *San Luis de Cura*, fundado en 1717, por don Juan de Bolívar Villegas, señorío de Bolívar : *Carmen de Cura* y *San Francisco de Cura*.

En los campos de la isla de Cuba, prospera una variedad de aguacate (*Persea cubensis*) con fruto no comestible, que los naturales llaman *Boniato blanco* (véase este vocablo más adelante).

Los peruanos llaman al aguacate *palta*, del antiguo quichua *pallatay* ó *pallta*, vocablo aquel conocido también en Cundinamarca. Palta-urcu, *montaña de los paltas ó de los aguacates*. Hablando el cronista Herrera de los Musos y Colinas de estas regiones dice : « Tienen asimismo la palma que da la fruta que se llama cohepaís

que es sustento de los naturales, y las *curas*, *paltas* y *aguacates* que son como grandes peras verdeñates.» (*Décadas.*)

De sus racimos la variada copia
Rinde el palmar, da azucarados globos
El zapotillo, su manteca ofrece
La verde palta. . . . . . .

BELLO.

Algunas tribus del Orinoco llaman al aguacate *agüema*, otras *anacato*, ó *anacata*, corrupciones de aguacate.

Desde que te vi
Me dije, tate :
Verde y con pepa!
Pues *aguacate*.

CANCIONERO POPULAR DE VENEZUELA
(Inédito).

= GEOGRAFÍA. — AGUACATECUAR, *quebrada del aguacate*. — AGUACATAL. Sitio cubierto de árboles de aguacate. = FAMILIAR. — COMO LA TINTA DEL AGUACATE, frase para significar que una cosa es duradera como lo son las marcas hechas sobre la ropa, por la gente pobre de Venezuela, poniendo el lienzo sobre la almendra del aguacate, y trazando en seguida las letras con ayuda de un alfiler. — Por la forma de perilla que tienen algunas esmeraldas, se llama á estas *aguacate*.

= FARMACIA. — *Aceite de aguacate*. El que se extrae de la pulpa de este fruto, de varios usos.

* * *

Dice Roque Barcia :

« ANANAS ó ANANÁS. — Femenino. *Botánica*. Planta anua de « dos pies de altura, cuyas hojas, que son largas con pestañas « espinosas, rematan en una punta rígida ; las flores son de color « violáceo, y el fruto tiene la forma de una piña, y es carnoso, « amarillo, muy fragante y sabroso cuando está maduro.

« ETIMOLOGÍA. — Brasileño *ananas*, nombre del fruto : catalán, « *anana;* francés, *ananás*.»

Nosotros decimos :

Ananás. — Masculino. *Botánica.* Derivación del vocablo tupi, *nana*, *anana* que dieron los antiguos habitantes del Brasil y los Caribes del Orinoco, á la planta que conoce la ciencia con el nombre de *ananassa* de la familia de las *Bromeliáceas.* — Es una planta originaria de la América del Sur, cultivada hoy en ambos mundos. Del centro de un florón de hojas radicales, numerosas, alternas, de bordes con dientes punzantes, de color verdoso rosado, ó morado según las variedades y el terreno, se levanta un tallo cilíndrico y corto que remata en bello penacho, y del cual brotan hojuelas, análogas en la forma y rigidez á las radicales de la planta. Las hojuelas inferiores reducidas á simples brácteas llevan flores de color azul cuyo agrupamiento da origen á una espiga. El desarrollo de ésta, es decir, la hinchazón de las brácteas de las flores que se hacen carnosas y se unen formando una masa ovoidea cubierta de escamas amarillas anaranjadas ó glaucas, parecidas en el porte al fruto del pino europeo, es lo que constituye el fruto del ananás, circundado en su base por nuevos retoños de hojas agrupadas que aparecen como otras plantas que brotaran de la base del fruto. Abierto éste aparece un parenquima blanco, amarillento, radiado, muy aromático y de sabor agridulce, casi azucarado en las variedades más ricas.

Los Haitinos llamaron al ananás *boniama*, *yayagua* y también *yayama* y los Galibis de la Guayana *yayaoua*, en tanto que los Tamanacos, entre el Orinoco y el Apure, se acercaron al vocablo tupi, llamándolo *anacurua.* Los Portugueses y Castellanos, por la semejanza del ananás con el fruto del pino europeo, bautizaron la planta y fruto americanos con el nombre de piña.

> Piñas que hinchen bien entrambas manos,
> Con olor más suave que de nardos,
> Y el nacimiento dellas es en cardos.
>
> Castellanos (*Elegias*).

El haberse familiarizado los Franceses de las colonias con el nombre indígena *ananas*, ha sido la causa de que tanto en Francia como en otros países de Europa se conozca el fruto americano con el nombre primitivo, *ananás;* mientras que los Ingleses aceptaron el

nombre castellano de pino, y llaman el fruto *pine-apple* que equivale á *manzana de pino*. Los Franceses han creado el sustantivo *pinnas*, equivalente al español *piñas*, según Salvá.

Bouillet, en su *Diccionario de ciencias*, dice que el vocablo *nana*, *anana*, es de origen quichua, y lo mismo asegura Littré, en su *Diccionario de la lengua francesa*, en tanto que Wesbter, en su gran *Diccionario de la lengua inglesa*, dice que es de origen malayo. Ni una ni otra cosa. Los Quichuas tuvieron el vocablo de los Tupis, y por lo que respecta al origen asiático de la planta, Humboldt y De Candolle han probado, así como muchos botánicos y viajeros, que el *ananás* es americano y que es después del descubrimiento del nuevo mundo, que se cultiva en Asia, introducido de América.

Para tus hijos la procera palma
Su vario feudo cría
Y el *ananás* sazona su ambrosía.

BELLO.

¡Salve, suelo feliz, donde prodiga
Madre Naturaleza en abundancia
La odorífera planta fumigable!
¡Salve, feliz Habana!
La bella flor en tu región ardiente
Recogiendo odoríferas sustancias,
Templa de Cáncer la calor estiva
Con las frescas *anánas*.

ZEQUEIRA Y ARANGO.

Dice Roque Barcia :

« ARAGUATA. — Masculino. — *Zoología*. — Mono grande que se « cría en Venezuela y la Guayana. Los indios reputan la carne « como muy delicada. — ETIMOLOGÍA. — *Vocablo indígena* : fran- « cés, *araguato*. »

Nosotros decimos :

ARAGUATA-O. — Masculino. — *Zoología*. — Nombre de un mono americano, muy común en Venezuela, clasificado por la ciencia en la familia de los platirinos (*Mycetes seniculus*). Animal sociable, de color aleonado más ó menos oscuro, pelo áspero, barba, larga cola, cuerpo flaco, de dos á tres pies, ágil, aullador, cuya voz se escucha hasta una legua de distancia, por lo cual le llamaba Geoffroy *stentor*. Distínguese por su larga cola y desarrollo de la mandíbula inferior, que forma un vacío para alojar el hueso hioideo — que constituye en este animal el instrumento de que se sirve para gritar y aullar, el cual se proyecta exteriormente como un bocio, ó como dicen los habitantes de los cam pos, mono con *coto*.

ARAGUATA, voz corrompida del caribe *aravata* que equivale á *mono barbón*. En la lengua caribe, así como en la quichua, el uso cambia generalmente la sílaba *va* ó *hua*, por *gua*. Así, de *varaturi* (Cuarzo) se hace *guaratarn*; de *Huarena* — (*Yerbazal*) *Guarena* (nombre hoy de un pueblo) Los primeros castellanos dijeron *aranata*. Hablando el cronista Herrera de los animales curiosos de Cumaná, y de la manera cómo cazaban los Chaimas, antiguo pueblo indígena en las costas de Paria, dice : « Van á montería de un animal llamado *aranata*, grande como galgo, que tiene barba de cabrón, aulla recio, no come carne, sube en los árboles, anda en manadas, toma las flechas y las arroja con gracia al que las tiró. » Los castellanos dieron á los primeros monos que conocieron en el Nuevo Mundo el nombre de *gatos paules*. Los Tamanacos á orillas de Apure y los Achaguas llamaron este cuadrumano *aravata;* los Maipures en el Orinoco, *marava*, según dice el abate Gili; algunas tribus, *caraguata*, y otras *alovate*, nombre que aceptaron los franceses de Cayena. Los Galibis, finalmente, dijeron *alouate*, que equivale á *mono rojo*. De aquí el nombre francés del grupo zoológico, los ALUATOS.

Es mi araguato
Gentil persona
No le hace el *coto*
Con que se adorna.
¡ Como es tan nene
Y tan flaquito !
Por eso vive
Mi *araguatico*.

CANCIONERO POPULAR DE VENEZUELA
(Inédito).

Los antiguos Cumanagotos, pobladores del Estado Barcelona, llamaron al árbol conocido con el nombre de *dividive*, ARAGUATAPANARE, vocablo compuesto que equivale á *Oreja del araguato*. Llamaron así á este árbol por la semejanza de su fruto con la oreja del araguato. Los antiguos misioneros llamaron al dividive *ébano*, quizá por la resistencia de su madera y el color negro que toma con el uso; pero las poblaciones actuales del extremo Oriente, llaman el mismo *dividive*, GUATAPANARE, contracción de ARAGUATAPANARE.

= FAMILIAR. PARECE UN ARAGUATO. — Frase vulgar para significar un hombre de aspecto salvaje, de barba larga y espesa y poblada cabellera. EL SOL DE LOS ARAGUATOS : así se llaman en las regiones bajas y montañosas de Venezuela los últimos destellos del

sol poniente; los juegos de las nubes con la luz, simulando, en bellísimos paisajes, el incendio de los montes, las erupciones volcánicas, y mil caprichos fantásticos iluminados por los más vívidos colores de la paleta del Iris : hora solemne en que comienzan á escucharse, aun desde gran distancia, los gritos y aullidos de los *aluatos*, en la oscuridad de las selvas. Describiendo Humboldt uno de estos conciertos nocturnos, en los boques del Orinoco dice : « Eran más de las once cuando comenzó en el boque inmediato un ruido tal que fué preciso renunciar en absoluto á dormir durante el resto de la noche. Todo el matorral resonaba de los gritos salvajes. Entre las numerosas voces que tomaban parte en este concierto, no podían distinguir los indios sino aquellas que después de una breve pausa comenzaban á dejarse oir solas : eran estas los aullidos guturales y monótonos de los *aluatos*, etc., etc. » (*Cuadro de la Naturaleza.*) — Dejarse coger del araguato : frase muy empleada por los llaneros de las pampas venezolanas, para significar el hombre abatido, taciturno, abandonado por la pérdida de la fortuna ó de la salud. El último mono se ahoga : modismo muy conocido en América y en España, para significar que, en todas las empresas humanas, el que llegue tarde ó sea el último, raras veces alcanza buen éxito. Esta frase ha tenido por origen el ardid de que se vale el araguato para salvar un río angosto. Al llegar á una corriente, estos animales sociables que andan siempre en grupos, después de examinar el árbol más sólido de la orilla, suben á la rama elevada que más se extienda en el sentido trasversal de la corriente, mas no sin antes haber fijado la atención, en las orillas opuestas, sobre el árbol más cercano. Uno de los araguatos agarrando la cola de una rama, queda colgando, para asirse de la cola de otro y así los restantes que se sostienen mutuamente. Cuando todos quedan colgantes, por un balanceo natural, aquella péndula animada comienza á mecerse en dirección trasversal al eje del río. El balanceo al principio lento, va ensanchando su radio, á semejanza de maromeros prácticos que en los trapecios de un circo tomasen aliento para dar el salto mortal. Con la mirada fija en la rama del árbol opuesto que va á servirles de nuevo punto de apoyo, todos aguardan el grito del mono director que es siempre el más fuerte y el que da el salto. Cuando éste calcula llegado el momento

lanza un chillido que la tropa contesta; al instante, vese el grupo en los aires y el araguato libre, que salvando la distancia se ha agarrado de la deseada rama. La péndula aparece entonces en dirección horizontal, á semejanza de un puente que uniera las dos orillas del río. Por este puente pasan las hembras con sus chiquillos, los ancianos y los monos enfermos ó inútiles. Tan luego como pasa la familia, un nuevo grito se escucha, es cuando el primer mono que comenzó la maniobra, y que va á ser el último, se desprende para ganar la orilla opuesta. Este trance es casi siempre fatal para dos ó más de los monos colgantes que, ya por la fuerza de la corriente, por los objetos que ésta arrastra ú otras causas, llevan algún golpe ó se desvían de la dirección necesaria. En la mayoría de los casos, el último es el que perece.

= GEOGRAFÍA. — ARAGUATOS, cerro del Estado Guayana en los montes de Paragua y Tocoma, de 635 varas de altura sobre el mar, según Codazzi. — ARAGUATACUAR, sitio ó *quebrada de los araguatos*, entre los cumanagotos. — Los ARAGUATOS, ARAGUATAL, sitios en varias regiones de las pampas venezolanas. — ARAGUATA, antiguo pueblo de los misioneros Capuchinos fundado en los valles de Aragua en 1691, y trasladado á los valles de Capaya y Caucagua donde está conocido hoy con el nombre de ARAGUITA.

= FAMILIAR-ARAGUATAMAICA. — Patronímico de familia indígena en las pampas de Barcelona.

*
* *

Dice Roque Barcia :

« AREPA. Femenino. Empanada pequeña hecha de harina de « maíz. En Cartagena de Indias las venden los negros por las esqui- « nas y es el alimento general de sus habitantes. »

« ETIMOLOGÍA. Indio. *arepa.* »

Nosotros decimos :

AREPA. Femenino. *Pan de arepa* hecho con la masa del maíz (no la harina) en forma de torta redonda, pequeña y chata que se cuece al calor lento de una plancha circular de metal ó de barro, conocida esta última con el nombre indígena de *buren* ó *budare*. — AREPA es derivado del vocablo cumanagoto EREPA, que significa

maiz. — EREPADER, *grano de maiz;* EREPÁPUPPU, *afrecho de maiz*, según el misionero Ruíz Blanco.

Algunos de los Caribes actuales, á orillas del Orinoco, por corrupción, llaman *arepa* el *cazabe* que es el pan hecho con la masa de la yuca amarga, despojada ésta de la leche venenosa que contiene. — El vocablo cumanagoto EREPA, AREPA, al pasar de Venezuela á otras regiones del continente, ó á las Antillas, ha ido cambiando su significación primitiva de *maiz;* así, en los pueblos costaneros al Occidente del lago de Maracaibo, se llama *arepa* la empanadilla cuya masa es de maíz, mientras que en Cuba llaman *arepa* la torta hecha con harina de maíz á la cual se le agrega alguna sustancia, como azúcar, plátano, etc. En los pueblos de Venezuela, para significar estas preparaciones, es necesario agregar al vocablo arepa el de la sustancia que le acompaña; *arepa de queso*, — *arepa de batatas*. — De arepa, *arepilla*, *arepita*, vocablos generales para cualquier torta de masa, de harina ó fécula, sola ó acompañada de sustancias aromáticas y nutritivas, fritas ó asadas, con tal que tengan la forma de pequeñas arepas.

> Acaba de moler y con la masa
> Va extendiendo en las manos las *arepas*
> Que coloca después en la callana;
> Ya tostadas de un lado, las voltea.
>
> GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

> ¡Salve, segunda trinidad bendita!
> ¡Salve, frisoles mazamorra, *arepa!*
> Tan sólo con nombraros se siente hambre!
> No muera yo sin que otra vez os vea.
>
> CARO.

= FAMILIAR. AREPERA, la mujer que vende ó hace arepas. AREPERA, vocablo despreciativo referente á la mujer sin modales, escandalosa, etc. — BUSCAR LA AREPA, modismo popular que equivale á buscar el pan cotidiano, trabajar, esforzarse, caminar en solicitud del sustento.

Dice Roque Barcia :

« ATOL. — Masculino americano. Confección hecha con miga de
« pan, huevo, anís, canela y azúcar, mezclado todo en agua, que
« se administra á los convalecientes de una enfermedad. »

« Atole. — Masculino americano. Preparación líquida, aunque « algo espesa, del maíz, nutritiva y de fácil digestión, que sirve de « desayuno á la gente pobre. Se emplea también como alimento « en las enfermedades. »

« Atolito. — Masculino americano, diminutivo de atol. »

Nosotros decimos :

Atol-Atole, vocablos castellanos derivados del azteca Atolli, á su turno derivación de Tlaolli, nombre azteca del maíz. Los mejicanos llamaron *atolli*, la papilla de maíz, es decir, la masa de maíz mezclada con agua y después cocida hasta darle la consistencia de gelatina. — A esta sustancia agregaban unos, sal y agua; otros, ají, etc. Según Hernández, Chilatole, equivalía á *atol con chile ó aji;* Izqui-catolli, este mismo mezclado con masa de fríjoles.

Hoy el uso ha dado el nombre de *atol* ó de *atole* á toda papilla hecha de alguna sustancia farinácea, más ó menos consistente, á la cual se agregan una ó más sustancias nutritivas, estimulantes y aromáticas. Así se dice, *atol de arroz*, *de cebada de sagú*, *de sulú; atol con brandy*, *con huevo*, *con canela*, etc., etc.

No hay diferencia de origen entre los vocablos *atol* y *atole*. La consistencia, la riqueza, el mérito de la papilla consistirán en la variedad de las sustancias diversas que en ella entren; y según las fuerzas y estado del convaleciente, así será la consistencia, cantidad y riqueza de la bebida.

Este vocablo, de origen popular mejicano, está hoy aceptado por la ciencia en el tratamiento de las enfermedades. *Atol claro*, *atol espeso*, *atol reforzado*, *atolito*, son vocablos muy usados, tanto en lo científico como en lo doméstico.

B

Dice Roque Barcia :

« Bajareque. — Masculino. El modo peculiar de construir « edificios en Guayaquil, parecido al que siguen en Lima y otros « pueblos del Perú, con la diferencia que los de aquel tienen

« grandes aleros para preservar de la lluvia á los que transitan « por las calles, y están cubiertos de tejas. Americano. Rancho « pequeño ó choza hecho de yagua ú hojas de palma. »

« Etimología. — *Vocablo indígena.* »

« Bojio. — Masculino. En Cartagena de Indias, es una choza. »

Nosotros decimos :

Bajareque. Bajereque. Bahareque. Pajareque. — Vocablos que equivalen á casa con paredes, hechas de horcones entretejidas con cañas y rellenadas con barro. Según los materiales que se empleen y lo acabado del trabajo, así será el *bajareque*, elegante ó tosco.

Este vocablo nos parece derivarse de *Babeque* ó *Baneque*, nombre que dieron los Haitinos á Costa Firme, Venezuela, cuando Colón comenzó la conquista de la Española, como veremos más adelante.

Al decir Barcia que *bajareque* es un modo peculiar de construir edificios en Guayaquil, parecido al que siguen en Lima y otros pueblos, no define el vocablo.

Buhio ó Bujio, de Bojio : nombre haitino dado por los conquistadores de la Española á las chozas de los indios. El vocablo Bojio, está compuesto de dos voces haitinas, Bo, *grande*, *extenso dilatado*, y Jio, *país*. — Bojio era uno de los nombres indígenas de la Española, como si dijéramos, *hermosa tierra*. Mas una casualidad hizo que este vocablo equivaliese desde los días de Colón á *casa grande*, *choza*, etc. No conociendo los primeros Castellanos el caribe haitino, y oyendo decir á los indios á cada instante *bojio*, creyeron que con esta palabra se referían á las casas pajizas del poblado, cuando sólo querían significar el nombre del país, á las reiteradas preguntas de los conquistadores. Pero al mismo tiempo que escuchaban el vocablo *bojio*, llegaba á sus oídos el de *babeque* ó *baneque*, que otros creían ser también nombre dado á la Española. Más tarde supieron que *babeque* era el nombre de Costa Firme (Venezuela), también llamada *Caribana*. Los dos vocablos *bojio* y *babeque*, nombres americanos, de la Española y de Venezuela, corren parejas para significar, entre los primeros Castellanos, *casas* indígenas de paja ó de madera con caña y bejucos.

El cronista Fernández de Oviedo dice por otra parte (*Historia*

de las Indias) « que *buhio* ó *bohio* es una *casa ó morada hecha de madera, caña y paja* fabricada en forma elíptica. Después, cualquiera habitación rústica techada y forrada de guano y yagua. »

Hoy el vocablo *bojio* se aplica solamente á la choza campesina, pobre, pajiza; mientras que *bajareque*, en toda la América, es la casa con paredes de horcones y de cañas, rellenadas con barro, á prueba de temblores y terremotos.

*
* *

Dice Roque Barcia :

« BANANA. — Femenino. *Botánica.* Fruto del banano, el cua « consiste en una baya prolongada de forma triangular. »

« ETIMOLOGÍA. — *Banano :* francés, *banane.* »

« BANANERO. — Masculino. *Botánica.* Género de plantas « musáceas ó herbáceas, cuyo tallo muere inmediatamente que da « el fruto. Se conocen dos especies : el *bananero común* que es el « *musa paradísima* de Linneo, cuyo tallo aparece coronado por un « gran penacho de hojas, y la *higuera de Adán*, de fruto más « pequeño pero más abundante, más dulce y de un sabor seme- « jante al del higo, que es el *musa sapientum* de Linneo. »

« ETIMOLOGÍA. — *Banano :* francés, *bananier.* »

« BANANO. — Masculino. *Botánica.* Arbol de las Indias, especie « de bananero. »

« ETIMOLOGÍA. — *Vocablo indígena :* italiano, *banano.* »

Nosotros decimos :

BANANA-BANANO. — Masculino. *Botánica.* Fruto muy conocido en casi toda la América antes española, con el nombre del *plátano.* Es una planta monocotiledona, de tronco recto, redondo, de medio pie de diámetro y de doce ó más de altura, formado de los pecíolos de las hojas, teniendo estas de seis á ocho pies de largo por uno ó más de anchura, de color verde claro cuando el árbol es joven, verde oscuro más tarde, sostenidas en su longitud por un robusto nervio central. A poco de abrirse las hojas, se hienden en sentido trasversal por la acción del viento, y aparecen como flecos vegetales. A proporción que las hojas antiguas

caducan, y se secan y cuelgan, las jóvenes se asoman enrolladas en la parte superior de la planta, para en seguida abrirse y coronar su cima á manera de las palmas. Cuando aquel llega á la época de la fructificación, del centro del penacho que corona el tallo, brota un capullo en forma de cono que pende de un pedúnculo en forma de cayado. Compuesto de brácteas superpuestas : cada una al abrirse deja ver las hileras de flores rojizas, olorosas, agrupadas, que van desarrollándose para formar las diversas secciones de un racimo de bayas verdes, moradas ó amarillas, de tamaños diversos y de forma casi siempre triangular, carnoso el interior, de color amarillento y en extremo agradables. Al desaparecer cada planta, otras la suceden al pie, formando grupos de adulta prole.

Y para ti el *banano*
Desmaya al peso de su dulce carga;
El *banano* primero
De cuantos concedió bellos presentes
Providencia á las gentes
Del Ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
El premio rinde opimo;
No es á la podadera, no al arado
Deudor de su racimo;
Escasa industria bástale, cual puede
Hurtar á su fatiga mano esclava;
Crece veloz, y cuando exhausto acaba,
Adulta prole en torno le sucede.

BELLO.

Variadas especies de este árbol se conocen en Venezuela, con los nombres de *plátano*, *dominico*, *cambur*, *guineo* : cada uno con sus variedades respectivas, según el clima y cultivo del árbol.

El banano, originario del Asia y del Africa, conocido desde la cuna de la humanidad, y clasificado por la ciencia que lo distingue con el nombre genérico de MUSA, de la familia de las *Musaceas*, parece ser un vegetal introducido en América inmediatamente á la conquista castellana. Después de larga discusión, provocada por las opiniones de Humboldt, que consideraba este fruto como oriundo de América, el banano, aunque se cultiva en el nuevo mundo, hasta en los lugares más lejanos de la civilización, es originario del continente asiático.

Respecto de su sinonimia, puede decirse que existen tantos vocablos diferentes como pueblos indígenas se cuentan todavía. El nombre de *plátano* con que se conoce este fruto y el árbol, en toda la América española ¿es vocablo europeo en recuerdo del *platanus occidentalis* ? ¿ es el vocablo *plátano* transformación del voca-

blo *banano?* ¿ es este último nombre de origen africano ó americano? Que sea este árbol cultivado en América después del descubrimiento, ó en épocas remotas antes de la llegada de los castellanos, es lo cierto que los nombres de *banano* ó de *plátano* han sido derivaciones de vocablos indígenas anteriores á la conquista, é importados en América.

Entre las antiguas naciones del Orinoco, el banano fué conocido con los nombres de *panari* — *palarano* — *paratano* — *palana* — *palatna*. Algunas dijeron *panaru*, otras *balana*. Los Salivas y Yaruros dijeron *paratuna;* los Tamanacos *paruro* ó *parú;* los Maipures, Chaimas y Cumanagotos, *arata*, y los Galibis *palatana* ó *balatana*, mientras que los Quichuas, en las selvas peruanas, llamaron el banano *palanda*. De aquí ARATACUAR, sitio ó *quebrada* de bananos, en las costas orientales de Venezuela; PALANDA-YACÚ, *Río de los plátanos* ó *bananos*, entre los peruanos.

Humboldt asegura que el vocablo *banano* pertenece á la lengua Mbaja, en las hermosas regiones del Gran Chaco. — Esto es un error, pues los vocablos americanizados de *banana y plátano*, pertenecen al Asia y al Africa. Cristóbal de Acosta, escritor castellano que publicó en 1578 (Burgos) su tratado acerca de las drogas, medicinas y plantas de las Indias orientales nos descifra esta duda, pues nos dice que en Malabar conocen la planta en cuestión con el nombre de *palan*, del malayo *pican;* y en Guinea con el de *bananas*, árbol conocido de los Portugueses desde remotas épocas. De manera que *pala*, *palan*, nombres asiáticos, son sinónimos de *banano*, vocablo africano. Al penetrar en el continente americano antes ó después de la conquista han ido sufriendo multitud de modificaciones estos vocablos hasta llegar á los ultimos : *plátano-banano*.

El mismo cronista Castellanos, compañero de los primeros conquistadores de América y regiones orientales de Venezuela, no pudo explicarse el porqué se le diera á una planta americana el nombre de otra europea, cuando entre ambas no hay puntos de comparación. Describiendo el paisaje de la Naturaleza en las costas de Cartagena dice :

Hay *plátanos*, que es fruta codiciosa;
A manera de árbol es su planta,
Mas no lo es aquella muy umbrosa
Y estéril de quien vieja musa canta,
Pues á la fruta destos deliciosa
Musa le llaman en la tierra santa,
Y no sé por qué vía ó qué hombre
Acá de *plátano* le puso nombre.

CASTELLANOS.

Sin despojar á este árbol de su cuna primitiva, el Asia, nos parece que el nombre de plátano, aunque sea nombre ya conocido de otro árbol, antes del descubrimiento de América, es una corrupción de *pala*, *palan*, nombre malayo; mientras que *balatana*, *balana* son corrupciones del vocablo africano *bananas*.

BANANERO es una derivación natural de banano.

* * *

Dice Roque Bárcaa :

« BÁQUIRA. — *Zoología*. Puerco montés de la Nueva Andalucía, « parecido al jabalí, cuya carne es muy buena para comer. »

« ETIMOLOGÍA. — *Vocablo indigena*. »

Nosotros decimos :

BAQUIRA. BACHIRA. PACHIRA. — Masculino. *Zoología*. Vocablos españolizados derivados de PAQUIRA, PECARI, nombres del cochino montés ó puerco salvaje. Es un cuadrú pedo del orden de los Paquidermos (género *Dicotiles*), del tamaño de un cerdo pequeño, de color gris, sin cola, con lomos y costados negros, cerdas negras, que rematan en puntas blancas, y glándulas lumbares. Esta es la especie más conocida, que hay otra de color pardo con faja blanca que llaman por esto los campesinos, *báquira sinchada*. El mayor de estos animales lo conocieron los Caribes con el nombre de *puinke*, que los Cumanagotos llamaron *cuacua*. La especie mediana, de color pardo con faja blanca, la llamaron los Cumanagotos *tirigua*, *apiche*, los Cabres, y los Maipures *apia*, *apida*. La especie más pequeña se conoce con los nombres de *chacharito* ó *potiche*, según nos dice el misionero Caulin. — Estos animales, que se domestican con facilidad, son muy semejantes á otro paquidermo conocido en América con los nombres de *tapir* ó *tapiro*, *danta*, *gran bestia*.

Era gente de débiles cosechas
Sin uso de vestidos ó de mantos
Proveídos de dardos y de flechas,
Su común caza *báquiras* y *dantas*.

CASTELLANOS.

Los Quichuas en los Andes peruanos dieron el nombre genérico de CUCHI, á estos paquidermos que ellos conocen aún con los nombres de *ttuchi*, *huasi*, *cuchi*, *pucuchi*, etc. En sus *Orígenes arianos*, López deriva el vocablo peruano CUCHI que equivale á *puerco-marrano*, del sánscrito KUF, que equivale á *crocitar* ó *crascitar*.

= GEOGRAFÍA. — LAS BAQUIRAS, sitio en el Estado Cojédes.

* * *

Dice Roque Barcia :

« BARBACOA. — Femenino. Americano. Zarzo que levantado « del suelo con una horquilla, sirve para varios usos. »

« ETIMOLOGÍA. — *Vocablo indígena.* »

Nosotros decimos :

BARBACOA. — Este vocablo de Haití y de Venezuela conocido en casi toda la América española, tiene varias acepciones. En primer término, *barbacoa* se llama un andamio asentado sobre árboles para guardar granos, frutos y otras cosas de uso agrícola. — *Barbacoa*, equivale también á *cámara*, ó la pieza alta de una casa de campo destinada para recoger y guardar los granos. En las chozas de gente pobre, la *barbacoa* es una especie de segundo piso en la sala, que ocupa solamente la mitad del área. En Maracaibo, Cúcuta y otros lugares, *barbacoa* es una gran caja chata llena de tierra vegetal, levantada unos pies sobre el suelo y sujeta de este por medio de horcones sólidos. Sirven estas barbacoas para cultivar algunas hortalizas tanto en las casas como en los campos. En las pampas venezolanas, *barbacoa* equivale á parrilla para asar la carne. Esta es la más sencilla de las barbacoas, pues consiste en tres ó más estacas verdes, de madera consistente, que se clavan en el suelo y se unen por el extremo libre, en forma de pirámide ó de

pabellón. En el centro se coloca el fogón y en derredor, sostenidas de las estacas verdes, los pedazos de carne asegurados por medio de asadores de madera. No está distante de esta acepción la que le dan los aztecas al vocablo bàrbacoa, que es según aquellos un modo de asar lechoncillos ó cabrillos, guardándolos y cubriéndoles en un hoyo abierto en la tierra, después de haberlos sazonado ligera y sabrosamente.

El cronista Castellanos nos hace la pintura de dos de las barbacoas más conocidas.

También cuando las aguas son molestas
Y los campos inundan avenidas,
Viven en *barbacoas* bien compuestas
Encima de los árboles tejidas :
Y en mil vasijas, calabazas, cestas
Guardan aquellas míseras comidas,
Harinas de raíces y pescados,
Carne de dantas, puercos y venados.

CASTELLANOS.

. . . .
. . . .
Son estas *barbacoas* soberados
Para su defensión ingenïosos,
Por suelo palos gruesos apretados
Con yedras ó bejucos correosos :
Allí tienen tugurios bien formados,
Y viven regalados y viciosos
Con la fertilidad de pesquería
Que les sirve también de granjería.

Id.

Los antiguos Cumanagotos llamaron sus *barbacoas*, es decir, la *cámara*, CHURA. — Dieron este mismo nombre al instrumento que conocían para cavar la tierra llamado *coa*. — De CHURA, *chúcura*, *chícora*, nombres del mismo instrumento.

= GEOGRAFÍA. — BARBACOAS, nombre de dos pueblos, uno en el Estado Barquisimeto fundado en 1639 con el nombre de San Felipe de Barbacoas; y otro en las pampas del Guárico, fundado en el siglo último con el nombre de Inmaculada Concepción de N. S. de las Barbacoas. — BARBACOAS, sitios y lugares en varios Estados de Venezuela.

*
* *

Dice Roque Barcia :

« BATATA. — Femenino. *Botánica*. Planta de tallo rastrero y ramoso,
« las hojas de figura de corazón y la flor de hechura de campanilla,
« grande y de color encarnado. Se da este nombre á los bulbos que
« acompañan á las raíces de las plantas del mismo nombre. Estas

« son cilíndricas, rectas, de color de castaña, claro por de fuera y
« amarillo ó blanco por dentro. Cocidas, asadas ó en confitura tienen
« un gusto muy agradable.

« Etimología. — Latín técnico, *convolvulus*. Batata, de Linneo :
« catalán, *batata;* francés, *batate*. Es planta oriunda de las Antillas.

« Batatal. — Masculino. Plantío de batatas. »

« Boniato-Boniato. — Masculino. *Botánica*. Planta de raíz bul-
« bosa azucarada, parecida á la batata.

« Etimología. — *Bunio*, que equivale al nombre que se da á los
« nabos que se dejan para simiente, y que crecen y se endurecen
« mucho. »

« Etimología. — Del griego (*Boynion*); latín *bunion*, especie de
« nabo semejante al rábano : francés, *Bunion*. »

*
* *

Nosotros decimos :

Batata, y por corrupción Patata ó *Potato;* nombre éste dado á la Papa. (Suprimimos la descripción de esta planta para ser más breves, y poder ocuparnos en los orígenes etimológicos de este vegetal oriundo de América.)

Batata es un vocablo de la lengua haitina para significar el tubérculo de este nombre. Fué en la Española donde los Castellanos conocieron y gustaron, por la primera vez, la raíz de la batata, importándola inmediatamente en el viejo mundo. A poco comenzó la voz haitina á adulterarse, y se llamó *patata*, de aquí el nombre inglés *sweet potatoes;* el francés *patate douce;* mientras que los Italianos y Portugueses conservan el vocablo primitivo, *batata ó patata*.

El primer cronista que escribió sobre la batata, como producción del suelo americano, fué Oviedo Valdéz, que publicó su grande obra en 1525. Entre las producciones vegetales de la Española cita la batata, y dice que las diversas especies de este tubérculo se conocían con los nombres de anihuamar, guataca, guacaraica, etc., etc. En el curso de la conquista estas diversas voces fueron adulteradas : así, *guataca*, se llamó en Venezuela *guaraca*. El cronista Gomara, que escribió después de Oviedo en 1552, nos manifiesta que, entre

los dones del nuevo mundo que llevó Colón á los reyes católicos, figuraba la batata, y « *las batatas que son raices dulces* » (*Gomara*, edición de Ambéres).

> Darémosles de nuestros alimentos
> Guámas, auyamas, yucas y *batatas*.
>
> CASTELLANOS.

Los Aztecas llamaban la batata CACAMOTIC : de aquí la contracción *cacamote*, sinónimo de batata, el cual se ha fijado en algunas de las secciones del continente, como veremos más adelante. *Cacamotic Tlanoquitoni*, ó batata purgante, es una de las medicinas que figuran en la *Materia médica* de Hernández, primer libro sobre materia médica americana escrito y publicado en el nuevo mundo Méjico 1515. Según Humboldt, esta raíz parece ser el *convolvulus Jalapa*, tipo del mismo género de la batata.

Los Cumanagotos y Chaimas de Barcelona y Cumaná llamaban la batata, *chácu-cháco ;* de aquí CHACUCUAR, que significa, *sitio ó quebrada de batatas*, que en castellano correcto equivale á *batatal*. *Cháco* es el nombre de un sitio en el Estado Cumaná. Todavía, en este Estado, se llama la batata *cháco*, *chácos*, del cumanagoto *chácu*. CHACOMAR se llamó uno de los Caciques de la Trinidad, aliado de Cedeño en la conquista de esta isla; y CHACOMARES fué el nombre de una de las dos provincias en que estuvo dividida la isla antes de la llegada de los Castellanos.

> Recogieron los nuestros los despojos,
> Maíz, yúcas y *chácos* deseados,
> Todos muy encendidos en enojos
> Por hallar muchos indios enateados.

Así dice el cronista Castellanos al describir las hazañas de Alonso de Herrera en la conquista del oriente de Venezuela.

Y hablando después de las riberas del Unare, pone en boca del cacique Unarina, expresiva peroración con la cual excita á la multitud indígena contra el invasor. Después de alertar á sus soldados concluye así :

Conciba cada cual mi confianza,
Estén los venenosos tiros prestos,
Que quiero que volvamos á la danza
Para conocer quienes son aquestos,
Tomando dellos la crüel venganza
Que merecen ladrones tan molestos :
Coman agora bien *chácos* y coche,
Que yo haré que tengan negra noche.

Muy parecido al vocablo chaima es el de los Tamanacos, entre el Apure y el Orinoco, que hablaron un idioma muy conexionado con el caribe ; llamaron la batata, *schiacu*, mientras que los Maipures, más al Sur, dijeron *chei*. Los Galibis la llamaron *napi*, y también *maby*, como los Caribes.

Los indígenas de Cuba llamaban la batata *boniato*, *buniato*, voz hoy adulterada por la de *moniato*, en su paso de las Antillas al continente. Pero el vocablo *boniato* se aplica en Cuba, no sólo á la batata sino también al *aguacate* de Cuba y á otros frutos de diferentes familias : por lo tanto este nombre no tiene la supremacía del de *batata*. Boniato fué el nombre de uno de los caciques Caiquetías á quien maltrató Federmann, en su segundo viaje, en 1537 : fué el jefe de Mira, sitio en el antiguo cantón San Luis, del Estado Falcón.

Hablando el cronista Castellanos de los trabajos que pasara el valeroso Spira, en su famosa expedición por las pampas venezolanas, dice :

Allí, después de su contentamiento
En poder subyugar duras cervices,
Hallaron copia de mantenimiento
De yucas, *boniatos* y maíces.

El señor don Roque Barcia deriva el vocablo *batata* del latín técnico *convolvulus batata*. Aquí nos referimos á lo que hemos dejado asentado al hablar del vocablo *aguacate*. Respecto de la voz indígena *boniato*, *buniato*, el etimologista español la deriva de *bunio*, nombre que se da á los nabos que se dejan para simiente. Y como este vocablo se deriva del griego *boynion*, que equivale á *especie de nabo semejante al rábano*, tendríamos que *boniato* y *rábano* son sinónimos y que se derivan de una misma raíz griega, *boynion*. Perdónenos el señor Barcia, pero esto nos parece inexacto. En primer término, la planta que da la batata fué desconocida del viejo mundo, en los tiempos anteriores al descubrimiento de América.

Según De Candolle, de las quince especies conocidas de batatas, todas se encuentran en América : once pertenecen exclusivamente al nuevo mundo y cuatro á ambos. Por otra parte, si existiera alguna especie que hubiera sido conocida de los antiguos, de ella hablarían los griegos, romanos y árabes. El nombre griego de *boynion*, no puede referirse por lo tanto á ningún tubérculo dulce, como es el de la batata. Las legumbres conocidas con el nombre de *nabos*, pertenecen á familias muy distantes de la familia productora de las diversas especies de batatas. Finalmente, el nombre indígena de *buniato* ó *boniato* dado á la batata, pertenece á una zona muy limitada del continente, precisamente á lugares donde los Castellanos encontraron una civilización muy atrasada. Si este nombre existe más al sur de Venezuela, es porque fué importado desde los días de la conquista.

Los Quichuas del Perú llaman la batata *apichu*, que según López, se deriva del sánscrito *picc'a* (banano) y del griego *apio-apios* (especie de pera). Los antiguos habitantes del Ecuador la llamaron *cumar;* y observa el botánico y viajero Seemann que este nombre de *cumar* es también el que lleva la batata en las isla de Taiti, y en las de Fijji y Nueva Zelandia. Pero no son los vocablos quichua y ecuatoriano los que han prevalecido en estas regiones de América para representar la batata. Holguín, en su *Diccionario quichua*, dice : *Apichu :* CAMOTE Ó BATATA ; y Ulloa, en sus *Noticias americanas*, dice, que abundan en el Perú, las *batatas* que llaman otros *moniatos*. Esto nos prueba que la conquista castellana, en su desarrollo de norte á sur, fué introduciendo palabras indígenas de Haití, Cuba y Méjico, que se españolizaron; tales como *batata, boniato* y *camote;* nombres de una misma planta entre naciones de diferente origen. Es de notarse que los cronistas Oviedo, Herrera, Gomara y otros, siempre que hablan de este tubérculo, lo indican con un solo nombre, el de *batata;* el primero que conocieron los Castellanos en la Española.

Los Guaranís llaman la batata *jeti*, y los Omaguas y Brasilenses *Taino* (en lengua tupi). En estos países encontraron también los Castellanos la batata cultivada. Cuando Alvarez de Cabral desembarcó en las costas del Brasil, en 1500, refieren los cronistas, que, entre los regalos que recibió en la mañana en que se cantó la pri-

mera misa, figuraban los pájaros de bellas plumas, los *ajes* (ñames) y las *batatas*. Y Alvar Núñez, cuando desembarcó, en el Río de la Plata, en 1541 comió batatas de varios colores. Alonso de Ojeda habla de la raíz de batata que halló en Cuba en 1510, y los conquistadores la encontraron en 1526, en las naciones Muisca y Tolima de la antigua Cundinamarca. Ya en 1514, Vasco Núñez de Balboa la había descubierto en el Darién, y los otros conquistadores, en los países de la América central. De manera que la batata, como planta americana, fué á un mismo tiempo descubierta en todas las secciones de la América española.

En los Andes de Venezuela, los Motilones al norte del Estado Guzmán, llaman la batata, *mee;* y los Timotes, en las montañas de Mérida y Trujillo, *tikue*. Sería inútil presentar los nombres indígenas de la batata en los diversos pueblos de la América del Sur. Baste decir, que sólo tres nombres se han conservado en los diversos pueblos que conquistaron los Castellanos : BATATA, BONIATO Y CAMOTE.

= FAMILIAR. — EN CONUCO VIEJO NUNCA FALTAN BATATAS. — Modismo muy conocido para significar que de los viejos amores siempre quedan los borradores, y que al través del tiempo vuelven á reanudarse antiguas relaciones. Aquella frase tiene su origen en el hecho de que en un batatal abandonado, siempre se encuentra alguno que otro tubérculo que prospera bajo los abrojos, sin darse cuenta, ni de la naturaleza ni del cuido del hombre.

= GEOGRAFÍA. — BATATAL, sitios así llamados en varios Estados. *Batatal* es el lugar sembrado de batatas. — BATATAL, río de cuarto orden en la cordillera costanera de Venezuela, que desagua en el mar.

*
* *

Dice Roque Barcia :

« BUREN. — Masculino. Americano. Vasija de barro cocido, de « forma circular, en que se tuesta el cazabe y otras tortas de « harina. »

Nosotros decimos :

BUDARE. — Masculino. Vocablo corrompido de BURAN ó BUREN, nombre haitino de la cazuela ó plancha de barro circular con ligero

borde y la cual colocada sobre tres piedras sirve para cocer el pan de maíz, tostar el grano del café y otros usos. Hóy se usan también los budares de hierro y de porcelana. El budare empleado para cocer el pan de yuca es un hornillo más ó menos grande, fijo en el lugar donde se raya la yuca, y sobre el cual hay planchas de hierro ó de barro. En estas se extiende la yuca rayada que constituye el pan de cazabe redondo y chato llamado torta de cazabe.

El BUDARE ó *buren*, no es vasija como dice el señor Barcia, pues no tiene profundidad para contener líquido alguno.

El budare de los antiguos Chaimas, en las regiones de Cumaná, se llama todavía *aripo*.

= ZOOLOGÍA. — *Zamuro budare*. Así llaman en varios lugares del occidente de Venezuela, al zamuro de cabeza encarnada, conocido también con los nombres de *oripopo*, *guara*, *chiriguare*, *guarajura* y *calalufa* (*Cathartes aura*) en otros lugares ; *cuao*, de los Muiscas.

= GEOGRAFÍA. — BUDARE, cerro en el Estado Guayana, perteneciente al macizo de Paragua y Tócoma, con 600 varas de elevación sobre el mar, según Codazzi.

*
* *

Dice Roque Barcia :

« BEJUCO. — Masculino. Nombre que se da á diferentes plantas « sarmentosas que se crían en América y de la cuales se hace allí « el mismo uso que de los mimbres en Europa. »

« ETIMOLOGÍA. — *Vocablo indígena :* francés, *bejuco*. »

*
* *

Nosotros decimos :

Bexuco. — BEJUCO. Nombre indígena, de origen haitino que comprende toda planta sarmentosa ó rastrera. Si da un tallo largo, flexible y tenaz, se emplea como soga para diversos usos. El cronista Herrera hablando del viaje de Badillo á Urabá dice : « En los ríos tenían hechos sus puentes con *bejucos* que son raíces largas y recias, que nacen entre los árboles y muchos juntos hacen maromas, y los atan á los árboles de la ribera, y atadas las maromas y juntadas con barrotes, hacen sus puentes. » (*Décadas*.)

Formaron leves ranchos, cañaveras
Compuestas y ligadas con *bejuco*.
. . . .
Travesaron diez leguas de arcabuco
De tierras secas, pero bien pobladas,
Sin riberas de yedras ó *bejuco*.
. . . .
Y cada cual con dos ó tres andanas
Con las cintas espesas de *bejucos*
O correosas yedras de arcabucos.

CASTELLANOS (*Elegías*).

Describiendo lo enmarañado del bosque tropical, el cantor á la zona tórrida dice :

En densa muchedumbre
Ceibas, acacias, mirtos, se entretejen,
Bejucos, vides, gramas.
Las ramas á las ramas,
Pugnando por gozar de las felices
Auras y de la luz, perpetua guerra
Hacen, y á las raíces
Angosto viene el seno de la tierra.

BELLO.

= ZOOLOGÍA. — BEJUCO. Nombre de una culebra muy conocida en Venezuela. Es delgada, de color verde ceniciento, de un metro ó más de largo. Se posa sobre la cabeza y elevándose verticalmente, azota con ligereza al transeunte que puede. Según Alcedo, existe esta culebra en Guayaquil donde es perseguida y muerta por el pájaro *curiquingui* que persigue también los insectos.

= BOTÁNICA. — BEJUCO DE AGUA. *Bejuco de caro*, *bejuco del diablo*, etc., etc. (se suprime esta parte para abreviar).

= FAMILIAR. — De BEJUCO, *embejucar*, amarrar con bejucos la armazón de una casa, de una barbacoa, de una cerca ó palizada. *Embejucar* equivale también á cubrir, á resguardar un objeto frágil y preservarlo de los golpes : así se dice, *embejucar la tapara*, que es el recipiente hecho del fruto del totumo que lleno de aguardiente ó agua, llevan los campesinos, colgado de la cintura ó del hombro, el cual está cubierto de una red ó malla de bejuco que lo hace resistente á todo golpe. *Tinaja embejucada*, *botella embejucada*, *alcarraza embejucada*, los recipientes de estos nombres cubiertos de una red de bejuco que los preservan de los choques constantes.

= GEOGRAFÍA. — BEJUQUERA, sitio de poca extension, muy enmarañado, donde crece algún bejuco rastrero que ahoga toda vegetación. — BEJUCAL, sitio lleno de bejucos, lugares geográficos en varios Estados de Venezuela. — BEJUCAL, río de cuarto orden en el Estado Cumaná, que nace en la serranía de Cumanacoa y desagua en el golfo de Paria.

*
* *

Dice Roque Barcia :

« BUTACA. — Femenino. Silla de brazos, cómoda y regularmente « con el respaldo bastante inclinado. »

*
* *

Nosotros decimos :

BUTACA. — Con cierta desconfianza vamos á hablar de este vocablo. Barcia no le da etimología y en el mismo caso están todos los diccionaristas españoles. ¿ De dónde viene esta voz ? En el vocabulario cumanagoto de Ruiz Blanco encontramos : PUTACA, *asiento*. De PUTACA, voz cumanagota se derivó, en los tiempos de la colonia, *butaca*, *butaque*, *butaquito*. El asiento de muchos de los indios de Venezuela consistía en un mueble, armado en forma de tijereta, cóncavo, y forrado de cuero ; era este el antiguo butaquito, sin espaldar de que se hacía uso en las escuelas de niños. Más tarde, este mueble tomó creces y se hicieron los *butaques* ó *butacones* para las señoras ancianas. Ya estos tenían espaldar ancho, pero el asiento conservaba la concavidad de origen, y el todo estaba forrado de cuero ó de tafilete. El *putaca* de los antiguos cumanagotos ¿ se ha convertido en la rica *butaca* de las salas, y de los teatros ?

Esta cuestión queda resuelta á favor del vocablo cumanagoto, desde el momento en que Salvá y otros diccionaristas al definir la voz *butaca*, agregan que el mueble y su nombre son de procedencia americana.

En este vocablo hallamos la estructura de un gran número de voces caribes. PUTACO, en la misma lengua cumanagota equivale á *hombre de seis dedos ;* PATACA, y por corrupción PETACA — *petaquita*, *petaquilla* (diminutivos), equivale á *canasta* para guardar ropa y otros objetos. La misma estructura tienen los vocablos *apa* — *pata* ó *patar* — *chipata*, *cutapo* — *chiguata* — *chiptaca*, *panapo* — *patipo*, etc., etc., etc.

C

Dice Roque Barcia:

« CABUYA. — Femenino. Planta. PITA. Provincial. Andalucía. » La cuerda hecha de pita.

« ETIMOLOGÍA. — Es voz usada en Andalucía y tomada del len-
« guaje indiano. (ACADEMIA, *Diccionario de* 1726.)

« CABULLA. — *Femenino.* Marina. Especie de cuerda de pita.

« ETIMOLOGÍA. — *Cabo.* »

* *

Nosotros decimos:

CABUYA. — Femenino. Entre los haitinos, *Cabuia* fué el nombre de una planta, variedad de la cocuiza ó magüey. Llamóse también *cabuia* el hilo sacado de las hojas de aquella planta, el cual se empleaba en la manufactura de varios tejidos. La cabuya entre los Haitinos y Cubanos de la época de Colón, es como hilo, equivalente al *mecate* de los Aztecas, al *huasca* y *pita* de los Peruanos, al *fique* de Cundinamarca, al *hico* ó *jico*, al *henequen*, *neque* ó *jeniquen*, *cocui*, *cocuiza*, *caruata* de Venezuela y otros lugares; sustancias textiles sacadas de las plantas *cocuiza*, *cabuya*, *cocui*, *magüei*, *caruata*, etc., de la familia de los *Agaves*, y de otras tantas plantas de la familia de las *Bromeliáceas*.

Pues el que por la paz era ya nuestro
Menos se reservaban las *cabuyas*
Que son prisiones hechas de cabestro
Españoles usando de las suyas.

CASTELLANOS (*Elegías*).

Cuando Colón descubrió las costas del continente, regiones de Paria, observó que los mancebos que visitaron las carabelas, traían en la cabeza pañuelos de algodón de varios colores y dibujos, y llevaban fajas tejidas con las cuales se cubrían. Hablando el cronista Herrera de la manera de que se valían, por carecer del hierro, para cortar las conchas de tortuga y otros objetos, « lo hacían », nos dice, « con hilo de cierta especie de cáñamo que en la Española llaman *cabuya*, de la misma manera que los que hacen cuen-

tas cortan con una sierra delgada los huesos y no hay hierro que de aquella manera no corte » (*Décadas*). Y el Padre Las Casas, interpretando lo que había querido decir Colón en su carta á los reyes católicos, en la cual nombraba el *lino* de Costa Firme, dice : « Con este nombre debe querer decir la *cabuya*, que son unas pencas como la zábila de que se hace hilo y se puede hacer tela ó lienzo della, pero más se asemeja al cáñamo que al lino. » (*Historia de las Indias.*)

= Familiar. — Encabuyar. Amarrar con cabuya, ó cualquier soga ó cuerda. — Encabúyeme ese trompo. Frase muy usada para significar algo enmarañado que no puede del pronto resolverse, como una noticia, un informe, un escrito, un negocio, etc. — Encabuyado. Así se llama el garrote ó bastón ordinario cuyo mango está cubierto de un tejido ó malla hecha de cabuya, lo que hace que la mano encuentre apoyo cuando de aquel se sirva, como arma de defensa. El garrote encabuyado es un distintivo, en algunos lugares del occidente de Venezuela, del hombre fornido, ágil en el manejo de esta arma; y también del hombre pendenciero y aventurero. — Cabuyera. La reunión de los hilos ó cabuyas que sostienen el cuerpo de una hamaca.

No comprendemos la *cabulla* escrita con *ll* de que nos habla el señor Barcia, como derivado de *cabo*. Del haitino *cabuia* nos parece lógico el derivado español *cabuya ;* pero de cabo, nos parece forzado el derivado *cabulla*.

* * *

Dice Roque Barcia :

« Cacao. — Masculino. Arbol de la América. Tiene las hojas « lustrosas, etc. (Suprimimos para abreviar.)

« Etimología. — Americano *cacao ;* francés *cacao ;* catalán *cacau*.

« Cacaotal. — Masculino. Sitio poblado de cacaos.

« Cacaotero. — Masculino cacao, como árbol. »

* * *

Nosotros decimos :

Cacao. — Masculino. *Botánica.* Nombre derivado del vocablo

azteca *cahua quailt* que equivale á *árbol* de *cahua*. (Suprimimos la descripción del árbol para abreviar.)

El cacao fué clasificado por la ciencia en la familia de las Bitneriáceas, con el nombre griego genérico de *Theobroma* (*Theobroma cacao* sp.) que quiere decir, *Pan* ó *comida de los Dioses*.

. . . . . y el *cacao*
Cuaja en urnas de púrpura su almendra.

BELLO.

En los campos de Venezuela dicen que los enemigos del cacao son :

Ardita, conoto y mono.
Los negros y el mayordomo.

Con lo que quiere significarse que en toda cosecha de frutos, se pierde no sólo lo que devoran los animales montaraces, sino también lo que sustraigan los peones y el encargado de la vigilancia.

= FAMILIAR. — ES UN GRAN CACAO. Frase para significar un empleado de influencias, un jefe, una alta dignidad política, cualquier persona que llame la atención por sus riquezas ó por sus ínfulas políticas y sociales. — CACAO DE CARACAS — CACAO DE SOCONUZCO — CACAO DE CHUAO — CACAO DE GUAYAQUIL : nombres que llevan en el comercio universal los cacaos de determinadas regiones. — MANTECA DE CACAO (farmacia). Sustancia blanca, oleosa, consistente, sólida á la temperatura ordinaria, que se extrae de los granos del cacao, y se emplea en el tratamiento de varias dolencias.

= GEOGRAFÍA. — CACAO, río de cuarto orden que se desprende de la serranía de Paria y desagua en el golfo de este nombre.

*
* *

Dice Roque Barcia :

« CALAGUALA. — Femenino. Planta perenne de América, especie de « polipodio, que echa las hojas de un pie de largo, de figura de « hierro de lanza, lisas y de color verde oscuro. La raíz que es « rastrera, dura y de color pardo oscuro, se usa en la medicina. »

*
* *

Nosotros decimos :

CALAHUALA. — Femenino. *Botánica.* Nombre vulgar de un helecho conocido con el nombre de POLIPODIO y que lleva en la ciencia el nombre de *Polipodium Otiles ; Polipodium Calahuala*, con referencia á la especie peruana.

Los principales caracteres de esta planta son : tamaño de dos á tres pies de altura, hojas lanceoladas y ásperas, radicales, con largos pedúnculos. La raíz de color bermejo es cilindróidea, escamosa, cubierta de fibras largas que se subdividen en fibrillas capilares. Esta planta crece en las alturas de los Andes.

CALAHUALA, viene del vocablo quichua KALA-HUALLA, nombre peruano del *helecho*, derivado, según López, del sánscrito C'ALLI, *planta*, *corteza*, *tegumento*, y VATA, *cubrirse*, *vestirse*.

*
* *

Dice Roque Barcia :

« CANOA. — Femenino (aquí la descripción).

« ETIMOLOGÍA. — Vocablo americano (Colón) ; italiano y catalán « *canoa;* francés *canot ;* inglés *canoe*. El alemán *kahn*, danés *kane*, « sueco *kana* no pertenecen á esta derivación.

« CANOERO. — *Canoa*. Del catalán *canoer*.

« CANOITA. — *Canoa :* catalán *canoeta*. »

*
* *

Nosotros decimos :

CANOA. — La canoa delos Indios es un bote hecho de un solo tronco de árbol que se va angostando hacia sus extremos, donde termina en puntas altas, á manera de popa y proa. El punto más ancho es el centro que tiene de tres á cuatro pies. Navegaban con ellas los indios, ríos y costas del mar, y cargaban hasta veinte y más hombres.

> Muchas ninfas andaban por el agua
> Nadando con cabellos esparcidos,
> É indios en *canoas* y piraguas
> De sus arcos y flechas proveídos.
>
> CASTELLANOS (*Elegías*).

En los ingenios de azúcar se llama *canoa* el canal de madera, ó aparato de cualquier forma y dimensión para depositar las melazas, etc.

Familiar. — Arrimar la canoa. Proteger, recomendar, favorecer, apadrinar, servirle á alguno de sostén ó de protector en cualquier negocio. — Arrímeme la canoa, cuando se trata de un empleo, quiere decir : recomiéndeme, interponga su valimiento, consígame el destino solicitado.

Este modismo trae su origen de la manera que se emplea para cruzar los ríos caudalosos una manga de ganado, en las pampas venezolanas. Antes de llegar la punta á las barrancas del río, ya en las aguas de éste, aguardan varios bateleros en sus canoas respectivas. La canoa *puntera* es la que abre la marcha, y tras ella va el *cabestrero* que á nado y siempre cantando la sigue. Va desnudo y lleva la rienda del caballo de la mano que asienta sobre el anca del animal, mientras que con la otra nada. El oficio de éste es cruzar en línea recta el río y servir de guía á los animales, desde el instante en que estos comienzan á cruzar las aguas. A la canoa puntera sigue siempre la *contrapuntera;* y en seguida aparecen por el lado abajo, contra la corriente, una serie de seis, ocho ó más canoas, llamadas *costaneras*, cada una con dos bogas cuyo oficio es encarrilar el ganado y salvar cualquier cabeza desde el momento en que esta corra peligro. Al tratar de zambullirse una res, la canoa se acerca, uno de los bogas agarra por los cachos el animal, lo suspende, lo ayuda y lo encamina, mientras que el compañero rema. Si por desgracia no puede asirlo de los cachos, con un cabo de cabuya logra agarrárselos y así lo hace flotar. De esta manera, con la protección de los canoeros, la manga logra vencer la corriente, seguir la línea que indican el *puntero* y *cabestrero*, y evitar los accidentes que por mil causas, estorbaran la natación de los animales. A retaguardia va la última canoa llamada *culatera* que es la que cierra la marcha. Durante la travesía del ganado, que es generalmente de una hora, en los ríos anchos, no se escucha sino la voz de mando que por todas partes se reduce á una frase repetida á cada instante en toda la línea ; *arrimele la canoa*, pues el oficio de los bateleros no se reduce sino á evitar que el poderoso rey de las pampas, impelido por cualquier causa, se zambulla, pues

desde este momento está perdido si no se le presta pronto auxilio, *arrimándole la canoa.*

= Geografía. — Canoa, río de cuarto orden en las pampas de Barcelona que se desprende de las mesas y desagua en el Orinoco, según Codazzi.

*
* *

Dice Roque Barcia :

« Caraota. — Femenino. Americano. *Judía.* »

« Etimología. — Griego. *Karoton,* zanahoria ; latín, *carota,* en Pli-
« nio ; italiano, *carota;* francés del siglo xvi, *caroite* (Menagier, II,5) ;
« moderno, *carotte,* cuya forma pasó al ginebrino. »

*
* *

Nosotros decimos :

Caraota. — Femenino. Grano del *Phaseolus* (varias especies) de la familia de las Leguminosas. Nombre caribe ó tupi de uno de los granos comestibles que encontraron los Castellanos en la conquista de Venezuela. Los nombres indígenas de algunos de los granos comestibles (Leguminosas) de Venezuela son : *caraota*, *tapiramos*, *frijoles*, y otros más. Roque Barcia deriva el vocablo indígena *caraota*, del griego *karoton*, que equivale á la *carota* de los antiguos, *carotte* de los Franceses; es decir, la *zanahoria*. Esto es un error. ¿ Qué tiene de común la *zanahoria* de la familia de las Umbelíferas, el *Daucus carota* de los botánicos, con la *caraota*, *Phaseolus* de la familia de las Leguminosas ? ¿ Qué hay de común entre la raíz de una planta conocida del mundo antiguo y el grano de una legumbre americana, que no se conoce sino después del descubrimiento de América? Es verdad que se cultivan en Venezuela muchos *Phaseolus* y *Dolichos*, de orígenes europeo y asiático; mas de ninguna manera podrá ser derivado la *caraota* venezolana del vocablo griego *karoton*. La sílaba *car*, *cara* de los Caribes nada tiene de común con el griego *karoton*. En Venezuela tenemos muchos vocablos de plantas y animales, que llevan al principio de dicción aquella sílaba. Así decimos : *cara*, *caro*, *caracara*, *caracolí*,

caraguata, *caraña*, *carapuei*, *carata*, *carei*, *caribe*, *carite*, *carito*, *caroca*, *caruata*, *caruto*, etc. Hay sobre todo, dos vocablos muy parecidos que casi se confunden : CARUATA, nombre que dieron los Caracas á la *cocuiza*, y CAROATA, nombre tupi ó caribe de un *Phaseolus*.

El único cronista en el cual hemos hallado este vocablo antiguo es Nicolás de la Rosa que, en su *Floresta de Santa Marta*, publicada en 1756, hablando de las legumbres de Santa Marta dice : « Hay otras redondas llamadas *guanduz*, y otras del tamaño de habas, llamadas *carautas*, y todas muy gustosas. »

Después de tres siglos que hace que se cultiva en Venezuela este grano, por la primera vez, después del centenario de Filadelfia en 1876, una de las variedades más ricas de la *caraota*, la variedad negra, *Phaseolus derasus* (*Schrader*), ha pasado sus límites, pues está cultivada con éxito, en los Estados Unidos de América, de donde se exporta para su misma patria, Venezuela.

*
* *

Dice Roque Barcia:

« CARIBE. — Masculino y femenino. El individuo de un pueblo
« del mismo nombre que en otro tiempo dominó una parte de las
« Antillas. Masculino, metafórico. Hombre cruel é inhumano.
« Dícese con alusión á los indios de la provincia de Caribana.

« ETIMOLOGÍA. — *Nombre indígena:* catalán, caribe. »

*
* *

Nosotros decimos :

CARIBE. — Nombre de una nación americana y de sus individuos.

En dos sentidos puede estudiarse el nombre CARIBE ó CARAIBE : en su sentido primitivo, etimológico, y en su sentido figurado. Para Rochefort, uno de los historiadores de las Antillas, CARIBE significa *guerrero ;* y según García (*origen de los indios*) CARIBE, es corrupción de *caripllé* que significa *batallador ;* mientras que para Hornio el nombre se deriva de la voz fenicia CAREP, que equivale á *batalla*.

La nación Caribe llamaba á sus hombres esforzados, valientes y emprendedores, *calinago*, *carinago*, *calliponen*, y por contracción, *calina*, *carina*. La nación tuvo el nombre genérico de Carina. Humboldt deriva la voz CARIBE, de *carina* y de *caripano;* y de Carina y Calina se ha hecho *Galibi*, nombre dado á un pueblo de Caribes de la Guayana, de estatura más pequeña que los habitantes del Cari. Los habitantes de las Antillas se llamaban en el idioma de los hombres, *Calinago*, y en el de las mujeres, *Calliponen;* unos y otros *caraibes*. El nombre indígena de la isla Guadalupe fué CAURUCUEIRA, y CAIRE el de la Trinidad ; mientras que Colón bautizó la isla de Puerto Rico, la antigua *Boriken*, con el nombre de CARIB.

CARIBANA fué el nombre que tuvo antiguamente la Guayana. Los llanos de Caracas se llamaron igualmente CARIBANA, lo mismo que una de las puntas orientales del golfo de Darién ; y en estos mismos lugares hubo una ciudad de Caribes, que tuvo el nombre de *Cariai*. En algunos mapas antiguos, la América del Sur figuraba con en el nombre de *Terra de Careas*. Estos Careas, dice Humboldt, son fuera de duda, los habitantes de *Caria*, nombre que Colón había escuchado en 1498, y que durante mucho tiempo se dió á una gran parte de la América.

Los brasileños llaman á sus magos y agoreros *caraibe;* de aquí el *caraïbe* de los Franceses para significar los caribes.

Todos los pueblos de origen caribe tienen la sílaba inicial *car;* así tenemos : *Cara*, *Cari*, *Coro*, que se llamó también *Curiana ; Cariaco*, *Carúpano*, *Carora*, *Caracas*, *Caroni*, *Caramari*, *Carima*, *Caripure*, *Caripe* y *Cariani*, primer pueblo de Nicaragua que Colón descubrió en las costas de esta nación. Si del norte seguimos hacia el sur, encontraremos todavía muchos más nombres que atestiguan la estación de la raza caribe en muchas de las regiones del continente.

Cualesquiera que sean los cambios que sufra la palabra *caribe*, en las repetidas excursiones de esta raza, del norte al sur de América, es lo cierto que ella no expresa desde su origen, sino una nación de hombres *esbeltos* y *valerosos*, que conquistan, destruyen y funden en su pueblo cuantas nacionalidades encuentran á su paso.

El estudio de los pueblos americanos revela que los *Caribes* y

Guaranís tienen muchos puntos de semejanza, pareciendo derivarse de un mismo origen. GUARANÍ, según Ruiz (*Vocabulario de la lengua guaraní*), equivale á *guerra*. GUARANI-ARA, *guerrero*. De aquí los derivados *caribe*, *carina*, *calibi;* lo que parece indicar que el origen de la voz es el mismo en dos grandes pueblos, y que en uno y en otro significan: *hombres de guerra*, *esforzados y valientes*. Todo esto recuerda, según D'Orbigni, la voz WAR, *guerra*, así como la mayor parte de las voces germanas que se derivan de ella. Por otra parte, la voz *caribe* parece tener el mismo origen que la palabra *cara* de los Turcomanos, que significa *bello*, *fuerte*, *poderoso*, excelente, etc., según Brasseur de Bourbourg.

Hay otro origen de la voz CARIBE y es *caníbal*, la cual tiene un significado más ó menos semejante á los que acabamos de indicar. CANÍBALES, según Herrera (*Décadas*) significa *hombres valientes* y se deriva del púnico, que quiere decir *señores graciosos*. ANNIBAL, significa en cartaginés, *presumido*, *gracioso;* y de este nombre, dado á la familia de uno de los héroes de la antigüedad, deduce Herrera que pudo derivarse la voz *caníbal*. Pero Torquemada, queriendo significar que los *Caribes* fueron antropófagos, da á la palabra otra acepción. Según este historiador, CARIBE viene de CARICH que quiere decir *occursus ignis* (*llama de fuego*) que destruye todo por donde pasa. « En verdad », dice el historiador, « el Caribe se come los hombres y los mata y los roba, y se despuebla la tierra por amor á ellos, y todo lo destruye y abrasa. » Este origen nos parece forzado.

Colón, admirado de los hechos de los CARIBES en las Antillas, los llama *calíbales*, en su carta á los reyes católicos. Si su intención no fué calificarlos de antropófagos, puede creerse que quiso significar, *extranjeros vigorosos* y *valientes*, que es la acepción que da Herrera á la voz *caníbales* ó *calíbales*.

Debemos, pues, conjeturar por el estudio que acabamos de hacer del vocablo indígena, que con los nombres de *caribes* y *caníbales* se ha querido significar el *valor*, la *fuerza* y la *superioridad del espíritu* en una de las principales razas del nuevo mundo. Esta es por otra parte, la opinión de Humboldt.

= ZOOLOGÍA. — CARIBE, nombre de un pez de río, en las pampas venezolanas, de ocho ó diez pulgadas de tamaño, color oscuro, muy

voraz y temible. Pero más temible el siguiente : CARIBITO. Nombre de un pez pequeño que se encuentra en abundancia en los caños y ríos de las pampas venezolanas. (*Pygocentrus* sp.) Es un pececillo de tres á cinco pulgadas de largo, de vientre color blanco, cuello y cola, encarnados, voraz, sanguinario. Anda casi siempre en cardúmen, en acecho de los animales y del hombre. Si algunos de estos, al cruzar las aguas, lleva alguna úlcera ó herida, por de contado que la parte expuesta será devorada por estos animales. En la generalidad de los casos, uno acomete á la víctima, arranca un pedazo y al ver la tropa la sangre, como enjambre devora en un instante la partes blandas de la piernas ó brazo de un hombre, la pata de un toro, etc., etc. El llanero de las pampas teme más á este pez que á los gimnotes y caimanes que llenan los caños. Y es tal la voracidad de este pececillo que, cuando un caimán herido cruza un caño, al ver la sangre, la tropa caribe acomete al sauriano, y en instantes vese desaparecer este grande animal, del cual no queda sino el esqueleto.

= GEOGRAFÍA. — CARIBE, río de cuarto orden en el Estado Cumaná que se desprende de los cerros de Turimiquire y desagua en el golfo de Cariaco. — CARIBE, río de este mismo Estado que nace en la serranía de Cariaco y desagua en el golfo de Paria. — Río CARIBE, villa antigua fundada por los Castellanos á principios del último siglo, situada á orillas del mar, en el Estado Cumaná.

= FAMILIAR. — ES UN CARIBE. Así se dice del hombre salvaje, cruel, vengativo, sanguinario.

*
* *

Dice Roque Barcia :

« CAUCHO. — Masculino. Especie de resina ligera de América. »

Es inexplicable como hasta los diccionaristas más modernos, al hablar de este vocablo, se copian la misma frase que dejamos apuntada. Exceptuando el *Diccionario de la Academia*, que al hablar de la *goma elástica*, dice algo más, conexionado con esta sustancia, no hay en los vocabularios de la lengua, nada que nos dé á conocer la riqueza y usos del célebre producto vegetal que, con

el nombre americano de *caucho*, hace más de cien años que ha entrado como agente en las industrias, artes, ciencias y mil usos domésticos, produciendo fecunda revolución.

Hablemos de él :

Caucho. Cautchuc. Cauchó. — Masculino. *Botánica, ciencias, industrias.* Vocablos derivados del quichua *cauchuc*, nombre de un árbol peruano y americano, del cual sacaban los indios, hilos para sus tejidos, desde tiempo inmemorial. El *cauchuc* es una sustancia lactecente, gomo-resina, conocida anteriormente con el nombre de *goma elástica* y hoy con el americano de *cauchuc*, de color blanco, trasparente, de consistencia sólida, blanda, flexible, muy elástica, tenaz, sin olor, insípida, inalterable al aire, insoluble en el agua y en el alcohol, pero soluble en el éter, aceites esenciales y sulfuro de carbono. Puesta al fuego se esponja de una manera notable, arde con llama blanca, que produce humo odorífero y denso, y á elevada temperatura toma la consistencia de alquitrán, que conserva por algún tiempo.

Este jugo espeso que se extrae del tronco de muchos árboles de las familias de las Euforbiáceas, Artocárpeas, Apocíneas, Lobeliáceas, etc., etc., es muy abundante en la América tropical y también en Asia y Africa. En Venezuela los diversos árboles que dan el caucho se llaman : *Higo*, *Higuera*, *Higuerón*, *Higuerote*, *Higuito*, *Matapalo*, *Jacio*, *Hebea*, *Jebe*, etc., etc. Puede decirse, que una gran porción de los árboles lactecentes de América producen *cauchuc*.

¿ Cuál es la etimología del vocablo americano *cauchuc?* Como hemos dicho es el nombre que dieron los antiguos Quichuas habitantes del Ecuador, del Perú y Bolivia á uno de los árboles que les proporcionaban hilo elástico. Por el vocabulario quichua del jesuíta González de Holguín publicado en Lima en 1608, vemos que el vocablo *cauchuc* se deriva del verbo cauchucuni ó cauchuni, que equivale á *aojar*, es decir, *hechizar*, *fascinar*. Cauchusca, *aojado;* cauchucuk, *el aojador;* cauchuytucuni, *ser ó estar aojado;* caupuni, *torcer hilo;* caupusca, *cosa así torcida;* cauna, *soguilla de tres ramales.*

Según López (*Orígenes arianos del Quichua*) Kauchuni, *sortilegio, adivinación por las hojas de ciertas plantas*, se deriva del *cfr* j'uni. *anuncio celeste* y ju, *del cielo.*

Littré deriva el vocablo *cauchuc*, de cate que quiere decir *árbol*

y CHUE jugo en *la lengua del pais*, como asienta en su *Diccionario de medicina*. —¿ De qué país se trata ? — Si ha querido referirse al Perú, de donde nos viene el vocablo *caucho*, tal derivación es un disparate. — En la lengua quichua, *árbol* es HACHHA ; *goma ó resina*, es HACHAP VEQQUEN. Respecto del vocablo *chu*, en quichua éste equivale á partícula interrogativa y negativa.

= MINERALOGÍA. — CAUCHUCFOSIL, CAUCHUC MINERAL, BETÚN ELÁSTICO. Sustancia hidrocarbonada, que tiene la consistencia de betún, más ligera que el agua, elástica como el cauchuc, fusible, llamada científicamente *Elaterita*, que se encuentra en ciertas minas de plomo y de hulla. En el vocablo DAPICHO ó DAPITCHO, hablaremos de este caucho fósil, diferente del precedente.

= INDUSTRIA. — CAUCHUC VOLCANIZADO. Producto industrial, duro, seco, más ó menos flexible, que se obtiene por la combinación á elevada temperatura, ó al frío por medio de disolventes especiales, del cauchuc con el azufre ; y se emplea en la fabricación de multitud de objetos. — CAUCHUC ENDURECIDO. Es más ó menos el mismo *caucho volcanizado*, con el cual se fabrican multitud de objetos que califican los Franceses con los nombres de *ebonite*, *volcanite*, *parkesine*.

= QUÍMICA. — CAUCHINA. Femenino. Vocablo de la ciencia moderna. Líquido oleoso, muy inflamable que se obtiene por la destilación del cauchuc.

= FAMILIAR. — De CAUCHUC, ENCAUCHAR ; cubrir una tela ó algún objeto con capas de cauchuc, con el objeto de hacerlo impermeable. — ENCAUCHADO ; perfectamente cubierto, impenetrable, libre de la acción del agua. *Vestidos de caucho*, *telas de caucho*, *bandas de caucho*, etc., etc. Toda manufactura en la cual figura el caucho como sustancia principal.

El vocablo *cauchuc* tan sencillo en su fuente originaria, se ha transformado con el uso. Los Franceses dicen, *caoutchouc ;* los Ingleses, *caöut'chöue ;* los Españoles, *caucho*, *cauchó*, *cauchuco* que son los que más se acercan al vocablo quichua *cauchuc*.

*
* *

Dice Roque Barcia :

« COCUYO. — Insecto de Indias con antenas y cuatro alas, las dos

« coráceas que encubren á las otros dos; oblongo, pardo, y que da « luz por la noche como la luciérnaga, principalmente la hembra, « que, por carecer de alas, se encuentra más comúnmente. »

*
* *

Nosotros decimos :

Cocuyo, y por contracción cocui, nombre que dieron algunas tribus indígenas de Venezuela al *ágave americano*, de la familia de las *Amarilidáceas*, el famoso *metl* ó *magüei* de los mejicanos, del cual se saca el *pulque* (*coctl*), bebida tan conocida. En Venezuela sacan de esta planta, así como de la llamada *cocuiza* (*Fourcroya gigantea*), un aguardiente conocido con el nombre de *cocui* ó *cocuyo* (véase *cocuiza*). El *cocui* ó *cocuyo*, *ágave americana*, es una de las plantas industriales de Venezuela, por el hilo y aguardiente que proporciona. Hablando el cronista Herrera de la antigua Nueva Segovia (hoy Barquisimeto) nos dice : « Se sustentan de una penca á manera de cardo de España, que llaman *Cocui*, de que sacan una sustancia como arrope. » (*Décadas*.)

= Entomología. — Cocuyo, cucuyo. Masculino. Insectos fosforecentes del orden de los *coleópteros*, y de los *hemípteros*, de tamaños y colores diversos. El más conocido es el *Pyrophorus pellucidus*. En Venezuela se llama *cocuyo*, no solo á estos insectos fosforecentes, sino también á un escarabajo, de color verde esmeralda que se emplea para collares y adornos.

Cocuyo es corrupción del vocablo caribe cucuio que equivale en lengua cumanagota á *estrella de tarde*. Los antiguos moradores de Borinken decían *cocúbano*. Aquel vocablo es ya americano.

Hablando de estos insectos, el cronista Gomara dice : « Alumbran tanto, que á su claridad, si vuelan, hilan los indios, tejen, cosen, pintan, bailan y hacen otras cosas por las noches... Caminan llevándolos atados al dedo pulgar de los pies y en las manos como con hachas, y los Españoles leían cartas con ellos, que es más dificultoso. Tómanlos con tizones y llamándolos por su propio nombre se vienen á la lumbre..... Quien se unta las manos ó la cara en aquellas *estrellas del cocuyo* parece que arde, y así espantan á muchos. » (Gomara, *Historia de las Indias*.)

O del *cocui* las luminosas huellas
Viese cortar el aire tenebroso.

BELLO.

No hay sombras para ti como el *cocuyo*,
El genio tuyo ostenta su fanal;
Y huyendo de la luz, la luz llevando,
Sigue alumbrando
Las mismas sombras que buscando va.

GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

= HISTORIA. — COCUY fué el nombre del famoso jefe de los Manitivitanos, á orillas del Guainía, por los años de 1745 á 1750, célebre por sus crueldades y aventuras. Fué en aquella época cuando los Holandeses, Portugueses y misioneros castellanos que se establecieron en las soledades del Guainía, tuvieron que luchar contra las hordas de los célebres guerrilleros *Cusúrú*, *Imú* y *Cocuy*. En las cercanías del Río Negro existe la pequeña roca, circundada de naranjeros de 200 pies de altura, donde está la caverna conocida con el nombre de *glorieta de Cocuy*. En este lugar nos refiere Humboldt tenía el feroz guerrero su *harem* de mujeres, de las cuales escogía las más bellas y robustas para vianda de sus festines. — Humboldt que conoció el hijo de Cocuy ya cristianizado, en San Carlos de Río Negro, en 1800, con el empleo de capitán de los indios, dice que le pareció un hombre inteligente y civilizado. COCUY es uno de los patronímicos que han quedado, en las regiones solitarias del Orinoco.

Después de escritas estas páginas han llegado veinte y seis entregas más del Diccionario de Barcia. Pocos son los vocablos indígenas que en ellas hallamos. Nos reservaremos pues, para cuando esté más adelantada la obra.



ÍNDICE

TERCERA PARTE

Orígenes venezolanos

CUARTA PARTE

Miranda en la Revolución francesa

QUINTA PARTE

Contribuciones al Folk-Lore venezolano

Restos de la Vendimia

Siluetas históricas

Estudios históricos

TYP. H. GARNIER, PARIS. — D.

